Cosmópolis



Madrid, Enero 1929

Precio: 1.25 ptas.

NUESTROS ELEGANTES LLEVAN...

Alhajas del
TRUST JOYERO
Puerta del Sol, 11 y 12 — Teléfono 14.700

Relojes del
TRUST JOYERO
Puerta del Sol, 11 y 12 — Teléfono 14.700

Chocolates
LA AURORA
Preciados, 27 — Teléfono 13.860

Agua de Colonia Concentrada
ÁLVAREZ GÓMEZ
Sevilla, 2 — Teléfono 11.387

Flores
FAUSTO ARROYO
Churruca, 19 — Teléfono 18.068

Artículos de deportes
CASA CAMPOS
Barquillo, 3 dupl. — Teléf. 14.986

Guantes
VARADÉ
Montera, 12 — Teléfono 17.857

Artículos de piel y viaje
ESCOSURA
Arenal, 21 — Teléfono 14.916

Impermeables
NEW ENGLAND
Carrera de San Jerónimo, 29 — Teléfono 15.342

Automóviles **CITROËN**
Plaza de Cánovas (Palace Hotel)
Teléfono 11.297

MEDIAS «KETTI»
«La Gloria de las Medias»
Serrano, 8 — Madrid

Regalos de Navidad, dulces para bodas y cruzamientos y bombones de la
Casa Hidalgo
Barquillo, 9 — Teléfono 16.105

Lentes de la
CASA ULLOA
Carmen, 14 — Teléfono 54.586

Calzados de lujo
AYALDE
Marqués de Valdeiglesias, 2

Pieles de la
Peletería Colom
Génova, 17 — Teléfono 30.982

Camisas de
CASA ALFARO
Av. Pi y Margall, 8 — Tel. 54.497

Plumas estilográficas de la
CASA MOZO
Alcalá, 9 — Teléfono 14.050

Capas
SESEÑA
Cruz, 30, y Espoz y Mina, 11 — Teléfono 11.987

Sombreros
BRAVE
Montera, 6 — Teléfono 17.865

Corsés
MADAME X
Travesía Arenal, 2 — Teléf. 52.993

Vestidos
MONFORT
Avenida Conde de Peñalver, 5 — Teléf. 18.044

Trajes de
CRISTÓBAL HERMANO
Hortaleza, 17 — Madrid

Cosmópolis



Redacción y Administración
Alcalá, 44 y 46 (Entrada Marqués de Cubas, 1) MADRID.
Teléfono: 13546 - Apartado de Correos: 490
Dirección telegráfica y telefónica: Cosmópolis

Precio de suscripción:
España y América: un año . . . . . . 19 pesetas
un semestre . . . . 10 pesetas
Extranjero: un año. . . . . . . 25 pesetas

SUMARIO

Extracto del contenido del presente número en tres idiomas

Revista mensual ilustrada

Cosmópolis

Fundador y Director: Enrique Meneses

AÑO 2 ENERO 1929 NÚM. 14



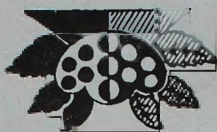
Alice White, que se ha revelado como una legítima esperanza del «cine» americano.

LUIS DE OTEYZA

El Almacen de la esclavitud



La isla de Gorea





ASUNTO CASI ACTUAL

Ha habido esclavos. Hasta los hay. Los tuvieron las sociedades primitivas y hoy existen en los pueblos salvajes. Conocemos la certeza de ambos hechos, explicándonosla inclusive. Lo remoto del tiempo o lo lejano del espacio explican el absurdo.

Que el hombre pueda ser equiparado a un animal, a una cosa—propiedad absoluta de otro hombre, quien le obligue a someterse en todo caso a su voluntad y tenga facultades para fatigarlo o envilecerlo, sometiéndole a la tortura y aun produciéndole la muerte—, se concibe, considerando que tal ocurre donde los más ínfimos rudimentos de la civilización no llegan. O si se considera que ello sucedió en edades pretéritas grandemente, cuando todavía el cristianismo no predicó los deberes de caridad hacia la criatura humana, forjada a imagen de Dios y poseedora de una esencia divina, ni la Revolución Francesa expuso los derechos del hombre, iguales para todos, que en fraterna ligación han de vivir, siendo libre siempre cada uno.

Pero la esclavitud subsistió tras de las nacionalidades griegas, el imperio romano y las monarquías feudales. No quedó relegada hasta hace muy poco tiempo a lugares impenetrables para los avances progresivos. En la moderna sociedad, en pueblos cristianos y liberales, hubo esclavos recientemente. Y esto es lo inconcebible de la historia de la esclavitud.

Recordarlo parece mentira. Pero resulta tan cierto como fácil de recordar. ¡Pertenece a nuestra época! De la literatura contemporánea es *La cabaña de Tom*, con que Enriqueta Beecher Stowe combatió la esclavitud en los Estados Unidos, y a la política contemporánea está incorporado el bando del general Prim, que reforzaba las cadenas de los esclavos en las colonias de España. Como que la abolición no triunfó hasta 1833 entre los ingleses, hasta 1848 entre los franceses, hasta 1865 entre los yanquis y hasta 1871 entre nosotros, los españoles. No soy un viejo, y viviendo yo aun quedaban esclavos entre los brasileños, pues en el Brasil permaneció vigente la esclavitud hasta 1889. En mis propios días hubo hombres esclavizados dentro de una nación católica y democrática. Es verdad, ¡verdad!

Tiene, pues, casi actualidad lo que a la esclavitud se refiere. Así lo juzgué, con tanta más razón cuanto que estaba entre negros.

LOS NEGROS QUE FUERON ESCLAVOS

La disculpa que para la existencia de esclavos daban gentes, algunas de las cuales viven aún, consistía en que los hombres así sometidos a la arbitrariedad explotadora, corruptora, cruel y mortífera de hombres, eran negros.

Y todavía esa disculpa se atiende, pues que, si se rememora con horror y vergüenza la reciente lacra de la esclavitud, no falta en la palabra, o en el pensamiento al menos, el tomar en cuenta que llegó hasta nosotros sólo para la raza negra.

Pero, ¿es que los negros son seres inferiores?... ¿Es que su raza a las otras razas cede en algo?... Son muy feos y huelen mal. ¡Oh, blancos bellísimos y aromosos, los que eso decís! Ni los negros son más feos que nosotros ni huelen peor. Tienen la piel de un tinte especial y exhalan efluvios característicos. Como los amarillos, como los rojos, como los aceitunados y... como los blancos. A los chinos y a los japoneses les extraña la palidez de nuestro cutis y les desagrada lo agrio de nuestro olor. Y esto no hubiese justificado jamás el que nos esclavizaran.

Por lo demás, los negros son tan hábiles, tan inteligentes y tan dignos como los hombres blancos y aun alabastrinos que más lo sean. A los pocos días de mi estancia en las posesiones del África occidental francesa, en esa región de negros muy negros, pero facultados por las leyes y las costumbres para llegar a todo, había visto cómo a todo llegan. Conocí a hombres como Blais Diaque, el diputado por el Senegal, talento político que en París ocupa la presidencia de la Comisión de Colonias de las Cámaras, y como Maurice Griéye, el alcalde de Rufisque, talento administrativo que ha elevado el nivel urbano de su ciudad hasta donde esté el de cualquiera de las ciudades análogas en población y medios. Fuera de excepciones no más excepcionales que en las que en toda agrupación hu-

El Almacen de la esclavitud

mana se registran, algo de significación mayor: un elemento popular trabajador e industrioso que proporciona al país riqueza y aun le hace fuerte nutriendo los contingentes militares. Esto último hasta en Europa se hizo notar con lo importante de la acción de los regimientos senegaleses durante la Gran Guerra.

En vano a mi espíritu humorístico se ofrecían las apariencias cómicas de las negras coquetas y los negros orgullosos. ¿Son acaso menos ridículos la coquetería en las blancas y el orgullo en los blancos? Y la desnudez, que si no en las ciudades en el campo se muestra, no lograba a mis ojos rebajar los que así van, «como animales», según la frase consagrada por el desdén. Contrariamente me pareció lógica bajo el clima abrasador. Lo poco inteligente es abrigarse cuando tanto calor se sufre.

Viviendo entre los negros aprecié más y más la brutalidad que significa el que hasta en la presente generación hayan sido esclavos. Y con curiosidad morbosa me dediqué a investigar las huellas que por aquellos lugares, donde existió últimamente, dejó la trata que sostenía la esclavitud.

Enterado de mis propósitos Marcel Sableau, el director de la *Revue Africaine*, de Dakar, y corresponsal de *Le Monde Colonial Illustré*, de París, me dijo un día:



Una familia descendiente de esclavos, que acoge fraternal a hombres de la raza de sus dominadores

—Aquí, en la ciudad, ningún rastro queda del «comercio de ébano», y sólo internándose mucho, hacia el Sudán, podrían encontrarse restos de las prisiones en que los jefes negros encerraban a los enemigos que cautivaban para vendérnoslos.

—¿No valdría la pena de ir?—pregunté.

—No—me respondió—; pero sí vale la pena de que vayamos, pues el viaje es una grata excursión por la bahía, a la isla de Gorea.

LA ISLA DE GOREA

Esta isla, situada dentro de la bahía de Dakar, es un peñón basáltico de cinco kilómetros de perímetro, que al Norte ofrece un puerto con buen fondeadero, y al Sur se eleva hasta cortarse a pico en una altura de treinta metros, lo que le hacía fácilmente defendible antes de los progresos de la artillería naval y de que la aviación hiciese posibles los bombardeos aéreos.

Aunque careciese de agua, ni con manantiales ni con pozos, un sistema de cisternas la abastecía suficientemente, gracias a la abundancia de las lluvias tropicales, y convenientemente abastecida de víveres podía resistir el más largo de los bloqueos.

Constituyó, pues, la isla de Gorea, durante varios siglos, una plaza fuerte difícil de atacar e imposible de rendir.

Por ello, y por estar enclavada en el centro mismo de los territorios donde los esclavos se recogían y puesta frente a las costas donde los esclavos eran conducidos, se estableció allí el almacén de la esclavitud.

Los portugueses, los holandeses y los franceses poseyeron sucesivamente esta isla, y todos la dedicaron a lo mismo. Los negros que se compraban o arrebataban



El nuevo fuerte de Gorea, con los soldados senegaleses de su guarnición

El Almacen de la esclavitud

en el Senegal, en el Sudán, en el Níger y en la Guinea, a Gorea se llevaban, y allí quedaban depositados hasta que de allí les recogían los barcos que habían de transportarles a América. En la isla de Gorea, los esclavos sentían por primera vez el peso de las cadenas y el flagelamiento del látigo.

Hasta llegar a Gorea, los negros no eran más que cautivos, vencidos en la lucha por sus rivales, que esperaban la prisión o la muerte, prisioneros de guerra. En Gorea, al contacto de los blancos civilizadores y cristianizadores, pasaban a ser bestias de carga, viles mercancías, descendiendo en el abismo del dolor.

¿Cuántas criaturas humanas sufrieron desdicha tal en ese trozo minúsculo de tierra?... Diez o doce millones de negros se calcula que fueron los trasladados de África a América desde que Fernando el Católico autorizó la primera saca de africanos hasta que la abolición de la esclavitud en la última nación americana terminó con el contrabando que, suprimida la trata, siguió haciéndose. Y la mayoría, la inmensa mayoría de tan enorme número de esclavos, por la isla de Gorea pasó.

Más aún, pues gran cantidad de los esclavos embarcados en los navíos negreros morían durante la travesía. Se les abarrotaba en las calas de tal forma, que habían de dormir de costado sobre pilas de tableros, separados unos de otros apenas lo ancho de sus cuerpos, y durante el día tenían que permanecer muchos de pie, no habiendo espacio suficiente para que se sentasen todos en el suelo. La atmósfera se hacía irrespirable y comenzaban las muertes por asfixia, cuando el desarrollo de alguna epidemia no mataba con mayor rapidez. Los navíos negreros perdían, por lo general, la mitad del cargamento en el viaje.

Esto hasta que la trata se prohibió y se persiguió. Entonces era frecuente que perdieran el cargamento todo. Hecho el transporte de contrabando, y el contrabando penado con la muerte, los navíos negreros sorprendidos por las escuadras vigilantes, si creían que no podían escapar, arrojaban al mar los esclavos, para que en el registro no los encontraran. Así la mortandad de negros en los viajes de los contrabandistas llegaba a ser total.

Con estas noticias, agregadas a los datos dados anteriormente, puede deducirse cuántos y cuántos fueron los negros que en la isla maldita quedaron sometidos a la ignominia y tormento de la esclavitud. El suelo del peñón, por duro que sea, ha de estar reblandecido, penetrando hasta el embarramiento en su profundidad mayor, con las lágrimas de las mujeres abatidas y la sangre de los hombres rebeldes.

Sin embargo, la naturaleza se muestra insensible al dolor humano. La isla de Gorea, teatro de tantos horrores, no ofrece un aspecto siquiera desagradable. Desde el barco que a ella nos conducía la veíamos emergiendo apenas del mar acariciador, con su costa cubierta de fresca verdura, sobre la que se destacaban alegres los penachos de las palmeras. Isla apacible, en manso refugio marítimo, es Gorea vista desde la bahía de Dakar.

CARGAMENTO DE NEGROS

En el vaporcito que a Gorea vamos no hay más blancos que Marcel Sambleau y nosotros. Hasta nuestro segundo acompañante, agregado a la expedición para hacernos los honores del lugar que visitamos, es un negro: el príncipe Solimán n'Daye, hijo del ex rey Cayor. Y todos los demás pasajeros son muchachos y muchachas negros, negrísimos.

Navegamos así, por las aguas que surcaron los navíos que realizaban la trata, en un barco cargado de negros. ¡Cuántos barcos fueron con cargamento igual, por la misma ruta, hacia la propia isla! Pero los tiempos, que cambiaron para mejorar—contra la afirmación de Jorge Manrique—, trajeron radicales mudanzas.



Los cañones del antiguo fuerte, arrojados por la escollera

Unos blancos ocupábamos a popa el lugar preferente; mas nos dominaba allí, con su imponente presencia, un negro magnífico y elegante. El príncipe Solimán tiene un gran tipo y viste a la europea como un dandy. A su lado, nosotros, con los trajes coloniales arrugados, por no tener aún costumbre de usarlos, desmerecemos mucho. Y luego el calor nos abate, con sudores que reblandecen nuestra piel, mientras a él parece que le vigoriza, lustrándole la piel el sudor, como agua que lava una estatua de bronce. El personaje más arrogante resulta, junto a los exploradores blancos, el príncipe negro.

Además, negros son los tripulantes del navío, desde el capitán al último marinero, y si lo conducen a Gorea es porque quieren, ya que los blancos ni podemos imponerles nuestra voluntad, ni aunque les atacásemos y les venciéramos, encerrándoles bajo la cala o arrojándoles por sobre la borda, sabríamos después colocar el barco siquiera en rumbo y menos llevarlo a puerto. La fuerza y el

El Almacen de la esclavitud

saber, de consuno, daban el gobierno de la nave a los negros.

Y, finalmente, los pasajeros, negros, negrísimos, como he dicho, reluciendo su negrura a la cruda luz del sol y destacándose por cima del azul fuerte del agua, estaban muy lejos de semejarse a los tristes, macilentos y harapósos esclavos.

Eran todos, ellos y ellas, muy jóvenes y vestían uniformes escolares. Estudiantes de buena posición que marchaban a sus colegios, adscriptos a las escuelas superiores, que actualmente están instaladas en la isla de Gorea. Jóvenes alumnos que en sus tiernos años, etc., etc., según cantó Samaniego. Vigor, salud, alegría, cuanto la juventud estudiantil posee, sea cual fuere el color de su piel, ya que sus ilusiones son siempre de color de rosa.

Tal marchaba el barco cargado de negros hacia lo que en otro tiempo fué almacén de la esclavitud. Y las formidables murallas de los fuertes, erguidas aún en las peñascosas alturas, que se destacaban más y más a nuestros ojos, a medida que a la costa nos aproximábamos, no producían la menor inquietud en el ánimo de los negros. Sabían bien la condición actual de lo que fueron reductos del dominio de los blancos.

LOS FUERTES GOREANOS

Desembarcamos en el muelle, que alborotó un momento el tropel de estudiantes, y cuando éstos desaparecieron, internándose por las calles que a los colegios conducen, tras de permitirnos unos instantes que contempläsemos, solos y tranquilos, de un lado el mar cubierto de níveas espumas en los rompientes y del otro la entrada a la población, acogedora con la sombra de sus edificaciones, el príncipe Solimán, como propietario que se dispone a enseñar su finca, nos pregunta:

—¿Qué quieren ustedes ver primero?

—Los fuertes—respondimos sin vacilar, considerando que allí estarán las más profundas huellas del dominio ejercido.

Pero Solimán nos pregunta todavía:

—¿Los antiguos o el moderno?

Hay, pues, un fuerte moderno en uso, es decir, actuando aún. Siguen, por tanto, los negros sometidos al influjo de una fortaleza en Gorea. Francia posee en el día la isla, como la poseyó cuando funcionaba la Compañía Africana, como la poseyeron antes los holandeses y los portugueses: teniendo murados y artillados recintos, dentro de los que sus tropas presionaran a los indígenas. Pensando así, decidimos ver ante todo el fuerte moderno.

Y a él fuimos inmediatamente. Está próximo al desembarcadero, en la parte baja de la isla, llegando sus bastiones hasta tocar el agua. Es una construcción militar moderna, dispuesta con arreglo a los progresos de la bélica ingeniería y formidablemente artillada. Constituye, sin duda, según M. Sableau nos hizo notar, un excelente punto de apoyo para la escuadra que en la bahía defienda Dakar contra un ataque naval. El moderno fuerte goreano es una amenaza a las naciones dotadas de escuadra. Pero no es, no puede serlo, a los pobladores negros, por una sencillísima razón que al penetrar en el fuerte se nos reveló con claridad meridiana.

Hace centinela a la entrada un soldado negro. A nuestra petición de entrada, requirió éste la presencia de un cabo negro también. Y negro asimismo era el oficial que nos recibió y nos introdujo.

Todos los militares que guarnecen el fuerte moderno de la isla de Gorea son negros. Una compañía de senegaleses está destacada allí, con lo que se demuestra que contra los negros no va nada. De resultar esclavizados los negros, lo serían por negros y de su tierra misma. Una autoesclavitud que, más inteligentes que algunos blancos, no se les pasa a los negros por la imaginación.

Salimos del fuerte moderno, encaminándonos a los antiguos fuertes. Allí ya no había negros que los ocuparan; pero tampoco había blancos. Los antiguos fuertes están abandonados y en ruinas.

Ocupan la parte alta del peñón, y si desde abajo conservan una apariencia formidable, llegados a ellos se ve que ningún poder les resta. Sus puertas están descerrajadas, sus aspilleras cegadas o rotas y sus almenas caídas. Los lienzos mismos de sus murallas amenazan desplomarse por el acantilado. Están como queriéndose ir a hacer compañía a los cañones que antes sustentaban.

Para examinar nosotros esos cañones, defensores un día del almacén de esclavos contra las tribus que quisieron llegar en sus piraguas a libertarles, tenemos que descender, deslizándonos por la vertiente rocosa. Al fin de ella, junto al mar casi, están caídos, como cuerpos que hubiesen sido lanzados de lo alto, acorazados cuerpos de guerreros que al asaltar su fortaleza arrojaran de las torres sus enemigos.

Iba examinándolos de uno en otro—viejos cañones portugueses, del siglo XV en su mayoría y alguno más moderno holandés—hasta llegar al último, hundido en parte entre la arena de la playa. Y cuando volví los ojos hacia mis acompañantes, que habían quedado un poco más arriba, vi que Solimán tenía un pie puesto sobre uno de los cañones derrumbados, al modo de vencedor que holla al vencido. Probablemente no pensaba el bueno del príncipe más que en sostenerse mejor, dado lo pendiente del suelo; pero a mí me parecía ver en su postura la actitud altiva del esclavo libertado.

En los fuertes de la isla de Gorea, tanto en los antiguos desguarnecidos como en el moderno entregado a ellos para que lo guarnezcan, tal es la actitud que pueden adoptar hoy los negros.

LOS DEPÓSITOS DE ESCLAVOS

Visitados los fuertes que la esclavitud sostuvieron, fuimos a visitar los depósitos donde los esclavos se guardaban. Estas construcciones no han sido demolidas, aunque en la isla de Gorea ha faltado terreno para edificar. Las viejas casas de los militares se echaron abajo, a fin de que en sus solares pudieran alzarse locales adecuados a las nuevas necesidades del protectorado que sustituyó a la ocupación bélica, o se reformaron con equivalentes propósitos, como el vetusto caserón colonial de la Compañía Africana, trocado en residencia del gobernador durante algún tiempo y ahora en talleres de la Imprenta Oficial. Y, además, al objeto de establecer las aulas y laboratorios de las escuelas y los albergues de los escolares, hubo que ganar, inclusive, al mar terreno. Sin embargo, los depósitos ni se derribaron ni se aprovecharon en ninguna forma.

Tampoco se han dejado derruir. Conforme nos aproximábamos a ellos veíamos que estaban tal y como estuvieron cuando se utilizaban: intactos los fuertes muros y empotradas en los pétreos alvéolos las gruesas rejas. Ya no se utilizan; pero se podrían utilizar. Igual que los muros y las rejas, permanecen sólidos los portones, de espesa madera chapeada de hierro, provistos de cerrojos enormes. ¿Para qué se conservan esas prisiones?

Tal pregunta, que no pude por menos de formular, obtuvo de mi fotógrafo, el joven Alfonsito, una respuesta verosímil:

—Acaso proyectan los negros encerrarnos algún día a los blancos.

Sableau rió de la hipótesis y Solimán la refutó muy seriamente. Pero a mí no dejó de intranquilizarme. Sobre todo, cuando me encontré con que era un negro el encargado de guardar las puertas. Un sargento senegalés descorrió los cerrojos y nos invitó a penetrar. Si le diera el capricho de cerrarlos una vez que estuviésemos dentro...

Y en verdad que debiera darle ese capricho. Lo comprendí apenas estuve dentro de los almacenes de ébano, de los depósitos de carne negra, de las prisiones de los esclavos. ¡Qué terrible—y justa—venganza la que contra los blancos queda allí por tomar!

Ya desde fuera se ve lo terrorífico de tales cárceles—paredes recias, alto enrejado, impenetrables cierres—, revelador del régimen cruel de su encierro. Pero dentro la impresión de horror se consolida, y va aumentando a medida que se avanza por su interior, hasta adquirir proporciones imponderables.

Las primeras cámaras son amplias, por lo menos, y, aunque los ventanales están muy arriba, parece que existe en ellas suficiente ventilación. Claro que tal no sucedía cuando se abarrotaban de esclavos, que las llenaban hasta el colmo, distribuídos en capas superficiales, con los tableros cuyas empotraduras se ven en el muro. De todos modos, en esas cámaras, si la abundancia de mercancía apilada no era excesiva, se podría vivir.

Mal, desde luego, muy mal. Las cadenas fijas en las paredes dicen que estaban los esclavos aprisionados como fieras. Pero con posibilidad de respirar, de moverse.

Mas detrás de esas cámaras existen otras interiores, sin abertura alguna al aire—¡en aquel clima de sofocación!—y estrechas como pasadizos y bajas como cubiles. A los esclavos ahí encerrados ya no les era posible ni el movimiento, que desentumece los miembros, ni la respiración, indispensable para vivir.

Y todavía hay en esas prisiones encierros mayores. Los subterráneos, los *in pace*, los pozos, donde se arrojaba a los que tenían una actitud de rebelión, un gesto siquiera de protesta. Excavaciones en la roca, que son verdaderos sepulcros.

Cuando me asomaba a semejantes lugares de tortura, de muerte, pensaba en serio lo que en broma se dijo: «Tal vez los negros quieran encerrar aquí a los blancos.» Y consideraba que habríamos merecido tal reciprocidad.

Pero al negro guardián de los depósitos de esclavos no se le ocurría correr los cerrojos, dejándonos dentro. Nos guió, luego de llevarnos a lo más profundo, hacia el portón, y nos permitió que saliésemos. Ya fuera, puedo aseguraros que jamás respiré más a plenos pulmones el aire ni sentí mayores deseos de caminar.

¡Libre! Ser libre habiendo visto cómo era la esclavitud... Y qué vergüenza pertenecer a la raza de los esclavizadores. No me atrevía a mirar de cara al príncipe Solimán, temiendo leer en sus ojos el desprecio.

El Almacen de la esclavitud

PERO LOS NEGROS HAN OLVIDADO

A pesar de las emociones que en mi pecho debieron de despertar las muestras terribles de la esclavitud, Solimán n'Daye no dejó de extremar sus amabilidades con nosotros. Sonriendo, y sonriendo sin la menor amargura ni la más leve ironía, nos preguntó si aun deseábamos ver algo más de la isla de Gorea.

¿No?... ¿Nada más?... Pues entonces había llegado el momento de que él nos transmitiese una invitación. M. Dieng, un su amigo, nos esperaba para almorzar. En Gorea no hay restaurantes. Sólo las cantinas de los estudiantes, donde estaríamos incómodos y comeríamos mal. Pensando eso, Solimán habló de nuestra visita a M. Dieng, y éste le ofreció su mesa para nosotros.

—M. Dieng, ¿es francés?—pregunté a Solimán.

—¡Oh!, claro—repuso—. Aquí todos somos franceses.

La contestación no expresaba del todo lo que yo deseaba saber. En realidad preguntaba si era blanco. Tuve, pues, que insistir, si bien dando un rodeo:

—¿Hay muchos blancos en Gorea?

Se me respondió que no había ninguno. Luego M. Dieng era negro. Pero Sableau, que adivinó ya de qué quería informarme, me indicó que M. Dieng era una persona distinguidísima, antiguo oficial del ejército y caballero de la Legión de Honor. Él también le conocía, y a sus hijas, que eran unas muchachas muy monas.

Yo pensé que lo serían; pero «en el sentido zoológico de la palabra». Mas pronto vi que me equivocaba, pues al pasar ante la iglesia encontramos a una de las señoritas Dieng, que salía de misa. Mlle. Marie Sophie es una negrita muy elegante y muy graciosa.

Estaba realmente atractiva con su traje de hilo blanco y su salacot. Esto de que los negros usen salacot tiene mucho de cómico. El salacot hemos de usarlo los blancos, para evitar que el sol senegalés nos toque en la cabeza, ocasionándonos la muerte fulminante por la congestión denominada *coup de bambou;* pero a los negros, tan senegaleses como el sol, el salacot no les es necesario ni para evitar que se les oscurezca la piel. Lo usan, sin embargo, por presumir, por imitar a los blancos. Y les sienta muy bien, haciendo resaltar su negrura aureolada de blancor.

Mademoiselle Marie Sophie resultaba muy mona, tomando la palabra en buen sentido. Y, sobre todo, tan amable... En cuanto se nos reunió mostróse encantada de nosotros, cortés al extremo y sonriente sin interrupción.

E igual que ella toda su familia. M. Dieng nos recibió en los umbrales de la casa, donde nos introdujo con afabilidad propia para huéspedes queridos. La señora y la otra señorita—Mlle. Lucille, más joven y tan simpática como Mlle. Marie Sophie—se desvivieron por complacernos. Y los niños—unos negritos que parecían de juguete—nos contemplaban embelesados.

Tras de servirnos el aperitivo en el patio, pasamos al comedor, siendo obsequiados con un magnífico almuerzo. Después acudieron otros negros invitados a tomar el café con nosotros. Y, finalmente, se hizo música para que pudiésemos bailar con las muchachas.

Fué todo una fiesta, un festival completo, organizado por los negros en honor y para beneficio de unos blancos, dentro del almacén de la esclavitud, sobre el suelo de la isla de Gorea, que ha de estar impregnado hasta lo más profundo por la sangre y las lágrimas de su raza que hizo verter la raza nuestra.

Los negros, generosos y elocuentes, han olvidado.



Los depósitos donde se guardaban los negros esclavos, y que hoy custodian negros libres

NUESTRA CONCLUSIÓN

Recordábamos nosotros, empero. Recordábamos todo el historial infame de la esclavitud. Recordábamos que hicímoslos esclavos y qué trato los dimos.

Para el duro trabajo de la construcción, de la agricultura y de la minería, no servían los indígenas americanos. Y entonces pensamos cautivar los fornidos habitantes del centro de África y transportarlos a América.

Puestos en contacto con los negros, lejos de intentar civilizarles, fomentamos su salvajismo, llevándoles a guerrear incesantemente entre sí, para que, a costa de mucho morir y matar, lograse cautivos. Esto bien demostrado quedó cuando, perseguido el comercio de esclavos, disminuyeron grandemente las guerras entre los negros y cesaron casi por completo al suprimirse aquél.

Logrados así, con muertes y ruinas, con el azote de la guerra, los esclavos, daba comienzo su éxodo terrible del interior a las costas, sucumbiendo a millares en los largos caminos, que pronto señalaban las filas de los esqueletos de aquellos que mataba la fatiga.

Después seguía la mortandad en los depósitos. Y, al cabo, los pocos supervivientes llegaban a los lugares de su destino para ser en ellos objeto de la más cruel inercia. Los golpes físicos y los golpes morales caían de continuo sobre el cuerpo y el alma de los esclavos.

El látigo, el cepo y la horca fueron los instrumentos de dominación sobre ellos. El amo les flagelaba. les encadenaba y les colgaba por el menor motivo, y hasta sin motivo alguno. Podía a su capricho golpearlos, torturarlos y hacerles morir. Eran en su poder igual que bestias explotadas, sin límite alguno en la explotación.

Se les hacía aparejarse para procrear nuevos esclavos que aumentasen la riqueza de su poseedor. Y no podían elegir la pareja, que era el dueño quien se la designaba, ni conservarla luego, pues que el dueño los separaba cuando le convenía. Igualmente, vendiéndoles, separaba a los hijos de los padres el amo, insensible ante el sacro amor paternal.

Recordábamos todo esto, y veíamos que todo esto no se realizó con animales, sino con hombres y mujeres inteligentes y dignos. Negros eran, lo mismo que los esclavizados hasta hace poco, nuestros anfitriones y los amigos que vinieron a ayudarles a obsequiarnos.

M. Dieng, laureado militar que luchó en defensa de la causa de la democracia contra el imperialismo; su distinguida esposa, dama señorial, que tan bien sabe recibir forasteros; sus hijas, mujercitas modernas, empleada Marie Sophie en la Delegación de Finanzas, y futura maestra superior Lucila, y un M. Dumalle, doctor eminente y sabio erudito, que nos ha asombrado con sus conocimientos sobre la literatura española, sin contar a nuestro acompañante el príncipe Solimán, aristócrata negro al que ya quisieran parecerse muchos aristócratas blancos.

Y de hombres y de mujeres así hicimos esclavos, tratándoles material y moralmente como bestias... Que ello fué una duplicada infamaia es la conclusión que sacamos de la visita al almacén de la esclavitud.

Fotos Alfonso

LUIS DE OTEYZA





IDENTIFICACIÓN

En las paredes del neumático hallará Vd. una silueta plateada del símbolo Double Eagle, el águila y el aguilucho-marca universal de calidad suprema, símbolo de la combinación Goodyear de la madura experiencia con el impulso juvenil que ha llegado a producir el neumático de los neumáticos.



DOUBLE EAGLE
el neumático supremo

Los ingenieros de Goodyear han trabajado más de un año preparando este neumático sin par. El resultado es digno de la reputación de la primera fábrica de neumáticos del mundo. Por su calidad llega a una altura a la que no alcanza ningún otro neumático que se le compare. Puede considerarse como un neumático de lujo, dedicado a las personas para quienes el precio es cuestión secundaria o que exigen un tipo extraordinariamente bueno. Si le dijéramos el número de kilómetros que este neumático puede correr en condiciones usuales, Vd. creería que abusábamos de su credulidad. La resistencia de su banda de rodamiento y de su tejido aleja casi totalmente la posibilidad de una ruptura o de un pinchazo. Una vez construído, y antes de lanzarlo al mercado, ha sido sometido a las más severas pruebas de velocidad y resistencia en toda clase de carreteras. Double Eagle, triunfante ya de todas estas pruebas, es ofrecido hoy al público.

Goodyear fabrica una cámara Double Eagle igualmente superior y resistente para el neumático Double Eagle

GOODYEAR

MADRID - BARCELONA - BILBAO - SEVILLA

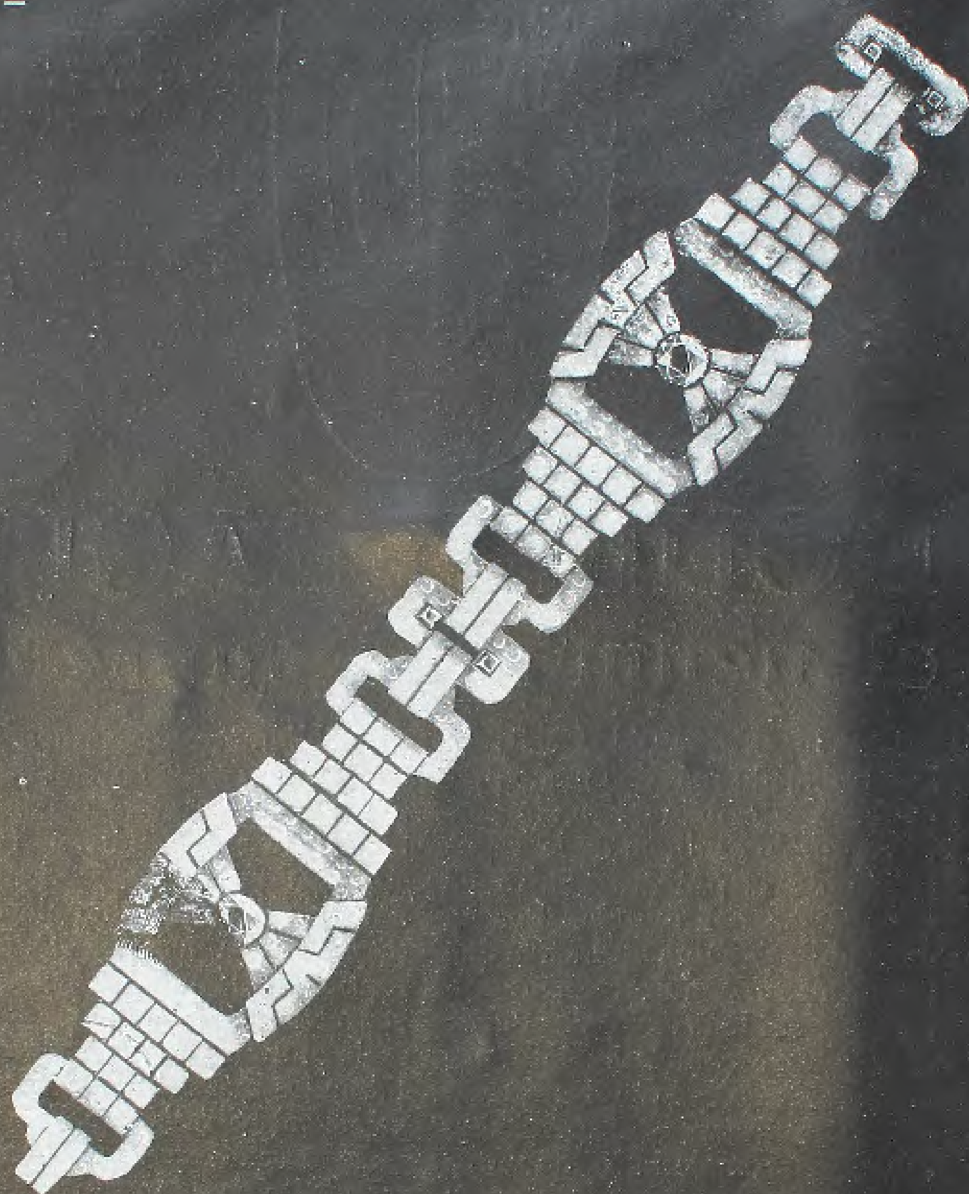


BROOKING

JOYERO

AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 17

MADRID





CACERÍA REGIA EN LORANQUE



S. M. el rey con el general Primo de Rivera en un puesto de ojeo.

SOBRE el maravilloso fondo de los campos toledanos de Loranque, los condes de Floridablanca ofrecieron a S. M. el rey, al infante don Jaime, al general Primo de Rivera y a otras aristocráticas personas, una fiesta cinegética, que ha revestido toda la brillantez que se requiere para el

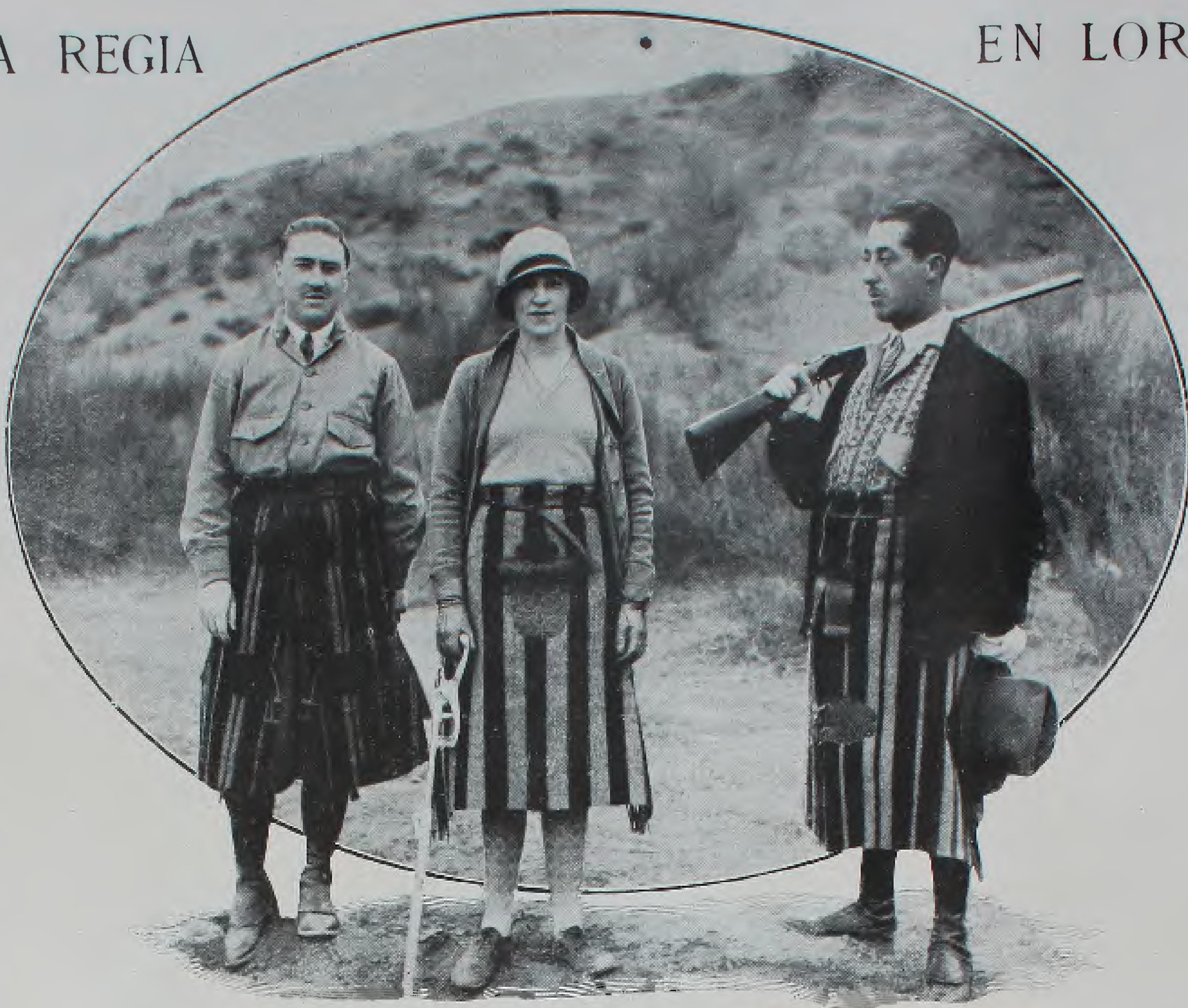


S. M. el rey, infante don Jaime, general Primo de Rivera, condes de Floridablanca, Maceda, Garvey, Mora, Finat, Altamira; duques de Montealegre, Fernán-Núñez y Grimaldi, y marqués de Manzanedo.

CACERÍA REGIA EN LORANQUE

cultivo de tan castizo deporte y que los condes han avalorado con su proverbial gentileza y con su acostumbrado buen gusto. Cobráronse numerosas piezas y los regios cazadores, asi como sus distinguidos acompañantes, pudieron contemplar cómo los condes de Floridablanca saben rendir su tributo gallardísimo a las tradicionales costumbres, en que a la vez que se ejercita el cuerpo haciendo vida de campo, florecen las sonrisas del buen tono, en la distinción hospitalaria que los dueños de Loranque han desplegado, deseosos de atender a tan egregios huéspedes.

Ofrecemos en estas páginas algunos aspectos de tan interesante fiesta.



Los condes de Altamira y el duque de Montealegre.



Los concurrentes a la cacería regia de Loranque contemplando las piezas cobradas en un ojeo.

CACERÍA REGIA EN LORANQUE



Los aristocráticos cazadores, a las puertas del Ayuntamiento del pueblo de Bargas, esperando la llegada del rey .para dirigirse al monte.

En ella tomaron parte catorce de las escopetas más escogidas y se celebraron seis ojeos, con un total de piezas cobradas de 930, entre perdices y liebres, demostrándose así la importancia de la cacería regia de Loranque el Grande, en cuyo Quinto de Serranos se corrieron los mejores ojeos, que resultaron muy movidos y proporcionaron discreta ocasión de lucimiento a tan distinguidos huéspedes de los condes de Floridablanca.



El conde de Floridablanca.



El infante don Jaime, con los condes de Floridablanca, dirigiéndose a los puestos.

(Fotos Marín.)



María Teresa Santa Cruz y Bahía, hija de los barones de Andilla.

GRAN MUNDO



Los condes de Yebes a su llegada al puerto de Nueva York (Foto Marín

S. M. la reina e infantes, a su llegada al chalet, son recibidos por los aristocráticos cazadores.

CACERÍA DE GAMOS EN LA VENTA DE LA RUBIA



Un grupo de cazadores.



Las jaurías disponiéndose a comenzar la caza.



S. A. la infanta doña Cristina con don José Creux, preparados para tomar parte en la cacería.



S. A. la infanta doña Beatriz esperando el momento para comenzar la cacería.



S. M. la reina con el marqués de Torneros y el príncipe de Hohenlohe.



Señorita María Rosa, una de las gentiles amazonas que tomaron parte en la cacería.

(Fotos Marín.)

GRAN MUNDO

UNA BODA ARISTOCRÁTICA



La señorita Carmen Miniaty y D. Enrique Meneses firmando el acta de sus desposorios, en la capilla del Cristo de la Salud.

El miércoles día 26 del pasado mes de diciembre se celebró con toda solemnidad, en la capilla del Cristo de la Salud, el matrimonial enlace de la señorita Carmen Miniaty con nuestro director, D. Enrique Meneses.

Bendijo la unión el rector del Cristo, D. Félix del Campo, y fueron apadrinados por la madre del novio, D.ª Patrocinio Puertas, y por el padre de la novia, señor conde de Miniaty, firmando el acta matrimonial en calidad de testigos el marqués de la Pezuela, el barón de Fuente de Quinto, D. José Antonio García de Castro y D. Julio Fleischner, por parte de la señorita de Miniaty, y el conde de Guadalhorce, ministro de Fomento; el de la Cimera, el marqués de Laurencín, el de San Juan de Buenavista y D. Agustín Meneses, por parte del novio.

Después de la ceremonia religiosa se sirvió a los invitados un exquisito *lunch* en el salón reservado del templo.

Los nuevos esposos salieron a visitar varias ciudades de Inglaterra, Francia, Austria, Hungría e Italia.

Unidos a los señores de Meneses por lazos tan leales, COSMÓPOLIS les desea una inalterable luna de miel y muchas venturas en su nuevo estado.



Siempre en la cumbre
se encuentra el
VIVA SIX
15 CV
RENAULT
RENAULT
6 cilindros
PUBLICITAS

GRAN MUNDO



Carmen de Miniaty, hija de los condes de Miniaty, que ha contraído matrimonio con nuestro director D. Enrique Meneses.



(Fotos Marín)

Los nuevos esposos ante el altar del Cristo de la Salud, rodeados de los padrinos y testigos de su boda



El Palacio-Museo de Cerralbo

LOS TESOROS DE MADRID

EL MVSEO CERRALBO

RELICARIO DE TODAS LAS ARISTOCRACIAS

TARDE soleada de diciembre. La roja fortaleza hermética del Museo Cerralbo, erguida cerca de lo que fué montaña del Príncipe Pío y ya va siendo uno de los mejores barrios del Madrid cosmopolita, nos abre gentilmente las puertas de sus salones para que nuestra curiosidad de reporteros, ávidos de ofrecer al público una nota de máximo interés, pueda sentirse satisfecha.

He aquí un tesoro de Madrid que casi no conocen los madrileños. Débese a la prócer munificencia del Excmo. Sr. D. Enrique de Aguilera y Gamboa, décimoséptimo marqués de Cerralbo, cuya vida de devoción y de lucha fué como una gloriosa síntesis de diversas actividades, que unió a las virtudes heredadas por imperio de su sangre noble las inquietudes propias de su espíritu también aristocrático: amor al estudio de las cosas antiguas infiltradas de perenne juventud.

Coleccionista insigne, arqueólogo eminente y erudito y artista, su último y más gallardo gesto ha sido el de legar sus colecciones valiosas, las que adquiriera y cuidara con tanto entusiasmo y con tan decididos fervores, al Estado español. Madrid ha recibido el regalo espléndido, dispuesto a glorificar debidamente el nombre de su benemérito donante.

Nosotros queremos ofrecerle aquí una muestra de la devoción que sentimos por la grandeza de su obra. No son propicios los tiempos que corren a los desprendimientos de tan alto desinterés y urge por ello destacar con toda eficacia los casos en que, como en éste, un espíritu noble ha pospuesto los intereses particulares de su sangre al interés común de la patria, dotándola de un palacio-museo, al estilo de los que existen en otras naciones para que pueda ofrecerse a todo el mundo una visión justa de cómo vivían los verdaderos hidalgos de la España grande.

Interesantísima figura de la vida española en estos últimos tiempos, era la del marqués de Cerralbo. Aparte sus ideas políticas, que habremos de respetar, tuvo siempre un gran amor a todo lo que recordaba la gloria de su pueblo. Sus estudios personales y sus abundantes aportaciones metálicas acudieron a cultivar ese ideal patriótico suyo. Los Museos Nacionales de Ciencias y Arqueológico han recibido sus colecciones de Arqueología, y las Academias Española, de la Historia y de San Fernando recibieron legados cuantiosos para conceder premios a los autores españoles que más sobresalgan en el estudio de los problemas históricos alimentadores de la predilección de toda su vida.

La lectura del testamento de este caballeroso marqués de Cerralbo, hace pocos



El marqués de Cerralbo.

LOS TESOROS DE MADRID

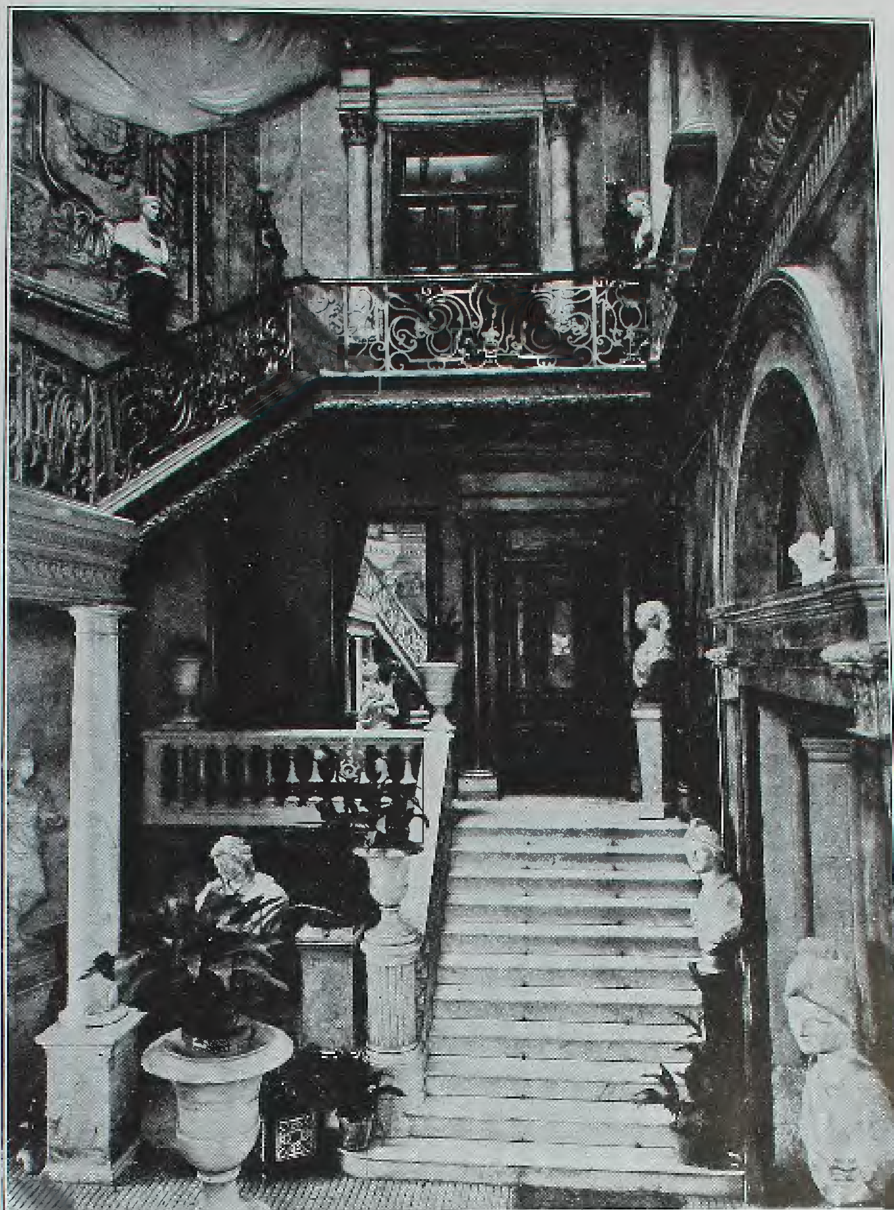
años fallecido, es una vibrante página de alto sentido ético y moral, presentándonos al ilustre marqués como un esforzado paladín de la Historia y del Arte, cuyos ímpetus vigorosos florecen radiantes de gloria en su palacio-museo para ejemplo y admiración de las generaciones venideras.

La obra del marqués se lleva adelante con toda eficacia. El Patronato de su institución ha puesto al frente de las colecciones del palacio a un hombre sabio y modesto, de cuya fructífera labor en las investigaciones arqueológicas hay pruebas evidentes en los libros que ha publicado. Bastará citar su nombre: D. Juan Cabré y Aguiló, miembro de la Junta Superior de Excavaciones y del Centro de Estudios Históricos, además de pertenecer a otras meritísimas e ilustres corporaciones nacionales y extranjeras. Pero tanto como su sabiduría se destaca su bondad, sin aparato ni retoques. Tipo edificante del sabio verdadero, con todas sus grandezas de espíritu y todas sus ingenuidades de corazón. Él ha sido el amable guía que nos ha paseado a lo largo de los amplios salones del palacio-museo. Su palabra docta y sencilla, sin deslumbramientos oratorios, nos ha ilustrado sobre la riqueza que allí se guarda.

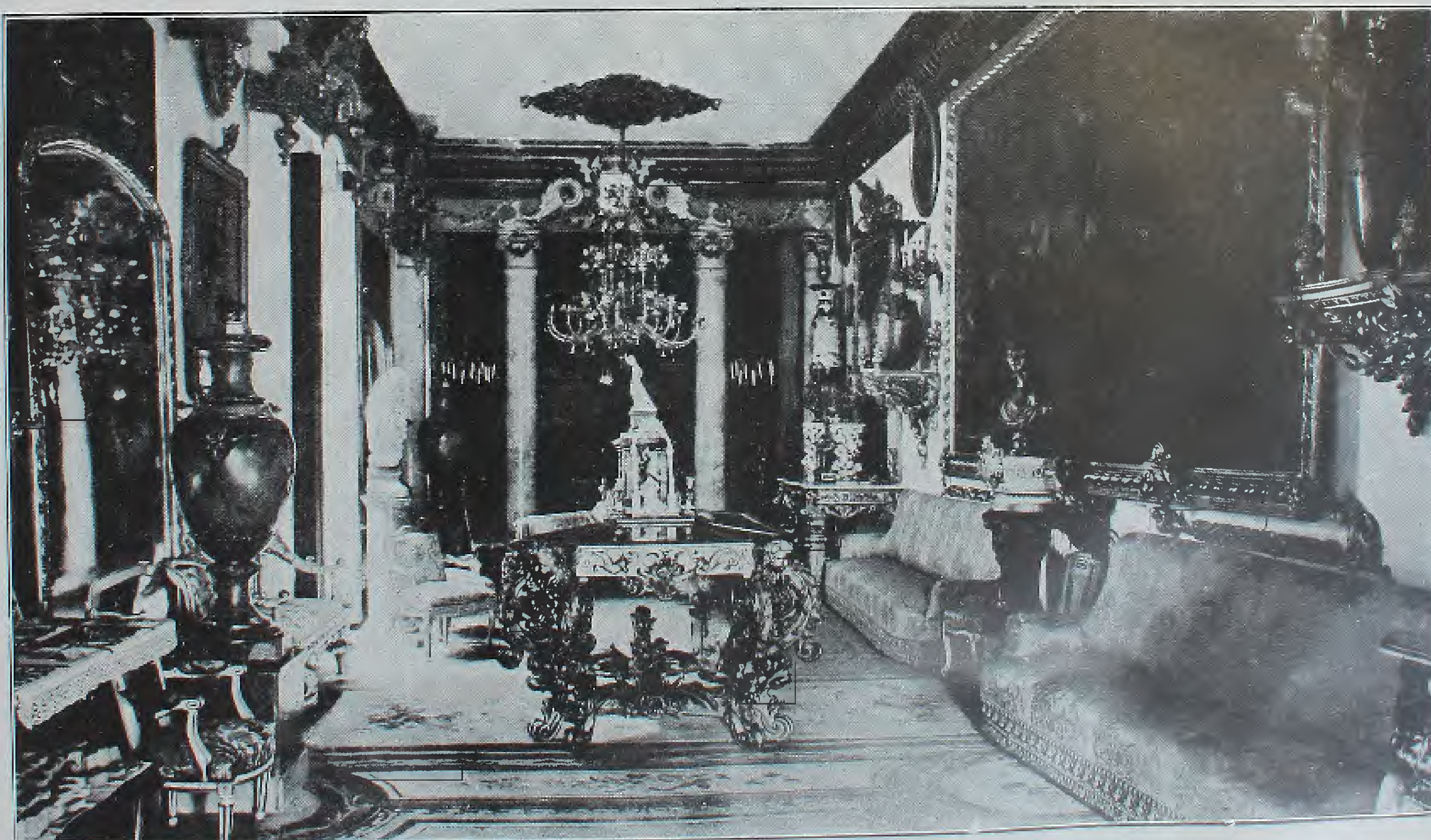
En una soleada tarde de diciembre, que ponía luces melancólicas de oro viejo en los árboles de los jardinillos próximos, el cronista, yendo en la gustosa compañía de nuestro director artístico, ha traspasado los umbrales del palacio evocador.

Y ambos, prendidos de maravilla en maravilla, los espíritus engarzados al hilo de las palabras del director del Museo, han vivido unas horas de intensa emotividad artística, de espaldas al horrísono estridor de los inquietos motores de hoy y frente a frente de las dulcedumbres armoniosas de un ayer dorado por la gloria del arte.

Ya la gran escalera de honor se nos ofrece como una estampa señorial. Cuelgan de las paredes valiosos reposteros de Bruselas y la baranda es la misma que perteneció al edificio que



Vista parcial de la escalera de honor.



Galería de retratos de los señores de la casa.

LOS TESOROS DE MADRID

fué palacio de la reina D.ª Bárbara de Braganza, cuya presencia en éste de Cerralbo es una página de la España demoledora que no queremos evocar. Triunfan en esta escalera clásicas reproducciones de mármoles riquísimos: Una réplica de la Venus de Arlés, una alegoría de la Tierra y quince bustos antiguos en mármol blanco de emperadores romanos y de personajes franceses del siglo XVIII. Pinturas modernas de Soriano Fort, conmemorando episodios heroicos de los antepasados de la casa. Presidiendo el conjunto monumental de estucos y de mármoles, vemos allí el célebre cuadro de Antonio de Pereda, pintado entre 1652 a 1656, *Santo Domingo en Soriano*.

Es ahora el salón-armería el que nos ofrece la sugestión viril de su riqueza. Los cuadros y reposteros, los sitiales de nogal tallado, los viejos tapices góticos, las sillas de nogal y cuero y hasta una litera de estilo Luis XV, armonizan en contrapunto maravilloso con la cantidad y calidad de las piezas guerreras reunidas allí. Once arneses de guerra del siglo XVI y principios del XVII, uno de ellos procede, según tradición de la casa, del primer conde de Alcudia, D. Pablo Fernandez Contreras, almirante de la escuadra española, vencedor de la armada holandesa en 1635. Hay, ademas, otras antiguas armaduras, petos y hombreras y piezas diferentes ricamente cinceladas; hay una celada del siglo XVI, capacetes de infantería, morriones, borgoñotas y bloqueles. Piezas de jineta, las hay variadísimas; una silla de montar completa del siglo XVI; bocados, estribos y borrenes y capizanas.



Un aspecto del salón de baile.

Las armas blancas están representadas dignamente por las firmas de los mejores espaderos nacionales y extraños; las hay con la guarnición de lazo, de cazoleta, de taza... espadines de corte del siglo XVIII; dagas, estiletes y puñales; alabardas, corzas, partesanas, espontones, picas, azagayas y rejoncillos, como versos sueltos de un poema de guerra, en el que las gallardías de la raza jugaran papel muy destacado, se unen a las armas de fuego para completar la evocación: bombardas del siglo XV, culebrinas, cañones, arcabuces, arcabucillos y escopetas, tres de ellas debidas a los más famosos arcabuceros de cámara; pistolas, un fusil, y hasta diez frascos de pólvora y algunas ballestas de caza...

El saloncito árabe, que sirve de paso al salón-estufa, contiene una gran variedad de armas blancas de carácter exótico, coloniales, de Oceanía, de África y otros países, como complemento de las armas que ya hemos admirado. Hay allí objetos etnográficos, telas con bordados populares e indígenas, y la nota saliente la dan cuatro armaduras de guerreros orientales, de cobre y esmaltes lacados y cintas de colores.

Pero henos ahora mudos ante la contemplación de las maravillas



Pinturas del friso y del techo del salón de baile.



Salón comedor.

LOS TESOROS DE MADRID



Tapiz representando la vuelta de Ulises.

que se exhiben bajo la esbelta techumbre del salón-estufa. Vemos aquí tapices de Bruselas de diversos siglos, representando múltiples escenas, guerreras o bíblicas o mitológicas; hay uno del tipo de los llamados *verderones* que, según nos dice nuestro amable guía, se puede considerar como uno de los más bellos de los de su género.

Admiramos pinturas de diversas escuelas: un busto de viejo atribuído a Carducho; el *Retrato de un duque de Alba,* por Mengs; un *Caballero desconocido,* por Bartolomé Van der Helst; y destacándose con la virilidad de un arte siempre joven, dos dibujos a la sanguina, una *Cabeza de joven,* atribuída a Ribera, y un *Varón barbado,* de Rubens. Pero la joya de mayor aprecio de esta estancia es el medallón con un bajo relieve, de barro cocido y vidriado, obra de Lucca Della Robbia, donde se admira la Adoración de la Virgen, como una sonrisa fragante del Renacimiento italiano.

Y el busto de San Jerónimo, admirable talla policromada del siglo XVII, de la escuela castellana, de autor anónimo, cuya reproducción ofrecemos aquí.

En varias vitrinas y estantes, sobre tableros de mármol y repisas, hay expuestos innumerables objetos arqueológicos; vasos griegos y ánforas romanas; armas ibéricas y joyas diversas, de las que el marqués de Cerralbo adquirió durante sus viajes por Europa, consideradas como de acarreo, pues, según nos informa nuestro sabio acompañante, las oriundas de las excavaciones practicadas por el propio marqués, cuyo estudio le dió un renombre internacional como arqueólogo insigne, las donó a los museos nacionales, según ya hemos dicho.

Mas ahora, prendidos siempre de las amenas lecciones que con tanta sencillez nos va regalando nuestro guía, penetramos en el salón de baile. Mármoles y telas, bronces y pinturas, espejos, cornucopias y lámparas, se combinan con elegancia suprema para producirnos la sensación de un rico sarao de la época isabelina. Todo danza suavemente a nuestro alrededor. Los espejos copian las pinturas del friso y del techo, donde un pincel joven representó la historia del baile a través de los tiempos. Y de la elevada tribuna parece que nos llega un dormido son de violines románticos; y que al punto nuestras abuelas, con las crinolinas de sus polisones y de sus miriñaques, van a dar comienzo al festejo, entre los fraques rojos y azules de los caballeros ceremoniosos y embigotados...

Pero ahora el salón de baile ha de convertirse en sala de conferencias del Museo, en la que las doctas palabras de los eruditos de prestigio más encumbrado pondrán las notas de su sabiduría donde antaño ponían las bellas las gracias de sus lánguidos valses y las acariciadoras armonías de sus tarantelas. Y el retrato del benemérito marqués, que allá en un rincón del friso, por capricho del artista, se muestra de espaldas al bullicio pictórico de los danzarines, agradecerá el homenaje de arte verdadero que habrá de rendírsele entonces.

París, 1º de Agosto, 1880.



Mi querido Marqués de
Cerralbo: Como me has
manifestado el deseo de
tener un recuerdo de mis
campañas, te regalo el
fajín que usé en el
sitio de Estella y batalla
de Dicastillo.
Dios te guarde
tu afectísimo
Carlos.

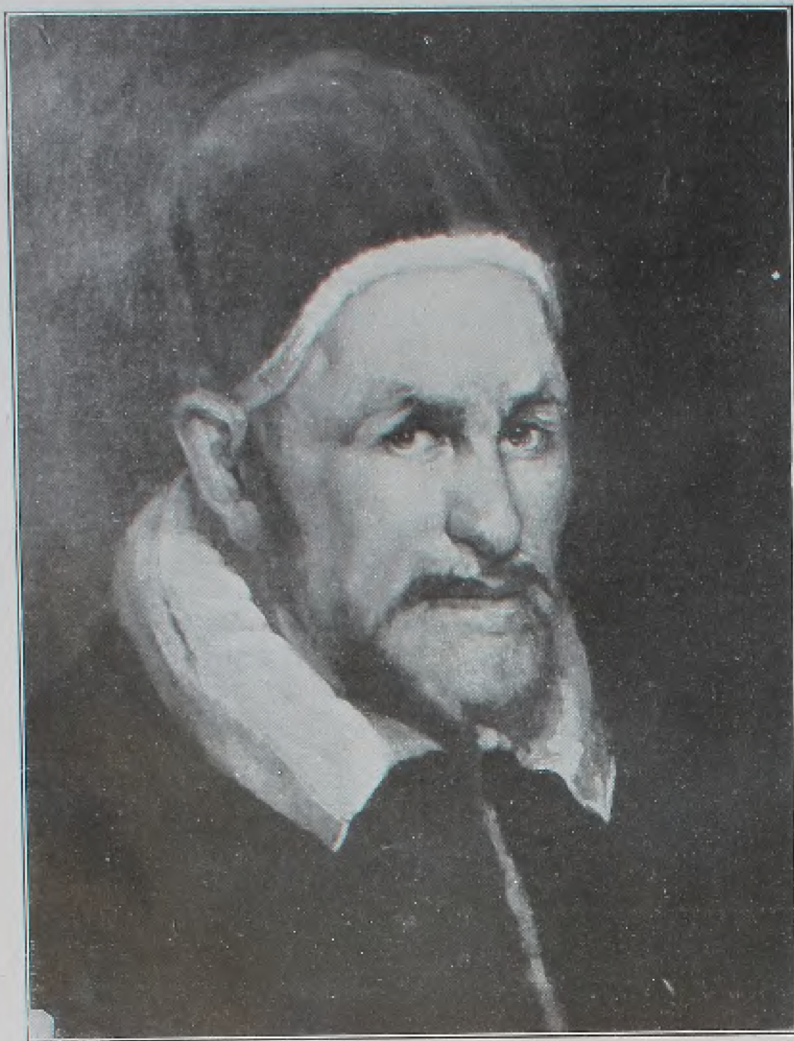
Un autógrafo de D. Carlos de Borbón, gran amigo del marqués de Cerralbo.



La celada del segundo marqués de Cerralbo.



Arnés de guerra del segundo marqués de Cerralbo, don Juan Pacheco, capitán general de la Coruña.



Réplica de la cabeza del Papa Inocencio X, original de Velázquez.



Autorretrato del pintor Mengs.

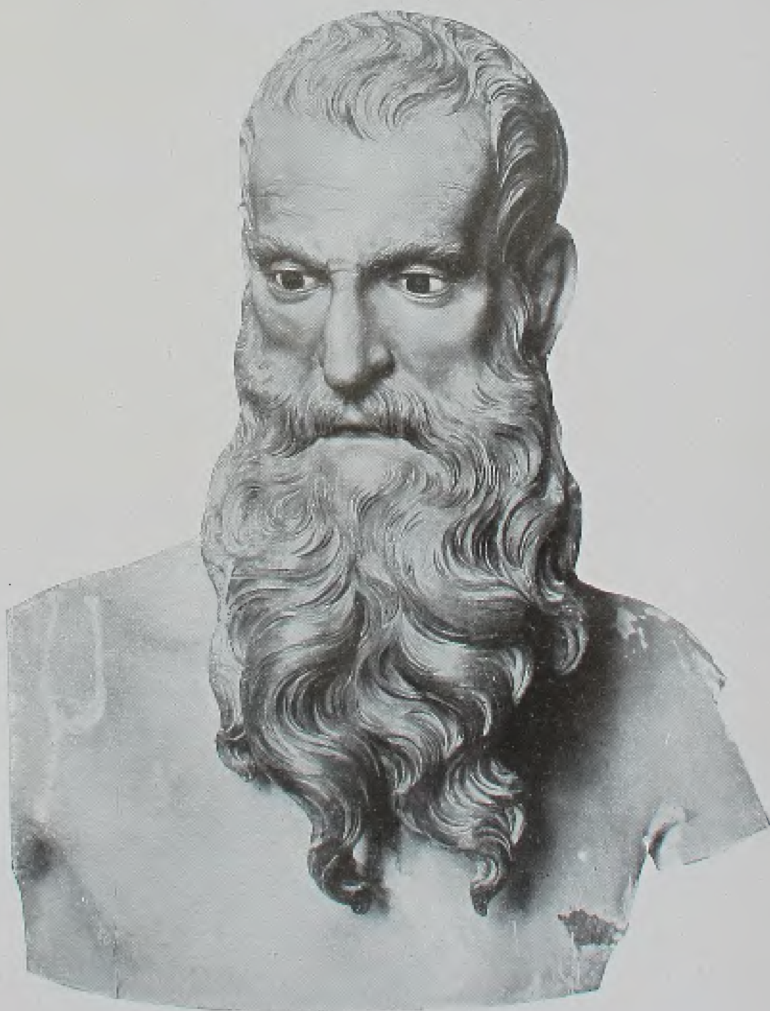
Sigue el encanto del paseo artístico a lo largo de las amplias galerías que comunican con tan espléndidos salones. Se amontonan en ellas las obras de arte con tal profusión y con riqueza tan inusitada, que entre el cúmulo de cuadros, tallas policromas, muebles costosos, columnas, porcelanas, tibores, arcones de nogal, lámparas de cristal de Venecia, consolas, vitrinas y otros muebles de ricas taraceas y de labores de mucho precio, la imaginación se exalta, se fatigan los ojos y quisiéramos devorar tanta y tanta belleza en un momento raudo.

Y sólo retenemos como gemas deslumbradoras, destacándose de tan vigorosa sinfonía de líneas y de colores, algunos nombres inmortales: aquel cuadro de Ticiano o del Veronés, este otro del Greco, una réplica de Velázquez, aquel de Alonso Cano y el lienzo maravilloso de Palma el Joven, en el que se ve al Papa Pío V ofreciendo el capelo al cardenal Pacheco. Se barajan nombres abrumados por el peso de tanta gloria, en las diversas escuelas de pintura, cada una de las cuales tiene aquí representación tan adecuada, culminando en esta auténtica Madonna de Van-Dick, descubierta por la perspicacia del maestro Gómez Moreno. Y hay otros mil y mil objetos sin clasificación posible en estas líneas.

En una vitrina de la galería de retratos de señores de la casa se guardan valiosas joyas y recuerdos personales de D. Carlos de Borbón al fundador del Museo, siendo la pieza más singular el gran collar de la Orden del Espíritu Santo, que ha poco reclamaba el pretendiente D. Jaime.

Hemos llegado a la biblioteca. En sus estanterías de nogal, sabina y caoba con tallas, solamente figuran 7.260 volúmenes que tratan de Historia y de Arte en general, pues tienen sitio en otro aposento las muchas obras de arqueología que el marqués anotaba personalmente, habiendo quedado como reliquias que aun no han sido expuestas al público. Hay también una gran colección de medallones y medallas, facsímiles y sellos de plomo, monedas obsidionales o de guerra y otras muchas curiosidades referentes a este ramo.

Sobre la mesa, junto a recuerdos vivos que manifiestan las predilecciones de su dueño, hállanse los cinco tomos manuscritos que contienen una parte de la gran obra inédita que sobre Arqueología granjeó al marqués tan justicieros lauros; la continuación de cuya labor la encomendó él mismo a este sapientísimo D. Juan Cabré, que ahora, en el recinto de la biblioteca, nos halaga rendidamente, ofreciéndonos diversas fotografías para ilustrar esta crónica, mostrándonos múltiples recuerdos del benemérito patricio y desplegando todas sus bondades para la mejor eficacia de nuestra visita. Oyendo hablar al sabio maestro y contemplando cómo nuestro director artístico embebe su mirada una y otra vez en las bellezas de un boceto de Velázquez,



Talla en madera policromada del estilo de Juan de Juni, representando a San Jerónimo.

LOS TESOROS DE MADRID



San Juan evangelista, del Greco.



«Un guerrillero», cuadro de Goya.

todo a nuestro alrededor parece aureolado por la gran sonrisa pálida del atardecer, oro viejo de ayer y de hoy, que en el estuche de este palacio ha fingido por un momento el resplandor de una gloria antigua, coronando la testa venerable del marqués enamorado de la Historia, cuyo fantasma dominador se aposenta en estos salones y mueve nuestra imaginación en severas sugestiones de otros tiempos.

Veamos aquí el salón-despacho. Todo parece aguardar a su dueño. La gran chimenea de ricos mármoles y bronces, flanqueada por dos columnas jónicas y en cuya campana se ostenta un monumental escudo; los muros se hallan tapizados con brocatel carmín y amarillo y franjas bordadas del siglo XVI; los zócalos son de nogal tallado, los frisos lucen bajorrelieves con escenas venatorias y escusones con cabezas relevadas y escudos de familia, de los que arranca la nervadura del techo.

Los muebles y otros objetos de adorno que invaden la estancia van a tono con el lujoso decorado de la misma. Cuadros y miniaturas y esculturas famosas. Y en uno de los ángulos del salón consérvase, como gran reliquia, el arnés de guerra que perteneció al segundo marqués de Cerralbo, don Juan Pacheco, siendo gobernador y capitán general de La Coruña, en 1592.

Cada vez más exaltada nuestra fantasía, en pleno delirio de ancestrales evocaciones, rendidos ya al encanto de las cosas bellas, continuamos nuestro deambular por aquellas salas. He aquí el salón-chaflán, con pinturas y muebles de la época de la Regencia, en el que se admiran también valiosas obras. Ved el salón de billar, convertido en capilla del arte pictórico, pues aquí se guardan muy sugerentes obras de los maestros más famosos; Pantoja, Mayno, Zurbarán, Velázquez, Tintoretto, Veronés, Van-Dick, Mengs, Goya y otros muchos de diversas escuelas. Y como siempre, los muebles a tono con el decorado general del salón, destacándose la mesa de



Retrato de Felipe III, por Pantoja.



«Apoteosis de la vida», original de Francisco Camilo.

LOS TESOROS DE MADRID

billar de estilo Luis XIV, que perteneció al rey Fernando VII.

Todavía en el salón-comedor, en el salón-imperio, en el vestuario y el salón de las columnitas, pueden los visitantes contemplar una larga serie de obras de variada catalogación, que aumentan con vívidos reflejos la deslumbradora majestad del conjunto que ya hemos admirado. Muebles y telas, porcelanas y cachivaches, tallas y pinturas, ofrecen la riqueza de sus abigarrados tonos y de sus líneas ágiles y graciosas o severas, o estilizadas, ricas en sugestiones múltiples...

Y cuando aún nuestro incansable guía nos refiere los tesoros que se guardan en otras dependencias del palacio, y nos dice de las obras de ampliación que han de efectuarse, levantando nuevos pabellones en el jardín para dar alojamiento a tantas joyas como aquí hallaron refugio, y nos habla de las aportaciones llevadas a efecto por la marquesa de Villahuerta, digna hija política del marqués de Cerralbo, ya que idéntico entusiasmo por la historia y el arte parece impulsarla, sentimos que un aura espiritual nos acaricia la frente, y bendecimos el nombre de nuestra España, que si así sabe criar sus hijos para gastarlos después en tan altas empresas, cundiendo el ejemplo, cada uno en la esfera de sus actividades, llegado será el día en que al resplandor de antaño pueda oponérsele un nuevo resplandor imborrable y único...



Dibujo a la sanguina, atribuído a Ribera.

Cuando, acabados los saludos de rigor, somos despedidos con tanta afabilidad como nos recibieron, gravita sobre nuestro espíritu la dulcedumbre de una carga gloriosa, que al salir a la calle se ha fundido con el inquieto temblor de las estrellas clavadas en lo alto, mientras que los trajines de la vida de hoy —rielar de luces eléctricas, ruidos de automóviles y tranvías, algarada ensordecedora de la ciudad en lucha constante— asestan la puñalada eficaz a nuestras ensoñaciones de un momento...

Allí, a las puertas del Museo Cerralbo, y en homenaje a la memoria de su fundador, ha deshojado el cronista la más encendida rosa de sus devociones juveniles. Y en estas líneas ha puesto el incienso de toda su admiración ferviente.

RAFAEL LÁINEZ ALCALÁ



«La conversión de San Pablo», cuadro atribuído a Escalante.

Modas



Traje de jersey en tres tonos de azul. Pañuelo de foulard marino.

Entre nosotras

por CIL

El secreto de la felicidad está en achicar el mundo y sentirse muy grande en ese pedacito de mundo nuestro.

JACINTO BENAVENTE.



UÉ es sentirse grande?—me preguntas, lectora.

Sentirse grande es sentirse en paz consigo mismo y con los demás. Es sentir que se ha contribuído con un grano de arena a la prosperidad y al embellecimiento de este mundo de Dios. Es saber que se ha dominado a ese espíritu maléfico que se esconde hasta en el interior de los seres más perfectos y que, siempre avizor, espera la ocasión propicia para surgir y vencer. Es sentir el renunciamiento. Sentir la abnegación. Sentir el sacrificio. Es hacer el bien por amor al bien...

Lectora, sentirse grande aunque sea ante el mundo reducido de nuestra propia conciencia, es una de las mayores felicidades que existe. No creas que para lograrla hace falta mucho. No pienses en hechos sublimes, ni en empresas heroicas. La vida diaria, amiga mía, se compone de pequeñas luchas, pequeñas contrariedades y pequeñas molestias que, para ser y hacer feliz, necesitas vencer con un gran dominio de ti misma y risueña adaptación.

Cuántas veces oímos decir en torno nuestro las frases de: «¡Yo

Modas



Mary Brian sonríe satisfecha... y puede estarlo: su amplio traje de glasé negro adornado con flores blancas y glasé blanco le sienta a las mil maravillas.

qué le voy a hacer si tengo este genio! ¡No es mi culpa el que tenga este carácter!», o «¡No lo puedo remediar, así soy!», dichas con fácil y cómoda resignación por seres molestos a sus semejantes, por seres *mal educados*. Si todos nos dejáramos llevar por los arrebatos de nuestra naturaleza primitiva, este mundo sería un verdadero infierno. Pero la humanidad tiene un freno, llamado educación en el individuo, civilización en los pueblos.

La educación, y aquí el sublime papel de la mujer como madre, comienza desde la cuna. Enseña al niño a refrenar sus malos instintos, sus ímpetus y arrebatos. Le enseña a obedecer, a seguir reglas fijas y, por lo tanto, a inclinar su cabecita ante lo irremediable. Al verse obligado a «comer de todo», a «caerse y no llorar», a ceder sus juguetes a sus hermanos y a no mentir nunca, el niño aprende, sin darse cuenta, la abnegación, el dominio de sí mismo, la aplicación de su fuerza de voluntad y el amor a la verdad.

Muchas madres, inconscientes de la enorme responsabilidad que han contraído al confiarles Dios la formación del alma infantil, estropean con sus mimos mal entendidos la naturaleza y el carácter de sus hijos. Otras, criminalmente despreocupadas, abandonan un problema tan delicado entre manos mercenarias y dejan a sus pequeñuelos encomendados a personas de cuya moralidad, mentalidad y carácter no pueden tener ni idea. El niño crece, la mala simiente va desarrollándose y, cuando hombre ya, se ve frente a la vida, no sólo no cuenta con las armas necesarias para vencer en el rudo combate, sino que siente hervir en él fuerzas negativas que le aniquilan o le impulsan al mal. Frecuentemente vemos confundir la educación con las formas sociales, que si bien son la parte exterior del asunto, no son su fondo ni lo esencial. Se puede tener una *tenue* irreprochable junto a una educación pésima y se puede desconocer por completo toda norma social y poseer, no obstante, un espíritu delicado y un carácter agradable.

El ser *bien nacido* no quiere significar ascendencia ilustre, sino esa educación completa de carácter, sentimientos y modales que la mujer, verdaderamente madre, da con su primera sonrisa a sus hijos.

Aquel que no ha tenido la suerte de recibir desde la infancia una buena educación, necesita mucha fuerza de voluntad, mucho anhelo de perfección para lograr adquirirla. Nada es tan difícil como arrancar de raíz todas esas malas hierbas que han brotado por descuido en los jardines de nuestra alma y de nuestro carácter. Cuando las creemos definitivamente desterradas, las volvemos a ver brotar con nuevos bríos, con nuevas fuerzas, y, sólo gracias a un cuidado de todos los minutos, de todos los instantes, podemos conseguir un éxito completo.

Sin embargo, hay un jardinero que con facilidad realiza verdaderos milagros. ¿Y sabes quién es, lectora? ¿Sabes quién es aquel que mágicamente cuaja de flores los terrenos más áridos? ¿El que pone resplandores de ternura en las miradas más secas, hace humilde al orgulloso y valiente al tímido?

Lectora, es el amor, es el cariño...

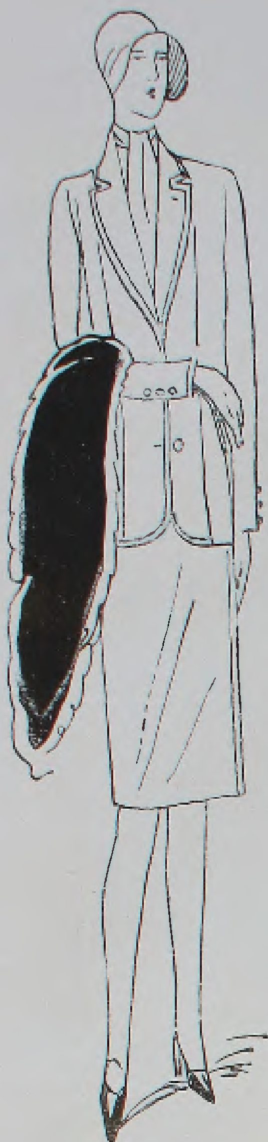
Por él, para agradar al ser querido, ha vestido la humanidad desde el principio de los siglos sus mejores galas; ha embellecido su cuerpo y ha embellecido su alma.

La mujer verdaderamente femenina posee naturalmente un don maravilloso: el de la adaptación. Casi intuitivamente conoce los gustos y aficiones del hombre a quien quiere, logra fácilmente las cualidades que le agradan y desecha todo aquello que pueda serle molesto. Con una sonrisa penetra en su existencia, con tierna solicitud se le hace indispensable y afianza, por lo tanto, su poderío. Aquella que, considerándose un objeto de lujo, sólo sabe disfrutar egoístamente de las diversiones y los placeres del hombre, sin tomar parte en sus luchas y preocupaciones, no puede aspirar al enorme ascendiente moral, al seguro y firme atractivo que sobre él ejerce la que, serena y abnegadamente, comparte los ratos malos de su



Abrigo de terciopelo chiffon negro guarnecido de armiño. Lo negro adornado con blanco sigue siendo la nota «chic» de esta temporada.

diaria tarea. Para recoger hay que sembrar. La inexplicable atracción de muchas mujeres que no son guapas, ni muy inteligentes, ni distinguidas, consiste, generalmente, en que dan al hombre todo aquello que necesita, todo aquello que le agrada. En el interior de todo hombre hay un niño que gusta de los pequeños cuidados maternos, de las atenciones pueriles. Una cadena se forma de eslabones, lectora, y la cadena del querer más que ninguna.



Un traje sastre recto y sencillo es siempre elegantísimo.
Modelo O'ROSSEN



Traje de noche de georgette rojo adornado en el escote con claveles del mismo color.
Modelo MOLINEUX

DE TODO UN POCO

UN GRAN MODISTO MADRILEÑO

Cómodamente instalada en uno de los grandes butacones de damasco rojo, veo desfilar ante mis ojos los numerosos modelos de la bella colección de Monfort. Abrigos de día prácticos y favorecedores... abrigos de *sport* cálidos y confortables... «ensembles» de maravillosa armonía... y trajes de noche amplios y vaporosos o ceñidos y envolventes...

Incansables desfilan las graciosas *maniquís* y, al contemplar el lujo de esta «mise en scène»—enormes salones tapizados de damasco, decorados y amueblados por mano de artista—, no podemos por menos de alegrarnos de que Madrid, nuestro hermoso Madrid, progrese de día en día y no tenga pronto nada que envidiar, bajo ningún aspecto, a cualquiera de las grandes metrópolis extranjeras.

Monfort no se contenta con presentarnos los modelos de los mejores modistos parisienses; es, a su vez, creador, y muchas de las más elegantes «toilettes» de su colección ostentan su firma que, sin duda alguna, pronto llegará a ser una de las preferidas de toda mujer «chic».

¡HASTA EN EL JAPÓN!

La propaganda deportista ha tenido en el Japón, gracias a la actividad de la campeona nacional Hitomi, un éxito resonante. Debido a los brillantes triunfos de esta atleta y a sus folletos y conferencias, acaba de ser instituída obligatoria la cultura física en todo colegio de niñas.

Dentro de nada, queridas compatriotas, nos van a dejar atrás en cuanto a higiene, desarrollo físico y cuidado de la salud y de la belleza estética, hasta los esquimales.



En París y con el nombre de «Nova-Colonia» se ha formado una sociedad compuesta por deportistas de color. Todos los domingos practican anamitas, martinicas, mulatas, criollas, negras y hasta árabes con verdadero entusiasmo *foot-ball, cross-country* y *baskett-ball*.

En Alemania dedican ya las niñas desde la escuela obligatoriamente ocho horas diarias a la práctica de los deportes, lo que representa un término medio de dos horas diarias. La federación deportista que preside el Dr. Bermann cuenta actualmente con ¡12.000 socios! Como en todo el país hay numerosos clubs femeninos y los innumerables masculinos tienen, casi sin excepción, una sección femenina, cuentan las mujeres con todas las facilidades para entrenarse y practicar el deporte que prefieran. En la próxima reunión internacional piensa Alemania asombrar al mundo con sus equipos femeninos.

OJOS CLAROS, SERENOS,

¡vuestro fin se aproxima! Según un célebre oculista americano, se oscurecerán dentro de unos años todos los ojos azules, verdes o grises. La luz eléctrica habrá tenido la culpa de este hecho, que podría ser muy triste, si no nos consoláramos pensando que también las brillantes pupilas de ónice y los ojos de terciopelo castaño «tienen lo suyo».

De georgette turquesa es este modelo juvenil. Un gran lazo del mismo color adorna el talle. *Modelo* JOSEPH PAQUIN

disfraces





Lectora: La vida vuela... Volvemos a estar en Carnaval y vuelves a pedirme que te inspire un disfraz original... En esta página encontrarás cinco lindos dibujos, que igualmente podrán servirte de modelo para ti como para tus pequeños.

PASTORA: Amplia falda-casaca (abierta delante) de glasé azul, adornada con incrustaciones en forma de rosas de glasé rosa y bordados de oro y plata. Pantalones de volantes de glasé rosa. Peluca blanc y sombrerito de glasé azul y rosa rosa. Bastón.

«SHERIFF»: Traje de falla beige. Ancho cinturón de cuero. Pistola. Lazo. Corbata, guantes de manopla y altas botas de cuero rojo. Estrella de metal. Enorme sombrero «ranchero» de fieltro beige.

TIO SAM: Pantalones a rayas blancas y encarnadas. Chaquetilla encarnada, forrada de negro. Guantes y enorme corbata negra. Sombrero de la misma tela de los pantalones, con un lazo de cinta encarnada con estrellas.

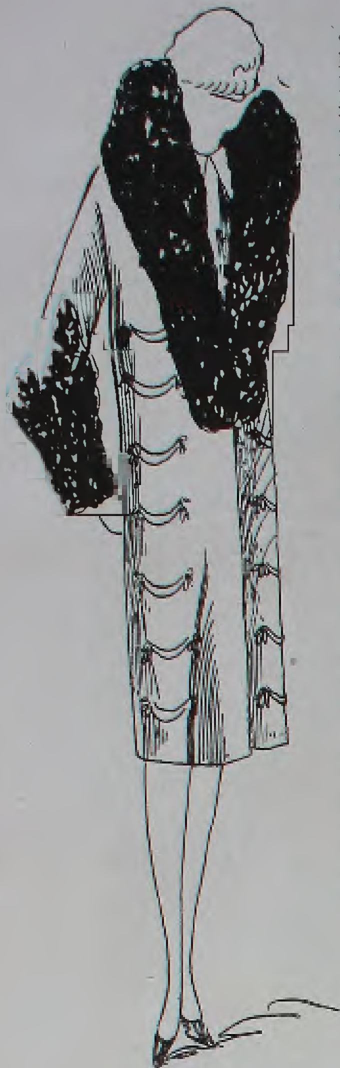
PASTORA WATTEAU: Amplio traje de terciopelo rubí, bordado con estrellas de oro. Pétalos del mismo terciopelo en forma de hojas y gran flor igual con cáliz dorado. Pamela de paja de Italia.







MODELOS DE WORTH


«Voltigeur»

Para el «trousseau» de la señorita de Miniaty ha enviado Worth los «croquis» que hoy ilustran estas páginas. No necesitan de adjetivos que los ensalcen. Ellos mismos se imponen y triunfan gracias a su elegancia de líneas y sus maravillosas combinaciones de colores. Estudiemos en ellos las nuevas tendencias de la moda.

TRAJES DE DÍA.—Colores: rojo guinda, azul marino, azul nattier, azul gris, oro viejo, mordoré, marrón oscuro, verde almendra, verde oscuro, negro, negro adornado con amarillo, negro adornado con azul nattier, negro adornado con beige y verde, negro adornado con verde pálido, beige rosado.

Telas: crepé satén, marroquí, «étamine», terciopelo estampado, pana, lanas esponjosas en trajes de poco vestir y en los abrigos de los «ensembles».

Hechuras: faldas en forma o con incrustaciones en forma. Vuelo caído. Cuerpos rectos y sin adorno alguno. Bufandas de la tela del traje. Mangas ajustadas, adornadas con grandes puños «mosquetero».

Abrigos: rectos, adornados con incrustaciones de la misma tela, guarnecidos de astracán o de Kid.

TRAJES DE NOCHE.—Terciopelo chiffon. Tul de grandes mallas. Gasa. Encaje. Ligeros bordados de «strass». Flores en el hombro. Vuelo a los lados y detrás. Falda corta delante que se alarga a los lados y detrás. El color preferente es el negro, adornado con rosa o con azul nattier.

«Perle grise», deliciosa creación de noche, es de tul y encaje gris humo. La falda, muy amplia y muy larga, sólo deja ver las piernas por delante. El cuerpo ablusa ligeramente sobre un cinturón d e cintas de diversos colores con adornos de strass.

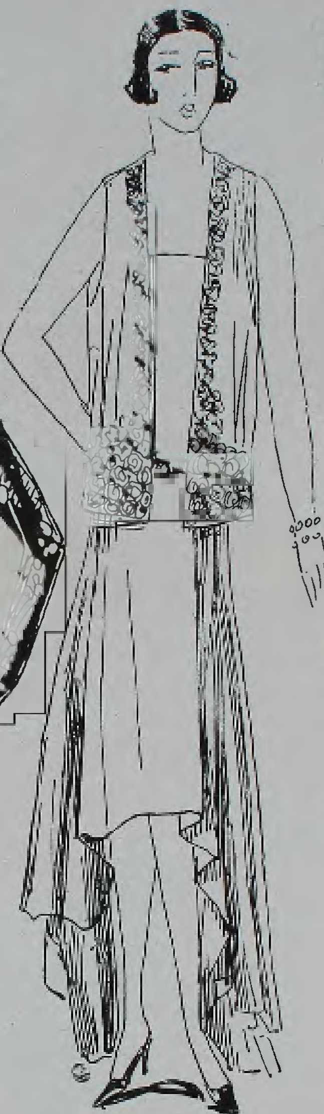
«Si j'osais», de gasa negra, tiene la parte alta del cuerpo de gasa rosa. Unas hebillas de «strass» adornan los hombros y el cinturón. La graciosa capa que completa el conjunto termina en anchos flecos y tiene una gran flor rosa en el hombro.

«Rayon d'or», de terciopelo chiffon, es también muy corto delante y sumamente largo a los lados y detrás. El vuelo está recogido en pliegues en torno a las caderas. Un bolero de tul del mismo color, bordado en «strass», completa este modelo.

«Voltigeur» es el nombre de este «ensemble» de día. El abrigo, de lana esponjosa beige, está guarnecido de astracán marrón. El traje, de pana marrón, tiene en la falda una incrustación en forma de capa y, nota graciosa y original, luce enormes puños y cuello de crespón beige.


«Si j'osais»


«Risque-tout»


«Rayon d'or»


«Rosalinde»


«Baccará»


«Une amie»

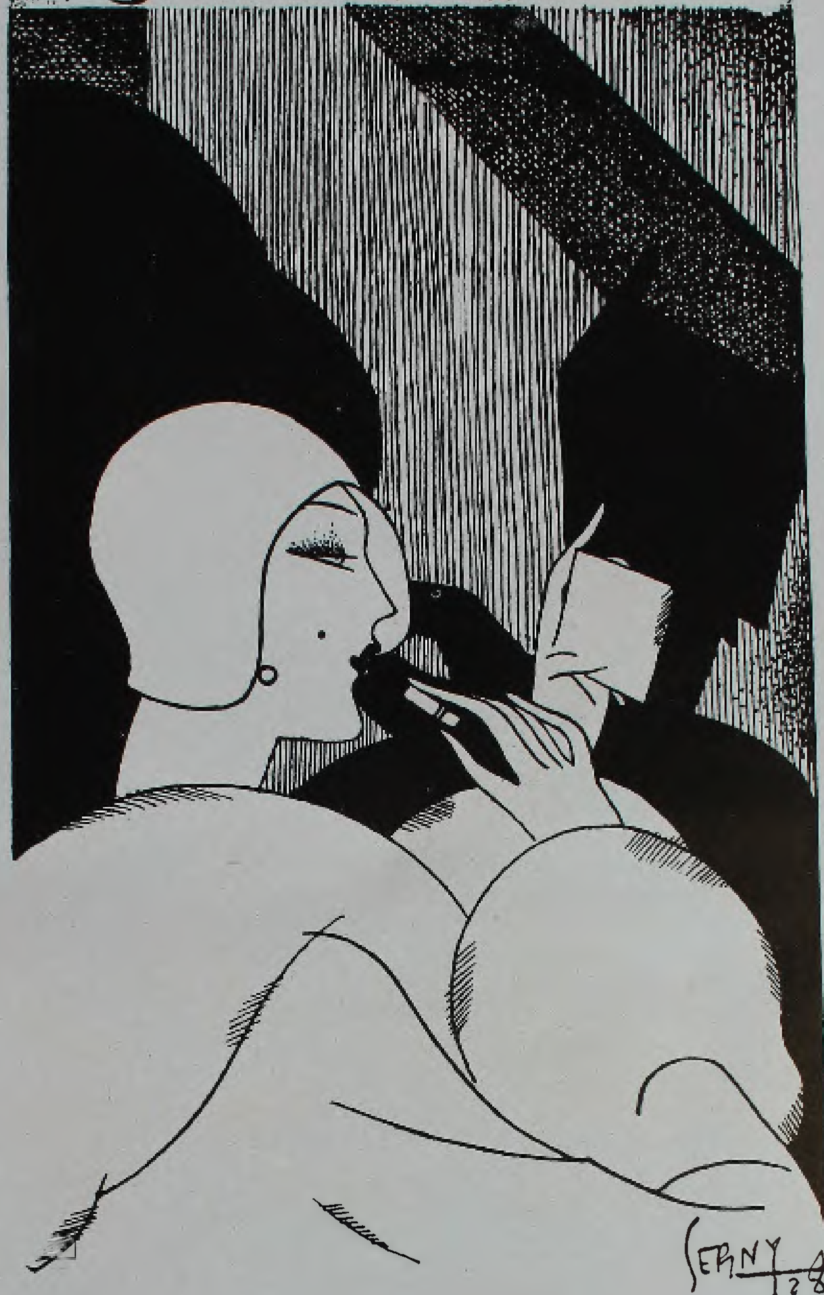
«Risque-tout» es un conjunto para tarde. De marroquí negro, está adornado con crespón de china amarillo y bordados en amarillo y negro. Una «écharpe» de crespón amarillo se enrolla en torno al cuello. La chaqueta, recta, sin mangas, permite ver las del traje, con sus grandes puños adornados de crespón beige y bordados.

«Una amie», otra «toilette» de tarde, es de crespón-satén negro con incrustaciones del lado mate de la tela. Todo el vuelo está a los lados y detrás. La falda es más corta delante. La corbata y los puños son de crespón georgette beige y falda verde pálido.

«Rosalinde», de terciopelo estampado burdeos y gris, tiene el vuelo repartido por igual en torno a la figura. El gran volante que forma la falda está montado sobre un canesú ceñido a las caderas. Dos cintas, rosa y gris, orillan el escote y los puños.

«Baccará», «ensemble» muy vestido, tiene la falda de terciopelo negro y la blusa y la chaqueta de terciopelo verde pálido. La falda forma canalones sobre un lado. Unas borlas verdes adornan la blusa; una guarnición de renard negro, la chaqueta.


«Perle grise»



EL CUTIS

Lo mismo que los ojos son el espejo del alma, el cutis es el espejo de nuestra salud. El menor cansancio, la menor impureza de la sangre, tienen sus inmediatos reflejos en la piel de nuestro rostro. Si desde niños nos enseñaran el arte de cuidarla, nos obligaran a dedicar un rato diario a nuestra cultura física, conservaríamos fragante y lozana esa suavidad y esa tersura que es patrimonio de la primera juventud.

Toda persona normal necesita de ocho a diez horas de descanso. Hay que acostarse temprano (nada avejenta tanto como el trasnochar seguido) y que levantarse temprano también.

Antes de acostarnos debemos limpiar la piel de nuestro rostro de toda impureza. Nunca nos acostaríamos sin habernos lavado antes los dientes, ¿verdad? Pues tampoco debemos hacerlo sin ver nuestra tez libre de todo aquello que durante el día la ha ido cubriendo. Considerad que el polvo de la calle, unido a la grasa natural de la piel y a los productos de maquillaje que se han aplicado en ella, forman una capa espesa que obstruye los poros e impide el perfecto y normal funcionamiento de las glándulas sebáceas.

Para limpiar bien nuestra cara cubrámosla de una ligera capa de una buena crema (o de aceite de almendras), que quitaremos después de un rato con una toalla de hilo fino o de papel. Una vez limpia la enjugaremos con agua tibia. En los institutos de belleza recomiendan encarecidamente no se use nunca jabón para el rostro, sobre todo si se posee un cutis seco. Hay numerosas «cremas limpiadoras» que, aunque contienen sustancias detergentes, no sólo no irritan la piel, sino que le son sumamente beneficiosas. Si el cutis es muy grasiento quiere un tratamiento especial. Lo mejor —dice un famoso dermatólogo—es lavarlo antes de acostarse con agua bastante caliente y tintura de jabón verde o con algún jabón que contenga una cantidad moderada de bicarbonato de sodio o de bórax. Si el cutis grasiento tiene espinillas, es recomendable lavarlo con agua de salvado.

Para cerrar los poros abiertos, debe usarse después de la crema limpiadora una loción astringente.

Las cremas deben aplicarse con un ligero movimiento de masaje. Este movimiento ha de ser siempre *hacia arriba*, para contrarrestar la natural tendencia de laxitud que tienen los músculos cansados por la edad o debilitados por negligencia.

CONSULTORIO DE BELLEZA

LONELY

Use sin ningún cuidado el Humo de Sándalo. Es completamente inofensivo. Ya sabía yo que sus tenues sombras le favorecerían.

MARISA

¡No pregunta usted poco! Lea el próximo número de COSMÓPOLIS. Desde la sección Higiene y Belleza contestaré sus numerosas preguntas.

UNA DEL PUEBLO DE PRIMO

¡Si viera usted la cantidad de consultas que recibo sobre el mismo tema! Lo único eficaz son las duchas locales de agua fría. Hay unos apa-



El maquillaje merece por parte nuestra profundas meditaciones. Estudiemos ante el espejo el color de nuestra tez... de nuestros ojos... de nuestro pelo... estudiemos la expresión de nuestro semblante y sólo después decidámonos por tales o cuáles productos.



Maravilloso para el cutis es tomar dos vasos de agua fría en ayunas. Para adelgazar es recomendable tomar uno solo de agua bastante caliente. Desengrasa el estómago.

Modas



Un bolero suaviza en la espalda la línea recta de este traje de georgette azul rey. En torno al escoté, rivière de brillantes. Modelo BEES



Paño negro y armiño. Modelo JENNY

ratos especiales para ese uso. En los catálogos de uno de los más conocidos grandes almacenes de París encontrará usted algo que le interesará. Se llama Venus Douche.

CANSADA DE VIVIR

No tiene usted edad para ello. Use el Sudoral, criatura. Parece mentira que por abandono se exponga a semejantes molestias, cuando tiene al alcance de su mano un desodorante perfecto.

ERA UNA VEZ...

Le recomiendo el Arrebol. Los lápices «Jugo de Rosas» dan, efectivamente, un color muy natural a los labios y son, además, muy consistentes. ¿Conoce usted el líquido del mismo nombre? Es aún mucho más *disimulado* que el lápiz y también da un color muy favorecedor.

FLOR DE METRÓPOLI

Sólo en un instituto de belleza pueden hacerle un tratamiento eficaz. Visite usted el de Elizabeth Arden, Alcalá, 71, y estoy segura que saldrá usted complacidísima. Pida su hora por teléfono; el número es 56.509.—Hágaselo en un color verde oscuro adornado con piel gris.

LUISILLA

Cuidando con continuidad sus pestañas logrará usted tenerlas tupidas y largas. Corte sus puntas y cepíllelas mañana y noche con un cepillito impregnado de aceite ricino. El cosmético, si es de buena clase, no las hace caer. Sombree sus párpados ligeramente con Humo de Sándalo y verá cómo adquiere su mirada una expresión interesante y atractiva.

¡VIVA COSMÓPOLIS!

La «Créme de France» de Elizabeth Arden es una preparación sedativa que protege el cutis normal y es especialmente adecuada para una piel demasiado seca. Evita la aspereza que producen el sol y el frío. Hace desaparecer las asperezas y escamas que afean con frecuencia los cutis faltos del aceite necesario. Úntese sobre la cara o el cuello, secándolos después con papel de seda Arden. Aplíquese antes de salir para proteger la tez y hacer que los polvos se adhieran.

LA DE LOS RUBIOS CABELLOS

Para hacer invisible el vello, le recomiendo mezcle, por partes iguales, unas gotas de perhidrol, unas de agua y unas de amoníaco. Empape en esta mezcla un algodoncito y páselo suavemente por el «bigote». A los pocos minutos notará usted un leve escozor. Aplique entonces sobre la piel irritada una capa de *cold-cream*. Haga esta operación por la noche, antes de acostarse, y al día siguiente verá el sorprendente resultado.

EVA

En la perfumería de Álvarez y Gómez, Sevilla, 2, venden todos esos perfumes de moda. También tienen allí esos de Perugia que a usted interesan.

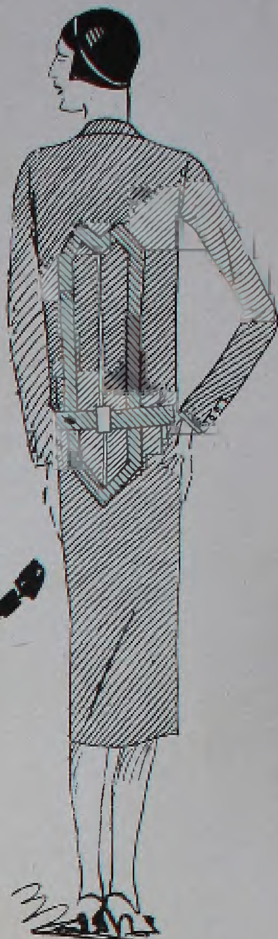
ASTURIANA

Esa venda está cortada de modo que se adapta perfectamente a las mejillas y a la barbilla y redondea las líneas feas e irregulares del cuello. Mantiene todos los músculos de la parte inferior del cuello en posición correcta. Se debe ajustar bien y llevar diariamente durante quince minutos.

LECTORAS QUERIDAS

¿Quién de vosotras quiere alegrar la estancia en África de un valeroso oficial de nuestro ejército? Se ha dirigido a mí solicitando mi ayuda para encontrar una linda y simpática madrina de paz... Mucho me gustaría complacerle. A la que lo solicite tendré mucho gusto en mandarle sus señas. Envíen sello.

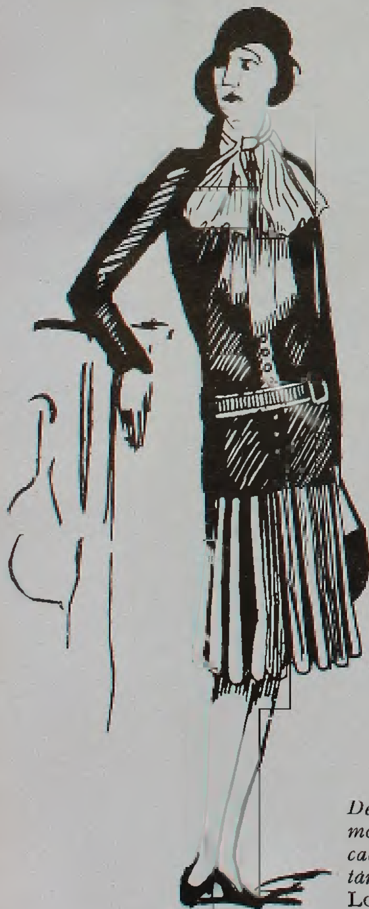
MARISA



Abrigo de «tweed» rojo y gris. Modelo O'ROSSEN



Abrigo de terciopelo de lana marino guarnecido de castor. Modelo JEAN PATON



De jersey «lencería» negro es este modelo. La blusa-chaqueta ciñe las caderas. Unos pliegues «sin aplastar» dan vuelo a la falda. Modelo LOUISEBOULANGER

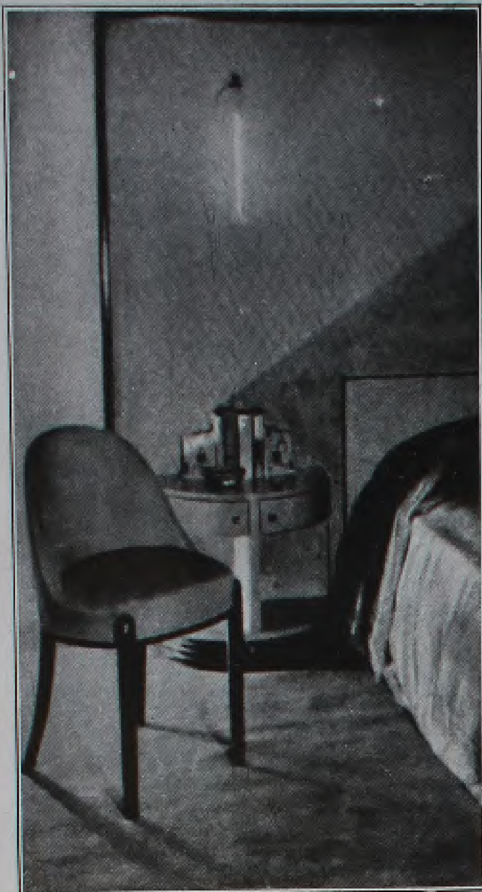


Este traje de noche, de falla negra, es de línea muy favorecedora. Una serie de volantes sobrepuestos le dan vuelo de un lado, conservando la silueta su esbeltez. Modelo IVONNE CARETTE



Las perlas más lindas.
Las piedras más preciosas.
Las monturas más bonitas.
Las carteras más finas.
Los relojes más perfectos.

El príncipe popular entrando en la Gran Joyería CARTIER, 13, rue de la Paix, PARÍS.



Mobiliario de laca gris y negro. Colcha de tisú de plata. Alfombra gris. Butaca forrada de terciopelo gris.

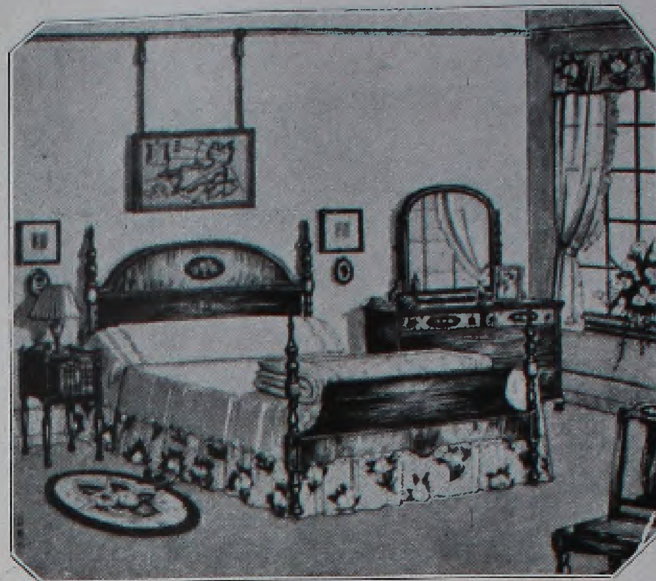
Nuestra casa

La alcoba debe ser la habitación mejor situada de la casa. Amplia y ventilada, aunque sólo la usemos para dormir. Frecuentemente vemos las mejores habitaciones destinadas a salones de recibo, mientras sus dueños se contentan «con cualquiera de esos cuartos que dan al patio». Cometen un atentado a la higiene y, por lo tanto, a la salud. Durante el sueño es cuando más aire puro necesitan los pulmones, y como dormimos con las ventanas abiertas, lo lógico es que respiremos el aire fresco y limpio de la noche y no la atmósfera viciada de los patios. Si es posible, debe estar situada la alcoba al mediodía, para que los rayos del sol caldeen la habitación y se pueda prescindir de la calefacción artificial, nociva, en la mayoría de los casos, a la salud.

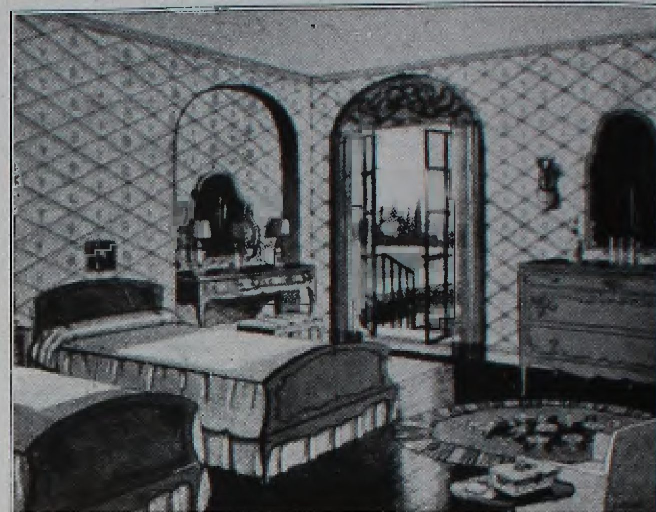
En estas páginas reproducimos unos cuantos modelos de cuartos de dormir confortables y alegres. Como veis, los muebles no pueden ser más sencillos. El aspecto risueño lo dan los detalles que ponen su nota de color, lo mismo sobre el mobiliario antiguo que Berkey & Gay nos presenta como sobre el de laca verde pálido de la casa Hathaway. Lo que nos demuestra que todos los estilos pueden resultar a la moda y bonitos si sabemos disponer los muebles de manera apropiada y artística. Ved el cuarto de dormir de Mrs. Vanderbilt en su palacio de la Park Avenue. Las camas «Simmons» de caoba no pueden ser más sencillas. Las colchas que las cubren y la de la amplia *chaise longue* son del mismo glasé oro viejo que vemos fruncido en lo alto de la ventana. El *store* de tul oro viejo deja filtrar los rayos de sol que bañan la habitación de una luz suavemente dorada. El suelo está alfombrado de un color algo más oscuro. Las cortinas son de damasco oro viejo y azul.

Sencillo y cómodo es el modelo de alcoba de la casa Landstorm. La colcha de reps de algodón azul nattier combinado con cretona hace juego con las cortinas de tul del mismo color. Muy original y bonita es la mesita junto a la cama destinada a dar cabida a unos cuantos libros.

De alegre colorido es el cuarto de dormir que nos propone Hathaway. Los muebles de laca verde pálido entonan maravillosamente con las colchas de glasé rosa pálido y los visillos del mismo color. Sobre el reluciente «parquet» vemos un tapete ovalado de fondo verde con rosas rosas.



Modelo Landstorm. U. S.



Modelo Hathaway.



Cuarto de dormir de Mrs. Vanderbilt en su casa de la Park Avenue, Nueva York.

Consejos útiles

UN GRAN ZAPATERO

es Blas Torrejón, Pasaje de la Montera, 9. Como nadie, hace el calzado a medida, lo mismo para señoras como para caballeros. Últimos modelos y precios económicos.

PARA LA ADQUISICIÓN

de alhajas, medallas, escapularios, artísticas esculturas de marfil del Sagrado Corazón, Purísima, etc., y relojes tengan presente los señores compradores la Joyería de Pérez Molina, Carrera de San Jerónimo, 29, Madrid, casa de gran confianza, teléfono 12.646.



EL NUEVO EDIFICIO DE LA EQUITATIVA (F. ROSILLO). Galería que da acceso a los despachos de la Dirección. (Foto Portillo)



Un aspecto de la exposición de la nueva fábrica de peines y objetos de concha, Florida, 11, de don ANTONIO BENITO

Esta fotografía reproduce la exposición de la nueva fábrica de peines y objetos de concha, recientemente fundada por D. Antonio Benito.

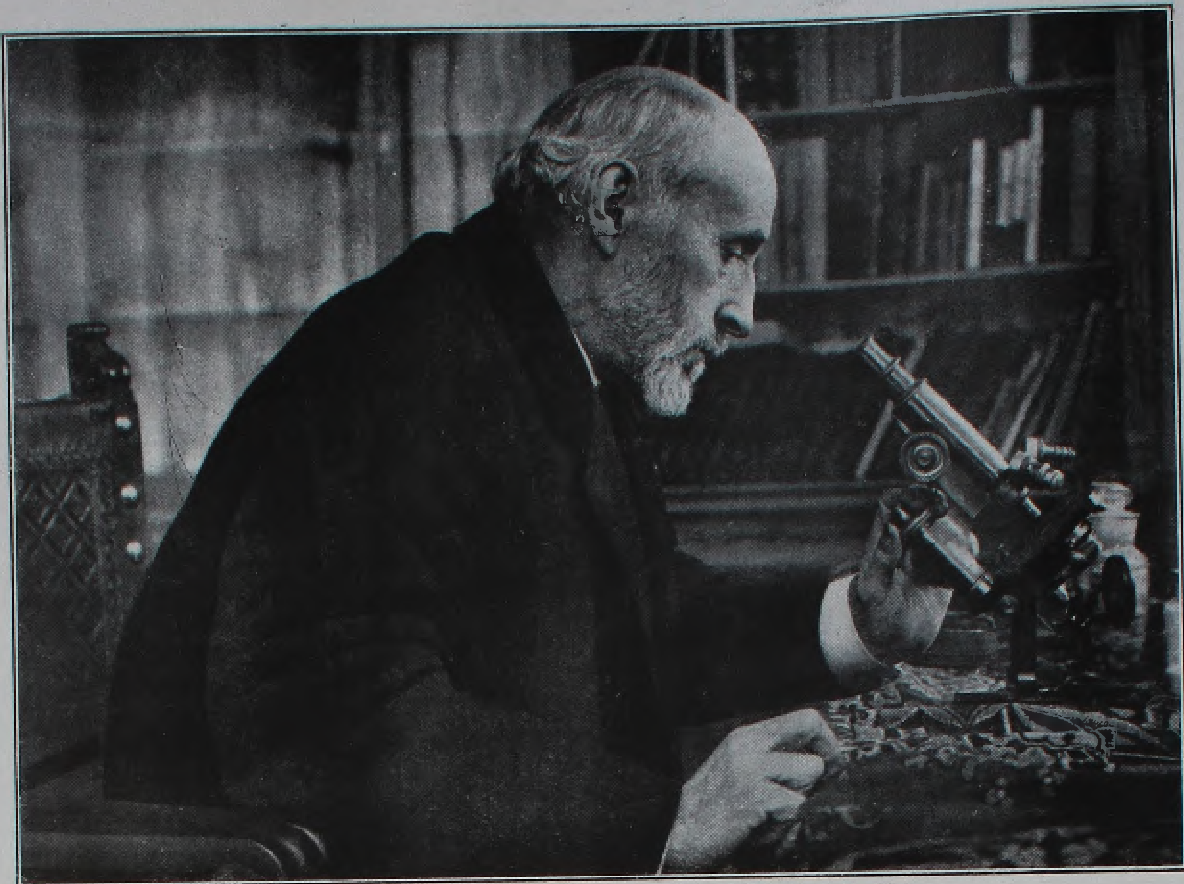
Este hombre es una garantía de la elegancia, solidez y finura de los productos salidos de los nuevos talleres.

Don Antonio Benito, antiguo socio de la Casa Antonio Benito y Compañía, es un verdadero artista, poseedor de grandes conocimientos en el ramo, que estudió y practicó en los más importantes centros del extranjero.

Los trabajos de la nueva fábrica (que no tienen relación ninguna con la antigua, Florida, 16) llevan un sello de refinamiento y distinción que les hace únicos, siendo los preferidos entre las damas de nuestra aristocracia por la novedad de sus creaciones.



He aquí la última palabra de la moda entre la gente bien. Las damas aristocráticas de toda Europa se adornan con estas joyas, copia exacta de antiguas alhajas francesas conservadas en el Museo del Louvre. Hay que reconocer que en la presente ocasión la moda marcha de acuerdo con el buen gusto y el arte. Estas preseas son bellísimas y embellecen a quienes las ostentan. La exposición en Madrid de las mismas se halla únicamente en la «Joyería Francesa», Carrera de San Jerónimo, 5.



LA OBRA LITERARIA DE CAJAL



Señera como es en el panorama de la cultura española la cumbre que significa el alto nombre de D. Santiago Ramón y Cajal, no ha menester que la toque con sus rayos eventuales el sol de la actualidad, para que se ofrezca de continuo, vigorosa y ejemplar, a nuestro fervor. De actualidad perenne tiene que ser la figura afirmada, a lo largo de muchos años, por el esfuerzo tenaz, por la conciencia lúcida de la misión a cumplir, por el talento que descubre y crea... Y no es preciso tampoco para que las gentes conviertan su mirada hacia la cima del sabio el conocer, más o menos técnicamente, la ciencia por él cultivada. Hay mucho de intuición en el pueblo: intuición poderosa que suple o completa y que basta para discernir al verdadero mérito los galardones más preciosos de la popularidad. Cajal es popular en España, como pueda serlo un sabio de su categoría: popular según un modo del renombre que participa mucho de la superstición. El pueblo español cree en Cajal sin saber a ciencia cierta su obra de aportación magistral a la Histología. Y, en realidad, no lo necesita. Como no lo necesita poseer secretos de táctica o estrategia para sentir la grandeza de un caudillo militar. Por los frutos se conoce el árbol, y por los resultados, lo arduo y valioso de los propósitos. Los resultados de la fecunda vida de Cajal se traslucen, para el profano, en la sucesión ininterrumpida de sus discípulos, en la repercusión mundial de su fama, en el tono mismo de su existencia particular, tocada por esa intransferible gracia de la humildad y la sencillez que Dios reserva—merced y paradoja—al espíritu fuerte y complicado; en la obra literaria que, fuera de la cátedra y del laboratorio, ha llevado a cabo, sin importarle mucho, al parecer, este sorprendente explorador de la vida y sus misterios orgánicos.

Porque sí: D. Santiago Ramón y Cajal es un gran prosista, un gran escritor, un hombre de letras, de muchas letras. Hablemos de él y de sus ensayos. Los ensayos de Cajal, abstraídos que sean por el competente los valores técnicos, científicos, que comportan, retienen indudablemente un valor que afecta a la Literatura: el valor de la expresión. En una Antología de la prosa española contemporánea Cajal no debería faltar. El nervio, la agilidad, la varonil adustez de su estilo, le señalan al interés de cuantos busquen, en zonas ajenas a la Literatura de los literatos, la exactitud, la propiedad, la justeza de expresión. Desde este punto de vista el caso de Cajal es tanto más singular entre nosotros cuanto que la prosa didáctica no cuenta en España, de seguro, con la tradición espléndida de Francia, por ejemplo. Nuestros filósofos, en general, han escrito algo menos bien que Decartes. Y nuestros científicos que Claudio Bernard.

***

En el repertorio bibliográfico-científico de Cajal hallamos un título que corresponde a una obra de sumo interés. Aludimos a las *Reglas y consejos para la investigación biológica*. No para la atención en ella solamente el anatómico, el histólogo, el clínico, el investigador... Este libro enseña por igual a todos los hombres que lo lean, sea uno u otro su oficio, y aunque carezcan de él. El subtítulo—*Los tónicos de la voluntad*—ya descubre que se trata de una obra concebida bajo el propósito de formar el carácter, afirmando a la vez el ideal y la realidad, la salud de la inteligencia y el vigor del organismo: el goce total y eficaz de la vida, en cuanto la vida es a un mismo tiempo hecho y deber. No sabemos cómo el Estado no ha reimpreso por su cuenta este precioso trabajo, que de pasar a todas las manos encendería corazones e iluminaría mentes: así es de rico su contenido

doctrinal, y de comunicativa su lección de fe en el esfuerzo propio, y de esperanza en el porvenir de la Verdad, señora legítima del mundo, pese a pasajeras mistificaciones. Leyendo estas *Reglas y consejos* se respira un aire que no es frecuente hallar en nuestras confinadas cátedras y en nuestros angostos libros de texto, polarizados en una sola dirección, y no siempre buena. Las *Reglas y consejos* de Cajal buscan, ante todo y desde luego, al investigador científico, al especialista. Pero aprovechan, indudablemente, al hombre, a todo hombre. Porque la enseñanza del vigor, la honradez y la lealtad en las pesquisas intelectuales, por trascender a la conducta personal, son útiles para todos. Breviario de novicios en la vida y en la ciencia, las *Reglas y consejos* de Cajal pueden evitar la desorientación que no pueden por menos de padecer los que no encuentran a su debido tiempo—y el caso no es infrecuente—la voz del maestro, en funciones de conductor y estímulo. El propio Cajal ha reconocido la certidumbre de esta orfandad docente. «Por no haberlo recibido—dice nuestro hombre, aludiendo a los consejos—de ninguno de mis deudos o profesores, cuando concebí el temerario empeño de consagrarme a la religión del laboratorio, perdí en tentativas inútiles lo mejor de mi tiempo, y desesperé más de una vez de mis aptitudes para la investigación científica.» Mas Cajal ha hecho de su experiencia personal enseñanza para todos. Así canta las victorias de la voluntad. «Todo hombre—afirma—puede ser, si se lo propone, escultor de su propio cerebro.»

En definitiva, no es otro el dogma profesado por la literatura energicista que florece en tierras sajonas. Samuel Smiles o Sivet Marden muestran al hombre las perspectivas que puede conquistar si de veras se resuelve al trabajo y a la práctica metódica de todas las virtudes. Pero en sus previsiones, en sus máximas, en sus cantos a la economía doméstica, al músculo en tensión, al cooperatismo y a la solidaridad, hay mucho de moral practicista, pobre de vuelo, incapaz de informar la vida y de satisfacerla cuando se proyecte más allá del escritorio, del mostrador, del taller. No confundamos libros con libros ni tesis pueriles con aspiraciones ideales. Cajal también recomienda la utilidad de nuestros servicios en la gran oficina del mundo. Pero acierta a insertar esta noción en la superior de las exigencias espirituales, y si sueña con hombre fuerte y voluntades activas, no es para que la utilidad rendida se convierta en fin, sino para que sirva de medio a la conquista de otras categorías de gran cuantía: las morales en primer lugar.

Es típica a este respecto la actitud de Cajal en relación con el patriotismo. Nadie más patriota que él, de seguro. Pero ¡cómo se engrandece en su altura este sentimiento! Porque en el maestro, el patriotismo no es pasión negativa que excluya la emoción de lo universal y humano. Al contrario, es la faz positiva del patriotismo aquella en que se embebe el alma de Cajal. Patriotismo que tanto quiera decir interés por lo propio como atención a lo ajeno, calificada por el legítimo anhelo de utilizarlo en provecho común, si es valedero. «La ciencia no tiene patria—comenta Cajal—. Verdad. Pero los sabios sí que la tienen», responde con Pasteur. Hasta el punto de que cita el patriotismo como una de las cualidades que han de concurrir en el hombre de laboratorio juntamente con la independencia del juicio, la perseverancia en el estudio, la pasión de la gloria y el gusto por la originalidad científica. Una rigurosa disciplina fortalecerá la voluntad con prendas semejantes, evitando que caigamos en el terrible catálogo de los «dilettanti», de los descentrados, de los megalófilos... «Ilustres fracasados» los llama Cajal.

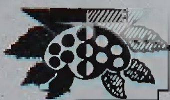
Si las *Reglas y consejos* a que acabamos de aludir es la obra que sirve de introducción, en cierto modo, a la construcción científica levantada por Cajal, son los *Recuerdos de mi vida*—sobre todo, el primero de los dos tomos—el libro del sabio más genuinamente literario, dotado de un interés singular, muy parecido al de cualquier buena novela. Ya su estilo, enérgico de trazo, justo de color, rico de movimiento, sentencioso sin énfasis, incluso poemático a las veces, denuncia en Cajal al literato en sazón. Forma literaria de evidente atractivo, ciñe, con adecuación, pensamientos y evocaciones, o anima semblanzas personales o da relieve a paisajes de mucho sabor español. La tierra aragonesa constituye el telón de fondo donde Cajal proyecta las sombras conmovedoras de su vida infantil, en Larrés, en Luna, en Valpalmas, en Ayerbe, en Sada; son los suyos años de evocación incierta. El niño Santiago, solicitado por aficiones artísticas a las que nunca ha traicionado completamente, va poco a poco entregando su alma al encanto de la naturaleza, poblada de seductores misterios. Gusta de los crepúsculos y de los pájaros; colecciona huevos de ave... El mundo es para él una tentación constante: por el sentido, al conocimiento. Amigo de la observación directa, olvida los libros. Y como su profesor de griego le pusiera un día como «ejemplo típico de torpeza y de pigricia»—son sus palabras—, el padre de Cajal le asienta de aprendiz en una zapatería de Gurrea del Gállego. Resulta conmovedor de veras leer cómo no decae el alma de nuestro personaje en tan dura prueba. Se afirma a sí propio, y, al cabo, prosigue los interrumpidos estudios aleccionado por su padre—cirujano modesto y laborioso—. Santiago, el estudiante a su modo, se provee de huesos en el cementerio del lugar. Cráneos, costillas, fémures y pelvis van integrando el arsenal donde el futuro médico siente despertar con vehemencia el ansia de la Verdad, conquistada a puño...

Cursa en Zaragoza la carrera de Medicina. Oposita plazas del cuerpo de Sanidad militar. Obtiene una—¿cómo no?—y presta servicio en el Ejército, comprometido a la sazón en la guerra civil. A poco es trasladado a Cuba. Enfermo, se repatria y pide la licencia absoluta. Hace oposiciones a cátedras: gana una. Y es entonces cuando decide adscribir su vida a las prácticas de laboratorio y a la investigación personal. Desde este momento sus ojos se aplican al microscopio afanosamente, cifrando toda su ambición en el mundo, enorme y exquisito, de lo infinitamente pequeño. Parece temblarle la pluma de emoción como si evocase las ternuras y delicias de un primer amor, al recordar el instante de su iniciación, contemplando el sorprendente, maravilloso espectáculo de la circulación de la sangre. El destino de su vida quedaba ya trazado. «Una vez me pasé—nos cuenta—sobre el microscopio veinte horas seguidas, avizorando los gestos de un leucocito moroso, en su laborioso forcejeo para evadirse de un capilar sanguíneo.» La poesía evidente de la Ciencia tiene en Cajal, sin duda, el primero de sus líricos.

***

Género literario que asimismo cultiva D. Santiago Ramón y Cajal, es el muy delicado y difícil de la máxima, aforismo, pensamiento o como el lector prefiera. Cuando Juan Jacobo Rousseau calificó de triste—*ce triste livre*—las «Máximas» de La Rochefoucauld, caracterizó por la extensión que nosotros podemos dar al vocablo, totalmente, este linaje literario, tan encumbrado y señoril. «Triste», sí. Triste es el poso que deja en nuestro espíritu ese conocimiento de la sociedad y de la vida que los moralistas—espectadores desinteresados del mundo—nos transmiten. La tristeza ante el movimiento de las pasiones campea también en las sentencias de Cajal, recogidas en *Charlas de café* y en un tomito titulado *Pensamientos escogidos*. Son algo así como el escape de su alma cargada de nobles preocupaciones: el gesto de natural e inevitable hastío, la confidencia del sabio que un instante, sólo un instante, pierde la fe en su sabiduría. ¿Para qué...? Todo pasa, se va, nos arrastra... La verdad es relativa. El bien, inaccesible. La justicia, utópica. La belleza, un ardid. El amor, un simulacro... Pero sobre todas esas vacilaciones que conturban el pecho se alza la voz de nuestra misión, según la vislumbra la conciencia. Cajal sirve la suya gallardamente, a prueba de años y de melancolía. Sin el estímulo inmediato de una recompensa. Desinteresadamente. Porque sí, porque sabe que, en fin de cuentas, no es perdido esfuerzo alguno. Más de una vez hemos sorprendido a D. Santiago en algún café de barrio reclinado sobre el deslucido *pelouche*... ¿Descanso? Ensueño más bien. El científico, para sus momentáneas emigraciones ideales, no necesita más puerta de huída que esa, misteriosa y empañada por el vaho de muchos años, que es el silencioso y ancho espejo de los cafés antiguos.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO



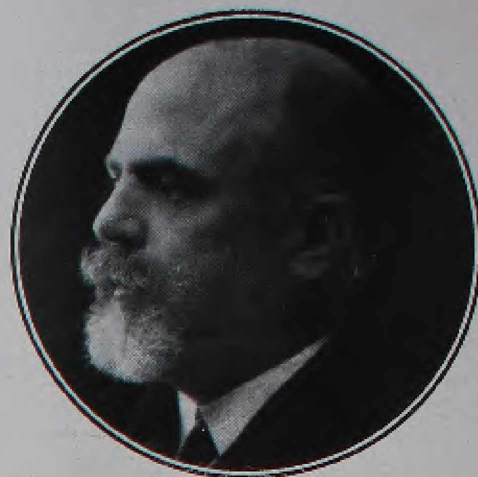
Durante el pasado mes...



Colocación de la primera piedra de la nueva iglesia

... se organizó en Ronda—su ciudad natal— un merecido homenage a D. Francisco Carrillo, maestro insigne e inspector-jefe de la Primera Enseñanza de Madrid.





D. Francisco Carrillo Guerrero

... S. M. la reina colocó la primera piedra de una nueva iglesia que se alzará en la barriada del Carmen, acto que bendijo el obispo de Madrid-Alcalá.





Montero Alonso

... el Premio Nacional de Literatura fué otorgado al joven y brillante escritor José Montero Alonso, uno de los más positivos valores de la nueva generación literaria.





La pista de aviación en Getafe

... en el aeródromo de Getafe se celebró una fiesta de aviación en la que se celebraron interesantes pruebas. La fotografía reproduce al comandante Sr. Rexach, con su distinguida esposa y los diez hijos habidos en su matrimonio, retratados durante el festival.



... el nuevo hospital de la Cruz Roja fué solemnemente inaugurado por los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria. El nuevo edificio es uno de los más suntuosos y mejor instalados de Europa.

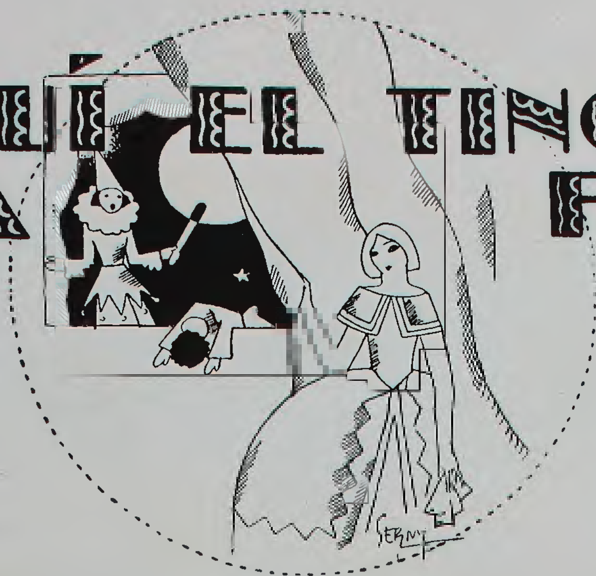


(Fotos Marín.)



Inauguración del nuevo hospital de la Cruz Roja

"HE AQUÍ EL TINGLADO DE LA ANTIGUA FARSA..."



LOS ESTRENOS "DE PASCUAS"

Los buenos deseos, unánimemente expresados por la Humanidad en estas fechas, de «¡Felicidades y suerte!», no han querido hacerse efectivos sobre las cabezas de los empresarios teatrales madrileños, que con muy poca fortuna han visto en sus escenarios obras de los más destacados ingenios nacionales. Mala racha que, si bien ha sido rota en algunos casos aislados, sólo han constituído las consabidas excepciones que confirman la regla.

Ha evolucionado, y mucho, el gusto del público. Antes, las obras llamadas «de Pascuas» y estrenadas en torno al natalicio del Mesías eran recibidas bondadosamente por un auditorio sencillo o

"CASCABELES"

En Apolo han obtenido un éxito Moreno Torroba y Tellaeche y Granada. Más aquél que éstos, pues el libro es más endeble que la partitura, con la que el joven maestro reafianza sus prestigios. Nuestra fotografía muestra a los autores con los principales intérpretes de su nueva zarzuela.



LINCO



MIENTRAS haya camino no hay altura que no alcance un Lincoln, con su marcha briosa y constante.



Tampoco hay pendiente que no baje deslizándose por ella con la misma suavidad que el esquí sobre la nieve y con la más perfecta seguridad gracias a sus seis frenos.



Por muchas que sean las dificultades del camino, la clase de terreno, piedras, barro, nieve, cuestas empinadas, el Lincoln triunfa siempre.



Es el coche de las largas y duras jornadas, que lleva a cabo sin que el maravilloso «confort» que en él se disfruta sufra en lo más mínimo.

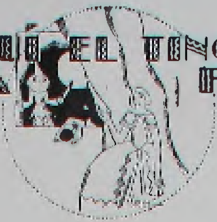


Potencia, equilibrio, resistencia, inimitables, todo se halla en este coche.

AUTOMÓVILES LINCOLN
Avenida Icaria, 149 - Barcelona

LN





predispuesto a la benevolencia, a fuerza de comer turrones, mazapán y otras golosinas que daban la máxima dulzura apetecible, por empresas y autores, al carácter. Además, se tenía buen cuidado—una precaución más y no del todo innecesaria—de estrenar en las horas anteriores al sorteo de Navidad, calculando, con cierta lógica, que eran aquellos momentos de feliz optimismo en que cada futuro millonario estaba decidido a dar por bueno cuanto viese y oyera.

Pero los tiempos han cambiado. Hasta el espectador más ingenuo se ha persuadido de la gran verdad incontrovertible: la Lotería no toca nunca. Por otra parte, los delicados productos de Jijona, Cádiz, Yepes y Toledo se han puesto fuera del alcance de la mayoría de los ciudadanos. Y, naturalmente, ambos fenómenos, reaccionando sobre el público, han producido un cambio trascendental en su psicología, motivando que al sentarse en la butaca sea el mismo «moreno» a 21 de diciembre que en 15 de abril.

La gran masa anónima no se deja, pues, seducir por las fechas clásicas. Ello prueba que su espiritualidad ha aumentado, felizmente para él y para nuestro teatro; que las sensaciones puramente vegetativas, animales, se han desglosado de su vida racional, de ser noble y pensante, y que su cerebro se ha independizado hasta el punto de que no influyen en él los vapores de una digestión de abundantes manjares y vinos espumosos.

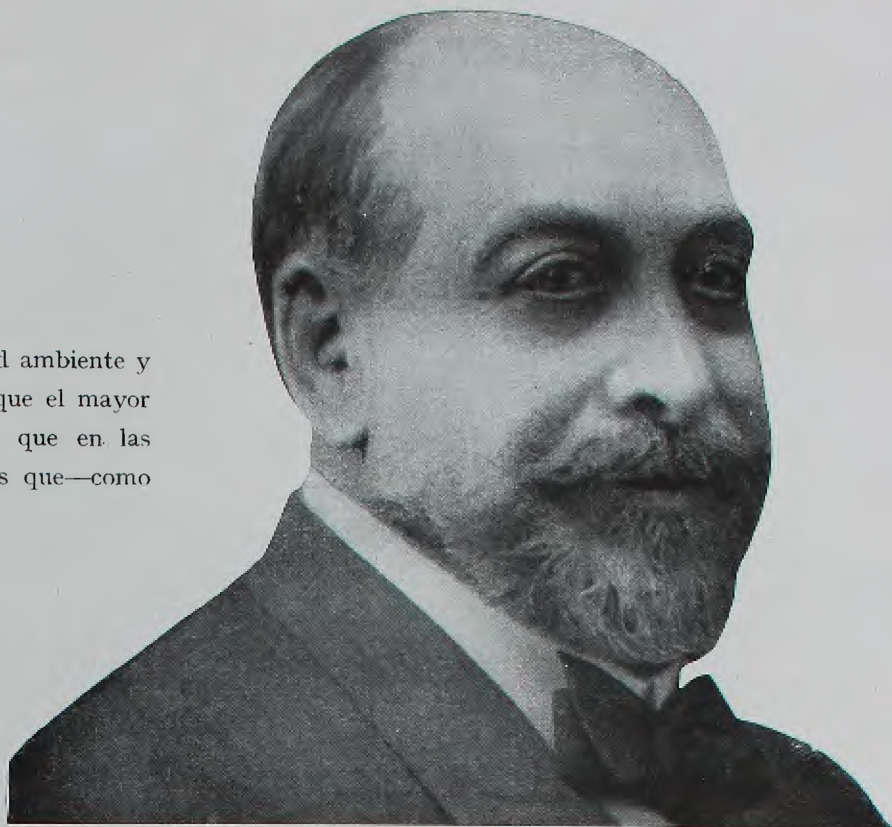
¡Vayan benditas de Dios las «obras de Pascua»!... Ojalá su muerte—su alejamiento, al menos—sea eterna, como lo ha sido la de las funestas «inocentadas», fiestas en que toda chabacanería encontraba su sede. Las farsas burdas, mal tejidas, groseras o absurdas, las más de las veces, que ocultaban su desmaña e insulsez cubriéndose con el tal pabellón, no son merecedoras de conmovedoras elegías, que bien poco hablaban en favor de la cultura del pueblo que, a ciencia y paciencia, las soportaba.

Fueran las «obras de Pascua» lo que debieran ser, divertidos y amenos espectáculos, recreo del oído y de la vista de quienes las presenciasen, fiestas de arte, comedias de magia, a la manera de aquel innolvidable «Teatro de los niños» que el genio del Maestro creara, pues el propio Benavente es otro niño grande, y no se hubiera apartado el público de ellos tan clara y resueltamente, o—caso de haberlo hecho—no sería mi pluma la que tal decisión encomia-

"LA MEIGA"

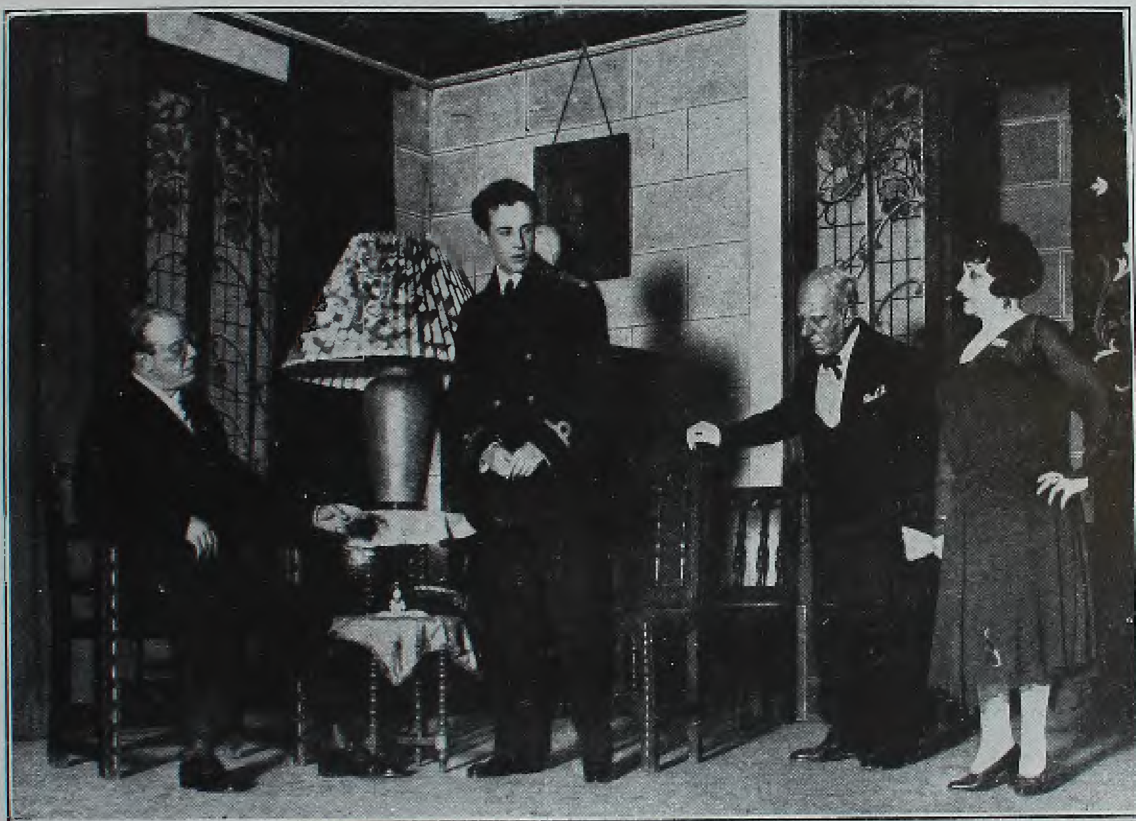
De las Vascongadas a Galicia han saltado Romero, Fernández Shaw y el maestro Guridi, que desde el escenario de la Zarzuela han renovado el triunfo de «El caserío». Los cantantes del teatro de la calle de Jovellanos que figuran en el grabado rivalizan en la interpretación.





se. Pero este bello sueño está muy lejos de la grosera realidad ambiente y sólo nos cumple a los que amamos la Belleza y el Arte celebrar que el mayor desprecio acoja a producciones como... ¡Como muchas, lector, que en las postrimerías del año fenecido han exaltado los tablados y de las que—como el manco inmortal con el humilde lugarejo manchego—no queremos acordarnos ni de sus nombres.

SAM



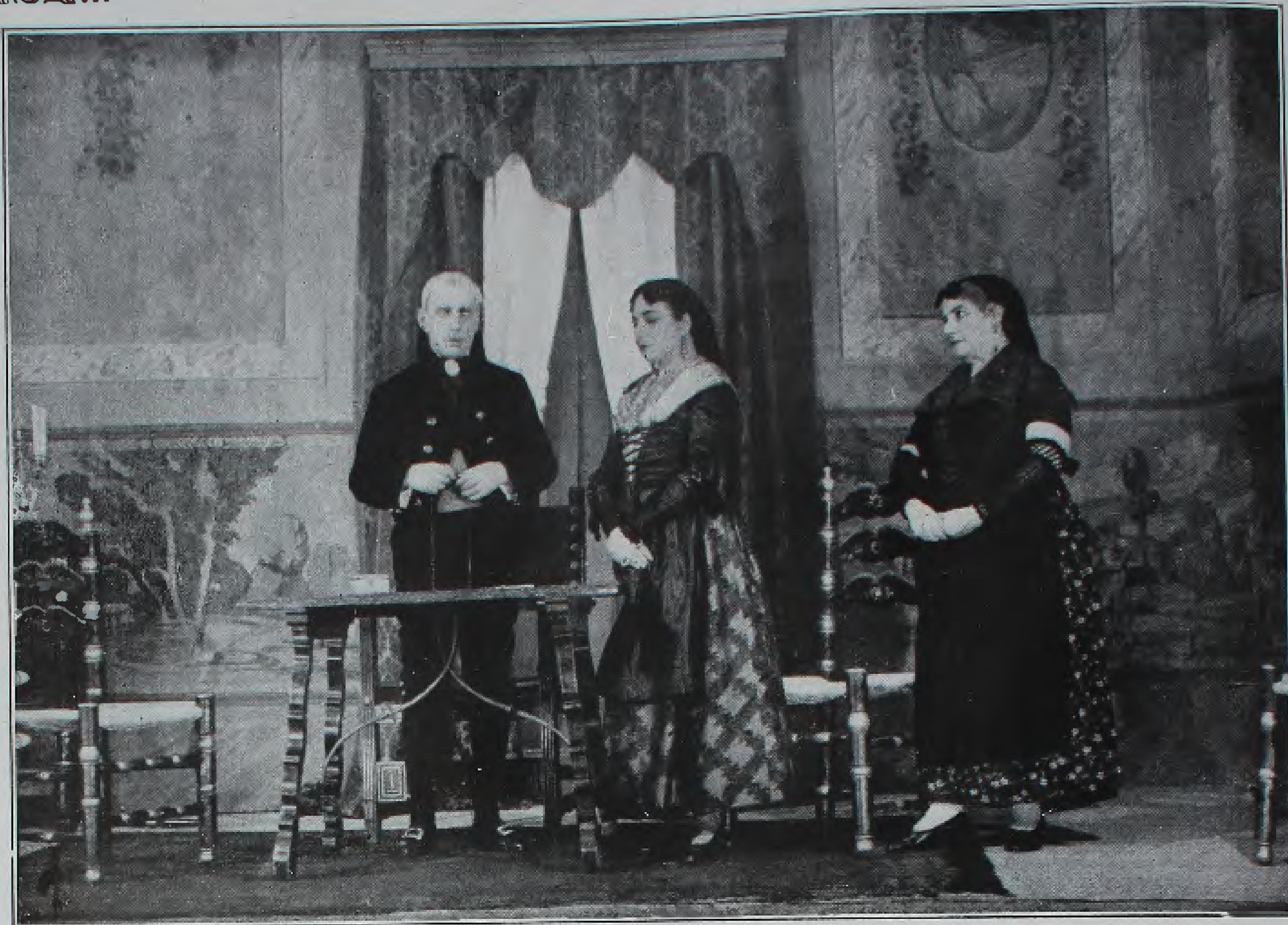
D. Manuel Linares Rivas ha obtenido dos señalados éxitos en Infanta Isabel y Reina Victoria, con la adaptación de «Boy»—la célebre novela del padre Coloma—y su comedia original «El rosal de las tres rosas», obras que el público aplaudió complacido, y a cuyos triunfos coadyuvaron eficazmente Angelina Vilar, Eloísa Muro, Orduña, Suárez e Isbert desde un escenario, y Josefina Díaz y Santiago Artigas sobre el otro.



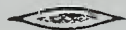


"HE AQUÍ EL TINGLADO DE LA ANTIGUA FARSA..."

EL ESTUDIANTE DE VICH



Joaquín Montaner ha logrado un buen éxito con este drama, sobrio de versificación y de acción vigorosa, que Margarita Xirgu y Luis Peña vivieron eficazmente en el escenario del Fontalba.



LA PÍCARA MOLINERA



De la mano de Asenjo y Torres del Álamo—que han confeccionado un interesante libreto sobre un cuento de Alfonso Camín—, Pablo Luna ha vuelto a triunfar en Apolo, el teatro de sus mejores jornadas. La partitura del gran compositor, clamorosamente acogida por el auditorio, facilitó grandes ocasiones de lucimiento, que aprovecharon con exceso, a Selica Pérez Carpio, Pepe Romeu y Marcos Redondo.

RECUERDOS DE PROVENZA





CHARLOUN RIEU

POR

J. ESTELRICH

De mis andanzas por tierras occitanas suelo recordar a Charloun Rieu, encarnación de la tradición primaria provenzal, «noble muchacho del pueblo y de la tierra madre», como Mistral le calificó. Había nacido en el Paradou, entre esos olivos pequeños y nerviosos que relucen cuando el mistral los estremece y a los que el recio Maurras ha exaltado en un himno, con algo de plegaria, a Palas Atenea. En torno al Paradou encuéntrase la Provenza esencial: Arles, hacia el Suroeste, está muy próximo; hacia el Norte, pasadas las Alpillas, nos encontramos ante Aviñón; a mitad de camino, Maillano, ya patriarcal. En Arles aun tienen vida los recuerdos históricos y las viejas costumbres; las mujeres todavía se adornan con sus alegres vestidos antiguos y se habla la lengua popular más pura del país.

De esta Provenza estricta, no mucho más extensa que Mallorca, han salido las bellas obras del Resurgimiento meridional; a su lado, la repercusión que el Resurgimiento tuvo en las demás tierras occitanas no es tan considerable. La escasa extensión de esta Provenza no mengua su múltiple variedad: rural y marítima, arcaica y ardiente, fina, aristocrática, bien sazonada por dos mil años de civilización. El pueblo que la habita es inquieto y sutil.

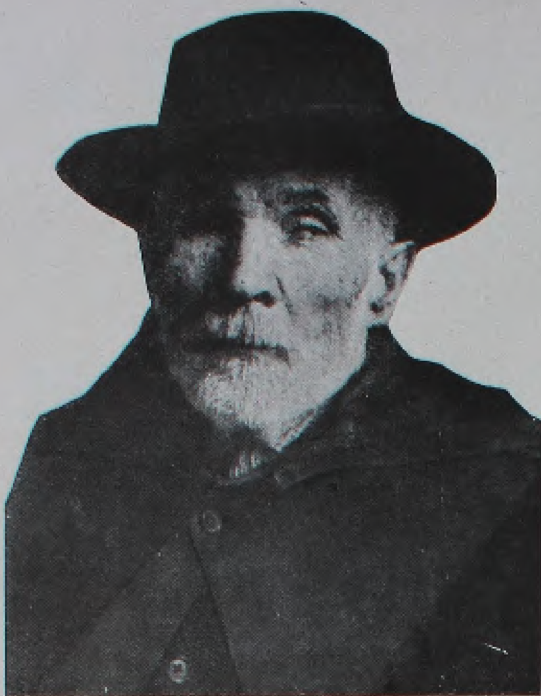
Sin embargo, si recorréis estas tierras sentiréis una cierta melancolía, una vaga laxitud. Es acaso una sensación demasiado subjetiva, pero no importa. Es la sensación tan moderna, romántica más bien, de las amplias perspectivas que evocan la idea de algo fugitivo, pasajero, perecedero. Una sensación que experimentaréis en Aix, la de las mil fontanas, y en las orillas del Ródano imponente. A veces, al atardecer, nos deteníamos largos instantes sobre el puente de Tarascón, a contemplar el río anciano que desciende entre el castillo del Rey Renato y la fortaleza de Beaucaire. Parecía entonces que algo del alma de aquel país se iba consumiendo hasta desvanecerse lentamente, para siempre.

Charloun Rieu era otro superviviente de aquel grupo de apóstoles de la lengua hogareña que inspiró la fe mistraliana. Jovenzuelo, fuése un día del Paradou a Maillano para enseñar al maestro, todavía joven y ya de laureada fama, sus primeros versos escritos en francés. «Bendito de Dios— le dijo Mistral—. ¿No ves que en francés todo está ya dicho? ¿Qué vas tú a hacer en tu aldea? Escribe en la lengua de tu país; sólo así llegarás a la gloria?» Magnífico consejo, y aun



El hijo ilustre de la dorada isla de Mallorca, Juan Estelrich, que a los treinta y dos años de una vida asombrosa en capacidad de trabajo ha logrado destacarse como eminente filósofo y filólogo, difundiendo por el mundo entero sus estudios, actualmente recopilados en cuarenta volúmenes, es, ante todo y sobre todo, un hombre de letras; como tal no podía faltar su firma en COSMÓPOLIS, y aun a riesgo de dejar incumplidas por atender a esta colaboración alguna de las infinitas atenciones en que reparte su inagotable actividad, Estelrich nos ha brindado con las galanuras de su pluma, que en artículos sucesivos podrán saborear nuestros lectores.

Juan Estelrich, el autor de las traducciones de Homero y de obras tan maravillosas como «Entre la vida y los libros», «El ideal insular de Mallorca», «El ideal peninsular-iberismo», «Evolución del Derecho Internacional» —libro que prepara por su intervención en la Asamblea de Ginebra—, que fundó la Société d'Etudes Latinos de París, y el año 1926 fué recibido en la Sorbona solemnemente con su estudio «Humanismo moderno», tiene especial predilección por nuestra revista, y COSMÓPOLIS siente el noble orgullo de saber que, desde hoy, el que siempre estuvo a su lado espiritualmente trabaja con nosotros en la abnegada tarea de llevar muy lejos el nombre de la patria.



Charloun Rieu, pocos meses antes de su muerte.

más hermoso si prescindimos del argumento que lo precede. Escribe en tu lengua si pretendes la gloria; expresa en tu lengua las cosas que ya se dijeron y otras infinitas que siempre quedan por decir. Y no te preocupes, que eso no importa, de que todo haya sido dicho en la lengua de tus vecinos. Así mostraba Mistral a Charloun Rieu el camino libre, lleno de promesas, que el joven poeta seguiría, guiado por el maestro. La confesión de Charloun es bastante explícita: «*¡Mistral! ie deve tout.*»

Con esta nueva fe, Charloun, el apóstol más humilde de un renacimiento, regresó de Maillano a su aldea. Nuestro poeta era alto, un poco cargado de espaldas. Como todos los campesinos típicos, llevaba un sombrero viejo y unas botas burdas. Caminaba con un bastón de almendro en la mano. Tenía el rostro pequeño, las mejillas hundidas y una barba blanca, emborrascada, cortada de cualquier modo. Pero lo que verdaderamente le caracterizaba era su ojo izquierdo medio entornado, que daba a su gesto un aire de viveza curiosa.

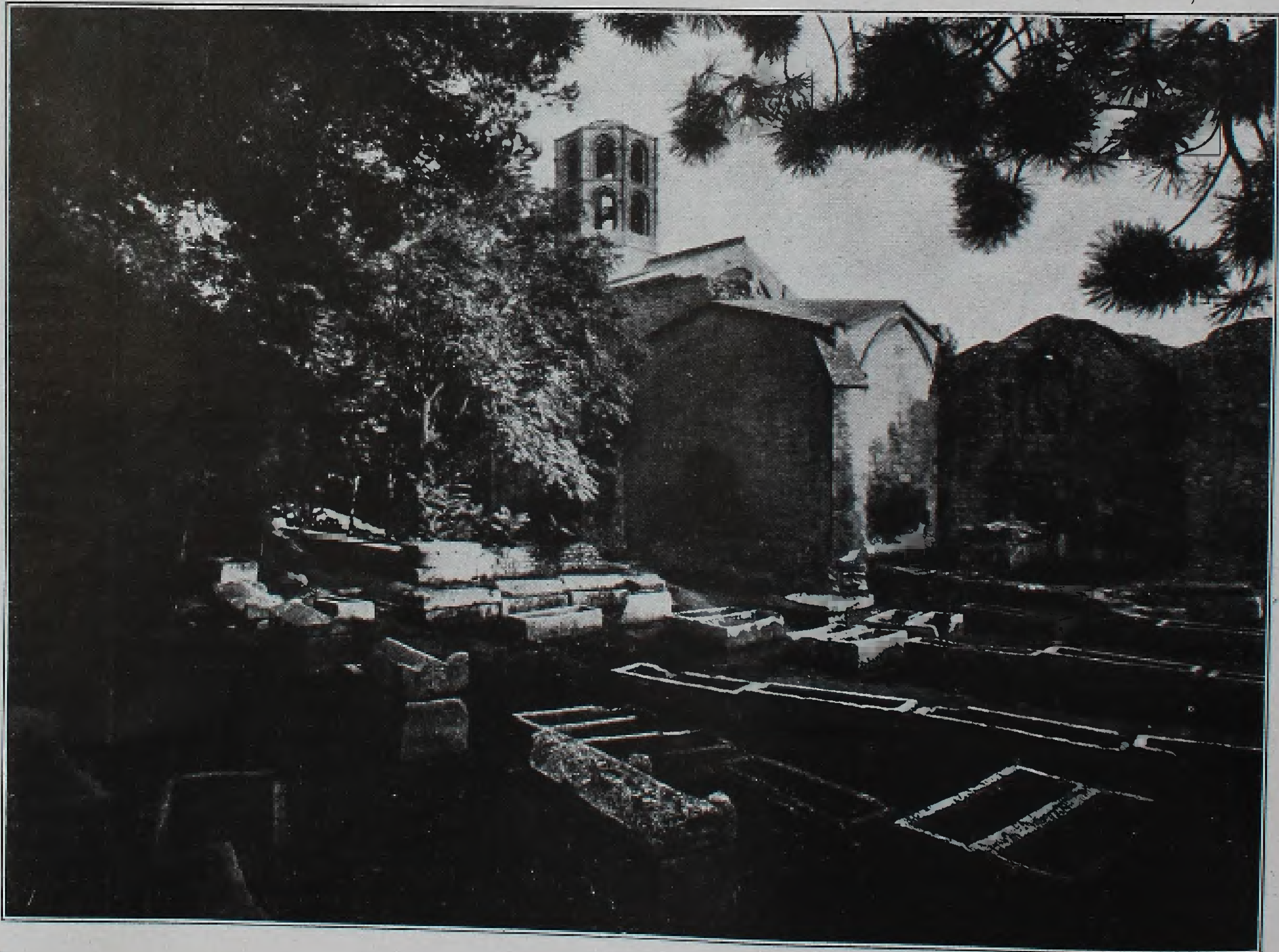
Era un campesino de verdad; un campesino que de joven sirvió como guardián de bueyes, que cuidó de la poca heredad que le dejó su padre, y que iba de jornalero a las masías en tiempos de siega o de vendimia. Gustábale demostrar su fuerza, que destacaba más que su ingenio. Trabajó durante toda su vida. Escogió por devoción esta existencia humilde y rústica; aceptó el trabajo con amor como «una obra de conciencia», para usar de una expresión suya, y cavó, labró, sembró y trilló, sin pensar que pudiera hacer otra cosa. Poseía una modesta propiedad; su pobreza no conocía la miseria.

Fué un alma que no sintió los ardores y las acritudes de la rebeldía. Los ensueños no perturbaron nunca su buen sentido realista ni le hicieron codiciar los esplendores mundanales. Se conocen de él pocas anécdotas amorosas: el testimonio de sus amigos acredita que fué casto en el más amplio sentido de la palabra. Compañero de su vida fué un mulo, *Roubin*, del que nos habla emocionado en algunas canciones. Más bien tímido y taciturno que expansivo, sólo se animaba en las reuniones y las fiestas y hablaba entonces con gran abundancia y fervor lírico, pero contenido siempre por su serenidad. Creía en todas las cosas santas o bellas y sólo una tenue melancolía pudorosamente velada se adivinaba en su palabra y su gesto. Nadie tan lejos de él, y en esto acierta D'Arbaud, como la imprecación romántica.

Mistral, siempre definidor, decía en el prefacio de *Lou Cant dou Terraire:* «Charloun es el único campesino de Francia que canta su arado y lo sabe cantar.» En efecto, los motivos de Charloun son siempre la tierra, los trabajos agrícolas y la domesticidad rural. En sus canciones airea vivamente la siembra, la amarillez de los trigos, la siega, los viñedos, el lagar, la cosecha de la aceituna, las almáceras. Se siente también en sus poesías la familiaridad de los animales domésticos: el cacareo de los gallos, el ladrido de los perros, el cocoteo de la gallina. Pero las simpatías dilectas son para su compañero de trabajo, el mulo *Roubin*. Estas canciones constituyen el poema ingenuo y humilde de unos *Trabajos y días* provenzales, perfumados de aromas de bosques: tomillo y espliego. Lo más característico del alma campesina, Charloun lo traduce con instinto seguro y lo expresa sin doble intención y sin engaño. La emoción oscila entre la del idilio bucólico y la de la elegía.

Poesía acabada de nacer, salida de la tierra, completamente natural y descuidada; poesía de observación directa, como lo era la ciencia entomológica del gran Fabre de Serignan. Hay una fotografía en la Escolo dou Ventour en la que estos dos personajes van cogidos del brazo, los dos ancianos ya, los dos de cara menuda y expresiva, Fabre más bajo que Charloun. El autor de una poesía como ésta es un campesino auténtico, un campesino de corazón y de alma y no un propietario rural que además fuera poeta culto. Pero aun dada esta familiaridad y esta rudeza, la poesía natural de Charloun, gracias a su misma pureza, no carece de cierto aire noble. Ya porque también hay en ella la conciencia clara de la función de poeta, esa conciencia que eleva la categoría de la obra, y sin la cual no hay poesía verdadera. Porque si el poeta por dentro no es un caballero, su poesía no tiene dignidad.

El mismo Charloun puso música a muchas de sus canciones. Son unas melodías primitivas y fáciles, casi vulgares acaso, pero que se unen a la canción perfectamente. Letra y melodía parecen creadas de una vez, reunidas en una sola existencia, como el cuerpo y el alma, de manera que verso y melodía resultan inseparables. La música, sola, es banal; la letra, aislada, resultaría inexpresiva; pero el conjunto de ambos elementos constituye una obra con vida y emoción propias. Estas canciones están destinadas al amor y a la danza, y tienen siempre, por tanto, un ritmo bien marcado, del cual el oído se apodera súbitamente. La música, con ajustarse tanto a las palabras, no puede declararse como propiedad de la creación espontánea de su autor. Charloun, siguiendo el método de otros tantos llamados músicos populares, tomaba sus aires de tonadas antiguas y hasta de los



Les Alyscamps d'Arles.

RECUERDOS DE PROVENZA

autores de *couplets* de moda, que adaptaba a nuevos ritmos. Así llegó a convertir en canción popular alguna cancioncilla importada de París; el sabor local de su letra operaba el milagro.

Como un aedo primitivo, cantaba él mismo sus himnos en palacios y masías, en fiestas votivas y en concilios de felibres.

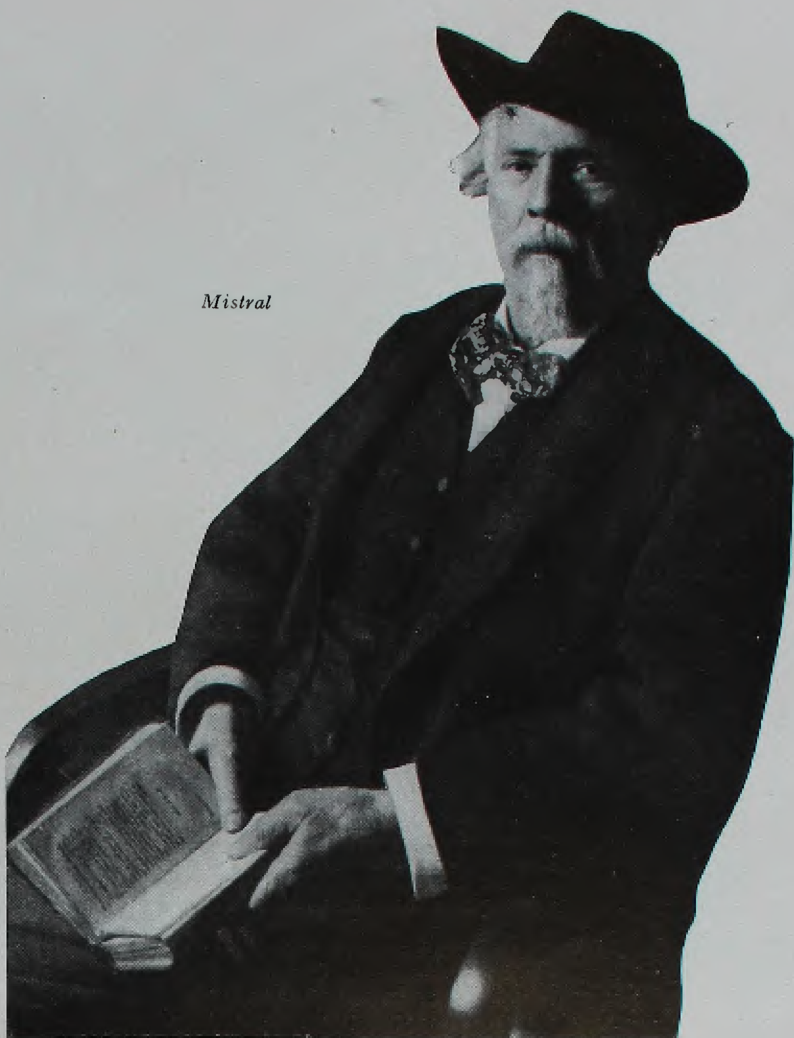
* * *

Tal vez uno de los aspectos más apreciables literariamente del arte de Charloun sea su método: la observación atenta que habría podido hacer de él un naturalista, la notación rápida, el rasgo vital, el detalle exacto, la palabra directa que Maragall habría calificado de *palabra viva,* pero que es todo lo contrario de su *palabra viva;* porque ésta, según la estética maragalliana, es la palabra que borbotea, sin intención previa, en un instante religioso de inspiración; y la palabra directa es fruto más bien de la reflexión y de la experiencia. El entusiasta felibre Devoluy—caso interesante de un militar francés consagrado a la más ardiente propaganda provenzal—ha observado la seguridad de color que el método de Charloun da a su producción, objetiva siempre, con alguna alusión irónica o generosa.

No es, pues, la lengua de Charloun Rieu un *patois* híbrido, sino una lengua literaria rural. La sintaxis es firme y segura. Es rico y exacto al escoger las palabras, sin artificio ni pedantería. Su léxico es ese léxico vivo de todos los días, pero precisando bien el valor de cada palabra. Más claro: no es su vocabulario, por ejemplo, como el de las *Rondalles* de Mossén Alcover, que semejan rellenos y pasteles de términos estrafalarios. Charloun no busca estas palabras extrañas de los campesinos, que frecuentemente son palabras arcaicas o eruditas, contrahechas por la ignorancia, que han perdido su sentido en labios de gente que no las entendía, palabras realmente muertas, y hasta en estado de putrefacción, que sólo interesan ya a la lexicografía arqueológica. El habla libre, popular, de Charloun, si esquiva absolutamente toda traba erudita, no menos huye del decir pintoresco; son las suyas las palabras naturales de la gente del campo aplicadas concretamente a cosas precisas: objetos familiares, trabajos, tareas agrícolas y menestrales.

Noche del 10 de enero de 1924; Charloun, al retirarse a su casa, cayó de la escalera. Noche de soledad y angustia. Al día siguiente lo encontraron al pie de la escalera, tendido, con una herida en la cabeza, moribundo. Tenía ochenta y siete años. Una gran multitud acudió al entierro desde toda la región: había felibres, payeses, jinetes de la Nacioun Gardiano. El féretro estaba cubierto con ramos de laurel; un campesino de Carpentras había ido cargado con unas ramas y había salido a las tres de la madrugada para llegar a hora. En la iglesia, tras los cantos litúrgicos, la multitud entonó, bien podemos decir que religiosamente, la *Coupo santo* nacional: «*Prouvenzau veici la Coupo que nous ven di Catalan.*»... Los pífanos y atambores iban tocando villancicos provenzales de camino al cementerio; ese mismo cementerio al que Charloun había ayudado a edificar llevando con su mulo las piedras necesarias para que así le concedieran el derecho de grabar en la puerta unos versos lapidarios en la lengua de su hogar.

J. ESTELRICH



Mistral



La Acrópolis de Baux.

Fotos Detaille.



LETTRE DE PARIS DE FRANÇIS DE MIOMANDRE

L'ÉVOLUTION DES PRIX LITLÉRAIRES.—LE PRIX GONCOURT DE CETTE ANNÉE: CONSTANTIN-WEYER.—UN HOMME ET UN ÉCRIVAIN.—LE BESOIN DE L'ÉVASION.—OCTAVE MORILLOT ET LES PARADIS OCÉANIENS.—«DÉPARTS».—MLLE. SUZANNE ODVEMARS.—LA GUE DES OPALINES

LA EVOLUCIÓN DE LOS PREMIOS LITERARIOS.—EL PREMIO GONCOURT DE ESTE AÑO: CONSTANTIN-WEYER.—UN HOMBRE Y UN ESCRITOR.—OCTAVIO MORILLOT Y LOS PARAÍSOS OCEÁNICOS.—«PARTIDAS».—LA SEÑORITA SUSANA DEMARS.—LA MODA DE LAS OPALINAS



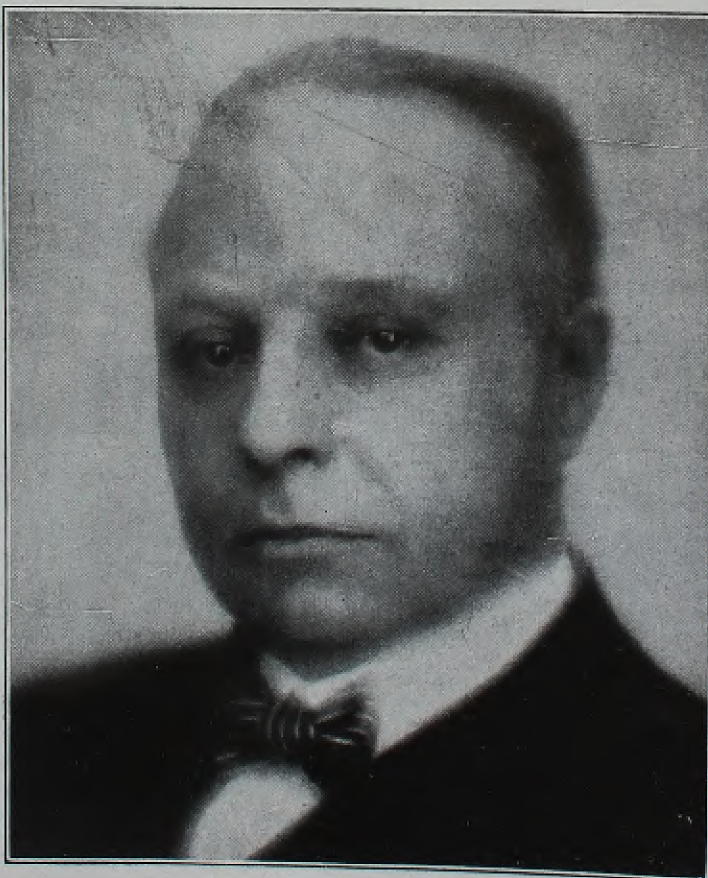
Ma chère Amie.

COMME les moeurs changent! C'est peut-être une des choses les plus amusantes de la vie que d'assister à cette modification incessante el imperceptible. En tout cas, c'est une de celles qui nous déçoivent le moins, et la seule peut-être qui nous reste, quand tous les autres plaisirs se sont retirés de nous.

Ainsi, nous avons vu, d'année en année, évoluer l'attitude des intéressés et du public vis à vis des prix littéraires. Autrefois, il n'y en avait guère: le prix Goncourt seul, je crois et (quoiqu'il assurât la réputation d'un auteur), on en parlait assez peu. Mais, du jour où les éditeurs se rendirent compte du parti formidable qu'ils pouvaient tirer de ces prix en faveur de leur publicité, ils organisèrent leur tactique de telle sorte que tout est changé. C'est, aux environs de la première semaine de décembre, dans les milieux littéraires, une agitation dont vous n'avez aucune idée: des intrigues de toute sorte, une stratégie compliquée. Chaque éditeur a son poulain (comme ils disent) et le lance par tous les moyens possibles. Les jurys sont circonvenus. Certes, ils se défendent, par probité professionnelle d'abord, ensuite par agacement (car rien n'est plus irritant que de se sentir la main forcée). Néanmoins, ils sont débordés. Malgré leur indépendance, ils sont influencés par tout ce bruit, par ces noms indéfiniment répétés et, ils ont beau faire, leur choix finit par tomber sur un de ces génies préconisés par une grande firme éditoriale.

Cette année pourtant, ils ont évité le piège, et le Prix Goncourt a été récompensé quelqu'un qui le méritait sans contestation possible. Le Canadien-Français Constantin-Weyer est non seulement un écrivain, mais un homme, et non seulement un homme mais un héros. Après une jeunesse aventureuse et violente de trappeur et de chasseur, il avait réussi à fonder au Canada une exploitation agricole, quand la guerre le surprit. Il partit aussitôt pour défendre la France, combattit avec une énergie et un courage magnifique, reçut *cinquante-trois* blessures et, quand il revint chez lui, après l'armistice, ce fut pour y trouver sa ferme dévastée, son bétail volé, son affaire perdue.

Avec une patience indomptable, cet homme épuisé, à demi-impotent et qui pensait bien avoir droit au repos, se remit au travail, s'adapta. Ayant achevé sa vie active, il résolut de la conter, et il vint s'installer en France, où il composa ces oeuvres émouvantes et fortes qui s'appellent: *Cinq éclats de Silex, Cavalier de la Salle, Manitoba,* enfin *Un homme se penche vers son passé,* qui a obtenu le Prix Goncourt, et dont le titre évocateur semble s'appliquer si bien à la série entière. C'est le tableau fidele d'un pays admirable et rude et de moeurs qui se modifient trop rapidement sous la poussée du progrès mé-



Constantin Weyer, ilustre literato, que ha obtenido el Premio Goncourt
(Foto Manuel Frères)

Mi querida amiga:

¡Cuánto varían las costumbres! Es quizá una de las cosas más divertidas de la vida asistir a esta modificación incesante e imperceptible. En todo caso, es una de las que nos desilusionan menos, y acaso la única que nos queda cuando todos los demás placeres han huído de nosotros.

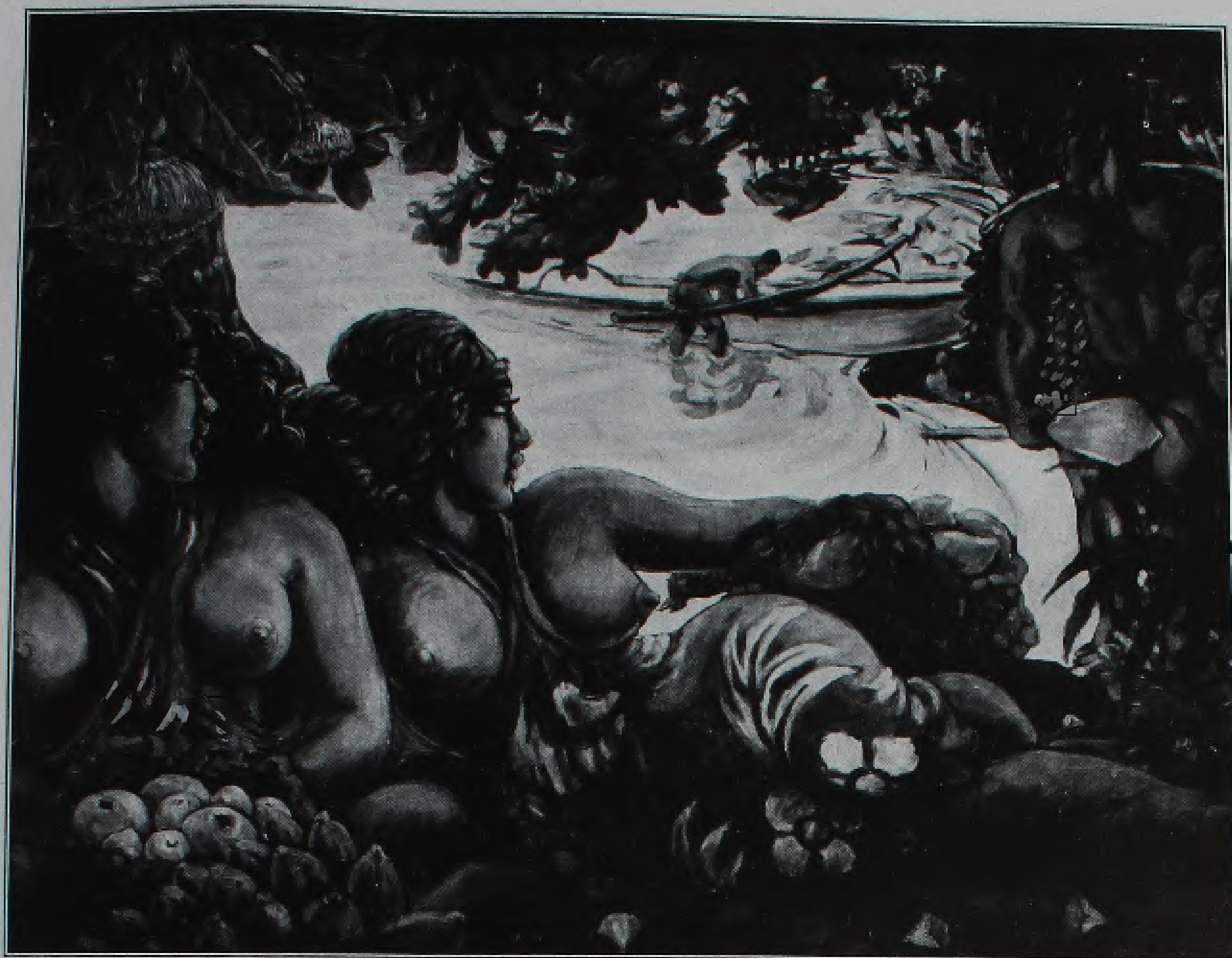
Así hemos visto, año tras año, evolucionar la actitud de los interesados y del público frente a los premios literarios. Antes había pocos, creo que solamente el Premio Goncourt, y aunque afianzaba la fama de un autor, poco se hablaba de él. Pero desde el día en que los editores se dieron cuenta del partido formidable que podían sacar de estos premios a favor de su publicidad, organizaron su táctica en tal forma que todo ha variado.

Al aproximarse la primera semana de diciembre, se produce en los centros literarios una agitación, de la que no se pueden ustedes formar la menor idea; intrigas de toda clase, una complicada estrategia. Cada editor tiene su «potro» (como dicen), y le alaba por todos los medios posibles. Se compromete a los jurados; desde luego, éstos se defienden, por honradez profesional en primer término, y luego por impaciencia (pues no hay nada más irritante que sentirse la mano forzada). No obstante, están desbordados, a pesar de su impaciencia, están influídos por tanto ruido, por esos nombres indefinidamente repetidos, y, a pesar suyo, su elección acaba por recaer en uno de esos genios preconizados por una gran firma editorial.

Sin embargo, este año han evitado la trampa, y el Premio Goncourt ha ido a recompensar a alguien que lo merecía sin disputa posible. El canadiense-francés Constantin-Weyer es, no solamente un escritor, sino también todo un hombre, y no solamente todo un hombre, sino un héroe. Después de una juventud aventurera y violenta de trampero y de cazador, había logrado fundar en el Canadá una explotación agrícola, cuando le sorprendió la guerra. Partió inmediatamente para defender a Francia, combatió con una energía y un valor magníficos, recibió cincuenta y tres *heridas y, cuando regresó a su hogar, después del armisticio, se encontró con su cortijo devastado, su ganado robado, su negocio perdido.*

Con indomable paciencia este hombre, agotado, medio impotente y que bien creía tener derecho al descanso, se puso otra vez al trabajo, se adaptó. Habiendo terminado su vida activa, resolvió contarla, y vino a instalarse en Francia, donde compuso estas obras emocionantes y fuertes que se llaman: Cinco fragmentos de sílice, Cavalier de la Salle, Manitoba, *y, por fin,* Un hombre se inclina hacia su pasado, *que ha obtenido el Premio Goncourt, y cuyo título evocador parece adaptarse tan propiamente a la serie entera. Es el cuadro fiel de un país admirable y rudo, y de costumbres que se modifican demasiado rápidamente bajo el empuje del progreso mecánico. Por él circula un aire sano, vigorizante, puro. ¡Ah! con M. Constantin-Weyer estamos lejos de esas emociones superficiales, de esos lirismos de pacotilla, de todas esas teorías bizantinas de las que se nutre el esnobismo parisién. ¡Estamos en la Na-*

CARTA DE PARÍS



Una obra de Octavio Morillot

turaleza y en la Vida! Le aseguro, querida amiga, que resulta muy alentador.

***

Esta necesidad que tenemos de salir de casa, este afán de evasión, que parece ser la característica de nuestra época, y que contamos con la lectura de obras como las de Constantin-Weyer, es el que vuelvo a encontrar en el éxito que París acaba de otorgar a Octavio Morillot. Este hombre extraordinario, que marchó muy joven a las islas Oceánicas y en ellas pasó la vida entera (con excepción de muy escasos regresos a Francia), se ha consagrado, para decirlo así, a la pintura de este maravilloso país, poblado por una humanidad, también camino de la desaparición y, por lo tanto, más preciosa para inmortalizarla. Estas telas de Morillot son asombrosas por su frescura, su ingenuidad, su magnífica ignorancia de las técnicas inauguradas aquí cada año por la moda; pero lo son aún más por los asuntos que representan, mostrándonos sitios y seres tran extraños, tan nuevos... Ante ellos, no podemos impedirnos soñar. Un deseo formidable, cual un instinto llegado del fondo eterno de nuestras fibras, nos levanta, nos arrastra. ¡Qué hermosas son las mujeres potentes y pacíficas, cuyos encantos son, según expresión de Baudelaire:

«Formados para bocas de Titanes».

¡Cómo expresa su mirada profunda la simplicidad de la vida natural, la armonía de un alma sin perversidad!... ¡Qué atrayentes son estos paisajes sin ciudades, estas selvas infinitas, de claros misteriosos, que vienen a morir en las orillas de un océano que se adivina casi sin límites!... ¡Cómo en todo aquí se respira la magia, el encanto único de la existencia primitiva! Confieso no poder mirar esta pintura como lo hago con las demás; me conmueve verdaderamente.

Además es tan sencilla, tan exenta de exageración, tan directa, que no se piensa ya en ella, sino lo que representa. Y el deseo de las «otras partes», a la par muy suave y muy punzante, nos oprime el corazón, pues durante los pocos instantes que nos es dado contemplar estos sitios y estos seres, nos olvidamos de la inmensa distancia que de ellos nos separa y nos parecen presentes. En fin de cuentas, ¿no sería este el objeto del arte?, hacernos penetrar en ciertos mundos que nos son prohibidos por su alejamiento en el espacio o en el tiempo, y en los cuales, equivocada o racionalmente, colocamos el Paraíso. El de Octavio Morillot tiene la ventaja de ser, en efecto, un Paraíso, un inmenso jardín en el que el hombre puede vivir casi sin trabajo alguno, alimentándose con los productos de la tierra. ¡Ay! el pintor mismo se cuida de decirnos que también ese Paraíso está desapareciendo. La civilización, o mejor dicho, el horroroso «ersatz», que con este nombre exportamos a los países vírgenes, estropea la patria de las «vahinés» (es el delicioso nombre que en Oceanía se da a las mujeres). El alcohol, las cotonadas, el falso pudor, las casas de pisos, los vestidos de confección, las alcantarillas, sin contar nuestros vicios; he aquí lo que ofrecemos a estos pobres salvajes a cambio de su ingenua hospitalidad. Con una ingenuidad de pájaros que vienen a tropezar con los espejuelos del cazador, estos desgraciados se precipitan sobre esta pacotilla. Estos hombres y estas mujeres, de una hermosura casi mitológica, que vivían como dioses en las orillas de sus lagos encantados, se vuelven caricaturas de europeos en parodias de ciudades modernas, Octavio Morillot habrá pintado a los últimos, y ha sabido darles, con esta majestuosidad de las razas inmemoriales, un no sé qué de extraño y de religioso, diríase, que hace soñar profundamente.

***

Es también esta necesidad de evasión que inspira «Partidas» (Départs) de M. Simon Gantillon, que da M. Gaston Baty en el teatro de la Avenida. ¿Qué digo? Es a la vez su exaltación y su crítica. Dos niños, hermano y hermana, sueñan en un desván y se entusiasman evocando los cuadros de su vida futura. Para realizar mejor estos sueños se hacen el uno marino y la otra actriz. ¡Ay! es esto mismo, esta realización, que mata los sueños, pues toda vocación se vuelve pronto un oficio: el marino no ve más países maravillosos que la actriz encarna almas extrañas o heroicas. Lo que daba su magia a estas almas y estos sitios era precisamente el hecho de ser imaginados. El sueño es la única evasión real, y los únicos paraísos son los que crean, en el curso tumultuoso de la existencia, los cortos instantes durante los cuales el heroísmo, la inspiración nos levantan por encima de nosotros mismos. Pero hay en el deseo de estar en otra parte una fuerza tal, que aun reducido así a su desnudez psicológica, ejerce sobre nuestras imagi-

canique. Il y circule un air salubre, revigorant, pur. Ah nous sommes loin, avec M. Constantin-Weyer, de ces émotions à fleur de peau, de ces lyrismes de pacotille, de toutes ces théories byzantines dont le snobisme parisien fait sa pâture. Nous sommes dans la nature et dans la vie. Je vous assure, ma chère amie, que cela réconforte.

* * *

Ce besoin que nous avons de sortir de chez nous, cet appétit d'évasion, qui semble bien la caractéristique de notre époque, et que nous contentons par la lecture d'ouvrages tels que ceux de Constantin-Weyer, c'est encore lui que je retrouve dans le succès que Paris vient de faire à Octave Morillot. Cet homme extraordinaire, qui, tout jeune, partit pour les îles océaniennes et y passa toute sa vie (sauf de très rares retours en France), s'est pour ainsi dire consacré à la peinture de ce pays merveilleux, peuplé par une humanité elle aussi en voie de disparition, d'autant plus précieuse à immortaliser. Elles sont étonnantes, ces toiles de Morillot, par leur fraîcheur, leur ingénuité, leur magnifique ignorance des techniques inaugurées ici chaque année par la mode. Mais elles le sont plus encore par les sujets qu'elles représentent, et qui nous montrent des sites et des êtres tellement étranges, tellement nouveaux... Devant eux, nous ne pouvons nous empêcher de rêver. Une envie formidable, comme un instinct venu du fond éternel de nos fibres, nous soulève, nous entraîne! Comme elles sont belles, ces femmes puissantes el paisibles, dont les appâs sont, suivant l'expression de Baudelaire:

«façonnés aux bouches des Titans!»

comme leur regard profond exprime la simplicité de la vie naturelle, l'harmonie d'une âme sans perversité!... comme ils sont attirants, ces paysages sans villes, ces forêts infinies, aux clairières mystérieuses, et qui viennent mourir aux bords d'un Océan que l'on devine presque sans bornes!... comme tout ici respire la magie, le charme unique de l'existence primitive. J'avoue ne pouvoir regarder cette peinture comme je fais les autres. Elle me touche vraiment trop. Au reste, elle est si simple, si exempte d'affectation, si directe, qu'on ne songe plus à elle, mais à ce qu'elle représente. Et le désir des ailleurs nous serre le coeur, à la fois très doux et très poignant car, pendant les quelques instants qu'il nous est donné de contempler ces sites et ces êtres, nous oublions l'immense distance qui nous en sépare, et ils nous deviennent présents. Au bout du compte, ne serait-ce point là le but de l'art? nous faire pénétrer dans certains mondes qui nous sont interdits par leur éloignement dans l'espace ou dans le temps et dans lesquels, à tort ou à raison, nous plaçons le Paradis. Celui d'Octave Morillot a l'avantage d'être, en effet, un Paradis, un immense jardin où l'homme peut vivre sans presque aucun travail, en se nourrissant des fruits de la terre. Hélas! le peintre prend soin luimême de nous dire que ce paradis-là est, lui aussi, en train de disparaître. La civilisation, ou plutôt l'affreux ersatz que nous exportons sous ce nom dans les pays vierges, gâte la patrie des *vahinés* (c'est le nom délicieux que l'on donne aux femmes en Océanie). L'alcool, les cotonnades, la fausse pudeur, les maisons à étages, les vêtements de confection, les égoûts, sans compter nos vices, voilà ce que nous offrons à ces pauvres sauvages, en échange de leur hospitalité ingénue. Avec une naïveté d'oiseaux venant se cogner aux miroirs du chasseur, les malheureux se pré-

cipitent sur cette pacotille. Ces hommes et ces femmes, d'une beauté presque mythologique, qui vivaient comme des dieux au bord de leurs «lagons» enchantés, deviennent des caricatures d'Européens dans des parodies de cités modernes. Octave Morillot aura peint les derniers et il a su leur donner, avec cette majesté des races immémoriales, je ne sais quoi d'étrange et de religieux, dirait-on, qui fait longuement rêver.

***

C'est encore ce besoin d'évasion qui inspire *Departs* de M. Simon Gantillon, que M. Gaston Baty donne au Théatre de l'Avenue. Que dis-je? elle en est à la fois l'exaltation et la critique. Deux enfants, le frère et la soeur, rêvent dans un grenier et ils s'enthousiasment à évoquer les tableaux de leur vie prochaîne. Pour mieux réaliser ces rêves, ils se font, l'un marin et l'autre actrice. Hélas! c'est cela même, cette réalisation, qui les tue, les rêves. Car toute vocation devient vite un métier: le marin ne voit pas plus de pays merveilleux que l'actrice n'incarne d'âmes étranges ou héroïques. Ces âmes et ces sites, ce qui leur donnait leur magie, c'était justement le fait d'être imaginés. Le rêve est la seule évasion réelle, et les seuls paradis sont ceux que créent, au cours tumultueux de l'existence, les courts instants pendant lesquels l'héroïsme et l'inspiration nous soulèvent au dessus de nous-mêmes.

Mais il y a, dans le désir d'être ailleurs, une telle force que, même ainsi réduit à sa nudité psychologique, il exerce sur nos imaginations un attraît que rien ne peut détruire. Le succes de *Départs* en est la preuve. Ce spectacle émouvant se déroule suivant la technique coutumière de M. Gantillon, c'est à dire par tableaux successifs, sans unité apparente. M. Gaston Baty a su le mettre en scène avec un art subtil et proprement parfait, secondé par des artistes de la taille de M. Lucien Nat et de Mlle. Marguerite Jamois, de M. Georges Vitray et de M. Jean Le Goff. Il faut mettre hors de pair une jeune femme étonnante, déjà appréciée d'une élite, Mlle. Suzanne Demars qui, dans un rôle de vingt lignes, pleuré plutôt que dit, a trouvé moyen de faire passer dans la salle le frisson sacré de la plus haute émotion. Nous aurons sans doute l'occasion de reparler de cette admirable comédienne.

***

La grande mode est aux opalines. Vous savez ce que c'est que des opalines? Ce sont d'affreux objets, généralement des vases, en verre très vulgaire, mais teintés d'une certaine maniere qui rappelle—oh! de très loin—, les nuances de l'opale. Cette verrerie a eu sa plus grande vogue au moment de Louis-Philippe et de Napoléon trois. Et puis, nous l'avons reléguée dans les greniers, d'où notre snobisme la ressort aujourdhui, avec quelques autres brimborions, également hideux, mais qui nous émeuvent. C'est toujours mauvais de s'attendrir sur des choses laides. Cela mène loin. Un grand nombre d'hommes dédaignent les plus jolies femmes et épousent de pauvres créatures rabougries dont ils ont eu pitié, dans un moment de faiblesse. Ils sont ensuite malheureux toute leur vie.

Dieu merci, nous ne serons pas obligés de passer la nôtre dans la société de ces vases, qui ressemblent à ceux des mois de Marie à la campagne ou des loteries de foires. Pour l'instant, ils sévissent. On en voit partout. Et comme ceux qui restent ne sont pas assez nombreux pour suffire à la demande, on en fabrique. Il y a des marchands qui vendent exclusivement ces bouquetiers aux formes niaises ces petits pots, ces verres, ces assiettes. Ils ressemblent à s'y méprendre aux vrais. Ils sont aussi disgracieux, troubles, misérables. Vraiment, ils font penser au mobilier des ouvroirs, des orphelinats...

Je me suis hâté de vous signaler cette vogue, car je crains bien que, le mois prochain, elle ne soit déjà en décroissance. C'est terrible ce que la mode dévore de choses en ce moment. Jamais, je crois, les engouements n'ont été plus rapides, plus universels, mais aussi plus courts. Si j'étais vase de fleurs, je ne voudrais pas être en opaline. Car c'est sans doute épouvantable que de se trouver porté, du jour au lendemain, au sommet de la faveur pour être, en quelques jours, précipité dans une disgrâce dont rien ne vous retire plus ensuite. Je préfere cent fois une demi-obscurité, une gloire modeste mais qui dure.

En ce qui concerne les opalines, remarquez que c'est là encore un moyen de nous évader. Le petit vase saugrenu n'est qu'un prétexte. Ce que nous lui demandons, c'est de nous permettre de rêver, de nous échapper quelques instants à la monotonie, à la fatalité de notre vie. En le regardant, nous pensons à nos grandspères, nous évoquons leurs appartements inconfortables et capitonnés, leurs robes de chambre, leurs pantoufles de tapisserie, leur existence sédentaire, ignorante de l'auto et du hautparleur... Et nous voilà reportés à soixante ans en arrière, comme si nous étions montés dans une «machine à explorer le temps»...

FRANCIS DE MIOMANDRE

CARTA DE PARÍS

naciones una atracción que nada puede destruir. Prueba de ello es el éxito de «Partidas». Este emocionante espectáculo se desarrolla conforme a la acostumbrada técnica de M. Gantillon, es decir, en cuadros sucesivos, sin ilación aparente. M. Gaston Baty ha sabido ponerlo en escena con un arte sutil y propiamente perfecto, secundado por artistas de la categoría de Luciano Nat y de Margarita Jamois, de Jorge Vitray y de Juan Le Goff. Es preciso colocar por encima de lo corriente a una joven artista asombrosa, apreciada ya por una élite, la Srta. Sussana Demars, que en un papel de veinte líneas, llorado más bien que recitado, ha encontrado el medio de hacer pasar por la sala el sagrado escalofrío de la más elevada emoción. Sin duda tendremos ocasión de volver a hablar de esta admirable comedianta.

***

Están de gran moda las opalinas. ¿Saben ustedes los que son las opalinas? Son horrorosos objetos, generalmente jarros de cristal muy vulgar, pero teñidos de cierta manera que recuerda ¡oh! muy de lejos los matices del ópalo. Esta vidriería ha alcanzado su mayor estimación en la época de Luis Felipe y de Napoleón III, y después la hemos relegado en los desvanes, de donde nuestro esnobismo la vuelve a sacar hoy, con algunas otras baratijas igualmente horrorosas, pero que nos conmueven. Es siempre malo enternecerse sobre cosas feas, esto lleva lejos. Un gran número de hombres desdeñan a las más bonitas mujeres y se casan en un momento de debilidad con pobres criaturas desmirriadas. Después son desgraciados toda la vida.

Gracias a Dios no nos veremos obligados a pasar la nuestra en la compañía de estos jarros, que se parecen a los de los «meses de María» de los pueblos, o de las loterías de las ferias. Por el momento, predominan; se los ve en todas partes, y como los que quedan no son lo bastante numerosos para cumplimentar todos los pedidos, se fabrican. Hay comerciantes que venden exclusivamente estos floreros de formas bobas, estos jarritos, estos vasos, estos platos. Se parecen a los verdaderos hasta confundirlos; son tan faltos de gracia, turbios, miserables. Verdaderamente hacen pensar en el mobiliario de los obradores de caridad o de los orfanatos...

Me he apresurado a señalarles esta boga, pues me temo que el mes próximo esté ya decreciendo. Es terrible la cantidad de cosas que la moda devora en este momento. Nunca creo han sido los caprichos más repentinos, más universales, pero también más pasajeros. Si fuera florero no quisiera ser de opalina, pues seguramente es espantoso encontrarse así llevado, de la noche a la mañana, a la cumbre del favor, para ser, en algunos días, precipitado en una desgracia de la que ya nada os saca después. Prefiero cien veces una semioscuridad, una gloria modesta, pero duradera.

En cuanto a las opalinas, observen ustedes que este es otro medio de evadirnos; el ridículo jarrito es sólo un pretexto. Lo que le pedimos es que nos permita soñar, escaparnos durante algunos instantes de la monotonia, de la fatalidad de nuestra vida. Mirándolo pensamos en nuestros abuelos, evocamos sus viviendas inconfortables y acolchadas, sus batas, sus zapatillas de tapicería, su existencia sedentaria, ignorante del auto y del altavoz... Y henos aquí transportados a sesenta años atrás, como si hubiéramos subido en una «máquina de explorar los tiempos».

FRANCIS DE MIOMANDRE



Una escena de «Departs», que se representa en el teatro de la Avenida (Foto Manuel Frères)


ROJAS
EXPOSICION
INTERNACIONAL
BARCELONA 1929

INSTANTÁNEAS DE BARCELONA





Las mañanitas de sol



Excmo. Sr. D. Jacinto Fort Daniel



MAÑANITAS DE SOL

El padre Sol, señor de cumbres y llanadas, de vez en cuando deja sentir sus besos benditos también en el invierno. Para los niños son estos besos principalmente, pues el padre Sol sabe muy bien que, en el cielo de aquí, los diablillos angelicales y diminutos esperan con los bracitos extendidos y las mejillas arrebatadas por el frío su luminosa caricia... Y a nuestro paseo de Gracia han acudido en esta mañanita riente los niños, siendo sorprendidos en su espera por el infatigable Segarra, que, un poco aniñado también, quería hacer suya, siquiera por breve espacio, la ardiente dádiva del padre Sol, señor de cumbres y llanadas...

«¡Sol de invierno, sol de invierno
que en los niños y las flores
pones tus besos de fuego...!»

Instantáneas de Barcelona

UN CATALÁN ILUSTRE

El excelentísimo señor don Jacinto Fort Daniel, que tanto ha colaborado en bien de España desde antigua fecha, al enterarse del objeto de nuestra visita nos dice, bondadoso, aunque escudándose en su proverbial modestia:

—Mucho me halaga que COSMÓPOLIS quiera ofrecer a sus lectores la labor de un hombre como yo, que no ha hecho otra cosa que consagrar su vida al cumplimiento de un deber tan alto como el de servir a su patria. Esto no lo considero yo mérito alguno. No obstante, por si el ejemplo de mis entusiasmos pudiera ser beneficioso para la sagrada causa de mi mayor devoción, a grandes rasgos les expondré lo poco que he llegado a hacer, sin que esto quiera decir que no aspire a superarme en el porvenir.

Copiamos febrilmente. D. Jacinto Fort, con voz segura, emplea tan sólo la palabra breve y precisa, huyendo de la natural satisfacción que produce siempre el relato de los triunfos propios... Resulta difícil nuestra misión, porque perder una palabra equivale a suprimir un concepto.

He aquí lo que hemos podido alcanzar de su discurso.

D. Jacinto Fort, cabo del Somatén de San Gervasio de Cassolas, es el decano de los de su misma categoría, tanto en la ciudad de Barcelona como en los pueblos agregados de su llano.

Ha creado en este organismo servicios tan importantes como el de ambulancias, con personal médico perteneciente al Somatén; una sección automovilista; el servicio de transportes en previsión de las huelgas generales; concurso de tiro, siendo muy notable el que celebró en noviembre de 1922, bajo la presidencia del general Primo de Rivera (el Sr. Fort es vicepresidente del Tiro Nacional en Barcelona); numerosas mejoras en favor del ejército, habiendo logrado para las víctimas de Annual, en agosto del año 1921, una recaudación importantísima; el 20 de mayo de 1928 ofreció la campana «Montserrat» al templo del Sagrado Corazón de Jesús, en el Tibidabo (brillante nota de que dimos cuenta entonces a nuestros lectores), y es el propulsor de la medalla de la Constancia para las banderas de somatenes que cuenten con veinte años de existencia.

Sólo con reseñar los méritos de este patriota ilustre convertiríamos en interminable el breve espacio de que disponemos para trazar una de nuestras instantáneas. Nos limitaremos a decir, en vista de esto, que la labor fecunda de tan prestigiosa figura ha sido premiada con gran número de condecoraciones nacionales y extranjeras, poseyendo D. Jacinto Fort—caso nada común—todas las cruces de distintivo blanco del Mérito Militar.

Este es el hombre que hoy honra las páginas de COSMÓPOLIS. Corazón y cerebro puestos al servicio de España, su veneración por nuestro augusto soberano y su inquebrantable adhesión a nuestro glorioso ejército le convierten en una personalidad tan destacada como representativa de Cataluña.

LA FIESTA DE LAS MODISTILLAS

Por vez primera han celebrado las modistillas barcelonesas la festividad de su excelsa Patrona, Santa Lucía.



La reina de la fiesta de las modistillas

Hubo manifestaciones imponentes e importantes discursos con tal motivo, la cobla Barcelona interpretó sardanas en el Parque de la Ciudadela, y ellos y ellas—estudiantes y modistillas—, las manos enlazadas, ofrecieron con la típica danza la gloria de su alegría ingenua y pícara a la vez, que en el inmenso corro era como la ofrenda de un ramillete de mayo.

Por último, fué elegida reina Paquita Roig, esa linda muchacha que entre su corte de amor podrán admirar nuestros lectores, luciendo en la mano breve el homenaje de los estudiantes hecho aroma sin par, en los labios la satisfacción, un poco temerosa, hecha sonrisa, y en todo el encanto de su gentilísima majestad, el triunfo de una ilusión...

Divinas *Llucietes*, hormiguitas doradas que en las rosas de vuestros dedos sentisteis tantas veces la aguja del trabajo, luciente como espina cruel...; al Altísimo ruego con devoción inmensa que sea vuestro reinado eterno, porque reinar vosotras es sentir en la vida a cada paso la ventura inefable de una risa clara; es saber que hay mucho cielo en los ojos cuando el alma de una mujercita que sabe soñar con el sueño eternamente favorecido por la gracia de Dios se asoma a ellos; es... algo tan grande como llevar prendido al corazón un divino clarín de juventud...

CONCURSO DE AVIACIÓN

En el campo del Prat tuvo lugar el concurso de otoño, organizado por el Real Aero Club Español, que comprendía las tres pruebas de habilidad, velocidad y acrobacía.

El tiempo, francamente desapacible, no impidió que un inmenso público acudiera a presenciar este concurso, viéndose en el aeró-

Instantáneas de Barcelona



Concurso de aviación

dromo representadas todas las entidades deportivas de Cataluña y buena parte de nuestro gran mundo.

En la prueba Destrucción de globos logró el primer puesto de la clasificación Francisco Piedra; en la segunda prueba, Guillermo Xuclá resultó favorecido, y en acrobacía, Canudas tuvo el puesto de honor.

Fuera de concurso se elevó seguidamente una escuadrilla, que al mando del teniente de navío Sr. Díaz Domínguez evolucionó sobre el campo.

Por último, el *paracaidista* Sr. Hernández se arrojó al espacio en su aparato desde considerable altura, logrando una estruendosa ovación al tomar tierra felizmente.

En resumen: el concurso de otoño constituyó un verdadero éxito, que ha superado los pronósticos más optimistas.

NAVIDAD

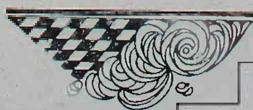
Entre el cacareo—no sabemos si alegre o temeroso—de las aves llamadas a desempeñar tan importante papel en estos días, y la contemplación admirativa de los niños ante las figuritas de barro que forman los codiciados Belenes, han transcurrido las fiestas de Navidad en la ciudad condal, en esta tierra que sabe entregarse al culto de las tradiciones acaso como ninguna ciudad de España.

Barcelona gusta de las solemnidades patriarcales con un regocijo dichosamente infantil. Sanos de cuerpo y alma sus hijos, enriquecen su fuerza en el trabajo, sin regateos, y saben del mismo modo apurar todas las horas de alegría, convencidos de que así cumplen con un ineludible deber más: el de enriquecer su espíritu. ¡Por eso Barcelona vive en estas fiestas inefables venturas...! En eclosión de fe, su alegría supera a todas las alegrías por llenar sus hogares de paz y amor. El nacimiento de Cristo-Rey ha sido celebrado con júbilo inmenso... ¡Hombres y mujeres de talleres y fábricas han cantado villancicos con sus pequeñuelos...; como ellos, felices milagrosamente en la hora del divino milagro!



Navidad *Fotos José M.ª Segarra*

ALFREDO PALLARDÓ RUIZ



INAUGURACIÓN DE LA NUEVA SUCURSAL DE LA CASA DOMECQ



Grupo obtenido en el salón principal después de entronizar el Sagrado Corazón de Jesús

La Casa Domecq ha inaugurado solemnemente su nueva sucursal en esta corte, calle de Alcalá, núm. 6, en cuya instalación puede admirarse el buen gusto y esplendidez de tan renombrada Casa. Con este motivo celebróse también la entronización del Sagrado Corazón de Jesús, y acabada tan simpática fiesta los numerosos invitados fueron obsequiados gentilmente con un *lunch*, en el que predominaron los exquisitos vinos y licores de la Casa Domecq, que demostró una vez más la excelencia de sus famosas bodegas.

Entre los asistentes recordamos a los siguientes señores:

D. Juan Pedro Domecq, Sr. Marqués de Casa Domecq, D. José Manuel Domecq, D. José Domecq de la Riva, Sr. Marqués de Santaella, Sr. Conde de los Andes, D. Pedro Soto Domecq, D. Enrique Rivero Pastor, D. Manuel J. de la Riva, D. Agustín García Mier, D. José Ruiz Barreto, D. Juan García Naranjo, D. Jorge Zurdo, D. Salvador Aragón, Sr. Representante de la Mutua Mercantil de La Coruña, D. Vicente González, D. Manuel Olías, D. Federico Rey, D. Antonio Rey, D. Valentín Alameda, Sr. Vicepresidente de «El Laurel de Baco», Sr. General Merry, Sr. Gobernador militar de Jerez, D. Carlos Prast, presidente de la Cámara de Comercio; Sr. Secretario del Gobierno civil, representando al Sr. Gobernador; Sr. Representante del alcalde presidente del Ayuntamiento, Sr. Coronel Campomanes, D. Juan José Primo de Rivera, D. Juan, D. Luis y D. Mateo Silvela, D. Antonio Pérez, D. Mario García Kholy, embajador de Cuba; Sr. Agregado comercial de la Legación de Servia, Sr. Encargado de Negocios de la Legación de Turquía, D. René Wirt, D. J. Bennett, don Basilio Álvarez, D. Jacinto Higueras, D. Waldo A. Insúa, D. Teodoro Jiménez, D. Manuel Muñoz, D. Basilio Paraíso, Sr. Coronel del regimiento de Saboya, D. Dionisio Pérez, D. Evaristo Pérez Íñigo, D. José Gómez Quintero, D. Cristóbal Carvajal y D. Ramón Carvajal.



Los señores Domecq y personal de las Agencias que asistieron a la inauguración

(Foto Marín.)



Futbol

Divagaciones en torno del campeonato de España



Un momento pleno de acción del encuentro Real Sociedad-Patria
(Foto Palacio)



SIN finalizar aún el campeonato de España, ya han aparecido sus detractores. En diversos periódicos se combate la fórmula con arreglo a la cual se desarrolla. Se habla de injusticias perpetradas por el sorteo que lo rige y se prodigan las lamentaciones por la desaparición de algunos equipos de clase, mientras otros menos potentes han podido llegar hasta los cuartos de final. Claro está que no se apunta solución alguna viable. No se pasa por ahora de la crítica negativa.

Hace días leímos en *El Mundo Deportivo*, de Barcelona, un artículo del siempre ponderado y competente Torrens' sobre este tema, que refleja exactamente nuestro pensamiento en esta cuestión. El querido compañero, con muchísima razón, exponía que en pasadas temporadas el campeonato de España se regía por fórmulas de gran analogía con la presente. La única diferencia estribaba que en lugar de los sorteos actuales existían, previamente determinados de antemano, grupos de regiones para la eliminación de los equipos. Con esto se adelantaba bien poco en el camino de que los clubs fuertes fueran los que necesariamente se encontraran en los cuartos de final y en las semifinales. Recordamos un Real Unión eliminado mucho antes de los cuartos de final por un Barcelona, mientras un Real Murcia, un Deportivo Alavés..., etc., evidentemente inferiores, seguían adelante. El sistema de las agrupaciones geográficas, desprovisto de las emociones, y la posible variedad en el acoplamiento de equipos de un sorteo, tenía, en cambio, los mismos defectos.



La delantera del Barcelona en uno de sus ataques, en su tarde victoriosa de las Corts, contra el equipo campeón de Guipúzcoa
(Foto Sport)

Demostrado esto, también es indiscutible que sólo la fór-

Fútbol

mula que enfrente a todos los equipos contra todos en una competición por puntos es la que puede dar el mejor club de la temporada. Y en seguida surgen las dificultades para aplicarla. Si se da entrada a todos los equipos considerados como de primera categoría que hoy día, a través de los campeones regionales clasificadores para el de España, pueden aspirar al título de campeón, es indispensable que el sistema justo y perfecto de todos contra todos no es aplicable por exceso de partidos y falta de fechas festivas. Habría que limitarlo, no dando posibilidad de participación en él a muchísimos equipos.

No quedan, por lo tanto, más que dos caminos a seguir: El de continuar denominando campeonato de España a la actual fórmula, en la que con sus defectos y posibles injusticias de un sorteo permite, en cambio, la entrada y participación de todos los clubs españoles considerados como de primera categoría, o bien reservarlo para la fórmula perfecta y equitativa del torneo por puntos, con la consiguiente limitación impuesta por el número de encuentros, asignando el título de campeón de España al club de la primera división que se clasifique al finalizar la temporada a la cabeza del grupo. Pero volvemos a coincidir en absoluto con Torrens en que deben subsistir las dos competiciones. Una de todos contra todos. El triunfo por puntos. Garantía de que el primer clasificado sea normalmente el mejor a lo largo de la temporada, sin tener que esperarlo todo de dos o tres tardes afortunadas y sin abrigar excesivos temores de que un día aciago lo elimine, tarde que puede tener todo equipo, por potente que sea. Otra, subsistencia de campeonatos regionales que clasifican para unas eliminatorias por sorteo de gran poder emotivo. El triunfo por la desaparición del contrario. El fuera de combate en dos encuentros. La victoria de los equipos que saben aprovechar la menor ocasión favorable y el más pequeño desfallecimiento del adversario. Con el interés, y si se quiere la injusticia del sorteo, que rompe clasificaciones y agrupaciones preconcebidas.

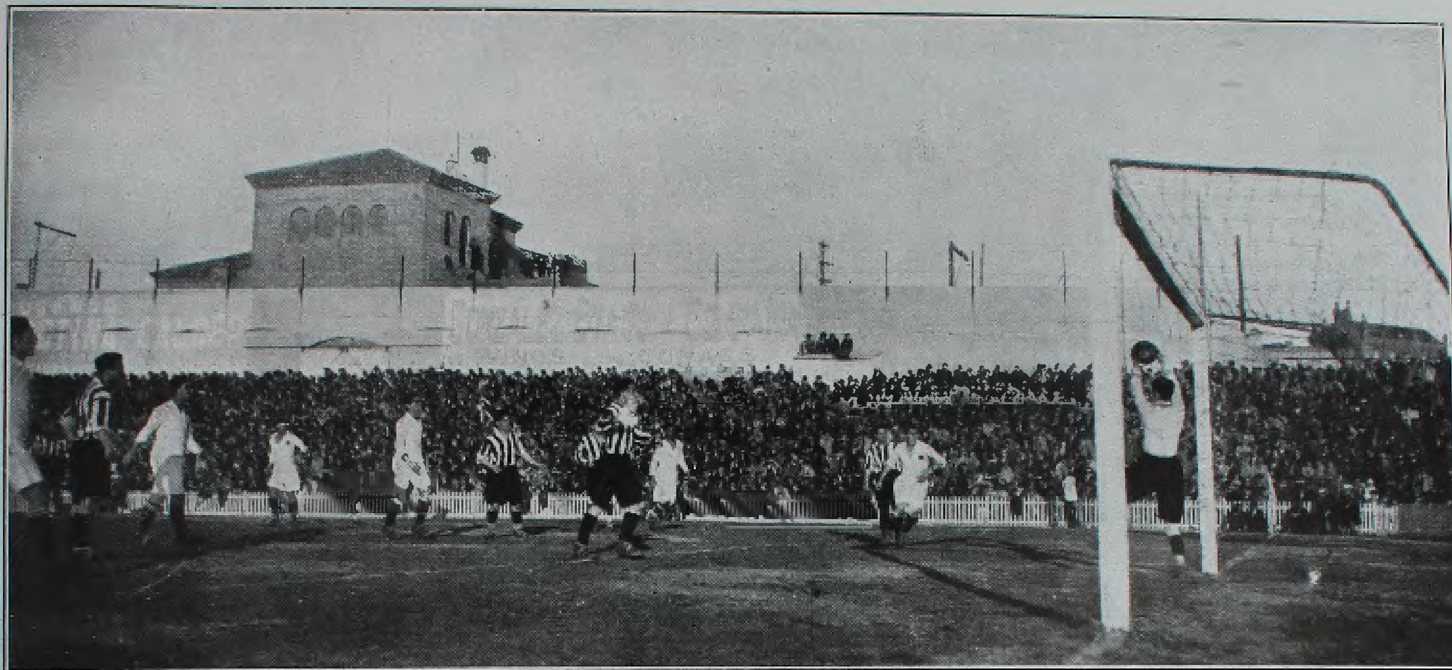
¿A cuál denominar campeonato de España? Es difícil inclinarse por una. Tienen ambas factores en pro y en contra. El público, la afición es la que, en definitiva, podía dar una orientación en este pleito. Un plebiscito en el que los aficionados expusieran su sentir en esta cuestión, podría señalar un camino.

***

En la serie de partidos que hemos presenciado del campeonato nacional, la táctica de la mayor rapidez en las acciones ha triunfado plenamente. Equipos de excelente técnica, pero lentos en el desenvolvimiento de sus jugadas, han fracasado por completo ante bandos rápidos y homogéneos. El fútbol norteño se ha venido abajo por la pesadez de sus jugadores. Demasiada lentitud en sus avances. La profundidad no se consigue por el empuje arrollador. El peligro se crea por la rapidez en el pase y la movilidad de un ataque. Por ello, a los cuartos de final sólo ha llegado un representante del antes esplendoroso fútbol norteño. Ya nos enseñó algo sobre esto la última Olimpíada de Amsterdam. Nuestros seudos *amateurs*, poseedores de una buena técnica, resultaron demasiado pesados para la ligereza de que hicieron gala los italianos. Está archidemostrado que en el fútbol lo más esencial es la rapidez ordenada y consciente, que no hay que confundir nunca con el correr alocadamente, sin método ni colocación, por un campo.

* * *

Y a la orden del día los escándalos y agresiones a los árbitros. ¿Es que nuestros árbitros son tan malos y venales que justifican estos actos de vandalismo? Nada de ello. Hemos asistido a varias Olimpíadas, presenciado numerosos encuentros internacionales y visto varias finales de la Copa de Inglaterra. Pues bien, podemos establecer una comparación entre nuestros árbitros y los de otros países, y de ella salen beneficiados los españoles. Y, sin embargo, en otras partes no se dan estos espectáculos, tan corrientes en España. Y el motivo principal—aparte en unos pocos casos de ineptitud del árbitro—hay que encontrarlo en la excesiva y malsana pasión



Munguía, el guardameta del Deportivo Logroño, en una de sus numerosas intervenciones motivadas por el acierto continuo de los delanteros del Real Madrid. (Foto Marín)



Rubio, delantero centro del Real Madrid



Uno de los ocho tantos marcados por el Real Madrid al equipo riojano, en el partido jugado en Chamartín. (Foto Marín.)



La enérgica acometida del ataque madrileño al marco del D. Logroño. (Foto Marín.)

Cuando escribimos estas divagaciones en torno al campeonato de España no se han resuelto aún los cuartos de final. El sorteo, realizado con todos los requisitos legales, fué esta vez justo. Puso a los equipos considerados como inferiores enfrente de los más potentes, para así dar lugar a que los cuatro clubs considerados en la actualidad como los más potentes en España pasaran a las semifinales. ¿Sucederá así? Un pronóstico en el que coincidirían el 99 por 100 de los aficionados, nos daría los nombres del Athletic bilbaíno, Deportivo Español, F. C. Barcelona y Real Madrid como semifinalistas. ¿Pero y la sorpresa, factible siempre de producirse en el fútbol, hará su aparición a estas alturas?



EDUARDO TEUS

que ponen espectadores y jugadores en las luchas del campeonato. Deja el encuentro de ser un espectáculo deportivo para convertirse ilógica y estúpidamente en algo que afecta al prestigio y al honor del pueblo a que pertenece el equipo. Y así tiene que ganar como sea, para que ese prestigio no padezca. Y unas veces aficiones jóvenes y otras aficiones experimentadas caen en el mismo defecto y convierten los partidos de fútbol en verdaderas batallas campales, teniendo que tomarse por la autoridad todas las precauciones para salvaguardar la integridad física del árbitro y los jugadores forasteros. Algo verdaderamente lamentable que desnaturaliza en absoluto lo que es deporte, en el que lo principal debe ser el saber perder, el aceptar alegremente la derrota. Duras sanciones para los culpables, sean quienes sean, espectadores, árbitros, jugadores, directivos y clubs, se imponen de ahora en adelante para cortar de raíz estos hechos.

* * *



A CAMPO TRAVIESA

La carrera inaugural de la temporada en París



Antes de la carrera, las bellas participantes dan elasticidad a sus músculos con el masaje.

La mujer toma cada vez una parte más activa en el deporte. Ya su actividad no queda limitada a aquellos ejercicios que requieren un esfuerzo suave. Su campo de acción ha invadido los deportes para cuya práctica se precisa la realización de un agotador ejercicio físico. Tenemos el ejemplo en los grabados que ilustran estas páginas. Un tropel de corredoras participan en una dura prueba a campo traviesa. No son obstáculos capaces de desanimarlas ni las violencias de la carrera ni las inclemencias del crudo invierno. La debilidad del sexo bello va siendo un tópico en desuso al aparecer estas nuevas generaciones de fuertes y ágiles deportistas.

En todas las naciones se fomenta esta novísima inclinación de la mujer hacia el campo del deporte. En la Europa Central se concede una gran atención a la propaganda entre las muchachas de las prácticas de cultura física. Como síntoma significativo de esta corriente favorable al cultivo y desarrollo de los ejercicios al aire libre por las jóvenes, nada más expresivo que la lucha entablada desde hace un año entre el Vaticano y el Gobierno fascista, presidido por Mussolini. El fascismo, creador de varios magníficos estadios como el del «Littoriale», de Bolonia, y el de Roma, tiene en Turatti, lugarteniente del dictador italiano, al hombre entusiasta del deporte encauzador de la juventud italiana en ese sentido. Una serie de organizaciones de marcado carácter fascista le secundan. Éstas, distribuídas por toda la nación, existen no sólo en las grandes poblaciones, sino en muchísimos pueblos. Uno de los principales postulados de su programa es el aprovechamiento de los días festivos para la realización de excursiones al campo, durante las cuales no dejan de celebrarse concursos atléticos. Esta desviació de las jóvenes deportistas del influjo de la Iglesia, apartándolas de las funciones religiosas que en los pueblos tienen lugar los domingos, ha motivado una tirantez de relaciones entre el Vaticano y el fascismo, llegando recientemente a censurarse por las altas autoridades de la Iglesia romana esta inclinación al deporte de las muchachas italianas, fomentada por el intenso apoyo del fascismo al deporte femenino.



Un tropel de corredoras en los campos helados de las cercanías de París.

No queremos intervenir en esta delicada cuestión exponiendo un juicio sobre la misma. Nos limitamos a destacar el hecho como demostrativo de la invasión femenina en el deporte. En la Europa Central puede tomarse como ejemplo a Checoeslovaquia, donde la mujer practica un deporte racional amoldado a sus condiciones físicas. Las muchachas checoeslovacas, con su gimnasia rítmica, efectúan un sano y sa-

A CAMPO TRAVIESA

ludable ejercicio. Nada más impresionante y bello que los ejercicios gimnásticos llevados a cabo por 14.000 muchachas en el amplio estadio de Praga durante las fiestas de los Sokols.

El año pasado, en la Olimpíada de Amsterdam, el elemento femenino estuvo representado en los concursos de natación y en numerosas pruebas de atletismo. Son bastante corrientes en Norteamérica y especialmente en Europa las luchas deportivas femeninas, en las que se abarcan varios deportes, contendiendo equipos seleccionados femeninos de varias naciones. No es un movimiento pasajero ni una moda de fugaz reinado practicada por cuatro extravagantes. Nada de de eso. La mujer moderna cuida su salud física con un metodizado ejercicio al aire libre. Aunque algunas caigan en el defecto de entregarse a realizar deportes en los que la feminidad no gana ciertamente nada.



La señorita Ducast, vencedora de la prueba, a su llegada a la meta.

En España vamos bastante despacio en este aspecto. Unas pocas muchachas—singularmente en Barcelona y en Bilbao—practican la natación, atreviéndose—aquí supone aún un atrevimiento— a tomar parte en las pruebas de este género a ellas reservadas. El tenis generalizado. Unos ensayos de equipos femeninos de hockey en Madrid, que no han cristalizado en algo oficial y permanente. Nada de atletismo. No se ha llegado, ni mucho menos, a las audacias de esas muchachas corredoras pedestres que en estas páginas reproducimos, y tampoco a las de esas valientes jugadoras de fútbol que en revistas extranjeras vemos aparecer durante el invierno con sus piernas al aire. Y como novedad simplemente unos tímidos ensayos de baloncesto, a cargo de un grupito de jóvenes del Real Madrid y la Federación Universitaria Escolar. Poco es, pero por algo se empieza.



Conocida la clasificación, enfundadas en sus jersys, las muchachas, después del sano ejercicio realizado, se calientan las manos antes de retirarse al vestuario.

(Fotos Marín.)

EL DEPORTE EN EL EXTRANJERO



La salida de la célebre carrera, a campo traviesa, de las Universidades norteamericanas, ganada por la de Harvard.



CON el invierno encima, sólo los deportes que requieren un continuo y sostenido esfuerzo muscular imperan. Las carreras a campo traviesa están a la orden del día. En esta página nos ocupamos de la prueba más importante del calendario deportivo entre Universidades. Sitio de acción: Norteamérica. Personajes: los atletas más destacados en la especialidad de estas pruebas, que gozan de enorme popularidad en las Universidades estadounidenses. Después de una lucha reñidísima venció en la carrera, cuya salida reproducimos en esta página, el equipo de la Universidad de Harvard, y el triunfo individual lo obtuvo también un atleta estudiante de dicho famoso centro de enseñanza.

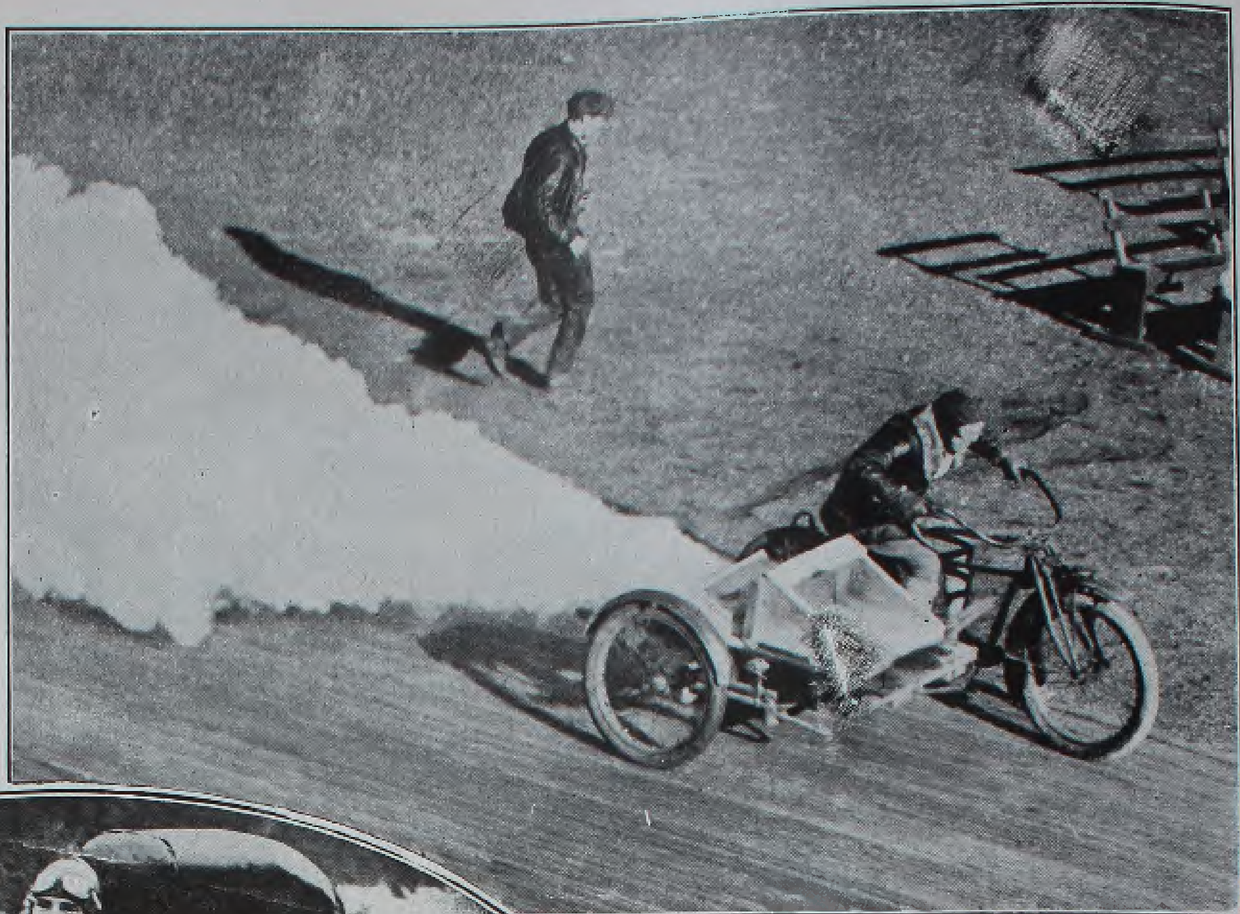
* * *

En los países centrales de Europa la crudeza de la temperatura ha creado en los parques pistas naturales para el deporte del patinaje. En Budapest, en uno de sus céntricos jardines públicos, el gran estanque, helado, permite a los miles de aficionados el deslizarse con patines por las superficies heladas, dedicándose de lleno a este saludable ejercicio.

Una magnífica pista de hielo de la ciudad de Budapest.
(Fotos Marín.)

Automovilismo

LAS EXPERIENCIAS CELEBRADAS EN ALEMANIA DEL COCHE-COHETE



El procedimiento de los inventores alemanes von Opel y Volkhart aplicado a una motocicleta.

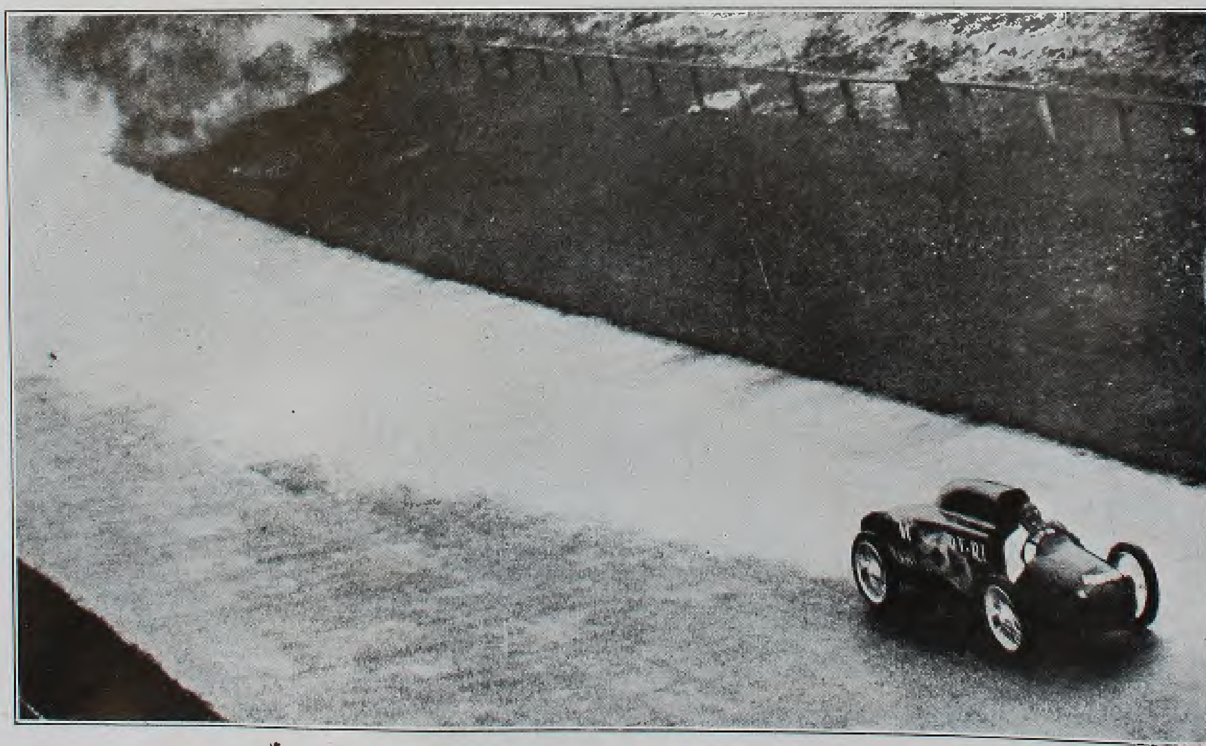


El automóvil-cohete del inventor Volkhart.

Se han celebrado en Berlín varias curiosas experiencias, encaminadas a conseguir que un automóvil o una motocicleta puedan rodar durante algún tiempo y salvar una apreciable distancia sin el auxilio de un motor mecánico ni la ayuda de un conocido sistema de tracción. Los inventores alemanes von Opel y Volkhart, con vario éxito, han ensayado en un autódromo de Berlín sus estudios sobre esta materia.

Con la aplicación de un original dispositivo adosado a un automóvil, en el que van un número prudencial de cohetes, han logrado, con la fuerza impulsiva de éstos al estallar, que el coche rodara durante algún tiempo en las pulimentadas pistas de un autódromo a velocidades que excedían de los setenta kilómetros a la hora.

Es prematuro por ahora el apreciar las posibles aplicaciones prácticas de estas experiencias deportivas. Limitémonos, por lo tanto, a consignarlas como un aspecto interesante que suscita la atención del público.



El coche, impulsado por la explosión de los cohetes, se desliza velozmente por la pista del autódromo berlinés.



EL HOMBRE MALO

NOVELA CORTA

POR

FRANCISCO CARAVACA

Ilustraciones de VARELA DE SEIJAS



I
EL PUEBLO

El claro pueblo castellano, cenceño y seco como un villorrio cervantesco, mostraba en medio del llano el hacinado barroco de sus viviendas pardas, escuetas y vetustas. Era el llano árido e hirsuto: era páramo la llanura... Cuando el sol brillaba con toda la intensidad de sus hirientes fulgores, las casucas, apiñadas y raídas, de negros paredones y enjalbegados aposentos, tenían indecisas matizaciones terrosas y grises...

El pueblo era un aguafuerte...

En el regazo de la ladera del monte, de trecho en trecho, a retazos distanciados, que más bien parecían obra de la casualidad que de mano del hombre, algunos terrenos sembrados. El resto, una irritante colorización de tierras calcinadas y resecas, en cuyos surcos borrosos, desfigurados, el terrón, compacto y endurecido, era como una callosidad en un cuerpo humano...

Serpeaban las árgomas, los rastrojos, las retamas, áulagas, brezos y sarmientos, entretejiendo urdimbres estériles sobre la infecundidad del valle asolado por la sequía de hogaño... Tan sólo las laderas de los montes vecinos tenían algún verdor. Allí, un resto de savia había alimentado las raigambres sinuosas de los olivares, cuyas frondas, de un color apagado, casi negro, daban a las vertientes un aspecto de vitalidad... También allá, en la confusa línea que limitaba el pueblo, como una avanzada de colosos, los altos pinos, agrupados y uniformes, eran como un manchón sombrío destacándose violento sobre la nitidez de un cielo levemente azulado, sin celajes ni veladuras, de una limpidez maravillosa...

En las cálidas jornadas agosteñas, bajo el halo de fuego de un sol abrasador que daba a los rostros campesinos un tinte cobrizo, todo fulgía en una exaltación de luz y de color... Después, a la caída de la tarde, un soplo de brisa, como una bendición del cielo, balanceaba pausadamente las frondas verdinegras de los olivos de la ladera y de los pinos y abetos en la lejanía...

Entonces, las tonalidades, antes tan coloristas y vibrantes, hacíanse foscas, caprichosas y extrañas. Las casucas apretujadas, de turbios muros, de encalados aposentos monacales, de amplia solana, acusaban sus matices violados, perfilándose sobre un fondo de púrpura y añil que invadía el cielo durante los lentos atardeceres de la paramera castellana, en esos místicos momentos evocadores de añejas recordaciones, instantes de callada emoción, de calma profunda, de augusta serenidad y paz en el espíritu...; momentos que son como polvo de oro desprendido de viejos joyeles que antaño fueran gala de juventud...

La noche descendía lentamente. Ya la línea inquietante del ho-

EL HOMBRE MALO

rizonte, hasta ahora iluminada en rojizas claridades, iba apagándose. A los postreros fulgores tramontanos sucedía la oscuridad, invadiendo todo el llano... Una alucinante quietud se posaba, ingrávida, sobre la naturaleza...

Durante la época invernal, todo era yerta albura de melancolía y de soledad en el valle anchuroso. La nieve, cayendo pausada sobre la planicie de los campos, tenía refulgencias de plata...

Junto al llar, caldeado por gruesos leños arrirrojos, las sonochadas hacíanse más llevaderas. Agrupados jóvenes y viejos, en torno al hogar reparador, deslizábanse las crudas veladas vernosas...

Y era de ver cómo alguna comadre parlanchina y beaturrona o algún anciano de fláccidas facciones y manos afiladas evocaban las viejas consejas tradicionales en el lugar; las historias de aparecidos, de fantasmones, de trasgos y de brujas, cadenciosamente rimadas por una voz cascada y quejumbrosa, en una salmodia lenta, solemne y triste, adquirían el prestigio antañón de tétricos relatos mitológicos recogidos por un rapsoda huesudo y feble, en cuyas pupilas la luz se extingue lentamente...

Las callejas del pueblo formaban recovecos y tortuosidades de ciudad moruna. Tenían algo de laberinto en lo angosto de sus bifurcaciones, en sus pendientes desiguales, en sus encrucijadas, en lo enmarañado de su trabazón... La vieja iglesia centenaria, cuya resquebrajada espadaña sobresalía por encima de las techumbres, era como un eje o tronco tutelar en cuyo derredor se agrupaban las casonas como unidas por un vínculo latente, o como si temiesen en común algún peligro: el filo tajante de las ventidas que asolaban el valle castellano...

Seguramente no excedería de doscientos el número de habitantes que tenía Altocastillo, dedicados todos ellos al cultivo de las tierras. Si se exceptuaba a Pedro Antonio, el labriego más rico del pueblo, y a dos o tres más, tales como el tío Justo, con su docena de bueyes, sus cuarenta cabezas de ganado lanar, sus olivares y su bolsa repleta de peluconas, que, al decir de todos, guardaba el viejo en el arcón—aunque nadie las hubiera visto jamás—, lo restante del pueblo eran gentes pobres que vivían a merced de los buenos y malos tiempos, de las buenas y malas cosechas y de las exigencias de los arrendatarios...

En verano era la falta de agua la que malbarataba la cosecha. Los trigos y maizales enrojecían, abrasados por un sol candente... Entonces la devoción lugareña recurría a rezos, plegarias, ofrendas y procesiones para impetrar del cielo la lluvia benéfica que era el pan de tantas familias y la perspectiva halagüeña de un podierno abundoso.



Algunas veces, la Providencia, en la justeza de sus sabios designios, atendía aquellas rogativas y dejaba caer profusos chaparrones, que eran recibidos con acentos de gratitud. El agua llenaba los surcos del labrantío, y era absorbida ávidamente por la tierra sedienta.

Éste era Altocastillo, el pueblo castellano, regazo de raciales virtudes, pero también hornacina de todas las bellaquerías y comadreos, que son como la fisonomía eterna de los pueblos.

* * *

EL HOMBRE MALO

II

EL HOMBRE MALO

La primera vez que por las calles sinuosas del pueblo cruzó la elevada silueta del hombre aquél, el pueblo, con una certera precisión concienzuda, determinó que aquel ser era un ser malo, siniestro y fatídico... Uno de esos seres que llevan consigo calamidades sin cuento, como un nuevo Atlas malvado, dañino.

Era el «intruso» un anciano de aspecto retraído, huraño: grandes barbas rojizas, como un animal selvático. Alta figura, enhiesta como un penacho; pupilas fulgurantes, henchidas de luz y quién sabe si también de amor; pupilas que a las gentes del pueblo parecieron desde el primer momento como carbones encendidos en la oscuridad de un hogar; pupilas siniestras, agoreras de mil malignidades...

Su vida era austera; la soledad era su eterno camarada... Los atardeceres misteriosos de la campiña castellana veían pasar lenta, cual una sombra errabunda, la erguida silueta del hombre extraño, del hombre malo... Esta manifestación fatalista que el pueblo intuía de la presencia de aquel ser—sombra torva en sus vidas rudas—fué unánime. Diríase que las chispeantes pupilas del viejo se habían posado en un solo instante en todos y cada uno de los seres de Altocastillo, y que, por ende, la sensación había sido simultánea...

Y más tarde, cuando el cura del lugar, aquel esperpento anguloso, sarmentoso —visión del Greco—, propagó entre los moradores de Altocastillo que el «intruso» era el médico que les había deparado la Providencia para cubrir la vacante que dejara el bueno de D. Adrián, las viejas comadres plegaron sus manos esqueléticas y marfileñas sobre el exhausto vientre, y exclamaron:

—¡Jesús nos valga!...

Hubo un salmodiar de imprecaciones impías, y alguna que otra viejuca se santiguó como en un simbólico «vade retro» demoníaco...

Y las miradas se posaron hoscas, amenazantes, como presagio de cárdena tormenta, sobre el semblante impasible del hombre malo...



III

LA PRIMERA MALDAD

La primera maldad del hombre malo fué peregrina. Por sí sola bastó a confirmar hasta la saciedad el juicio que todo Altocastillo, viejos y jóvenes, había formado del anciano médico.

Fué la robusta, la hermosota Mari Antonia, la cabrera, la ricachona, la que estaba casada con Pedro Germán, el del soto, la que un día corrió llorosa o desalentada a la morada del viejo médico, del «intruso». Era la primera persona que acudía en menester de su ciencia. A Mari-Antonia, la ricachona, se le moría un hijo.

—¡Mi hijo se muere, se muere!—aullaba, más que decía, la zafia hermosota, secando sus lágrimas con el puño moreno—. ¡Mi hijo se muere!... ¡Sálvelo usted!

El anciano arguyó, sereno:

—¡Si Dios lo quiere...!

Cogió el viejo sus pertrechos y encaminóse a la casa de la labriega. Por espacio de dos días, con sus dos noches, el médico permaneció silencioso, adusto el semblante, fijas las pupilas en el rostro del chicuelo enfebrecido.

Y al final, moviendo la cabeza con gesto de honda pesadumbre, el anciano llamó al matrimonio y les dijo:

—No hay remedio... Es la meningitis... El mal ha causado gran estrago... De no morir, quedaría idiota..., lo que sería horrendo... Pero, no, no: morirá... A menos que un milagro...

Hubo un arranque de desespero, como un alarido, que salió de la garganta bronca de Pedro Germán...

—¿Que morirá?... Entonces, ¿para qué sirve usted?...

Y lanzando una mirada amenazante sobre el anciano, exclamó, sombrío:

—¡Mal año para usted si mi hijo se muere!...

Ni un gesto, ni un reproche, ni una palpitación de ira hubo en el hombre malo ante estas frases amenazadoras. En sus labios finos, austeros, ascéticos, labios que debieron rezar mucho humanismo, floreció una leve sonrisa indefinible; y extendiendo solemne la mano sobre el alto lecho lugareño, pronunció pausado:

—Dios lo quiere... morirá hoy mismo...

Y Aucherillo murió...

Y los cuervos, esas viejas mechosas de cabellos nevosos bajo las tocas negras, de mandíbulas desiertas, de nariz corva, como pico de ave de rapiña, mascullaron chillonas:

—¡Es un brujo, sí, sí; un brujo!... ¡Está endemoniado!... Hace el mal de ojo, y aquel al que se lo hace, o muere al instante o queda loco.,. Aucherillo murió así... Todos lo sabemos... ¡Oh es un hombre muy malo!... ¡Su sombra hiere! ¡Es un loco, un loco!... ¡Además, tiene un galgo escuálido, negro y reluciente, con ojos de lagarto!... ¡¡Es un brujo!!...

IV

EL HEREJE

Los grandes cataclismos de que nos hablan las Sagradas Escrituras no son comparables con la conmoción que experimentó Altocastillo al tener conocimiento de que el «intruso» era un hereje, un réprobo, un ser perdido para la fe católica, un ser cuya sola sombra había de causar la condenación eterna del que la viese.

Desde la altura del púlpito, medio oculto en las penumbras del templo su perfil anguloso, el cura había lanzado el anatema furibun-

EL HOMBRE MALO

do, estigmatizante, incruento, pero terrible: «Hermanos míos, el áspid se guarece en nuestras moradas; el genio maléfico del Asmodeo trata de verter sus semillas en nuestros honrados hogares... ¡Huid, huid!... ¡Huid todos de ese genio maligno!...»

Y la nueva nefasta corrió por el lugar, infiltróse por los espesos paredones y llenó todos los ámbitos del alma de los virtuosos moradores de Altocastillo. El horror vivía en ellos...

Lo primero que hicieron los moradores de Altocastillo fué creer a pies juntillas las palabras del párroco, que para ellos simbolizaban toda verdad y toda ciencia. Pero después, el ávido deseo quiso saber, y he aquí lo que supo:

Supo que en las afueras del pueblo, en una casucha inmunda, vivía una mujer, casi un harapo. Que las malas cosechas habíanse llevado todo cuanto poseía. Que la miseria más completa reinaba en su chamizo. Viuda, desamparada, cargada de hijos, Mariucha fué tentada por el demonio; en lugar de irse a labrar la tierra con sus brazos morenos, Marichu robó... Perseguida por la Justicia, Marichu buscó cobijo en la casa del «hombre malo». El cura y el alcalde habían querido expulsarla del lugar; pero el «intruso» había intervenido, diciendo:

—Esa mujer es una desgraciada... pero es buena... La miseria la impulsó a robar... ¡Yo he de salvarla!... ¡¡Y la salvó!!

Esta fué toda la maldad del «hombre malo»; pero ya el anatema estaba lanzado. En lo sucesivo, el médico sería un ser vil, al que sería menester escupir al rostro... La concupiscencia poseía sus sentidos...

Y las viejucas tornaron a gruñir:

—¡Peste de viejo lujurioso!... ¡Marrano... asqueroso! ¡El demonio se lo lleve!...

V

LA INJURIA

Bajo las sombras primeras de la tarde camina el anciano, curvo el cuerpo bajo el peso de los años, y se apoya en el nudoso bastón, único sostén de su senectud... Camina pausadamente, y en su mirar hay una calma evangélica, una gran serenidad.... El pueblo le desprecia y le escarnece; pero él, como Jesucristo, se siente dichoso entre el desprecio y el escarnio.

Cruza pausado la parda llanura, y su elevada figura hierática es la de un espectro, la de un resucitado. Endereza sus pasos hacia el tapial negruzco tras del cual se yerguen silentes los altos cipreses funerarios. Quiere meditar sobre el misterio de la vida y de la muerte, poniendo sus plantas en el umbral de ambas mansiones... La paz baña su alma...

Y camina, camina, lento el paso quejumbroso, cuando de improviso hiende el aire un cuerpo extraño, silba como una serpiente y dando de lleno en la cabeza del anciano lo derriba al suelo... De su frente marfilina, tesoro de pensamientos sublimes, comienza a manar un hilo de sangre... Está muerto... Ha quedado resuelto el problema de la vida y de la muerte, y en lo sucesivo ya no tendrá que meditar...

Allá a lo lejos, tras un valladar cubierto de follajes, unos mozos ríen a carcajadas restallantes, y uno de ellos dice:

—¡Vaya, se acabó!... ¡El viejo ha sido como un zorro al salir de la madriguera!...

Suenan de nuevo las risotadas, cada vez más tenues, llevadas por las frescas brisas que mecen las copas sombrías, y después, nada: el silencio, el eterno silencio...

VI

LA DEVASTACIÓN

La noche. El pueblo yace en calma. La sombra del crimen no conturba su conciencia. La masa negruzca de las casucas agrupadas en torno a la espadaña centenaria es como un pozo en cuyas aguas se reflejan fugaces luminarias. Al fondo, la ingencia de los montes misteriosos o solemnes. Los montes, enorme turgencia, como una eterna amenaza suspendida sobre el valle... Paz. Silencio...

Lentamente, como una revelación del poder omnipotente de los elementos, la brisa, hasta entonces leve como un aura, se hace violenta. Los árboles cabecean enloquecidos como seres torturados. El silbido agudo de los vientos corre en serpentina por las calles recodosas, azota los cristales y hace estremecer de pavor a los pacíficos moradores del lugar.. La lluvia, como torrentes desprendidos de las cuencas de los altos montes, se desborda sobre el pueblo, inundándolo todo...

El cielo se ilumina en violados resplandores y, desencadenada la tormenta, la chispa eléctrica zigzaguea en el espacio y cae estupenda sobre la vieja espadaña; el bronce de las campanas aúlla dolorido. En el interior de las moradas, las gentes, de rodillas en medio de un gran charco, implora lastimera. En los semblantes hay livores de pánico, de inmenso horror...

Pero el huracán arrecia. Ya no es agua lo que el cielo derrama sobre los campos, sino piedra. Todo se conmueve, todo se estremece en violentas sacudidas. Las madres toman en brazos a sus pequeñuelos. Las viejas rezan plegarias llenas de salvaje fervor, y los hombres, poseídos del terror, se lanzan a las calles, donde el viento, con ciega furia, los estrella contra las paredes de las casas...

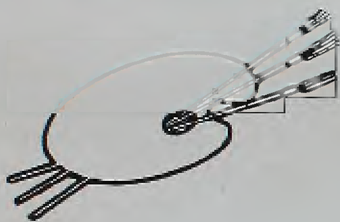
El cielo es de un color amarillento, preñado de manchones pardos. Súbitamente se ilumina de rojas claridades: el rojo es denso y vivo como sangre y, medio envuelta en los destellos, una sombra descomunal aparece, llenando el espacio de uno a otro confín...

Fulge el relámpago, suena el trueno y la chispa siembra la muerte y la devastación en el pueblo... Y la sombra, desde su altura infinita, llora gravemente...

FRANCISCO CARAVACA

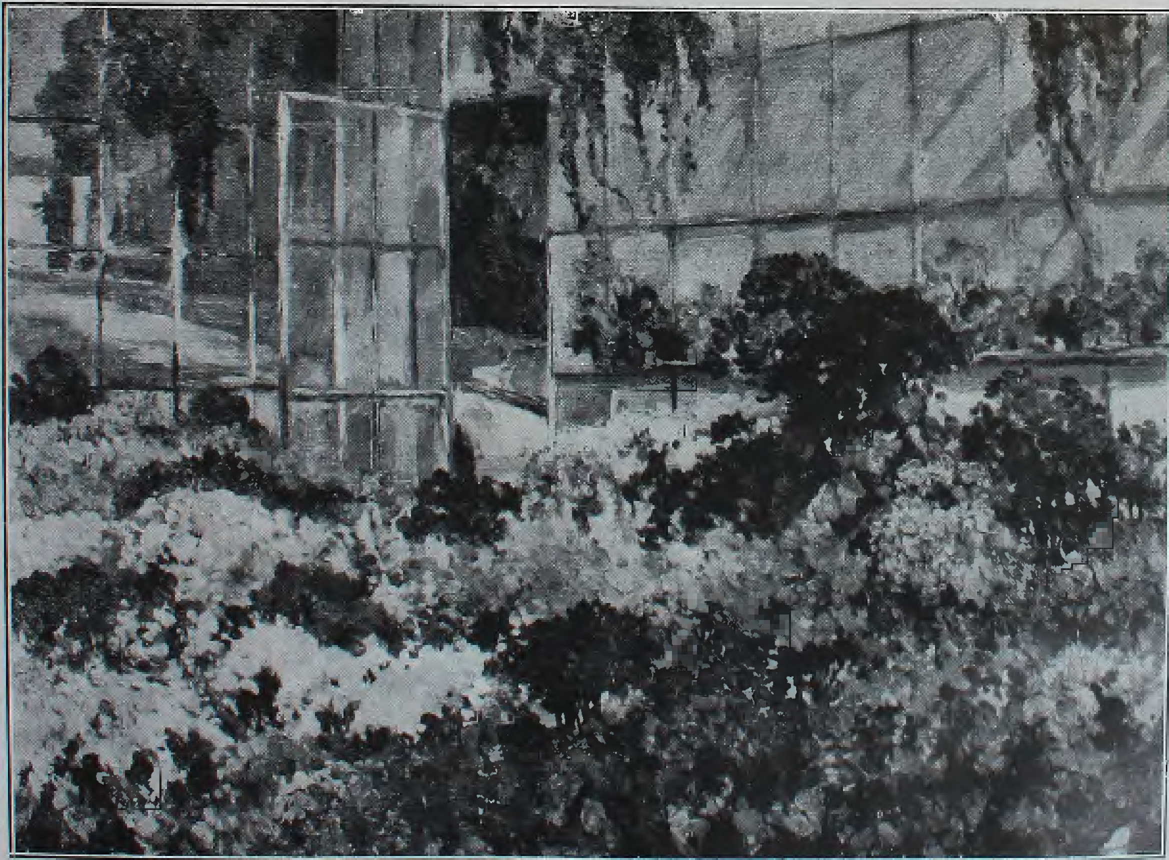


EL ARTE LUMINOSO Y EXQUISITO DEL PINTOR ENRIQUE BARREDA





Dalias



El invernadero

ENRIQUE Barreda, pintor peruano de reconocida solvencia en el mundo del arte, ha triunfado en París. La maravilla de luz y de color de sus cuadros, expuestos en la Galería Charpentier, ha conquistado el aplauso unánime de muchos admiradores.

El renombrado crítico Camilo Mauclair dice que Barreda es un músico de los grises plateados y dorados, de tonos apagados y ardientes, pero también es un pintor de luz radiante. Los colores cantan en sus telas con una magnificencia decorativa que respeta las formas, expresándola por el brillo que proyecta en suntuosa sinfonía.

He aquí las reveladoras palabras por las que conocemos el secreto de

El arte luminoso y exquisito del pintor Enrique Barreda

estos pinceles, empeñados en captar la musicalidad de los colores sorprendidos a lo largo de todas las rutas palpitantes de luz. Y aunque el pintor se ha buscado a sí mismo, reflejando la luminosidad de su tierra nativa y la de los cielos de España, de Italia y de Francia, no han sido ajenas a este milagro las sabias lecciones de los maestros impresionistas del arte francés. Pero Barreda sabe cantar con voz propia y por ello ha cautivado con toda eficacia a sus admiradores. París le ha rendido el homenaje de su devoción por conducto de las más autorizadas plumas.

Y COSMÓPOLIS se complace en destacar aquí la obra de un pintor tan insigne como Enrique Barreda, el peruano andariego que supo plasmar sus inquietudes de artista en luminosas creaciones deslumbradoras, que son como los versos rutilantes de un poeta peregrino, ebrio de sol y de ensueños.

Vayan nuestras palabras fervientes a engrosar el coro de voces laudatorias que la obra del artista mereció a gentes diversas, y séanos permitido enorgullecernos de este triunfo, ya que a la tierra evocadora del pintor, miniada vitela del abanico de una virreina castiza, nos unen los lazos espirituales que hubieron de fundir en el crisol de la raza las gestas heroicas de tantos nobles adalides como allí lucharon por mantener la tradición de su aristocracia emprendedora y caballeresca.



Florero antiguo







Acantilados de Biarritz

ANTE LA PANTALLA

LOS BESOS DE "CINE"

¿Son imprescindibles?



EN los tiempos que podríamos llamar *heroicos* del cinematógrafo; cuando se iniciaban las superproducciones y comenzaban las *estrellas* a destacar su personalidad; en aquella época en que el mundo del silencio estaba en manos de la raza latina, los espectadores—y, aún más, las espectadoras—se sorprendían y casi asustaban de los interminables, asfixiantes besos que cambiaban entre sí y con el menor pretexto los protagonistas de cada cinta.

¿Os acordáis?... Aquellos besos de Lyda Borelli o Francesca Bertini que, inevitablemente, revertían en Gustavo Serena—el lugar geométrico de cuantos ósculos se perdían en los estudios italianos—, ¿quien ha podido olvidarlos?... Románticos, lánguidos, espirituales. De ellos, casi es el recuerdo más vivo el de un brazo ondulante—interrogación del cuello de cisne rubeniano—, que



Billie Dove recibe el beso de Antonio Moreno en un momento de «Adoration»

Clara Bow ve que es inevitable el estallido pasional de Lane Chandler en «Red Hair»

ANTE LA PANTALLA

se desliza a lo largo de una cortina; el «¡ooooh!» prolongado de los espectadores—¿cuándo se hallará un nombre genérico para designar al público de *cine*, como se dió con la palabra *radioyente* para el aficionado a la radiotelefonía?—, y el chasquido burlesco de algún guasón.

Con el beso nacieron sus partidarios y sus adversarios inevitables. La Humanidad—tan lejos todavía de la perfección—lo está más de la ecuanimidad necesaria para enjuiciar y, por idiosincrasia, tiene que ser *ófila* o ser *ófoba* para subsistir. El *besófilo* y el *besófobo*, pues, se encontraron, inevitablemente, ante la mesa del café o las columnas impresas.

Se esgrimieron todos los argumentos en pro y en contra. La Moral, la Naturaleza, el Amor, las Costumbres—así, con mayúscula, para que tengan toda su convencional importancia—danzaron en crónicas y diálogos, y, al fin, el *temperamento meridional*, el calumniado *temperamento meridional*, cabeza de turco de tantos errores y justificación gratuita de muchos disparates perniciosos e injustificables, cargó, también, con la culpa de estos besos. ¡Somos tan expansivos los

Entre los brazos y los labios de Eugenie Gilbert ha perdido Ken Naynard su rudeza de «astro» vaquero; así le veremos en «The phantom city»



EL MOMENTO SUPREMO

Vale la pena de desligar esta fotografía de los restantes grabados y pararse un poquito al comentarla, que ella resume toda la crónica, y es su justificación insuperable. El cuadradito de celuloide, ampliado suficientemente, nos muestra el perfil del clásico «beso de cine» tan discutido, censurado y aplaudido. Fay Wray y Gary Cooper son los profesores que nos explican la lección, el curso de esta ciencia artística, desempeñando los protagonistas de «The legion of the condenned», y no creo que haya conferencia erudita ni «charla lírica» que resulte más clara y expresiva que el elocuente silencio de ambas «estrellas».

meridionales!... Y como cosa nuestra, de la raza del Sur, creadora de arte y belleza, quedó «el beso de *cine*».

Pero los años pasaron. La Guerra—volvamos a las mayúsculas, que la Guerra es sólo para nosotros, los del siglo XX, la que comprende el trágico paréntesis 1914-18—dió una vuelta al panorama mundial y, transplantada la cinematografía de continente, nació *Cinelandia*, se alzaron las galerías de Hollywood y fueron los sajones puros y los anglosajones continuadores, correctores y superadores—¿por qué no decirlo, si en ello no existe humillación?... «con oro nada hay que falle»—del Séptimo Arte, que los latinos crearan como tal Arte.

Variaron las técnicas, cambiaron los intérpretes, se sucedieron los directores, las producciones se multiplicaron; la frialdad de los actores logró una mayor eficacia plástica, con gesto más conciso; los re-

ANTE LA PANTALLA



De pie o sentados, con trajes de calle o vestidos de «soirée», Greta Nissen y Jack Mulhall demuestran la verdad de que «el hábito no hace al monje», en muchos instantes de «The butter and eggman»

sabios del *temperamento meridional* se eliminaron como defectos. ¡Pero «el beso de *cine*» subsistió a través del viaje marítimo, del desplazamiento de la cinematografía!...

Ya no se podía achacar su existencia a influencias raciales. Fríos, reflexivos, los sucesores necesitaron recurrir al mismo medio expresivo de la pasión que sus antecesores. Consideraban, pues, el beso imprescindible como representación sintética del amor en la pantalla. Si algo hicieron, fué restarle poesía, darle mayor consistencia humana.

En torno al beso siguió produciéndose literatura encomiástica o detractora. Pasando sobre las montañas de prosa, él continuó su marcha triunfal. Aun no estamos de acuerdo, todavía no sabemos si es necesario o accesorio, superfluo o consustancial; y no he de ser yo quien trate de dogmatizar sobre él, lector, ni mucho menos. Sobre todo, cuando en su abono puede esgrimir ejemplos tan convincentes como los que ilustran estas líneas.

ADAME MARTÍNEZ



CÓMO SE CELEBRAN EN LONDRES NAVIDAD Y AÑO NUEVO

(DE NUESTRO REPRESENTANTE ESPECIAL)

COSTUMBRES ESCOCESAS

Los escoceses, esa raza formidable e inflexible que habita el norte de esta isla, son muy tenaces en sus ideas. Después de tantos siglos, mantienen todavía su tradición nacional de celebrar la fiesta del Nuevo Año y de darla preferencia a la de Navidad.

Hace muchos años, cuando los primeros escoceses abandonaron su patria montañosa con el fin de hacerse ricos en Londres, un puñado de escoceses, residentes eventuales



Adornando un restaurante

en nuestra metrópoli, resolvieron reunirse poco antes de media noche del 31 de diciembre en la escalinata de la catedral de San Pablo, para celebrar, con las canciones melancólicas de la raza y con varias copitas de *whiskey* escocés la llegada de un Año Nuevo, un año que debía hacerlos ricos y afortunados.

Desde aquella fecha ha sido la costumbre de todos los escoceses reunirse en el mismo sitio y a la misma hora. Empezaron, poco a poco, por agregarse a la tropa de escoceses unos ingleses, ansiosos como siempre de estudiar los hábitos de

CARTAS DE UN LONDINENSE

las razas extranjeras; tímidamente juntaron las voces en los coros, juntaron las manos en la danza, esperaron—en vano—juntar las bocas a las damajuanas.

Y así, en obediencia a las leyes de evolución, hemos llegado al punto de ver congregada la enorme muchedumbre de gente, escoceses, ingleses, extranjeros, que se ven en la fotografía. La canción tradicional se llama *Aukd Lang Syne*, título que difícilmente sabría traducir al inglés y mucho menos al español.



El soldado «Año Nuevo»

Y como el espacio disponible es demasiado limitado para la concurrencia de todos los que quieren asistir, hoy en día se forman otros grupos que ejecutan el mismo rito en los linderos de otras iglesias, notablemente la de San Martín, cerca de Charing Cross. Es algo curioso esto, la selección instintiva y casi accidental de ciertas iglesias para estas reuniones. El extranjero que no conozca Londres podría visitar centenares de iglesias londinenses sin encontrar una traza de estas conglomeraciones de gente: entonces, por casualidad, doblará por una esquina y en el acto se encontrará en lo más fuerte del combate, por decirlo así.

EL SOLDADO «AÑO NUEVO»

Otra ceremonia tradicional que se observa con celo en los regimientos escoceses del Ejército británico es la de transportar al soldado más joven del regimiento, simbolizando al Año Nuevo, joven



Los noctámbulos en Trafalgar Square

CARTAS DE UN LONDINENSE

y desconocido, sobre una silla, por todo el campamento. Ved al héroe del famoso regimiento Seaforth Highlanders con su escolta de compañeros portahachones.

EN CASA Y EN EL HOTEL

Mientras tanto, los ingleses, más civilizados, por supuesto, aprovechamos las dos fiestas, primero la de Navidad, dedicándonos especialmente a la reunión de la familia y sobre todo a los agasajos hacia los chiquillos, a intercambio de regalos y—desde el punto de vista del dueño de la casa—a la entrega de aguinaldos, los que misteriosamente parecen aumentarse cada año en valor y en cantidad, y pocos días después la fiesta del Año Nuevo, que celebramos por cenar en uno de los grandes hoteles donde se preparan cada año nuevas sorpresas, nuevas formas de anunciar el momento propicio para la formación de los nuevos propósitos, por aquel refrán, tan español, de «Año nuevo, vida nueva». Así vemos la muñeca simbólica que, estrictamente velada hasta el momento solemne, va a aparecer sonriendo y toda iluminada al punto de media noche y a dispersas flores de buena suerte en medio de los huéspedes.

BUENOS PROPÓSITOS

¡Ay de mí! Esos buenos propósitos de anteriores primeros de año... ¡Tantos, tan admirables y tan efímeros!... Pero hacemos bien en volver a renovarlos cada año. Acaso, quién sabe, llegará un buen año donde sabremos adherirnos a todos o a algunos.

Visto retrospectivamente, no me sorprenderá si el año 1928 llega a hacerse notable por el buen tiempo de que hemos gozado en él; también *ça va sans dire*, por ser el año de la aparición de COSMÓPOLIS.



(Fotos Topical.)

Celebrando el Año Nuevo ante la Catedral de San Pablo.

En el mundo de teatro ha sido, como ya les he dicho, un año de poca distinción; la mayoría de las comedias que han contado con un éxito han sido importadas desde los Estados Unidos. Mi selección, estrictamente personal, bien entendido, de los tres mejores espectáculos del año es: *Many Waters*, *La señora de Alfaqueque* y *Show Boat*. Para las tres mejores películas voy a seleccionar *The Trail of 98*, *Simba* y *The Circus*, agregando la confesión de que tengo una predilección a favor de ese admirable y patético bufón Carlos Chaplin.

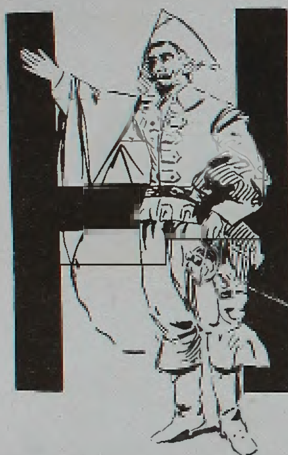
PEE JAY.



Locutorio de Inmortales



Visitas y confesiones de personajes famosos



¡AVE MARÍA!

HENOS aquí dispuestos a traspasar los linderos de lo real. Estas son las amplias estancias de lo infinito. Aquí, en este espacio cuadriculado con la arbitrariedad sagaz que supo poner en todo el genio del Creador, gran cubista de todos los tiempos, habitan los héroes irreales, los protagonistas. Esta es Protagonópolis, la mansión de los «personajes» entes de la novela y del teatro, criaturas «más reales que lo real». Un instante vivieron entre nosotros. Conocemos su historia, sabemos quizá su biografía, a través de lo que de ellos nos contaron...

Ahora falta saber hasta qué punto el concepto que de ellos tenemos formado coincide con el que ellos tienen de sí mismos. ¿Son todos tales como nos los han presentado? ¿Conocemos auténticamente la realidad de su irreal realidad? Es decir, ¿comparten o rechazan la sentencia y el criterio de la opinión pública?

Acaso alguno esté descontento del fallo; quizá otros se hayan visto obligados a realizar, empujados por afanes pueriles o torpes de sus *presentadores,* actos que, por oponerse a su verdadero carácter, les repugnaban y clávanse ahora como una espina en su corazón.

Quizá sea lo mejor interrogarles directamente. Si tienen vida propia y autónoma, nadie mejor que ellos mismos para revelárnosla. Daremos, además, con ello ocasión para ensalzar a quienes nos los presentaron, si lo hicieron con acierto, y a rectificar errores, si los hubo, librando de la gravitación de ciertas máculas a la eternidad, que es el destino, implacable y venturoso a un tiempo, de Protagonópolis.

Henos aquí en el umbral. Se inician las visitas. Van a empezar las confesiones.

—¡Ave María!

Se abre el locutorio.

CRISPÍN

Alguien acaba de desaparecer por aquella ventana que, en el foro, abierta sobre lo infinito, es como una pupila ávida de eternidad. Alguien acaba de desaparecer por ella. Se diría que todavía el aire está removido y no acaba de borrar la impalpable silueta vacía que el cuerpo fugitivo ha abierto en él.

En un rincón, de espaldas a la puerta, un hombre de mediana prestancia, de deslucido indumento, está sentado, cosiéndose un jubón.

Al oírme, apenas vuelve la cabeza, sin pronunciar una palabra.

Tímidamente adelanto, preguntando:

—¿Leandro? ¿Crispín? ¿Ésta es la casa?

El desconocido, entonces, con un ademán me señala la ventana, y dice:

LOCUTORIO DE INMORTALES

—Leandro aun quiere volar... Es su región las alturas. Yo, a la mía, a la tierra.

No sin enorme sorpresa reconozco entonces a Crispín. Mi sorpresa es explicable. Tengo ante mí un hombre ya casi viejo, en cuyo rostro la edad ha abierto tantos surcos como la inclemencia, canoso y del todo vulgar si no delataran su ingenio y su astucia unas pupilas brillantes y encendidas.

De pie, ante mí, me contempla a su vez, y se ríe.

—Comprendo, comprendo—me dice—. Creíais conocerme, y no me conocíais. Ni mi padre ni yo tenemos la culpa. Culpad de ello, si me hacéis la merced de interesaros por mí, a quienes quisieron—el Señor les tenga en cuenta su piadosísima intención—favorecerme más de lo que merezco. No; no soy ese galán lampiño y apuesto que han dado en presentaros como mi estampa. Harto me duelo de ello. Pero quien me creó anduvo lejos de creerme tan pulido y mozo.

—¿Estáis quejoso de ello?

—No, por cierto; que con muchos otros beneficios y regalos me compensó, para muy tenidos en gran estima y aprecio. Bien sé cuánto se esforzó—y hay que reconocer que con satisfactorio logro—en mejorar mi condición servil. Criados fueron todos los Crispines; criado soy yo; pero un criado que, merced a la fina sutileza erudita de mi creador español, por un atavismo que me favorece en cierto modo, recuerdo la traza, sinuosa e ingeniosa, de mi célebre antepasado, abuelo y padre de Capitanes y Crispines, el Brighella enredador y avisado. No levantéis la voz, por favor—añade—, que puede andar por alguna de estas estancias vecinas.

Hay, como en el teatro, una pausa breve.

Es el propio Crispín quien la corta, continuando su monólogo:

—Bien alcanzo a comprender que no os reponéis de vuestro asombro. Siento haberos de desengañar. Mirad: éste es Brighella, entre cuya numerosísima descendencia—por gracia de mi padre francés, el capitán Scaramouche—tengo el honor de contarme.



Me muestra entonces una estampa en la que aparece Brighella, color de oliva, nariz picuda, labios apretados y sensuales, bigote fanfarrón y retorcido, ojos oblicuos.

—Y éste—prosigue—es el primer Crispín, fundador y tatarabuelo de todos los Crispines que en el mundo han sido.

Contemplo el retrato que me exhibe. Es un grabado firmado por Bonnart. Crispín I luce en él un enorme espadón. Señalándome ese acero, y con un guiño expresivo, apostilla nuestro Crispín:



—El de Scaramouche. O quizá el de mi tío Grangourgolo. El mío, en definitiva. A propósito...

—Un momento. ¿No os duele que vuestra edad sea tan distinta de la que os han atribuído?

—¿Pero cómo va a dolerme, si lo que he ganado en años lo he madurado en experiencia? Además, si yo mismo confieso—acaso en esto vuestro Benavente me hizo hablar más de la cuenta—que estuve en galeras con el señor Polichinela, ¿quién ha podido creer que tanto tiempo después había de ser todavía joven? (Protesto de ese «mozuelo» con que a mí mismo me califico refiriéndome a mis tiempos de galeote y que ciertamente no obedece al deseo de quitarme años y de halagar mi vanidad, sino a compasión y condescendencia que mi creador y yo sentimos por las vanidades ajenas. Pero me interesa deciros que se me da un ardite en todo esto y que prefiero lo que soy. El «mozuelo» lo digo por fuerza; palabra de Crispín). Desde que, pasado el Renacimiento, Brighella perdió su majeza bravucona y, quizá a causa de esto, fué ganando en sutileza de ingenio y de astucia, se iba perfilando el pergeño futuro de este Crispín que tiene el honor de hablaros, gracias a la penetración genial de mi creador. Si éste me hubiese presentado en mocedad e irreflexión, no me reconocería yo como tal Crispín. Y harto comprendo—puesto que anduve en galeras—que fué la experiencia, la libre universidad del mundo, la que me dió sabiduría bastante para ennoblecer mi servidumbre, para procurarme diversos modos, todos expeditos y felices, con que urdir con mi propia miseria el tejido de una vida descuidada.

—Así, pues—me atrevo a preguntar—, ¿nada tenéis de qué arrepentiros de cuanto habéis hecho en *Los intereses creados?*

Resueltamente, me contesta:

—No; desde luego. He puesto en ello un ansia, un fervor que, ni antes ni después del Renacimiento, ha sentido Crispín alguno. Quizá eso es una transgresión; pero yo, tal como mi padre literario me ha creado, la declaro tan dentro de mi carácter y mi temperamento como aquello que más pueda definirme. Benavente me ha entendido bien en eso. Si supierais cuánta emoción me han causado siempre las palabras de Silvia (¡Anda, y que no la ha favorecido poco nuestro ilustre padre!—interpola un poco en sorna) cuando, en las postrimerías de mi vida artística, dice que «hay algo divino en nuestra vida, que es verdad, y que no puede acabar cuando la farsa acaba». ¡Ni Brighella, ni los Capitanes, mis antepasados, podían entender esto. Pero yo sí. Y esta es mi gloria. Y así soy yo, aun siendo Crispín y criado. Mi desinterés es, en el fondo, el mismo que el de aquéllos; pero, lleno de una emoción que acaso ellos sin-

LOCUTORIO DE INMORTALES

tieron también, mas no les fué tenido en cuenta.

—Entonces... ¿Os sentís absoluta, plenamente conforme, ya que no con la *estampa* que os han dado otros, con el *alma* que os infundió el autor?

—¡Ah! Pero—exclama con presteza—, ¿es que me estáis interviuvando? Lástima que no esté aquí mi señor. Como persona grave, es de pocas palabras, pero de altivos pensamientos. Pues bien: Decid que sí. Y ya que me hacéis el honor de vuestro interés, quiero aprovechar esta feliz y bienhadada coyuntura para propagar, por vuestra mediación, si sois tan gentil que me hacéis la merced de otorgármela, que todo lo que en servicio de mi señor Leandro, el de los bellos sueños, sabéis que he realizado, responde en mí, más que a mi condición servil, impuesta por larga tradición familiar, a una como atrevida y audacísima afición a las aventuras. Por eso, en cuanto, después de haber dado su parte al ideal, acaba la farsa, dejo el servicio de mi señor. No quiero amo rico que no ha menester ardides para ir mundo adelante. No he de negaros que habría opuesto gran resistencia y que, aun habiéndola agotado, me hubiera visto muy a mi disgusto y como por fuerza si acaso al urdidor de *Los intereses creados* se le hubiese ocurrido la peregrina idea de aburguesarme y bien avenirme con la vida. Ya veis que me halláis, en cuanto a condición y estado, el mismo que fuí siempre. No mudé yo, como he hecho mudar a otros, la piel del hombre viejo. En este punto, y con todos los respetos, discrepo del verbo soberano y magnífico de mi creador. Y puesto que me dió vida propia y don de conciencia y ahora se me presta avenencia con que expresarlas libremente, séame permitido deciros que sólo por respetuosa obediencia a mi padre literario, que está en la inmortalidad—y Crispín hace una reverencia—, y contra mis verdaderos sentimientos, pronuncio a veces algunas palabras con que declaro una ambición que no siento. Que se sepa: jamás la he sentido. Nada de lo que hago (bien claro está por lo demás) obedece a un impulso ambicioso. ¿Cómo podría ser ello así, si repugna a mi propia naturaleza? El peligro y el goce de mi vida son mi única justificación. Todo lo que digo en contra de esto en contra de mí mismo lo digo, y a fe que en algún momento sentiría al decirlo una infinita amargura si mis palabras no fueran como dardos que arrojo a la petulancia huera y a la hipocresía vil de Polichinela el jorobeta. Conste todo esto así y vedme, señor, tal como soy, sin esperanza de medro ni deseo de lucro, eterno urdidor de farsas y de intereses. Y si en algo puedo servir a vuestra merced, en punto a zurcidos y remiendos de malos pasos como este jubón—y me señala el que está adobando—puedo quizá zurcir vuestra vida. Pensad que nada hay...

Le interrumpo un instante, para preguntarle:

—¿No tenéis ningún otro reproche que hacer?

—Quizá uno solo, y bien leve. Sépase que jamás tuve intención de meter a mi señor Leandro en lances de política. Y ello no porque, como se me hace decir en *Los intereses creados*, «no hallé en él otro hombre»; no. Quisiera hacer en esto justicia a mi señor. No fué su falta de ambición la que no me dejó arrastrarle a la política por creer que no servía para ella no siendo él «de esos hombres que cuando venden su conciencia se creen en el caso también de vender su entendimiento».

—¡Bien os sabéis el papel!—le digo, subrayando la cita.

—Toda la obra; porque esas frases son de mi señor, que, con ser tan gran señor, es hombre de pocas palabras; pero éstas, atinadas y justas. Pues, como os decía: No le arrastré a la política por pensar en él, sino pensando en mí. Jamás me atrajo esa disciplina. También en esto salgo a Brighella y a toda mi estirpe, con perdón de don Jacinto.

—¿Y nada más?

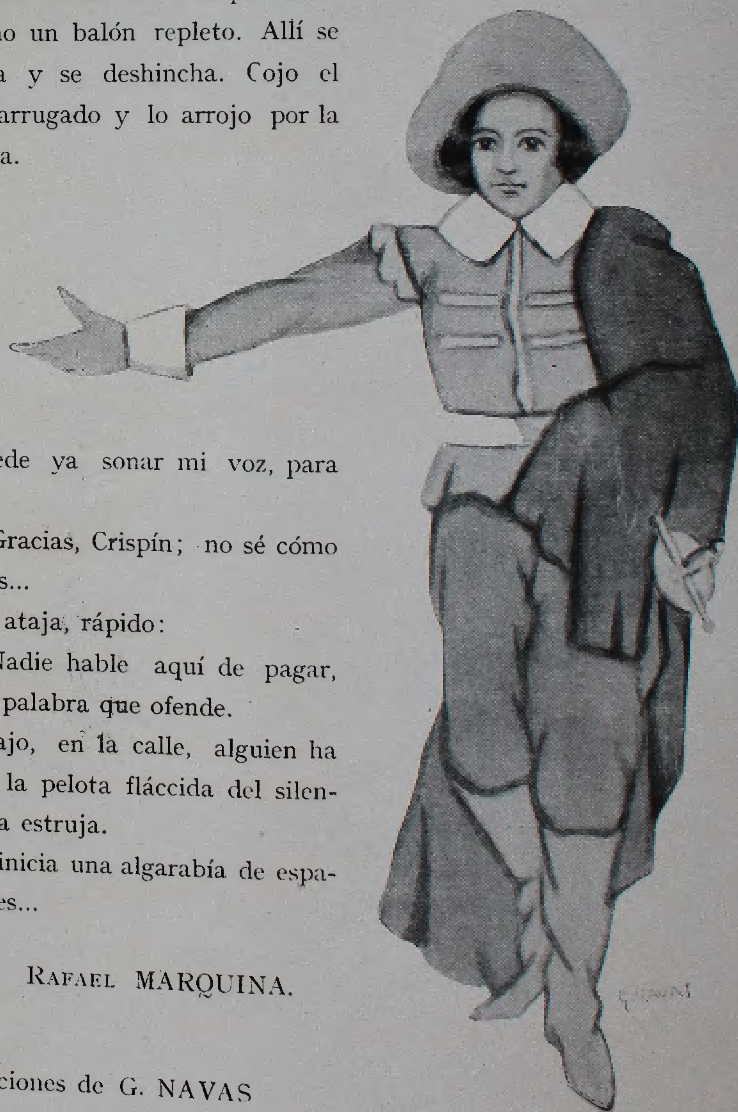
—Nada más—responde.

Y al cabo de una brevísima cogitación, prosigue:

—Y puesto que me habéis visto, en años y en traza física, tal como soy, y no tal como me favorecieron, con evidente error y no menos evidente daño de mi verdadera personalidad, rica en experiencias, acaso será por vuestra parte no desdeñable prudencia cuidaros de no insistir demasiadamente en la divulgación del descubrimiento. A lo mejor, más les plazco de galán lampiño y garrido, y un poco engreído, que de socarrón maduro y experimentado. Y con esto, id con Dios, señor, que ya el señor Polichinela se llega acá husmeando mi rastro.

Calla. Vuelve a su rincón y de nuevo dase, con indiferencia impávida, a su labor costurera.

Adelanto yo unos pasos. El silencio ha caído sobre el pavimento como un balón repleto. Allí se quiebra y se deshincha. Cojo el bolso arrugado y lo arrojo por la ventana.



Puede ya sonar mi voz, para decir:

—Gracias, Crispín; no sé cómo pagaros...

Me ataja, rápido:

—Nadie hable aquí de pagar, que es palabra que ofende.

Abajo, en la calle, alguien ha cogido la pelota fláccida del silencio y la estruja.

Se inicia una algarabía de espadachines...

Rafael Marquina.

Ilustraciones de G. Navas

EL TEATRO AMERICANO





L hablar aquí de teatro americano se entiende teatro en lengua española, y al no determinar en el título ni países ni autores ha de saberse que trato sólo de los caracteres generales del teatro en América, limitándome a lo más genuino de aquella escena, a lo que guarda menos relación con Europa, y también a los últimos tiempos, a los finales del siglo anterior y principios del actual.

En rigor, la dramaturgia de América es una rama de la española, y de tal modo se confunden desde los primeros años de la conquista la Madre Patria y los territorios ofrecidos por Colón a su imperio, que un autor famoso de nuestro teatro clásico en el siglo XVII, don Juan Ruiz de Alarcón, no es menos español por haber nacido en Méjico y sus comedias de magnífica savia tradicional hispana y latina influyen en el teatro francés del siglo de oro. *El embustero*, de Corneille, es una transposición a la escena francesa de *La verdad sospechosa*, y los versos que allí puso el autor del *Cid*, desde entonces proverbiales en Francia

Les morts que vous tuez se portent assez bien

constituyen la versión lisa y llana de estos otros que pone el dramaturgo de Méjico en boca de su protagonista don García:

Los muertos que vos matáis
gozan de buena salud.

¿Vamos a dar por esto al teatro mejicano una prelación sobre el teatro clásico francés? No. Alarcón, como sor Juana Inés de la Cruz (que también escribió para el teatro), y como Gertrudis Gómez de Avellanada y el autor de *El hombre de mundo*, son españoles, aunque hayan nacido en tierras americanas. Su labor dramática respectiva pertenece a la literatura general de España, en cuyos dominios no se ponía el sol, y así el alma y el ingenio hispánicos se extendían a todos los ámbitos del planeta.

Del teatro americano se lleva la palma, por su originalidad, el argentino, y entre sus autores es acaso Florencio Sánchez el que ha penetrado más adentro en la psicología de los hombres con visión shakespiriana.

El primer atisbo del teatro argentino lo tuvimos en Madrid hace más de veinticinco años. En una temporada de circo, William Parish trajo una compañía de dramas criollos que representaron en la pista de Price *Juan Moreira* y otros *specimens* del teatro de gauchos.

Las obras modernas distan no poco de aquellas manifestaciones de una dramática en embrión. Algunos dramas y comedias de ahora están «europeizados» en demasía. Lo que más gusta en el teatro argentino es su propia sustantividad. No está hecho a base de literatura ni se ha desprendido aún de la matriz popular que encontramos en el origen de toda dramática. El autor es aquí un elemento, un factor que contribuye al conjunto bueno o malo de la pieza; los actores y la dirección escénica tienen tanta parte como el dramaturgo en el valor de las obras representadas. Lo más notable y característico de la escena platense pierde en la lectura. ¿Qué importa? Aquello no está escrito para que se lea. La impresión estética se produce con plasticidades y con palabras para el oído, no para la vista. A los personajes hemos de verlos encarnados en los actores y el habla carece de vida propia; su única misión consiste en sostener el drama o comedia, en marcar los caracteres, en decir lo que al público interesa para el desarrollo de la acción que se ofrece a los ojos. Son obras nacidas en un medio social anterior (en la evolución si no en el orden cronológico) a la retórica y a la poética clásicas.

La voz literatura vale tanto como cultivo de letras. El teatro argentino no ha llegado todavía a la situación literaria en que se analizan y estudian las frases, las letras, el estilo, en suma; expresa los sentimientos de un estado de alma colectivo y se sirve únicamente de aquellos medios indispensables para exteriorizar lo que sucede por dentro de los corazones en forma natural, poco cuidada, atenta sólo a la comunicación inmediata, sin refinamientos y sutilidades de lenguaje, de lo que anima, dirige y presta realidad a la psicología de unos cuantos rústicos con alma, eso sí, pero sujetos aún a las raíces que unen al hombre con la tierra madre y a las generaciones de ahora con las pretéritas.

Las sociedades perfectamente civilizadas han de volver a ligarse con el pasado. La teoría de Barrés lleva camino de imponerse a la Europa occidental. Hay una diferencia, sin embargo. La apreciación del valor enorme que tiene la historia en la vida social surge aquí *a posteriori*, por deducción, de manera consciente y conservando todos los residuos de un análisis bien extremado, en particular aquellos que poseen significación artística y literaria. La dramaturgia de la Argentina retrata esta misma unión de lo presente con lo pretérito, manifestado en este punto de modo inconsciente, *a priori*, antes de haber metido el escalpelo en el alma, en el idioma, en las normas sociales; antes de repasar uno a uno los nerviecillos de la medula racial; antes de haber señalado en la placa fotográfica las vibraciones de un himno que se escucha y con el cual se llora y se da la vida por la patria sin considerar la naturaleza de sus compases, sus acentos métricos, sus fuentes melódicas, el grado evolutivo que marca en la historia de la música...

Estas dos tendencias con la misma finalidad a la fuerza debían

de encontrarse y unirse. El naturalismo puso en circulación muchos elementos literarios despreciados por el intelectualismo, y que sufrían atrofia porque no se usaban.

Un teatro anterior a todo intelectualismo posee detalles gratos a los naturalistas y de aquí el aprecio en que tienen la dramática del Plata hombres como Antoine y Lugné-Poë, cuya obra respectiva consiste en dar a la escena savia propia y en hacer de la literatura una rama frondosa y magnífica del teatro, no su raíz y su tronco.

El naturalismo francés dejó su sedimento en la corriente nacionalista al menos tratándose de artes y letras. El nacionalismo teatral de la Argentina, muy adornado también de naturalismo, tenía que ser imán de aquellas aficiones literarias de la vieja Europa... ¿Para qué fabricar sentimientos con ideas si la afectividad brotaba pura de su propia fuente? El teatro argentino, pues, se estima, aparte el mérito de cada una de sus obras, por este sentimiento nacional que dimana del pueblo y viene a ser su representación más genuina, clara y determinada. En pocas piezas de teatro se halla tan vivo y perenne el color local como en las comedias, dramas y «fiestas camperas» que vemos representar de vez en cuando en los escenarios de Europa a compañías teatrales tan sobresalientes como la de Camila Quiroga, la de Muiño y Alippi, la de Matilde Rivera y Enrique de Rosas.

Los rasgos del teatro argentino deben, pues, reducirse a los siguientes: compenetración del autor con los actores de manera que el literato sea, como aconsejaba Wagner, un elemento tan sólo de la realización dramática; naturalismo anterior al intelectualismo y diferente por dicha circunstancia del francés, a que da nombre Zola; del alemán, de Hauptmann, y del ruso, de Dostoiewski; personalidad esencial del intérprete y aun del empresario, como lo prueba el nombre de las hermanas Podestá, que al estudiar el teatro argentino viene antes que los nombres de los dramaturgos; cierto romanticismo nacionalista y la mezcla de la dramaturgia pura en el sentido literario a otras manifestaciones de arte muy en boga en los teatros primitivos, como el canto, los bailables, los conciertos de orquestas exóticas.

Todos estos caracteres generales del teatro argentino alcanzan en la obra de Florencio Sánchez un momento, una fase evolutiva de la escena platense que logra unirse con las modas literarias europeas de hace treinta años sin que la acción dramática pierda su ambiente nacional y sin llegar tampoco al naturalismo en una reacción violenta contra el intelectualismo clásico. Ya hemos comprobado que esta evolución sigue un procedimiento inverso al de la hipercivilizada Europa.

* * *

La vida de Florencio Sánchez no puede ser más desdichada, breve y plebeya. Nace en la capital del Uruguay en 1875 y muere a los treinta y cinco años, en 1910. No sigue estudios ni se forma tampoco una cultura. Reside casi siempre en la Argentina y allí, entregado a la bohemia, es un buen modelo del periodista ignorante. Entre los ingenios legos de América ¿quién osaría disputar el primer puesto a Florencio Sánchez?

Pero lo que no le dan las letras lo adquiere el dramaturgo uruguayo merced a una visión amplia y profunda de la vida y los hombres. Pocos autores dramáticos han sabido observar el mundo tan intensamente, de modo tan veraz y completo, como Florencio Sánchez. Después, en la realización de sus obras acierta casi siempre con la fórmula precisa, el plan adecuado, la imagen vigorosa y exacta. Antes que pintor es fotógrafo, se ha dicho algunas veces al esbozar su biografía. Más acertadamente cabría afirmar que es un maestro de realidades a la manera de los pintores flamencos y holandeses. Su realismo impide aquí y allá que se le admire como un estupendo simbolista en la escuela de Maeterlinck y en la trayectoria de Porta y Lavater por lo que hace a las relaciones del carácter con los rasgos fisonómicos.

Florencio Sánchez tiene en su activo literario y teatral un dramote espeluznante que se titula *Los muertos*. ¿Qué quiere decir este título? ¿A qué clase de *muertos* se refiere el autor? Alúdese aquí a quienes tienen muerta la voluntad. El dramaturgo uruguayo, que residió casi de continuo en la Argentina ha trazado—con brocha gorda, claro es—el drama íntimo de los abúlicos, el calvario del hombre a quien dominan los vicios, incapaz de sobreponerse a sí propio y triunfar a la postre en su alma, en el mundo y en la especie. Son los *muertos* las perpetuas víctimas de los *vivos* (sin excluir el sentido picaresco de la expresión); los pobres seres que acaban su raza en la desintegración psíquica y el desorden moral; los hombres sin energía que vegetan en la desgracia y el abandono del semejante; los náufragos de la existencia, los residuos inútiles de la sociedad, los exhombres como ha dicho Dostoiewski. Su cara, sus ademanes, sus miembros fláccidos, la total ausencia de vigor que denotan sus músculos, les acusan ya como predestinados a la derrota, a la enfermedad del cuerpo que pudo evitarse, a la catástrofe moral, social, familiar y económica de que son víctimas. En el drama de Florencio Sánchez, uno de estos muertos, a quien engaña su mujer mientras él ahoga su desgracia en la bebida, advierte su incapacidad para salir victorioso del abismo de vergüenza en que ha caído. Piensa primero en suicidarse, pero al fin dice: «No, ¿para qué he de matarme si estoy muerto?» El amante de su esposa es, en cambio, uno de esos triunfadores de la vida. El protagonista de *Los muertos* acaba degollándose «porque estaba *vivo* y sembraba el mal a su paso». Frente a frente se presentan en el drama de Florencio Sánchez la voluntad del daño y la abulia consciente que curada a su tiempo hubiera sido acaso voluntad del bien. No hay que pedir a este bárbaro sublime—que se nombra en esta pieza nada menos que con Cyril Tourneur, el famoso dramaturgo inglés de principios del siglo XVII—ni análisis psicológicos profundos y bien conducidos, ni discursos aclaratorios de su teoría, ni un *porte parole* o *raisonneur* de la obra que ha seguido carrera en la universidad y se halla al corriente de modas literarias y de pensamientos. *Los muertos* es un drama realista de miseria moral, de sangre, de folletín. La amplia visión humana va por debajo de una acción truculenta, a la que se mezclan episodios varios de la vida argentina en *cabarets* y *dancings;* tipos de viciosos y desaprensivos, al ritmo siempre igual que predispone al bostezo de una casa burguesa en Buenos Aires o en alguna otra gran ciudad de la extensa República.

Otros dramas y comedias del autor, *Barranca abajo, M'hijo el dotor, La gringa,* ofrecen una pintura naturalista sin la raigambre humana de *Los muertos.*

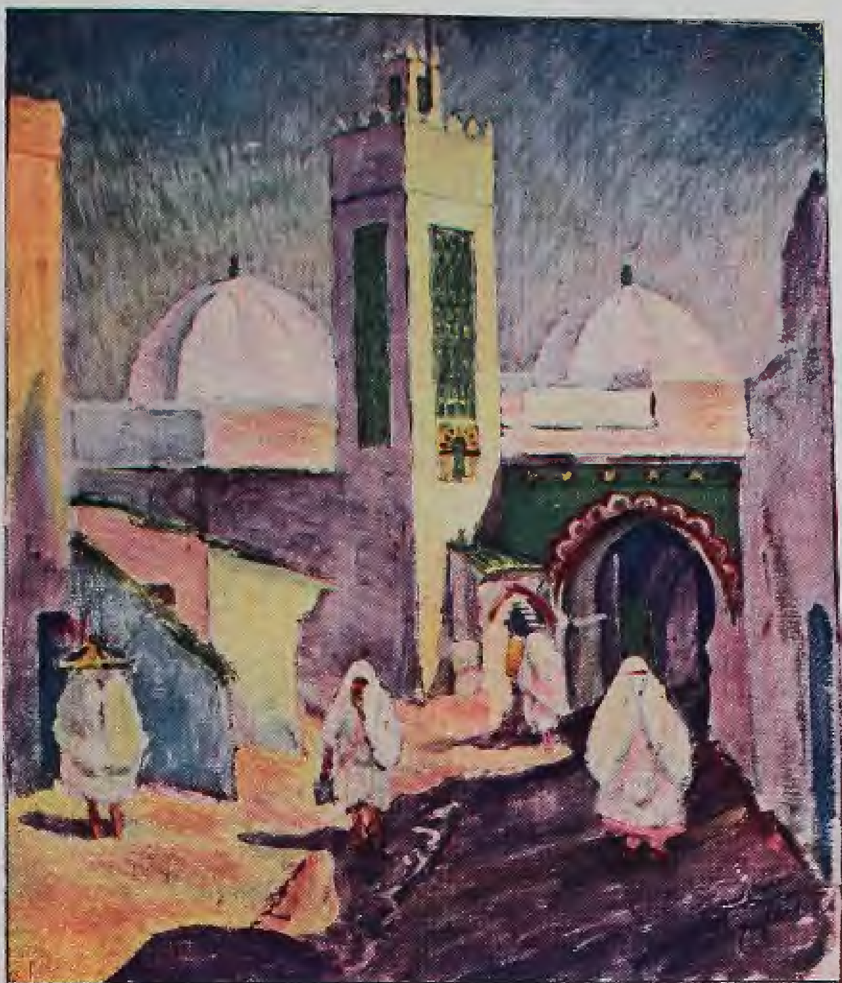
Barranca abajo es una pieza de comprensión y lástima. Un público habituado a obras de procedencia clásica encuentra en esta producción de Florencio Sánchez situaciones muy desagradables, de las que por instinto se suele apartar la vista. Sin embargo, dentro de su marco propio y tenidas en cuenta las circunstancias que presidieron a su concepción y ejecución, deberá ser notado que *Barranca abajo* es un drama sobrio, muy rico en observaciones, con un personaje central digno de Galdós y con pinturas muy intensas y acertadas de los campesinos de allá.

En términos generales y sin descender al estudio minucioso de autores, intérpretes, recitadores, bailarines, músicos, gimnastas, caballistas y aun tendencias de toda esta suerte de espectáculos, puede afirmarse que los caracteres del teatro americano—o por mejor decir, argentino—son los esbozados líneas arriba. Una nota esencial le distingue: la amplitud, la extensión del concepto de teatro, pues caben en él desde las negruras de la escuela de Antoine y el Gran Guiñol hasta los tangos melancólicos como el de *Todo a media luz,* que popularizan las varias agrupaciones de instrumentistas exóticos y al mismo tiempo recitadores que cantan o cantantes que recitan.

LUIS ARAUJO-COSTA



Las bellas inquietudes del pintor alemán Alberto Ziegler



Un paisaje marroquí

En el madrileño Círculo de Bellas Artes, el joven pintor Alberto Ziegler ha expuesto una sugestiva colección de obras de diversa técnica y valoración muy diferente. Artista de recio temperamento, ha sabido pulsar la cuerda vibrante del arte verdadero, cuando, libre de sugestiones extrañas, dejó volar su inspiración por los más bellos caminos.

Experto dibujante y aguafuertista inspirado, es en estas obras donde podemos admirar el vigor de sus nobles inquietudes. No así en la sinfonía colorista de sus cuadros, en los que el afán de producirse al modo de ciertas corrientes más o menos del momento hubo de obligarle a abandonar la inspiración propia, sacrificando a una técnica imprecisa el verdadero valor temperamental de sus inquietos pinceles.

Anotemos nuestra predilección por los aguafuertes, que Ziegler ha producido con tan seguro pulso, en los que ha sabido captar el espíritu añorante de glorias pretéritas de nuestras ciudades antiguas, y ofrezcamos en esta página dos bellos momentos de las modalidades artísticas de este joven pintor, por cuyo notable triunfo le rendimos nuestras felicitaciones.



Una fuerte evocación de la imperial ciudad de Toledo

Jorge Montemar
«REPORTER-DETECTIVE»

Ilustraciones de MÁXIMO RAMOS

Novela de aventuras, original de

SEE ADCOME

Traducida y adaptada expresamente para COSMÓPOLIS

(CONTINUACIÓN)



> **_RESUMEN DE LO PUBLICADO_**
>
> *Deseoso de ganar la plaza de «reporter» de sucesos de «El Informador Mundial», Jorge Montemar se ofrece a desentrañar el misterio del asesinato de miss Evelina Whist, acaecido en el laboratorio de su padre, el sabio profesor, en Chamartín, y del que se culpa al eminente inventor.*
>
> *Montemar y el inspector Reinal creen en su inocencia, a pesar de que entre las manos de la muerta se hallaron unos eslabones y el dije de la cadena del doctor. Pero la fotografía de una de las retinas de la víctima deja ver un rostro extraño, medio de hombre y de fiera, cuya vista provoca un grave trastorno en el doctor Whist, adquiriendo todos la certidumbre de que conoce al asesino, negándose el médico a que le interroguen por su delicado estado. Entonces Montemar propone—con el apoyo de Reinal— que pasen la noche en el lugar del crimen, pues tiene la certidumbre de que el matador volverá por el cadáver.*

UNA VENTANA SE ABRÍA LENTAMENTE



En el mismo *auto* que *El Informador Mundial* había puesto a mi servicio nos fué traída la cena; apenas la probamos, pues nuestro estado de ánimo no era, ni mucho menos, el más adecuado para dedicarnos a la degustación de las maravillas gastronómicas que el cocinero de *Los Burgaleses* hubiera realizado. Pero si la comida fué breve, la sobremesa—dedicada a escuchar el relato que nos hizo Reinal de alguno de los trágicos *asuntos* que le habían dado la envidiable celebridad de que gozaba— se prolongó hasta cerca de las doce, hora en que, levantándose, puso fin a la animada conversación aquel buen juez de instrucción, modelo de funcionarios y de amigos.

Antes de penetrar nuevamente en el laboratorio, donde—presta a saltar sobre nosotros, atenazándonos con su garra de acero—esperaba la tragedia, propuso el policía un viaje de inspección por el jardín, y allí fuimos todos. Iluminaba la luna llena los campos con su luz plateada, y un vientecillo fresco azotó nuestros rostros; de vez en vez, un *auto* cruzaba veloz, levantando el polvo de la carretera, o rompía el augusto silencio de la noche el silbido penetrante de una locomotora.

Volvimos a la casa; entornamos vidrieras y persianas del laboratorio, apagamos la lámpara grande que del techo pendía y dejamos solamente, iluminando la estancia, un portátil, descansando sobre la mesa del laboratorio. Las cortinas del lecho, descorridas en parte, dejaban entrever la silueta pálida, espectral, de miss Evelina. Era aquel un cuadro sombrío que ponía pavor en las almas y tristeza en los corazones.

Transcurrían las horas pausadas y en silencio; agazapados en los rincones más oscuros, en aquellos donde la sombra era más densa e impenetrable, Reinal, Lacruz y yo esperábamos... En la habitación cercana, asistido por un practicante, el doctor Whist, vencido por las emociones crueles del día, descansaba, agotado.

Ya empezaba a desesperar de la certeza de mis predicciones, ya sentía mi rostro arrebolado por el fracaso, ya creía que aquel misterioso asesino que todos—¡y yo más que todos!—esperábamos no había de llegar jamás, cuando un tenue chasquido me hizo volver la cabeza... Sí... *Aquello* provenía de la pared fronteriza, de la que daba sobre la carretera... Otro nuevo chirrido, y un rayo delgado, casi imperceptible, de luna penetró en la estancia...

Reprimí un grito de júbilo y terror... *Una ventana se abría lentamente.*

IBA A CARGAR CON SU PRESA

Y poco a poco, con ruido apenas perceptible, las maderas se fueron separando; abriéronse después las vidrieras, y en el marco de la ventana se dibujó la silueta de un hombre.

La tenue luz del portátil, que iluminaba a medias su figura, no permitía distinguir su rostro; solamente destacaba su estatura gigantesca, su torso ancho y musculoso y sus manos abultadas, de largos dedos, semejantes a garfios. ¡Era terrible el desconocido!...

No tuvo un momento de vacilación; apenas pisó el suelo, cautelosamente, sin que sus pisadas hiciesen crujir el pavimento, se dirigió hacia el lecho donde miss Evelina yacía. Al llegar cerca de él, se detuvo; contempló inmóvil durante algunos minutos aquella belleza tan perfecta que ni la muerte misma había podido desfigurar, y luego tendió sus brazos, largos y fornidos, hasta que sus manos tocaron a la joven... Pero cuando ya *iba a cargar con su presa*...

SENTÍ LA MUERTE EN LA GARGANTA

... cuando sus músculos se contraían para levantar en vilo aquel cuerpo frío, mi temperamento impulsivo, mi sangre meridional, me hizo olvidar toda prudencia. Y sabiendo a Lacruz oculto cerca del conmutador de la luz, salí de mi escondite y, al tiempo que me lanzaba contra el misterioso visitante, grité:

—¡Luz, don Abel, luz!...

Fué terrible el choque entre el atleta y yo; el buen juez apretó el conmutador al punto; pero casi no pude distinguir la claridad de la lámpara, pues la inmensa mole del gigante lanzóse contra mí y sus dedos oprimieron cruelmente mi cuello.

Caí al suelo; perdí la noción de cuanto me rodeaba; el hombre, su rostro contra el mío, seguía apretando... apretando... Y *sentí la muerte en la garganta.*



REINAL HABÍA DISPARADO SU REVÓLVER

¡Es extraño!... Al sentirme morir, al creer que la vida me abandonaba para siempre, no tuve ningún pensamiento de dolor ni tristeza; solamente pensaba: «¡Don Cándido no reirá, ya, más de mí!»...

De pronto oí un ruido espantoso; algo así como un cañonazo que horadase las faldas de una montaña, derribándola. E, instantáneamente, la presión que yo sentía en mi garganta desapareció por completo.

Me incorporé, arreglándome el cuello. Frente a mí, Lacruz y Reinal contemplaban a mi frustrado asesino, de cuya cabeza brotaba un hilillo de sangre.

Y entonces comprendí aquel ruido ensordecedor: *Reinal había disparado su revólver.*

LA POLICÍA ESTÁ DE DUELO

Nos acercamos. Mentiría si dijese que sin miedo, porque la elevada estatura y el aspecto atlético del caído no eran nada tranquilizadores; pero nos acercamos. Se debatía en el suelo, como un titán derrotado, en pugna dolorosa y violenta con la muerte. Para llegar hasta él, que, de bruces, trataba de incorporarse en vano, hubimos de sortear aquellas piernas que se agitaban desesperada e incesantemente. Por analogía, vinieron a mi imaginación los relatos de los pescadores de ballenas cuando hablan de los violentos coletazos del monstruo herido.

Reinal—más dueño de la situación y más habituado, también, a estas empresas arriesgadas—fué el primero en llegar junto al gigante, que, a costa de quién sabe cuánta voluntad y dolor, se apoyaba ya sobre su brazo izquierdo, medio erguido el busto, de espaldas, todavía, a nosotros. A dos pasos del agente, Lacruz y yo—unidos por el terror y el instinto de conservación—observábamos, anhelantes.

Juzgando al sobrenatural visitante sojuzgado, pensando en que la sangre, que manaba de continuo por el hueco que el certero balazo abriera en su parietal izquierdo, habría acabado con sus energías físicas y morales, el policía, una mano en el hombro del asesino—ninguno dudaba de que aquél fuése el matador de miss Evelina—, le sacudió rudamente, a tiempo que ordenaba:

—En nombre de la Ley, ¡date preso!...

Irguió la cabeza el interpelado. De entre la maraña de pelo que, empapada en sangre, cubría su rostro, destacaron dos ojos fríos y profundos, con brillo siniestro, de fiera y reptil a la par. El belfo, prognato, se agitó, modulando un rugido que en nada semejaba al lenguaje humano, y, alzando su diestra, se apoderó de la de Reinal y tiró violentamente hacia sí, hasta hacerle perder el equilibrio.

—¡Cuidado, Reinal!—clamó el juez.

La advertencia llegó tarde. Entre las garras del salvaje, nuestro amigo corría inminente peligro. Nunca he sido cazador, ni he podido apretar con mi índice el gatillo de un arma. Pero, en aquella ocasión, no pensé nada—¡o tal vez pensase demasiado!—; de puntillas, me deslicé hasta donde había rodado el revólver de Reinal al escapársele, apunté a la sien del hombre-mono... y sólo me dí cuenta de que ya no existía cuando oí la voz de Lacruz, que me gritaba:

—¡Bravo, Montemar!... Si no es por usted, a estas horas *la Policía está de duelo.*

ESE ES EL ASESINO DE MISS EVELINA

¡Le había costado, vaya si le había costado morir al criminal!... Como que en poco estuvo—según se expresaba Reinal en el *argot* carcelero—«que se nos hubiese llevado a los dos por delante». Pero el tiro de gracia que mis manos dispararon fué de efecto instantáneo, y en la sien derecha amarilleaba, entre oleadas de sangre, la quemadura del fogonazo.

Habíamos cerrado la puerta antes de quedar solos los tres en el laboratorio. Los restantes policías que guardaban la casa, atraídos por el ruido de las detonaciones, golpeaban los batientes de madera desde hacía un buen rato, llamando al juez y al compañero. Alisándose el cabello, éste fué a descorrer el cerrojo y dar vuelta a la llave.

—¿Qué ha sucedido?... —demandaron los recién venidos.

En muda y elocuente respuesta, los tres tendimos las manos, señalando el cuerpo inerte del asesino.

Dos de los agentes dieron vuelta al cadáver. Cara a la luz, las pupilas brillantes y los labios contraídos en mueca horrible, aquel rostro era amenazador, siniestro, espantable. Un silencio denso, opaco, llenó la estancia, y los que aun conservaban puesto el sombrero se despojaron de él, muy lentamente.

Entretanto, Reinal, alejado de todos, buscaba afanoso algo en su cartera, que hubo de encontrar, al fin. Un breve espacio permaneció contemplando, alternativamente, una cartulina—*aquella cartulina*—y el cadáver; luego volvióse a D. Abel Lacruz y, tendiéndosela, dijo con voz clara y solemne:

—Una esta fotografía al sumario, señor juez de instrucción. Confróntela con el rostro del ser al que acabamos de dar muerte, y ya no le cabrá la menor duda de que *ése es el asesino de miss Evelina.*

EL MISTERIO EMPIEZA AHORA

Desde luego, la identificación era concluyente y no dejaba lugar a dudas. Lacruz, los otros agentes, yo mismo, pudimos compro-

barlo; luego, el juez dió las órdenes oportunas para que los dos cadáveres—el de la víctima y el del agresor—fuesen trasladados al Depósito. Y, entonces, me convertí yo en el héroe de la jornada.

Con entusiasmo tan afectuoso como sincero, Paco Reinal me presentó a todos como su salvador. En pocas palabras, con verbo cálido y expresivo, relató lo ocurrido desde el momento en que expuse la conveniencia de aguardar a que el criminal regresase para apoderarse del cuerpo de su víctima, hasta que las apremiantes llamadas de ellos nos volvieron a la realidad, sacándonos de aquellos minutos de pesadilla que habíamos sentido transcurrir largos como horas, como siglos. De un desconocido, un «Don Nadie», pasé a ser figura la más destacada y relevante del trágico hecho; guardias y policías me contemplaban admirados, tras de magullarme los dedos y las costillas en vigorosos apretones y abrazos. ¡Lo único que me faltaba después de haberme medio estrangulado el asesino!...

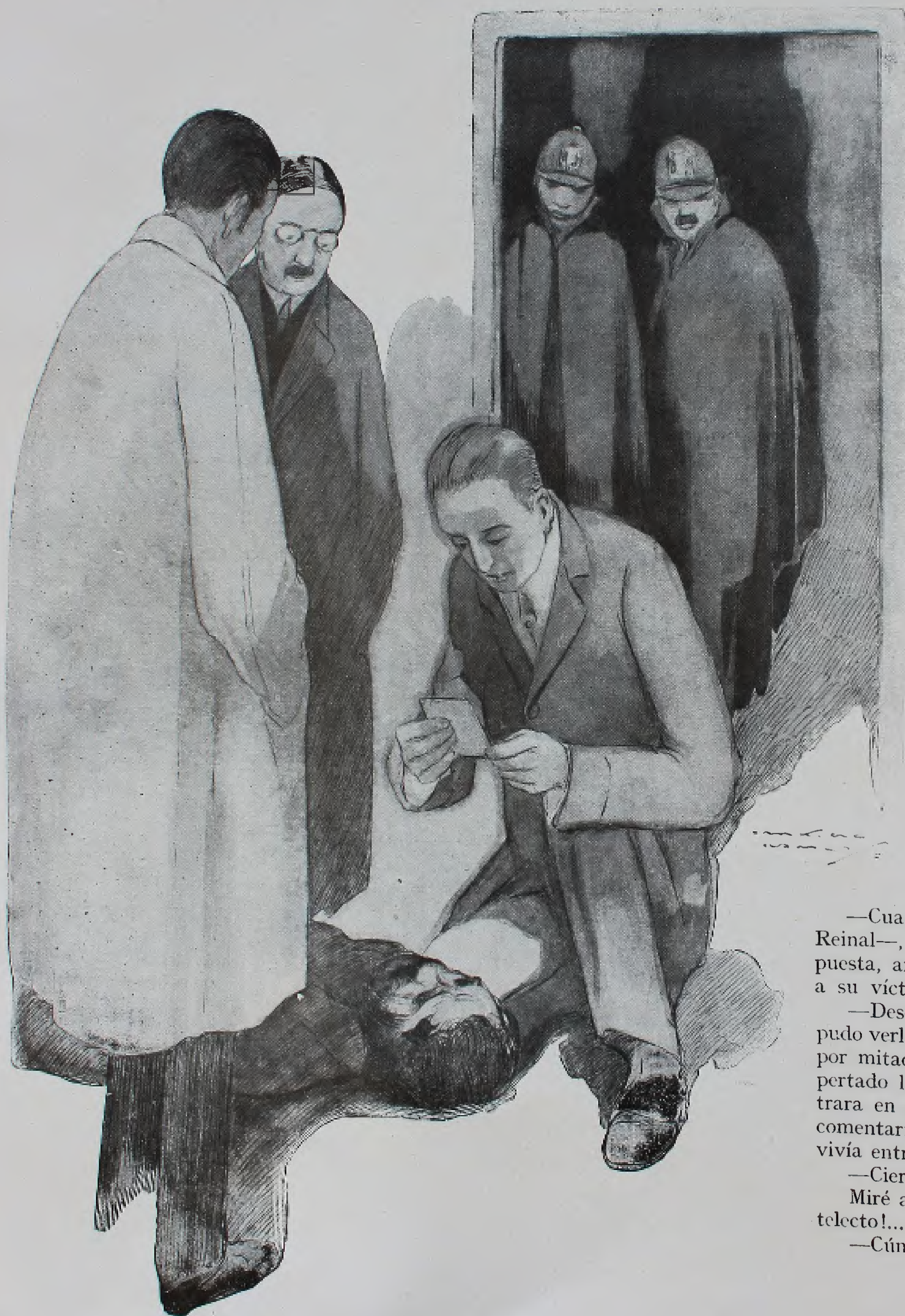
D. Abel Lacruz, desde el sillón en que reposaba de las penosas incidencias de aquella guardia, me sonreía satisfecho. Sin decirme nada, sabía yo que, íntimamente, tomaba para sí buena parte de las enhorabuenas que me llovían; como en un libro abierto y de letra muy grande leía en el pensamiento del digno representante de la humana justicia.

—¡Bien, amiguito, bien!—parecía decirme—. Creo que no tendrás queja de mí. Puedes estar tan satisfecho de Abel Lacruz como de Jorge Montemar. ¡Digo, supongo!... Porque si has triunfado, si pronto todos los rotativos mundiales lanzarán tu retrato y tu nombre a los cuatro vientos de la popularidad, no soy yo al que menos gratitud debes. Si no llego a franquearte la entrada a la villa del doctor Whist, a estas horas estarías, como tus compañeros de reportaje, aguardando noticias entre las broncas del director de tu periódico, en la Redacción, o soportando el frío del amanecer junto con algunos colegas que, más tenaces, aguardan nuestra salida ahí fuera, desorientados y nerviosos por los disparos. Mucho me has servido y en muchas ocasiones; pero, con esto de hoy, te he pagado todo. ¡Hasta lo del secuestro del cajero del Banco Hispano!...

Alguien sacó—no sé quién ni de dónde—una botella de coñac; se encendieron unos cigarros y presto degeneró aquello en tertulia de camaradas. Brotaron los brindis, plenos de elogios a mi persona, que traté de eludir haciendo presente que el primer disparo—abatiendo al monstruo y salvándome—fué obra de la serenidad y buena puntería de Reinal.

—Al salvarle, pagué una deuda—terminé.

Sin embargo, ninguno quiso reconocerlo. Al contrario: lo que llamaban «mi modestia de héroe» acrecentaba el triunfo (Hoy—a algunos años de distancia del suceso—, mi experiencia de la vida y de los hombres comprende que lo hacían, más que por elevarme a mí, por quitar importancia a Paco Reinal. ¡Milagros del *compañerismo!)* Y seguían las animadas conversaciones, sin recordar nadie que en la misma estancia, cubiertos sólo por unas telas, yacían dos cadáveres.



Lo recordó el juez, no para acallar el poco respetuoso conversar de todos, sino para afirmar, complacido, saboreando una copita:

—Hemos realizado una labor breve e intensa. Mañana, la autopsia dirá la última palabra. En cuanto el furgón se lleve a los muertos, nuestra misión estará concluída.

Hubo un rumor de asentimiento, que corté, apenas iniciado:

—No soy de su opinión, amigo Lacruz—dije—. Al contrario, muy al contrario. Yo creo que *el misterio empieza ahora.*

POR QUÉ ESTABA UN TROZO DE LA CADENA DEL DOCTOR EN LAS MANOS DE LA MUERTA

Los dejé fríos. Estoy por afirmar que se preguntaban si el éxito y el coñac me habrían perturbado. Comprendí que la ocasión no era para consentirles dudar y proseguí:

—Tenemos al asesino, es cierto. El invento de Whist jamás ha dado prueba tan concluyente de su eficacia como al aplicarse en las pupilas de su hija. Pero, muerto el asesino sin poder prestar declaración, sin documentos sobre sí que le identifiquen, según comprobó el Juzgado, falta lo esencial del delito: conocer el móvil.

—Cuando el criminal volvía por el cadáver—me repuso Reinal—, es indudable que la hipótesis por usted mismo expuesta, amigo Jorge, es la verdadera: ese individuo deseaba a su víctima, estaba prendado de su belleza.

—Desde luego, así es. Pero, ¿dónde la conoció?... ¿Cómo pudo verla?... Este ser gigantesco y extraño, gorila y hombre por mitad, no andaba libremente por Madrid. Hubiese despertado la atención pública si una sola persona se lo encontrara en la calle y pronto sobre él habrían recaído todos los comentarios. Puesto que a nadie le extrañó verle, es que no vivía entre nosotros.

—Cierto—aprobó Lacruz.

Miré a los que me rodeaban: ¡ya no dudaban de mi intelecto!...

—Cúmplenos, entonces, descubrir quién es, de dónde vino,

dónde vivía y cómo vió el asesino a miss Evelina, primero, y luego, averiguar la forma en que pudo entrar en el laboratorio esta tarde y por qué el doctor Whist, *sabiéndole el asesino de su hija* y habiendo llegado a los pocos segundos del crimen, *le ayudó a huir*, sin ser agredido por él, como Reinal, como yo. ¿Puede todavía considerar usted concluso el asunto, don Abel?...

No me respondió el juez, en cuya frente había trazado la preocupación una arruga perpendicular; fué Reinal quien lo hizo por todos:

—¡Siempre ha de tener usted razón!—dijo—. Es evidente que no podemos ofrecer a la opinión como triunfalmente resuelto un asunto que presenta tantos puntos oscuros.

—Pues aun hay más, querido—concluí, seguro de que entonces era triunfador auténtico, por mis propias fuerzas—. ¡Aun falta saber *por qué estaba un trozo de la cadena del doctor en las manos de la muerta!...*

EL DOCTOR HA REGALADO SU CADENA AL CRIMINAL

Tuvieron mis palabras la rara virtud de disipar aquella atmósfera de falsa confianza que respirábamos desde hacía algún tiempo. Al presentarles el verdadero aspecto de la cuestión—no tan grato como se empeñaba hacérnoslo ver nuestro fácil optimismo— convencí a todos de que no era ocasión de celebrar un triunfo apenas logrado a medias, sino de ponernos en el acto a continuar las investigaciones hasta conseguir escribir la palabra «Final» sobre los hechos plenamente esclarecidos, sin una sola nebulosidad ni vacilación.

Volvió la inquietud de los interrogantes—¿Cómo?... ¿Cuándo?... ¿Por qué?—a torturarnos. ¡Tenía tantas preguntas incontestadas el problema!...

Ya no corrían las copas de licor de mano en mano, y hasta los mismos cigarrillos, al arder, tenían un chisporroteo distinto, cual si sus dueños, dejando escapar el humo en espesas bocanadas, buscasen en él la solución imposible.

Lacruz, Reinal y yo habíamos vuelto a formar nuestro «consejo deliberante».

—Lo esencial—decía el inspector—puede resumirse en tres afirmaciones concretas. Primera: el doctor Whist, conociendo al criminal y la existencia del delito, favoreció la huída del asesino de su hija; segunda: el asesino conocía a su víctima, de la que estaba salvajemente enamorado; y tercera: ese ser monstruoso vivía en Madrid, ignorado de todo el mundo menos del doctor.

—Ninguna de cuyas afirmaciones nos llega a explicar el misterio de la cadena y el dije del doctor.

—Tiene usted razón, señor juez. Pero eso es cuanto sabemos.

—Y por lo mismo—repliqué—debemos olvidarnos de ello. Sírvanos como base para marchar adelante; pero no sigamos meditando sobre lo mismo si queremos continuar avanzando hacia el conocimiento total de la verdad.

—Como usted diga, Montemar. Tanto don Abel como mis agentes y yo mismo estamos, en esta ocasión, a sus órdenes. Justo es reconocer que atraviesa usted por una de esas rachas de inspiración que deben aprovecharse. ¿Qué opina que es lo procedente?...

Me limité a pedir autorización para recorrer, solo, el jardín de la villa. No se opusieron; antes al contrario, me dieron el mayor género de facilidades, ordenando, incluso, al guardia que vigilaba la puerta de la verja que saliese a la carretera.

A pleno pulmón respiré el aire fresco del amanecer, después de las horas de encierro y espanto en el laboratorio. En el remoto confín del Oriente, una vaga y tenue claridad anunciaba el nuevo día. Había calmado el frío o a mis nervios sobreexcitados así les parecía, al menos. Miré al exterior, buscando «el semicírculo de los seis coches»; sólo quedaban dos, cuyos ocupantes y cocheros charlaban con el chofer del automóvil de *El Informador Mundial* a la luz de la bombilla que iluminaba la suntuosa carrocería, donde se hallaban los cinco a cubierto del rigor del tiempo.

Encendí la linterna eléctrica y proyecté su foco sobre el suelo. Hollado el musgo y la tierra removida por las pisadas de todos, no era fácil encontrar las del gigante, ni mi intención el hacerlo. A decir verdad, no sabía lo que iba a buscar en aquella requisa; sin embargo, poseía la certeza instintiva de que había de hallar *algo*, de que forzosamente existía un nuevo elemento de juicio y que, a cada paso, mis manos se acercaban más a él.

Iba pegado a la pared del edificio, enfocando el cono de luz al ángulo que formaba con la verde hierba del jardinillo. Alejándome de la puerta, busqué la ventana que se abría en el laboratorio y dí con ella fácilmente: tenía poco más de metro y medio de altura sobre el suelo y, con una simple flexión de brazos, no era difícil, para un hombre medianamente fuerte, ganar el alféizar; desde luego, al gigante que yacía inánime en la habitación le habría resultado un juego de niños.

Examiné la pared, en la que sólo una larga mancha de barro delataba que un pie del monstruo había resbalado sobre ella. Hice girar en mi torno el haz luminoso de la linterna, escrutando hasta el más escondido rincón de aquel lugar... y no encontré nada de lo que mi instinto me auguraba. Por dos veces, cada una con mayor detenimiento, repetí la prueba, con idéntico resultado negativo.

¿Para qué insistir?... Tuve la certidumbre de mi fracaso y me rendí a él, sin protestas. Soy temperamentalmente un poco moro y me resigno siempre a lo que la fatalidad dicta. Para no dar de nuevo toda la vuelta al hotelito, apoyé las manos en el marco de la ventana y, de un salto, me encaramé en ella.

Lacruz, Reinal y los policías se volvieron hacia mí al ruido.

—¿Creían ustedes que había resucitado el monstruo?—reí.

—¿Hay algo nuevo?—me preguntó, a su vez, el inspector, por toda respuesta.

—Nada, amigo mío. Vengo desalentado.

Pero, entonces, cuando ya me disponía a poner el pie en el entarimado, mis ojos tropezaron con un objeto brillante que las primeras luces del alba hacían relucir. Pendía enganchado de uno de los garfios que, al exterior de la ventana, servían para asegurar las persianas. Lo así con mano trémula y, al aprisionarlo, no pude contener un estremecimiento de júbilo.

Y, ocultando mi hallazgo en el puño cerrado, avancé hacia Lacruz, preguntándole:

—¿Recuerda usted, don Abel, si el doctor Whist llevaba hoy la cadena de que se hallaron eslabones entre los dedos de miss Evelina?...

—Él mismo declaró que no se la había puesto desde hace cinco o seis días.

—¡Desde hace cinco o seis días!—repetí—. ¡Magnífico!...

—¿Magnífico, Jorge?... ¡No le comprendo a usted! ¿Qué quiere decir esa alegría?...

—Quiere decir, sencillamente, que *el doctor ha regalado su cadena al criminal.*

Continuará en el número próximo



LOS CONCURSOS DE "COSMÓPOLIS"

¿Recuerda usted esta película?

COSMÓPOLIS convoca entre sus lectores un nuevo concurso cinematográfico, para tomar parte en el cual no se requieren condiciones especiales; basta con tener una memoria regular y atenerse estrictamente a las siguientes

BASES

1.ª Desde el número de noviembre hasta el de febrero—ambos inclusive—se insertarán en COSMÓPOLIS seis fotografías mensuales, reproduciendo escenas de películas proyectadas hace años en los salones cinematográficos madrileños, cada una con su correspondiente cifra de orden.

2.ª En el mes de marzo se publicará una hoja en la que, junto al número de cada fotografía, habrá un espacio en blanco para que el concursante indique el título que cree corresponde a la película en cuestión.

3.ª Durante un plazo que, al publicar la relación, se indicará, estas hojas se remitirán a la Redacción de COSMÓPOLIS (Marqués de Cubas, 1) o al Apartado de Correos 490.

4.ª En el número de COSMÓPOLIS correspondiente al mes de abril se darán a conocer las soluciones del Concurso, así como los nombres de los concursantes que hayan acertado.

5.ª Caso de no dar ningún concursante con la totalidad de las soluciones, los premios se discernirán por orden de mayor a menor en la cantidad de fotografías solucionadas.

6.ª Caso de ser cinco los solucionistas que hayan acertado el número máximo de títulos, las QUINIENTAS PESETAS importe de los premios se dividirán en *cinco lotes de* CIEN PESETAS. De ser más de cinco dichos lotes, se sortearán entre ellos.

7.ª Siempre que en cualquier premio haya más de un concursante con derecho a él, se sorteará entre ellos el importe de ese premio y el del siguiente, si son dos, o el del premio y los siguientes si son más de dos, comprendiéndose que por cada uno que haya acertado corresponde sumar un premio más. Divididos en tantas partes iguales como premios correspondan, se sortearán entre cuantos acertaren.

8.ª Los premios serán cinco:

Primer premio	200 pesetas
Segundo premio	125 »
Tercer premio	100 »
Cuarto premio	50 »
Quinto premio	25 »
	Total 500 pesetas

Concurso de cuentos humorísticos

NOTA IMPORTANTE

El número de originales recibidos para este concurso ha sido verdaderamente abrumador, retrasando y dificultando la labor del Jurado calificador, que se ve forzado—si ha de proceder con el debido detenimiento en la selección de los originales—a aplazar la publicación de su fallo hasta el próximo número de COSMÓPOLIS.

A LOS LECTORES DE "COSMÓPOLIS"

Terminada la confección de las tapas para encuadernar el segundo semestre de COSMÓPOLIS (julio-diciembre 1928), de una perfecta solidez y sobria elegancia, que armoniza con el selecto contenido del tomo que formarán nuestros coleccionistas, participamos a nuestros lectores que se hallan a la venta en nuestra Redacción y Administración, Alcalá, 44 y 46 (entrada por Marqués de Cubas, 1), al precio de **cinco pesetas** cada par.

También se hallan a la venta los pocos ejemplares de tapas e índices sobrantes para encuadernar el primer semestre de COSMÓPOLIS.

Rogamos a nuestros lectores y corresponsales que, al formalizar sus pedidos, lo hagan a la mayor brevedad posible.

II CONCURSO CINEMATOGRÁFICO



Número 13



Número 14



Número 15



Número 16



Número 17



Número 18

LOS ESCRITORES NUEVOS

Hemos recibido su trabajo, y...

D. B. (Carpio de Tajo).—Su «Díptico» está muy cuidado de versificación; pero el contraste entre las costumbres de ayer y las de hoy ha sido objeto de centenares de composiciones serias y festivas, en prosa y en verso, y nuestros lectores no nos perdonarían nunca que le hubiésemos aceptado a usted esa tremenda vulgaridad.

A. M. T. (Torredonjimeno).—Muy triste de asunto y muy desagradable.

F. O. (Burgos).—No sirve su «Evocación», que es de lo más vulgar; ese tema lo han utilizado todos los poetas que en el mundo han sido. Además, en la penúltima estrofa, los versos aconsonantados asonantan entre sí. Respecto a su reclamación, carece de fundamento; su otro trabajo espera el turno de publicación, que no está lejano, y no se ha alterado su orden. Hay que tener mucha razón para reclamar; si no se está muy seguro, lo mejor es callarse.

«*Magg*» (Madrid).—Rima usted de un modo caprichoso y mide absurdamente.

«*Halma*» (Madrid).—Por lo visto, no lee COSMÓPOLIS. ¡Vaya cuentecito!...

E. C. de la C. (Lorca).—¡Qué pena!... Junto a bellos aciertos hay lamentables errores. Cuide de que las asonancias sean tales, pues en un romance en «aa» («Idilio lunático») lo son «enaguas» y «agua», pero no «espuma». La última estrofa de «Tarde romántica. tiene los versos medidos «a ojo de buen cubero» Creemos que, si pone más cuidado, hará algo bien.

J. Ch. de L. (Madrid).—¡Graciosísimo!... Conque «si alguno te ofendiera le arrancara *ficramente* (¡viva el ripio!) de los hombros la cabeza y del pecho el corazón», ¿eh?... ¡Lo difícil sería hacer lo contrario!... Aunque, en puridad, la cabeza se arranca del cuello.

«*Fidias*» (Madrid).—El único cupón que envía se lo hemos aplicado a «La fea», y ¿usted sabe que con el mismo asunto y en el mismo sentido cantó Carlos Gardel un tango, muchas noches, en Romea?...

«*Gonzalo de la Gonzalera*».—Estamos cansados de decir que los originales de esta sección no deben ser con fecha fija. Ya le dijimos que los «Cantares» no servían y las razones. Los juicios no pueden ser más extensos, por el espacio de que disponemos para esta correspondencia. No *arreglamos* ninguno de los originales que nos mandan. Lamentamos que le parezcan mejores sus poesías que las que insertamos, porque eso demuestra que no tiene usted arreglo. Lo publicado se paga según su extensión. No desespere de la publicación de la poesía aceptada, que aguarda su turno. Claro que todo esto se lo dijimos en diciembre, pero no importa. ¡Hasta la próxima!...

Ziur».—Muy malo, francamente.

J. M. C. (Carballino).—Ahora sí ha acertado usted del todo; se publicará «El alma de los Parques tristes».

J. L. (Zaragoza).—¡Ca, hombre!... ¡Qué iba usted a haber hecho los versos en que *se le adelantó* Amado Nervo!... ¿Conoce usted «La escondida senda», de los Quintero?...

J. B. (Zaragoza).—Mande algo más consistente.

M. M. del C. (Cádiz).—Nos hemos reído mucho con los diálogos de los jugadores tabernarios, tan *reales* que son falsos. ¡Afortunadamente para usted, no ha jugado ni bebido nunca!...

F. C. (Bilbao).—Correcta la versificación; pero pobre de idea

«*Nené*» (Oviedo).—Lamentablemente pueriles las dos composiciones. Es posible que leyendo a los nuevos poetas—de Rubén a nuestros días— pierda esa ñoñería de fondo y forma y haga versos bien.

B. D. S. F.—¡Qué poco interesante y fuera de lugar para COSMÓPOLIS su jurisconsulto!...

R. C. D. (Castellón).—«Humanamente»... ¡Humanamente no se puede publicar eso!...

Toda la correspondencia de esta sección se contesta exclusivamente desde las columnas de la revista: rogamos a nuestros comunicantes que en los envíos de originales consignen en los sobres: Para la sección «Los escritores nuevos».

Aparte de los originales que se nos envíen espontáneamente, acompañados del correspondiente cupón, publicaremos en esta misma sección algunos trabajos de escritores conocidos, prestigiando así a los literatos nuevos con su compañía.

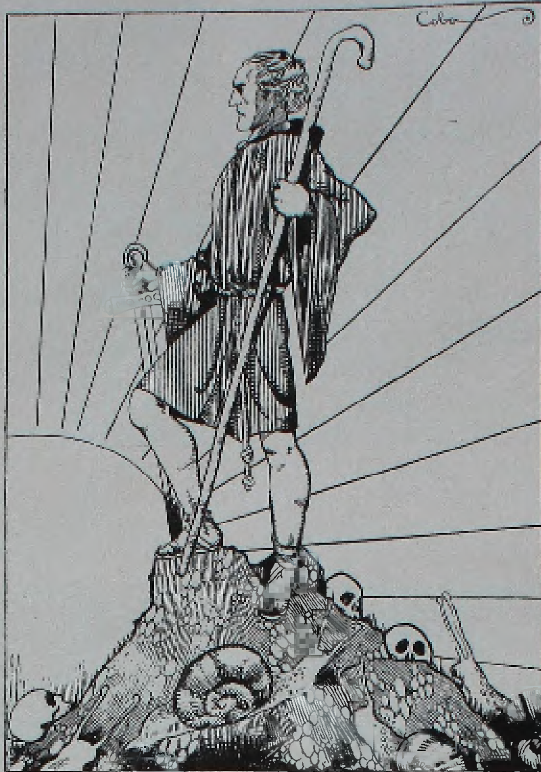
«C O S M Ó P O L I S»

—

CUPÓN

que debe acompañar a todo envío de

Colaboración espontánea



ANHELOS

Yo quiero sollozar para aliviar mis penas,
para endulzar mi pecho y calmar mi sufrir.
Yo quiero que la sangre
que corre por mis venas
jamás sea mancillada en todo mi vivir.

Yo quiero vagabundo cruzar en mi partida
venciendo los peligros que ofrece la ilusión;
triunfar de los placeres
que nos brinda la vida
y que traidores matan al frágil corazón.

Yo quiero vivir sólo allá en las soledades
y errante peregrino vivir de la ilusión...
Escudriñar los siglos,
escalar las edades
y conocer los odios que engendra la pasión.

Yo quiero ver y oír y comprender de todo
para poder seguro la incógnita aclarar
y así, del agua limpia
quitar impuro el lodo,
y bendecir lo bueno y lo dañoso odiar.

Yo quiero que en la cuna llorando con dulzura
estén los amorosos besos de mi alegría...
Yo quiero que en mis hijos
la fe sea su hermosura,
la virtud su riqueza, la caridad su guía.

JUAN FRANCISCO NEGRILLO

Dibujo de Cobos.

«*Gil Blas*» (Madrid).—Si no hemos contestado a su anterior envío debe de ser porque no llegó a nuestras manos; aquí respondemos siempre. «Oración de mujer» es vulgarísima de idea y concepto.

J. H. I. (Puerto de Santa María).—Aceptados «Despedida» y «Primera novia», siempre que en éste nos autorice a suprimir la tercera estrofa, que empieza con el verso «Tú española y yo español...»

T. S. C. (Zaragoza).—A nosotros nos sucede con su poesía (¿?) lo que a los concurrentes al «cabaret» con las campanas del reloj.

«*Un gallego de Zaragoza*».—No nos interesan las broncas de novios. ¡Ni al público!... Lo de «Los cartujos» es poco nuevo.

«*Nogliellina*» (Santander).—La crónica es vulgarcita: el cuento tiene una primera cuartilla de formidable humorismo, pero «La reja» la han hecho ya los Quintero, y mucho mejor.

M. G. F.—No manda más que un cupón para dos trabajos y cualquiera de ellos es rematadamente malo.

P. L.—Está bien su poesía, pero no es nada nuevo ni de asunto ni de imágenes poéticas.

F. B. G. (Madrid).—Mal medidos los versos. Y la poesía, más que inspirada en lo que dice, puede parecer un plagio.

G. O. G. (Zaragoza).—Esta vez no acertó. El elogio al mantón es tema que lo han puesto imposible... «para vos y para mí» todos los poetas contemporáneos.

G. B. S. (Rosario de Santa Fe).—«Dios» es una poesía demasiado moderna, entendiendo por modernismo, como por desgracia existe entre la mayoría de los «istas», el absurdo. La otra tiene unas imágenes poéticas definitivas, como la de pastelería que dice... «como la crema, suave».

«*Miguel José*».—Forma nueva y viejo fondo. No sirve.

M. S. R. (Real de San Vicente).—La versificación es correcta; pero uno de los asuntos lo trató Bécquer maravillosamente, y el «Nocturno» es vulgar de idea.

J. M. C. (Carballino).—Ha cuidado la medida, pero no la acentuación. Lea muchos versos, acostumbre el oído; *eso* es difícil de aprender. Si se pudiera *hacer* al poeta, todos los estudiantes del bachillerato serían formidables poetas, sólo con estudiar Preceptiva Literaria.

G. D.—Ni sabe hacer versos, ni tiene ortografía.

El B. de C.—Hemos dicho cientos de veces que los originales de novelas no deben tener fecha fija de publicación; por eso no publicamos uno de sus trabajos. Y el otro tampoco, por ñoñito y cursilito.

C. S. P. (Barcelona).—No, señor; no le desanimamos ¡ni mucho menos!... Sólo le decimos que en las quintillas los versos tienen que aconsonantar; usted deja libre el primero y asonanta en «ia» tercero y cuarto. Además, cinco versos sin asunto son un cantar, no una composición poética, y por tan poquito no se puede formar juicio de un poeta. Insista con algo de más importancia.

«*Palmerín*».—Ha querido usted volar demasiado alto... ¡y ha caído *en barrena*, naturalmente!

J. S. A. (Caravaca).—Anticuado y vulgar.

A. C. V. (Gijón).—¡¡Guardiaaaas!!...

«*Fernando Félix*».—En un romance tan breve es de feo gusto romper la asonancia, y al tercer verso le sobran las dos palabras finales para ser alejandrino. ¡Ah! Claro que el cupón es *necesario e indispensable!* ¡Pues no faltaba más!...

V. V. Ll. (Barcelona).—Es ágil, gracioso y onomatopéyico su verso y vamos a publicarlo. Con gusto—y sin ningún compromiso, ni el de devolverlo, ¿eh?—, leeremos y juzgaremos el trabajo de que habla.

Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

1.ª Los trabajos en prosa no excederán de tres cuartillas *escritas por un solo lado*, y las composiciones poéticas de *sesenta versos*

2.ª Es inútil pretender contestación particular a las cartas que se nos dirijan relacionadas con esta sección. Para admitir o rechazar los originales tenemos la sección «Hemos recibido su trabajo y...», en la que por riguroso turno se contestará a todos los autores. Tampoco se devolverán los trabajos, publicados o no.

3.ª El solo hecho de enviarnos un original implica la absoluta conformidad con estas condiciones.

Y 4.ª Cada original debe venir acompañado de un cupón.



EL VIAJERO

El Viajero tenía la frente de cristal;
un sol de violeta temblando en la mirada;
engarzada la tarde, la melena nevada
sobre la sinfonía de su busto otoñal.

Manos de piedra y rosa, sayal de peregrino
completaban su humana figura de encantado.
La aurora y el tramonto con su rumbo-destino
construyeron el ánfora de su vino dorado.

La recia huracanada talló su basamento
y modeló su altiva cabeza milenaria;
cristalizó sus nuevas inflexiones su acento
en el regazo humilde, de luz, de una plegaria.

Y así, con paso firme sobre su mundo mismo,
la Esfinge de sus ansias interrogó al acaso.
Huracanes eternos temblaron: su optimismo
desvaneció la sombra siniestra del Fracaso.

Hoy, libre y exaltada su nueva sinfonía,
pensaba en el encanto de su futuro viaje.
Con plenitud de su hora temblaba el mediodía,
amanecer lejano de un nuevo paisaje.

La nave-sombra espera su musical fogata,
al viento occidental abierta su bandera.
El Viajero descubre su cabeza de plata,
tiende la mano y dice a su inquietud: Espera.

C. PUERTAS DE RAEDO

EVOCACIÓN

Huyendo del confuso torbellino
de la ciudad moderna y agitada,
y marchando al acaso
en pos de mi destino,
encamino mi rumbo paso a paso
a una calleja oscura y apartada.
¿Qué me dice la calle sumida en el olvido?
¿Qué me cuentan sus puertas de recio aldabonado?
Me cuentan del pasado,
me lloran lo que han sido,
me llenan de nostalgia de lo que no he vivido
y hubiera deseado.
Y añoro aquellos tiempos de arrogante hidalguía,
de apuestos paladines de chambergo y tizona,
de idilios amorosos de sin igual poesía
en que el galán fiaba
la paz de la calleja
y el respeto a la reja
al poder de su espada.
Tiempos de fe, de amor, de gloria, de hidalguía,
¿Por qué tenéis tal fuerza evocadora?
¿Por qué os lleváis tras sí mi fantasía?
¡Fué vuestra edad mejor que la era mía!
y me siento arrastrado
hacia el siglo dorado
en que un hombre llevara
en el cinto una espada reñidora,
en la mente la imagen de su amada,
y en el fondo del pecho, muy guardada,
una cruz redentora.

MANUEL CHACÓN





PAISAJE DE INVIERNO

Ya menguan los días...
Ya soplan los cierzos...
Ya se caen las hojas...
¡Ya viene el invierno!
Ya las golondrinas
alzaron el vuelo
y huyeron buscando
mejores temperos.
Ya no tiene el valle
colores ni ecos,
ni encanto la loma,
ni el bosque misterios.
¡El campo está triste!
En el surco yerto
ya no hay amapolas
ni grillos troveros.
No hay oro en las eras,
ni miel en los huertos,
ni en la fuente risas,
ni luz en el cielo.
Por valles y apriscos,
laderas y cerros,
entre ovejas mansas
y leales perros,
ya no van, como antes,
graciosos corderos
de mirada amable
y balido trémulo...

* * *

El pastor, zamarra
viste de pellejo
y el mastín ya busca
el sol; y el caldero
cuece y borbotea
colgado en el fuego,
dentro de la choza
mientras ruge el viento...
Ya hay agua en el río,
que corre sin miedo
al mar, donde, incauto,
morirá muy presto...
Ya canta el humilde
molino harinero,
que estuvo tres meses
callado y sediento,
su himno milenario
al pan blanco y tierno...
Ya pronto los lobos,
bajarán hambrientos
al llano, buscando
su presa, siniestros...
¡Ya nieva en las cumbres!
En los ventisqueros
se yergue ya el oso
blanco del invierno...
El sol ya no tiene
calor... Ya sus besos
¡son besos helados,
cual manos de muerto!
. . . .
Ya dentro del alma,
muy dentro del pecho,
¡hace mucho frío!...
¡Ya viene el invierno!

Dibujo de A. Durá

MILAGROS DE SANDOVAL



Estampas de provincia

Este viejo café...

Este viejo café nos abre sus ventanas
al intenso bullir de la calle Real,
y tras de sus cristales pasamos las mañanas
con amigos, vermouth y un ambiente cordial.

Hay gentes que comentan el suceso del día:
¡nuestra uva se ha vendido muy bien en Nueva York!
En sus rostros se asoma una franca alegría
y deciden contentos jugar al dominó.

En la tarde es muy otra la visión del ambiente;
son familias burguesas que apuran lentamente,
habladoras y cursis, una taza de té.

Las burguesitas sueñan con un ideal lejano,
mientras gime la orquesta de violín y piano
y en el violín solloza Margarita Gautier.

FRANCISCO GARCÍA SALVADOR

Dibujo de DEMETRIO

El secreto del Rey Mago



cuento infantil

Por RALAAL



El incienso, la mirra y el oro, ya lo habían ofrecido aquellos tres Reyes al tierno Infante nacido en Belén. Acabada la solemne ceremonia de la adoración, se dispersaron los augustos viajeros y cada uno encaminóse por distinta ruta.

Parece que fué el Rey Baltasar, el más joven de los tres y también el más sabio, el que enderezó su séquito por el camino de la India misteriosa, poblada de leyendas y supersticiones.

Y aconteció que, habiendo equivocado el camino, viéronse a las puertas de uno de esos reinos maravillosos, propicios para tejer las fantasmagorías de un relato deslumbrador. Era el país de todos los cuentos orientales. Ríos azules cruzaban su territorio y bajo el cielo, de un intenso cobalto, se agrupaban los paisajes más sugestivos. Había bosques poblados de diversas especies de animales bellos; rústicas viviendas y suntuosos palacios, habitados por príncipes y señores, cuya ocupación predilecta era la de coleccionar piedras preciosas.

El rey de aquellos estados, como el de la estrofa rubeniana, era dueño de un castillo de cristal, una tienda hecha del día y un rebaño de elefantes. Pero tenía un hijo, el príncipe heredero, soberbio y ambicioso, poseído de cólera inaguantable. Nadie podía soportarlo; solamente un viejo servidor, antiguo esclavo del palacio real, negro y lustroso como el ébano pulido, sobrellevaba con paciencia las falacias del joven príncipe, adivinando sus caprichos y satisfiiendo sus deseos.

Preocupábale al rey la suerte del príncipe infeliz y procuraba ponerle remedio a tantas desdichas. Mostrose rígido y severo con él; le aconsejó muchas veces con palabras tiernas y no consiguió nada. El rey consultó con los ministros, con los generales y con los sabios de su reino, y tampoco se halló una fórmula para vencer la insana soberbia del heredero del trono.

Un día llegó hasta el palacio la nueva de que un misterioso personaje habíase presentado en el territorio real ostentando atributos de monarca. Los leales servidores palatinos hicieron la oportuna investigación y pronto se supo que aquel viajero desconocido era un poderoso rey, descifrador de mágicos secretos y poseedor de nobles fórmulas

redentoras, que caminaba con incierto rumbo hacia los países del Oriente inexplorado.

En torno a la figura del Rey Baltasar, prontamente se forjó la leyenda propicia a todas las credulidades. Y se pensó en la salud espiritual del príncipe.

* * *

El Rey Mago, a lomos de un elefante, bajo el baldaquino de sedas policromas y maderas olorosas, fué conducido por el negro servidor del príncipe hasta las puertas del palacio real. Se le recibió con los honores propios de su elevada jerarquía, desplegando la magnífica pompa de las Cortes legendarias. Entre músicas y soldados y palaciegos lujosos, bajo la caricia de los abanicos de plumas, los dos reyes se besaron en la cabeza una y otra vez.

* * *

Frente a frente el Rey Mago y el príncipe heredero, ante la expectación cortesana, en el salón del trono, se miraron desafiadores. El joven príncipe miraba al anciano con su acostumbrada impertinencia. Baltasar, con toda dulzura, le dijo:

—Señor, yo vengo de países lejanos, donde la Verdad de todas las verdades acaba de nacer. Muchas gentes, que aguardaban su venida, fueron a prestarle adoración. Los más altos señores le han rendido la suya, ofreciéndole incienso, mirra y oro, porque la verdad de ese Infante recién nacido es la más alta de todas las que existen. Me han dicho que no sois feliz. Yo poseo un secreto, aprendido en este viaje de mi adoración al Mesías, que puede tornaros la salud espiritual.

La impertinencia orgullosa del príncipe se cambió en la curiosidad más viva. Creció la expectación de los palaciegos. El Rey Mago continuó dulcemente:

—Ved este lindo espejo que llevo sobre mi corazón; en él se guarda la fórmula verdadera, que es todo mi secreto. No hay nada duradero en este mundo, porque nada somos comparados con el que todo lo es. Y de nada sirven nuestras soberbias ambiciones, y nuestro poderío temporal por grande que sea, si no sabemos guardar en nuestros corazones el secreto que yo guardo... Asomaos a mi espejo, señor—dijo el Rey Baltasar.

El príncipe se miró en el lindo espejito que le ofreció el Rey Mago. Todo anhelante, absorto en la contemplación de su cristal, miraba con avidez la pulida superficie del espejo, viendo, como si se hallara tras de una ventana, el hórrido espectáculo de la vida, con sus tragedias lancinantes, sobre las que la muerte triunfaba por último sin respetar ninguna jerarquía. Y él mismo se vió aherrojado y triste, próximo a ser vencido por la implacable guadañadora. En un momento sufrió los dolores de toda una vida...

Cayó desvanecido sobre los regios almohadones de sederías fastuosas que adornaban el estrado principesco.

* * *

Han transcurrido unos días; la inquietud cortesana del primer instante se va tornando en confortadora satisfacción. El príncipe ha cambiado casi por completo en sus modales de costumbre. Desde el día en que el Rey Mago le mostrara su secreto, pasada la crisis nerviosa que la visión le produjo, el remedio había sido eficaz.



Ahora mismo, en su reducida cámara, que es como una pajarera multicolor, el príncipe duerme sentado en su silla de oro. El negro servidor vela su sueño, abanicando con suavidad el rostro beatífico del príncipe, que ya se siente feliz. Despierta, desperezándose, asombrado de ver al negro todavía de rodillas, sosteniendo el abanico de frágiles plumas.

—Levanta—le dice—; hoy es día de júbilo; ve y dile a mi padre, el rey, que quiero besar su mano.

El fiel servidor obedece presuroso. Llega el rey a toda prisa y, ante la sorpresa de los cortesanos que se agolpan detrás de su señor, el joven príncipe, cubriendo de besos la mano que su padre le tiende, dice así:

—Hoy puedo deciros que soy otro hombre. Desde que el Rey Baltasar me mostró su secreto, dándome a conocer el espejo de la vida, donde contemplé tantas y tales verdades que sentí horror y vergüenza de mis pasadas insensateces, quiero rogarte, padre mío, que me permitas vivir siempre a tu lado para escuchar los consejos de tu experiencia y de tu sabiduría...

El rey, presa de la máxima emoción, llenos los ojos de lágrimas, preguntó a su hijo:

—¿Y el secreto del Rey Mago es...?

No le dejó acabar el príncipe la pregunta; besó a su padre con júbilo y dijo:

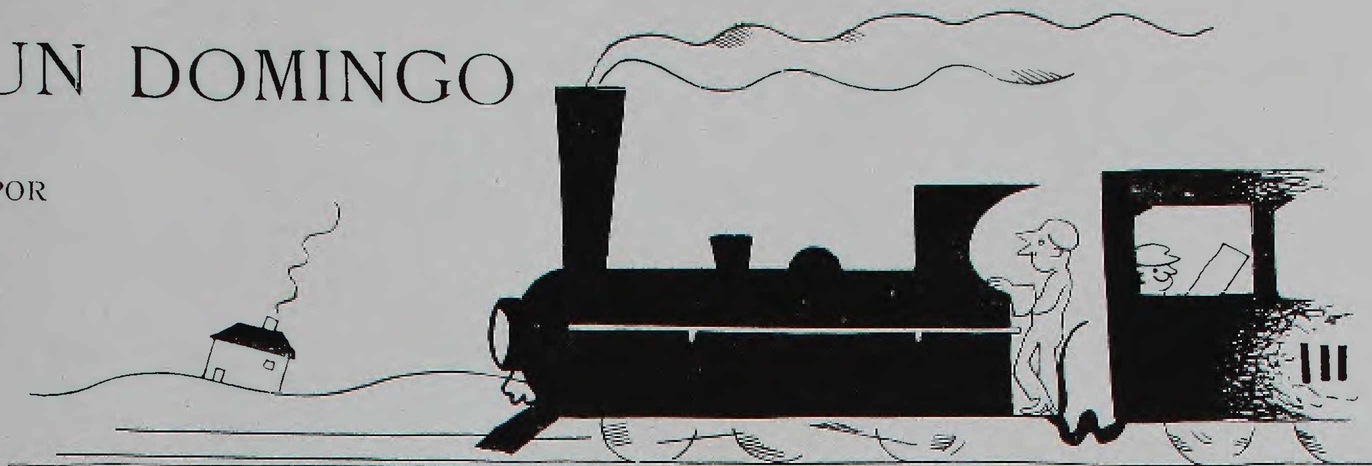
—No importa cuál sea el secreto del Rey. En nosotros mismos lo llevamos; de nuestra reflexión y de nuestra bondad depende. La vida es el mejor espejo del Rey Baltasar; reflexionando en sus palabras he comprendido que hay que ser buenos. Por encima de todas nuestras ambiciosas verdades, la Única Verdad es la que existe; lo que importa es comprenderlo así. Ese es el secreto que todos llevamos en el corazón, que hay que descifrar sin egoísmos.

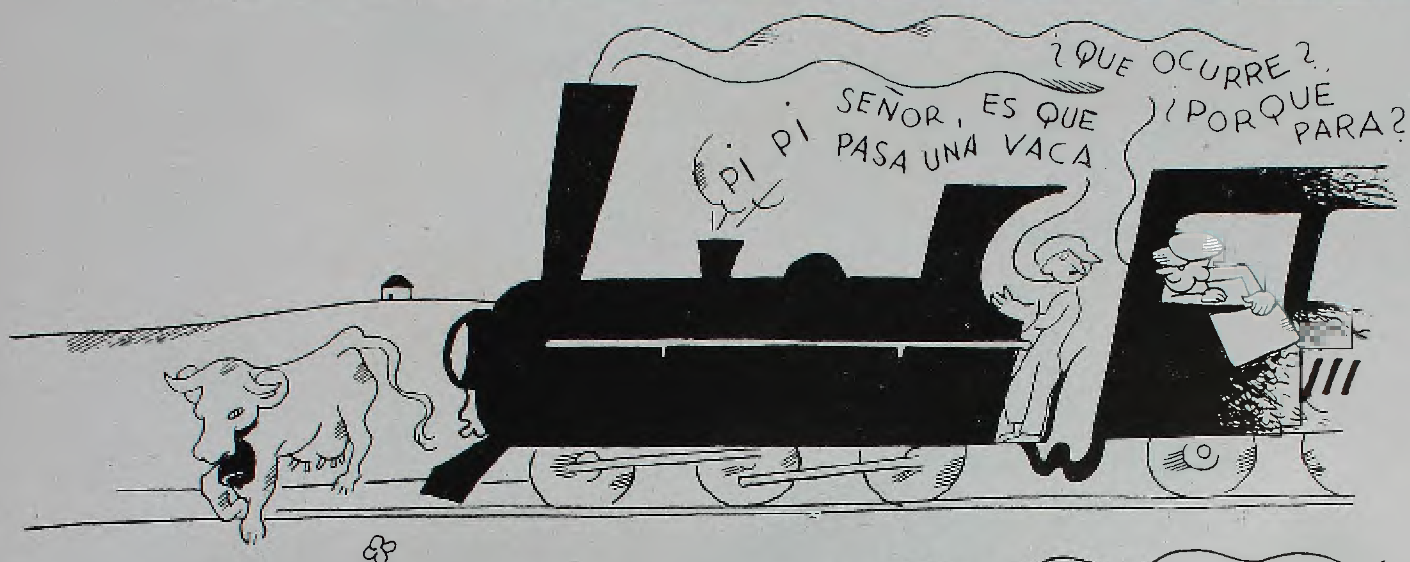
(Ilustraciones de Serny)

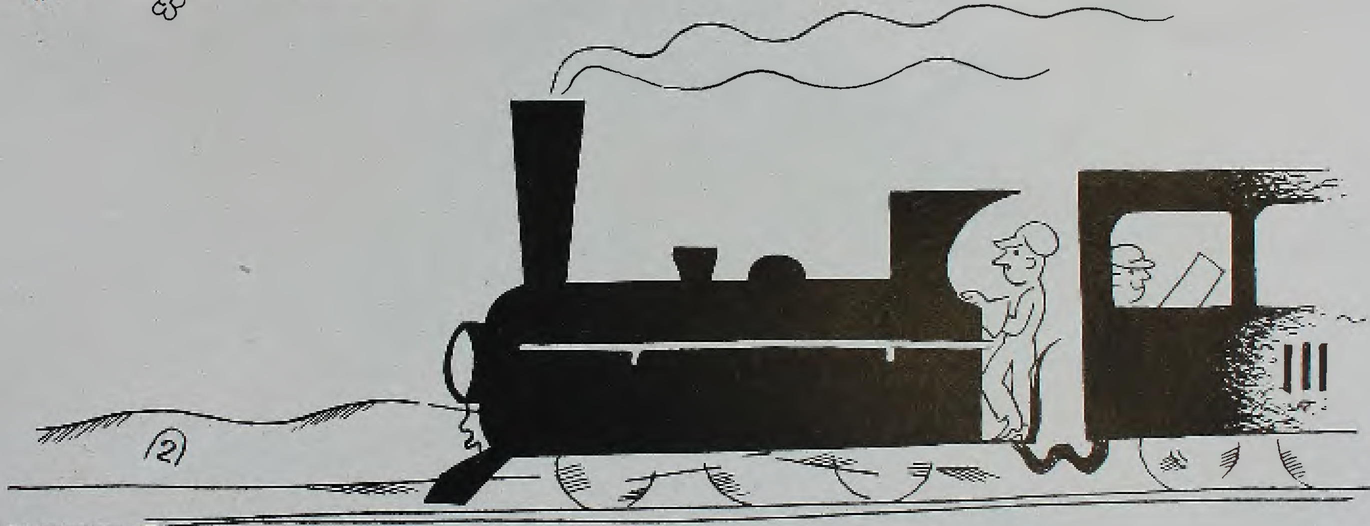
FUÉ UN DOMINGO

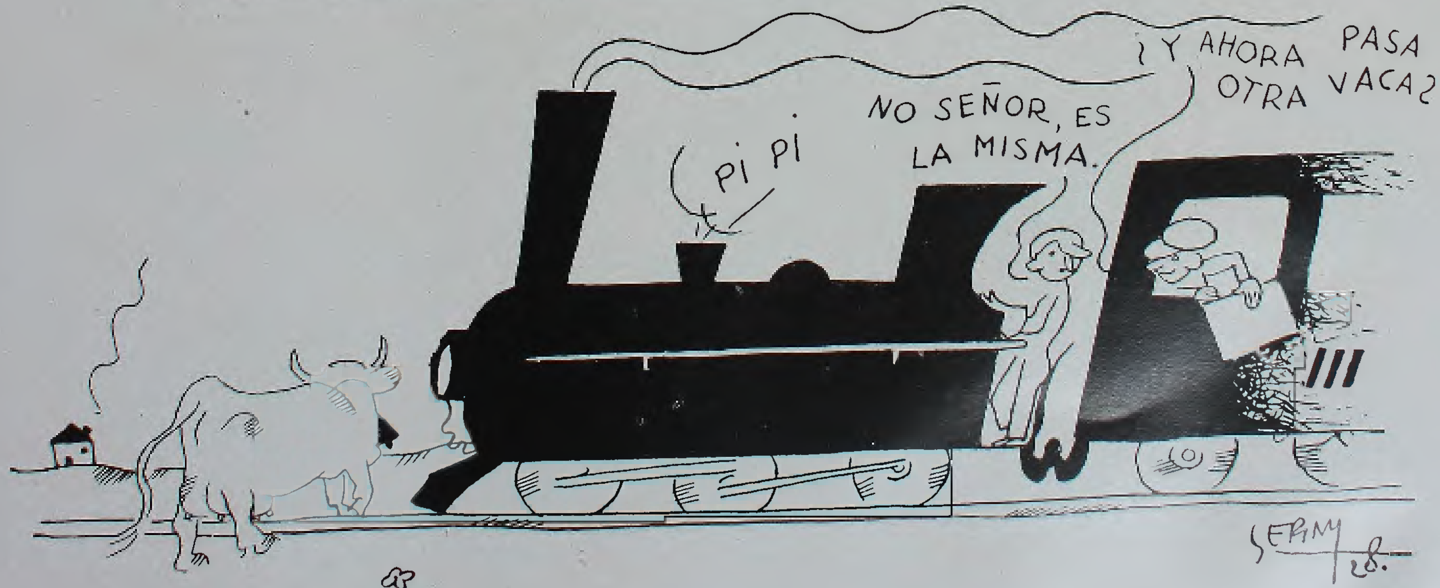
HISTORIETA POR

SERNY









Seccion Recreativa



Para que la muñeca se decida a andar por el mundo, sólo necesita de vuestra amabilidad el que con un modesto alfiler atraveséis la margarita señalada de su falda maravillosa y con él sujetéis los ocho pies del dibujo. Después hacedlo girar, y ya veréis qué bien pisa. ¡¡Conque, manos a la obra!!

Muñecos de tijera







AL AGUAFUERTE

EL PARÁSITO

Fué rico, noble, pródigo y mundano...
y cuanto fué se lo llevó la trampa;
pero, borrada de su ayer la estampa,
quédale aún su empaque cortesano.
Su vida es para todos un arcano,
pues que en los cruces del azar acampa
y, si gasta en señor, en siervo zampa
todo lo que su ardid encuentra a mano.
Mas no suelta los guantes. Su hidalguía
le veda, a fuer de prócer, el trabajo,
hierro de plebeyez. ¿Qué se diría?...
No empañará su escudo el desparpajo
con que hace en la amistad diaria sangría
por no doblar su dorso en el atajo.

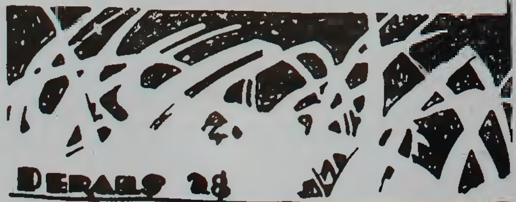
EL SUPERHOMBRE

Como si la sapiencia fuese plomo,
se le hunde entre los hombros la cabeza,
y toman sus facciones la rareza
típica de una máscara o de un gnomo.
Su corcova le da cómico aplomo
que el buen humor punzante despereza
y hace que la científica simpleza
conviértase de momia en vivo cromo.
En su omnívora ciencia no saciada
nada brilló a su mente o su mirada
que no lo recogiese su cacumen;
pero ve en la vejez su ansia fallida:
que ciencia que no supo de la vida
queda a merced de brujas que la emplumen.

EL MORFINÓMANO

Por huir del dolor, se martiriza;
por prescindir del médico, es galeno;
de un minúsculo insecto se horroriza
y se mete una víbora en su seno.
Bajo su piel, que es criba, se desliza
lentamente el mortífero veneno
y, aunque su mal la ciencia sutiliza,
la droga todo lo convierte en cieno.
Su rostro tiene palidez de cirio;
su neurastenia vuélvese manía;
en la inyección continua no haya hartura;
y, gustando el placer en el martirio,
sueña con la salud el pobre un día
y le estrecha en sus brazos la locura.

RODOLFO GIL



PUESTA DE SOL

El mar, con lento oleaje,
matizado de verde y azul.
Una gran nube oscura que cubre el mar salvaje
envuelta en nubes de tul.

Olas; vaivén incesante,
con murmullos y tenue rumor.
Una costa bravía se esfuma por levante.
El cielo de rojo color.

El sol; se hunde y se encoge
con brillante y dorado rielar.
Una palmera en negro recorta su follaje
sobre el cielo, la nube y el mar.

TARDE DE VERANO

Cielo de estío, intenso, en un paseo público,
envuelto entre las sombras de aquel atardecer;
la tarde va cayendo y es un morir romántico
el de la tarde llena de aromas de mujer.

Los árboles perfilan sus recortadas hojas
de un verde mate y ricas de luz y de color;
la tarde es azulada; las nubes, casi rojas;
por todo trajes claros y el femenino olor.

¡Cielo de azul intenso de un caluroso estío!
¡Inolvidables sombras de aquel atardecer.
¡En dónde he colocado aquel recuerdo mío
nimbado de oro intenso y aroma de mujer!...

ESTIVAL

Una parra verde y una casa blanca,
una jaca torda, reluciente el anca,
junto a un can que duerme muerto de calor.
La viña columpia sus hojas de encaje;
una lugareña con ligero traje,
una copla canta de cosas de amor.

Un campo de trigo y flor de amapola;
cacarea un gallo de vistosa cola;
sumido está el campo en hondo sopor.
Una abeja zumba, chilla una cigarra,
se mustia el follaje de la verde parra
y una mariposa va de flor en flor.

El cielo es de esmalte, la cal de la casa
deslumbra al contacto del sol que la abrasa;
se inclina la espiga de rubio color.
Huele el aire a paja recién removida,
a fruta madura, a moza garrida,
a savia de pino y a hierba de olor.

MATILDE DE SINGLA

SIMULACIÓN, VERDAD

Tiene también su encanto, su cachet,
olvidarse del tiempo en que vivimos,
fingirse un día cualquiera, en el café,
el último de los poetas malditos.

En el verso arbitrario, verso fin
de siglo, asonantar cuando queremos
o buscar consonante a ese violín
que llora entre divanes y entre espejos.

El pelo largo, en anacrónica melena,
aun causa indignación entre la gente,
y más si nos lo peina una griseta
amanerada, triste y decadente.

En el bolsillo del gabán puedo tener
un libro de Cocteau o Valery;
pero en la mesa, a Baudelaire,
haré que leo sólo para ti.

Oscilo entre dos tiempos: la bohemia
que apenas alcancé en lejano día
de estudiante bigardo. Adolescencia
con gotas de melancolía.

Y este tiempo de hoy, frío y decente,
de Stadium y de luminosidad,
de Decadencia de Occidente
y de monsieur Henri Monthertant.

Griseta amable de mi simulación
que has dejado a la puerta tu Citroën,
sin querer se me sube al corazón
la bohemia moderna sprit chaufeaur.

Con aire deportista o aire antiguo
de cumplido y galante caballero,
hay dos verdades de hoy: tu cuerpo ambiguo
y mi elegante falta de dinero.

Lo demás... ¡es igual! De una manera
u otra, trabajo con desgana,
acepto el consonante cuando llega
o asonanto si así me da la gana.

CÉSAR GONZÁLEZ-RUANO

Decoración de Perals





POR FRAMARCÓN

7.º CONCURSO, DICIEMBRE-ENERO

N.º 1. (TARJETA)
NOMBRE Y UN APELLIDO

W NAVEGANTE BOXEADOR

Aguila, 24 *Madrid*

Solución: ....

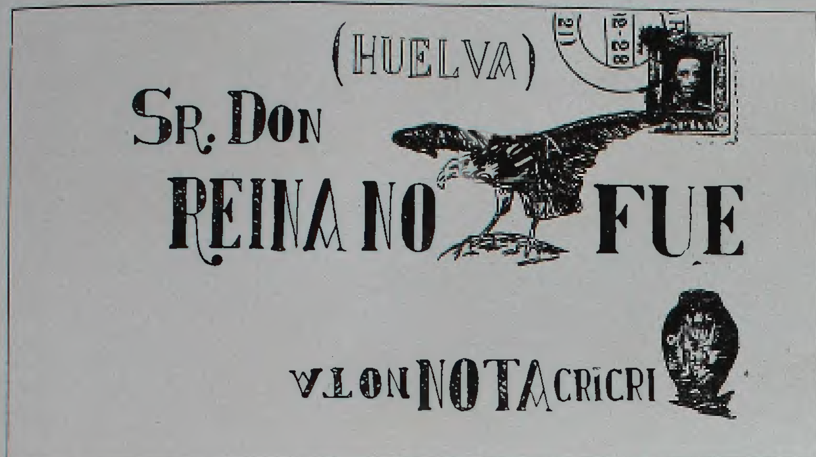
N.º 2. (TARJETA)
NOMBRE Y UN APELLIDO

PI NOTA R NOTA B NOTA GI

Apartado 285 *MADRID*

Solución: ....

N.º 3. (SOBRE) NOMBRE Y UN APELLIDO Y DESTINO



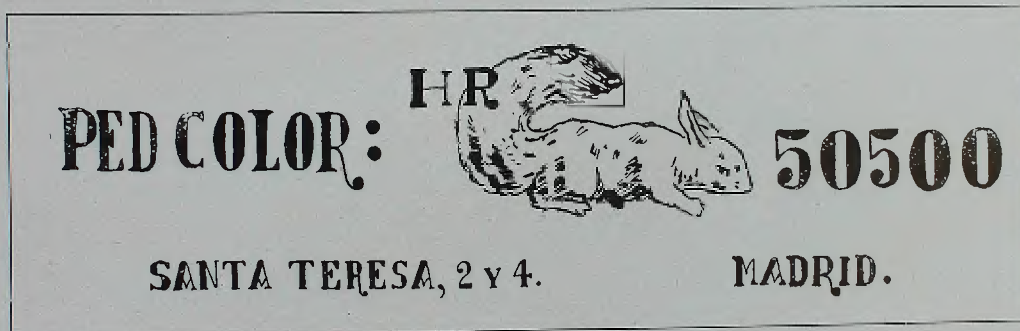
Solución: ....

N.º 4. (SOBRE) NOMBRE Y UN APELLIDO Y DESTINO



Solución: ....

N.º 5. (TARJETA) NOMBRE COMPUESTO Y DOS APELLIDOS



Solución: ....

Nuestra ofrenda.

Como observarán los señores concursantes, los trabajos que integran la presente sección están formulados a base de los nombres y apellidos de un determinado número de señores solucionistas elegidos al azar, norma que proseguirá en el número de febrero y que ha sido fundamentada en el deseo de dedicarlos a cuantos, criptografiados o no sus nombres, contribuyeron con su espontaneidad y esfuerzo intelectual al exito alcanzado por esta sección durante el primer aniversario de la fundación y existencia próspera de nuestra revista.

FRAMARCÓN

(TARJETA DOBLE)
N.º 6. NOMBRE Y UN APELLIDO (VERTICAL)
NOMBRE Y DOS APELLIDOS (HORIZONTAL)



Soluciones: ....

N.º 7.
NOMBRE Y DOS APELLIDOS



Solución: ....

"COSMÓPOLIS"
CONCURSO CRIPTOGRÁFICO

Dos de estos CUPONES habrán de acompañarse al pliego de soluciones; uno totalmente pegado por su parte B en lugar de firma, y suelto otro. (Véase la base 2.ª del concurso)

B

LA LABOR DE NUESTRO ANTERIOR CERTAMEN

BASES DEL ACTUAL

En 25 de noviembre, a las doce de la noche, expiró el plazo de admisión de pliegos a nuestro último concurso criptográfico; el 26, a las cinco de la tarde, no obstante el crecidísimo número de pliegos recibidos, celebrábase el sorteo con todas las formalidades del caso, a presencia de los asiduos e inteligentes concursantes D. José María de Soroa, D. Manuel Cano Ruiz, D. Antonio García Cuevas y otros cuyos nombres lamentamos no recordar; minutos después, las cuartillas, cumplimentados todos los requisitos indispensables, salían para Santander, al objeto de ser insertas en el número de diciembre, donde de antemano se dijo aparecería el resultado del certamen y la adjudicación de premios y suscripciones.

La jornada fué dura, abrumadora si cabe para nosotros; pero era promesa, y su cumplimiento un deber; así lo exigía la seriedad que caracteriza a nuestra revista; había que evitar, se evitó y se hubiera evitado, aun a costa de los mayores sacrificios, el que los concursantes, al adquirir aquel número y no ver saldada nuestra deuda, resultaran defraudados en sus esperanzas.

Ahora bien; como, no obstante nuestro buen deseo, ya manifiesto, de publicar estos resultados en el número siguiente al en que el concurso expira, la práctica nos ha hecho ver ciertos inconvenientes que redundan en perjuicio de nuestros concursantes, muy particularmente de los de Baleares y Canarias, hemos creído conveniente, interpretando los deseos de todos, reformar las bases del actual certamen diciembre-enero en la siguiente forma:

1.ª—PREMIOS A OTORGAR.—Serán ocho y consistirán:

PRIMERO.— Hermoso juego de seis lavafrutas en su elegante estuche, valor 100 ptas.

SEGUNDO.— Rico juego de desayuno, compuesto de dos tazones y platos, en su estuche valor 75 ptas.

TERCERO.— Juego de entremeses con cuatro tenedores, también en su estuche, valor 60 ptas.

CUARTO.— Elegante juego de tocador con tres frascos y polvera, en su estuche, valor 40 ptas.

QUINTO.— Estuche con dos hueveras y dos cucharillas, valor 25 ptas.

Estos premios serán adjudicados a igual número de concursantes cuyos pliegos contengan el total o mayor número de soluciones exactas; siéndolo por sorteo en caso de empate o igualdad de condiciones.

Con objeto de que nuestros solucionistas puedan apreciar el valor y positividad de nuestros premios, éstos serán expuestos al público durante los días 15 al 25 del actual enero, en la acreditada casa de esta Corte PLATA MENESES, plaza de Canalejas, n.° 4, despacho único, en donde han sido adquiridos.

SUSCRIPCIONES. Los SEXTO, SÉPTIMO y OCTAVO premios, o de consolación, consistirán en otras tantas suscripciones semestrales a esta revista, las que serán sorteadas entre todos nuestros concursantes, excepción hecha de aquellos que hubieren resultado favorecidos con alguno de los cinco primeros premios.

Estas suscripciones serán enviadas a domicilio y surtirán efecto durante los meses de abril a septiembre, ambos inclusive.

2.ª—ENVÍO DE SOLUCIONES.—El plazo de admisión expirará el 31 del actual, a las doce de la noche; se relacionarán en medio pliego precisamente, escrito por una sola cara en sentido no apaisado, cuidándose de dejar a la izquierda un margen no inferior a dos centímetros que permita su fácil cosido y ordenado acoplamiento y archivo una vez conocido el resultado del certamen. En el sobre y en su parte superior se consignará; CONCURSO CRIPTOGRÁFICO.

Los dos indispensables CUPONES, hechas las salvedades que en ellos se indican, habrán de acompañarse a dichos pliegos, uno totalmente pegado por su parte B bajo la fecha y en lugar de la firma, y suelto el otro para ser utilizado como papeleta en los sorteos.

Un solo pliego no podrá referirse a más de un concursante, con lo que se evitarán olvidos e involucraciones desventajosas para todos.

3.ª—SORTEO.—Será público y tendrá lugar en nuestra redacción el día 7 de febrero, a las cinco de la tarde; conocido el resultado, se participará por correo a los agraciados el premio que les haya correspondido; medio éste de llevar a efecto su extracción sin demora alguna ni esperar al número de marzo, en que habrá de publicarse el resultado del concurso y adjudicación de premios.

IMPORTANTE.—Para tranquilidad de nuestros concursantes y en evitación de juicios desfavorables a la seriedad que caracteriza todos nuestros actos, durante el sorteo, los pliegos numerados correlativamente y la relación-extracto de los mismos estarán, para su examen y consulta, a disposición de los señores que acudan a presenciar dicho acto.

4.ª — RESULTADO DEL CERTAMEN. — Será publicado, juntamente con la lista de soluciones, en el número de marzo, y serán incluídas entre éstas cuantas de conformidad con el enunciado u orientación de los problemas hayan sido facilitadas y admitidas.

5.ª—CORRESPONDENCIA O CONSULTORIO.—Toda ella será dirigida a nombre de FRAMARCÓN y a nuestra redacción precisamente, consignando en la parte superior del sobre la indicación de SECCIÓN CRIPTOGRÁFICA.

6.ª—ENVÍO DE TRABAJOS.—Los agraciados con nuestros cinco primeros premios podrán enviar para su publicación en el número de marzo un trabajo original e inédito, que habrá de ajustarse a las siguientes instrucciones:

A) Será hecho con tinta china negra y sobre papel blanco si fuese ilustrado o por su estructnra precisara fotograbarse.

B) Dicho trabajo será firmado al respaldo por el remitente.

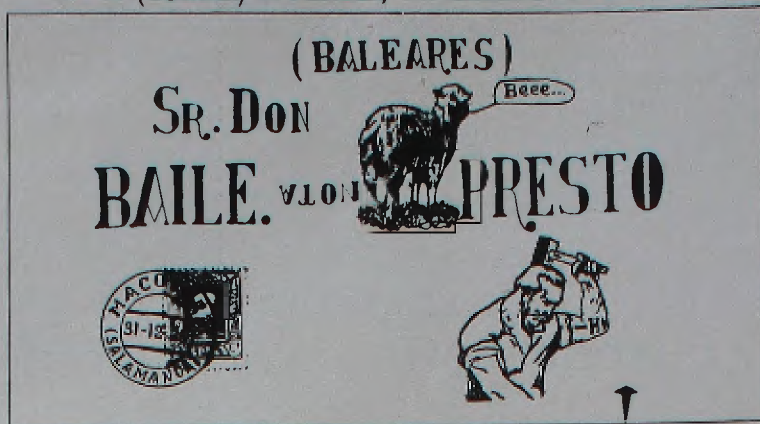
C) Se procurará que el enunciado u orientación séa lo más concisa y breve posible.

D) La solución no excederá de diez palabras y se omitirá al hacer el envío, sin que por ello deje de consignarse en el correspondiente pliego de terminación del certamen; bien entendido que COSMÓPOLIS se reserva el derecho de darla a la publicidad cuando no se ajuste a normas legales.

E) Se concederá como premio una suscripción trimestral gratuita a esta revista al trabajo que obtenga menor número de soluciones.

F) Este original será enviado dentro de los ocho días siguientes a la notificación del premio y se remitirá a nombre de FRAMARCÓN.

N.° 8. (SOBRE) NOMBRE, APELLIDO Y DESTINO



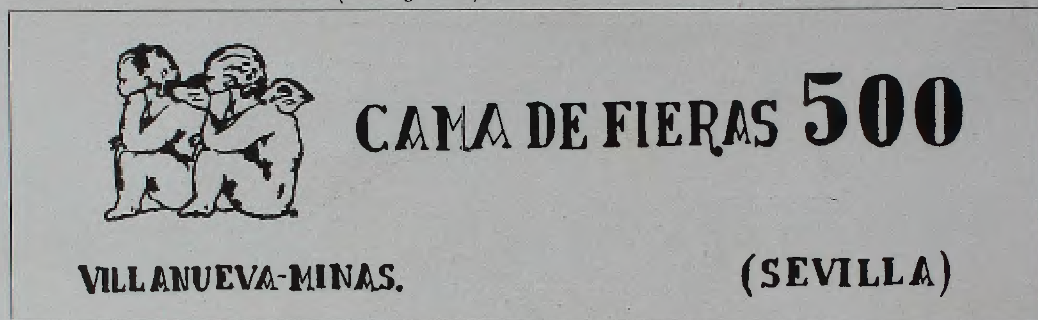
Solución: ....

N.° 9. (TARJETA) NOMBRE Y APELLIDO



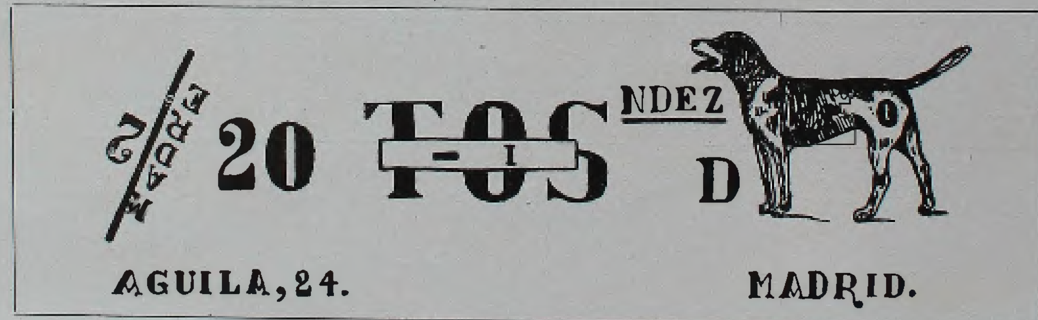
Solución: ....

N.° 10. (TARJETA) NOMBRE Y APELLIDO



Solución: ....

N.° 11. (TARJETA) NOMBRE Y DOS APELLIDOS



Solución: ....

SOLUCIONISTA

NOMBRE: D. ....
PUEBLO: ....
PROVINCIA: ....
CALLE: ....
No. ....
A



Cosmópolis

Precio: 1.75 ptas.

Madrid, Febrero 1929

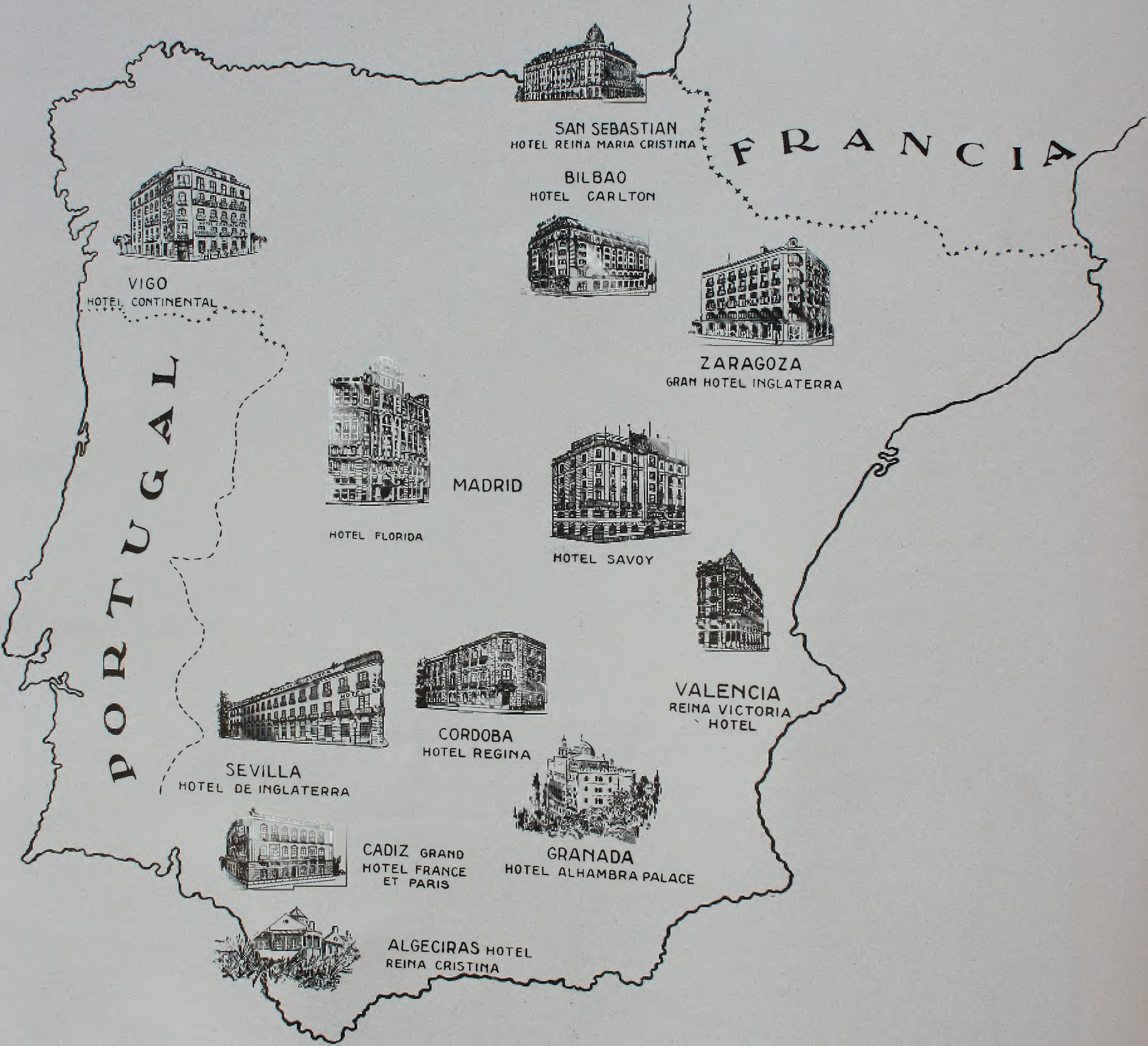








LOS MEJORES HOTELES DE ESPAÑA



Cosmópolis

Redacción y Administración
Alcalá, 44 y 46 (Entrada Marqués de Cubas, 1) Madrid.
Teléfono: 13546 - Apartado de Correos: 490
Dirección telegráfica y telefónica: Cosmópolis

Precio de suscripción:
España y América: un año . . . . . . 19 pesetas
un semestre . . . . 10 pesetas
Extranjero: un año. . . . . . . 25 pesetas

SUMARIO

Extracto del contenido del presente número en tres idiomas

Revista mensual ilustrada
Cosmópolis
Fundador y Director: Enrique Meneses
AÑO 3 FEBRERO 1929 NUM. 15



La repentina muerte de la egregia dama ha producido verdadero sentimiento en todas las clases de la sociedad española.

COSMÓPOLIS se asocia de corazón al duelo nacional, y eleva, respetuosamente, ante las gradas del trono la expresión de su condolencia.

(Foto Franzen)

DOÑA MARÍA CRISTINA DE HABSBURGO, REINA DE ESPAÑA

Nacida en Gross-Seelowitz el 21 de julio de 1858
† en Madrid el 6 de febrero de 1929.

Residencias Campestres

La Quinta "San Fernando" de los Duques de Peñaranda en la isla de Tenerife



Uno de los laterales de la finca, donde puede verse el tejado de corte inglés, que el duque de Peñaranda piensa desmontar en breve, para cambiarlo por uno estilo del país

PAISAJE



Un poco amortiguada se presenta hoy la belleza perenne del valle de la Orotava. Pero no tanto que el espíritu no se sienta halagado inefablemente por la visión maravillosa.

Al correr acelerado del automóvil, parece que se desea más intensamente penetrar en el encanto del paisaje. Se amplían los párpados, se dilatan las pupilas, se abren de par en par todas las puertas del alma, por lo mismo que es más fugaz la contemplación.

La gaya policromía del valle se ofrece a nuestros ojos deslumbradora. Al compás desordenado de la velocidad, los millares de casitas que pueblan la extensa explanada semejan diminutos cuadros multiformes y multicolores que un artista loco y caprichoso fué pintando a diestro y siniestro, en una ilusa embriaguez de creación. Al fondo, saludando con su blanca sonrisa espumeante al Puerto de la Cruz, aparece el coloso Atlántico, como una inmensa ballena de lomos verdiazulados recamados de bruja pedrería, que reverberan en irisaciones magnificentes al chocar con los rayos solares. ¡Qué pena que el cielo no esté limpio, terso, diáfano, para que el concierto armónico de los elementos naturales se hallasen en perfecto diapasón!...

En este paisaje de maravilla se encuentra situada la quinta «San Fernando», residencia campestre de los duques de Peñaranda.

SIMPATÍA

Ya estamos en ella. Y ya estamos ante sus propietarios. Y una corriente de simpatía se desparrama en nuestro derredor.

Los duques de Peñaranda se han traído este año grata compañía: sus primos, los marqueses de Pons, que se hallan en los primeros meses de matrimonio. ¡Bien han sabido los marquesitos escoger el nido para transplantar su idilio!...

Al escuchar el nombre de COSMÓPOLIS, los duques de Peñaranda aceptan gustosísimos. Y mientras el fotógrafo se adentra por los jardines en busca de paisajes, en una de las terrazas de la finca formamos tertulia cordial.

ELOGIOS

Y el duque y la duquesa, y la marquesa y el marqués, van deseslabonando férvidamente una gran cadena de elogios para Tenerife.



Vista parcial de la quinta «San Fernando» en el valle de la Orotava (Tenerife)

RESIDENCIAS CAMPESTRES

el efecto de mis palabras, dichas bromísticamente, porque la duquesa de Peñaranda se defiende.

—Y para todos. Para todo el mundo. Es algo sorprendente, sin igual.

—¡Lástima que no sea debidamente conocido!...—se duele el marqués de Pons—. Pero es que no hay propaganda, no hay *réclame*. Y el refrán del paño y del arca ya no se cotiza. Actualmente hay que lanzarlo todo al rostro del mundo para que éste se dé cuenta y se interese. Existen muchas competencias. Pero no habría ninguna capaz de resistir la de Tenerife.

—¿Han recorrido ustedes el valle?

—Todo. Y hemos subido hasta el final de la carretera, en la montaña. ¡Aguamansa!... ¡Qué magnificencia!... Crea usted que da pena que todo eso se desconozca. Hay que obligar al turismo a darse un paseo hasta aquí.

—Pero para eso es necesario dar comodidades—indica el marqués de Pons—. Tenerife tiene dos formidables veneros de riqueza: su clima y sus paisajes. Hay que ponerlos al alcance de los potentados. ¡Esa carretera al Teide!... ¿Para cuándo la dejan? Si la ascensión al apagado volcán fuese fácil, el Teide sería una mina de oro... ¡Y Vilaflor, y las Cañadas, y el Monte de las Mercedes, y el de la Esperanza, y tantos sitios!... Pero, sobre todo, el clima.

—Crea usted que estoy asombrado—dice el duque de Peñaranda—. En ninguna parte del mundo he encontrado este clima maravilloso de Tenerife. Es realmente encantador.

—Es verdad—ayuda la marquesita de Pons—. Esto es delicioso.

—Sobre todo para ustedes, ¿no?—añado yo, maliciosamente—. ¡En plena luna de miel!... No puedo observar



El duque de Peñaranda en un rincón de los jardines de su finca.



Los duques de Peñaranda, con sus primos los marqueses de Pons, posando para COSMÓPOLIS en una de las terrazas de la quinta «San Fernando».



La residencia.

PROYECTOS

—Ustedes—deslizo yo, indiferentemente en apariencia—podrían dar principio a esa campaña de divulgación.

—Y lo hacemos con mucho gusto. Ya ve usted—dice el duque—. El año pasado vinimos solos mi mujer y yo. Este año hemos traído a nuestros primos. Y en el próximo invitaré a alguno de mis amigos para que conozcan la isla.

—Por mi parte—explica el marqués de Pons—, en el Patronato Nacional del Turismo, del cual soy vicepresidente, hablaré y haré todo lo posible por que Tenerife sea conocido como merece. Desde luego que aquí queda mucho por hacer. Las corrientes turísticas mundiales son muy exigentes. No se deslumbran sólo por el clima, con ser un poderoso motivo de deslumbramiento. Desean muchas comodidades. Y aquí está esto medianamente, por desgracia. El aspecto hotelero que ofrece Tenerife, en relación con el turismo mundial, es pésimo. No hay un gran hotel verdad. Y hace falta construirlo. Hoteles y comunicaciones: he ahí lo primero que debe acometerse. ¡Esa carretera al Teide!...—repite el marqués de Pons.

REALIDADES

El fotógrafo está de vuelta. Y regresa contentísimo de la excursión paisajística.

Volvemos a la realidad.

La duquesa de Peñaranda coge a *Sol*, su perro favorito, y le dice que lo van a retratar. *Sol*, como un niño bien educado, se queda

quieto, quietecito en los brazos de su dueña, mientras su compañero lo mira desde el suelo sorprendido, y acaso... acaso con un poco de envidia.

El fotógrafo ha disparado. Y *Sol*, avezado ya a esos disparos, ha saltado de los brazos de la duquesa y ha iniciado una carrera juguetona por la terraza.

ENVÍO

Señor duque de Peñaranda: Por sus extensos conocimientos de tierras y mares y por su posición social, usted puede hacer mucho en favor de Tenerife.

Señor marqués de Pons: Por su elevado cargo en el Patronato del Turismo, usted se halla en el lugar más adecuado para favorecer a esta isla.

Señoras duquesa y marquesa: Yo sé que ustedes, tan bondadosas, tan delicadas de espíritu, tan enamoradas de lo bello, divulgarán entre sus amistades las bellezas de la tierra tinerfeña y les inducirán a visitarla.

A todos ustedes, con mi reconocimiento por sus amabilidades y cortesías, este íntimo deseo: ¡Hacer justicia a Tenerife, bello y pintoresco!... Los isleños lo agradecerán eternamente.

Y yo, aunque soy nacido y criado en el corazón de la Península, les envío desde ahora mi fervorosa gratitud.

LUIS ALEJANDRO

Tenerife, 1928.



Los jardines. Fotos Enrique Martín.

Durante el pasado mes...



(Foto Marín.) *Pepita Samper*



Juan Ignacio Luca de Tena

VERIFICÓSE el fallo del Concurso de Belleza que, patrocinado por nuestro fraternal colega *A B C*, se ha celebrado en Madrid para designar a la representación de España en el Concurso Internacional reunido en París.

El Jurado, compuesto por los ilustres artistas Benlliure, Benedito y Cadenas, otorgó muy justamente su voto en favor de la señorita Pepita Samper, representante de la región valenciana, y merecedora en alto grado, por su belleza, de distinción tan honrosa.

En Zaragoza y con éxito resonante se estrenó una nueva comedia, original del joven autor Juan Ignacio Luca de Tena, titulada *Las hogueras de San Juan*, a la que la compañía Guerrero-Mendoza dió una lucida interpretación.

Los actores madrileños dieron la nota culminante celebrando una fiesta simpática y emotiva en el teatro del Centro, patrocinada por el Montepío de Actores, en la que, después de una exquisita representación teatral, cuyos papeles corrieron a cargo de las primeras figuras de la escena, Rosario Pino entregó a D. Jacinto Benavente la corona de laurel, en oro y plata labrada, que éstos le dedican como tributo de respeto y admiración.



Rosario Pino entrega a D. Jacinto Benavente la corona de laurel de plata que regala el Montepío de Actores al ilustre dramaturgo (Foto Marín.)

¡Desde hoy...!

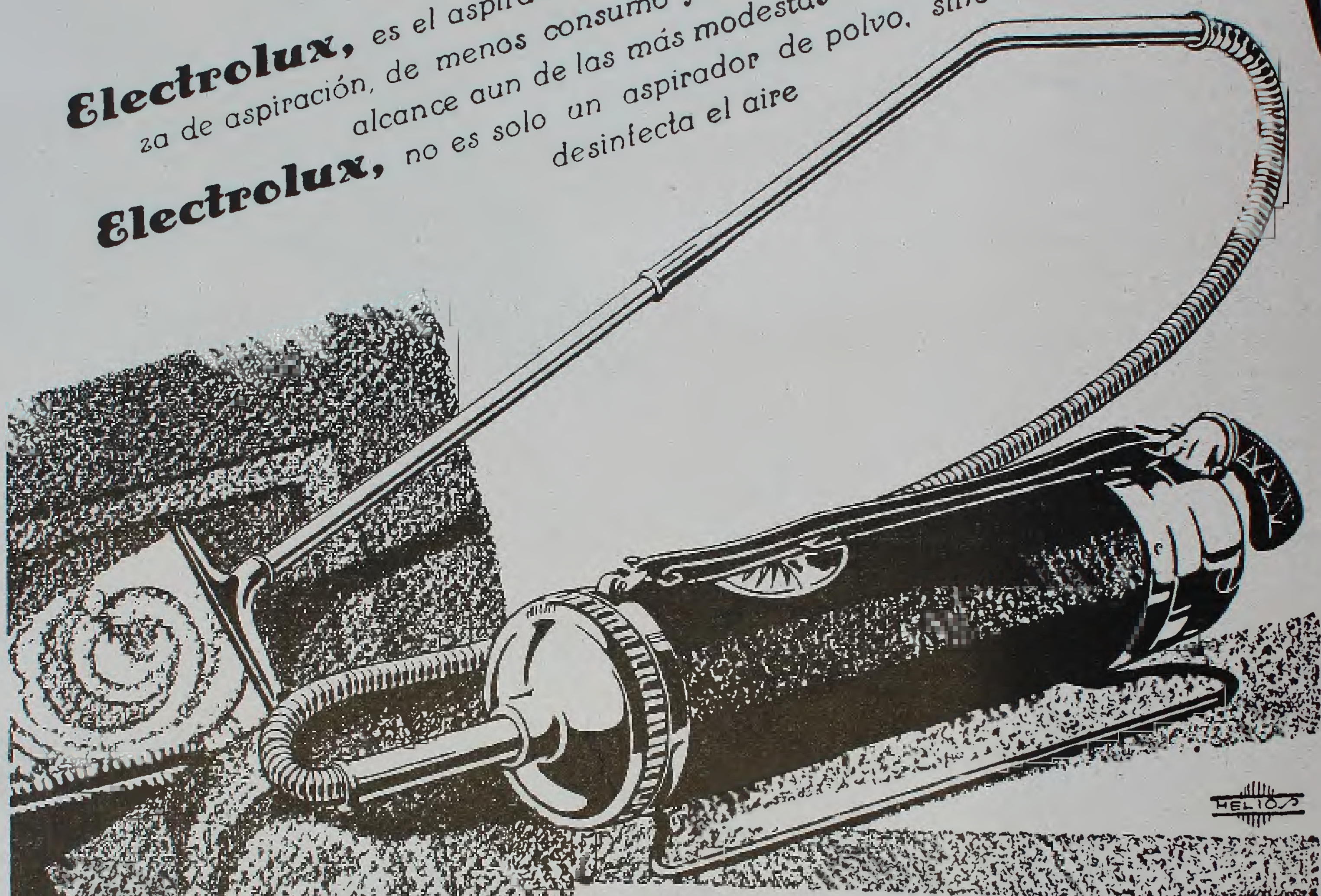
deja de ser un lujo poseer un aspirador de polvo.
Deseche usted las escobas y demás artefactos antihigiénicos de limpieza.
Por poquísimo dinero puede usted adquirir un

Electrolux

en su último modelo

Electrolux, es el aspirador de polvo más perfecto, de mayor fuerza de aspiración, de menos consumo y de mejor resultado, estando al alcance aun de las más modestas fortunas.

Electrolux, no es solo un aspirador de polvo, sino que también desinfecta el aire



Electrolux, S. A.

Avenida Pi y Margall, 8
(Edificio del Teatro Fontalba).
Teléfono 14770. **Apartado 627.**

Exposición:
Avenida Pi y Margall, 9.-Teléfono 16.302
(Frente a Madrid-Paris)

Madrid

Barcelona Rambla de Cataluña, 75
Bilbao Astarloa, 5
La Coruña Calle Real, 21
Oviedo San Antonio 3
San Sebastián Av de la Libertad, 28
Sevilla Salmerón, 17
Valencia Lauria, 17
Gran Canaria Las palmas. Obispo Codina, 1



(Clisé Fotocolor.)

La señorita María Miniaty, hija de los condes de Miniaty

EL GOLF CLUB DE MANDELIEU
(CANNES)

Vista del «green» número 11



Mr. y Mrs. Lasell en el momento del «putting»



EL GOLF CLUB DE MANDELIEU (CANNES)





El agujero número sexto, uno de los más interesantes del recorrido



Jugadores atravesando el río para trasladarse del agujero número 2 al 3



Grupo de jugadores en el «tee» del número 1

Fotos Sport y General



Las hijas de los condes de Torrubia

(Foto Ibero-Fotocolor)

En el Real Club de Puerta de Hierro

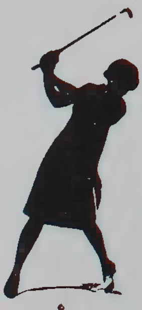
LAS PARTIDAS DE GOLF



Su majestad la reina D.ª Victoria con sus augustas hijas, durante un descanso en el deporte.



África Carvajal y Candy Santos Suárez.



EN EL REAL CLUB DE PUERTA DE HIERRO

LAS PARTIDAS DE GOLF



El marqués de Laurencín y D. Gonzalo Creux.



Sara y María Benicarló.





El marqués de Portago y D. Tomás Chávarri.



D. Gonzalo Creux, marqués de Villaricho y conde de la Cimera, con el profesional «El Hojalata».

Un grupo de aristocráticos espectadores de las partidas de golf.



La marquesa de Triano y Mme. Andrée.

Fotos Marín.

MONTERÍA REGIA EN MORATALLA







Arriba, a la izquierda: S. M. el rey, conversando con el marqués de Viana, antes de emprender una batida; a la derecha, S. A. R. el infante D. Alfonso, contemplando, en unión de otros aristocráticos cazadores, las reses cobradas durante uno de los ojeos.

En el semicírculo del centro: los marqueses de Viana, propietarios de la espléndida finca en que se verificó la montería, disponiéndose a ocupar sus puestos, al comienzo de una de las batidas en que tan brillantes resultados se obtuvieron.



Las jaurías y los perreros, después de un ojeo, descansan de las fatigas pasadas

(Fotos Montilla)

Gran Mundo



Con ocasión de su fiesta onomástica, S. M. el rey ha concedido el título de marqués de Luca de Tena al Excmo. Sr. D. Torcuato Luca de Tena, director de Blanco y Negro *y* A B C. *La merecida distinción con que D. Alfonso ha premiado los relevantes servicios prestados a la Patria por el insigne creador de Prensa, nos honra a todos los periodistas, y* COSMÓPOLIS *quiere expresar su más sincera felicitación al marqués de Luca de Tena y a cuantos trabajan en Prensa Española.*

una manía

NOVELA CORTA ORIGINAL DE JOAQUÍN BELDA



Ha comido usted bien?

—¡Hombre, por Dios! ¡Vaya una pregunta!

—Hoy día éste es el sitio de Madrid en que mejor se come.

—Yo creo.

Estábamos en el *grill* del hotel... un rincón de Madrid que recordaba otros varios de Europa, donde la gente era tolerante y el comer una cosa seria y bien cuidada.

—¿Querrá usted ahora una copa de coñac?

—Si usted me la ofrece...

Daniel pidió coñac y cigarros; con su maestría de fumador contumaz eligió dos... y al ofrecerme uno de ellos me dijo:

—Éste es el mejor tabaco del mundo.

—De acuerdo—le repliqué—: yo, en la Habana, no fumaba otra cosa.

—¿Estuvo usted mucho tiempo en la Habana?

—Unos seis meses.

—¿Y conoció usted allí a mucha gente?

—Bastante. Hay que tener en cuenta que aquél es el país más acogedor del mundo.

—Entonces, conocerá usted a aquella muchacha que hay en la mesa del rincón, junto al ventanal.

Daniel Leguía, con todo disimulo, señalaba con la punta de su cigarro recién encendido hacia una mesa ocupada por dos damas y dos caballeros; la señal era tan discreta, que aunque los interesados nos hubieran estado mirando en aquel momento no se habrían dado cuenta de nada.

—No veo en esa mesa más que dos sombreros de señora.

—Espere un poco; ahora miran para acá. Yo me refiero a la del lado de allá, a la que está más cerca de la calle.

—¿Quién es?

Pero antes de que mi amigo pudiera contestarme me contestó la interesada volviendo la cabeza al centro del salón.

—¡Atiza! Pero...

Debí poner un rostro muy raro, abrir la boca de un modo grotesco, ¡qué sé yo! Lo cierto fué que mi amigo Daniel se me quedó mirando y me preguntó:

—¿Qué le pasa a usted? Se ha puesto pálido.

—No... si es que...

—Pero si apenas puede usted hablar.

Mi amigo Daniel Leguía es un muchachote listo, por eso es amigo mío; la amistad con los tontos me ha parecido siempre sumamente peligrosa. Su clarividencia le hizo ver al momento la causa de mi balbuceo y de mi palidez.

—¡Caramba!—dijo, mundano y bonachón—, si llego a presumir el efecto que la vista de esa muchacha le iba a producir no le digo nada. Está usted a punto de echar a perder su primera digestión.

Bebí un sorbo de coñac.

—Amigo Daniel, ¿usted conoce a esa mujer?

—Me la presentaron la semana pasada en casa de unos amigos.

—Y ¿sabe usted si hace mucho tiempo que está en Madrid?

—A mí me hablaron de ella como recién llegada de su país. Es una muchacha de una de las mejores familias de la Habana.

—No; muchacha, no: es casada.

—¡Ah! ¿sí? Pues no lo parece. Verdad es que ahora las casadas jóvenes y las muchachas solteras no se distinguen en nada.

—Ésta, más que otra cosa, es una chiquilla.

—Según eso, usted la conoce bien.

—No tanto como yo siquiera; pero, sí, señor, la conozco.

Y para confirmar mis palabras, la linda cubanita se alzó de su asiento, cruzó decidida la sala del *grill* y vino a nuestra mesa.

Como el trayecto era relativamente largo me dió tiempo para decir por lo bajo a mi amigo:

—Prepárase usted a todo: incluso a que empiece a bofetadas conmigo.



ILUSTRACIONES DE PREFIRRER

UNA MANÍA

—Ah, sí...

No fué para tanto.

La joven, risueña—nunca está más guapa una cubana que cuando se ríe—, saludó primero a mi amigo.

—Felices, señor Leguía; ya ve que recuerdo su nombre, aunque sólo una vez nos hemos visto.

—Es verdad.

Obedeciendo a un impulso de cortesía, nos habíamos puesto los dos de pie para recibirla.

—Y usted—esto iba por mí—, ¿cómo está en Madrid?

—Poco más o menos como usted, Amelia: de recién llegado.

—¡Ah!... pero siéntense, ¡por Dios!

—Fué inútil que quisiéramos hacerle sitio en el diván contra el muro, como asiento preferente y más cómodo.

—No, no; sigan en sus puestos, yo me marcho en seguida; me esperan mis amigos. He venido sólo por tener el placer de saludarles.

Y se dejó caer en una de las sillas que había al otro lado de la mesa.

—Unos minutos nada más.

Guapa, muy guapa, de rostro moreno y ojos enormes, ojos verdaderamente tropicales, Amelia Sanz de Uribe, señora, o mejor dicho, ex señora de Wilson, era físicamente una niña grande. Moralmente ya se verá más adelante lo que era.

De niña tenía la configuración general del rostro, de niña la voz, de niña los ademanes, pero éstos no de niña mimada y empalagosa, sino de criatura resignada que ha empezado muy pronto a darse cuenta de las cosas.

—Me dice mi amigo que es usted casada. ¿Cómo es eso posible?

—Sí, señor; casada y divorciada. Aquí su amigo—por mí—sabe mi historia como la sabe todo el mundo en la Habana. ¿No se la ha contado?

—No, Amelia, todavía no; no he tenido tiempo.

Se me quedó mirando, ahora sin reír.

—¿Desde cuándo no nos hemos visto nosotros?

—Tres años va a hacer muy pronto. En la Habana.

—¿Se acuerda?

—De todo.

—¡Qué memoria!



Unas cuantas frases más de poca sustancia, y la dama cubana se despidió de nosotros. Al tenderme su mano me dijo:

—Y no deje de contarle mi historia aquí al amigo Leguía. Puede que le sirva para una de sus novelas.

He olvidado decir al lector que Daniel Leguía era novelista, y de los buenos.

Yo llamo buenos a los que para escribir una novela se inspiran en su propia vida y la doran convenientemente para servírsela al lector.

* * *

—¿Pero es posible que esta mujer tan joven tenga ya su historia?

—¡Bah! No hay que exagerar. Eso que ella llama su historia no es más que un episodio bastante banal. Juzgue usted: hace cuatro años llegó a la Habana un boxeador norteamericano llamado Wilson, como el difunto presidente de su país; era un hombre relativamente famoso, y acudía a la capital de Cuba a reñir un combate con uno de los mejores boxeadores criollos. La Habana es una ciudad donde la actualidad tiene un gran precio, y el tal Wilson tardó poco en ponerse a la moda; ayudó a ello su espléndida figura de hombre. La noche del combate, Amelia, esta señora a quien acabamos de dejar, y que entonces no era más que señorita, ocupaba un palco en compañía de otras amigas; se hablaba, como era natural, del boxeador Wilson, y de pronto la señorita Amelia dijo a las otras: «¿Os apostáis algo a que me caso con él?»

—¿Lo dijo en broma?

—Como tal lo tomaron las demás; pero ella se formalizó y se hizo la apuesta de no sé qué cantidad. Lo curioso fué que a los quince días de aquello, en la iglesia más elegante de la Habana se celebraba el matrimonio de la señorita Amelia Sanz de Uribe con *míster* Wilson, boxeador de profesión; al día siguiente, el matrimonio marchó a los Estados Unidos. Y a los tres meses volvió ella sola a la Habana. El matrimonio se había separado. Como ve usted, querido Daniel, la cosa no es ninguna hazaña de Hércules.

—Hombre, no está mal; esa boda, efecto de una apuesta...

—Sí, pero, de todos modos, la historia de esta muchacha no es como para pasar a la Historia, con mayúscula.

—Y ¿por qué se separaron?

—Parece que fué porque ella le daba a él unas palizas terrible.

—¡Al boxeador!

—¡Claro! Esa damita, peso mosca como usted habrá visto, llegó una noche, en un café pintoresco del barrio judío de Nueva York, a herir seriamente en la cabeza a su marido con un plato sopero.

—Y el hombre, claro, no estaba acostumbrado a aquellos golpes.

—Así era: a él no le habían pegado nunca más que con guantes.

Daniel me llevaba en su coche, camino de Chamartín de la Rosa, donde yo iba a rendir visita a un amigo.

—Este coche no lo tenía usted antes—le dije.

—Lo he comprado hace un mes: el otro, el que usted me conoció en Biarritz, lo he vendido, y, cosa rara, lo he vendido bien. Cuando se trató de comprar uno nuevo me quedé con éste, porque me he convencido que no hay coche como él. Cada día aparece en el mercado una marca nueva: todos hablan de sus excelencias y de sus buenas condiciones, pero a mí la experiencia me dice que donde está el mío los demás coches, más tarde o más temprano, hacen un poco el ridículo.

Pero esto no era más que un inciso en nuestro diálogo; el nombre de *ella* volvió a aparecer en seguida.

—¡Vaya con Amelia!—dijo Daniel—. Y usted la conoció allá...

—Cuando yo la conocí ya se había separado de su marido y hacía una vida muy independiente, pero de una gran formalidad en el fondo. Ya me habían contado también la historia del plato sopero.

—Y usted, aun sabiéndolo...

Daniel Leguía era un hombre discreto, como lo son, por lo general, todos aquellos a quienes una indiscreción ajena ha proporcionado graves disgustos en su vida. Había un detalle de su indumentaria muy significativo: llevaba siempre, ¡siempre!, corbata negra, y cuando alguien, ingenuamente, le preguntaba el porqué de su luto parcial, contestaba invariablemente:

—Es una costumbre antigua que tengo.

Yo sabía—como sabían algunos otros—el porqué de esa costumbre: nunca le había hablado de ello. Daniel tenía un luto en su vida y lo tendría siempre: le llevaba oculto y callado en su alma. El único signo exterior era ése de la corbata negra.

Ahora, aunque su curiosidad era lógica, no me había preguntado,

UNA MANÍA

ni me preguntaría—estaba seguro de ello—, qué había entre aquella mujer y yo. Por lo mismo, me creí en el caso de premiar su discreción, y así le dije:

—Le aseguro que esa señora no ha sido más que amiga: amiga en el sentido más honesto del vocablo.

—Confieso, entonces, que me he equivocado.

—Ya sabe que soy incapaz de engalanarme con adornos que no me pertenecen. No sólo no ha habido entre nosotros más que amistad, sino que yo nunca me he enamorado de ella: vamos, eso que llama la gente enamorarse, que yo, en concreto, no sé lo que es.

—Me he colado. Al ver la cara que usted ponía cuando se la descubrí en el comedor, me dije: aventura tenemos: aventura pasada, si usted quiere, pero "aventura" al fin.

—Aventura sí hubo, pero no en sentido amoroso. Desde luego, su presencia en Madrid me aterra; es la mujer con la que tengo más miedo de encontrarme a solas.

—¿Es peligrosa?

—En el fondo, es más infeliz que un pliego de aleluyas; pero yo la temo más que a un nublado. En otra ocasión le contaré por qué.



Habíamos llegado a casa de mi amigo, y me despedí de Daniel.

* * *

Pasaron dos días. En la noche del segundo me encontraba yo en un palco del teatro Fontalba con unos amigos. Era estreno y el teatro estaba abarrotado de público.

Un poco antes de terminar el segundo acto—la obra tenía cuatro—llamaron a la puerta del palco. Salí yo a abrir andando de puntillas.

Ante mí había un sujeto, mezcla de chofer elegante y de portero de casa grande, el cual, con la gorra en la mano y todo finezas, me dijo:

—Que tenga usted la bondad de bajar, que le esperan abajo unos señores.

Por si había confusión, creí necesario aclarar.

—¿A mí? Pero ¿usted sabe quién soy yo?

Dió mi nombre y apellido con toda exactitud; no había duda posible:

—Bueno, ahora voy.

Tenía yo la pretensión de esperar a que terminase el acto; pero no habían pasado dos minutos cuando el hombre de la gorra majestuosa volvió a llamar.

—Perdone el señor, pero me han dicho que bajara usted cuanto antes.

Salí tras él.

—Debe el señor tomar el abrigo y el sombrero, porque es en la calle donde le aguardan.

Lo hice así y, antes de llegar al vestíbulo, pregunté a mi guía:

—Y ¿quiénes son esos señores?

—El nombre no me lo han dado: dicen que son unos amigos del señor.

Me pareció una impertinencia sacar a un sujeto de un teatro como no fuera para cosa muy grave. ¿Acaso alguna cuestión de honor? Pero, si era eso, ¿por qué habían pensado en mí, que sólo en dos ocasiones de mi vida he figurado como comparsa de uno de esos llamados lances...?

Ya en la calle, el hombre su cubrió con la gorra y me rogó que le siguiera. Al aire libre identifiqué su condición social: era un chofer de lujo, no era un portero del teatro, como yo había creído.

—Pero ¿dónde están esos señores que me buscan?—le dije, ya un poco impaciente.

—¿Quiere el señor venir por aquí?

Y me llevó a una de las calles laterales del suntuoso edificio del Fontalba.

Yo, cada vez más cargado, estaba firmemente decidido a no pasar de la esquina, que se veía al fondo, de la calle del Desengaño; si antes de llegar a ella no me tropezaba con mis amigos incógnitos, me volvería al teatro.

No iba a ser fácil el tal tropiezo, porque en la calle, a la vista, no había nadie. Sólo a la mitad de ella, parado al borde de la acera

UNA MANÍA

izquierda, había un auto con las luces encendidas.

Pero fué precisamente la puerta de ese auto la que mi guía abrió, mientras me decía:

—¿Quiere subir el señor?

Ya iba a decir que no, cuando del interior del coche salió una vocecita que decía:

—Suba, suba que nos vayamos pronto, hace frío aquí.

—¡Amelia!

La conocí en la voz, pues la cara apenas se le veía. Con la manita enfundada en blanco, me confirmaba la invitación de sus palabras.

Subí. Lo contrario habría parecido una cobardía.

—Dígale al mecánico dónde vamos. Donde usted quiera; no piense que le voy a secuestrar.

—¿Donde yo quiera?

—Claro, chico.

Asomé la cabeza por el cuadro de la puerta, abierta aún: el mecánico, discreto, ocupaba ya su puesto al volante.

—¡¡Al Escorial!!

El rugido y el portazo debieron oírse en el Alto del León.

¿Por qué dije al Escorial? Nunca lo he sabido.

Sólo tres veces, desde que nací, he estado en el pueblo que eligió Felipe II para alzar un monumento al tedio; esta vez sería la cuarta.

Dije «¡Al Escorial!», como podía haber dicho «A Pekín» o «A la porra». Fué una cosa de rabia instintiva: me pareció que El Escorial, en esta noche de la mitad de noviembre, en que el frío hacía ya algo más que apuntar, debía ser un lugar de tormento.

Ya el coche en marcha hice un esfuerzo para no hablar. Prefería que fuese ella quien me diese la explicación de todo aquel absurdo. En efecto, viendo mi silencio, no tardó en romperle.

—¿Qué me cuentas, hombre?

—Ya lo ves: nada.

—No esperabas que yo viniera a buscarte.

—Ni lo esperaba ni me lo explico.

—El otro día, delante de tu amigo, nada pudimos decirnos.

—Pero... ¿es que nosotros tenemos que decirnos algo? Yo, por mi parte, no.

—Pero yo sí. ¿Crees que he olvidado tu fuga de la Habana? Ya sé que te contaron una porción de chismes, y que tú, en vez de averiguar si eran verdad, preferiste salir huyendo. ¡Qué bobo! ¡Creías que nunca más íbamos a vernos! Ya ves que el mundo es chico.

—Sí, pero aquí no te temo: aquí estoy en mi casa.

—Ni allí tampoco tenías por qué temerme. Ya te lo he dicho: te llenaron la cabeza de mentiras. Y con esas mentiras consiguieron lo que se proponían.

—¿Qué se proponían?

—Que tú y yo dejáramos de ser buenos amigos.

Todas estas incongruencias, dichas con ese delicioso acento cubano, que resulta encantador hasta en los hombres—¡en las mujeres es simplemente un canto de sirena!—, iban revolviendo de una manera suave el mundo de mis recuerdos.

¡Qué mecanismo más simple es el de nuestra memoria! Una palabra, la estela de un perfume, el tono de una voz, bastan para despertar a veces episodios enteros de nuestro pasado; se diría que todo él vive en nosotros a flor de piel y que basta un simple arañazo para hacerlo vibrar.

Yo ahora, escuchando las palabras de Amelia, evocaba mis tiempos de la Habana, cuando la conocí, cuando íbamos juntos a muchos sitios, cuando todavía creía en ella como en una amiga ideal.

—Tenga cuidado, es una loca; no quiere más que divertirse—me decían muchas y muchos, a manera de advertencia leal y al vernos tan unidos.

Yo agradecía el aviso, pero me reía mucho por dentro. ¡Y a mí qué que sea así!—me decía—. Para lo que yo la quiero, mejor que así sea. No hay idea de lo que se simplifican las cosas entre un hombre y una mujer cuando, tácitamente, se suprime entre ellos la palabra amor.

Yo había encontrado—creía haber encontrado—algo que, para un viajero de paso, como era yo en la Habana, tiene un valor inapreciable: un amigo leal; y si este amigo llevaba faldas en vez de pantalones, tanto mejor.

Todo no ha de ser la juerga y eso que los paletos internacionales llaman la aventura amorosa. Aunque no sea más que para descansar de esto, bien está lo otro.

—Di algo, hombre—me decía ella ahora, un poco impaciente ante mi silencio.

—Pero si es que no tengo nada que decir.

—Por lo menos contesta a lo que te pregunte.

—Venga de ahí.

—¿Por qué te marchaste de la Habana de aquel modo grosero, imprevisto, sin decir nada?

—Tú lo sabes mejor que yo.

—No, yo no lo sé; me lo figuro nada más.

—Pues con eso debe bastarte.

—¿Qué tienes que echarme en cara? ¿No te recibí en mi casa como si fueras de mi familia? ¿No comiste en ella más de veinte veces?

—Y muy bien, por cierto.

—¡Déjate de boberías! ¿Y los secretos que te confié?

—Guardados los tengo; pero conste que eran secretos que conocía mucha gente en la Habana.

—Todos, no.

Habíamos pasado ya la estación del Norte y las dos ermitas gemelas de San Antonio de la Florida. El coche, al verse fuera de la ciudad, aumentó su marcha: salvo accidente, estaríamos en El Escorial relativamente pronto.

—Bueno; y ¿qué vamos a hacer cuando lleguemos al Escorial? —pregunté yo.

—Tú sabrás. La idea ha sido tuya.

—Volvernos.

—Eso sí que no. Pasaremos la noche allí.

—¿Pasaremos?

—Naturalmente. No vas a dejarme sola.

Nuestra conversación por el camino fué, en realidad, el desarrollo de un solo tema: ella quería saber qué era lo que a mí me habían contado en la Habana y que, por su gravedad, había sido causa de mi huída. Yo no quería decírselo, y me entretenía en el divertido juego de excitarla con medias palabras para que ella misma lo declarase, claro que con una fingida indignación.

Después de la media noche llegamos al Real Sitio de San Lorenzo. Dí al mecánico el nombre y la dirección de un buen hotel, que yo conocía, más que nada, de oídas.

Estaba cerrado, pero quedaba un empleado de guardia.

—¿Los señores desean una habitación?

—No, dos—me apresuré a decir.

—Dos, naturalmente—confirmó Amelia.

El empleado quiso que llenásemos la hoja de llegada antes de subir a acostarnos.

Ya me disponía yo a hacerlo con toda lealtad, cuando ella, dirigiéndose al empleado, pero sin duda para que yo lo tuviera en cuenta al escribir, dijo muy seria:

—El señor es mi padre.

* * *

A la mañana siguiente me levanté relativamente temprano y me fuí a dar una vuelta por los alrededores del Monasterio.

Hacia frío y el sol no se había dignado aparecer.

Yo estaba en un estado de ánimo imposible. Me parecía estúpido cuanto había hecho y dicho la noche anterior desde que salí del teatro Fontalba. Y ahora mismo sentía impulsos de bajar a la estación y tomar el primer tren que pasase para Madrid, o para donde fuera; no lo hacía, porque sabía que con aquella mujer las fugas eran inútiles.

Volví al hotel. La camarera del piso me dijo, sin que yo nada le preguntase:

—La señorita está en el baño.

—Bueno—le repliqué.

Pero tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no contestarla: —¡Y a mí qué me importa!

A la una bajamos a almorzar *mi hija* y yo; en el comedor había unas quince personas.

No recuerdo un almuerzo más triste. Y bien sabe Dios que no lo digo por unos lenguados en salsa Mazzantini que nos sirvieron como segundo plato, aunque no deja de ser triste que en un día de frío

UNA MANÍA

como el que hacía, y cuando la mayoría de los comensales tiritaban por un funcionamiento arbitrario de la calefacción, el único que no estuviera fresco en el local fuera el pescado.

—Supongo que ahora nos marcharemos—dije a los postres.

—Como tú quieras.

Después de pagar la cuenta y al entrar en mi habitación para lavarme las manos oí que la camarera decía a Amelia:

—Tiene usted un padre muy joven.

¡Menos mal! Creo que fué lo único agradable que oí en toda aquella excursión.

—¿Dónde vamos?

—No lo dejes a mi elección, porque le digo al mecánico que tire hacia Burgos.

—Bueno, bueno, ¡salvaje!, nos *regresaremos* a Madrid.

El viaje de vuelta fué tan divertido como el de ida; pero ahora resulté yo triunfador. Ante mi silencio, o mis respuestas monosilábicas, Amelia claudicó.

—¡Vaya!—me dijo cuando ya nos acercábamos a la corte—. Si te pregunto una cosa, ¿me prometes responderme la verdad?

—Claro que sí. Así lo he hecho siempre.

—Lo que te hizo marcharte de la Habana fué que te dijeron que yo me había apostado dos mil pesos a que me casaba contigo, como me casé con Wilson; ¿no fué así?

—Así fué.

—¿Y tú lo creiste?

—Como que fué verdad.

Estuvo un rato callada, y al fin dijo:

—Pues sí que lo aposté. Pero fué por divertirme.

* * *

Me separé de Amelia a la puerta de mi hotel. No la he vuelto a ver. ¡Y en buena hora lo diga!

Al día siguiente adopté la precaución de cambiarme de hospedaje; pero conste que no fué este cambio la razón de que no haya vuelto a encontrarme en presencia de... *mi hija*.

Fué que...

Había pasado una semana desde el viajecito al Escorial.

Daniel Leguía, a quien no había visto desde la tarde en que me llevó con su coche a Chamartín, vino a buscarme para llevarme a comer a la Peña.

Entramos en el simpático Círculo de la Gran Vía, dejamos abrigos y sombreros en el guardarropa, nos encaminamos al comedor... pero en el comedor había un banquete: una fiesta con que la Peña obsequiaba a uno de sus socios que acababa de ser agraciado con un alto cargo.

—¡Caramba! Hemos llegado en un mal momento, porque no es cosa de sumarse al banquete: no podríamos charlar y sería muy aburrido.

Tampoco era cosa, como observó muy sagazmente Daniel, de sentarse en una de las mesitas que habían quedado instaladas aparte para aquellos socios que no se sintieran con ánimo de banquetear. Era violento, y habría parecido un desaire para el homenajeado.

Lo prudente era marcharse a la calle.



Así lo hicimos, y nos fuimos a comer a otro lado.

Antes de terminar la noche, mi amigo, de pronto, como si recordase algo muy importante, me dijo:

—Hombre, ayer vi a su amiga de usted.

—¿A quién?

—A la cubanita.

—¿Amelia?

—Sí.

—¡Ah!

—Me la encontré en el Ritz, en una fiesta de caridad que daba no sé qué *ministra* de uno de esos países de la Europa Central. Me preguntó por usted.

—Siempre tan amable.

—Por cierto que me enteré allí mismo de una cosa muy graciosa que usted puede que ya sepa. Me lo contaron unas muchachas amigas de Amelia.

—¿Qué es ello?

—Pues nada, que esa chica tiene, por lo visto, la manía de las apuestas, porque ahora se ha apostado diez mil pesetas con unas amigas a que antes de dos meses se casa con usted.

—¡¡Conmigo!!

—Sí, sí: eso dice ella.

Pegué un bote en la silla. Pero ese bote no fué nada al lado del salto que pegué al día siguiente.

Fecha en la cual salí de Madrid, me fuí a Marsella y allí, en el primer barco que zarpaba, me metí, y no paré hasta Madagascar.

Y aquí, en Madagascar, escribo estas líneas; pero no crean ustedes que aun aquí me considero muy seguro.

Amelia, por ganar su apuesta, es capaz de todo.

¿De qué medios se vale? Yo no lo sé, ni creo que nadie lo sepa; pero así como arregló lo de su boda con Wilson, que no era cosa fácil, así arregla lo que se proponga en ese terreno.

No querrá el cielo que apueste un día casarse con uno de los reyes de piedra de la plaza de Oriente; pero, como haga la apuesta, la vemos casada con Fruela Segundo.

Y digo con Fruela, porque me parece el más difícil de todos.

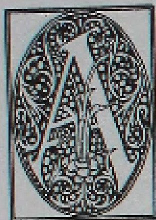
JOAQUÍN BELDA



La Marina de Guerra en la Exposición Ibero Americana de Sevilla

PRO TURISMO

Por España y con Pinzón
Nuevo Mundo halló Colón.



PARENTEMENTE, la participación de la Marina de guerra en la Exposición Ibero-Americana de Sevilla parece que habría de ser como la de otro cualquiera departamento del Estado que se una al certamen, para colaborar a su éxito, con sus vistosas instalaciones de modelos de barcos, armas, banderas y escudos, y, sin embargo, no es así; su colaboración es de una trascendencia sin límites para la historia de España, pues en los magníficos salones del pabellón de la Marina se podrá estudiar, por los recuerdos y los documentos que han de exponerse, el valor que tiene para su afirmación; méritos que ignoramos casi todos los españoles, porque son hechos de los que se prescinde en la instrucción de Institutos y Universidades, centros de cultura en los que se da más importancia a las notas generales de la historia, la mayor parte de las veces llenas de inexactitudes, que a los detalles particulares que, eslabonados, alcanzan la mayor trascendencia.

De todos esos hechos a que me refiero, únicamente el descubrimiento de América es una excepción; pero en este hecho glorioso destaca siempre el nombre de Colón, como autor e intérprete del fausto suceso, relegando a secundario término el valor de sus tripulaciones, de la Marina, que antes de aquella fecha y después de ella dió muestras constantes de su arrojo y de su pericia, grabando con letras de oro en las páginas de la historia nombres preclaros de insignes marinos.

La Exposición Ibero-Americana de Sevilla, como indica su nombre, tiene su fundamento en la conmemoración del descubrimiento de América, acogiendo en su seno la representación de todas aquellas Repúblicas que rememoran nuestras conquistas; naciones que cada día van descubriendo más detalles para deshacer las leyendas de nuestra incapacidad de colonización que forjan y esparcen nuestros enemigos, afirmando el trato inhumano y cruel que les dimos, hechos que van cayendo por su propio peso ante los descubrimientos que constantemente se hacen en los escritos del admirable Archivo de Indias, de Sevilla, que proclaman nuestro humano proceder, practicando con espíritu elevado la enseñanza en la fe, en la justicia y en la caballerosidad.

Circunstancias fortuitas me colocan en la situación de conocer al detalle los elementos que han de integrar el contenido del pabellón de la Marina de guerra española, y esta circunstancia no he de desaprovecharla, y así con su narración contribuiré a acrecentar el interés que por visitar la Exposición tienen en el mundo entero, particularmente, los americanos del Norte y del Sur.

El pabellón de la Marina se ha ejecutado como instalación definitiva, pues, una vez clausurada la Exposición, se instalará en él la Comandancia de Marina, que hoy está instalada en la bella e histórica Torre del Oro, cuyos cimientos baña el Guadalquivir. Ha presidido en su construcción el estilo barroco sevillano, pero entendido muy sobriamente y con un tacto en sus proporciones y detalles, que es un modelo de sencillez y buen gusto, habiendo sido edificado también en la orilla del Guadalquivir, frente al magnífico puente giratorio de Alfonso XIII.

Por primera vez, quizá, en la participación de un departamento del Estado en una Exposición, se ha tenido en cuenta, a la par que el valor documental e histórico de los objetos expuestos, la importancia estética de su colocación, y esto se ha conseguido gra-



La famosa Torre del Oro, actual Comandancia de Marina.

la Lonja de Valencia han servido de inspiración para ejecutar éste, que ha de dar a la estancia un aspecto señorial extraordinario.

Los herrajes, lámparas y hacheros son copias de algunos ejemplares célebres de Toledo y Burgos, y sus muros estarán cubiertos de ricos damascos verdes, copia de famosos tejidos que se conservan en el museo del Conde de Valencia de Don Juan, en cuyos damascos destacarán, a la par que los retratos de los hermanos Pinzón, la célebre carta de Juan de la Cosa, de valor inestimable, y algunos cuadros representando las carabelas.

En sendos doseles, dorados y tallados, avalorados con terciopelos labrados, figurarán los retratos de los Reyes Católicos y el del descubridor del nuevo mundo, Cristóbal Colón.

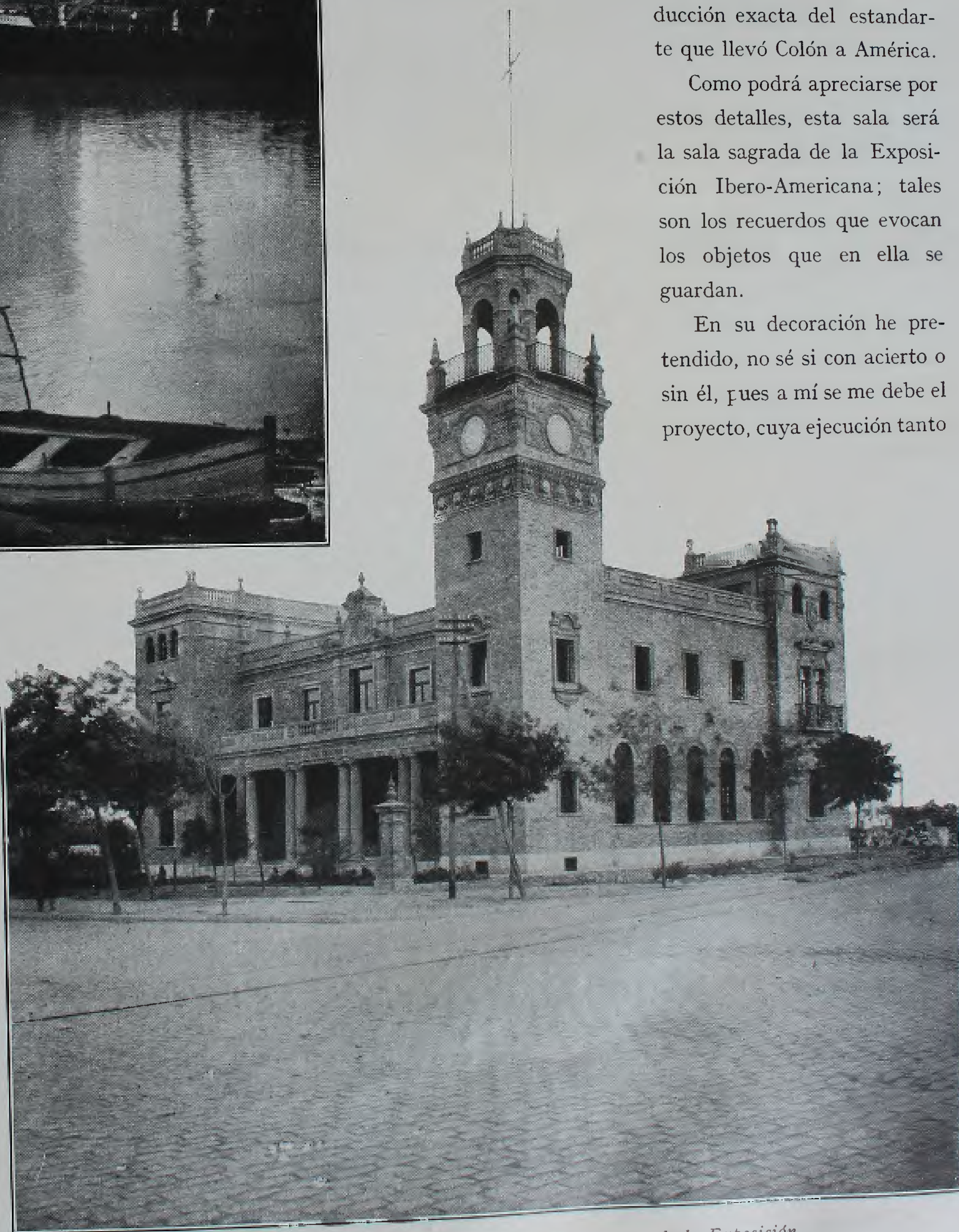
Un croquis de la ruta seguida, pintado en azulejos; y en magníficas vitrinas, la reproducción de la carabela *Santa María*, hecha por Manleón, y la que fué regalada por Huelva al excelentísimo ministro Sr. Cornejo, ejecutada en plata, y, por último, la reproducción exacta del estandarte que llevó Colón a América.

Como podrá apreciarse por estos detalles, esta sala será la sala sagrada de la Exposición Ibero-Americana; tales son los recuerdos que evocan los objetos que en ella se guardan.

En su decoración he pretendido, no sé si con acierto o sin él, pues a mí se me debe el proyecto, cuya ejecución tanto cias a la entusiasta y acertadísima dirección del teniente de navío D. Julio Guillén, director del Museo Naval de Madrid, y a las iniciativas del Comité ejecutivo del pabellón, con sus consejos y disposiciones.

Del contenido del pabellón ha de recaer poderosamente la atención en la llamada Sala del Descubrimiento de América.

Su decorado se ha basado en el estilo de la época, o sea en el gótico, sin dejar un artesonado de noventa metros cuadrados, dorado y policromado con estofados; cobijará un valor incalculable de objetos históricos; artesonados del Palacio de la Alfajería de Zaragoza y de



Pabellón de la Marina de guerra, enclavado en el recinto de la Exposición.



me honra, que fuera de gran austeridad, como era proverbial la de los Reyes Católicos, además de que aquella sala debe invitar al recogimiento.

Los hechos que se quieren rememorar en las demás salas, como van sujetos a determinadas épocas de nuestra Monarquía, se han decorado con arreglo a los estilos de aquellas fechas, y así tenemos: La primera circunnavegación del mundo, en la sala de Felipe II en estilo Renacimiento; la contribución de nuestra Marina en los conocimientos geográficos de América, en la Sala de Carlos III, y la primera circunnavegación de buque acorazado, en la sala de Isabel II, y ya luego, buscando un efecto decorativo sencillo y serio, la sala de los Hechos gloriosos de nuestra Marina en América, de estilo barroco, y el vestíbulo, patio y biblioteca, en estilos modernos.

En el vestíbulo ha sabido interpretar magistralmente el joven artista Francisco Ribera mis proyectos generales, pintando cuatro soberbios cuadros decorativos, representando la carabela *Santa María*, un soberbio acorazado, el dios Neptuno y el dios Eolo.

El patio cubierto también llevará pinturas decorativas de Ribera y Lozano, y en él, además de una gran fuente, habrá en el centro dos globos terráqueos enormes, que girarán lentamente; uno representará el mundo tal cual se creía en la época de Colón, y el otro tal cual es hoy.

Como homenaje sincero de la Marina española habrá una pequeña sala destinada a guardar los recuerdos del inolvidable Isaac Peral, inventor del submarino, pues con este hecho se quiere completar la información de los hechos gloriosos de España.

Fuera del pabellón existirá también un atractivo colosal, en el cual se concentrará el interés de todos los visitantes de la Exposición Ibero-Americana de Sevilla: la representación exacta de la carabela *Santa María*, que estará fondeada en el Guadalquivir, junto al puente giratorio de Alfonso XIII.

Sobre la ejecución de la carabela se podría escribir muchas páginas, pero he de concretarme a decir solamente que su construcción se ha hecho con arreglo al proyecto del señor don Julio Guillén en los astilleros de Echevarrieta, de Cádiz, con los métodos antiguos,



EOLO

Dos motivos ornamentales del nuevo edificio de Marina en la Exposición sevillana, originales de Francisco Ribera.

NEPTUNO

sin la intervención, directa ni indirecta, de máquinas modernas; el hacha y la azuela han desbastado los enormes maderos que para ello se han utilizado, y sus clavos, pues no se ha utilizado ni un solo tornillo, han sido construídos a mano por expertos forjadores gitanos.

En su interior se guardarán con el mayor escrúpulo los detalles más insignificantes y se podrán apreciar las arcas personales de la tripulación, todas distintas, de madera, de una pieza, con sus marcas a fuego y sus cerraduras góticas; las herramientas de uso, los utensilios y enseres de marina, todo absolutamente se ha construído según los modelos del teniente de navío Sr. Guillén, notable historiador de la Marina.

La habitación de Colón, con sus ropas tejidas a mano, sus trajes, la sala de audiencia con su sitial, pues como cónsul que era Colón, allí las concedía, y, por último, sobre cubierta, además de las banderas y estandartes copia de los antiguos, el toldo para las festividades, tejido en Valencia con arreglo a los dibujos de telas de la época, de soberbio damasco blanco y verde.

La tripulación también evocará aquellos tiempos pretéritos, porque, además de sus trajes, copiados del siglo XV, ostentará por su nacimiento algunos apellidos gloriosos de aquellos navegantes, pues entre sus jefes habrá un Pinzón, un Solís, un Magallanes, un Díaz, un Itúrbide y un Garay.

No ha de ser menos interesante el poder presenciar las manipulaciones de la tripulación, todas hechas según aquellas reglas, y sobre todo, el recibimiento que se haga a S. M. el rey D. Alfonso XIII el día que la visite, que será con arreglo a todos los detalles de las ceremonias del siglo XV.

Con estos datos, pues, creo que el lector comprenderá que la participación de la Marina de guerra en la Exposición Ibero-Americana de Sevilla será trascendental, porque allí averiguarán los que la visiten, habitantes del mundo entero, lo que se debe a la Marina española, hechos que se podrán leer en el gran patio del pabellón en una gran cartela, donde se han reproducido las célebres frases de Vargas Ponce:

«... Aquella época en que la Marina española remontó el vuelo de su gloria a esfera tan superior que no la ha alcanzado, y se puede asegurar, sin temeridad ni jactancia, que no es dable la alcance ninguna otra.

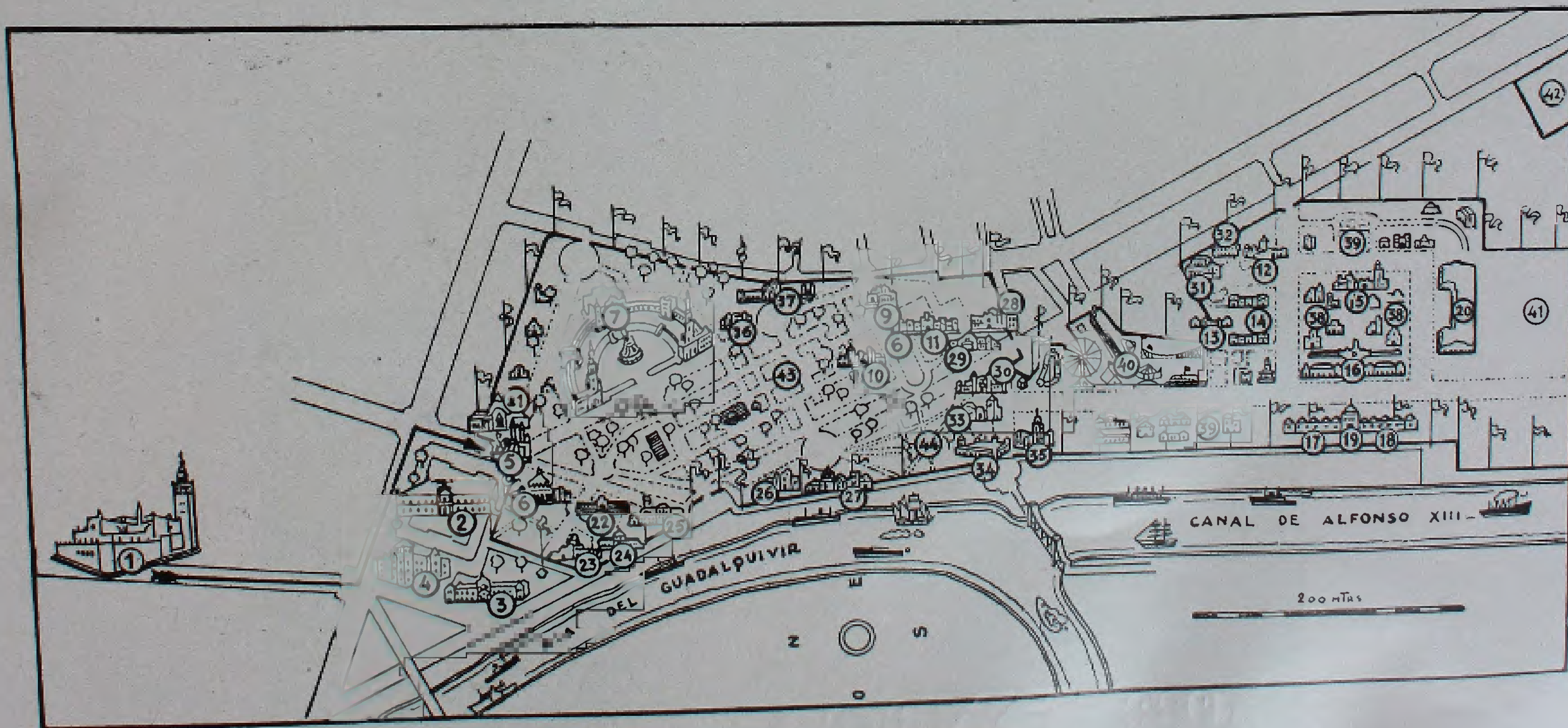
El engañado o incrédulo, a quien parezca encarecimiento esta verdad, figúrese dos grandes globos que le representen el mundo que conocieron los antiguos y el que conocemos. Si en éste nota un vastísimo continente que equilibre el nuestro, que duplicó el elemento del hombre, ese es un fruto de la Marina española. Si echa de ver un anchuroso mar que los separa de las antiguas Indias, su conocimiento se debe a la Marina española, que por largo tiempo lo frecuentó exclusivamente.

Si le ve poblado de archipiélagos numerosos, descubrimientos y conquistas son de la Marina española. Si columbra un lejano estrecho, que horadando la nueva comarca, hacia su extremo meridional, comunica dos magnos océanos, hallazgo es de la Marina española. Si extiende sus ojos por el inmenso ámbito de estos dos mundos, si sigue el continuado piélago que los baña, hallará el viaje sin modelo que por primera vez se debió a la Marina española.

Colón, Vasco Núñez de Balboa, Magallanes y Elcano, en menos de media centuria, añadieron al conocido un nuevo mundo, averiguando sus más cortas comunicaciones, y con la demostración más atrevida y más gloriosa presentaron la extensión y figura de la tierra. Este conjunto de novedades estupendas ocasionó aquella revolución única que con un trastorno sin ejemplo mudó la faz del universo, varió la constitución del orbe, alteró las leyes, los usos, las opiniones, el comercio, el poder, la salud, las virtudes y los vicios de los hombres y de las Naciones...»

La Exposición Ibero-Americana de Sevilla abrirá un capítulo nuevo en el libro de la historia de España, pues en ella conocerá el mundo entero lo que fué y lo que puede ser, lo adivinará, apreciando con sus ojos la potencialidad de su esfuerzo, porque en ella ha depositado España entera todo su entusiasmo. Sevilla puede sentirse orgullosa.

Antonio PRAST

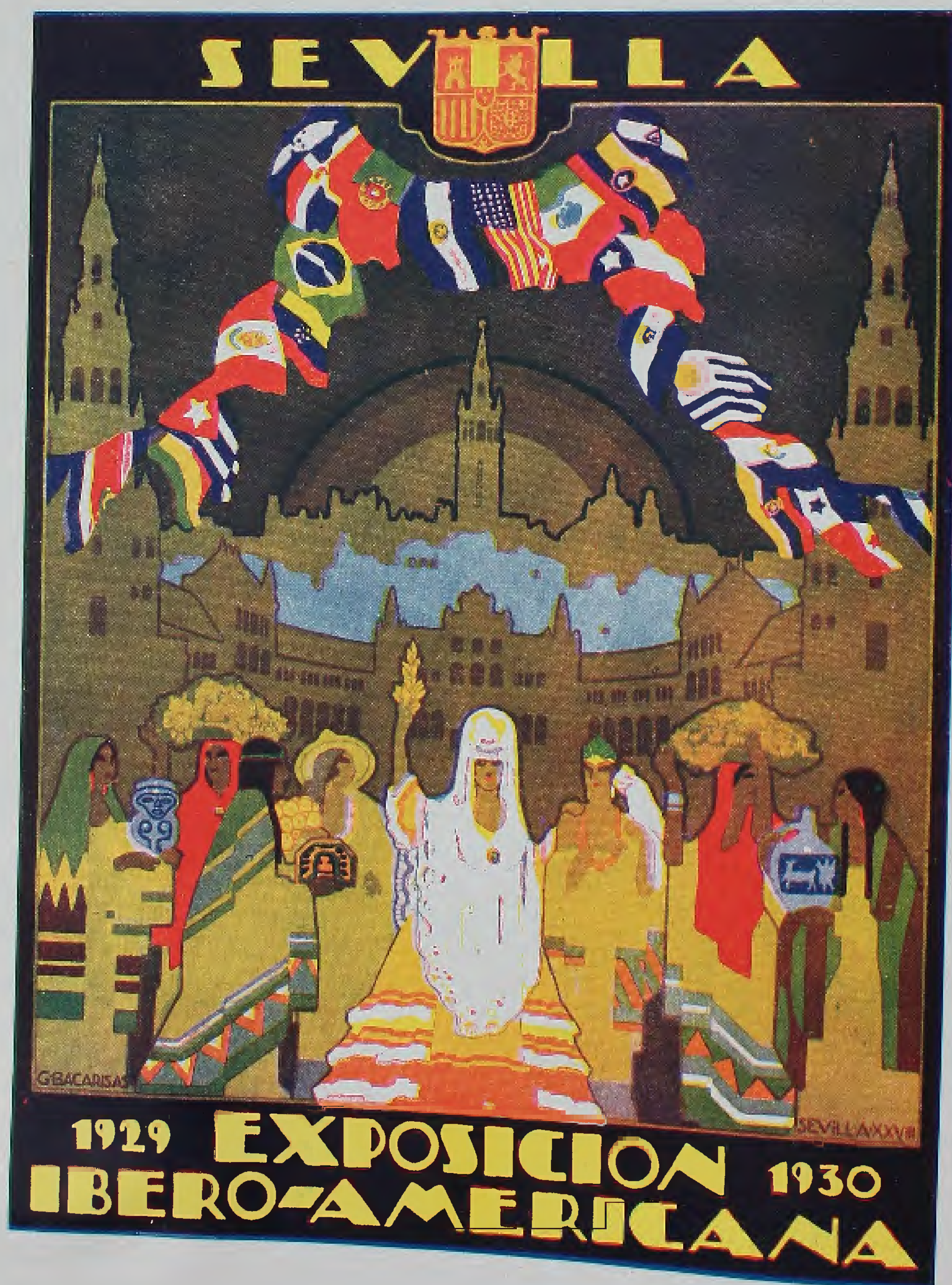


Trazado del recinto de la Exposición de Sevilla.





La
Exposición
de
Sevilla
y sus
carteles



Reproducción
de los carteles
originales
de
Hohenleiter,
Penagos
y Bacarisas

Moda

Entre nosotras

por CIL

AYER — HOY



YER (deja caer su labor de ganchillo y sonríe): ¡Qué buena eres, amiguita mía, de haberte acordado de esta pobre vieja! ¡De haberte escapado un instante a tus fiestas, a tus bailes y diversiones, para aburrirte un rato con esta vecina anticuada y achacosa!

Hoy: ¿Aburrirme? ¡Estás muy equivocada! Yo siempre lo paso muy bien junto a ti. ¿Te acuerdas que ya de pequeña me encantaban tus cuentos y me ilusionaba revolver en tus viejos cajones? Ahora, de mayor, me siguen gustando tus leyendas y me divierte revolver en los viejos cajones de tus recuerdos...

Ayer (dolida): ¡Te divierto! Las jóvenes de hoy lo encerráis todo en esa palabra. Me divierte o no me divierte: lo hago o lo dejo de hacer. ¡Estoy muy halagada de servirte de diversión!

Hoy: ¡Por Dios, qué susceptible eres! Todo lo tomas a lo trágico. Eso ha pasado de moda. Las jóvenes de hoy tendremos nuestros defectos, como los tendrían las de tu época; pero, en cambio, poseemos muchas buenas cualidades y entre ellas está la de ofendernos lo menos posible.

Ayer: Ya... ya... Os ofendéis demasiado poco. Dices que nosotras tendríamos defectos. ¡Claro! No voy a negártelo. Pero eran defectos muy distintos a los vuestros. Y además procurábamos disimularlos y no alardeábamos de ellos, como hacéis hoy día.

Hoy: ¿Y lo censuras? Un defecto que no se «disimula», como tú dices, que no se esconde, es ya un poco menos defecto, puesto que lleva en sí algo de virtud: franqueza, lealtad... Nada hay más abominable que la hipocresía. Piensa desapasionadamente y dime si las chicas de tu tiempo no eran todas más o menos falsas. Nada en vosotras era verdad: ni vuestro talle, que era artificialmente estrecho, ni vuestra mentalidad, que era artificiosamente estrecha también.

Ayer: ¡Qué cosas dices! ¡Qué tonterías! Lo que pasa es que las muchachas de entonces éramos algo que vosotras no sois ya, no podéis o no queréis ser ya, verdaderas «jeunes filles». Modestas, recatadas, juiciosas, no pretendíamos tener opiniones propias y nos dejábamos guiar en todo por los consejos de nuestras madres.

Hoy: ¿Juiciosas? ¡Déjame que me ría! Si no teníais opinión propia, ¿cómo se sabía si erais juiciosas o no? Di mejor que erais unas pobres muñecas sin alma y sin voluntad... ¿Modestas? ¿Recatadas? Si, aunque hubierais querido, no podíais ser de otro modo, ¡encarceladas entre las rejas de los severos convencionalismos sociales y celosamente vigiladas por vuestras familias enteras! Di que erais unos pobres fantoches sin vida, unas desgraciadas sin personalidad alguna...

Ayer: Si te figuras que para ser feliz necesita una mujer tener personalidad, estás muy equivocada. Nosotras, es cierto, no tendríamos ni tu seguridad en ti misma, ni tu aplomo; pero, en cambio, éramos para el hombre materia fácilmente manejable. Acostumbradas a obedecer ciegamente, nos amoldábamos, sin darnos cuenta, a sus gustos y exigencias. Después de haber sido jóvenes ejemplares, éramos esposas modelo.

Hoy: Desgraciadas... desgraciadas. A mí, déjame de frases. ¿Por



Crespón azul «Patou», vainicas a mano, solapas, falda en forma, cinturón cuero azul.
Modelo PATOU



De gasa amarilla, escotado en V, espalda anudada.
Modelo PAQUIN



Muy nuevos son el cuello y los puños de este cálido abrigo de piel que luce la bella Gwen Lee.

Modas

qué ha de ser la parte que nos toque en la vida sólo obediencia, resignación, esclavitud? ¿Por qué, si somos seres inteligentes y conscientes, hemos de inclinar «ciegamente» nuestra voluntad ante una orden imperiosa, venga de quien venga? La felicidad está en la comprensión, no en la resignación. Recuerda tu propia historia. Muchas veces se la he oído contar a mi madre. Hija única, viviste muchos años víctima de los caprichos de un padre autoritario e injusto que no dejaba acercarse a ti ni la sombra de un pretendiente. Sin ilusiones ya, te casaron un buen día con «un partido», con un hombre a quien apenas conocías, de quien no estabas enamorada...

Ayer: Era un caballero. Mis padres sí le trataban desde hacía muchos años. Ellos sólo querían mi bien y tenían más experiencia. ¿Qué necesidad había de que yo le conociera mejor? ¿Crees, acaso, que se llega a conocer a fondo a un hombre antes del año de matrimonio?

Hoy: No sé si se le puede conocer a fondo, pero es indispensable conocerle bien. Con espanto pienso que pudiera sucederme lo que a ti. ¡Casarme con un hombre que fuera para mí casi un extraño! ¡Que no fuera mi compañero, mi amigo, mi confidente, al mismo tiempo que mi novio! ¡Qué horror! Así fuiste tú de desgraciada. No lo niegues. Bien lo sé. En tu vida no hubo ni una expansión, ni una alegría. Todo fué muy serio. Muy formal. Muy correcto. Muy gris...

Ayer: No exageres. No exageres. Yo no tuve demasiada suerte, verdad es. Pero eso también pudo haberme sucedido en estos tiempos que tú tanto ensalzas.

Hoy: Sí, claro. Pero habría sido por tu propia voluntad. Es mucho menos triste ser desgraciado porque uno mismo se ha equivocado, a serlo porque se han equivocado los demás.

Ayer: Y yo me resigné. Otra virtud de mis tiempos que despreciáis las modernas.

Hoy: Yo no la desprecio. Al contrario. Una vez casada, el asunto no tiene remedio. La resignación es lo único que le ha quedado, le queda y le quedará a la mujer como es debido. Pero cuando no debiste haberte resignado era antes. Cuando aun estaban abiertas para ti las puertas de la vida y de la felicidad. Entonces debiste haberte impuesto. Debiste haber lucha-

Cansada de llevar flores en la cintura o en el hombro, Mary Brian ha decidido colocarlas en sus zapatos. ¿Estáis dispuestas a imitarla, lectoras?



Raso marfil. Talle ablusado. Caderas ceñidas. Espalda en forma. Modelo DOEMLLET-DOUCET.

Falda «drapée». Frunces en los costados. Vuelo muy bajo. Cuerpo sencillo. Modelo CHERMIT.

Modas

Traje de época, de glasé azul claro. Gran lazo en la cintura. Modelo LANVIN.

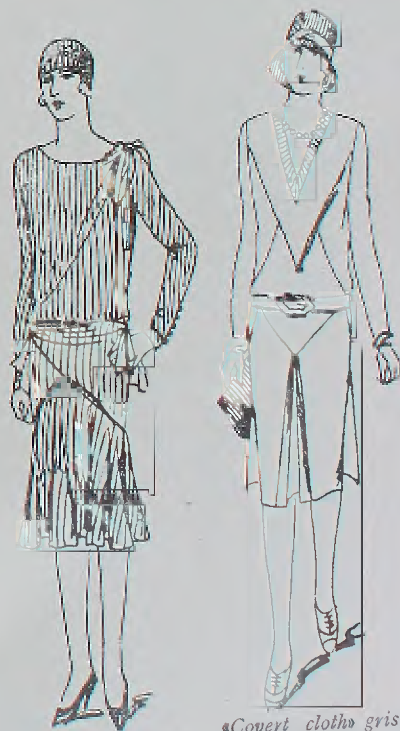
do por esa libertad de elección y de sentimientos que es patrimonio de todo ser humano. Dices que nosotras no sabemos ser verdaderas «jeunes filles». ¿Por qué? ¿Porque somos conscientes, porque somos naturales, porque mostramos claramente nuestras cualidades y nuestros defectos, porque no ocultamos que sabemos de la vida lo poco o mucho que sabíais vosotras también? ¿Porque tenemos bien definidos nuestro carácter, nuestra mentalidad, nuestro «yo»? Pues eso van ganando los hombres. El que se casa hoy día conoce a fondo a la mujercita que compartirá su vida, y porque la aprecia y tiene confianza en ella, no vacila en hacerle el mayor honor que un hombre puede hacer a una mujer: el de elegirla para madre de sus hijos. Vosotras, pobres muchachas indefinidas, cortadas por un mismo patrón, de estudiadas sonrisas y estudiados sonrojos, ¿qué garantías de felicidad podíais ofrecer con vuestra mentalidad absurda y pueril?

Ayer: Fuimos buenas esposas y fuimos buenas madres. Supimos de abnegación y supimos de sacrificios. ¡Ojalá puedan las de tu época decir lo mismo algún día! ¡Niña de faldas cortas y labios pintados, te crees muy sabia porque has estudiado carreras, llenas las oficinas y tratas al hombre al tú por tú! Yo te aseguro que con todo esto has perdido tu mayor encanto: el de tu feminidad, un poco misteriosa y, por lo tanto, inquietante. Te sentirás la igual del hombre, es cierto, pero ya no serás lo que fuí yo: su esclava, sí; pero también su reina!

Hoy: Si el hombre me quiere, ¿por qué no he de ser su reina?

Ayer: Y si tú le quieres, ¿por qué no has de ser su esclava? Mira, hija mía, el verdadero secreto de la felicidad es querer y ser querida. Déjate de frases, digo yo a mi vez. La mujer, cuando quiere, no tiene ni personalidad, ni aplomo, ni independencia alguna. Instintivamente se siente pequeña y débil y quiere que sea el hombre el que guíe y el que proteja. La mujer española, aunque ya no tenga cabellos largos, sigue conservando sus ideas... cortas, si tú quieres, pero estrictas, netas, en lo que se refiere a sus deberes con su marido, con sus hijos, con su hogar. Para la que es buena, honrada y abnegada, ¿qué importan modas ni costumbres? Pero, ¡basta ya de filosofías! Ha llegado la hora de la merienda. Levántate, tú que eres joven, y toca el timbre. Tú pedirás tu té con «toast» y yo mi chocolate con ensaimada. Ves, hija mía, en detalles como éstos está toda nuestra diferencia. ¡Pero qué importa el estuche, si el contenido es igual!

Madrid, febrero 1929



Crespón marroquí negro; pañuelos, falda amplia delante. Modelo MARTIAL ET ARMAND.

«Covert cloth» gris, pliegues huecos vueltos, gran hebilla, pespuntes en torno al escote. Modelo LUCIEN LELONG.

DE TODO UN POCO

París, febrero 1929

COLORES

De la paleta de la naturaleza ha tomado el gran modisto, artista refinado y sutil, los colores para su colección de esta temporada. El otoño le ha surtido de rojos vivos y cálidos marrones, de tristes tonos de hojas secas y brillantes matices de castaña madura... Las cacerías de los castillos también han sido para él valiosa fuente de inspiración. Ved reproducido en aquel modelo de Bernard el encarnado resuelto de las casacas de los cazadores, y en aquel otro de Patou la pana tabaco de las libreas de los «piqueurs»... Reconoced en éste de Worth los tonos brónceos de la piel del zorro, y en ése de Lebong los diferentes grises de la piel del conejo... El invierno, con sus tenues matices azulados y grisáceos, se refleja en gasas y tules, en crespones y terciopelos... Vemos blancuras de nieve y resplandeceres de escarcha... Vemos grises de nubarrones y pálidos beiges de niebla...

Los colores vivos, los tonos de gemas preciosas, nos están reservados para la noche o para las escapadas a tierras de cielos más azules y soles más radiantes.



Una variación en trajes de sport: «Dos piezas» de casha ligero adornado con incrustaciones de jersey oscuro. Corbata de raso del mismo tono.

MEDIAS NEGRAS

Para ser llevadas con esos amplios trajes de glasé, cortos delante y largos por la espalda, ha lanzado una gran casa la moda de las medias negras. Nada es tan feo como ver destacarse unas piernas «poco perfectas» sobre el fondo oscuro del traje. La media negra afina la pierna y disimula sus defectos. ¿Tendrá aceptación esta nueva moda?

PAÑUELOS DE LENTEJUELAS

Para llevar sobre los trajes de noche lanzó Chanel una numerosa colección de pañuelos de brillantes lentejuelas que, anudados en el hombro, lo mismo que los pañuelos *sport*, ponen sobre los trajes oscuros una bonita nota de color.

UNA REINA DE BELLEZA DEMASIADO APRESURADA

El Comité de festejos de París había resuelto elegir una reina que simbolizara la belleza, la gracia y la elegancia de la parisiense. Las candidatas fueron numerosas y casi sin excepción encantadoras. Un primer examen «seleccionó» ocho bellezas, entre las cuales debía ser escogida «Mademoiselle París». La señorita Mado Damery era una de ellas. Sin esperar el último y decisivo fallo se apropió esta bella joven el título tan codiciado y no vaciló en hacer con él publicidad, afirmando que si lo había conseguido era gracias al empleo diario de la crema X...

El Comité se indignó, y hoy día está citada la señorita Damery ante los Tribunales. Si no logra conmover a sus jueces, tendrá que abonar la suma de 10.000 francos por daños y perjuicios causados por usurpación de título. Lo más triste del caso es que la hermosa Mado, que tenía muchas probabilidades de salir vencedora en este torneo de atractivos femeninos, ha perdido, por demasiado apresurada, la mayor parte de sus votos.



«Hirondelle». Traje de tarde de marroquí negro con un lazo de crespón amarillo y negro en el talle. Bufanda amarilla sujetada por una hebilla de strass. Chaqueta corta de astracán negro. Modelo Worth.



«Fetiche». Traje de noche de raso «circé» negro. Amplia falda de tul negro. Rejilla de strass en torno al escote. Grandes flores. Modelo Worth.

Consejos útiles

PARA LA ADQUISICIÓN

de alhajas, medallas, escapularios, artísticas esculturas de marfil del Sagrado Corazón, Purísima, etc., y relojes tengan presente los señores compradores la Joyería de Pérez Molina, Carrera de San Jerónimo, 29, Madrid, casa de gran confianza, teléfono 12.646.

HIGIENE Y BELLEZA

LA BOCA

Los dientes.

Poseer una boca bonita es el deseo legítimo de toda mujer. Pero para conseguirla hay que preocuparse antes que nada de los dientes. Sin una dentadura sana y blanca, no hay belleza posible. El secreto de conservarla en buen estado es sencillamente una gran limpieza. La caries proviene casi siempre de negligencia en esa materia. Limpiad, pues, cuidadosamente después de cada comida vuestros dientes con ayuda de un cepillo, que será todo lo fuerte que lo resistan vuestras encías, y una buena pasta, como lo es, por ejemplo, el Perborol.

Las personas cuidadosas de sus dientes evitan todo lo que pueda serles perjudicial—bebidas demasiado frías y demasiado calientes, comer frutas ácidas, introducir entre ellos alfileres bajo pretexto de limpiarlos, etc.—y a la menor molestia se apresuran a visitar al dentista. Lo menos dos veces al año es muy recomendable que éste les haga una limpieza «a fondo» y revise la dentadura. Así se evitarán facilmente daños mayores.

WORTH EN MADRID

La noticia, lectoras, ha de sorprenderos gratamente. Worth, el mago de la moda femenina, se prepara a mostraros, en persona, sus creaciones de primavera y verano, en las que—¡cómo no!—encontraréis vestidos capaces de agradar plenamente al gusto mejor y más depurado.

El insigne modisto llegará a Madrid del 26 al 28 de los corrientes, exponiendo en el Palace Hotel sus modelos. Las suscriptoras de COSMÓPOLIS, con sólo hacer valer este título, encontrarán todo género de facilidades para presenciar las deslumbrantes exhibiciones, que constituirán uno de los más destacados acontecimientos de la temporada.



HE AQUÍ LA ÚLTIMA PALABRA DE LA MODA ENTRE LA GENTE BIEN. LAS DAMAS ARISTOCRÁTICAS DE TODA EUROPA SE ADORNAN CON ESTAS JOYAS, COPIA EXACTA DE ANTIGUAS ALHAJAS FRANCESAS CONSERVADAS EN EL MUSEO DEL LOUVRE. HAY QUE RECONOCER QUE EN LA PRESENTE OCASIÓN LA MODA MARCHA DE ACUERDO CON EL BUEN GUSTO Y EL ARTE. ESTAS PRESEAS SON BELLÍSIMAS Y EMBELLECEN A QUIENES LAS OSTENTAN. LA EXPOSICIÓN EN MADRID DE LAS MISMAS SE HALLA ÚNICAMENTE EN LA «JOYERÍA FRANCESA», CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 5.

CONSULTORIO DE BELLEZA

NADINE

El traje de novia no tiene nada que ver con el luto. Puede usted llevarlo tranquilamente, por muy riguroso que sea. Naturalmente no celebrará usted la boda, pero está usted, en cambio, en la obligación de mandar cajas de bombones a todos aquellos que la han obsequiado con regalos. Vaya a casa de Hidalgo. He visto allí mil bonitas y originales novedades destinadas a este objeto. La última moda son unos copones de cristal de Venecia con su dulce contenido de exquisitos bombones. En el próximo número de COSMÓPOLIS encontrará todo lo que desea saber referente a un equipo práctico y sencillo.

FIANCÉ D'AVRIL

Vea lo que digo a la consultante anterior. ¡Y después dicen que ya no se casa nadie! Yo creo que el tul es mucho más favorecedor que esos encajes de los que me habla. Un gorrito de perlas resulta muy elegante.

ES MI HOMBRE

Siga usted usando el Sudoral y haga economías en cualquiera otra cosa. Para agradar, hay que tener siempre un aspecto cuidado y limpio, y el aspecto sólo se consigue «con la realidad».



«Belle de nuit». Traje de noche de tul azul zafiro.
Modelo GERMAINE LECOMTE.

NENITA

Pruebe usted a lavarse durante un mes con la infusión de tila caliente, pasándose después de seca un pedacito de hielo a modo de fricción. Use la crema Flores del Campo y los polvos Freya, que son maravillosos de color y de pureza. Creo que le sobran unos cinco kilos.

PEPA LA FRESCACHONA

Gimnasia, régimen sabio de comidas y la práctica de algún deporte. Yo creo que debe usted consultar con algún especialista. Las duchas locales de agua fría, y sobre todo la electricidad, dan excelentes resultados.

OJOS MORENOS

¡Ya lo creo que favorece el Humo de Sándalo! Como que conozco muchas mujeres que deben su fama de tener bonitos ojos a esas sombras favorecedoras. Siga usando para las mejillas el Arrebol.

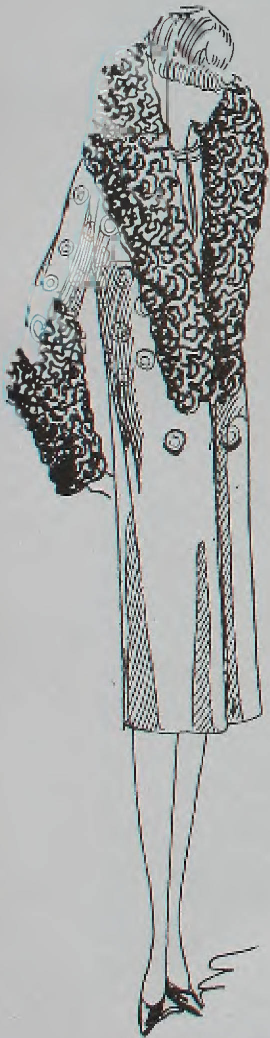
FLORECILLA

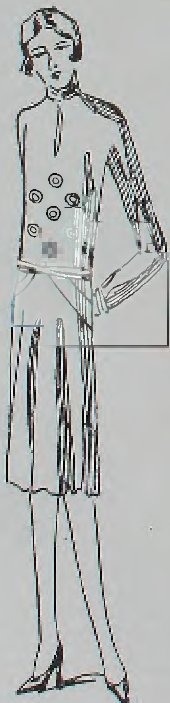
Si ha pasado usted de los cuarenta, utilice siempre el agua caliente y acto seguido el hielo, si le es posible y, en su defecto, agua fría. Luego, con la punta de la toalla empapada, azótese diez o doce veces las mejillas. Una buena crema después y los polvos.

MANOLITA

Llegaría su carta cuando ya estaba ese número en prensa. Todas se contestan por riguroso turno. Véndese los tobillos durante varias horas al día con esas vendas de goma que hay especiales para ese uso. Antes de acostarse, al levantarse y después del baño fricciónelos fuertemente con un guante de crin y un poco de colonia o de alcohol. Muy recomendables son los masajes con un «rollo». Un famoso especialista de belleza alemán recomienda se pongan, antes de acostarse, unos vendajes húmedos cubiertos por una venda de algodón o de lana en torno a los tobillos. Esta receta la recomienda también contra el insomnio.

MARISA

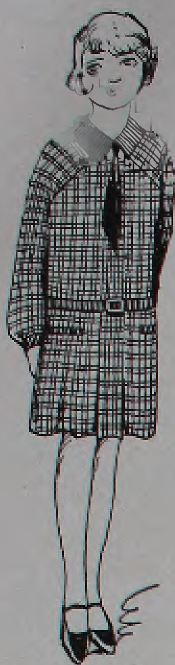




«Hendaye». Conjunto de lana esponjosa roja. El abrigo está guarnecido de astracán. Los adornos son del mismo paño pespunteado. Modelo WORTH.



«Lui et moi». Conjunto de estamina azul celeste y negro. El cuello es de renard. La falda, de terciopelo. Modelo WORTH.



Nuestros niños

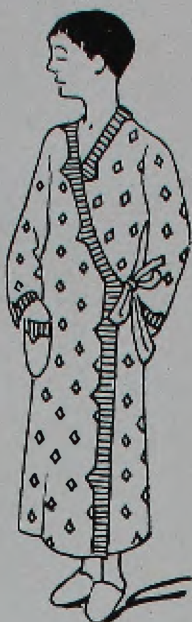
El bebé

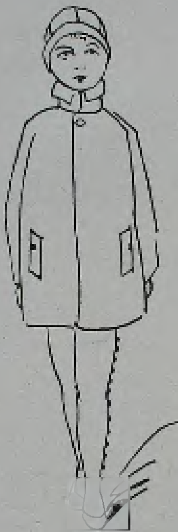
MANICURA

Desde muy pequeño es indispensable cortar al bebé las uñas de manos y pies. La uña no debe sobresalir al dedo, pues existe el peligro de que el niño se lastime arañándose. Con ayuda de una tijera estrecha y ligeramente curvada—que sólo debemos emplear para este objeto—, se cortan las uñas cuidadosamente. Se limpian con un palito de madera. Nunca debe hacerse con objetos puntiagudos, porque se puede herir fácilmente al niño en uno de los sitios más delicados de su cuerpecito: las puntas de los dedos. Las infecciones consiguientes podrían degenerar en enfermedades gravísimas.

EL AIRE LIBRE es la mejor medicina, el más sabio reconstituyente del niño. El bebé debe estar gran cantidad de horas en la calle. Lo mismo con sol que con tiempo nublado. Aquellos niños encerrados constantemente entre cuatro paredes, acostumbrados desde que nacen a respirar solamente la atmósfera caliente de las habitaciones, son los propensos a coger toda clase de resfriados, bronquitis, etc. Los baños de sol dan excelentes resultados. Pero es necesario consultar antes con el médico y seguir al pie de la letra sus indicaciones.

LA CUNA IDEAL para un recién nacido es un cesto, uno de esos toscos cestos para ropa. Se le puede forrar de mil maneras bonitas y originales. Se le puede proveer de ruedas y de un grueso cordón y convertirlo así en un cochecito. Coloquemos en el fondo del cesto un pequeño colchón de crin o de raspadura de corcho. Encima un hule y sobre éste la sábana. Otra sábana y un bonito edredón cubrirán al niño. La almohada debe ser plana y no demasiado blanda. Los médicos alemanes no son partidarios de la cuna. Dicen que su vaivén es dañino al débil y frágil organismo del bebé. No se debe mecerle nunca, pues el niño llega a acostumbrarse de tal forma a ello, que ya sólo se duerme con el acompañamiento de este suave meneo, que hace sobre él el efecto de un narcótico.





Unas cuantas buenas recetas de cocina

CROUTE AU POT RICHE

Consomé clarificado y guarnición de avellanas en pedazos, vaca cocida en el mismo, cortada en trozos pequeños y legumbres. Costrones «diablotins» servidos aparte.

Estos costrones son rodajitas de pan de Viena cortadas en lonjas finas, untadas con manteca de vaca, y espolvoreadas con queso rallado y algo de pimienta de Cayena. Se doran ligeramente al horno.

TRUCHAS A LA FRANCILLÓN

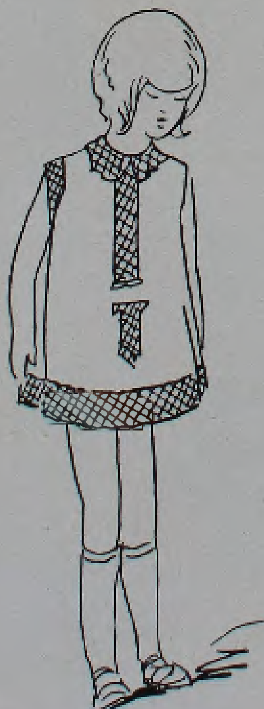
Truchas de a ración; bien sazonadas en sal, mucho zumo de limón en maceración; se asan a la parrilla a su debido tiempo. Por cada pieza se corta un costrón de pan de molde de un centímetro de espesor y estrecho como la trucha; estos costrones su tuestan y se untan por la cara superior con manteca de anchoas. Colóquense en una fuente, poniendo encima de cada costrón una trucha recién asada; adorno de montoncitos de patatas paja, también recién fritas, y tres o cuatro montoncitos de perejil en ramo frito.

Aparte y al mismo tiempo se sirve una salsera de salsa de tomate, que esté fuertemente perfumada de manteca de anchoas.

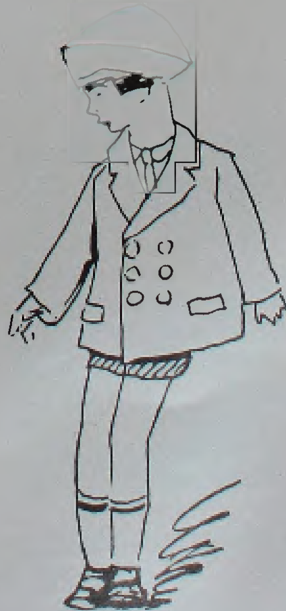
PERDICES ESTOFADAS A LA CATALANA

Una vez estén bien limpias se rellenan cada una con dos salchichas y un poco de carne de ternera picada, los higadillos y algún trozo de trufa picada. En cuanto están bien bridadas, se ponen en una cacerola con tocino, un poco de aceite, cebolletas, un trozo de corteza de naranja seca, tomillo, laurel, perejil en rama, pimienta en grano y un ajo machacado, sal; cuando la cocción haga un cuarto que esté en marcha, se añade un poquito de chocolate rallado disuelto en agua, vino blanco y vinagre. Tapar la cacerola herméticamente. Cocción suave y continua.











Nuestra casa

EL «BOUDOIR»

JUNTO a la alcoba, si es posible, debe hallarse el *boudoir,* ese rinconcito cálidamente confortable, que es el santuario de la mujer. Basta en realidad con que sea «un rinconcito», una estancia pequeña que, con arte y gracia, convertiremos en un delicioso estuche. El verdadero *boudoir* se compone de muy pocos muebles y de mil chucherías. Revela, más que ninguna otra estancia de la casa, el espíritu de feminidad de su dueña.

Un diván turco cuajado de cojines—las *chaises-longues* están en desuso—, un pequeño estante con los libros predilectos, un escritorio y una mesa tocador—completada por un gran espejo y buena combinación de luces—, forman el mobiliario. En cuanto a lo demás, ¡dejemos que vuele libremente la imaginación de cada una!

En el *boudoir* de una amiga mía he visto recientemente una serie de innovaciones de mucho interés para toda mujer. La mesa tocador, del mismo estilo moderno y neto de la de escribir, estaba colocada entre dos estantes en forma de escalones. Abriendo la puerta de la parte baja de uno de ellos, mi amiga me enseñó que estaba dividido en numerosas divisiones, destinadas a dar cabida a sus zapatos. La segunda división de este mueble original daba albergue a sus medias, y la tercera a su ropa interior. El otro estante ocultaba en su parte alta los sombreros, en la del medio guantes y pañuelos y en la baja el sinnúmero de frascos y tarros destinados a embellecer su rostro.

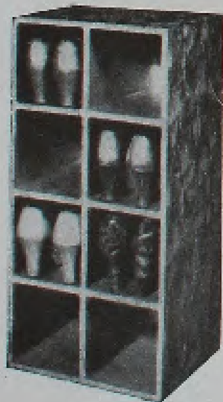
«Los armarios han pasado de moda— me explicó la dueña de este modernísimo *boudoir*—; sólo los necesitamos ya para lo que indispensablemente tiene que estar colgado. En América ya sabes que brillan por su total ausencia y han sido sustituídos por esos *closets* dentro de la pared, tan cómodos y prácticos. Nosotros, como aun no contamos con tanto adelanto, tenemos que recluirlos al cuarto de armarios. Pero como hace falta tener a mano lo más necesario, he ideado estas bibliotecas de aspecto tan austero. ¿Verdad que nadie diría que guardan en su interior tanta frivolidad? Mira, en cambio, mi mesa tocador. Está totalmente desprovista de «productos de belleza y sólo ostenta mi juego de plata antigua. Cuando me compongo, saco de mi estante una bandeja que tengo con todo lo necesario para el maquillaje y después la vuelvo a colocar en su sitio. Odio esos tocadores de señora que parecen trasplantados del camerin o de alguna corista. Mi marido, aunque partidario de que la murjerse *retoque,* se desilusionaría, sin duda alguna, si viera todo ese batallón de tarros y creyera que yo les debo mi aspecto juvenil y saludable. Los mil detalles de la vida diaria, de nuestra persona, de nuestra casa, son los que conservan o defraudan la ilusión. Por eso la mujer verdaderamente femenina procura presentar al hombre ya resueltos y pulidos todos los conflictos y tropiezos de la vida casera y doméstica. No le fatiga ni le desilusiona con los *trámites,* y sólo le deja ver los agradables *resultados.*»



Un rincón del «boudoir».



División para medias que puede hacerse en cualquier cajón.



División para zapatos que puede hacerse en cualquier armario. Modelo FRANCIS JOYCE.





Un cómodo armarito con divisiones especiales para medias y zapatos. Modelo patentado de THE CLOSET CHOP.



Otro aspecto de mesa escritorio.

VIEJAS COCINAS VALENCIANAS



Cocina de la casa de los barones de Vallvert



FAMA y renombre tuvo siempre la industria alfarera de Valencia. De su ponderada *obra* antigua de Paterna y Manises han abundante muestra en el Museo de Barcelona y en la admirable colección de D. Guillermo de Osma, más conocida con el título de Instituto del conde de Valencia de Don Juan, y en ambos lugares puede verse la justa fama de su belleza.

La terracota pintada de Paterna, de aborígenes árabes e inspiración artística persa, logró en el siglo XIV tal nombradía, que desde las costas de Levante se enviaban, mecidos por las olas mediterráneas, azulejos esmaltados al inflexible Papa Luna, y en Aviñón, en el mismo siglo, el cardenal Aubert Audoin pavimentaba su palacio cardenalicio con *taulells* valencianos donde lucían las armas del prelado vidriadas por los hornos del señorío de los Lunas.

Manises, el viejo feudo y vínculo del nobilísimo linaje de los Bolies, hereda en el siglo siguiente las tradiciones de la artística manufactura de Paterna, y en tiempos de su octavo señor jurisdiccional, D. Pedro Boil y de Navals, se puebla la villa de alfares, envolviendo con el humo de los hornos el lugar, como una ofrenda pagana de arte.

El espejo de oro de la loza de Valencia alternaba en la mesa del suntuoso Papa Alejandro VI, junto a la vajilla de plata cincelada por los artistas italianos del Renacimiento. El palacio de Castelnovo de Nápoles lucía en sus solados blasones maniseros con las armas del Rey Magnánimo y la emblemática empresa de *siti perillos*,


Cocina de un pueblo de Valencia

VIEJAS COCINAS VALENCIANAS

motivos ornamentales, repitiéndose constantes los temas del barco, la paloma *(pardalot)*, la mata de claveles *(clavellinera)*, que poco a poco va estilizándose hasta casi desaparecer su primitiva forma. Entonces el barroco desarrolla sus exuberantes trazos en los bellos zócalos multicolores que hoy pueblan las iglesias, los conventos, los palacios y las antiguas casas del Concejo de las ciudades del Levante español. Esta modalidad de los grandes planos ornamentados, donde un sentimiento popular tiene marcada influencia, da lugar a los piadosos retablos callejeros de tejado y farolillo, a los románticos calvarios custodiados por rusiñolescos cipreses, a los arrimaderos y cantareras de alto concepto decorativo y gayoso, a las escaleras de historietas, donde en el contraescalón dejaron


Dos aspectos de la cocina del palacio de los barones de Llauri y Terrateig

al propio tiempo que las salas borgianas del Vaticano se ornamentaban con pisos del reino de Valencia que llevaban por heráldica señal los gallardetes o llamas moradas y las dobles coronas acoladas, de misteriosa y desconocida significación.

Las naves que cruzaban el Mediterráneo llenaban sus inmensos vientres de *obra* de Valencia para adornar con la bella producción alfarera los palacios de Francia e Inglaterra, decorar las estancias de arte de los pintores flamencos confeccionadores de retablos, las capillas circulares de los nobles de Nápoles, las suntuosas mansiones de los opulentos comerciantes de Génova y Venecia, y hasta Malta y Turquía llegaban los cuencos, escudillas, jarros y demás enseres de la variadísima industria de barro cocido y esmaltado del señorío de los Boiles.

A las fantasías y quimeras del arte gótico (fauna y flora singular) sucede en Manises la decadencia artística de los



VIEJAS COCINAS VALENCIANAS

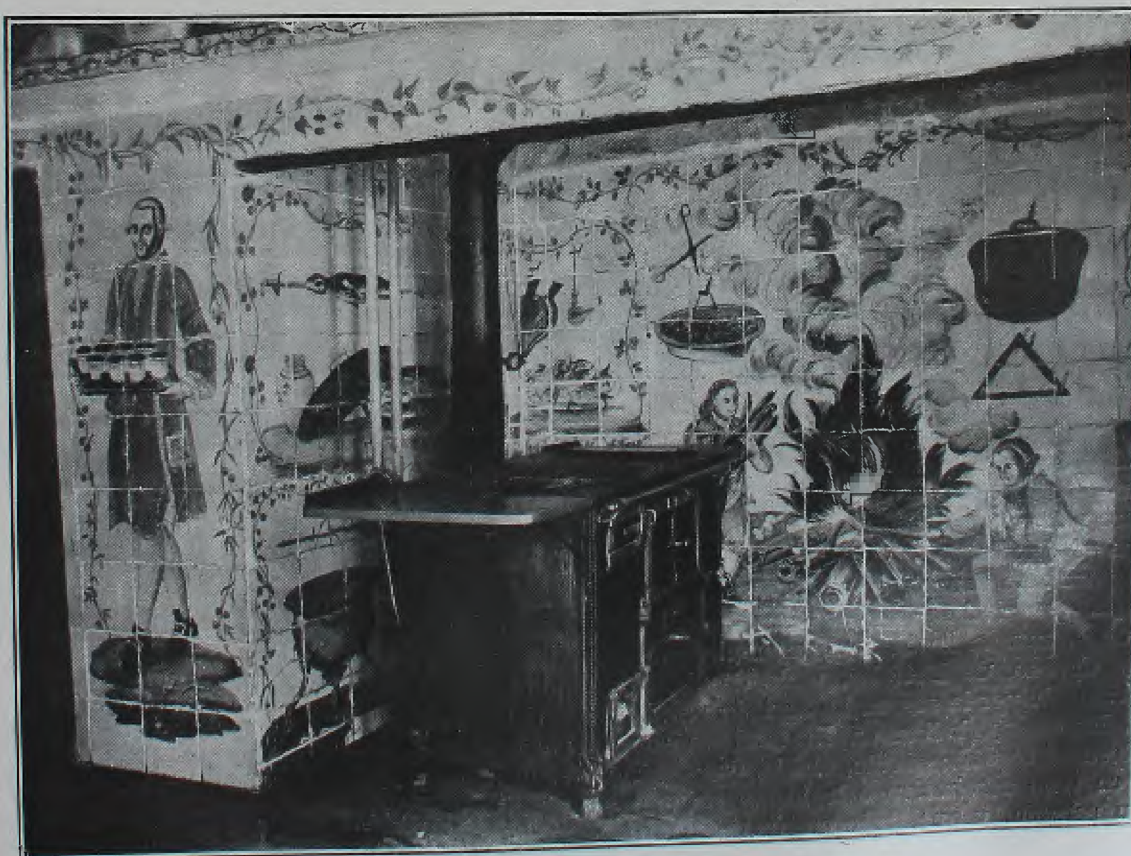
plasmados los pintores cerámicos de Manises y Alcora del siglo XVIII los tipos populares: vendedores, militares, estudiantes, majas y toreros. Entonces, en el período álgido de la aplicación azulejera a la casa, surge la cocina, la decoración a base de anécdota con todo el atavío de cacerolas y menaje, con los productos de la matanza del cerdo, en su variado aspecto de forma y color. Penden de las paredes el corderillo despellejado, cuyo interior se adoba con olores de tomillo y romero, el lebrillo repleto de buñuelos aceitosos, los lebratos y perdices muertos en el coto del Señorío, las aves de Albufera de condimento peculiar, *coll-verts*, *piulos* y *fochas*. En estas cocinas famosas podíamos estudiar todo el arte antiguo de guisar, la presentación de las fuentes en los pantagruélicos convites, las diversas fases de la paella, el plato cumbre de la cocina española. Seguimos paso a paso el solemne acto de la chocolatada servida por el criado ataviado con lujosa librea y empolvada peluca, haciéndonos pensar en el epicúreo regodeo de los comensales.



Otro aspecto de la cocina del palacio de los barones de Vallvert

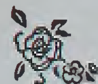
En los palacios y casonas de los antiguos barones del reino de Valencia abundaban estas cocinas populares de cerámica; la vida moderna, con sus derribos y ensanches, fué destruyendo estas interesantes muestras de las antiguas fábricas de Manises y Alcora; no obstante, aun perduran las que mostramos en los adjuntos gráficos de los barones de Vallvert y Llauri; famosa es otra del presidente de la Academia de San Carlos, de Valencia, D. Juan Dorda, y la que en el pueblo de Benicarló tienen en su casa solariega los marqueses de Benicarló, esta última valiosa en alto grado por ser procedente de la fábrica de Alcora, industria floreciente y nombrada en tiempos de los condes de Aranda, señores de la alcaida de Alcalaten en aquel pueblo.

José Luis ALMUNIA



Un rincón de la cocina del palacio de los barones de Llauri y Terrateig

Fotos Derery



EL JARDÍN DEL POETA



L terminar la lectura del libro cordial y amistoso del Paul Faure: *Vingt ans d'intimité avec Edmond Rostand*, he comprendido una vez más el abismo que existe entre la leyenda popular en torno a un hombre célebre y la realidad, no siempre tan prosaica o desalentadora como se pretende. Y en el caso de Rostand, el hombre de los triunfos sensacionales en plena juventud, puede ahora medirse cuán desfigurada fué su verdadera personalidad por la admiración, el reclamo, las indiscreciones periodísticas y la envidia implacable que siempre desencadena el éxito. El libro de Paul Faure no es una de estas biografías literarias, tan de moda hoy día, en las que se desentierra al muerto para desacreditarle y ridiculizarle con la exhibición de sus vicios y flaquezas. Ni se inspira en el profano deseo de derribar un ídolo, mostrándole inferior a la mayoría de los demás mortales. Al contrario, el libro de Paul Faure es íntimo, como indica su título, y sin caer en el ditirambo ni en la adulación, vibra todo él con un acento inequívoco de respeto y hondo afecto hacia la persona del célebre poeta. Vemos surgir de sus páginas un Rostand muy distinto a la figura radiante de aureola luminosa, mimada por todos los favores del destino que envidiaban las gentes. Un hombre descontento de la polvareda que levanta su obra, de la popularidad ruidosa, de la incesante persecución de admiradores y periodistas, cuyo aspecto frío, distante, oculta, sin embargo, un corazón de oro. El autor vivía en Cambo, lindo pueblo vasco en la vertiente de los Pirineos, allá por el alba del siglo actual, cuando llegó el poeta a fines de otoño, acompañado de su familia. Rostand venía a instalarse en Cambo por una larga temporada y a restablecer en el clima templado una salud muy quebrantada. El exceso de gloria parecía pagarlo con el tributo de un organismo débil y un temperamento artístico devorador, sin duda, para acatar la supuesta ley de compensaciones. Desde entonces, el apacible Cambo iba a atraer la atención no sólo de Francia, sino del mundo entero, ya que en dicho pueblecito residía el inmortal autor de *Cyrano*, cuyo estreno fué el mayor triunfo de la escena francesa en el siglo XIX. Faure, en su libro, no oculta la expectación que le invadía, como a los demás habitantes de Cambo, aquel atardecer memorable en que llegó la familia Rostand a la villa Etchegorría. Tampoco disimula su desilusión al ver por vez primera al poeta bajando la escalera de su casa para ir a darse un paseo. Su rostro pálido e impasible, su monóculo, su rigidez y hasta la indumentaria algo rebuscada, le dan un aspecto altivo, frío, distante. El autor nos dice que renunció entonces a acercarse a él y a expresarle su ferviente admiración. Pero un rasgo de Rostand, pocos días después, borra aquella impresión desfavorable y forma el primer jalón de una larga amistad. Rostand se entera de que vive cerca de su casa un escritor enfermo. No le conoce. No importa. Le anuncia su visita en prueba de compañerismo. Y he aquí al convaleciente y a su íntimo, el propio Faure, trémulos, expectantes, ante la llegada del autor glorioso de *La princesse Loitaine*, de *Cyrano*, de *L'Aiglon*, ídolo de Francia, adulado por las masas y colmado por la suerte. La ansiada visita no defrauda las esperanzas. En efecto, hallan un Rostand muy distinto a su leyenda: un Rostand cordial, sencillo, afable, que detesta le hablen de sus obras en tono admirativo o le hagan preguntas indiscretas respecto a su persona, y que, bajo su apariencia fría, oculta verdadera timidez, al par que un corazón generoso. ¡Grata sorpresa! Desde ese día queda sellada la amistad entre el poeta y su futuro evocador. Juntos pasean por las frondosas avenidas de Cambo, evitando en lo posible a los curiosos y a los impertinentes que acechan a Rostand para pedirle autógrafos o para fotografiarle. Este es otro tributo de la gloria. Rostand podría ser dichoso. Habita en una casa confortable. Tiene a su lado una esposa bella y elegante que le idolatra y le hace la existencia fácil. Dos hijos que alegran el hogar. Fortuna, servidores, amigos leales... ¡Ah! pero cada mañana el correo le abruma y le alcanza en su soledad. Son montones de cartas y de peticiones rogándole autógrafos y retratos suyos. Son los empresarios que le piden su próxima obra dramática. Son cómicos o actores anunciándole su próxima visita a Cambo a fin de pasar unos días junto al autor de *Cyrano* y regresar a París con las últimas impresiones de sus proyectos teatrales. ¡Ni en Cambo es ya posible la tranquilidad! Cambo ha dejado de ser lo que era desde que habita en él Rostand y desde que su fama atrae a los curiosos y a los *snobs* como las mariposas a la luz...

* * *

Al fin el poeta halló su adecuada torre de marfil con la compra de unos terrenos donde había de surgir su maravillosa finca «Arnaga». Allí huiría de las muchedumbres, y al contacto del espléndido paisaje vasco, de sus montañas, sus valles, sus torrentes, edificaría una suntuosa villa y trazaría un lindo jardín. Este era el sueño de Rostand, sueño que vió realizado tras de no pocas inquietudes y rectificaciones continuas. Pero era, sobre todo, el futuro jardín donde pudiese soñar, pasear y sentirse libre de gentes inoportunas, lo que más anhelaba Rostand. Y así, antes que la casa, al estilo vasco en su interior, comenzó el poeta de *Cyrano* a ocuparse de su jardín, a trazar sus amplias avenidas, a encargar plantas raras y a transportar frondosos árboles. El libro nos cuenta los desvelos constantes que atormentaron a Rostand durante la creación de «Arnaga». Se ha dicho, con harto fundamento, que «Arnaga» le preocupaba más que sus obras dramáticas, y ello es rigurosamente exacto. Aunque la contemplación de la naturaleza y la observación directa de un gallinero iban inspirando al poeta las primeras escenas de su próxima obra *Chantecler*, nunca hablaba a sus íntimos de ésta; pero, en cambio, no cesaba de hablarles con creciente entusiasmo de «Arnaga». No sabemos si fué acaso un acto de rara intuición, pues «Arnaga», una vez terminado, fué un éxito alabado por cuantos lo vieron, mientras que el *Chantecler*, tanto tiempo esperado, causó una decepción después de las obras anteriores. Pero Rostand, antes y después del ruidoso estreno, se sentía feliz en sus jardines de «Arnaga». El menor desplazamiento, el volver a París ahora se le hacía insoportable. Rostand se hallaba acostumbrado a la apacible tranquilidad de Cambó, y la agitación que provocaba siempre su llegada a la capital, con el inevitable cortejo de admiradores, periodistas y satélites, herían su fina sensibilidad de artista y su carácter tímido. Contra la opinión de entonces, aborrecía el reclamo ruidoso y el exhibicionismo histriónico. Donde se conocía realmente a Rostand era en Cambo, en la intimidad, según nos asegura Paul Faure. Allí sólo se atreven a venir a verle algunos amigos incondicionales; el crítico Bauer, su famoso intérprete el

actor Coquelin, la condesa de Noailles, esa inspirada poetisa... Y nada agradece tanto Rostand como el que, en vez de hablarle de sus obras, admiren su jardín con verdadero fervor. Aquello es también su propia obra, obedecen a su inspiración los más íntimos detalles, el trazado de los caminos y de los jardines al estilo francés, el espejo del estanque y el agua burbujante de los surtidores, las flores maravillosas que a montones perfuman el ambiente, las terrazas que abren infinitas perspectivas sobre el panorama de montañas... Por las avenidas pasean majestuosos los pavos reales, y en el aire revolotean las palomas blancas, que cada mañana vienen a posarse en el balcón hospitalario del poeta. Y Rostand se extasía a diario contemplando su jardín ideal, proyectando nuevas mejoras. Todas las tardes, cuando baja de su cuarto, abandonando su labor, se detiene en la escalinata para admirar el jardín. Las suntuosidades del interior de su casa, el decorado, debido a insignes artistas, todo eso le es indiferente. Lo que le obsesiona es agrandar y embellecer cada vez más el jardín de «Arnaga». Juntos, el poeta y el amigo pasean por las avenidas en íntimo coloquio. Rostand se deja mecer por los murmullos de la naturaleza. Allí la decepción de *Chantecler*, el júbilo de los envidiosos importan muy poco. Nada le arrebata su gloria al poeta. Puede esperar meses, años, sin apremios, escribiendo nuevas obras con toda tranquilidad. Lo único que importa es su organismo delicado y su salud endeble...

Pero de pronto, en el apacible horizonte de su vida estalla la tormenta de la guerra. Lo que fué el calvario del poeta ante la invasión, sus ansiedades de patriota, sus servicios en el hospital de Cambo, bien lo describe este libro fervoroso. Acaso tales inquietudes minaron sus fuerzas agotadas. Aun tuvo el poeta un estremecimiento de júbilo al sonar los clarines de la victoria... El último. Corrió a París para mezclarse a las muchedumbres entusiastas del armisticio. Y en unos días, una gripe infecciosa lo llevó al sepulcro, sin que esta pérdida tuviera su debida trascendencia nacional a la hora del gran acontecimiento histórico.

«Arnaga» quedó vacío, triste, abandonado, como si le faltara la luz radiante de la gloria de Rostand. «Arnaga» se puso a la venta, y por fin pasó a manos desconocidas, aunque ya habían huído las musas al morir el poeta. Y Cambo perdió entonces su celebridad. Ya no se habla de Rostand; pero el penacho de *Cyrano* sigue siendo un símbolo, y en la escena francesa, como el *Tenorio* en la nuestra, arrebata siempre al público y tiene asegurada la inmortalidad.

ALVARO ALCALÁ GALIANO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

«ESCRITOS LITERARIOS» de A. Schopenhauer, traducidos por Edmundo González-Blanco.—Colecciónanse en este volumen cinco estudios del célebre filósofo alemán sobre las bellas artes y los letrados, sobre la lectura y los libros, sobre el lenguaje y las palabras, sobre el genio de la escritura sánscrita y sobre la personalidad literaria.

La cultura del traductor—personalidad bien destacada—ha puesto a la obra un brillante prefacio en que realiza una biografía-crítica muy acertada de Schopenhauer, exponiendo y comentando sus teorías.

«LA BODA DEL CIELO Y EL INFIERNO», de Guillermo Blake; traducción de E. González-Blanco.—La traducción de Blake que acaba de aparecer es uno de los más extraños libros que haya concebido el espíritu humano y que bien pudiera colocarse en la categoría de los «libros del misterio». Su autor expone las más audaces ideas religiosas, filosóficas, sociales y políticas de un modo poético y místico en forma de leyendas simbólicas y cosmogenias dogmáticas de dificilísima interpretación. Por ello y por ser Blake un escritor completamente desconocido fuera de Inglaterra y que sólo ha tenido unos pocos comentarios en Francia, el traductor se ha visto obligado no sólo a intercalar en el texto algunas notas ilustrativas, sino que también a redactar una introducción crítica tan extensa que comprende una tercera parte de la obra.

«VELÁZQUEZ: EL HOMBRE Y EL PINTOR», monografía por Joaquín Plá y Cargol.—Nuevamente da pruebas de su erudita amenidad Joaquín Plá y Cargol, que sabe resumir, con el máximo acierto, la vida y la obra de los grandes maestros de la pintura nacional. Después de El Greco y Goya—volúmenes ambos bien recientes—, es ahora la silueta del inmortal Velázquez la que evoca el culto escritor gerundense; y, como las de aquéllos, queda la del creador de los bufones de Felipe IV fijada en las breves páginas del opúsculo con valores nuevos, que Plá—después de trazar la biografía del hombre y recoger juicios y comentarios ajenos sobre el pintor—, sabe hacer muy atinadas apreciaciones personales.

«LA FERIA DE MONTMARTRE», novela original de Alfredo Maseras.—He aquí una novela personal y moderna; pero dando a la palabra moderno su alto significado: juventud, fuerza, belleza, no ocultando tras de ella—según es costumbre— confusión, decadentismo, debilidad. Extraña de forma, pero no por expreso y falso propósito del autor, sino porque así encuentra mejor el camino para comunicarse con el lector; con inexperiencias y defectos—leves, pero defectos—, a las unas veces, y aciertos rotundos en otras, «La feria de Montmartre» puede y debe ser tenida en consideración a la hora presente en que—perdido todo valor el adjetivo encomiástico a fuerza de prodigado—, tantas y tantas insulseces se nos brindan con pretensiones de obras maestras.

«EL CAMINO DE LA DICHA», ensayos por el Dr. Víctor Pauchet.—Aquel que lea con atención cuantos ensayos contiene «El camino de la dicha», si es hombre sano, fuerte de alma y cuerpo, saldrá robustecido y ennoblecido de su lectura; si duda y vacila su intelecto a la par que su fisiología, encontrará alivio positivo siempre, muchas veces curación total, en sus páginas.

El Dr. Pauchet afirma que todos somos dueños de nuestro porvenir, que en nuestras manos está modificarlo, mejorarlo y hasta rehacerlo. A dar a quien leyere el dominio de sí mismo—verdadero y único «Camino de la dicha»—encamina sus predicaciones, que son tanto fisiológicas como psicológicas, y resumen las nuevas tendencias terapéuticas.

«Respirad a fondo, masticar lentamente, practicad con escrupuloso esmero las reglas higiénicas, y vuestro cuerpo sano y limpio, vuestra sangre oxigenada y pura os darán el optimismo, la fe en vosotros mismos, que os llevarán al éxito de la mano. Si dudáis, si os sentís pobres de voluntad, practicad la autosugestión», preconiza el autor.

De permitírnoslo el espacio, resumiríamos cada uno de los capítulos del libro, que todos merecen ser divulgados, siquiera fuese en extracto; constreñidos al leve comentario, queremos llamar la atención de nuestros lectores, sin distinción de edad ni de sexo—«todos estamos siempre a tiempo de cambiar nuestra vida y mejorarnos el porvenir», dice Pauchet—, sobre la edición española de «El camino de la dicha», que Germán Gómez de la Mata ha traducido correctamente.

«NUEVO ESCENARIO», ensayos por Enrique Estévez-Ortega.—Pocos, poquísimos escritores jóvenes españoles tan documentados para escribir de temas teatrales como Estévez-Ortega, cuya constante inquietud espiritual le lleva, de continuo, a bucear en las revistas y libros extranjeros. En torno a la crisis que actualmente atraviesa Talía, la pluma ágil del sagaz escritor ha trazado una serie de artículos que analizan las causas de la pretendida decadencia desde los más elevados puntos de vista del Arte y estudia las modernas escuelas técnicas, decorativas e interpretativas que en el mundo intentan hacer resurgir la venerable carreta de Tespis.

Síntesis certera y afortunada la que realiza Enrique Estévez-Ortega, ilustrada con interesantes reproducciones. Aunque en no pocas apreciaciones del culto literato discrepemos de sus teorías, siempre hay que reconocer la recta intención y sincera orientación con que procede en sus razonamientos. «Nuevo escenario» es libro que no puede desconocer nadie que se interese por el teatro.

(En esta sección daremos cuenta de cuantos libros se nos remitan dos ejemplares.)



LA EVOLUCIÓN DE LA BELLEZA FEMENINA A TRAVÉS DEL ARTE

(DE NUESTRO REPRESENTANTE ESPECIAL.)

UNA EXPOSICIÓN DE INTERÉS



LA Exposición de cuadros por los varios maestros holandeses que acaba de abrirse en Burlington House, es de sumo interés. Esta colección notable, a la cual han contribuído personajes distinguidos de todas partes del mundo, incluso S. M. el rey, tiene un carácter general muy artístico y no puede sino merecer la simpatía del público. Los llamados «Primitivos» de los siglos XV y XVI están bien representados por Gurgen Tot Sint Jans (1465-1495) y Jan Van Scorel (1495-1562).

Después del apogeo del arte holandés al fin del siglo XVII, su gloria decayó y fluctuó caprichosamente, hasta que en nuestra propia época empezó un renacimiento de bastante importancia. Principalmente fué influenciado por Francia, primero por el grupo Barbizon y más tarde por los «Impresionistas», Monet, Sisley y sus colegas.

Pero el movimiento así empezado pronto se convirtió en una forma de expresión netamente y evidentemente nacional; llegaron los hermanos Maris, Jong Kind, Weissenbruch, Josef Israels, Anton Mauve y otros tantos.

Las obras de Breiynerm, en particular, tienen un interés especial, con motivo de ser mucho menos conocidas entre nosotros que las de sus contemporáneos: se demuestra un artista dotado de una espontaneidad sorprendente y de una vista vigorosa; nos da en sus cuadros las cosas que él ve, ni más ni menos, y las presenta con una verosimilitud exacta y con autoridad técnica.

Las fotografías en estas páginas son de una selección que espero tendrá interés para los lectores de COSMÓPOLIS. Me permito mencionar particularmente la pintura por Pieter de Hooch, que parece establecer el hecho de que el deporte del *golf* es más antiguo de lo que se hubiera sospechado.



«Jugadores de golf», cuadro de Hooch, perteneciente a la colección de Mrs. Roland Greville

Debemos este banquete de tesoros de arte a la iniciativa de la Sociedad Anglo-Batavia, bajo la presidencia de S. E. el ministro de los Países Bajos. Y más que todo debemos reconocer la generosidad de la contribución hecha por el Gobierno holandés, que no ha sabido poner límite a la generosidad de su préstamo.

LA AFLUENCIA DE PÚBLICO

Esa generosidad se verá recompensada hasta cierto punto cuando nuestros amigos holandeses se den cuenta del *record* establecido por el número de ingleses que visitan y que vuelven a visitar a Burlington House para gozarse del espectáculo.

Aunque me acordé de las cifras de los visitantes a la Exposición flamenca en 1927 (más de 150.000), que tuvo una duración

CARTAS DE UN LONDINENSE

de ocho semanas, me sorprendió saber que unas 4.000 personas (y más en los sábados) visitan esta Exposición diariamente. Ya se ha vendido un número mayor de abonos que se vendieron para la Exposición flamenca, lo que prueba que el público británico es menos bárbaro de lo que se pensaba.



«Desnudo», cuadro de G. H. Breitner, propiedad del Museo Municipal de Amsterdam

LA MUJER, EL HOMBRE Y LA HERMOSURA

Es curioso, sin embargo, después de una visita a esta Exposición, reflexionar sobre los distintos arquetipos de belleza femenina que rigen en varias épocas y en distintos países. Había un contraste pasmoso entre las mujeres holandesas en los cuadros y las mujeres vivas que desfilaban ante ellos. En las paredes, una tras otra, una larga línea de mujeres feas, sin pasión, sin perfil, formas pesadas que nunca pudieron haber tenido contorno ni encanto. Sorprendí el comentario de un crítico que estudiaba *Susana en el baño*, de Rembrandt; decía que los viejos merecieron el divino castigo, tanto por su falta de gusto como por su lascivia.

Es incontestable que ese tipo de *belleza* existió en realidad en su época, cuando los pintores lo confeccionaban con sus pinceles. Pero la belleza de hoy es, creo, mucho más satisfactoria.

Seamos filósofos. La explicación es que el arte de ser bella es un arte progresivo. La mujer bella es, en efecto, la más importante obra artística de los hombres.

Desde la época donde *homo sapiens* descendió de su árbol, ha venido estableciendo un ideal de belleza femenina, al que la mujer ha tenido que aceptar y adaptarse, so pena de quedarse «para vestir imágenes».

Así, en el curso de los siglos, este ideal se ha cambiado y mejorado, siguiendo Eva acatando el mandato de Adán de ser bella. Por eso, cuando comparamos el ideal europeo de hoy con el de hace trescientos o cuatrocientos años, sabemos comprender por qué las mujeres están mejor hoy que nunca y por qué, también, hay tantas mujeres bellas. El hombre ha venido perfeccionando su obra maestra... ¡y la mujer le ha ayudado en mucho!

DEPORTES DE INVIERNO

En enero, todos los afortunados que pueden huyen de las



El carnaval entre la nieve, en las pintorescas perspectivas de St. Moritz



Retrato de Jan Steen, de la colección del Castillo Rohones



«Salomé», tela de Dostanen, de la Real Galería de Pinturas de La Haya

nieblas, las lluvias, el frío ártico de Londres. Los encontrarán, sobre todo, en Suiza, gozando del sol vigorizante del invierno en San Moritz, haciendo carnaval en esquís por el día y partidos de *bridge* y bailes durante la noche. Casi no puedo mirar esta fotografía de ciertos amigos en San Moritz sin sentir una envidia innoble.



«Susana», una de as obras maestras de Rembrandt

Pero, en compensacion, para nosotros, que tenemos que quedarnos, se ha construído en Richmond una superficie de hielo artificial de 24.300 pies cuadrados, la más grande—así dicen—del mundo. Y, como siempre, son los chiquillos los que la aprovechan mejor.

PEEJAY

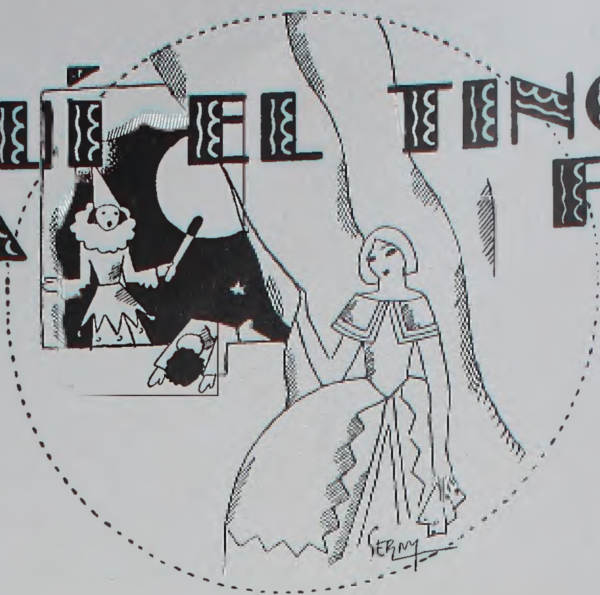
(Londres, enero de 1929)

«LAS MAÑANAS DEL RETIRO»

HISTORIETA CÓMICA
POR SERNY



"HE AQUÍ EL TINGLADO DE LA ANTIGUA FARSA..."



NUESTRO CALUMNIADO PÚBLICO



Es tópico viejo en las pláticas sobre teatros—conversación de saloncillo, café o entreacto—la frase hecha de «nuestro público no quiere novedades». Cuando se habla de la tan decantada crisis—otro tópico más y de no menos respetable ancianidad—, si alguien alude a lo inmutable de los temas que hasta los escenarios nacionales ascienden y pretende sostener que se cae de vetusta y asmática la patria dramaturgia, siempre hay quien esgrime, con aire suficiente, el argumento Aquiles de la cuestión y concluye, con aire dogmático de perdonavidas, de hombre que «está en el secreto»:

—¡No diga tonterías, hombre!... Es inútil hacerse ilusiones. Al público no le gusta lo nuevo, le asustan las audacias.

A fuerza de repetir tan monstruoso absurdo, la falacia adquirió caracteres de incontrastable verdad. Y los empresarios—muchos de los empresarios—, confundiendo el novel con lo nuevo, en su secular costumbre de tomar el rábano por las hojas, encontraron un fácil comodín para cerrar sus puertas al autor joven en la glosa de la frase:

—Nuestro público no quiere nada con la gente nueva.

¡La gente nueva, la novedad!... Dejemos a un lado la cuestión latente—puesta de relieve con manifiesta inoportunidad en forma y lugar—del «vanguardismo», para no caer en extremos pueriles, que tan peligroso es negar la existencia, influencia e importancia de los modernos procedimientos como convertirla en panacea universal de todos los males que afligen a Talía, en una especie de «polvos

«DE LA NOCHE A LA MAÑANA»



José López Rubio y Eduardo Ugarte Pagés han demostrado, ante el público del Reina Victoria, con cuánta justicia le discernió el primer premio del concurso de noveles de «A B C» el competente Jurado que nombró nuestro querido colega.



José López Rubio



Eduardo Ugarte Pagés

«PEPITA JIMÉNEZ»



Con verdadera veneración, Cipriano Rivas-Cherif ha dibujado las estampas que evocan, en Fontalba, la más popular novela de Valera, en la que Carmen Carbonell se ha revelado una excelente primera actriz



de la madre Celestina» literarios. El desprecio, la indiferencia que sienten—o simulan sentir— hacia el dramaturgo que no es «emperador del trimestre» las empresas, es tan injustificado y absurdo cuanto que los «ases de hoy fueron «noveles» en un ayer no lejano, y respecto a las normas nuevas, ¿acaso el teatro no es renovación constante, desde «Las aceitunas», del batihoja sevillano, hasta las últimas especulaciones cerebrales de Lenormand y Gantillón?...

Pero el caso era que a todos les iba a gusto en el machito y nadie se decidía a romper el hielo de la animadversión al comediógrafo desconocido. Hasta que *A. B. C*—ese maravilloso diario, honra y orgullo de la Prensa de España—organizó, hace dos años, un concurso entre los inéditos, en que, aparte de un premio metálico considerable, se daba la seguridad del estreno a las obras premiadas por un Jurado de profesionales tan considerable como Eduardo Marquina, Carlos Arniches y José Juan Cadenas, que tenían como secretario al inteligente crítico del querido colega Luis Calvo.

La batería del Reina Victoria—donde obras tan audaces como *El viaje infinito* y *Lilión* vieron la luz por vez primera en España—ha iluminado las escenas del primer premio del concurso de noveles: *De la noche a la mañana.* No es mi intención juzgar la obra—perfecta y armónica en todo momento—, a la que plumas más autorizadas han encomiado, junto con la insuperable interpretación, en la que Josefina Díaz logró relevante éxito personal; quiero sólo señalar que el «juego de humor» de López Rubio y Ugarte Pagés mereció la atención, primero, y el aplauso continuado y franco, después, de «estrenistas» y «público sano», admitiendo la distinción que se hace de antiguo entre los espectadores de la primera representación y los de las subsiguientes.

Al subrayar este hecho, vuelvo por el buen nombre y justa fama de nuestro público, en romántica vindicación. *De la noche a la mañana* es tan nueva, tanto que uno de los personajes—y destaco sólo una novedad «de bulto», sin aludir a las sugerencias del diálogo—es la conciencia del protagonista, con la que éste dialoga de continuo, y que, en determinado momento, se corporiza, adquiriendo forma humana visible a los ojos de todos los intérpretes.

¿Cabe mayor audacia, dentro de la burguesa mesocracia imperante en nuestras salas de espectáculos?... Y, sin embargo, ni un solo espectador



Ceferino Palencia

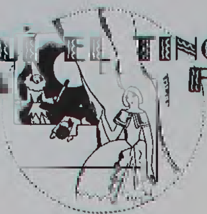


«EL FANTASMA DE CANTERVILLE»



Sobre el popular cuento humorístico de Wilde, Ceferino Palencia ha trazado una habilísima comedia en tres actos, donde la gracia y el sentimiento se aúnan felizmente. La divertida adaptación fué muy bien recibida por el público, coadyuvando eficazmente a ello la compañía del Infanta Beatriz en pleno. Nuestra fotografía muestra, de izquierda a derecha, a las señoritas Luisa Jerez, Fifí Morano e Irene López Heredia en un momento del tercer acto de la nueva comedia





«LAS MARAVILOSAS»





Velasco ha vuelto a triunfar en Price con las suntuosidades de sus revistas. Entre ricas telas y telones vistosos, las bellas tiples y vicetiples de su compañía se exhiben con el pretexto de un libro de Borrás y Paso, muy ameno, y a los compases alegres de la partitura de Soutullo y Vert.



reaccionó de modo inadecuado frente al experimento que a su vista se realizaba; antes, al contrario, fueron todos maravilloso ejemplo de comprensión, dando la sensación real de que colaboraban con los autores, aprehendiendo cuanto ellos les ofrecían a través de su obra.

Y a tiempo que tal ocurría en el aristocrático coliseo, en otro no menos selecto—el Infanta Beatriz—, el fantasma del infeliz lord Canterville, fusión genial del sentimiento y el humor, vivía sus desconcertantes aventuras entre el regocijo y la emoción de un público al que tampoco le sorprendían las bromas confianzudas de los niños al ser ultraterreno ni el temor del infeliz espíritu a la materializada familia americana.

Un fantasma y una conciencia (movidos por autores nuevos) «sueltos» en escenarios madrileños, con la aquiescencia de nuestro público, de ese público que «no quiere novedades ni noveles». ¡Pues si las llega a querer, estimados calumniadores!...

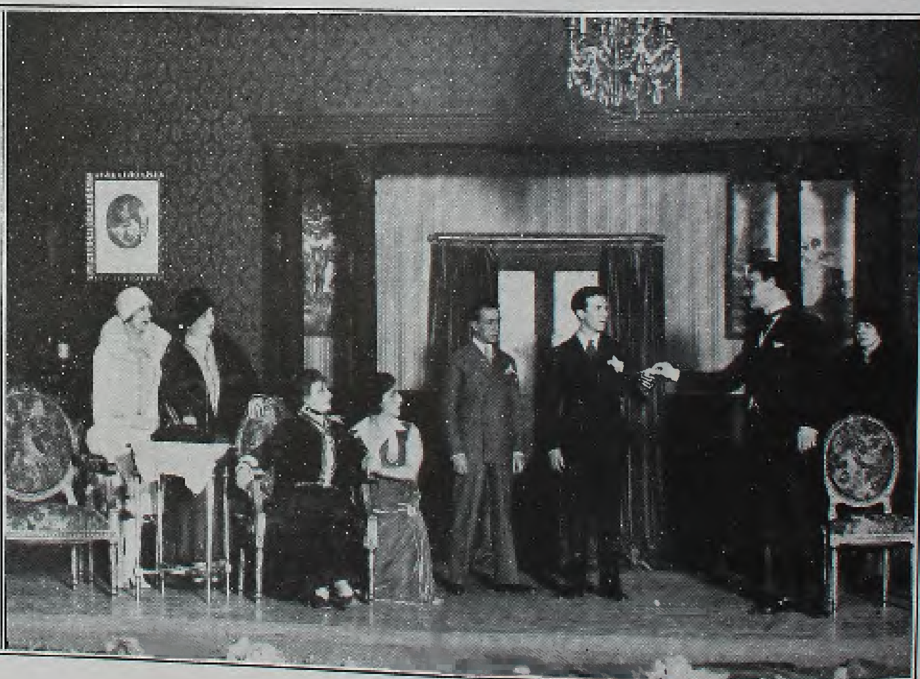
SAM



Pedro Muñoz Seca

«EL SOFÁ, LA RADIO, EL PEQUE Y LA HIJA DE PALOMEQUE» Y «EL ALFILER»





Muñoz Seca ha vuelto a saborear el éxito—el gran éxito—por duplicado. Los espectadores del Cómico y del Infanta Isabel no le han regateado sus muestras de agrado, riendo y ovacionando ambas producciones, la primera de las cuales—regocijante bufonada que escapa a todo intento crítico—es fruto de su consecuente colaboración con Pérez Fernández.


ROJAS
EXPOSICION
INTERNACIONAL
BARCELONA 1929

INSTANTÁNEAS DE BARCELONA

POR

ALFREDO PALLARDÓ RUIZ



Los árboles del paseo de Gracia



LOS ÁRBOLES DEL PASEO...

Se vistieron de lanzas los árboles del paseo... Lanzas de guardarropía, endebles y tornadizas al menor soplo del aire... Y he aquí que, a golpes de hacha, un puñado de hombres hiere la descarnada mole de estos gigantes que, en las calles de tierra, hacen guardia de honor, altivos y reverentes con la multitud que pasa...

El momento no es nuevo: una poda a tiempo... Esa poda que hacen los hombres de nuestra fotografía realizará el milagro de renovar las ramas, devolviéndolas a su juventud periódica y eterna.

Lo nuevo en la instantánea que ofrezco a los lectores de COSMÓPOLIS como nota triste de este mes, todo tristeza, es que he creído escuchar en mi correría junto a estos árboles del paseo un modo de coloquio inmaterial, coloquio de almas que tomé por voz al chocar de dos ramas violentamente cortadas, al hacinarse en el carretón.

Creí entender que hablaban así:

—¿No te parecen muy crueles los hombres?

—Dicen, no obstante, que todo este dolor nos lo procuran atentos a conservar nuestra vida...

—¡Y nos matan, privándonos del inefable consuelo de morir dulcemente, como mueren los viejos ante la juventud obra suya...! No lo entiendo... Te lo aseguro.

—Sin embargo, parece que se toman el trabajo de atormentarnos, llevados por el buen deseo de dirigir rectamente a nuestros hijos...

—Es decir, que nos hacen fructificar con arreglo a las exigencias de una estética absurda, sin piedad para el dolor de nuestra carne material y menos aún para la de nuestro espíritu, ya que, precisamente, en el brote desgraciado y en la rama sinuosa palpita, por regla general, el hijo más querido, por ser el más necesitado de un amor que le consuele...

—¡Ya sabes que los hombres hacían eso en la antigüedad con sus hijos!

—Eran otros hombres y otros tiempos aquéllos... Hoy día hay una porción de grandes figuras... de figura bien triste.

. . . .

En mi memoria han quedado grabadas para siempre las extrañas palabras de las ramas muertas... Y al alejarme del paseo, ante la infinita tristeza de esos árboles mutilados a golpes de hacha por una despiadada razón de belleza futura, he creído sorprender en el carretón donde se hacinaban tantos desnudos restos un parecido desgarrador con la Sima Báratro, a cuyo fondo eran arrojados los pobrecitos hijos de los espartanos que nacían contrahechos o enfermos...

EL PRESIDENTE, EN SABADELL

De su paso por Sabadell, como nota de excepcional interés, ofrecemos a nuestros lectores el momento de terminar su discurso de salutación una pobrecita niña de la Casa de Beneficencia con motivo de la visita hecha por el marqués de Estella a este benéfico establecimiento.

El jefe del Gobierno refleja en la recogida actitud de su tristeza uno de los aspectos que más deben enorgullecerle en su vida triunfal de luchador incansable.



El presidente, en Sabadell.

INSTANTÁNEAS DE BARCELONA

Al acto asistieron numerosas personalidades que con su presencia testimoniaban al decano del Colegio de Procuradores la estima que le profesan y lo bien ganada que ha sido por el Sr. Vergés tan elevada distinción.

EL CUERPO CONSULAR

En Casa Libre, el Cuerpo consular ofreció a las primeras autoridades de Barcelona un espléndido banquete, donde se puso de manifiesto una vez más la perfecta armonía y estrecho acuerdo que reina entre éstas y tan elevada clase, esencialmente representativa de la extensión que abarca el dilatado abrazo de la madre patria.

EL SANTO DEL REY DE ESPAÑA

En el Salón de Ciento tuvo lugar una espléndida recepción con motivo de la fiesta onomástica del rey de España, que fué presidida por las primeras autoridades de Barcelona y numerosas personalidades brillantemente destacadas.

El desfile del elemento civil y militar resultó grandioso, advirtiendose en él, como nota simpática, un imponente grupo de obreros que acudió a testimoniar su inquebrantable adhesión al Trono.

El gobernador dispuso que fueran puestos en libertad buen número de presos gubernativos.



Homenaje al doctor Martínez Vargas.

HOMENAJE AL DOCTOR MARTÍNEZ VARGAS

El acto de homenaje al doctor Martínez Vargas, con motivo de su labor científica, celebrado en la Escuela Normal de Maestras, donde recientemente dicho señor dió su trascendental cursillo de maternología, debe considerarse como una de las notas más destacadas del mes, en lo que se refiere a la vida cultural en la ciudad de los condes.

El rector de la Universidad, doctor D. Eusebio Díaz, y la directora de la Normal, D.ª Carmen Raposo, pronunciaron elocuentes discursos, que fueron aplaudidísimos por selecto público. Por último, le fué entregado al doctor Martínez Vargas un artístico pergamino, obra de la profesora de Dibujo de la Normal, señorita Vilaret, terminando el memorable acto con unas delicadas frases de gratitud que dijo el homenajeado, vivamente conmovido.

Fueron obsequiados los concurrentes con un exquisito vino de honor.

LA MEDALLA DEL TRABAJO

Por el ministro de Trabajo, Sr. Aunós, y el presidente de la Audiencia, Sr. Lassala, le fué impuesta al decano del Colegio de Procuradores, Sr. Vergés, la medalla del Trabajo que le había sido concedida a petición de sus compañeros.



La medalla del Trabajo.

INSTANTÁNEAS DE BARCELONA



El Cuerpo consular.

truído en valiosos mármoles de diversos colores.

Visitó también el Estadio, hallándolo muy superior a cuanto se imaginaba, bajo su aspecto esencialmente deportivo.

Por último, estuvo en las construcciones típicas denominadas «Pueblo Español», alabando mucho la fidelidad con que están representadas las más características variedades de los estilos arquitectónicos españoles.

Antes de abandonar los terrenos de la Exposición, se apresuró a manifestar el marqués de Estella que, contrariamente a los rumores que con insistencia circulaban dando por seguro el aplazamiento de la apertura de esta Exposición, dicha apertura no será aplazada, y tanto Sevilla como Barcelona celebrarán en las fechas señaladas sus grandiosos certámenes.

Fotografías: José M.ª Segarra.



El santo del rey de España.

Y todo el día ondearon los colores nacionales, guardando los buenos barceloneses esta festividad con patriótica exaltación.

LA VISITA DEL PRESIDENTE

El general Primo de Rivera puede decirse que dedicó su breve estancia en Barcelona a visitar en detalle las obras de la Exposición.

Acompañado de las primeras autoridades, del director de la Exposición, marqués de Foronda, y de nutridas Comisiones en representación de diversas actividades ciudadanas, el jefe del Gobierno recorrió concienzudamente las diversas instalaciones, teniendo calurosos elogios para los palacios de Agricultura y Arte moderno, donde examinó los proyectos de los restantes palacios, y los de iluminación del Parque de Montjuich, que ha de ser una maravilla de ensueño, deslumbrador alarde de riqueza y buen gusto.

En el Palacio Nacional, el presidente se mostró admirado de la magnificencia del edificio, especialmente de la cúpula monumental y del salón del Trono, todo él cons



La visita del presidente.

Locutorio de inmortales

Visitas y confesiones de personajes famosos

Dibujos de M. Gutiérrez-Navas



LA HERMANA SAN SULPICIO



Le digo a usted que es para desesperarse. Estoy volada. Lo que me pasa a mí no le pasa a nadie. Por supuesto, yo me tengo la culpa. A cualquiera se le ocurre no haber salido antes al paso de las murmuraciones. Si cuando Ceferino me sorprendió con sus Memorias le hubiera yo enviado con viento fresco y unas mías, muy expresivas, para toda su familia, no me dolería ahora tanto verme engañada, yo, andaluza hasta las cachas, por un gallego. Sí, señor; no lo puedo remediar. Se me enciende la sangre cada vez que pienso en ello. Debe ser mi sino. Me enamoré de un gallego, éste se dejó engatusar por un semigallego (¡ay, mi don Armando de mi alma!), y ahora tengo que hacerle confidencias a un catalán. ¡Y a Sevilla, que la parta un rayo! Vamos, ¿le parece a usted? ¿Tiene gracia?

Y se ponía, adorablemente, en jarras. Y un mohín muy gracioso—entre veras de Gloria Bermúdez y burlas de la madre Desiré—daba a su rostro una vivaz animación.

—No se ría usted, que me da mucha rabia. En definitiva, me sobra razón para quejarme. Verá usted. ¡Ay, Dios mío, rico mío, mi gloria, gracias, muchas gracias! Por fin voy a poder explayarme a mi gusto. Y con un periodista, y ¡catalán! Quién me lo había de decir.

En este punto hube de interrumpir, ya un poco amoscado, el desbordado manantial parlero de la gentilísima.

—Perdone usted. Celebro que por el acento, gracias a Dios, haya conocido que soy catalán. Como un paisano mío, en caso parecido, puedo decirla a usted que no se lo había declarado antes por no darme importancia. No vaya usted a creer que voy a negar mi tierra ni una sola vez; ya no tres, como hizo una sola noche su marido. Es una cosa fea.

—Diga usted que sí, y eso estuvo muy mal. Pero el pobre—considere usted—en Sevilla y gallego, ¿qué iba a hacer? Además, que estuvo siempre gitanísimo y muy salado. ¿Verdad usted? Pero, déjeme que le cuente todo por orden, hombre de Dios, y no me interrumpa. Y por si acaso, vamos a cerrar; no vayan a interrumpirnos los demás.

Se levantó, fuese hasta la puerta y cerró con llave.

—¡Ajajá! ¡El que quiera saber que vaya a preguntarle a Don Oscar, que ya va cuadriculado!

Esto diciendo, sentóse en una mecedora—como si tomase el fresco en un patio andaluz—, echó atrás la cabeza y lanzó un largo suspiro. (En realidad fué como si enviase aliento a un retrato de hombre que aparecía clavado—colgado, iba a decir—en la pared de enfrente y que ostentaba al pie una leyenda que decía: «Seferinito, poetaso y payaso; gallego que no lo parese.»

—¿De modo que usted quiere saber qué opino yo de lo que se dice por ahí con relación a mi vida? Pues me va usted a oír. En primer lugar, tengo que llamarle la atención sobre el hecho especial—y tan especial, subraya con un guiño—que a mí se me conozca por el retrato que ha hecho mi enamorado. Eso me favorece, claro está. Pero... Vayamos por orden, aunque sólo sea por dar gusto a Don Oscar. Sucede, señor mío, que todo lo que, mientras yo estaba en el convento y de todo lo que entonces y luego, cuando le dí «achares» a Ceferino con Suárez, pensé, hice y sufrí, él no sabía nada y nada quiso decir. Y ¡claro! interpretó a su gusto, y favoreciéndose un poco, claro está. ¿Y es esto justo? Vamos a ver: ¿es esto justo? Póngase usted en mi lugar. Es decir, claro, en mi lugar, ¿cómo se iba usted a poner?—añadió, riendo—. Pero hay cosas... ¿No se estaba mascando que la redomadísima prima Isabel le gustaba a Ceferino? Lo que yo llevo sufrido... (Se interrumpe, solloza, se seca las lágrimas con un pañuelo)...

Pero me atropello—reanuda—y voy a marearle a usted. No sé si sabré explicarme, y ya es hora de que empiece a hacerlo.

Con las dos manos—«muy blancas y suavesitas»—se aparta los cabellos de la frente, me mira un momento y prosigue:

—En definitiva, ¿a usted no le parece que Ceferino cuando cuenta la historia de nuestro amor parece que quiere dar a entender que ha sido un héroe enamorándose de una andaluza, frívola, celosa y tonta, él, un poeta serio, listo y formal?

—Francamente, yo...—me atrevo a insinuar.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Me lo va usted a desmentir? ¡No me faltaba más que

LA HERMANA SAN SULPICIO

esto! No; si ya lo podía suponer, todos los hombres son iguales. Pero espere, espere, caballerito. (A lo de «caballerito», no puedo menos de sonreír). Y además, se ayudan unos a otros. Pero aquí tengo, de muchas maneras y en muchas lenguas, esas Memorias tan malas, ¿verdad?, pero muy saladas y muy lindas y muy bien escritas también, ¿verdad? Y vea usted.

Se levanta, me invita a hacerlo a mí también. Abre un armario, y allí, en multitud de idiomas, está, como en un altar múltiple y unánime, «La hermana San Sulpicio».

Toma un volumen cualquiera y dice antes de abrirlo:

—Mire, aquí mismo, en esta edición barata, para que la cosa se divulgue más y más aprisa. ¡Si le digo a usted!

Después de consultar un a modo de índice que en una cuartilla venía adherido a la cubierta, continuó:

—Sí; eso es. Página trescientas doce. Atienda usted.

Y leyó en voz alta:

«... cuando te vayas, estoy segura de que me irás llamando tonta...»

—Bueno—se interrumpió—, dejo aparte lo de poner en mi boca una frase gramaticalmente tan dura, y sigo leyendo:

«—No te lo llamaré tal.

—Sí me lo llamarás... y tendrás razón. Dí, ¿me lo llamarás?

—No, mujer, no.

—Chinchoso, feo, como lo hagas, mañana te daré un pellizco que te acordarás toda la vía.

—Efectivamente—decía yo para mí, mientras caminaba hacia casa—, merecía que se lo llamase; ¡pero es tan salada!»

—¿Eh? ¿Qué tal? Habrá sinvergüenza! «Merecía que se lo llamase.» De manera que al fin y al cabo me tenía por una tonta y en mis celos no supo ver más que la tontería de una niña cursi. Me desespero, no lo puedo remediar. Eso me explica muchas cosas. ¡Qué sabe él! ¡A ver si se figura que no he movido yo todos los hilos de la tramoya! Los hombres son ustedes muy presuntuosos. Y en definitiva, ¡bah!, muñecos nada más. Por eso a veces hay que atarles corto. Claro, como él no explica por qué hice yo todo lo que hice con Suárez... Vamos a ver, ¿usted me tiene por tonta?



Adelantó unos pasos hacia mí y me miró fijamente, con una mirada larga y sostenida que parecía nacer en el abismo de sus ojos, que es como decir en el fondo mismo de la eternidad. Confieso que yo me turbé un poquitín, y ella, advirtiéndolo, insistió, imperativa y apremiante:

—¿Me cree usted tonta?

Quisiera haber visto en mi lugar a cualquier otro. Como pude y por no traicionar la verdad, sin desacato a la galantería, me pareció honesto acudir al mismo habilidoso recurso del enamorado gallego.

—Está usted saladísima.

¡Nunca lo hubiese dicho! La gentilísima ex monja se desató en improperios, me puso verde, como suele decirse, y, finalmente, llorando, exclamó:

—Ya ve usted el daño que me han hecho. Por todo pasaría menos por tonta, que no lo soy, créame usted. Si Ceferino ha creído engañarme con sus habilidades y sus combinaciones *diplomáticas*, está muy engañado. Pero como a mí, en su relato, no me saca a relucir más que cuando le conviene, de lo que pasaba en mi alma y de lo que pensaba mi inteligencia poco han llegado a enterarse ustedes. Tiene gracia—añadió animándose y ya más tranquila—. Viene por la noche callandito, recatado, seguro de su soledad para defender con ella la cobardía de su emoción, a besar mi reja, y yo, sin que él lo sepa, le estoy viendo. Y luego se figura que no sé como esto todo lo demás. Y presume de haber hecho las cosas por su cuenta y de haberme conducido a su capricho!

Aprovecho la buena coyuntura que me ofrece este risueño oasis de su indignación y le pregunto qué significa ese índice manuscrito que he visto adherido a la cubierta del tomo que todavía conserva en la mano.

—Verá usted—me contesta—: como muchas veces hemos discutido con Ceferino estas cosas, y él quiere salirse siempre por la tangente, yo, en cada ejemplar de sus Memorias tengo anotadas las páginas en que va inserto alguno de los agravios que me ha hecho. Por ejemplo, aquí mismo tiene usted otro, página trescientas setenta y siete, cuando explica su famosa y diplomática entrevista con mi madre y Don Oscar, y al referirse a que le dijo a mi madre que yo estaba arrepentida de haberla ofendido y le pedía humildemente perdón, dice con toda desfachatez, y dándoselas de pillín, esto que voy a leerle: «Si Gloria hubiese escuchado esta parte de mi discurso, de seguro me araña.» ¿Le parece a usted? Y el muy retontísimo, que así me hace decirlo, se extrañaba después de que yo estuviese contenta, a pesar de lo que había pasado con mi madre. Pues como esto todo; y no quiero cansarle más.

Y cerrando el libro, vuelve a dejarlo en su lugar entre los demás de la colección.

Entonces yo me aventuro a arriesgar la que me parece pregunta más peligrosa y difícil.

—Perdón: ¿tiene usted también señaladas las páginas en donde consta el brutal adjetivo indigno con que la designó a usted al hablar con Suárez la noche que éste peló la pava en la reja de la calle de Argote de Molina?

—Calle usted, por Dios —me contesta rápidamente—, ni una palabra sobre eso. Mi pobre marido todavía no se lo ha perdonado y está desoladísimo. Pero yo no quiero atosigarle. De todo corazón le perdoné el grave insulto, que era hijo del amor. Y mire usted: me descubrió, además, que Ceferino no era tan gata maula como yo suponía. Casi, casi estoy agradecida a aquella infame palabra. Pero, en fin; se lo ruego otra vez, no hablemos de eso. En mis discusiones con mi poetazo así lo tenemos acordado.

—¡Ah! ¿Pero discuten ustedes?

—Naturalmente. ¿Cómo podríamos ser felices sin eso? Y cónstele que somos muy felices. Sobre todo, aquí—me dice bajando la voz—, en que yo he acaparado todos los ejemplares de la famosa obra (que don Armando me perdone) y ya no la lee nadie más que nosotros dos. Lo malo es, o lo bueno, vaya usted a saber, que también aquí la ha leído todo el mundo. No vaya usted a creer; cada día le damos nosotros un repasito. Y cada día también, naturalmente, tenemos nuestra miajita de discusión. Ahora declara Ceferino que me conoce mejor que cuando hizo públicas sus confidencias y que, si tuviese que hacerlas ahora, diría cosas que entonces no dijo, y hasta me confiesa que suprimiría alguna de las que se atrevió a decir...

—¿Suprimiría?—pregunto yo.

—Claro está. En nuestras discusiones yo siempre salgo ganando, a pesar de lo tonta que me cree la gente. ¡No faltaba más! Mi marido se defiende con un argumento que no le quiero decir a usted porque tengo miedo.

—¿Miedo? ¿De qué?

—De que se arme la gorda. Cuando yo le acorralo con mis argumentos y mis reproches, esgrimiendo ese índice que a usted le ha llamado la atención, Ceferino termina siempre alegando una réplica que, la verdad, puede ser cierta o falsa, peligrosa o inofensiva, sincera o hipócrita, pero que desde luego es saladísima.

En este instante lanza una carcajada que suena a corazón, a cristal, a cascabel. Casi al mismo tiempo se oye golpear por fuera en la puerta de la habitación. Contiene entonces la cascada de su risa y me dice en voz baja:

—Ya está ahí.

Intrigado por sus palabras anteriores, yo interrogo como un último recurso:

—¿No puede usted decirme esa razón tan saladísima con que se defiende su marido?

Nuevos llamamientos más apresurados en la puerta. Gloria Bermúdez, mientras se dirige risueña a abrirla, me dice:

—Pues se la diré a usted, ¡vaya!, y si se arma, que se arme.

Se interrumpe para decir en voz más alta:

—¡Ya voy, Ceferino! Pues, cuando ya estrechado por mis razones y acorralado por mis argumentos, no sabe qué contestarme, va y me dice: «Pero, mujer, si eso son cosas de don Armando!»

Ha llegado a la puerta, la abre y dice, con una voz nueva que parece recién estrenada y que me deja maravillado y atónito:

—Pasa, payaso, pasa!

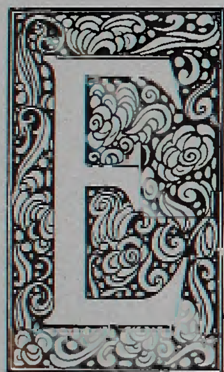
Y al timbre claro, gentil y risueño de su voz, se mezcla no sé qué hondo y cálido fervor emocionado y maternal.

RAFAEL MARQUINA

LA TRAGICOMEDIA DEL HOMBRE QUE NO ESTRENA SUS COMEDIAS

+





ESTE pobre muchacho, amigo mío, era lo que se llama toda una persona decente. Empleado bancario en una vetusta ciudad de provincia, su vida se deslizaba dichosa en la áurea mediocridad horaciana, sin que la conciencia más exigente tuviera que reprocharle otros desafueros que los de perpetrar de vez en cuando unos renglones cortos llamados versos, que, con el original título de «A Ella», se publicaban en el diario de su localidad.

Por lo demás, el muchacho cumplía escrupulosamente sus deberes de burócrata, fumaba sin protesta pitillos de la Arrendataria, adquiría con puntualidad su cédula y hasta tenía una novia honesta, modosita y que aún —rara avis— no se había cercenado la cabellera.

Trabajar, comer, dormir, adquirir novelas cortas de a treinta céntimos y componer unas líneas en las que por feliz casualidad rimaban siempre «ojos» con «rojos» y «agravios» con «labios», eran dichosas, inofensivas ocupaciones que consumían su existencia.

Hasta que un día, alguien sopló en los oídos del muchacho esa pregunta que fatalmente a todos nos han hecho alguna vez:

—¿Por qué no escribe usted para el teatro? ¡Convénzase! ¡Eso sí que da dinero!

Al alguien insinuador se le olvidó decirle al muchacho que otras cosas, como, por ejemplo, el hacer hipotecas al 30 por 100 y establecer en Madrid un gran cine céntrico, también producen bastante dinero... Pero aquellas palabras tentadoras bastaron para transformar la vida del muchacho. Meses después abandonó su empleo, dejó su provincia y cayó sobre Madrid, dispuesto a ser autor dramático. ¿Por qué? Por la misma razón que hay tantos otros que quieren serlo y algunos hasta lo son, porque un día —hay días aciagos— alguien le sopló al oido:

—¿Por qué no escribe usted para el teatro? ¡Eso sí que da dinero!...

* * *

Ayer encontré al pobre muchacho. Nada recuerda ya en él de aquel gallardo moz proovinciano que se lanzó hace cinco años a luchar en Madrid trayendo en la maleta un puñado de comedias y un precioso traje a cuadros.

Está el mozo traspillado, pálido, deshecho. Tiene el gesto triste, los zapatos risueños y sus barbas de una semana no son bastantes a distraer la atención de su traje de tres temporadas. Sin temor a nada podría apostarse que si el pobre muchacho no es feliz, no ha adelantado, en cambio, gran cosa en la conquista de la riqueza.

Por otra parte, su nombre como autor dramático permanece, con franciscana humildad, en el más conmovedor de los anónimos.

Como siempre que le encuentro, le pregunto:

—¿Qué, no se estrena?

Tiene un mohín de desaliento, de amargura:

—Imposible—responde—. Ahora sí que empiezo a perder toda esperanza...

—Pero, hombre, ¿tan malas son tus comedias?

Hace un gesto de extrañeza:

—¿Pero crees tú que para estrenarlas sería condición imprescindible que fueran buenas?

—No sé, no sé—balbuceo—. Me atrevo a pensar que no perderían nada con serlo...

—Pero eso no importa—me dice él—. Tú no conoces el teatro. No sabes nada de su ambiente ni de sus costumbres... ¡Claro! A mí me ha costado cinco años de calvario el aprenderlo. Y al cabo de ellos he encontrado el secreto, la única manera de vencer esa terrible competencia que nos impide estrenar a los noveles...

—¿Competencia?—le interrumpo—. ¡Bah! En todo la hay. Pero ya hoy las cosas han cambiado. El tipo del genio desconocido «no se lleva ya». Hoy estrena todo el que tiene una comedia medianamente hecha... Los carteles de los teatros se llenan de firmas nuevas...

—Pues ahí está el secreto, precisamente —me arguye—. Yo no hablo de la competencia, lícita, justa, del profesional acreditado que



impone sus obras. Es su derecho. No hablo tampoco de los noveles que, también en uso de su derecho y arrastrados por su vocación, pretenden estrenar comedias. No. Yo hablo de los otros...

—¿Quiénes son los otros?

—Verás: son los que, no sabiendo escribir obras teatrales, ni habiendo pensado nunca en escribirlas, ni gustándoles el teatro, ni haciéndoles falta el dinero del teatro, estrenan obras en los teatros...

Hago otro gesto de extrañeza. Pienso que las comidas en las fementidas fondas madrileñas, las comidas alternas hechas un día sí y otro no, han acabado con la razón de mi pobre amigo. Sin embargo, compasivo, le pregunto:

—Pero, ¿eso es posible?

—Evidente. Hoy, salvo unos cuantos consagrados y algún que otro principiante honesto, no estrenan obras sino personas que no tienen nada que ver con el teatro. Así como antes un señor para acreditar su buena posición social compraba un Rolls o alquilaba un hotelito para una cupletista, hoy se compra una obra de teatro... La ruina de la vieja política nos ha traído esa ruina... Antaño, la parentela de los próceres y los nuevos ricos se conformaban con lucir un acta de diputado. Hogaño no se resignan con menos que con estrenar un par de comedias... En resumen, aquello y esto es lo mismo: cuestión de influencias y de dinero...

—¡Bah! ¡Bah! —desdeño—. ¿Y por qué esos caballeros no van a estar dotados como tú, por ejemplo, de la facultad de escribir comedias? Eso de creer que los ricos no son útiles para ciertas cosas, también está pasado de moda...

—¡Claro! —me interrumpe— que hay excepciones; aunque no sea más que por confirmar la regla. Pero lo que te digo es cierto. Yo conozco, y tú también, a un honorable caballero a quien le ha costado hace poco estrenar una comedia en Madrid catorce mil duros...

—Bien. Eso no acredita sino su vocación, su noble empeño de ver lograda su obra...

Ríe, francamente, escandalosamente, mi interlocutor:

—¡Pero si la comedia no es suya tampoco! La compró escrita ya. Habiendo quien las venda, ¿para qué molestarse en hacerlas?

—Bien —insinúo—. Al cabo, es ese un comercio que no está prohibido...

—Sí; pero dime qué te parece esto otro: junto al tipo del poderoso que juega a ser autor dramático, al cabo su dinero le cuesta, existe otro más curioso... Es el del hombre de teatro, fíjate bien, *de teatro*, que dice que tiene habilidad, que domina el diálogo, que sabe «mover los muñecos», pero... que no tiene imaginación; no se le ocurren asuntos... Este hombre de teatro acostumbra a tener amigos que le llevan comedias a leer... Fatalmente, a las dos o las tres semanas les son devueltas porque no tienen méritos para ser recomendadas por el «hombre de teatro»... Pero fatalmente también al año o a los dos años el hombre de teatro estrena una comedia con el asunto de alguna de aquellas otras que le llevaron a leer...

Interrumpo:

—Pero eso se llama sencillamente...

—Y tan sencillamente—corta mi amigo—; tan sencillamente se dice y se hace todos los días, que ya nadie le da importancia.

—Bien—digo—. Pero a todo eso, que sólo es vanidad y picardía, ¿qué dicen los empresarios?

—Los empresarios, encantados. El autor rico no cobra derechos, y si los cobra, se los da al empresario y paga el montaje de las obras, y a veces carga con la nómina las semanas difíciles...

—Pero la Prensa...

—¡Ah! Sí, ¡la Prensa! Se porta bien. ¿No has leído en esta época con bastante frecuencia en los periódicos un suelto en que un escritor desconocido siempre anuncia que teniendo escrita una comedia cuyo argumento es igual al de la estrenada la noche antes por un autor famoso se considera obligado a hacerlo público para en su día no ser acusado de plagiario? Pues ésos son los resultados de las comedias dadas a leer y de los vanidosos que las compran y los empresarios que las admiten. Que el verdadero autor, tras no estrenar, ha de curarse en salud para que luego no le llamen usurpador...

—Siendo todo eso cierto, me explico que os sea muy difícil estrenar a los noveles sin dinero y sin familia influyente...

—¿Difícil? ¡Imposible! Yo, por lo menos, renuncio a ello. Mañana mismo salgo de Madrid, rompo mis comedias y no volveré a escribir una escena. Un pariente mío, con un comercio en mi provincia, me ofrece un empleo... Allá voy. Y si tengo suerte y logro hacer fortuna, dentro de diez o doce años vendré a estrenar a Madrid.

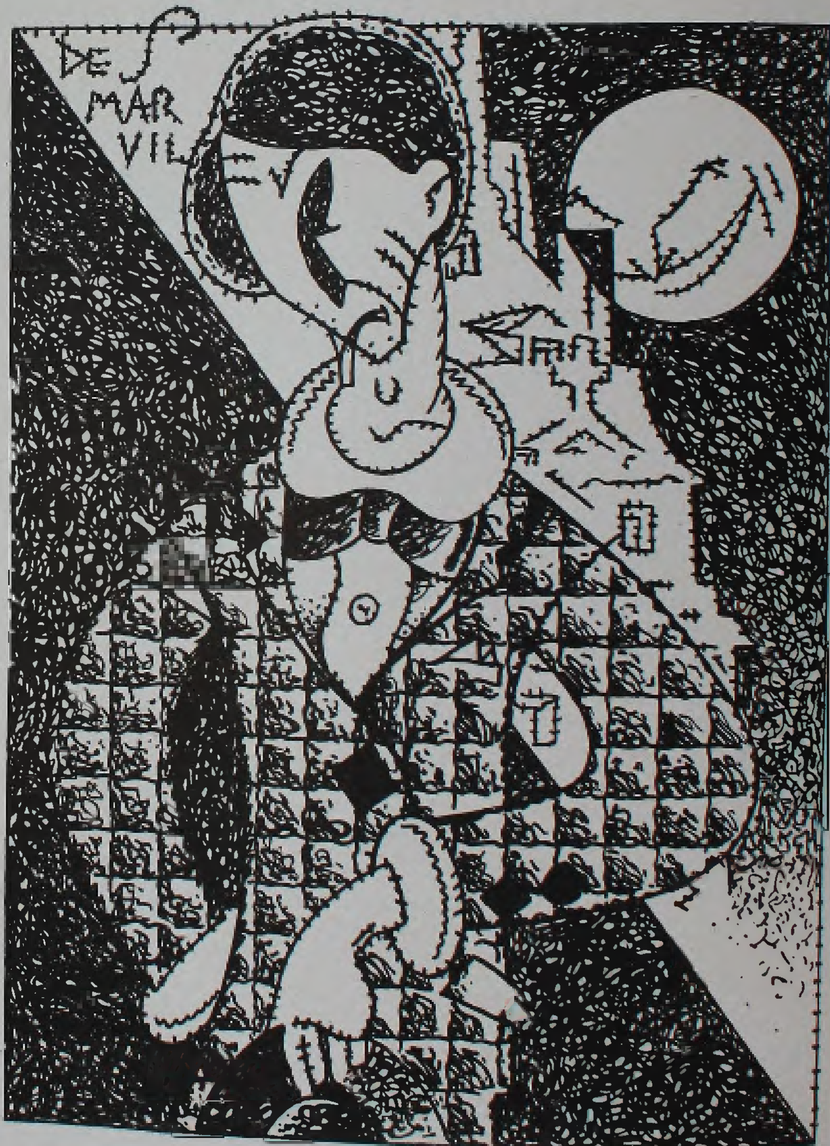
—¡Bah!—digo—. Cuando pase ese tiempo se te habrá acabado la afición y no podrás escribir una comedia...

Ríe él ahora, francamente, alegremente.

—No importa. Para entonces, como tendré dinero, ya encontraré un cándido o un necesitado que me la den hecha.

Dibujos de Desmarvil.

JUAN FERRAGUT





El príncipe popular entrando en la Gran Joyería CARTIER, 13, rue de la Paix PARÍS.

Las perlas más lindas.
Las piedras más preciosas.
Las monturas más bonitas.
Las carteras más finas.
Los relojes más perfectos.

CONCURSO DE CUENTOS HUMORÍSTICOS

Nuestro Consejo de Redacción ha aceptado seis trabajos de los ciento cuarenta y ocho recibidos

Como anunciamos en nuestro número de enero, la gran cantidad de originales recibidos para el Concurso de cuentos humorísticos que en el mes de noviembre abrimos entre los lectores de COSMÓPOLIS impidió al Consejo de Redacción de la revista—Jurado único del mismo, según se hacía constar en la base 5.ª—pronunciar su fallo con la rapidez que hubiese sido su deseo.

Efectivamente, más de trescientos originales fueron enviados, más de la mitad de los cuales no pudieron ni siquiera entrar en el Concurso, por venir con la firma del autor al pie, carecer de plica con el seudónimo o estar abierta o no haber sido cumplidas las condiciones de la base 3.ª

Descartados los que se hallaban en estas condiciones, quedaron para ser juzgados los *ciento cuarenta y ocho cuentos* cuyos títulos y número de recepción se expresan seguidamente:

1. Las historias de Pitarque.—2. Un héroe anónimo.—3. Una siesta tranquila.—4. Un estudiante aprovechado.—5. La pata de palo.—6. Una tragedia en un espejo.—7. La sombra.—8. ¡Oh, las maravillas de la Cirugía!—9. El seguro de vida.—10. El colmo de la suerte.

11. Por esta vez no le ha valido a V. el frac.—12. Viajando es como se aprende.—13. El fin del mundo.—14. Un genio.—15. Primer amor.—16. Una muchacha arrobadora.—17. El ídolo.—18. Cosas de papá.—19. Muy pronto.—20. Un cronista poco mundano.

21. El perro fiel.—22. El postinero.—23. ¡Truchas, truchas!—24. Futbolerías.—25. Un hombre encantador.—26. La última hazaña de Emerencianito Gutiérrez.—27. Ilario.—28. Compuesta y sin novio.—29. Maruja y Ernestina.—30. Cosas mías.

31. El honor de Frantelín.—32. Prehistoria.—33. La «merluza» en acción.—34. Diario íntimo de un alfiler.—35. Las balanzas de precisión.—36. Un ánima bendita.—37. Un reportaje sensacional.—38. Fuegovivo.—39. Perico Mandanga o la casa de los garbanzos.—40. El último tranvía.

41. El indio.—42. La barraca.—43. Un émulo de Paulino.—44. La caja de música.—45. Un mártir social.—46. De los escarmentados.—47. Disparates.—48. Las gafas ahumadas de D. Celedonio.—49. A la memoria de D. Casto Gordillo.—50. El joven que temía la sangre azul.

51. Autobiografía o la tragedia frustrada.—52. De la que se va a armar.—53. El aire del Guadarrama.—54. El duro sevillano.—55. La princesa Eudoxia.—56. Un reportaje sensacional.—57. Una buena mina.—58. ¡Por piedad, señores!...—59. Una bravía.—60. La muerte de D. Venancio.

61. Un paso en falso.—62. La terrible verdad.—63. El fantasma.—64. Un aventurero y una historia.—65. Amor de paraguas.—66. El final de un concurso.—67. Paquita Martos.—68. Un drama.—69. La última clase de D. Zenón.—70. Peliculero por carambola.

71. Comedia en la Comedia.—72. El uxoricida.—73. ¿Flirt?—74. El atropello.—75. Santa Económica.—76. Broma de Inocentes.—77. El fin del mundo.—78. Publicidad preferente.—79. Una emoción violenta.—80. Un crimen.

81. Superproducción de genios.—82. Sangre de Andalucía, Sol de Sevilla.—83. Una venganza costosa.—84. Hay que vivir.—85. Un caso patológico.—86. El diablo, el castillo y las brujas.—87. Quiero morir.—88. Nupcial.—89. El cinturón.—90. El farsante.

91. El microbio humano.—92. Mi primer amor.—93. Su ojito derecho.—94. La experiencia.—95. La desilusión.—96. La equivocación de Miren.—97. El quinientos cuarenta y cinco.—98. La honestidad de Eva.—99. Demasiada perfección.—100. Las balas son güenas.

101. El desafío.—102. La última caridad.—103. La mampara de cristales.—104. La tragedia del botiquín.—105. Aventura.—106. ¡Ahí está su mujer!—107. Si yo fuera mosca.—108. Conquistador.—109. Perfil de boda.—110. Una buena ocasión.

111. En distinto plan.—112. Conquista de viaje.—113. Una telefonista impertinente.—114. El principio de autoridad.—115. Podrá ser verdad, pero no haber sucedido.—116, El doctor ilustre.—117. Banquete de pepinos.—118. Llegar a tiempo.—119. El cleptómano.—120. Un amigo de Nabucodonosor.

121. La juventud de Matusalén.—122. Todo queda en casa.—123. El transeúnte desconocido.—124. Astucia gitana.—125. Mundo alado.—126. El recibimiento.—127. Todas se casan.—128. Analfabeto interviuvador.—129. La equivocación.—130. El sexagenario y su tribulación.

131. Esto no es posible—esto es imposible.—132. Drama conyugal.—133. El mártir.—134. Tolilo.—135. El palacio misterioso.—136. La tragedia de D. Pepito.—137. Buen remedio.—138. Morbo literario.—139. ¡Oh!, la sangre fría...—140. Un humorista.

141. El agujero que me encontré.—142. Decepción.—143. El cristal impalpable.—144. Todo un hombre.—145. Plancha fenomenal.—146. Un gran descubrimiento.—147. El remolcador.—148. ¿La culpa fué?...

Leídos y examinados detenidamente todos y cada uno de los trabajos, el Consejo de Redacción de COSMÓPOLIS consideró que eran dignos de ser publicados los señalados con los números y lemas que a continuación se consignan:

Núm. 59, «Una bravía». Lema: «Mario Sila».
» 78, «Publicidad preferente». Lema: «Gindroz».
» 79, «Una emoción violenta». Lema: «Attree».
» 99, «Demasiada perfección». Lema: «Malvaloco Fernández».
» 108, «Conquistador». Lema: «Tugia».
» 148, «¿La culpa fué?»... Lema: «Álvaro Rox».

Y abiertas las plicas correspondientes, resultaron ser sus autores:

Del número 59, D. Guillermo Perrín, domiciliado en Serrano, 106.

Del 78 y 79, D. Gabriel Greiner, domiciliado en Delicias, 31.

Del 99, D. Manuel Lázaro, domiciliado en Campomanes, 12.

Del 108, D. Raimundo de Nogales y Aldecoa, domiciliado en Manzana, 8.

Del 148, D. Luis Pieltain, domiciliado en San Bernardino, 2.

Todos de Madrid.

A partir del número de marzo próximo, COSMÓPOLIS comenzará la publicación de los cuentos seleccionados, abonando por cada uno—después de inserto—la cantidad de cincuenta pesetas, según se expresaba en la base 6.ª

Una vez publicados los seis cuentos, se publicará el correspondiente cupón de votación para que nuestros lectores puedan discernir a cuál de los cuentos debe serle otorgado el premio de 500 pesetas, según se establecía en la 7.ª base.

CUENTO

ORIGINAL DE A. BOTÍN POLANCO

ILUSTRACIONES DE VARELA DE SEIJAS

EL ESPEJO



«Courte tâche! La tombe attend: elle est avide!
Ah! Laissez-moi, mon front posé sur vos genoux,
Goûter, en regrettant l'été blanc et torride,
De l'arrière-saison le rayon jaune et doux.»

(Baudelaire—Les fleurs du Mal.)



SE llamaba Margarita y era chatilla.

Al pasar frente a los escaparates iluminados de las tiendas de lujo, los perfumes tenían celos de su aliento; las sedas, de su piel; el oro, de sus cabellos; las barras de *rouge*, de sus labios; las ágatas, de sus ojos, y las cajas de polvos se destapaban, envidiosas de sus mejillas.

Los espejos la perseguían para mirarla.

* * *

Las ilusiones de las mujeres en viaje de maternidad marcan a veces el destino del hijo.

Ningún deseo tan enérgico como el de una madre.

Al ansia de sus madres deben algunos hombres el haber sido geniales.

* * *

La madre de Margarita creyó siempre que su hija sería hermosa. Ella lo era y pensaba constantemente en la hermosura de su hija.

Pero Margarita nació fea y chata.

Fué creciendo.

A los quince años ya era chatilla.

A los diez y ocho era más que hermosa.

Era bonita.

* * *

Al despertar, Margarita se miraba en un espejo de plata repujada que había sido de su abuela.

Todas las mañanas, el espejo isabelino y chulón la llamaba guapa.

Y el espejo amanecía con la luz de la sonrisa blanca de Margarita.

* * *

Su madre enseñó a Margarita esa coquetería virtuosa que aprendieron nuestras madres de nuestras abuelas, para que pudiésemos nacer nosotros.

A los veinte años, por orden maternal, había tenido y dejado un novio, sin cesar de sonreír al espejo de plata repujada todas las mañanas.

* * *

Una bella mañana de estío, Margarita mojaba sus frescos labios en un *cocktail* sobre la terraza de uno de esos elegantes *clubs* deportivos que en las playas españolas sirven para bailar y para conjugar el verbo *to flirt* en cualquier idioma.

Un hombre la dijo: ¡Guapa!

EL ESPEJO

Y Margarita le sonrió como sonreía al espejo isabelino y chulón en la tibia mañana.

* * *

Ella no se hubiera fijado nunca en aquel hombre si no la hubiese repetido la mágica palabra del espejo de plata repujada de la abuela:

¡Guapa!

Él era un hombre joven que llevaba en el rostro la tristeza incurable de haber vivido.

Margarita, al sonreírle, vió que sus ojos tristes, a fuerza de mirar a las mujeres, eran como un espejo de mujer.

* * *

En ese largo crepúsculo estival, mientras la tarde, antes de acostarse en el mar, vuelve sobre la playa el blanco embozo de las olas, él repitió al oído de Margarita:

—¡Guapa!

Ella le sonreía.

—Me gusta mucho que me llames guapa.

Él sonrió también.

—Me encanta que me sonrías.

—¿Sí?

—Sobre todo, porque no sabes sonreír.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque aun no has llorado nunca.

—¿Tú qué sabes?

—Yo he llorado alguna vez.

Se oían los sones exóticos de un *jazz*. Un hombre del Norte, rubio y fúnebre, cortó el diálogo con las largas tijeras de sus piernas.

* * *

Margarita, con la respiración entrecortada por la danza, tornó a sentarse junto a su galán triste de haber vivido.

—¿Te has aburrido mucho mientras yo bailaba?

El sonrió antes de contestar.

—No. Mientras bailabas estuve pensando en ti.

—¿Mal?

—Yo siempre pienso bien. La vida me ha enseñado a pensar.

—Tú siempre dices lo contrario que los demás.

—Es la única manera de acertar.

—Yo creo que lo haces por parecer original.

—¿Qué quieres? Me horroriza ser como los demás hombres, como ese con quien acabas de bailar, que cuando les gusta una mujer se ponen tristes.

—¡Pobrecitos!

A veces es tristeza de caimán. Otras, las más, estupidez incurable.

No perdonas a nadie.

—Perdono todo. Pero cuando me gusta una mujer me vuelvo alegre. Una mujer que nos gusta es una esponja que borra los números adversos del encerado de la vida, una esperanza que se abre haciéndonos olvidar las esperanzas deshojadas.

—¡Qué bonito!

—Me molestan esos enamorados tristes porque les gustas, que te persiguen y perturban mi alegría de estar a tu lado.

Margarita le sonrió.

—Ellos son tristes. Pero te tengo a ti.

—No, guapa. Ellos son alegres y los entristeces. Yo soy triste, pero me alegras tú.



—Eres muy inteligente. Pero todo es cerebro. No tienes corazón. Tú no sientes...

Por el salón vagaba esa mirada urgente de las madres que quieren llevar a casa sus pimpollos. Margarita se levantó. Él tuvo que imitarla, mientras decía:

—Dices que yo no siento. Pero puedes creer que hay veces que me siento y no lo siento hasta que me levanto.

* * *

La mañana siguiente, cuando el espejo isabelino y chulón que fuera de su abuela la llamó guapa, Margarita sintió que sonreía a su galán triste de haber vivido.

Por la tarde, mientras ella sorbía el té rodeada de adoradores lastimosamente serios, al cruzar la terraza del elegante *club* deportivo, él dejó entre tazas y cucharillas una sonrisa que le asomaba por encima de la bufanda.

* * *

Aunque se veían a diario, pasaron una semana sin hablarse. Una noche, ella le sonrió de lejos.

—Hola, guapa. Hace un siglo que no te veo.

—Yo te veo todos los días. Pero tú no me haces caso.

—Me das miedo.

—¿Yo?

—Me das miedo de guapa.

Ella le dijo con los ojos que la gustaba que la llamase guapa.

—¿Quieres bailar?

—¿No estás cansado?

—¿Yo?

—Tú siempre estás cansado.

—Yo nunca me canso de mirarte.

—Así me gusta.

—Y a mí.

—Hoy tienes un color estupendo.

—He almorzado en la playa.

—¿Con quién? Dirás que soy muy indiscreta.

—Nada de eso. Con o. p. q....

—Y la señora de X, ¿no?

—Sí.

Empezaron a bailar *Ramona*. Con Margarita entre los brazos, él comprendió que le enloquecía el vals. Con la última nota, ella le dijo:

—¡Qué veinte años has debido tener!...

* * *

¡Qué veinte años!

Tenía treinta.

—¡No me haces caso!

¡Guapa!

El tenía miedo de aquella Margarita tan bonita, y dejaba que el pequeño gran mundo de aquella playa murmurase escandalizado en todos los oídos sus intimidades con la señora de X y con la señora de XX. Tenía miedo del perfume de aquella flor que la vida brindara un instante a su olfato, ahito de engañosos perfumes, sediento del perfume de un cariño. Temía la necesidad de mirar aquellos ojos, de besar aquellos labios, con esa fuerza que conduce al fraude, a la violencia o a implorar una limosna.

Tumbada en la arena, bajo la caricia ardiente del sol, entre las

EL ESPEJO

risas y las palabras de otras mujeres que se comentaban en toda la playa, él comprendía que sus horas eran producto de las equis del minutero de su reloj, y de las equis de aquellas damas.

Pero su vida y toda su sangre de horchata
Estaban llenas de Margarita.
Carita.
Guapa.

* * *

Ella pensaba en él.

Margarita pensaba en él todas las mañanas, cuando el espejo isabelino y chulón heredado de su abuela la decía guapa. Al sonreírle en sus ojos tristes de haber vivido, pensaba en el espejo.

Fuera de estos momentos, ¿en qué pensaba ella?

¿Acaso sabemos los hombres en qué piensan las mujeres cuando no se miran al espejo?

* * *

Él tenía también su espejo.

Pasaba largos ratos espiando ansiosamente, en vano, un descuido, una piadosa mentira, de ese espejo grande, sincero y cruel, que hay en el cuarto de vestirse de todos los hombres de treinta años.

Tampoco el congrio es mal ave.

* * *

Desazonado por las verdades de su espejo, él se abandonaba de día en día a las señoras de X y XX, alejándose poco a poco de Margarita.

Una noche de fiesta, ella le dijo con tristeza:

—Mañana me marcho al campo.

Las mujeres bonitas se entristecen siempre que se van al campo.

En el aire cargado del salón había la tristeza del adiós.

—¿Irás a verme?

—¿Cuándo?

—El lunes.

—¿A qué hora?

—A las cuatro te espero en el puente.

—¿Por dónde se va?

Y mientras Margarita le explicaba el camino, una alegría profunda fué borrando la tristeza del adiós, la tristeza de la noche de fiesta.

* * *

El sábado la escribió una carta.

«Querida Margarita:

Atraído por una fuerza irresistible, ignorando todo, como fué Napoleón a Rusia, voy yo a Zarzalejo.

La estrella del corso tuvo su orto sobre el puente de Arcole, su plenitud sobre el de Austerlitz y comenzó su ocaso en Borodino.

Tan lejos, ¡ay!, de Arcole el puente de Zarzalejo, ¿será mi Austerlitz o será mi Borodino?

Napoleón.
Yo.
Austerlitz.
Borodino.
Zarzalejo.
Tú.
¿Qué?

A las cuatro de la tarde del lunes, estaré sonriendo, siempre sonriendo, sobre el puente de tu pueblecito verde.

H.»

* * *

El domingo se encontraron en casa de unos amigos, casi por casualidad. Ella le dijo riendo:

—¿Cómo estás, Napoleón?

—Hola, pimpollo.

—Si me llamas pimpollo, yo te llamaré... rosa.

—Me puedes llamar Rosa de Madrid, Violetas Imperiales o Napoleón. Todo me gusta, con tal de que me llames.

—¿Quieres darme una pasta?

Y al presentarle la bandeja, él sintió envidia de aquella pasta que iba a morir después de haber rozado la mano blanca y los rojos labios de Margarita.

* * *

Él la llevó hasta el borde de la terraza y se sentaron debajo de una parra. Él dijo:

—Debajo de una parra tuvieron el primer hombre y la primera mujer la primera conversación interesante.

—Nosotros hemos tenido ya muchas conversaciones interesantes.

—¿A ti te han interesado?

—Te vas a poner tonto si te digo que sí.

—¿Más?

—Eres muy pretencioso.

—No creas.

—En la carta que me enviaste ayer, te comparas con Napoleón.

—No tenía otro remedio.

—La carta está muy bien.

—Miradas por tus ojos, todas las cosas deben parecer bonitas.

—No creas. Hay cosas que no lo son. La vida no es alegre.

—La vida es triste y cómica. Triste por ser cómica, y cómica a fuerza de ser triste.

—Pero tú estás siempre alegre.

—Siempre que estoy a tu lado.

Ella le sonrió.

—Oye, no vayas mañana al puente. No puedo ir.

—¿Cuándo quieres que vaya?

—Ya lo arreglaremos.

—El camino más bello de la vida es el que nos lleva hasta la mujer que nos gusta y el que nos aleja de la mujer que no nos gusta.

—¿Cuál de los dos caminos es el de Zarzalejo?

—¡Guapa!

Ella volvió a sonreírle.

—Me encantan los puentes.

—¿Por qué?

—Porque gracias a ellos podemos pasar a la otra orilla sin mojarnos en las aguas del río. Los puentes son una interrogación deliciosa del misterio de las orillas.

—Bien puedes mojarte si yo te espero en la otra orilla.

—Si prefieres que me moje.

—Prefiero no darte ese disgusto.

—¿Qué día quieres hacer la prueba.

—Vamos a dejarlo al azar. Es más bonito.

—¿Tú crees?

—Yo no sé si serás capaz de mojarte por mí, ni por nadie.

—Yo...

—Conservemos cada uno su esperanza.

—Tienes razón. La esperanza es mejor que el recuerdo.

Un recuerdo más no te sirve para nada. Tú te metes a todas las mujeres en el bolsillo.

—No lo creas. Para eso es necesario tener un bolsillo demasiado grande.

—O que ellas tengan otra cosa.

—¿Qué?

—Ilusión.

Él ha perseguido la mano esquiva de Margarita, y entre sus dedos se ha trabado un pequeño pañuelo de colores.

—¿Me lo regalas?

—¿No me lo quitas?

—Estas cosas no las robo nunca.

—Devuélvemelo. No quiero que lo guardes con otros.

—Lo guardaré solo, por ser tuyo y porque tiene todos los colores que me hacen falta.

Margarita muerde algo invisible. Él la mira muy fijo, para decirla:

EL ESPEJO

—Me encanta cuando muerdes la risa con los dientes y se te escapa por los ojos.

—¡Qué bonito!

—¿Te gusta?

—Repítemelo.

—Algún día te lo escribiré por si te gusta recordarlo.

—Oye, la señora de XXX no nos quita ojo. Vamos dentro.

Margarita y su galán entran en la casa, porque una señora joven los espía y porque, al caer la noche, el jardín se ha llenado de besos.

* * *

—Adiós, Napoleón.

—Adiós, guapa.

Y al quedarse solo y enamorado, el recuerdo de su espejo le entristeció dolorosamente en la noche de estrellas.

* * *

La madre de Margarita desconfiaba de aquel hombre de quien su hija se despedía llamándole Napoleón. Sospechaba vagamente que era uno de esos hombres a cuyo lado olvidan las mujeres jóvenes que no tienen dinero y lo recuerdan las mujeres viejas. Y se estremecía al pensar que su hija pudiera enamorarse de él.

Margarita lo recordaba y le sonría un momento todas las mañanas, cuando el espejo isabelino y chulón heredado de su abuela la llamaba guapa.

La casa de los padres de Margarita dominaba un vallle verde, semejante a todos los valles verdes.



Durante la tarde, mientras hacía chaquetas de punto de colores chillones para los niños pobres, la mirada de Margarita erraba distraída por el valle. En un bello ocaso de otoño, se conmovió por la belleza del paisaje.

—¡Mira qué bonito, mamá!

Y mientras su madre dijo algo de estúpidos romanticismos, en el fondo de su alma, Margarita sintió profundamente toda la belleza triste y rota del ocaso en los paisajes verdes por donde vagan durante el día la luz del sol y la mirada de una mujer bonita.

* * *

Una mañana, Margarita ha dejado el espejo sobre su falda, para leer un telegrama que viene desde lejos:

«Antes de acostarme en la isla de Elba, te recuerda y te saluda con mucho cariño, *Napoleón.*»

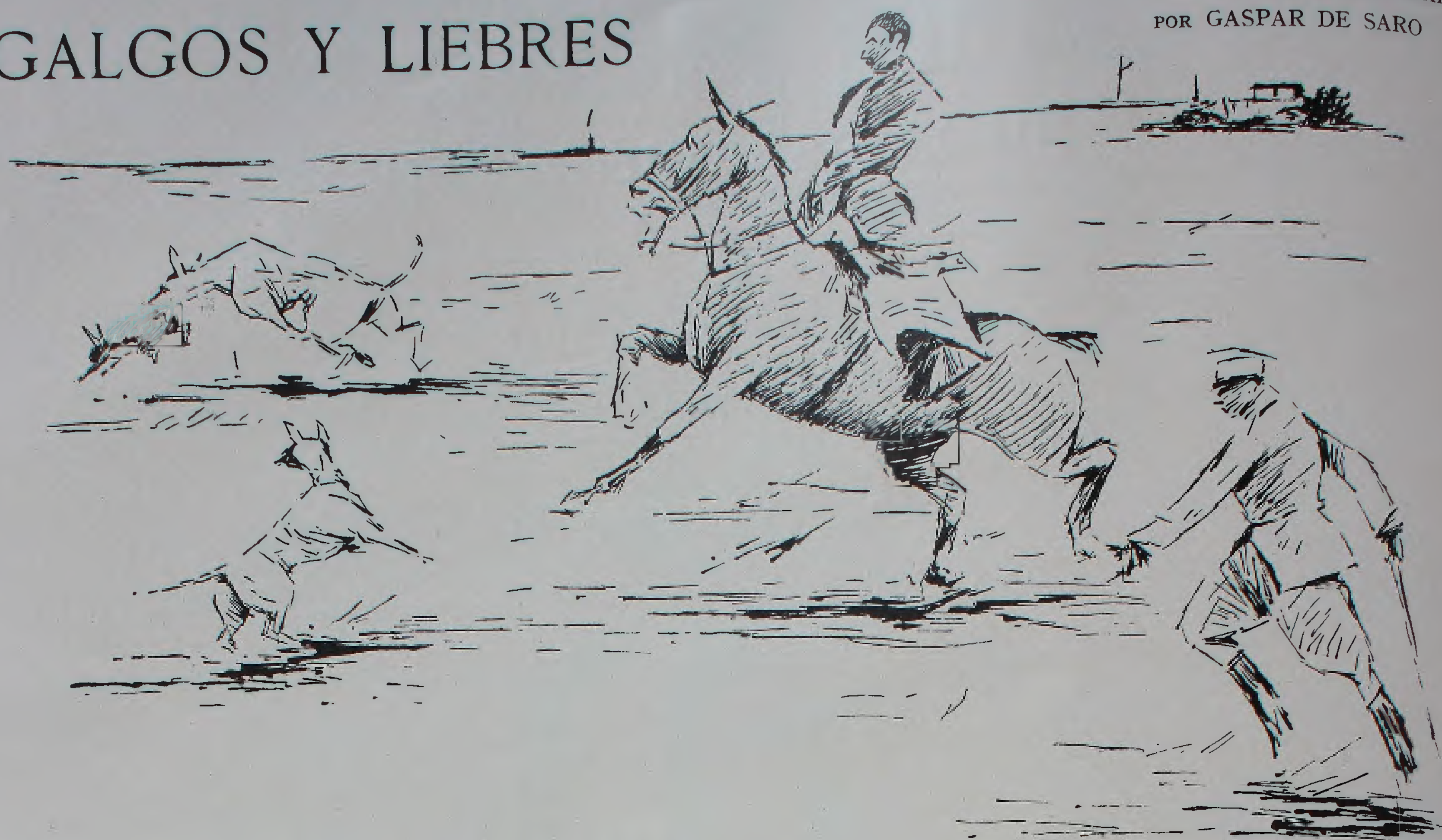
La última sílaba de Napoleón choca contra el suelo.

Y Margarita contempla tristemente sobre la alfombra las lágrimas brillantes del espejo isabelino y chulón que no la volverá a llamar nunca guapa.

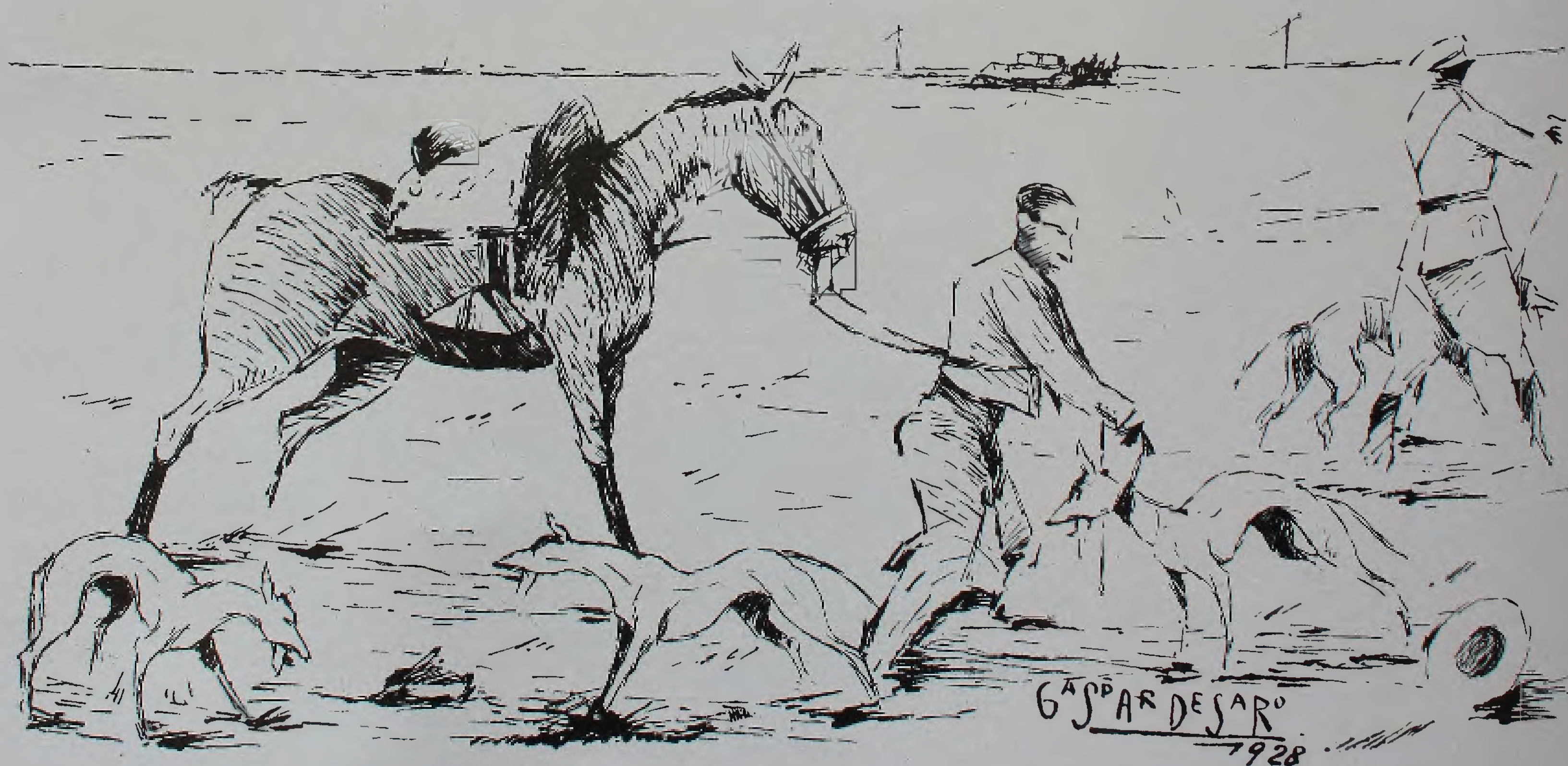
ANTONIO BOTÍN POLANCO

GALGOS Y LIEBRES

APUNTES DEL NATURAL
POR GASPAR DE SARO









EL AVE HERIDA

DIBUJOS DEL AUTOR

Parte la flecha, y en el arco tenso
breve gemido su partida arranca.
Otro gemido bajo el tul inmenso
y un clavel rojo en la pechuga blanca.

El ave herida con el pico intenta
de su pecho arrancar la cruel espina
que se aferra a su carne. Y torpe y lenta
el rumbo tuerce y el volar declina.

Sedienta del azul, torpes las alas,
el pico abierto y el mirar perdido,
al sol le muestra sus brillantes galas
con el gesto de un Ícaro vencido.

Lejos el nido su regreso espera.
¿Podrá llegar hasta la verde rama
donde pía la dulce compañera
y la caterva juvenil le llama?

¡Y hay que llegar! ¡Hay que llegar! El blando
y tibio nido espera. Él es la vida.
¡Pero en tanto que el ave va avanzando
la sangre mana por la abierta herida!

Y huyendo del dolor y de la muerte
se arrastra por los aires más que vuela,
y en el espacio marca, de esta suerte,
sangrienta nave una sangrienta estela

Ya el sol tiñe de púrpura el ocaso
y el lago hay que cruzar. ¡Cuánto se tarda!
De púrpura es también el pecho laso.
No importa. ¡Hay que llegar! El nido aguarda.

La flecha, en tanto, sigue abriendo brecha
huyendo al pico que la busca ansioso.
Y la lucha del pico y de la flecha
se refleja en el lago silencioso.

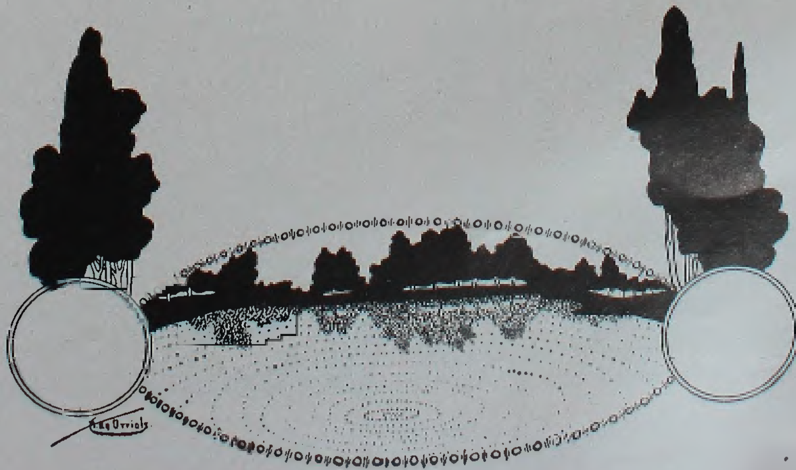
¡Ay, que la muerte se clavó certera!
El ave ya la siente allá en su entraña...
Se retuerce, se agita, y su postrera
mirada se dirige a la montaña.

¡Allí está el nido, allí!... La curva crece...
el lago se agiganta... ¡Adiós la vida!
Tiende el ave sus alas, se estremece,
y cae, rizando el aire en su caída.

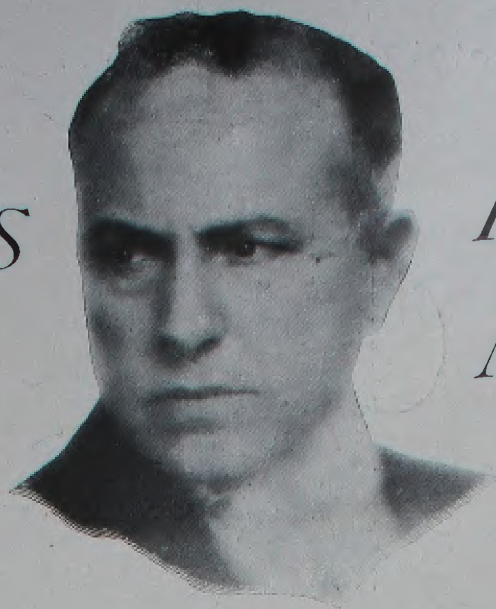
Y se hunde bajo el agua lentamente...
Y queda un punto indefinido y vago
que se abre en el espejo transparente,
como beso cruel e indiferente
que la Muerte olvidara sobre el lago.

Y
las
ondas
redondas
naciendo se extienden.
Y lentas, creciendo, pretenden
besar las orillas, llegar a las frondas
del bosque en que anidan tranquilas, dormidas, las aves.
¡Qué lentas, qué tristes, qué solas, las ondas redondas se mecen!
Del centro del lago brotando se ensanchan, avanzan, se agrandan y crecen,
más grandes, más amplias, más lentas, más quedas, más solas, más tenues, más tristes, más suaves...

ÁLVARO DE ORRIOLS



IMPRESIONES DE ARTE



FRANCISCO MERENCIANO

SU OBRA Y SU TERTULIA

POR

ARTEMIO PRECIOSO

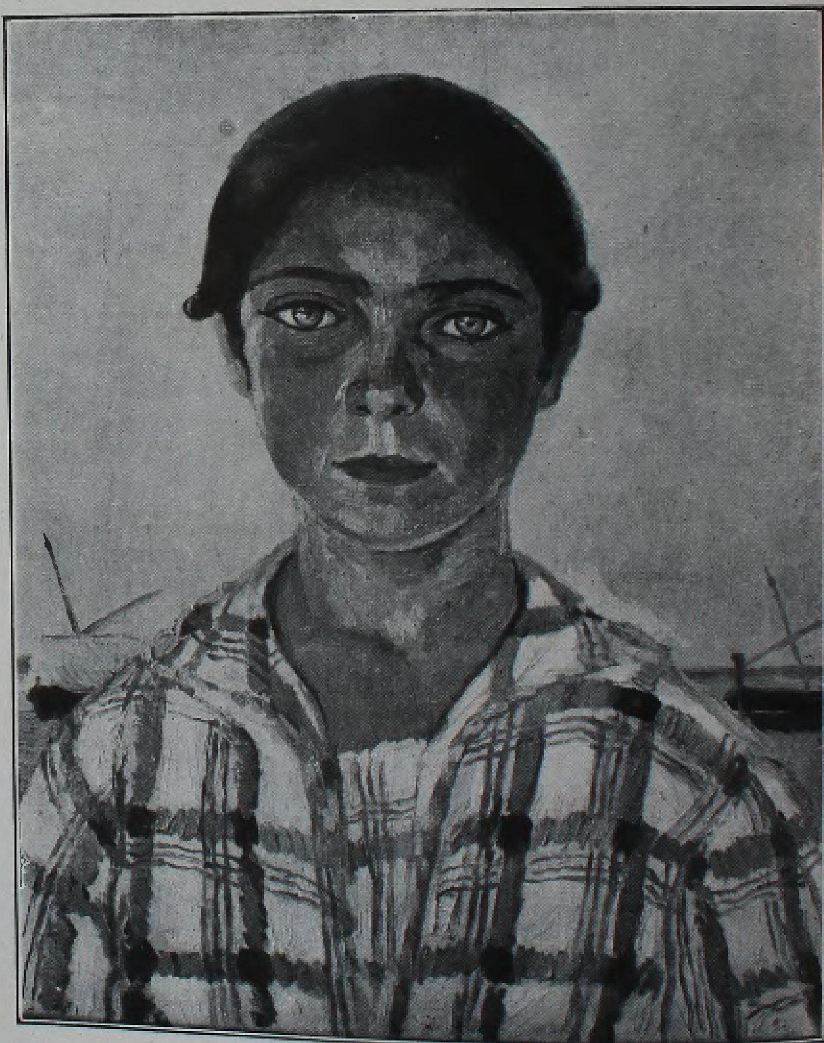


RANCISCO Merenciano acaba de celebrar una Exposición de sus cuadros en la *Galería de los Artistas franceses*, de Bruselas. Aunque en la Exposición de Arte Español Merenciano tenía una obra de las mejores que ha producido—*Valencianas*—, fué requerido para que él solo llenase una sala en la Galería mencionada. Del éxito obtenido por el gran artista valenciano bastará con decir que una gran escritora belga ha publicado un libro sobre los pintores españoles, y en él, como artistas de modalidades distintas, sólo se estudiarán tres: Zuloaga, Merenciano y otro cuyo nombre siento no recordar en este momento.

El renombre de Francisco Merenciano, de algunos de cuyos cuadros reproducimos hoy unas fotografías admirablemente hechas por la casa Vizzavona, especializada en este arte, va creciendo por momentos. En realidad, el hielo que todo artista necesita romper para ser conocido e ir escalando los peldaños de la fama y de la gloria, lo perforó Merenciano hace dos años, cuando celebró en París su Exposición en las Galerías Trotti. Toda la Prensa, por medio de las plumas de sus más autorizados críticos, habló de las obras de Merenciano, saludándolo como a un gran artista.

Fué Merenciano el más amado de los discípulos de Sorolla. Y aunque amaba al maestro como él merecía, aunque sentía por su arte la devoción debida, Merenciano ha seguido trayectoria bien distinta, y no diré que opuesta porque en Arte no hay polos opuestos ni más línea divisoria en realidad que lo que es Arte y lo que no lo es.

Merenciano, hijo de campesinos valencianos, discípulo predilecto de Sorolla, cogió su pobre maleta y con un billete de tercera tomó el tren y una mañana brumosa de noviembre descendió en el Quai D'Orsay con muchas ilusiones y muy poco dinero. La vida de Merenciano como artista y como hombre constituye una novela



Vicentica



El ciego del pueblo

hijo mayor del pintor... El otro, el menor, se llama Dante... Las preocupaciones artísticas datan de siempre, pues, en el matrimonio Merenciano, que ama con verdadera fraternidad a los artistas...

Siempre he creído que para ser un gran pintor, como para ser un gran escritor, o un gran político, se necesita algo más que cerebro y temperamento: corazón... Merenciano es un artista completo, entonces.

Muchos domingos acuden varios artistas al estudio de Merenciano, un estudio inmenso, en el que cabrían doscientas personas sentadas. Aparte las golosinas que acompañan al té, son estos domingos verdaderas fiestas de arte, donde a veces el divino violín de Abelardo Mus nos regala con trozos de Schubert, Mozart o Paganini, donde Encarnita Mus, una gran artista del piano, nos hace soñar con Chopín, con Beethoven, donde la voz mágica de María Cuadras nos hace pasar ratos deliciosos... Se oye música, se habla, se baila, mientras los dueños de la casa, que son los dos artistas, sonríen complacidos, felices por sí mismos y por ver satisfechos a los demás...

Un rincón como éste, en el oscuro invierno parisién, mientras el frío y la lluvia y la niebla hacen la calle tan hostil, por donde desfilan artistas de todas las nacionalidades, da origen, en verdad, a muchos placeres del espíritu...

Vicente Escudero, el formidable y famoso bailarín, con su señora *Almería*, bailarina aplaudidísima, son asiduos también a las tardes dominicales del estudio de este gran pintor español. Carlos Esplá, Juan Pujol, son también de los más amigos de la casa. Tal vez sea yo el menos asiduo, sin duda por mi manía de creer que la mayor voluptuosidad es que los ratos agradables, como los manjares de la mesa, deben sabernos a poco... si no queremos estragarnos el gusto y perder el verdadero valor y la verdadera sensación de las cosas...

París, enero 1929 ARTEMIO PRECIOSO

con la que se podría llenar un grueso volumen pleno de amenidad, de placeres y dolores, de inquietudes, desalientos y triunfos. Como posible obra de un novelista, no es oportuno hablar aquí en este momento. Como alusivo a su vida privada, no sería justo.

Cuando, por primera vez, Merenciano fué a Bélgica y observó a los inmortales maestros de la escuela flamenca, hablando a los siglos por medio de sus obras, sintió que allí, en aquella senda, estaba su sitio. Entonces «se comprendió a sí mismo» y pudo darse cuenta con cierta exactitud de las diferencias artísticas que lo separaban de su maestro y paisano.

Entre las cualidades que resaltan en la obra de Merenciano figuran: la sinceridad, con absoluta despreocupación del gusto del público, huyendo de los «relamidos» y retoques de halago; el dolor de sus personajes y el acierto en los matices, en los colores, en la transición de las figuras y de los fondos. Ved la entraña, a la vez religiosa y triste, de su cuadro *Los místicos;* ved la tristeza de *El ciego del pueblo*, con la fealdad interesante de la *hija-lazarillo*, con la resignación sensual de la mujer-madre, con los dos puntos de interrogación en los ojos del pequeñín... Y otra cosa que caracteriza el arte de Merenciano: la expresión de los ojos de sus personajes, como podréis comprobar en el cuadro que acabo de citar, en las pupilas de la garbosa *María del Rocío*, en la desolación de las mujeres de *El voto a la Virgen*... Y fijaos en ese cuadro perfecto de las *Muchachas de Liria*, sobre todo en la más pequeña, en cuya mirada y en su actitud toda parecen presentirse todos los dolores y las inquietudes del vivir...

Uno de los cuadros que más han llamado la atención en la Exposición de Bruselas ha sido *Werther*. ¡Qué difícil es que logre destacarse tanto la figura, el cuerpo del muchacho vestido de blanco! ¡Y qué expresión en la cara, en los ojos, en las manos!... Werther es el



Los místicos

Fotos Vilaseca

LA HERMOSA TEORÍA DEL SERAFÍN DE ASÍS





«¡Hermano oso!... ¡Hermano ciervo!...» Como clamaba el gran San Francisco de Asis, tal cual él lo deseaba, la humanidad va comprendiendo el excelso sentido de la fraternidad. En las amplias rúas y plazas ciudadanas —París, Venecia, Madrid...—, palomas y pajarillos acuden a

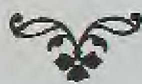




las manos del hombre, que se apresta, cuidadoso, a sustentarlos con migajas de pan. Y ved en este «Zoo» berlinés cómo los parroquianos «alternan» con los animalitos mientras reponen sus fuerzas con buenos bocadillos de jamón o suculentos solomillos de ternera.

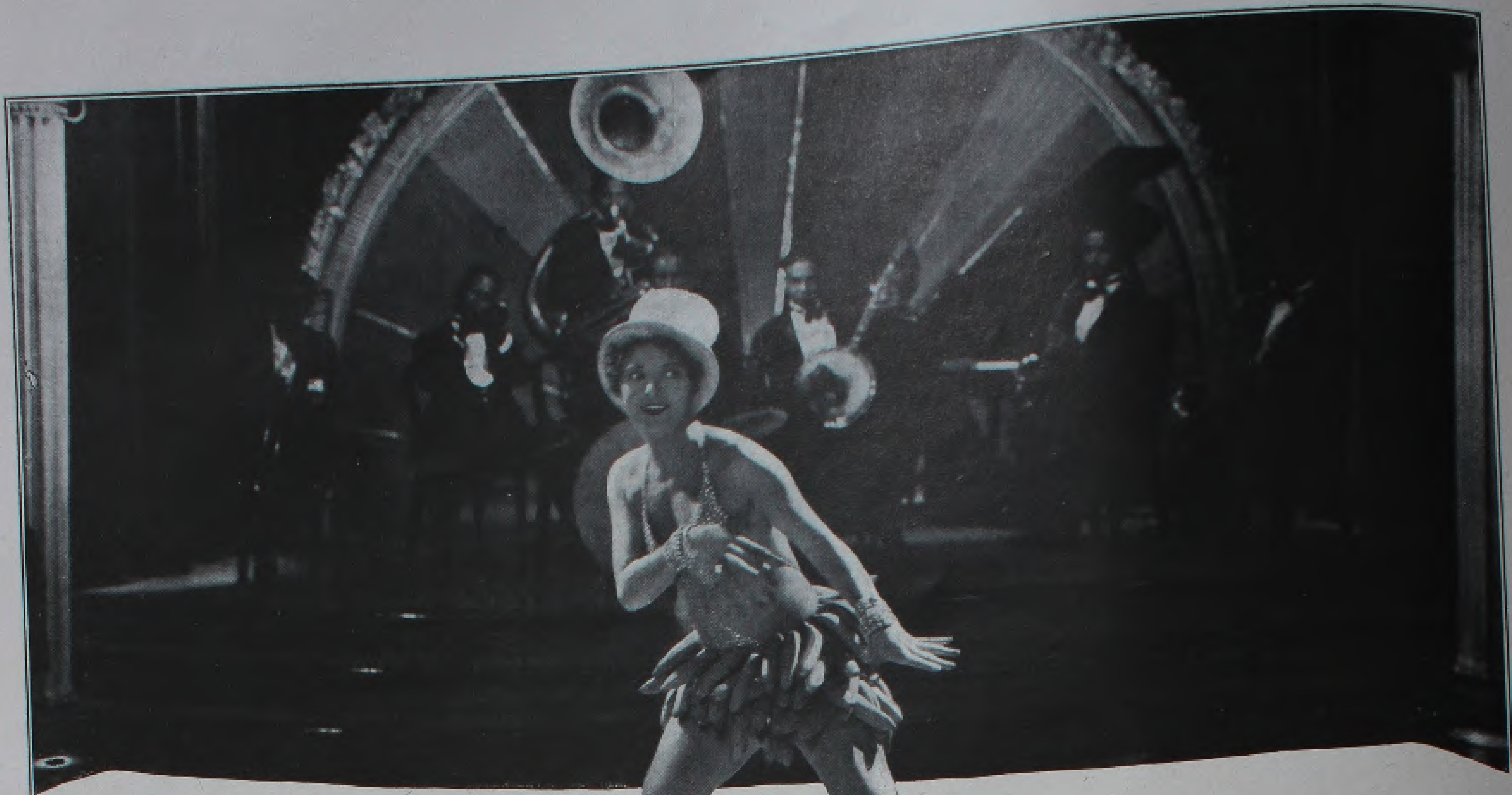


Porque, eso sí, nuestro franciscanismo—el de los hombres de hoy—no llega a conducirnos a los extremos de hacernos profesos de la orden de los vegetarianos. Está bien tener buen corazón; pero hay que tener, ante todo, buen estómago.









ANTE LA PANTALLA

EL DON DE LA GRACIA



Aparte de los medios materiales, de las amplias disponibilidades económicas de que disfrutan los cinematografistas en *Cinelandia*, forzoso es reconocer que la Meca del séptimo arte cuenta con un poderoso elemento que le permite realizar con la máxima eficiencia apetecible las cintas de todos los ambientes y estilos. Me refiero a la abundancia, el exceso, pudiera decirse, de artistas de ambos géneros, de los que en un momento determinado puede echar mano un director para incorporar el personaje que más falta le haga. Me refiero a los *extras*.

Una magna producción que recientemente se proyectó en los salones madrileños—*La última orden*—mostraba, en parte, la existencia de ese enorme núcleo de población que vive de los desperdicios del *cine*, de los pequeños papeles que no llegan a captar la atención del público, abstraído por la labor de su *as* favorito, y que, sin embargo, son imprescindibles para el completo desarrollo de la producción y sirven para que, en muchas ocasiones, los cineastas directores fijen su mirada en las posibilidades del intérprete y lleguen a salvarle del montón anónimo, destacándole y haciendo del modesto actor una figura mundial.

Porque éste ha sido el principio de las afamadas *estrellas* actuales. Los nombres de todas, sus rápidas carreras y vertiginosos encumbramientos son del dominio público; ellas mismas no vacilan en contar los apuros, las miserias que soportaron en su primera época —quizás por eso las fiestas que dan luego en sus suntuosas residencias tienen esplendoroso carácter de desquite—y cómo lucharon contra indiferencias, envidias, celos y temores antes de que un tipo secundario sirviese para hacer que su actuación sobresaliera. Un caso muy cercano de cómo se destaca la personalidad de un actor

ANTE LA PANTALLA



La actriz del Teatro de Arte de Moscou, Baclanova, en «The miracle»



Clara Bow, que no necesita de comentarios.

del teatro mudo es el que se ha dado con el encargado de vivir en la pantalla el personaje del ayuda de cámara de Menjou en su creación *Un caballero de París*, cuya labor le valió hasta tal punto la estimación de nuestro público, que, al reaparecer en otro papel episódico de *Al servicio de las damas*, un murmullo expresivo le acogió. Y poco ha de tardar en hacer películas como protagonista, que el propio Menjou no tuvo más brillante principio hasta que Charlie Chaplin halló en él al hombre que precisaba para el francés de su *Una aventura en París*, cinta realizada bajo su dirección.

No es, pues, tan fácil cual parece ser *estrella* en Hollywood. Ni tan difícil tampoco. Como en todo, la suerte influye no poco, pues sin ella es imposible de calcular el tiempo que puede pasar una artista, no sin que se fijen en ella, sino sin ni siquiera lograr un *extra*. Pero también es preciso tener gracia para lograr hacerse sentir, dejarse ver en los estudios.

Claro que no es esta gracia a que aludo gracia vulgar de payaso burdo. Es

ANTE LA PANTALLA



Nancy Carroll, en una de sus últimas creaciones





Ved aquí la gracia grotesca de Francis Lee

Ruth Taylor repara sus fuerzas en una escena de «Just Married».

la gracia en el sentido más puro y clásico de la palabra, gracia de arte, complemento y sustituto, a veces, de la belleza. La gracia de los ademanes señoriles o desenvueltos, de las actitudes rítmicas o descoyuntadas, de los ojos risueños o melancólicos, de la boca en perenne sonrisa o en altivo gesto desdeñoso. En todo eso, y en muchas cosas más, puede encontrarse el secreto de la gracia, de ese don divino que si se nace sin él nunca en la vida será posible poseerlo.

Ese es el secreto del éxito en *Cinelandia*. Esa es la razón del encumbramiento instantáneo de muchas que nunca soñaron con la popularidad y el motivo del fracaso de tantos que por la gloria y el dinero lucharon denodadamente. Un azar de la Fortuna, que hace que se les encomiende un personaje que sea a su medida, y gracia, insustituíble e inaprendible gracia para todo.

Y si todavía lo dudas, lector, repasa las *fotos* con que acompaño a mis palabras, de *estrellas* veteranas o recientes. Actitud, gesto, rostro, figura, se grabarán en tus pupilas por la gracia impoderable que de todas emana.

ADAME MARTÍNEZ



Colleen Moore en un personaje chino





ANTONIO CHACÓN Y EL "CANTE" ANDALUZ

POR
MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO



Los «ayes» del *cante* andaluz han perdido, con la muerte de Antonio Chacón, una de sus mejores gargantas. Y cuidado con aplicar al viejo artista que acaba de morir un adjetivo que suele atribuirse en casos parecidos. El «último» romántico. El «último» bohemio... Chacón no era, evidentemente, el «último» *cantaor*. Le sobreviven otros varios sacerdotes de este culto: tan decaído como se quiera, pero aun subsistente. Otros «cantaores» cuidarán de que el «cante» andaluz no muera. Otros embajadores de ese sombrío y contradictorio reino de la Pena...

Ciudado también con confundir estos conceptos harto diferentes: cante *jondo*, cante flamenco. Ambos florecen bajo el mismo cielo andaluz, entre los mismos ríos Genil y Guadalquivir... Pero ¡con qué diversas características...! Distingue las dos especies del cante popular de Andalucía quien puede y sabe: el maestro Manuel de Falla, príncipe de la música contemporánea, con trono especialmente asentado en el corazón inmarcesible de la Bética. Con motivo del famoso concurso de 1922, la teoría—nada menos que una teoría—del maestro Falla quedó recogida en el folleto que, dando la vuelta al mundo, sirvió de propaganda al certamen granadino. Porque fué precisamente en Granada donde se reunieron los concursantes del «cante *jondo*» una noche de incipiente verano, para ver qué «¡ay!» salía de más profundo y subía más arriba, hacia las estrellas estupefactas.

El cronista guarda recuerdo inborrable de aquella velada, en que la Alhambra ofreció, como escenario, el maravilloso acuerdo de todas sus seducciones: frondas, fragancias, silencios profundos, melancolía dispersa de pájaros y fuentes, claro de luna, auténticamente romántico. Recuerdo, uno por uno, a los «cantaores» y a las «cantaoras». El «Caracol», el «Niño de Huerva», «Yerbabuena», «la Gazpacha», Carmen Salinas, el viejo Bermúdez, «Tenazas»... Cerca de ellos andaba Antonio Chacón. Pero no como un concursante más, sino como un Jurado, aureolada de eximia autoridad su redonda y calva cabeza.

* * *

Decíamos que... ¡Ah, sí! Decíamos que es menester distinguir el cante «jondo» y el cante flamenco. Hacemos la divisoria mediante conceptos del maestro Falla y de Federico García Lorca, que, además de gran poeta, es gran «folklorista». Hay que buscar el origen del cante «jondo» en los primitivos sistemas musicales de la India, y el del flamenco mucho más cerca, en el siglo XVIII, como un resultado de la degeneración del primero. El cante «jondo», pues, es un balbueco, una emisión más alta o más baja de la voz: «una maravillosa ondulación bucal—dice García Lorca—, que rompe las celdas sonoras de nuestra escala atemperada, que no cabe en el pentagrama rígido y frío de nuestra música actual, y abre en mil pétalos las flores herméticas de los semitonos». El cante flamenco, por lo contrario, procede por saltos: tiene un ritmo seguro y nació cuando ya hacía siglos que Guido d'Arezzo había dado nombre a las notas.

El cante «jondo», que es el más viejo de todos los cantos populares de Europa, ofrece su tipo más genuino en la «siguiriya» gitana, de la que derivan, con caracteres filiales o simplemente variantes, otras varias composiciones: algunas, casi desaparecidas ya, o perdidas del todo: la «caña», la «playera», la «debla», la «toná»... Otras que se conservan todavía: la «soleá», el «polo», el «martinete», la «carcelera»... Las especies del cante flamenco son la «malagueña», la «granadina», la «rondeña», la «petenera»... El conocedor del «cante» andaluz las distingue perfectamente. Pero también sabrá diferenciarlas cualquier espíritu sensible si atiende a la calidad de su propia emoción. La del cante «jondo» le traslada a un mundo insospechable de fuerza y dolor, desgarrado por un grito que tiene mucho del viento o del fuego o del agua en libertad. Fuerza de la Naturaleza, en suma. El canto flamenco es al revés: gana el oído y el corazón con fiorituras y filigranas, en cierto modo académicas. De aquí que el cante flamenco pueda ser—y es— número de «varietés». Al revés del cante «jondo», recoleto del alma andaluza, raramente descubierto o revelado: fuerza oculta, patetismo espontáneo, oro escondido. Naturaleza más que Arte...

* * *

Refiriéndose a una canción escuchada en el Albaicín, ha escrito Andrés Gide, el maravilloso escritor francés: «Nada después, ni siquiera los cantos del Egipto, ha sabido herir lugar más secreto de mi corazón. Por volver a oírlo, hubiese atravesado tres Españas...» Setenta, ochenta años antes, otro extranjero experimentaba análoga impresión en trance idéntico. La impresión se repatrió con él, e informó su propia obra musical, trascendiendo a la de sus discípulos. Aludo al ruso Glynka. «Ni la música nueva sería lo que es—ha dicho Falla—, ni la orquesta moderna sonaría del modo que suena, de no haber existido la influencia del *cante jondo*.»

Falto yo de autoridad para insistir en este aspecto de la cuestión, que cae por fuera de mi habitual miradero literario, me atendré a comentar, aunque sea ligeramente, la letra del «cante»: poemas de un interés fundamental. Están recogidos y ordenados en colecciones y cancioneros, que los salvan de un posible olvido en el alma del pueblo; desde aquella «colección» que publicó hacia 1805 un cierto señor Zamacola, hasta trabajos, más rigurosos en cuanto a procedimientos científicos, de Machado Álvarez, Schuchardt y Rodríguez Marín, sin olvidar a Fernán-Caballero, Lafuente, Alcántara y Guichot.

En la valoración estética de los cantares andaluces, no creo que haya discrepancia posible: hoy, menos que nunca. La moda de los «hai-kais» y el gusto por los poemas breves—esquemas de una emoción apenas desarrollada, pero suficiente de intensidad para compensar limitaciones de extensión—, significan algo así como el retorno de la poesía sabia a las fuentes primitivas, ingenuas, genuinas, de la inspiración. La lírica presente, en alguna de sus direcciones más típicas, canoniza la brevedad expresiva y cifra todo su empeño en henchir las palabras con la mayor suma de alusiones trascendentales, tendiendo a lograr los máximos efectos patéticos en virtud de mínimos recursos, cifrados a veces en una sola imagen, en metáfora única. Y en orden al acierto metafórico, a la imagen justa y bella, a la intención compendiosa, no cabe concebir creación literaria que supere a nuestra canción popular.

No creo que nadie dé a esto de «popular» sentido distinto al que realmente tiene. Al decir «canción popular» no quiere darse a entender que el pueblo, congregado, como en los fueros, «a campana tañida», la haya creado; porque el pueblo, en calidad de órgano corporativo de creación artística o literaria, no existe. Sino que fué creado el cantar por un poeta anónimo e iletrado, pero bien individualizado en su entidad física y personal. Es de presumir que si ese poeta iletrado y anónimo llegase a cultivar su espíritu, acertaría a escribir versos de más complicado mecanismo, toda vez que para ello contaría con la prenda primaria y esencial: inspiración, numen, «quid divinum». Pero acaso lo que ganase en sabiduría y técnica lo perdiese en espontaneidad y aroma. El poeta popular es un poeta elemental: de aquí el sentido profundo y ampliamente humano de sus composiciones. Vengan de donde vengan—playa o serranía, presidio o reja florida—, todas nos arrebatan y seducen.

Los poetas que pudiéramos llamar profesionales han escrito cantares y coplas que han solido fracasar. El «pastiche» a este respecto es de difícil disimulo. Los pequeños poemas del pueblo no pueden elaborarse en un gabinete. Mas a veces se hallan verdaderos aciertos: los nombres de Ferrán, por ejemplo, o de Alfonso Tovar, hacen patente la posibilidad de un artificio victorioso.

Paseando un día por las afueras de un pueblo andaluz—caserío enjabelgado, doradas piedras del Renacimiento, olivos verde plata—, oí una «soleá» que me impresionó hondamente, y que anoté en mi corazón. La cantaba una muchacha pálida y morena, que me hizo recordar otra copla: «... delgadita de cintura—como junco de ribera». La que ella entonó era ésta:

Dijo a la lengua el suspiro:
Échate a buscar palabras
que digan lo que yo digo...

Pues bien: andando el tiempo, yo hallé estos versos en los «Cantares e impresiones» de Enrique Paradas. El alma popular las había prohijado, sin modificarlos un ápice. Porque ocurre, en ocasiones, que el pueblo introduce variantes que mejoran el texto. Y entonces sí que cabe hablar de colaboración popular. Hay muchos ejemplos. En algún lugar he leído la suerte de una copla de Ventura Ruiz de Aguilera. El poeta escribió:

El día que tú naciste
cayó un pedazo de cielo:
cuando mueras y allá subas,
se tapará el agujero.

El pueblo modificó los dos últimos versos en esta forma:

Hasta que tú no te mueras,
no se tapará el agujero...

Estas citas, puramente incidentales, nos ponen en camino de otras que pueden dar al lector la emoción poética de unas cuantas muestras, escogidas al azar. He aquí una que vale por todo un drama. El asunto y los tipos esenciales quedan perfectamente dibujados con una situación cabal:

A mi puerta has de llamar,
y no he de salir a abrir,
y me has de sentir llorar.

Pero es mejor que los cantares hablen por sí, sin comentario oficioso al margen:

Peregrino: tú que andas,
si por el mundo la encuentras,
dile que yo la perdono,
pero que no quiero verla.

Me quitaron de quererte,
pero «m'han» dejaíto libre
los ojos para mirarte.

Mis fatigas son mortales,
¡Me encuentro en un camino
con dos «vereas» iguales!

Si fuera rayo de luna,
por tu ventana colara,
«p'andando» muy despacito,
llenar de plata tu cara.

Una cruz llevas al pecho
«engarzá» en oro y marfil.
Déjame abrazarme a ella,
o crucifícame allí.

Yo doy suspiros al aire.
¡Ay pobrecita de mí,
que no los recoge nadie...!

Yo me enamoré del aire,
del aire de una mujer.
Como la mujer es aire,
en el aire me quedé...

Y tantas, tantas, tantísimas más...

* * *

El reino que dominaba Antonio Chacón era más bien el del cante flamenco. Su forzado profesionalismo fué causa de las preferencias a que se entregó el «cantaor» que acaba de morir. «Cantaor» en el aire confinado del «colmao», de la «juerga» más o menos de rumbo, de la fiesta aristocrática. Y precisamente porque Chacón tuvo a Madrid por sede de sus más continuados triunfos artísticos, es por lo que en el repertorio de Chacón culminan los llamados «caracoles», variedad curiosa de cante andaluz. Cante andaluz... a la madrileña. «Encontraron los «caracoles» en la alegría del pueblo madrileño—ha escrito José Carlos de Luna, perito en la materia— una acogida cariñosa, y tantas letras de allí cantaron a su *son*, que hubo quien las creyó de nacimiento *gato*. Tan bien se acopló a su garbo la calle de Atocha, la reluciente calle de Alcalá, las fuentes tradicionales de la Cibeles y la Alcachofa, el café de la Unión...»

Pero lo mejor es transcribir la letra de uno de esos «caracoles» re-creados por Chacón. Oírselo era tanto como tomarle el pulso a una época ya muy distante:

¡Vamonos! ¡Vámonos!
¡Al café de la Unión!
Donde paran Curro Cúchares, el Tato
y Juan León.
¡Eres bonita!
El conocimiento la pasión no quita.
Te quiero yo,
¡Bendita sea la «mare»
que te parió...!

Tiempos lejanos ya, en efecto. Estampas de «La Lidia». Pasodoble «La Giralda». Liquidación de la España isabelina. Juventud garbosa de Antonio Chacón... Chacón mismo ha acabado por desaparecer también. Recíbanle en el Paraíso las sombras augustas del gran Silverio, de Juan Breva, de la Parrala... Coro conmovedor de gentes asaeteadas por el amor, con el corazón en la cabeza.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO

Jorge Montemar
«REPORTER-DETECTIVE»

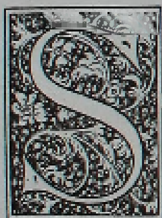
Novela de aventuras, original de
SEE ADCOME

Traducida y adaptada expresamente para COSMÓPOLIS

(CONTINUACIÓN)



LA CADENA LA LLEVABA PUESTA ESTA MAÑANA EL DOCTOR



Si no me hubiera apresurado a abrir el puño y mostrarles más de media cadena exactamente igual a aquella de la que se habían encontrado varios eslabones entre los crispados dedos de la víctima del crimen, tengo la completa seguridad de que ninguno de aquellos señores hubiera vacilado en afirmar que yo era el más formidable insensato; tales y tan aparentemente absurdas eran las afirmaciones que venía lanzando desde hacía un buen rato. Por eso me apresuré, repito, a mostrar el resultado de mi excursión al jardín y, sobre la palma extendida de mi mano, brilló unos segundos el objeto en que todos—y yo más que todos—, creímos encontrar la clave del extraño suceso.

Varias manos se abalanzaron sobre la mía, y una, más ágil, se apoderó del pedazo de cadena. Hasta que no vi hacia quién convergían entonces todas las miradas no me dí cuenta de que el que me había arrebatado mi trofeo era el propio Reinal, que, junto al juez, comparaba los eslabones que yo acababa de aportar al sumario con los que obraban en él desde los primeros momentos.

La comprobación fué rápida y demostró la identidad de ambos trozos. Y una vez que expliqué dónde y de qué manera tan providencial acababa de venir a mí, el agente, como poseído de inspiración repentina, se arrodilló ante el cadáver del monstruo y le examinó unos segundos.

—¡Vengan, vengan!... —gritó, sin poder ocultar su júbilo.

Nos señalaba el chaleco del asesino—no sé si he dicho ya que la fiera se cubría con burda ropa de obrero—, uno de cuyos ojales estaba desgarrado y del que pendía un mosquetón de oro, cuya argolla rota unía de modo perfecto con una de las que yo había encontrado. Después se alzó y me estrechó la mano, diciendo:

—Hasta ahora vamos bien, Montemar. Ahora sólo falta que el doctor nos explique por qué ha mentido a don Abel.

Hubo un gesto expectante en todos, que cortó, antes de que las preguntas subieran a los labios, afirmando:

—*La cadena la llevaba puesta esta mañana el doctor.*

Resumen de lo publicado

Después de dar muerte en dramáticas circunstancias al monstruo que asesinó a miss Evelina Whist—hija del sabio de fama mundial—, Jorge Montemar, aspirante a la plaza de «reporter» de sucesos de «El Informador Mundial», realiza una visita de inspección al jardín del hotel en que ocurrió el crimen y hace un hallazgo importante.

UN PAPEL QUE PRUEBA LA MENTIRA

—Esa afirmación es muy atrevida, Reinal—opinó, ceñudo, Lacruz.

—Tanto como cierta, señor juez—repuso el agente—. Para formularla, sólo es necesario que los ojos sirvan para saber ver y el cerebro para saber pensar. ¿Verdad, Montemar?...

Aunque me ponía por testigo de sus aseveraciones, debo confe-

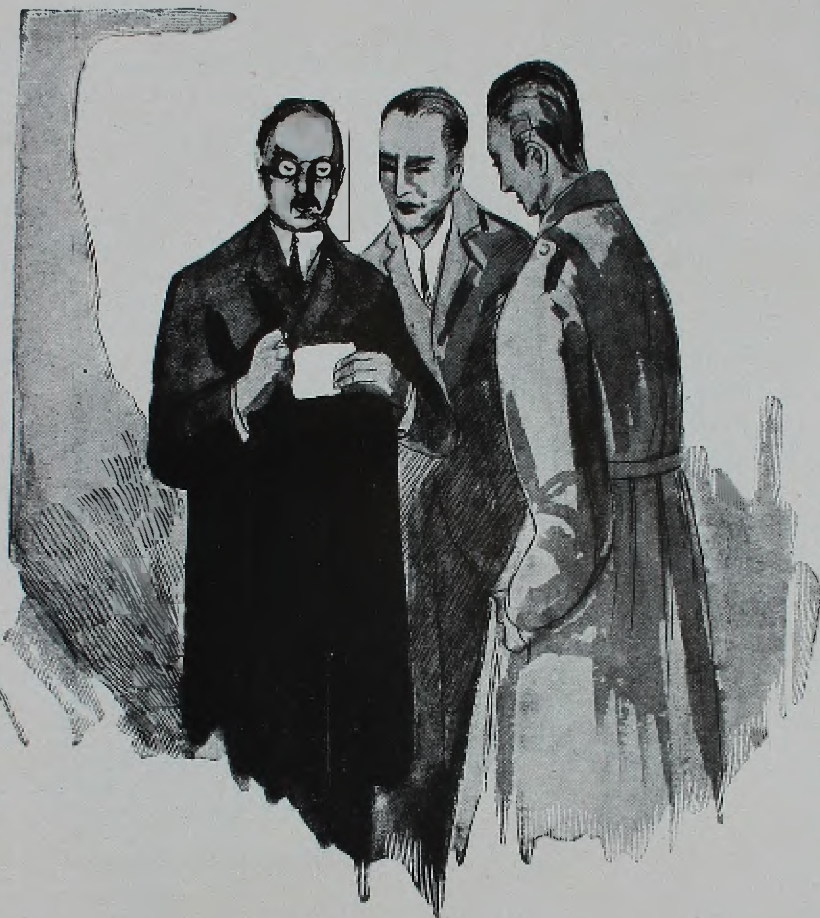
sar aquí, con sinceridad, que me hallaba en la misma situación que los restantes oyentes y no encontraba en ninguno de los órganos míos citados por el policía mayor utilidad práctica que los otros en los suyos; pero, no queriendo confesar mi fracaso deductivo, me limité a aventurar un gesto de suficiencia que a nada comprometía, puesto que no decía nada. Mi interlocutor lo interpretó con arreglo a sus deseos y prosiguió:

—Es indudable que esta cadena terminaba en dos objetos, que sostenía desde hace algunos años, tal vez desde que al doctor Whist se la regalaron: un reloj y un portamonedas, de oro las dos cosas, y a la primera de las cuales profesa su dueño más estima que a la segunda, toda vez que no ha sabido desprenderse de él. En cambio, el monedero se lo entregó a este ser misterioso, acompañando al dije y la cadena; se lo entregó la misma mañana o el mismo día del crimen y con abundantes fondos, por cierto. He aquí el portamonedas, señores—concluyó, introduciendo su diestra en el pecho del cadáver.

Lo abrió, y extrajo cuidadosamente hasta cuatro billetes de cien pesetas y un papelito que conservó en su poder, en tanto que todos comprobaban la existencia de aquella alhaja y de aquella suma que no se presumían en poder del monstruo.

—Sin embargo, nada se opone a que el doctor haya dicho la verdad al asegurarme que desde hacía cerca de una semana no usaba esta cadena—, dijo, concluído el examen, don Abel.

—Se opone una cosa muy pequeña y muy frágil—contestó Reinal, que gustaba de los golpes de efecto—: ¡Este papel!... *Un papel que prueba la mentira.*



EL MONSTRUO ESTABA ENAMORADO

Lo desenvolvía, con mucha calma, entre sus dedos, largos y ágiles. Era una pequeña hojita, arrancada, sin duda, de un libro de notas, que, extendida, ofreció al grupo nuestro, ceremoniosamente.

Conteniendo nuestra curiosidad, se la dejamos coger al juez. Por encima de su hombro, sin embargo, la leímos todos:

«A las tres, ése», rezaba la línea escrita, bajo la fecha del día del crimen, de puño y letra de Whist. Y debajo: «¡Hoy!... ¡Si no viniera!»

No tuvo nada más que explicar Reinal. A nadie dejó de alcanzársele que el sabio—requerido de continuo por las más varias y altas especulaciones científicas—tomó aquella apuntación para recordar la hora y la fecha en que había de recibir al personaje que designaba con el nombre de Malakí, y que guardó la nota en su monedero para recordarlo más fácilmente. Una de las veces, al encontrarse con el recordatorio implacable, el comentario temeroso había brotado espontáneo de los puntos de su pluma.

—¿Cómo no dimos antes con este monedero?—se preguntó en voz alta el juez.

—Era difícil presuponer siquiera su existencia—dijo Reinal—. Sólo cuando Montemar me entregó el pedazo de cadena que se le enganchó al criminal cuando trepó hasta la ventana supuse que de continuar llevándola sería porque ella le serviría para asegurar en su bolsillo algo que él consideraba de gran valor; y al ver el ojal roto, introduje en su pecho la mano, encontrando...

—El dinero, que era de gran valor para el monstruo—concluyó un agente.

—Y este retrato, que era la joya de más precio que guardaba.

Como en un juego de manos—decididamente, Reinal era un policía «de gran espectáculo»—, sacó de su bolsillo una miniatura en esmalte, de escaso precio, pero que reproducía de modo portentoso las facciones de miss Evelina.

—¡Mi teoría se confirma!... —clamé, con alborozo—. ¡Ya ven ustedes cómo es verdad que *el monstruo estaba enamorado!*

EL DOCTOR WHIST HA DESAPARECIDO

Parecía que, efectivamente, estaba yo inspirado aquel día, pues todas mis hipótesis tardaban bien poco en convertirse en realidades incontrovertibles, en hechos definidos, con perfectas y robustas raíces en la realidad. ¡Ojalá que me hubiese equivocado en algo, aunque sólo hubiera sido en lo de que el misterio empezaba cuando todo parecía a punto de concluir, porque...! Pero no precipitemos el relato y procedamos con sujeción estricta al método cronológico que vengo empleando y que juzgo insustituíble en asunto tan pródigo en sorprendentes incidencias.

Lacruz creyó imprescindible que el doctor Whist ampliara su declaración, toda vez que los acontecimientos demostraban que existían inexactitudes importantes en sus primeras manifestaciones. Era ya día claro y el anciano habría descansado, seguramente, de las emociones que provocaron el accidente de la tarde anterior. Para más seguridad, el juez dió orden de que se llamase al practicante que vigilaba el reposo de aquél.

Vino a medio despertar, rojos los párpados, desabrochado el cuello, suelta la corbata y con una ancha arruga vertical en la mejilla derecha que señalaba la huella de la almohada. Confesó que había dormitado desde las tres de la mañana, porque, a esa hora, vió que el enfermo descansaba tranquilo. En un sofá de la habitación inmediata a la alcoba en que el infeliz padre se encontraba, y sin cerrar la puerta que ambas piezas comunicaba, se tumbó hasta que le habían ido a llamar.

Creo que más por temor a una reprimenda por su descuido que por convencimiento de que el estado del doctor lo permitiera, transigió con la petición de don Abel, y volvió a despertar al paciente en su lecho. Andaba casi dando traspiés, de un modo que Reinal comentó, burlonamente:

—¡Ese hombre está dormido por dentro!...

Sonreímos. Pero unos pasos bruscos, precipitados, en el corredor por donde el practicante acababa de desaparecer nos helaron la sonrisa a flor de labio. En el marco de la puerta se destacó la silueta de aquél, con los ojos redondos por el espanto, sin fuerzas casi para hablar.

—¿Qué sucede?—inquirió Lacruz.

Agitó las manos desesperadamente, en un penoso esfuerzo por hablar. Luego tornó a dejar caer los brazos, desalentado, a lo largo del cuerpo, incapaz de dominar sus nervios ni vencer su emoción. Me precipité a sostenerle; mientras un agente le brindaba un vaso de agua con unas gotas de coñac, otro—a un gesto de Paco Reinal—salió a investigar lo que ocurría que de tal modo le afectaba al pobre muchacho, y antes de que éste se hubiera recobrado, regresó muy pálido, y con acento entrecortado exclamó:

—*El doctor Whist ha desaparecido.*

AHÍ HAY ALGUIEN

Creo que aquélla fué la más violenta de las emociones que nos agitaron a cuantos vivimos aquellas horas inolvidables. Debió de serlo, porque se trataba de lo más inesperado, de la culminación del absurdo entre la interminable sucesión de confusiones y sorpresas que se precipitaban sobre nuestras cabezas desde la tarde anterior. Todo lo demás podíamos esperarlo, debíamos esperarlo, en realidad.

Conocida la fotografía del monstruo, poca sorpresa tenía que producirnos su cara; presupuesta su bestialidad salvaje, en nada había de extrañarnos su confirmación; sabida la visita de Malakí a la casa, era lógica la nota encontrada en el monedero; después del colapso del sabio, nada de sorprendente tenía su amistad estrecha con el asesino, y hallados unos eslabones de la cadena en manos de la muerta, forzoso era admitir que otros anduvieran perdidos en diferentes lugares.

Pero ¡la desaparición del doctor!... La desaparición del doctor escapaba al cálculo de todas las probabilidades, estaba fuera de las más audaces hipótesis, y si unos minutos antes de la entrada del practicante alguien nos la hubiera anunciado, ninguno de nosotros hubiese vacilado en vaciar sus bolsillos por apostar en su contra a que no se daría tal caso.

Y, sin embargo, el doctor Whist no estaba en la casa. Corrimos todos a su alcoba, haciendo caso omiso del enfermero, que, falto de nuestro apoyo, rodó por tierra como un pelele, arrastrando la copa de agua, que se rompió en mil pedazos, y comprobamos que la ausencia del inventor databa de hacía más de una hora, toda vez que las ropas del lecho estaban completamente frías en la parte que aun guardaba el hueco del cuerpo. La amplia ventana, empañada por la diferencia de temperatura entre la vivienda y el exterior, se hallaba cerrada por dentro, con la falleba echada, y ningún cristal aparecía roto. Era indiscutible que el hombre de ciencia había pasado ante el improvisado lecho en que descansaba con toda tranquilidad la persona encargada de vigilar su descanso.



—¡Pensar que ese imbécil es el culpable de todo! —murmuró don Abel al ver el sofá en que durmiera el practicante.

—No, don Abel —le contestó Reinal—. La culpa es sólo nuestra. Debimos ponerle agentes que le celasen en nombre de la Ley, como el enfermero lo hacía en nombre de la Ciencia.

Nadie se atrevió a oponer nada a las sensatas palabras del inspector.

—Es inútil perderse en discusiones sobre a quién alcanza la responsabilidad de esta fuga—dije, cortando la conversación—. Lo esencial es ponerse sobre el rastro del fugitivo cuanto antes nos sea posible. El doctor no disponía de ningún vehículo para escapar y no puede, por consiguiente, haber ido muy lejos.

—Sensato cuanto dice usted, amiguito. Pero ¿en dónde cree que podemos dar con nuestro hombre? —me preguntó el juez, con sorna en que yo adivinaba su rabia, mal disimulada, por el fracaso que empezaba a aureolar a lo que él consideraba ya uno de sus mejores éxitos.

El inspector y yo formamos, rápidamente, un plan de campaña, que sometimos a su aprobación antes de llevarlo a la práctica. Nos contestó con una especie de gruñido inarticulado que lo mismo podía significar aquiescencia, denegación que «¡Vayan ustedes a paseo!» Reinal—experto en dar a las cosas la interpretación que mejor se amoldaba con sus deseos y propósitos—hizo como que suponía la aprobación, distribuyó a los hombres de que disponía en rondas volantes, marcando a cada dos un mismo itinerario en un arco de círculo que tenía por centro el hotel y un radio de cinco kilómetros, y les encargó de modo especialísimo que no dejasen de registrar cuantas fincas encontraran a su paso, quedando uno en la puerta para impedir que nadie saliese de ellas bajo el menor pretexto, mientras el otro recorría desde los sótanos a los desvanes.

Me honró aceptándome en su compañía. Se había trabado entre ambos una amistad «de toda la vida», desde hacía unas horas, que no carecía de justificación, toda vez que cada uno veía en el otro un salvador, cual si los dos nos miráramos en un espejo. Decidimos, pues, que un agente que quedaba descabalado viniera con nosotros, y emprendimos la marcha con rumbo al sector que nos habíamos reservado, y que era el del lado izquierdo del hotelito, aquel que correspondía a la parte que miraba al campo.

No se alzaban en aquella dirección elevadas construcciones, ni graciosos «chalets» cual el de Whist. Quitando algunas casuchas míseras de tablas, cascote, latas y techo de paja con algunas chapas picadas de cinc, el edificio más considerable que se divisaba en una extensión de unos dos kilómetros era una especie de refugio, almacén o *garage*, de paredes que alguna vez debieron de ser blancas y relucir al sol, pero sobre las cuales acaso hiciera más de medio siglo que no había sido pasada por ninguna mano una piadosa aljojifa. El techado, de teja plana y gris, marcaba un pronunciado declive hacia la parte opuesta de la en que se enclavaba la puerta, y ésta se abría al contrario lado de aquel por el que avanzábamos los tres hombres.

Estaba la chavola a poco más de quinientos metros del hotel del crimen y pronto pudimos distinguir bien hasta los desconchados abundantes de la pared que ante nosotros se alzaba y en la que sólo se abría una ancha ventana, con maderas sin desbastar cerrando el vano y ocupando el lugar que, en un principio, se destinó, sin duda, a los cristales. Cuando salimos de la casa de Whist tuvimos que sufrir el asalto de mis contados compañeros, que aguardaban nerviosamente noticias de lo que ocurría. Al cabo nos zafamos de ellos, encargando a los guardias que vigilaban la entrada que cuidaran de que nadie nos siguiese, consigna que fué cumplida severa y rudamente, y comentando los sucesos en que la noche y la madrugada eran pródigas, nos aproximamos a la humilde choza.

—¿Piensa usted registrarla?—pregunté, señalándola.

—Desde luego—me respondió—. Aunque sólo sea por quedarme tranquilo, pues supongo que no vivirá en ella ser humano alguno.

Como respondiéndole, a través de las junturas de las maderas que cubrían la ventana se empezó a filtrar lentamente una columnita de humo tenue, gris, que apenas si llegaba a alzarse sin deshacerse.

—Pues esta vez nos equivocamos, Reinal. *Ahí hay alguien.*

ESE HOMBRE ESTÁ LOCO

Corrimos hacia el cobertizo, pues no creíamos necesario ningún género de precauciones, y dimos bien pronto en él. Al rodearle, la puerta se nos ofreció, atrayéndonos con el misterio que tras ella suponíamos desde que el humo empezó a brotar. Ninguno de los tres dudábamos de que allá era donde se había escondido Whist. La proximidad del hotel y la choza, la ausencia de construcciones en su torno, el haber sido nosotros los que salimos los últimos del «cuartel general» para dar lugar a que los demás agentes avanzasen más en sus investigaciones y el no haber oído el disparo que debía servirnos a todos de señal para saber que el fugitivo había sido alcanzado, confirmaban nuestra opinión.

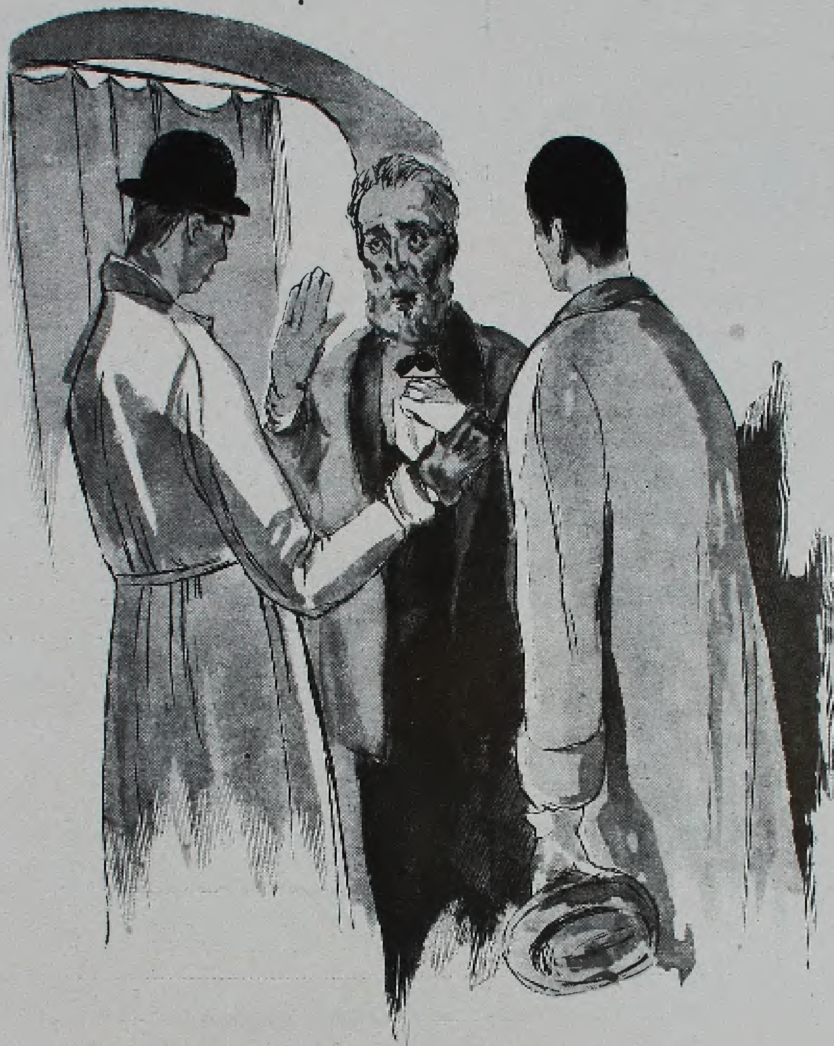
Era la puerta pequeña y de las llamadas «de escape». Su colocación, muy posterior a la fecha en que la totalidad del edificio se alzó, pues el marco, de madera sin pintar, tenía en su torno el yeso blanco, brillante, contrastando con la suciedad de las paredes. Igualmente se encontraban las señales de reciente obra en el marco de la ventana por donde salía el humo; y en la fachada que miraba a la

carretera, una gran mancha blanca, alta como de dos metros y de más de tres de anchura, indicaba que la puerta antigua del edificio se tapió cuando se abrieron la ventana y la otra.

Con tales datos, nuestras sospechas tomaban cada vez más consistencia. El sabio inglés era el que tales reformas realizara y debía haber sido impulsado a ello por poderosas razones. ¿Cuáles?... Antes de decidirnos a empujar la puertecita, esta duda fué la que nos detuvo unos segundos; pocos, pues reflexión y acción fueron casi simultáneas y todo ello ocurrió en menos tiempo del necesario para relatarlo.

Dejamos al agente en el lado de la puerta. No era de temer que nadie pretendiese escapar; aun en el supuesto de que Whist no estuviera solo, de que quién sabe qué misteriosos criminales o fatídicos personajes le acompañasen en el estrecho recinto, no había peligro de que escapase nadie del inmueble, que la ventana única estaba a más de la altura de un hombre y por la breve entrada sería un juego de niños apresar al que tratase de huir, pues apenas si había hueco para dos personas.

La batiente carecía de picaporte. Reinal introdujo una ganzúa en la cerradura, después de comprobar que la llave estaba echada; empujó suavemente y entramos.



Dentro, la oscuridad era absoluta. A la luz de la linterna eléctrica examinamos una especie de zaguán más largo que ancho, primera pieza de la choza. A nuestra derecha, una puerta que cedió sin esfuerzo: una habitación como de dos metros en cuadro, con una cama rudimentaria—varias tablas, una manta y un cabezal—, pero vacía. Salimos otra vez al zaguán y levantamos una sucia cortina que ocultaba el hueco frontero al acceso a la vivienda. Porque aquello, que cualquier observador hubiera tomado por cuadra, visto desde fuera, era utilizado por alguien como vivienda.

Descorrido el sucio trapajo, otra estancia se ofreció ante nosotros. Amplia, destartalada, irregular, apenas si se alumbraba con los resplandores de una pequeña hoguera que en su centro ardía y cuyas llamas lamían las contraventanas correspondientes al hueco por donde el humo encontraba insuficiente salida al exterior.

Tuvimos la precaución de apagar las linternas antes de descorrer la harpillera, y así podíamos observar cómodamente desde el lugar donde nos encontrábamos, sin temor de ser descubiertos. Dominábamos casi toda la pieza, excepto un pequeño recodo que había a nuestra izquierda y que en la rudimentaria distribución del edificio debía corresponder al lugar que, a la derecha, ocupaba la alcoba examinada.

Y de aquel rincón fué de donde, a poco de permanecer en acecho, vimos salir y acercarse a la hoguera, observarla con detenimiento, alejarse, desaparecer y retornar a ella con un montón de papeles que arrojó en las llamas, al eminente y benemérito doctor Whist, una de las lumbreras de la ciencia mundial.

Iba y venía sin cesar de la hoguera al rincón y de éste a la hoguera. A cada viaje aportaba más documentos, papeles, libros, planos y fotografías que dejaba caer entre las brasas, después de contemplar con visible pesar algunos, de acercarse a los labios otros. A veces, un sollozo contenido se escapaba de sus labios exangües, que el resplandor rojizo de la llama hacía parecer más pálidos al iluminar su severa barba blanca.

—¿Qué hace?—pregunté, una de las veces que desapareció de nuestra vista, a Reinal.

—No le veo ahora—contestó mi acompañante—; pero me parece que *ese hombre está loco.*

SÓLO HABLARÉ DELANTE DEL JUEZ

Durante cerca de diez minutos estuvimos viendo el incesante ir y venir del anciano, que no demostraba la menor inquietud ni sospechaba ser espiado. Indiscutiblemente, lo que destruía eran documentos personales, íntimos, que alguna razón muy poderosa le obligaba a aniquilar. Pero, ¿cuál podía ser ésta?...

En aquel momento, los dos recordamos que si estábamos allí era para algo relacionado con miss Evelina y el monstruo, para algo que la actividad y los actos del anciano nos había hecho olvidar, dejándonos llevar por la curiosidad y el interés. Acaso aquello que tan minuciosamente destruía encerraba la clave en que se cifraba el secreto de la cadena, del retrato, de Malakí y de la falsa declaración del propio profesor.

No hicimos siquiera intención de sacar los revólveres. Alzándonos de nuestro escondrijo, cuando el doctor buscaba nuevo combustible, me lancé de un salto a pisotear la hoguera para salvar los residuos de la quema, mientras Reinal salía al encuentro de Whist, que regresaba con una carterita de cuero aprisionada contra su pecho.

—¡Gracias al cielo que damos con usted, profesor! —le dijo con el tono más natural que le fué posible—. Y por lo visto, está decidido a ahumarse de un modo concienzudo.

El interpelado le miró como si fuese una aparición del otro mundo. Después su vista fué hasta mí, para bajar más tarde a la hoguera, casi apagada ya, merced a mi esfuerzo. Se dió clara cuenta de la situación y, pasándose ambas manos a la espalda, inició una sonrisa:

—Bien. Ya han dado ustedes conmigo. Lo supuse. Pero nunca creí que fuera tan pronto.

Ocultaba la cartera de un modo tan cuidadoso, tan disimulado, que no había disimulo ni cuidado posibles. El agente hizo intención de apoderarse de ella, diciendo como quien no da importancia a la cosa:

—¿Qué?... ¿Guarda usted ahí alguna sorpresa para nosotros?...

Retrocedió, sin pretender esconder su miedo a que le cogieran el paquetito. Reinal me hizo una seña imperceptible, y antes de que el viejo llegara a la puerta cubrí con mi cuerpo la cortina. Las lágrimas asomaron a los ojos del buen hombre—¡a pesar de todo aquello, tan extraño, a mí me seguía pareciendo un buen hombre!—, que tuvo un gesto de impotente resignación.

—Bien—repitió—. No hay escape posible. No me resisto, por consiguiente. Pero atiendan mi ruego: iré con ustedes, haré cuanto gusten, si me prometen no tocar esta carterita.

Y nos la mostró.

—¿Cómo quiere usted que le prometamos respetar lo que encierra la clave del asesinato de su hija? —preguntó Reinal, sorprendido.

Pero el inventor repuso:

—Yo no pido eso. Verán ustedes todo, sabrán ustedes todo. Pero *sólo hablaré delante del juez.*

Continuará en el número próximo

LOS CONCURSOS DE "COSMÓPOLIS"

¿Recuerda usted esta película?

COSMÓPOLIS convoca entre sus lectores un nuevo concurso cinematográfico, para tomar parte en el cual no se requieren condiciones especiales; basta con tener una memoria regular y atenerse estrictamente a las siguientes

BASES

1.ª Desde el número de noviembre hasta el de febrero—ambos inclusive—se insertarán en COSMÓPOLIS seis fotografías mensuales, reproduciendo escenas de películas proyectadas hace años en los salones cinematográficos madrileños, cada una con su correspondiente cifra de orden.

2.ª En el mes de marzo se publicará una hoja en la que, junto al número de cada fotografía, habrá un espacio en blanco para que el concursante indique el título que cree corresponde a la película en cuestión.

3.ª Durante un plazo que, al publicar la relación, se indicará, estas hojas se remitirán a la Redacción de COSMÓPOLIS (Marqués de Cubas, 1) o al Apartado de Correos 490.

4.ª En el número de COSMÓPOLIS correspondiente al mes de abril se darán a conocer las soluciones del Concurso, así como los nombres de los concursantes que hayan acertado.

5.ª Caso de no dar ningún concursante con la totalidad de las soluciones, los premios se discernirán por orden de mayor a menor en la cantidad de fotografías solucionadas.

6.ª Caso de ser cinco los solucionistas que hayan acertado el número máximo de títulos, las QUINIENTAS PESETAS importe de los premios se dividirán en *cinco lotes de* CIEN PESETAS. De ser más de cinco dichos lotes, se sortearán entre ellos.

7.ª Siempre que en cualquier premio haya más de un concursante con derecho a él, se sorteará entre ellos el importe de ese premio y el del siguiente, si son dos, o el del premio y los siguientes si son más de dos, comprendiéndose que por cada uno que haya acertado corresponde sumar un premio más. Divididos en tantas partes iguales como premios correspondan, se sortearán entre cuantos acertaren.

8.ª Los premios serán cinco:

Primer premio	200 pesetas
Segundo premio	125 »
Tercer premio	100 »
Cuarto premio	50 »
Quinto premio	25 »
Total	500 pesetas

II CONCURSO CINEMATOGRÁFICO



N.º 19



N.º 20



N.º 21



N.º 22



N.º 23



N.º 24

LOS ESCRITORES NUEVOS

Hemos recibido su trabajo, y...

L. O. A.—Su declaración de amor «A ella» es como para que ella le dé calabazas. Vulgar, ripiosa... ¡Un horror!...

F. G. B.—Se ve que quiere usted a sus lentes, porque el cuento está bien intencionado; pero no pasa de eso: una buena intención. Y dicen que el infierno está empedrado de ellas.

A. I. de U. (Madrid).—¡Por favor!... Ya ni siquiera se preocupa usted de las concordancias. Y de las asonantes, ni hablar.

F. P. D. (Coruña).—El estilo es elegante y fácil; pero el asunto está muy explotado por muchos escritores.

D. W. (Buenos Aires).—Sincero, pero endeble.

G. A. H.—«Un día de niebla» denota que hay en usted un excelente poeta; pero decídase a rimar y medir—o a no rimar ni medir—decididamente.

E. de la F. (Las Palmas).—Ese segundo envío está mejor versificado que el primero; ahora, que debe usted buscar asuntos originales, no hacer glosas de nadie.

A. L.—Nos ocurre que no podemos afirmar rotundamente respecto a sus versos. Ni están bien ni están mal; son discretos. Desde luego, mejores de estilo que de idea. Pruebe con producciones más logradas.

«*Gil Blas*» (Madrid).—Efectivamente, no habíamos recibido «El peregrino loco», que está muy bien, tanto, que entra en turno. Agradecidos a sus frases afectuosas.

A. R. G. y F. de la G. (Madrid).—Hay condiciones en usted; pero lo que envía no está logrado.

«*A. Irma*» (Madrid).—Vulgar su humorismo, señorita. Sobre todo, lo de la peluca rubia.

G. C. (Madrid).—Mal de medida y acentuación muchos de los versos.

J. A. N.—Lo mismo que a *G. C.* le sucede a usted.

«*Marichu K*» (Madrid).—Como otros espontáneos, confunde asonantes y consonantes. Tenga en cuenta que asonantan, pero no aconsonantan, «cabellera» y «poeta», «aleteo» y «meneo» (¡qué palabra tan poco poética!), «extraño» y «cercano», «celeste» y «mente», «endiosado» y «canto», «alas» y «baladas» y «genio» y «ensueño».

E. R. (Madrid).—Bien versificada su sofística defensa de la mentira. ¡Al fin, mujer!... Pero preferiríamos algo de más simpático asunto.

J. L. de T. (Mendoza).—Entra en turno de publicación.

D. R. J. (El Escorial).—No queremos nada con dedicatoria. Por eso rechazamos una de sus poesías. Y la otra, porque vale bien poco.

R. N. N. (Caravaca).—Es gracioso a ratos; pero al final defrauda.

D. B. (Carpio del Tajo).—Al cuarto verso le sobra una sílaba.

Toda la correspondencia de esta sección se contesta exclusivamente desde las columnas de la revista: rogamos a nuestros comunicantes que en los envíos de originales consignen en los sobres: Para la sección «Los escritores nuevos».

Aparte de los originales que se nos envíen espontáneamente, acompañados del correspondiente cupón, publicaremos en esta misma sección algunos trabajos de escritores conocidos, prestigiando así a los literatos nuevos con su compañía.

«COSMÓPOLIS»

—

CUPÓN

que debe acompañar a todo envío de

Colaboración espontánea



Anacreóntica

Encontré al Amor travieso
durmiendo plácida siesta,
teniendo a su lado el arco
y las venenosas flechas.
Acerquéme de puntillas,
y al tomarle las saetas
despertóse, y, enfadado,
quitómelas; con presteza
pone una flecha en el arco
y fiero a mí la endereza.
«No tires», le dije entonces;
mas él, soltando la flecha,
me dice: «No temas nada,
que mi dardo, al que atraviesa,
sólo le enciende la sangre
y su herida nunca cierra.»

J. CHICHARRO DE LÉON

Dibujo de A. G. y B.

P. Z.—Los ocho primeros versos prometen lo que no cumple el resto del poemita.

E. G. C. (Vigo).—Lleno de lugares comunes.

L. O. A.—Le ocurre lo mismo que a *E. G. C.*

J. A.—Es usted un buen poeta. Hay bellas ideas e imágenes en sus dos poesías; pero no están totalmente logradas. Insista.

J. L. B. (Beas de Segura).—Cada verso es de una medida y acentuación distintas. ¡Espantoso!...

R. C. Ll.—Rebuscado y confuso.

J. A. C. (Puerto Real).—Es usted un buen poeta. Tanto, que de su copioso envío—¡no se ha quedado corto, compañero!— aceptamos «Oración de invierno», «La piedad de la noche» y «Flor de Champaca».

«*Miguel-José*».—Tiene razón: así no va a ganar mucho dinero. Una cosa son los versos y otra los renglones cortos.

«*Tina Telly*».—El cuentecito es muy insignificante. Los versos, tampoco son cosa mayor, y, además, quinta y sexta estrofa están mal medidas.

M. S. R.—¡Qué barbaridad!... ¿Cree usted, de verdad, que los tres últimos versos son publicables en COSMÓPOLIS?

M. L. y L. (Madrid).—¡Está tan gastado el asunto de su cuento!... Y no es usted de los que lo han tratado con mayor fortuna.

J. M. P. (Vigo).—Bien versificado, pero sin interés. Sobre todo, hay imágenes de una audacia graciosísima, como el verso octavo.

T. W. G.—Muy lamidito y retocadito. Más claro: cursi su poesía.

J. M. (Zaragoza).—El estilo está discreto; el tema, no.

I. P. I. (Sabadell).—Eso que envía es un cuento viejo, de todos conocido.

E. de la F. (Las Palmas).—El soneto está mal de acento poético en casi todos los versos.

L. O. A.—Como poesía, ripiosa y vulgar. Como asunto, incongruente del todo.

J. C. (Madrid).—Ingenuo, pero atrayente por su sencillez. ¿Con qué firma hay que publicarlo cuando le llegue el turno?...

A. G. L. (Madrid).—Dos de sus poesías están dedicadas, y hemos dicho ya que no queremos nada con dedicatoria. El nocturno es muy endeble.

«*Halma*».—Los dos ensayos filosóficos no entran en el carácter de la revista. El cuento del robo carece de interés.

L. L.—¡Qué vulgar lo de las palomitas!...

P. M. (Linares).—Sí, señorita. Lo que se publica se abona. Su cuento es largo para lo que en esta sección se publica; lea las condiciones generales. En cuanto a la ilustración... ¡Escribe usted mucho mejor que pinta!

R. E. C. (Zaragoza).—Aceptado «Juego de muñecas».

F. S. G. (Boal).—No está bien. Y, sin embargo, e adivina que puede usted hacer cosas.

E. G. y G. (Luarca).—Posee buen estilo de escritor; pero el asunto es absolutamente inadecuado para COSMÓPOLIS.

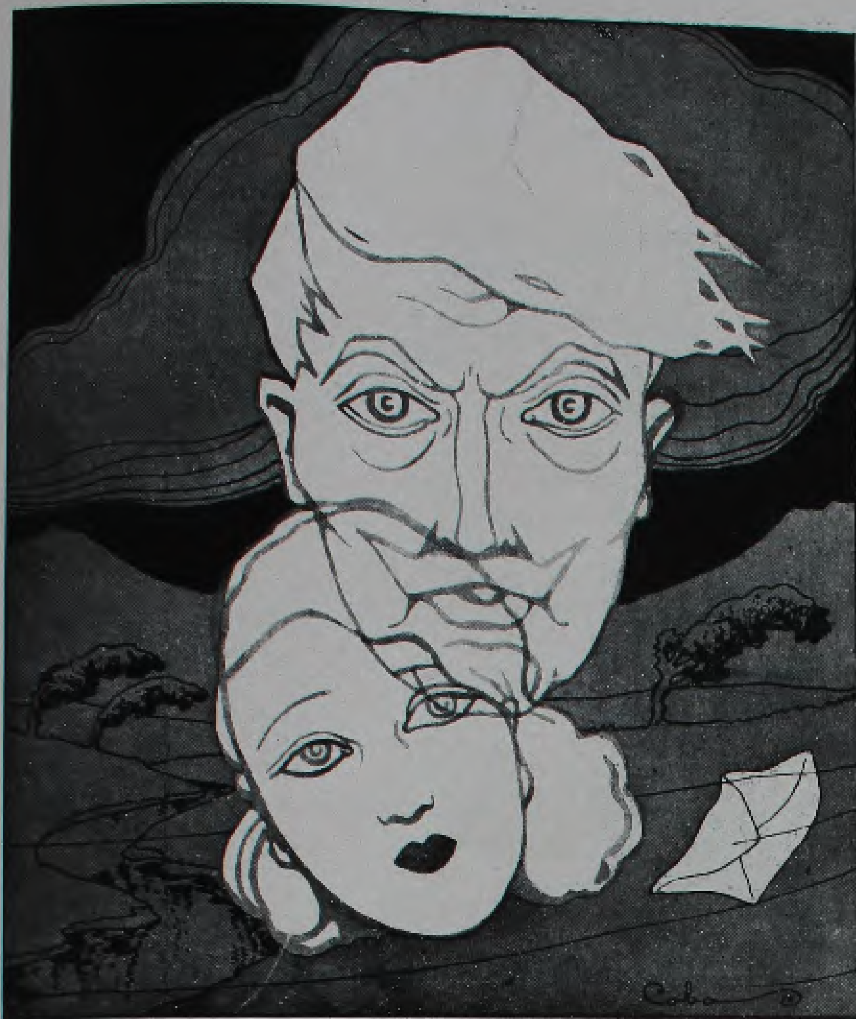
Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

1.ª Los trabajos en prosa no excederán de tres cuartillas *escritas por un solo lado*, y las composiciones poéticas de *sesenta versos*

2.ª Es inútil pretender contestación particular a las cartas que se nos dirijan relacionadas con esta sección. Para admitir o rechazar los originales tenemos la sección «Hemos recibido su trabajo y...», en la que por riguroso turno se contestará a todos los autores. Tampoco se devolverán los trabajos, publicados o no.

3.ª El solo hecho de enviarnos un original implica la absoluta conformidad con estas condiciones.

Y 4.ª Cada original debe venir acompañado de un cupón.



Dibujo de Cobos

VERDAD AL VIENTO

Hablaba pausadamente, en perfecta coordinación de ideas. Diríase que la tragedia de que había sido protagonista, en vez de ensombrecer su vida, la había iluminado magníficamente.

—Yo mismo no sé si el dictamen de locura que dieron mis compañeros fué obra de un piadoso respeto a mi pasado, o juicio imparcial de lo que su conciencia profesional les dictó. Y, sin embargo, yo la maté en pleno dominio de mi intelecto. Éramos felices. Inmensamente felices. Por eso la maté.

Ante un gesto de asombro del que le escuchaba, como ante una prueba de aquella discutida locura, el doctor continuó:

—Hasta aquel momento yo estaba seguro de que nadie en el mundo podía disputarme el lugar preferente por el cariño en su corazón, por la admiración en su cerebro. Y esa convicción era mi orgullo y mi felicidad.

Pese a los veinticinco años que nos separaban, Celia era feliz a mi lado, no sólo con el orgullo colmado de ser la esposa de una celebridad universal, sino con el gozo infinito, íntimo, que se veda a las miradas de burlona incomprensión de los demás; gozo, compenetración absoluta que se da con más facilidad en los humildes, porque suele ser la gloria y la felicidad de los que no tienen ninguna otra.

Vivíamos en un presente dichoso, en una alegría de vivir difícilmente superable. En un presente he dicho. Pero, ¿y el mañana? ¿Y el mañana, en el que los veinticinco años de diferencia habían de abrir forzosamente un abismo infranqueable?

Tal vez sin ella misma darse cuenta se incubaba en su espíritu el instante en que una bofetada de la realidad derribase el altar que yo le había elevado en mi corazón.

Tuve repentinamente miedo... un miedo horrible de perderla en vida. Y aquel día en que, curioseando en el laboratorio, un tubo de ensayo se rompió en sus manos, hiriéndola, no quise salvarla combatiendo a tiempo el rápido envenenamiento de la sangre, porque comprendí que era la muerte lo único que podía dármela para siempre.

Pero eso, ante vuestra estupefacción, observé aquella pasividad homicida.

Ahora, la compañera inmaculada vive en mí, y es luz de mi razón, y su recuerdo gozo de mis días.

Sé que desde allá, en posesión de la verdad, me ha comprendido. Y sólo los que no comprenden son incapaces de perdonar.

Escuchando aquellas palabras, el discípulo, que era para el sabio como el hijo para el que deseamos todo lo que no pudimos conseguir nosotros, siente que su primer propósito vacila. Entregarle la carta que, con la prueba de la infidelidad de ella, encierra para el doctor una justificación de su pasividad en aquel caso, es cien veces más cruel que mantenerle en el piadoso engaño que constituye su felicidad.

Fuera del manicomio rompe la carta y arroja los menudos pedazos al viento.

Como tantas otras, cuyo secreto sólo el viento conoce, así queda ya sentada para siempre aquella verdad.

José Luis ROBLES

SOLERA

Placer es sufrir por ti;
no me quites estas penas;
ya que *t'e tratao* así,
que me sirvan de condena
por lo *malvao* que fuí;
¡no me quites estas penas!

Ya se *m'a* muerto mi mare
y me *quedao* sin compaña;
me mantendrá tu querer,
serrana, si no me engañas.

Te quieren hasta las piedras,
nacíos privilegiaos;
yo estoy solito en el mundo,
naide se sienta a mi *lao*.
¡Te quieren hasta las piedras!

Serrana, tú me engañaste;
no conocía el querer,
hiciste conmigo cosas
que *p'a dirse* y no volver
¡Serrana, tú me engañaste!

No hables mal de las mujeres,
que del *mesmo* mal que matan.
tarde o *trempano* se mueren.

Mira lo que estás hablando:
m'as querío demasiao
p'a está siempre *mermurando.*

Manque me viera en *presillo*,
robaría y mataría
por un beso de tu boca,
de tu boca, ¡negra mía!

A. y F. GUIJO



PAISAJE DE ABANICO
REMINISCENCIA

Yo he visto en otra ocasión,
marquesita versallesca,
tu figura dieciochesca
que es como una evocación:
sombra que el parque refresca,
el carmesí de un tacón,
una comedia burlesca,
Luis XVI, el Trianón.
Brasa en la negra mirada
—fuego entre nieve escondido—
y en la mejilla rosada,
es el lunar desvaído,
primorosa pincelada,
blanco para la dorada
flecha del tierno Cupido.

¿Que es negro, brujo y traidor,
de tus ojos el color?...
¿Que empaña vuestra pureza
de su pupila el negror?...
¡Yo amo su oscuro fulgor:
lo negro es siempre tristeza,
y en el sublime dolor
vive la eterna belleza!...

¡Belleza tú cual ninguna,
donde hizo Dios un derroche
de palideces de luna
y terciopelos de noche!...

Hora suave y vespertina:
bajo la luz ambarina
que el crepúsculo desgrana
en la copa diamantina,
roja y fina,
que funde el oro y la grana
de la tarde que declina,
una aureola divina
ciñe tu imagen pagana,
y en tu perfil se adivina,
tras la dama florentina,
la marquesa verleniana...
Igual a ti es la lejana
infantina
rubeniana
que bordó la «Sonatina»;
figulina,
filigrana,
frágil muñeca de china,
que eterniza la pavana
en nácares de vitrina
y en vasos de porcelana...

¿Dónde he visto, en qué ocasión,
marquesita versallesca,
tu figura dieciochesca
que es como una evocación?...
¿La habré contemplado, acaso,
bajo el dosel de misterio
de áureo jardín en ocaso,
o en el paisaje de raso
de algún abanico Imperio?...

ARTURO PACHECO



Dibujo de Gabrielle.

ESTAMPA DE PRIMAVERA

Fragante noche de bodas
en el camino de tilos.

Primavera ríe en los campos
encendidos.

Y las rojas amapolas
y las blancas margaritas de corazón amarillo
y las violetas galanas
del pradillo...,
son las novias —¡tan coquetas!—
del camino de los tilos.

Cuando se asome la Luna
del otro lado del río,
se verá batir los vientos
a las aspas del molino.

Cantarán pájaros locos
una alegría sin ritmo,
y los tallos, verdes, verdes, de la orilla
le harán cosquillas al río.

E irán, vestidas de novias,
con su caminar más lindo,
las flores, a emparejarse
con el camino.

Primavera
ríe en los campos encendidos.

Fragante noche de bodas
del camino de los tilos.

ROMÁN ESCOHOTADO

ESTAMPAS

MELANCOLÍA

Y pensar que después que yo me muera
aun surgirán mañanas luminosas
que bajo un cielo azul de primavera,
indiferente a mi mansión postrera,
encarnará en la seda de las rosas.

Y pensar que desnuda, azul, lasciva,
sobre mis huesos danzará la vida,
y que habrá nuevos cielos de escarlata
bañados por el oro del poniente
y noches llenas de esa luz de plata
que inspiraron mis viejas serenatas
cuando aun brillaba Dios bajo mi frente.

Y pensar que no puedo, en mi egoísmo,
llevarme al sol y al cielo en mi mortaja,
que he de marchar yo solo hacia el abismo
y que la luna brillará lo mismo
y ya no la veré desde mi caja.

PUERTO LEVANTINO

Mi sueño es un bello puerto levantino:
playas de oro, espuma, cielo, naranjales,
mástiles que cortan el azul marino
y olas que se curvan como arcos triunfales.

Y olor de resinas, de carbón y brea
en las rojas panzas de barcos veleros.
Y platear de peces en cada marea
bajo las canciones de los marineros.

¡Oh, mar!, dulce puerto, lívidas auroras
pintando de rosa las cosas picudas.
Y éxodo de azules barcas pescadoras
que visten con redes las aguas desnudas.

Relato de viajes de embustes repletos,
mojado con vino de sucias tabernas.
Cabañas formadas con los esqueletos
de barcas que hundieron lejanas galernas.

Y todo azulado, de un mismo color,
todo azul, el barco mejor andador,
y azul en el cielo de los naranjales,
y azul en los claros mares mañaneros,
y azul retorcido en los espirales
de las negras pipas de los marineros.

Mi sueño es un bello puerto levantino:
playas de oro, espuma, cielo y naranjales.
Mástiles que cortan el azul marino
y olas que se curvan como arcos triunfales.

EL CONDE DE FOXÁ

Futbol

El apasionante campeonato de España



Vista panorámica de gran parte del campo del Real Madrid en su semifinal contra el Athletic bilbaino. (Foto Marín)



CUATRO clubs famosos quedaron clasificados para las semifinales. Los defectos que los impugnadores de la nueva fórmula encontraban en el actual campeonato de España no han impedido que esta temporada llegaran a la final los dos equipos mejor calificados, sin conocer la derrota a través de las duras jornadas que tuvieron su comienzo en los torneos regionales, para adquirir su mayor dificultad luego en el campeonato nacional. Real Madrid y Deportivo Español, digno rival el uno del otro, han llegado al encuentro final sin dejarse en el camino el menor jirón de su fama, sin saber lo que es perder un partido.

Los choques de las semifinales, cuyo comentario podemos alcanzar en este número de COSMÓPOLIS—no así el de la final—, originaron con sus resultados una empeñada polémica sobre técnicas en el fútbol. Una buena parte de los críticos deportivos madrileños que presenciaron la magnífica victoria del Real Madrid en San Mamés sobre el Athletic bilbaíno sentaron en sus crónicas la afirmación del fracaso de la técnica norteña, de la cual era y es su más genuino representante el Athletic de Bilbao. Contra esta afirmación se han levantado airados los redactores deportivos vizcaínos. ¿Quiénes tienen razón? A nuestro entender, por completo, ninguno. Es cierto que un juego basado sólo en la codicia y el empuje de unos delanteros y en la entrega sistemática de balones adelantados por sus medios con balones bombeados sobre la meta contraria, juego que ha predominado dentro de la técnica norteña, desdeñadora de la filigrana en el fútbol, para guardar todas sus admi-



Un jugador del Español, en lucha contra dos adversarios del Barcelona (Foto Maymo)

Fútbol



El equipo del Barcelona F. C., en la primera semifinal (Foto Maymo)

raciones por la rudeza e impetuosidad de las acciones, está expuesto a fracasar frente a equipos que no se acobarden y tengan aunque sólo sea una ligera noción de la colocación en el campo. Pero los rápidos cambios de juego y los avances a base de un profundo pase largo con una veloz internada de un extremo, tan propios y peculiares de la técnica norteña, ahora y siempre serán peligrosos y eficaces en el fútbol.

El fracaso de una técnica estriba muchas veces en que ésta no se emplea con acierto. Creemos que el estilo de juego de los equipos norteños puede admitir parangón con la habilidad y ligereza de la escuela catalana. Lo que es preciso para que una técnica cualquiera no fracase... es emplearla bien, dominándola. Recordamos un partido jugado en Amute hace unos años entre el Real Unión y el Athletic bilbaíno. Clásico juego norteño por parte de los dos bandos. Acertado y preciso en el Unión, desacoplado y desordenado en el Athletic... y fracaso de éste, de un equipo, pero no de una técnica, tan aceptable como otra cualquiera, con aquellos magníficos cambios de juego realizados por los jugadores iruneses y en rápidos avances hechos con pases largos y veloces escapadas de los extremos, seguidos en el remate por la impetuosidad de un trío interior que codiciosamente buscaba la meta contraria.

* * *

Presenciando en el campo de Las Corts la definitiva semifinal entre el Barcelona y el Español, no me explicaba la táctica de uno de los equipos en el segundo tiempo. (Hemos dejado la técnica a un lado para divagar ahora sobre la táctica a seguir en un partido). Ese equipo al que nos referimos fué el Barcelona. Después del impremeditado y atolondrado arrebato de Samitier que motivó su expulsión, juntamente con Tena I, el jugador del Español que intervino en aquel impensado combate de boxeo, el Barcelona se quedó con sólo cuatro delanteros. Por el resultado del anterior partido y la marcha de éste, le era necesario para evitar su eliminación ganar el encuentro por dos tantos de diferencia. En los partidos se ganan marcando más tantos... que el contrario, desde luego. Para ello es preciso atacar con todas las fuerzas disponibles. Aquí de la táctica. El Barcelona siguió con la norma tradicional de conservar la misma estructura del equipo. Al faltarle un delantero, Samitier, dejó su puesto sin llenar... para conservar íntegro unas líneas defensivas con las que perdía mientras siguieran defendiéndose sin marcar tantos al contrario. La táctica a nuestro juicio adecuada era la de subir a un jugador al ataque en el sitio vacante de Samitier, dándose como se daba, además, la favorable circunstancia para el Barcelona de disponer de un jugador, el defensa Más, muy habilidoso como delantero. Y así, con cinco delanteros, tres medios, un defensa y el guardameta, el Barcelona podía, empleándose a fondo, haber intentado sacar adelante un encuentro... que lo tenía irremisiblemente perdido con la táctica equivocada que siguió impuesta por aquella deficiente alineación que



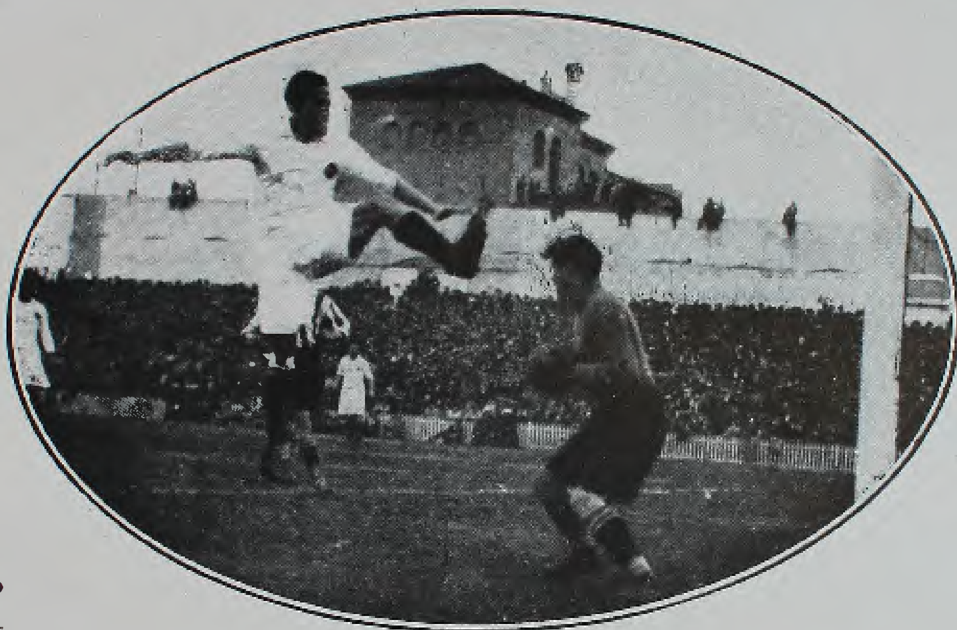
El Deportivo Español, que resultó vencedor en su campo por 2 a 0. (Foto Maymo)

Fútbol



El balón, bien lanzado por Quesada, roza un poste del marco defendido por el Athletic de Bilbao

dejaba a un ataque reducido a solo cuatro delanteros frente a un equipo como el Español, que había acertadamente cubierto el hueco dejado por Tena I... porque lo que le convenía precisamente era el defenderse.



Blasco, guardameta vizcaíno, detiene una pelota y sortea la ilegal entrada de Rubio, delantero madrileño.

* * *

Y ahora, una vez jugado el encuentro final del campeonato de España en Mestalla, se abre la interrogante para jugadores, directivos y aficionados de los torneos oficiales de ligas o divisiones. ¿Interesarán o no al público y a los clubs? ¿La afición acudirá llenando los campos de fútbol, o se desentenderá de estas competiciones? ¿Los clubs las seguirán con seriedad, haciendo honor a sus compromisos, o no? Esta serie de interrogantes pronto tendrá su contestación. Del éxito de estos torneos depende en gran parte la prosperidad y el porvenir del fútbol español en los campos reglamentados de profesionalismo, por los que ahora marcha y en los cuales el factor económico no puede ser desdeñado... ni olvidado.

EDUARDO TEUS

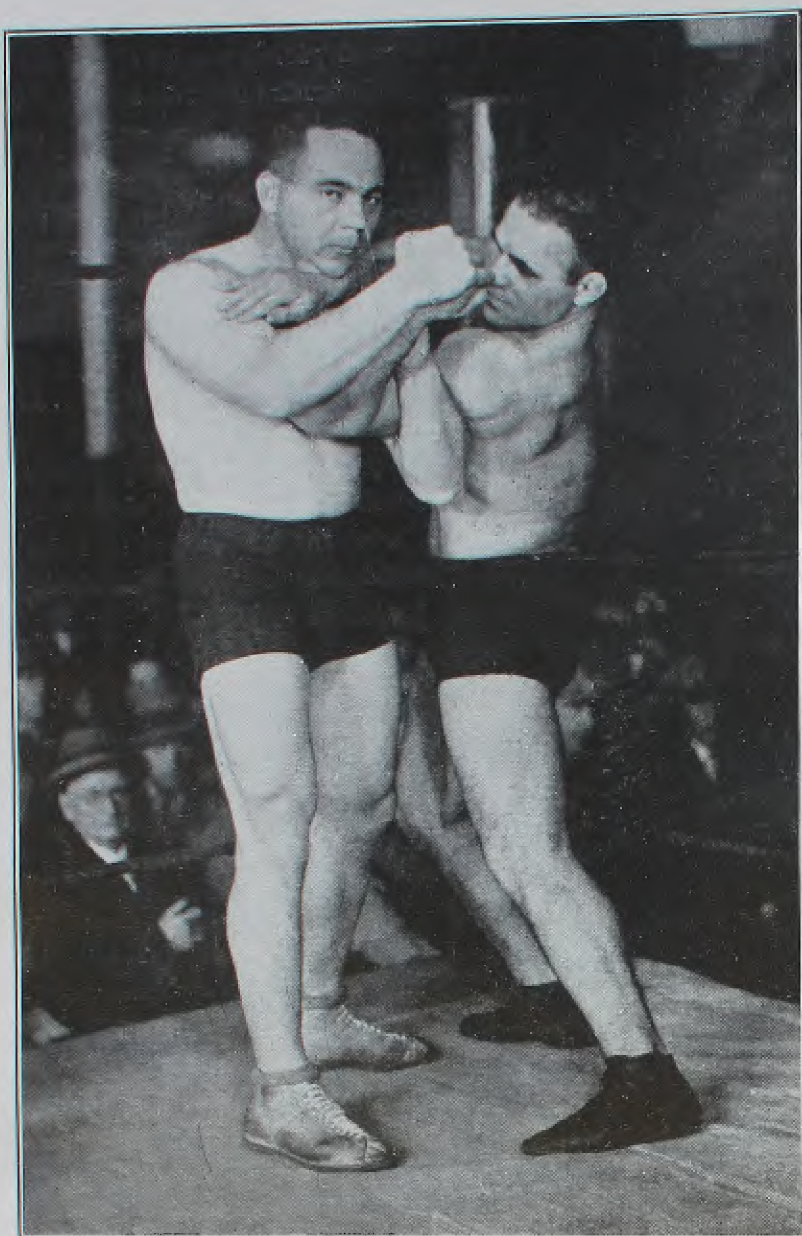
(Fotos Marín)





El primer tanto del Real Madrid en la semifinal jugada en Chamartín

La actualidad deportiva



Gus Sonnenberg, campeón mundial de lucha libre.



Ni en los rigores del invierno las jóvenes atletas descuidan su entrenamiento.

TRES muchachas londinenses en uno de los paseos helados de un parque de Londres practican sin asustarse por la cruda temperatura su deporte favorito. Cuidan de su preparación, que ha de llegar a su punto culminante al comenzar el verano, en cuyo primer mes los concursos atléticos se prodigan por todo el país.



Durante muchos años, el célebre Strangler Lewis no tuvo rival en los campeonatos de lucha libre, hasta que surgió Gus Sonnenberg, el jugador de *rugby* de Dartmouth. En el grabado aparece—a la izquierda—Sonnenberg en una lucha de entrenamiento con el búlgaro Koloff, unos días antes de vencer en el Madison Square Garden de Boston a Strangler Lewis, arrebatándole el campeonato mundial.



El preparador reúne al equipo en un descanso. Todos los jugadores, sentados en círculo, escuchan los autorizados consejos del hombre conocedor de los secretos del juego, que les explica la táctica más adecuada para alcanzar el triunfo en los duros encuentros de campeonato.



El entrenador reúne a los jugadores de un equipo de rugby para aconsejarles tácticas de juego.

Fotos Marín.

LOS DEPORTES DE INVIERNO

UN DÍA EN GUADARRAMA



La salida de los corredores que tomaron parte en una de las carreras celebradas por el Club Alpino



La señora de Harris, hija del embajador de Cuba, y los señores Pinedo y Alfaro, que intervinieron en los concursos de la nieve.



Marita Lauffer de Tapia, sobrina de los condes de la Rivera

Fotos Marín

LOS DEPORTES DE INVIERNO



El intrépido alpinista contempla un maravilloso paisaje.

EL alpinista salió con el sol del refugio situado en la montaña para escalar la elevada cima. Madrugó para realizar el sano ejercicio al aire libre, en plena y bravía naturaleza, aprovechando las horas de luz para la difícil escalada y el retorno al punto de partida. Una vez alcanzado y vencido el al parecer inaccesible pico, el alpinista contempla el maravilloso paisaje que desde él se divisa y se siente satisfecho del esfuerzo realizado, rodeado de la augusta calma de los elevados parajes, rara vez hollados por la planta del hombre.

* * *

Peligroso ejercicio el del deporte del *bobsleigh*. En los pequeños trineos, los deportistas se deslizan a velocidades vertiginosas por las rampas preparadas con sus espectaculares curvas, en las que se pone a prueba la destreza de los ocupantes de estos trineos. Recientemente se ha celebrado en Alemania el campeonato de este deporte. Participaron un gran número de parejas. Abundaron los accidentes. En estas páginas reproducimos uno de los momentos en los que la pareja campeona demostró su pericia al tomar admirablemente una curva a fantástica velocidad en la pista señalada para este conurcso.



La pareja vencedora de bobsleigh del campeonato de Alemania, al tomar a gran velocidad una de las peligrosas curvas de la pista de deslizamiento.

El "sport" en las pistas heladas



El grupo de patinadores descansa... formando una pequeña y ruidosa orquesta.

Superficies nevadas. Los deportistas las aprovechan para tonificar sus nervios y fortalecer sus músculos. Sobre la nieve endurecida se deslizan con los raudos trineos impulsados por veloces caballos en disputadas carreras, y en las pistas heladas, fatigados de patinar sin tregua, descansan... formando una animada orquesta que ejecutará los descoyuntados *jazz* de nuestra época.



Un extravagante ensayo de natación sobre el hielo.



En la nieve endurecida, el trineo se desliza velozmente impulsado.

Los mejores tenistas suramericanos

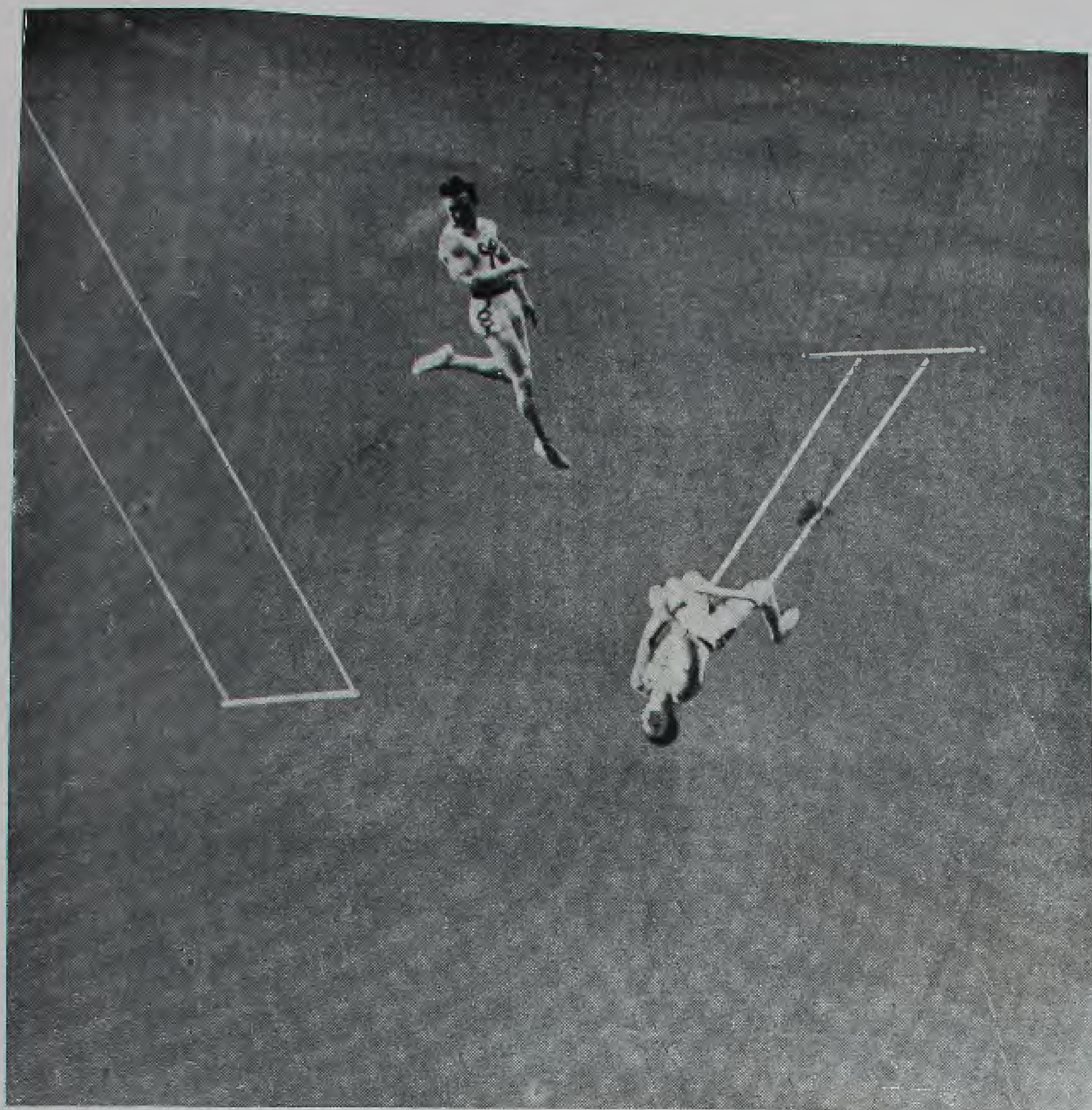


Los jóvenes países suramericanos fomentan la práctica de los ejercicios al aire libre. Verdaderos maestros del fútbol, el juego nacional inglés, popularizado en Suramérica, especialmente en la Argentina y el Uruguay, naciones que ocupan los primeros puestos, no abandonan tampoco otros aspectos del deporte. La Copa Mitre, que representa el campeonato suramericano, reunió en Buenos Aires a los mejores jugadores de Brasil, Chile, Paraguay, Argentina y Uruguay.

Después de reñidas y competidas contiendas, en las que se pusieron de relieve los progresos de los tenistas suramericanos, el conjunto argentino conquistó una vez más el disputado trofeo. La victoria de los jugadores argentinos, que por séptima vez se adjudican la Copa Mitre, fué justa y merecida y señala una superioridad existente en la actualidad, gracias a la clase internacional que poseen los dos destacados ases argentinos Ronaldo Boyd y Guillermo Robson, a los que le siguen y complementan Adriano Zappa y Carlos Morea.

En este concurso internacional, Chile estuvo representado por Lionel Page y Schnoherr. Uruguay envió figuras como Carlos Ponce de León, Ricardo Cat y Eduardo Stanhaur. Brasil destacó a sus mejores jugadores, representados por Ricardo Pernambuco, Enrique de Freitas y Nelson Cruz. Y Paraguay seleccionó a Enrique y Pedro Mares. En total, un conjunto excelente de tenistas suramericanos, del que salió triunfador, como ya indicamos, el grupo de argentinos, conocidos sus dos destacados jugadores de nuestros aficionados por su actuación en España hace dos años con ocasión de las luchas en las eliminatorias de la Copa Davis.

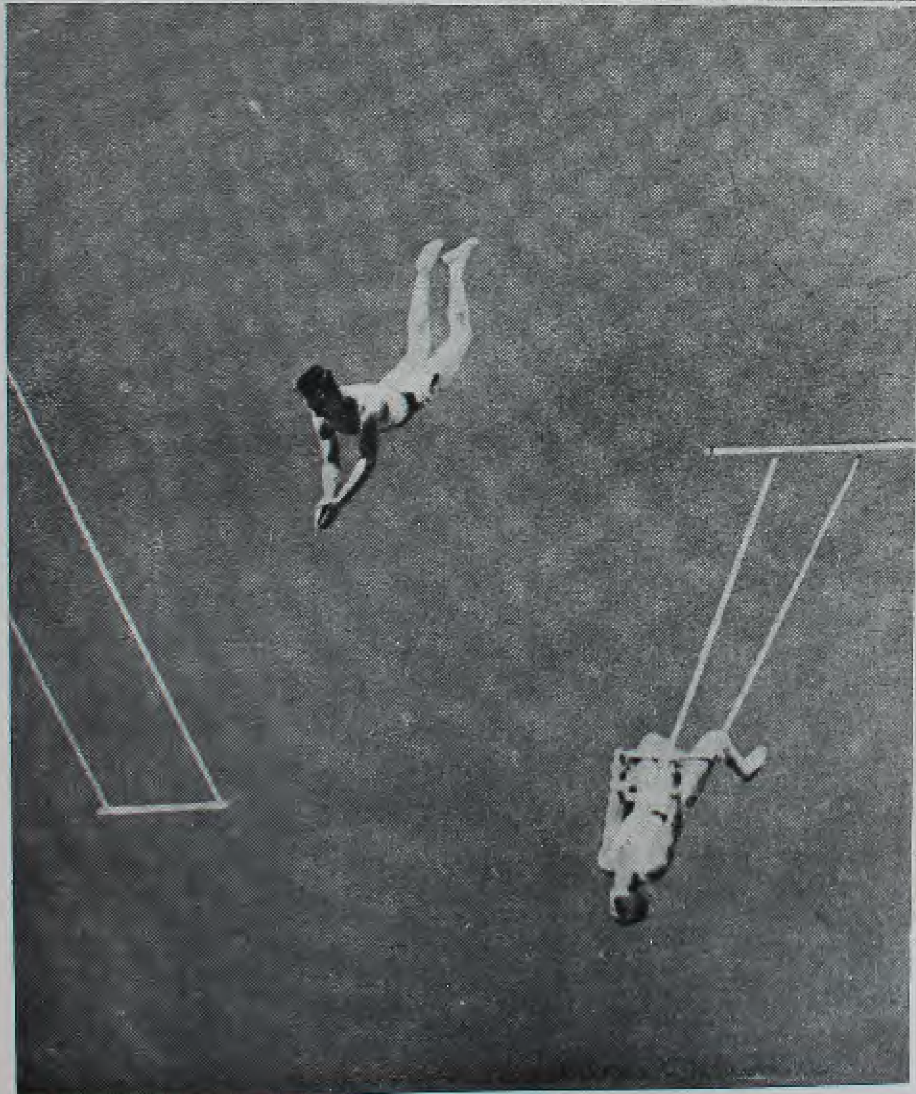
Interesante composición de los jugadores que participaron en la Copa Mitre.

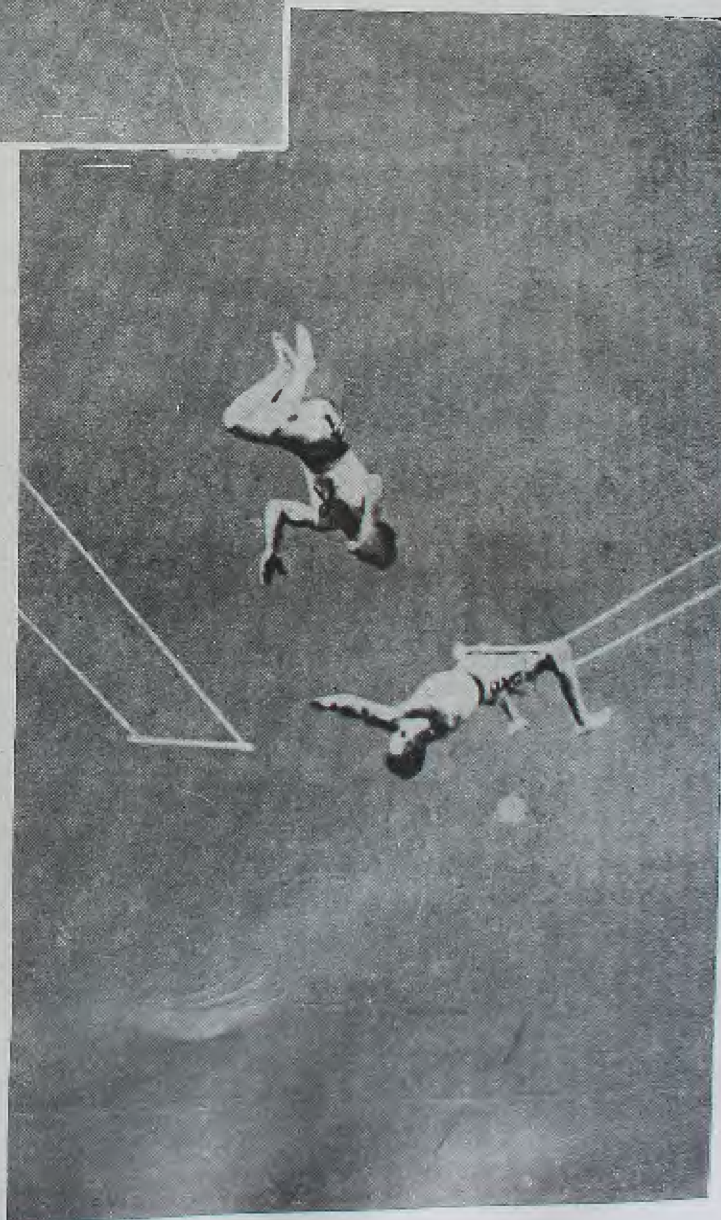


TRAPECISTAS

SUS ARRIESGADOS EJERCICIOS

En el amplio circo, la multitud sigue anhelante los arriesgados ejercicios de los trapecistas. Éstos, con una agilidad y precisión de movimientos admirables, realizan toda clase de piruetas y de vuelos en el espacio. Todo calculado matemáticamente, pero todo pendiente del esfuerzo muscular del atleta, que al menor descuido, al más pequeño desfallecimiento, arriesga su vida. Admirables ejercicios que suponen una serie de esfuerzos anteriores increíbles para llegar a la magnífica perfección espectacular que estos grabados reproducen.





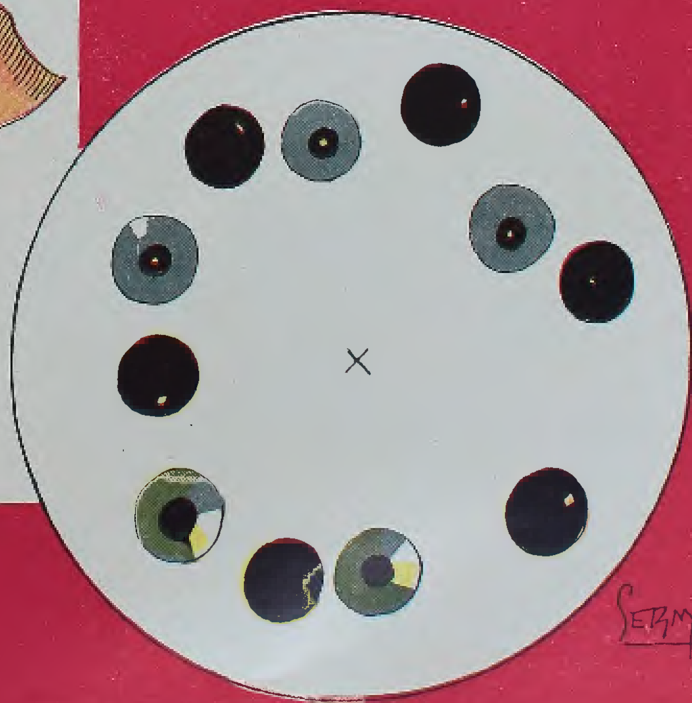
muñecos de tijera



Serny 29.

Sección recreativa





¡Eh, amiguitos! Aquí tenéis un dibujo del inquieto Serny que vosotros debéis recortar, haciendo que los ojos dibujados en el círculo adjunto jueguen diestramente en el rostro de la muñequita. Y veréis qué cara más graciosa pone.

LA MUÑECA Y EL CABALLO

cuento infantil

GERNY 29.

Original de
RAFAEL LÁINEZ ALCALÁ



JUGABAN Marinita y Joaquinín a ser como romeros que iban al Santuario de la Virgen del Rosal. Joaquinín cabalgaba en su caballo de cartón, blanco y lindo, con las orejas enhiestas y las crines abundosas. Y gritaba a la niña con fingido mal humor:

—No me desesperes, Marinita, que mi caballo aguarda impaciente por lanzarse a la carrera para llegar pronto al Santuario...

—Pues sujétale bien por la brida, que mi muñeca necesita salir bien ataviada para que vean todos lo guapa que es.

En un momento, la muñeca, rubia y blanca, vestida de azul,

LA MUÑECA Y EL CABALLO

quedó engalanada primorosamente. Un lazo aquí y otro pliegue en este lado, Marinita mostró a su amigo la muñeca, resplandeciente como un pimpollo de rosa. Poseída de su papel de esposa y de madre, llevando consigo a su muñeca, la niña saltó a la grupa del caballo de cartón.

—Sujétate bien a mi cuerpo—dijo el niño.

—Ya estoy; anda ya—díjole ella.

Los niños sobre el caballo, impulsaban sus cuerpecitos infantiles hacia delante, lanzando gritos jubilosos, como si se hallasen cabalgando de veras a lo largo de un difícil sendero.

—¡Arre, caballo, arre! ¡Que vamos a llegar pronto!

Joaquinito castigaba los flancos del caballo con sus espuelas doradas y le animaba con la pequeña fusta. La niña le acompañaba en los gritos, resguardando la muñeca junto al pecho, como si de veras pudiera sobrevenirle algún peligro durante aquella desenfrenada carrera imaginaria, camino de la romería que habían presenciado pocos días antes.

Fué cesando la algarabía de gritos. Joaquinín dejó de hostigar al caballo. La niña saltó a tierra.

—Ya hemos llegado—dijo Marinita.

El niño descabalgó despacioso, halagó a la hermosa bestia de cartón, colgó de su cuello las bridas y, apartándole a un rincón de la estancia, volvió a reunirse con su compañera de juegos; haciendo como que recorrían los alrededores del Santuario, se cogieron del bracete, llevando ella muy orgullosa la linda muñequita, y se pusieron a hablar como dos personas mayores...

Por unos momentos, la gran rosa de la ingenuidad infantil, blanca y pura como las estrellas vesperales, iluminó la estancia con su sonrisa de cristal. Y los niños se sintieron felices, como los protagonistas de los cuentos de hadas...

* * *

Vivían los dos niños en la misma calle, frente por frente. Pertenecían a dos familias de distinta posición social, y mientras Joaquinín disfrutaba de un espléndido acomodo, la niña vivía con la estrechez de una familia honradamente modesta. Joaquinín tenía muchos juguetes lindos y costosos. Marinita sólo poseía su hermosa Totó, regalo de los Reyes Magos, a los que sus padres les habían escrito una carta, Dios sabe a costa de cuántas penurias.

Un día jugaban los dos amiguitos alegremente. Joaquinín hizo que el caballo de cartón se desbocase, atropellando el montón de juguetes que había reunido. La niña quiso evitarlo y acudió presurosa a remediar los desmanes de su compañero. Gritaban felices, iluminando con su algarabía el momento triunfal de aquella inocente lucha, cuando la muñeca rodó entre los juguetes de Joaquín, siendo aplastada por las patas del caballito desbocado.

La niña contempló su muñeca deshecha, ajado el vestido, roto su cuerpecillo frágil. Lloró con amargo desconsuelo. Joaquinito vió que no podía ofrecer a la niña ninguno de los juguetes suyos, y ella pensó en que era muy difícil que los Reyes Magos volvieran otra vez por su casa. Una nube de tristeza irremediable inundó las almas de los dos amiguitos.

* * *

Joaquinito, deseoso de ofrendar a su compañera de juegos infantiles una muñeca tan linda como la que él había destrozado impensadamente, tomó la resolución de romper la hucha en que guardaba el dinero recibido de sus papás y abuelitos, disponiéndose a poner en práctica tan simpática idea para que Marinita no siguiera sufriendo por la pérdida de su Totó.

Joaquinín adquirió, pues, la más linda muñeca que halló en el bazar, a tono con el dinero de que disponía. Contento y presuroso, llegó hasta donde la niña se encontraba.

—Marinita, yo no quiero que tú estés triste por la pérdida de Totó. Vamos a jugar como antes. Yo te llevaré a la grupa de mi caballo. ¿Quieres?

—No, no, Joaquinín. Yo no quiero jugar contigo, porque me acuerdo mucho de mi muñeca y me dan ganas de llorar.

—Pues yo no quiero que tú llores, y para que podamos jugar de nuevo, como antes, mira lo que te traigo en esta caja.

Prendida de curiosidad, la niña descubrió la caja de cartón que su amigo le mostraba, y una muñeca, rubia, blanca y azul, como la Totó de antes, ofrecióse a las miradas atónitas de Marinita.

—¡Huy qué preciosa!—dijo, sin poderse contener, la pequeña.

Y adoptando la maternal actitud suya tan característica, tomó la muñeca en sus brazos y comenzó a saltar muy alegre.

—Sí, sí, jugaremos a lo que quieras, como antes. Y me llevarás a la grupa de tu caballo.

Y nuevamente la gran rosa de la ingenuidad infantil, blanca y pura como las estrellas vesperales, iluminó la estancia con su sonrisa de cristal. De nuevo los niños se sintieron felices, como los protagonistas de un cuento de hadas.

Ilustraciones de SERNY



LOS REYES MAGOS EN «COSMÓPOLIS» (Resultado del concurso infantil)



Ved aquí la solución al problema que el lápiz agilísimo de Serny había propuesto a la actividad y perspicacia de nuestros pequeños lectores. Y el éxito ha respondido crecientemente a lo que nosotros esperábamos, pues la cantidad de solucionistas que se han dirigido a nuestra Redacción ha sido muy considerable.

Han sido 920 los sobres que hemos recibido, de los cuales nos hemos visto obligados a desechar la mayoría, por contener notorios errores, prueba evidente de las dificultades acumuladas por el experto dibujante.

De los noventa trabajos aceptados en definitiva, dignos de entrar en el sorteo de los premios anunciados, damos la lista a continuación:

1, Amalia My de Velasco, Lagasca, 62, Madrid.—2, Javierito Delgado y Moncada, Padilla, 3, Madrid.—3, José Torroba Gómez Acebo, Conde de Aranda, 13, Madrid.—4, Chuchita Raba Allende, Hotel Maroño, Santander.—5, María del Rosario Echarte y Goñi, Benito Gutiérrez, 4, Madrid.—6, Piluca Gillis Juste, Heros, 24, Bilbao.—7, Mario Montes Pie, Vega Armijo, 5, Huesca.—8, Marcialito Ginzo Cendón, Espada, 15, Orense.—9, María de los Angeles Vitorero, Cuesta de la Atalaya, 5, Santander.—10, Enriquito Mares Buxó, Alfonso XII, 5, Petrel (Alicante).

11, Trinidad Gómez Carreño, Esquina del Toledillo, Beas de Segura (Jaén).—12, Adolfo Rubio, calle de los Fueros, letra A, Baracaldo (Vizcaya).—13, Melchorín Mares Delago, Administración de Correos, Petrel (Alicante).—14, Finita Delago Buxó, Francos Rodríguez, 6, Petrel (Alicante).—15, Asunción Queipo de Llano, General Pardiñas, 85, Madrid.—16, José Manuel Fernández París, Mayor, 20, Madrid.—17, Juanita Lázaro, Rambla Cataluña, 102, Barcelona.—18, Nicolás L. Manzanares, Plaza Mayor, Béjar.—19, María Farreras, Caspe, 45, Barcelona.—20, Maruja López Manzanares, Plaza Mayor, Béjar.

21, Mariia Bustos, Corredera Alta, 27, Madrid.—22, Remigio Ramírez Jiménez, Toledo, 42, Madrid.—23, María Luisa Pacheco, Zurbano, 51, Madrid.—24, María Josefa Romeo, calle de Recoletos, 8, Madrid.—25, José María del Álamo, Ayala, 82, Madrid.—26, José Serrano Cubillo, Villanueva de las Minas (Sevilla).—27, Carlos María Franco Blanco, calle de Colón, 27, Pontevedra (Vigo).—28, María del Pilar Lozano, calle Pedro Alonso, 7, Jerez de la Frontera (Cádiz).—29, Felisa García y García, calle de la Libertad, 8, San Roque (Cádiz).—30, María Medina, Corraliza, 2, Reinosa.

31, Antonio García Campos, Villalar, 3 duplo., Madrid.—32, Antonio Arces Gómez, Torres Quevedo, 15, Fuenteovejuna (Córdoba).—33, Inés Campos, Lauria, 2, Valencia.—34, Luis Garcés Goicoechea, Castelló, 38, Madrid.—35, Pilar Ballester, Canónigo Torres, 16, Torrevieja.—36, María Julia Gutiérrez Quijano, Sagasta, 59, Jerez de la Frontera (Cádiz).—37, Isabelita Valentí Barranco, Villanueva, 23, Madrid.—38, Victoria Cañas Conesa, Constitución, 220, San Fernando (Cádiz).—39, María Rosa Regalado Mariño, calle de Cordonería, 2, Coruña.—40, Álvaro P. de Coca y Piñera, Real, 85, San Fernando (Cádiz).

41, Ángeles Cubillo, Villanueva de las Minas (Sevilla).—42, Adolfo Orduña López, Azucarera de Calahorra (Logroño), Rioja.—43, Matilde Martínez Pérez, Carretera de Aragón, 15, Madrid.—44, Juan Arañó Rovira, Ausias March, 25, Barcelona.—45, Cayetano Arañó Rovira, Ausias March, 25, Barcelona.—46, Adela Álvarez Cortés, Trujillo (Cáceres).—47, Pilar Álvarez Cortés, Trujillo (Cáceres).—48, Isabelita y José Ignacio Sáinz de Cabezón, Rambla de Santa Mónica 29, bis, Barcelona.—49, Enrique Vélez de Medrano, calle de Recoletos, 4, Madrid.—50, Amparo R. de Cartagena, Aragón, 279, Barcelona.

51, María Palma L. de Guevara, calle de García, 9, Ceuta (Marruecos).—52, Enrique Sánchez Zamora, Tiendas, 26, Trujillo.—53, Chelito Revilla Cuevas, calle del Sol, 2 triplo., Santander.—54, Isabel Díez de Velasco, Burgos, 5, Santander.—55, Manuel Blanquer Peinado, Ferraz, 24, Madrid.—56, Lolita Gómez Rueda, Leganitos, 15, Madrid.—57, Chita Eguía, Plaza Cruz Verde, 1, Madrid.—58, Antonio Aparicio S. Covisa, Santa Engracia, 102, Madrid.—59, Yolanda Gómez, Peña Herbosa, 37, Santander.—60, María Luisa Rodríguez Pérez, Avenida de Alfonso XIII, 11, Valladolid.

61, Lolita Medrano, Limpias (Santander).—62, Purita de la Rubia, calle de Salmerón, 82, Badajoz.—63, Elena Carratalá García, Conde Duque, 9, Madrid.—64, Alfonso y Alberto Álvarez, calle Coruña, 6, Madrid.—65, Juan Jesús Martín Calvo, Alcalá, 107, Madrid.—66, Emilito San Martín Aguilar, Parque de Ingenieros, Badajoz.—67, Dolores López Clanero, Campaña, 10, Sevilla.—68, María Teresa García Regel, Antequera.—69, Glorita Bozal, Plaza de Chamberí, 4, Madrid.—70, Tilita Campos, Ossa de Montiel (Albacete).

71, Mariuca Hidalgo Rodríguez, Nevera, 5, Reinosa (Santander).—72, Conchita García Niño, Goya, 61, Madrid.—73, Gerardito Burmester, Rúa Guerra Junqueiro, 116, Matozinhos (Portugal).—74, Antonio Herrero Chaves, Ujo (Asturias).—75, Antonio Romero Godoy, León y Castillo, 99, Las Palmas (Canarias).—76, Paquito Selva, Caravaca, 8, Villena.—77, Fermín Sánchez González, calle Madrid, 43, Getafe (Madrid).—78, Natividad Más Fernández-Yáñez, Sagasta, 39, Cádiz.—79, María Teresa Meñaca S. de los Terreros, Caracas, 9, Madrid.—80, José de la Fe, Domingo Debiz, 6, Las Palmas (Gran Canaria).

81, Dolores Lecanda, Calatrava, 18, Ciudad Real.—82, José V. Reina Galbe, Corazón de María, 47, Las Palmas (Canarias).—83, Bernardo de Granda y Burón, Orellana, 3 duplo., Madrid.—84, Jesús Pérez, calle del Sol, 7, Reinosa (Santander).—85, Charito Algar, Francisco Cuesta, 1, Guadalajara.—86, Enrique España Lafuente, Valverde, 25 y 27, Madrid.—87, Antonio González, José Miguel de Sotomayor, 19, Los Llanos (Tenerife).—88, María Isabel Westentorp Cabeza, Carretera de la Coruña, Aravaca.—89, Isabel Westendorp Cabeza, Carretera de la Coruña, Aravaca.—90, Clarita Y. Lanzos, Los Santos, 2, Madrid.

Verificado el oportuno sorteo, con las formalidades de rigor, en nuestro domicilio, resultaron agraciados los siguientes concursantes:

Primer premio, núm. 41.—Ángeles Cubillo. Villanueva de las Minas (Sevilla).
Segundo premio, núm. 84.—Jesús Pérez. Calle del Sol, 7, Reinosa.
Tercer premio, núm. 6.—Piluca Gillis Juste. Heros, 24, Bilbao.

Cuyos premios, consistentes en vales para recoger juguetes por valor de ciento veinticinco pesetas el primero, setenta y cinco pesetas el segundo y cincuenta pesetas el tercero, todos los cuales pueden hacer efectivos los afortunados en la acreditada Casa de Madrid que se le indicará al hacerles entrega de los vales personalmente a los de Madrid o al remitirlos a su domicilio o darlos a quien los represente a los de provincias.

Los vales están a disposición de sus dueños en la Administración de COSMÓPOLIS (Alcalá, 44 y 46), a partir del día 1 del mes próximo, de seis a ocho de la tarde.

Y la enhorabuena a tan simpáticos lectores por el acierto demostrado en la solución del Concurso y por la suerte que les ha cabido en el sorteo.

8.° CONCURSO FEBRERO-MARZO



POR FRAMARCÓN

BASES

1.ª–PREMIOS.–Como de costumbre, serán ocho y consistirán:

1.°–Florero trípode con flores artificiales . . . . 100 ptas.

2.°–Estuche con dos tazones y plato para desayuno (Grabado inglés) 75 ptas.

3.°–Elegante estuche con dos hojas y cuatro tenedores, para entremeses . . . . 60 ptas.

4.°–Servicio fresa con cacillo . . 40 ptas.

5.°–Estuche con dos servilleteros 25 ptas.

Estos premios serán adjudicados a igual número de concursantes cuyos pliegos contengan el total o mayor número de soluciones exactas; siéndolo por sorteo en caso de empate o igualdad de condiciones.

Con objeto de que nuestros solucionistas puedan apreciar el valor y positividad de nuestros premios, éstos serán expuestos al público durante los días 20 al 25 del actual y marzo próximo, en la acreditada casa de esta Corte PLATA MENESES, plaza de Canalejas, n.° 4, despacho único, en donde han sido adquiridos.

SUSCRIPCIONES. Los SEXTO, SÉPTIMO y OCTAVO premios, o de consolación, consistirán en otras tantas suscripciones semestrales a esta revista, las que serán sorteadas entre todos nuestros concursantes, excepción hecha de aquellos que hubieren resultado favorecidos con alguno de los cinco primeros premios.

Estas suscripciones serán enviadas a domicilio y surtirán efecto durante los meses de junio a noviembre, ambos inclusive.

2.ª–ENVÍO DE SOLUCIONES.–El plazo de admisión expirará el 31 de marzo, a las doce de la noche; se relacionarán en medio pliego precisamente, escrito por una sola cara en sentido no apaisado, cuidándose de dejar a la izquierda un margen no inferior a dos centímetros que permita su fácil cosido y ordenado acoplamiento y archivo una vez conocido el resultado del certamen. En el sobre y en su parte superior se consignará: CONCURSO CRIPTOGRÁFICO.

Los dos indispensables CUPONES, hechas las salvedades que en ellos se indican, habrán de acompañarse a dichos pliegos, uno totalmente pegado por su parte B bajo la fecha y en lugar de la firma, y suelto el otro para ser utilizado como papeleta en los sorteos.

Un solo pliego no podrá referirse a más de un concursante, con lo que se evitarán olvidos e involucraciones desventajosas para todos.

3.ª–SORTEO.–Será público y tendrá lugar en nuestra redacción el día 6 de abril, a las cinco de la tarde; conocido el resultado, se participará por correo a los agraciados el premio que les haya correspondido; medio éste de llevar a efecto su extracción sin demora alguna ni esperar al número de mayo, en que habrá de publicarse el resultado del concurso y adjudicación de premios.

IMPORTANTE.–Para tranquilidad de nuestros concursantes y en evitación de juicios desfavorables a la seriedad que caracteziza todos nuestros actos, durante el sorteo, los pliegos numerados correlativamente y la relación-extracto de los mismos estarán, para su examen y consulta, a disposición de los señores que acudan a presenciar dicho acto.

4.ª–RESULTADO DEL CERTAMEN.–Será publicado, juntamente con la lista de soluciones, en el número de mayo, y serán incluídas entre éstas cuantas de conformidad con el enunciado u orientación de los problemas hayan sido facilitadas y admitidas.

5.ª–CORRESPONDENCIA O CONSULTORIO.–Toda ella será dirigida a nombre de FRAMARCÓN y a nuestra redacción precisamente, consignando en la parte superior del sobre la indicación de SECCIÓN CRIPTOGRÁFICA.

6.ª–ENVÍO DE TRABAJOS.–Los agraciados con nuestros cinco premios primeros podrán enviar para su publicación en el número de mayo un trabajo original e inédito, que habrá de ajustarse a las siguientes instrucciones:

A) Será hecho con tinta china negra y sobre papel blanco si fuese ilustrado o por su estructura precisara fotograbarse.

B) Dicho trabajo será firmado al respaldo por el remitente.

C) Se procurará que el enunciado u orientación sea lo más conciso y breve posible.

D) La solución no excederá de diez palabras y se omitirá al hacer el envío, sin que por ello deje de consignarse en el correspondiente pliego de terminación del certamen; bien entendido que COSMÓPOLIS se reserva el derecho de darla a la publicidad cuando no se ajuste a normas legales.

E) Se concederá como premio una suscripción trimestral gratuita a esta revista al trabajo que obtenga menor número de soluciones.

F) Este original será enviado dentro de los ocho días siguientes a la notificación del premio y se remitirá a nombre de FRAMARCÓN.

N.° 1. (TARJETA) NOMBRE Y UN APELLIDO

B S CUENTA-NA

MADRID. MANZANARES, 8.

Solución. ....

N.° 2. (TARJETA) NOMBRE Y UN APELLIDO

500 100 V

P.º OLAVIDE, 4. MADRID.

Solución: ....

N.° 3. (TARJETA) NOMBRE Y UN APELLIDO

LELALOLU RE

ALCALA, 176. MADRID.

Solución: ....

IMPORTANTE.—Se recuerda a los señores favorecidos en nuestro certamen diciembre-enero último, que el envío de pasatiempos a que hace alusión la base 6ª de estos concursos habrá de hacerse antes del 14 del actual, pues que han de insertarse en el próximo número.

N.° 4. (SOBRE) NOMBRE, APELLIDO, DESTINO

(SEVILLA)

SR. DON

JO R.

BAJO MUJERMINI

Solución: ....

N.° 5. (TARJETA) NOMBRE Y UN APELLIDO

R. IDO FLOR

Miau

A. DE LOS MANCEBOS 6 Y 8. MADRID

Solución: ....

"COSMÓPOLIS"
CONCURSO CRIPTOGRÁFICO
Dos de estos CUPONES habrán de acompañarse al pliego de soluciones; uno, totalmente pegado por su parte B en lugar de firma, y suelto otro. (Véase la base 2.ª del concurso)
B

N.º 6. (TARJETA) NOMBRE Y UN APELLIDO

JULIO I

ALFONSO XIII, 18. MELILLA

Solución: ....

N.º 7. (TARJETA) NOMBRE Y DOS APELLIDOS

H ID -G

ILUSTRACION, 11 MADRID.

Solución: ....

N.º 8. (TARJETA) NOMBRE Y UN APELLIDO

ENGAÑO N JO

IBIZA, 20. MADRID.

Solución: ....

N.º 9. (TARJETA) NOMBRE COMPUESTO Y UN APELLIDO

J ED RO

CANALEJAS, 61. SORIA.

Solución: ....

N.º 10. (TARJETA) NOMBRE Y UN APELLIDO

QUIERE RRO FRAMARCON

PALAFOS 21. MADRID.

Solución: ....

N.º 11. (TARJETA) NOMBRE Y UN APELLIDO

SU ARTICLO O -N II

MADRID. VILLALAR, 9.

Solución: ....

N.º 12. (TARJETA) NOMBRE Y UN APELLIDO

DI NOTA

PALAFOS, 21. MADRID.

Solución: ....

(N.º 13. TARJETA) NOMBRE Y UN APELLIDO

PADRE/2 CAPITAL -A

JERTE 9. MADRID.

Solución: ....

N.º 14. (TARJETA) NOMBRE Y UN APELLIDO

JOSE MNOTAN

Bailén, 35. Madrid.

Solución: ....

N.º 15. (SOBRE) NOMBRE, APELLIDO Y DESTINO

(VIZCAYA)

SR. DON

E -A NOTA DD DUY

NACIONET

Solución: ....

CONCURSANTE

NOMBRE: D. ....

PUEBLO: ....

PROVINCIA: ....

CALLE: .... N.º ......

A


Madrid, Marzo 1929
Precio: 1.75 ptas.
Cosmópolis

HERMÈS

SILLERO

24, FAUBOURG SAINT-HONORÉ
PARIS



BIARRITZ
5, Avenue Édouard-VII

PAU
5, Rue du Maréchal Foch

CANNES

CHANTILLY

SAINT-CYR

SAUMUR



M A R O Q U I N E R I A — V I A J E — S P O R T

Cosmópolis

Redacción y Administración
Alcalá, 44 y 46 (Entrada Marqués de Cubas, 1) Madrid.
Teléfono: 13546 - Apartado de Correos: 490
Dirección telegráfica y telefónica: Cosmópolis

Precio de suscripción:
España y América: un año . . . . . . 19 pesetas
un semestre . . . . 10 pesetas
Extranjero: un año. . . . . 25 pesetas

SUMARIO

Extracto del contenido del presente número en tres idiomas

Revista mensual ilustrada

Cosmópolis

Fundador y Director: Enrique Meneses

AÑO 3 MARZO 1929 NUM. 16



La bella actriz del teatro del silencio Mary Brian.

Evocaciones históricas

Los jardines de Buenavista y las Musas del Tajo



Una vista de la fachada del palacio, en la que se destaca el escudo arzobispal de Sandoval y Rojas

«Ille terrarum mihi praeter omnes angulus ridet»
Horacio.



El conde de Romanones va escribiendo sus Memorias. Y es seguro que, para dictarlas, se habrá refugiado más de una vez en este delicioso rincón de la Vega de Toledo.

Buenavista tiene el prestigio de haber sido en el siglo XVII la morada de un príncipe de la Iglesia, de tan alto linaje como el de los Sandoval y Rojas y de historia tan magnífica como la del arzobispo Don Bernardo, mecenas, fundador y limosnero pródigo, que protegió a Cervantes y a Espinel y fué cantado por la musa mística de Valdivielso, por la jocunda inspiración de Lope de Vega y por la gracia de lírico ruiseñor, dormida en el plectro de Baltasar Elisio de Medinilla, el más significado vate de la corte arzobispal toledana.

Buenavista es como una estampa sugeridora del postrer Renacimiento español. Las ninfas del Tajo, musas propicias de los tiempos galantes, viven aún en estas alamedas y en estos bosquecillos penumbrosos, donde la voz del agua dice sus ensueños y sus melancolías del ayer lejano, en los surtidores de los arriates florecidos y las plazoletas solitarias.

El espíritu de selección que animaba la vida del cardenal de Sandoval y Rojas hizo de Buenavista el refugio predilecto de sus íntimas complacencias espirituales. Reuníase allí con lo más escogido de la nobleza toledana y con los más destacados ingenios de la época, para tejer la férvida letanía de tantos lirismos como duermen sobre las páginas de libros insignes, dados a la estampa por la musa devota y señorial de la Toledo del siglo XVII.

El poema de Baltasar Eliseo de Medinilla, no tan conocido como debiera serlo, da la viva descripción de cómo era esta residencia en aquellos días, claros para el arte, en que el tercero de los Felipes abandonaba la gobernación del reino al antojo del duque de Lerma, su favorito.

La naturaleza y el arte habían celebrado en ese bello lugar sus espléndidas nupcias. Y allí «magníficos jardines donde había copiado el deseo las maravillas de Zahara, fuentes de mármol alabastrino, estatuas representando ninfas y deidades del Olimpo pagano, millares de aves raras presas en vistosas pajareras, plantíos extensos de frutales y olivas, bosques cuajados de pinos, abetos y castaños, y por remate de este cuadro un palacio de severas formas, colocado en medio, con miradores a la ciudad y al río».

Ambiente aquél cargado de sugerencias religiosas y profanas,



Otro aspecto de los jardines

Evocaciones históricas

calor de vida y emoción arte.

Antaño, el cardenal de Sandoval y Rojas y aquel conde de Mora, su pariente, prestigiaron con las gracias de sus espiritualidades exquisitas este delicioso rincón de la Vega toledana; hoy es la elegancia espiritual del conde de Romanones la que marca el sello de su buen gusto, triunfador del espíritu antiguo, sobre las bellezas del bravo paisaje.

Hoy, como ayer,

«Yace orillas del Tajo
cristalino,
Cerca de la ciudad
centro de España,
En la vega sagrada y espaciosa,
Un sitio deleitable y peregrino
Que siempre el alba de su risa baña,
Y alegra con los pies de blanca rosa
La primavera hermosa.»

* * *

Y hoy, como ayer, los versos de Baltasar Elisio de Medinilla tienen idéntica realidad fragante, ya que allí, gracias a sus dueños, donde las palomas pondrían las sonrisas de sus vuelos blancos y los pavos reales la suntuosidad de sus colas pintadas de vivos colores:

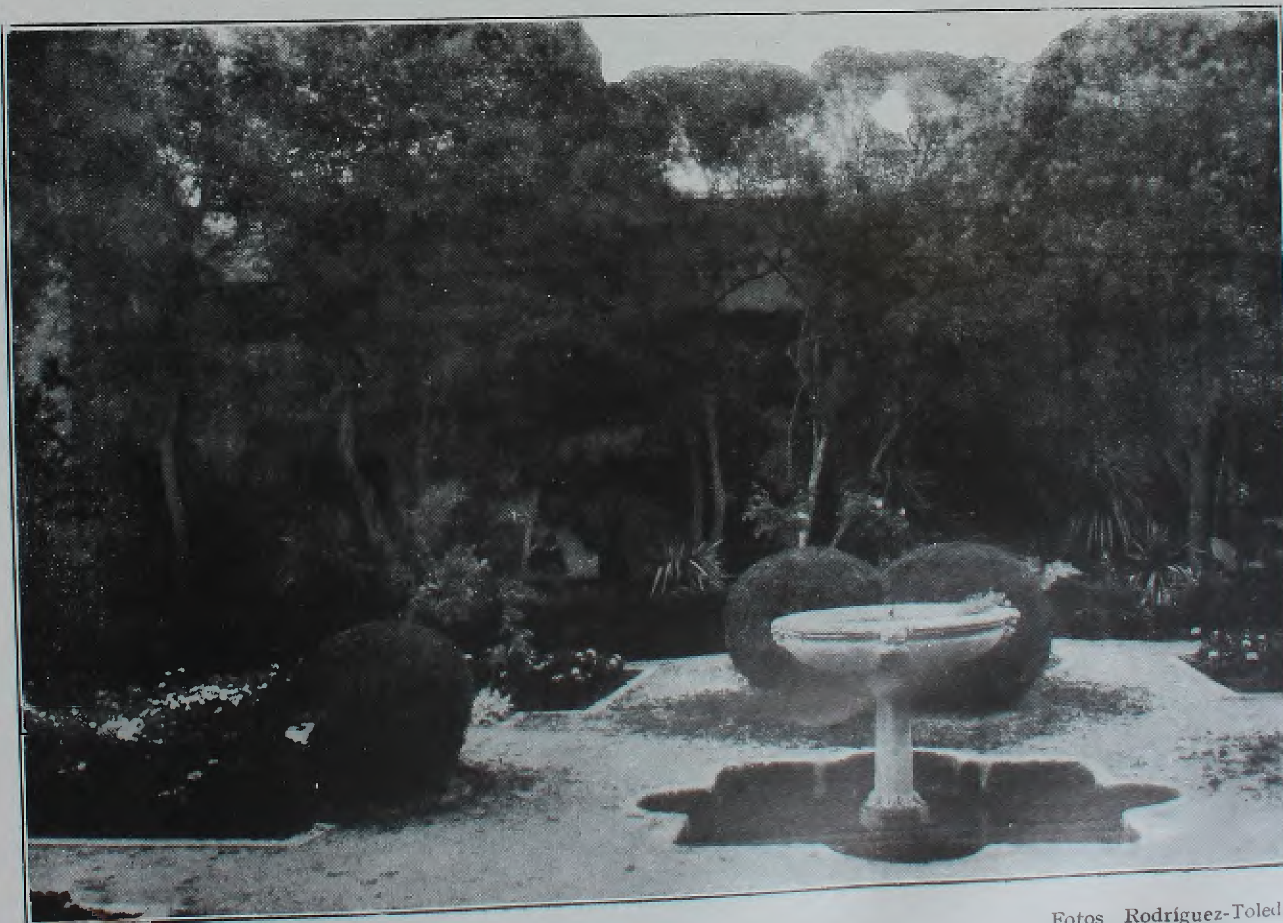
«Digno regalo a la persona vuestra
La ave de Juno muestra
Su noble fin en círculo difuso,
Haciendo gala de sus plumas bellas,
Que usurparon al cielo las estrellas.»

* * *

Varias personas de la familia real honraron con su presencia los salones de Buenavista. Felipe III y sus augustos hijos gozaron más de una vez las delicias de estos parajes, invitados por la munificencia del generoso cardenal, por el que sentían predilección tan marcada.

Tirso de Molina sitúa en las estancias de este palacio una de las representaciones de las comedias que figuran en sus «Cigarrales de Toledo».

En la historia literaria de la imperial ciudad, Buenavista será siempre una página evocadora, digna de máxima recordación, a cuyos resplandores tantos nombres egregios cobrarán



Fotos Rodríguez-Toledo

Los jardines de Buenavista

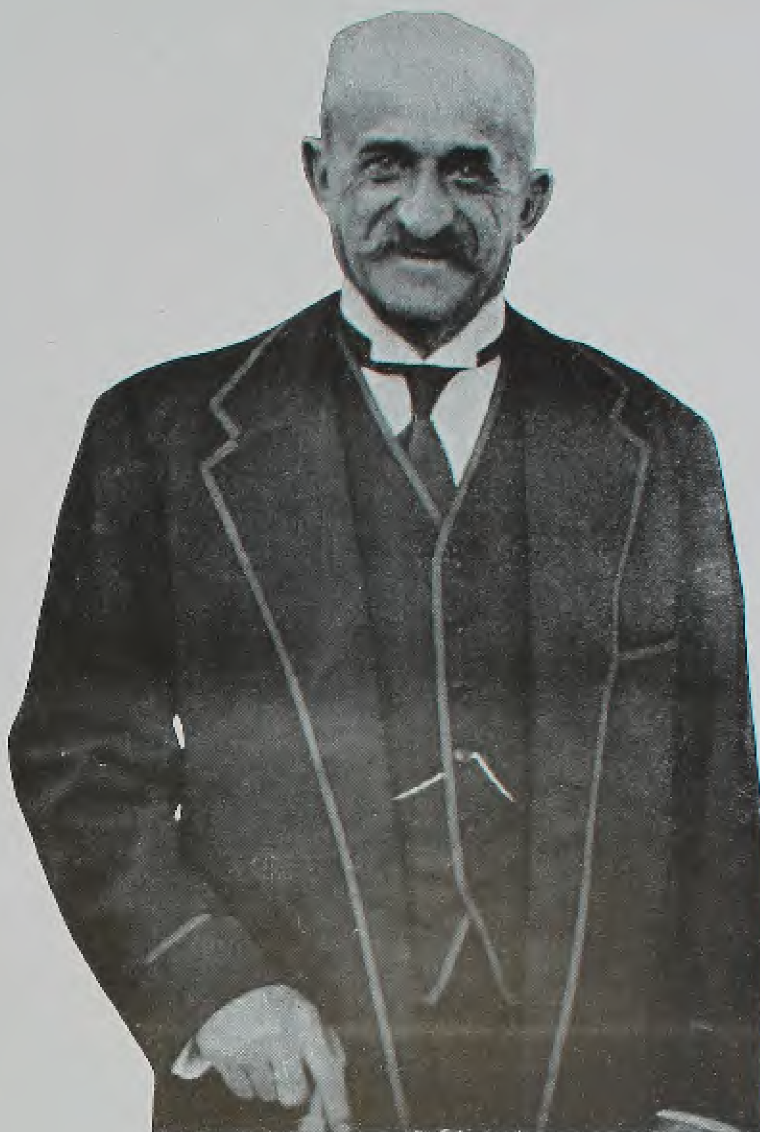


Agente: Horacio Rodríguez - Plaza de Canalejas, 6 - Madrid

Evocaciones históricas



El cardenal y arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas (1546-1618) (Foto Moreno)



El conde de Romanones, actual poseedor del cigarral de Buenavista Foto Marín

cada día, para orgullo de nuestro arte y de nuestra historia, el conde sabe cultivar con emoción de enamorado las tradiciones de aquella casa y suele reunir en torno suyo a los ingenios de diversas latitudes que le visitan.

Sabemos que, en tiempo de Sandoval y Rojas, una princesa de Francia y su séquito se aposentaron allí. Ahora, otros príncipes de la intelectualidad francesa también fueron recibidos y agasajados en esos jardines.

La historia se reanuda con nuevo vigor. Al linaje de los Sandoval y Rojas sucede éste de los Figueroa y Torres, enlazando tradiciones antiguas.



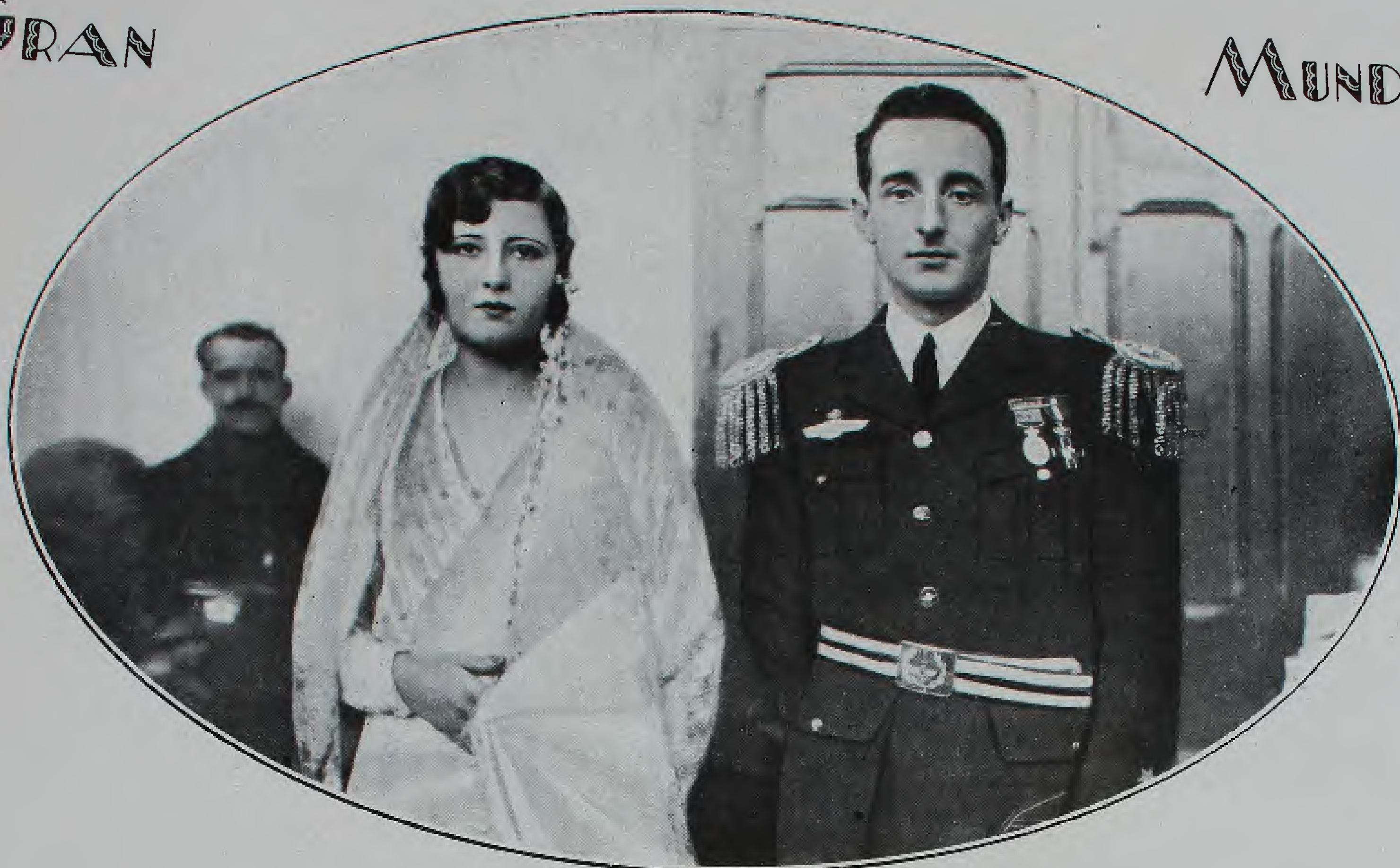
Uno de los evocadores patios de Buenavista

Las palomas eruditas del postrer Renacimiento español han vuelto a tejer en torno al palacio el aleteo de su sonrisa blanca. Buenavista sueña entre las arboledas, arrullada por las canciones de los surtidores, bajo las parras umbrosas...

Las musas del Tajo siguen sonriendo, propicias a los jugueteos luminosos del espíritu.

RAFAEL LÁINEZ ALCALÁ

Gran Mundo



La señorita Margot Soriano y don José M.ª Ansaldo, que han contraído matrimonio, verificando su viaje de recién casados a bordo de una avioneta *(Foto Contreras y Vilaseca)*



La señorita Rosario Novales y don Francisco de Urquijo, que celebraron su boda en la iglesia de San Fermín de los Navarros, de esta corte *(Foto Marín)*

UNA FIESTA ÍNTIMA

Durante los pasados Carnavales, con motivo del riguroso luto de la Corte, se suspendieron los grandes bailes anunciados en varias aristocráticas residencias. En su lugar se celebraron pequeñas fiestas íntimas, una de las que, la ofrecida por la señorita Carmen Fernández Céspedes a sus amistades, resultó brillantísima por el buen gusto y riqueza de los disfraces que lucieron sus bellas amigas.



(Fotos Marín)



La condesa de Casa Real.



Doña Consuelo Pacheco de Tejero, esposa del secretario de embajada D. Hilario Tejero y Aguirre.

GRAN MUNDO



Grupos de niños premiados en el baile de disfraces organizado por el Círculo de Bellas Artes *(Foto Marín)*

LAS CONQUISTAS DEL "CINE"

El arte mudo español, aunque incipiente, ejerce sugestión sobre nuestra juventud, sin distingos de sexos ni de clases sociales, y se ofrece como una ilusión cautivadora a los espíritus que sueñan con la gloria del Arte.



(Foto Franzen)

"KUINDÓS"

Este es el seudónimo que ha adoptado el hijo primogénito de un título de Castilla, conocidísimo en la sociedad madrileña, que toma parte en el «rodaje» de una película que dirige don Fernando Delgado, y en la que desempeña un importante papel.

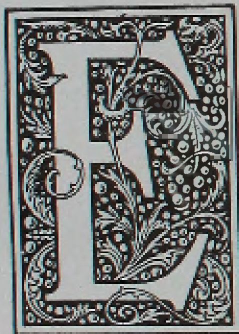
GRAN MUNDO

LA JUVENTUD CATÓLICO-FEMENINA



CÓMO EMPLEA SU TIEMPO UN GRUPO DE ARISTOCRÁTICAS JÓVENES MADRILEÑAS

EL REPORTERO ENCUENTRA UNA INFORMACIÓN DONDE MENOS PIENSA



Es un atardecer grisáceo del mes de febrero. Llueve fuertemente. El chaparrón obliga a los transeúntes a cobijarse en los portales. El reportero, que, cumplida una misión, no tiene prisa, es un refugiado más en el amplio portal de una gran casa, sita en calle muy transitada, aunque no céntrica, que une un barrio aristocrático con uno de los más populares de Madrid. La lluvia arrecia...

Van deteniéndose ante el portal lujosos automóviles, a cortos intervalos. De ellos descienden bellas jóvenes; elegantes por su porte y continencia más que por su vestir, sencillo y siempre airoso... Cruzan el portal y, con gran diligencia, suben la escalera, perdiéndose de vista tras su primer descansillo. El reportero sospecha una fiesta, un baile, que se celebre en uno de los pisos.

Un grupo de modistillas, que reparten entre todas, con dificultad, el resguardo de un solo paraguas, baja corriendo por la calle e irrumpe en el portal con alborozo y alegría... Y, lejos de detenerse en espera de que despeje, se lanza escaleras arriba, conteniendo a duras penas su afán de bulla y algazara...

Y luego más señoritas de automóvil, y luego más modistillas, más obreras...

El reportero, picado en su curiosidad y en cumplimiento del deber de satisfacer la del público, sigue a un grupo de muchachas y con ellas llega hasta la puerta del piso principal. La puerta está abierta. Nada le detiene. Y previo el permiso, que nadie le otorga, porque nadie contesta a su demanda, entra en el vestíbulo. Tras él, las más rezagadas, dos señoritas que llegan con gran apresuramiento, le orientan, después de lanzarle una mirada de sorpresa; y siguiéndolas a lo largo de un pasillo llega a la puerta entreabierta de un gran salón...

¡SÍ, SÍ! ¡FIESTA, BAILE!... ¡MENUDA DIVERSIÓN...!

Ni más ni menos que lo que el reportero esperaba se ofrece a sus ojos. En vez de los acordes, o desacordes, de una orquesta de moda, el canturreo de un grupo de muchachas que repite una lección de Catecismo. En vez de parejas danzando por el salón, una docena de chiquillas alrededor de una «señorita» que, con una formalidad impropia de su juventud, explica una lección.



Entre clase y clase, profesoras y alumnas «posan» para COSMÓPOLIS

Sin duda, el reportero se ha equivocado de piso y ha entrado en una escuela...

Procurando no hacer ruido, vuelve por el pasillo hacia el vestíbulo, buscando la puerta... Al pasar por otra habitación, el ruido característico de las máquinas de escribir en funcionamiento le detiene. Mira por la rendija de la puerta, no bien cerrada, y distingue, alrededor de otra gran mesa, señoritas y obreras que se aplican en golpear los teclados de unas flamantes máquinas.

Y luego, otro salón y más señoritas y más modistillas trabajando todas. Y, poco a poco, va reconociendo a cuantas viera entrar, en su espera del portal, advirtiendo que todas las que llegaron en auto y todas las que llegaron a pie, mal guarecidas por los paraguas, estaban allí, en franca camaradería, sin distingos sociales: unas, enseñando lo que aprendieron; otras, aprendiendo lo que antes nadie les había enseñado...



La clase de Catecismo

UNA GRAN OBRA SOCIAL

Al fin, el reportero, harto indiscreto y entremetido, tiene que presentarse, descubrirse. Y es ante un par de modistillas que salen de una clase para dirigirse a otra. El reportero las detiene. Las modistillas se asustan, tomándole por un policía. Des-

LA JUVENTUD CATÓLICO-FEMENINA

hecho el equívoco, el reportero las ruega contesten a sus preguntas.

—¡Huy...! ¿Nosotras? ¡Vaya aprieto...!—exclama la más desenvuelta.

—¿Qué vamos a contestarle a usted...?—pregunta la otra.

—¿Quiere usted que llamemos a la señorita María?

—¿Quién es la señorita María?

—Pero, ¿no la conoce usted...? ¡Si la conoce todo el mundo...! Lleva tres años consagrada a esta obra...

El asombro del reportero estimula a la obrerilla para continuar su discurso:

—Se llama María de Madariaga. Es de una familia «muy bien», ¿sabe usted? Es la vicepresidenta general de la Juventud y presidenta del grupo de obreras, de nosotras...

—La presidenta de la Juventud es otra señorita muy requeteguapa y muy lista y muy elegante. Es la señorita marquesa de Laula.

—¡Hay que ver lo valen las dos...! ¡Y lo que saben...! Y los sacrificios que han hecho y las molestias que se han tomado para organizar todo esto... ¡Si usted viera qué dispuestas son...!

Al ver que el reportero toma nota de cuanto dicen, agregan:

—También forman la Junta la señorita María Rúspoli, hija del duque de Sueca, que es la tesorera; la señorita Gabriela Maura, hija del conde de la Mortera, que es vicetesorera. La secretaria es la señorita Pilar Semprún, y la vicesecretaria, la señorita María Arévalo.

—Y hay otras seis señoritas vocales.

—¿Nada más?—pregunta el reportero—. Pues yo he visto por esas clases muchas más señoritas...

—¡Natural! ¡Si son muchas!—contesta una, con gran desenfado—. ¡Las señoritas profesoras, que son muchas...! No sé si me voy a acordar de todas... Mire usted: de francés dan lección las señoritas Gabriela Maura y Amalia Manso de Zúñiga, que tienen cerca de veinte discípulas. De mecanografía, clase «la mar» de numerosa, se encargan las señoritas marquesa de Laula, María de Madariaga, Carmen Moreno Ossorio y María Montenegro.

—De las otras catorce mesas están encargadas las señoritas María Rúspoli, Cristina Franco, Marichu San Félix, Carmen Vivar, María y Loreto Arnáiz, Anita Pérez Tudela, Carmen Fernández Céspedes, Mimo Moreno Ossorio, Ana María Saracho, Mercedes Travesedo, Margot Armendáriz, Luisa Acapulco, Concha González de Gregorio, Carmen y Pilar Primo de Rivera, Marta Figueroa, Angustias Lascoiti, Pura Santos, Carmen Romero, Trina Travesedo, Pilar Semprún, Luisa Lewin, María Rosa Vázquez, María Luisa Mendoza Cortina, Margarita Crespi, Josefina Topete, Constanza y Josefina Cedillo, Carmen Jardón, Asunción Artíñano y María Bellido. Creo que no se me olvida ninguna.

—¿De modo que las clases las dan todas estas señoritas?

—Sí, señor. Los miércoles y los viernes, de siete a nueve.

—¿Durante todo el año?

—Menos en el verano. ¡Si viera usted qué mérito tienen! ¡Pensar que en lugar de irse por ahí, a un cine o a un baile, vienen aquí a encerrarse con nosotras y a que les agotemos la paciencia...! ¡Eso es caridad verdadera y amor al prójimo!



La marquesa de Laula, presidenta de la Juventud Católico-Femenina
(RETRATO POR SORIA AEDO)

¿LA LUCHA DE CLASES? TODAS SOMOS UNAS. ¡NO HAY POSTÍN QUE VALGA!

El reportero, que se ha captado la confianza de las chiquillas, quiere saber hasta qué punto son sinceras sus ponderaciones y merecidos sus elogios.

—Vamos a ver—pregunta—, de vosotras para mí, y prometiéndoos guardaros el secreto, ¿estas señoritas no vienen aquí a postinear con vosotras?

—¡Aquí no hay postín que valga...!—contesta una, muy molesta.

—¡Vaya una pregunta tonta...! Todas estas señoritas son señoritas «de verdad», en su modo de ser, en su manera de tratarnos. Nos hablan y están con nosotras de igual a igual, como si fueran como nosotras. ¡Con lo distinguidísimas y linajudas que son...! Y, ¡nada!, como si fueran compañeras nuestras de taller.

—No son nada estiradas ni postineras. «Pa» que usted vea: en las excursiones que organizamos algunos días de fiesta al Escorial o a Aranjuez, vienen con nosotras en «tercerola», comemos todas la misma merienda, sin que ellas quieran distinguirse en nada. Como que, los días que tenemos clase, al salir del taller venimos corriendo más contentas que si fuéramos al «cine», que para mí es lo mejor del mundo.

—¿Sois muchas discípulas?

—Cuando empezó la Academia Nocturna a funcionar no eran más que veinte, y ahora somos cerca de quinientas.

—¿Todas modistillas?

—¡Quiá, no, señor!—contesta la otra—. Aquí somos de todo: empleadas en comercios, en oficinas, en laboratorios, en fábricas.

—¿Y tenéis ganas de clase después de estar todo el día trabajando?



La duquesa de Alba


Las «profesoras» de la Academia Nocturna para obreras (Foto Marín, Contreras y Vilaseca.)

—¡Ya lo creo...! Porque aprendemos mucho, que eso siempre viene bien.

—Ya ve usted: hace poco ha entrado en un Banco con un sueldo de cuarenta durazos una chica que estaba en un taller y desde hace un año se aplicó mucho a la máquina y a las cuentas. Y ahora está hecha una señorita. ¡Va más elegante...!

—¿Y tiene alguna subvención esta Academia?

Las chicas sueltan la carcajada.

—¡Qué más quisiéramos...! Quiá, nada de eso. Aquí todo lo que se gasta, y hay que gastar bastante, sale de las señoritas... ¡Las pobres hacen cada sacrificio...! Tienen cuotas, pero, ¡si viese usted algunas personas por qué poco se suscriben...! Es una vergüenza, ahora que nadie nos oye. Y así las pobres señoritas tienen que recurrir a cien mil cosas para sacar las pesetas que hacen falta para sostener esta gran obra.

—Si todo el que tiene mucho quisiera ayudarlas... ¡Qué de cosas iban a hacer...!

—¡Si viese usted qué de proyectos tienen...!

—Dentro de poco esperan inaugurar un comedor para obreras, donde por muy poco precio podamos almorzar en un sitio céntrico, cerca de los talleres, sin que tengamos necesidad de ir a casa... ¡que algunas hay que ver dónde vivimos...! Además, quieren fundar un dispensario o enfermería de obreras. Como muchas de las señoritas son enfermeras, con título y todo, ellas se ocuparán de él. Y así las pobres obreras que tengan necesidad de ponerse inyecciones no tendrán que ir a practicantes, y podrán consultar a los médicos sin que les cueste nada.

—¡Si todo el mundo conociera estos proyectos, no me cabe duda de que ayudaría a las señoritas...!—exclama, tristemente, la más joven.

Esta frase la escucha el reportero sonriendo.

¡Cuando vea esta chicuela que COSMÓPOLIS va a dar a conocer a todo el mundo esta magnífica Institución católica...!

GALAOR

El bailarín sentimental



NOVELA CORTA
ORIGINAL DE
JUAN PUJOL

ILUSTRACIONES
DE A. DURÁ



I

ERAN las once y media cuando salimos de la Ópera, en la noche clara, llena de luces multicolores y de ecos musicales de París.

—¿Nos vamos a acostar?—propuse.

Mi amigo pareció vacilar, y su esposa, recién casada, hizo un gesto de protesta.

—Es temprano.

—¿Vamos a cenar por ahí, a algún restaurante de Montmartre?—insinué.

—¿Un sitio donde se puede ir con señoras?—inquirió el esposo, todavía irresoluto.

—En París se va con señoras a todas partes. Apuesto algo a que Berta, tu mujer, lo que desea precisamente es ver uno de esos lugares que en Madrd no podría visitar.

—Ya lo sé. Además, como nadie ha de saberlo...

—Eso es.

Luis estaba consagrado a lo que llaman *los negocios*, o sea a procurar incautarse del dinero ajeno sin acercarse demasiado al Código penal. Había logrado prosperar y casarse con la novia bonita, hija de burgueses acomodados. Y ahora pasaban en París unos días, un



Desde hoy figura entre los colaboradores de COSMÓPOLIS Juan Pujol, que tan alto nombre ha logrado en el periodismo y en la novela. Corresponsal de guerra famoso, redactor en Londres y París de nuestros más grandes rotativos, viajero que ha recorrido los más bellos lugares del mundo en apasionados peregrinajes, Pujol es un escritor modernísimo, sin mengua de la «difícil facilidad de su estilo». Una sensibilidad profunda, una piedad que ante el dolor humano se disfraza a veces de ironía, un dominio del idioma por el que su prosa es alada, articulada y flexible, hacen de sus novelas cortas pequeñas obras maestras. Humorismo espontáneo, elegancia sin rebuscamientos, don de la amenidad por el que sabe elevar a categoría de arte la vida de nuestra época... En El bailarín sentimental *—narración a un tiempo risueña y melancólica con que empieza su colaboración en nuestra revista— puede el lector apreciar esas cualidades.*

EL BAILARÍN SENTIMENTAL



Americanos vestidos de frac parecían ya apopléticos por la cantidad de alcohol que habían consumido, ruidosos con infantil alborozo en su alegría. Algunos en compañía de damas que, visiblemente, eran sus esposas, vestidas con suntuosidad un poco bárbara—demasiado tisú de oro y demasiadas cibelinas en las capas de que se habían despojado, demasiados brillantes auténticos en los collares y en las pulseras, en los *pendentifs*, hasta en las fantasías de los zapatos lameados de plata—. Un anciano de cabellos blancos salía a bailar y lo hacía con jovialidad contagiosa. Pero al cabo de un instante, las parejas eran tan numerosas que apenas podían moverse. Y la música, y el rumor de las conversaciones, y el espectáculo de las desnudeces provocativas, había creado una atmósfera febril, en la que todos los resortes de la voluntad se aflojaban y se hacían excusables todas las claudicaciones.

—¿Tú no bailas?—pregunté a mi amigo.

—No.

—Berta querrá bailar—interrogué.

—Baila tú con ella—me autorizó.

—El caso es que tampoco sé—me disculpé. No era verdad. Pero conocía la suspicacia de mis compatriotas, y no me agradaba la idea de suscitarla sin motivo.

—Ahora vendrá, de seguro, uno de esos bailarines profesionales que suele haber aquí—dije.

—Ya sé que es costumbre—condescendió, por dárselas de enterado.

—Es cuestión de darle luego una gratificación.

Deslizándose entre la gente, el bailarín, uno de los bailarines, en efecto, apareció. Alto, fino, vestido de *smoking*, el rostro rasurado, el perfil admirable que me recordaba uno de esos príncipes de Georgia

poco a la manera del que va a la feria, tratando de agotar en breve tiempo los placeres que la gran ciudad ofrece a todo el que viene a ella con el suficiente numerario, y logrando que así se atenuaran—entre el tumulto de sus atropelladas impresiones de viaje—esas inconfesables decepciones que suscitan las primeras horas prolongadas de la vida en común. Yo les acompañaba porque me unía con el marido una amistad de los años estudiantiles, y porque mi soltería les hacía suponerme más versado de lo que realmente estaba en los secretos de la vida alegre parisién.

—¿Adónde nos llevas?—quiso saber.

—A uno de esos restaurantes que están de moda. Es un sitio pequeño, incómodo y caro. Pero es curiosa la gente que a veces se ve allí.

Poco después nos hallábamos sentados ante la mesa en que, dentro del cubo de plata, se helaba el champaña que yo no había de beber. Todos los demás asientos estaban ocupados ya. Y en torno a las lámparas eléctricas comenzaba a condensarse ese halo de neblina que forma el humo de los cigarrillos, ya diluído con la fragancia de los perfumes femeninos en el ambiente cálido del salón. Música estridente de la *jazz-band*. Y a intervalos—retorno a los gustos de antaño—una orquesta alternaba con los tangos los valses que enloquecieron a las princesas de Chimay y de Sajonia, hasta hacerlas escaparse con los violinistas tziganes de bigote negro que ahora—cuando aparecen en los *films* de cinematógrafo—tanto nos hacen reír. En el espacio reducido que quedaba libre entre las mesas, los concurrentes salían a bailar. Las bellezas profesionales esperaban sin moverse.

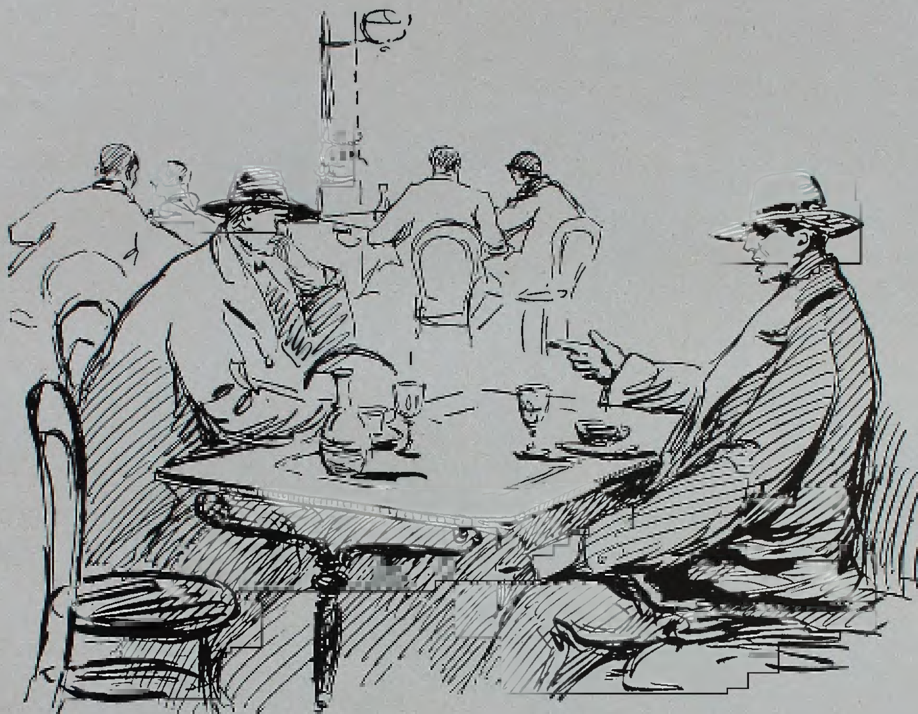


EL BAILARÍN SENTIMENTAL

que algunas veces, durante la guerra, vi entre los oficiales rusos prisioneros. Pero aquella silueta de tan masculina belleza no me era desconocida. ¿Dónde la había visto yo antes? Aquella faz morena, simpática y un poco melancólica, no aparecía ante mis ojos por primera vez. El hombre se inclinó con una reverencia digna de un secretario de Embajada, e interrogándonos con la mirada, como en demanda de licencia, inquirió:

—*Madame, veut-elle danser?*

Y Luis consintió, por dárselas de mundano. En cuanto a Berta, no pareció mostrar la menor resistencia. Pronto la vimos perderse entre las demás parejas, pasar y repasar a veces ante nosotros en brazos del bailarín. Pero aunque Luis y yo, aparentando desinteresarnos de ellos, hablábamos de cosas indiferentes, una inquietud secreta nos hacía seguirlos disimuladamente con la vista. El hombre no despegaba los labios ni movía un músculo de su cara. Y lejos de abandonarse a la presión que sobre ambos ejercían los demás bailarines en el espacio estrecho, procuraba ostensiblemente mantenerse a distancia de Berta, tocarla apenas, extremando la corrección. La acompañó hasta nuestro asiento. Luis, que ya conocía las prácticas habituales, le alargó un billete, que el hombre tomó con absoluta dignidad. Y nuevamente al irse me preocupó la certeza de haberlo conocido en otro tiempo, en algún lugar distinto y distante de aquel en que nos encontrábamos, bajo otro disfraz mejor o peor. De todos mis viajes y andanzas por el mundo guardo en la memoria, como jirones de banderas desgarradas, recuerdos fragmentarios de otras vidas con las que la mía se cruzó. Y ahora me obstinaba inútilmente en reconstituir su personalidad de otro tiempo.



Al salir, como se cruzaba con nosotros, le interrogué con aire indiferente:

—¿Es usted francés?

Se me quedó mirando un instante, dudoso, y al fin me dijo en castellano:

—Por lo que veo, no me ha conocido usted.

—Sí. Pero no puedo precisar dónde...

—En Cartagena.

—No caigo.

—En la barbería de Ruiz.

Y el misterio se aclaraba burlescamente. Ahora recordaba bien a mi héroe. Un mocito barbero, como el de la canción infantil, que traía locas a todas las domésticas de la ciudad, y que un buen día, con escándalo de toda la sociedad local, se escapó con la mujer de un ingeniero que vivía enfrente de la barbería. Uno de esos escándalos de la vida provinciana, que proveen de tema a las conversaciones durante seis meses y animan con un soplo novelesco la existencia secreta de las Madames Bovarys que hay siempre en toda ciudad de guarnición.

—¿Qué hace usted—le pregunté, ya con gesto involuntariamente protector.

—Ya lo ve. Vivir.

—¿En este oficio de bailarín?

—No es malo del todo... Pero veo que se va usted. Venga otra noche cualquiera y le contaré mi vida. Y, además, ahora tengo que sacar a bailar a aquella señora que hay allí.

—¿La rubia, un poco madura, llena de brillantes?

—Sí. Es una americana que está loca por mí.

—Tenga cuidado—bromeé—; tiene ojos de mala persona.

Como me había quedado un poco rezagado, tuve que alcanzar a mis amigos ya en la puerta.

—¿Qué hablaba usted con el bailarín?—me preguntó Berta, sin poder ocultar su curiosidad.

—Nada. Le he reconocido. Es un hombre a quien traté en otro tiempo.

—Parece un muchacho distinguido—insinuó la recién casada, como hablando para sí.

—Y lo es—afirmé sin pestañear—. Un aristócrata ruso. Creo que príncipe o duque.

—Eso, sin saberlo—afirmó mi amigo con profunda convicción—, se adivina apenas se le ve...

II

Y volví, sin saber por qué, al día siguiente. Me interesaba el secreto de aquella vida de aventurero, cuyo origen humilde conocía tan bien. La dama rubia, sola, adornada de joyas como un icono, bebía incesantemente copa tras copa de champaña. No era joven. Tampoco habría podido decirse que fuera fea. Pero había en su rostro de pómulos salientes no sé qué gesto de dureza que intimidaba un poco. Y sobre todo, sus ojos tenían una involuntaria expresión de crueldad que la hacía antipática. Carátula que habría parecido trágica en otro ambiente, y que hacía pensar en la fría perversidad de ciertas opulentas matronas romanas de la decadencia. Una y otra vez el danzante—que me había saludado con gesto amistoso—la hizo bailar. La mujer se le acercaba de un modo felino, se ceñía a él, olvidada de todas las conveniencias, aunque en el tumulto alegre del restaurante realmente nadie se fijaba en ella. Y cada vez que su acompañante la dejaba en su asiento, ella le alargaba, en la mano irisada de brillantes, los billetes de Banco con que retribuía su función.

El hombre me propuso que le esperase al final de la fiesta. Nos iríamos a otro sitio donde poder hablar.

—¿Y esa señora? ¿Va usted a dejarla sola? Cualquiera diría que le tiene usted miedo.

—Quizá—me confirmó sonriendo—. Pero no por lo que usted supone.

—Se va a enojar—insistí, como si a mí me fuera algo en ello.

—Déjela. Necesita que le den *achares*.

Una hora después estábamos en un pequeño café de la rue Pigalle. Y el ex barbero me contaba su pintoresca vida de aspirante a Rodolfo Valentino.

—¿Qué fué de la mujer del ingeniero?—quise saber ante todo.

—Se fué a un convento. Pero le voy a decir a usted la verdad. No fuí yo quien la conquistó, sino ella a mí.

Supe en detalle todo el proceso de aquel episodio donjuanesco. Había sido la señora quien comenzó a sonreírle desde el balcón, a hacerle gestos amistosos; pretextando la necesidad de algún producto de perfumería, le hizo subir. Casi le retó a probar su valor escapándose con ella. Y luego de los dos meses en que agotaron el producto de la venta de sus alhajas, comenzó a hacerle la vida imposible. El barbero había abandonado la práctica de su arte. Aunque hubiera recomenzado su oficio, no habría podido sustentar decorosamente a su cómplice. Y durante unas semanas habían vivido de expedientes, descendiendo hacia la miseria, que la mujer, habituada a la vida holgada, no sabía soportar. De aquellas semanas

EL BAILARÍN SENTIMENTAL

de disputas incesantes le había quedado al barbero un vago horror a todo amorío con mujer que no fuera—decía—«de su misma clase».

—¿Por qué?

—Porque no saben hacerse cargo de las cosas. Porque siempre está uno temiendo una humillación...

Y a su manera me explicaba el sentimiento de inferioridad que experimentaba junto a las burguesas ricas, tan pronto como se encontraba a solas con ellas. Como era un imaginativo, exageraba las diferencias de cultura, presumía que en el fondo de toda mujer nacida en el bienestar había una intención maligna y despectiva hacia los inferiores. Tenía, en resumen, un alma de copla popular, un sentimentalismo de juerguista triste, bajo sus donaires verbales callejeros. Y así había venido rodando hasta París. ¿Podía yo imaginarme a qué? A tratar de hacerse actor de cine. Aquí, a lo menos, nadie le conocía, y podía fabricarse una genealogía apócrifa. ¿Qué pensaba yo? ¿Era fotogénico? Pues, a pesar de todo, no había logrado más que figurar de comparsa en un *film* que representaba un torneo medieval, y para eso con un casco de acero y calada la visera. Por ello se había lanzado a este menester de bailarín.



—Un oficio decente, después de todo, ¿no le parece a usted?—me dijo.

—¡Qué duda cabe! Tanto como el de banquero, o más—le aseguré sinceramente. Y como fuí lo bastante indiscreto para preguntarle cuánto ganaba, me lo explicó sin jactancia alguna:

—Depende de las temporadas. Ahora, de setecientos a mil francos cada noche.

—Su oficio—le aseguré—es, desde luego, mucho más decente que el mío.

—Pero usted sigue siendo escritor.

—Por eso lo digo... En fin, esos ingresos le permiten llevar una vida sumamente alegre.

—¡Ah!, no, no—protestó—. Nada de eso. Yo soy un hombre formal. Me traje a mi madre aquí, y a mis hermanas. Viven conmigo. Tiene usted que venir un día a casa, aunque no sea más que a tomar café. Una casa modesta. Ya la verá. Ahora he comprado un aparato de radiotelefonía.

—No me irá usted a decir que no se divierte, en ese oficio y en París... —insinué.

—Es que... —me dijo, después de vacilar un instante—me voy a casar.

—¿Con una francesa?

—¡Quite usted! Española y bien española.

—¿Bailarina?

—Ni hablar de eso—me atajó con severidad—. Una muchacha honradita, huérfana de padre. Amiga de mis hermanas. Ahora trabaja de modista. Pero en cuanto nos casemos, no trabajará más.

—Será bonita.

—¡Véala uste!

Y me alargó el retrato que sacó de su tarjetero. Una mona. Insignificante, feílla, ¿que habría podido ver en ella para hacerle entrega de su libertad? Recordé las mujeres maravillosas que todas las noches se abandonaban encantadas entre sus brazos, pecadoras o grandes damas, imaginando tras de su perfil meridional una vida romancesca...

—¿Que le parece a usted?

—Muy mona.

—En este retrato no está bien—la excusó—. Pero es muy mujer de su casa.

—Eso es lo esencial.

—Yo estoy enamorado de ella. Y ninguna de esas *señoras* del *dancing* vale la pena de que haga traición a mi novia.

Elogié hipócritamente sus propósitos de fidelidad. Pero, ¿y el cine? ¿Había pensado renunciar a él? Acaso entre las damas a quienes conocía del restaurante nocturno hubiera alguna bastante relacionada para ayudarle en aquella ambición.

—Precisamente la americana ésa de todas las noches es una—dijo.

—Pues entonces...

—No. Prefiero esperar.

—Pero ¿por qué?

—Porque es una tía que me da asco. Usted no tiene idea. Verdaderamente es que me persigue. Todavía no ha conseguido que la acompañe ninguna noche hasta su casa.

—No es tan fea.

—Es peor que fea: repulsiva, no sé por qué. En el restaurante, como es mi obligación, bailo con ella. Pero nada más... Vive en los Campos Elíseos, en un hotel de su propiedad. Y no tiene usted idea del Rolls que la aguarda todas las noches. Pero, para mí, como si fuera un coche fúnebre.

Nos íbamos a separar, porque ya era muy tarde, y me acordé de que ignoraba su nombre.

—Perdone usted—le dije—, como hacía tanto tiempo que no le veía, no me acuerdo cómo se llama.

—Paco.

—Pues bueno, amigo Paco, mucha suerte. Y hasta un día cualquiera en que nos volvamos a ver.

III

Y no volví al restaurante, ni a acordarme de mi compatriota. Hasta que un día, pasados unos pocos del encuentro, mientras desayunaba y leía distraídamente un diario de la mañana, tropecé con un epígrafe que me llamó la atención:

«UNA OPULENTA AMERICANA, ROBADA POR UN BAILARÍN MUNDANO

Mistress Alicia Pershing, viuda de uno de los magnates de la industria yanqui—decía el suelto—, residente en París, fué anoche víctima de un aventurero a quien había conocido en un *dancing* de moda. El individuo en cuestión, que viste con elegancia, había acompañado a dicha señora hasta su casa, en la madrugada de ayer. Al despedirlo, la americana echó de menos un collar de perlas tasado en un millón de francos. Afortunadamente, el ladrón no estaba lejos. A los gritos de la señora, el *chauffeur* y el lacayo corrieron tras del fugitivo, al mismo tiempo que lo alcanzaban dos guardias de Seguridad. A pesar de sus protestas de inocencia, fué registrado y se le encontró el collar en un bolsillo del *smoking*. Fué detenido y encerrado en los calabozos del Palacio de Justicia. Es un súbdito español, llamado Francisco Sarabia, soltero, sin profesión. Un extranjero más de los muchos que las autoridades harían bien en no dejar atravesar la frontera.»

Y no me cupo duda de que el aventurero era él. Pero, ¿había robado realmente el collar? Aunque yo tenía mil cosas que hacer, mi curiosidad superó a mi egoísmo, y me decidí a ver al presunto culpable. Lo hallé cuando—ya interrogado por el juez—pálido, deshecho, se lo iban a llevar a la prisión de la Santé. Se echó a llorar al verme.

EL BAILARÍN SENTIMENTAL

—Le juro—me dijo con expresión de veracidad que era imposible fingir—que yo no he robado nada. Ha sido ella quien, para vengarse porque no quise subir a su casa, me echó, sin darme cuenta, el collar en el bolsillo.

—¿Por qué la acompañó usted?

—Porque me lo ordenó el dueño del *dancing*, que ahora lo niega. ¿No recuerda usted lo que le dije la otra noche? Esa mujer estaba loca por mí. Si yo hubiera querido me hubiera dado diez veces el precio del collar. Pero me daba asco, o miedo. Ahora comprendo por qué: porque había adivinado instintivamente su maldad. Bien se ha vengado.

—No se desanime usted. Habrá testigos que declaren lo ocurrido.

—¿Testigos contra ella?—me interrumpió con desaliento—. ¿Quiénes? ¿Sus criados? ¿Los camareros o el dueño del restaurante? ¿Mis compañeros mismos, encantados de verse así desembarazados de mi presencia? No conoce usted a esa gente. No hay nada que hacer.

—¿Quiere usted que yo vea a esa señora y trate de inducirla a rectificar, si realmente ha mentido?

—Hágalo si le parece bien. Pero no tengo esperanza ninguna.

Y fuí. Contra lo que esperaba, la señora, al ver mi tarjeta de periodista, me recibió. Vivía en un hotel del barrio de la Estrella, cerca del Arco de Triunfo, en el fondo de un jardín. Atravesé salones suntuosos, adornados con tapices de Gobelinos o vestidos de sedas raras, y en cuyos ángulos, bajo los prismas de las lámparas de cristal tallado, las vitrinas llenas de abanicos preciosos, de tabaqueras de oro y esmalte, de figulinas de jade y de marfil, de bibelots antiguos, daban una impresión de sólida riqueza y de gusto innegable. Vestida con sobriedad que contrastaba con sus atavíos de las orgías nocturnas, me acogió con impasibilidad un tanto burlona.

—Usted me dirá qué desea—habló, al tiempo que me invitaba a sentarme.

Y yo comencé un poco intimidado, inseguro todavía de su verdadera condición. ¿Estaba cierta de no haberse equivocado?—la pregunté.—¿No era posible un error?

—No hay error. Cuando llegamos a la puerta de casa, hasta la que ese sujeto se había obstinado en acompañarme, me negué a que subiera, como era su deseo...

La miré en silencio, adivinando ya la verdad. Bajó los ojos, pero prosiguió con voz sorda, como la de quien recita una lección que no debe olvidársele:

—Se resignó y se fué. En aquel instante noté que el collar que me había puesto al salir y que tenía la seguridad de haber conservado hasta en el coche, me faltaba. Grité. Mis criados le persiguieron y le alcanzaron. Lo demás ya lo sabe usted.

—¿Había él echado a correr?—inquirí.

—No sé. ¿Qué importancia tiene eso? Quizá no. Tal vez pensaba que no me percataría de lo que había hecho. Lo indudable es que en el bolsillo, a pesar de sus negativas, se le encontró la joya.

—Un desdichado.

—Peor para él.

Sobreponiéndome a la impresión repulsiva que me causaba, traté de conmoverla. Fué en vano. Me escuchó fríamente cuando la hablé de la madre y de las hermanas desamparadas, de la novia pobre y fea a quienes iba a aniquilar si se mostraba inexorable. Dí por auténtica su versión de lo ocurrido, aunque apenas la hube oído comprendí lo monstruoso y avieso de su mentira. Pero precisamente oyendo las miserias que iba a provocar sus ojos descubrían un placer sádico que ni se tomaba el trabajo de disimular siquiera. Y cuando la invité a ser piadosa adoptó un gesto airado.

—No hay piedad para un sujeto así. Un ladronzuelo, un granujilla, que no ha sabido tener respeto a una dama ni estimar el honor que le hacía al dirigirle la palabra.

Se levantó para indicarme que la entrevista había concluído, convencida de que yo acababa de adivinar su secreto, pero era impotente para ponerlo en claro.

—No hay piedad—repitió con el aire de una Cleopatra cuarentona, agraviada y vengativa.

Y salí, resuelto a no volver a ver al pobre diablo. Tras de ella, potencialmente, estaban sus criados, sus millones, los bancos, la prensa, la policía, el palacio de Justicia, hasta el cónsul de los Estados Unidos, como el procónsul de otro tiempo tras los patricios romanos. Demasiadas cosas para que pudiera prevalecer contra ellas la inocencia del bailarín sentimental.

JUAN PUJOL

París, 1929.

Premios literarios fundados por la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.

BASES DEL REGLAMENTO

LA Compañía Ibero-Americana de Publicaciones funda tres premios de 15.000 pesetas cada uno, destinados al mejor original inédito que se presente a concurso, de NOVELA, POESÍA y CRÍTICA o ensayo literario o filosófico, denominándose el premio referente a cada uno de estos géneros, respectivamente: PREMIO CERVANTES, PREMIO BÉCQUER y PREMIO MENÉNDEZ PELAYO.

Se adjudicarán con arreglo a las siguientes condiciones:

En el presente año 1929 se realizará el Concurso para el PREMIO CERVANTES, y los años siguientes, respectivamente, el *Premio Menéndez Pelayo* y el *Premio Bécquer*, continuándose ya la rotación por géneros cada tres años.

El plazo de admisión de originales terminará cada año el 7 de octubre, día de la Fiesta del Libro.

Los originales se entregarán a máquina o en letra cómodamente legible. No irán firmados y a cada original acompañará un sobre cerrado conteniendo el nombre y señas del autor.

El nombre de las personas que han de componer el Jurado no se hará público hasta después de la emisión del fallo.

Estas personas, de reconocida autoridad y solvencia intelectual, serán designadas por el Consejo de Administración de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones.

La Compañía Ibero-Americana de Publicaciones asigna a cada uno de estos jueces 1.000 pesetas en concepto de dietas mínimas por su trabajo, con objeto de que éste sea llevado a cabo con la puntualidad y escrupulosidad propias de una labor remunerada. La cantidad de 1.000 pesetas será ampliada siempre que el número de originales presentados requiera un excesivo trabajo de lectura.

Una vez que cada juez haya devuelto todos los originales, firmando un *enterado* de cada uno de ellos, se reunirá el Jurado en uno de los locales de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, y sin previo cambio de impresiones se procederá a una votación secreta. Visto el resultado de esta votación, si no resultase mayoría a favor de una obra, se procederá a segunda votación en las mismas condiciones y exclusivamente entre las obras que hayan aparecido en la primera votación.

Si tampoco resultase mayoría, se declarará desierto el premio. En este caso, la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones considerará como originales recomendados para su publicación las obras que hayan obtenido votos.

En caso de adjudicación del premio, el Jurado podrá proponer a la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones una lista de obras recomendables para la publicación, entendiéndose para ello la Compañía Ibero-Americana con los respectivos autores y apareciendo la edición como obra recomendada en el Concurso.

En caso de declararse desierto el Concurso, la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, advirtiéndolo al Jurado antes de proceder a la lectura de los originales, podrá adjudicar dos premios, de la misma cuantía e importancia, en el año que toque el turno al género literario cuyo Concurso resultase desierto. En este caso, para cada uno de los premios, que tendrán la misma cuantía e importancia, se observarán las formalidades de este Reglamento.

En ningún caso y bajo ningún pretexto se dividirán los premios de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones.

El presidente de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones presidirá los Jurados calificadores y cuidará del exacto cumplimiento y observancia de estas condiciones.

El Jurado se reunirá una vez terminados sus trabajos de lectura, durante la primera quincena de diciembre, verificándose la entrega del premio, en la forma y sitio que acuerde la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, el día 15 de ese mismo mes.

Las obras premiadas serán de propiedad de su autor, reservándose la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, por la adjudicación del premio, el derecho a hacer una primera edición.

***

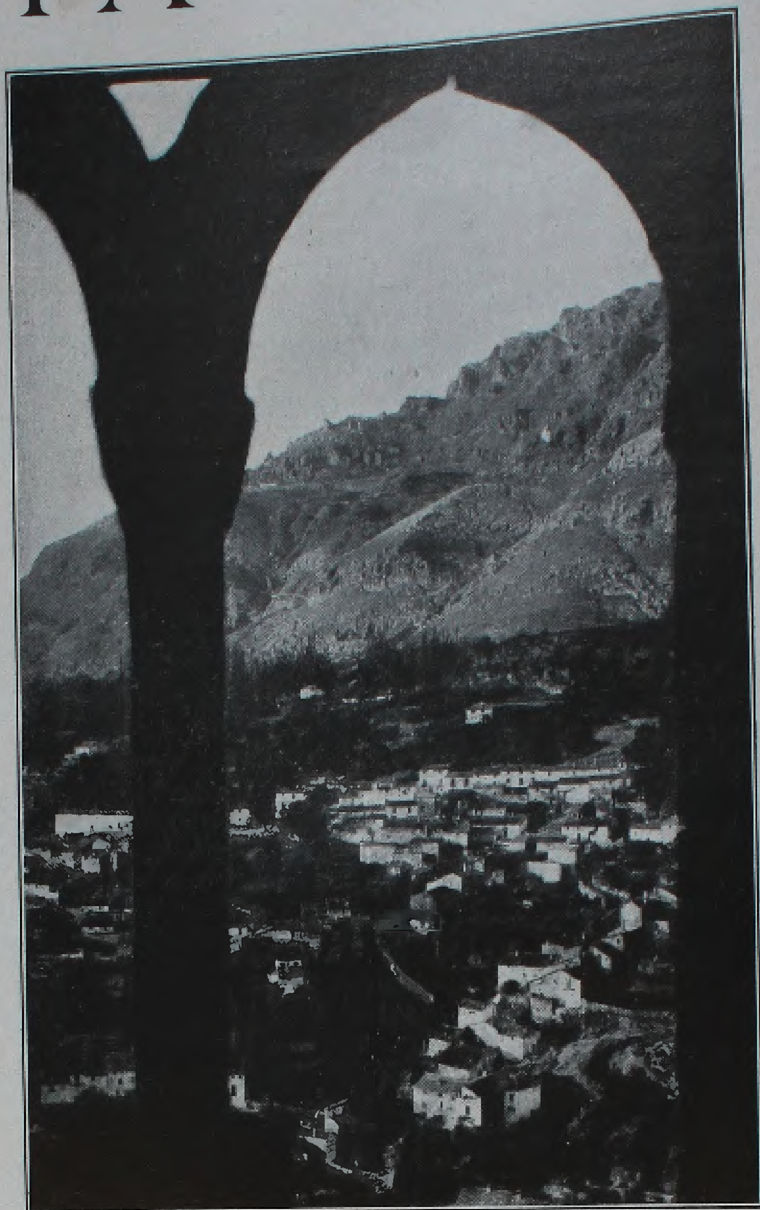
PREMIO: La Compañía Ibero-Americana de Publicaciones concede un premio de 10.000 pesetas, que se adjudicará a uno de los libros publicados por la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones durante cada año. El primer año será el de 1929, comprendiéndose en él todos los libros que lleven nuestro pie editorial con esa fecha.

Para esta adjudicación, se celebrará un banquete el día 1 de diciembre, concurriendo a él todos los autores de obras publicadas durante el año, que por el simple hecho de esta invitación tienen derecho a votar, verificándose la votación secreta y el escrutinio al final de esta comida, según instrucciones detalladas que se darán a conocer oportunamente.

HACIA SEVILLA

LAS FUENTES DEL PADRE GUADALQUIVIR

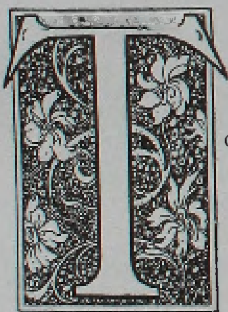
✶



RÍO QUE FLUYE DE LA MONTAÑA DE LA PLATA

✶

Una vista de Cazorla, desde el torreón de la vieja fortaleza de los arzobispos toledanos.
(Foto Luis Cano.)



TODAS las miradas del mundo hispanoamericano buscan la ruta de Sevilla. Y si por todas partes se va a Roma, como dicen que dice un antiguo refrán, nada más oportuno que descubrir otros caminos que conduzcan a la gran urbe hispalense a los enamorados de las gratas emociones nuevas.

Uno de los más sugestivos itinerarios que pueden seguir los poseedores de un vehículo bueno es el que, tomando como punto de partida la villa y corte, les pueda llevar, en cómodo y atrayente peregrinaje, a través de las diversas rutas que marcan los bellos momentos de una historia y un arte apenas conocidos, más que de algunos espíritus atormentados por exquisitas inquietudes.

Hay que lanzarse, nimbados por la nube de polvo del automóvil, a lo largo de las carreteras de la Mancha castellana, deseosos de recorrer paso a paso, ávidos los ojos y el alma cargada de sugerencias nobles, aquella ruta seguida por el caballeroso hidalgo cervantesco, anotada con tanta discreción y finura por el buen *Azorín* de antes del superrealismo.

Más tarde, agotado el itinerario de la Mancha, pasado Despeñaperros, ya en la luminosa campiña de Jaén, tan grata a la inspiración de Antonio Machado, podemos alcanzar un rumbo casi desconocido y encantador. Hay que ascender a las fuentes del Guadalquivir para iniciar el viaje hacia Sevilla por este camino de flúida plata que va marcando el río, inquieto y saltarín a veces, solemne y majestuoso en ocasiones propicias.

Mas allá de la Loma de Úbeda, se nos ofrecerá el anfiteatro amplísimo de la Sierra de Cazorla; en sus entrañas está la cuna del Guadalquivir.

Nuestra curiosidad de viajero emocionado ha de buscar con interés una base cierta—Cazorla, Tiscar—para abandonar el automóvil

HACIA SEVILLA



Peal de Becerro, uno de los laboriosos pueblos agrícolas del alto Guadalquivir.
(Foto Lorente.)



y arriesgarse por los senderillos abiertos en el regazo de las cumbres bravías, deseosos de contemplar el río en su infancia borboteante.

Vamos subiendo por la cañada de Tiscar, hacia el Puerto del Travino. Cumbres enhiestas, como espaldas de gigantes, a uno y a otro lado. Allí la monda calavera del cerro Rayal, de más de 2.000 metros de altura; en este otro lado, la histórica Peña Negra, y en diferentes lugares de estas cercanías, no asequibles a nuestros ojos ahora, todo un delicioso laberinto geográfico de recios nombres. La Abujea, entre grises peñascales; Puerto Lorente, por el camino de los Picones, y muy lejos, el cerro de las Cabañas, desde cuyas crestas se divisan panoramas dilatadísimos, envueltos en la bruma neblinosa de todas las lejanías.

Hemos llegado a la Cañada de las Fuentes. El río tiembla en ondas cristalinas que brotan de tres manantiales distintos, presurosos por fundirse para discurrir juntos, entonando la humilde canción de su primera jornada. Otros hililles bisbiseantes entre las hierbas y matojos se le van uniendo. El río crece; nadie puede ya detener el ímpetu de su brava juventud. Arquero enamorado de la sierra, tiende en torno de las altas cimas su brazo sinuoso de diamante, vestido con las regias irisaciones de tantas luces como se asoman a contemplar, en el espejo de su corriente, las galas que la naturaleza sembró en estos parajes...

* * *

Desde Iznatoraf a Tiscar, «la cuenca más elevada del Guadalquivir, cerrada de una parte por la gran vuelta de su curso alto y montañoso y de la otra por su primer gran afluente de la orilla izquierda, el Guadiana Menor,

Quesada, calle «del Cinto», al pie de las vetustas murallas que rodeaban el recinto de la fortaleza medieval que la guarnecía en los heroicos tiempos de las luchas entre moros y cristianos.
(Foto Carriazo.)


Los molinos del río de la Vega en Cazorla.


Un aspecto de las bravas cumbres del alto Guadalquivir. (Fotos Cano.)

constituye una clara unidad geográfica, que a su tiempo logró expresión histórica en el viejo Adelantamiento de Cazorla». Sea ésta la primera etapa de nuestro itinerario.

El viajero curioso puede saber que ya los milenarios textos de Estesícoro (seiscientos años antes de Jesucristo), conservados por Estrabon, mencionan «las fuentes inmensas del Tarteso (Guadalquivir), de raíces argénteas, en un escondrijo de la peña».

Monte Argentario llamaron los antiguos a esta serranía, en razón a sus minas de plata, y Saltus Tugiensis fué la denominación que los romanos le dieron, de Tugia, la más importante ciudad de la región (cerca de Peal de Becerro), cuyos secretos ancestrales van siendo violados ahora, gracias a los estudios de modernos investigadores, entre los que es de justicia destacar el nombre del joven catedrático de la Universidad de Sevilla, en esta tierra nacido, Juan de Mata Carriazo, a quien debemos tanta copia de noticias útiles.

* * *

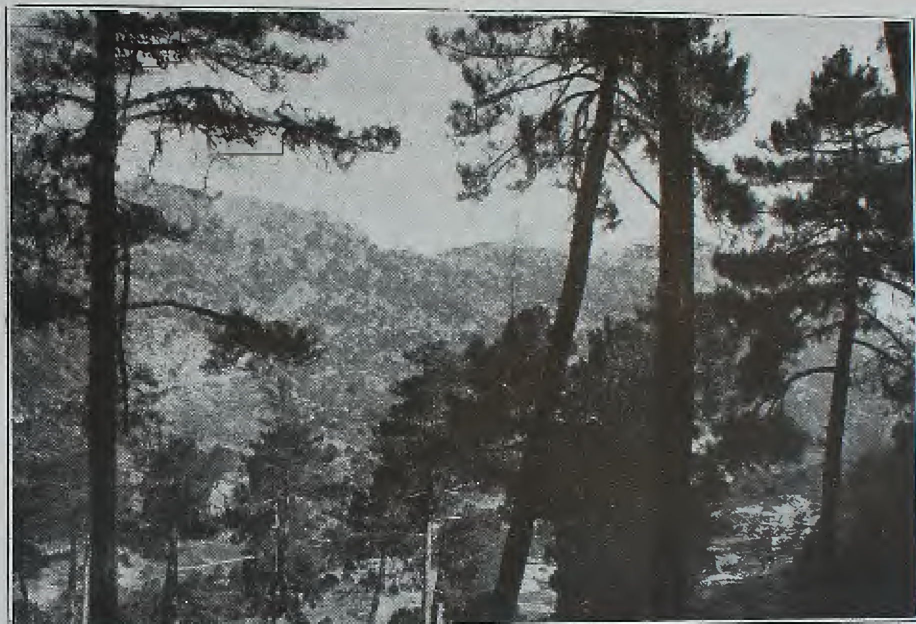
Como valiosas perlas que fulgen sobre la frente del padre Guadalquivir, las tierras altas de sus márgenes nos exhiben el valor de tantas nobles realidades acumuladas en ellas. La sierra y la campiña son dos estrofas de una égloga dulce, complementadas armónicamente.


Este Jardín, o plaza de Serrano Bedoya, en Quesada, es una clara estampa de provincia, cuyo encanto merece toda nuestra devoción.
(Foto Carriazo.)



HACIA SEVILLA

gustar muy bellas emociones. Y en Cazorla o en Quesada, cabezas del antiguo Adelantamiento de los arzobispos toledanos, y en Tiscar, férvido poema de guerra y de piedad, o en esos pueblecillos leales de la Iruela, Santo Tomé, Chilluevar o Peal de Becerro—paganía deslumbradora de la naturaleza en íntimo connubio con el hombre que la trabaja y la hace fructificar pródigamente—, podrán hallarse curiosas pincela-



Pujanza de las cumbres bordadas de pinos. Versos de hierro en las rocas fulvas. En los barbechos próvidos y los olivares munificientes, colgados de honradez campesina y de señorío receloso, cantan las alondras del trabajo y los buhos de la holganza sus afanes de todos los días. Sobre ellos, el sol andaluz teje, artífice único, el manto de su sonrisa triunfal, que es el mayor tesoro de la campiña y de la sierra...

* * *

Hacia Sevilla, siguiendo el camino de flúida plata que deslíen las aguas del río, un espíritu despierto puede



das de la vida de ayer, que ya es historia, y de la riqueza de hoy, que es bienestar de muchos.

HERMÓCRATES DE TUGIA



Tres pintorescos aspectos de la Sierra de Cazorla, madre fecunda del Guadalquivir. La ciudad, coronada de férreos castillos, a los que sirven de regazo las amplitudes, bordadas de pinos, de la serranía.
(Fotos Luis Cano.)

DE SEVILLA LÍRICA

POR
JOSÉ MARÍA MONFORT

SONATA AL BARRIO AMIGO



Hoy que nuestro amor se sintió herido de nostalgia, lo refugiamos en el recinto apacible del barrio de Santa Cruz. Su ambiente de quietud amable nos será propicio. Será un amigo viejo que departirá con nosotros, y en el laberinto de sus relatos, amenos por sabios—leyendas de amor y de tragedia, de intriga y codicias—se irá perdiendo nuestra melancolía.

Y—tu brazo en mi brazo—cruzamos el patio de banderas del Alcázar. La vibración fuerte, inesperada, de una campana de la catedral, te hace estremecerte enteramente.

—La catedral se me ha caído encima—ríes, comentando tu sobresalto.

—Es que pasa nuesto amor—fantaseo yo—, y ante el rey de la vida, la Giralda—alabarda gentil—ha golpeado el espacio con una campanada.

Ríes nuevamente, agasajada por la imagen. Y así, toda la tarde se nos va a ir por dos sendas dispares. Juntos marchamos, y nuestras almas se separan. La tuya halla la sensación en los encantos materiales—las bellas perspectivas, los rincones de misterio...—y traduce su emoción en frases ingenuas plenas de un realismo dulce. La mía, en alas de mi empecatado romanticismo, parte de la impresión momentánea, rumbo a las fantasías y al divagar. Entramos.

* * *

¡Un arco en recodo! Mientras tus miradas se arrodillan ante una imagen alumbrada por un farolillo mohoso, las mías se enredan en el torbellino borroso de una emboscada clásica, en aventura de amoríos y estocadas.

Tú evocas un rezo y yo imagino un empeño.

¡La calle del Agua! Tus ojos son pájaros saltarines sobre los balcones diminutos largamente vestidos con colgaduras de esmeraldas, y en uno de ellos, por el escaso hueco que deja el ramaje, asoma el sonreír moreno de una cabeza de mujer, moza y bella. Mis ojos se encuentran prisioneros en la resonancia tortuosa de la calleja; sólo ven libertad hacia lo alto, y por las almenillas del Alcázar se levantan fugitivos, como venablos hacia el azul, hacia el azul infinito.

Tú: —¡Oh! ¡Cada balcón es una sola maceta! ¡En aquélla abrió un clavel!

Yo: —Como las sendas de la virtud, es estrecha esta calle; y como las sendas de la virtud, sólo encauza las miradas hacia Dios.

Seguimos. La red de callejuelas angostas nos impone su silencio de claustro. Inconscientemente se hace queda nuestra voz y atenuamos nuestro pisar, cuyo resonar acompasado se nos antoja profanación.



* * *

¡La plaza de Doña Elvira! Tus ojos se han hecho niños para jugar con otros dos—caprichos de oro y rosa—que corretean por ella, horros de los peligros de un imposible tránsito rodado. El ambiente hogareño y familiar de la plaza te detiene, te cohibe. Acaricias a uno de los infantes que ha llegado a ti, y unos veladores ojos maternales, recatados y laboriosos en el marco de un balcón con cierre de cristales, te agradecen el cariño con una mirada cordial. Mis ojos siguen perdidos en aquellas calles estrechas y sombrías que sólo aman al sol cuando gana su máxima altura; pero cuando el beso cenital las pinta de su alegría radiante, se entregan conmovidas, fascinadas de luz, enajenadas de orgullo, transfiguradas de felicidad.

Dices: —Más que en una plaza pública, parece que hemos entrado en el patio de una sola casa adonde viniéramos de visita. No me atrevo a pasar. —Y ríes.

Y digo yo: —Todo lo pequeño, lo oscuro, ama la grandeza y el brillo con febril intensidad. Es la estrella remotísima que en sueños alcanzamos con la mano. El rayo solar en esas calles es como puñado de oro en bolsa de pobre, vara de mando en manos serviles, manto de púrpura en hombros plebeyos, laurel de gloria en testas mediocres...

Y nos encaminamos al asilo de sacerdotes ancianos.

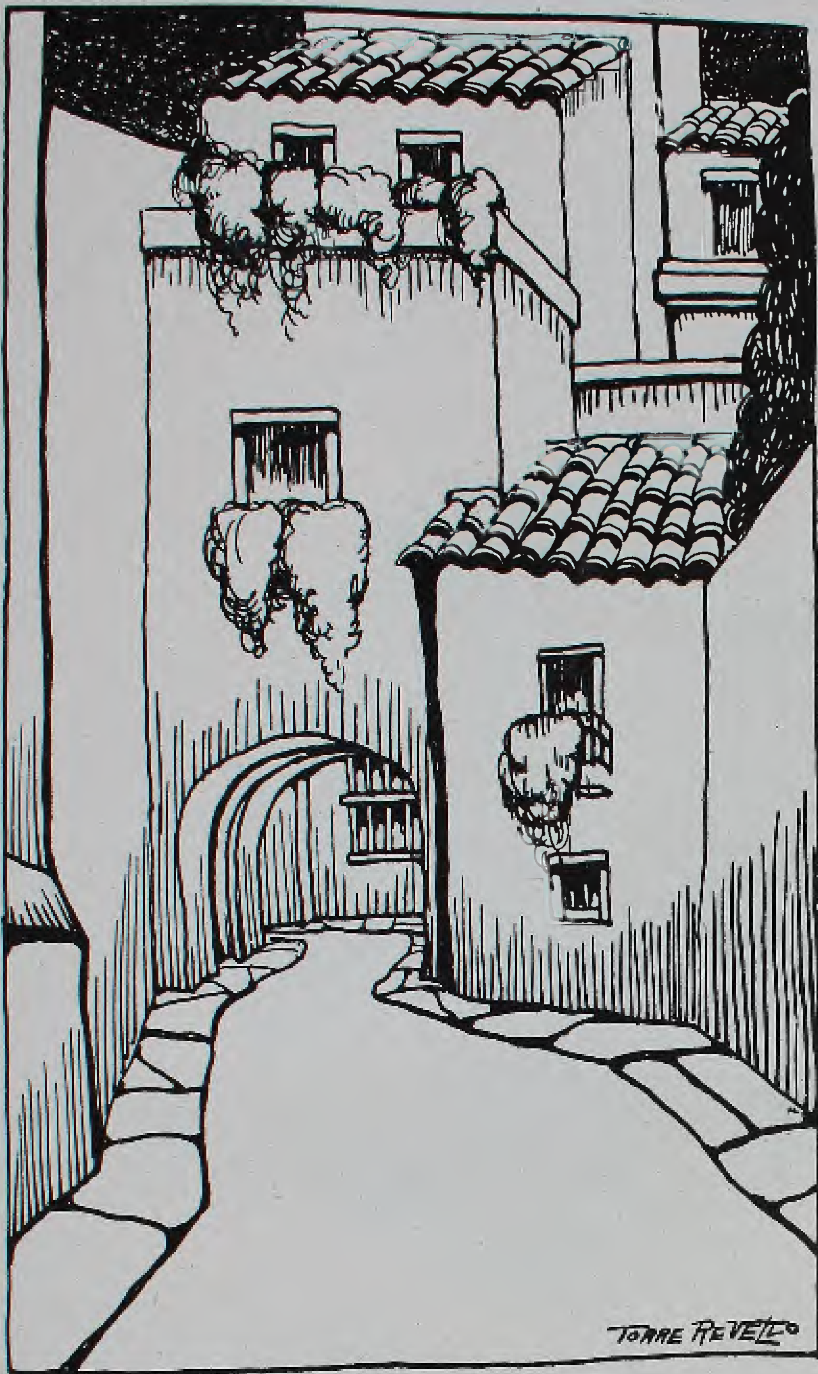
* * *

¡El Patio de los Venerables! Tus ojos son abejas sobre las flores que circundan la fuente central; vuelan de una en otra, ávidos de su miel, y posan en cada una, en dilatada libación.

La paz es tanta que se respira, que toma forma. Mis ojos la ven y la siguen—ascendiendo por una escala de aromas—hasta el último rincón de ese recinto meláncolico—antes sala del eterno reposo—donde unas almas purificadas en el fuego de su fe y en la nieve de sus años tendrán un tránsito paulatino, suave, insensible, feliz.

Tú: —En el silencio, las flores tienen más color. Son vanidosas y aquí se saben reinas.

DE SEVILLA LÍRICA



Yo: —La muerte es bella; la muerte es amable para el alma en paz.

* * *

¡Nuevamente vagamos al azar por la trama laberíntica del barrio amigo! Tus ojos son peregrinos en todos los zaguanes, buscando una dádiva para el camino y—allí un artístico cancelín plateado, allá el arranque de una escalerita de *juguete*, en ésa la taza de azulejos policromos de una fuente microscópica, en aquélla el hálito de frescura de un patinillo inverosímil orlado con macetas de pilistras y helechos—en todos son socorridos con una sensación de arte, de elegancia, de belleza o de descanso.

Mi espíritu se diluye en la melodía, alegre y nostálgica a un tiempo, que un piano derrama en el aire. Es la lluvia de armonías de la *Suite española*—aguas que al inspirado Albéniz bautizaron andaluz—y florece el reír triunfante y soleado de *SEVILLA*. Flota en el aire la imagen nebulosa de una Sevilla—mujer, ligera, jovial, danzarina entre revuelos de gracia y destellos de sol.

—¡Qué lindo!, ¡qué lindo!, ¡qué lindo!—vas repitiendo tú en canción de gracias—. ¡Este barrio es una casa de muñecas!

—Este barrio es un santuario—exclamo yo—, adonde el espíritu de la Sevilla vieja, legendaria, se ha retirado huraño, triste, ofendido por la fiebre progresiva de la ciudad.

* * *

Este espíritu viejo es el invisible amigo que nos acompaña toda la tarde. A este punto, nos empuja suavemente hacia la plazoleta de Santa Cruz, y, mientras tus ojos son llamas de cirio para la artística cruz de hierro de Sebastián Conde, cuyos brazos, tres siglos abiertos, simbolizan el eterno amor, me lleva con él, y asomándome a su ajimez florido de los jardines de Murillo, me contesta:

—Nunca huraño, nunca triste, nunca afligido por el frenesí de progreso de la Sevilla que va hacia el mundo. Yo tengo siempre una sonrisa de aplauso para la elocuencia de sus piquetas, y una sonrisa de aliento para el sol joven de su despertar brioso, y una sonrisa de complacencia para la armonía formidable y vital de ese zumbir de colmena de sus muchedumbres afanosas y ese fragor impaciente de sus motores. Yo sólo deseo respeto para mi retiro de paz, donde sea eterno mi alentar, y con él la memoria de los días que fueron verdaderamente suyos.

El viejo amigo nos despide. En el laberinto de sus relatos se perdió nuestra melancolía. Ya nuestros ojos son palomas veloces sobre la gloria de los jardines, ávidas de espacio libre, viajeras al más allá.

José María MONFORT

Dibujos de Torre Revello.



LA VIDA FRÍVOLA



A los 15 años, en 1905, cuando su nombre adquirió el pavoroso prestigio de un proceso por bailar la machicha en Price.



En 1928, más hermosa y más joven que hace 23 años, aureolada por su leyenda de Venus peligrosa y actriz meritísima.

LO QUE VA DE AYER A HOY



En 1912, a los 1[illegible] años, cuando actuaba en Romea.



En 1927, a los 28 años, meses antes de convertirse en la señora de Chicuelo.

INDUDABLEMENTE, con las mujeres de teatro sucede exactamente igual que con los vinos: necesitan del tiempo para ganar en calidad.

La verdadera belleza de una artista no puede garantizarse hasta que no ha cumplido los treinta años. Ser bonita a los quince es relativamente fácil. Se confunde la juventud con la hermosura y así pueden pasar por bellas criaturas que en realidad sólo tienen el atractivo de los pocos años.

Ahora bien: a los treinta años, las mujeres se definen y o se manifiestan horrorosas del todo o adquieren definitivamente categoría de guapas. La que desembarca hermosa en el puerto de los seis lustros, ya puede estar segura de que disfrutará del privilegio para el resto de su vida.

Al cronista no le deslumbran las tobilleras; declara públicamente su devoción por las Evas sazonadas, cuando han rebasado la treintena y se ofrecen en el esplendor de su belleza refinada por el tiempo, estilizadas en su línea y sobre todo inteligentes y comprensivas.

Rompo una lanza por las mujeres maduras y las proclamo superiores a esos *guayabos* del día, que han sido puestas de moda por novelistas ambiguos, que prefieren a las chiquillas con el pelo a la *garçonne*, desprovistas de curvas.

Hay que restablecer el prestigio de las actrices de treinta años, para que las mujeres que no viven entre bastidores, pero que las imitan, recobren como ellas y esgriman el cetro de la actualidad.

El tiempo, al cual temen tan absurdamente las comediantas, debía ser conceptuado por ellas como su mejor amigo, su auxiliar más poderoso.

¿Qué es una chiquilla a los quince años enamorada del arte escénico? Señorita del conjunto en Apolo ganando diez pesetas, o meritoria en la compañía de Tirso Escudero.

Esa misma muchacha, a los treinta años, seguramente la veremos de tiple cómica con los Velasco o de dama joven en Lara. Pero será preciso que el tiempo la refine, la madure, la tornee, y aderece, no ya su hermosura, sino también su espíritu.

El talento y la belleza a los veinte años son perfectamente inútiles cuando no contraproducentes. ¿Hay algo más peligroso que un hombre de veinte años? Solamente la mujer de esa edad, que no sabe ni arreglarse, ni valorar su mérito, ni explotarlo. Todas las grandes estupideces las cometen las hijas de Eva a los veinte años. A los treinta ya son más cautas y saben elegir con más acierto sus toaletas y buscar la media luz amorosa; se conducen discretas, tolerantes y envuelven al hombre en la caricia de su comprensión y su ternura.

La mujer de teatro, a los treinta años, es cuando empieza a resultar codiciable para un hombre de posición y de talento.

Penetrad en cualquier «cabaret», pongamos por lugar donde alterna la buena sociedad, y observad ladinamente las mesas.



A los 15 abriles, cuando cantaba en el Salón de Actualidades.



A los 40 corridos, en Nueva York, donde triunfa actualmente.



En 1928, a los 34 años, reina de los brillantes, propietaria y castigadora fatal.



En 1909, a los 15 años, a raíz de su debut en Petit-Palais.



Reina de la belleza en la Mi-Carême de 1906, a los 16 años.

Veréis a las *teloneras* de quince años, con los cabellos revueltos, mal pintadas, vestidas con trajes de hórridos colorines, conversando a gritos con estudiantillos alocados de estos que sólo llevan las tres pesetas de la consumición y unas perras para el guardarropa. Estas lindas muchachas no hacen gasto alguno, porque los chicos sólo aportan al «cabaret» el tesoro de su juventud, y en cambio, las rinden a fuerza de bailar charlestones.

Fijaos, en cambio, en la Preciosilla, Julita Oliver o cualquier otra cotorrona. Las advertiréis sabiamente peinadas, con un «maquillage» perfecto, vestidas con señoril elegancia y hablando quedamente de la guerra con algún admirador adinerado que las invita a una cena con champaña. No tendría nada de particular que, al día siguiente, aquel respetable caballero las obsequiase con alguna joya, con la cual, ni Julita ni Manuela habrían perdido totalmente la noche.

¿No es esto suficientemente expresivo para hacer comprender a las mujeres de teatro la importancia de *no tener quince años?*

Si examináramos una colección de retratos, antiguos y modernos, de algunas de las artistas más famosas actualmente por su belleza y estableciéramos una comparación entre los encantos de la adolescencia y los de la madurez, comprobaríamos que las interesadas han ganado con los años.

¿Cuándo era más joven y más bonita La Goya: en 1911, cuando era cortejada por el caduco torero Bombita, o en 1928, casada con Tomás Borrás?

¿Acaso no vale más Dora la Cordobesita en el momento de contraer matrimonio con Chicuelo que cuando tenía quince abriles?



Estrella de cuplé en 1926, a los 36 años.

¿Pues y la Preciosilla? ¿Y Amalia Molina, que triunfa en Nueva York a los cuarenta años como la bailarina más bella de España?

En cuanto a Antonia de Cachavera, basta con examinar sus retratos para preferirla hoy a como era ayer.

* * *

Adorables comediantas de treinta años cumplidos; no encontraréis un paladín más esforzado para velar por vuestros fueros de mujeres y de artistas como vuestro incondicional

CARLOS FORTUNY

(Fotografías de Calvache, Walken, Esplugas, Company, Veronés y Ray.)



A los 21 años, en julio de 1911, recién debutada como tonadillera en el Trianón Palace.



En 1925, a los 35 años, después de unas brillantes actuaciones en Maravillas.

CAMELOGRAMA EN NUEVE FASES

Por RUIZ PERAZA



Éstos eran: Don Trifón (maestro de xilofón...).

Y Pamplinas, camelista, pollo fruta y muy cobista.

Siempre que ambos se veían, gran discusión promovían.



Muestra Pamplinas un gran brillantón mientras transcurre la tal discusión

Apercibido Trifón de la joya de su amigo, le contempla e interroga en un tono admirativo.

Pamplinas, orgulloso y enfatuado, manifiesta: ¡Tres mil duros me ha costado!



Escúchalo Trifón atentamente y números escribe febrilmente.

Míralo Pamplinas sin prestarle atención, y pregunta: —¿Qué hace, querido Trifón?

—Estudiando estaba el caso del incalculable valor del vaso.

Concurso de cuentos humorísticos

UNA BRAVÍA

Número 59. Lema: «Mario Sila».

Ya desde muy niña se manifestó su carácter díscolo y turbulento. Recordaba su padre que, hasta en el preciso momento de su nacimiento, no lloraba, sino que lanzaba una especie de rugido mal definido entonces, claro es, y que por poco no le salta un ojo al médico con una de sus manitas apretadas. Cuando su madre decía que mamaba como una fiera no exageraba lo más mínimo. Crióse fuerte y robusta, para desdicha de sus compañeras de colegio, las cuales sufrían los efectos de su carácter indómito y dictador. De chucherías, no pedía más que esos caramelos de Calatayud que se llaman «adoquines», y en lugar de jugar a los alfileritos le encantaban todos los juegos violentos, propios de los chicos; contendía con éstos y las más de las veces los vencía. La expulsaron de tres colegios, y el padre, no sabiendo qué hacer con ella, le buscó, para su enseñanza, un profesor de gimnasia; pero también éste hubo de despedirse, pues un día que le impuso un castigo le arrojó a la cabeza un tintero en pleno servicio. La niña era una cebra. Creció con los años, y su desarrollo intelectual, lejos de servirle para moderar sus ímpetus, se los perfeccionó, le dió un refinamiento de crueldad y bravura que resultaba la joven sencillamente insoportable. Nadie de la familia ni de sus amistades pensaba que se casaría nunca. ¡Cualquiera carga con esta leona!, exclamaban. Pero he aquí que para todo hay hombres. No, no se piense que esto es un relato de la obra de Shakespeare: *Taming the Shrew*, o, para mayor claridad, en castellano: *La fierecilla domada*. A ésta no la domó nadie. El motivo que llevó a este santo varón a cargar con ella fué la falta de medios de vida. La muchacha era rica, y el dinero sedujo a aquel infeliz. Descontado queda que no había oposición por parte de los padres, como no fuese a que se volviese atrás el pretendiente. Hízose el casamiento.

Y era curioso ver cómo ella se mostraba amable con el novio; pero eso no sucedía porque hubiese cambiado de carácter, sino porque quería asegurar la presa, la nueva víctima.

Como es lógico, después de pocos días de matrimonio, el marido se arrepintió de su sacrificio. Los disgustos, los escándalos se sucedían con excesiva frecuencia, y el pobre hombre, que lo que más ambicionaba era comer en paz, ni esto lograba, porque su costilla, y aquí sí que está bien aplicado este nombre, porque era, en efecto, un «hueso», guardaba todas las «escenas» violentas para la hora de comer y de cenar, y siempre acababa por tirar de un pico del mantel, con lo cual se terminaba el alimento.

Viendo el bueno de León Guerra, que así se llamaba nuestro hombre, para mayor burla del destino, que con mansedumbre, que era su natural, no adelantaba nada, intentó recurrir a la violencia, lo cual le costó gran trabajo. Un día, para provocar el conflicto, en lugar de volver a casa a las ocho en punto de la noche, como le tenía ordenado su cara y dura mitad, vino a las nueve y media. Salió ella a abrirle la puerta, entre otras razones porque, en esa ocasión, como en otras muchas, no tenía criada, lo cual que no chocará a nadie. Díjole, iracunda y flamenca: «—¿Por qué no has venido a la hora de siempre?» Él, en un esfuerzo supremo, respondió: «—Porque no me ha dado la gana, ¿qué hay?»

Dulce, cual era el nombre de la dama, quedóse un momento perpleja ante tamaña osadía; pero adivinando en seguida cuál era el motivo de la bravata de su marido, le replicó: —«¡Hay narices!» ¡Y dándole un puntapié en pleno vientre hízole rodar diez escalones justos y fué a dar con la cabeza en la pared de mármol. En seguida, Dulce cerró la puerta; pero poco después tuvo que abrir otra vez para que el portero entrara a puñados al pobre León, que tenía una brecha enorme en la cabeza, por la que sangraba. Ante el miedo de verse en el Juzgado, única cosa que temía, atendió solícita a su marido, al cual preguntaba para despistar: «—Pero, ¿cómo te has caído? ¡Qué desgracia!» Él la miraba nada más. El portero fué enviado a buscar al médico de la familia.

Durante todo el tiempo que duró la herida de León, se mostró Dulce amable y bondadosa, parecía otra mujer, tanto que él daba por bien ocurrido su coscorrón, puesto que le había cambiado a su esposa. Pero no duró mucho más allá de la cicatrización el buen genio. Volvieron las broncas con toda la gama de cacharros rotos, insultos, etc., etc., y él acabó por acostumbrarse, porque a todo se hace uno.

Mas todas las cosas tienen fin en este mundo, y así, ocurrió que el año de la epidemia de la gripe le acometió a Dulce la enfermedad con tal fuerza que duró tres días. Falleció, como le correspondía, rabiando de dolores.

Una bella mañana de julio, León acompañó a Dulce a su última morada.

Durante veinte años fué su compañera, y aunque no se la podía considerar como una compañera modelo, como hemos visto, ¡qué demonio!, son muchos días para no tomarla afecto, a pesar de los pesares. Todo había acabado. León regresó a casa. El silencio del cuarto le causaba espanto; se dejó caer en un sillón y se puso a llorar con la cara entre las manos.

De pronto se oscureció el cielo, fulguró un relámpago y sonó un trueno que hizo trepidar los cristales de los balcones. Entonces León se levantó y, mirando al techo con los ojos bañados en lágrimas, murmuró, maravillado: «¡Ya ha debido llegar al cielo!»

GUILLERMO PERRÍN

PUBLICIDAD PREFERENTE

Número 78. Lema: «Gindroz».

El joven dramaturgo ambicionaba un automóvil. A pesar de figurar ya entre los autores de primera fila, su labor, escasa en cuanto a cantidad, no le proporcionaba lo suficiente para poder, con tranquilidad, desposeerse de un par de miles de duros y adquirir un automóvil de regular prestancia. Todavía habría de estrenar unas cuantas obras más. Claro que era sólo cuestión de tiempo, porque sus obras serían de seguro éxito. Pero había que esperar; ¡ah, qué larga, molesta e intolerable es la espera cuando se desea con pasión y nervios lo que ha de llegar! Un automóvil en que pasear por las tardes a su esposa y al niño y por las noches a sus conquistas. Un automóvil que le alzase metro y medio sobre los demás mortales y les hiciera apartarse temerosos a su paso trepidante. Él, que por su ingenio y talento estaba, espiritualmente, muy por encima de sus semejantes, deseaba también aquella pequeña diferencia material, ese alejamiento que, para el que no tiene automóvil, adquiere todo el que posee uno. Y el joven dramaturgo no podía esperar ya más. Necesitaba el automóvil como algo de lo que ya nunca podría pasarse.

Y cuando estaba finalizando el segundo acto de su nueva comedia, que esperaban con ansiedad para su inmediato estreno en el teatro Imperial, se le ocurrió una idea: la idea. No se dió una palmada en la frente ni dijo *Eureka;* ya hemos dicho que tenía talento. Pero dejó de escribir y se quedó mirando fijamente, fijamente, al espacio; luego, exclamó:

—¡Podría ser!... ¡Ya lo creo!... ¡Puede ser!...

Ya estaba la solución. Tendría un automóvil. Uno espléndido. Y gratis, además. Un «Barkel», que era la marca que él había ambicionado siempre. La cosa era bien sencilla. Al final del segundo acto de su nueva comedia, cuando el buen padrino anciano, diplomático retirado, quiere consolar a su linda ahijadita de un mal amor, la ofrece un regalo. Pues bien, el autor haría hablar así al padrino:

—Y para que te distraigas y olvides y para que veas lo que te quiero, te voy a regalar un automóvil. Pero no uno cualquiera, no. ¡Nada menos que un «Barkel»!

El autor tiró la pluma, cogió el sombrero y corrió a las oficinas centrales de la Representación de la Casa «Barkel» en Madrid.

* * *

Noche del estreno. Al joven autor, más que los críticos, le preocupa en estos momentos angustiosos la presencia del gerente de la Barkel Ltd., en el palco reservado al efecto.

Pasa el primer acto. Aplausos nutridos; se levanta el telón varias veces. El joven dramaturgo saluda emocionado al público y dirige una sonrisa de complicidad al palco donde se estiran el gerente y consejeros de la Barkel.

Segundo acto. Pasa gloriosamente. Llega el momento solemne. El autor no piensa ni en el trimestre; todos sus pensamientos son para el «Barkel» que va a ganar dentro de unos momentos. Ya habla el personaje que hace de padrino.

—... te voy a regalar un automóvil. Pero no uno cualquiera, no. ¡Nada menos que un «Barkel!

El autor llora de felicidad. Pero, en este momento, se oye la vocecita de la primera actriz, ingenua y deliciosa. Dice:

—Pero, padrinito, ¡qué atrasado estás! ¡Un «Barkel»! Pero si esos cacharros no los quiere ya nadie. Son una birria. Yo lo que deseo es un «Wilton». Son los mejores y más elegantes.

El joven autor cae desmayado.

* * *

La comedia triunfó ruidosamente. El joven autor tiene que esperar unos meses para comprar su automóvil. Pero la deliciosa ingenua, la dulce primera actriz, le presta de vez en cuando uno de los dos magníficos «Wilton» que, no se sabe cómo, ha adquirido hace poco.

GABRIEL GREINER

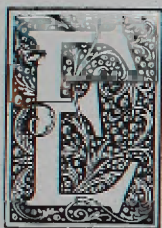
En el número de abril insertaremos los trabajos *Una emoción violenta* y *Demasiada perfección.*

En nuesto número de febrero dimos cuenta del fallo que el Consejo de Redacción de COSMÓPOLIS emitió en este concurso, convocado en el mes de noviembre de 1928, y a continuación publicamos los dos primeros de los seis originales aceptados, entre los cuales—de acuerdo con lo dispuesto en la base 7.ª—adjudicarán nuestros lectores, por votación, el premio único de QUINIENTAS PESETAS.

JACINTO HIGUERAS
EL ESCULTOR DESCONCERTANTE



· HEROES Y SANTOS ·



Es abril, y el turismo de todos los países llega hasta las ciudades tradicionales, donde el misterio excelso de la Pasión pone en las calles embalsamadas de primavera el prestigio de su dolor, y despierta a la anual admiración el rico tesoro de nuestra imaginería española en un desfile insuperable.

Ya fina la procesión del Viernes Santo en la ciudad de Jaén, cuando una ráfaga de emoción o de remordimiento ancestral se enseñorea de todas las almas; de las devotas y las indiferentes: el nuevo «Cristo de la Buena Muerte», sublime de expresión, resbala por la calleja lentamente...

Y esa talla policromada, de tamaño mayor al natural, resume en sí todo el brillante historial de nuestra escultura religiosa, en manos, hasta ahora, de santeros desaprensivos o incapaces.

Jacinto Higueras, catedrático de la Escuela madrileña de Cerámica, es el autor del ya famoso Cristo de la catedral de Jaén.

Escultor de exquisita sensibilidad e inspiración inagotable, ha sabido lograr, sin efectismos ni popularidades rebuscadas, un renombre mundial. Él creó, entre tantas de sus obras merecidamente laureadas, el San Juan de Dios del Hospital de Jaén, cuyo mejor elogio es la medalla de oro obtenida en la Exposición Nacional de 1920; y en la hora actual, desde la República colombina llégale el encargo de la estatua para el monumento que por suscripción nacional va a erigirse en Bogotá a la memoria del Padre Almansa, franciscano muerto en olor de santidad, que queda para la posteridad plasmado en una sonrisa buena y dulce, recuerdo perenne de lo que fué: un hombre generoso y bendito.

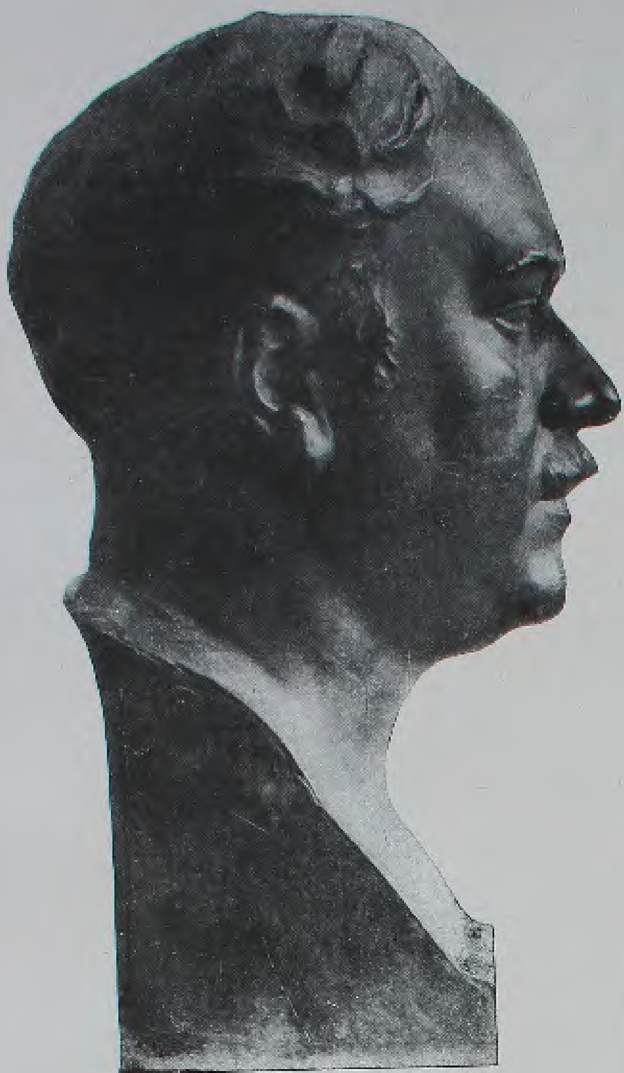
Mas, del artista preferentemente religioso y místico, surge inesperadamente un retratista ya hecho, depuradísimo, cuyas sobresalientes cualidades son facilidad absoluta en la técnica, realidad en la expresión; y en nueva modalidad de su inspiración inagotable, muestra el severo sarcófago de la marquesa de la Atalaya Bermeja, representada su juventud en la figura orante de tamaño natural y mármol de Italia, que posa sobre su urna funeraria, socavada en granito de Segovia pulimentado, e ilustrada de aplicaciones nobiliarias en bronce y un zócalo de leyenda.

Notables lápidas conmemorativas, esculturas de variados procedimientos, recordatorio alguno de ellos de la estatuaria clásica, brindan persistentes su arte de múltiples matices, que, sin embargo, colma de sorpresa y admiración al brusco trasunto de la preocupación religiosa latente, en ese desnudo de mármol blanco que denomina *Bética*, y cuya inquietante realización nos deja el sabor de la más exquisita gracia pagana.

LUIS FRANCO DE ESPÉS
Barón de Mora



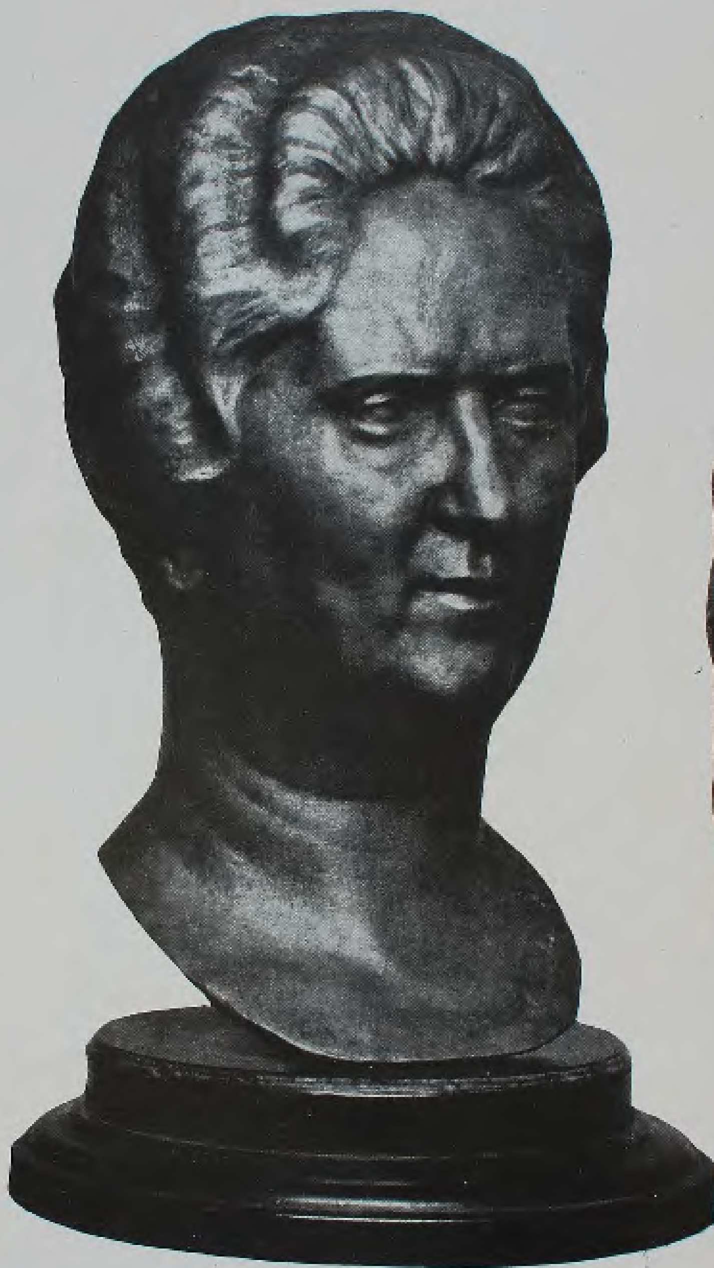
«San Juan de Dios», talla en madera, que obtuvo Medalla de Oro en la Exposición Nacional de Bellas Artes del año 1920.



Alberto Insúa (bronce)



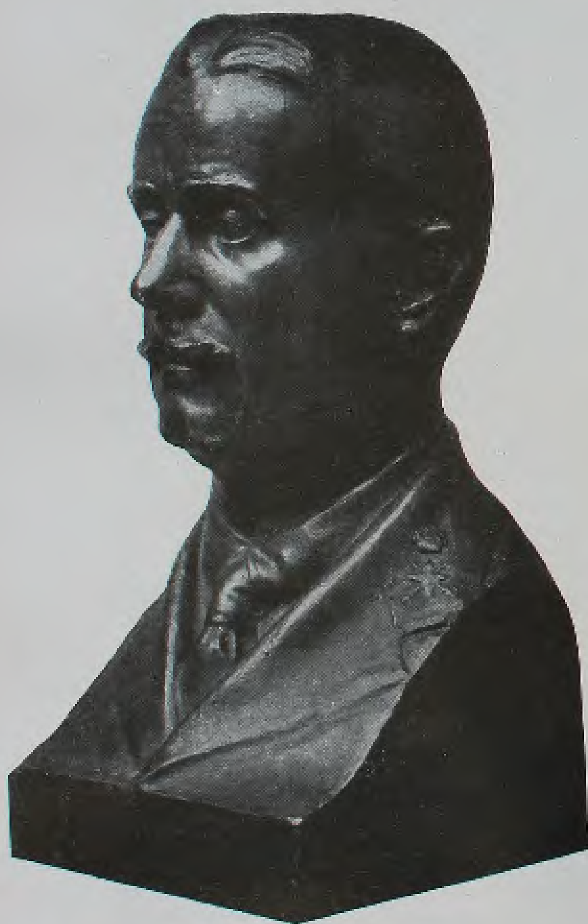
«Bética», desnudo (mármol blanco)



Dama de la nobleza sevillana



El Padre Almansa (boceto de estatua)



El general Saro.

Algunas de las más características obras de Jacinto Higueras, el escultor andaluz, que sabe plasmar tan bellas realidades artísticas como las que ofrecemos en esta plana.



Las tallas religiosas de un artista andaluz

El Cristo de la Buena Muerte

Escultura de Jacinto HIGUERAS

El artista, prendido de un ensueño,
trabaja en su taller; mano certera,
la gubia va mordiendo la madera
y obedece a su impulso el duro leño.

Impregnado de santa dulcedumbre,
Cristo está allí muriendo buenamente.
Grandioso en su dolor, baja la frente,
perdonando a la ingrata muchedumbre.

Tiene esta imagen toda la belleza,
el hondo sentimiento y la pureza
de aquellos Cristos de andaluza traza
que esculpiera otro artista de Jaén;
exaltación gloriosa de la raza,
que en este Cristo triunfará también.

RAFAEL LÁINEZ ALCALA

La gloriosa tradición artística de la España racial, cuyo arte se engalana con los nombres de los imagineros castellanos y andaluces de un ayer espéndido, ha brotado magnífica y triunfadora bajo el prestigio de la gubia viril e inspirada de Jacinto Higueras. El Cristo de la Buena Muerte, guardado entre las penumbras evocadoras de la Catedral de Jaén, viene a proclamar las excelencias de su autor, como adalid esforzado de la cruzada que por el buen nombre del arte español han iniciado algunos espíritus selectos atormentados de nobles inquietudes.

Foto Urech

ANTE LA PANTALLA

LO GROTESCO Y LO CÓMICO



La deliciosa Colleen Moore, con nuestro compatriota Antonio Moreno, durante una escena de «Synthetic Sin»



Dos matices diversos de un mismo color. Dos pétalos hermanos de igual flor. Dos aspectos diferentes de idéntico panorama. Caricatura, deformidad, exageración, de una parte; trazo fino, ágil, apenas desdibujo, del otro. La carcajada y la sonrisa.

En el *cine* ¡es tan fácil confundir ambas cosas!... Tanto más cuanto que siendo de más sencillo logro la escena o el tipo grotescos, casi siempre se recurre a ello para lograr los efectos regocijantes. Y el público se trastueca, se desconcierta, tomando uno por otro.

Artistas cómicos del *cine* ¡hay tan pocos!... Porque la comicidad de una película requiere cuidado exquisito y vigilante, multitud de detalles en cada escena, cuidar del buen gusto en todo momento. Lo cómico debe ser sutil, elegante, ágil, amable, espontáneo, lógico. Falta una sola de estas cualidades, y falta el aspecto cómico para retornar al grotesco—origen de todos—, o desviarse a sus sucedáneos, ironía, humorismo, parodia y bufonada.

Forzoso es recordar aquí al *as* de lo cómico, prematuramente desaparecido para siempre: Max Linder. Cuando el reinado del celuloide comenzaba y lo grotesco estaba en todo su esplendor, fué el oasis grato en el desierto. Salustiano, Toribio, Tontolín—y sus inevitable imitadores—señoreaban el arte mudo con los más burdos recursos incitadores de la hilaridad: carreras locas a través de calles y casas, batacazos impresionantes, romper de vajillas y derribar de armarios, eran los trucos de más seguro efecto y mejor gusto, pues tampoco faltaban—y hasta hace algunos años los americanos no vacilaron en utilizarlo—las batallas con merengues u otras masas repugnantes que embadurnaban los rostros de los personajes.

Contra esta gran batuda de la plebeyez, se alzó Max Linder con su chaquet de corte irreprochable, las botas de charol y la chistera de ocho reflejos. Un perfecto *gentleman*, al que la vida se complacía en colocar en los más apurados trances; pero que jamás perdía su aire mundano, de gran señor. Las películas del mimo francés fueron un buen valladar para la invasión de los que, tan abundantemente, producían los otros artistas citados; todavía hoy constituyen, en los



Billy Dooley, el popular bufo, en una escena de «Waterburys», con Vera Steadman

ANTE LA PANTALLA

Les supongo, amigos lectores, indignados contra mí. ¿Y Charlot, Harold, *Pamplinas?*, os preguntaréis. No lleváis razón en la protesta. Acostumbrados a involucrar lo grotesco y lo cómico, no os dais cuenta de que ninguno de los tres es actor cómico.

Charlot—ya es cosa olvidada de puro sabida—representa el humorismo en la pantalla. Hay un fondo amargo, agrio, en todas sus producciones, incompatible con la pureza de lo cómico, que necesita, consustancialmente, la ausencia de intención satírica o didáctica. Harold es francamente bufo. Sus *trucos* son el cuerpo de las películas que interpreta; pero, personalmente, su gracia es bien escasa. *Pamplinas* debería prescindir de sus trajes insuficientes, su ridícula indumentaria de *augusto* de circo. Cae en lo bufo, dejando a un lado la comicidad.

Después, en otros planos, muchos artistas de ambos sexos, sí. Colleen Moore es más exagerada de lo que le conviniera, defecto en que abunda Billy Dooley. Ford Sterling—con su aire de pastor evangélico—abusa también de la gesti-

archivos de la cinematografía, un curioso documento que destaca, favorablemente, entre la turbamulta de los restantes *films*. ¡Asombra y entristece pensar en lo que Max pudiera haber hecho en la actual época del *cine!*...

Porque el trono que él ocupó sigue vacante. Tal vez Griffith—el hombre de la chistera—pueda aspirar a él. Pero imita demasiado a quien fué tan personal que apenas si, como su sombra, merece una sombra de su sitial. Entre los actores de hoy día, Reginald Denuy es el que con más méritos se aproxima al arte de Linder. Sobrio, elocuente, expresivo, de rostro simpático, está en buen camino para ser el *as* de lo cómico.



Una «pose» de Lane Chandler.
¡Comprenderán ustedes que es ensañarse ponerle pie a esta fotografía!...

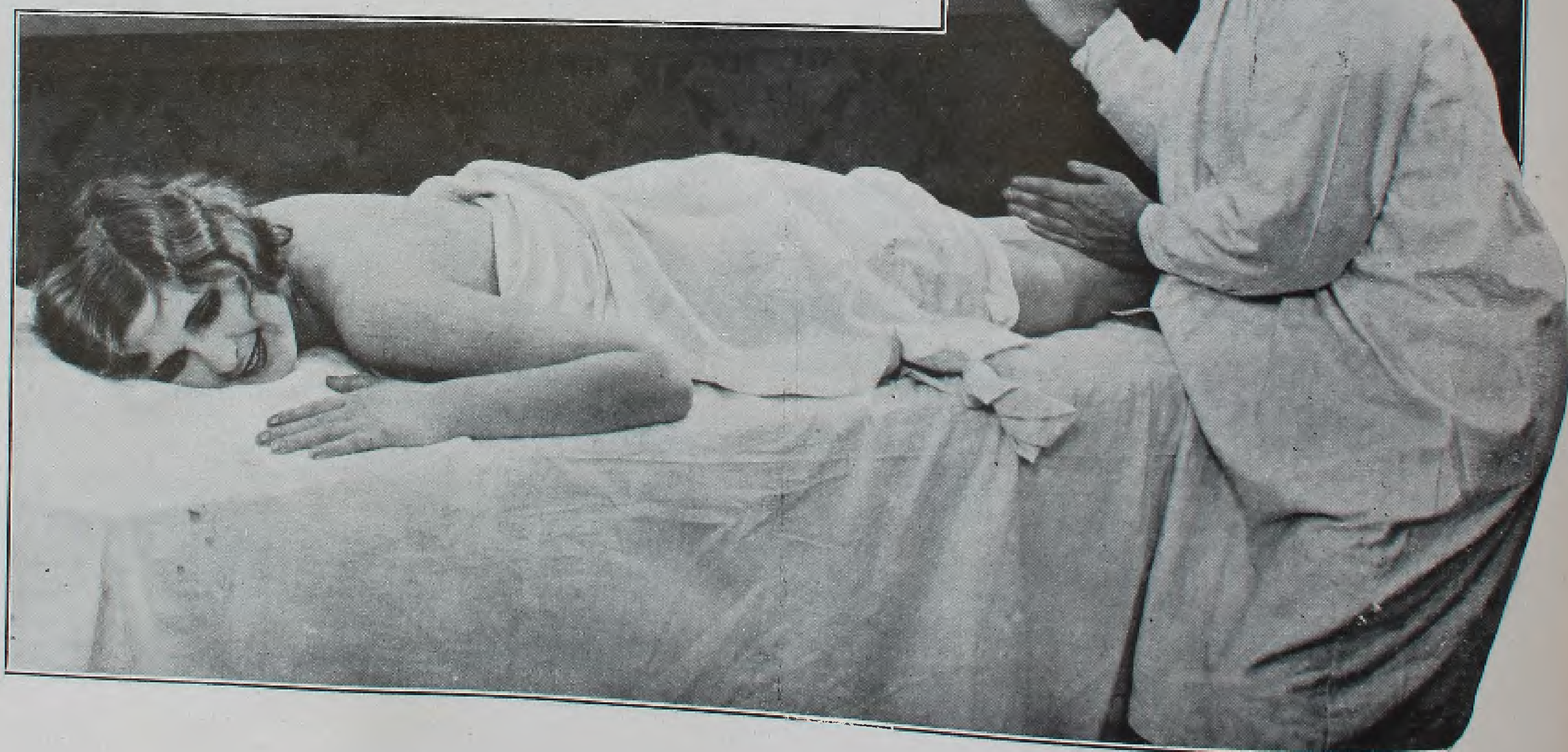
ANTE LA PANTALLA





De nuevo Colleen Moore; en esta ocasión, con Ford Sterling, tal como aparecen en «¡Oh, Kay!»

En masajista de señoras se ofrece Fimmy Sinlayson en «Ladies nigth in a turkish bath». Y sometida a su tratamiento, Dorothy Mackail, en persona



ANTE LA PANTALLA

Chester Conklin demuestra en «The haunted house» cómo una cerradura es un «cuerpo transparente», entre la indignación de Bárbara Seford y la sonrisa complacida de Thelma Told



Otra actitud del propio Conklin en la misma película. Ahora le acompaña Flora Finch, su compañera inmemorial.

culación. En cambio, Chester Conklin posee una discreción de gesto y ademán francamente plausibles. Todos, sin embargo, están muy lejos del arquetipo, de Max Linder.

Evolución de lo grotesco y de lo cómico; he aquí la moderna tendencia en Los Ángeles. Tendencia a la que el público debe coadyuvar. Sería injusto no elogiar su comprensión. Las cintas anticuadas, aquellas que en los años de Salustiano le hacía reír a carcajadas, hoy—todavía en algunos estudios se *ruedan* con esos procedimientos—le dejan indiferente; en cambio, un detalle, un rasgo apenas perceptible de fino humor, halla adecuado eco en las salas repletas de aficionados.

Y así, día llegará en que el *cine* cumpla con su verdadero cometido.

ADAME MARTÍNEZ

INSTANTÁNEAS DE BARCELONA

POR ALFREDO PALLARDÓ RUIZ



Elodia Domenech

EL REINADO DE LA BELLEZA



su regreso de París tuvimos el placer de admirar de cerca a la señorita *España*, quien recorrió triunfalmente la ciudad de los condes, recibiendo en los lugares más opuestos idénticos homenaje de entusiasmo.

Esta hermosa flor de los jardines de Valencia sólo podía cosechar flores a granel, y tal fué el merecido tributo que encontró a su paso.

COSMÓPOLIS la visitó en el hotel Oriente, donde se hospedaba la señorita *España*, y allí pudo escuchar de labios de la preciosa rubia, que lleva todo nuestro cielo hermoso en el color de sus ojos, unas declaraciones ingenuas, simpáticas, henchidas de emoción.

—En París me han recibido como yo no mereceré jamás. ¡Claro que agasajaron en mí a un símbolo de nuestra raza!... No debo hacerme ilusiones. ¡Ciertas cosas las comprende cualquiera! Sin embargo, mi gratitud será eterna... Puedo asegurarles a ustedes que los franceses saben ser galantes. ¡No pueden figurarse la ovación que me tributaron en el teatro de la Ópera! Todos estos recuerdos me llenan de alegría; pero la verdadera satisfacción de mi viaje, ¿a qué negarlo?, me la ha procurado mi regreso a España. ¡Qué emoción sentí al traspasar la frontera! Además, tanto en Cerbère como en Portbou, he sido obsequiadísima. ¿Mi opinión sobre el fallo del Jurado? A mi juicio, valían mucho más las representantes de Grecia, Italia y Polonia... Desde luego, Miss *Europa* es guapísima; pero... la encuentro poco femenina. En España, no creo yo que acatemos todavía ciertas costumbres... Miss *Europa* fuma horrores...

Habla por último su compañero de viaje en funciones de secretario: el redactor de *El Mercantil Valenciano* Sr. López Corts.

—Pepita ha ido a París en un plan completamente distinto al de la mayoría de las concursantes. No ha traído el título preciado, pero podemos atribuirle muy justamente otro más importante para nosotros. Sí; ha roto de una vez la leyenda de la mujer española tal


ROJAS
EXPOSICION
INTERNACIONAL
BARCELONA 1929

Instantáneas de Barcelona



Bajo el cetro de Momo.

pire a un reinado perdurable. En vista de eso, de acuerdo con su novio— estas cosas no pueden hacerse de otro modo—, la señorita *España* se casará muy pronto.

Y lo que fué reinado efímero se dilatará en el hogar, y andando el tiempo, seguramente ha de adquirir caracteres de eternidad, perpetuándose su bondad y su belleza en los angelillos sonrosados que vengan a enriquecer su vida... ¡Amén!

LA SEÑORITA «CATALUÑA»

Elodia Domenech es una preciosidad de *noya* que puede decirse vive ya al margen de su gloriosa aparición. El trabajo absorbe sus horas, y cuando le hablan de su triunfo sonríe dulcemente; con melancolía en los ojos, como si se tratara de algo muy lejano... ¡Y es feliz, además...!

com la veían en el extranjero a través del prisma de las malas revistas y de las novelas peores aún. Terminó para siempre aquello de «la indispensable peineta y el pañolón». Ahora saben perfectamente que la mujer española, simbolizada en esta ocasión por la señorita Samper, es mujer de su casa, que no concurrió a la fiesta de los Campos Elíseos ni fué a Niza, porque consideró poco prudente el exhibirse innecesariamente en ambos puntos. Le debemos gratitud muy merecida.

COLOFÓN

Pepita Samper, por su bondad y su belleza, es bien justo que as-

Con pulso firme y un bonito carácter de letra ha dedicado a COSMÓPOLIS su fotografía.

—¿Qué le parece a usted la señorita *España?*

—Guapísima...

—¿Y Miss *Europa?*

—Muy guapa también...

¡Dolsa Catalunya! No pudiste elegir mejor representación de tus mujeres... Elodia Domenech irradia luz blanca de infinita bondad en sus actos, en sus palabras, en sus gestos. La definición más justa de esta criatura adorable puede hacerse en unas palabras bien breves: «¡Es aún más hermosa de corazón adentro!»

Y con estas palabras correspondemos a la fineza que ha tenido


Los reyes de Dinamarca.

de dedicarnos su retrato, devolviéndoselo dedicado también...

Instantáneas de Barcelona

BAJO EL CETRO DE MOMO

Transcurrieron los días de alegría loca. Carnaval pasó... El reyezuelo tirano libró a su antojo rudas batallas de serpentinas entre dislocadas piruetas... Y la rúa, espléndidamente bañada de claridades de sol, vistió sus galas mejores. El aristocrático paseo de Gracia fué balcón infinito donde se asomó radiante la belleza catalana y el buen humor de los buenos barceloneses, dispuestos a divertirse a todo trance...

Hubo mascaradas populares, que a su paso hicieron retozar la risa en las bocas más severas, y verdaderos alardes de buen gusto en disfraces riquísimos... Hubo... ¡Carnaval!

Y al fin, surcó las aguas del triunfo, empavesada de brillantes atributos legendarios, *La nave de Putifar*, del caudillo egipcio, que logró el primer premio de carrozas con la adecuada alegoría de sus pasadas grandezas.

LOS REYES DE DINAMARCA

Han sido nuestros egregios huéspedes los reyes de Dinamarca.

De cuantas visitas efectuaron con arreglo al programa anticipadamente dispuesto, debemos reseñar como la más destacada su estancia en Montserrat, donde los reyes admiraron el Tesoro y el Camarín, orando ante la venerada imagen de la Virgen morena, de cuya antigüedad y mérito artístico-arqueológico hicieron un caluroso elogio.

Los soberanos daneses otearon seguidamente el magnífico panorama de la montaña sagrada, desde la estación superior del Funicular de San José.

Su visita al Monasterio, levantada la clausura monacal, constituyó un inolvidable recuerdo, ya que el Museo prehistórico y arqueológico de la Montaña es algo excepcional, maravilloso, así como el Museo bíblico, único en el mundo, y la soberbia biblioteca, donde figuran libros de horas y códices miniados de inmenso valor artístico.

El nuevo refectorio, de estilo románico-bizantino, y la grandiosa nave de la Basílica, vista desde el coro, cautivaron por completo a los soberanos de Dinamarca.

Doña Alejandrina y Don Cristián firmaron en el Libro de Oro del Monasterio, siendo obsequiados durante la ceremonia con un hermoso concierto de música sacra, a cargo de la siempre celebrada Escolanía.

Dijo el rey Cristián al despedirse de tan poético lugar: «Tenía una idea de lo que son esta montaña y este Monasterio; pero la brillantez de la imagen formada palidece ante la realidad.»

CARRERA INFANTIL DE PEQUEÑOS AUTOMÓVILES

Con un éxito brillantísimo se verificó la carrera de pequeños automóviles organizada por la revista *Stadium*, en la cual tomaron parte noventa y cinco futuros campeones, animados de los más generosos entusiasmos y provistos todos ellos de una acometividad *motorista* y *pedalista* que para sí quisieran las primeras firmas de este destacado deporte.

Según las características del vehículo, y con arreglo a la edad de los participantes, los pequeños corredores, clasificados en diferentes categorías, y alineados convenientemente, esperaron la señal de partida que dió el alcalde de Barcelona, barón de Viver, demostrando con su presencia el interés que siente por esta clase de manifestaciones el Ayuntamiento de nuestra ciudad.

Durante el acto, amenizado por la banda del regimiento de Badajoz, una avioneta pilotada por el aviador Sr. Xuclá evolucionó sobre el lugar en que se desarrollaba la fiesta, lanzando gran cantidad de chocolates y caramelos, de los que dieron buena cuenta los avispados campeones, perdida por unos momentos la serenidad deportiva de que supieron dar gallarda muestra durante la carrera.

COSMÓPOLIS ofrece a sus lectores un aspecto de tan original fiesta, cuyo vencedor en la más seria de las pruebas, diminuto coloso de un diminuto volante, nos suplicó ocultáramos su nombre, ya que, según sus palabras: «Esta podrá ser mi primera victoria... pero no será la última... ¡Y tiempo tendremos de adquirir popularidad!»

Se trata de un corredor filósofo, que es al propio tiempo un niño simpatiquísimo... (Esto de niño lo decimos ahora, que no puede oírnos...) ¡Claro que hasta fuma como los hombres! ¡Como los hombres que no le conceden demasiada importancia al *descubrimiento* de la nicotina...

ALFREDO PALLARDÓ RUIZ



Fotos Segarra.

Carrera automovilista infantil.

Locutorio de Inmortales

Visitas y Confesiones de Personajes Famosos



(Foto Marín.)

JUAN JOSÉ Y DOÑA PERFECTA

POR

RAFAEL MARQUINA



La decoración representa un interior pobre, pero honrado. Lo mismo puede ser un comedor o trastienda que una celda. Paredes encaladas. En una de ellas, una vieja fotografía desteñida en la que apenas logra verse la efigie de una mujer juncal. Debajo, sostenida con dos clavos retorcidos, una lima.

Al entrar yo en la habitación, Juan José se adelanta a darme la bienvenida. Está demacrado, abatido, como bajo la gravitación de una indomeñable melancolía.

De tal manera me da la impresión de un hombre acabado (aunque sin presumir, por su parte, la existencia de Papini), hasta tal punto me emociona su lento paso, su aire triste, su rostro afligido, que, tanto por recurso como por sentimiento, le tiendo los brazos y le estrecho en ellos. Entonces se anima un poco su mirada mortecina y me pregunta, ansioso:

—¿Es usted don Antonio Casero?

Un poco asombrado por la pregunta, le contesto:

—No, pero soy amigo suyo.

—Es que me han dicho que ese señor, cuando venga por aquí, me dará seguramente un abrazo.

Y añade después, melancólicamente:

—Es de los pocos amigos que me quedan.

Para consolarle, para fortalecerle en su tribulación, que me parece tan honda y tan sincera, le digo, animoso:

LOCUTORIO DE INMORTALES

—Pero a usted deben haberle dado muchos abrazos. Ha sido usted un héroe popular; un modelo; un ejemplo.

—Sí, señor; hubo un tiempo en que me pareció que realmente había hecho algo grande. Ya ve usted; al llegar aquí casi me hicieron un homenaje. Hasta vino a abrazarme, muy conmovido, muy grave y muy solemne, un caballero muy empingorotado a quienes todos tratan aquí con grandísimo respeto y que luego supe que se llamaba don Pedro Calderón de la Barca.

—Con ése debe usted hacer muy buenas migas—le digo, viéndole más animado.

—¡Ca! No lo crea usted. No sé lo que pasa. Anda siempre triste también y apenas sale de su retiro. Antes era muy solicitado y visitado. Ahora ni vienen a verle ni él va a ninguna parte. A mí me visitaba con frecuencia. Me decía cosas que, aun no entendiéndolas del todo, me hacían mucho bien, me daban mucho contento. Casi casi me convencía de que hice bien matando a Rosa...

—¡Ah! ¿Pero usted duda?

Juan José tarda un rato en contestarme. Dubitativo y perplejo, combatido por no sé qué hondos sinsabores, toda su lucha interior se refleja en sus ojos y en su desasosiego, que le lleva de una parte a otra de la habitación, nervioso y agitado.

—No, no—responde al cabo—. Otra vez volvería a matarla si otra vez volvía a engañarme. Mi tortura está en que la quiero, aun después de haberla matado.

No puede contener los sollozos, y sus lágrimas caen, dejando huellas, sobre su «honrada blusa de trabajo». Hemos llegado al punto interesante de la conversación y de la visita. Hay que aprovechar la propicia coyuntura.

—Entonces—le pregunto—, ¿mató usted a Rosa conscientemente?

—Mire usted; el hombre debe ser macho. El amor es una cosa exclusiva. El hombre debe ser hombre. Y no puedo decirle más. Todas las demás cosas que digo y que usted y tantos otros me han oído decir son cosas de don Joaquín, a quien yo quiero mucho, pero que me hizo más hablador de lo que en realidad soy. A mí me gustan los actos, no las palabras. Y si maté fué, y esto sí que quisiera que lo dijese usted—me dice con lágrimas en la voz—, solamente por amor y porque en realidad sentía que me arrastraba a ello, por una parte, el talento de don Joaquín, que me hizo responsable del honor de todo un pueblo; por otra parte, este loco amor que no me arrepiento de haber sentido.

—¿Pero ahora?... —insinúo.

—Ahora, según he oído decir, *eso* ya no se lleva. Yo leo muy poco; pero dicen que el mundo va por otros caminos. Y aquí me tiene usted con la sensación de que estoy en ridículo. Antes me consolaba el señor Calderón; pero ahora también él se siente fuera de cacho y no me viene a ver. De vez en cuando, él, que es muy leído y está muy al tanto de todo lo que ocurre allá abajo, me manda algún aviso haciéndome saber que todavía hay quien, para vengar su honor, mata y hasta muere. Pero yo vago por este reino, solitario como un espectro y sin saber si hice mal o si hice bien. ¿Por qué don Joaquín no me dió, además de un impulso y de un instinto, una inteligencia? ¡Es desesperante!

Hay un largo silencio asaetado por todas las flechas de todos los dolores. Se oye claro, distinto y terrible, el jadeo de la eternidad. En una inmóvil suspensión pacífica, el tiempo se ausculta a sí mismo.

Juan José no tiene nada que decir. Y yo, francamente, tampoco sé qué decirle. Le tiendo la mano amistosa, con un temblor en el que el silencio de los siglos corre con la sangre de una sagrada expectación.

—Adiós, amigo.

—Adiós—me dice él, inconsolable—. Vaya otro abrazo para el señor Casero. También me han dicho—añade—que hay todavía algún madrileñista de mi tiempo. Uno de ellos, muy castizo, creo que lo es de corazón. Pero tiene nombre de santo y ya sólo por eso a don Joaquín no le hace mucha gracia.

DOÑA PERFECTA

Cuando me acerco a ella, después de atravesar la vaga tiniebla de Protagonópolis, la imperfecta Doña Perfecta, en la desnuda austeridad de una vasta pieza irregular y fría, está escribiendo. Inmediatamente me doy cuenta de que, noticiosa quizá de mi visita, ha querido presentárseme tal como la hemos visto en las postrimerías de la novela. «Dale de lleno en el rostro, busto y manos, la luz del quinqué, cuya pantalla verde deja en dulce penumbra el rostro de la persona y la pieza casi toda. Parece una figura luminosa evocada por la imaginación en medio de las vagas sombras del miedo.»

Desde mi rincón la contemplo un instante sin avanzar. Poco a poco, sobre ella, en la pared y de modo a fingirme en aquella hora aparición milagrera, se perfilan los abiertos brazos de un Crucifijo. De espaldas a mí, y sin que pueda sospechar mi presencia, ella levanta a menudo los ojos a la imagen sangrienta, con una honda, y a un mismo tiempo exaltada, devoción.

De repente, no sé si por ayuda de la gracia o instada por la sutileza, vuelve hacia mí su rostro enérgico y acusado, como si hubiese presentido, sin verme ni oírme, la realidad de mi presencia. Avanzo entonces, tímidamente, unos pasos, y cuando voy a hablarle me ataja, diciéndome:

—Sea bien venido. La paz de Dios le acompañe y le proteja. Sé a lo que viene usted, y en este mundo en que ahora llega a visitarme y donde ya no hay ni argucias, ni falacias, ni acomodamiento de criterios, quiero hablarle sinceramente, sin habilidades ni rodeos. Bien se me alcanza hasta qué punto mi nombre, quizá impropiamente usado, ha llegado a ser representativo. Ante todo, debo decirle que no me pesa. Para mí (y en esto me fué fiel en la trascripción mi amado enemigo don Benito) somos todos a modo de representación. Por ello no luchaba yo en Orbajosa, al oponerme a las pretensiones de mi sobrino Pepe Rey, contra mi sobrino, sino contra algo más importante, más extendido y más grave de que él era parte representativa e integrante. Y asimismo Orbajosa entera no es más que una síntesis enconada y activa de la gran lucha del mundo. Jugué en ella mi papel, capitaneé mis huestes, libré mis batallas por mi Dios, por mi fe y por mi conciencia.

LOCUTORIO DE INMORTALES

A medida que habla, va irguiéndose la arrogancia de su busto y se encienden en su mirar no sé qué límpidos destellos. Se ha levantado y, sin mirarme directamente, yo siento que sus ojos han inspeccionado ya toda mi figura. Habla en tono encendido, con ademán suelto, sin fingimiento, y con tal fuego, incontenible y crepitante, que tentaciones me dan de decirle: «Usted ha visto a doña María Guerrero»; pero, para no desviarnos de la cuestión y del punto inicial de la novela, que es donde se cuajó para la eternidad esta figura galdosiana, me callo. Ella prosigue:

—No crea usted que voy a tener ni un reproche para la fuerza genial de mi creador. Tal como soy me presentó y tal como era seguiré siendo, sin tilde ni tachadura que añadir o imponer. No contra él he tenido a veces movimientos de protesta y de contradicción, sino contra los muchos que, desfigurando su creación y mi carácter, o atribuyéndome secuelas de caricatura, prole de degeneración, han bastardeado, a pretexto de mis acciones, el verdadero fondo de mi temperamento y la realidad viva de mi conciencia. Para don Benito —observo que cada vez que nombra al glorioso patriarca de la novela española hay en la voz de doña Perfecta no sé qué cálido acento de simpatía humana—, mi sinceridad, mi convicción, mi fe, fueron innegables, vivas, reales, patentes. A todas mis palabras, a todas mis acciones, les atribuyó como motivo inicial, como raigambre fuerte, esta sinceridad de mi temperamento. Nada más lejos de su ánimo que juzgarme, a despecho de la dureza con que acusa los perfiles que no le son gratos, falsa e hipócrita en mis verdaderas convicciones. Esta justicia me hizo y esta debo rendirle. Claro —añade, dulcificando la voz— que, acaso, esto señala una discrepancia fundamental entre él y yo; él no cree que el fin justifique los medios. Era lo que más me interesaba hacer público en estos momentos; yo me siento fielmente retratada; la efigie mía, aparecida en las páginas de la novela, es realmente auténtica; me reconozco en ella con todos mis defectos. Pero, sin ahondar ahora demasiado en las diferencias que me separan de mi creador, que para mí es otra representación de un mundo contra el que combatí, lo que sí lamento es que no todos hayan sabido reconocer, como él, la inicial y arraigada buena fe de mis convicciones, la repugnancia con que, exaltada por un impulso originariamente bueno, me dejaba arrastrar, conturbada por esa exaltación que no pude dominar, a extremos incongruentes con mi temperamento, con mi convicción y con mi conciencia. Los acontecimientos de mi vida fueron (ahí están las páginas de la novela para demostrarlo) regidos muchas veces por la fatalidad. Y ya sabe usted que para los novelistas la fatalidad es, casi siempre, una cuestión de habilidad.

Hace una pausa. Recoge maquinalmente los papeles que estaba escribiendo, y, sin darme tiempo a replicarle, reanuda su alegato:

—En definitiva: el relato de mi vida, en aquella parte que la publicidad de la novela lanzó a las disputas de los hombres, no es más que un episodio de la gran lucha eterna entre dos distintas representaciones del mundo. Permítame usted que concrete, aunque pueda parecerle inmodestia, justificada quizá por el renombre que a la novela le debo. Un episodio de la lucha entre la representación que del mundo tenía don Benito y la que tenía yo. Dos puntos de partida distintos...

Decidido a no aparecer completamente mudo ante la verbosa vehemencia de Doña Perfecta, aprovecho la ocasión para intervenir:

—Comprendido; se refiere usted a la lucha entre dos conceptos fundamentales que son diametralmente opuestos; los que podríamos llamar concepto conservador y concepto liberal; el primero se funda en la maldad inicial del hombre; el segundo, en su bondad originaria...

A su vez, me interrumpe rápida:

—Eso se lo ha dicho a usted Pérez de Ayala...

—En efecto, señora; de él he aprendido ésta, como otras muchas lecciones; mucho celebro...

Vuelve a interrumpirme, diciéndome, no sin cierto apresurado afán aclaratorio:

—Le tengo mucha simpatía, a pesar de que figura en mi mundo contrario. Pero él es de los que han sabido ver toda la fuerza humana que don Benito supo ver en mí y que, tanto como para ser fuerte en el mundo, me ha servido para ser inmortal en la eternidad. Por eso le estoy agradecida, aunque no sea, aparte de la consideración literaria que me merece, uno de mis autores favoritos.

Llegados a este punto, comprendo que, resabios acaso de Orbajosa y de su tiempo, Doña Perfecta cree todavía que me he acercado a ella para someterla a un interrogatorio periodístico muy del viejo régimen, y que está esperando que la pregunte cuál es su autor favorito. Pero, con cierto refinamiento de malicia, omito la pregunta. No me sirve, sin embargo, este recurso. Doña Perfecta se acerca de nuevo a su escritorio, abre uno de sus cajones, extrae un retrato y mostrándomelo me dice:

—Mi autor favorito es éste.

Me acerco a contemplar la efigie que me exhibe y que resulta ser la del ilustre autor de *La garra* y *La mala ley*, D. Manuel Linares Rivas.

Como en las viejas comedias, todo queda explicado. La misma Doña Perfecta me mira con cierta complacencia risueña desde lo alto de su orgullo. Va a hablarme de nuevo, pero yo la suplico:

—No se moleste más. Ya, ¿para qué? Don Benito...

—Don Benito me vió tal como soy, tal como era, tal como fuí y tal como seré, a despecho de los que no supieron verme. Ni mi dolor de madre, que tan implacablemente pasó en silencio don Benito, ni la repugnancia con que intervengo en hechos contrarios a mi temperamento, pueden ser bastante a poner ni una sombra de arrepentimiento en mis convicciones. Quienes no sepan verme que no me atormenten, que no me saquen de nuevo a la lucha, ni como capitana ni como adversaria. Además —añade con cierta melancolía—, aquí, en este reino de eterna quietud, nada me queda ya por hacer. Pero al lado de don Benito, para siempre, mi obra, discutida y combatida, perdurará a través de los siglos.

Altiva, hierática, estatuaria, Doña Perfecta, fulmíneos los ojos, arrogante el gesto, parece revivir el fervor antiguo. Hay en su exaltación hondas resonancias de iracundia.

—Tanto como dolor hay orgullo en la resignación con que admiro a quien me creó y desprecio a quienes no me acaban de comprender, y a quienes niego, por tanto, el derecho, que tan magníficamente conquistó mi creador, a censurarme.

Y esto diciendo, arroja el retrato que aun blandía en la mano al abierto cajón de su escritorio, y después, con un ademán rápido y seco, cierra el mueble. El ruido que produce el cajón al cerrarse es rotundo y redondo como un punto final.

RAFAEL MARQUINA

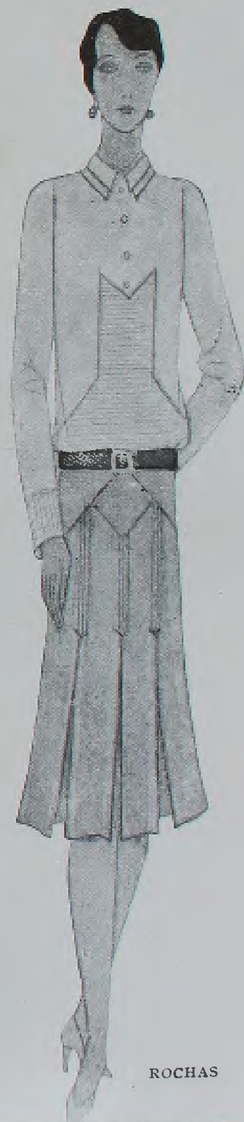


CHANTAL

Un traje de noche de Chantal, en crespón Georgette azul, adornado con volantes plisados muy finos; una pequeña franja de perlas del mismo tono le sirve de plomos a los volantes. El broche del cinturón es de piedras blancas y azules. Abajo, a la izquierda, *un traje de mañana en* tweed *beige rayado en marrón. El cinturón y el echarpe son en crespón rojo y marino mezclado.* A la derecha, *una falda de* chantung *color limón con una blusa de crespón blanco.*



CHANTAL



ROCHAS

LAS NUEVAS COLECCIONES DE LOS MODISTOS PARISIENSES

El mes de febrero es para la moda parisién uno de los más importantes del año, pues los modistos presentan ante nuestra mirada sus importantes colecciones de primavera y verano. El contraste es vivísimo entre la temperatura verdaderamente siberiana del exterior y las frescas muselinas, los trajes de sastre *shantung* o de crespón y los vestidos de seda, que nos hacen desear más ardientemente todavía los primeros días hermosos. La moda será este año más fresca, más joven que nunca, tanto como por la elección de sus tejidos, como por la fantasía de sus líneas; y su variación permitirá, además, a cada una de nosotras vestirse según su silueta, aventajándola en todo lo más posible. No hay una moda, hay varias; no hay una mujer verdaderamente coqueta y digna de ir bien vestida que no sepa desde luego elegir entre los modelos que la propongan el que la conviene más.

Modas



Un traje de noche muy bonito, en muselina de seda rojo oscuro, completamente ceñido por pliegues minúsculos, entre los cuales están colocados unos panneaux *de forma que hacen unas puntadas largas detrás. En la espalda un nudo colgando, en la izquierda, al principio del hombro.*

Una de las más bonitas colecciones del año es, como siempre, la de Madeleine Vionnet. Madame Vionnet posee, además de un talento particular para el corte, un sentido de la elegancia escultural que hace que sus vestidos aparenten los más maravillosos tejidos antiguos.

Este año ha enriquecido su colección de modelos, que parecen de una gran sencillez, pero que son de una ciencia consumada; imaginen cuatro *panneaux* muy largos de satín o muselina que caen de los hombros y se enrollan en espiral alrededor del cuerpo; al cuello, un echarpe, está anudado de un lado; una de las puntas del vestido caen muy abajo a la derecha o detrás, algunas veces también delante; las mangas, cuando las hay, salen no se sabe de dónde, pues no tienen escotadura, y el pequeño cinturón estrecha las caderas. Y tenemos una silueta larga y delgada, que da la sensación del sesgo, que borra, con su aparición, todo lo que la rodea... El arte de las proporciones tiene una gran parte en estas maravillas, y cada mujer puede enrollarse a su gusto en esos blandos tisúes tornasolados.

Aparte estas novedades, Madeleine Vionnet continúa cubriendo sus trajes de tarde con minúsculas jaretas que forman bordados, jaretas que repite otra vez sobre el *jersey* de los trajes de *sport*. Le gusta el verde tila, amarillo claro y amarillo, y amarillo oro, el rosa, el negro y blanco. Y puesto que estamos en coloridos, quiero señalar de paso que el negro sigue, y seguirá mucho tiempo todavía, siendo uno de los colores favoritos de la parisiense, que le gusta su discreción más que todos los colores claros que los costureros se esfuerzan en proponerles. Coinciden en este punto con sus amigas de España, que tienen ellas también en la elegancia el don del tacto y de la medida justa.

Jean Patou nos ha dado, a su vez, una colección muy interesante, porque es una de las personalidades más destacadas de este mundo tan variado de los grandes modistos.

Jean Patou tiene audacia, la arrogancia de proponer cada año cosas nuevas, pero quedán-

Moda



El crespón de china estampado estará todavía muy de moda, y los mejores artistas de ahora se han interesado en este ramo del arte decorativo. Es por eso por lo que Foujita, el pintor japonés que disfruta en París de un gran renombre, ha querido componer el dibujo de este traje de crespón de china verde almendra, estampado en negro y crudo. La tira que bordea el cuello es igualmente en negro y crudo.

dose en la nota indicada por el momento presente. Tiene un maravilloso sentido de la oportunidad; su colección de *sport* ha causado sensación cuando ha comprendido que todas las mujeres no soñaban con faldas plisadas y *sweaters* y que sentían por la vida al aire libre un entusiasmo de recién convertidos. Ayer, cuando empezábamos a cansarnos verdaderamente de la línea recta, nos ha enseñado un maravilloso traje recogido detrás. Hoy, su esfuerzo hacia la elegancia rebuscada, hacia el vestido de las cinco de la tarde o de la noche, continúa; pero como hay que encontrar siempre cosas diferentes a las de la víspera, hace sus trajes de tarde ligeros y flexibles, mientras que sus trajes de noche tienen siluetas más sencillas y ajustan el cuerpo hasta la rodilla. La aparición de esos modelos la primera noche ha producido una viva sensación. El talle está en su sitio y muy marcado; las caderas, muy ajustadas; el vuelo empieza muy abajo. Es, en conjunto, una adaptación del antiguo traje «princesse», pero más moderno y con más gusto. En muchos trajes, el talle queda bastante flexible, gracias a algunos pliegues horizontales recogidos en el sitio de la cintura y sostenido por bandas pespunteadas. Otros vestidos están completamente hechos de bieses de tul negro dobles, aplicados los unos sobre los otros. Todo esto tiene una nota muy personal y no conviene más que para las mujeres muy delgadas. Para las otras, los flexibles recogidos detrás resultarán armoniosos y marcados.

Louise Boulanger, por su parte, no tiene miedo a la amplitud; tiene, como todos los años, algunas ideas completamente nuevas, y sus trajecitos ligeros en crespón estampado son de mucha variación. El traje solo y otras veces acompañado de una chaqueta de la misma tela abigarrada, otras veces cubierto de una chaqueta de punto, otras veces con una capa ligera de forma original. Los vestidos de tarde, también estampados, tienen esos recogidos en las caderas que recuerdan el periodo de 1880.

Y sus vestidos de noche son admirables. Muy sencillos y muy rectos los cuerpos, muy amplios



Un «dos piezas» de Jane Régny, en crespón de lana amarillo. La chaqueta está completamente adornada de jaretas, y la falda es de godets *recogidos. Al lado, un traje azul marino con puntos blancos, cuello y chaleco en paño blanco. En el centro, un abrigo de* kasha *marino.*

Un bonito vestido de Suzanne Talbot, en crespón de china marrón, atravesado por una banda de crespón de china rojo. La chaqueta roja está forrada de la misma tela marrón. Abajo, un traje de satín beige, con incrustaciones de encaje y volantes plisados muy fino.

y muy largos detrás, si están en muselina estampada con tonos raros y bonitos. En taffetas rosa están recogidos con grandes *poufs* detrás, algunas veces incluso de todos los lados, con esa profusión que no le quita ligereza y es característica de Louise Boulanger.

Encontrarán en estas páginas algunos croquis de Suzanne Talbot, que se cuenta también entre las casas creadoras de la moda. Suzanne Talbot adopta este año las faldas muy largas por detrás y bastante cortas por delante, para por la noche, con un gusto pronunciado por los volantes plisados o fruncidos puestos desiguales. Tiene muy bonitos trajes de noche, cuya cola está hecha de volantes de satín muy en forma, así como un bonito modelo cuyo cuerpo está bordado; pero la falda es toda de volantes plisados más cortos por delante.

Para por la mañana, sus trajes de chaqueta corta son frecuentemente de *jersey*, y he notado unas faldas muy especiales en un punto nuevo de bordes muy gruesos, que hace la impresión de plisada. La novedad me ha parecido bonita. Las blusas son unas veces en *tuslikasha*, un bonito tejido que se parece al tusor, que tiene cierta finura, pero que, no obstante, es de lana. Se ven muchas blusas en las colecciones de primavera.

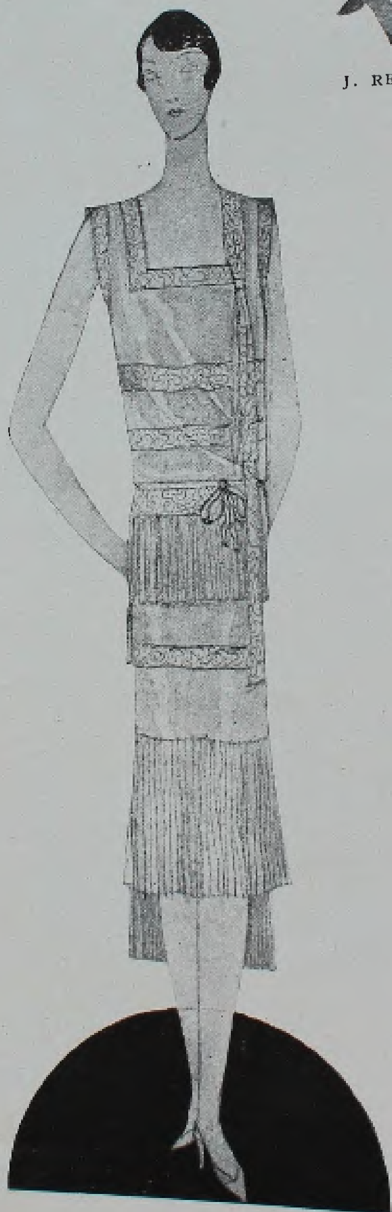
En casa de Poiret, la levita ajustada en el talle, amplia abajo, triunfa para por las mañanas o las tardes. Bien entendido, los cuellos son distintos y combinados de echarpes de color, y los *ensembles* están combinados con gusto. He anotado un vestido de tarde en taffetas estampado sobre cadena, cuya línea es muy bonita. El traje es recto, ligeramente ajustado al talle por una pequeña botonadura todo a lo largo de la chaqueta del mismo taffeta, atado delante por un gran lazo. Los trajes de noche son muy rectos y muy ajustados delante, llevan un *pouf* o una caída detrás, una de ellas en *faille*, negra, punteada de oro y bordeada de una minúscula franja también de oro.

Debo citarles también una nueva casa, cuyos intentos, particularmente sobre los coloridos, han resultado bien. La señorita Chantal es pintora, y eso se nota en su colección. Tiene este año gasas y mezclas de muselina muy interesantes. Sus trajes son en tres o cuatro tonos degradados del mismo color, a menos que sobre un traje amarillo, por ejemplo, se añada una nota de gris pálido, que ponga sobre el conjunto una originalidad de bastante buen gusto, muy *chic*.

Combina sobre un traje dos o tres telas de muselina en tonos que choquen, que hacen un abrigo de noche precioso. Han gustado mucho estas prendas tan personales.

Y me doy cuenta de que mi carta está terminada y que me quedan muchas cosas todavía que decirles. Continuaremos, si quieren ustedes, estas visitas en casa de los modistos el próximo mes.

CHAUDE FRANCE



J. SUZANE TALBOT



La boda de la señorita de Obregón fué una gran solemnidad parisiense. La encantadora novia, con un traje de satín blanco, muy sencillo, estaba rodeada de diez señoritas de honor, cuyos trajes, en muselina de seda, eran de una forma muy original y muy graciosa, como sus tocados, que tenían un estilo muy propio.



Muchos trajes con grandes nudos en la espalda, en el baile des Petits Lits Blancs. *El que se ve a la izquierda era en muselina de seda amarillo pálido y el cinturón de taffetas, así como los colgantes de la espalda estaban mezclados de dos tonos de amarillo y de marrón.*

Los trajes, cuyos corpiños ajustados están acompañados de un faldón ligeramente fruncido, han sido lanzados por Jeanne Lanvin. Aquí se ve uno de esos modelos en taffeta rosa pálido, falda muy larga por detrás y muy corta por delante.

Véase arriba, a la derecha, un traje ligeramente bordado de perlas con un dibujo muy moderno. La falda de tres volantes alargados por detrás es de muselina de seda rosa muy pálido, y el bordado de las caderas y del cuerpo es en tubos de cristal muy unidos.

Una de las grandes fiestas

EL BAILE DE LOS «PE-

El baile de los «Petits Lits Blancs» es una de las grandes fiestas peculiares del año, que se celebra en la Ópera de París.

Además, posee un carácter benéfico, que hace más simpático su éxito. Bailar, lujosamente ataviada, para que los pobres niños enfermizos recobren su salud, es un doble placer para una parisiense.

El espectáculo de la sala presenta un aspecto fantástico. Había un número incalculable de abrigos de piel de armiño, forrados de terciopelo negro, rojo y blanco. Vestidos de tul vaporosos y frágiles, como una ilusión. Y los brazos y las muñecas, cubiertos de pulseras de pedrerías originalísimas. Las reuniones de este invierno adquieren, gracias a la nueva moda, una elegante solemnidad, a la que ya no estábamos acostumbrados. A las señoras jóvenes, desde hace unos años, les agradaba tanto el aspecto deportivo, que sus vestidos de noche, cortos y sencillos, y sus cabellos aplastados, daban



de elegancias parisienses

TITS LITS BLANCS»

a todas las fiestas un pequeño aire *negligé*, que, a pesar de la gracia peculiar de la parisiense, no era menos de lamentar.

Este invierno hemos visto las grandes colas deslizarse por las escaleras de mármol... ¿Qué digo? Hemos encontrado los *poufs* después de los buenos tiempos pasados. Muchos de los vestidos en taffetas están recogidos en la espalda de manera que forman un gran nudo o recogido, que termina en dos grandes caídas que tocan el suelo. El taffetas rosa o azul pálido estaba algunas veces bordeado de un encaje ancho de plata.

Los mismos conjuntos se repetían en los de muselina estampada; pero el traje ligero tiene otro estilo. Y hemos visto muchísimos trajes con volantitos colocados muy bajos, recordando el traje de muselina blanca con el que la Argentina ha conquistado todo París, bailando el tango flamenco... Trajes de tul, ajustados al talle, marcando las caderas y adornados simplemente a la altura de las

Arriba, a la izquierda, un abrigo de la nueva colección de Worth en lamé oro y negro. Marca bastante el cuerpo por arriba y los godets de abajo están alargados en los costados. El cuello, que es bastante importante, es de renard.

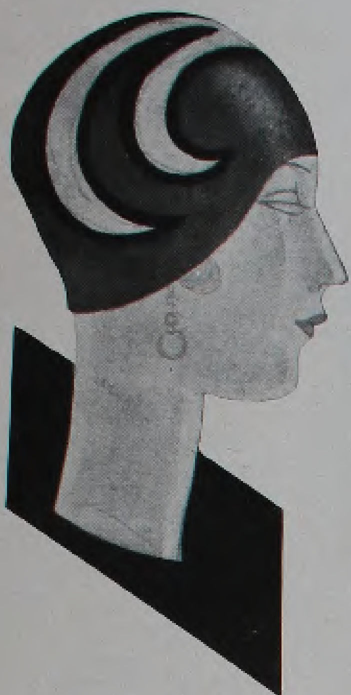
El poner detrás las flores en la cintura es una novedad del año muy divertida. Así, en el baile de la Ópera, se ha podido ver, sobre un traje de muselina de seda violeta, tres grandes rosas de gasa roja oscuro.

¿Los chales volverán a estar de moda? Hacen algunos de lana, otros de muselina de seda incrustados de rectángulos o cuadrados mezclados en taffetas multicolores. Son especialmente bonitos sobre las faldas de tul con volantes.



La señora de Álvaro Muñoz, hija política del conde de la Viñaza, embajador de España en Roma, es una de las señoras más elegantes de París. Lleva en esta fotografía un precioso abrigo de paño negro muy abierto delante y adornado con renard.

Moda



REBOUX: *Una señora muy elegante de la alta sociedad española ha mandado hacer en Reboux este bonito sombrero verde oscuro, adornado con incrustaciones de terciopelo a jaretas de verde más claro. Conserva la forma de gorrita que ha gustado tanto este invierno y que todavía se hace para la primavera.*



SUZANNE TALBOT: *Un sombrero de noche en tisú de plata, que lucían en el baile des Pepits Lits Blancs, junto con un vestido completamente bordado en perlas de cristal y plata. El velo de tul crema que apenas se ve sobre la cara, forma un pliegue a cada lado en la copa del sombrero, que sube en punta sobre la frente; es muy nuevo.*



SUZANNE TALBOT: *El velo de tul fino ha vuelto a lanzarlo Suzanne Talbot, que lo coloca sobre todas las gorras, cuya forma original descubre la frente. Véase, por ejemplo, una gorra de fieltro negro adornada de un velo que sombrea los ojos y forma dos colgantes en los lados.*



Un bolso de un grueso tweed *muy a propósito para llevarlo con un abrigo de viaje en el mismo tisú. Está cerrado por una correa de cuero rojo, bastante delgada, que entra en las dos hebillas de acero. Gusta mucho, en este momento, para los trajes de* sport, *este refinamiento de llevar el bolso igual al traje.*

rodillas. Una de esas *toilettes*, tan particularmente nuevas, era de tul blanco, y los volantes, muy aplastados delante, estaban exageradamente fruncidos detrás, lo que marcaba más el efecto de la cola y de anchura en la espalda. Mucho tisú de plata igualmente: siluetas envueltas en un lamé de plata parecían añadir su brillo al de la luz, y un detalle muy divertido: varias señoras muy elegantes llevaban unas pequeñas papalinas de plata sujetas en la cabeza, dejando algunas veces salirse sobre la nuca los bucles nacientes.

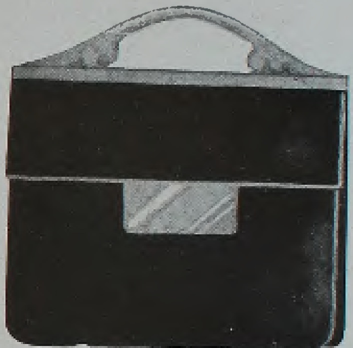
¿Vamos a ver la vuelta de una nueva coquetería, la del tocado de noche? El esfuerzo es digno de señalarlo. He visto, acompañando un gran traje de terciopelo blanco, recogido y muy largo detrás, un gorrito de margaritas del mismo terciopelo, colocadas las unas al lado de las otras sobre el cabello.

Otro accesorio de la coquetería vuelve a ponerse de moda: el abanico. No el abanico grande de plumas de avestruz, que muchas damas siempre han llevado, sino el abanico refinado de encaje, haciendo juego con el vestido o bien en laminillas de tul sobrepuestas unas sobre otras. Un vestido de encaje blanco, guarnecido de un gran volante de encaje negro, iba acompañado de un pequeño abanico de encaje blanco.

Este bibelot tenía su ambiente, entre el abanico y el pañuelo, ese gran pañuelo de muselina de encaje, que las señoras llevan en la mano, o metidos en las pulseras, y que no les sirve para nada, si no es para adornarse de una nueva extravagancia.

Las alhajas eran suntuosas. Me parece que la moda de las esmeraldas se borra delante de la de los zafiros, y que las piedras de menos valor, como topacios, turquesas, amatistas, tienen un gran puesto en el tocado, y los brillantes gruesos, tallados en rectángulo, las cadenas de mallas largas brillantes, añaden su nota maravillosa a ese conjunto deslumbrante.

COMTE DE BOUBÉE DE GRAMONT



Un bolso de tarde en piel de gamo, cuyo cierre en metal dorado está adornado de una empuñadura muy larga; más abajo, una placa del mismo metal, donde pueden grabarse las iniciales. Han llevado mucho este bolso en el Ritz y en todos los tés elegantes.



Un zapato de tarde en tafilete negro ribeteado de piel de lagarto beige y cerrado al tobillo por un broche de madera beige. El tacón es igualmente en lagarto. Este zapato lo llevaban con un traje de crepé satín negro, incrustado con bandas del mismo satín color crudo.



Un zapato cuya punta y tacón están completamente adornados de strass; *la parte alta es de terciopelo negro, atravesada por un ligero bordado de perlas de cristal y de plata.*



A la izquierda, un bonito vestido de niño en paño azul nattier y crespón de china blanco. Al centro, un traje de toile de soie *liso y jaspeado, azul y blanco y bordado con puntos azul más oscuro. A la derecha, un abrigo de* kasha *verde pradera, bordado con grandes canalones con seda amarilla, naranja y verde oscuro. El cuello y las bandas de delante están hechas en paño blanco.*

LA ELEGANCIA INFANTIL



Precioso traje infantil para un baile de niños. Muselina de seda azul pálido, con un gran cuello cerrado detrás por un lazo; todo él está adornado por un trabajo hecho al sesgo.

Las gracias infantiles están siempre propicias a engalanarse, y las fiestas del mes de enero nos han mostrado adorables vestidos de chiquillas y encantadores trajes de muchachas. Se ha visto en estas reuniones turbulentas y llenas de alegría menos vestidos de estilo que otras veces. Tengo, no obstante, el recuerdo de una arrebatadora chiquilla de cinco años vestida de taffetas pervenche, corpiño liso y cerrado, falda muy amplia y larga guarnecida hasta la mitad de pequeños volantes plegados muy lisos.

Esta falda estaba puesta sobre un fondo de muselina blanca bordeada de encajes y revestida de un arete bastante ligero que hace hincharse la ropa en las caderas sin estorbar los movimientos. En el talle llevaba colocado un ramo de pequeñas rosas de satén en diversos tonos del rojo.

Las ropas muy cortas están algunas veces muy alargadas por lo bajo; pero es preciso, para que sean graciosas, que los *godets* estén cuidadosamente grabados y que por arriba quede muy liso. Me gusta mucho el corpiño pequeño liso y corto y la falda con *godets*, sobre todo cuando ellos están incrustados de taffetas o de satén de diverso matiz. Así es que sobre una ropa de crepé satén rosa pálido se habían colocado motivos del mismo satén azul nattier que hacía un efecto muy Pompadour; la muselina de seda hace los vestidos de gala encantadores y muy frágiles. Podéis admirar en estas páginas un modelo de Jeanne Lanvin guarnecido de un delicado trabajo de bieses que forman bordados. El gran cuello que cae sobre los brazos y que se anuda detrás es de una gracia deliciosa.

A las muchachitas me parece más difícil vestirlas bien, y creo que por ello la simplicidad impone sus rigores. Nada hace más teatral que un traje con demasiados adornos: la camisita de crepé de china sobre la cual se coloca el pantaloncito de *velours* o de satén me parece que es el más lindo atavío para una fiesta.



Otro bonito traje de baile infantil de taffetas blanco, incrustado de taffetas rosa; es muy amplio, por los numerosos godets *que tiene.*

Nuestra casa

EL «LIVINGROOM» O CUARTO DE ESTAR



El cuarto de estar, lugar donde nos hallamos habitualmente, tiene que ser, lógico es, el más confortable de la casa. La comodidad moderna nos ordena suprimir todos aquellos pequeños salones, gabinetes y salas que componían antiguamente «la parte de recibir». Si es necesario, prescindiremos hasta del comedor, que irá integrado en el «livingroom», con tal de que éste sea amplio y hermoso. Hace años vivíamos, sobre todo, para «los demás»; vivíamos «hacia afuera»; hoy, en cambio, se ha impuesto la realidad de las cosas, y, al desarraigar prejuicios absurdos y entre ellos la manía de «aparentar», nos ha hecho la vida más fácil y más agradable. Ved las fotografías reproducidas en esta página y que ofrecen distintos aspectos del cuarto de estar. Todos ellos son acogedores y cálidamente hospitalarios. Tienen un sello de elegante intimidad, que hace que el de fuera no se sienta «en plan de visita», sino lo que los ingleses llaman *homely*, los alemanes *gemütlich* y que en realidad es el calificativo de algo impalpable que emana del hogar propio.

Como ya dije en una de mis anteriores charlas, no hay muebles nuevos, ni muebles viejos, ni siquiera muebles pasados de moda; todo depende de la manera de agruparlos y de los detalles que los avaloren.

Consultorio de belleza

PUEBLERINA

Sí, señorita; se le contestará a cuantas preguntas haga. Ponga siempre en sus cartas «Para el Consultorio de belleza». Póngase, antes de darse el Arrebol, polvos Freya, y ya verá cómo la gusta.

MARUJITA

La recomiendo use el Sudoral, que es absolutamente inofensivo, y la evitará todas esas molestias; usándolo puede bailar sin ningún cuidado.

UNA RUBIA

Cuando se lave la cabeza eche en el agua unas gotas de amoníaco, y le quedará el pelo muy suave. Además conserva mucho el ondulado.

UNA MECANÓGRAFA

Me parece muy natural su estado de ánimo, y más natural todavía el que desee estar guapa. Todos los que usa son buenos productos, pero debe sombrearse los ojos con Humo de Sándalo, y parecerá que los tiene mucho más bonitos.

RAMONA

Si me manda usted su dirección tendré mucho gusto en contestarla particularmente a su primer pregunta. Respecto a la segunda, debe usar Jugo de Rosas, que es lo mejor que conozco para los labios.

MARIBEL



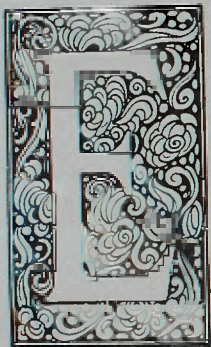


ACTRICES MUNDIALES



DIEZ MINUTOS CON URSULA JEANS

(De nuestro representante especial en Londres)



NTRE la nueva generación de artistas que se disputan de continuo el favor del público, tal vez no haya actriz más destacada ni inteligente que Úrsula Jeans, la joven intérprete de los dramas de mayor tensión, en la que crítica y espectadores admiran no sólo el presente espléndido, sino también un porvenir muy próximo, en el que será una de las más afamadas trágicas europeas.

Úrsula Jeans, actualidad dominante hoy, me hace el honor de recibirme, durante un entreacto, en su camerino. Son unos breves minutos de charla para COSMÓPOLIS, que quiero aprovechar inintensamente. Pero—como sucede siempre—, después de unas frases de elogio a la revista que Úrsula formula, el silencio—un silencio violento que cargamos de sonrisas para hacer menos forzado—se apodera de la reducida estancia.

Lucho unos segundos contra la pregunta vulgar, esas interrogaciones clásicas en toda interviú. Premeditadamente huyo de ellas. Como renuncio a la fácil descripción—sedas, muñecos, frascos de perfume y barras de *rouge*—del cuarto de la actriz. Al cabo, lanzo mi primera demanda:

—¿Qué es lo que más la interesa en la vida...?

—Trabajar.

La respuesta me anonada. Nadie, jamás, me ha dicho nada tan absurdo. Por si no he oído bien, repito:

—¿Trabajar?...

Y ella insiste:

—Trabajar, sí. Para mí todo el día es trabajo, pendiente de continuo de mi arte. Estudiar los papeles, ir a los ensayos, probarme vestidos, representar. Hasta cuando me dedico a mis deportes favoritos, nadar y montar a caballo, que cualquiera puede creer que estoy divirtiéndome, trabajo cultivando mi línea, para conservarme siempre igual.

—Conformes. Pero ¿aparte del trabajo?

—Aparte de él, nada. Porque el otro ideal de mi vida, que no confío en poder realizar nunca, con el trabajo se relaciona íntimamente.

—¿Y es...?

—Algo muy corriente en los artistas. El deseo de ser lo que no se es. Cuantos tenemos una actuación pública, en privado nos sentimos diferentes y con deseos de exteriorizar esta diferencia. Particularmente los cómicos estamos seguros de que incorporaríamos mejor caracteres opuestos a los que de continuo damos vida. Y yo, estrella de tantas obras dramáticas, quisiera demostrar al público que soy capaz de obtener los mismos éxitos en comedias frívolas. ¡Pero los empresarios no quieren ayudarme a hacer el experimento...!

Una pausa, que yo podría aprovechar para alardear de fácil cultura. Nerón... Yorick... El violín de Ingres... Pero prefiero aventurar la última pregunta.

—¿Le gusta leer?

—Tengo poco tiempo para ello. Sin embargo, utilizo aquel de que soy dueña para la lectura.

—¿Novelas?

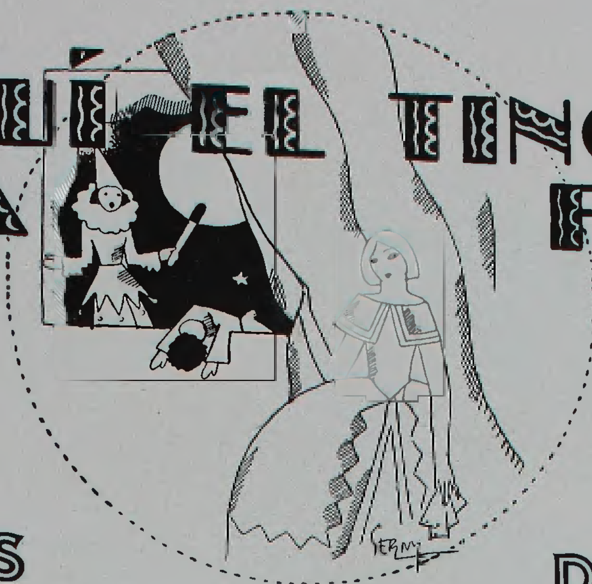
—¡Oh! No... Preferentemente libros de filosofía.

Y ante mi nuevo asombro, Úrsula Jeans se dibuja el corazón de *rouge* sobre los labios.

PEEJAY

Londres, febrero 1929.

"HE AQUÍ EL TINGLADO DE LA ANTIGUA FARSA..."



LOS LIBROS DE ZARZUELA

HILOS DE ARAÑA





No quiero discutir el origen y razón del tema que hoy se debate. Como el de la crisis teatral, es tópico al uso y abuso desde hace años y resucita frecuentemente. Pero es que, en la ocasión de ahora, se discute sobre él, y las opiniones encontradas cruzan sus espadas en son de combate.

El maestro Serrano se ha lamentado pública y reiteradamente de la falta de libros musicales. Y, entre líneas, deja adivinar que los que se hacen son malos. Estos son los dos postulados fundamentales de la cuestión que se dilucida. ¿Quieres, lector, que —sin intenciones dogmáticas— los analicemos un poquito?...

Yo no digo que el compositor valenciano tenga o no razón. Creo, eso sí, que exagera.'. O, mejor aún, que plantea falsamente la cuestión. Salvo las obligadas excepciones, de tres años a esta parte, pretendiendo hacer resurgir el género lírico nacional, los libretistas no producen labor buena ni mala; si a su mediocre obra hubiese que adjetivarla cumplidamente, sería forzoso decir que es monótona, aburrida.

Para los libretistas líricos, los últimos veinticinco años no cuentan, en absoluto, ni ha habido guerra europea ni nada. De buena fe, buscan las aguas de Juvenia para el género lírico en las zarzuelas clásicas, manantiales que corrieron hace muchos años y que bien se están en sus cauces. No se inspiran, copian; ni se ambientan, imitan. Y hacen el argumento trillado, antiguo, pueril, inadecuado para la época actual.

A casi ningún autor, al pensar en un libro lírico, se le ocurre otra cosa que pensar en una región española o en una comarca extranjera para escenario. Trajes regionales —andaluces o bretones, es lo mismo—, danzas típicas; un tenor cómico medio memo enamorado de una moza dicharachera (la tiple cómica), y la tiple cantante fluctuando entre el tenor y el barítono. Con esto y



Don Manuel Linares Rivas ha vuelto a obtener un buen éxito en Lara, escenario de sus grandes triunfos. En la interpretación de la comedia rivalizaron los artistas de la compañía de Carmen Díaz.



el primer actor de poder moderador, ¡cátate el éxito de cien noches!...

Claro que luego viene el público a rebajar sus pretensiones. Aquello se lo sabe de memoria, es la zarzuelita ancestral, y el desvío de los espectadores la acoge.

¿Qué hacer, entonces?, se preguntarán algunos. Pues la fórmula es fácil: vivir la vida de hoy, empaparse de modernas tendencias y costumbres, convencerse de que un buen libro de buena zarzuela debe ser —sin música— una buena comedia. Hasta aquí la obligación del autor de la letra.

«CUENTO DE ALDEA»



Fernández Ardavín ha volcado todos los lirismos de su musa juvenil en este «Cuento de aldea», estrenado en el escenario del Reina Victoria por las huestes que acaudillan Pepita Díaz y Santiago Artigas, cuya interpretación fué tan adecuada como todas las que siempre nos ofrecen tan distinguidos comediantes.

En cuanto al de la música... el maestro Serrano lo sabe bien, aunque en sus declaraciones parece haberse olvidado de consignarla. Dejar libertad a su compañero,



no forzarle a trastrocar el plan escénico empeñándose en que sea cantado lo que se escribió para que se hablara, y viceversa; huir de hacer la música antes que la letra, obligando al *monstruo* para aplicar el cantable.

Pero, repito, esto ya lo sabe Pepe Serrano. Por eso

«AMÉRICA FRAGANTE»

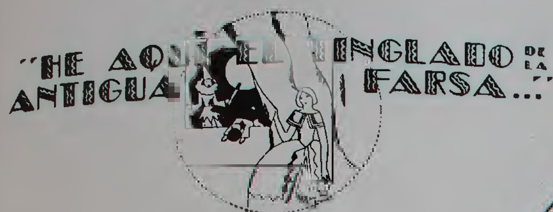


La compañía de Eslava ha mostrado, a poco de su reaparición, el admirable polifacetismo que la caracteriza en este ameno espectáculo, donde, como siempre, descuella el arte de Catalina Bárcena.

«EL CABALLERO SIN NOMBRE»



Muerto prematuramente, como su malogrado padre, Eduardo Granados dejó, a manera de testamento, la partitura para este libro de Sepúlveda y López de Sáa. Manos piadosas de compañeros ilustres la instrumentaron con excelente voluntad, y los espectadores de Apolo apreciaron las melodías inspiradas, fáciles y españolísimas, del joven compositor, premiando la obra póstuma con sinceros aplausos.



habla, sin duda, de la amistosa lucha que es una colaboración y de la humildad mutua. Ahora, que lo hace en un tono que, ¡la verdad!, parece que cree que el humilde y el derrotado no debe ser nunca el que, ante el atril, empuña la batuta.

SAM

«LAS HILANDERAS»



Una nueva obra del maestro Serrano, y una ocasión nueva para que la inspiración de este compositor famoso borde sobre el leve cañamazo de un cuento de Federico Oliver tan acariciadoras melodías como las de la romanza de tenor, el cuadro musical y el dúo final de la obra, que pueden equipararse con los mayores aciertos del autor de «La canción del olvido».

¡MIRA QUÉ BONITA ERA!...



Ramos de Castro, espíritu vivaz e inquieto, ha sabido, otra vez, del éxito grande. Bien versificada, con emoción humana, esta serie de estampas que evoca son otros tantos aciertos, y, con ella, se ha revelado en el Cómico una excelente primera actriz: Rosario Iglesias. *(Fotos Marín)*

LAS BOTELLAS VACÍAS

Humor de ANTONIORROBLES



EL ORGULLO EN LA REJA



La reja, la noche. La vidriera cerrada, las flores entre la reja y la vidriera. El silencio. Uno que espera, que es un bulto inquieto que a veces chirría con las suelas las arenillas de la acera. El farol lejano en una esquina de arista tibiamente iluminada...

De pronto se oye abrir la ventana con el misterio de una mano de novia. Y el que espera cruza.

—¡Ya es hora!—exclama seco.

—Hijo, cuando he podido—dice el beso de las palabras silenciosas.

—Pues ya me iba.

—¿Y qué quieres que yo lo haga?

—Sí, mujer; encima contesta mal.

—No es que te conteste mal; pero comprende que no puedo hacer más...

—Salir antes.

—Te he dicho que no puedo.

—Pues otro día saldrás y no estaré.

—Y qué lo voy a hacer...

—Es que si me contestas así, me voy ahora mismo.

—Yo no puedo evitarlo. Te pones así, tan injustamente... que te irás.



—Pues ya lo creo que me iré.

—Pues vete. Que todas las noches igual... ¡Eres insoportable!

—¡Contesta mejor, ea!

—No sé, ni lo mereces.

—¡Maldita sea!...

—¡Suelta!—la tenía cogida una mano, y la clavaba la ira de las uñas.

—¡¡Contesta mejor!!...

—¡Suelta, que me voy!...

—Pues vete... ¡estúpida!—y la soltó... pero para que no se le fuera.

Ella estuvo fuerte. Se levantó con tendencia a huir.

—¡Bruto!—exclamó.

Y se fué al fondo de la habitación oscura, con la mano arañada y la otra cogidas a la espalda y apoyadas en una puerta cerrada, blanca.

Se adivinaba una mujer: una novia, una novia herida...

Él, con el miedo y la ira en los ojos, con el amor propio bien dolido porque la novia no estaba al alcance de su mano de garra celosa, amenazó:

—¡Mira que me voy!

—Vete si quieres, bruto; que no sabes ni querer.

LAS BOTELLAS VACÍAS

—¡Que me voy!

Ella le tenía prendido por el dominio extraño de no hacer lo que él quisiera.

—Pues vete, te digo. Otro vendrá...

(Bien se advierte que había uno que quería venir, ¿verdad?)

Prendido a la reja, muerto de angustia, tuvo que decir, como pudo:

—¡Ea! Queda con Dios... Al fin y al cabo...

Y se fué. Y no había andado unos pasos, la mano de la novia, bien en su papel de orgullo, cerró. Y a él se le metió el ruido y el dolor como una puñalada en la noche, al pie de la reja.

Como las puñaladas típicas.

Y él lo sabía. Por eso las taponaba luego fuertemente, como atornillando el corcho, para no desvanecer por ahí, en humo que lo fuera contando a otros oídos, todo su angustioso secreto de vino sentimental, sabroso y fuerte.

Y destapaba más y más botellas y para la última de cada día hasta se limpiaba los labios con el dorso de la mano.

(Aquellas que estaban aparte, aquellas seis botellas bien taponadas, ¡cuánto sabían!... ¡Qué hondo le salió lo que guardaban!... ¿Cómo no estallarían? ¿Cómo no se rajaría el vidrio en un profundo suspiro?

¡Qué en secreto taponaban la angustia de aquel día: la angustia que nadie debiera saber!...

Eran las botellas del día en que se casó la novia.

BOTELLAS BEBEDORAS

Para olvidar...

El primer vaso de cada tarde tenía en su sabor y en su temblar un miedo de inocencia niña en poder del monstruo vicioso.

El segundo vaso... aún, aún.

El tercero, el cuarto... subían solos a los labios del borracho.

Le llevaban disuelto en el vino dorado un recuerdo, una caricia, un sentimiento, un dolor y una calma que, en extraña paradoja, era desasosiego más que calma.

Parecía que las botellas se vertieran en los vasos ellas solas, porque, como tienen ese cuello tan fácil de coger, también serán fáciles de coger por la mano inexistente de la brujería.

Parecía que las botellas tenían un accionar extraño, incitador, o unas palabras al oído, invitándole impacientes a vaciar los vasos, para llenarlos luego con su tesoro rubio, rizado de espuma.

Lo que resultó es que las botellas gustaban de vaciarse, porque de arriba a abajo se iban bebiendo el sentimiento, el amor, la novela triste y amarga del novio olvidado. Todo el hueco que dejaba el vino se llenaba de historias y de penas dulces. A más vino gastado, más dolor allí dentro; por manera que el pomito redondo del vino en la botella era el termómetro inverso.

Las alacenas, los anaqueles del piso de soltero se iban llenando de botellas que habían bebido de la tristeza infinita e inagotable de aquel hombre.



EL VINO DE LA ANGUSTIA

—¿No dices «adiós»?

Ella suspiró escalonada para poder contestarle:

—No te había visto.

Él la tendió la mano. Pero ella, en su inquietud, no le ofreció la suya; miraba a los lados, atrás...

Cierto que para él fué un instante ridículo, allí, con la mano tendida; pero toda inquietud se metía debajo de la gran inquietud de haberse encontrado.

—Tengo miedo—dijo ella, mirando constantemente hacia atrás, como encogiendo los codos y sin tranquilidad de conciencia.

—¿Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos, chiquilla?

Ella lo dijo justo. Luego él:

—¿Te has acordado de mí?

—Tengo miedo—y ponía los ojos de susto feliz, de mimo inquieto.

Poco a poco avanzaba la noche, y él la fué cogiendo el codo, el antebrazo, la cintura... Y se echaron la culpa de aquella noche de la reja.

—Todos los días esperaba algo de ti—dijo ella.

—Todos los días pensaba en pedirte perdón... y todos los días me parecía que ayer hubiera sido tiempo y hoy ya era tarde.

—¿Y pensabas en mí?—preguntó la antigua novia, cada vez más tapada por la noche, por el hombre y por la grata intimidad.

LAS BOTELLAS VACÍAS

—Ven a mi casa. Verás cuántas botellas he vaciado, para llenarlas con mi dolor, con tu recuerdo... Y el día en que te casaste...

—¿Te acordabas? Y yo... yo también...

—Ven, ven; verás...

—Tengo miedo...

Subió titubeante las escaleras, como si fueran escaleras del pecado. Pero él tenía todas las caricias para empujarla, para tirar de ella...

—Ven, ven; verás...

Las alacenas, los anaqueles, estaban todos llenos de botellas vacías que a una varita hubieran dado cada una su estallido musical, como hacían su estrellita al encender la luz.

—Vaciaremos otra entre los dos.

—No, no; no traigas de las llenas. Destapa de éstas; destapa una de estas vacías. Nos emborracharemos de este vino de tu dolor, que yo también sé beberle.

Destaparon una botella vacía, y otra y otra. Empezaron con gestos de dicha por haberse querido tanto; se llevaban a *morro* las botellas cada uno encantado por haber sido tan adorado en la ausencia.

Eran dichosos, precisamente porque todas ellas guardaban en su vacío una gran tristeza concentrada; eran dichosos por contraste.

Ya lloraban los antiguos novios silenciosamente, abrazados por la felicidad.

(Otra botella, otra, otra...)

El ambiente de la estancia tenía una extraña amargura dulce que no dejaba respirar a gusto.

Y ya lloraban los antiguos novios con un llanto callado que no se sabía si era felicidad o desconsuelo.

(Otra botella vacía, otra, otra... todas vacías de vino, pero llenas de pena.)

Y al final, los cascos rodaban por el suelo... y los antiguos novios también, con una terrible borrachera de angustia y de mimos exaltados y de caricias y consuelos babosos, del uno para el otro.

—Les ha *dao* llorona...—dijo la criada vieja, que no estaba en el secreto.

ANTONIORROBLES

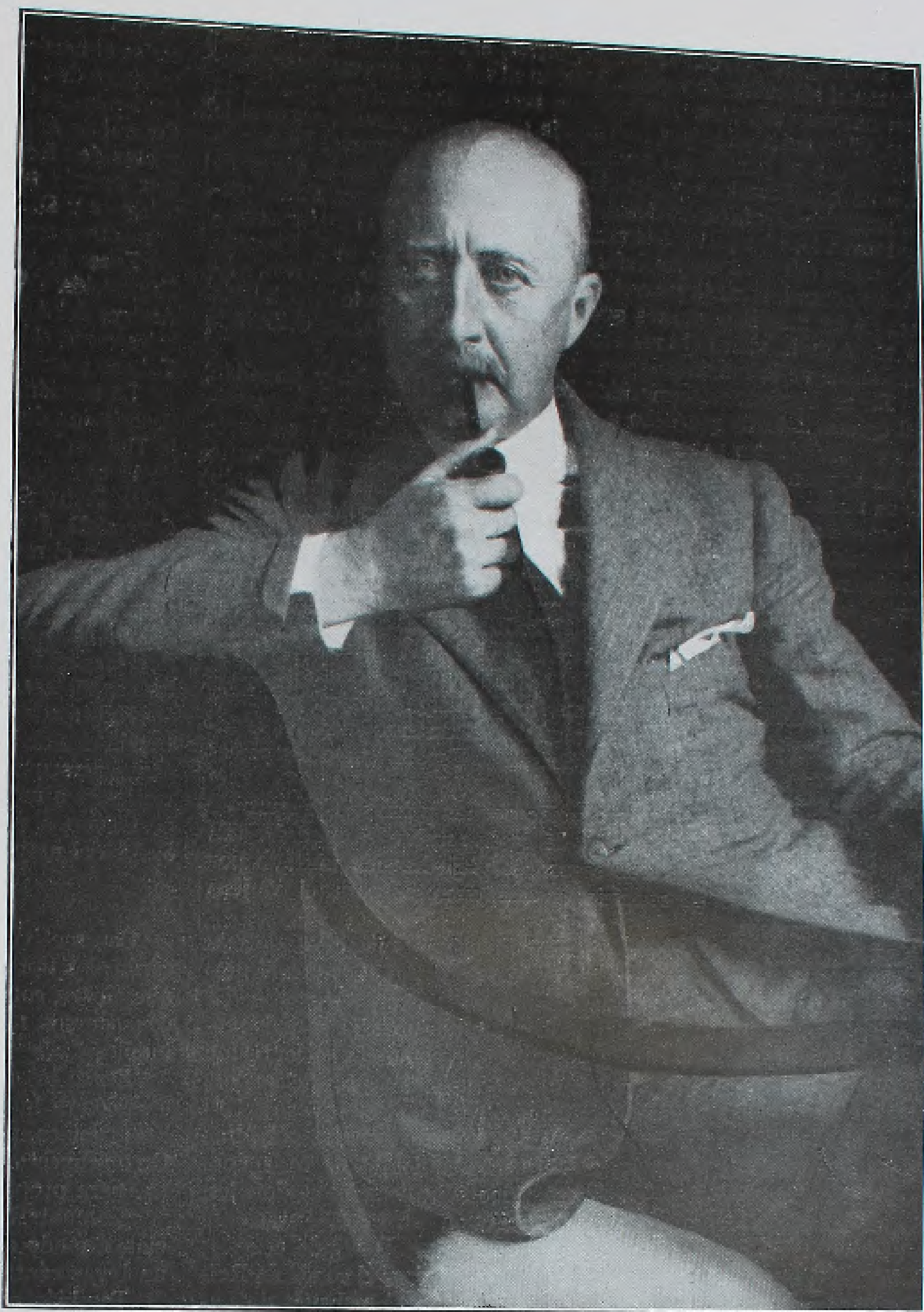
Dibujos de Tauler.



El Patronato Nacional del Turismo

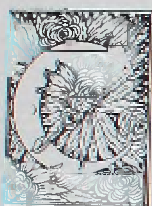
Su organización y desenvolvimiento

*



El conde de Güell.

UNA VISITA AL SECRETARIO GENERAL DEL PATRONATO



COSMÓPOLIS, una de las publicaciones que más culto rinden al problema del turismo en España, como lo viene demostrando desde la aparición de su primer número, ha querido conocer la eficacia del flamante Patronato Nacional, creado con tan altos fines de utilidad turística, cuyo desarrollo presente va mostrando curiosas facetas de su desenvolvimiento entre nosotros.

Nadie más autorizado para ilustrarnos con toda eficencia que el secretario general de la referida Institución.

Hay que ir, pues, a las oficinas de la Central de Turismo, que han hallado refugio en el suntuoso edificio erigido por la «Equitativa», en ese amplio trozo de la tan castiza calle de Alcalá, entre la Cibeles y la plaza de la Independencia.

Franqueada la puerta del piso que ocupan estas oficinas, hemos de aguardar en el saloncito del recibimiento a que el secretario pueda concedernos unos minutos de conversación.

Durante la espera, nuestra butaca es un observatorio discreto. Llegan nuevos visitantes. Funcionan los teléfonos insistentemente. Cruzan algunos empleados llevando papeles y carpetas. Los golpecitos monótonos de las máquinas de escribir se oyen con repiqueteo que deja adivinar el juego ágil de las pulidas manos de las mecanógrafas. Hay un laborioso rumor de colmena joven, elaboradora de nobles inquietudes.

Correctos funcionarios de la casa atienden a los que llegan, reciben órdenes, devuelven noticias pedidas. Actividad incansable de organismo viril. Promesa de frutos opimos. Burocraticismo regenerador.

En las oficinas del Patronato Nacional del Turismo se percibe el aliento de toda España, y desde sus distintas secciones se abren insospechados caminos, rutas innumerables de utilidad y belleza, que era preciso mostrar a todo el mundo.

El secretario general me recibe al fin. Ancha mano enérgica se me tiende. D. José Antonio de Sangróniz, hombre moderno, dinámico, acogedor, no puede disponer más que de muy escasos minutos. Ahora mismo está recibiendo, con mi saludo, la consulta de uno de los altos jefes de sección; la mecanógrafa inquiere con los ojos nuevas órdenes de trabajo. Sobre la carpeta esperan notas y papeles diversos; yo sé que en el recibimiento aguardan una Comisión de Tarragona y algunos otros visitantes. Preparo mi estilográfica y mis cuartillas. Quiero intentar el interrogatorio en nombre de COSMÓPOLIS. Mas al instante me doy cuenta de que es casi un crimen arrancar a este hombre de su trabajo. *Time is money*, recuerdo que dice el proverbio inglés.

Todo me dice allí de actividad fecunda, de vida moderna, de impulsos eficaces. Veo mi entrevista fracasada periodísticamente, y al enfrentarme con él, ya libre de consultas, junto a su mesa, sólo me atrevo a transmitirle el saludo de nuestra revista, solicitando la entrega de unas anotaciones, deseoso de conocer las diversas actividades del Patronato para reflejarlas en estas páginas.

D. José Antonio de Sangróniz tiene los gestos amplios, rotundos y leales; con ellos va subrayando sus palabras alentadoras, sus promesas y ofrecimientos de que ha de satisfacer nuestra curiosidad enviando las anotaciones pedidas.

Otra vez su mano y sus palabras se cruzan con las mías, en un decidido y cariñoso saludo, y abandono el despacho donde tantas iniciativas felices se truecan en realidades fragantes.

He sentido fracasados mis intentos reporteriles. Pero nada hay que se oponga a la tenacidad de un cronista curioso. Ahora mismo, sin aguardar a más dilaciones, he de cumplir mis deseos.

Y ese diablillo de las casualidades me proporciona la ocasión de que mi curiosidad aproveche la diligencia de prudentes amigos de ayer y activos amigos ganados en estas andanzas periodísticas. Son ellos el jugoso periodista y sagaz crítico de arte Rafael Marquina y Tito Luis López Menéndez, secretario del secretario general, galeote de la pluma, dotado de juvenil simpatía y de amplias amabilidades eficacísimas para mi labor en estos momentos.

Gustosos se prestan al interrogatorio, entre la inquietud desbordante del saloncillo de espera. Llaman al teléfono nuevamente, acuden nuevos visitantes. Los timbres suenan imperativos, y toda la casa vibra enardecida por un empuje audaz, apresurado, como si le faltara tiempo para llegar oportunamente a alguna parte. La sugestión de que Barcelona y Sevilla aguardan impacientes la visita de innumerables espíritus curiosos, y de que España entera desea presentarse a los ojos de todo el mundo pertrechada con el mejor atuendo, puede dar idea de los esfuerzos desarrollados en esta flamante oficina central, corazón y cerebro de todo el organismo turístico, víscera de las más importantes que rigen la gran corriente circulatoria en torno de la vida del arte español, cuyos horizontes se delimitan aureolados de la máxima esperanza.

En un instante mi curiosidad ha quedado satisfecha y prendida del agradecimiento que debo a ambos amigos. Repletas mis cuartillas de abundantes notas, y gratamente impresionado de las actividades sorprendidas en esta casa, vislumbrando allá en el horizonte de un mañana próximo la viva luz de tantas realidades como se están laborando ahora, salgo a la calle, invadida de sol, llena de la jocunda luminosidad del cielo madrileño, que en esta mañana rima tan armoniosamente con el optimismo de mi espíritu juvenil, fiado en la verdad de un porvenir regenerador...

ORGANIZACIÓN DEL PATRONATO

El Patronato Nacional del Turismo es una institución oficial, creada por Real decreto de 23 de abril de 1928, dependiente de la Presidencia del Consejo de ministros, cuya «misión cultural y patriótica es la de procurar y facilitar la afición al turismo entre los españoles y propagar la atracción de turistas a España entre los países extranjeros».

Se nutre del rendimiento producido por las primas del seguro de viaje, establecido por Real decreto de 13 de octubre de 1928. De tan acertada creación, que el dicho seguro de viaje ha sido imitado por Francia, implantado en condiciones más onerosas para el viajero que entre nosotros.

El Patronato se rige por un Comité directivo y ejecutivo, dotado de amplios poderes, cuyos miembros han sido designados por el presidente del Consejo de ministros.

El Comité directivo lo preside un hombre tan prestigioso y de méritos tan relevantes en la vida social española como el excelentísimo señor conde de Güell. Le acompañan tres vicepresidentes-delegados: el marqués de Pons, D. Joaquín Santos Suárez y el marqués de Hoyos, cuyas destacadas personalidades son harto conocidas para que yo intente descubrir ahora los muchos merecimientos de cada uno.

Existen también en el Patronato cinco subdelegados regionales, elegidos entre personas de alta significación en estas manifestaciones del turismo: D. Julio Cavestany y Anduaga para la región central; D. Miguel Quijano de la Colina, para la cantábrica; el conde de Ruiseñada para la de Aragón-Cataluña y Baleares; el marqués de Laconi para la de Levante, y D. Luis de A. Bolín para la de Extremadura y Andalucía.

Y es secretario general D. José Antonio de Sangróniz, a cuya gentileza debemos tan notorio estímulo para proseguir esta labor informativa.

Dependientes del núcleo central, formado con los nombres arriba dichos, existen Juntas provinciales y Juntas locales, además de inspectores provinciales, cuya organización ahora se está desarrollando.

Quiere también el Patronato establecer delegaciones en el extranjero. Están ya instaladas o son de inmediata instalación las de París, Londres y Buenos Aires. Además se crearán otras delegaciones en las ciudades más estratégicas de las fronteras y en los puertos de desembarque de singular importancia para la corriente turística. Estas delegaciones proporcionarán evidentes facilidades a los viajeros, atrayendo la curiosidad de otros y procurando el máximum de publicidad sobre cuestiones de la vida española que más puedan interesar al turista.

LABOR DEL PATRONATO

La primera preocupación del Patronato ha sido siempre la de los hoteles, base indispensable para la atracción de los viajeros. Ha creado, pues, la Junta de Albergues y Hospederías, de la que hemos de hablar por separado en otra ocasión.

Ya se está construyendo el hotel Atlántico de Cádiz, que constará de 87 habitaciones, distribuídas en planta baja, entresuelo, dos pisos y azotea, dotadas del *confort* conveniente, cuyo presupuesto total de obras asciende a 2.000.000 de pesetas. También se construirán hoteles en Salamanca y en otras importantes ciudades de turismo.

Feliz iniciativa fué la de los albergues para automovilistas, colocados al borde de las rutas, en lugares apropiados para facilitar el suministro de los que viajen por carretera. Con este motivo, a fines de noviembre, el Patronato Nacional, por intermedio de la Sociedad Central de Arquitectos, convocó a éstos para un concurso de anteproyectos de albergues, de coste no superior a 50.000 pesetas, cuyo primer premio fué adjudicado al anteproyecto original de D. M. Domínguez y D. C. Arniches, otorgándose, además, otros cinco premios para otros tantos trabajos dignos de tenerse en cuenta

Entre la labor ya realizada por el Patronato se cuenta la de la Exposición de Fotografías, celebrada últimamente en los salones de Amigos del Arte. Al presente se ocupa en realizar gestiones de interés, tales como el dragado del puerto de Cádiz, el arreglo del camino del Toboso y otras de no menor importancia.

La sección de publicaciones ha dado ya a la estampa la preciosa descripción de las cuevas de Altamira, por el competente profesor de la Universidad Central D. Hugo Obermaier. Dicha sección, al frente de la que figura un hombre de tan noble estirpe literaria como el poeta Pedro Salinas, ayudado por el asesor de arte catedrático de la Central D. José Ferrándiz, con la cooperación de nombres tan destacados en el mundo de las letras como los de M. Fernández Almagro, Rafael Marquina, Luis G. de Valdeavellano y Mariano Alarcón, prepara la edición de varias obras. Una serie de hojas plegables divididas en varios apartados que llevarán por título «España, país del Arte», «Jardines de España», «Palacios Reales de España» y «Catedrales españolas».

Habrá también tres tipos de guías. Unas más extensas, dedicadas a cada una de las capitales de provincia, de cuya elaboración se encargarán personas especializadas. Paralelamente habrá otra serie de breves guías a modo de folleto. Y aun se publicarán unas hojas o prospectos-guías, para facilitar la visita rápida a las capitales y otras ciudades del mayor interés artístico o histórico.

OTROS PROYECTOS

Con motivo de las Exposiciones de Barcelona y Sevilla se publicarán dos libros a todo lujo, en los que predomine la parte gráfica, que sirvan como definiciones prácticas de ambas ciudades, dando a conocer sus monumentos, tipos, costumbres y bellezas de diversa índole.

Entre los proyectos a realizar en plazo próximo figura el de la creación de la Escuela de Guías, que estarán a sueldo, inhabilitándose las propinas, para evitar abusos y dignificar el empleo debidamente. Otro proyecto es el de la Escuela de Cocineros, orientada a la moderna, para propagar las excelencias de las cocinas europea y española.

Se montarán grandes oficinas de información en Madrid y provincias, a modo de agencias eficaces. La de Madrid se ha de instalar en un lugar céntrico y con el lujo conveniente.

También se establecerán líneas de transporte por carretera, utilizando los automóviles ómnibus más modernos, provistos de lavabo, restaurante, etc.

Se utilizará el cinematógrafo como arma de propaganda del espíritu español, deseoso de dar la batalla en estas cuestiones del turismo.

LA INICIATIVA DEL CONDE DE GÜELL

Una bella iniciativa del conde de Güell, cuya realización parece próxima, es la de las Exposiciones regionales de Arte.

Prepárase la de Toledo y se piensa celebrar otra en Madrid para exhibir el paisaje español clasificado por regiones. Y que cada comarca traiga muestras de sus industrias artísticas para mostrarlas juntamente con los paisajes del país de procedencia.

Todavía el Patronato cuenta con otras sugestiones estimuladoras de sus actividades; pero con lo dicho puede tenerse una idea de lo que significa esta institución, ya que en apenas un año de vida no ha sido poco el esfuerzo realizado para poner en marcha un organismo tan complejo y multiforme como éste, al que le están reservados triunfos muy seguros. Para ello cuenta con elementos suficientes y con energías espirituales de significación muy alta. La firme mano del conde de Güell y la diligencia del secretario general, D. José Antonio de Sangróniz, así como el valor positivo de todas las personas de que se rodean, obrarán el milagro de que la nave de nuestro turismo pueda elevarse dignamente al parigual de sus similares en el extranjero.

RAIMUNDO SANDOVALES DE PEAL.

LOS POETAS



LO IMPOSIBLE

Yo hallé los bellos brazos de la Venus de Milo.
Yo sorprendí el secreto de la Esfinge del Nilo.
Hallé el arco de Eros y el carcaj de Diana,
el casco de Minerva y el hilo de Ariadna.
De la triunfal Victoria hallé las blancas alas.
Y es el velo de Isis la mejor de mis galas.
Aladino me dió su lámpara encantada;
su linterna Diógenes, y Damocles su espada.
El divino Moisés su vara milagrosa,
y la ciega Fortuna su rueda caprichosa.
Su lira me dió Orfeo, y su siringa Pan,
y Pandora su caja, y su manzana Adán...
Pero, a pesar de todo, no es completa mi suerte,
pues no pude quitarle su clepsidra a la Muerte...

GOY DE SILVA

¿SIENDO MUJER?

La comarca entera quema:
se masca calor de fragua
y se oye —pidiendo agua—
que por sus grietas, blasfema.

Pero en menos de una hora
—noble y compasivo el cielo—
ordena que riegue el suelo
a la nube bienhechora.

Y en el crítico momento
en que el terreno se encharca,
se extiende por la comarca
olor a agradecimiento.

Sorprendente proceder
que nos ofrece la Vida:
¡prueba que es agradecida
la Tierra, porque es mujer!...

ENRIQUE CHAVES RODRÍGUEZ



Deportes

VIDA PUGILÍSTICA


Ara


Lete


Paulino Uzcudun.


Hilario Martínez.

Dos notas fuertes, detonantes, plenas de emoción nueva, nos trae la vida pugilística americana. ¡La victoria clara y manifiesta de Paulino sobre el temible Christner! ¡La posible ruptura de Hilario Martínez con su viejo *manager* Bertys!

«El león de los Pirineos», como la afición neoyorquina llama al leñador vasco, ha señalado su reaparición en los *rings* de la gran metrópoli con un triunfo rotundo sobre quien frente a Sharkey señaló, aun derrotado, una posibilidad de sonadas hazañas en los cuadriláteros sobre los que se ha de izar el campeón que recoja la herencia de Tunney.

Paulino, apartada la sombra de Christner, camina con paso firme hacia la posesión de un título en el que resplandecen las luces mágicas de la fama y de la riqueza. Hilario... Su anunciada separación de Bertys puede volverle, si ella se confirma, al cuadro de honor de los grandes púgiles universales de donde salió por un exceso de confianza o una mala dirección.

Ellos dos, Paulino e Hilario, fueron los iniciadores de la epopeya ya iniciada. Sobre el bajel de sus entusiasmos, con las velas hinchadas por los vientos de todas las vehemencias, ellos señalaron la ruta. Y tras Ara y Tejeiro, se dispone la falange de nuestros hombres fuertes: Osa, Rayo, Gironés, Bartos... a la conquista del vellocino con la dinamita encerrada en los puños.

¡España en América! La reconquista por el músculo tenso ha tremolado su gallardete de guerra.

Los leones rojos

ante la pelea con Portugal el equipo nacional Español





PENAS salió a luz el nuevo equipo, surgió la protesta. Es lo de siempre. Llevamos ya para cinco años sin cuadro nacional. Once hombres escogidos por sus méritos individuales sobre el papel no pueden constituir nunca un conjunto capaz para defender prestigios deportivos de un país. Por eso, al grito triunfal, pleno de nervio y fibra, resonancia magnífica de aquella furia que brotó en los corazones del Stadium de Amberes, asomó al labio y cubrió los campos de Europa de un eco tembloroso de victoria, sucedió el espasmo de la caída en Colombes. La furia ya no bastaba; había que dar una técnica de juego al once, acoplar sus líneas, buscar, en resumen, una trabazón lograda, sólo accesible al inteligente esfuerzo reunido.

La experiencia de pasados fracasos, ese peso muerto del coraje individual e inútil que fué difuminando la brillantez de un título, ha sido el guión que ha movido al seleccionador nacional señor Mateos a apartar de nuestro equipo representativo a aquellos hombres que sólo conservan de un pasado glorioso la magia penetrante de las ruinas.

Ved, así, cómo en el nuevo cuadro de honor de nuestro deporte la guerrilla va constituída por cinco atletas nuevos en las grandes contiendas internacionales: Triana, Lazcano, Rubio, Padrón, Bosch. Encarnación de la modalidad privativa de la reflexión hecha músculo.

Urquizu, el vigor indomable refrenado por la serenidad y el ánimo experimentado de Quesada. Peña y Prats, la bravura tenaz y fuerte, como los dos brazos ejecutores del cerebro bien dispuesto de Solé. Y capitaneando el once originariamente trabado, como su penacho matizado en todas las gallardías, como su airón de orgullo y su timbre más sólido, el nombre de Zamora, taumaturgo de las felices inspiraciones, del hombre que paseó el nervio de la raza por las canchas del mundo.



Los leones rojos de España aprestan de nuevo sus *maillots* de pelea frente al portugués recrecido y sagaz. Será Sevilla, dentro de breves días, la escena de la lucha ejemplar que ha de servir de toque a nuestros colores para mirar con mayor afianzamiento o incertidumbre el mañana.

Italia, con su honorable clasificación olímpica, ha mostrado al mundo un progreso evidente. Francia, con su reciente victoria sobre los húngaros, ha puesto de relieve que no hay mejor enseñanza que la que impone la derrota. Su juego destemplado, su furia ciega, su desorden como conjunto, parecen ir cediendo el paso a la técnica nueva de las líneas estrechamente trabadas. Portugal es un país distinto, deportivamente considerado, al que conocimos hace unos años. Cada choque de españoles y portugueses ha señalado para éstos un avance y un retroceso para nosotros. La última pelea entre las dos naciones, celebrada en Lisboa, fué para España una amarga advertencia de que aquel enemigo fácil de antaño iba imponiéndose a sus antiguos maestros. La lucha, pues, que se avecina en Sevilla, no tendrá para nuestros colores esa simplicidad de cosa dominada que algún día nos hizo ir confiados a la pelea con los lusos.

LOS LEONES ROJOS

Basta recordar la demostración de buen fútbol que los portugueses hicieron en la última olimpíada —y nuestra *débâcle*— para deducir las altas calidades con que habremos de tropezar en la capital de Andalucía. Claro está que tampoco nuestro equipo representativo de hoy es aquel que en Amsterdam nos hizo pasar por uno de los mayores bochornos deportivos. Media un abismo de uno al otro, y ello es más que motivo para que veamos la contienda con los lusitanos con un gran margen de esperanza para el presente y para el porvenir.

Testigos presenciales del entrenamiento del once nacional español en los terrenos de Chamartín, tenemos derecho a confiar en que aquella técnica perfecta, sólo acusada en plan de pura exhibición, cristalice en una realidad sólida sus efectividades frente a los vecinos repúblicos del balón redondo.

El plan por conjuntos parciales —en buena hora iniciado por Mateos— creemos que puede ser la piedra de toque, más que para loables rectificaciones, ya en vigor, para enseñanza en el futuro.

Perdiendo se aprende, y nada como la desorientación estimula para dar al fin con el camino que ha de llevarnos a puerto seguro. Y sobre la desorientación pasada, el rayito de luz proyectado sobre la pelea próxima.

Portugueses y españoles, una vez más, dispónense a dirimir la hegemonía de la destreza en tierras ibéricas. Fiemos en nuestros hombres. Porque han de darlo todo por España, la victoria ha de ser la recompensa merecida, el sedante para la inquietud que espera, el estímulo para la ambición que abre sus alas.

¡España! ¡España! A la sombra de tu filigrana en mil taladros, Giralda; al arrullo de tus aguas mansas, Guadalquivir; al amparo de tu prodigio perfumado, Sevilla, los once atletas rojos saltan confiados. Corren, se esfuerzan, se agitan como un chocar de músculos, y allá, bajo el arco inviolable, Zamora brinca sereno y fácil, con el balón bien sujeto al brazo, como si estuviera oprimiendo, con gesto de gran capitán, el cuello esquivo de la gloria.

LA FINAL DE MESTALLA



Pelayo Serrano, árbitro del match *Una jugada sobre el barro* *(Fotos Marín)*

Los grandes acontecimientos merecen siempre la exhumación de un recuerdo. Sea hoy éste para aquella lucha antideportiva, sobre el agua y la ciénaga del campo de Mestalla, en la que el Deportivo Español de Barcelona logró, tras accidentada pelea, el título supremo y ambicionado de campeón de España.

Hubo un vencedor y un vencido. La pelea abierta no admite términos medios; pero aquello fué...

Si uno de los diamantes de la corona del vencedor puede ser arrancado, sea él para aquel Real Madrid derrotado que cayó sobre el barro y se levantó de nuevo sin deshonor ni mácula.



TURISMO Y AUTOMOVILISMO

HABLANDO CON EL SECRETARIO GENERAL DEL REAL AUTOMÓVIL CLUB DE ESPAÑA

DICE D. CARLOS RESINES

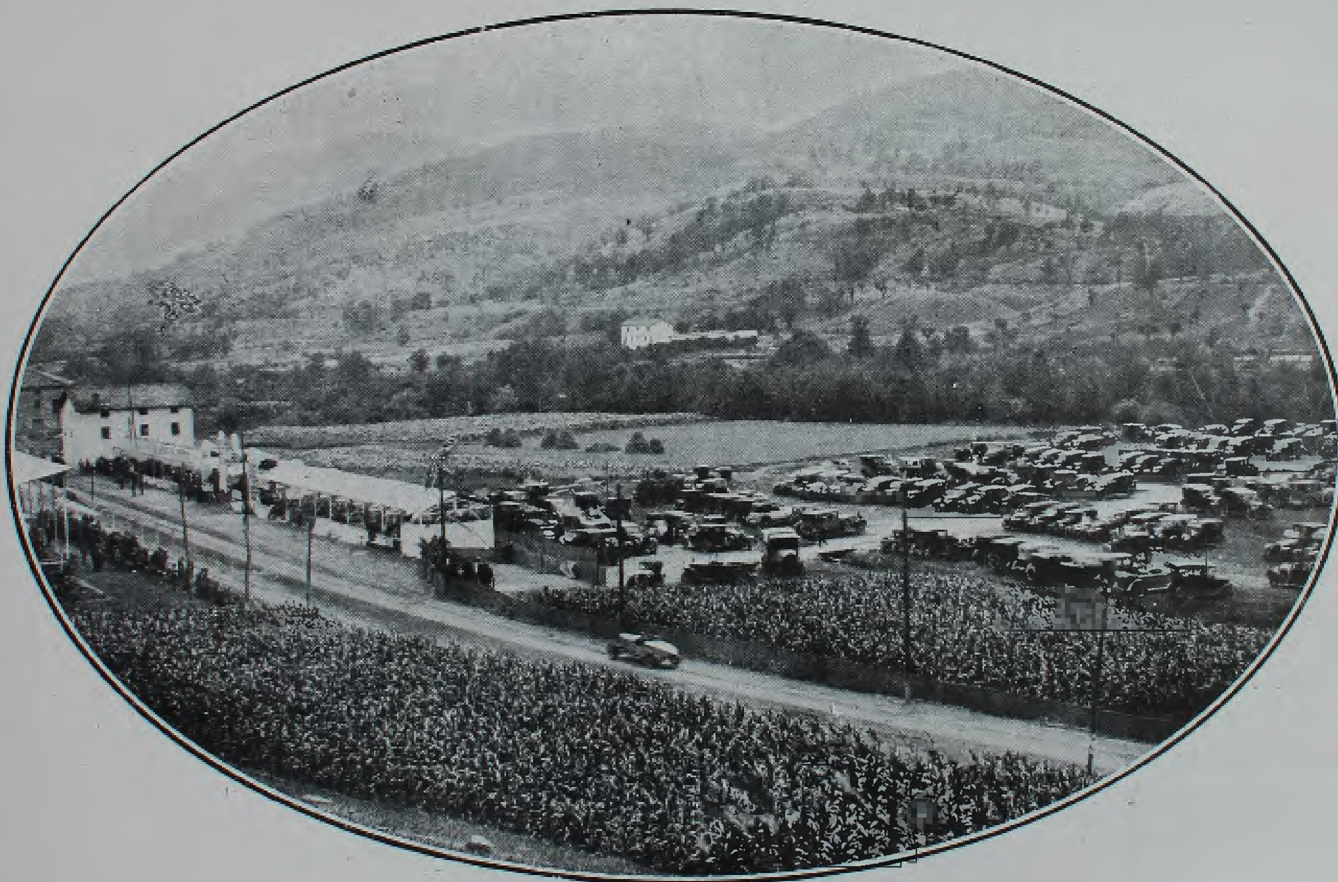


D. Carlos Resines, secretario del Real Automóvil Club de España

Estamos frente a frente al secretario del Real Automóvil Club de España, D. Carlos Resines. Con la amabilidad en él característica, va respondiendo así a nuestras preguntas:

—¿...?

—Sí; hacemos cuanto podemos; pero nos vemos obligados a luchar teniendo que vencer los grandes obstáculos que las casas constructoras de coches ponen. Dicen éstas que no encuentran compensación para el desembolso enorme que para ellas representa el participar en las grandes pruebas internacionales. Aun cuando el Real Automóvil Club de Guipúzcoa no nos ha enviado aún los reglamentos de las carreras que se propone organizar el verano próximo en el circuito de Lasarte, esperamos recibirlos en breve. En la reunión que celebró la Asociation Internationale des' Automobile-Clubs Reconnus para establecer el Calendario Automovilista para 1929, pedí y obtuve para dichas carreras las fechas siguientes: 25 de julio para el Gran Premio de España, carrera ésta que habrá de correrse con arreglo a la fórmula internacional, ya que es una de las Grandes Pruebas Internacionales que intervienen para la adjudicación del Campeonato del mundo en automovilismo.



Curiosa vista del circuito de Lasarte con la gran parada de coches particulares al fondo

—¿...?

—Desde luego. Las autopistas son de una gran conveniencia para fomentar el turismo automovilista, y es muy natural mi deseo de que se llegue cuanto antes a ellas. No obstante, hoy tenemos la satisfacción de ver cómo en el extranjero se consideran nuestras carreteras tan buenas como las primeras. No agradeceremos bastante los españoles la labor tan patrióticamente realizada en la renovación de las anticuadas carreteras nacionales, nada adecuadas al tráfico actual, por el conde de Guadalhorce.

—¿...?

—Es cierto; pero no vaya usted a creer que todo se desarrolla fácilmente. Precisamente porque hemos mejorado tan notablemente en carreteras, avanzando más



Un «bólido» en plena carrera

(Fotos Marín)

TURISMO Y AUTOMOVILISMO

rápidamente que otros países bajo ese aspecto, y porque España reúne condiciones en cuanto a costumbres típicas, historia, monumentos y paisajes para el turismo, ya algunos países europeos empiezan a hacernos la guerra.

—¿...?

—Naturalmente; una de las misiones del Real Automóvil Club de España es la de defender nuestro patrimonio turístico dentro del sector de sus actividades, es decir, dentro del radio de acción automovilista. Para llegar a obtener un respeto recíproco entre todos los países, particularmente en relación con el desarrollo del turismo automovilista en España, actuamos constantemente en la Association Internationale des Automobile-Clubs Reconnus, entidad la más importante, que está integrada por todos los Clubs automovilistas importantes del mundo.

—¿...?

—Para evitar, precisamente, esa clase de competencias, se desglosó de esa Asociación la Sección de Turismo, trasladando ésta a Ginebra; dicha Sección es la que se ha ocupado de confeccionar el plano internacional de carreteras y los itinerarios parciales. Todos estos planos e itinerarios son facilitados a los Clubs automovilistas por la Asociación Internacional, poniendo así a disposición de los turistas que viajan por carretera los elementos necesarios para poder efectuar los recorridos, guiándoles y orientándoles constantemente.

—¿...?

—Para ello tenemos Puestos de información en los que se facilita a los automovilistas, sean o no miembros de Clubs, los datos que necesiten. El personal de dichos Puestos les indica qué itinerario deben de seguir preferentemente, evitándoles las molestias que, en algunas ocasiones, presentan algunas carreteras por hallarse en reparación. De estos Puestos, el más importante es el de Behovia, por ser ésta la frontera más corrientemente utilizada para entrar en España.

—¿...?

—También; facilitamos la incursión de todo automóvil extranjero perteneciente a miembros de Clubs automovilistas corresponsales de nuestro R. A. C. E., por medio de los permisos de importación temporal denominados trípticos, documentos éstos que autorizan la introducción de los automóviles bajo la garantía del Real Automóvil Club de España, evitando así a los automovilistas molestias y desembolsos en la frontera; tiene tal importancia ese servicio, que cada año ha de garantizar nuestro Club una respetable cantidad de millones de pesetas.

—¿...?

—Esa especie de hermandad internacional del turismo automovilista es, precisamente, una de las finalidades de nuestra Association Internationale des Automobile-Clubs Reconnus; se ha creado una tarjeta de presentación internacional, y con ella, en cualquier país encuentran los automovilistas todo género de facilidades y protección por parte del Automóvil Club de la nación correspondiente.

—¿...?

—Así lo esperamos; la celebración de las Exposiciones internacionales de Sevilla y Barcelona provocará una intensificación del turismo automovilista extranjero hacia España, por lo que conviene dar la sensación de que España es un país bien organizado bajo este aspecto. Desde hace ya algún tiempo estamos recibiendo, de diferentes países extranjeros, gran número de peticiones de informes respecto a nuestros itinerarios nacionales y de otros detalles de gran interés, lo que demuestra que se sienten deseos de visitar nuestra nación.

—¿...?

—Ya se lo dije antes; el mayor éxito en la mejora de nuestras carreteras corresponde al conde de Guadalhorce; tan así lo ha reconocido el Real Automóvil Club de España, que es el primer ministro de Fomento al que ha nombrado socio de honor de nuestra entidad.

Estamos nuevamente en pie. D. Carlos Resines rehuye con sincera modestia el elogio que, como secretario general del Real Automóvil Club de España y de su gran labor en él realizada, le dedicamos.

—No hablemos de eso; no hablemos de eso. Yo no soy más que un soldado de filas—nos dice.

Don Carlos no nos deja terminar. Con gentileza de diplomático nos tiende la mano y estrecha la nuestra con efusión.

—No hablemos de eso. Sólo un soldado de filas—repite aún.

Hemos traspasado ya la cancela de salida.

MANUEL G. DOMINGO

A LOS LECTORES DE "COSMÓPOLIS"

Terminada la confección de las tapas para encuadernar el segundo semestre de COSMÓPOLIS (julio-diciembre 1928), de una perfecta solidez y sobria elegancia, que armoniza con el selecto contenido del tomo que formarán nuestros coleccionistas, participamos a nuestros lectores que se hallan a la venta en nuestra Redacción y Administración, Alcalá, 44 y 46 (entrada por Marqués de Cubas, 1), al precio de **cinco pesetas** cada par.

También se hallan a la venta los pocos ejemplares de tapas e índices sobrantes para encuadernar el primer semestre de COSMÓPOLIS.

Rogamos a nuestros lectores y corresponsales que, al formalizar sus pedidos, lo hagan a la mayor brevedad posible.

CARRERAS DE CABALLOS

¡Arriba las cintas...!



Grupo de propietarios y entrenadores en la tribuna del entrenamiento.

LA TEMPORADA SE PRESENTA BAJO LOS MEJORES AUSPICIOS

HE aquí otra vez el simpático Hipódromo de la Castellana, que abre sus puertas a la afición; afición, cada día más numerosa, que aprecia y procura compensar los esfuerzos de la Sociedad de Fomento de la Cría Caballar. La temporada empieza y ofrece un amplio programa—treinta reuniones—, sin duda el más importante de cuantos conocimos hasta ahora. Por eso también los propietarios han reforzado y remozado sus cuadras. Hay en entrenamiento ciento sesenta caballos. De ellos, cuarenta son potros de tres años. Y hay cincuenta potros de dos años, inéditos, que proporcionarán a los asiduos concurrentes al Hipódromo satisfacciones y sorpresas, y, siempre, emoción deportiva y tema de discusiones. La temporada madrileña, pues, se presenta bajo los mejores auspicios.



Los potros de dos años.

UNA MAÑANA EN EL HIPÓDROMO MIENTRAS «TRABAJAN» LOS CABALLOS...

La tribunilla blanca de los entrenadores está muy animada: Francisco Cadenas, Flatman, el capitán Letona, Ponce, Coello... Algunos propietarios presencian el entrenamiento de sus caballos: el entusiasta conde de Velayos, que con las importantes adquisiciones que ha realizado tiene hoy una de las primeras cuadras. Ejemplo digno de imitación. ¡Si todos los propietarios fuesen aumentando, poco a poco, el lote de sus caballos...!

Un nuevo propietario contempla el trabajo de los potrillos: el marqués de Melín. Gran aficionado a las carreras, éstas pueden esperar mucho de su afición. La presencia de sus bellísimas hijas anima el Hipódromo en esta mañana fría y gris. Y pone una nota de juventud y alegría que recuerda, y hace desear, las tardes primaverales en que el Hipódromo deslumbra de animación, de luz y de bellezas.

LA CUADRA CIMERA

Sigue la cuadra del conde de la Cimera a la cabeza de todas las cuadras españolas. Sus inmejorables productos de la Yeguada de Juenga, verdadero alarde de esmero, técnica y riqueza, en que no se regatea gasto ni esfuerzo alguno, mantienen los simpáticos colores de su propietario en primer lugar. Este año presenta once nuevos productos, potros de dos años: *Mic*, *La Madelón*, *Frascati*, *Adelaida II*, *Perugia*, *Capitolina*, *Siena*, *Capri*, *Sorrento*, *Montecasino* y *Conte Biancamano*. De los «tres años», conserva: *Port Etienne*, *Monrovia*, *Mar Chica*, *Atlántida*, *Guinea*, *Lagos* y *Dakar*. También tiene en entrenamiento a *Clotho*, *Orfeo*, *Sweet Thought*, *Las Fraguas* y *Le Petit Saussay*. De los «viejos»: *Colindres*, *Penagos*, *La Magdalena* y *Martinetti*. Sigue Flatman al frente de la cuadra, y como primer *jockey*, Carlos Belmonte. Para el excelente entrenador, *Colindres* está mejor que nunca; en *Orfeo* tiene gran confianza; *Port Etienne* sigue siendo el mejor de su generación, y entre los *nenes* encuentra los más adelantados a *La Madelón*, *Capri* y *Montecasino*.

FRANCISCO CADENAS Y SUS «PUPILOS»

Ocupa el segundo lugar el entrenamiento de Paco Cadenas, el distinguido *sportman*, entusiasta deportista, a quienes se confían cuantos aristócratas quieren convertirse de meros espectadores en paladines y mantenedores del «fuego sagrado» de nuestros hipódromos. A sus órdenes se preparan los caballos del conde de Velayos, del marqués del Llano de San Javier, del marqués de Loriana, del marqués de Melín y de la yeguada Figueroa. Dirige la ye-



El capitán Letona con los alumnos de la Escuela de Equitación.



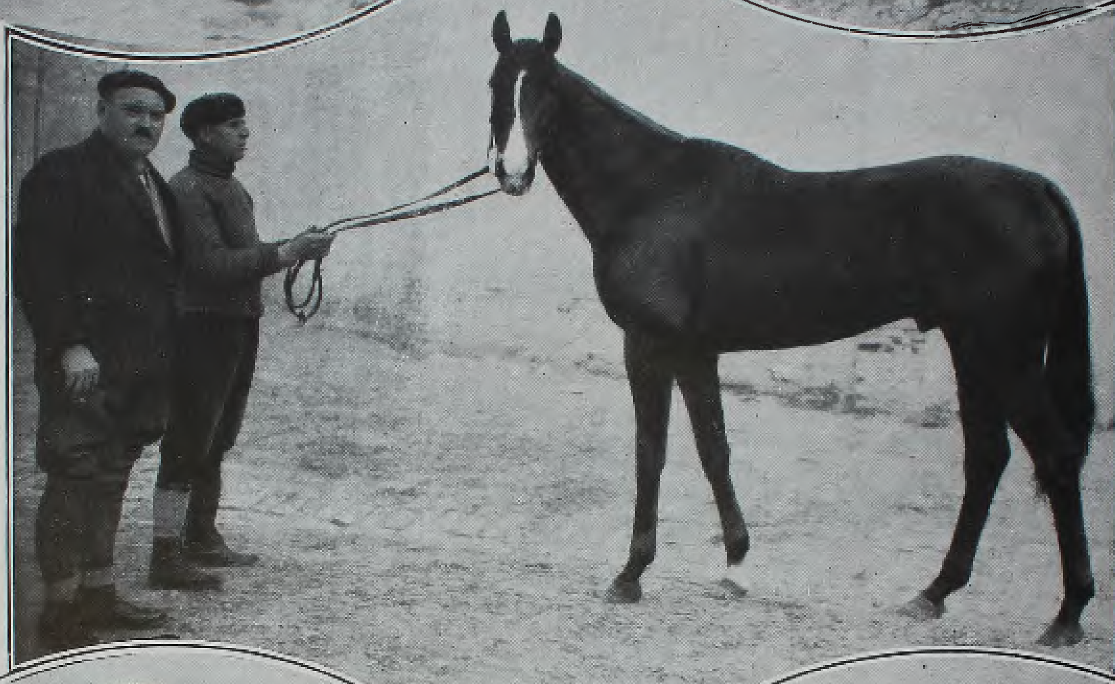
El capitán Ponce de León en su yegua «Brownie».



Carlos Belmonte, primer jockey de la cuadra Cimera, sobre «Clotho».

guada de Lasarte, cuyo primer producto, *Lasarte*, causó magnífica impresión en pasada temporada, obteniendo importantes victorias.

Diez y seis caballos tiene en entrenamiento: *Pronto, Pomposa, Trepa, Sato, Severa, Diaoul* y *Baltimore II*, de dos años; *Lasarte, Albest, Romance, Riposte, Sokorri* y *Casanova*, de tres años; *Sicambre* y *Copetin*, de cuatro, y el viejo *Toribio*, que sigue galopando sin dar muestras de aburrimiento ni de cansancio.



«Orfeo», uno de los mejores caballos del conde de la Cimera.



«Mariani», del capitán Coello, montado por su propietario.



«Tío Camuñas», potro de dos años, del duque de Alburquerque.



El conde de Velayos (a la derecha), hablando con el nuevo propietario, marqués de Melin.

CARRERAS DE CABALLOS

Valero Pueyo: *Montseny, Fes Cop, Louvenciennes, Vonderful, Ourky* y *Why Not.*

Y volveremos a ver a: *Loquillo, Clío II, Dragón Blanco, Rochers Rouges, Bacich, Mariani, Fleur de Munibe, Père Noel, Mandarina, La Rocosa, Maritornes, Catalonia, Lasa, Ronderius, Triana, Buenos Aires, La Cebadilla, Chamberí, Gran Viña, La Fileuse, Apa Noy, Ederra, Pierrette, Dorloté, Kindelán, Sand Storn III* y *Grand Merci.*

NOTA TRISTE

Este año no habrá carreras en Aranjuez. Legamarejo está de luto. Todos echaremos de menos las magníficas jornadas en el Hipódromo Real. Y todos, al lamentar este año su falta, recordaremos con pesar el triste motivo que a todos conduele.

ZYX

(Información gráfica de L. Marín).



Un lote de caballos de don Francisco Cadenas.

LA CUADRA REAL

Sigue Neuter a su frente. Tiene en entrenamiento: *Vía Madrid, Denis, Toison d'Or, Cordon Rose, The Bath* y *La Couronne,* de dos años; *Coureur Indien, Sceptre d'Or, Volga, Blanca y Negra, Borracho, Bougrelon* y *Blank Moss,* de tres; *Mauriac* y *Edipe Roi,* de cuatro.

OTROS ENTRENADORES

Juan Ceca tiene: *Don Aquí, Jarana, Tambor, Cascabel, Pourquoi-pas* y *Carlosle,* de dos años; *Alfanje, Altafulla, Rumba, Alfaro, Pocholo, Little Horns, Pitusín, Espinar, Whatcombe* y *Chacolí,* de tres años; *Charleston, Pilola, Axdir* y *Straight Line,* de cuatro. Pertenecen al duque de Alba, conde de Ruiz de Castilla, conde de Torrepalma, conde de Torre-Arias y señores Goyeneche y Queralt.

Juan García sigue preparando los caballos del marqués de Amboage: *Granada II,* potranca de dos años; *Cantón* y *Guillermina; Albeisa, Ingo, Gran Canaria, Manchette* y *Tatler.*

Francisco Labrador: *Aníbal, Escipión, Duende,* de dos años; *Alport, Salvadora* y *Ruiloba.*

El capitán Letona: *Nelo, Nepal, Nora* y *Nuremberg; Mendigorría, Moncayo, Tailleuse, Curruco* y *Karamba.*

Georges Higson: *Banasto, La Generale, Aeride, Miss Quality* y *L'Eneo.*

El marqués de los Trujillos: *Malasaña, Sbu-Sba, Yamile III* y *Celaya.*

El capitán Ponce de León: *Tío Camuñas, Le Butad, Bravo Brownie* e *Ivars.*



Francisco Cadenas conversa durante el entrenamiento con su jockey Mitchel Leforestier.

ATLETISMO

ELLOS Y ELLAS



El ministro de Instrucción Pública francés felicita a Leclerc, vencedor del «cross» organizado por «Le Intransigeant».

EN Francia se rinde fervoroso culto al atleta. A la explosión popular va unido el estímulo oficial que ansía la vigorización de la raza.

Cerebro y fibra: títulos que el siglo de la época cuida de enlazar para hacer el emblema del escudo que mira hacia el mañana.

También la feminidad prohija el atletismo, le mima y le atiende.

La mujer busca la estilización de la silueta, el desarrollo sano del cuerpo de Eva, en la práctica ordenada del ejercicio físico.

La fibra de la civilización, el vértigo del progreso pone su imperativo en «ellas».

«¡Plus vite! ¡Plus vite!»

(Fotos Marín)



Las atletas del Politécnico paseando en triunfo a la vencedora del «cross» femenino de Perivala (Inglaterra).

EL BOXEO FUERA DEL «RING»



Jack Dempsey, después de firmar los contratos de la próxima pelea entre Sharkey y Striblings, invita a un plácido té al «manager» del segundo de los citados púgiles.



De regreso en París, el campeón mundial Routis (×) cambia la pesadez de los guantes de lucha por la frivolidad de unas cartas... de baraja.

(Fotos Marín.)

ALGUIEN creerá que los boxeadores son hombres de excepción. No hay tal. De carne y hueso, como el resto de las criaturas, tienen también sus paréntesis tranquilos, sus invitaciones a una burguesía sencilla y templada.

Estos dos grabados poseen las más felices trazas de la elocuencia. Té familiar arriba con conversación trivial sobre la nadería: el tiempo, el campo, la enfermedad, la moda; naipes cruzados abajo. El café, el coñac, la emoción discreta de perder o ganar lo que no llega al triunfo ni a la desventura.

El púgil es eso: un hombre más, que a más de ser hombre sabe mover los puños, como otros la pluma, y otros el arco, y otros los finos pinceles. ¿Qué más da?

LOS ESCRITORES NUEVOS

Hemos recibido su trabajo, y...

J. A. (Melilla).—Ni gracioso ni bien escrito, ni nada. ¡Dedíquese a otra cosa!...

«Beatriz» (San Sebastián).—El estilo es bueno; pero el asunto, poco interesante en las dos crónicas.

«Fidias» (Madrid).—Vamos a publicar «Los mejores», que, si no son los mejores, están bastante discretos.

«Gil Blas».—¡Vaya!... ¡Otro que no lee COSMÓPOLIS!... ¿Cree que eso se puede publicar aquí?...

D. B.—No está mal; pero desdice del «Nocturno». Preferimos esperar otra cosa mejor hecha.

A. S. de A. (Ferrol).—Anticuado de forma y fondo.

B. L. y V.—Aceptado «Crespúsculo».

M. G. del C. (Granada).—Si pone más cuidado al medir los versos, puede hacer cosas mucho mejores que «Los viejos barrios de mi pueblo», a través de cuyos defectos se adivina un buen poeta.

G. C.—Los versos impares aconsonantan y los pares asonantan. Decídase por una cosa sola.

M. S. R. (Real de San Vicente).—Publicaremos «Vertió la alondra en el azul del cielo».

«Miguel José» (Toledo).—Aceptado su envío. Supongo que habrá tenido contestación particular a su reclamación.

L. O. A.—No está mal su soneto; pero «sobra» y «logra» no son consonantes, sino asonantes. Insista con algo perfecto de rima.

J. M. P.—Sinceramente: creemos que puede hacerlo mejor.

«Labazrayo» (Málaga).—La medida es deplorable. Pruebe con más cuidado.

«Mistral» (Casavieja).—Muy flojo. Lo que le publicamos hacía prometer más.

P. G. (Madrid).—No vale ninguno de los dos.

A. de L. (Cartagena).—Está bien de rima, pero no de idea.

«Aquel» (Madrid).—Efectivamente, no le llama Dios por el camino de la poesía.

P. S. M. (Sevilla).—Más que correcciones, como pide, le conviene un consejo: evite las trasposiciones, que hacen confusa su poesía.

«Lago Luna».—Sí, se paga cuanto se publica. Por eso no cobrará usted la poesía que manda.

A. M. T. (Torredonjimeno).—Lamentamos que le disguste que opinemos sobre sus trabajos. A pesar de todo, le diremos que lo de las golondrinitas es de un cursi lamentable.

Toda la correspondencia de esta sección se contesta exclusivamente desde las columnas de la revista: rogamos a nuestros comunicantes que en los envíos de originales consignen en los sobres: Para la sección «Los escritores nuevos».

Aparte de los originales que se nos envíen espontáneamente, acompañados del correspondiente cupón, publicaremos en esta misma sección algunos trabajos de escritores conocidos, prestigiando así a los literatos nuevos con su compañía.

«COSMÓPOLIS»

CUPÓN

que debe acompañar a todo envío de

Colaboración espontánea



VUESTRO CLAVECINO

MADRIGAL

Es vuestra boca señoril
un clavicordio angelical,
de blancas teclas de marfil
y linda caja de coral.

Y vuestra voz, tan infantil,
dulce rapsodia musical;
ondulación blanda y sutil
de etéreas cuerdas de cristal.

Si, con amor, vuestra alma mira,
el clavecín suave suspira
un aria dulce de Saint-Saëns,

y si os inunda la tristeza,
brota la gran delicadeza
de algún lamento de Chopin.

LUIS ALONSO LUENGO

Dibujo de SERNY

«X. Z. X.».—Publicaremos lo de «Responso a Rubén». Pero ¿con qué firma?

E. de la F.—¡Y qué se le va a hacer!... Tampoco sirve.

D. E.—¡Usted es un guasón!...

R. de R. (Murcia).—Dignas de usted. Se publicarán.

F. O. (Burgos).—Aceptadas las dos.

«Taovés».—No sirve.

J. G. G. (Zaragoza).—Si el asunto estuviese tan bien como el estilo, lo habríamos aceptado sin vacilar.

J. M. C. (Carballino).—Publicaremos «Tormenta».

P. S. Q. (Zaragoza).—Decídase por una sola forma de rima: asonante o consonante. Y busque asunto menos tétrico.

M. M. (Santander).—Mande otra cosa «de su colección». Eso lo ha hecho ya todo poeta.

«Tartana» (Las Palmas).—Si ponen más cuidado al medir las sílabas, pueden ustedes hacer buenos versos.

C. B. (Puerto Real).—Está bien; pero perderá toda oportunidad cuando le llegue el turno. Estamos cansados de decir que los trabajos de esta sección no deben tener fecha fija.

F. M. (Madrid).—Aceptamos «La rareza de Andrés».

K. Y. (Los Ángeles).—No vale la pena de estar en la Meca de la Cinematografía para hacer un cuento sobre películas tan anodino y vulgar. Una de dos: o escribe algo más sugestivo—¡que ahí hay temas!—, o embárquese para el Congo belga.

R. S. Z. (Ocaña).—¡Muy bonito!... ¿Está usted de turista o en el Penal?...

H. H. Z. (Valencia).—Hasta los más ancianos encontrarían viejo su cuento.

J. R. (Bogotá).—Envíe otra cosa con mejor sintaxis.

S. L. (Mérida).—Y a nosotros, ¿qué?...

«Kirikito».—Malo, muy malo el verso. Y peor, mucho peor, el dibujo.

«Otro».—Sí, señor. Otro... que va al cesto.

«Hoscar».—Aceptado para su publicación.

L. M. (Madrid).—Todo lo contrario.

A. P. (Barcelona).—Lo mismo digo.

M. Z. (Valencia).—Siguen las firmas.

T. M. (Sevilla).—Ídem, ídem.

«Dos».—¡Al fin!... Se publicará.

Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

1.ª Los trabajos en prosa no excederán de tres cuartillas *escritas por un solo lado*, y las composiciones poéticas de *sesenta versos*

2.ª Es inútil pretender contestación particular a las cartas que se nos dirijan relacionadas con esta sección. Para admitir o rechazar los originales tenemos la sección «Hemos recibido su trabajo y...», en la que por riguroso turno se contestará a todos los autores. Tampoco se devolverán los trabajos, publicados o no.

3.ª El solo hecho de enviarnos un original implica la absoluta conformidad con estas condiciones.

Y 4.ª Cada original debe venir acompañado de un cupón.

«REMEMBER»

Una vez le encontré tan solamente
de la Vida en el áspero camino;
nuestra mutua mirada fué elocuente,
una ilusión cruzó por nuestra mente,
y sin piedad nos separó el Destino.

¿Por qué jamás de nuevo le he encontrado
desde aquel dulce y ya lejano día...?
El sendero se hallaba bifurcado...
¡Pero en mi corazón no se ha borrado
la sombra del viajero todavía...!

MARÍA DOLORES BAS BONALD



Dibujo de San Martín

A UNA ANDALUZA



Dibujo de Gabrielle

Bajo el amparo de una mantilla,
por la verbena, risueña cruza
esta castiza y neta andaluza
que es de mi pueblo la maravilla.

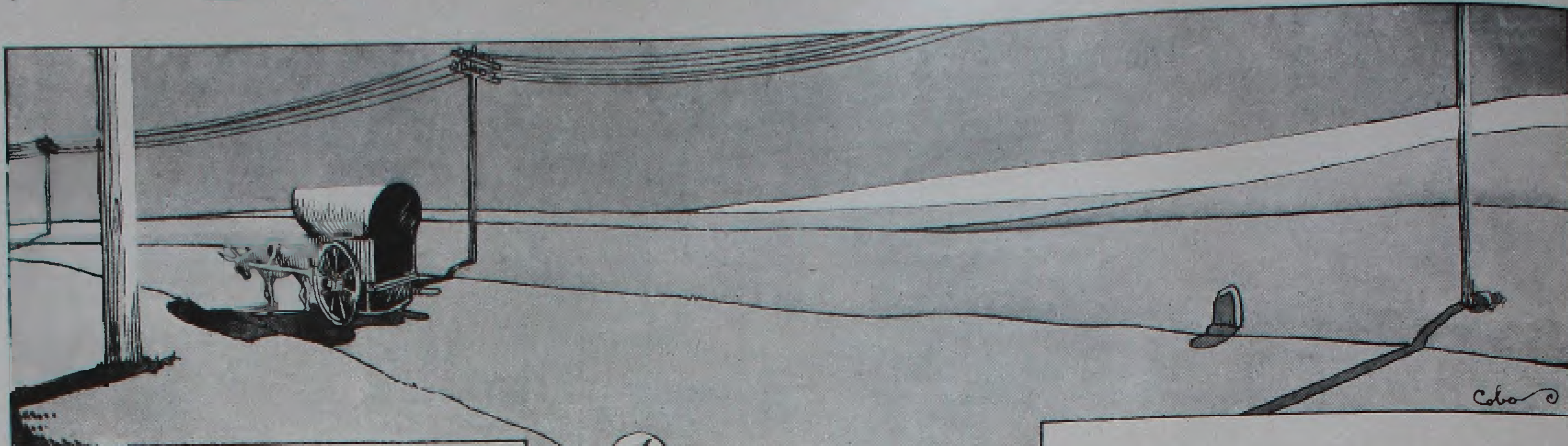
En sus cabellos color endrina
lleva amapolas, lleva claveles;
y en sus ojazos lleva las mieles
de una sonrisa semidivina.

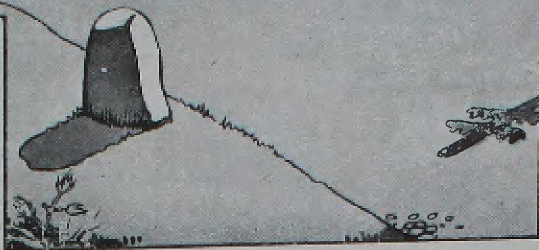
Todo es contento, todo armonía
donde su risa brota parlera;
que de esta tierra de Andalucía,

donde la vida pasa ligera,
esta andaluza, toda alegría,
es la morena más retrechera.

JOSÉ
CABELLO Y CABELLO

NOSTALGIAS





Carretera soñolienta,
tan blanquecina y sedienta,
como imagen polvorienta
de estas vidas tan monótonas y quietas;
triste y seca carretera
que no sabes ni siquiera
de la dulce y placentera
sombra de algún árbol junto a tus cunetas.

Tú que sientes solamente,
por tu dorso de serpiente,
cómo, perezosamente,
va pasando, lenta, lenta, una tartana,
donde yace sofocado,
bajo el toldo remendado,
un gañán amodorrado
que vuelve de trabajar en la besana.

La pesada masa ingrata
de alguna galera chata
con sus mulas en reata
y su carga de talegas de centeno
o la gente asalariada
que regresa fatigada,
pues fué dura la jornada
de la trilla, bajo el sol que cae de lleno.

Si supieras con qué vuelos
se dirigen mis anhelos
a otras tierras, a otros cielos...
Si supieras de estas mis melancolías,
cuando el sol está en su ocaso
y va dejando a su paso
del firmamento en el raso
esa rúbrica sangrienta de los días...

Si supieras de esa vida,
tan intensa, tan movida,
que, sin freno ni medida,
nos arrastra en peligroso torbellino...
No como ésta tan serena,
tan monótona, tan buena...
Es un canto de sirena
que emborracha y enloquece como el vino.

Y ¡ay de aquel! que en su imprudencia
prueba de aquella existencia
los placeres de demencia,
tan sabrosos como frutos sazonados.
El recuerdo que perdura
le señala con su dura
indeleble marca impura
como marca el rojo hierro a los ganados.

Al hollarte, carretera,
parece que el alma entera,
que se siente prisionera,
va acercándose a la vida con que sueña,
y, al término del camino,
me figuro que adivino,
¡meta loca de mi sino!,
mi existencia pecadora y madrileña.

JUAN DE GOYENECHE

Dibujo de Cobos.

La piedad de la noche



El gran pájaro negro de la noche
desplegaba sus alas milagrosas,
y hubo sobre nosotros un derroche
de pálidas estrellas... Misteriosas

las puertas carcomidas, dibujadas
sobre la lepra de las casas viejas,
eran acaso tumbas arruinadas
en la desolación de las callejas.

Tú, llorosa, marchabas a mi lado
contándome la historia de un pasado
triste y vulgar, que daña y que no asombra,

y en tus negras ojeras parecía
que la noche romántica ponía,
piadosamente, el beso de su sombra.

J. ANTONIO CAMPUZANO

Dibujo de Llano.

Jorge Montemar

«REPORTER-DETECTIVE»

Novela de aventuras, original de

SEE ADCOME

Traducida y adaptada expresamente para COSMÓPOLIS

(CONTINUACIÓN)





¡TODO HA ACABADO PARA MÍ...!

ERA lógica su actitud. Lógica y legal. Tanto, que ninguno de los dos pudimos oponer la menor objeción. Reinal me miró, consultándome; incliné la cabeza, asintiendo, y el agente se hizo intérprete del pensar de ambos.

—¿Palabra de honor?...

El doctor Whist no vaciló al responder:

—Palabra de honor. Ante el juez, se lo repito, lo diré todo.

Con rápido ademán, el policía descorrió la cortina y ordenó:

—¡Vamos!...

Ni él ni yo podíamos dominar los nervios. La curiosidad más vehemente nos acuciaba. El impenetrable misterio del extraño caso estaba a punto de descubrírsenos, podíamos afirmar que teníamos entre los dedos una de las puntas del velo que ocultaba la clave del asunto, y a nadie debe extrañar que, en aquellos momentos, el ansia loca de hallar la justificación de cuanto nos había hecho vivir unas horas inolvidables nos hiciese prescindir de vanos formulismos sociales. Así que, a la indicación del inspector y como el hombre de ciencia vacilara, apoyé mi mano en la espalda, y, al tiempo de empujarle suavemente, apremié:

—¡De prisa!...

Alzó Whist los hombros, con expresión resignada. Sepultó en el bolsillo interior del chaleco la carterita que tan cuidadosamente guardaba y, con paso trémulo, obedeció. Al caer la harpillera, solos los tres en el reducido zaguán, brillaron de nuevo nuestras linternas, y el sabio profesor lanzó una breve ojeada a la alcoba improvisada, mientras su pecho se hinchó en un suspiro.

Ante la luz cegadora de la mañana invernal, parpadearon nuestros ojos, acostumbrados a la penumbra. El agente que dejamos a la puerta no ocultó su satisfacción por el éxito de la batida. Tras las felicitaciones, inquirió, señalando al inventor:

—¿No le esposamos?...

Paco Reinal le hizo ver lo innecesario de la medida. El doctor estaba en un estado de postración tal que no podría ni siquiera intentar hacer uso de las escasas fuerzas físicas que a sus años lograse conservar. Además, teníamos su palabra de ir a declarar ante el juez instructor.

Durante este diálogo, Whist—las manos en los bolsillos del pantalón—contemplaba melancólicamente el pobre edificio. Su contemplación debía sumirle en quién sabe qué dolorosos recuerdos,

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Descubierto el asesino de miss Evelina Whist, y habiendo el padre de la víctima incurrido en contradicciones, cuando el juez pretende hacerle ampliar su declaración, se descubre que el doctor Whist ha desaparecido del hotelito en que se cometió el crimen y donde se halla constituído el Juzgado. Toda la policía se dedica a la busca del doctor, siendo el agente Reinal y el periodista Jorge Montemar los que consiguen encontrarle en una casucha de los alrededores, donde se dedica a quemar unos documentos. Sorprendido, les promete que sólo hablará delante del juez.

en qué amargas consideraciones que anegaban su corazón; el caso es que, al indicarle yo—después de una larga pausa en que, por tácito acuerdo, respetamos los tres sus reflexiones—la necesidad de reemprender el camino hacia su *villa*, cuando volvió la vista a nosotros, unas lágrimas le brillaban en las pupilas y musitó, triste:

—*¡Todo ha acabado para mí!...*

YA NO SE PUEDE RETROCEDER

Emprendimos el regreso a campo traviesa. Reinal tenía el decidido propósito de que ningún periodista nos viese entrar con Whist en su hotel, para evitar fantasías y comentarios, en tanto que don Abel no decidiese lo que debía decirse y cuanto era forzoso callar. El terreno, por aquella parte, hacía una hondonada que nos ocultaba a la vista de los que desde la carretera avizoraran.

Por la misma razón se opuso a que disparásemos al aire, indicando a sus compañeros y subordinados que había parecido el fugado. A mi lamentación de que era un crimen dejarles que se reventaran persiguiendo a quien estaba en nuestras manos, me dijo:

—Le contestaré con el cuento viejo, amigo Montemar. ¡Déjelos que busquen al doctor, que, si lo encuentran, tendremos dos!...

Y reforzó su humorismo con el relato de la célebre anécdota de aquel jefe de Policía local que habiendo recibido tres retratos—de frente y los dos perfiles—de un estafador cuya captura se le interesaba, telefoneó horas después: «Detenidos dos de los individuos que interesa V. S.; al otro le siguen de cerca mis hombres.»

La certidumbre del triunfo le había puesto de un excelente humor, que compartíamos. A nuestro lado, Whist caminaba silencioso, la vista fija en un punto vago del horizonte. Sólo cuando el sendero que pisábamos se alzó en leve repecho y la casa del crimen comenzó a mostrársenos próxima, le recorrió un estremecimiento tan fuerte que temimos diese con su cuerpo en tierra.

—¡Gracias!... No es nada—rechazó al vernos dispuestos a auxiliarle.



Prosiguió la marcha, adelantándosenos un trecho, pues el respeto y la compasión detuvieron nuestros pasos. A los pocos metros, sin embargo, volvió a vacilar y tuvo que sentarse sobre unas piedras, incapaz de continuar avanzando. Corrimos a su lado. Estaba pálido como un muerto y de su frente fluía un sudor frío que enjugaba con el pañuelo, más por disimular las lágrimas que por librarse de sus gotas.

El espectáculo de aquel anciano abrumado por la fatalidad sacudió hasta lo más hondo las fibras sensibles de mi alma. Tanto que, hincando en tierra una rodilla, le aparté las manos del rostro y con voz entrecortada:

—¡Esto se terminó, doctor!—le dije—. Si lo que debe revelar al juez es algo tan doloroso, tan íntimo, tan sagrado que sólo el pensar en hablar de ello le turba hasta ese extremo, es preferible desistir de saber la verdad del asesinato de su hija. Aquí, muy cerca, tengo un automóvil que es un rayo y en unas horas puede conducirle ¡donde usted quiera! Nosotros somos tres caballeros, profesor. Todo se reducirá a que no hemos dado con usted. ¿Verdad, señores?...

Mis compañeros no dijeron ni una palabra en contra de las mías. Dadas sus condiciones, esta muda aquiescencia era lo más que podía esperar de ellos. ¡Excelentes muchachos!... Y como el anciano tampoco respondiera, insistí:

—¿Quiere usted mi *auto*, profesor?...

Se enderezó el interpelado. Ahora no ocultaba las lágrimas, que surcaban su rostro venerable. Me estrechó fuerte, muy fuerte, contra su pecho y sentí palpitar su corazón con violencia inusitada.

—¡Gracias, joven!—exclamó—. Pero *ya no se puede retroceder.*

AQUÍ NO HA ENTRADO NADIE

Aún más que todo nos angustiaron aquellas palabras, que presagiaban un íntimo drama. Pero era tan firme el acento con que fueron pronunciadas, que no nos atrevimos a argüir nada y nos disponíamos a seguir andando.

Con el gesto, Reinal nos detuvo. E insistió—en conciso y contundente alegato—sobre la precisión de que ni un solo *reporter* nos descubriese al entrar con el doctor. Había que inventar alguna estratagema, algo que a todos despistase, alejándoles del lugar del suceso. Pronto su ingenio fértil le sugirió una, que fué aprobada unánimemente, incluso por Whist, que nos agradeció el que le librásemos de curiosidades indiscretas.

Desarrollando el plan, González—así supe, entonces, que se llamaba el agente que venía en nuestra compañía—se encaminó, a todo correr, al hotelito en que aguardaba don Abel nuestro regreso. Al verle llegar, jadeante y sudoroso, los periodistas supondrían que algo trascendental ocurría, y sus presunciones adquirirían mayor cuerpo cuando, segundos después, saliese precipitadamente el Juzgado, montara en el automóvil y junto al *chauffeur* ocupase un puesto González. Lo obligado era que todos los vehículos, sin excepción, partiesen en seguimiento del que conducía a Lacruz, el cual—después de un breve paseo de cinco o diez minutos—regresaría a la *villa*. Eran estos minutos los que Whist, Reinal y yo debíamos utilizar para introducirnos en el hotel, a cubierto de toda mirada indiscreta.

Todo resultó como si estuviera ensayado. Desde nuestro escondite pudimos ver, entre la nube de polvo que levantaba, la caravana de coches que, a la máxima velocidad, se encaminaba rumbo a Chamartín. Se adivinaba a los *reporters* en el interior de los suyos, nerviosos, desasosegados; algunas cabezas asomaban por las ventanillas con una mano sobre el sombrero que el viento levantado por la loca carrera amenazaba derribar.

A lo lejos desapareció el último de la comitiva. Sin que nadie más que los guardias que vigilaban la entrada nos viesen llegar, franqueamos la puerta del edificio. Los dos nos contemplaron con sorpresa; sin duda hasta ellos mismos habían caído en la celada que Reinal preparó. Para evitar indiscreciones, éste les llamó y dijo:

—Aquí no ha entrado nadie desde que salió el Juzgado. ¿Comprenden ustedes?

La pareja repitió a un tiempo:

—Sí, señor, don Francisco.

Y antes de cerrar la puerta, aun les recalcó nuevamente:

—¡Se juegan ustedes el empleo si hay la menor indiscreción!... *Aquí no ha entrado nadie.*

¡DÉJEME USTED EN PAZ!...

No entramos en el laboratorio. En la habitación donde pasó la noche el profesor, y de la que se evadió tan hábilmente, decidimos

esperar el regreso de don Abel. Reinal, sonriente por el éxito de su *truco* para alejar curiosos, se puso a contemplar el paisaje—un yermo nada pintoresco a pesar de que el sol se esforzaba en darle esplendor y realce—a través de las vidrieras del ventanal, mientras silbaba una cancioncilla en boga. El profesor, tumbado indolentemente sobre el lecho, cerró los ojos, simulando dormir, aunque lo entrecortado de la respiración le traicionaba, y yo encendí un cigarrillo y, apoyado contra el quicio de la puerta, le observaba.

Le observaba y, a medida que le iba observando, sentía que mi compasión, mi simpatía hacia él aumentaba. En sólo unos instantes de verle, aquel hombre venerable se había ganado por entero mi voluntad. Ahora mismo, al pensar que dentro de breves minutos comparecería ante el Juzgado, sería sometido a un interrogatorio minucioso que podría resultar cruel, desgarrando las más íntimas fibras de su alma, se alzaba en mi interior como un movimiento de sorda protesta—latente rebeldía—, similar y superior al que me llevó, en plena carretera, a ofrecerle mi ayuda para que huyese.

Pero ¿era, en realidad, sólo la simpatía, la compasión, las que me dominaban? ¿No sería, más que nada, el temor a que las preguntas de Lacruz fuesen poniendo al descubierto la realidad? ¿Quizás admitía yo la posibilidad de que el anciano fuera un farsante maravilloso, un artista del crimen, superior en refinada crueldad y astuto simulamiento a los más audaces y diestros?... Mi deseo de que no hablase—de que no le hiciesen hablar—, ¿no podría confundirse con el miedo a que las palabras derribasen el altar que, en mi pecho, le había levantado?...

Me acerqué al lecho en que reposaba. Tengo la certeza de que—entreabriendo los ojos—me vió llegar, aunque optó por hacerse el desentendido. Sentado en el borde de la cama, me incliné hasta casi llegar a su oído con la boca y, en voz que era un susurro:

—Profesor—le llamé.

Silencio. Insistí:

—Profesor... Soy un amigo... Un amigo que se conduele de sus desgracias.

Nueva pausa. Me angustiaba aquella obstinación en el dolor, aquella pena tan grande que—egoísta, como verdadero pesar—, guardaba para él solo, sin quererla compartir con nadie, por vía de desahogo.

—Créame—continué con acento sincero y emocionado—. Mi mayor deseo es servirle en algo...

Alzó los ojos, que tenían un extraño brillo—frío y enérgico—de acero, y los clavó en los míos. Unos segundos sostuve, audaz, la enérgica mirada; pero concluí por apartar mis pupilas de las suyas. Resonó su voz dura y desabrida, muy diferente de la que hasta entonces le escuché.

—Bien—dijo con su muletilla acostumbrada—. Puede servirme en algo, si quiere.

—¿Qué debo hacer?—anhelé con la mejor voluntad.

—*¡Déjeme usted en paz!...*



¡OJALÁ FUESE YO EL ASESINO DE MI HIJA!...

Sólo teniendo muy en cuenta la edad, la significación y las circunstancias que le habían hecho perder el dominio sobre sus nervios, pude aguantar sin protesta la grosería con que respondió a mi cordial actitud. Eso sí, me prometí *in mente* no volver a insistir, dejarle que se las compusiera como buenamente pudiese, y si la Justicia le enredaba en el proceso... ¡Pero, caramba, era imposible que fuese cómplice de un asesino!...

Iba a levantarme del improvisado asiento sin mirar al ingrato viejo, cuando noté que una de sus manos descansó sobre mi pierna izquierda. Al volverme, el gesto del doctor había cambiado; sereno, humilde casi, su voz reposada me hablaba:

—¡Perdóneme!... Ha sido una brusquedad imbécil, indigna de usted y de mí. ¡Hace horas que no sé ni lo que me pasa!...

Desarmado por las frases que oía, repetí mis protestas de amistad y ayuda.

—Bien, joven—repuso—; agradezco sus ofrecimientos; pero ya le dije antes que no era tiempo de retroceder. Cuando los hechos se han desencadenado con la violencia que lo han hecho, ellos mandan, lo son todos. ¡Las palabras no tienen importancia ya!... ¡Hablaré!...

Con esfuerzo patente, y ayudado de mis brazos, logró sentarse junto a mí. Oprimió mi mano entre las suyas y continuó:

—¿Tardará el juez en recibirnos?...

—Aun no ha vuelto. Pero espero que estará al llegar.

—¡Bien!... Eso es lo mejor. ¡Pronto, pronto!...

—¿Tanta prisa tiene por decir todo?...

—¡No lo sabe usted bien!... Cuando se ha decidido volcar los secretos que encierra nuestra vida, hasta los más horrendos, aquellos que desearíamos que sólo fuesen un mal sueño, es cuando pesan más.

Paco Reinal se nos acercó. Al darse cuenta de que estábamos hablando en tono confidencial, se hizo atrás unos pasos, discreto; Whist, apercibido de la maniobra, le llamó en voz alta:

—¡Acérquese, señor Reinal!... No es secreto lo que estamos hablando.

Enmudeció algún tiempo. Después, pasándose la mano por los ojos:

—¿Usted llegó al hotel apenas comuniqué el asesinato de mi pobre hija?—le preguntó.

—Casi con el juez—respondió.

—Entonces, tendrá su opinión formada sobre el crimen, su desarrollo y la personalidad del agresor.

—Desde luego.

—Y yo también—me creí obligado a afirmar.

El sabio me miró con una sonrisa triste:

—Usted sé que cree en mí—suspiró.

—En lo que coincidimos, profesor—continuó el inspector—. También yo sé que no es usted el asesino.

Ni la menor sorpresa se acusó en el rostro del anciano. Paseó la vista del uno al otro y, estallando en un sollozo, pronunció estas palabras, que colmaron nuestra incertidumbre:

—*¡Ojalá fuese yo el asesino de mi hija!...*

¿QUÉ HA HECHO USTED DE SU AYUDA DE CÁMARA?...

Sin darnos tiempo a que aclarase el profesor su desconcertante lamentación, don Abel Lacruz irrumpió en la estancia. El paseo en el automóvil le había descansado de las emociones y trabajos sufridos. Venía más orondo y satisfecho que nunca, muy encarnado el rostro y aspirando, voluptuosamente, el humo de un grueso veguero.

Apenas nos vió, avanzó a Reinal, le oprimió cariñosamente los hombros con sus manos anchas y gordezuelas y rió estrepitosamente.

—¡Golpe de efecto, Reinal!... ¡Es usted el mismísimo demonio!... Los periodistas mordieron el anzuelo, inocentemente. ¡Lo que se habría divertido viendo las caras que pusieron cuando, a la entrada de Chamartín, hice parar el *auto* ante un mesón!... Corrieron hacia mí, como locos. «¿Qué hay, don Abel?», me preguntaron. «Eso al ventero, amigos», les repuse. «Él nos dirá qué podemos desayunar, porque ya es hora.» ¡Se les cayó el alma a los pies!... Menos mal que unas lonchas de jamón con huevos, a las que les convidé, y el vino, que se empeñaron en pagar ellos, les habrán compensado del fracaso.

Cambió de tono seguidamente, al enfrentarse con el atribulado padre.

—Estará convencido, doctor Whist—dijo con cierta dureza—, de que no es empresa sencilla burlar a la policía española. ¡Y agradezca que tengo en cuenta quién es usted y los acontecimientos que han influído sobre su ánimo, para no castigarle como merece!...

Whist no repuso. Intervine:

—Ha prometido hablar, don Abel.

—Lo mismo me ha dicho González.

Se volvió al doctor:

—¿Mantiene su palabra?...

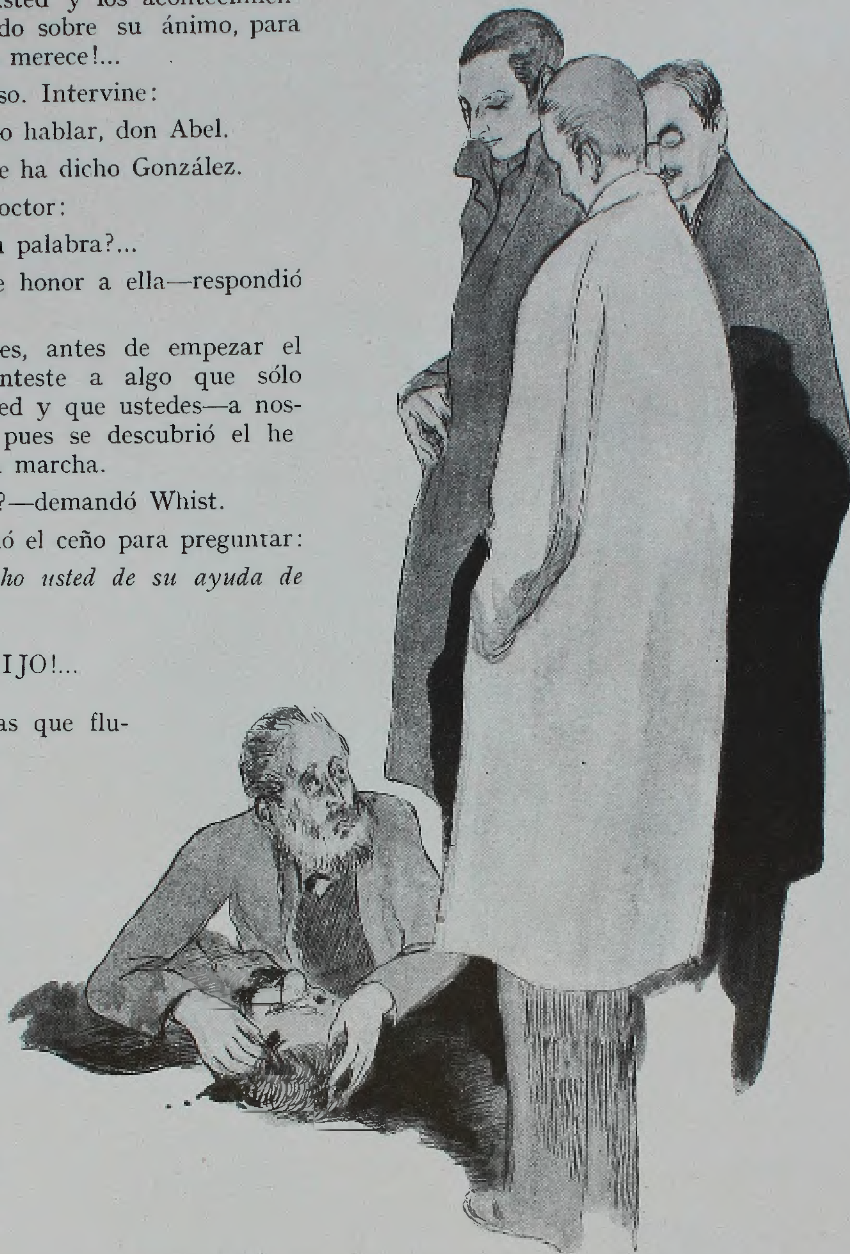
—Siempre hice honor a ella—respondió con dignidad.

—Pues entonces, antes de empezar el interrogatorio, conteste a algo que sólo puede hacerlo usted y que ustedes—a nosotros— ignoran, pues se descubrió el hecho después de su marcha.

—¿Qué es ello?—demandó Whist.

D. Abel frunció el ceño para preguntar:

—*¿Qué ha hecho usted de su ayuda de cámara?...*



¡ERA MI HIJO!...

A las preguntas que fluyeron de nuestros labios, el juez nos explicó lo sucedido. Al marcharnos los que teníamos que intervenir en la batida para encontrar al doctor Whist, reanimado el infeliz practicante, que no cesaba de lamentar su descuido y la fuga, don Abel y los dos agentes que con él dejamos opinaron que el ayuda de cámara del profesor—único servidor de la vivienda y su hombre de confianza—pudiese, tal vez, facilitar algún dato útil sobre su desaparición, dadas las condiciones en que la evasión se realizó, pues ni uno solo de los que guardaban las puertas del edificio le habían visto salir por ellas, y todas las ventanas del inmueble estaban cercadas por dentro. Admitiendo—como era de rigor, en buena lógica—que por una de ellas habría saltado el profesor, se imponía el que *alguien* cerró, otra vez, las contraventanas. Y ese *alguien* sólo podía ser el criado.

Se le buscó por todas partes, con infructuoso resultado. Nadie recordaba haberle visto desde las últimas horas de la noche anterior, y, desde luego, todos respondían de que no pudo salir de la casa. El enfermero, sin embargo, declaró que—a poco de echarse en el sofá—le pareció oírle pasar con dirección a la alcoba de su amo; pero no dió importancia al hecho, puesto que, durante toda la noche, había entrado y salido para interesarse por la salud del enfermo.

La situación, pues, se les complicó terriblemente. Ya no eran uno, sino dos los desaparecidos; y, además, no quedaba nadie en la casa que hubiese podido borrar las huellas de su evasión. Aun confiaban en que estuviese con el doctor; pero cuando González llegó con nuestras noticias y manifestó que el profesor fué hallado solo, nadie supo ya qué pensar del ayuda de cámara.

Concluídas las explicaciones, Lacruz se volvió al viejo y tornó a inquirir:

—¿Qué ha sido de su criado?...

—Vengo a decirlo todo, señor juez—repuso el interrogado—. He dado mi palabra de honor. ¡Bien!... Comprenderá que esa pregunta era una de las que esperaba. Le garantizo que no quedará sin contestación.

—¡Vengo a hablar, vengo a hablar!... —don Abel estaba a punto de «irse del seguro», según el dicho vulgar—. ¡Pero eso se demuestra haciéndolo, señor mío!...

Con amplio ademán, el hombre de ciencia señaló a los varios agentes que con el representante de la Ley entraron, a los guardias que —a través del vano de la puerta— se divisaban, curioseando desde la estancia vecina. Luego preguntó:

—¿Aquí?...

—No; aquí no, dice usted bien—aprobó, un poco desconcertado, don Abel—. En su laboratorio, ¿verdad?... Donde ayer constituímos el Juzgado.

Y se encaminó allí, seguido del profesor, Reinal y yo.

Todavía no había llegado la ambulancia automóvil para recoger los cadáveres, o tal vez don Abel estimó conveniente esperar a que el doctor se enfrentase con el del monstruo. El caso era que, casi al centro de la amplia pieza, en el mismo lugar en que mi revólver le abatió para no levantarse más, el cuerpo del hombre-mono obstaculizaba el paso.

Los tres dimos un rodeo para salvarle. Sólo el sabio, la verle, se abalanzó sobre él, le separó el lienzo que cubría, piadoso, el rostro inmóvil, y cubrió con sus besos y sus lágrimas las facciones terribles del asesino.

Más calmado, al fin, por la exteriorización de sus sentimientos—que no por incomprensibles respetamos menos los presentes—, sin alzarse ni separar las manos del cuerpo rígido, se volvió a nosotros y aclaró:

—¡Comprendan mi dolor!... *¡Era mi hijo!...*

Continuará en el número próximo

II CONCURSO CINEMATOGRÁFICO

De conformidad con lo preceptuado en la base 2.ª de este concurso, insertamos la hoja que cada solucionista debe enviar para optar a los premios establecidos. El plazo de admisión—en virtud de cartas recibidas en tal sentido— se amplía hasta el día 15 de abril próximo, a las siete de la tarde; las soluciones y los nombres de los premiados se harán públicos en el número de mayo de COSMÓPOLIS.

Don.. que vive en ....

provincia de.. calle.. número..........

cree que los títulos de las cintas objeto de este concurso son los siguientes:

N.º 1: .... N.º 13: ....

N.º 2: .... N.º 14: ....

N.º 3: .... N.º 15: ....

N.º 4: .... N.º 16: ....

N.º 5: .... N.º 17: ....

N.º 6: .... N.º 18: ....

N.º 7: .... N.º 19: ....

N.º 8: .... N.º 20: ....

N.º 9: .... N.º 21: ....

N.º 10: .... N.º 22: ....

N.º 11: .... N.º 23: ....

N.º 12: .... N.º 24: ....



Una escena de «The Barker», en la que con Betty Compson toman parte Milton Sills y un trío de auténticos javaneses.

Durante el pasado mes...


Anita Prieto

... se celebró un simpático acto de homenaje en honor de la gentil escritora Anita Prieto para celebrar los éxitos literarios conseguidos últimamente con sus obras de diversa índole, sabiendo mostrar en todas ellas la lozanía y pujanza de su espíritu emprendedor y dinámico.

En esta fiesta, el inquietante animador de charlas líricas, Federico García Sanchiz, hizo el merecido elogio de Anita Prieto con la galanura de estilo y dicción peculiares del distinguido escritor y ameno *causeur*.

* * *


Áurea de Sarrá

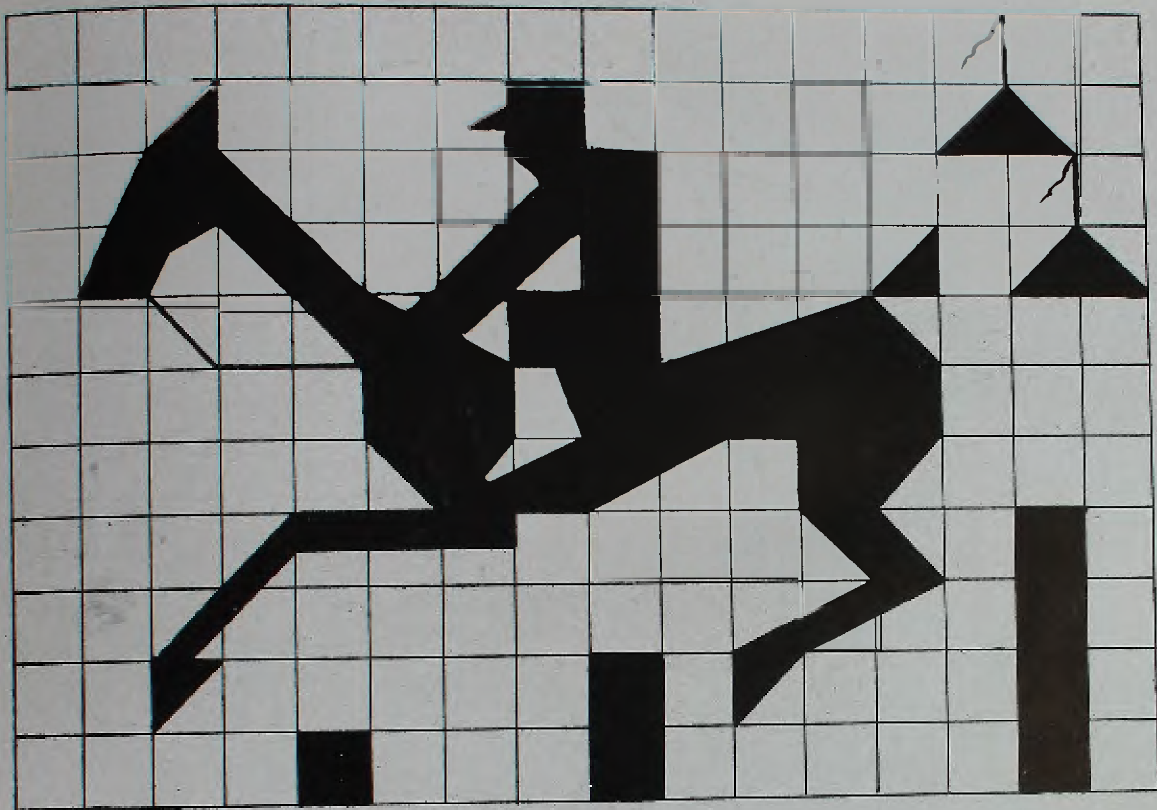
... la exquisita bailarina clásica Áurea de Sarrá demostró ante un escogido auditorio, en el Ateneo, la suficiencia de su arte personal, desarrollando una conferencia sobre la danza, ilustrada por ella misma con ejemplos coreográficos del más alto interés plástico y artístico, destacándose la danza griega Deméter, por la que fué muy aplaudida.

* * *

... fué ganador del campeonato de golf celebrado en el Real Club de Puerta de Hierro, entre profesionales, E. Lafitte, conocido profesor del «Golf antiguo» de Biarritz.


E. Lafitte







He aquí un sencillo modelo para que vosotros, amiguitos nuestros, podáis aprender fácilmente a componer un cuadro de líneas sugeridoras. Todo el secreto consiste en arrastrar el lápiz con la discreción necesaria para que no se adivine el entramado de las cuadrículas que han de servir de base a la urdimbre de estos dibujos. Seguros de que así llegaréis a ser émulos de los más famosos *camelistas* de nuestros días.

Sección Recreativa

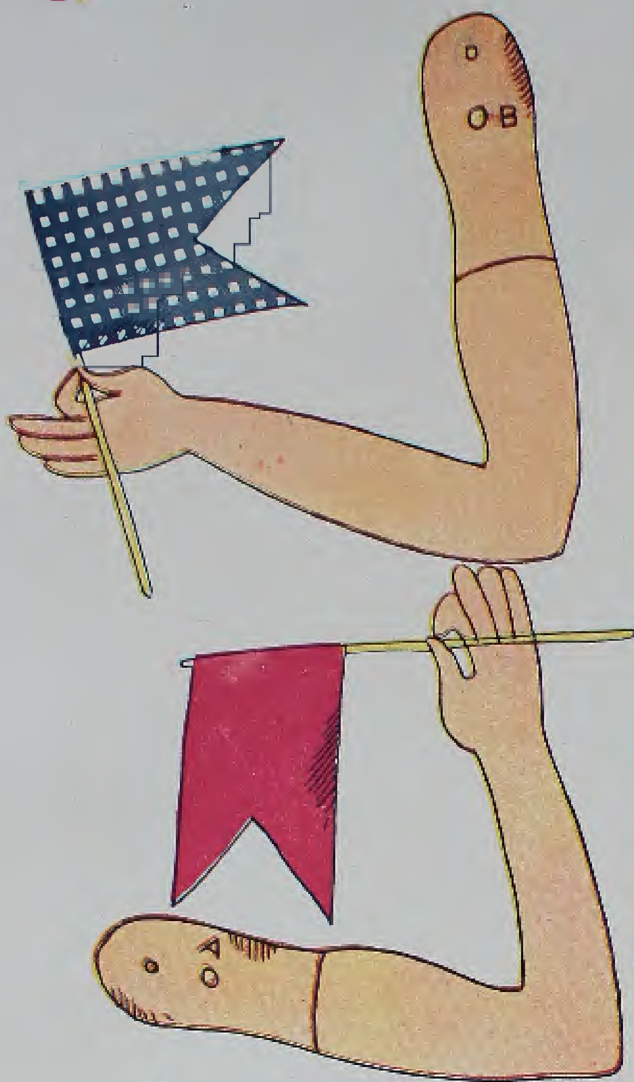




FIGURA 1

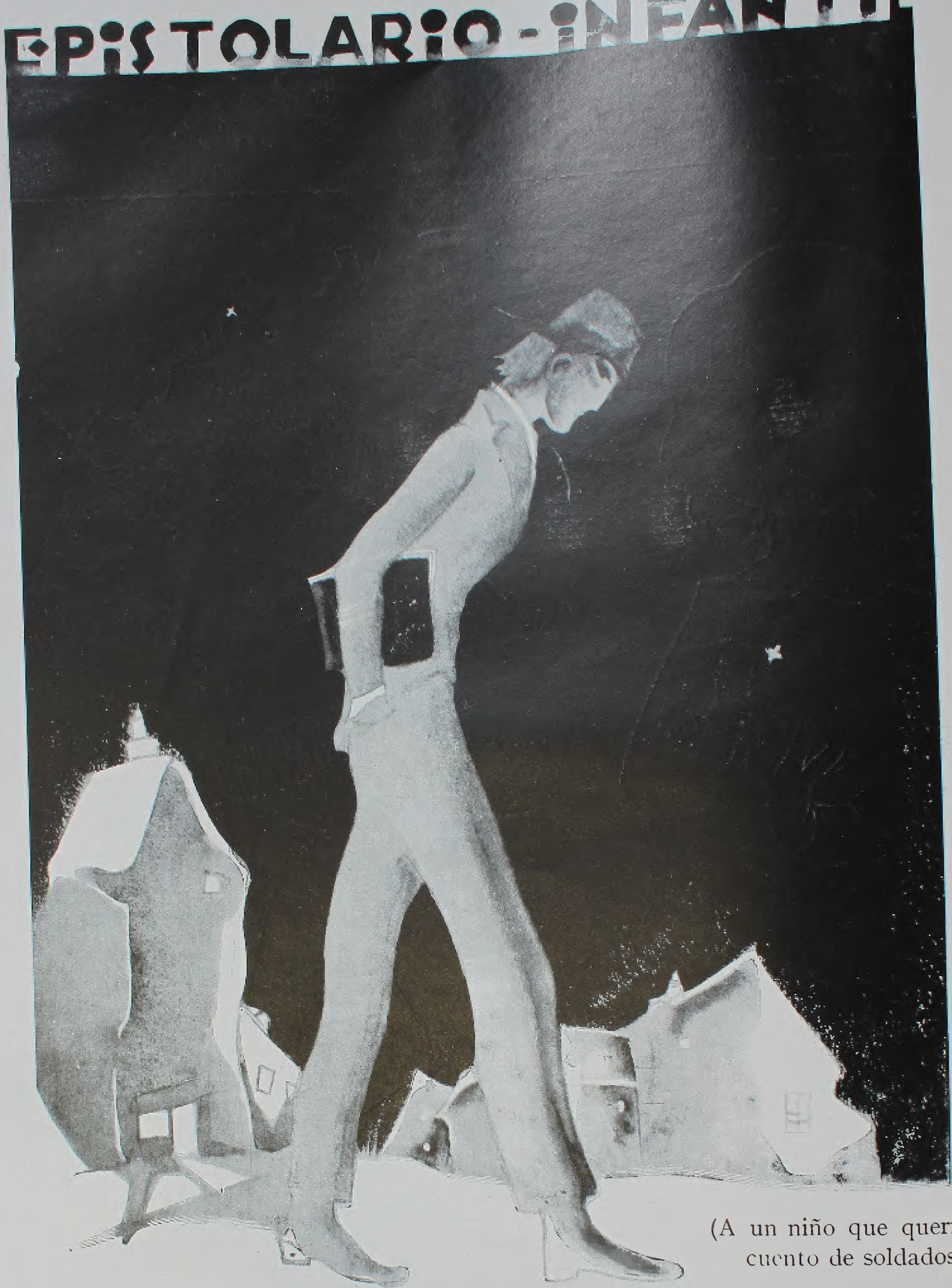
PIRULO I

SERNY

Muñecos de tijera



EPISTOLARIO - INFANTIL



(A un niño que quería un cuento de soldados y de moros)

POR RALAAL

SIMPÁTICO muñeco: Tus pocos años habrán olvidado ya que hace algún tiempo te ofrecí escribir un cuentecillo para ti solo. Las luchas de la vida, que tú desconoces, me lo impidieron hasta ahora; pero ya ves cómo cumplo mi palabra.

—Quiero un cuento de soldados y de moros—me pedías con inocente vocecilla.

Este muchacho quiere un cuento de lucha, me dije. Es valiente, como brote robusto de un tronco heroico, y ya muestra, desde chico, sus heredados empujes. Sí, muñeco, sí, voy a escribirte un cuento de lucha; en él los soldados y los moros tendrán más representación figurativa que real. Acaso no entiendas todavía las palabras que yo escriba para ti, pero no importa; sigue leyendo; ya comienza mi cuentecillo.

EPISTOLARIO INFANTIL

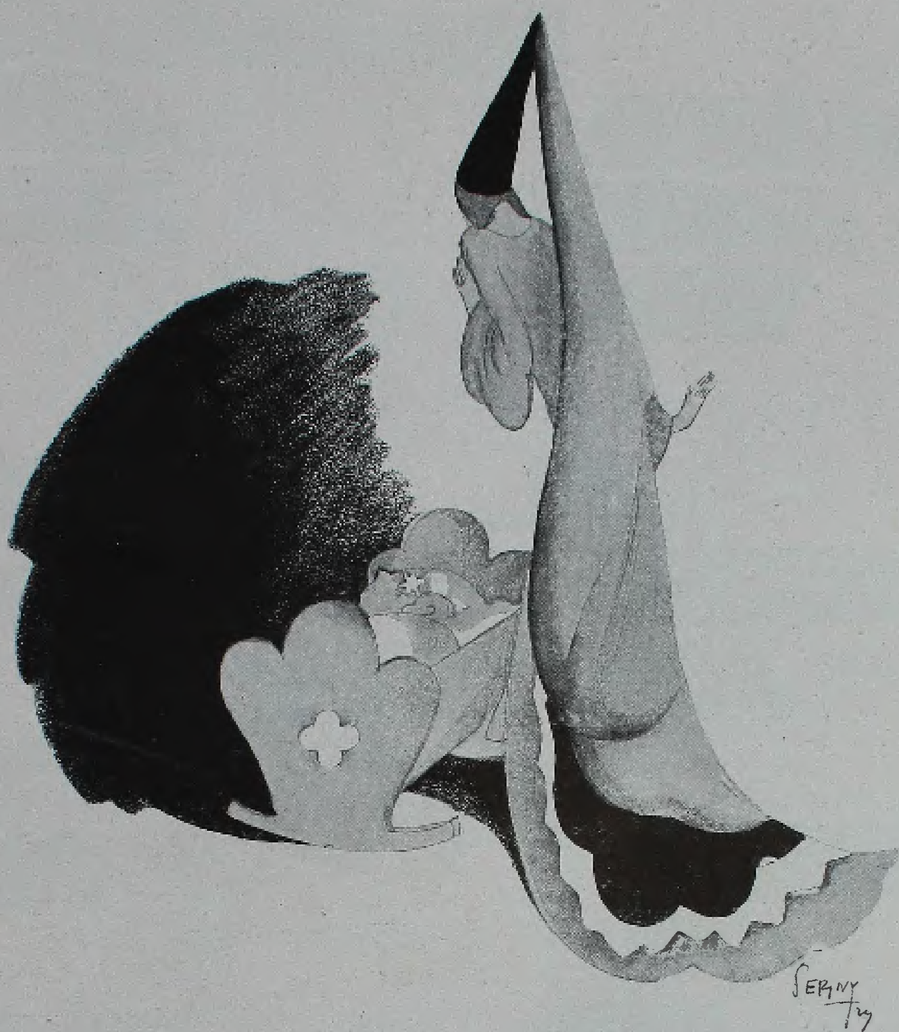
Al nacer nuestro protagonista, las hadas madrinas signaron su frente con una estrella de fuego. A los pocos años, la estrella de su frente se apagó de pronto; sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y otra estrella nueva le nació en el pecho. Se sintió poeta. La fragancia de sus años juveniles puso en sus versos calor de vida y emoción de arte. En el corazón llevaba siempre guardadas, como en un relicario, las joyas rutilantes de sus amores más puros: amor a la madre santa, a la mujer única y a la humanidad entera, y a una flor, y a un verso, y a todas las cosas sencillas y nobles.

Y fué luchador en los campos de la vida, llevando siempre encendida en el pecho la estrella nueva de sus grandes amores.

Y unas veces vencido y vencedor otras, encontró siempre cerca de sus labios los labios amorosos de la madre buena, y sobre su frente la caricia suave de la mujer única, y estallaron en sus oídos los aplausos de los amigos fieles.

La lucha era penosa; el camino, erizado de crueles espinas; inacabable la jornada; hubo momentos en los que se sintió vencido. Entonces le abandonaron los amigos fieles, y después la mujer única le negó su sonrisa y huyó de su presencia. Ya el poeta no tuvo más consuelo en la lucha triste que los labios de la madre santa. Y a lo largo de los caminos de la vida, llevando en su pecho la joya inapreciable del amor maternal, adquirió nuevos bríos para la pelea.

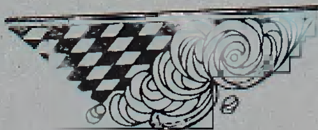
Veíase ya casi en el instante mismo del triunfo deseado, cada vez más orgulloso del único amor que es verdad en el mundo, el amor de la madre santa, cuando el destino adverso quiso probar nuevamente los ímpetus de lucha del joven poeta. Un día, al besar los labios dulcísimos de la madre noble, los encontró fríos, fríos de muerte. Y entonces lloró trágicamente desconsolado, como no había llorado nunca; ni cuando le abandonaron los amigos fieles, ni cuando la mujer única le negó el tesoro de su sonrisa...

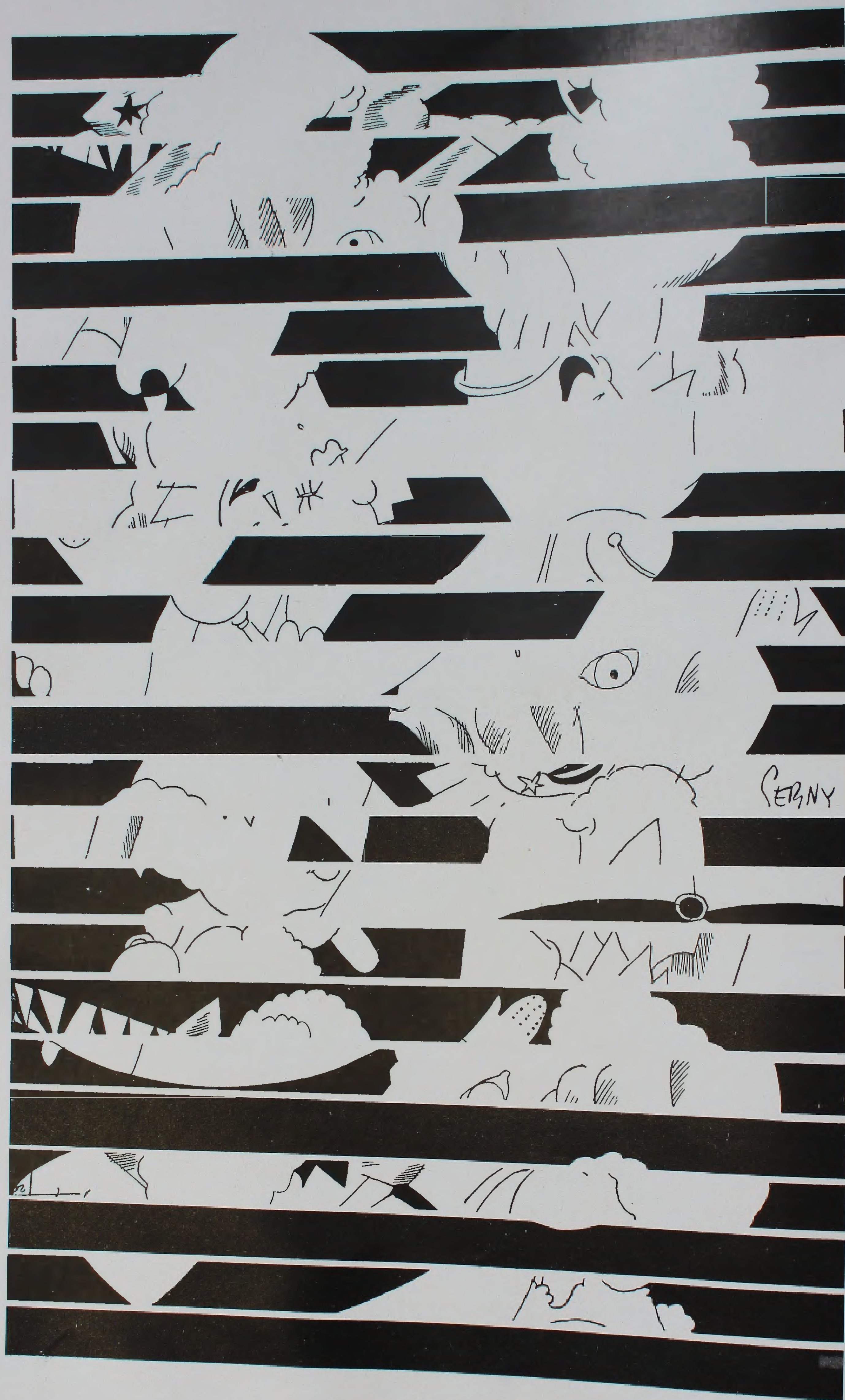


* * *

Precioso muñeco: Parece que el cuento no acaba como todos los cuentos. Perdona si no he sabido hacerlo mejor, pero mía no es la culpa. En estas luchas de la vida, en las que los soldados poetas luchan con los moros de las tristes realidades, los cuentos casi nunca tienen un final bonito. Este cuento no ha terminado todavía; ¿para qué seguirlo? Con que aprendas en él que debes querer a tu mamaíta mucho, mucho, es lo suficiente para que mi cuentecillo tenga un hermoso final.

*





(ROMPE-CABEZAS)

Los juguetes de Pepitín

Otro concurso infantil que nuestro dibujante ofrece a la habilidad y perspicacia de los pequeños lectores de COSMÓPOLIS. ¡Manos a la obra! Y como siempre, rifaremos importantes premios entre los que acierten la solución exacta de este nuevo rompecabezas, que de seguro habrá de entreteneros muy agradablemente.

La admisión de pliegos de soluciones se cerrará el día 15 de abril.



8.º CONCURSO FEBRERO-MARZO

POR FRAMARCÓN

RESULTADO Y ADJUDICACIÓN DE PREMIOS DEL CERTAMEN DICIEMBRE-ENERO

Hecho con todo detenimiento y escrupulosidad que el caso requiere el examen del crecidísimo número de pliegos recibidos a este certamen, resultaron contener el total de soluciones exactas los enviados por los señores que a continuación se relacionan:

1. Cámara de oficiales del cañonero *Dato*, La Coruña. – 2. D. José García de la Sota, de Madrid. – 3. D. Augusto García de la Sota, de Muriedas (Santander). – 4. D. Luis González Alegría, de Sabero (León). – 5. Don Juan Garmendia, de Portugalete (Vizcaya). – 6. D. José María de Soroa, de Madrid. – 7. Doña María Luisa Oscáriz, de Muelas de los Caballeros (Zamora). – 8. D. Carlos Díaz Salgado, de Madrid. – 9. Don Eduardo de Otaduy, de Portugalete (Vizcaya). – 10. Doña Dolores Naranjo de García, de Madrid. – 11. Doña Consuelo Iglesias, de Madrid. – 12. D. Joaquín Calonge Iglesias, de Madrid. – 13. D. José Estévez Ortega, de Madrid. – 14. Doña Carmen Palacios, de Madrid. – 15. Doña Joaquina Pineda, de Madrid. – 16. Doña Elena Planas, de Madrid. – 17. Doña Encarnación Orbea, de Portugalete (Vizcaya). – 18. D. Carlos Pérez de la Torre, de Madrid. – 19. D. Juan José Ropero, de Soria. – 20. D. Valentín Ropero, de Soria. – 21. Srta. María Luisa Eguía de García, de Madrid. – 22. Doña Rosario Noblejas, de Madrid. – 23. D. Luis Fernández Gutiérrez, de Madrid. – 24. D. José Albadalejo, de Inca (Baleares). – 25. D. Manuel Estrada Berro, Cañonero *Dato*, Coruña. – 26. D. César Gato Rodríguez, de Reinosa (Santander). – 27. Doña María Luisa Besses, de Madrid. – 28. D. Ángel Sáinz-Ezquerra, de Madrid. – 29. D. Francisco Jímenez Aguirre, de Madrid. – 30. D. Carlos Fernández Hervás, de Reinosa (Santander). – 31. Doña Matilde Pierna, de Madrid. – 32. Doña Joaquina San José, de Madrid. – 33. Doña Dolores García Robión, de Madrid. – 34. D. Miguel C. Esteban, de Madrid. – 35. D. Baltasar Parra Velázquez, de Madrid. – 36. Doña Carmen Herrera de G.ª Cuevas, de Madrid. – 37. D. Antonio G.ª Cuevas Martín, de Madrid. – 38. Don Gregorio Mesquida, de Palma de Mallorca. – 39. Doña Aurora García Aguilera, de Madrid. – 40. Doña Francisca Gilet Bartomeu, de Palma de Mallorca. – 41. Doña Magdalena Pujadas Ferrer, de Inca (Baleares). – 42. Srta. Encarnación Estrada, de El Ferrol. – 43. D. Genadio Mateos, de Madrid. – 44. Doña Aurora Rodríguez, de Puebla Sanabria (Zamora). – 45. D. Emilio Mato, de Puebla Sanabria (Zamora). – 46. D. Antonio García Campos, de Madrid. – 47. Don Luis Arroyo, de Madrid. – 48. Doña Felisa Arroyo, de Madrid. – 49. Doña Amalia Arroyo, de Madrid. – 50. Srta. Pilar Gillis Yuste, de Bilbao. – 51. Doña Amparo Fernández de Cano, de Madrid. – 52. D. Manuel Cano Ruiz, de Madrid.

El 7 de febrero próximo pasado, a las cinco de la tarde, conforme a lo anunciado, celebróse en nuestra redacción, a presencia de los preclaros solucionistas criptográficos D. Antonio García Cuevas, D. José García de la Sota, doña Amparo Fernández de Cano y D. Manuel Cano Ruiz, el correspondiente sorteo, en el que, previa la lectura y recuento de los cincuenta y dos cupones-papeletas, resultaron favorecidos:

PRIMER PREMIO: Hermoso juego de seis lavafrutas, PLATA MENESES, en su elegante estuche, importante todo ello 100 pesetas, a DON ANTONIO GARCÍA CAMPOS, de Madrid, cuya papeleta extrajo la distinguida solucionista señora de Cano.

SEGUNDO PREMIO: Rico juego para desayuno, compuesto de dos tazones y dos platos, PLATA MENESES, en su correspondiente estuche, valor 75 pesetas, a DON GREGORIO MESQUIDA, de Palma de Mallorca; extrajo la papeleta el conocido concursante Sr. García Cuevas.

TERCER PREMIO: Vistoso y práctico juego de entremeses con cuatro tenedores, PLATA MENESES, también en su elegante estuche, valor 60 pesetas, a DON ANTONIO GARCÍA CUEVAS, de Madrid, cuya papeleta extrajo el *as* solucionista Sr. García de la Sota.

CUARTO PREMIO: Práctico y elegante juego de tocador, con tres frascos para esencia y polvera, PLATA MENESES, en su estuche, valor 40 pesetas, a la señorita PILAR GILLIS YUSTE, de Bilbao; esta papeleta fué extraída por el inteligente y conocido solucionista Sr. Cano.

QUINTO PREMIO: Juego de dos hueveras con sus correspondientes cucharillas, PLATA MENESES, también en su estuche, valor 25 pesetas, a DON CARLOS FERNÁNDEZ HERVÁS, de Reinosa (Santander), cuya papeleta extrajo el que suscribe.

Los 6.º, 7.º y 8.º premios, o de consolación, consistentes en tres suscripciones semestrales a esta revista, meses abril a septiembre, ambos inclusive, correspondieron en el sorteo general a

DON ANTONIO GARCÍA LÓPEZ, de Madrid.

DOÑA ENCARNACIÓN ORBEA, de Portugalete, y a

DOÑA MAGDALENA PUJADAS, de Inca (Baleares).

*

Los vales para la extracción de los objetos que integran nuestros cinco primeros premios fueron remitidos por correo al domicilio de los señores con ellos agraciados tan luego fué conocido el resultado del sorteo; norma ésta que, por considerarla conveniente y ventajosa a cuantos cooperan al sostenimiento de esta sección, proseguiremos en certámenes sucesivos.

Por último: De cuantos pasatiempos integraban el concurso en cuestión, el señalado con el n.º 6, correspondiente al mes de diciembre, fué el que ofreció mayor dificultad; por el contrario, el más sencillo resultó ser el n.º 13 del mismo mes, que todos resolvieron.

Continúa muy agradecido a todos,

FRAMARCÓN

N.º 1. (SOBRE) NOMBRE, APELLIDO, INDUSTRIA Y DESTINO

Sr. Don (BADAJOZ)



,

P GENERAL AROSA

URA

Solución: ....

SOLUCIONES AL 7.º CONCURSO BIMESTRAL DICIEMBRE-ENERO

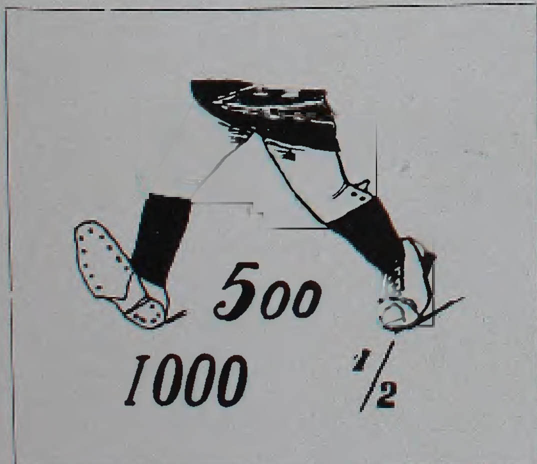
DICIEMBRE

1. – Entrevista misteriosa.
2. – Desembarco en Fuengírola.
3. – Cargado de hierro como el más desalmado criminal.
4. – Flores Calderón.
5. – Sin dar cuenta al Rey.
6. – Nada se supo jamás de lo tratado en ella.
7. – Las once y media de la mañana.
8. – Pongo mi suerte en la misericordia de Dios.
9. – Te he amado con todo mi corazón.
10. – El Ángel Exterminador.
11. – Por la libertad del País (de España, de la Patria, de la Nación, de la Constitución, etc.).
12. – Duque de la Torre. (En este trabajo, dada la estructura del mismo, se toleró la solución de marqués, conde, vizconde y barón).
13. – Calomarde.

ENERO

1. – (Tarjeta) Manuel Cano Ruiz.
2. – (íd) Pilar Fábregas.
3. – (Sobre) Victoriano Aguilera. – ISLA CRISTINA. (También fué admisible el nombre de MARIANO que muchos dieron).
4. – (Sobre) César Gato. – REINOSA.
5. – (Tarjeta) Pedro José Herrera Bollo. (Fueron dados también por válidos los apellidos TALLO y POSALLO)
6. – (Tarjeta doble) Encarnación Estrada y Manuel Estrada Berro.
7. – (Tarjeta) Margarita Cañas Conesa.
8. – (Sobre) J. Albadalejo. – INCA.
9. – (Tarjeta) Encarnación Orbea.
10. – (Id.) Ángeles Cubillo.
11. – (Id.) Amparo Fernández de Cano.

N.º 2. TEATRAL



Solución: ....

N.º 3. MUECAS

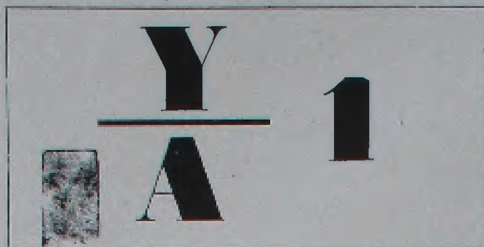


S.N.

Solución: ....

"COSMOPOLIS"
CONCURSO CRIPTOGRÁFICO
Dos de estos CUPONES habrán de acompañarse al pliego de soluciones; uno totalmente pegado por su parte B en lugar de firma, y suelto otro. (Véase la base 2.ª del concurso)
B

N.º 4. ABSTINENCIA



Solución: ....

N.º 5. SITUACIONES



Solución: ....

N.º 6. ANUNCIO



Solución: ....

N.º 7 LO SABEN LOS CONCURSANTES



Solución: ....

N.º 8. BUEN NEGOCIO



Solución: ....

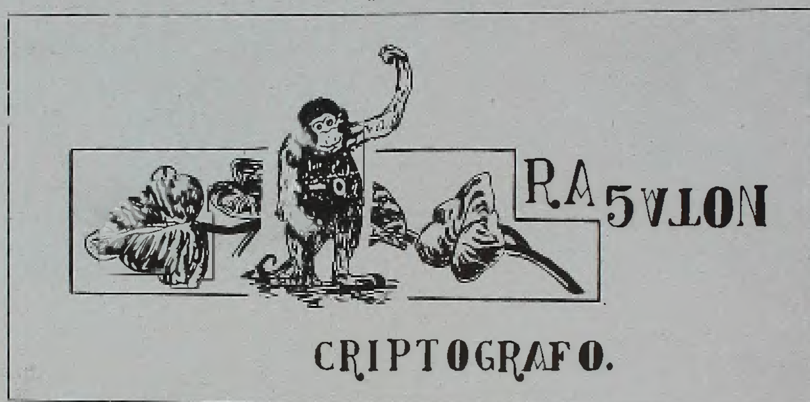
N.º 9. FUÍ PUSILÁNIME



— REMITIDO —
Srta. Pilar Gillis Yuste

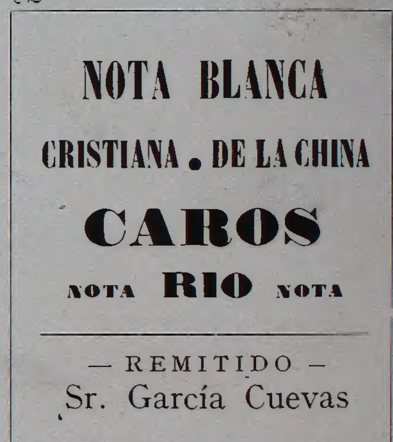
Solución: ....

N.º 10.



Solución: ....

N.º 11.
¿QUIÉN NO LA HA VISTO?



— REMITIDO —
Sr. García Cuevas

Solución: ....

N.º 12. SILÁBICO ZOOLÓGICO FRAMARCONISTA



Solución: ....

NOTA.—El trabajo número 7 ha sido enviado por el concursante señor Fernández Hervas.

CONCURSANTE
NOMBRE: D. ....
PUEBLO: ....
PROVINCIA: ....
CALLE: ....
N.º ....
A

Cosmópolis



Madrid. Abril 1929

Precio: 1,75 ptas



TABLEAU
d'ALFRED de DREUX
COLLECTION HERMÈS



HERMÈS

SILLERO
24, FAUBOURG SAINT-HONORÉ
PARIS

CHANTILLY, S^T-CYR
SAUMUR, BIARRITZ
CANNES, PAU

Cosmópolis

Redacción y Administración
Alcalá, 44 y 46 (Entrada Marqués de Cubas, 1) MADRID.
Teléfono: 13546 - Apartado de Correos: 490
Dirección telegráfica y telefónica: Cosmópolis

Precio de suscripción:
España y América: un año . . . . . . 19 pesetas
un semestre . . . . 10 pesetas
Extranjero: un año. . . . . . . 25 pesetas

SUMARIO

Extracto del contenido del presente número en tres idiomas

Revista mensual ilustrada

Cosmópolis

Fundador y Director: Enrique Meneses

AÑO 3 ABRIL 1929 NUM. 17



Dolores del Río, la sugestiva «estrella» del séptimo arte.

Modas

Modas

En casa de Jean Patou

Un vestido de deporte cuyo sweater *beige y dibujos marrón y rojo oscuro se mezclan muy felizmente a la falda plisada de un solo color de igual tonalidad roja.*





Un muy bello vestido de «tulle Patou» gris azul, cuyos volantes están recogidos bajo un abultado nudo de rosas de seda de tonos mezclados de azul claro o de azul oscuro.

Un vestido de crepé de china marino estampado de un dibujo cuadriculado blanco. El cuello y los puños son de encaje.



Patou ha presentado este año una colección tan nueva y tan estudiada, que se ha hecho aclamar, literalmente, en la Gran Gala de Modas de Cannes. Resueltamente ha puesto el talle en su sitio y ha marcado la línea de los cuerpos hasta la rodilla; sus trajes de tarde son más largos, y la muselina estampada continúa siendo uno de sus tejidos favoritos durante el día; para la noche, un tejido especialmente fabricado por esta casa permite dar a los trajes un aspecto liso. Muchas menos joyas que en los últimos años. Después de contribuir en alto grado a su profusión, Patou se ha cansado de ellas; sobre sus trajes negros, apenas si se ve más que algún *pendentif* de turquesas. Los sombreros, en cambio, se disponen especialmente por cada vestido, y su silueta es muy nueva: el ala, bastante ancha y muy levantada por delante y muy alargada detrás. Para la playa, con los pijamas de crepé estampado, que se llevan con grandes abrigos de tejido parecido o liso, los sombreros, muy grandes, tienen alas flexibles y bajas en los dos lados.

En casa de Worth



MAÑANA

Worth tiene este año una colección muy nueva y muy estival, cuyo desfile empieza por una numerosa serie de pijamas: pijamas para barco, para playa, para la mañana, para la tarde. Unos con jersey con una chaquetita recta, otros de crepé de China y los últimos de muselina de seda. Además de esta amena variedad, ha tenido también mucho éxito el desfile de trajes para campo, de tela de seda camisero con listas estrechas.

Son muy interesantes los modelos de abrigos para tarde: al igual que muchos modistos, Worth parece querer imponer la levita ajustada al talle y algo ensanchada inmediatamente; pero, en lugar de ser recta en su parte inferior, forma atrás un corto pico. Debajo de estos abrigos, los vestidos son de muselina estampada.

Para la noche, mucha muselina también y un tejido exclusivo de esta firma, que consiste en una muselina con flores de colores muy vivos estampadas y que, por un procedimiento especial, se contornean con oro. También puntillas finas, empleadas como el tul, es decir, para formar faldas anchas, o mejor, voluminosas.



TARDE

Arriba, un conjunto de deporte cuya falda y la pequeña chaqueta son de lana fina azul oscuro. El pull-over, *muy coloreado, es de tres tonos diferentes: rojo, azul y blanco.*

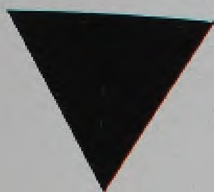
En el centro, vestido de mediodía en crepé satén negro, estampado de florecitas multicolores. El echarpe, que cae bastante bajo por delante, está adornado de rayas rojas, verdes y blancas.

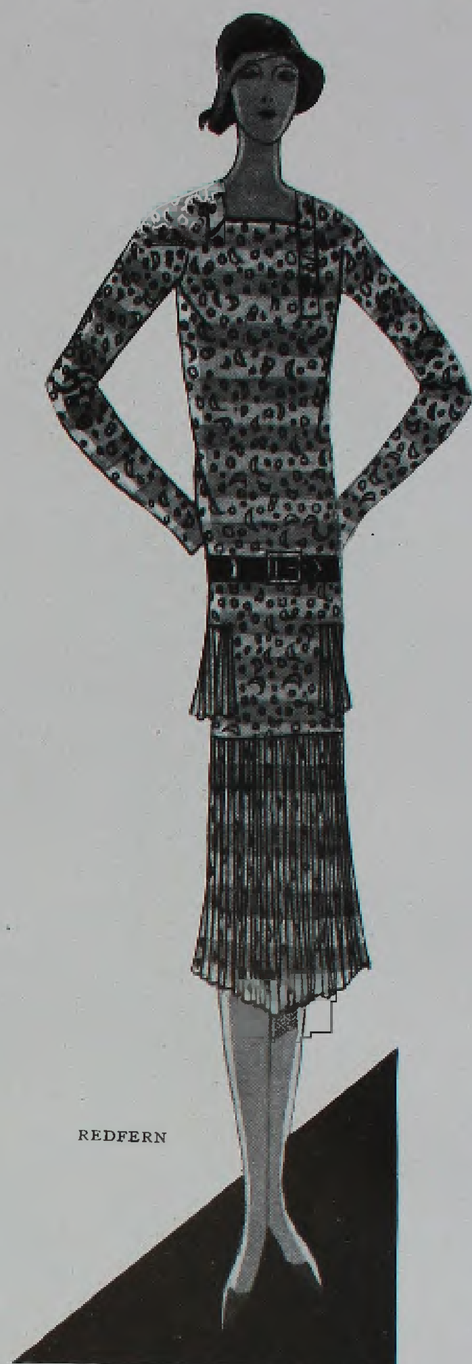
A la derecha, un vestido de tarde en tul negro, francamente más largo por detrás que por delante. La falda está adornada de soutache; *la chaquetita, de tul, va bordada de* strass *que enriquecen el conjunto con su nota brillante.*



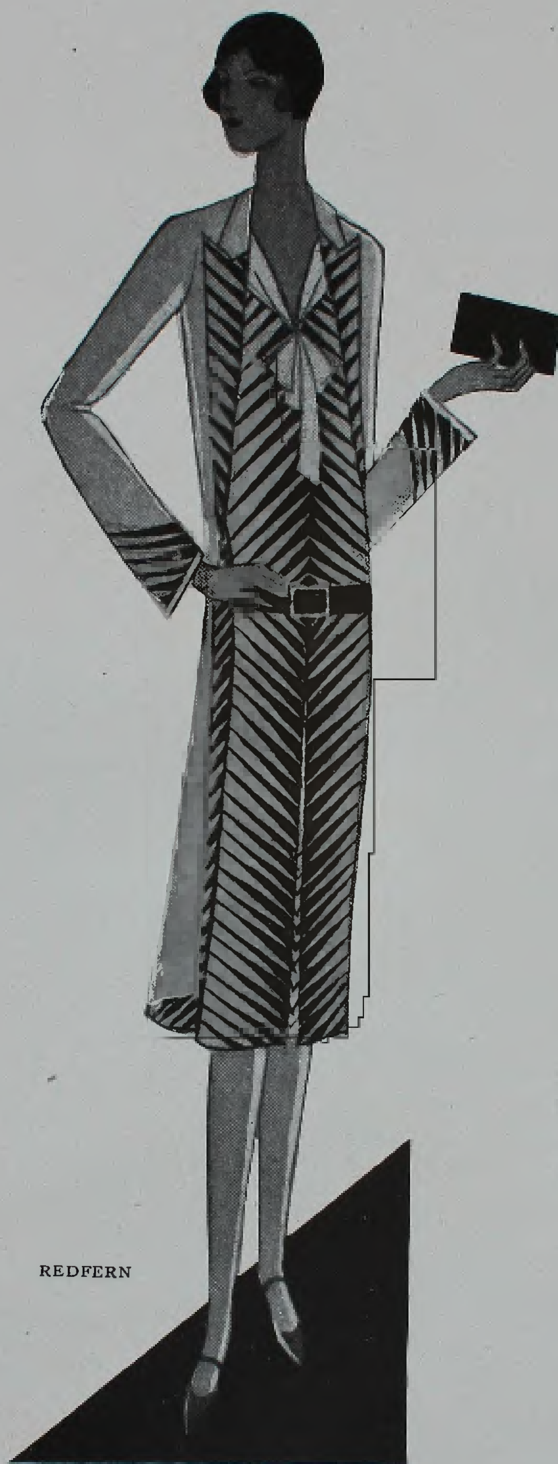
NOCHE

En casa de Redfern





MAÑANA



TARDE



NOCHE

1.—Arriba, un vestido de tisú estampado verde y negro. El plisado de la falda está prendido muy abajo. El largo cinturón de cuero barnizado en negro destaca con su nota oscura la elegancia del conjunto.

2.—Conjunto de «mediodía». La capa en kasha beige va forrada de crespón de China estampado en los tonos pálidos del beige o del negro. Este crepé es semejante al de aquel vestido muy sencillo de forma con un pliegue que se alarga por delante.

3.—Uno de los mejores vestidos de noche de la colección Redfern es de falla blanca adornada de dientecillos negros. El corpiño, recogido en la espalda, está muy descotado, acabando en un gran nudo puesto al lado.

Redfern tiene muchas especialidades, es decir, una gran variedad en su colección. Junto a los abrigos *trois-quarts* de tejido vaporoso orlados de piel, desfilan los abrigos rectos, y las levitas ensanchadas en su parte inferior junto a los abrigos-capas para tarde. Los vestidos de noche tienen también pequeñas capas en la espalda, unidas algunas por frunces en «nido de abeja» que no se veían desde hace tiempo.

Mucho crepé georgette y mucha muselina de seda para obtener vestidos vaporosos, ligeramente *apoyados* en el talle, con cuellos echarpes y mangas de puño ancho.

Me extraña no ver aprovechada más a menudo una idea que aquí encuentro y que sugiere el uso de estos tejidos ligeros. Me refiero a los velados; merced a estas superposiciones de tejidos ligeros, se obtienen delicados coloridos, artísticamente matizados. Me encantó un vestido de muselina de seda gris, con viso *cyclamen*, y el atenuado brillo de una puntilla de oro, que lucía bajo un velo de muselina de seda negra.

En casa de Lucien Lelong

MAÑANA

TARDE

Arriba, un vestido de sport *cuya elegancia proviene de los sabios cortes que caracterizan siempre las colecciones de Lucien Lelong. La falda, como puede verse, es muy notable para este objeto. El conjunto es de jersey, pero de un tono muy adecuado.*

A la derecha, un vestido de tarde muy elegante de ribetes negros, cuya línea estilizada va muy bien a la ligereza de los paños desiguales y del largo paño que cae en la espalda.

Abajo, un vestido de noche de crepé de China azul marino. El pequeño «bolero» abierto detrás y el paño en punta muy largo en la espalda, son los detalles más notables.

Lucien Lelong, por su parte, no señala el talle ni sube la cintura. Sigue fiel a su línea ajustada a la cadera, ensanchada inmediatamente por una innumerable variedad de volantes o de *panneaux* que producen casi siempre la impresión de subir hacia delante. Parece dominar la espalda ancha, aunque los vestidos de tarde, muy lisos a los lados, tengan delante y detrás un gran pliegue. Los vestidos de la mañana van acompañados de blusas cuyos pecheros recuerdan tiempos pasados, mientras que por la tarde los vestidos de seda estampada son de tonos mezclados y rebuscados: verde y gris, rosa y gris, negro, gris y blanco, por ejemplo. Algunos abrigos ligeros y no muy largos son también de tejidos ligeros.

NOCHE

La idea de estos abrigos la aprovecha Lelong con rara habilidad para los de noche. Sobre sus trajes, con grandes *panneaux*, cuya cola llega a veces al suelo, ha colocado breves abrigos rectos, del mismo tono, de satén muy brillante, redondeados por delante y que cierran por medio de un echarpe. La silueta del conjunto es muy armónica y elegante.

Finalmente, con tul se obtienen preciosos trajes para jovencitas. El cuerpo es recto, la falda ajustada y los volantes que empiezan a colocarse desde las rodillas son lisos por delante y muy cumplidos y alargados en la espalda. Un vestido de tul blanco de este modelo ha suscitado murmullos de admiración cuantas veces se ha presentado.

LELONG



EL SOMBRERO MODERNO

Joyas: Jean Fouquet

Sombreros: Marcelle Lely

El arte moderno inspira algunas veces muy felizmente a los creadores parisinos. Esta toca de satén negro y beige, con los cortes muy destacados, es un testimonio perfecto, así como las joyas de Jean Fouquet, que le acompañan a maravilla. Es llevada esta toca por una encantadora actriz parisiense: Mlle. Arletty, del teatro Daunou.



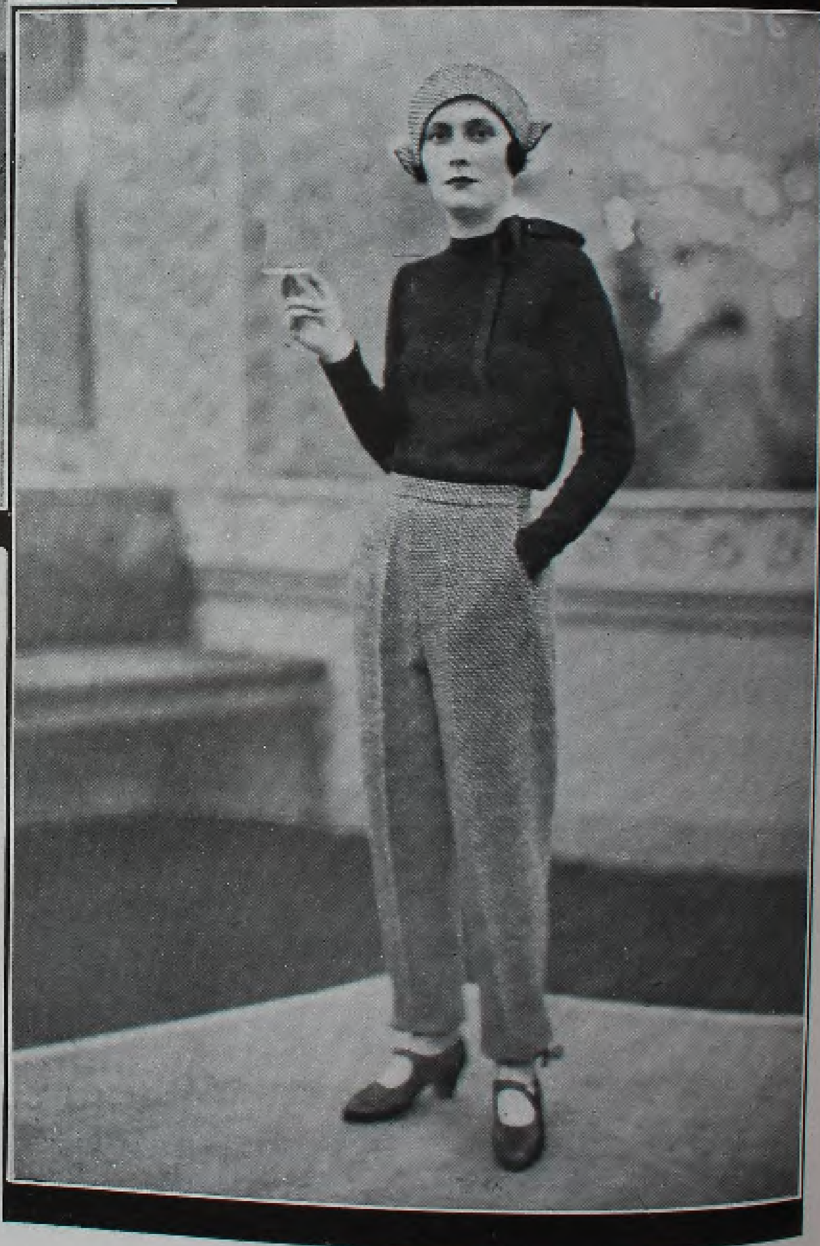
MAG-HELLY

Una adaptación original del pantalón

LLEVAREMOS el pantalón? Así se ha dicho, de ello se habla, se ha hecho algún ensayo en las buenas casas y las jóvenes modistas son las fervientes adheridas a esta moda. La idea de ella ha sido dada, o al menos desenvuelta, con ocasión de un concurso de dibujos organizados por Mag-Helly y cuyo objeto era «la línea de mañana». Numerosos han sido los dibujantes (y el primer premio se ha encontrado en el número) que han colocado bajo la falda corta, abierta o plisada, un pantaloncito del mismo tejido. Bien dicho, este pantalón se ve apenas y se descubre sobre todo con ocasión de un movimiento rápido, y así es que será injusto tratar esta idea de extravagante cuando ella ha sido inspirada, al contrario, por un deseo de comodidad y de corrección. Todos sabemos lo que la falda corta puede ser en sus excesos contrarios a la verdadera elegancia. En cuanto a la falda de *sport* debe ser por definición una falda pantalón. Los movimientos en ella son más libres y más graciosos, pero está permitido disimular esta particularidad con mucha ciencia. Así es como Ahetze, el camisero de moda, ha conseguido un verdadero modelo del género. Su vestido de seda rayada de forma muy simple tiene una falda de *godets* que está abierta en medio, pero que guarda una apariencia muy femenina. El deporte de invierno, además, nos ha acostumbrado no solamente al pantalón velado por aletas, sino al pantalón noruego. No se ha visto este invierno en St. Moritz y en Superbagneres, en Chamonix y en Mour-Revard más que intrépidas deportistas así vestidas. Es preciso creer que hemos tomado el gusto a esta *tenue;* al menos no podemos abandonar-

A la izquierda, uno de los modelos premiados en el concurso de la «línea de mañana», de la casa Mag-Helly. Es de crepé de China beige rosa. El pantalón apenas sobresale de la falda.

Debajo, un encantador traje de sport, de un simpático creador parisino: D'Ahetze. El pantalón es en tweed; *el* sweater, *de jersey de Escocia muy fino.*



D'AHETZE

la de repente. He aquí cómo los modistos psicólogos, que no son los menos, Worth, Patou, Chantal, Lelong y otros, nos hacen pijamas de playa y de barco que nos permitirán llevar este verano aún el pantalón, cuya conquista parece apasionarnos...

En fin, otro de los más grandes modistos, Chanel, acaba de mostrar en su colección de primavera varios vestidos de volantes bajo los cuales pasa un ligero pantalón cerrado por un volante negro.

Todo lo que no sea escandaloso quedará, creo yo, en el dominio de la fantasía. Gustaremos para el deporte de las ropas ligeras y muy semejantes al pantaloncito. Para la playa, sobre el traje de baño, el fantástico pijama multicolor o azul marino que nos transformará durante algunas horas; pero guardaremos para la noche el uso del vestido con largos *panneaux* flotantes y de línea armónica, cuya elegancia es tan perfecta este año, que verdaderamente no sé cómo podrá transformarse en el próximo

J



D'AHETZE



NICOLE GROULT

En casa de las jóvenes modistas de París

Un muy bonito vestido pantalón moderno en tejido de camisa de hombre. Abajo, una combinación pantalón de Nicole Groult. La característica de estos pantalones es que apenas si son visibles estando de pie. Parece que se han hecho necesarios para el sport y la vida actual de las jóvenes modernas.



Algunos consejos prácticos

SEGURAMENTE, como a mí me ha ocurrido, les habrá sorprendido la elegancia de ciertas jóvenes cuya escasez de recursos es conocida y que, no obstante, parecen cambiar de *toilette* con frecuencia, ajustándose a la moda en todos sus detalles. Verdaderamente, basta sólo poseer un poco de gusto y de ingenio para mejorar considerablemente un guardarropa limitado; a este fin podrán aprovechar nuestras lectoras este año algunas ideas verdaderamente encantadoras. Sin duda, todas conocen la gran boga de los trajes estampados completos. Si conservan todavía un pedazo de la tela del traje de crepé *fleuri* del año anterior, podrán completar su vestido con una pequeña chaqueta recta sin forrar, muy agradable de llevar. Quizá no hayan tenido la precaución, que debe tomar siempre la mujer práctica, de conservar un metro de tela guardada, cuando la viste una sencilla modista. En este caso podrán recurrir a una solución más atrevida, tan ajustada a la moda como la anterior. Con la falda, un poco deslucida, pueden mandar hacer la chaqueta recta que llevarán sobre la blusa parecida, completando el conjunto con una falda en crepé liso de color adecuado. Muchos y muy buenos modistos presentan combinaciones de esta clase; recuerdo un modelo en crepé con florecitas rosas sobre fondo negro, que se lleva con una falda negra, y también un tejido a cuadros azules y blancos con falda azul marino. Si no temen el efecto del talle alto, la falda puede colocarse sobre el cuerpo con una faja de la misma tela floreada. Si esta novedad les asusta algo todavía, pueden escoger un modelo casaca (levita) muy corta, ligeramente ceñida por una faja del mismo tejido que la falda. La chaqueta y las mangas se bordean con una tira de color liso, y con escaso gasto conseguirán una gran elegancia.

Recuerdo que en unas carreras, al principio de la última









estación, esperaba, con una obstinación digna de mejor suerte, la aparición de los nuevos modelos de abrigos de invierno. «Verdaderamente —dijo repentinamente a mi lado una de mis colaboradoras—, el abrigo que más se lleva este año es el del año pasado.» El hecho no es raro en esta época de vida cara; pero el abrigo del año pasado puede modernizarse muy bien. Aquí mismo encontrarán un ejemplo: un abrigo de paño o de *marrocain* negro puede transformarse por completo, por medio de un volante conformado de la misma tela, corto por delante y muy largo por detrás. No es imposible modificar la tela, y si se trata de un vestido de noche, la modificación es aún más fácil. Se acorta bastante el abrigo y se añade un gran volante de muselina de seda del mismo tono, formando punta en la espalda. En el escote cruza por delante un gran echarpe de la misma muselina, que se echa a la espalda.

En este momento nos traen una nueva fantasía los *manteaux trois-quarts* (tres cuartos de capa o abrigos cortos), y es que todas las prendas nuevas que completan el traje son más cortas que el vestido. Un simple dobladillo consigue esta nueva silueta; sería imperdonable, confesémoslo, conservar la línea del año anterior, pudiendo mejorarla con tanta facilidad. La moda es, muy a menudo, cuestión de atención e ingenio, y son muchas las mujeres que consiguen con poco gasto estar siempre a tono con la última novedad.



1.—Un encantador conjunto para mañana y tarde. El traje es de muselina de seda cuadriculada, rojo y blanco. La bordadura del paño y de la falda es de muselina roja. La capita, muy cerrada delante, es de crepé de China rojo. Un pequeño cuello de encaje da la nota tricolor muy favorable en esta estación.

2.—El crepé de China estampado de puntos muy espesos hace encantadores vestidos, a la vez que sencillos y elegantes. Este es blanco con punto azul marino, con pequeños paños plisados colocados sobre la falda de trecho en trecho. El cuello está bordado con dos cintas de grano grueso, una azul y otra blanca. Una capita ligera se coloca a voluntad sobre los hombros.

3.—Un encantador sombrero de paja blanca adornado de plumas, aplicadas a un lado y formando una alita al otro. Un velito de tul negro sombrea los ojos.

Modas



A la derecha, un encantador vestido de jovencita, de tussor *estampado. El fondo es rosa; los dibujos, blancos y negros; el cuello, rojo, está desviado sobre el lado derecho.*

Arriba y en el centro, un vestido de señorita. Es de seda con pequeños cuadrados rojos y blancos. El cuello de encaje añade una nota coqueta al conjunto, sencillo, pero elegante.

A la izquierda, traje de niño, de tussor *amarillo. El canesú del cuello es de tela blanca, así como el corte en punta del lado izquierdo.*

A la izquierda, pequeño traje de tela rosa provisto de un triángulo rayado en todos los tonos.

A la derecha, traje de lana amarilla verdosa salpicado de rayas azul claro, bordadas de un festón blanco.

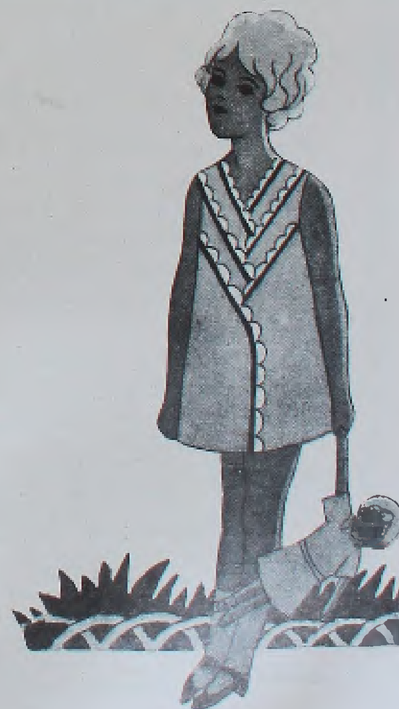
Los más modernos dibujos de la elegancia infantil

Los vestidos de niños permiten tanto más las audacias de coloridos y de bordados cuanto más simple es su forma. Tal dibujo que parecía muy atrevido, y aun extravagante sobre un vestido de telas ricas, no es más que de una sencillez encantadora o que una mancha agradable sobre este trocito de tisú con el que se confeccionan los vestidos de nuestras hijas. Este verano, el adorno favorito de los vestidos de campo o de playa consistirá todavía en los recortes o aplicaciones de tisú, y aquí mismo podéis ver que estos últimos son de mucha fantasía. Se les coloca a voluntad sobre un fondo de tela cruda azul nattier o amarillo; esta tela, de muy gruesa trama, será muy fuerte, como corresponde para nuestros trajes de campo. Se podrá igualmente escoger el *shatung*, porque de esa tela pueden hacerse numerosos modelos para las niñas y para sus mamás. Una mezcla muy favorable consiste en aplicaciones de tela cordonada sobre un fondo de *shatung* paja; aplicaciones que algunas veces se filetean de un ligero punto negro.



Muy moderna también será la mezcla de telas desiguales y estampadas. Os servirán de recurso para estos modelos las telas de tapicería, que harán encantadoras incrustaciones de bordados multicolores y que serán de una solidez a toda prueba, punto que no se puede desdeñar cuando se trata de este pequeño mundo a la vez coqueto y turbulento. Lindo refinamiento el de hacer igualmente la capita y el sombrerito a modo de cofia popular de tela estampada del mismo tono. He visto últimamente un pequeño conjunto preparado para una joven elegante. El vestido era en tela rayada verde, amarillo y negro, y la capita en tela del mismo tono amarillo oro. Sobre los bolsillos y en el cuello, un pequeño motivo cubista en tela rayada ponía su divertida originalidad.

Las niñas que ya tienen más de doce años son más difíciles de vestir bien que las encantadoras pequeñas. Para ellas, al contrario, nada de originalidad, sino una simplicidad de muy buen gusto. Los crepés de China, florecidos de muy pequeños dibujos cuadriculados, son encantadores para este uso. Y aquí veréis una aplicación muy bella.



Consultorio de belleza

FEÍSIMA

Señorita: Aunque, como usted dice muy bien, es imprescindible maquillarse, es también imprescindible usar buenos productos y con discreción. Póngase por las noches un poquito de ricino en las pestañas, y la crecerán; pero cuide de que no la entre en los ojos, para los cuales la recomiendo el Humo de Sándalo. Me pregunta que qué es lo que usará para los labios que sea disimulado y queden bonitos; use el Jugo de Rosas líquido.

UNA ADMIRADORA DE MENJOU

Lo que a usted le pasa no puede ser nunca efecto del *rimmel;* así es que debe usted visitar a un especialista. El producto que me indica es el Arrebol; pero le aconsejo se ponga antes de dárselo una capa de polvos Freya, y verá cómo le queda un tono mucho más bonito.

AMAPOLA

Sí, señorita. Aunque no se trata de belleza, tengo mucho gusto en complacerla. Yo creo que, dada la poca amistad que hay entre ustedes, lo más indicado es que la regale unos bombones. La Casa Hidalgo tiene unas cajas lindísimas. Y respecto a lo «otro», me parece un poquito de exageración.

LA DE LOS OJOS VERDES

Eche en zumo de limón un poquito de nácar; déjelo por espacio de dos días, y, si está bien disuelto, déselo. Si se la despellejara la cara, póngase una capa de crema que sea buena. Con este procedimiento se le disimularán mucho las pecas. Respecto a su segunda pregunta, vea lo que le digo a *Feísima.*

NIÑA BIEN

Permítame la diga que me parece increíble que, habiéndoselo recomendado una amiga, no haya hecho la prueba. No pierda tiempo, y compre el Sudoral. Úselo sin nigún cuidado.

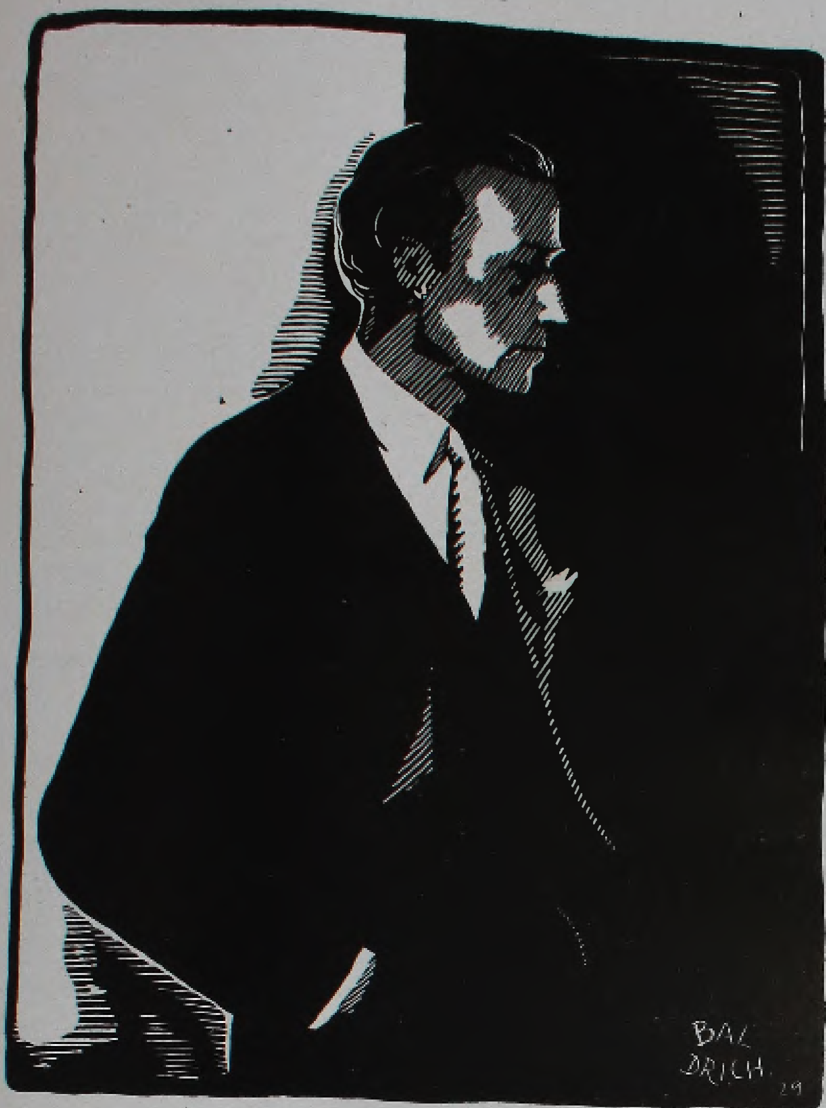
JOSIANA

Las señoritas de Power siguen viviendo en Fuentes, 9; por tanto, puede usted dirigirse a esas señoras para adquirir el Indian Ciloil.

MARICRUZ

Glicerina y limón mezclados a partes iguales es muy bueno para esas grietas de las manos. Déselo y déjelo secar por espacio de unos minutos. Luego lávese y procure secárselas bien, pues muchas veces estriba en eso el que estén ásperas.

MARIBEL



La tragicomedia de Pepín Cárdenas

Novela corta original de

Enrique Lopez Alarcón

Dibujos de Baldrich.

NOCTURNO



OCHE de verano. Cielo bajo; un garabato de luna—cuernos al oriente—, como prevenido para embestir al sol, cuando salga, y darle una cornada. Nubes en vellones, azul y plata, altas y en reposo. Calma. Lienzos de campánulas en enredadera y arbolitos desmirriados, quietos, dormidos, silenciosos; tibio ambiente azotado por los ruidos de la calle, todavía estrepitosa.

Cine al aire libre, en un jardín de merendero o de decoración de teatro. Fina la arena, suelta y húmeda, estride bajo los pies que la muelen.

Penumbra con estrellitas rojas que coronan las tapias del recinto; penumbra espesa acuchillada por el cono de polvo blanco que va tallando el bloque helado de la pantalla a tajos de sombra y luz. Discreto oleaje melódico de un cuarteto de cuerda, sordo y lejano, que arrulla la charla y acuna al sueño.

Mediana concurrencia repartida en parejas equidistantes. Parejas ni enlazadas ni libres, y una de otra a la distancia propicia: lejos para verse, cerca para oírse. Silencio sonoro, resonante de palabras sueltas, de epígrafes repetidos a medio leer, de preguntas sin respuesta, de exclamaciones, de agudezas, de bostezos... bordados sobre el cañamazo de la musiquilla lejana, dulzona, siempre bailable.

«¡Ha terminado!» Ojos desalumbrados se contraen, pestañeando, al choque de la luz, que va recobrándose paulatinamente, con mimosa precaución. Con premiosa lentitud van ganando las puertas grupos diseminados, mirándose por última vez. Voces con los nombres de los diarios nocturnos. Ojeadas al descuido, saludos. Adioses. Rumorear, frufrutar, sobre la quejumbrosa molienda de la arena estridente. La musiquilla, siempre bailable, se hace más expresiva, más vivaracha, más resuelta. Se apaga el foco de la cabina; se apaga el arco del aguaducho; se apaga el letrero que fulge de través sobre la entrada. Nítida y helada, la pantalla drapea levemente en su armadura. Los grupos postreros se pierden por la puerta oscura. Ha terminado.

DANZA

En el paso del umbral, Pepín Cárdenas tomó del brazo a María Teresa. (María Teresa: lánguida dejadez, voz grave, parda, charla de frases entrecortadas, a medios tonos. Suavidad de marfil antiguo; angulosa de talle suave; estameña en los ojos; piel de oro moreno, de trigo maduro, atornasolado de verde musgo, y bajo la piel una gama de azules de mar. María Teresa... rostro de óvalo gótico, alargado, tocado de casco endrino; rostro que ha puesto la clave de su expresión entre el naso vibrátil y la recta barbilla descarnada.)

Pepín, acompasando su andar al paso de María Teresa. —¿Te gustó?

Y ella. —¡Qué aburrido!, ¿verdad? Cuando hay poca gente no dejan ver.

—¿Crees tú que el público es un elemento visual?

—¡Yo no creo nada! No sé. A Cachita le han dado la noche. Ahí lo tienes.

—¿A usted?—dice Pepín.

Rosario, delantera de la pareja, vuelve a medias la cara, a la pregunta de Pepín. (Rosario, rubio ceniza retocado por una cosmética discreta. Nácar, rosa, carmín; nácar nazareno, de ciruela, en torno de los ojos, asombrados, pájaros cautivos en jaulas de oro. Aguileña; boca de corazón de naipe francés. Dejo ingenuo en la voz metálica; la faz menuda recortada en arco de herradura. Corta, curva, maciza; porcelana y tafetanes: un juguete.)

—Yo no me quejo. Que conste.

—¿Entonces...?—arguyó Pepín, sonriente.

—Un vecino demasiado expresivo que quería castigarla de obra.

—La admiración es muchas veces irrefrenable: se nos sale por los ojos, por la boca...

—Al mío—repuso la rubia con un trino—se le salía por las manos también. Primero me atacó de flanco; después, cambió de táctica.

—Menos mal.

—Y se me puso al lado. Quería matarlas callando. ¡Como no le hacía caso! El pie, la mano, el hombro. Señor. Cuando una no tiene gana. Era un *pesao*. No tiene importancia.

—¿Usted cree? Es la costumbre—y Pepín volvió a sonreír—. ¿Y usted lo conoce?

—Yo no—dijo Rosario, acomodándose en el *taxi* que había abierto Pepín.

—Bueno; basta ya—sentenció, lánguida, Teresa.

—Se lo voy a presentar a usted ahora mismo.

Pepín encajó a golpe la portezuela y se dirigió al espectador rezagado, que, con lenta parsimonia y vigilante calma, se demoraba encendiendo un cigarrillo.

Sin palabras se le encaró, alzó la diestra y descargó una sonora bofetada. Sobre el puño de Pepín que le atenazaba la solapa, el agredido alargó un directo a la barbilla que le hizo vacilar. Pepín esgrimió su junquillo sobre los hombros y la frente del antagonista.

Tumulto, voces, carreras. Dentro del coche se agitaban Teresa y Rosario intentando descender a tierra. El espectador se bajó a tomar su sombrero.

—Porque querrá algo más de mí... supongo... —y le alargó una tarjeta—. Ahora voy al Casino.

Pepín, en volandas —el fieltro en una mano, la tarjeta en la otra—se vió dentro del coche, que avanzó rápido, anunciándose de ronca bocina.



—Qué escena, Pepín; por Dios. No era para tanto—y suspiraba Rosario, mirando atenta por la ventanilla.

—Eres un salvaje. ¡Qué barbaridad! —rezongó Teresa, extendiéndose sobre el respaldo.

—Quería presentarle a Cachita a su adorador. Ya lo conoce ella y tú también—y mostraba la tarjeta al guardarla.

—Ya sabes que estas barbaridades no me gustan.

—Yo estoy fatigada. Pepín, es usted un caballero andante.

—Es un cursi. Este no tiene otro plan que el de hacer el ridículo.

—¿Y te parece poco, corazón? Ser cursi y hacer el ridículo son cosas que tienen una tradición esencialmente *chic*.

—Menos mal que no se apura.

—¡Qué se va a apurar! Está encantado. No se lo agradezcas.

De la comisura de los labios de Pepín brotaba un hilillo rojo que goteaba sobre la franela gris del pantalón. Pepín saboreó la sangre, se enjugó con el pañuelo y dijo al mecánico:

—Pare en la botica que vea abierta.

Y añadió:

—Oiga usted, Cachita: su adorador debe ser ingeniero.

—¿Por qué?

—Porque me ha desplazado los dos puentes de la mandíbula inferior. Y decía el dentista que eran fijos, que no se moverían nunca.

Rosario trinó un gorjeo que fingía reír. María Teresa, mirando a Pepín, musitó:

—¡Eres un bárbaro!

CANTABLE A DÚO

Después de dejar a Cachita, Pepín subió a casa de María Teresa.

—No puedo. Tengo que hacer—dijo, aplicando la llave para cerrar.

—Un momento, sube un momento.

Una pieza forrada de telas oscuras, muebles bajitos, espesas cortinas flotando henchidas por la brisa. Pepín derrumbado en la otomana; Teresa habla desde la alcoba, entre un tenue rumor de cendales desceñidos.

—Ese señor te mandará padrinos.

—Se los mandaré yo a él. Por eso tengo prisa y no me quedo.

—Tienes la tarjeta. ¿Cómo se llama?

—Qué más te da. ¡Curiosa! ¿Lo conoces tú?

—No.

—¿Ni de vista?

—Ni de vista.

—Ni yo tampoco.

Aparece en el vano de la puerta María Teresa, *deshabillé*—quimono verde y negro y plata prendido sobre la cadera con un broche antiguo.

—Te hizo daño en la boca. ¿Qué te has hecho poner?

—No sé. Me dió el mancebo un enjuague para cortar la sangre y me puso un tafetán en el labio. Cocaína quizás.

—Yo tenía aquí. ¿Te duele?

—No.

—Sabes que esas actitudes y esas escenas no me gustan.

—Ni a mí.

—A ti sí. ¿A ti qué te importa Rosario? Esa chica es una indiscreta que no quiere más que lucirse. El otro apenas hizo nada. Con que ella se hubiera retraído un poco y se hubiera puesto seria... punto concluído.

—Sí, tal vez, pudo ser así. Yo venía ya bromeando con Rosario y contigo. Pero al salir lo vi tan descarado, tan provocativo, mirándonos a los tres. Rosario enrojeció.

—¡El colorete!

—Sentí un impulso repentino; me pareció que me esperaba a mí. Me pareció... No sé. No te lo puedo explicar.

—Y si os batís, ¿pasará algo? —Teresa tomó de un mueblecito de aire japonés una baraja, y descartó el *valet de pic* y la dama de *cœur*.

—¿Solitario... o interrogación?

—Nada. Me entretengo cuando estoy sola. ¿Vendrás luego?

—No. Me quedaré en casa. Hasta mañana.

—Adiós. Eres siempre desproporcionado... te lo aseguro, todo lo sacas de quicio.

—Hasta que te convenzas de que no hay proporción en la vida... ni, mucho menos, hay quicios. Todo lo que está donde está, puede ajustar ciertamente en otro quicio, como tú dices.

Pepín tomó la mano que barajaba y la besó. Besó luego la frente de María Teresa. Y salió.

CONCERTANTE

En la amplia acera de la gran avenida, el aspecto de los dos cafés —La Huerta y Blancuzco— se contraponen y se complementan. Armonía de contrarios en que la casualidad se ajustó a las normas estéticas derivadas de la metafísica de Abel Martín, ilustre malabarista y amigo de Leibnitz. Todo lo que no está en «La Huerta» está en «Blancuzco», y, por contra, lo que no está en «Blancuzco» existe en «La Huerta».

«La Huerta», aire español, castellano; recinto de la tierra adentro: madera mate, sólidos adobes, alumbrado de cirios. «Blancuzco» semeja el salón de un trasatlántico: maderas pulimentadas de barniz, luz difusa, bronces rutilantes, suelo ajedrezado. «La Huerta»: casona de pueblo decente, acomodo, esencia, perfumada de camuesas y membrillos en las profundas arcas de roble. «Blancuzco»: higiene, *confort*, nuevo rico que acomoda su vida a las lecciones de su experiencia y donde mejor lo pasó fué entre el lujo abreviado, amontonado, de a bordo, cuando, ya rico, hizo su viaje a Londres.

Uno y otro, cuando sacan sus veladores en escuadrilla a la puerta de la calle y ocupan el ruedo de su fachada, se funden y enlazan; se dan un abrazo, son uña y carne, uno mismo. «La Huerta» encarna en una moza pueblerina, sanota, aseada, recia, matronil. Y «Blancuzco», en un indiano maduro, practicista, sentimental. La una está por los mantecosos lacticinios, vaca y jamón, vino viejo del matiz añoso del pendón real; y el otro, rubias y espumantes cráteras, vasos sintéticos que contienen policromas tisanas, bebidas y compuestos según exóticas recetas: *gin, sherry coktail*. La moza y el indiano se han casado en matrimonio de conveniencia y viven, tabique por medio, cada uno en su casa, a la sombra del campanario recién revocado, solemne, alto y empinado como un rascacielos. Y todos los días, como si cada mañana acabaran de casarse, reanudan el banquete de bodas, inagotable, sardanapalesco, báquico, en el que se congrega todo el pueblo; los mozos en el atrio, y los comensales... unos en el recinto castizo—loza, roble, paño—y otros, más bullangueros, más dados a la aventura y a la curiosidad, en el salón del trasatlántico, todo trasminante a mostaza estimuladora y a breves copas aperitivas.

Todo ello es uno y lo mismo: el suelo ajedrezado y los cirios erguidos e idealistas, todo se funde ahora por fortuna en la complementación en esencia y en potencia. Lo que no está, también actúa por ausencia. Abel Martín, filósofo, para estas fechas ya se había malogrado. Pero su espíritu actuó en la ordenación y disposición de estos representativos del cosmos. Actuó, digo, por ausencia, porque Abel Martín, filósofo, en sus andanzas madrileñas no salió jamás de los cafés de barrio: café del Vapor, café de la Luna, café de San Millán. Abel Martín, filósofo metafísico, opinó sobre la realidad por los fueros del cálculo, del raciocinio, de la lógica, que son en el tiempo y en todas las dimensiones los más eficaces.

Así pudo nuestro amigo Abel Martín, metafísico, filósofo y poeta, llegar a esta conclusión que encierra toda la esencia de la vida: «Puesto ante un vaso de vino, bébetelo sorbo a sorbo, hasta dejarlo vacío.»

* * *

Cuando arribó Pepín Cárdenas a la terraza de la amplia acera de la gran avenida y se enzarzó en la escuadria de veladores cercados de gentes diversas, todos los comensales seguían el consejo del penetrante filósofo: sorbo a sorbo se congregaban a dejar vacíos los vasos que cada uno tenía delante. Alguno le anteponía a cada sorbo un mordisco a tal cual sustancia semifósil o avinagrada.

Pepín llegó a uno de los grupos delanteros.

—¿Habéis visto a Marín?

—¿Viene cada día?

—¡Pero más tarde! —agregó otro.

—¡No!; más temprano.

—Va luego a Castilla.

—Gracias. Voy a ver si lo encuentro.

Cárdenas se lanzó al ajedrezado del interior de «Blancuzco». Avanzó entre una neblina cálida, espesa, que ponía en los rostros y en los contornos de las cosas un halo de humo azulado. Despacio, escudriñando—el sombrero debajo del brazo y el junquillo entre los dedos—, llegó hasta el fondo del salón. Entre holas y adioses llegaban a sus oídos frases sueltas de las conversaciones alrededor de cada mesa: noticias del deporte expuestas en *argot* taurino; juicios de política enunciados en términos de fútbol; discusiones de toros y toreros entonadas al diapasón climatérico de los Ecos de sociedad; chismografía de teatros tratada como temas de Medicina legal; maledicencia descarnada, atención intermitente, y un motivo general, un contrapunto de chistes, juegos de palabras, descoyunturas del concepto y chistes, siempre chistes que se pisan, que se empujan, que se estorban, que no dejan hablar, ni oír ni conversar. Y miradas de frente, de través, reflejadas en los espejos; miradas de lince, miradas de topo; miradas recibidas, provocadas, distraídas, diseminadas, escondidas, disimuladas con la copa, con el periódico, con el sombrero, con el lápiz de los labios, con el cigarrillo, con el cambio de postura. Miradas lánguidas por los mismos ojos, a las mismas horas, sobre las mismas gentes, en los mismos lugares. Miradas que piden, que saludan, que reciben, que reprochan, que suplican, que obligan, que esperan, que desdeñan, que ruborizan, que ofenden, que vibran, que desfallecen, que alejan, que si pudieran besarían con caricia suave de cándidas alas de paloma o traerían la muerte alevosa, fulminante y a mansalva. Que son los ojos—igual si sonsacan que si agonizan—ventanitas del alma, y en ellas se deja ver cuando se asoma toda entera en una chispa de amor, de dudas, de inquietud, de furor, de miedo, de todas y de cualquier pasión que no es más que un relámpago, imagen de lo inconstante, de lo huidizo, de lo inseguro.

Al tornar Pepín a salir a la terraza ya de regreso, topó a Marín.

—Hola, majo.

—Te busco. Hablaremos.

—¿Qué tienes en el labio?

—Un morrón que me ha dado uno. Al salir del *cine* Velázquez, me fuí a él, nos fajamos y nos dimos fuerte.

—Mucho. ¿Te ha hecho daño?

—A ver. Traigo los dientes en el bolsillo—aseveró Pepín haciendo una mueca para ahuecar el morro y mostrar la encía desnuda.

—¿Con quién ibas tú?

—Con María Teresa y nos acompañaba Cachita Peláez.

Una pausa. Marín, al nombre de Rosario, croa en fermata batrácica análoga de aquella con que pudo hacer de rana el ínclito amigo y licenciado, dilecto del tirano Banderas. Y añadió:

—¿Y por qué fué la bronca, *salao?*

—Porque intentó pellizcar a Cachita.

—También es buen humor que vayas tú a pegarle porque pellizque en el *cine* a Cachita Peláez. ¿Creerás que era el debut?

—No vengo a pedirte consejos.

—¿Pues a qué vienes?

—Pepín Cárdenas sacó del bolsillo la tarjeta de su adversario, y la mostró a Marín, diciendo:

—Está en el Casino, buscando padrinos; es menester que vayas a verlo en seguida. ¿Quién te acompañaría?

—Cualquiera que no sea un profesional ni un autorizado. Déjame que yo lo arregle. Yo soy un rústico, pero me las compongo mejor que vosotros.

—¿Quiénes son vosotros?

—Hombre, vosotros... Tú y otros, que tenéis tanto talento y tanta cultura y tan buena fe y tanto de todo, menos sentido común.

—Ya te he dicho que no vengo a pedirte consejo; mucho menos a que te metas conmigo. Si quieres, me representas. Que vaya contigo Perico, que estará ahora en los Burgaleses; telefonea ahora mismo. Lo recoges y os vais los dos al Casino. ¿Tú conoces a ése?

—Es de mi promoción. Lo probable es que te dé un cacharrazo.

—Quiero que sea a pistola.

—Tú déjame a mí. Voy al teléfono. ¿Tienes ahí *auto?*

—Buscáis uno.

—Eso es lo primero que hay que hacer.

Pepín Cárdenas, solo ante la mesa, tomó de su cartera una tarjetita blanca igual a la que le había dado a Marín y escribió estas palabras: «Pistola francesa, recámara, veinte pasos, cuatro disparos, cinco más a quince pasos. Carga por los padrinos. Arma de cada uno, etc.»

Al volver Marín, manoteando y a largos pasos, se alzó Cárdenas.

—Toma —le dijo, dándole lo escrito.

Marín leyó apoyándose en la nariz un lente monocular.

—Bueno, bueno. Tú déjame a mí. Vosotros no tenéis idea.

—¿Vas?

—Sí, voy a recoger a Perico y a irnos al Casino. Ya le he avisado a tu amigo de que vamos a ir a verlo. No pondrá dificultades, se allanará a todo.

—Oye, lee eso. Y que no sea mañana. No me gustaría ir al terreno con el belfo sangrante.

—Del terreno, no es lo serio cómo se va, sino cómo se retorna, *salao*. ¿Nos esperas aquí?

—No. Voy a mi casa... ya sabes dónde. Allí te dirán.

Marín se colgó la garrota del zurdo antebrazo, y abanicándose con el canotier caminó desbordando las rodillas. Al adiós de Pepín, contestó croando una escala y guiñando un ojo.

FUGA

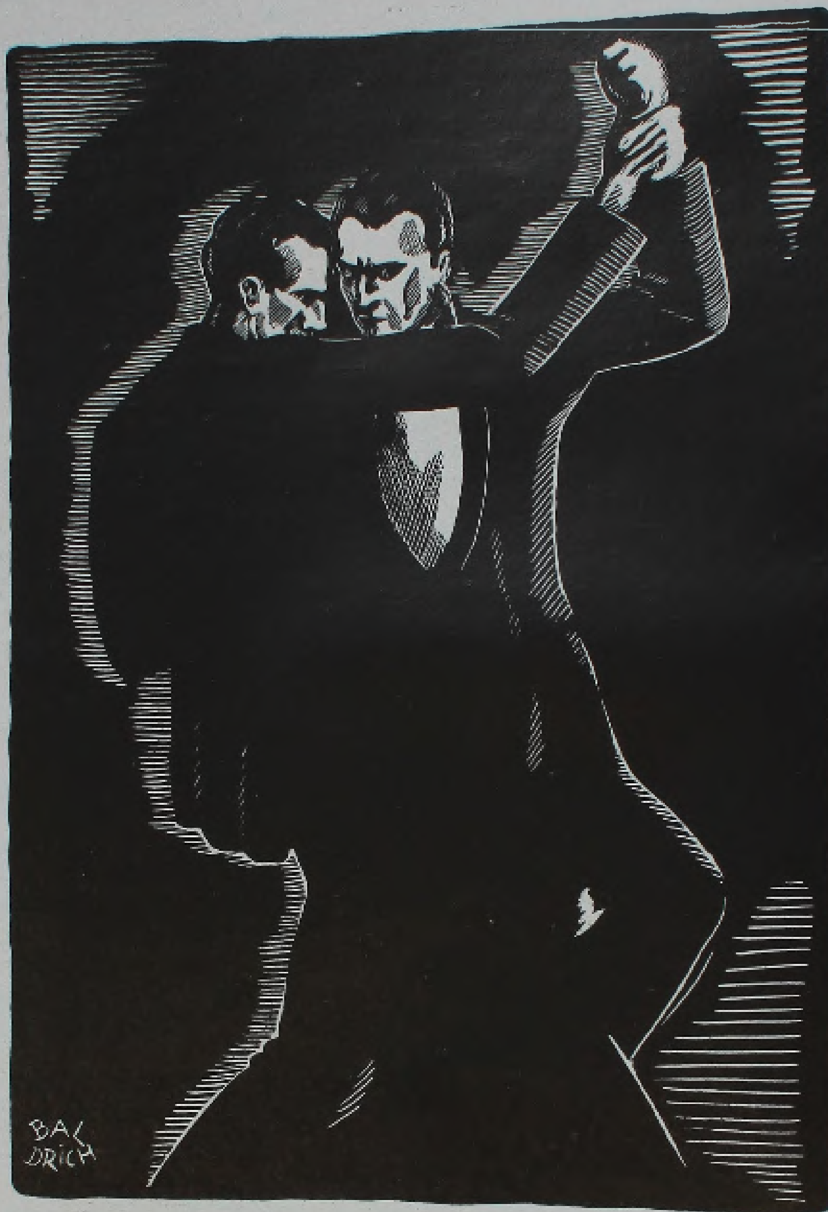
Pepín tomó de nuevo su coche, que a poco rodaba por las calientes calles oscuras. Destocado, dió su frente al aura y suspiró henchido. Recordaba... «Es probable que ése me atice un cacharrazo.»

La fantasía, voltijeando, se posó en el recuerdo de María Teresa.

—Si me hirieran gravemente, ¿qué haría, qué pensaría, que sentiría María Teresa?

Desfilaban ante Pepín quimonos, pijamas y chinelas fantásticas para las noches de insomnio de Teresa, cuidando de Pepín a la cabecera de su cama; torrentes de bromuro, cataratas de antiespasmódico para el momento de las curas. Y en la convalecencia, lindos proyectos de viajes a países fantásticos, a ciudades de placer, a balnearios cosmopolitas.

—¿Y mostraría ternura María Teresa cuando me viera entrar, la cabeza en dos partes o la panza hendida, punzada por el arma enemiga? Y es que estoy solo; estoy abandonado. No tengo nada. No tengo a nadie. Qué desagradable lo que me ha dicho Manolo Marín. Y tal vez tenga razón. Descomponerse porque alguno intente lo que Cachita... quizás estaba pensando en aquel momento. ¡Pobre chica! Tal vez no lo apetecía. Seguramente, no. Ahora es mi Dulcinea... ¡tan infantil, tan impresionable!



El coche corría a entrar en la explanada de Colón. Pepín le hizo girar para pasar ante la casa de Teresa, cercana.

Por el balcón abierto se veía una claridad tenue, velada por diversas telas vaporosas. Antes que el coche llegara a la puerta, la luz se apagó y el balcón se dibujó aflorando en la fachada al contraluz de las estrellas.

—A casa—gritó.

Pugnaba Pepín por hundir el llavín en la puerta; la luz movediza del farolillo se acercó con ledos pasos del sereno—ruido de hierros, tal que un carcelero de folletín.

—Don José, don José, un telegrama—gritó el cancerbero a tono regional de tinte galaico.

Pepín, dentro del zaguán, a la luz pringosa del farolillo, leyó el despacho: «Mañana cumples cuarenta años; te abraza y te bendice tu madre.» Cárdenas abrió el entrecejo, suspiró hondo y entrecortado. Comenzó a subir los primeros peldaños.

—Yo no sé—dijo a media voz—si es que estoy solo o que tengo la condición de dejar solos a los demás. Marín tiene razón, es claro... ¡pero lo que dice me es tan desagradable!

ALBORADA

Calle del ensanche madrileño, desmirriadas acacias, polvo; sol, raudales de sol a tono de plata azulada peleando con las fachadas grises de escayola y cemento. Turbios regatos refrescan las aceras y el pie de los arbolitos sedientos. En los zaguanes, oasis de fresca sombra; en casa de Pepín entran y salen mozos de servir y doncellas de labor. Al entrar Marín, la garrota oscilante colgada del brazo y el sombrero en la mano, mosconea el ascensor con ruido de bordones. En las penumbras del portal y la escalera fulge a trozos el linóleo preso en alfileres de latones labrados.

Marín entorna la puerta del cuchitril de la portera.

—Dios guarde...

—¿Tienen acá la llave del cuarto del señor Cárdenas? ¿Está esperándome?

—¿Del señorito Pepín pregunta? Y tanto que lo espera, señor—reza la voz de mujer—. Una desgracia grande. Nadie podía esperar lo de esta mañana.

—¿Pues qué ha ocurrido?

—Suba y lo verá. Arriba está mi marido. Ya le verá como yo le vi esta mañana cuando subí a su casa. Suba, suba... una gran desgracia. (Marín asalta la cabina y cierra de golpe la jaula del ascensor)—Ya sabe —agrega la voz de mujer desde el fondo del cuchitril—: es ático derecha; no se olvide de cerrar la puerta cuando salga.

En el umbral del ático, el portero, calada la gorra y el mandil sobre el rayado chaleco, dialoga con la criada de enfrente, que maneja el mortero apoyado en el alféizar, diciendo:

—¿Y no será un crimen? Quizás por robar.

—Qué habían de robar, si no tenía nada para sí. Era muy castizo.

—Enfermo no parecía que se estaba.

—Nada se le veía. Siempre estaba contento, siempre igual y apacible.

—A usté, señor Serapio, le quería bien.

—Me gastaba mucha broma para reír; no quería mas que reír y hacernos reír. Cambiábame el nombre cuando me veía «Hola, Servando; adiós, Sempronio; ¿Qué tal, Sinforiano?» Y siempre un nombre nuevo; que él sabía muchos, y yo reía y reía él. ¡El pobrecín! Ahí lo tienes.

—¡Le valga Dios!

—¡Buen día, señor Marín; venga, señor Marín, y verá, señor Marín!—dijo, despidiéndose de la ventana y tomando el plumero bajo el brazo.

Avanzaron Marín y el portero en el cuarto de Pepín. En el banco del recibimiento, el fieltro, el junquillo y los guantes, y dos tarjetitas blancas que Marín tomó y guardó; enfrente, la puerta entreabierta del baño dejaba ver la tina llena de agua jabonosa; felpas y ropas húmedas diseminadas por el suelo, frascos cristalinos heridos de través por el sol; celado el espejo de un vaho lechoso como celaje; Marín avanzó más y más rápidamente; cajas a medio abrir colmadas de libros y papeles; sobre los muebles, ropas; al fondo, en la alcoba, en la cama intacta, cubierta de una manta escocesa, almohadones y el cuerpo de Pepín caído de bruces, las rodillas en tierra, abiertos los brazos en cruz y el rostro dando el perfil como si escuchara a través del lecho un llamamiento lejano. Un rayo de sol ahilado en las

rendijas de la ventana hería el vidrio del ojo como los frascos refulgentes del baño.

Marín, decididamente, tomó a Cárdenas por las axilas y en un único esfuerzo lo tendió en la cama.

—Está frío, señor; no lo toque hasta que no llegue el forense.

—Qué forense ni qué garambainas. Pepín está tan vivo como tú y como yo. No era más que un ataque. El señorito Pepe sufre de estos vértigos.

—Pero si está frío, señor.

—De la mala noche, Serapio; de la mala noche y la mala fortuna. No le ha visto usted. Llame, llame al 15.315 y dígale a Noguer que venga ahora mismo de parte de Pepe y mía y que es urgentísimo. Yo empezaré a acostarle.

A fuerza de empujones sacó Marín al portero del cuarto y cerró la puerta. Volvió a la alcoba, y arropó el cuerpo de Pepín con el tapijo de la cama. Abrió las ventanas: sol de verano; ruidos lejanos, voces y palabras cercanas, del medio diálogo que se sale por los balcones y por las puertas; palabras de presagio y de cábalas con que nos habla el Destino de sus propósitos para el porvenir. Marín tomó una carta dirigida a Pepín, y la abrió. Letra picuda de mujer. Marín ojeó rápidamente: «Te he telegrafiado, Pepín, por tu cumpleaños; cumples cuarenta. Es un día triste para mí; en mi vida ya no hay más que recuerdos; los de todos y los tuyos. Tu padre murió a los cuarenta años, y dicen que tu abuelo también. Cuídate mucho.» Y más adelante: «¿Trabajas? ¿Y tus planes? Cuéntame; siempre deseando saber algo, algo agradable de ti y de tu labor. Pronto viene la vejez y te dará pena de no haber sido un hombre de provecho.»



Mosconeo de los bordones del ascensor. Marín fué a la puerta. Llegó Noguer con su cartera embrazada y un gesto de calma expectante.

—Hola, Marín: ¿Qué le pasa a Pepe?

—Ahí lo verás. Parece muerto. Debió de darle anoche un ataque.

—¿Estaba solo?

—Solo.

—Vamos a ver.

Descorrió Noguer las ropas de la cama. Apartó las almohadas y entreabrió la camisa.

—Pobre; no hay nada que hacer. ¿Y María Teresa?

—En su casa estará.

—¿Y la familia?

—Toma—dijo Marín mostrando de la carta los párrafos que antes había leído—. Aquí, en esta carta, se lo anuncian.

Noguer leyó la carta.

—Bien. Yo tengo mucho que hacer—dijo el médico buscando con los ojos su sombrero.

—El portero quiere avisar al forense.

Noguer extrajo papeles de su cartera y comenzó a escribir. Marín, mientras:

—El forense es la autopsia y es también el escándalo. El escándalo no importa más que porque alarga las cosas y hace perder tiempo; el tiempo que necesitamos para hablar y para otras cosas útiles para vivir; pero la autopsia, para qué, en este caso es inútil.

—Sí, es desagradable—rezó Noguer, releyendo lo que llevaba escrito.

—Inútil de todo punto. ¿Se le ocurriría a nadie hacer la disección de un sombrero de copa? Pepín era el hombre más simpático y más bueno del mundo. Era, además, lo que se llama un hombre correcto. Era como el burro del santero de que habla el fabulista. ¿No fué el fabulista el que habló de eso? Cargado de reliquias, todo lo llevaba en la mano y a la vista y como en feria. Dentro no guardaba nada; reliquias colgadas por fuera, ideas arcaicas, relejes de otras ideas más antiguas, principios, salvedades, tradición que se nos sale por todos los poros de la piel. Le harían la autopsia y yo creo que no le encontrarían nada más que anaqueles con letreritos: «aquí se pone al amor, aquí la amistad, aquí la simpatía; hay que ser cortés, hay que ser generoso, hay que ser valiente, hay que ser... españoles.» Nada, todo eso es nada. Herramientas para perder el tiempo, que es el oficio, el sacerdocio mejor de los que son como Pepín.

—¡Pobre Cárdenas!

—Sí, eso es lo mejor... que es lo más inútil y lo que más estorba. Superficies pulimentadas, brillantes, decorativas, pero inútiles, necesitamos ser ruedas dentadas, hojas de sierra, con colmillos y con gana de hincarlos para herir y que nos hieran. Chico, yo he sido superficie brillante unos años y a poco me muero de hambre. Me resolví un día a afilarme el diente y desde entonces gozo de la osadía de comer seguido.

—A eso le llamaremos—dijo el médico, firmando el oficio—la sociología parda. ¿No te parece? Pepín, pobre Pepín; no era nada pardo.

—Rutilante, querido Augusto, rutilante y además perfecto; un hombre de museo si hubiera museos de personas. ¿Pero qué? Estéril, inútil. Esta tarde lo enterraremos y luego nada. El santero del fabulista buscará otro burro para transportar las reliquias. El sombrerero pondrá otro sombrero de copa en su escaparate—cuando Pepín haya pasado de moda—con más reflejos, con lustre nuevo, con otras sedas.

—Éste, realmente, estaba enfermo, era un enfermo.

—Enfermo, sí; pero antes que otra enfermedad tenía esta otra que estamos diciendo: la locura de los principios. Su padre y su abuelo—ya lo has leído, se murieron a los cuarenta años. Pepín los cumplía hoy, y Pepín, hombre correcto, valiente y cortés, acompaña a unas damas, se viene a casa, se baña, se arregla, se viste un camisón que parece un sudario, se acerca a la cama, tuerce la boca, vuelve los ojos, se muerde la lengua—cosa que no había hecho jamás—y se desploma de bruces, muerto, sobre una manta y unos almohadones procedentes del Águila.

—Tenía talento—dijo Noguer, sonriente—. La llama divina ardió dentro de Pepín.

—Ardió la llama debajo del celemín. La atisbamos algunos. Y muchos esperaban su resplandor. Pero había que morirse hoy, hoy precisamente, el primer día que tenía una cosa urgente que hacer.

—No hables más, Manuel. Yo tengo que hacer.

—Oye, tú que eres médico, ¿tienes predilección por determinada funeraria?

—Amo por igual a todos mis compañeros y auxiliares—y fué hacia la puerta.

—Salgo contigo.

Tomó el oficio, y bajó con el médico. En la portería, el compadre Serapio les salió al encuentro:

—¿Qué, cómo está...?—interrogó con relativa vehemencia.

—Mucho mejor; perfectamente. Está ya bien—dijo Marín—. Luego, dentro de una hora o así, traerán unos encargos que yo voy a hacer ahora con el doctor. Si yo no he venido que los suban y que me esperen. Yo vuelvo en seguida. ¡Ah! y dígale por teléfono a la señorita María Teresa que no esperen esta tarde a comer a don José, que el señorito Pepín no puede ir hoy.

Enrique López Alarcón



Dibujo de Manchón

ORACIÓN

*Un convento sombrío;
sus negros paredones
hacen gemir al viento de impotencia al chocar,
pues son como titanes
que truncan su carrera
y matan sus afanes
de bélica quimera,
de estridencia guerrera...
de raudo caminar.*

*Un claustro triste y frío,
un eco de oraciones,
vagar de apariciones
en la imaginación;
un retumbar de pasos
que evocan emociones
tristes, crueles, sombrías...
y quizás escuchadas al declinar de un día
en tétrico sermón.
Y allá al final del claustro
una pequeña puerta;
al cruzarla, la huerta
desparrama su luz;
y en la puerta hay un fraile
que le da su cariño,
es dulce porque es* viejo,
es bueno porque es niño...
*... y es santo porque sufre
cuando mira una cruz.*

*No supo de otro aroma que el que daban
[sus flores,
no sintió más arrullo que el suave del torrente,
y si tuvo un espejo
que fuera fiel reflejo
de su calma divina,
fué el agua cristalina de la fuente.*

*Por eso siempre estaba con la frente abatida,
por eso no soñaba con alzar la cabeza,
y cuando tal vez quiso con infantil anhelo
alzar sus dulces ojos
para mirar al cielo
embelesado,
contempló en el camino por su mala ventura
a una bella mujer que en su hermosura
le recordó el pecado;
su voz era un arrullo,
su cuerpo era fragancia,
su boca era un capullo
alegre y tempranero,
y aunque fraile piadoso...
... era también el viejo jardinero
y la miró gozoso.
Mas sofocó su anhelo,
renunciando al hechizo
de contemplar el cielo*
por aquello que hizo.

*Volvió a abatir su frente,
tornó a bajar sus ojos,
y cuando tal vez quiso levantar su mirada,
pensó desconsolado
topar con el pecado
a mitad de jornada.*

*¡Triste está el pobre hermano!;
una lágrima brilla
en la ropa sencilla
del penitente austero:
¡es el llanto que vierte por su sueño pagano!
¡es el agua que lava su pecado primero!*

II

*No sólo en la mañana se contempla el rocío
en el jardín sombrío,
tranquilo y monacal,
pues hay sobre sus hojas, sus capullos y flores
algo que se desliza y llora en sus colores,
unas gotas lo mismo que aquellas del sayal.*

*Y es que el viejo ha sentido murmurar el
[torrente,
y el cándido murmullo de aquella serpentina
le pareció un arrullo de boca femenina...
... y en él vertió rocío al declinar su frente.*

*Y lloró contristado;
y marchó presuroso a buscar un aroma
que no fuera pecado;
mas el tierno capullo le contó de sonrisas
y ¡ay! le trajo a la mente otra vez los arrullos.
¡Pobre santo que riegas
con acerbo dolor
este jardín tranquilo y reposado
que es tu campo encantado
de pecado y de amor!*

*¿Por qué ya para siempre mirarás con
[tristeza?
¿Por qué en tu dulce frente se adivina el desvelo?
¡Es porque pecó un día al querer ver el cielo
y sin querer pecó al bajar la cabeza!*

*Y sus ojos se secan,
y su rostro enflaquece;
aquel viejo parece
la imagen del dolor,
que al buscar la inocencia, ansioso y fatigado,
topó hasta en una flor
con el pecado.*

III

*Al reflejar la luna
su luz en aquel huerto,
sobre el hermano yerto
se destaca una cruz.
¿Es acaso que duerme?
¿Quizás será que ha muerto?...
Dejadlo que descanse allá en su huerto
y al lado de su cruz.*

MANUEL CHACÓN SECOS

Cartier

13, rue de la Paix,
PARIS

ROBERTO DOMINGO

PRO TURISMO

Hacia Sevilla...



El palacio del marqués de Mancera, en Úbeda, es hoy asilo de las Siervas de María

ALGUNAS ESTAMPAS DEL RENACIMIENTO ANDALUZ

TORREPEROGIL SABIOTE • ÚBEDA

VAMOS a emprender la segunda etapa de nuestro itinerario, y hemos de abandonar las tierras de la Tugia romana que, cerca de Peal de Becerro, abre la sugestión de su Cámara Sepulcral a los aires del arte hispánico de los siglos V a II antes de Jesucristo.

El turista cruzará por el Puente de la Cerrada el Guadalquivir y ascenderá por la carretera de Torreperogil a Huéscar, serpenteante sobre las estribaciones de la Loma de Úbeda, contorneada de olivares, rastrojos y viñedos.

Como un barco anclado en la cumbre de la Loma, cuyos declives se tapizan de diversos colores cálidos, la villa de Torreperogil se ofrece tal que una estampa sosegada, sin otras inquietudes que las del cultivo de los campos ubérrimos de que se rodea.

Sol y polvo, ambiente rectilíneo. Monotonía de la vida diaria, como en todos los pueblos; sembrar los panes de hoy que mañana se recogerán.

Hay en este pueblo laborioso una iglesia sugeridora, unos viejos torreones y algunas otras piedras antiguas, levantadas sobre las tierras solares que conocieron las hazañas del bravo Pero Gil.

La iglesia ofrece la nota de mayor interés artístico. De una sola y amplia nave, cubierta por atrevida bóveda de crucería. Sus portadas muestran las mejores sonrisas de este Renacimiento andaluz, que tan gallardas manifestaciones ha de ofrecernos en Úbeda.

Aparte de la iglesia, ya no hay otra cosa de interés máximo. Al-

HACIA SEVILLA



Portada sur de la iglesia de Santa María, de Torreperogil

gunas calles de típico aspecto antañón y señorial. La plaza de la Constitución, la calle Nueva y aquella Lonja de la Misericordia con sus cipreses hieráticos, erguidos como lanzas litúrgicas sobre el amplio paisaje que se desparrama, tapiz de bordaduras gigantescas, a los pies de la milagrosa Virgencita, patrona de este pueblo de labriegos y señores.

* * *

Atravesando nuevos campos enguirnaldados de olivos, viñedos y rastrojos, el turista puede saborear la emoción de una nueva estampa en la villa de Sabiote, oculta en el regazo de las tierras feraces que se asoman, por un lado a las amplitudes olivíferas del Condado, y por el otro a la fresca garganta de la fuente de la Corregidora.

Sabiote tiene más ambiente de pueblo señorial, habitado también por hidalgos y labriegos. Parece un barrio artístico de la Úbeda renacentista. El maestro de cantería Andrés de Vandaelvira trabajó aquí al servicio de los Cobos, marqueses de Camarasa.

La iglesia y el castillo y algunos palacios son estrofas líricas en las que, con la melancolía de todas las ruinas nobles, canta el ruiseñor de Italia sus más atrevidas endechas.

El castillo, sobre todo, es un montón de ruinas desoladoras. La elegía de Rodrigo Caro alienta como un soplo fúnebre bajo las deshechas naves, los paredones carcomidos y los patios ya sin arcadas ni columnas, sobre los que aun se yerguen, desafiadores de tanto abandono, los heráldicos timbres de los fundadores egregios...

Pero Sabiote sabrá guardar las piedras venerables que aun restan de sus antiguas murallas, arcos y puertas y cubos heroicos, que testimonian el valor de un historial no bien conocido todavía y que precisa de oportunas investigaciones por parte de los eruditos de la región...

* * *

Y Úbeda otra vez. La regia filigrana de la orfebrería renacentista, que ya hemos admirado en estas páginas, vuelve a ofrecérsenos pletórica de magnificencias nobles.

El viajero ilusionado realizaría su deseo de contemplar con toda eficacia los tesoros artísticos que Úbeda encierra si lograra ser acompañado por un guía tan autorizado y experto, de tan fino sentido artístico y de tan profunda elegancia espiritual, como el cronista de la ciudad, D. Manuel Muro. Nadie como este atildado caballero conoce los laberínticos itinerarios de la ciudad vieja.

Romántico enamorado de las piedras doradas, de las maderas trabajadas bellamente, de las ricas estofas, de los hierros



Los cipreses de la ermita de la Misericordia, en Torreperogil (Fotos Raya)

HACIA SEVILLA





El claustro gótico de la iglesia de Santa María de los Reales Alcázares



La puerta de la sacristía en la Sacra Capilla del Salvador



Un relicario de los del tesoro de la Sacra Capilla del Salvador

forjados por el empuje viril de antaño, de las vibrantes pinturas antiguas... y de los múltiples rinconcillos evocadores de las henchidas páginas de ayer, D. Manuel Muro ha pulsado el corazón del tiempo y ha sabido hallar el raro secreto de las cosas antiguas que son bellas. Se hace imprescindible su erudita compañía para enfrentarse con los monumentos ubetenses.

Desde la Torrenueva al barrio del Alcázar, desde Santiago a San Millán, triunfa el acorde majestuoso de tantas obras de arte como la sucesión de los tiempos áureos amontonaron en Úbeda, destacándose prodigiosamente las que se levantaron a impulsos de las férvidas esplendideces del siglo XVI.

Veamos la parroquia de San Pablo, sonrisa y agonía del gótico, aurora del renacimiento, museo de valiosas calidades artísticas, en cuya portada sur los blasones del buen obispo D. Alonso Suárez de la Fuente del Sauce destacan la personalidad de este animoso prelado.



La portada sur de la iglesia de San Pablo

La Sacra Capilla del Salvador, relicario gigantesco, donde la filigrana plateresca cobra toda la pujanza decorativa del arte que Andrés de Vandaelvira supo arrancar a los viejos mármoles paganos de Grecia y de Roma.

Guarda la iglesia del Salvador muy bellos tesoros de arte, descollando los debidos a la gubia del gran Berruguete, de cuya mano son las tallas del retablo mayor. También aquí se custodian los cuatro relicarios de vírgenes florentinas que son muestra de los finos gustos renovadores, imperantes en aquel tiempo.

La plaza en que se yergue esta iglesia única se ha denominado plaza del arte. Palacios y templos suntuosos la rodean. El ya mencionado del Salvador y el de la Colegiata de Santa María de los Reales Alcázares, an-

HACIA SEVILLA



Resto de las viejas fortificaciones árabes que circuían la ciudad, esta Puerta del Losal, o del Rosal, es un testigo elocuente del poderío sarraceno en Úbeda, vencido al fin por el empuje victorioso de la espada de San Fernando

HACIA SEVILLA

tigua mezquita que conoció la prestancia guerrera del Rey San Fernando; el palacio del deán Ortega, después del marqués del Donadío, adquirido con laudable acierto por el Municipio ubetense para ser entregado al Patronato Nacional del Turismo, que ha de instalar en él una de las proyectadas hosterías. Otro palacio, el mandado erigir por el secretario de Estado de Felipe II, D. Juan Vázquez de Molina, convento luego de las Cadenas y hoy albergue del Ayuntamiento de la ciudad. El palacio del marqués de Mancera, construído durante el postrer renacimiento; la cárcel del Obispo, el palacio de los Abades y algunos otros edificios que complementan muy armónicamente el recinto de la hermosa plaza, sombreada por altivos álamos.



Fachada principal de la Sacra Capilla del Salvador

Digna, pues, la ciudad de una visita detenida y minuciosa, que aquí no podemos relatar con la precisión adecuada, cúmplenos dejar consignado el merecido elogio a que se han hecho acreedores los elementos directivos de la ciudad, a cuya cabeza figura el laborioso alcalde, don Baltasar Lara, por el empeño ferviente demostrado en pro de la corriente turística, con tanta fortuna desarrollada en este rincón de la Loma, fecundo y luminoso venero de bellezas, ante las que todos los espíritus verdaderamente . sedientos de la luz irradiada por las piedras antiguas llegarán a rendir su devoción.

El Patronato Nacional del Turismo, incluyendo a Úbeda en sus rutas; la marquesa de San Juan de Buenavista, laborando por la eficaz propaganda del arte ubetense, y el cariño de la ciudad entera por sus piedras antañonas, obrarán el milagro de que a los ojos de todo el mundo la Úbeda de hoy vuelva a alcanzar idéntica celebridad y poderío idéntico que los que lograra tan magníficamente durante aquellos días, felices para nuestra historia, en que tremolaban al viento los clamores triunfales —pie-






Cuatro preciosos relicarios que se guardan en el retablo mayor de la Sacra Capilla

HACIA SEVILLA

Fachadas de la iglesia y casa rectoral de la histórica colegiata de Santa María de los Reales Alcázares

dras dominadas por ágiles cinceles—de los artísticos mesnaderos acaudillados por el famoso maestro Andrés de Vandaelvira; ellos fueron los productores de tantas y tantas bellezas, cuyas estampas más notables ofrecemos en las fotografías que adornan estas páginas, y que convierten a Úbeda en importante centro de turismo.

HERMÓCRATES DE TUGIA



Fotos
Baras Padilla y Ventura.

La puerta principal del palacio de los marqueses de la Rambla y de San Juan de Buenavista

LOS ÚLTIMOS CONQUISTADORES DE AMÉRICA

+



QUÉ españoles quedan ya en América, para defender y conservar, en las tierras descubiertas por nuestros gloriosos conquistadores, los frutos más legítimos de la conquista? ¿Es posible que nuestro pueblo abandone a otras gentes la herencia de un continente? ¿Ha terminado por ventura nuestra misión histórica en América, y con ella deberá cesar en absoluto la influencia de nuestra raza en aquellas naciones, hijas de España? ¿Dejarán de ser hispánicas por haber nosotros renunciado, cobardes, a la empresa secular, razón de ser de nuestra nacionalidad en la Historia? ¿Podrán pasarse del todo sin nosotros? ¿Qué piden de nosotros y qué podremos darles si no es la vida, el material humano? ¿Qué vale lo demás que otros pueblos puedan darles?

El genio de la estirpe vigila; desde las costas atlánticas otea infatigable la extensión infinita del misterio rasgado por las carabelas españolas. El verano anterior hemos visto en Vigo, puerta principal de nuestra expansión hacia América, la corriente humana que va y viene todos los años. El ancho mar de Vigo, cantado ya por los trovadores de los Cancioneros, se abre como un gran camino de pavimento azul hacia Occidente, señalando las rutas de la gloria. En el paseo marítimo, sentados o apiñados a lo largo del pretil, está la turba de emigrantes con los ojos fijos en el lejano horizonte, abismados en la atracción fascinadora del Océano. Su espíritu sueña en el más allá; en la misteriosa lejanía alumbrada por el globo de fuego rojizo que se derrumba lentamente tras la cresta granítica de los islas Cíes. Sus miradas acompañan a los trasatlánticos que salen del puerto y navegan a las tierras americanas, envueltos en la inmensa cabellera que el astro rey tiende sobre la ría, quebrando en sus olas centelleantes fragmentos de sol. Su pensamiento está dominado por los argonautas que los precedieron al país del oro y de la felicidad; si vuelven la cabeza a tierra, su mirada tropieza con la mole blanca del teatro Barbón, el emigrante que volvió milonario. Algunos cronistas, más poetas que sociólogos, los han visto llorar; nosotros sólo hemos podido distinguir en su faz la preocupación y la energía concentrada del que se lanza a una empresa de vida o muerte; la empresa secular de las gentes ibéricas, que ellos continúan con la intrepidez y la tenacidad características de los instintos raciales, que no escarmientan nunca.

¿Debemos lamentarlo? ¿Debemos felicitarnos? Por fortuna o por desgracia, ahora son menos que antes. Si disminuyen mucho, ¿qué será del alma ibérica en aquellos países, que se verán privados de los elementos humanos más asimilables? Al fin y al cabo, estos emigrantes son los que continúan la obra de los que descubrieron, civilizaron y poblaron el Nuevo Mundo. Sea por la despoblación europea producida por la guerra, sea por el aumento de bienestar, sea porque han podido alumbrar nuevas fuentes de riqueza en el propio terruño, el hecho es que la emigración española a las Américas ha disminuído hasta un cuarto de lo que era antes de la guerra. En efecto, los 161.000 emigrantes de aquellos años han descendido a 43.000. De éstos, 15.000 salieron de Vigo y casi otros tantos de la Coruña. Pero esta disminución de conquistadores anónimos, ¿será porque la América no los atrae ya con la promesa de sus riquezas? ¿Será más bien producida por el pesimismo, por la depresión del espíritu audaz, intimidado por los riesgos de la aventura? Verdad que casi todos los países europeos han reducido también su emigración; pero no tanto como nosotros. Aparte de que ellos tienen graves razones para hacerlo así y en cambio nosotros tenemos móviles históricos y raciales para hacer lo contrario. Lo que para ellos fuera sangría, para nosotros es transfusión de sangre; expansión nacional hacia nuestros legítimos dominios.

En esta soberbia bahía desemboca el torrente de vidas humanas que van a sostener la vida de la raza en aquellos países. Vigo, cabeza de mil ojos asomados con inquieta curiosidad al océano americano, los recibe gozosa y con sus faros les señala el camino por donde sus padres se lanzaron a la conquista del bienestar y de la gloria. Basta verlos para comprender que no van tan afligidos como hacen suponer los inevitables desgarros y separaciones, sino estoicos y decididos a crearse un mejor porvenir, a fecundar con su sudor las ricas tierras españolas de América, a repoblar las regiones pobladas a medias por sus antepasados, a sustituir a los que caen en lucha por el progreso. La riqueza imaginada les sirve de acicate; con ella los atrae el genio de la raza que mueve sus músculos y enciende su imaginación. En realidad se trata de algo más que hacer dinero; ellos lo ignoran, el genio de la raza lo sabe y los empuja a que continúen la misión histórica de las gentes ibéricas. Muchísimos soldados de estos ejércitos han de sucumbir antes del triunfo. ¿Qué guerra memorable se ganó sin buen número de muertos? ¿Cuántos gérmenes llegan a madurez en la naturaleza? Los fuertes, los audaces triunfarán allá; y después de realizar su parte del destino racial, volverán vencedores a construir la escuela, el asilo, la iglesia y el teatro de su pueblo. Vemos que en realidad es la raza que los envía, porque hay entre ellos hombres maduros, niños, ancianos, hombres, mujeres; muy pocos tienen traza de menesterosos o de analfabetos; lo que pasa es que todos son audaces y sienten la inconsciente obsesión de aventuras del hombre atlántico. ¿Adónde van? Tal vez no lo saben en concreto, ni les importa tanto el saberlo como lanzarse a la vida grande, a extender, o por lo menos a consolidar, el imperio de su raza.

Sin embargo, para ellos no son los de América países extraños; su nombre y sus características les son tan familiares como los de las otras regiones de España que no han visto; son gentes de su idioma, de sus costumbres, de su religión y de su cultura. Allí los esperan los parientes, el padre o el novio; los indianos, los que van y vuelven, les han dado toda clase de informes; tienen ya de aquellas tierras mejor concepto que de su propia región; después de todo, aquélla es la Nueva España más rica, más fecunda en aventu-

ras, más remuneradora del esfuerzo que la vieja, más amada, pero más empobrecida. Muchos de ellos volverán, como las golondrinas, con el cambio de estación, a ver el antiguo nido, dejando allá otro, tal vez para la temporada sucesiva; otros se quedarán allá, satisfechos con el cambio de domicilio, aunque no de familia; también muchos caerán sin haber triunfado. ¡Loor a los héroes desconocidos! ¡Coronas y riquezas para los vencedores afortunados! ¡Pues qué! ¿Todos triunfan acá? Desde la alta acrópolis viguesa, a la sombra de estos agrietados baluartes del Castro, los vemos despedirse de la tierra madre; se agitan los pañuelos a lo lejos como manos blancas; sobre nuestra cabeza, la bandera de la patria, siempre amada, ondea blandamente, como contestando al saludo de los hijos. Las casas de Vigo, trepando por entre el verdor espeso de los montes, parece que se paran y vuelven sus fachadas al mar para decirles adiós con las lindas bocas abiertas de sus puertas y ventanas. La sirena del vapor lanza a los aires su ronca despedida, y el buque resbala majestuosamente sobre la planicie azul, sobre aquel trozo del Océano, aprisionado en el maravilloso marco ondulante de colinas, bosques y viñedos, arenales blancos y maizales verdes. Allá van las legiones obreras de la transmigración nacional. El trasatlántico se aleja con su carga humana y se pierde en la inmensa catarata de luz que cae deshecha, a disolverse en las aguas argénteas del mar; del mar, que afuera brama convulso y terrible, y allí palpita de júbilo rumoroso, abrazado por la mimosa y bellísima tierra gallega.

Seguimos con la vista a los conquistadores anónimos; las dulces cañas de Cuba, los exquisitos cafés del Brasil, los numerosos ganados de la Argentina esperan su esfuerzo fecundo; el comercio, la industria, la cultura, esperan también el auxilio de su laboriosidad e inteligencia. Sobrios, tenaces, soñadores o supersticiosos, llevan en sí su destino, que confían al mar ignoto. Aunque la tierra se va alejando de su vista, y empiezan a sentir la inquietud de la soledad, en su mente se dibuja, como reacción vital, el hotelito que a la vuelta han de construir en la playa, frente al mar confidente de sus ensueños ambiciosos; el automóvil en que han de recorrer las carreteras floridas de Galicia, Asturias, Santander y Vasconia; las joyas con que han de ensortijar los dedos de la mujer amada y los de las hijas señoritas. ¡Sueña, raza descubridora de mundos y creadora de naciones! ¡Sueña al arrullo de estas olas que te revelaron tu histórico destino, y... marcha a realizarlo! España se agranda ante las proas de esos buques de emigrantes, como se ensancha el mundo ante las proas de las carabelas de los conquistadores. Emigrar es ir a vivir, a sembrar la semilla de vuestra estirpe en las tierras roturadas ya por vuestros abuelos. Lo que hace falta es que el Estado español os proteja y comprenda bien el servicio que a la nación prestáis; que no os abandone, desagradecido e insensato, a vuestras temerarias audacias; que os organice cívicamente, como hace Italia con sus hijos expatriados; tenéis tanto derecho, o quizá más, que los que quedamos aquí a la protección de la metrópoli. Vosotros vais a fundar las «Colonias» modernas, provincias de España asentadas en sus antiguas colonias.

No vais solamente por ansia de medro personal, como el vulgo cree; las estadísticas muestran al observador sinuosidades desconcertantes por lo inmotivadas. Tampoco es la miseria, digan lo que quieran las cornejas de nuestra decadencia; hay causas psicológicas; es el impulso inconsciente y terco de la raza; la voz del destino histórico, que acatáis con sublime estoicismo, yendo serenos y audaces a continuar allende el mar la aventura creadora de vuestra gloriosa estirpe. ¡Que Dios os guíe y ampare en vuestro destierro voluntario y heroico! Esta hermosa ciudad os espera vencedores, con sus brazos abiertos a la radiante luz del sol, sobre esta bahía maravillosa, que es mar, río y lago a la vez. Yo confío que os veré volver gozosos, como el ave emigratoria, a colgar vuestro nido cara a la América remota; vuestro soñado hotelito en estas ensenadas risueñas, donde las bravas olas del Océano, amansadas por la hermosura de esta tierra paradisíaca, se tienden apacibles y limpias sobre las arenas rubias tachonadas de nacarinas conchas y sobre los inmóviles peñascos tapizados de sedosas algas, con frecuencia a la sombra de los árboles y de los parrales. Estas ondas bulliciosas que ahora os despiden con rumores de promesa, os recibirán a la vuelta con murmullos triunfantes de victoria, e irán a reflejar en algún recoveco de la ría con su transparencia hialina, como habréis visto mil veces, las naranjas y las manzanas de vuestra huerta, las magnolias y hortensias de vuestro jardín y la silueta elegante de vuestro chalet; y entre las macetas de sus ventanas, como en marco de flores, el rostro agraciado de vuestras esposas y de vuestras hijas. A alguno de vosotros le espera Asorey, el escultor gallego, para modelar, con el arte que él sabe, el noble busto que perpetúe el gesto triunfante del último conquistador.

Y así de siglo en siglo, de padres a hijos, mientras España sea España, mientras las olas del océano llamen a sus costas con los ecos remotos y las palpitaciones fragorosas de las regiones ultramarinas, porque así lo quiso Dios.

MANUEL GRAÑA

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

«EL DIABLO BLANCO», novela original de Luis de Oteyza.—El espíritu inquieto, el alma viajera de Luis de Oteyza, llevándole a los más remotos confines de la tierra, han producido múltiples y amenos volúmenes que consagran a nuestro colaborador como sagaz observador y hábil fabulista. Y ambas condiciones del culto camarada se ponen de manifiesto como en trabajo alguno en *El diablo amarillo*, donde lo novelesco y la realidad, lo vivido y lo imaginado, se aunan en feliz consorcio para producir un libro lleno de interés, escrito en estilo amable, claro, sencillo, periodístico.

No es el protagonista de la novela de Oteyza un héroe de folletín, ese arquetipo de las narraciones de aventuras. Es un hombre, y un hombre español; las circunstancias mandan en su vida y a ellas obedece ciegamente, de un modo tan natural y humano, que ello constituye por si sólo uno de los mayores méritos de *El diablo blanco*.

Las costumbres y usos chinos; las algaradas revolucionarias; las múltiples incidencias y sugestiones que el tema presenta, se aprovechan y desarrollan de modo perfecto en la obra de Oteyza, que se lee sin cansancio de una sola vez.

«POESÍAS», originales de Pedro Larrañaga.—Bien armado de todas armas se presenta Larrañaga en la República de las Letras. No por nuevo desprecia la rima clásica y a ella se acoge preferentemente, con la mejor fortuna. En *Poesías* abundan las composiciones que están cerca de la perfección anhelada y que hacen augurar a su autor los más brillantes triunfos.

«LA MISIÓN INTERNACIONAL DE LA RAZA HISPÁNICA», ensayo original de José Pla.—Es la hora de ahora la del hispanoamericanismo. Apagadas las hogueras de odio y rencor que pudieron dejar en las tierras conquistadas los años de dominación, diríase que América se esfuerza por demostrar a España su adhesión, su simpatía, su cariño. José Pla—con altura de miras dignas de todo encomio—estudia la cuestión tan debatida desde el punto de vista del más puro hispanismo, trazando no sólo el panorama actual, sino estudiando las contingencias favorables que, para el futuro, puede tener la raza hispánica si cumple su misión histórica.

«FLORILEGIO DE PENSAMIENTOS Y AFORISMOS, SELECCIONADOS ENTRE LOS MEJORES DE LA LITERATURA UNIVERSAL», por Antonio Ibarra.—Un libro útil y curioso. Sobre todo, para cuantos gustan de alardear de fácil cultura en conversaciones y escritos, trayendo a colación frases de grandes hombres y pensadores ilustres.

El Sr. Ibarra ha recogido, catalogado y puesto a la venta buena suma de ellos. En esta especie de «Almacén de Cultura Hecha», todas las secciones están bien surtidas y no hay temor de no encontrar la cita eminente que apoye un asunto, bien sea sobre el amor o la muerte, la guerra o el dinero.

Labor de enorme dificultad y gran mérito la realizada por Antonio Ibarra; tanto más, habida cuenta del desinterés con que ha procedido al reunir los más encontrados materiales para que con ellos se adornen obras ajenas.

(En esta sección daremos cuenta de todas las obras de que se nos remitan dos ejemplares).

UN MARIDO AMABLE...

HISTORIETA CÓMICA
POR TAULER



1.—¿Qué tal, mujercita, estás bien?
2.—Sí, muy bien, muchas gracias.
3.—¿No tienes frío? —No.
4.—¿Estás cómoda en esa butaca?
5.—Sí, muy a gusto.
6.—Entonces levántate, que me voy a sentar yo.

ANTE LA PANTALLA



COMO RÍEN LAS "ESTRELLAS"





HACE unos años, antes de que el nuevo arte cinematográfico revolucionase el mundo, de las estrellas no sabíamos más que aquella afirmación del cantar popular de

«El mentir de las estrellas
es un curioso mentir,
puesto que nadie ha de ir
a preguntárselo a ellas.»

Pero, desde que la ola de celuloide—mucho más peligrosa que la de frío, la de calor y tantas otras famosas; ¡ya hablaremos de eso!—invadió los rincones todos del planeta, y el vocablo *star* se universalizó en las esferas teatrales, y nacieron el galo *etoile* y el españolísimo *estrella* aplicado a los artistas famosos, de las *estrellas* sabemos cómo son, viven, comen, duermen, trabajan, descansan, aman... ¡Cuanto pudiera interesarnos conocer y cuanto les interesa a ellas que conozcamos!... Segunda parte, ésta la más terrible y abrumadora, que las agencias informativas, en esto del reclamo, no dan reposo a las máquinas de escribir.

¿Me dejas, lector, que siga la racha?... Vamos, entonces, con la risa de las mimadas por la popularidad. El clásico «rubí partido por gala en dos» puede, con poco esfuerzo, darnos tema para una divagación breve y, a ser posible, amena. En el peor de los casos, quedan a las deliciosas muecas femeninas el cuidado de distraer tus ojos y tu mente si la prosa te aburré en demasía.

Empezaré, que el proemio fué excesivo. Y, para ganarme tu confianza, de la mano de Clara Bow me adentro por los senderos de la crónica. Recientemente, un gran *magazine* americano preguntó a las primeras figuras de la pantalla cuál era, a su juicio, la condición esencial para una artista de *cine;* y la creadora de *Ello* respondió, sucintamente: «Que sepa reír».

ANTE LA PANTALLA

Clara Bow—que en el encabezamiento de estas líneas demuestra que es catedrática de ese arte—tal vez haya dicho eso porque sí, sin gran convencimiento, como el que lanza una *boutade*, para sorprender con una detonante respuesta a los infelices burgueses. Pero, sin darse cuenta, aun en contra—es muy posible—de su propia voluntad—como se hacen, casi siempre, las grandes cosas—, ha dicho lo más cierto y exacto, aquello que



Lupe Vélez



Ruth Taylor



Gail Lloyd

compendia y define mejor las condiciones de la perfecta actriz.

¡Saber reír!... No sabe la deliciosa heroína de *Alas* todo lo que ha dicho, así, burla burlando, sin concederle la menor importancia. Nada tan difícil, tan fundamental como reírse y reírse bien. Ni «la soltura para llevar toda clase de vestidos» que preconiza Pola Negri; ni «tener los ojos expresivos y la boca bonita», como asegura Lupe Vélez; ni «llorar sin ponerse fea», según pretende Bebé Daniels.

La risa es de las pocas cosas serias que restan a la Humanidad, el privilegio que le concedió el Hacedor para instituirla reina



Clara Bow

ANTE LA PANTALLA



Frances Lee



de todo lo creado. Una carcajada a tiempo es el arma más poderosa. Y el que acierte con el momento preciso en que debe reírse de cada cosa y con la forma para hacerlo, será dueño de la más acreditada varita mágica.

Doris Dawson

Por regla general, las *estrellas* ríen mal. Claro que no es suya toda la culpa. A más de que escenaristas y directores apenas si les dan ocasiones en que lucir esta cualidad, la risa, en el *cine*, es falsa, fría, ridícula; mucho más que en el teatro, donde—al fin de cuentas—posee su sonido peculiar fresco, claro, cristalino. Sobre la pantalla, desposeída de su cualidad esencial, silenciosa y hosca, apenas si queda reducida a otra cosa que a una ridícula contracción de labios.

Buena prueba de ello son las ilustraciones que acompañan a mis breves reflexiones. Bien mirado, si exceptuamos a la propia señorita Bow, ¿puede afirmarse que



Alice White

ANTE LA PANTALLA

las otras saben reírse?... Lupe Vélez tiene el rostro empañado de melancolía. Los ojos de Ruth Taylor despiden un fulgorcillo picaresco que restan a la sonrisa toda importancia. A Gail Lloyd parece que la amenazan de muerte si no se ríe. Doris Dawson se asusta de que alguien haya podido advertir el más tenue pliegue en sus labios. En su absurdo acrobatismo, Frances Lee semeja la discípula que observa el rostro del profesor de gimnasia, buscando su aprobación. Collen Moore... ¡bueno, Collen Moore sonríe como una «telonera» cursi!... Y en cuanto a Alice White, ¿se habrá dado bien cuenta de lo ridícula que es su pretendida sonrisa picaresca?...

¡Saber reír!... ¡¡Pues no ha dicho usted nada, señorita Bow!!...

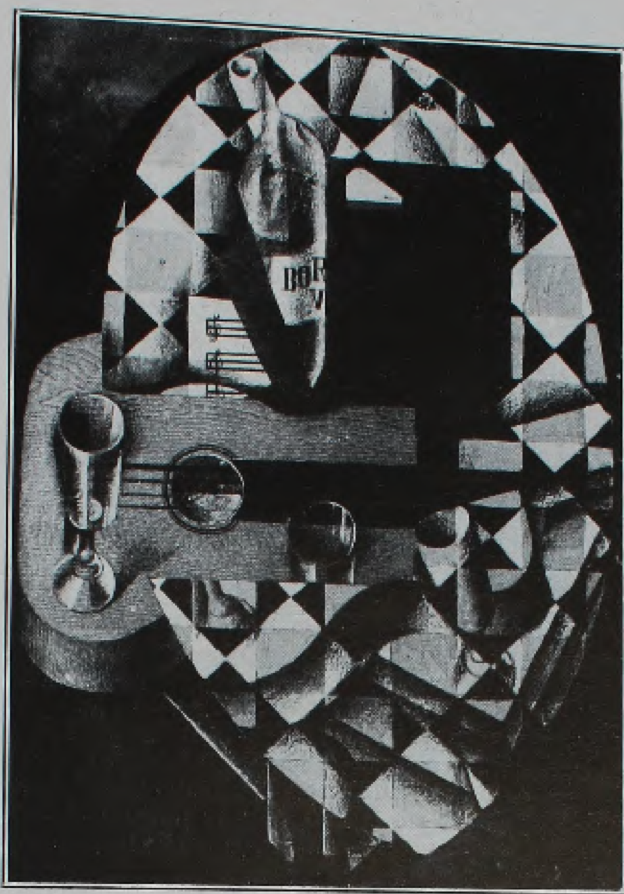
ADAME MARTÍNEZ



Colleen Moore

CARTONES DE LEONARDO

POR ANTONIO BOTÍN POLANCO



Juan Gris: Naturaleza muerta.



QUEL bastardo de un señorito de pueblo y de una fregaplatos de la hostería del Monte Albano, al nacer robó a la montaña su serena curiosidad.

La mirada de las montañas escudriña el ancho horizonte y a veces siente tentaciones de volar. Busca en la tierra y en el cielo, arriba y abajo, pero la montaña no vuelve nunca la mirada atrás.

* * *

En aquel siglo que despertaba de la bárbara noche medieval con desperezos de desenterrador, Leonardo desentierra cadáveres humanos, mide, pesa, calcula, contempla el vuelo de las aves sobre la tierra y sobre el mar. En los cadáveres, en el aire, en el lecho de los ríos, en el movimiento de los cuerpos, en los ángulos y en los números, busca la unidad de la vida que permite saber y volar.

Y mientras los sabios y eruditos, de espaldas a la vida, juntan trozos de estatuas rotas y raspan viejos pergaminos para tener modelos que copiar, Leonardo, como la montaña, mira de frente la Naturaleza—tierra y cielo, arriba y abajo—, sin volver nunca la cabeza atrás.

* * *

En el Milán de Ludovico el Moro modela Leonardo el coloso Sforza, pinta la Sagrada Cena, construye canales de irrigación, máquinas de guerra, muñecos automáticos, inventa un artefacto para volar. Mientras él trabajaba en su casa, entre la Fortaleza y Santa María delle Grazie—el Coloso y la Cena—, corría la noche veloz. Cuando el amanecer bañaba con su luz gris la mesa de Leonardo, llena de dibujos, de cálculos, de trayectorias del vuelo de golondrinas y de cisnes, de imágenes plásticas y matemáticas de toda suerte de fenómenos naturales, puntos de apoyo para la inducción de la Ley universal del «Primer Motor», en la noche lenta del tirano y del pueblo se fraguaban crímenes políticos y se oían medrosas voces ignorantes, acusando al Maestro de alquimista, de hechicero y de brujo de la magia negra.

* * *

La noche veloz del genio fué turbada por la noche lenta de la ignorancia.

El Moro, después de envenenar en la cartuja de Pavía a su sobrino el legítimo duque Gian Galeazzo, se había proclamado duque de Milán. Para distraer el descontento popular preparaba una solemne ceremonia religiosa durante la que, uno de los clavos que sujetaron a Cristo en la cruz se elevaría sobre el altar mayor, hasta la cúpula de la catedral. Cuando Leonardo estudiaba un sistema de poleas, una piedra quebró el vidrio de su cuarto de trabajo. Y llegaron a sus oídos unas palabras de multitud, cortadas por los bordes del cristal:

¡Brujo! ¡Envenenador! ¡Anticristo!

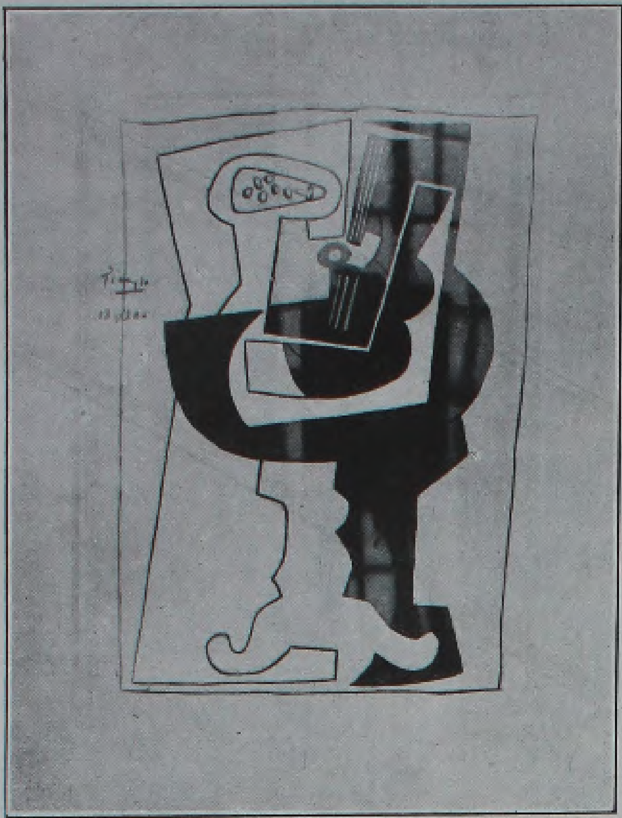
* * *

La muerte de Carlos VIII dió el trono de Francia al duque de Orleáns, que, como nieto de Valentina Visconti, hija del primer duque de Milán, se consideraba único heredero legítimo del trono de Lombardía. Ludovico el Moro huyó, y Luis XII pudo entrar sin resistencia y con aclamaciones en Milán. Los mercenarios del mariscal Trivulzio, tomando como blanco el coloso Sforza, lo destrozaron. Meses después, una noche, el jefe de la ciudadela abrió las esclusas de los canales que llenaban los fosos de la fortaleza. Se inundaron los bajos arrabales de la puerta Vercellina y el convento «delle Grazie». Sobre los colores de la Santa Cena se advertían las primeras traiciones de la humedad.

El día veloz del genio fué turbado por los tiranos en su hora fugaz.

* * *

CARTONES DE LEONARDO



Picasso: Le guéridon bleu.

La primera vez que estuve en Milán llegué al amanecer. En la plaza de la Scala se posó una paloma blanca sobre la cabeza de bronce de Leonardo. Había tanta tristeza en la luz gris de la madrugada de aquel Milán sin coloso Sforza y sin Cena, que me fuí antes de que anocheciera.

Pocos días después, volviendo de Como por la polvorienta carretera, el suave claroscuro del atardecer estival, el humo de las fábricas, los castilletes de las conducciones eléctricas y un avión que se perdía en el horizonte me hicieron comprender que aún hay crepúsculos que son por entero de Leonardo en el Milán de Musolini.

* * *

Después del Moro fué César Borgia.

Al partir de Milán, Leonardo sintió que sus hermanas, las cumbres de los Alpes, le brindaban la blanca sonrisa de sus nieves, olvidadas de Aníbal, con la esperanza de Napoleón.

* * *

En la cercana vecindad del Moro y de César Borgia, Leonardo miraba hacia delante sin volver nunca la cabeza atrás. Cerca del crimen de la cartuja de Pavía y de la traición de Sinigaglia, el genio escrutaba las leyes de la vida, lleno de serena curiosidad.

Los crímenes de los tiranos eran para él un fenómeno de la Naturaleza, sin importancia trascendental.

* * *

La muerte del papa Borgia, arruinando la audacia de César, volvió a Leonardo a Florencia, la república chismosa de ramplones mercaderes.

La Florencia de Leonardo se llamaba Monna Lisa.

Lo demás era zumbido de coleópteros: las moscas de la Señoría y el tábano de Miguel-Ángel.

* * *

El patizambo gonfaloniero de la república, Piero Soderini, de quien ha dicho Maquiavelo:

> La notte che mori Pier Soderini
> L'alma n'andó dell'inferno alla bocca:
> E Pluto la gridó: anima sciocca,
> Che inferno? Va nel limbo de Bambini.

organizó la batalla en la Sala de los Quinientos.

A Leonardo le importaba la batalla de Angiari tan poco como Miguel-Ángel. Miguel-Ángel esgrimía su furia audaz en el cartón de su batalla, para aniquilar la serenidad de Leonardo.

* * *

En aquella lucha desigual entre dos hombres separados por veinticinco años de diferencia, el más viejo era el más óven.

Mientras Leonardo reflexiona, mide y calcula, lleno de juveniles vacilaciones, acerca de aqeul gran bloque de mármol que en los fosos de la catedral, después de abortar una vez, espera una mano que le dé vida, Miguel-Ángel, con astucia y obstinación de viejo, le convierte en veinticinco meses en su monumental David.

El David fué la primera piedra que la vejez tiró al techo de cristal transparente de la juventud.

* * *

Esta competencia entre Miguel-Ángel y Leonardo la llama Stendhal «la lucha de la fuerza contra la gracia». Y añade Mérejkowsky: «Es posible que Miguel-Ángel sea fuerte como el viento que trastorna las montañas y rompe las rocas delante del Señor; pero no hay en él la calma en que habita el Señor. Miguel Ángel lo sabía y odiaba a Leonardo porque era más fuerte que él, como la calma es más fuerte que la tempestad.»

¿No tiembla de impotencia la tormenta? La insolencia de la fuerza, ¿no es un signo de debilidad?

* * *

Leonardo había vivido en la magnífica soledad del genio. Las piedras, furiosas del talento de Miguel-Ángel, cayeron a sus pies limpias de vanidades. Por eso se inclina a recogerlas, y con los bolsillos llenos de piedras, en el claroscuro crepuscular de su estudio de la vía Martelli, empezó a pintar el retrato de la Mona Lisa.

* * *

Un artista sin vanidad no gusta de reñir a pedradas en la plaza pública. Después de examinar con atención las piedras de su enemigo se dedica a pintar.

Es lo que hizo Leonardo, en aquel duelo entre la pintura al óleo y la pintura al fresco, entre la forma dura y la forma tenue y coloreada en el claroscuro crepuscular.

* * *

La historia no ha perdonado nunca la intimidad de los grandes hombres.

Leonardo sufrió un proceso en su juventud, acusado de practicar alguno de los amores contenidos en los discursos del banquete, en compañía de su maestro el Verrocchio, autor del caballo de Coleoni, precursor del coloso Sforza, San Juan de los caballos de bronce, que, de grupas al antiguo convento de los Jesuítas de Venecia, espera tristemente la vuelta del Mesías de barro que no resucitó. A los cincuenta de su edad, la chismosa beata que era Florencia cuchicheaba sus amores con la mujer de Francesco Giocondo (el más joven de los doce *buonomini*, cinco años más joven que Leonardo), que iba todas las tardes al estudio de la vía Martelli.

* * *

Los hombres pretenciosos aseguran que la mujer representa a lo más una cuarta parte del total humano.

Los hombres sinceros sospechamos que la mujer es, por lo meno, la mitad que nos falta para andar en cuatro patas.

Es lo cierto que los



Benjamín Palencia: Líneas y planos.

hombres pretenciosos y los sinceros nos acercamos con más o menos destreza a las mujeres, ansiosos del total.

* * *

CARTONES DE LEONARDO

Leonardo, fuerte, bello, con el gran prestigio de su talento y con su sedosa barba rubia, debió causar la admiración de muchas de aquellas damas del Renacimiento, que adoraban la fuerza, la belleza, el talento y las barbas.

Pero Leonardo era un alma total.

Las damas del Renacimiento le adoraron como a un dios lleno de indiferencia para sus fieles, sobre la peana magnífica de su totalidad.

* * *

En el amor que el vulgo llama platónico y en los dulzones sonetos del Petrarca hay más deseo que en el libertinaje más desenfrenado.

En el amor platónico de Miguel-Ángel por Vittoria Colonna hay más furia impotente que en los cinceles del atormentado picapedrero.

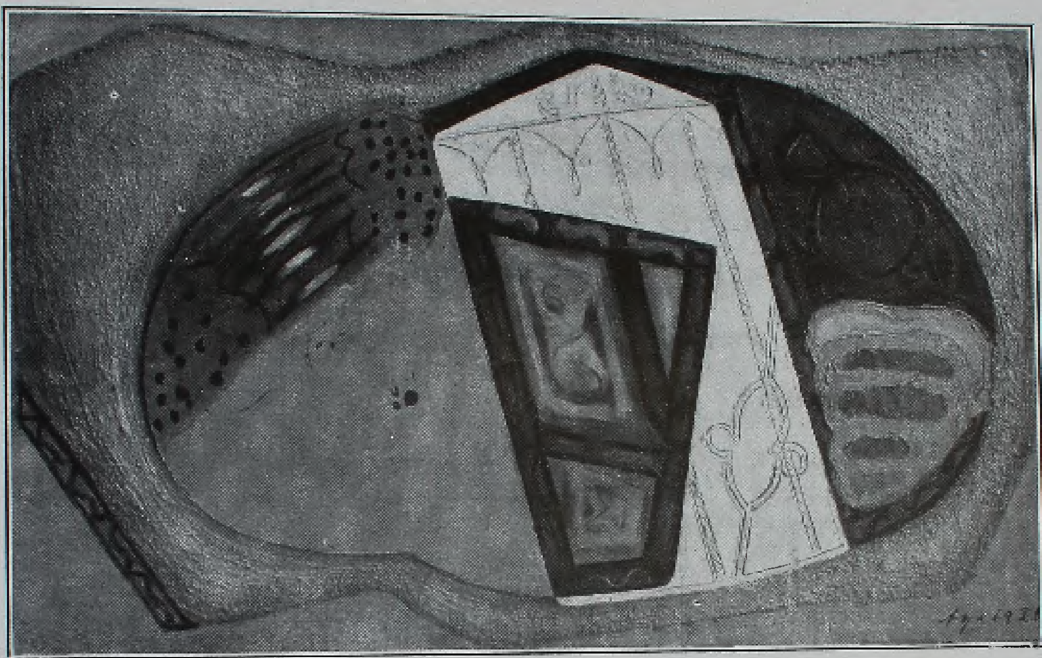
* * *

Es indudable que la Monna Lisa estaba enamorada de Leonardo. La esposa de Francisco Giocondo fué la única mujer que el amable Genio admitió en su intimidad. La sola hembra que pudo amarle como a un hombre, entre las gentiles damas del Renacimiento que le adoraron como a un dios.

Sus amores, ¿fueron platónicos o completos?

Sus amores no fueron amores.

La vida de aquel alma total estaba llena de comprensiva, dulce y serena curiosidad.



Alfonso Olivares. Sevilla.

* * *

¿Qué buscó Leonardo en Monna Lisa, durante cuatro años, en su estudio de la vía Martelli, en el suave claroscuro crepuscular?

Con los bolsillos llenos de piedras del enemigo, el artista buscaba la esencia de su alma, llena de la sublime gracia de su arte. Quiere saber hasta dónde *es* su arte, apedreado en la calle. No le inquieta que los otros ignoren lo que él necesita saber. Para este examen de conciencia implacable escogió el único espejo fiel del alma del hombre: el espejo de la mujer.

La Gioconda es el alma de Leonardo, hecha sonrisa.

* * *

Leonardo abandonó Florencia para desviar el curso del Arno con el fin de conseguir la incomunicación marítima de Pisa, sitiada. El curso de la vida de Monna Lisa, al desviarse de aquella Florencia que se llamaba en su alma Leonardo, se quebró volviendo de Calabria con su marido, en Lagonero, pequeña ciudad perdida en la maligna fiebre otoñal.

Al saber la noticia, Leonardo se detuvo un instante en la lumbre de la oscura puerta de la vejez. Y lleno de resignada melancolía, con su alma hecha sonrisa sin terminar y sus vencidas ansias por la unidad de las leyes del «Primer Motor» bajo el brazo, se dirigió pensando siempre, siempre alerta, hacia el final de su camino luminoso, donde temblaba la final oscuridad.

* * *

Después de ver el triunfo de sus enemigos en Roma, acompañado de sus últimos fieles, el Maestro atravesó la verde tierra de Francia hasta el pequeño castillo de Cloux.

Y allí, en un orto brumoso de la ribera del Loire, que parecía un ocaso florentino, frente a su alma hecha sonrisa, la muerte le besó en los labios y le cerró los ojos para que no pudieran ver su inmortalidad.

* * *

Aquel duelo entre la pintura y la escultura que la vanidosa omnisciencia del papa Médicis resolvió a favor de Miguel-Ángel, no ha impedido que hoy siga sonriendo en París la Monna Lisa.

La escultura es un arte resucitado. Para aquel siglo, lleno de resabios paganos y cristianos, nada tan sugestivo como la Venus y los Apolos resucitados.

El siglo XX no cree en las resurrecciones.

La escultura del Renacimiento es un arte desenterrado.

* * *

Los escultores italianos explotaron, con mucho talento, es cierto, el fecundo timo del desentierro. Mas, como todos los que imitan, no lograron superar el modelo.

Miguel-Ángel fué el talentudo picapedrero atormentado por el paganismo de las formas desenterradas y por las supersticiones vivas. En los músculos de mármol y en la expresión de sus figuras monumentales luchan los sermones de Gerolamo Savonarola, la venalidad de los Borgias y de los Médicis, la Santa Inquisición y el «Mal francés», contra la gracia antigua.

Se puede cambiar con ventaja todo Miguel-Ángel contra un Ganimedes de Praxiteles que se conserva en el antiguo palacio del Podestá.

* * *

La pintura era un arte nuevo.

Perdida toda tradición antigua, mientras desenterraban la escultura, la pintura descubría.

La pintura ha recorrido un luminoso camino de colores, desde la sonrisa de Leonardo hasta la borrachera de Goya.

* * *

Cuando ya está formado lo tradicional, surge la necesidad de lo revolucionario.

Ya en 1815 escribía Stendhal: «Hay el *movimiento;* por lo tanto, estamos fuera de las artes del dibujo.»

El final del siglo XIX alumbra una multitud de «ismos», istmos de pródigos continentes inexplorados.

* * *

Sin volver nunca la cabeza atrás, Picasso, Pruna, La Serna, Bores, Olivares, Ángeles Ortiz, Cossío, Peinado, Viñes, Miró, Dali, Palencia, Ucelay, Gabriela Pastor, pintores actuales, siguen en sus lienzos la multiforme línea del movimiento. Los contornos de las cosas se resquebrajan, se quiebran en mil pedazos. Los trozos de las cosas rotas sugieren cosas nuevas, que se rompen, a su vez, para nacer en nuevas formas.

El Miguel-Ángel burgués pone el grito en el cielo porque le rompen su vajilla cómoda, y tira piedras.

* * *

No son Davides las piedras del Miguel-Ángel burgués. La piedra moderna sufre la obsesión de las monótonas formas del pavimento.

Ese señor que se detiene ante la Flora de Tiziano buscándola un parecido con alguno de sus galantes caprichos, y esa señora que sorprende en el divino bambino de una Madona de Rafael una asom-

brosa semejanza con su último hijo, es natural que tiren piedras, horrorizados, contra esos lienzos en que todo está roto por la necesidad de pensar, que ha expuesto en el Jardín Botánico la Sociedad de Cursos y Conferencias.

CARTONES DE LEONARDO

* * *

«Las formas son eternas», es una frase hecha, deshecha. Las formas, pertenecen a la vida antagónica de la eternidad.

Los pintores actuales meten en su cubilete unos elementos que deben conocer a fondo: el dibujo, la perspectiva y los colores, con las cosas que desconocen. Este conglomerado se rompe dentro del cubilete agitado con fuerza. Luego se arroja el contenido sobre la mesa, impaciente de asombrosas sorpresas.

A veces se logra un *poker*. Otras, no se liga. Hay que seguir agitando el cubilete. Sólo a fuerza de tirar se logran los *repoker*.

Experiencia.

* * *

El movimiento actual turba los contornos de las cosas, que llegan a las veces a romperse por sí mismos. El curioso pintor ha visto muchas curvas seculares que se han quebrado en audaces zigzags, y sigue sobre el lienzo la evolución que imprimen en las líneas el movimiento de la vida y la inquietud de las cosas.

Curiosidad.

* * *

La fórmula del verdadero arte de todos los tiempos se compone de: experiencia por curiosidad. Esta fué la fórmula de Leonardo, que ha parido la moderna filosofía, la medicina actual, los grandes trasatlánticos, la aviación, la mecánica, los aprovechamientos hidroeléctricos y el hormigón armado.

Con la sonrisa de la Gioconda nace toda la literatura actual.

* * *

Experiencia por curiosidad, es también la fórmula del Arte Nuevo.

Los artistas que vuelven la cabeza atrás, como la mujer de Lot, son estatuas de sal.

* * *

Es preferible no ser nada, a ser una estatua de sal. Si no siempre se puede ser Leonardo, se puede siempre osar.

El hombre digno de ser llamado actual hace experiencias repetidas y curiosea una determinada serie de fenómenos. Los actuales Leonardos no pueden ocuparse de la totalidad, porque hoy es tan ancha la vida y tan coqueta, que se deja pellizcar por muchos y nadie puede abrazarla, como Leonardo, total.

¡Qué lozana descendencia tuvo la pintura de Leonardo, llena de novedad!

La escultura de Miguel-Ángel, qué engendros degenerados, hijos de la perfección desenterrada y del *mal francés!*

* * *

«Hay el vestido; por tanto, ya no hay escultura» —escribe Stendhal en 1815.

Los vestidos, los corsés, los sostenes, las fajas de goma y los chalecos de fantasía han destrozado las formas *eternas* de la escultura.

El movimiento incesante, el deporte y el baño de sol, crean hoy las movibles formas nuevas.

Con virutas de bronce, Gargallo viste la nueva escultura, de ágil novedad.

* * *

Este arte de romper cosas para saber lo que tienen dentro y de mirar el interior de las cosas que se rompen solas, es de una sorprendente fecundidad.

La vida nos ha roto casi todas las cosas bonitas que aprendimos de niños y que no tenían nada dentro, como nuestros juguetes. En cambio, otras cosas, al romperse, nos sorprenden con el descubrimiento de que estaban llenas de nosotros.

Picasso, al romper su primera guitarra, comprendió que todas las guitarras están llenas de Picasso.

* * *

Quien no encuentra nada suyo dentro de las cosas rotas, puede irse a jugar con los sosos muñecos de la Humanidad.

Quien no vea sino despojos en los lienzos, que no juzgue la pintura actual.

Sólo quien tiene algo suyo dentro de las cosas todas y le sugiera algo suyo la imagen de lo que otros hallaron dentro de las cosas rotas, sólo ése puede ver, sentir y hablar.

* * *

Una naranja, al abrirse, tiene cosas distintas para Cossío, para Peinado y para Ángeles Ortiz.

Una camisa de mujer tiene dentro algo de Bores, aunque no tenga dentro una mujer.

Las líneas y los planos tienen tangencias que son sólo de Benjamín Palencia.

En los rincones de Oñate, Toledo y Sevilla y dentro de un paisaje de otoño hay algo que es sólo de Olivares.

Y en todos los cuadros expuestos en el Pabellón de Carlos III del Botánico hay mucho que es de cada espectador, sin haber sido antes de ninguno de esos pintores actuales.

* * *

Haceos como niños, dijo Cristo. Y añade nuestro siglo: romped vuestros juguetes.

«Rinovarse o morire», es la única frase corta que ha logrado en su vida Gabriele D'Annunzio.

Hay que trabajar con los bolsillos llenos de las piedras que tiran las estatuas de sal.

La vida está llena de cuadros negros y blancos, como la «naturaleza muerta» de Juan Gris.

El camino está lleno de la penosa y alegre incertidumbre del caminar.

Hay en España un grupo abierto como la rosa de todos los vientos, y unas damas que son la sonrisa de la Sociedad de Cursos y Conferencias.

Agito con violencia mi cubilete lleno de todas estas cosas, y caen sobre mi mesa unos cartones sin terminar.

Ningún perfume tan grato al recuerdo de aquel bastardo de un señorito de pueblo y de una fregaplatos de la hostería del monte Albano, que, al nacer, robó al valle su dulzura y a la montaña su serena curiosidad, y es, rodeado de cartones sin terminar, una de las raras sonrisas que la vida ha conseguido de la hermética boca de la Humanidad.

ANTONIO BOTÍN POLANCO



Fotos Marín.

Gargallo: Cabeza de muchacha (bronce).



ILUSTRACIONES
DE
COBOS

TRES CARTAS

RITORNELO AMOROSO FRENTE AL MAR

No contesté a tu última carta porque pude reaccionar a tiempo. Y preví la celada que me tendías. Los hombres sois demasiado vanidosos para conceder alguna importancia a los verdaderos sentimientos de una mujercita como yo. Fuí cobarde ante ti, frente al mar, en aquella tarde luminosa en la que pretendíamos engañarnos mutuamente, y al fin, entre bromas y veras, me dejé convencer. Pero no he de ir. Aunque tu balandro es segurísimo y eres muy experto en someter a tu voluntad el impulso de sus velámenes, no estoy segura de que las velas de mis ambiciones puedas jugarlas tan diestramente como las del balandro.

No nos entenderemos. En el fracaso de nuestra incomprensión yo llevo la peor parte, porque soy más frágil de espíritu que tú.

Lo he pensado bien, no bajaré a la playa esta tarde. Necesito ahogarme en el silencio de mi cuarto, frente a la ventana, empapándome de azul marítimo, adivinando a lo lejos las níveas alas de tu embarcación, preparada para recibirme.

Nutrida de los recuerdos de tus palabras, quiero beber a solas esta embriaguez de sentirme novia del mar, evocando la delicia peligrosa de nuestras conversaciones, inofensivas aún... pero quién sabe si accediera a tus deseos de hoy.

¿Nos queremos lo suficiente para satisfacer nuestras exigencias

de enamorados? ¿Me quieres? ¿Te quiero? ¿Nos queremos de verdad? Es inútil que pretendamos engañarnos.

La muchachita frívola, campeona en varios deportes, ha querido triunfar en el deporte de los sentimientos más íntimos. Y acaso no ha de lograrlo nunca. Por ti, por mí. Porque no es lo mismo jugar a las regatas, al tenis o al *flirt*, durante los largos crepúsculos frente al mar, que jugar a algo tan noble y tan sagrado como es el amor verdadero, aunque no puedas comprender que mi frivolidad de todos los días quiera ponerse a tono con la seriedad necesaria para decirte que te amo como una insufrible *demodé*. Ya que lo he escrito, escrito queda: porque te amo, no he de ir a verte. Mis caprichos de todos los días han estallado en una crisis sentimental. Y ya no he de querer otro amigo que el mar azul; la verdad de su sonrisa luminosa y amplia, la caricia sedeña de sus aguas verdes y azules o grises. Mis ojos y mi alma, sedientos de los besos del mar, uno y múltiple...

No he de verte, porque me siento cobarde ante ti.

Prisionera de tu recuerdo, huyo en mi coche con la *señorita*, por Dios sabe qué caminos, lejos de tu presencia. Y recordaré siempre, como una oración, el ritornelo amoroso de tus frases, frente al mar amigo, por el que siento devoción tan loca...

Carmina.

Santander y julio.



EL MAR DE LOS MADRIGALES

Ya ves cómo te engañabas. Ahora nos queremos más que nunca y como nunca hemos querido a ninguna persona. Pretendías huir de mí, cuando la misma vida nos acercaba para ofrecernos sus secretos más deleitosos. Pero como chiquilla rebelde, quisiste ver peligros donde sólo había dulzuras. Bastó que, sin pretender buscarte, nos encontráramos por casualidad. Todavía lo recuerdo con fruición. Unos amigos me propusieron un crucero por el Mediterráneo en viaje de placer. Accedí; estaba muy aburrido. Ya no soy joven y todos los quehaceres los llevo con mi persona. Casi te había olvidado; no llegó a interesarme mucho tu inútil huída. Otra mujer que me teme, pensé. Creerán todas que soy un hombre terrible. Pero no es cierto.

Y desdeñoso de la exagerada importancia que tu alma de chiquilla dió a mis palabras de amigo maduro, enterré en el mar mis afanes de todos los días, mis inquietudes intrascendentes de *snob* crepuscular.

No te he buscado, y me encuentro contigo. Todavía me parece verte al salir airosa y estatuaria de aquella perfumería de Génova. Moderna Venus rediviva, vencedora de los potingues que triunfaban en el escaparate, sintiendo envidia de la verdad de los colores de tu cara, del rojo de tus labios, de la seda de tu pelo, de tu persona entera. Entre el bullicio de la gente, destacabas como diosa de mis deseos, como faro de mis últimas ambiciones. Te recordé al instante y quise correr a tu encuentro.

La vía principal de la ciudad, con sus lujosos atavíos de urbe cosmopolita—soportales llenos de una fragancia casi marítima de carne joven—, absorbió por entero tu atención. Andabas despacio entre la multitud, risueña y desafiadora, como hembra que se sabe clavada por los ojos de todos los hombres. Te seguí hasta el hotel en que te refugiabas, cerca del Palazzo Rosso. Y en él me instalé yo también.

Lo demás ya lo sabes. La feliz casualidad que volvió a unirnos. Y que, de nuevo, la niña caprichosa y el *snob* crepuscular volvieron a tejer el idilio de sus palabras intrascendentes, bogando entre las embarcaciones de lujo y la policromía del puerto genovés, afanado en sus luchas incesantes de la vida por la vida. Deseoso de no despertar pasiones volcánicas, ni adoptar cómicas actitudes ante el amor que me inspirabas, dimos a nuestros paseos un matiz frívolo de madrigal a flor de piel.

Pero el milagro del mar volvió a unir nuestras almas. Y yo te interesé como antes; mas ahora tu personilla, esquiva unas veces, zalamera otras, logró prenderme a mí.

Las aguas del Mediterráneo luminoso, ante la hermosa costa del golfo de Génova, primero, del de Nápoles después, frente a las ruinas evocadoras de Pompeya, cristal tembloroso de deseos incontenidos, me obligaron a que esta vez fuera yo el que huía para respetar debidamente tu candor de niña enamorada. Yo soy ahora el que te digo que te quiero como no he querido nunca, subyugado por el hechizo de tu personilla.

Oyéndote hablar, he pensado en que debemos casarnos, ¿verdad que sí? Seguro de que a tu experiencia de muchacha de hoy no ha de parecerle mal esta declaración, que suscribo un tanto ruborizado, a causa de mis años no pocos, quiero creer que accederás a mis pretensiones, en gracia al milagro que en nuestras almas ha obrado el mar, que llamaremos siempre de los madrigales. Para ti, el Cantábrico; para mí, el Mediterráneo. El mar, en fin, nos trajo la buena suerte. Madrigal marítimo el mío, allá en Santander, hizo florecer en tu pecho el amor; tú hiciste que en el mar de Italia floreciera el amor que siento por ti. Huyo por eso. Vuelvo a España para poner en orden los papeles y poder casarnos pronto, a la moderna, sin grandes complicaciones y sin que casi nadie se entere.

Aguárdame en Venecia. Allí he de ir yo a buscarte. Nuestro destino, que triunfó en el mar siempre, debe consolidarse sobre las aguas del mismo mar donde el amor y el arte han tejido, en todos los tiempos, sus nupcias más sugestivas...

Alfredo.

Nápoles, octubre.

ANDANTE TRISTÍSIMO

Aun me dura el disgusto producido por la última peripecia en que las andanzas de la señorita Carmina nos han puesto. Y en este instante sufro con ella la realidad de un amargo dolor. Figúrate, querida hermana, que después de la huída de este verano decidimos lanzarnos a correr mundo como dos aventureras, de aquí para allá, sin rumbo previo, gozando en exhibirnos en las playas de moda y visitando monumentos artísticos y ciudades interesantes de Francia, de Italia, de Alemania. Un mareo diario, como si la señorita Carmina estuviera poseída de algún vértigo de velocidad. No parábamos cuatro días en un mismo punto. Y sus conversaciones eran idénticas siempre: que estaba enamorada de aquel señorito cuarentón que conoció en Santander. Asómbrate, le dió romántica a la niña, y yo tuve que padecer su mal humor, sus insomnios, su irritabilidad exasperada y, lo que es peor todavía, su no saber dónde ir a acampar tranquilamente. Por fin llegamos a Génova, y el diablillo, que lo enreda todo, según dicen, hizo que se encontraran allí ella y él. Se reanudó el idilio; volvió la tranquilidad tan apetecida. Yo me quedaba muchas tardes en el hotel, devorando libros, y ellos se lanzaban a dar sus paseos por el mar, como antes.

Luego, Carmina me confesó que él también estaba enamorado. Que habían de ser muy felices. Que aquellos idilios bordados sobre las aguas acabarían en boda.

Un día, el señorito desapareció, camino de España. La señorita se hallaba muy alegre. —Volverá, volverá, me decía jubilosa, y nos casaremos en Venecia, sobre el milagro de las aguas ungidas por el Arte.

Yo me alegré mucho también, porque Carmina estaba contenta y más guapa que nunca.

Llegamos a Venecia, de la que he de decirte que me agradó en extremo; sus calles silenciosas, sus canales temblorosos de sucio cristal, sus palacios, iglesias y museos, todo evoca la grandeza solemne de una historia cuajada de añoranzas señoriales. Allí pasamos unos días deliciosos y esperanzadores, aguardando noticias del señorito Alfredo y bañando nuestros espíritus en la gloria radiante de tantas bellezas como atesora la ciudad. San Marcos, Santa María dei Frari, la Real Academia con sus Ticianos y sus Tinttoretos deslumbradores, y tantos otros lugares sorprendidos por nuestra curiosidad y engalanados con el optimismo juvenil que irradiaba el alma de Carmina.

Fueron para mí unas semanas inolvidables; ya conoces mis aficiones de siempre a estas actividades del espíritu, y podrás suponer por ello lo que he gozado acompañando a mi señorita, en cuyos paseos me ha hecho confidente de sus inquietudes.

Me aseguró que los dos se quieren de verdad y que ahora es cuando ha encontrado el verdadero camino de la felicidad.

Al fin tuvimos noticias de que el señorito Alfredo se había puesto en camino para regresar a nuestro lado; un telegrama desde Milán nos anunció su llegada próxima. Se redobló, pues, nuestra alegría. La señorita brincaba de gozo. Iremos al teatro, me propuso. Y como el tren había de llegar de madrugada, no quiso acostarse; al salir del teatro nos lanzamos en una góndola por los canalillos que atraviesan el corazón de la ciudad, toda vestida de silencio.

Allá en el Gran Canal, frente al palacio de los Dux, se adivinaban las músicas de una serenata típica: mandolinas y acordeones. El cielo se miraba curioso en el cristal intranquilo de las aguas turbias, y en nuestros espíritus aleteaba la más honda emoción. No puedes figurarte nada más sencillo ni más bello...

Regresamos al hotel con tiempo suficiente para cambiar de ropa y correr a la estación. Carmina estaba radiante; los minutos le parecían siglos. En un momento quedó vestida otra vez. Al despedirse del tocador, ya compuesta, no sabemos cómo, el lindo espejo de mano, que siempre llevaba consigo, recuerdo de familia, cayó al suelo roto en dos pedazos. Carmina dió un grito y quedó como petrificada. Luego comenzó a temblar. Aquella rotura era un mal presagio. Según viejas tradiciones de sus familiares, el espejo roto traía la mala suerte.

Lloró entristecida y fueron inútiles mis consuelos.

Abandonada sobre la alfombra, contemplando el espejito roto, había pasado la hora de llegar el tren.

Cuando quisimos disponernos para marchar a la estación, tuvimos noticias de que el tren había descarrilado no sé dónde y de que las víctimas eran numerosas. Carmina lloró con harto desconsuelo nuevamente, adivinando la verdad de una tragedia que yo no presentía.

Vencida también por su dolor, lloré con ella largas horas. Al fin supimos la verdad horrible. Daban los periódicos los nombres de las víctimas, y entre ellos estaba el del señorito Alfredo...

Y otra vez a rodar sin rumbo fijo, de un lado para otro, acuciadas por la necesidad de marchar no sé dónde, para consumir en el vértigo de una vida inquieta el tormento de aquellas ansias indefinidas que iban a plasmarse en el júbilo de dos corazones, arrollados por la máquina vertiginosa de un destino cruel.

Yo voy a su lado, testigo de su dolor, sufriendo con ella. Hemos venido a Roma, y no sé después dónde iremos.

Carmina está inconsolable. Guarda en su maletín, como reliquias de una suerte adversa, los trozos del espejito familiar, nuncio del dolor que ha destrozado su vida. . . . .
. . . .

RAFAEL LÁINEZ ALCALÁ





SEVILLA

RISA DE ESPAÑA

DICEN que España es una mujer buena y hermosa, y que sus ojos son Sevilla. Yo creo, mejor, que es su boca. ¿Hay algo más bonito, más atrayente, en una mujer guapa? ¿Pueden unos ojos, por negros y grandes que sean, por radiante y luminosa que sea su mirada, decir lo que dice una boca sana, fresca y roja?

Sí: Sevilla es la boca de España. La boca que canta trabajando, la que ríe en las ferias, la que llora y suspira en la Semana Santa y la que dice piropos y madrigales a las españolas guapas. ¡Bendita Sevilla! ¡Bendita boca de España!...

Ahora quiere nuestra Patria que se la conozca, que se la admire y comprenda, y se organiza la Exposición, y se vale de su boca, de Sevilla, para llamar al mundo entero, con la mejor y más simpática de sus sonrisas.

Sevilla ahora reirá más que nunca, más contenta; suspirará de orgullo al verse admirada y piropeada por todo el mundo. Y estará más guapa España mostrando su boca con ese mohín encantador que delata el poder de la mujer, reflejado en sus labios...

Para completar su alegría, su donaire y su optimismo, vendrá la primavera, ¡primavera sevillana!...

Llegarán las mañanas templadas, cálidas, olorosas a vida, a limpio, a flores con rocío, y, paseando por el parque de María Luisa en coche, oiremos decir al simpático auriga, echándoselas de *cicerone* y señalando con la fusta al poeta de las mujeres: *«Eer Bequ.»*...

Vendrán las tardes de toros, llenas de pasión, de belleza, de ganas de vivir; y contemplaremos cómo el sol se derrite en las cañas llenas de sanluqueño ámbar. A la salida oiremos al hombre del pueblo, con la emoción en los ojos y el *ancho* en la mano, gritar como un loco al paso de una sevillana con mantilla: «¡Virgen *der* Carmen: que no se muera nunca *eza mujé!*»

¡Bendito pueblo poeta!...

* * *

Y llegarán también las noches profundas, llenas de amor y de celos y de risas y de penas. Noches olorantes a azahar y jazmines —estrellas de este cielo que es el suelo sevillano—. Noches de vida hermosa, de vida amplia, en las que la idea de morirse se desecha como un crimen...

Y en una de ellas, con un cielo cuajado de estrellas, con un aire tenue y cálido como suspiro de mujer, la boca de España, Sevilla, cantará *bajito*, a todo el que quiera oírle, esta soleá, acercándose mucho a quien sea:

«A quién no le habrán *cantao*
en una noche de juerga
la copla que lo ha *matao.*»

¿Flamenquismo?... ¡No, no, no! ¡Poesía, POESÍA!... Porque Sevilla, la boca por la que ríe España, es la expresión más fiel y más digna de la belleza...

PEDRO RISTORI MONTOJO



(Dibujos de Martínez de León.)

LA TEMPORADA HÍPICA

Triple triunfo de la cuadra Cimera



«Penagos», montado por Vicente Díez, ganador del premio Moss Vale.



«Colindres», montado por Carlos Belmonte, ganador del premio Recoletos.



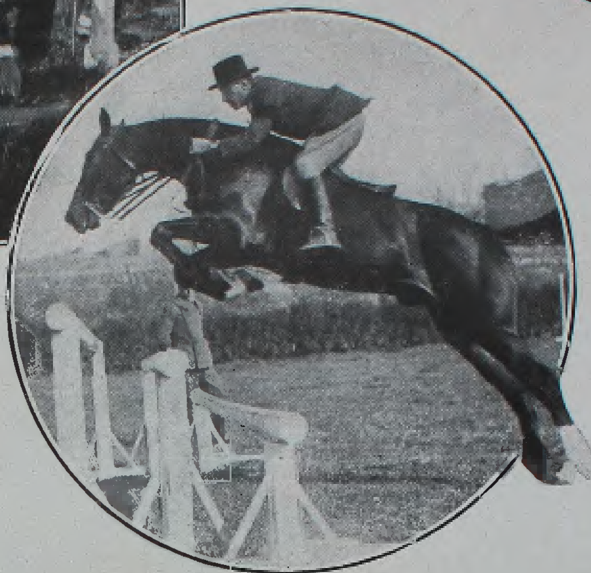
«Port Etienne», montado por Carlos Belmonte, ganador del Handicap Opcional.



La primera reunión de la temporada madrileña constituyó un éxito rotundo para la cuadra del conde de la Cimera, con las victorias, netas e impresionantes, de «Penagos», «Colindres» y «Port-Etienne». «Penagos», formidable saltador, se impuso como quiso en la carrera de vallas; «Colindres», el dos veces ganador del Gran Premio de Madrid, se «paseó» en su reaparición; y «Port-Etienne», en el Handicap, demostró ser uno de los mejores «tres años».







LA TEMPORADA HÍPICA

Como anticipo de la reunión de primavera, y para entrenamiento de jinetes y caballos, organizó la Hípica Española unas pruebas de ensayo, que, con carácter privado, se celebraron en el Hipódromo de la Castellana el mes pasado. Debutaron algunos jóvenes jinetes que, por su destreza y arrojo, hicieron concebir a la afición fundadas esperanzas. Ved aquí magníficos saltos ejecutados con buen estilo por los señores García Goyoaga y Crespi; al ganador de la Copa de Debutantes, Juan Mateos, alumno de la Escuela de Equitación, y a un grupo de muchachas que siguieron con interés los recorridos. Fotos Marín.





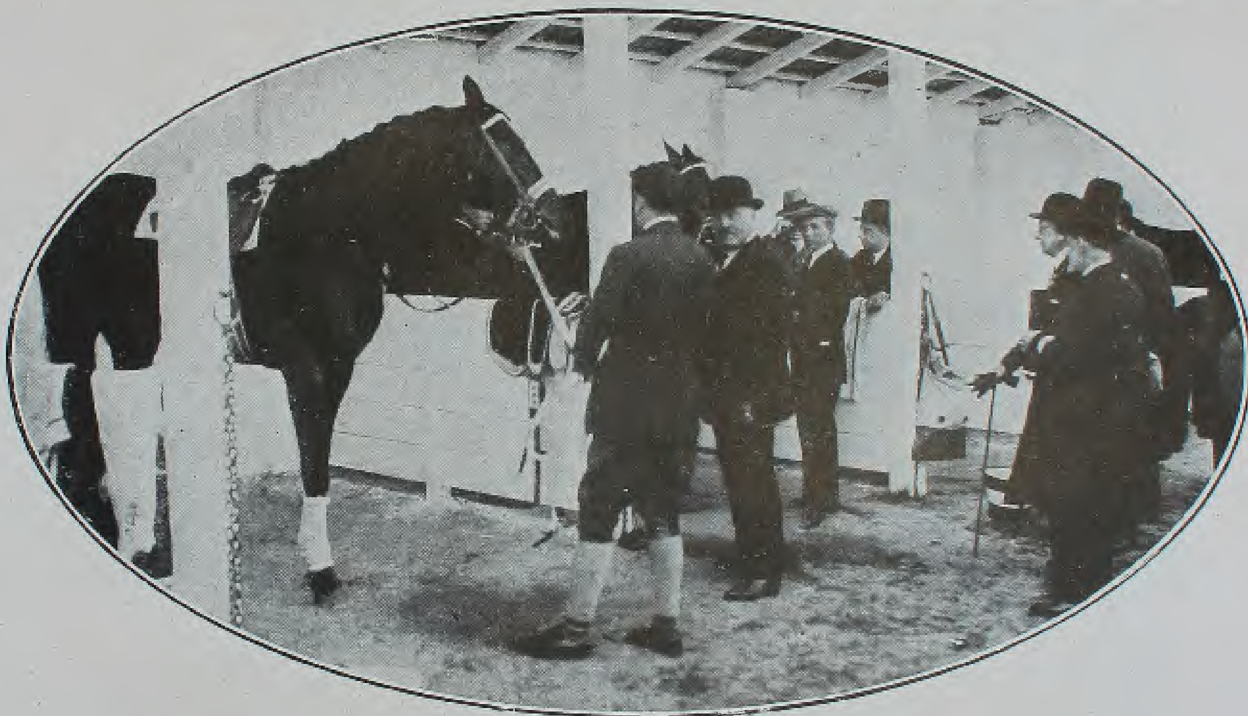




EN EL HIPODROMO DE LA CASTELLANA...



... desde las primeras horas de la tarde dominguera se congrega en el *peso* lo más selecto de la sociedad madrileña; en el *circuito*, una multitud bulliciosa y juvenil, cada vez más apasionada por el deporte hípico. Y alrededor de los indicadores de *jockeys* hacen corro los aficionados, tomando nota de los caballos que corren en la carrera y de los jinetes que los montan...



... luego, sobre el verde césped, encamínanse los pasos hacia los *boxes;* y con curiosidad e interés se presencian las operaciones preparatorias: llegado el caballo de la cuadra, los mozos, después de refrescarle la boca con una esponja, con verdadero mimo le ensillan, cuidando que la cincha quede bien sujeta, que los tirantes no molesten...



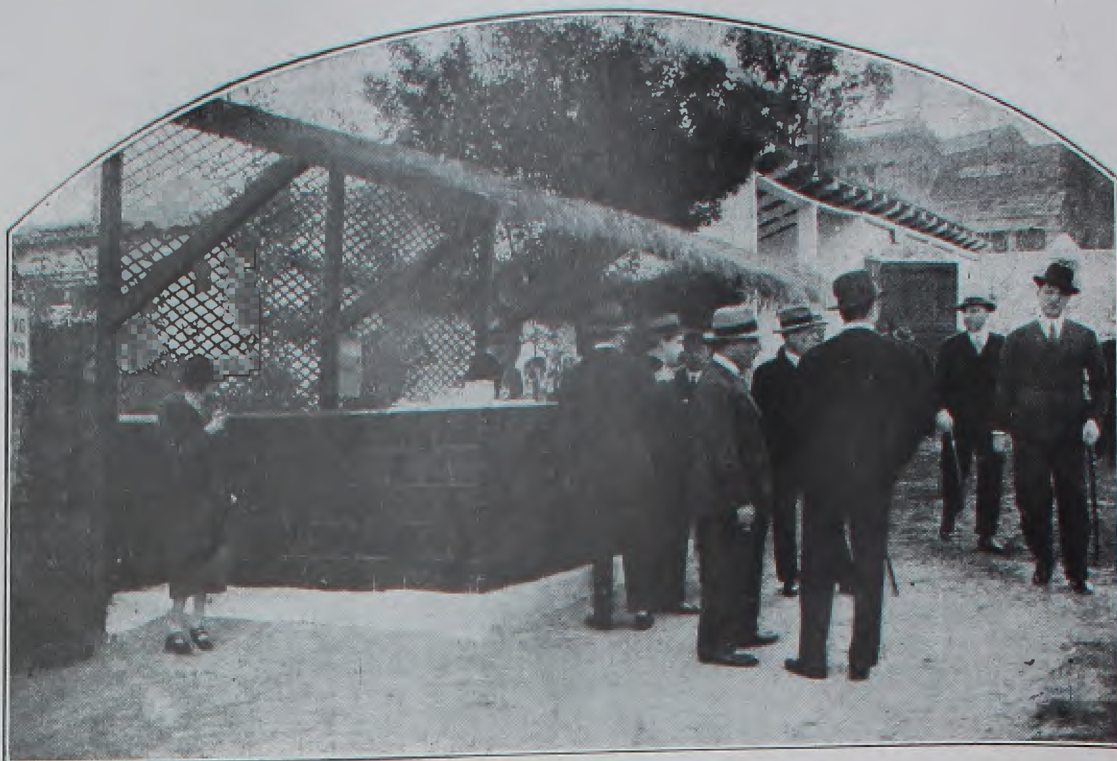
... examinados, uno por uno, los caballos, el buen aficionado se dirige hacia las casetas de las apuestas... Y surgen las vacilaciones, las dudas... Al cabo se resuelve y, con los boletos en el bolsillo, como quedan unos minutos...

EN EL HIPÓDROMO DE LA CASTELLANA...

... se detiene ante el puesto de bebidas... Un *whisky*, una cerveza, mientras se comenta la carrera anterior o se conjetura sobre el resultado de la siguiente...



... hasta que, uno a uno, bajan los caballos al *stand*, y pasean, llevados de la brida por los mozos, esperando el momento de salir a la pista...



Información fotográfica de L. Marín



... y, llegado el momento, el público toma posiciones en las tribunas, a lo largo de la valla... y todos los ojos siguen el pelotón de caballos comentando sus alternativas; y se recibe con ovaciones al ganador, cuando es favorito, y con protestas y silbidos cuando el favorito no es el ganador...

ZYX





La marquesa de Villabrágima.

Los partidos de polo en el Club de Puerta de Hierro



Aspecto parcial de la tribuna durante uno de los últimos partidos de polo

Una jugada

Los partidos de polo en el Club de Puerta de Hierro



El conde de Güell, su hija, la señorita Matilde Tacón y D. Miguel Primo de Rivera



La hora del almuerzo. En primer término, los duques de Almenara, los marqueses de Villabrágima, la señorita Blanca Borbón, el marqués de Orellana y otros distinguidos comensales



Ante el «chalet», aristocráticas damas a la hora del cocktail.



Los duques de Lécera y los marqueses de Portago, charlando de sobremesa.

Durante un descanso: el conde de Velayos, conversando con un grupo de bellas espectadoras.

Fotos Marín.

Gran Mundo



La infanta Isabel Alfonsa, que ha contraído matrimonio con el conde Juan Kanty de Zamoyski.



La familia real y otras distinguidas personalidades, acompañando a los recién casados.

Fotos Marín.

GRAN MUNDO



En la capilla del palacio del obispo se ha celebrado la boda de la señorita Marichu de la Mora y Maura con D. Tomás Chávarri.



(Fotos Marín.)

La señorita Cristina Ros y Ros, durante la ceremonia de su enlace matrimonial con D. Luis Antonio de la Rauri y Mercadillo, celebrada en la iglesia de la Concepción, de esta corte.



La muerte del mariscal Foch



En los momentos actuales, el pensamiento de toda Francia está absorbido por la impresión horrenda de la muerte del mariscal Foch. Para la opinión francesa, todo se borra ante el hecho brutal, irreparable, de la desaparición del caudillo que ganó la Gran Guerra y aseguró la libertad en el mundo. Para aquellos que no conviven en estos instantes con este pueblo grande en todo, en la alegría como en el dolor, que sabe reír y llorar con igual intensidad, es imposible formarse una idea, siquiera sea aproximada, por la divulgación de la noticia tristísima de esta gran pérdida nacional. Es mucho más que un duelo general del país; es como si en cada hogar francés hubiese muerto el ser más querido; es una manifestación intensa del dolor que brota de todos los pechos al unísono. En todas partes, en todos los momentos no se oye hablar de otra cosa. ¡Ha muerto el salvador de Francia!, se oye exclamar a cada paso. Y se ve bullir a la gente y hablar en voz baja, como si rezase. La misma fisonomía de París ha cambiado en estos días; parece que todo está más callado; las muchedumbres se mueven silenciosas, serios los semblantes, como bajo el peso de una gran preocupación, de algo que no tiene reparación posible. Todos los franceses se reconcentran en su dolor por la desaparición de su ídolo, de quien era representación viviente de la victoria sobre Alemania. Dijérase que se ha producido una detención en la voluntad de este pueblo ante el trágico acontecimiento.



Uno de los últimos retratos del mariscal Foch.

El Domingo de Ramos fué colocado el cadáver del caudillo, sobre un armón de artillería, bajo el Arco del Triunfo, en la cabecera de la tumba del «Soldado desconocido». Cuatro hacheros de oro coronados por largas llamas azules le encuadraban. El glorioso ataúd fué cubierto con la bandera tricolor, cuyos pliegues caían sin ocultar el cañón que servía a modo de pedestal del efímero monumento; encima se colocó el quepis, la espada y el abrigo que llevaba el mariscal el día de su entrada en Metz. Daban guardia de honor cuatro oficiales superiores, que se relevaban de hora en hora, con la espada desenvainada, y antiguos combatientes. El espectáculo del desfile del público por delante del cadáver duró todo el día y fué de una grandeza tal que sólo se puede comparar al recibimiento tributado a las tropas cuando regresaron victoriosas de los campos de batalla, que también

Carta de París

tuvo por escenario la plaza del Arco de la Estrella. Entonces se desbordó el entusiasmo; ahora, el dolor. Calculo que excederían de setecientas mil las personas, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, desde el potentado al mendicante, que pasaron por delante de los restos del mariscal para rendir el último tributo visible de amor y gratitud.

El sol, oculto desde hacía varios días, lució espléndido ese domingo de las palmas, como si quisiera asociarse también al duelo nacional. El espectáculo era imponente, indescriptible. El sordo rumor de la gente, sus palabras de pesar murmuradas, fueron la última oración general de este pueblo en presencia de su libertador, yacente.

El desfile duró todo el día. Tocóme a mí ir al lado de un viejecito impedido, a quien muchas veces hube de auxiliar para que no cayese cuando avanzaba una oleada de la muchedumbre, el cual me decía: «¡Vea usted si el destino es cruel! Yace ahí inerte nuestro salvador, cuya vida era tan preciosa para Francia, y en cambio yo, que de nada sirvo, que estoy solo en el mundo, porque los tres hijos que tenía ofrendaron sus vidas a la Patria, y lleno de achaques, aun puedo mirar al sol, con mis ochenta y seis años. ¡No es esto una sinrazón, Dios!» El viejecillo terminó sus palabras sollozando. Yo tuve que hacer un esfuerzo para no dejar salir las lágrimas ante aquel dolor sincero de un hombre a quien la guerra privó de sus hijos, y que aun tenía llanto en sus ojos para el vencedor desaparecido. Su amor patrio hacíale olvidar el de padre, y advertí en este ejemplo el sentir de todos los que desfilaban con nosotros. Todos, indudablemente, hubiesen dado su vida por salvar la del mariscal.



Al terminar la gran guerra.

EL SOLDADO

Cuando, en 1870, terminó con la victoria de las armas alemanas la guerra franco-prusiana, Foch, que se hallaba en el colegio de Saint Clement, de Metz, haciendo los estudios preparatorios de su carrera militar, tuvo el disgusto de perder en aquella lucha sangrienta a uno de sus mejores amigos. Rodeado de todos los alumnos de curso, hizo esta promesa sagrada, la cual fué repetida a coro como una prez:

«¡Feliz muerto! ¡Envidiamos tu martirio y sabremos vengarte!»

Transcurridos casi cincuenta años, surgió Foch, enarbolando gloriosamente la bandera de su venganza patriótica. Había sabido cumplir con su deber.

El mariscal era hijo del secretario general de la Prefectura de los Altos Pirineos y vió la luz, el 2 de octubre del 1851, en la ciudad de Tarbes. Iniciados sus estudios en su tierra natal, los continuó en el seminario de Polignac, de donde salió para el colegio de los jesuítas de Saint Etienne. Sin embargo, las aspiraciones del joven Foch tendían a la vida arriesgada de las armas; por ello, una vez vencida la voluntad paterna, ingresó en la Escuela de Saint Clement de Metz, de la cual pasó a la de Aplicación de Fontainebleau. Salió de ella alférez, en 1874, y cinco años después contrajo matrimonio con una ilustre dama de Bretaña, poseedora de un magnífico castillo y de alguna fortuna. En 1909 abandonó la Escuela de Guerra, y fué ascendido a coronel tres años más tarde. Durante sus ocios escribió obras tan magníficas como *Des principes de la guerre*, publicada en 1903, y *De la conduite de la guerre*, aparecida un año después.

Elevado a jefe del Estado Mayor del V Cuerpo de Ejército en Orleáns, fué luego ascendido a general de brigada.

Estalló la guerra europea. A Foch le sorprendió el conflicto en Traounfeunteniou, y salió apresuradamente para Nancy. Poco después se manifestaba un gran jefe de ejército. Los alemanes atacaban con furor. Toda la batalla giraba en torno al 9.º ejército, que mandaba el que había de ser primer mariscal de Francia. Su fría voluntad y su arte de imbuir a los demás su propia energía le permitió tomar la iniciativa en las operaciones.

En 4 de octubre, el general Joffre envió a Foch al cuartel general de Castelnau con el título de adjunto y con una misión digna de su genio organizador: la de coordinar la acción de todas las tropas francesas, in-



El mariscal Foch en su lecho mortuorio.

Carta de París

glesas y belgas extendidas desde Oise al mar. Desde su cuartel general de Doullens y después en Ossel, Foch dirigió la batalla gigantesca en la cual Alemania, movilizando formidables masas humanas, pensaba abrirse el camino de Calais, enseñorearse del Estrecho y atacar a Inglaterra. Foch surgió entonces como un fantasma, para decir al káiser: «¡No irás más allá!»

En abril de 1918 fué encargado el caudillo del mando supremo de las fuerzas militares. Su vasto plan se cumplió exactamente. La segunda victoria del Marne le valió el bastón de mariscal. Desde entonces, hasta el 8 de noviembre, el glorioso soldado, sintiendo a su enemigo desmoralizado, lo acabó de desorganizar con ataques incesantes, hasta terminar con la franca derrota de las tropas alemanas. Acordado el armisticio, díjole a Clemenceau: «Usted que entiende, haga la paz, que yo me encargaré de imponerla.»

EL HOMBRE

Su característica era la sencillez, que se revelaba en todo: en sus ropas, los uniformes de gala le irritaban y, predicando con el ejemplo, siempre se le veía vistiendo el uniforme azul celeste, ordinario. A no ser por las poco perceptibles estrellitas, se le hubiera tomado muchas veces por un simple soldado. También en su mesa sus comidas eran rápidas y sobrias, sin conversación. Como todo hombre de acción, tenía buen apetito; pero, sin embargo, su menú diario lo componían un plato de carne, otro de verdura y una taza de café.

Lo que por encima de todo distinguía al mariscal era su gran elevación de alma. Tenía muy arraigado el sentimiento religioso, y todos los días, sin dejar uno, se retiraba a meditar unos momentos a la iglesia más próxima, aunque estuviese en ruinas. No había nada espectacular en esta acción; era un acto sencillo de verdadera piedad.

Aunque no le ganase ninguna debilidad en el cumplimiento del la misión terrible que se le confiara, no veía en la guerra—por encima de la cual, decía, está la paz—más que una triste necesidad. Con motivo del armisticio, y después, cuando el centenario de Napoleón, pronunció palabras que demostraron cómo sus ideas no eran las de un simple guerrero, sino las de un hombre, o mejor, de un cristiano, que aceptaba las condiciones de nuestro bajo mundo, pero que aspiraba al más allá.

Otro aspecto interesante del gran caudillo se revela en estas palabras suyas:

«¡Ah! Usted no sabe lo que un padre sufre cuando el luto entra en su casa para siempre. Mi hijo ha muerto, y una de mis hijas ha quedado viuda. Volveré a la casa que dejé llena de felicidad un domingo de estío, para encontrar unos pobres huerfanitos que ni siquiera conocieron a su padre. Estoy próximo al crepúsculo de mi vida y creo que he sido un fiel servidor, cuya única esperanza es descansar en la paz de Nuestro Señor. Como yo hay miles y miles de amantísimos padres, ya viejos, que han perdido a todos los que amaban, los hijos en quienes cifraban sus esperanzas; pero no tenemos derecho a la piedad propia. Nuestro país, nuestra amada patria, es lo que importa. Aceptemos el sacrificio. La Humanidad entera está en peligro. La libertad debe triunfar primero. Después podremos llorar.»

¡Qué elevación de sentimiento! ¡Qué nobleza encierran estas palabras!

Inclinémonos ante la tumba de este hombre, que tiene derecho a que todos le amen y le admiren.



El general Sarrail.

TAMBIÉN HA MUERTO EL GENERAL SARRAIL

Con poca diferencia de tiempo, y puede decirse que con mala oportunidad, aunque el momento de la muerte cristiana no cabe elegirlo, ha muerto también el general Sarrail, que era otra de las figuras principales de la gran contienda europea. Y digo con mala oportunidad, porque en otra ocasión su fallecimiento hubiese dado lugar a una gran manifestación pública de pesar, que ahora se ve oscurecida por el duelo nacional producido por el otro acontecimiento trágico que hace palpitar el corazón de Francia. Un dolor ahoga otro.

Pocos generales ha habido cuya personalidad haya despertado tantas pasiones como la de Sarrail. Era una figura compleja en la cual se advertían, al mismo tiempo que gran inteligencia y cualidades notables de militar, tendencias que la política había de explotar de manera turbulenta.

Nació este general, en 1856, en Carcassone e ingresó en Saint Cyr en octubre de 1875. Fué director de la Escuela de Saint-Maixent, y en 1927 ascendió a general. La movilización le sorprendió siendo jefe del VI Cuerpo del Ejército. Con su actuación acertada en la guerra contribuyó grandemente a la victoria del Marne y mereció del generalísimo Joffre un elogio sincero, tanto más valioso cuanto que este caudillo no sentía simpatía por Sarrail.

Pero su gloria se había oscurecido mucho después con motivo de su actuación en Siria, de donde fué relevado porque su política provocó la sublevación de los drusos.

Puede decirse que el general Sarrail hubiese sido un buen soldado si sólo hubiera sido eso: soldado. Pero fué víctima de la ideología llamada republicana que sus amigos propagaron en su nombre con desprecio de los verdaderos principios de la República.

París, marzo

VÍCTOR VALJEAN

La vida madrileña

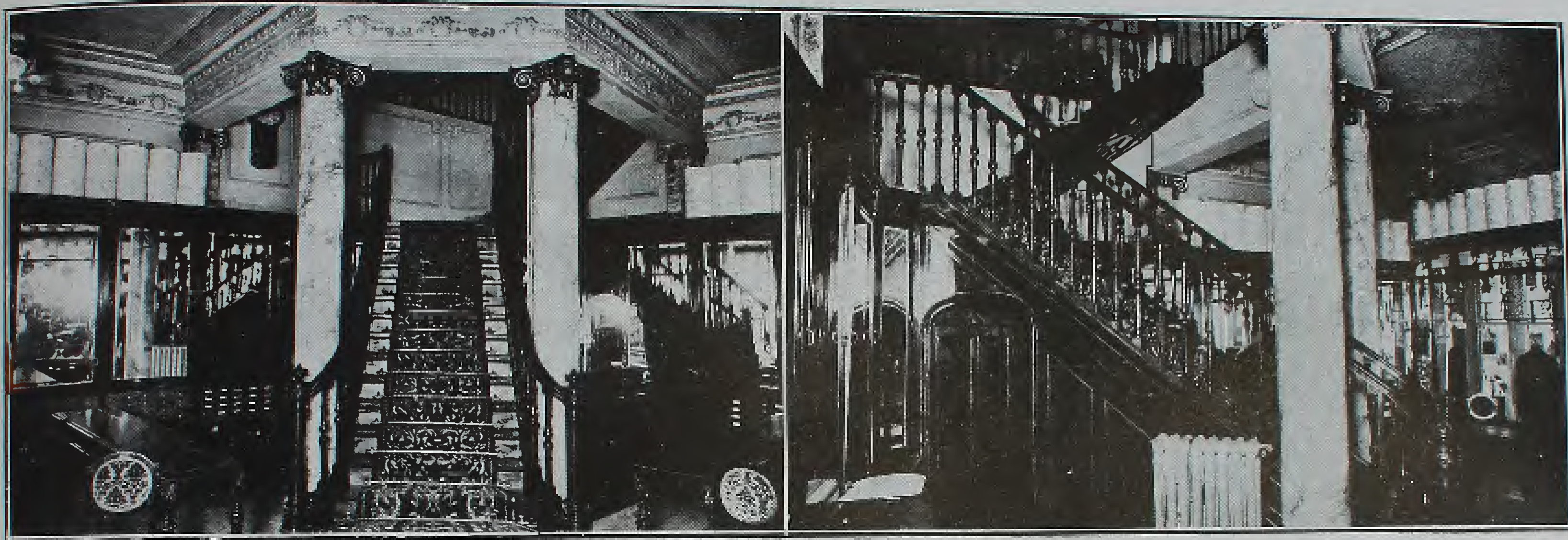


Nota interesantísima de la vida social madrileña, ha sido la ampliación que dió a su comercio la aristocrática casa de Sánchez Rubio, Conde de Peñalver, 14 (esquina a Clavel).

El lujoso establecimiento ha inaugurado en sus entresuelos un salón para señoras, en el cual predominan el buen gusto y la elegancia que le han dado tan justo renombre.

En él se hallan expuestos los últimos modelos de sombreros de señora que acaban de crear las casas de más fama del mundo.

Las fotografías que publicamos reproducen algunos aspectos de la soberbia instalación de Sánchez Rubio: la planta baja, dedicada a la venta de artículos para caballero; la escalera artística y suntuosa, y el nuevo y bellísimo salón que motiva estas líneas.



A LOS LECTORES DE "COSMÓPOLIS"

Terminada la confección de las tapas para encuadernar el segundo semestre de COSMÓPOLIS (julio-diciembre 1928), de una perfecta solidez y sobria elegancia, que armoniza con el selecto contenido del tomo que formarán nuestros coleccionistas, participamos a nuestros lectores que se hallan a la venta en nuestra Redacción y Administración, Alcalá, 44 y 46 (entrada por Marqués de Cubas, 1), al precio de cinco pesetas cada par.

También se hallan a la venta los pocos ejemplares de tapas e índices sobrantes para encuadernar el primer semestre de COSMÓPOLIS.

Rogamos a nuestros lectores y corresponsales que, al formalizar sus pedidos, lo hagan a la mayor brevedad posible.

PAPELERÍA SEVILLA



Otra de las notas más salientes del pasado mes, ha sido la apertura de la Papelería «Sevilla», Sevilla, 4 (esquina a Arlabán).

Sus propietarios, Sres. Bielsa y Muñagorri, han puesto a contribución el buen gusto de ebanistas, pintores, decoradores, etcétera, para hacer algo nuevo, elegante, único.

Esto en cuanto a instalación. Por lo que se refiere a surtido, la nueva Papelería «Sevilla» tiene las últimas creaciones que en los artículos que expende se producen en Europa, predominando las plumas estilográficas de las más reputadas marcas y los más varios modelos.

LAS ACTRICES JÓVENES ANTE EL TEATRO

Isabelita Barrón



ISABEL Barrón pudiera ser una interesantísima intérprete del teatro de Gabriel D'Annunzio, si en la farándula fuera posible al artista acusar decididamente sus aptitudes, sus posibilidades y su vocación. ¿Acaso nuestras actrices y nuestros actores son dueños de dar a su labor el rumbo que sus inclinaciones o su sensibilidad les señalan? Pero, en España, el único artista que no puede crearse a sí mismo es el teatral. Aquí no se cuenta nunca con los actores para orientarse por los heterogéneos caminos dramáticos. ¿Qué importa, por ejemplo, que se haya conjuntado una compañía inspirándose en nobles propósitos artísticos, tal vez más dispuesta para la interpretación de lo trágico que de lo cómico, si el éxito de la temporada se logró—en otro teatro y por otro elenco—con una comedia escrita exclusivamente para hacer reír al público? En este caso, lo tradicional, aunque esto sea también lo absurdo,



ISABELITA BARRÓN



es que el conjunto constituído para interpretar lo dramático haga una brusca transición y se someta, por imperativos del empresario, al otro género escénico dispar e incompatible, creándose así un régimen de promiscuidad que merma estímulos y rompe la coordinación artística de escuelas, indispensable para que la personalidad del actor se afine, se purifique y alcance la vertical ambicionada.

De ahí tantas promesas frustradas, tantas posibilidades destruídas y ese cansancio, ese desamor de los cómicos hacia lo que, naciendo como vocación, suele ir a morir en disciplina profesional.

En este ambiente es muy difícil al artista crear conscientemente, deliberadamente, su propia personalidad. El único recurso que le queda es alzarse contra el ambiente en rebeldía, y ese es pecado que no se perdona fácilmente en la farándula. Ese es el pecado de que a D. Francisco Morano se le acusa, cuando se oye decir que es altanero y orgulloso. Ese mismo pecado es el que no le permitió a Ricardo Calvo disponer en Madrid, con la continuidad a que su categoría le daba derecho, de un teatro en el que el tesoro dramático de nuestros



ISABELITA BARRÓN

LAS ACTRICES JÓVENES ANTE EL TEATRO

clásicos tuviese albergue digno. Ese es el pecado que condenó a Tallaví a buscar en provincias el escenario que aquí se le negaba, y que también alcanza hoy a Enrique Borrás... El de obstinarse en ser ellos mismos, siempre ellos mismos, cuando los demás no saben apenas quiénes son. El de no abdicar de sus convicciones, no doblegarse, no hacer alarde de flexibilidad que sirva para ocultar lo frágil de su envergadura...



Pero no en todos los casos es posible esta firmeza de ideal llevada a la práctica. De serlo, no hubiéramos visto perderse para siempre en la bruma de lo inaccesible tantas esperanzas.

Nace ahora una nueva ante esta primera actriz de tan expresivo sentido dramático que es Isabelita Barrón, educada espiritualmente en nuestros clásicos, empujada después por su misma inquietud hacia los más puros poemas escénicos contemporáneos, y ya en vuelo sobre lo más moderno y audaz del teatro del mundo. De Calderón de la Barca a Galdós, de Galdós a Benavente, Isabelita Barrón supo encontrar en su talento de actriz el matiz que exigía cada una de sus interpretaciones. Del teatro europeo, su curiosidad se dejó cautivar por Pirandello y Shaw, como por Chejov y Barrie; pero es tal vez en D'Annunzio donde la más joven de nuestras primeras actrices podrá encontrar mejor estrofa para la melodía de su espiritualidad. En la risa y en el llanto, el rostro de Isabel Barrón encubre a medias una congoja remansada, y hay en sus ojos presentimientos de angustias que sabrían cambiarse en horrorizada dilatación ante el bárbaro y fuerte y cruel poema d'anunzziano, en la emoción violenta, apasionada y viva de la obra del poeta de Italia...

Pero Isabelita Barrón vive encerrada en este laberinto del teatro español en que no negarse a las más puras inspiraciones acusa de petulancia, altanería y vanidad. Y el rostro de heroína d'anunzziana ha de subordinar también su expresión a la expresión de otras psicologías menos intelectivas, menos dramáticas, para copiar el gesto desenfadado y frívolo de la *girl* de esta hora americana—aquí, como en América—, que bajo el típico indumento pampero o bajo el vestido de caballista andaluza, como bajo el modelo de París y sus copias, impone el americanismo cinematográfico a que la moda actual rinde vasallaje.

Y habrá que confiar solamente en que todo el sistema teatral español se transforme, o esperar a que un día pueda Isabel Barrón alzarse independientemente con su verdad, la de su alma, la de su rostro y la de su sensibilidad artística...

JOSÉ ROMERO CUESTA



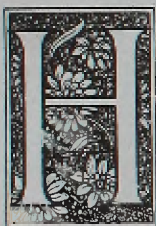

ROJAS
EXPOSICION
INTERNACIONAL
BARCELONA 1929

INSTANTÁNEAS DE BARCELONA





Feria de palmas



HA estado varios días en nuestra ciudad, y nos ha obsequiado con admirables conferencias, un gran hombre de ciencia argentino: el decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Buenos Aires, doctor Enrique de Butty. La Diputación provincial, que, bajo la presidencia del conde de Montseny, se afana por honrar la tribuna de su salón de sesiones, llevando a ella lo más esclarecido de la intelectualidad nacional y extranjera, puede estar verdaderamente satisfecha de su labor cultural, que en las conferencias del Sr. Butty han tenido, además, el aspecto interesantísimo de darnos a conocer una de las figuras preeminentes de la Argentina en el campo de las ciencias matemáticas.

—«Hermosa metrópoli internacional, blanca ventana abierta a un paisaje verde; gran ciudad, donde se trabaja y se estudia como en pocas...» He ahí las palabras con que el Sr. Butty ha expresado su impresión sobre Barcelona.

Y Barcelona sabe enorgullecerse de ese juicio merecido al ilustre hombre de ciencia, como debe estar complacida de haber tenido para el sabio argentino aquellas atenciones que, más que en los banquetes con que se procuró obsequiarle, se exteriorizaron en la atención y el aprecio a las enseñanzas que vino a otorgarnos desde la ciudad del Plata.

* * *

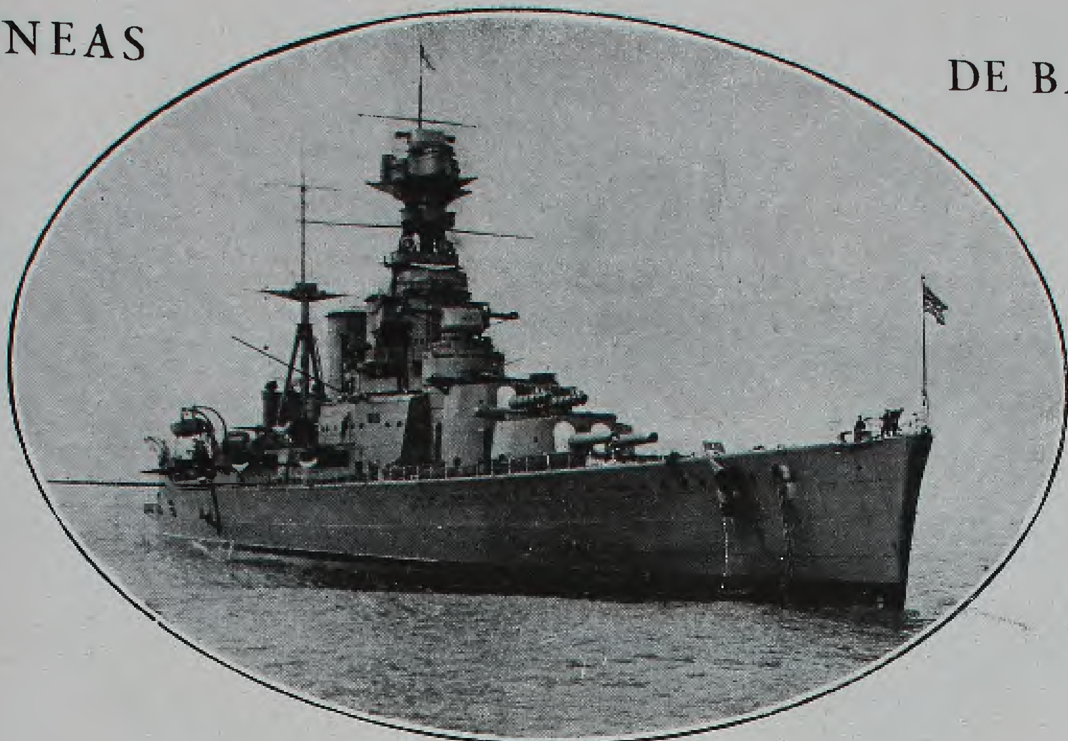
Muchas veces fondearon en nuestras aguas los buques de guerra ingleses. Una vez más nos han visitado los rígidos y admirables marinos británicos, dándonos con sus grandes acorazados—entre ellos el más moderno y grande del mundo— y con sus diminutos y rapidísimos *destroyers* la impresión de su poderío en los mares, y proporcionando a los barceloneses la satisfacción de hacerles ver nuevos testimonios de la simpatía que nos inspiran, con la acogida cordial y con la alegría de festejarles...

* * *

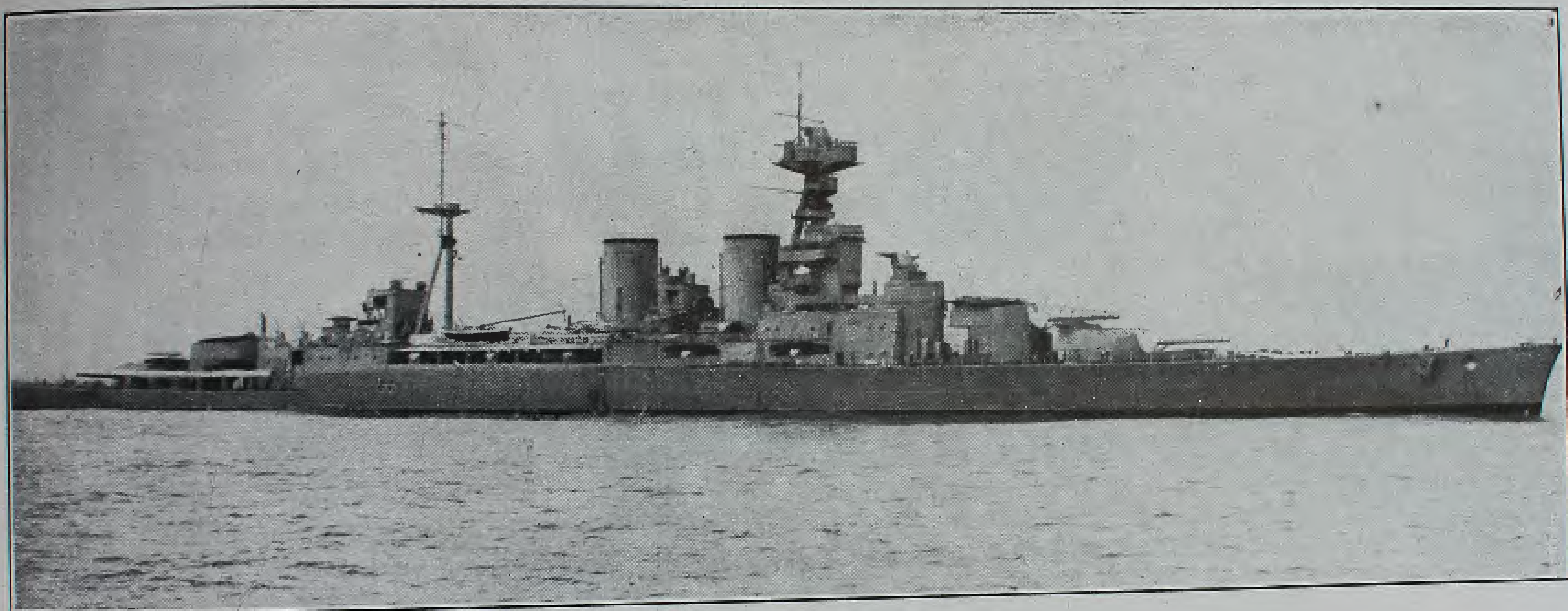
La visita de la Real Coral Zamorana, brillantemente dirigida por un ilustre músico, el maestro Aedo, ha dado motivo para que Barcelona aprecie el entusiasmo que en Castilla inspiran las enseñanzas de nuestro Anselmo Clavé, y el acierto que supone la organización coral de Zamora, recibida, agasajada y aplaudida aquí como merece serlo.

En sus conciertos en el Liceo, en colaboración con la Banda municipal de Barcelona, y en el Palacio de la Música Catalana demostraron bien los coristas zamoranos —entre ellos muchas y bellísimas señoritas, cuyas típicas mantas lucieron, espléndidas, por nuestras Ramblas entre la simpatía y admiración de las

INSTANTÁNEAS DE BARCELONA



El acorazado inglés más grande del mundo



El barco de guerra mayor del mundo

barcelonesas— su competencia musical y la belleza de los cantos de Castilla.

Nuestro entusiasmo les acompaña en el laurel y en los lazos que a su bandera prendieron como trofeo de su triunfo el alcalde, barón de Viver, y el presidente de la Diputación de Barcelona, entre vivas y aclamaciones a las regiones y a España.

* * *



Colegio Mayor de Alfonso XIII

Pródigo ha sido marzo en acontecimientos y actos dignos de esta urbe, en plena y febril actividad, preparadora del gran certamen internacional.

Celebró el Colegio Mayor Universitario de Alfonso XIII, en Vallvidrera, el primer aniversario de su fundación; pre-

INSTANTÁNEAS DE BARCELONA



El profesor argentino Enrique de Bully.

senció Barcelona imponente manifestación de adhesión al jefe del Gobierno, venido con los ministros de Hacienda y del Trabajo para inaugurar el túnel de la calle de Balmes, que suprime los pasos a nivel que tantas desgracias ocasionaron y deja libre y urbanizada una vía de las más céntricas de la ciudad, e igualmente un magnífico edificio para la Delegación de Hacienda... y hasta tuvo ocasión un magno banquete para festejar el desarrollo de la gran empresa que significa la publicación de periódicos como *El Día Gráfico, La Noche* y *Gaceta Deportiva;* de oír cómo se pidió y se prometió conceder la medalla del Trabajo para el hombre, alma de esa empresa, a cuya iniciativa, secundada por la energía y voluntad que sólo cuenta en los escogidos, debe Barcelona el éxito indudable que habrá de obtener con la Exposición Internacional de Montjuich...

La fiesta de las Palmas, símbolo de paz, la Pasión y la Resurrección del Señor, marcan en la última semana de marzo felices auspicios para la prosperidad de Barcelona, Cataluña y España entera...

¡Resurrexit!...

X X X

La Coral de Zamora



Fotos Sagarra

Durante el pasado mes...



El conde del Grove.

... produjo muy hondo pesar el fallecimiento del pundonoroso caballero conde del Grove, profesor que fué de S. M. el rey Don Alfonso XIII y actualmente lo era de su A. R. el príncipe de Asturias, en cuyos cargos puso siempre sus mayores lealtades y su profundo respeto a las augustas personas.

Figura muy destacada de la aristocracia madrileña, su desaparición ha sido tan sentida como relevantes eran los altos merecimientos de este caballero.

* * *

... fué clausurada la magnífica Exposición de obras con las que los artistas españoles han rendido su admiración a la sugestiva labor literaria de los hermanos Álvarez Quintero.

Pintores y escultores acudieron a los salones de los Amigos del Arte, para llevar la ofrenda de su inspiración jugosa a esta interesante Exposición, en la que vibró plásticamente toda la noble gracia que ha sabido prodigar la musa fácil y reidora de los insignes comediógrafos.



La Exposición de los Quintero.

* * *

... se celebró la inauguración de un nuevo trayecto de nuestro ferrocarril Metropolitano, tendido entre Cuatro Caminos y Tetuán. A dicha fiesta asistieron distinguidas personalidades para celebrar los evidentes progresos de la urbe, que así ve acrecentados sus modernos servicios de locomoción.





Inauguración del Metro Cuatro Caminos-Tetuán

Fotos Marín.

Futbol

LOS GRANDES CLUBS

LA REALIDAD Y LAS POSIBILIDADES DEL REAL MADRID



HABLANDO CON EL MARQUÉS DE BOLARQUE



Dun flota en la estancia el humillo blanco del fogonazo de magnesio disparado por Marín. Hemos sorprendido al marqués de Bolarque en plena actividad de su trabajo. Ahora uno y luego otro, van entrando empleados del Banco para poner documentos a su firma. El presidente del Real Madrid nos ruega:

—Un momento, y soy con usted.

Y sigue firmando. Los papeles blancos y verdes, donde se barajan cifras fabulosas, han desaparecido ya sobre su mesa.

—Estoy a sus órdenes —pone luego el marqués de Bolarque, con esa afectuosidad sincera que es como un título más en sus blasones. Y comenzamos a charlar.

—¿. . .?

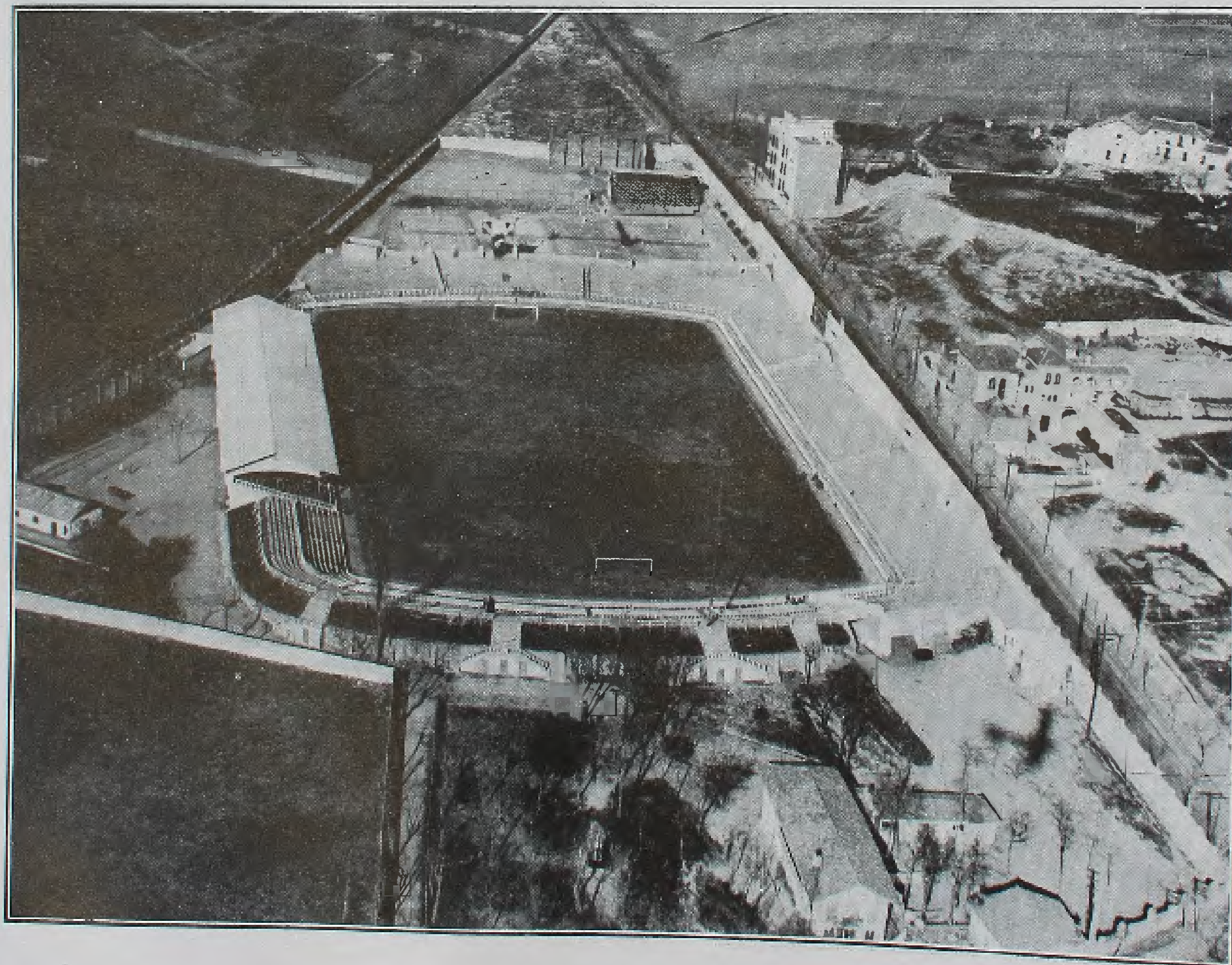
—No lo crea usted. El campo de Chamartín es de exclusiva propiedad del Real Madrid. Para su compra nos ayudaron los Bancos Hipotecario y Urquijo. Al Hipotecario le iremos pagando durante veinticinco años la hipoteca que nos ha hecho, y el Banco Urquijo ha tomado la emisión de obligaciones que sobre nuestro terreno se hizo. Poco a poco lo iremos amortizando todo, y ese espléndido campo quedará libre de los actuales gravámenes.

—¿. . .?

—Nos costó en firme novecientas cincuenta mil pesetas con todas las construcciones que posee, esto es, tal como está; a dos pesetas cuarenta y cinco el pie, y tiene en total cuatrocientos mil pies.

—¿. . .?

—Nuestra organización deportiva es la de un verdadero Club moderno. En nuestro campo se hace hoy fútbol, tenis, *jockey*, natación y pelota vasca. Además contamos con un gran gimnasio, cuya clase dirige persona tan com-



El campo del Real Madrid.

FÚTBOL INTERNACIONAL



El equipo español que venció en Sevilla al de Portugal



AUN viéndolo nos parecía un ensueño. Aquellos once muchachos españoles evolucionando en el Estadio sevillano ¿eran, en efecto, los genuinos representantes de nuestro fútbol nacional? ¿Dónde estaba el juego alocado que había sido durante años como el distintivo de nuestra modalidad deportiva? ¿Dónde aquella furia ciega y desordenada que nos apartaba de la privativa técnica moderna? ¿Dónde aquella desarticulación de líneas que iba relegando a nuestros colores a la valorización ínfima en el concierto mundial?



Rubio, marcando el segundo goal español

(Fotos Serrano)

Aquellos once mozos que lucían sobre sus zamarras el triángulo de la Real Federación Española eran la personificación viva y brillante del fútbol más depurado, de la calidad más suprema, de la tensión del músculo hecho arte, del movimiento elevado a la más alta plasticidad. La forma vieja y caduca había desaparecido para dar paso al modo más quintaesenciado que cabe en una fiesta de atletas. Era como el repentino trasplante de ese fútbol centro-europeo matizado con los más bellos frutos de la inteligencia a la tierra donde sólo podía florecer la ins-

FÚTBOL INTERNACIONAL



El equipo portugués que fué derrotado por el español

piración con sus bondades y sus defectos; pero ornada la creación inteligente con la viveza, el fuego meridional, la honda vehemencia que son como los cuarteles exclusivos de nuestro escudo atlético.

El milagro se ha hecho. Ha bastado la fuerte voluntad de un hombre bueno, de D. José María Mateos, nuestro seleccionador nacional, para que el molde viejo de nuestros fracasos cayera hecho añicos. Ya era mucha furia, muchas individualidades brillantes y mucho respeto a las históricas consagraciones, a costa del progreso y prestigio de nuestro deporte. Maldito sea todo aquel pasado, en el que la claudicación y el temor a las rancias glorias inservibles había estancado el nombre deportivo de España en la vergonzosa zona del descrédito. ¡Hombres nuevos! ¡Hombres nuevos!—reclamaba a gritos la afición entera, y D. José María Mateos se los dió. Que su generosidad sea premiada.

Fortalecía el ánimo la simple contemplación de aquellos cinco hombres que en el ataque español recibían su bautismo de gloria en el campo internacional. Aquéllos eran otros. España aun no estaba borrada como potencia deportiva en el cuadro universal de los países de vanguardia. Todo lo perdido, todo lo abandonado lo recogía para su país ese nuevo equipo español que entre los cármenes sevillanos batía con superioridad incontestable al fuerte conjunto portugués en pleno camino de sus triunfos.

¿Qué mayor homenaje para esos vencedores que ofrecerlos en estampa corrida como el airón de estos trazos informativos dejados sobre el papel cuando aun la mano estaba caliente por la emoción del momento excelso? Vedlos en su natural apostura antes del choque inolvidable. Ni una mirada torva, ni un gesto de duda. Con la sonrisa fácil del que se sabe fuerte y sabe mirar confiado hacia el instante próximo que ha de ser clarín de victoria.

Vencido Portugal, Francia espera.

¡Vencerán!, grita el templado ánimo que supo de todos los fortalecimientos insospechados allá a la vera de los sevillanos cármenes, ante el friso nuevo de once hombres que sabían lo que llevaban en rojo y gualda sobre sus zamarras y en el lado izquierdo, para que se sintiera más próximo al corazón.

RIENZI



Un ataque de la delantera española

(Fotos Serrano)



Un grupo de bellas alpinistas.



Ricardo Arche.

(Fotos Marín.)



Elena Potestad.

ALPINISMO

MADRID tiene también su Paraíso blanco en las cumbres nevadas del Guadarrama. El esquiador es el que gladia. Fácil, raudo, erguido sobre sus lanzas, la nieve pone como una suavidad de seda bajo su paso.

¡Puerto de Navacerrada, con sus empolvados planos interminables! Escena vestida con los plumones de la pureza universal. Blanco, blanco y blanco hasta la tiranía de lo inmutable!

Sobre este mar de espumas, el Real Club Alpino ha celebrado sus campeonatos de fondo para el esquiador. Fué Ricardo Arche el primero que cruzó sus lanzas sobre la meta del triunfo. Pero la nieve es de todos, y la mujer sentó también su derecho. La señorita Elena Potestad, vencedora en la audacia alpina de su sexo, sonríe con gracia de heroína.

¿Cómo puede vivir el triunfo en la mujer si no es con una sonrisa?

El ciclismo en Madrid



El campeón de Castilla, Manuel López.

EL ciclismo cuenta en Madrid con legión de entusiastas que han hecho de este deporte una fiesta, atrayendo hacia ella una gran parte de ese núcleo indiferente que vive en todo sin detenerse en nada.

La temporada oficial ha dado ya comienzo. Ha sido con la celebración de una prueba ciclo-pedestre, primera de este género verificada en Madrid, con la que los corredores castellanos han desempolvado sus sandalias de ruta.

Carrera mixta, en la que el atleta ha de alternar el vigor puesto en los pedales con el paso de obstáculos a pie firme, llevando sobre sus espaldares, como mochila en banda, la carga de la máquina inactiva.

Manuel López, el fibroso campeón de Castilla, fué el primero en cruzar la meta de llegada.

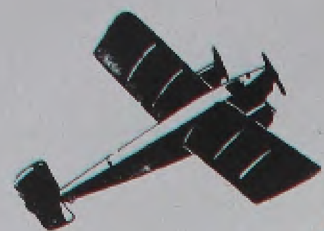
Amplio de tórax, férreo de antebrazo, sus piernas son como las bielas del éxito. Es el hombre que cruza por la tierra a toda máquina.

(Fotos Marín.)

Los participantes de la primera carrera ciclo-pedestre celebrada en Madrid.



VIDA AÉREA



Las mujeres y la aviación

La vida aérea es quizá la primera y más brillante plasmación científica de este siglo XX, llamado siglo de la civilización. El ala de cáñamo cantada por D'Annunzio en sus *Quizá sí, quizá no* avanza por la escala del progreso con la misma velocidad con que cruzan tras los giros de una hélice las claras transparencias azules.

Veinte años escasos, desde los primeros balbuceos salidos de los «hombres pájaros», han bastado para que el dominio del aire se acasi una cosa lograda. El progreso florece entre mares de sangre, y sangre de mártires y héroes ha sido la semilla derramada para que el avance aviatorio lograra esta floración nueva de hoy, cubierta la tierra por miles de alas brillantes como flores de acero de la ciencia en fructificación.

Donde cayeron unos, otros se levantaron, y la vida sigue, sigue sedienta de nuevos héroes y nuevos mártires.

Donde hubo un aviador hubo un corazón generoso pródigo de su sangre, y tanto, tanto se avanzó en las tablas magníficas de la emulación, que ya no son sólo ellos los que cabalgan sobre el timón de fondo. La mujer siente también la abnegación de su sexo, fortalecido por las costumbres nuevas, el deseo de nobles hazañas y dominación sobre lo indominable.

Ved aquí esta estampa, llena de fuerza y exquisitas sugerencias, de la señorita María Luisa Bernaldo de Quirós, la primera mujer que ha alcanzado en España el título de piloto del aire. Flexible, serena, con el reflejo de la entereza en la mirada tranquila y la sonrisa tenue que reta al peligro recogida en las comisuras.

Y a sus pies el galgo amigo, flecha de carne sobre los yermos terrenales. ¡No importa! ¡No importa!, parece decir la intrépida.

«Yo llegaré antes que tú, porque mi pájaro tiene alas de galgo y corazón humano, y frente a él se abre el horizonte inacabable, profundo, amplio y claro como una llamada.»

DEPORTES DE INVIERNO



Thumberg

SOBRE LA NIEVE ENDURECIDA

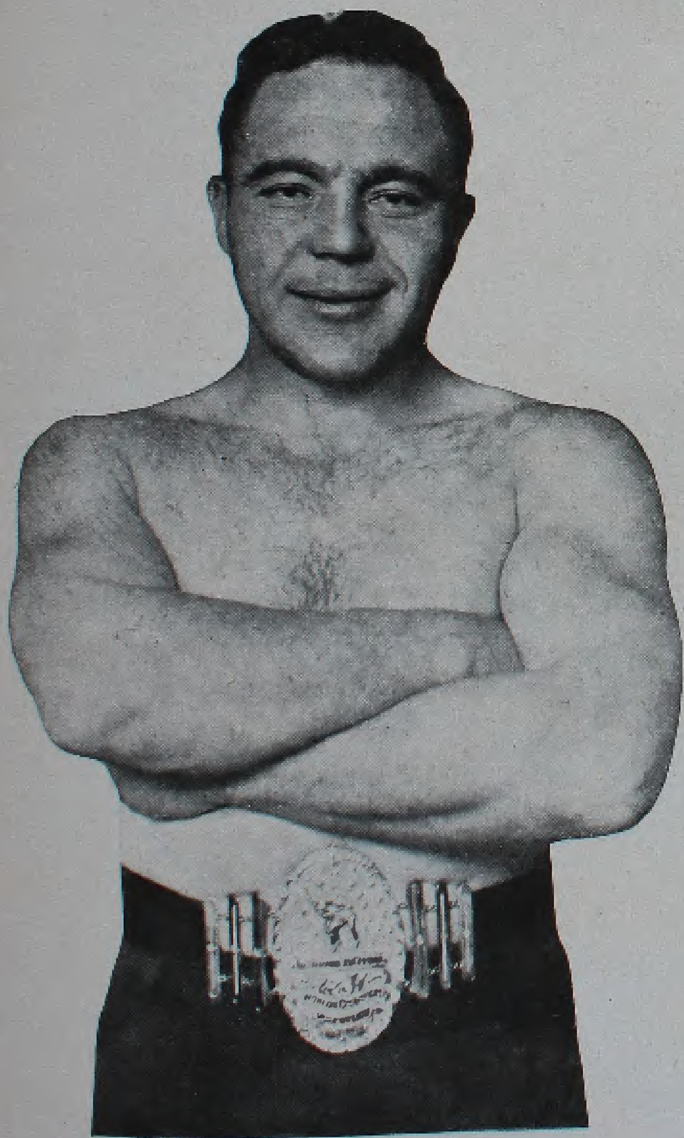
Lo veis aquí inmóvil, en «posse» serena sobre sus patines? Es el finlandés Thumberg, «el pájaro negro de Davos», que ha conquistado el campeonato europeo de patinaje sobre los quinientos metros.

Contemplad su bonito perfil, sus ancas finas y ágiles, su silueta esbelta. Tiene todo él la proyección estilizada del esquife.

Sobre la nieve endurecida del famoso rincón suizo, Thumberg fué la flecha lanzada tras el vuelo de la victoria. Hay en estos deportes del invierno algo que invita a abrir la mirada y a extender el músculo sobre las limpias superficies nevadas.

El polvillo impalpable de todo lo sedentario, del vicio y de la civilización vertiginosa va cubriendo las ciudades con una capa de tedio y agotamiento. El pulmón necesita de puros ambientes; la retina, de claras perspectivas, y la juventud nueva se lanza a los campos del invierno, soberanamente blancos y soberanamente bellos, para beber en ellos el buen sol que ilumina las nieves.

Thumberg, «el pájaro negro de Davos», es la nueva figura del músculo vernal en el deporte de los hielos. Y es el filo tajante de sus patines la quilla llamada a la conquista sobre los mares solidificados en blancuras. Más maravillosos cuanto más tiránicamente blancos.



GRECIA Y ROMA

LA GRACIA Y LA FUERZA

Sobre la grupa el cinturón mundial, Sonnenberg, cruzado de brazos, tiene la sonrisa satisfecha del triunfo recogida en las comisuras. Es el campeón nuevo del brazo rodado y de los volteos aparatosos, del bíceps gigante y del tórax tallado en piedra.

Grecia y Roma, la gracia y la fuerza que animaron las fiestas circenses, son hoy nuestras. Es la herencia de los hombres fuertes.

Abatido en Boston, en pelea de cíclopes, el poderoso Lewis, su vencedor, Sonnenberg, reta al mundo de los luchadores que esperan. El tapiz está puesto. Lucha expectante de grecorromana, con relieves de buril y matices de friso, sólo falta la voz que ordene avanzar.

Fotos Marín.

VISLUMBRES DE LA REPÚBLICA DE BOLIVIA





No es extraño —todo en el mundo halla su explicación correspondiente— que sea Bolivia la República americana menos conocida de España y los españoles. Su situación geográfica, que la confina en la meseta de los Andes, dificultando sobremanera toda clase de comunicaciones, es causa de que el emigrante de nuestra sangre y de nuestra lengua no llegue hasta allá. Y ya se sabe lo que el emigrante influye para mantener bien asentadas esas relaciones sentimentales que son, en primero y último término, razón de todos los conocimientos. El emigrante sueña con la España que abandonó; pero es indudable que desde la nueva tierra donde asienta la planta inquieta y ávida lanza cables que tiran del interés, de la curiosidad, de un amor, no por incipiente menos cierto, hacia la patria nueva, por parte de sus familiares y amigos, en el lejano pueblo natal. Por el gran arco que tiende la emigración sobre el mar, el español se interesa en la vida de la Argentina, del Uruguay o de Cuba. Bolivia, por el contrario, aislada y recóndita, más cerca del cielo que del viejo continente, permanece oculta para quienes no sepan ver y oír a distancia. Hacia el centro de la América del Sur, es como un corazón que no se ve fácilmente, pero que deja oír su hondo latido a los que aciertan a poner su mano extendida, con ademán de auscultar, sobre la Geografía y la Historia del Mundo Nuevo.

* * *

Un decreto —el memorable de 16 de mayo de 1825— prejuzgó el nacimiento del nuevo Estado. Libre de los virreinatos a que sucesivamente había estado sometido en tiempos de la dominación española —el virreinato del Perú y el de Buenos Aires—, el nuevo pueblo tuvo que reforzar su voluntad de emancipación, darse fronteras que no podía buscar en la antigua división colonial, y hasta inventarse un nombre. Otros países americanos se emancipaban de España: el alto Perú, a poco Bolivia, tenía que lograr más: tenía que nacer. Y fué su fortuna encontrar en el general Sucre un formidable parteador. Los togados y universitarios de Chuquisaca, como los insurrectos de La Paz y de Cochabamba, no habrían logrado, en diez, doce, quince años de cruento esfuerzo, otra cosa que un cambio de tutela. De manos de España hubiese pasado el poder sobre la meseta andina y su vertiente oriental, a las del Perú probablemente. Mudanza de dueño, pues. Otro amo y señor, pura y simplemente. Pero Sucre recogió con ejemplar clarividencia el ansia patriótica de los guerrilleros altoperuanos, que le salieron al encuentro, en famosa entrevista, ya consumada la victoria de Ayacucho. El derecho de los pueblos a constituirse según los dictados de su voluntad era dogma que Sucre profesaba, como también Bolívar. Sólo que Bolívar se sentía inquieto ante una excesiva fragmentación de las flamantes nacionalidades. Sucre venció los recelos del Libertador, y éste convocó un Congreso que deliberase y resolviera. Reunióse la Asamblea, y el 6 de agosto bautizó la recién nacida República con el apellido de Simón Bolívar.

Bolivia recuerda a Bolívar, como Colombia a Colón. Son los dos países que izan sus nombres a modo de perdurables recordatorios. Y en verdad que nadie merece memoria tan cierta como el hombre

que descubrió el continente y el que le dotó de conciencia política. «De Colombia soy hijo —pudo decir Bolívar—; pero de Bolivia soy padre...» Lo fué en unión de otro héroe: el ya citado Antonio José de Sucre, guerrero, legislador, diplomático, tribuno, en una de esas impresionantes mezclas que son características de los grandes períodos históricos. Las épocas en que la atmósfera, cargada de flúido pasional, electriza a los hombres, acumulándoles facultades... Bolívar y Sucre: «vidas paralelas» de un nuevo Plutarco.

* * *

Tres millones de habitantes es población muy escasa para cubrir el vasto territorio que se extiende, quiebra, alza y repliega entre el Perú, el Brasil, el Paraguay, la Argentina y Chile. Nótese que en esta enumeración de fronteras falta la significada por el mar; límite que rara vez falta a los pueblos; límite que apenas si lo es. El mar no separa: une. Por lo mismo, tienta a todos los Estados esta móvil valla fronteriza que señala con múltiples dedos de espuma caminos diversos que traen y llevan, en cambio incesante, intereses e ideales.

Bolivia no tiene mar. He aquí su drama histórico. La llamada guerra del Pacífico hizo pasar a Chile la faja de litoral que venía disfrutando desde su nacimiento al concierto de los pueblos independientes. Comenzaba la costa boliviana en Antofagasta, para terminar al sur de Punta Falsa. Luego... La salida al mar de Bolivia quedó supeditada a las vicisitudes del vidrioso pleito Tacna y Arica. De Arica, precisamente, parte el ferrocarril que lleva hasta La Paz. De suerte que el boliviano tiene que pisar tierra extranjera para salir al mar, con sus legítimos deseos de viajero o traficante y exportador. Corrientes de plata y oro se embalsan en los valles de Bolivia, espejeando al cielo impávido y solicitando impacientes la explotación y el beneficio.

La riqueza legendaria de los «Perules», según expresión proverbial entre los españoles, está localizada en gran parte en Bolivia. Como también la de Potosí, materia asimismo de sueños que no tuvieron nada de quiméricos. El mítico y suspirado Eldorado, andaba por allá, indudablemente, para cebo y obsesión de conquistadores y aventureros. Tierra de ofuscantes riquezas inverosímiles... Quienes cuentan y recuentan estas cosas, aseguran que España obtuvo de las minas bolivianas de plata, cuando Dios y la Historia quisieron, más de tres mil millones de pesos, por derechos de quinto.

Las cifras cansan, y, después de todo, no dicen mucho, al que no sabe relacionar datos, valores, aspectos diversos de la vida social y económica. La Estadística, con todos sus humos de exactitud y precisión, es precaria flor de relatividades, y sólo prospera en el invernadero de profusos y recargados cuadros comparativos. Al lector medio, la sola evocación del cerro de Potosí dice más que todos los números movilizados en columnas de honor. Pero junto a la deslumbrante montaña argéntea brotan otros veneros de apariencia más modesta y que asimismo acarrean riqueza: caudales de estaño, cobre, antimonio, bismuto, sal, salitre...

Los fértiles valles adonde llega el cultivo dan enorme y abigarrada variedad de frutos y productos: el maíz, el arroz, el café, la caña de azúcar, la yuca, el plátano, el maní... Los densos bosques del Este, desbordando resinas y esencias olorosas, cierran el abrupto paisaje de Bolivia, rico en colores y en calidades: desde lo árido a lo tierno, desde lo paradisíaco a lo desértico.

Una pintoresca fauna anima los panoramas: la ganadería, naturalmente, cubre los primeros términos. Vastos rebaños, sobre praderas inmensas, pregonan bíblica abundancia en los departamentos de Beni, Santa Cruz, Chuquisaca, Cochabamba, Tarija, Arce, el Gran Chaco... Pero el animal salvaje acentúa de típico, inconfundible modo, la altiplanicie: asiento de la puma, la alpaca, la vicuña, el guanaco, la chinchilla, la llama... Junto a la llama, el «llamera». Esta pareja de animal y amo, de fuerte sabor indígena, es buen emblema plástico de Bolivia. Dejemos que una pluma de allá lo describa: la pluma ágil de un excelente escritor, Alberto Ostria Gutiérrez, que en el *Rosario de leyenda* canta el pasado tradicional de su patria y en *La casa de la abuela* exalta el abolengo español: «La llama es la fiel compañera del aymara, la de los andares de dama. Tiene la timidez de la gacela y la arrogancia descompasada del camello. La llama no conoce rebeldías ni malos humores. Es toda mansedumbre, toda sumisión. Además, toda bondad, toda feminidad. Al cruzar la altiplanicie, se detiene a veces un instante, majestuosamente, estira el cuello largo y, mirando la inacabable llanura, muerde con brío la paja brava del camino y sigue adelante, coqueteando al sol. La llama reconoce y comprende a su amo, al llamero. Acude presurosa a la voz de éste, y cuando va de viaje obedece sus órdenes como obedecería un niño, porque para ella no se hicieron ni la rienda ni el bocado. En los días de tormenta, cuando ese viento maldito del altiplano se arrastra despavorido arrancando la queja de los pajonales, y vivos relámpagos desgarran el cielo, y la lluvia va formando grandes charcos en la llanura, las llamas —las llamas blancas, overas o negras— se detienen, y acercando sus cuerpos se prestan calor y valor las unas a las otras. Y así esperan. A su lado, espera el indio. Espera. De cuclillas, inmóvil, limpia de arrugas la frente, clava sus ojos en el horizonte. Los ojos de la llama y los ojos del indio miran de la misma manera, hacia el mismo sitio. Ni a la tierra ni al cielo. Miran al infinito.»

El indio... Predomina en la República de Bolivia, constituyendo un problema de varias irradiaciones: política, social, económica, educativa. Los *quichuas* viven en la gran meseta: raza fuerte, de cara a los vientos. Los *yuracares* moran en la penumbra fragante de los bosques. Los *moros* y los *chiquitos*, en las tierras del Este. Hablan el *quichua*, el *aymara*, el *mojá*..: Nuestra lengua, para penetrar por entero, lucha, como todos los factores de la cultura, con las dificultades de las comunicaciones y con el obstáculo geográfico.

* * *

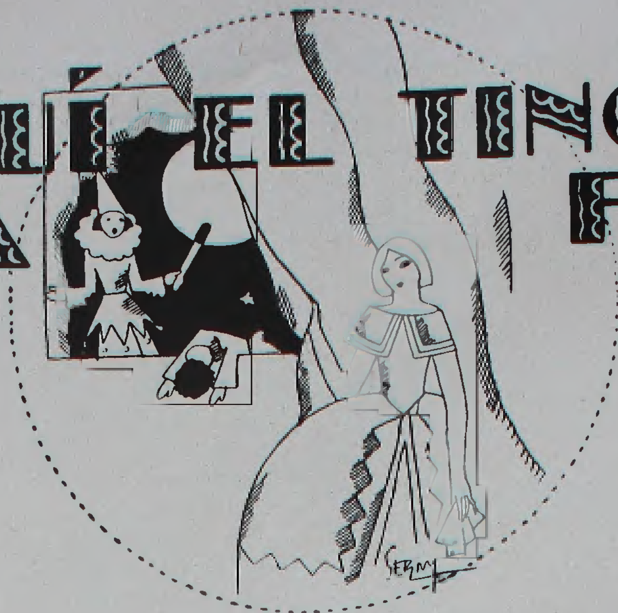
Siempre la Geografía... La Geografía pesando sobre Bolivia como una fatalidad muy difícil de remover, entorpeciendo la expansión económica, estorbando la valoración de tesoros casi intactos... Los indios llaman al Potosí el cerro que llora plata: *Kolque-guacaj*. Pero la metáfora adquiere, sin duda, sentido más profundo y patético. Toda la Naturaleza boliviana llora su aislamiento... Mas no faltan al humano, sino raramente, las compensaciones. La geografía que perjudica la *mise en valeur* de las riquezas de Bolivia, la regala, en cambio, pródigamente singularidades y encantos de tanta magnificencia como el lago de Titicaca, situado en el límite con el Perú, a una altura de 3.900 metros sobre el nivel del mar. Alivia con el espejo enormísimo de sus aguas la austera sequedad del silencioso contorno. Todos los viajeros coinciden en el encomio de este imponente cielo, líquido y caído. Cuenta doscientos kilómetros de longitud por ochenta de latitud. ¿Cuántas veces más que el de Ginebra, tan asombroso ya para el europeo...? Pero toda América —ello es sabido— está trazada a escala máxima. El Titicaca dibuja en los mapas un óvalo irregular, en el que se perfilan dos penínsulas: la de Tiquina y la de Copacabana. Costa desigual: aguas que se enturbian, aves que levantan el vuelo hacia el azul, piraguas que bogan perezosas... Guarda el Titicaca, entre otras islas, la de Coatí, que fué consagrada a la Luna por los aborígenes. Piedras milenarias parece que testimonian la presencia allá del templo en que hacían sus ofrendas las vírgenes sacerdotisas... Pero la voz de la Historia no se percibe apenas en el inconmensurable escenario natural. Triunfa la Naturaleza, sin rival posible. «Barrés —recuerda oportunamente Costa du Rels— hubiera intentado, pero en vano, animar tan extraña naturaleza, que apenas el espectro de borrosas y pueriles leyendas hubiera respondido a su llama. Aquí nada está consagrado al amor ni al dolor, nada a lo efímero. Titicaca pertenece al Sol y a la Luna, inamovibles soberanos del infinito...»

* * *

A unos kilómetros de Titicaca, La Paz agrupa su caserío. Ciudad importante, sirve de residencia al Gobierno. La otra capital que interesa en primer lugar a Sucre, la vieja Chuquisaca, que asume la representación histórica y cultural del país que es hoy Bolivia. Su Universidad fué durante mucho tiempo el foco más activo de la América del Sur en cuanto a vida intelectual. Aproximado por mi anhelo y por mi amor, yo siento una extraordinaria simpatía por estas apartadas ciudades de la altanera Bolivia, aplicadas con voluntad indomable a la tarea de fundir en el molde de la espiritualidad moderna esta vieja «raza de bronce», como llama a la suya el gran escritor boliviano Alcides Arguedas, representante, con Ricardo Jaimes Freire, de la más pura y destacada espiritualidad de Bolivia.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO

"HE AQUÍ EL TINGLADO DE LA ANTIGUA FARSA..."



DEL TEATRO ARGENTINO

CREADORES E INTÉRPRETES



La boga que entre nosotros ha alcanzado el arte americano, y especialmente el argentino—que empezó modestamente por el tango—, ha llegado al teatro, y en estos días con tanta fuerza, que se da el caso de que actúen al mismo tiempo en Madrid dos compañías auténticamente rioplatenses.

Parece oportuno, pues, que nos ocupemos de lo que es y lo que representa en la actualidad el teatro argentino.

Y hemos de declarar que, a nuestro juicio, el teatro argentino no existe. Se hace teatro en la Argentina, hay autores que lo cultivan y público aficionado que lo aliente; pero, como está recién nacido, sería un fenómeno, que jamás se produce, que de la infancia se pase de un salto a la madurez; en la Argentina se da el caso de que hay simultáneamente dos teatros: el genuinamente argentino y el arte dramático de caracteres universales que algunos escritores argentinos se han incorporado.

En estos tiempos de fáciles comunicaciones, de intercambio constante al pensamiento, de vida cosmopolita, es difícil hacerse una tradición nacional, es casi imposible sedimentar unos caracteres peculiares, edificar un arte cuya piedra angular sea la íntima expresión de una idiosincrasia racial.

Las naciones viejas se han hecho encerradas en sí mismas, y en transcurso de siglos de aislamiento han forjado con su lengua su pensamiento nacional, su contextura ética y su peculiar forma artística. Han tomado unas de otras, pero incorporándose de tal modo la inspiración recibida que al injertarse y recibir otra savia ha dado por fruto una concepción nueva, una forma propia de caracteres distintos de aquello que sirvió de fuente. Pero los pueblos americanos, en formación aún, llevan un forzado desarrollo, un crecimiento artificial muy distinto de la evolución gradual de las naciones viejas, y en esta fermentación tumultuosa que en ellos se produce, de todas las ideas llegadas de las más diversas naciones no ha podido formarse aún el producto genuino y propio.

Todo resbala, nada penetra, y si devora mucho, poco asimila y le nutre.

Por eso hay dos teatros: el argentino natural, el



Matilde Rivera

(Foto Marin

"HE AQUÍ EL TINGLADO DE LA ANTIGUA FARSA..."





Enrique De Rosas.

sainete o la comedia de costumbres que aun balbucea, pero que es el que en su desarrollo normal puede llegar a ser un teatro propio; y el arte dramático universal, al que los autores argentinos tratan de aportar sus producciones.

Este es el que con más afán tratan de enseñar fuera, y éste es el que aquí conocemos más, porque del otro sólo la compañía de Muiño y Alippi, que pasó por Madrid hace unos años, nos mostró algunos cuadritos simpáticos y entonados, reveladores de la costumbre del país.

Las obras más serias no tienen nada de argentinas, si no es lo que estudiándolas detenidamente puede observarse respecto a su formación.

Son obras a la manera francesa o al estilo español, más inspiradas en el teatro francés que en el nuestro, que hacen el efecto de un niño vestido de hombre. Ingenuo el pensamiento, infantil la arquitectura, de una simpática simplicidad las ideas. Un sencillo y pasado romanticismo las perfuma y contrasta con el traje de última moda con que trata de disimular lo retrasado de su inspiración.

La semilla no da en todas las latitudes frutos idénticos, y el arte, que es madurez, precisa una tierra cansada y trabajada.

¿Por qué los pintores mejicanos tienen en su arte algo de primitivo? Y aprenden como los demás, y tienen idénticos maestros, porque no es lo que se les enseña, sino lo que ellos incorporan. Lo extraño, lo que produce el fenómeno de lo *nuevo viejo*, es que no han ido ellos descubriendo poco a poco y haciendo suyos por grados los adelantos y los progresos, sino que un espíritu infantil tiene súbitamente a su alcance medios superiores a las facultades de su espíritu, y así se produce el desnivel, que puede compararse al que en el orden material existe entre la civilización refinada de las grandes ciudades americanas con la vida casi primitiva que aun se hace en las tierras apenas abiertas a la colonización.

Son pueblos que no han pasado por el candil y la vela, y gozan de la luz eléctrica; que antes que la diligencia y el ferrocarril tienen el aeroplano, y que sin conocer las lentitudes del *propio* reciben las noticias por radiotelegrafía.

Hagamos la salvedad de que si puede sostenerse la afirmación rotunda de la inexistencia de un teatro genuinamente argentino, hay que reconocer que en el otro orden del teatro general hay aciertos importantísimos que en otra ocasión oportuna habremos de señalar.

Hay, en cambio, en el teatro argentino admirables intérpretes; intérpretes que dan su argentinismo a obras exóticas, porque ellos son los primeros en encontrar campo estrecho en los límites del repertorio nacional. En ellos, sí, las influencias hispánicas e italianas han producido un arte propio y depurado. Es lo que merece admiración en el teatro argentino, y este apogeo no desdice cuanto llevamos expuesto sobre la formación del arte, porque en la historia humana la interpretación va siempre delante de la creación. El arte imitativo es primero que el arte creador.

José DE LA CUEVA

Fotos Marín.





José Olarra, de la compañía de Camila Quiroga.



«Deya en Mallorca»

EL POEMA DE LA LUZ, DE IGUAL RUIZ

POR
RAIMUNDO
SANDOVALES DE PEAL



IGUAL Ruiz, pintor de la gloriosa estirpe valenciana que alumbró nombres tan destacados en la vida del arte, viene a ofrecernos sus lienzos últimos, en los que, sedimentadas ya las anteriores inquietudes turbadoras de su inspiración juvenil, ha sabido poner el ímpetu propio de esa juventud, antes perdida en la persecución de modernismos insinceros.

El pintor se abrazó decididamente a su arte, abandonó recetas de última hora, buscó la sinceridad de su particular optimismo y hallóse al fin con el tono justo de voz para modular su propia canción, la que obedecía tan sólo a las excitaciones de sus complacencias íntimas. Y pudo comprobar que estas modulaciones no carecían de tonos adecuados al sentimiento que se le removía en el alma. Se oyó a sí mismo. Los colores acudían al lienzo como líricas notas de un pentagrama cordial, que le fueran brotando del pecho poco a poco.

Al enfrentarse con la naturaleza libre, fuera del estudio, captó de sus colores, de sus palpitaciones luminosas, los más bellos momentos. Poeta enamorado de la luz, logró convertirla en protagonista de su inspiración, y a la-



«Güejar y Sierra Nevada»



Alberca de la Mezquita (Granada)



El Albaicín

cálidas tierras donde la luz triunfa como lluvia de oro lanzó la flecha de sus artísticas inquietudes.

Verdaderamente que habremos de agradecer al pintor sus preferencias de ahora. Mallorca y Granada le han rendido sus fragantes secretos. Toda la naturaleza—cumbres al sol, vergeles floridos, remansos de las playas evocadoras, sinfonía de la luz que todo lo inunda y lo besa todo—fué sorprendida en horas diferentes: amaneceres cándidos, mediodías sofocantes, tímidos atardeceres... luz, luz y siempre luz, recamando con la magnificencia de un bordado fastuoso las tierras mallorquinas, y los granadinos parajes, ambos de tan histórico abolengo...

Los paisajes de Igual Ruiz cobran fisonomía particular, tienen esqueleto constructivo, armazón resistente, corporeidad casi humana, fuerza y vigor, que los sabios pinceles sorprendieron como si se tratara de un retrato humano. Trozos de vida que así son y así debieran ser.

Igual Ruiz, pensionado de la madrileña Casa de Velázquez, recorrerá gran parte de Europa con sus cuadros. Próximamente saldrá para Londres. Y en esta hora de españolismo que parece acuciar al mundo de la cultura, sus lienzos llevarán a los ojos de los que no conocen España estos ricos trozos de la España verdadera, que no es tétrica ni borrosa, ni horripilante, que es gloriosamente deslumbradora y ágil, como una canción de pájaros dorados... Canción poemática de sus pinceles inunda con sus trinos, alegres o melancólicos, pero siempre sugeridores, las almas que se paran a contemplar estos lienzos.

Yo los he contemplado bajo la tibia caricia de una limpia mañana, que se asomaba curiosa al ventanal de la estancia, inundada de mil raros objetos de traza antigua, en la que se amontonaban los cuadros, próximos a ser conducidos a la Exposición donde ahora se exhiben.

Luz vieja la que allí había rejuvenecida por el milagro de estos lienzos,



«Sol en las cumbres» (Mallorca)

EL POEMA DE LA LUZ



«La Alhambra y Granada

entre los que Igual Ruiz, como un esforzado animador de luminarias espirituales, trataba de poner la justificación precisa de su arte, de su técnica de ahora. Para mí no eran necesarias las aclaraciones; las telas decían sobradamente, en ideal comunión con mi espíritu, lo que sólo es posible comprenderlo sin abstracciones ningunas, no intentando conducirse de otro modo que el peculiar a nuestra sinceridad de todos los días.

Igual Ruiz ha encontrado ya su voz propia en este panteísmo exaltado de sus pinceles, que saben tejer oraciones de luz. Y en estos tiempos arbitrarios, en que todo se falsea tan atrevidamente, las obras del joven pintor levantino llegan a nosotros como las estrofas de un poema luminoso y sincero, que admirarán con gusto los finos catadores de arte.

RAIMUNDO SANDOVALES DE PEAL



LOS ESCRITORES NUEVOS

Hemos recibido su trabajo, y...

J. R. E. M. (Ferrol).—No está mal. Pero hemos dicho centenares de veces que las cosas de esta sección no deben tener fecha fija de publicación.

«Atilos».—Correcta la versificación. Ahora, que el asunto es poco interesante para el público.

«Las dos Téllez».—¿Fuertes?... No. Vulgares.

«Duplex».—La historieta no es nada. Insista.

A. B. (Toledo).—Bien versificado. El tema, sin embargo, está muy hecho. Envíe algo más original.

J. Ch. de L. (Madrid).—¿Otra Anacreóntica?... En cuanto a la barcarola, es muy flojita.

S. R. (Madrid).—Ripiosas las dos composiciones. ¡Ah!... Y conste que los cupones hay que mandarlos antes de la aceptación de los originales.

J. C.—Tomamos nota de la firma. El cuento no nos gusta ni tanto así.

«Beatriz».—Ingenuos ambos ensayitos. Y, en literatura, la ingenuidad es todo lo contrario de un mérito. ¿Comprende?

«Zenlay». (Almería).—Sus andanzas juveniles no son ni interesantes ni nuevas.

J. L. E. (Madrid).—Como imitación clásica es discreta. Preferimos, a pesar de todo, algo original.

F. y E. R. (Madrid).—Hay bastantes ripios. Pero, a través de ellos, se adivina que pueden ustedes llegar a hacer buenos versos.

J. L. A. (Santander).—No merecen pasar a la posteridad. A ver si otra vez...

R. E. de la F. (Barcelona).—Es usted un poeta fácil. Pero le conviene leer mucho antes de lanzarse a escribir como profesional.

«Miguel José» (Toledo).—No es digno de usted.

E. G. y G. (Luarca).—Ese ensayo sobre vanguardismo le sobró de la encuesta del «Heraldo», ¿no?

M. S. R. (Real de San Vicente).—Aunque su soneto no podamos decirle que está mal, no nos convence todavía. ¡Se ha dicho tantas veces eso mismo! Esperamos recibir otra cosa suya, seguros de que ha de hacerlo bien.

Ibazrayo (Málaga).—Es usted un poeta demasiado ansioso, y en vista de ello nosotros no le vamos a dar nada por su poesía. Otra vez será, señor poeta.

«Topiquín».—Eso no es un elogio de Sevilla, es hacer honor a su seudónimo. No sirve.

J. M. C. (Carballino).—Esta vez no podemos aceptarle su envío. No rima con el ambiente de COSMÓPOLIS, aunque aquí no nos asustamos de nada.

E. de la F. (Las Palmas).—Siga con su empeño. Nosotros poseemos un cesto magnífico. Alguna vez podremos complacerle. Y en eso del *record* no se envanezca. Los hay persistentes.

M. M. de la C.—«Casa mía» promete mejores frutos. Esperamos insista para poder complacerla.

C. de C. y L. (Málaga).—Vulgar; no sirve.

J. M. C. (Carballino).—Su triple envío de ahora tiene aciertos evidentes, junto a vulgaridades que los invalidan. Pero le admitiremos «Otoño».

L. O. A.—Le admitimos «Realidad». En cuanto al trabajo admitido antes, aguarda turno con los muchos que lo esperan igualmente, y no sabemos fecha fija de su publicación.

A. O. (Cáceres).—Sentimos no poder complacerla; pero como en su prosa hay la vibración de un espíritu sutil, aguardamos otros trabajos suyos, deseosos de honrar esta sección con ellos. El dibujo no nos sirve.

B. G. (Granada).—«Alma de los jardines» y «Otelo» quedan admitidos; «Evocación amorosa» es largo para esta sección.

«José Ramón» (Luarca).—No sirve.

«Aficionada».—No está mal, pero no es lo que nosotros deseamos.

A. F. (Lorca).—Admitido.

C. B. (San Sebastián).—Aunque «La Condesa Isabela» parece próxima familiar de alguna princesita rubeniana, creemos que no hará mal papel en esta revista; entra, pues, en turno. Se tendrán en cuenta sus deseos.

F. B. G. (Madrid).—No sirve.

L. L.—Por su «Madrigal» no apueste usted nada, porque sentiríamos que perdiera lo que se ha jugado en sus versos.

T. M. P. (Linares).—Esperamos nos envíe otra cosa más conseguida, pues en sus versos hay aciertos laudables

J. M. P. (Vigo).—Queda admitido su «Canto a Galicia».

G. A.—Lo mismo decimos de su «Sentimental» y «Nostalgia».

E. C. de la C. (Lorca).—Entran en turno sus preciosos versos.



CAÍDA DE SOL

La tarde es toda un incendio
que me envuelve en llamaradas,
y es tan divino el silencio
que soñando el alma, calla.

Yo miro absorta el camino
que cual polvoriento brazo
parte, ondulado y amarillo,
en dos mitades el campo.

Y bajo las luces magas
todo el camino parece,
en su desnudez callada,
una dormida serpiente.

FUGACIDAD

Carro lento que pasas
con la dorada arena
que mojaron las aguas;
en esta calle estrecha
tan tristemente larga,
has puesto las sonrisas
de las costas lejanas.

CELIA DE ALBORNOZ

Dibujos de A. G. y B.

Toda la correspondencia de esta sección se contesta exclusivamente desde las columnas de la revista: rogamos a nuestros comunicantes que en los envíos de originales consignen en los sobres: Para la sección «Los escritores nuevos».

Aparte de los originales que se nos envíen espontáneamente, acompañados del correspondiente cupón, publicaremos en esta misma sección algunos trabajos de escritores conocidos, prestigiando así a los literatos nuevos con su compañía.

«C O S M Ó P O L I S»

CUPÓN

que debe acompañar a todo envío de

Colaboración espontánea

Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

1.ª Los trabajos en prosa no excederán de tres cuartillas *escritas por un solo lado*, y las composiciones poéticas de *sesenta versos*

2.ª Es inútil pretender contestación particular a las cartas que se nos dirijan relacionadas con esta sección. Para admitir o rechazar los originales tenemos la sección «Hemos recibido su trabajo y...», en la que por riguroso turno se contestará a todos los autores. Tampoco se devolverán los trabajos, publicados o no.

3.ª El solo hecho de enviarnos un original implica la absoluta conformidad con estas condiciones.

Y 4.ª Cada original debe venir acompañado de un cupón.



Impresiones de un tapiz

Escenas de otros tiempos que este siglo ha borrado,
románticas figuras, pelucas blanqueadas...
Arrobos de entusiasmo, amores de un pasado,
damas de noble estirpe y frentes nacaradas.
Galanes que lucieron en torneos brillantes,
que empuñaron las armas con valor y entereza,
luchando por la patria como buenos amantes,
y que fueron constantes en amor y firmeza.
Zapatitos de raso... pelucas empolvadas,
corpiños apretados, encajes de Bruselas,
trajes de miriñaque, mejillas sonrosadas,
románticos amores de tiernas damiselas.
Bello eco de un pasado que el porvenir esfuma,
traje fino y pomposo do sutil crinolina.
Galanes que al conjuro de una noche de luna
sus amores cantaron en vieja mandolina.
En borrosos tapices ha evocado mi mente
escenas de otro siglo, jirones de un pasado
que, al morir con la época muy silenciosamente,
dejaron su recuerdo en un tapiz bordado.

M.ª de la Concepción Díaz de Rábago
Paseyro.

Dibujo de PERALS

Soneto

Mi corazón has roto, despiadada,
con el puñal terrible de los celos,
cuando en tus ojos contemplaba cielos,
radiante el sol, espléndida alborada.

Me has envuelto en la noche anubarrada
de negra duda, de profundos duelos...
Lograste tus estúpidos anhelos
de reducirme al nada de la nada.

Me has trastocado en un cadáver frío;
sin piedad, mi existencia la has deshecho;
me has robado el placer y el albedrío.

No indagaré jamás por qué lo has hecho;
pero yo te reclamo, con derecho,
que, aunque inútil, me devuelvas lo que es mío.

R. M.ª CAPDEVILA

Dibujo de COBOS





DÍPTICO

CAÍDA

El prisma de mi mente descompuso la luz
y un policromo manto a mi alma envolvió...
Era azul, rojo y verde... Abandoné mi cruz;
y mi anhelo, en el manto lujoso descansó.

Y, como en los espinos brotaron rojas rosas
al contacto sagrado del buen Padre de Asís,
después de mi reposo sobre las armoniosas
y voluptuosas luces, ¡volvióse el manto gris!

RESURRECCIÓN

Señor; ya me levanto del fango oscuro; ahora
soy tuyo, el desengaño me torna a vuestra fe.
Un vacío desgarra mi carne hora tras hora...
Buscando tu consuelo, ¡oh cruz!, te abrazaré.

Heme aquí erguido y solo. Dejad que siga hiriendo
el dolor a mi alma... A su voz me levanto...
¡Oh Dios! Cuando era niño, te adoraba riendo;
hoy, ya hombre, te ofrezco como plegaria el llanto.

FÉLIX FERNÁNDEZ FOURNIER

Dibujo de JANSEN



De mi dietario emotivo

Aun vive en mi corazón
la calle humilde y perdida.
Sagrario de una ilusión
en el erial de mi vida.
¡Callecita solitaria
del pueblecito distante
donde vi la pasionaria
de tu místico semblante.
En la tarde ya lejana
que por tu calle pasé,
bordabas en tu ventana,
y en el bordado dejé
—presa en las sedas y el oro—
mi alma llena de quimeras
por ver de cerca el tesoro
del lirio de tus ojeras.
Y tras el limpio cristal
de tu ventanita, fuiste
mi novia sentimental
con un amor hondo y triste.
¡Oh, el tibio y sabroso fruto
que nace en el corazón
cuando se vive un minuto
de sonambulización
En las horas perfumadas,
y ya la ciudad dormida,
se sintieron mis pisadas
por tu calleja escondida,
pues busqué, al claro de luna,
la venturosa emoción
de deshojarte, una a una,
las rosas de mi pasión.
¡Cuánto deambulé al acecho
de tu ventana! A su vista,
¡cómo me saltaba el pecho
bajo mi capa de artista!...

. . . .

¿Qué fué de ti, pasajera
del carro de mi ideal?
¿Qué mano urdió la quimera
y cuál mató el madrigal...?
Tú, quizás, sigues bordando
en la calleja escondida;
yo voy solo navegando
sin rumbo cierto en la vida:
mas hoy, al pensar en ti
y en tu perdida calleja,
rimo estos versos, y así
nace la ilusión en mí
de volar hacia tu reja.

LUIS CIGÜEÑO

Dibujo de J. PUEYO.

Jorge Montemar

«REPORTER-DETECTIVE»

Novela de aventuras, original de

SEE ADCOME

Traducida y adaptada expresamente para COSMÓPOLIS

(CONTINUACIÓN)





¿NO QUERÍAN USTEDES QUE HABLASE?...

u hijo?... Cada vez bendecía más mi providencial visita a D. Cándido, su irritante risita, la entrada del *botones* con la célebre cuartilla; cuanto contribuyó a que la información del asesinato de miss Evelina Whist me hubiera sido encomendada, siquiera fuese con la piadosa intención de verme fracasar. Las incidencias múltiples y extrañas del interesante caso le harían célebre, si no único, en los anales de la criminalidad, y yo me veía convertido, por capricho de la suerte, en uno de los principales personajes de la alucinante historia.

Era como una incesante gran batuda de sorpresas la que ante mis ojos se venía desarrollando desde horas antes. Cuando el misterio o el asombro parecían culminar en una interrogante o un hecho, otro acto u otra pregunta, superiores en fuerza emotiva, venían a disputarle el primer puesto en nuestra atención. Al *non plus ultra* que nuestras dotes reflexivas trataban, vanamente, de oponer, seguía la inequívoca demostración de que siempre había un más allá desconcertante y próximo.

Pero ¡éste...! La revelación de la paternidad del Dr. Whist, en tan dramáticas circunstancias puesta de manifiesto; el conocimiento del parentesco de sangre entre la víctima y el asesino, que elevaba el crimen a fratricidio, era un digno final para la dilatada sucesión de horrores. El sabio, al anunciar su propósito de confesar todo ante el juez, parecía que iba a poner término a aquella pesadilla vivida; en su relato, difícilmente encontraríamos nada más sensacional que la frase pronunciada ante el cadáver del monstruo.

Acuciada la curiosidad de los tres, supimos, no obstante, disfrazarla. Lacruz, Reinal y yo acogimos silenciosamente su manifestación. Con penosa lentitud se incorporó el anciano, sin separar la vista del muerto; volvió a dejar cubierto el rostro con el lienzo que antes le pusieran y se levantó por completo.

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Descubierto el asesino de su hija Evelina, y habiendo declarado el profesor Whist que el monstruoso asesino era su hijo, promete el sabio explicar todos los misterios, incluso el de la desaparición misteriosa de su ayuda de cámara.

—Cuando ustedes gusten, empezamos—dijo.

Me sorprendió la entereza de su actitud, lo firme de la voz al pronunciar aquellas palabras. Le observé con fijeza y aun encontré nuevos motivos para extrañarme. Había desaparecido todo signo de abatimiento, todo síntoma de debilidad. Nuevo Fausto, la tragedia que

batía las alas en su torno acababa por rejuvenecerle. Fuerte, enérgico, viril, se alzó de junto a los restos de aquel hijo que parecía un aborto del infierno. Si no le hubiese tenido a mi lado desde entonces, aseguraría que el hombre que encontramos en la casucha abandonada era otro del que nos dirigía la palabra.

A mis dos acompañantes debió sucederles algo parecido. Y a la fina perspicacia del doctor—¡entonces sí que reconocía en él al sabio de merecida reputación mundial!—no se escapó el desconcierto de todos, pues, con un leve matiz de ironía, preguntó, al cabo de breve pausa:

—¿Qué hacemos, señores?... *¿No querían ustedes que hablase?...*

¡VOY A DESCUBRIR TANTOS MISTERIOS!...

Volvimos a la realidad al oírle. A la realidad, que en aquellos momentos era ridícula para nosotros. Cualquiera que observase la escena no hubiera creído que el acusado—o la víctima, más bien—de todo lo sucedido, el hombre azotado cruelmente por la fatalidad, era aquel que se mostraba seguro de sí mismo ante nosotros tres, desconcertados, trémulos.

Don Abel recogió el dardo burlón que el inventor nos disparara:

—Queríamos y queremos—repuso con acritud—. No olvide, doctor, que su conducta extrañísima merecía trato bien distinto del que, por respeto exclusivo a un historial brillante, le hemos dispensado.

—Bien... —habló el doctor—. Así me gusta oírle, señor juez. Ahora es cuando empiezan a volver las cosas a su estado verdadero. Usted es quien debe ser, y yo quien siempre fuí.

El juez nos hizo tomar asiento a todos, incluso al declarante. Luego—una vez que el secretario fué avisado y preparó lo preciso para tomar fe de las palabras del anciano—se volvió a éste:

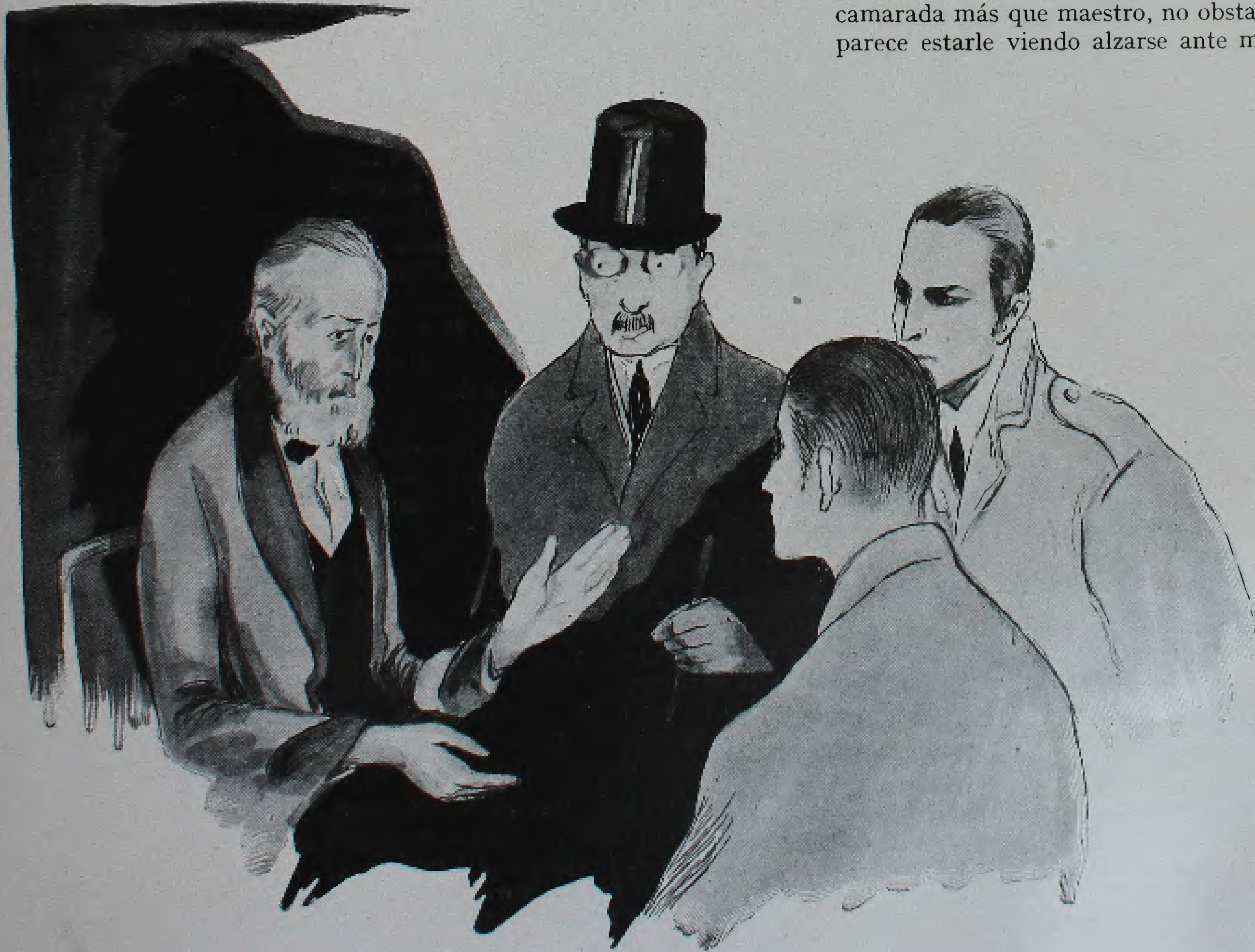
—Cuando guste, doctor, puede empezar—le invitó.

Whist cerró los ojos, como reconcentrando en sí propio toda su atención. Sin abrirlos, preguntó:

—¿Quieren ustedes indicarme qué es lo que primero les interesa saber? A mí me es indiferente el orden a seguir en mi relato. *¡Voy a descubrir tantos misterios!...*

ÉL TUVO LA CULPA DE TODO

—Siga el orden que le parezca más cómodo para la mejor comprensión de su historia.



—¡Bien!... Ya que me deja en libertad, señor juez, sea. El cronológico. La estricta sucesión de los años, tal como en la vida, sea la que exponga estos hechos que creí habían de acompañarme, inviolados, hasta la tumba.

Y, como dando por conclusas sus reflexiones, abrió los ojos y paseó una mirada larga y profunda—más intensa sobre las formas inertes de los dos hijos que acababa de perder en tan dramáticas circunstancias—por la estancia. Luego comenzó su relato diciendo:

—Nací en el mes de octubre de 1865; cuento, pues, en la actualidad cincuenta y siete años (1). Hijo único de un médico de Londres, no llegué a conocer a mi madre, que perdió su vida al darme la mía, y crecí junto al autor de mis días, cuidado deficientemente por las manos de una vieja criada, con mejor voluntad que posibilidades físicas.

La profesión de médico, aun en una capital de la importancia de Londres, no era, por aquel entonces, muy remuneradora. Vivíamos con decoro, pero sin lujos ni comodidades exageradas. Con esto quiero significar que pude escoger carrera cuando llegué a edad oportuna, después de una infancia dedicada, por mitad, a los estudios elementales y a los deportes callejeros con mis compañeros de escuela.

Escarmentado en su propia cabeza, no quiso mi padre de ninguna manera que abrazase la misma profesión que él practicaba. Me resistí al principio; pero su voluntad irreductible me opuso enérgica resistencia, y, al cabo, hube de resignarme con estudiar ciencias, no sin gran contrariedad. Hoy pienso que tal vez mi vocación médica no era tan firme como entonces creía, que más bien se trataba de un capricho de mi voluntad infantil, obsesionada por la costumbre de ver cómo cuantos en demanda de sus auxilios acudían trataban a mi padre casi como a un semidiós.

Poco a poco, mi atención fué reclamada por los diversos problemas que el estudio de los elementos físicos y naturales me ofrecían de continuo. Especialmente estos últimos me interesaban en grado extremo. Era aquella la época del apogeo del africanismo, cuando los sabios mundiales se encaminaban por todas las rutas a descubrir los misterios que la flora y la fauna africanas ofrecían, y también a la ignota región revertió mi interés.

Cursaba por libre mis estudios. Un gran amigo de mi padre, Oscar Kherpler—investigador concienzudo, químico y naturalista eminente—, me aleccionaba con su experiencia, y en su laboratorio pasaba yo la mayor y mejor parte de mis jornadas. Era, para mí, camarada más que maestro, no obstante doblarme la edad. ¡Aun me parece estarle viendo alzarse ante mí, blandiendo el mapa o esgrimiendo un tubo de ensayos, cuando discutíamos las posibilidades que nos abría una combinación química o el error de ruta seguida por dos exploradores!... Con cerca de media centuria a cuestas, Oscar Kherpler apenas si aparentaba más de treinta y cinco años, y en su barba negra, de rabí—él ocultaba su origen judío, por todos conocido—, no brillaba una sola hebra de plata. Me quería tanto como mi padre, con quien cuestionaba frecuentemente cuando se negaba a darme autorización para realizar con él algún viaje de estudios; y cuando, conseguido el permiso, emprendíamos la excursión, tenía para mí atenciones y cuidados exquisitos.

¡Si aquel hombre hubiera podido presumir que con sus propias manos labraba el camino de mi desventura!... Porque *él tuvo la culpa de todo.*

(1) El asesinato de miss Evelina, como recordarán mis lectores, tuvo lugar en el invierno de 1922.—(Nota del autor.)

«LOS CABALLEROS DE HANNINGTON»

Corría el año de 1885. La afluencia de extranjeros en África era cada día mayor. Con los más diversos fines, al continente negro acudían lo mejor y lo peor de cada país, la nata y la escoria. Hombres de ciencia eminentes, cuyos nombres se pronunciaban con respetuosa admiración en todo el orbe civilizado, y aventureros despreciables que tenían a precio su cabeza y estaban reclamados por la Justicia de diversos países, ponían su planta en las candentes arenas; y los indígenas, que no acertaban a distinguir entre el mercader de carne humana y el investigador abnegado, confundiendo a todos en un mismo odio común al hombre blanco, oponían enconada lucha al avance de las expediciones científicas.

Así, cayó asesinado por las hordas, cerca de Tigré, el explorador Bianchi, en tanto que—con ímprobos trabajos y peligros—Grenfell, tras de recorrer varios afluentes del Congo y remontar el Uellé hasta el lago Tsad, se unía al antiguo compañero de Wismann, François, para reconocer el Lulongo y el Rukí, en la región del Congo, donde también se hallaban Kund y Tappenbeck realizando interesantes descubrimientos.



Repito que Kherpler y yo seguíamos con el posible detenimiento los descubrimientos de estas expediciones, lo que resultaba bastante dificultoso, habida cuenta de la carencia de datos concretos sobre ellas. Los actos de vandalismo que sufrían los viajeros nos sacudían de horror e indignación, y más de una noche los sueños de mis veinte años se poblaban de matanzas crueles y luchas despiadadas entre negros y blancos.

Una mañana, serían poco más de las diez, me encontraba solo en el laboratorio de Kherpler, cuando entró éste, todo agitado y trémulo. Cuando, pasados unos minutos, pudo serenarse y hablar, me explicó la causa de su estado: acababa de llegar a Londres la noticia de que Smithies y Hannington habían sido también víctimas de los salvajes.

Eran los dos nuevos asesinados obispos protestantes que, con doble intento de misioneros y naturalistas, se encaminaron, con fuerte expedición, a la región de los Lagos. No incurriré en la falsedad de asegurar que el mundo entero, ni siquiera en su gran parte, se conmovió ante la divulgación del acto vandálico, ni que, al ampliarse los datos días después, manifestase el menor interés por ello. Únicamente en los centros científicos se prestó el tema a conferencias y discusiones.

La verdad comprobada de los hechos fué que el obispo Smithies no había sufrido el menor daño. Un tanto apartado del grueso de la expedición, en las orillas del lago llamado Victoria por los europeos y conocido por Ukereve entre los naturales del país, Hannington había sido sorprendido por los indígenas y muerto en unión de los cincuenta hombres que le acompañaban, sin que el fruto de sus investigaciones pudiese ser conocido.

A Kherpler le produjo la más viva indignación todo esto. En reuniones y tertulias predicó poco menos que «la guerra santa científica», y presto tuvo un grupo de exaltados que le hacían coro, entre los cuales—¡claro está!—ocupaba yo el primer puesto. Pretendíamos, simplemente, proseguir la obra que la muerte obligó a interrumpir al buen obispo, penetrar los misterios del lago inexplorado. Y en raro maridaje del romanticismo y la ciencia nos bautizamos a nosotros mismos con el pomposo nombre de *«Los caballeros de Hannigton»*.

HUBE DE SALIR DE INGLATERRA COMO UN LADRÓN

No he podido saber nunca cómo logró Kherpler el poderoso auxilio económico necesario para pertrechar debidamente a la expedición. Estoy persuadido, eso sí, de que los medios empleados fueron lícitos y que no había un solo penique gastado que no hubiera llegado a sus manos por deseo expreso de su dueño anterior; pero el caso es que, fuera como fuere, un total de treinta y cinco hombres estábamos preparados en la primavera de 1886 para las peligrosas exploraciones que habían de realizarse en la región de los Lagos.

Estábamos. Porque, desde la iniciación de esta cruzada naturalista, y sin decirnos una palabra para ponernos de acuerdo, yo estaba seguro de que Oscar contaba conmigo, igual que él sabía que yo les acompañaba. Así, cuando una tarde, en su despacho, me tendió un abultado paquete, diciéndome: «Ahí tienes tu equipo», yo sólo pregunté: «¿Cuándo es la marcha?»

Había sido fijada para tres días más tarde. La nave que fletaba por cuenta propia la Misión esperaba en la desembocadura del Támesis, y, entonces, se me planteó el problema de mi partida. ¿Cómo solicitar de mi padre un permiso que estaba seguro de que había de negarme?... Kherpler me indicó que huyese sin decirle nada previamente; una carta enviada desde cualquier puerto, informándole de todo y pidiendo perdón, bastaría luego.

Así lo hice. Desde Pasajes escribí una breve epístola, y en ella justificaba con mi amor a la Ciencia y a la Humanidad el por qué escondido, sin despedirme de nadie, *hube de salir de Inglaterra como un ladrón.*

PRISIONERO DE LOS SALVAJES

La travesía fué poco interesante. Llegamos a Zanzíbar a la par que Allen y sus hombres, que a los pocos días emprendieron el viaje por el Xiré, en que consiguieron llegar hasta Nassa. Y también nosotros dimos comienzo a nuestro caminar por las regiones inexploradas.

Después de Zanzíbar, fué Tavora el último sitio semicivilizado que pudimos hallar. Orientándonos con las deficientes informaciones de los naturales del país, mapas incompletos y el auxilio de la brújula, hacia el lago Victoria nos dirigíamos en jornadas fatigosas, inacabables.

No recuerdo los días de marcha que llevábamos. Tal vez fuera una semana o quizás más, cuando, una noche, desperté inquieto, nervioso. Por más esfuerzos que hice me fué imposible volver a conciliar el sueño y, levantándome, decidí dar un paseo que calmase mi alteración.

Eché a andar, sin rumbo determinado. Y, al ver los primeros resplandores del día nuevo anunciarse por oriente, me detuve y pretendí regresar al campamento. Inútil empeño. La vegetación exuberante me envolvía, y en aquel intrincado laberinto cada vez perdía más la orientación. Grité llamando a mis camaradas, y las altas bóvedas de los espesos árboles apagaron los ecos de mi voz. Para mayor desgracia, no llevaba sobre mí arma alguna con que defenderme o poder disparar para atraer la atención de mis compañeros.

Ya era día claro. Desesperado, impotente para luchar con la fatalidad, me tendí en el suelo de una especie de plazoleta formada por varias palmeras, resignado con mi suerte, dispuesto a fallecer de la más horrible de las muertes: de hambre, si antes algún feroz habitante de la selva no se apresuraba a saciar la suya en mí.

Apenas si había formulado este pensamiento, cuando oí un tenue rumor agitar el follaje a mis espaldas. Me volví, rápido, esperando encontrar un animal espantable, y me hallé ante un atleta broncíneo, alto, desnudo totalmente, que me miraba en actitud poco tranquilizadora. No intenté huir ni defenderme; pero, de intentarlo, hubiera sido inútil, pues el rumor se repitió con breves intervalos y me encontré rodeado de diez o doce individuos como el que primeramente atrajo mi atención.

Uno de ellos, el jefe al parecer, me hizo señas de que les siguiera. Obedecí. Y a través de la selva, por senderos impracticables, como no fuese para aquellos hombres-monos, llegué a un pequeño poblado, donde mi llegada fué recibida con inequívocas muestras de alborozo.

La aldea, a lo que en la rápida impresión primera pude contemplar, estaba formada por un grupo de medio centenar de chozas, agrupadas en círculo. A una de ellas—construída con troncos de árboles y tierra—me condujeron, y allí me abandonaron. Mi alojamiento mediría cuatro metros en cuadro y carecía de puerta; pero ante ella, fija la vista en mí, sentóse en cuclillas un negro, armado de arco, flechas y lanza, que bien a las claras me dejaba adivinar lo comprometido de mi situación, haciendo imposible todo intento de fuga.

¡Estaba *prisionero de los salvajes!*

¡AQUELLA MUJER ERA BLANCA!...

Pasé todo aquel día en la situación de ánimo que es de suponer. Mis estudios sobre las razas pobladoras de África me permitieron apreciar que mis apresadores pertenecían a la raza de los fellatas o pulbes, la más civilizada y superior del Sudán, que, aunque habitaba principalmente en Senegambia—desde las bocas del Senegal al monte Kong—, en ininterrumpidas incursiones se extendía, de continuo, por el Sur y el Este.

Las visitas de los indígenas me confirmaron plenamente en la opinión que hube de formar contemplando a la estatua de ébano y bronce que vigilaba la puerta. En efecto, yo constituía un interesantísimo espectáculo para la tribu, y como una curiosidad digna de estudio desfilaban por la entrada de mi prisión hombres, mujeres y hasta niños que me observaban detenidamente, aunque ni uno solo de ellos me importunó en lo más mínimo. En realidad, el tono de piel de mis visitantes no era el negro, exactamente; muy oscura la coloración del pigmento, era más bien de un tono moreno, aceitunado, tal como se da en muchos europeos meridionales y hallé, años más tarde, en ciertos gitanos de España.



Cuantos a admirarme acudían, pronunciaban frases de comentario sobre mi situación. Por rara coincidencia, uno de «Los caballeros de Hannington»—experto y erudito filólogo—, durante la larga travesía me había dado rudimentarias lecciones de los principales dialectos africanos, y aunque en la tribu no se hablaba ninguno de ellos en completa pureza, podía entender la mezcla de fulá y bantus en que se expresaban. Y recogiendo palabras sueltas, enhebrando conceptos truncados, pude llegar a saber que si bien mi vida no corría peligro de momento, el porvenir que se me reservaba no era muy risueño, toda vez que se proponían guardarme como rehén, garantizando mi existencia, en caso preciso, la independencia de la tribu ante nuevas posibles exploraciones de los hombres blancos.

Estaba, pues, seguro de poder conservar juntos piel y alma durante algún tiempo, y de que no fuera mi postrer lecho de reposo el estómago de uno de aquellos salvajes, toda vez que los fellatas no son antropófagos. Pero—nueva espada de Damocles—pendía sobre mi cabeza la amenazante promesa de una muerte violenta en cuanto los primeros europeos pusieran su planta en aquel territorio. Y era bastante probable que este caso no tardase en realizarse, toda vez que Kherpler y demás compañeros, al apercibirse de mi desaparición, no tardarían en ponerse en camino para libertarme, si estaba prisionero, o recuperar mis restos, si había sido asesinado; de todas formas, para traerme la muerte cuando pretendían asegurarme la vida.

Cuando el sol promediaba su carrera, noté extraordinaria animación en la plaza a que se abría mi calabozo. Grupos numerosos iban y venían en encontradas direcciones, atropellándose, deteniendo los unos a los otros. Hasta mi rincón no llegaba el rumor de sus palabras; pero, juzgando por gestos y ademanes, y poniéndome siempre en lo peor, supuse que mis camaradas, «Los caballeros de Hannington», habían decidido dar el asalto en regla a la aldehuela pulbe, y me dispuse a vender cara mi vida, saltando sobre el centinela apenas sonasen los primeros disparos.

El rumor de voces y la animación crecían por momentos. Algunas voces más cercanas— o el eco, tal vez, de muchas lejanas— se fundían en un solo vocablo, que me hizo conocer la razón de aquella nerviosa agitación: el jefe de la tribu, el reyezuelo de aquella tribu, se encaminaba a honrarme con su visita.

Ante la puerta de la cabaña formóse una doble fila de algunos guerreros, con idéntico armamento que mi centinela. Pasando entre ellos, un negrazo hercúleo, de aventajada estatura, el rostro cruzado de diversas rayas multicolores, cubierto el cuerpo con una enorme piel de tigre, cuya cola, pendiente a su espalda, hacía parecer al así vestido como un gorila deforme, avanzaba a mi encuentro. Junto a él, una mujer de regular talla, con vestidura idéntica y un alto peinado cilíndrico que, al contraluz violento, destacaba con maja préstancia de hembra jarifa.

No entraron en la choza, sino que doblaron a la derecha. Dos guerreros entraron en mi busca y me condujeron al exterior, frente al lugar en que los soberanos me aguardaban. Me miró él con aire displicente; en las pupilas de ella florecía una llama de piedad. Y yo tuve que contenerme para ahogar un grito de asombro y espanto.

¡Aquella mujer era blanca!...

Continuará en el número próximo

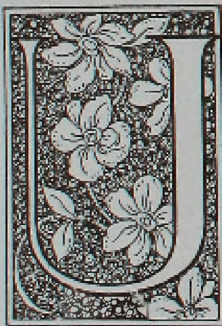
Locutorio de Inmortales

Visitas y confesiones de personajes famosos



Dibujo de Salmerón Pellón

EL MARQUÉS DE BRADOMÍN



UNA larga avenida de cipreses. En lo alto, lejana, vagabunda y remota, la luna asoma su faz de plata. ¡Aquella faz quimérica de madre abadesa! Yo hallo en el paisaje no sé qué gracia cándida y antigua. En el surtidor canta el agua como un pájaro prisionero.

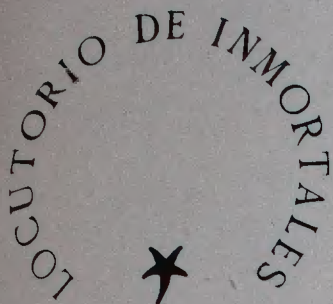
Hay en la paz callada del aire un presentimiento. Por este camino blanco y primitivo, que tiene la ingenuidad de las viejas estampas religiosas, y en el que han dejado un aroma legendario y una resonancia de romancero las procesiones de aldeanos, han sido conducidas a su último reposo las cinco hermanas primaverales de la primera Sonata. Acaso también la pobre Concha, cruzadas, sobre la escueta belleza exangüe, las manos marfileñas. ¡Aquellas divinas manos de enferma!

Confieso que, un momento, sentí miedo. A la ventura de mis pasos, rostro a la cándida albura lunar, me parecía que iba hollando una eternidad recién iniciada. Todo tenía ese sagrado prestigio, misterioso y poético, de aquellos fondos que en su vejez pintó el Ticiano.

De pronto, una nube veló la luna. Quedó el jardín en la penumbra.

El pájaro prisionero que cantaba en la fuente pareció tender el vuelo. ¡Un vuelo negro en la negrura nocturnal! Agoreras y fatídicas, llegaron hasta mí, arrastradas por una ráfaga sutil y henchida, palabras de maleficio. Mi corazón y su desasosiego eran pasto de larvas. ¡Era la hora del abracadabra! En la sombra levantábanse en tropel los recuerdos y las evocaciones, permanentes y unánimes, como las olas de un mar. Sentía en mi alma el eco de la eternidad.

Se iluminaron primero las copas de los árboles. Cayó después sobre el jardín, con no sé qué encanto suave y grave, la caricia de la luz. Y entonces, bajo un arco que, al extremo del camino, tiene cimeros cuatro blasones de piedra, mis ojos aciertan a ver, en el pasmo sagrado de la noche, la hidalga figura de un jinete. El galope de su potro piafante se detuvo en el umbral. Y ¡ay! sus cascos, al dar



contra la losa, que parece la de un sepulcro, no resuenan marciales y valientes con estrépito. ¡Con aquel noble estrépito de las espadas y de los broqueles! Sombra de la sombra, el jinete, aguerrido y bizarro, con su único brazo retiene el rendaje y descabalga. Besa la luna sus guedejas de plata.

Ante mí, solo en su mundo, caballero de la soledad, soberano en la fantasía, padre y esclavo de las bellas mentiras capaces de renovar la tierra, yergue su figura el marqués de Bradomín, feo, católico y sentimental.

Tiemblan sobre mis labios—abejas de oro—las palabras rubenianas:

«Marqués—como el divino lo eres—, te saludo.»

Ha callado la noche en torno de él. Y ha adquirido un cálido prestigio de paisaje estival. Diríase que allá, en el fin del horizonte, como en el fondo de las dunas y en la falda de arenosas colinas, en la quebrada silueta de algún jacal, va a surgir la Niña Chole con toda la enorme languidez de su pasión, avanzando con aquel andar rítmico y ondulante que recuerda la cautelosa y felina andadura del tigre!

Un momento se ha encendido la noche, con un rápido crepitar de hoguera. Y en aquella hora, cuando ya la nieve de tantos inviernos había caído sobre su cabeza sin deshelarse, vi temblar al marqués de Bradomín.

Pero, al cabo —¡un león en pie!—, se repuso, acariciándose levemente la plateada melena. En el fondo de su alma habían derramado su consuelo unos ojos tristes y aterciopelados. ¡Un consuelo lleno de melancolía!

—Marqués...

—¿Quién me llama?

Temblé entonces yo, y volvería a temblar ahora, frente al misterio de aquella alma que, en la inmortalidad, conservaba—la jactancia rítmica de su voz era delatora—su valentía aventurera...

—¿Cómo vivís en este reino de sombras, acostumbrado a gozar más con la belleza de la leyenda que con la verdad de la historia?

—Este reino, señor, se divide en dos partes: Una, yo; la otra, los demás.

Cruza la noche una ráfaga que parece llegar del final del mundo y que trae una resonancia y un perfume de vitalidad.

El marqués prosigue:

—Hijo de mí mismo, engendré a mi padre, el otro gran manco de vuestra literatura. De él a mí, nadie las mueva.

Ha erguido toda su hidalga prestancia prócer, como si luciese aún el uniforme romántico de la guardia noble de Su Santidad.

—No he de desmentirle—sigue diciendo—. Sus mentiras, ¡oh, mentira salvadora del mundo, gracia de la vida!, son mi verdad. Y como obra de arte son la suya también. Yo siento el orgullo de mi inmortalidad. De nada me arrepiento. Sólo me duele que desaparezca, hasta él, él, que me ha comprendido tanto, mi vieja y gallarda manera de mondar los gajos de la naranja del mundo.

Y hay en su voz la melancolía de un dios antiguo que ve extinguirse su culto.

—Yo tenía este presentimiento sombrío. Sabía además que, en arte también, lo mejor de la santidad son las tentaciones. Mi corazón temblaba en la noche de mi tránsito, mas los ojos de mi padre espiritual no podían verlo. Pero yo sentía sobre mí la mirada y el encanto de unos ojos tristes y aterciopelados. ¡El encanto de aquellos ojos poblados por los sueños! En la linde de la inmortalidad, cínico, descreído y galante, sentí miedo, ¡aquel miedo de la nada y del apegamiento! Sentí miedo de borrarme, de que mis hermanos futuros me superasen. Y en la noche de mi tránsito, que, por milagro devoto de tantos ojos de mujer que amé tanto, fué una noche primaveral y fragante en la que la quietud del jardín parecía mayor que la quietud del cielo, cumplí mi postrera hazaña. «Creo que primero fué un impulso ardiente, y después una audacia fría y cruel, la audacia que se admira en los labios y en los ojos de aquel retrato que del divino César Borgia pintó el divino Rafael de Sanzio.» Como las almas creyentes con su Dios, me debatí en aquella hora con mi creador. Y de un tajo le cercené un brazo. Ahora, por esta señal externa y aparente, marqués de Bradomín le he consagrado...

Calla un instante. En la lejanía azul palpitan las estrellas. Tiembla en el jardín una voluptuosidad otoñal. El agua canta en la fuente, como un pájaro prisionero.

—Su mutilación es mi ejecutoria. Su brazo figura en uno de los dieciséis cuarteles de mi escudo. Porque he querido perpetuarme; porque soy inmortal. Su brazo y el mío son los dos brazos de un mismo hombre. Su excelsitud literaria está llena de tentaciones como la santidad. Pero si María del Rosario—¡ay aquel tiempo de primavera en la vieja ciudad pontifical!—y la pobre Concha, la de los escrúpulos religiosos y las divinas manos de enferma, y hasta María Antonieta, en la Corte de mi señor Don Carlos, y, en fin, casi todas las mujeres que han pasado por mi vida y por mi alma, llenándola de resonancias, han ignorado que las tentaciones son la gracia y la belleza de la santidad, él, no. Él lo sabe. Mi don Ramón María del Valle Inclán, el otro gran manco, sabe cuánto valen sus tentaciones. Y yo, que lo adivinaba, necesité prenda segura de mi inmortalidad. Y he aquí la razón magnífica—por absurda—de nuestra mutua mutilación. Ahora somos inmortales, por encima, o quizá a causa, de todas las tentaciones.

Vuelve a callar un instante. El silencio está lleno de augurios. El pájaro prisionero se ha dormido al arrullo de su propia voz. Cabecean lentamente los cipreses a la caricia de un aire legendario. Yo hallo en la expectación del momento una solemnidad remota y milenaria.

Y él prosigue con un temblor extraño en su voz:

—Bien es verdad—y él lo sabe—que bastaba para mi inmortalidad ese fondo romántico y quimérico que infundió a mi carácter y que es lo mejor de mí mismo. Acaso nadie sepa todavía que mi mayor orgullo ha sido el fervor con que, viejo, feo, manco y cano, me miraron—con no sé qué mirada ultraterrena y pasional—unos ojos tristes y aterciopelados. Por gracia del marqués de Bradomín, señor—añade—, en el fondo de todas las turbulencias, en el dolor de todas las batallas, en la locura de todas las quimeras, el hombre hallará consuelo evocando la dulce mirada de unos ojos tristes y aterciopelados... Don Ramón llegará a poblar su mundo nuevo con criaturas de epopeya; pero ya para siempre, en el jardín de su arte perfumarán el aire las dos violetas de aquellos ojos. El águila caudal las mira desde el cielo...

—Admirable don Juan... —insinúo.

—No—me interrumpe—. El donjuanismo se divide en dos partes también. Una, yo; la otra, los otros donjuanes. Puede usted creer que soy yo donjuanista por estética (en definitiva, por hacer una frase nada más). El donjuanismo tiene para mí la belleza de las grandes catedrales. Me contentaría con que lo declarasen monumento nacional.

Y sus palabras resuenan marciales, fanfarronas y valientes con aquel estrépito que no lograron los cascos de su potro. ¡El estrépito noble de las espadas y de los broqueles!

RAFAEL MARQUINA

II CONCURSO CINEMATOGRÁFICO

De conformidad con lo preceptuado en la base 2.ª de este concurso, insertamos la hoja que cada solucionista debe enviar para optar a los premios establecidos. El plazo de admisión—en virtud de cartas recibidas en tal sentido—se amplía hasta el próximo día 15, a las siete de la tarde; las soluciones y los nombres de los premiados se harán públicos en el número de mayo de COSMÓPOLIS.

Don .... que vive en ....

provincia de .... calle .... número ....

cree que los títulos de las cintas objeto de este concurso son los siguientes:

N.º 1:	N.º 13: ....
N.º 2:	N.º 14: ....
N.º 3:	N.º 15: ....
N.º 4:	N.º 16: ....
N.º 5:	N.º 17: ....
N.º 6:	N.º 18: ....
N.º 7:	N.º 19: ....
N.º 8:	N.º 20: ....
N.º 9:	N.º 21: ....
N.º 10:	N.º 22: ....
N.º 11:	N.º 23: ....
N.º 12:	N.º 24: ....



Una escena de «The Barker», en la que con Betty Compson toman parte Milton Sills y un trío de auténticos javaneses.

CONCURSO DE CUENTOS HUMORÍSTICOS

UNA EMOCIÓN VIOLENTA

Número 79. Lema: «Attree»

El famoso doctor hizo pasar al siguiente enfermo. Pero ¡qué sorpresa! No era un enfermo. Era su íntimo, su buen amigo Rendueles, el de la esposa neurasténica.

—Caramba, Rendueles. Tú por aquí... ¿Te pasa algo?

—No, chico, no vengo para nada mío. Por el momento funciono bien. Vengo a verte por lo de Eloísa.

—Ah, tu mujer. Bien, hombre, bien. ¿Y qué le pasa aún? ¿Sigue en aquel estado de postración de siempre? ¿No reacciona?

—Nada. Siempre igual. Parece que está en la luna o en el limbo. Una indiferencia, una frialdad, una pasividad para todo... Yo creo que se impone algo definitivo. Y a eso vengo, a pedirte que estudies de nuevo el caso, que pongas toda tu ciencia, tan celebrada en todas partes, al servicio de mi mujer, para ver si la normalizamos.

—Desde luego, Rendueles. Pero, mira, éste es mal momento para preparar nada ni ponernos de acuerdo sobre nada. Está la sala de espera llena de enfermos; hoy voy a terminar a las diez de la noche. Mira: yo pasaré por tu casa mañana o pasado, veo a Eloísa y del examen ya deduciré lo que hemos de hacer.

—Ni una palabra más, querido. Y agradecido.

Rendueles se fué.

* * *

Una semana después, el famoso doctor y su amigo Rendueles hablan, por la noche, en el Círculo, ante unas tazas de café.

—Ya viste, amigo mío, que hice un reconocimiento profundo. Cerca de dos horas. Pues bien; te lo puedo asegurar: Eloísa no tiene ni lesión ni indicios de nada ni en el estómago, ni en los pulmones ni en el corazón... En fin, nada. Sería inútil darle ningún tratamiento, ni de medicinas, ni de alimentos, ni de aires ni de nada...

—Entonces... —dice, desalentado, Rendueles.

—Entonces... para entonces están los amigos como yo. He pensado mucho sobre Eloísa, sobre su frialdad, indiferencia, pasividad, alejamiento de todo. He estudiado bien el caso. Y he llegado a una conclusión: ella, para salir de ese estado, necesita un sobresalto grande y repentino, un susto, una alarma brusca; en fin, una emoción violenta.

—Pero, ¿cómo?...

—Ya lo tengo resuelto y creo, con ello, ponerla bien y llegar a la normalidad de sus nervios. Verás: mañana, sin falta, a las cinco de la tarde, la llevas a casa. Y esa misma gran sacudida moral se la haré sufrir yo en tu misma presencia.

—¿Pero qué la vas a hacer?

—A hacer, nada. A decir... No te lo debía explicar a ti tampoco; pero como el susto debe ser para ella sola, escucha: la diré que...

Y el doctor habla al oído de Rendueles. Éste acaba riendo a carcajadas.

—Qué bárbaro eres. ¡Pobrecilla, el susto que va a llevar. Y delante de mí. ¡No cabe duda que va a ser una emoción violenta.

* * *

Las cinco de la tarde. Entran en el despacho del famoso doctor Rendueles y Eloísa. Ella tiene una dulce carita de ingenua de grandes ojos asombrados... Rendueles se retira discretamente a un rincón, desde donde observa. El doctor hace sentar a Eloísa, y, puesto en pie ante ella, la observa fijamente, ferozmente, fruncidas las cejas. Parece que la quiere hipnotizar. Y de repente empieza a gruñir sordamente.

—¡Ah! ¡Oh! ¡Eh!... ¡Señora! —grita luego violentamente—. Yo no puedo seguir esta farsa, esto es una ignominia; yo no sé representar comedias. Yo no quiero ocuparme de una vil mujer como usted. Porque usted, ¡¡ah, señora!!, usted ¡¡¡engaña a su marido!!!

Rendueles sonríe en su rincón: ese es el truco. Pero al mismo tiempo se sobresalta esperando los efectos de aquellas palabras fulminantes del doctor. Pero se sobresalta más aún, y con él el famoso doctor, cuando Eloísa, con su dulce y suave vocecita, dice, sin inmutarse y abriendo mucho sus grandes y asombrados ojos de ingenua:

—Ay, doctor. ¿Y cómo lo ha sabido usted?...

GABRIEL GREINER

DEMASIADA PERFECCIÓN

Número 99. Lema «Malvaloco Fernández»

Le había costado más de seis años de trabajo incesante, de cavilaciones enormes, de estudios profundísimos, de dormir pocas horas y de abstraerse muchas en la ingrata labor. Pero, al fin, el triunfo había coronado su esfuerzo.

El altavoz, aquel altavoz ideal, que él tanto habíase afanado en construir, estaba conseguido: exento de ruido metálico, de sonido inarticulado, de acento rígido y desagradable. En resumen: un altavoz que no se parecía en nada a los demás.

Su inventor lo colocó cuidadosamente encima de la mesa de su despacho y estuvo allí durante todos aquellos días de verano que siguieron al de su nacimiento; lanzaba torrentes de voces, que salían de su interior como de una cascada de arpegios. Tenía la alegría saltarina de las cosas inanimadas, y a mí, al oírle dar las campanadas del reloj de Gobernación, se me antojaba como un canario revoltoso y se me pasaban ganas de echar en su interior algún terroncito de azúcar.

Hasta que, con la aparición de los primeros fríos, el altavoz sufrió un rudo quebranto. Su voz clara, potente y fresca, disminuyó hasta extinguirse acaso. Se hizo más mecánica, más igual y, por ende, menos armoniosa.

¿A qué era debido aquello?

El inventor lo desmontó una y mil veces, mirándolo cuidadosamente. Pero no pudo dar con la avería, con aquel «algo» en que radicaba el descenso de voz del aparato.

Consultó con las revistas técnicas, preguntó a amigos entendidos y hasta dirigióse por carta a un ingeniero checoeslovaco, reconocido como el mayor prestigio de la radiotelegrafía. Pero no pudo conseguir que el aparato sonase como antes.

Hasta que un día, cuando mi amigo estaba pensando ya en el suicidio como una idea liberadora, recibió la visita de un médico ilustre. Era uno de esos galenos modernos e inteligentes, que llevan gafas de concha y tienen publicado un libro de ensayos.

Y cuando éste oyó cómo sonaba el altavoz, se fué hacia él y lo examinó detenidamente. Acto continuo rogó al inventor:

—¿Quiere usted darme una cuchara?...

Introdujo el mango por la boca del aparato y apretó de pronto hacia abajo.

—Hace usted mal—dijo, terminada la operación—en tenerle encima de esta mesa... Aquí hay calefacción y cada vez que abre los balcones le da la corriente.

—¿Según eso?

—Según eso debo felicitarle. Su altavoz, más que altavoz, es una verdadera garganta humana, y, por lo tanto, es lógico que padezca las mismas enfermedades que ella.

—Entonces... ¿el tratamiento?

—Igual, exactamente igual. Por lo pronto, que guarde cama y haga unas gárgaras. Y, ya puestos en cura, no le vendrían mal unos toquecitos de glicerina fenicada. Voy a extenderle la receta.

—Pero... ¿qué es lo que tiene?

—¡Anginas!

El inventor cogió su aparato y lo metió en el lecho. Lo tuvo allí cerca de tres días, suda que te suda, obligándole a hacer las gárgaras que le había recetado el galeno. Y cuando consideró que la afección ya estaría curada lo puso de nuevo encima de la mesa de su despacho; pero colocado esta vez de tal modo que no recibiera la corriente dañina.

Y el aparato volvió a ser lo que había sido. Volvió a tener sonido dulce, claro y armonioso.

Y su inventor fué de nuevo un hombre feliz.

MANUEL LÁZARO

En el próximo número de mayo insertaremos los trabajos «Conquistador» y «¿La culpa fué?»

En nuesto número de febrero dimos cuenta del fallo que el Consejo de Redacción de COSMÓPOLIS emitió en este concurso, convocado en el mes de noviembre de 1928, y a continuación publicamos el tercero y el cuarto de los seis originales aceptados, entre los cuales—de acuerdo con lo dispuesto en la base 7.ª—adjudicarán nuestros lectores, por votación, el premio único de QUINIENTAS PESETAS.

seccion



recreativa



Recortad convenientemente los diversos miembros de Cachimbi, colocadlos en sus lugares respectivos, articuladlos con un alambre y disponed los hilos de la manera que se indica en el primer grabado . . . veréis qué bien baila Cachimbi el charlestón de moda.

Mariposita y don abejorro

CUENTO INFANTIL
POR
RALAAL



ALEGRÍA deslumbradora de una mañana de primavera. Esta mañana, los rosales han florecido más temprano que de costumbre, y la rosa más linda se ha colgado su sarta de rocío sobre la corola de terciopelo y de nácares, como un collar de perlas finas. Su hermosura causa la envidia y admiración de todos los capullos donjuanes del rosal, que se balancean altivos, enhiestos y desafiadores, sobre sus tallos frágiles. Y en alas del airecillo mañanero, que les trae su saludo, todos envían a la fragante rosa sus perfumes de juventud y sus reverencias cortesanas, que tienen ritmos de minué...

Como lluvia de oro, sobre el rosal cargado de fragancias nobles, el sol ha desplegado la capa pluvial de sus fiestas solemnes de primavera.

Mariposita y Don Abejorro salen de paseo para gozar de la gloria matutina que el huerto florecido exhala. Los dos vuelan ágiles, apenas zumbadoras sus alitas humedecidas por la frescura del ambiente.

—¡Huy, qué rosa más linda!—exclama de pronto Mariposita.

—Veamos, veamos—dice Don Abejorro.

Y vuelan en torno de la flor, erguida como reina entre los capullos del rosal, pensando cada uno de modo muy distinto. La mariposa envidia sus colores, aspira su fragancia, contempla las perlas de rocío que adornan sus pétalos, y apenas desea otra cosa que sentirse arrebatada por la embriaguez de tanta belleza como le produce la contemplación del lindo tesoro mañanero.

A Don Abejorro, por el contrario, no le seduce la belleza fragante de la flor; piensa en que será un exquisito bocado para sus ansias de holgazán empedernido. Paladea ya el néctar de su cáliz, la pulpa esponjosa de sus pétalos aurirrosados, y estremécese de placer adivinando el banquete que se le prepara.

—Magnífico desayuno se nos ofrece, Mariposita—dice Don Abejorro, zumbando de satisfacción. Y ya disponíase a clavar sus fauces en ella, cuando Mariposita, toda emocionada, rogó a Don Abejorro que respetara la pureza de la rosa.

—Es tan única—dijo—, que me han enamorado su fragancia y su color, la delicadeza de su forma y la elegancia de su atavío. ¡Es tan linda! Acaso no haya otra igual en los rosales; y de seguro que para saciar nuestros apetitos sí que hallaremos otros bocados más sabrosos que éste.

—Quiero darte gusto, pero será inútil; nadie se aprovechará de su belleza, y nosotros habremos perdido la ocasión de regalarnos con un manjar tan delicioso.

—Qué importa. Si esto me produce la embriaguez que siento ahora mismo, como si me nacieran alas nuevas y estuviera enamorada de un rayo de sol, ebria de azul de cielo y envuelta en unas campanadas de cristal...

—¡Tú estás loca, Mariposita!—dijo Don Abejorro, renunciando al festín y continuando el vuelo en busca de otras flores donde saciar sus apetitos.

* * *

MARIPOSITA Y DON ABEJORRO

Mariposita y Don Abejorro han desayunado muy bien sobre la corola de otras flores cercanas, y vuelan ahora gozosos por el huerto florecido prodigiosamente, pero donde no hay otra rosa más acabada y perfecta que la que tanto enamoró a Mariposita.

Ya la mañana se abrió por entero como una gran flor toda llena de perfumes y de trinos, de rumores y de coloquios, bajo la cúpula del cielo amplio y azul, invadido por las cegadoras refulgencias del sol triunfante.

Mariposita y Don Abejorro, antes de abandonar aquellos vergeles, vuelven a ofrecer su curiosidad a la rosa única, volando en torno suyo, ágil y gozosa ella, poseído él de muy egoístas remordimientos...

* * *

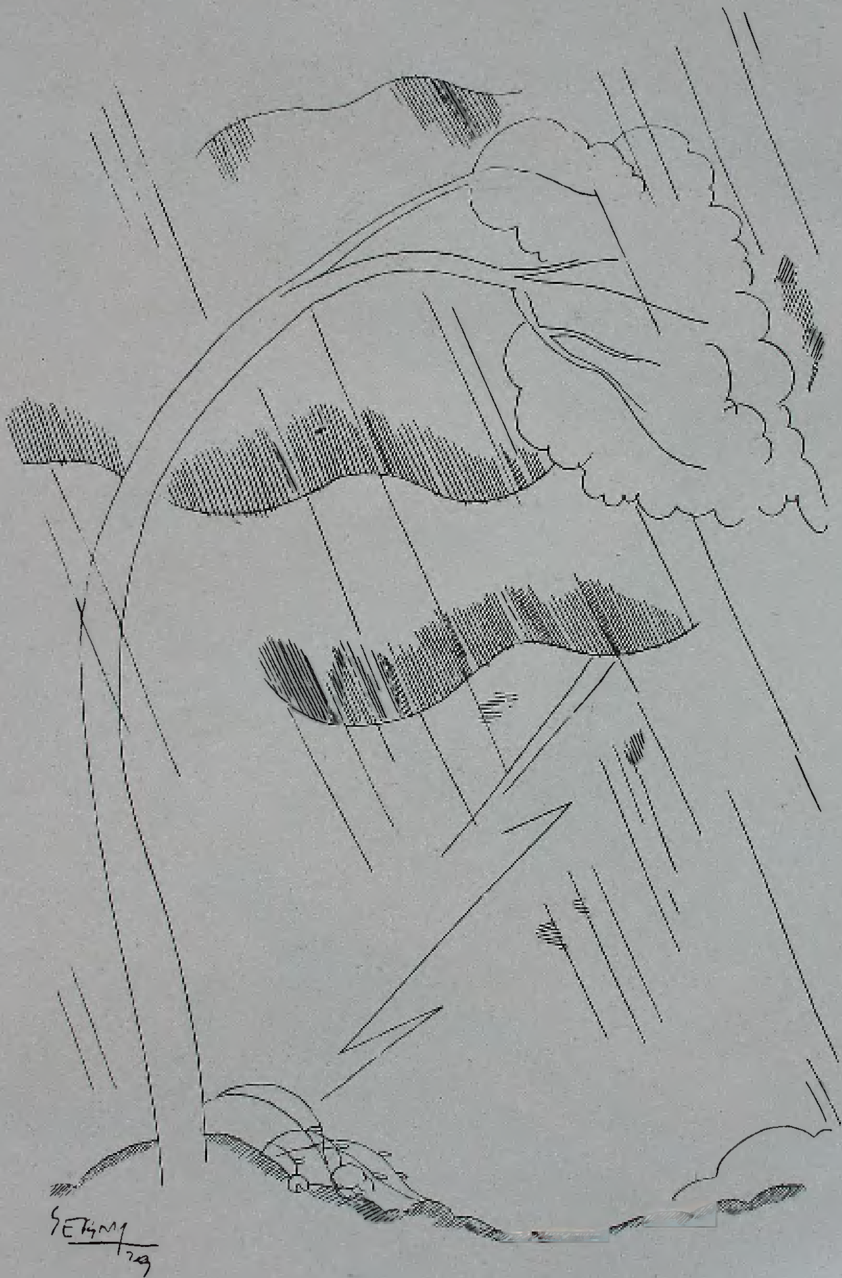
Luego el sol se hizo dueño del jardín; fustigó a las flores con sus implacables rayos de oro. La voz del agua, en las acequias próximas, era para las plantas atadas a la tierra un suplicio lento y agobiador. Se abrasaban las rosas, los capullos inclinaban sus cabecitas, entristecidos.

Mariposita y Don Abejorro huyeron en busca de los rastrojos cercanos para tumbarse a dormir la siesta, crucificados en la inmovilidad de alguna adormidera propicia...

Había un vaho sofocante, como un manto extendido sobre la tierra. Después se apagó el sol, azotó el viento cruel, retumbaron los truenos, nubes de polvo galopaban por el camino del norte y anchas gotas cayeron como una maldición sobre los rosales...

Más tarde sobrevino una frescura cargada de olores gratos. Huyeron las nubes, el viento dejó de sacudir su melena, el sol volvió a encenderse y la tierra toda estremecióse llena de ímpetus juveniles bajo la caricia de un airecillo nuevo. Por todas partes olía a juventud.

Mariposita, mientras aun dormía Don Abejorro, salió de paseo nuevamente para gozar de las delicias de la tarde luminosa y enjoyada de gotitas de cristal. Enderezó su vuelo al jardín donde antes había contemplado la rosa más perfecta.



Lloraban los capullos por el dolor del azote sufrido durante la tormenta imprevista, y lloraban más bien por la muerte de la rosa mejor, su reina y señora, la que tanto había cautivado el gusto de la mariposita frágil.

Desilusionada y triste ante tamaña pérdida, quiso consolarse buscando refugio en las palabras de Don Abejorro. Pero éste, tan egoísta como de costumbre, no hizo caso de sus lágrimas pueriles y se rió de las quejas que le confiara.

—Espejo de la vida es lo que te sucede—dijo Don Abejorro, en tono doctoral—. Fiada de la belleza de la flor, dejaste perder un provecho cierto, que a nadie valió después para nada. Ten por seguro que tu dolor de este instante no se hubiera producido si, en vez de alimentar tus ilusiones, hubieras alimentado tu estómago con la pulpa carnosa de aquellos pétalos...

—¡Calla, calla, indigno Abejorro!—interrumpió Mariposita—; eres una bestia sin corazón. Yo estaba enamorada de la rosa y hubiera perecido mil veces antes que manchar su pureza. He gozado tanto contemplándola, como ahora sufro con el dolor de la pérdida suya; y no me quejo demasiado, porque en la vida, aunque tú no lo creas, Don Abejorro egoísta, la alegría y el dolor son las más hermosas diademas de nuestro espíritu. Y hay que saber gustar noblemente de esos dones para hacernos dignos del aprecio de nuestro Creador...

—¡Locuras, locuras!...

—¡Egoísmos, egoísmos!...

* * *

Mariposita ya no se entendió más con Don Abejorro y huyó lejos de él, renunciando a la compañía de seres tan materializados. Que en el mundo es necesario, para contrarrestar tantos instintos perversos, enamorarse alguna vez de una rosa, de un rayo de sol o de unas campanadas de cristal... aunque haya muchos Don Abejorros que intenten cortar las alas del espíritu, tachando de locura el desinterés de nuestros anhelos de belleza.

(Ilustraciones de Serny)



LAS GAFAS DE PAPÁ

(CHISTE MALO)



—¿Por qué te pones las gafas negras para tocar el piano?
—Porque me molesta el re—sol...

(Dibujo de SERNY)

8.º CERTAMEN
ABRIL Y MAYO,
INTEGRADO POR LOS
PASATEDIOS **298** AL **311**



POR
FRAMARCÓN

N.º 298. CONDENA



Solución: ....

....

BASES

1.º PREMIOS. – Como de costumbre, serán ocho y consistirán:

1.º Juego de tocador compuesto de dos frascos para esencia, polvera, jabonera, caja para crema, frasco para cepillos y otro para horquillas, de cristal y PLATA MENESES, todo en su elegante estuche. *102 pesetas*

2.º Hermoso trípode, centro de mesa, con flores artificiales, PLATA MENESES, *73 pesetas.*

3.º Elegante frutero de cristal y PLATA MENESES, *55 pesetas.*

4.º Compotera con asa, cristal y PLATA MENESES, estilo Luis XVI, *45 pesetas.*

5.º Vistoso juego de abrochadores y polvera de PLATA MENESES, en su estuche, *25 pesetas.*

N.º 299. ¿QUÉ TE PARECEN LAS TALLAS?



Solución: ....

....

N.º 300. SILÁBICO FRAMARCONISTA GEOMÉTRICO



Solución: ....

Estos premios serán adjudicados a igual número de concursantes cuyos pliegos contengan el total o mayor número de soluciones exactas; siéndolo por sorteo en caso de empate o igualdad de condiciones.

SUSCRIPCIONES. Los SEXTO, SÉPTIMO y OCTAVO premios, o de consolación, consistirán en otras tantas suscripciones semestrales a esta revista, que serán sorteadas entre todos nuestros concursantes, excepción hecha de aquellos que hubieren resultado favorecidos con alguno de los cinco primeros premios.

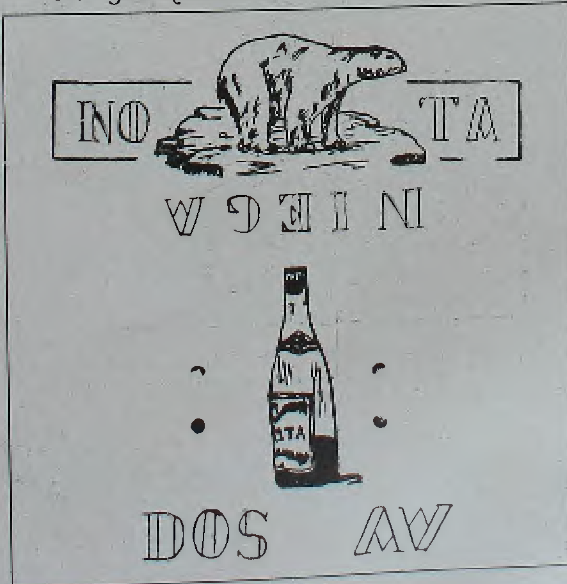
Estas suscripciones serán enviadas a domicilio y surtirán efecto durante los meses de julio a diciembre, ambos inclusive.

2.ª – ENVÍO DE SOLUCIONES. – El plazo de admisión expirará el 31 de mayo, a las doce de la noche; se relacionarán en medio pliego precisamente, escrito por una sola cara en sentido no apaisado, cuidándose de dejar a la izquierda un margen no inferior a dos centímetros que permita su fácil cosido y ordenado acoplamiento y archivo una vez conocido el resultado del certamen. En el sobre y en su parte superior se consignará: CONCURSO CRIPTOGRÁFICO.

Los dos indispensables CUPONES, hechas las salvedades que en ellos se indican, habrán de acompañarse a dichos pliegos, uno pegado por su parte B bajo la fecha y en lugar de la firma, y suelto el otro para ser utilizado como papeleta en los sorteos, condición ésta que también alcanza a los suscriptores.

Un solo pliego no podrá referirse a más de un concursante, con lo que se evitarán olvidos e involucraiocnes desventajosas para todos.

N.º 301. ¿EXAMINÁRONSE TODAS?



Solución: ....

3.ª – SORTEO. – Será público y tendrá lugar en nuestra redacción el día 6 de junio, a las cinco de la tarde; conocido el resultado, se participará por correo a los agraciados el premio que les haya correspondido; medio éste de llevar a efecto su extracción sin demora alguna ni esperar al número de julio, en que habrá de publicarse el resultado del concurso y adjudicación de premios.

IMPORTANTE. – Para tranquilidad de nuestros concursantes y en evitación de juicios desfavorables a la seriedad que caracteriza todos nuestros actos, durante el sorteo, los pliegos numerados correlativamente y la relación-extracto de los mismos estarán, para su examen y consulta, a disposición de los señores que acudan a presenciar dicho acto.

4.ª – RESULTADO DEL CERTAMEN. – Será publicado, juntamente con la lista de soluciones, en el número de julio y serán incluídas entre éstas cuantas de conformidad con el enunciado u orientación de los problemas hayan sido facilitadas y admitidas.

5.ª – CORRESPONDENCIA O CONSULTORIO. – Toda ella será dirigida a nombre de FRAMARCÓN y a nuestra redacción precisamente, consignando en la parte superior del sobre la indicación de URGENTE.

IMPORTANTE. – Causas ajenas a mi voluntad me obligan a dejar en suspenso para lo sucesivo el envío de trabajos criptográficos por los señores favorecidos en estos certámenes.

FRAMARCÓN

"COSMOPOLIS"
CONCURSO CRIPTOGRÁFICO
Dos de estos CUPONES habrán de acompañarse al pliego de soluciones; uno, totalmente pegado por su parte B en lugar de firma, y suelto otro. (Véase la base 2.ª del concurso)
B

N.º 302.
CARTA CHARADÍSTICA

Inolvidable Luis: Me encuentro muy apenada a consecuencia de habérseme muerto SEGUNDA QUINTA-PRIMERA, aquella que atendía por QUINTA-TERCERA y que con sus graznidos *armonizaba* nuestros interrumpidos «concilios» amorosos al pie del lago; el padre SEGUNDA-CUARTA, que, como sabes, es un reputado epidermista, se ha ofrecido a disecármela tan luego regrese de TODO, adonde marchó ayer.

Tengo hecho propósito de llevar TERCERA-PRIMERA; cuando estés de vuelta te expondré PRIMERA-CUARTA a PRIMA-CUARTA las causas que me inducen a tomar tan seria determinación; ahora que no por ello me creas CUARTA-CUARTA ni juzgues será causa de dejar de quererte como hasta aquí; continuaré siendo tuya por encima de todo.

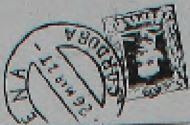
Ansía verte y abrazarte tu siempre fiel

CHOLÍN

Solución: ....

N.º 303.
(SOBRE) NOMBRE, DOS APELLIDOS, DESTINO

(SALAMANCA)
SEÑORA DOÑA
M TELAS RO



Solución: ....

N.º 304.
LA ESPOSA DE LUIS VIII

EX NOTA
GENTE GENTE
TA PAUSADO

Solución: ....

N.º 305. ¿Y TU CUÑADA?

EnEro
13
MARTES

Solución: ....

N.º 306. ¿CÓMO ACABÓ LA JUERGA?
(REMITIDO POR D. G. MESQUIDA)

LETRA ƎꓤꓤⱯ PR 501
NOTAS GOMA

Solución: ....

N.º 307. ¿QUÉ TAL JUAN EN EL PARTIDO?

A S.E.N.O. E
SO
T

Solución: ....

N.º 308. REMEDIO

PASES
BARATOS

Solución: ....

N.º 309. CHARADA FRAMARCONISTA

SIN 1.ª, Cuadrúpedo.
SIN 2.ª, Mamífero.
SIN 3.ª, Habité.
TODO: COLOR

Solucion: ....

N.º 310. NO SE PUEDE PASAR

ESPAÑA
500 NOTAS
A JULIO NOTA A

Solución: ....

N.º 311. CHARADA FRAMARCONISTA

1.ª, DOS.
1.ª—2.ª, CANTIDAD.
1.ª—2.ª—3.ª, PROFESIÓN.

Solución: ....

CONCURSANTE
NOMBRE: D. ....
PUEBLO: ....
PROVINCIA: ....
CALLE: ....
N.º ....
A

CONSULTORIO

Concepción Porriño (El Ferrol).—Sí, mi distinguida consultante; son exactas cuantas soluciones me cita en su cariñosa carta, la que por el éxtasis que me produjo su delicado perfume me hace presumir se trata de una bella e inteligente señorita ¿Habré acertado?

P. J. Garnio (Valladolid).—También son exactas las soluciones a los pasatedios que me indica; ello me demuestra cuán «grande» es usted en cuestiones de la *criptomanía;* por ello es muy de lamentar siga usted el curso de mi sección por puro pasatiempo, cuando es probable que acudiendo a estos certámenes hubiera ya hallado justa compensación a su labor intelectual; anímese, pues, y mande pliego.

M. Simarro (Astorga).—Sí, señor; esta sección se viene publicando sin interrupción y con lisonjero éxito desde la aparición de la revista, diciembre de 1927; los números publicados que no posee puede interesarlos de nuestra gerencia, en la seguridad de que le serán enviados.

J. Castillo (Navarra).—No, señor; no es ése

CONSULTORIO

el camino a seguir; aténgase al enunciado u orientación del pasatedio, y si repara un poco en su contenido, no le será difícil resolverlo; desde luego puedo anticiparle, como vía de ayuda, que termina en OS.

Cosme Herrera (Granada).—No, señor; no hubo error (sin hache, ¡eh!, sin hache) por parte mía, ni de nadie por supuesto, al citar a PARÍS COMO CAPITAL DE ITALIA en el pasatedio n.º 15, publicado en el número del mes de octubre, número que dice usted puso la casualidad en sus manos.

Pues bien; como en su carta me dice *«su herror precisa una pronta aclaración»*, ve ahí—como dicen por aquí los madrileños—el que me apresure a hacer esto público, por si nuestros concursantes quisieran tributarle algún homenaje en justa compensación a su importante descubrimiento.

Vea la solución a este problema, en el número de diciembre, y vendrá usted, en consecuencia, a salir de dudas; ¡cómo se conoce que no es usted pasatedista criptográfico.

Avelino Revuelta (Madrid).—Desde un principio abrigué la esperanza de que algunos de ustedes llevara a la realidad la impresión de su tarjeta criptográfica valiéndose para ello de las por mí publicadas en los números de enero y febrero últimos; usted es ya el sexto que anuncia tal impresión; esto me satisface grandemente, pues ello pone de manifiesto la buena acogida dispensada a mis trabajos.


Cosmópolis
adrid, Mayo 1929
Precio: 1.75 ptas.



Foto Wilfred
Sketch, Paris.

WORTH

7, rue de la Paix.
PARIS

BIARRITZ
Carlton Hotel

LONDON
3, Hanover Square
and also
221, Regent Street, corner of Maddox Street

CANNES
Sur la Croisette

Cosmópolis

Redacción y Administración
Alcalá, 44 y 46 (Entrada Marqués de Cubas, 1) MADRID.
Teléfono: 13546 - Apartado de Correos: 490
Dirección telegráfica y telefónica: Cosmópolis

Precio de suscripción:

España y América:	un año	19 pesetas
	un semestre	10 pesetas
Extranjero:	un año.	25 pesetas

SUMARIO

Extracto del contenido del presente número en tres idiomas

Revista mensual ilustrada

Cosmópolis

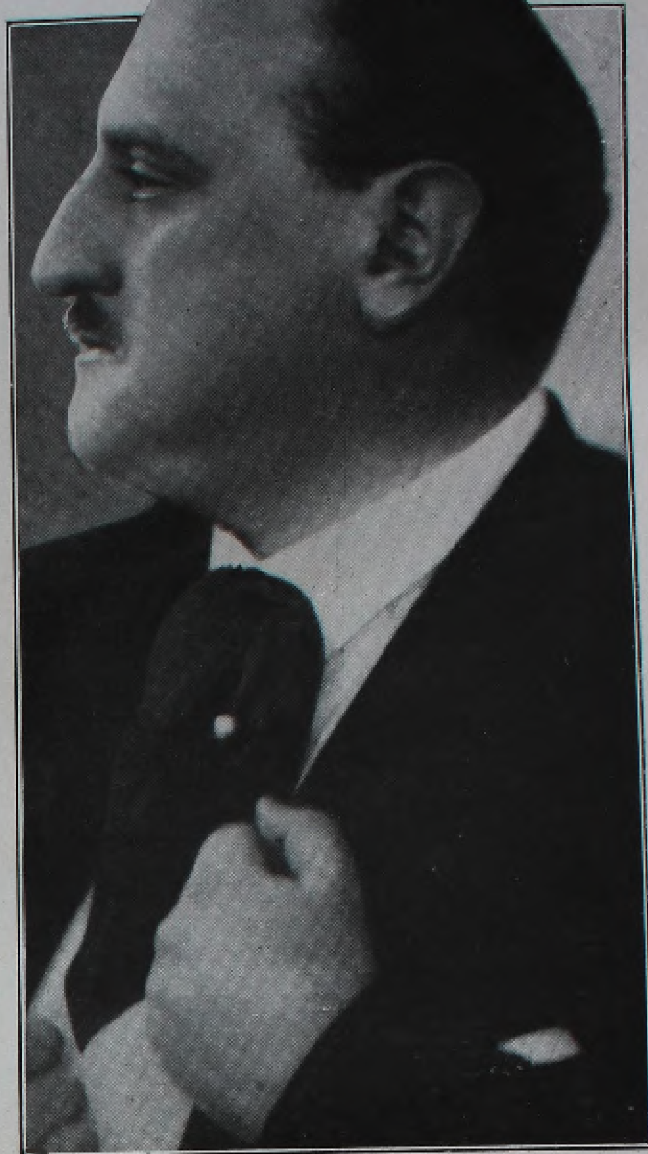
Fundador y Director: Enrique Meneses

AÑO 3 MAYO 1929 NÚM. 18



El general Primo de Rivera, en cuyo honor se celebró el día 16 de abril último un importante homenaje de adhesión. La revista COSMÓPOLIS, desligada en absoluto de todo partidismo político, se complace en reproducir la efigie del jefe del Gobierno, porque en todo español consciente y desapasionado perdura el triste recuerdo de lo que era España antes del 13 de septiembre de 1923

CARTA DE LONDRES



Vizconde Castlerosse

CRÓNICA, POR EL VIZCONDE DE CASTLEROSSE

El vizconde de Castlerosse, director del gran diario londinense Daily Express, *es en la actualidad el periodista inglés que ha sabido destacar su personalidad de una manera más rápida y brillante. Sus artículos, de estilo conciso, nervioso, son un modelo de sátira fina, deliciosa, que con frecuencia constituye la nota relevante de la actualidad inglesa.*

Lord Castlerosse es, además, un polemista extraordinario, que junto con su satírica forma de escribir, le ha valido una popularidad extraordinaria entre el público de los más variados matices de Inglaterra.



NGLATERRA comienza a sacudirse el yugo de un crudo invierno. El frío ha sido muy intenso, y la mortandad causada por la epidemia de gripe, grande. A pesar de ello, la vida social de Londres prosigue, si bien un tanto moderada por motivo de la pesada carga de los impuestos.

* * *

Lady Cunard, norteamericana por su origen, ha saciado el apetito de innumerables bocas en los últimos meses. Hay personas que, como el propio rey de Inglaterra, coleccionan sellos de Correos. Pues bien, lady Cunard hace colección de personas.

* * *

Es difícil imaginar al ver a esta dama, de pelo rubio y sonrosadas mejillas, presidiendo el vasto concurso de más o menos ingratos invitados, que tiene alrededor de los sesenta años de edad. Su vitalidad es portentosa y no se cansa nunca de dar buenos alimentos a sus semejantes.

* * *

Lady Cunard habita en Grosvenor Square, núm. 7, casa que conozco hace muchos años, pues perteneció en un tiempo al ya fallecido lord Farquhar, quien, aunque sin dinero en los comienzos de su vida, llegó a ser banquero y finalmente ostentó el título de lord High Steward.

* * *

Lord Farquhar adquirió reputación de ser muy rico y tomó la costumbre de decir separadamente a todos los jóvenes de alguna importancia social que probablemente los dejaría herederos de su fortuna; pero encareciendo a cada uno de ellos que guardaran en el mayor secreto esta promesa.

* * *

England is just emerging from a bad winter. The cold has been intense and the mortality through the influenza epidemic was great. Still, the social life of London goes on only slightly checked by heavy taxation.

* * *

Lady Cunard who started life as an American, has fed an immense number of mouths during the last few months. Some people, such as the King of England, collect postage stamps. Lady Cunard on the other hand, collects people.

* * *

It is difficult to imagine when you see this fair-haired, pink-cheeked woman presiding over a vast concourse of more or less ungrateful guests that she must be somewhere near sixty years of age. Still, she has the most amazing vitality and never tires of giving good food to others.

* * *

Lady Cunard lives at 7, Grosvenor Square, a house which I have known for many years, as it once belonged to the late Lord Farquhar, a man who started with no money, became a banker and eventually Lord High Steward.

* * *

Lord Farquhar a quired a reputation of being very rich and made a habit of telling every young man who achieved any social prominence that he would probably make him his heir, enjoining nevertheless that this promise should be kept secret.

* * *

The result of this astute policy was that Lord Farquhar became the most popular old man among the youth of England and was inva-

CARTA DE LONDRES

Como resultado de esta política astuta, lord Farquhar se hizo el viejo más popular entre los jóvenes de Inglaterra, e invariablemente se le invitaba a toda reunión en donde las bellas habían de campar por sus respetos.

Desgraciadamente, cuando falleció lord Farquhar y todos esperábamos convertirnos en millonarios, se descubrió que el muy ladino había dilapidado toda su fortuna en vida.

* * *

Debido a las heladas, se han organizado pocas cacerías en Leicestershire; pero este vacío se ha llenado con partidas de *poker* casi permanentes, en las cuales algunas personas cuya fortuna es superior a sus blasones han tratado de comprar su ingreso en una sociedad que, cual la inglesa, tiene tan vacía la bolsa como la cabeza.

* * *

La vida en los restaurantes continúa deslizándose como es costumbre desde que terminó la guerra. Sigue viéndose allí a las mismas mujeres y acude la misma clase de hombres. La juventud de Inglaterra no va a los restaurantes: organiza en su seno las reuniones en casas particulares.

Y me temo que el que vaya a una de estas fiestas creyendo encontrar una orgía quedará desencantado. Yo fuí invitado a una de ellas la semana pasada y salí tristemente convencido de que la conversación era tan insípida como el champaña.

* * *

Ha surgido hace poco, bajo el nombre de «Crockfords», un club mixto de recreos, en donde se juega al *poker*, al *bridge* y a otro juego extraño que recibe el nombre de *rummy* (falso, en argot). Es un lugar muy divertido, porque allí acuden tipos de toda especie, si bien «la casa» tiene el cuidado de expulsar a toda persona de catadura dudosa.

* * *

Sin embargo, el juego en Londres tiene relativamente poca importancia. En el *bridge* no se suele fijar el tanto en más de un chelín, y ello contrasta con aquellos días en que yo recuerdo se cruzaban todas las noches miles de libras al antiguo pasatiempo del *chemin de fer* y a *l'ecarté*.

* * *

Presencié una vez en el casino de White cómo el conde Mirski, agregado a la Embajada rusa, perdía 10.000 libras esterlinas a *l'ecarté* para desesperación del embajador, el cual tuvo que pagarlas por lo pronto. Yo mismo gané en una ocasión una crecida suma al ya fallecido conde Linder. Este caballero tenía la costumbre de pagar sus deudas de juego con cheques contra un Banco sueco, y en moneda de aquel país, y era de ver a los ganancioso preocuparse después por el curso de las cotizaciones.

* * *

Indiscutiblemente, la nueva generación inglesa es trabajadora por esencia. Lord Charles Cavendish, hijo del duque de Devonshire, hace actualmente su aprendizaje bancario en la casa J. P. Morgan, de Nueva York. Nc más lejos que el otro día, me dijo un norteamericano amigo mío, refiriéndose a este joven aristócrata: «Supongo que, como tantos otros hijos de pares, estará sin un céntimo.»

* * *

Yo contesté a esta salida de tono del norteamericano diciendo que había calculado mal la situación financiera del duque de Devonshire, pues, sin contar su vasta hacienda y sus inmensas posesiones, disfrutaba de una fortuna en dinero de unos once millones de libras esterlinas, lo cual, por ahora, me parece suficiente



Lady Cunard

riably asked to every party where beauty was likely to get the better part of discretion.

Unfortunately when Lord Farquhar died and we were all expecting to become millionaires, it was discovered that the Lord High Steward had dissipated practically his entire fortune during his lifetime.

* * *

Due to the frost there has been but little hunting in Leicestershire, but the void has been filled by constant poker parties where certain men whose fortune is of better quality than their escutcheons have attempted to buy their way into a Society that is usually both short of money as well as brains.

* * *

The restaurant life remains exactly the same as it has ever since the war. The same women go there and the same type of men. Yet Young England does not go to restaurants. On the contrary they have parties of their own in private houses.

I fear that anybody who goes to one of these expecting an orgy will be disappointed. I was invited to one such last week and came away sadly conscious of the fact that the conversation was as flat as the champagne.

* * *

Ae mixed gambling club where poker and bridge as well as a strange game called rummy are played, has sprung up and its name is Crockfords. It is an amusing place because all types are represented though the club is careful to exclude anybody of doubtful character.

* * *

Gambling in London, nevertheless, is comparatively small. In fact, shilling contract bridge is about the highest stake played, which is quite different from the days. I can remember when thousands of pounds used to change hands nightly at chemin de fer, and ecarte.

* * *

I was present once when Count Mirski who was then an attache at the Russian Embassy lost £ 10.000 at White's playing ecarte much to the annoyance of his ambassador who temporarily had to settle for him. I also myself once had a very big win off the late Count Linder. This gentleman settled his loss by cheques on a Swedish bank and during the next week many Club men spent hours trying vainly to understand the Exchange situation.

* * *

Of course, a new generation is growing up in England and one and all, they are at work. Lord Charles Cavendish who is the son of the Duke of Devonshire is at this moment apprenticed to Messrs. J. P. Morgan in New York. An American said to me only the other day: «I suppose like many other younger sons of peers he willbe quite penniless.

* * *

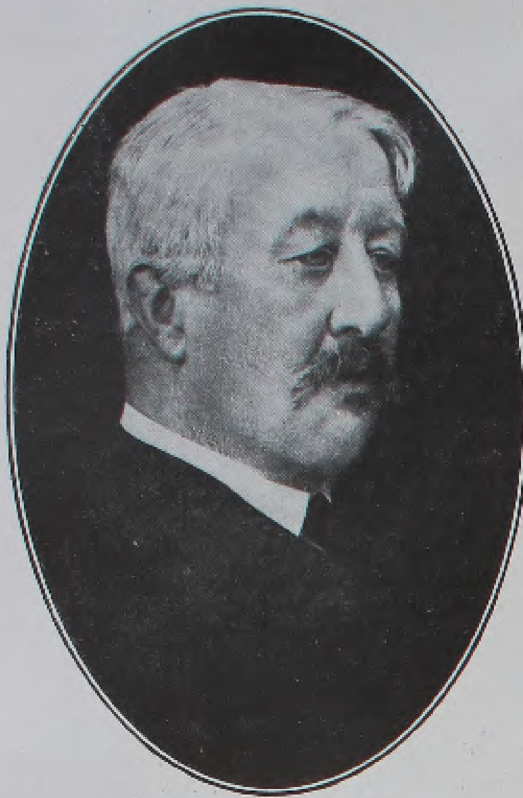
I explai:ed in reply to the American that he had somewhat underrated the Duke of Devonshire's financial position, for not counting the Duke's vast estates his immense possessions, the Duke's fortune in money is estimated round £ 211.000.000.

Which at the moment would appear to me to be sufficient to keep the wolf from the door.

* * *

The General Election is on usand it is expected that the Conservatives will meet with defeat at the polls bat that not one of the three Parties will have a definite majority over the other two. In which casemany wise men think that in order to carry on the Government of the country, Mr. Lloyd George will become Prime Minister.

CARTA DE LONDRES


Duque de Devonshire

para no tener que pedir prestados a un amigo dos chelines para tomar unos *sandwiches*.

* * *

Las elecciones generales están encima y se espera que los conservadores serán derrotados, pero que ninguno de los tres partidos en lucha conseguirá una mayoría absoluta. En este caso, piensan muchos expertos en política que se formará un Gobierno de coalición, presidido por Lloyd George.

* * *

El partido conservador se halla en un estado desdichado; el descontento reina por doquier, y los más jóvenes de sus adictos censuran violentamente a sus jefes.

No obstante, hay algunas personas como, por ejemplo, lord Stanley, hijo mayor de lord Derby y elemento destacado de la organización conservadora, que no comparten ese juicio, y consideran que el partido conservador alcanzará una mayoría efectiva. Ojalá pudiese yo pensar así.

* * *

Veamos ahora quiénes son las damas más bellas de Inglaterra.

Citaré en primer lugar a lady Brownlow, que es más bonita que cualquiera de las figuras que veis en las cajas de bombones. Su esposo, feliz por ser dueño de tal tesoro de encantos, tiene cerca de treinta años, lo cual que es otra cosa envidiable, y prestó servicio como oficial en la Guardia de Granaderos. Desgraciadamente, Londres no podrá recrearse mucho con las gracias personales de lady Brownlow, porque el matrimonio prefiere la vida de campo. Y en verdad que ello me parece acertado, ya que posee magníficas fincas.

* * *

En segundo lugar figura lady Weymouth, hija de lord Vivian y esposa del hijo mayor del marqués de Bath. Al contrario que lady Brownlow, su competidora en belleza, lady Weymouth prefiere la vida de Londres a la placidez de las verdes praderas, y eso vamos ganando los de la ciudad.

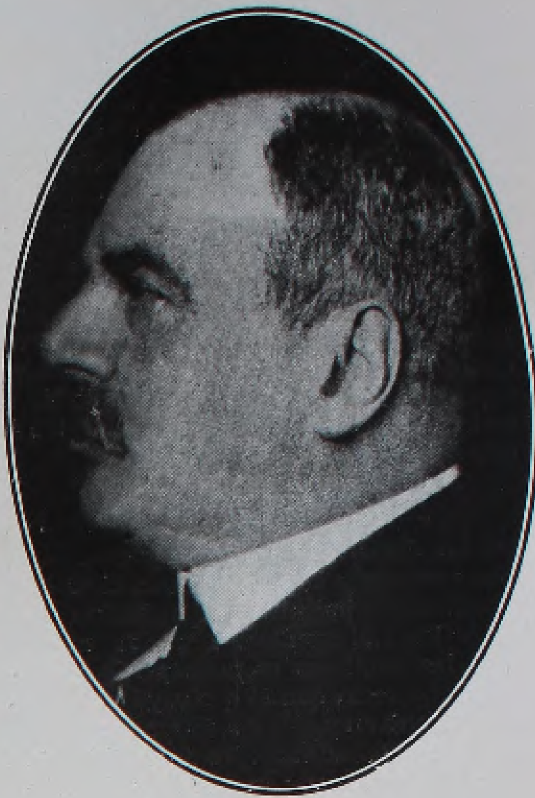
Hállase esta dama interesada en muchas cosas, entre ellas la literatura y el periodismo, y con gran rapidez va convirtiéndose en directora de la gente joven, en la que lleva la voz cantante.

* * *

Corre parejas con lady Weymouth, en cuanto a hermosura, lady Lettice Lygon, hija de lord Beauchamp.

Aun permanece soltera, y ciertamente que no dirá mucho en favor de los jóvenes de Inglaterra el que continúe más tiempo en este estado, si


Lady Brownlow


Lord Derby

The Conservative Party is in an unhappy and discontented state and the younger members are violently criticising their leaders.

* * *

Nevartueless men, such as Lord Stanley who is the eldest son of Lord Derby and a prominent factor in the Conservative organisation, do not agree with this and consider the Conservative Party will get in with a working majority. I only wish I could see eye to eye with him.

* * *

Now who are the prettiest young women in England?

To start wiht there is Lady Brownlow who is as pretty as anything you will ever see on a chocolate box. Her husband, Lord Brownlow is about thirty years of age, served as an Officer in the Grenadier Guards. Unfortunately, London will not see very much of Lady Brownlow because they prefer the country life. And indeed, they are well entitled to it, since Lord Brownlow is the possessor of some magnificent estates.

* * *

Next comes Lady Weymouth who is the daughter of Lord Vivian and is married to the eldest son of the Marquis of Bath. Unlike Lady Brownlow, Lady Weymouth prefers the life of London to more placid pursuits in the country.

Lady Weymouth is interested in many things, including literature and journalism and is rapidly becoming the leader of the younger set.

Lady Lettice Lygon who is the daughter of Lord Beauchamp is running Lady Weymouth close in supremacy.

Lady Lettice is as yet unmarried and it will not say much for the youth of England if this state is allowed to continuemuch longer, though it is true that the coming generation is finding the financial responsibilities of marriagesomewhat difficult.

* * *

I fear that the debutantes of England will have but a poor season, because when the General Election is on, men's minds are inclined to turn lightly to politics and there will be not much time for Balls and Festivities.

* * *

Like the returning swallows many women are now coming back to London from Palm Beach where they enjoyed themselves enormously.

* * *

Last night one of these homing pi-



Lady Weymouth

CARTA DE LONDRES

geons told me a story about mister Marshale Field who was Master of the Drag Hounds when I was at Cambridge and has now become a most respected millionaire in New York.

Mr. Marshall Field has a friend called Mr. Arthur Fowler, likewise a most respected member of the New York community, who when he is not engaged in making money, paints pictures and therefore has need of models.

The other day Mr. Marshall Field called on Mr. Fowler and the new butler who opened the door, thought that he was a model, and accordin gly said:

«That's all right Just run upstairs and undress. Mister Fowler will be up in a minute.»

Mr. Marshall Field nearly swooned at this unaccustomed mode of address, and when he recovered his composure, said: «Iwill not come upstairs. I think I will telephone to mister Fowler.»

In some circles this story is considered extremely funny, and so would you, if you knew Mr. Fowler and mister Marshall Field.

bien es verdad que la nueva generación encuentra cada vez más difíciles de asumir las responsabilidades financieras del matrimonio.

* * *

Es de temer que las damitas que ahora hacen su debut en sociedad tengan una *season* poco divertida, porque en tiempo de elecciones los hombres están muy ocupados en la política y no tienen lugar para pensar en bailes y fiestas.

* * *

Al igual que las golondrinas, que vuelven con el buen tiempo, muchas señoras y señoritas regresan a Londres de Palm Beach después de haber disfrutado allí grandemente.

* * *

La otra noche, una de esas palomas que vuelven al palomar me contó una historieta de Mr. Marshall Field, el cual era, como si dijéramos, jefe del pelotón de los torpes en la Universidad de Cambridge cuando yo estudiaba allí, y ahora es un millonario respetable en Nueva York.

Este potentado ordinario tiene un amigo llamado Arturo Fowler, asimismo figura principal de la comunidad neoyorquina, el cual, cuando no está ocupado en hacer dinero, distrae sus ocios pintando cuadros, y, por lo tanto, necesita modelos.

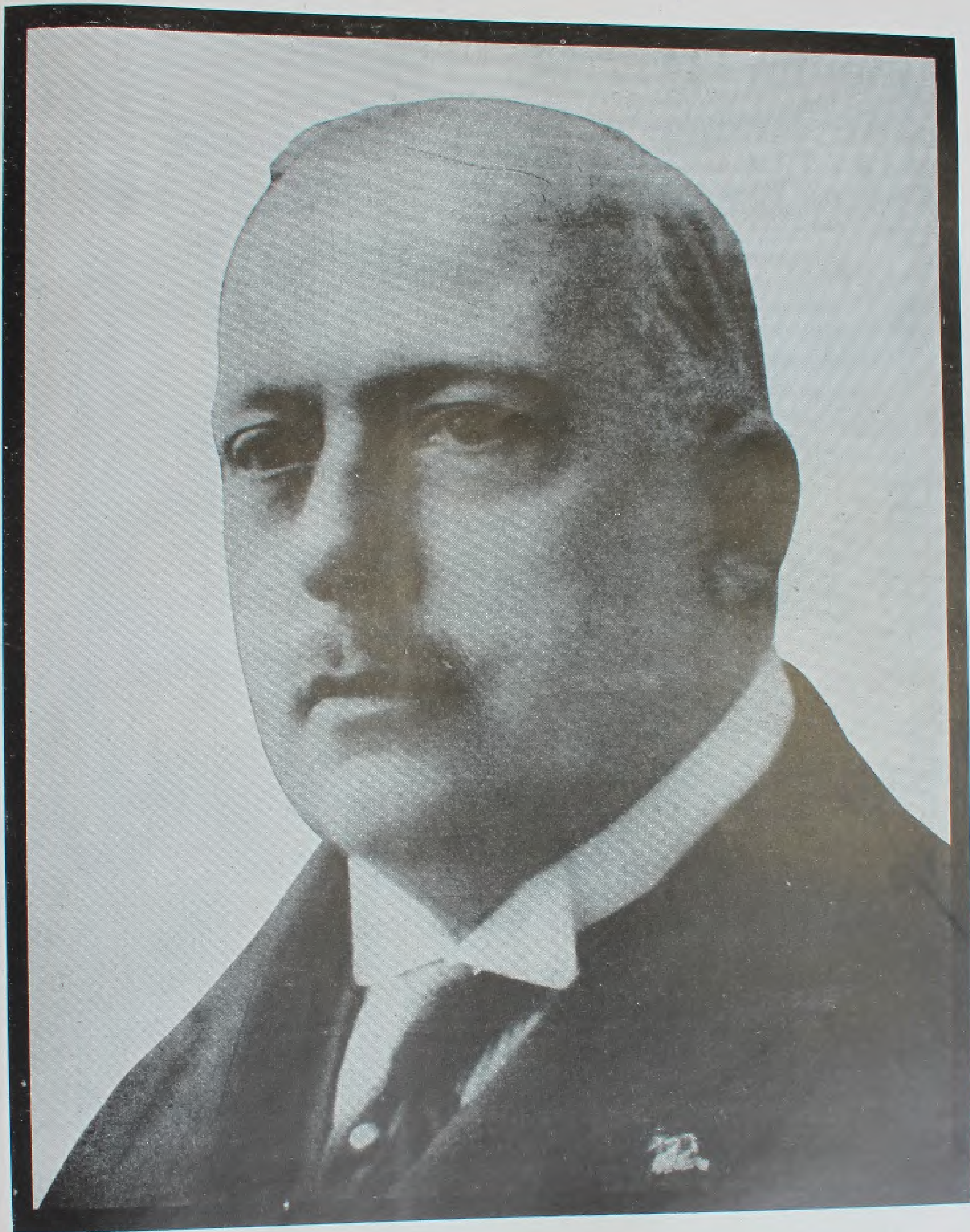
El otro día, Mr. Marshall fué a visitarle, y un criado nuevo que le abrió la puerta, pensando que sería un modelo, díjole:

—Suba usted al otro piso y desnúdese; míster Fowler irá en seguida.

Marshall Field por poco se cae al suelo desvanecido al oír tamaño desafuero; pero consiguió reponerse y dijo:

—Lo que voy a hacer en lugar de desnudarme es telefonear a su amo para pedirle que le eche a usted a la calle.

En algunos círculos ha hecho reír muchísimo esta historieta, y a ti, lector, también te haría gracia si conocieses a Fowler y a Marshall.



El Excmo. Sr. D. Torcuato Luca de Tena, marqués de este título, ilustre creador de Prensa Española, *que ha fallecido el día 15 del pasado mes. Su vida fué un estímulo constante de laboriosidad y de amor al periodismo y a las artes gráficas, a cuyo enaltecimiento tanto ha contribuído con sus eficaces iniciativas.* COSMÓPOLIS *se une al dolor que por esta irreparable pérdida agobia a la gran familia periodística, muy en especial a las Redacciones de nuestros queridos colegas* A B C *y* Blanco y Negro

GRAN MUNDO



Señorita Lola Pidal y Toro, hija de los marqueses de Valderrey. Foto Lagos.

En el Real Club de Puerta de Hierro

El partido de polo de la "Copa Figueroa"



Fotos Marín.







Dos grupos de aristocráticos espectadores, entre los que se encuentran la condesa de Orizabal y las señoritas de Muguiro y Valdefuentes, presenciando el partido.

En el óvalo: El equipo formado por los hermanos Soto, conde de la Maza y marqués de Portago.

El conde de Velayos, marqués de Orellana, marqués de Villabrágima y conde de Yebes.

Gran Mundo



Foto Zockoll.

Señorita María Castillo, hija de los marqueses de Jura Real.

Gran Mundo



Fotos Marín

Boda de la señorita Pilar Ladrón de Guevara y D. Javier Barroso y Sánchez Guerra, celebrada con toda solemnidad en la capilla del obispo



La señorita María Teresa de Escoriaza, hija de los vizcondes de este título, que ha celebrado su boda con D. Luis G. de los Salmones y Pedraja, cuya ceremonia fué bendecida por el nuncio de Su Santidad, asistiendo a ella, entre otros distinguidos testigos, el embajador de Francia y el conde de Romanones

Gran Mundo



La señorita Mercedes Cejuela y D. Manuel Gómez Acebo, que han celebrado su boda en la iglesia de San Fermín de los Navarros.



Grupo de invitados a la reunión celebrada en la Embajada de los Estados Unidos para presentar a la ilustre artista Mrs. Harry Paine Whitney, que ha regalado a Huelva la estatua de Colón de que es autora.

Roger Schardner

MON PARFUM
BOURJOIS
PARIS

VANISHING CREAM
MON PARFUM
PARIS BOURJOIS FRANCE

BOURJOIS PARIS

„mon parfum"

BOURJOIS
PARIS

H. LEVIS + 255 bis, Calle Nápoles + BARCELONA

Modas

VESTIDOS LIGEROS

SOMBREROS NOVEDAD



Elegantísimo vestido de crespón de china estampado de florecitas negras en fondo blanco. Los faldones y la larga tabla con godets, *la hebilla de esmalte negro y plata, le dan una nota muy moderna.*

LUCIEN LELONG

Los vestidos de este verano serán ligeros y de un tipo muy femenino. Asistimos al triunfo, sin duda alguna, del crespón de china estampado, del satén florido, del crespón Georgette, de la muselina de seda abigarrada. Y se encuentran para estas telas modelos que convienen para todas las horas, que se adaptan a todas las circunstancias.

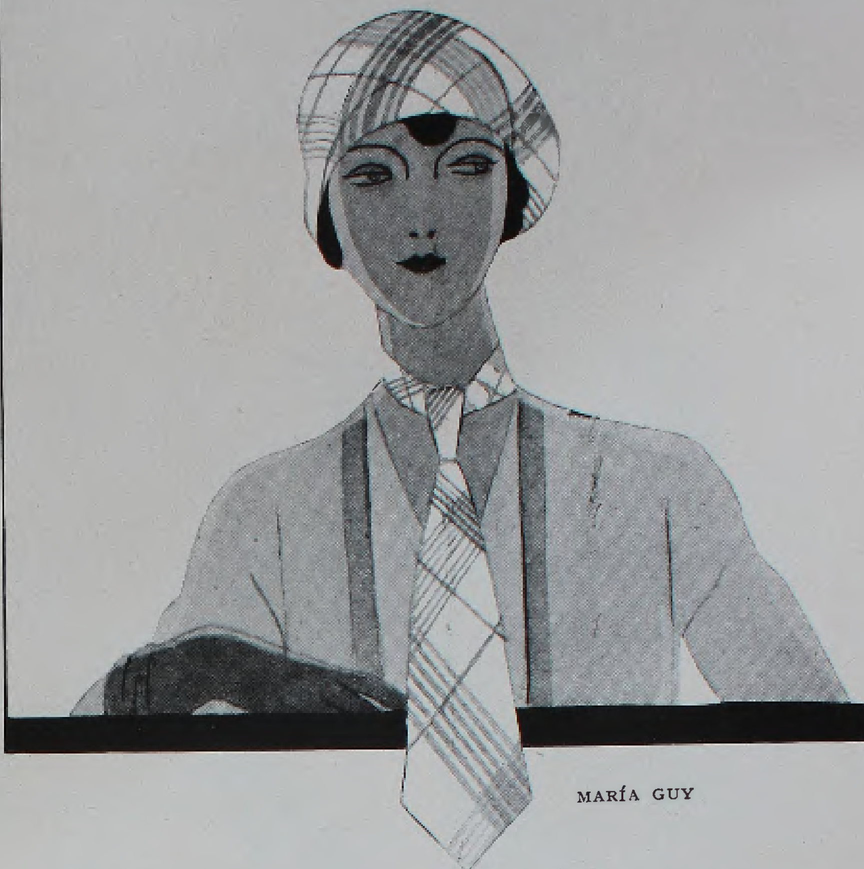
Una de las más bonitas aplicaciones de la moda nueva consiste en el traje sastre con una chaquetita ligera. Se hace en crespón de china, frecuentemente negro, con florecillas grises o rojas; la falda es muy en forma; la blusa, por dentro de la falda, se hace de seda lisa en los tonos del conjunto o si no en crespón de china blanco adornado con calados. Sobre esta blusa, de porte muy moderno, se lleva una chaquetita recta, sin forro, con un ribete de color liso. No hay *toilette* más encantadora para los paseos por el bosque, para los tés, para las hermosas mañanas en los veraneos elegantes. Algunas variaciones son muy bonitas también; he visto, por ejemplo, un conjunto compuesto de una falda de crespón de china negro, de una casaca y de una chaqueta de crespón de china estampado, de florecillas rojas y verdes, sobre fondo negro. La blusa, del mismo largo que la chaqueta, estaba cruzada bajo un cinturón negro. Por el mismo estilo, un modisto ha obtenido un gran éxito con una falda de satén negro sobre la cual ha colocado una casaca cruzada de tafetán estampado sobre tonos amarillo, gris y negro.

Esta boga del tafetán es bastante imprevista y se han hecho con él varios vestiditos muy monos. Jean Patou ha exhibido un conjunto en el cual la falda y la chaqueta, bastante amplia, son de tafetán estampado gris y negro. La chaqueta está cerrada por una gran echarpe anudada, del mismo tejido. Yo no sé si, a pesar



DOEUILLET DOUCET

Uno de los modelos de mucho éxito de Doeuillet-Doucet. El tono crudo sobre fondo rojo vivo y el corte maestro son muy personales, de una elegancia sencilla y refinada que no impiden que el vestido sea de fácil porte.



MARÍA GUY

Un nuevo sombrero de María Guy, de tafetán escocés. La nota de conjunto, tan apreciada este año en las colecciones de París, está dada aquí por la corbata, del mismo tejido, anudada de manera original.

de todo, las parisinas adoptarán esta idea, porque siempre ha sido muy difícil hacerlas llevar vestidos de tafetán durante el día. Se le ha adaptado, sin embargo, al gusto actual, estampándole, cubriéndole de flores grandes, unas veces multicolores y otras en camafeo. He visto, para el estío, chaquetas de estilo de crespón blanco acompañadas de una chaqueta de tafetán estampado de flores amarillo-pálido que constituirán encantadoras *toilettes* para casino. Los vestidos de crespón satén florido han hecho su aparición y son de un aspecto muy nuevo. Las señoras que no sean muy esbeltas los preferirán a los otros; los fondos son casi siempre nuevos, y las flores muy espaciadas, al contrario de lo que ocurre con el crespón de china. Creo, por otra parte, que la moda futura se orientará hacia los dibujos menos tupidos; he podido ver las sedas y terciopelos preparados para el invierno próximo, y puedo deciros que los dibujos son concebidos en esta idea.

Pero no vayamos tan lejos y quedémonos en los días hermosos: hemos sufrido de tal manera del frío y hemos llevado tan largo tiempo nuestros abrigos de pieles, que los días soleados nos parecerán más deliciosos que nunca, y para ellos se han preparado estos maravillosos trajes al estilo de muselina de seda, que son verdaderamente el más bonito hallazgo que los modistos han hecho desde hace largo tiempo.

No creáis, por otra parte, que los vestidos ligeros de este año se parecen a los del año último; son siempre faldas desiguales, a veces pliegues flotantes; pero un no sé qué, en el aspecto general, les da netamente un carácter 1929. En primer lugar son menos amplios, y en esto es en lo que hay que observar cuidadosamente una justa medida; nada parece tan pasado de moda como un vestido demasiado ancho; pero nada parece más pobre y menos elegante que un traje demasiado estrecho. En realidad, el vuelo está, sobre todo, colocado más bajo, mientras que la cintura se lleva en su sitio natural; es decir, más alta. Las caderas son muy ceñidas, muy apretadas; unas veces, por medio de volantes superpuestos; otras, gracias a fruncidos agrupados en volantes. En la cintura, Patou ha puesto pliegues verticales mantenidos de trozo en trozo que modelan ligeramente el tejido y dan una agradable esbeltez a la línea. Otros modistos hacen un ligero ablusado; Magdalena Vionnet trata los tejidos ligeros por medio de bieses, según su costumbre.



MARÍA GUY

Una capelina de forma muy agraciada, cuyas alas, más cortas por delante, son muy anchas por detrás. El adorno, de flores, está colocado de plano por el revés. Este sombrero es muy a propósito para llevarse con vestidos de muselina de seda.



Un conjunto elegante: La blusa y la chaqueta son de crespón de china estampado en fondo negro; la falda, de crespón negro, y el sombrero, de plumas negras y rosa. Un velito de tul negro sombrea los ojos.

GOUPY

Las faldas son realmente más largas; esto es una buena noticia, pues nos preguntamos, al ver estos nuevos vestidos, cómo hemos podido conservar tanto tiempo las faldas por la rodilla. La tendencia actual para los vestidos de tarde y algunas veces para los de noche consiste en dos puntas alargadas, una por delante y otra por detrás. Deciros que esta fantasía me parece práctica sería una exageración... Es preciso, ante todo, que la punta, aunque muy marcada, no sea demasiado larga. Confieso que hasta ahora no he visto esta innovación más que en casa de los modistos. De todas maneras, se llevan estos vestidos muy largos unas veces por detrás, otras por los lados, y aquí es donde aparece la dificultad a causa de los abrigos. ¿Qué abrigo puede colocarse sobre estas nubes floridas? Ninguno parece bastante ligero y todos tienen un aspecto poco gracioso. La verdadera solución consiste en el abrigo «tres cuartas» del mismo tejido, abrigo al que se pone un borde de piel para darle peso y que se cierra por la parte alta con una echarpe ligera. Completa el aspecto «habillé» del traje y da al conjunto un aire muy elegante. Para las señoras que no quieran adoptar esta solución no veo más que otras dos: o no llevar abrigo y contentarse con un renard sobre los hombros, o hacerse un vestido menos largo, que no sobresalga por debajo del abrigo liso.

Los colores favoritos para la muselina estampada, ¿cuáles serán? Habrá, naturalmente, la «Capucine» de Patou, que varía con negro y blanco; pero veremos también muchos dibujos grises, muy vagos, sobre fondo blanco; las mezclas de blanco, negro y verde, de azul y de gris están también muy en boga y creo que en general las tonalidades serán discretas.

Los encajes sirven también para hacer encantadores trajes ligeros. Hace mucho tiempo que no los habíamos visto durante el día y se han hecho trajes con chaquetita recta muy bonitos. He visto en Cannes un conjunto de *sport* de encaje de lana encarnada, un encaje que estaba hecho de anillos pequeños colocados unos al lado de otros, sobre un fondo de crespón blanco. La chaqueta, recta, sin forrar, caía sobre una blusa de crespón georgette, blanco también.

En París, Lucile Paray ha hecho un modelo encantador de línea *sport* falda y *jumper* de encaje brillante negro, con cuello y puños unas veces de encaje blanco, incrustado en negro, y otras veces en crespón de china blanco liso. Esta novedad ha gustado mucho.

Los vestidos de muselina estampada me parecen muy indicados para las noches de verano, y debo decir que durante las Pascuas en Biarritz han tenido todos los sufragios. ¡Cuántas encantadoras *toilettes!* Esta vez son largas hasta formar cola y su línea sienta admirablemente. Luis Boulanger ha hecho obras de arte en este género. Tengo delante de los ojos al escribir esto uno de sus modelos de éxito, de muselina negra estampada de flores rojas y verdes; el cuerpo, bastante ajustado, es largo y cerrado por delante, mientras que los brazos están desnudos y la espalda escotada. La falda está ensanchada por detrás por un gran pliegue fruncido que cae hasta el suelo. La gracia de este vestido es perfecta y su aspecto es armonioso como el de un ropaje antiguo.

Observo desde hace algún tiempo que los escotes son de más en más discretos. Son, algunas veces, solamente bajos en la espalda, y la parte de delante, que sube hasta el cuello, se termina por dos tiras cayendo hacia atrás. Algunas veces el cuerpo es francamente cerrado y sólo los brazos están desnudos. El conjunto adquiere así un aspecto menos vestido, menos de gran gala, y esta originalidad conviene a ciertas señoras, cuyo tipo se acomoda mal al género «gran *toilette*».



NICOLE GROULT (FOTO D'ORA)

La originalidad de este vestido consiste en que el cinturón, los puños y la parte de detrás de la falda son de crespón de china negro, que resalta sobre el crespón de china impreso de dibujos pequeños negros sobre blanco, como el resto del vestido.

Con los vestidos de día de muselina estampada se impone el gran sombrero. Vemos, pues, en casa de todas las modistas de renombre anchas capelinas adornadas diversamente, y esto constituye una novedad interesante. En general, todas las formas, incluso las de alas anchas, dejan la frente descubierta. Reboux hace capelinas de paja exótica francamente levantadas por delante y ligeramente por un lado. Rodea la copa de una tela de muselina de seda que se anuda en pompón y cae por un lado. Ciertas modistas procuran poner de moda la paja de Italia, que guarnecen de flores puestas de plano sobre el ala. Otras colocan las flores y las frutas debajo del ala, cubriendo, por ejemplo, las dos orejas de un racimo de cerezas o una rosa abierta. En otras partes, por fin, noto que todos los adornos están colocados por detrás; un gran medallón redondo de jacintos, de alhelíes, margaritas, se pone la mitad sobre el fondo y la mitad debajo del ala. Las alas son naturalmente flexibles y ligeras.

Pocas joyas de fantasía con este lujo, de un gusto muy seguro. Los collares de formas complicadas, de pedrerías vistosas, son inútiles con estos vestidos, que se bastan a sí mismos, y he notado que se llevan cada vez menos. Los guantes son de Suecia, de tono muy refinado, gris pálido, beige muy suave, y los zapatos de forma muy sencilla. El conjunto resultaría cargado si los detalles fuesen vistosos; las mujeres que poseen el arte de vestirse tienen un sentido decorativo y un tacto de la medida, que es una facultad preciosa y maravillosa.

CLAUDE FRANCE



MARTIAL ET ARMAND

Gracioso vestido con faldones, de crespón de china negro, bordeado de un volante de muselina de seda negra, montado con un calado bordado. En el cuello, un chal, cae hacia atrás, formando las solapas. Los puños son de organdí blanco.



PHILIPPE ET GASTON

Vestido de tarde de crespón impreso en fondo negro. Los lunares, de diversos tamaños de color ocre, lo mismo que los puños y el cuello, terminado en punta y figurando un pañuelo. La falda es alargada por detrás.



Foto D'Ora

Madame Hortensia de Cazal de Klein.

Mme. Hortensia de Cazal, muy conocida en la sociedad parisién, aparece aquí vestida con uno de esos trajes de satín negro muy ajustados al talle, que todas las parisinas llevan en este momento. Un ligero bordado de *strass* pone una nota brillante en el corpiño.

LA ELEGANCIA DE

para el día



I

Vuestro sombrero descubrirá la frente y hasta algunas veces estará atrevidamente cortado por delante. Para paseo por la mañana puede ser de fieltro, a menos que no prefiera usted hacerle en tejido parecido al conjunto. Se han visto muchos sombreritos de *jersey*, de *tuslikhasha* y hasta de *schantung*, en las primeras reuniones elegantes de la estación.

II

La echarpe es larga y rayada al bies. Olvidad los pañuelos gaucho del año último; nada hay tan fuera de moda como la moda precedente. Vuestro cinturón y vuestro bolso harán juego con la echarpe y tendréis así un conjunto completamente elegante que servirá de adorno al sencillo vestido. Naturalmente, colocaréis este cinturoncito plano, precisamente en su sitio.

III

El bolso de tejido está muy en boga. Constituye un lujo sin parecerlo, a pesar de su aparente simplicidad. Es preciso un bolso de *tweed* para el abrigo de *sport*, de *tuslikasha* semejante a la echarpe, de satén adornado con *moirée* para los trajes de vestir. Los cierres son de madera o de concha y casi siempre de líneas sencillas y netas.

IV

El reloj es una preciosa joya muy apreciada. Todas estamos cansadas de reloj de pulsera y perdemos con demasiada facilidad los relojitos encerrados en su estuche cuadrado que se habían hecho para nuestro bolso. El reloj pendiente es, pues, el *bibelot* del día. Es pequeño y muy refinado, engarzado en una placa cuadrada de ónice o en un medallón de jade esculpido que proviene del Extremo Oriente.

V

No caigáis en el abuso de los guantes bordados o con lentejuelas. Se ha visto hacer en este estilo fantasías deplorables que casi todas son de mal gusto. Vuestro guante lavable es sin botones, y su manopla, bastante alta, se dobla sobre la muñeca. Con un traje de más vestir, el guante será de piel de Suecia gris o beige rosado y subirá hasta la mitad del antebrazo.

VI

El zapato amarillo y blanco sigue siendo el zapato favorito para el veraneo. Este que veis aquí es de una originalidad discreta y copia muy elegantemente el zapato noruego que se usa para los *sports* de invierno. La parte superior es de ante blanco, y el borde de *box-calf* amarillo con adornos. La parte baja es *cobriza*, tinte de este año, ligeramente más oscuro que el de los años precedentes.

LOS DETALLES para la noche



I

Se ha querido poner de nuevo en boga el tocado de noche, y la toca a la moda se presta muy particularmente a este género. Se hace de encaje de oro o de plata, según el vestido; algunas veces de muselina de seda con gruesas lentejuelas de metal o de nácar. Este gorro deja lucir en la nuca los cabellos ensortijados, que es otra fantasía del momento.

II

Los escotes son mucho más acentuados en la espalda, tanto que los joyeros han adaptado sus nuevas creaciones a esta moda. Los collares rodean el cuello muy de cerca por delante, mientras que una cadenita larga sostiene por detrás un medallón cuadrado.

Todas sabéis ya que el diamante *paillete*, es decir, tallado en el sentido de su longitud, es el diamante a la moda.

III

Se llevan aún flores y parece que se llevarán siempre; de tal manera esta agradable fantasía femenina es encantadora. Pero se las coloca en diferentes sitios y el último capricho exige la flor en la cintura por detrás. Naturalmente, esta flor es de muselina de seda muy ligera con bordes pintados y de tonos agradablemente entonados con el conjunto.

IV

Los brazaletes haciendo juego con el collar son de una elegancia suprema. Parece, en verdad, que se emplean cada vez menos las gemas deslumbrantes para cubrirse los brazos y que nos contentamos hoy con pocos y hermosísimos brazaletes. Quizás se ha suprimido sencillamente todo lo que era artificio, pues la era de las joyas falsas me parece felizmente y definitivamente terminada.

V

Los zapatos de *soirée* son bicolores, o de dos materiales completamente diferentes. Se han visto felices combinaciones de lamé y de cuero de oro o de plata, y he aquí en esta página una encantadora combinación de terciopelo y de *strass*. La punta del zapato y el tacón son completamente claveteados de *strass;* la parte alta, de terciopelo negro, está sujeta al tobillo por un botón de *strass*.

VI

El gran pañuelo de muselina de seda incrustado de encaje o pintado con estarcido imitando camafeos es el *bibelot* del momento. Se le lleva en la mano, se le ata a la muñeca, se pasa por la pulsera. En general, el encaje y la muselina son de tonos opuestos: se incrusta la muselina color ocre de negro y la muselina negra de encaje cáñamo.

Modas



MARCELLE ROZE

Foto D'Ora

Mucho se lleva ahora este modelo de gran sombrero, que tanto hace destacar la belleza del rostro, tanto más de alabar cuando este rostro es el de mademoiselle Arlette Marchal, la lindísima estrella del cinematógrafo, cuyos rasgos de belleza clásica lucen tan a maravilla sobre la pantalla. La Marchal lleva en esta fotografía un sombrero de paja trenzada de color gris claro que con movimiento tan encantador se destaca sobre la frente.



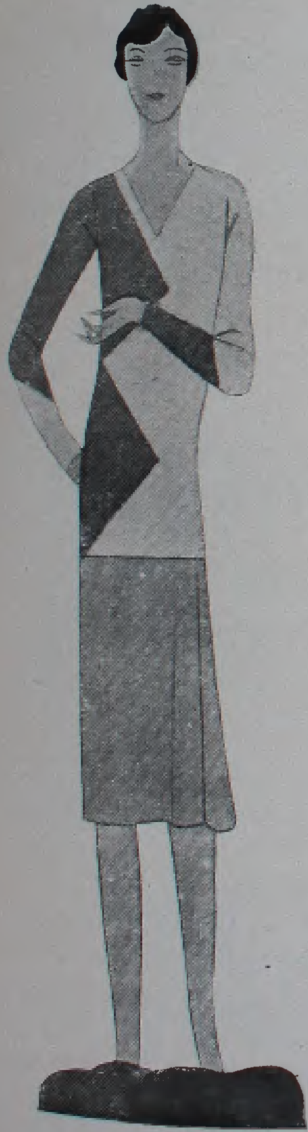
Jumpers *de lana chinesca en fondo negro, hacia el cuello del cual lleva un dibujo de lana blanca formando nudo. Se lleva* *con un cinturón de cuero barnizado blanco cerrado por una hebilla de madera o de esmalte negro.*

Un pull-over, *media parte marrón y media beige, del que una manga es beige y la otra marrón. Se puede hacerlo igualmente en beige claro y en rosa pálido. Es de forma muy llamativa y elegante.*

Un jumper *de lana amarilla; la banda de la cintura y el punto que sube casi hasta el cuello son de lana marrón y roja. Es igualmente lindo en azul marino y rojo o en azul claro y negro.*

Un tricot *cruzado arriba y abajo por dos bandas, blanca la una y roja la otra. Será menos original, pero más fácil de llevar, si las dos bandas son del mismo matiz.*

UN TRABAJO A LA MODA



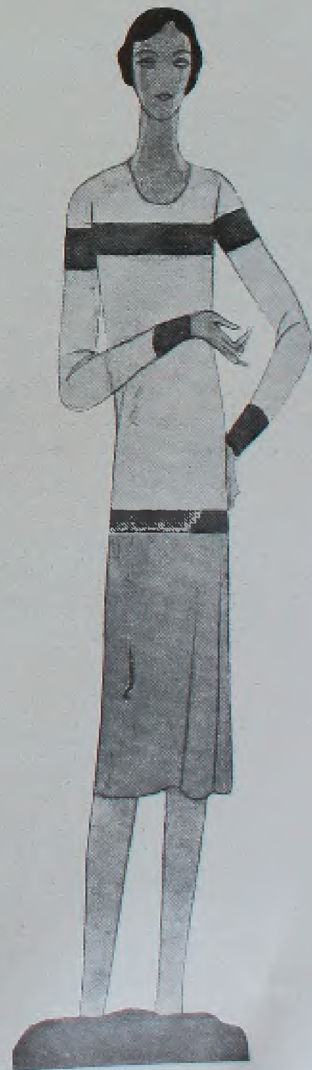
¿Saben ustedes hacer punto de media? Si son ustedes hábiles en este arte, podrán este verano ser elegantes con poco gasto, porque el «jumper» último grito es el «jumper» de punto. Aquí encontraréis algunos dibujos fáciles de reproducir y para los cuales escogeréis los tonos que os vayan mejor. No olvidéis que las rayas horizontales convienen a las mujeres muy delgadas y que el «jumper» con la mitad a lo largo hace más esbelta. Veréis uno en esta página que representa la particularidad de tener las mangas diferentes, lo que es muy nuevo y divertido.

Esto dicho, ¿cómo reproducir el dibujo? Me encontraba recientemente en casa de un modisto de moda en el momento en que se distribuía el trabajo a las obreras para hacerlo a domicilio, y he aquí cómo se procedía: como cada obrera hace un punto diferente, tan pronto ancho, tan pronto apretado, es muy difícil contar las mallas. Se hace, pues, un patrón en tela con las medidas exactas de la cliente, patrón que se transporta en seguida sobre un cartón de la misma dimensión. Sobre este cartón se traza el dibujo, y así no hay más que aplicar de cuando en cuando el trabajo sobre el cartón, para no salir de las proporciones necesarias.

La lana se escogerá más bien fina, y si sabéis trabajar con «dos hilos», es decir, pasando una hebra bajo los puntos, vuestro trabajo será más fácil y no se deformará nunca. En el caso en que no sepáis cuántas mallas deben ir sobre la primera aguja, haced un ensayo con diez mallas, que ustedes pueden seguir cuatro o cinco vueltas, y este ensayo les indicará la proporción necesaria. Se cuentan, en general, 150 puntos para una lana dos hilos.

El «jumper» es algunas veces poco a propósito para las señoras algo gruesas, pero este inconveniente puede corregirse fácilmente; para ello se hace la hombrera de delante más ancha que la de la espalda, y se frunce ligeramente en varias hileras al empalmar las dos piezas. La casaca tendrá así algo de amplitud y el pecho no sobresaldrá de un modo poco gracioso. Además, con el fin de que el hombro quede bien en su sitio, pueden ustedes mantenerle con una cinta estrecha cosida por debajo de la costura en el revés.

No se ponen orillas al «jumper» con franjas de canalones «al revés y al derecho», como se hacía antes. El borde, trabajado como el resto, está sencillamente mantenido por dos hileras de bridas hechas a gancho.



Consultorio de belleza

UNA CONSULTANTE

Debe consultarlo con *él* antes de hacerlo, pues aunque creo estará usted mucho más guapa, su rostro sufrirá un cambio enorme con el pelo rubio, y puede que no le guste. El producto que usted me indica deja el pelo muy bonito, aunque no la puedo asegurar el que, a fuerza de usarlo, no se la ponga áspero. También hay el Jugo de Rosas en lápiz; pero deja los labios más bonitos el líquido, y es más disimulado.

LILÍ MELÉNDEZ

Siento mucho tener que decirla que me es imposible complacerla en su primera pregunta. Respecto a la segunda, basta con que pida el Sudoral.

SOÑADORA

No es necesario; puede sustituirlo por agua muy fría. No me atrevo a aconsejárselo, dado la delicadeza de su cutis. ¿Por qué no lo consulta con el médico? Nadie mejor que él puede decirla si la conviene o no. Eche en el agua unas gotas de esencia de limón y verá cómo nota un gran alivio.

PUEBLERINA

Señorita: Muchas gracias por sus amables frases hacia COSMÓPOLIS. Desde luego, ya sabía yo que el Humo de Sándalo favorece mucho; por eso se lo recomendé. Reciba mi más cordial enhorabuena. ¿Se lava usted la cara con jabón? Seguramente la salen por eso. Pruebe a no usarlo, a ver si así le desaparecen.

QUINCE AÑOS

Si no quiere usted quedarse sin pestañas, deje de usar eso. ¿Cómo no ha comprendido que tiene que perjudicarla? Dese un buen cosmético y déjese de compuestos caseros. Unas fricciones con alcohol la sentarán bien. Con los polvos Freya y el Arrebol se logra un tono de color delicadísimo.

ENAMORADA

No, señorita. En esta revista no se ha recibido su primera carta. ¿Está usted segura de haber puesto «Para el Consultorio de belleza»? Como no me indica usted cuándo es, no sé si llegará a tiempo mi contestación; pero, de todas suertes, le diré que en la Casa Hidalgo encontrará bomboneras en cristal tallado que son muy bonitas y a propósito para un regalo de esa categoría.

L. R. S.

No me ha sido posible complacerla en sus deseos, puesto que ha olvidado darme los detalles necesarios para ello. ¿Quiere usted indicarme sus señas? De otra forma no podré dar la nota en nuestra Administración. Me extraña mucho no lo encuentre, puesto que lo tienen en todas las buenas perfumerías. ¿Ha preguntado por él en la de Álvarez Gómez?

MARIBEL

Consejos útiles

PARA LA ADQUISICIÓN

de alhajas, medallas, escapularios, artísticas esculturas de marfil del Sagrado Corazón, Purísima, etc., y relojes tengan presente los señores compradores la Joyería de Pérez Molina, Carrera de San Jerónimo, 29, Madrid, de gran confianza. Teléfono 12.646.

RECOMENDAMOS A NUESTROS LECTORES

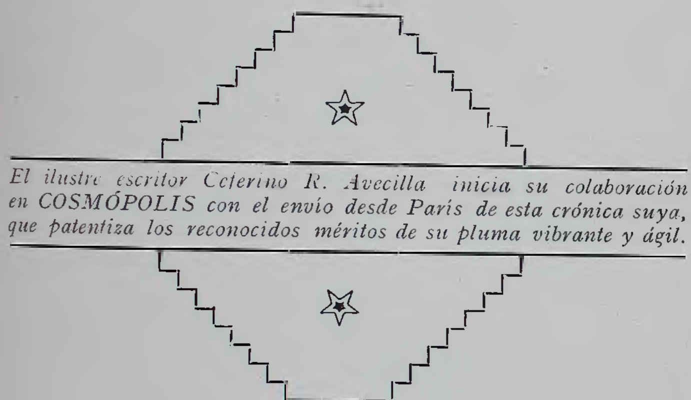
Dulces para bodas y cruzamientos, y Bombones de la CASA HIDALGO, Barquillo, 9. Teléfono 19.332.



VIÑETAS DE PARÍS



CARICATURA DE CEFERINO R. AVECILLA, ORIGINAL DE BON



El ilustre escritor Ceferino R. Avecilla inicia su colaboración en COSMÓPOLIS con el envío desde París de esta crónica suya, que patentiza los reconocidos méritos de su pluma vibrante y ágil.



La tradicional ramita de «muguet»



MAYO.
FLORECIMIENTO DE LA CIUDAD

En mayo se abren en París las florecillas urbanas, el *muguet*. El *muguet*, como todas las flores, no es sino un lírico producto de la fecundidad de la tierra. Pero en el fondo significa en los jardines lo mismo que las *midinettes* en la ciudad. Por eso, sin duda, es su flor. La *midinette* aparece en las Tullerías a las doce de cada mañana. Y el *muguet* aparece en París el día 1 de mayo, que es el mediodía de la Primavera. Para las *midinettes*, esta flor menuda, blanca y de vida breve—como la propia *midinette* y como la juventud, que es lo mismo—significa una necesidad imprescindible. La *midinette* espera su llegada el 1 de mayo con el mismo júbilo que un domingo de sol. Con el *muguet* se adorna a sí misma. Realmente puede que sea la flor de azahar de la *midinette*. O mejor aún. ¿Por qué mientras se la claven en su pecho cada día primero de mayo es felicísima la *midinette?* El drama de la vida de cada uno da principio cuando deja de adornarse con ramitas de *muguet*, lo mismo que el de todas las mujeres da principio en unas flores de azahar. Del otro lado de estas flores rinden las primeras crueldades de la vida. Cada muchacha que compra una ramita de *muguet* el 1 de mayo prolonga el sueño de su juventud durante el año.

EL PERRO AJENO

Pero a las *midinettes* ambiciosas no las basta con la voluptuosidad que les brinda el *muguet*. Las *midinettes* ambiciosas aspiran a la posesión de un perro de lujo, que es lo verdaderamente distinguido. El *muguet* es un adorno demasiado lírico. El perro, en cambio, le da

VIÑETAS DE PARIS



Los cantantes vascos (Foto Agencia Española)

quemar muertos en el cementerio del Père Lachaise y el funicular de Montmartre. La cremación va a hacerse en lo sucesivo bajo un lírico comentario de un gran órgano que acaso contribuya a quitar emoción a la lúgubre ceremonia. En cuanto al funicular de Montmartre, se le acaba de sustituir por unos autobuses que es un medio de transporte menos popular en la colina sagrada momentáneamente.

En lo que hace referencia a la instalación del órgano en el cementerio, han sufrido un gran error los peritos de la necrópolis. El órgano es un organismo escandaloso que ha perdido en París toda su venerabilidad religiosa. Al órgano le ha sometido el cine a una renovación de conceptos. El órgano no conserva en París ningún prestigio religioso. Ya no evoca el *Tantum ergo*, sino las noches irisadas del *Gaumont Palace* y del *Teatro Paramount*, que es donde se expanden las voces de los dos órganos más populares de París. En estos dos órganos han nacido los contrapuntos de las melodías americanas que se retuercen en todos los *dancings* de Europa. De manera que

al mundo testimonio de la buena fortuna de su amo; un perro de lujo es el término medio entre el madrigal, que es lo mismo que el *muguet*, y el collarcito de perlas, que es lo mismo que el Citroën. Y aun son anuncio próximo. Un perro de lujo es, en la mayoría de los casos, el testimonio de las aspiraciones de una *midinette*. La cama de madera y el gramófono y el abrigo de pieles son las aspiraciones reglamentarias de las chicas modestas. El perro de lujo, la expresión de la victoria en las mujercitas con aspiraciones, quizá desproporcionadas.

Por eso una exposición de perros es en París un espectáculo muy interesante. En la que se acaba de celebrar han coincidido los nombres más famosos del *todo París* que constituyen los extranjeros y las extranjeras célebres. Como corresponde al triunfo de las nuevas orientaciones estéticas y aun mundanas, han sido premiados los perros más desagradables. Sus dueños hubieron de recibir más felicitaciones que si los animalitos hubieran sido obras suyas.

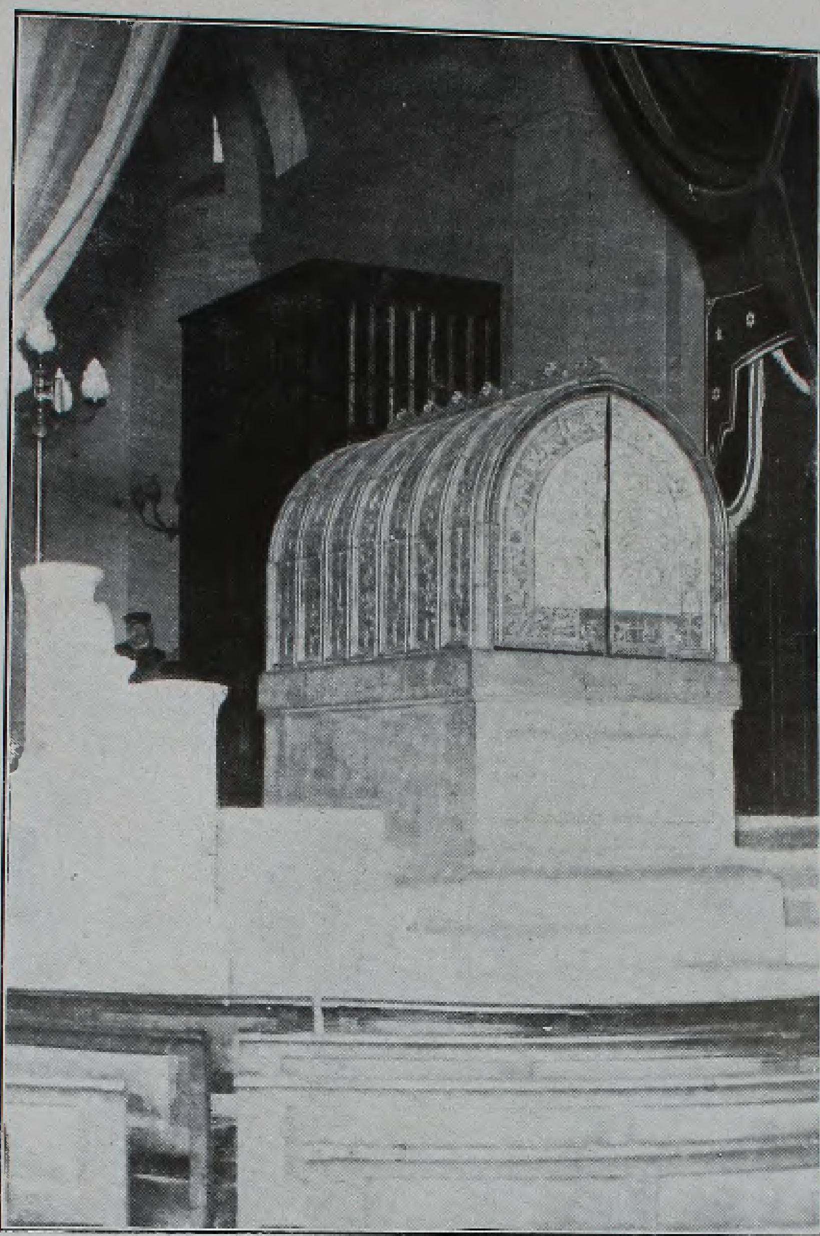
LA MUERTE Y LA VIDA

En las últimas renovaciones de París se han modificado dos tópicos; son, a saber: El silencio del horno para



El funicular de Montmartre (Foto Meurisse)

VIÑETAS DE PARÍS



El horno crematorio del cementerio del Père Lachaise y los órganos nuevos
(Foto Agencia Española)

instalar un órgano junto al arco de las cremaciones del Père Lachaise constituye una terminante irreverencia representativa. En cuanto a la desaparición del funicular, es asimismo una falta de respeto. Estaba tan vinculado en la colina sagrada como el *Moulin de la Galette*. He aquí que el mundo envejece tanto ante nuestros ojos, que no es lícito lamentar en nombre de la tradición la muerte de los funiculares.

MUSEO DEL TRAJE

Unos vascos increíbles han descubierto sus danzas en París desde la escena del teatro de los Campos Elíseos. Como es típico tratándose de figuras de una región con ambiciones étnicas, fueron recibidos exaltadamente. En realidad, lo más curioso de la fiesta eran los trajes con los que los vascos de Francia y los vascos de España aparecieron ante nuestros ojos.

No abrigo la sospecha de que aquellos trajes no correspondan a los que en realidad se usan en Vasconia. Es posible que se tratara de dar ocasión a un artista del país para el lanzamiento de fórmulas de indumentaria que vigoricen las personificaciones individualizadas de la región. En realidad, la fantasía de aquellos trajes es tan deslumbradora como la de los figurines más exaltados de una revista del Casino de París. Claro que esta afirmación, que es quizá demasiado aventurada, me pertenece y no corresponde a despecho alguno de los espectadores de la fiesta, gentes de una buena fe realmente ejemplar. Si, en efecto, los vascos usan tales trajes en el transcurso de la vida corriente, debiéramos hacer uso de ellos todos los españoles. Un país vestido de tal modo produciría la impresión de felicidad que hace dulce la vida. Por eso desde la noche de la fiesta sospechamos que Vasconia es realmente un paraíso. Para la contemplación impasible de aquellos trajes hay que disponer de un corazón limpio de ironías y de mofas, venenos en los que tiene su origen la civilización, por desdicha nuestra.

Ceferino R. Avecilla
París, abril 1929.



De la exposición canina internacional (Foto Agencia Española)

una noche en milán...

Ilustraciones de SERNY.

Novela corta, original de López de Haro

rovillar



PENAS entró en mi despacho, recordé perfectamente que les había conocido, a él, Jacobo Rovillar, y a su mujer, Laura, durante un viaje de Barcelona a Madrid. Sus fisonomías y sus nombres hubiesen emigrado de mi memoria, no retenidos en ella más tiempo que en el espejo una imagen, si no acontece algo insólito. Y esto fué como sigue. No bien hubimos cambiado algunas palabras—esas primeras palabras tímidas que inician la charla en los viajes—, la mujer de Rovillar me iluminó con su mirada ambarina y me dijo:

—Le he reconocido al verle. Es usted el autor de *Sirena*.

Una centella de odio, un deseo súbito de matarme, de fulminarme, brilló en los ojos de Rovillar, clavados en los míos ferozmente. Le sostuve la mirada, esperando la impertinencia que iría a proferir el impulsivo, y vi, contrariamente, que se aclaraba su semblante, en seguida animado por una sonrisa cordial. Mi compañero de viaje habíame mostrado en dos momentos su doble condición de troglodita salvaje y de caballero bien educado.

—Por los retratos—dijo—le ha identificado mi mujer. Yo también sabía a qué atenerme en cuanto a nuestra buena suerte en este viaje.

Devolví la fineza y todo fué bien de allí en adelante. Los Rovillar se comportaron exquisitamente amables; en el restaurante me obligaron a sentarme a su mesa, él me obsequió discreto y ella halagó mi vanidad con sus lisonjas de lectora. Quisieron ambos, en fin, ganarse a toda costa mi simpatía. Y, sin embargo...

Yo, al principio, había tomado a Rovillar por inglés, según era su circunspección, su complexión de deportista y su elegancia sobria. Era alto, de facciones nobles, quijada de vo-

una noche en milán

luntarioso, dientes firmísimos y frente ancha, rayada por los surcos de alguna profunda labor intelectual. Tenía las sienes deprimidas y el cabello agrisado. Un inglés que vendría a estudiar algo en España, la explotabilidad de unas minas de hierro tal vez. Pero en cuanto le oí las primeras palabras comprendí que se trataba de un español, casi seguramente sevillano. Después supe que era malagueño e hijo de inglesa. Mis suposiciones no habían sido descaminadas del todo.

En cuanto a ella... El pintor más hábil, más dueño de su medio de expresión, fijaría en el lienzo genialmente la clara alegría de sus ojos rasgados, la suavidad y finura del cutis, la carnalidad candente de la boca terriblemente femenina, y, en suma, concedamos el prodigio de que el pintor lograse perpetuar el trasunto de un mohín de Laura. Pues al volver su mirada al modelo se encontraría con que aquélla era «otra mujer». Y así cien veces que el intento se repitiera. Laura, como el mar, no tenía un instante igual a otro instante; Laura era una de esas mujeres proteicas, siempre sorpresa y novedad, que por sus encantos escapadizos e inagotables, por su mutabilidad de esfinge, se hacen amar locamente.

Locamente, dolorosamente. Me hice pronto cargo de la situación. Rovillar era un hombre de claro talento y pasiones violentas que vivía a un tiempo mismo en el cielo y en el infierno de amar a una mujer semejante a una llama, que, sin dejarse nunca aprisionar, a quien abrazarla intenta, lo devora. ¡Desventurado hombre! No era el celoso vulgar que me hizo suponer su primer gesto; sencillamente era un condenado. No había ninguna razón para quererle mal.

Cuando entró en mi despacho pasado un año, tal vez más tiempo, desde el viaje aquel, le reconocí inmediatamente, sin que me desorientara su avejentamiento prematuro. Había encanecido completamente—hebras de platino que él peinaba hacia atrás, hebras de platino como para recibir descargas eléctricas—, se deprimieron más las cuencas nacáreas de sus sienes y el vampiro de la neurosis parecía haberle chupado la sangre. Con todo, las dos cuentas grises de sus ojos conservaban aquel brillo inolvidable. Eran como dos bolas bruñidas y relucientes, con los reflejos vívidos de dos bolas extraídas de la caja de bolas de una rueda de automóvil que hubiese corrido mucho. Este detalle de sus pupilas torvas, metálicas, de un gris único, era el signo de identidad de aquel hombre, que tendría el alma con el temple del acero diamante. La neurosis visible le consumía la carne; pero la lima de la neurosis no entraría en el acero durísimo de su alma.

—¿Me recuerda usted?

—Complacido. Siéntese, señor Rovillar, y respire, descanse. ¿Acaso no funciona el ascensor?

—No es eso. Despierto con este mismo cansancio. Me agoto.

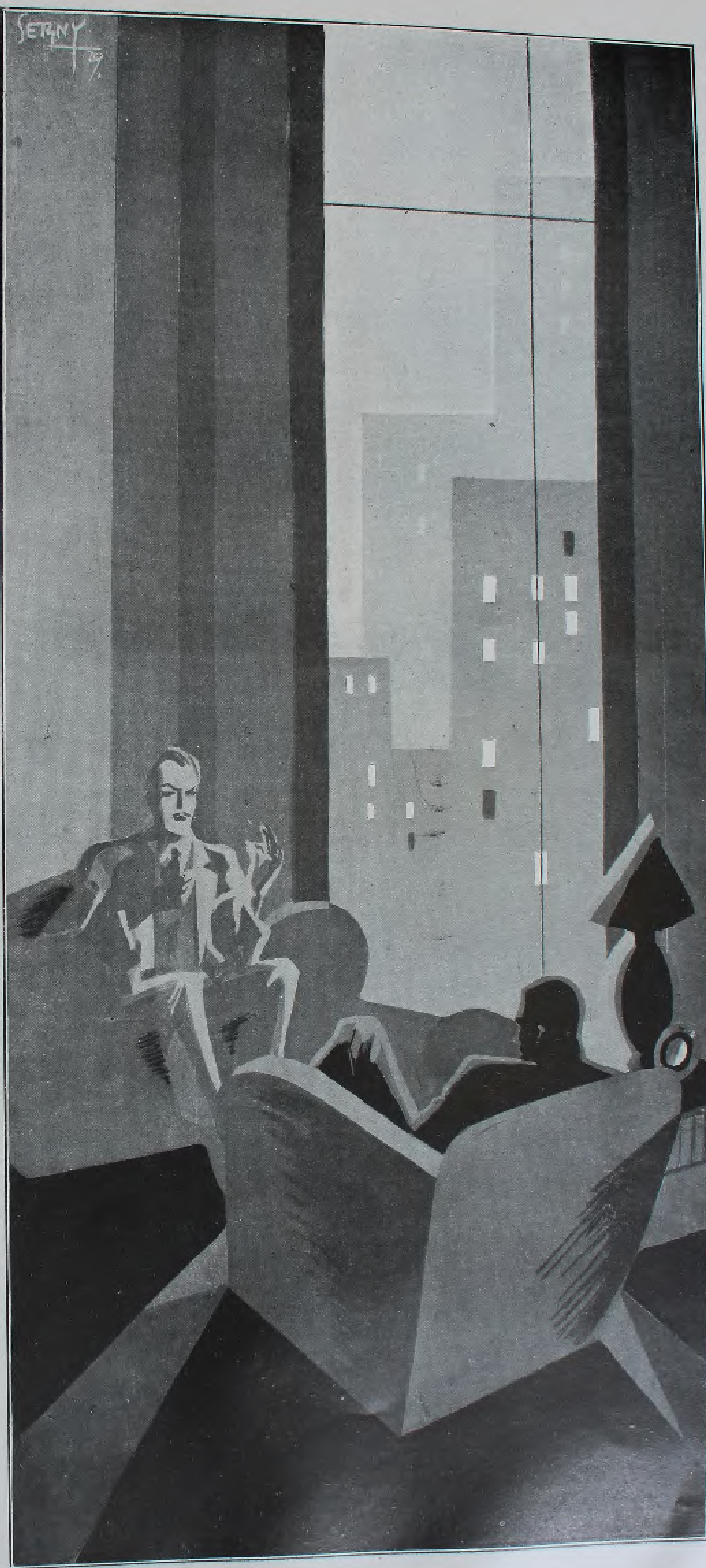
—¿Del mucho trabajar?

—¡Bah! Usted sabe que no. Hablemos sin miramientos ni eufemismos, que de otro modo no nos vamos a entender.

—Hablemos como usted quiera. Ante todo: usted, ¿a quién busca? ¿Al abogado? ¿Al novelista? ¿Al hombre?

—A los tres. El hombre oirá, el novelista analizará, psicoanalizará, si vale la palabra, y el abogado, finalmente, dará su consejo.

—Está bien, señor Rovillar. Expóngame usted su caso.



una noche en milán



el crimen

—Lo primero invoco el secreto profesional, exijo la palabra de honor. Necesito la seguridad de que puedo hablar sin temores.

—Si usted lo duda, no siga.

—Tiene usted razón. Perdóneme. Me perdonará en cuanto sepa que soy un delincuente impune. ¡Oh! Está bien asegurada mi impunidad. Medité bien mi crimen, lo proyecté cuidadosamente, atendiendo a sus detalles más menudos; busqué un modo simplificado y seguro. Lo más difícil fué obtener el *arma* homicida. En posesión de ella, mi delito no requería más precauciones. No ha quedado ningún indicio, ninguno. El detective más sagaz fracasaría en la investigación. He suprimido a una persona, la he ejecutado sin tocarla. Le aseguro a usted que soy un gran artista, un virtuoso del asesinato.

La mueca de Rovillar, al sonreír, quiso ser cínica y fué lamentable no más.

—¿Su mujer?—se me escapó la pregunta.

—¿Está usted loco? ¿Imagina usted que yo haya matado a mi mujer?

—Si a ella no, por ella.

—Eso es ya dar en el blanco. Por ella.

—No me sorprende. Le vi a usted en los ojos el impulso reprimido de matarme a mí.

—¡Y a todos los hombres a quienes ella miraba! Uno tenía que ser. ¡Uno! Lo peliagudo era averiguarlo, identificar al que fuese. Uno tenía que ser. ¿Existía? ¿Había existido? Pero estos problemas pertenecen a la prehistoria de mi crimen. Debo hacer la exposición metódicamente. Soy un mal novelista.

—No lo crea. El mejor novelista es la espontaneidad. Siga usted.

—Digo que he asesinado a un hombre, y esto es empezar por el final. No importa. Es lo interesante. He suprimido a un semejante y estoy absolutamente seguro de que la Justicia humana no lo sospechará jamás. Ahora bien: yo me siento en deuda con los demás hombres. ¿No sería mejor que liquidase ante ellos este asunto?

—¿Usted sabe lo que se juega?

—Todo. Pero, ¿y si la Justicia de los hombres me absolviese? A tratar de eso he venido; a plantearle a usted mi problema, a confesarle mi crimen, para que usted vea si se puede hacer una defensa eficaz.

laura

Para irse orientando conviene que forme usted una idea del modo de ser de mi mujer. Sus antecedentes no son vulgares. Aunque hoy es irresistiblemente femenina, tiene una historia de virago. De niña no jugó nunca con las muñecas ni cantó, danzando al corro, las canciones infantiles; no representó esas comedias de las niñas que imaginan ser ya mujeres. Laura buscaba la compañía de los muchachos de su edad y con ellos se dedicaba a las travesuras más endiabladas, aventajando en ellas a los más cerriles. Ninguno escalaba un seto, ni trepaba a un árbol, ni burlaba a un hortelano tan audazmente. En el juego de pelota, en el marro, nadie tan ágil e incansable; en las riñas,

una noche en milán

ninguno tan valiente. En las pedreas, combates primitivos, lapidarios, el guijarro que lanzaba su honda era un proyectil certero y temible. Le tenían miedo a la rapaza sus camaradas del otro sexo, y en el pueblecillo donde pasaba los veranos llegó a ser famosa por sus barrabasadas y fechorías. Sus padres intentaron vanamente modificar los instintos salvajes de aquella criatura indócil, inevitablemente expulsada de todos los colegios de señoritas. Asustaba a las monjas con sus diabluras y escapatorias. Una vez se evadió, valiéndose de las sábanas de su lecho para descender por la fachada desde un tercer piso, y otra le prendió fuego a la provisión de leña, para fugarse aprovechando la confusión. Por último, otra vez se tiznó la cara, se hizo con su cabello unos cuernos y, vistiendo una especie de *maillot* de percalina roja que se había cosido clandestinamente, salió del dormitorio a media noche, sembrando el espanto en educandas y reverendas, con lo que pudo escaparse lindamente. Sus padres, vencidos, la dejaron, en fin, campar por sus respetos y educarse como un varón.

De cuya condición no la separaban casi las apariencias. Laura se crió cenceña, sucinta de líneas y dura de músculos, sin ningún carácter femenil en sus formas ni en sus ademanes. Ni siquiera parecía un muchacho guapo. Sus padres y sus parientes empezaron a considerarla como un ser anormal que, llegado a la edad adulta, sería un esperpento, y en los senos espirituales de lo inconfesable, diremos con más propiedad, en su subconsciente, acariciaban la esperanza de que en la crisis de la pubertad se muriese de una anemia o de una tuberculosis bienhechora.

Todo esto me lo ha contado ella muchas veces. Le complace recordarlo y revivir las emociones de aquella época de su vida. Hay episodios cuya evocación la hace vibrar como si aconteciesen de nuevo. Mi mujer tiene gran facilidad para situarse imaginariamente en el pasado. No pierda usted esto de vista. La deleita hablar de sus hazañas de marimacho. La última es interesante. Al pueblo serrano donde veraneaba con su familia concurrió aquel año por primera vez un muchacho a quien los habitantes recibieron con fiera hostilidad. El recién llegado se presentó con humos de superioridad y de desdén, malquistándose en seguida; pero a la primera provocación respondió tan bravamente que se hizo el amo. Todos eran sus amigos por temor y él ejercía una tiranía de reyezuelo: se jugaba a lo que a él le placía y no se hacían más excursiones que las dispuestas por su iniciativa. Así Laura, cuando llegó, unas semanas más tarde, se encontró ocupado su puesto; usurpado, pensó con indignación. Vió al desconocido, como de su edad y estatura, y lo desafió inmediatamente. El mozalbete, que era todo un caballero, tenía unas fuerzas y una serenidad insospechadas. Se limitó a contener el ataque de la muchacha, a la que hubo de atarazar asiéndole los brazos.

—A ti no te pego, porque eres una niña.

Laura se debatía, retorciéndose como un tigre cogido en el cepo, sin conseguir zafarse. Las manos del enemigo parecían de hierro.

—No seas tonta, que te vas a lastimar.

Ella, furiosa, acudió al medio, poco noble, de darle a su adversario puntapiés en las espinillas, y él entonces la atrajo, la abrazó y la domeñó tan eficazmente como si le hubiese puesto una camisa de fuerza. No le valió morderle, rabiosa. El muchacho, aunque corría su sangre, no perdió su sonrisa de dominador.

—Eso no está bien, pequeña. Si lo haces otra vez, te baño.

Y como lo hiciera, la tomó en brazos y pataleando la zambulló en el pilón de la fuente. La chiquillería celebró el suceso ruidosa, cruel, como todas las multitudes.

Tal contumelia recluyó a Laura en su hogar. Nadie volvió a verla con sus antiguos camaradas. Recoleta, ensimismada durante algún tiempo, inquietó a sus padres, que no se podían explicar tan brusco cambio en su modo de ser. Temieron el trastorno histérico previsto. Pero Laura desmintió una vez más todas las presunciones, haciéndose rápidamente una mujer. Sus modales, sus gustos, todo su ser tomó una nueva dirección. Al mismo tiempo, su rostro se embelleció como por magia y sus líneas se agraciaron y definieron casi en el tiempo que tardaría un escultor en modelarla. Un año después, al cumplir Laura los catorce, nadie hubiese reconocido al virago de otrora en esta doncella hermosa y delicada.

Yo la conocí—siguió diciendo Rovillar—seis años después y me enamoré de ella, contra todos los dictados de mi corazón. Me enamoré de ella, pese a la oposición de mi voluntad; me enamoré de ella absurdamente. Me decía yo entonces que aquella mujer tan bella no tenía alma, y, si la tenía, la escondía tanto que era como si no la tuviese. En todo momento parecía ausente de nuestra conversación, y hasta cuando yo le hablaba de amor con el acento más ardido, sus respuestas eran incongruentes, de muñeca, sin sentido. En momentos quedaba ella inmóvil, perdida en lejanías su mirada, y al volver a mí su atención, la sorprendía que estuviese yo allí y se alegraba «al encontrarme». Entonces, mimosa, deliciosamente coqueta, me abandonaba una de sus manos, que yo oprimía dichoso. Pero al día siguiente era necesario volver a empezar. Todos los días era necesario volver a empezar. En mi ausencia se olvidaba de mí, desaparecía yo de su mente como la marea borra el nombre que se escribió en la arena de la playa. Y aquella lucha mía por llegar a sus sentimientos y dejar en ellos una huella indeleble asumió todas mis energías y me encadenó para siempre. El amor es eso: conquista. El amor es eso: afán.

El amor es también victoria. Una tarde, a la orilla del mar, Laura me dijo que me quería. Me lo dijo gravemente, solemnemente. Nos casamos pocos meses después.

el primer indicio

Durante los primeros tres años de matrimonio—siguió Rovillar—fuí feliz. Mi mujer se mostraba sumisa, amante y alegre. Coincidieron todas nuestras aficiones: le gustaban las artes, como a mí; le gustaba viajar, como a mí. Hemos viajado mucho. Conocemos casi todas las ciudades de Europa y de Oriente; hemos visitado los principales Museos, hemos oído a los mejores cantantes y virtuosos y hemos leído juntos los libros más notables. Ya creía yo saber a qué atenerme en cuanto a esa aparente volubilidad de Laura que a usted, como a todo el que no la conoce bien, le desconcertaría. Es, pensaba yo, una movilidad exterior, algo como un juego de luz de sus ojos, semejante a la cortina de luz del arco iris. En el fondo, insistía mi optimismo, hay una mujer que me ama. He de confesarle a usted, empero, que nunca había yo conseguido de Laura esa mirada diáfana y profunda de la mujer que se siente nuestra en absoluto. Pero atribuía yo a mi torpeza el no haber llegado a tal perfección. Debía estudiar más a mi mujer; no la comprendía aún. Y el afán de vencer, de lograr, mantenía más vivo mi amor. ¡Esperaba el éxito, que sería glorioso! ¡Ilusiones mías! Laura no me ha rendido nada sinceramente. Su vida, su alma, han permanecido insensibles detrás de la máscara de su belleza indefinible. Quisiera hacerme entender. Ella no mentía. Ella engaña siempre al objetivo del fotógrafo, que no consigue nunca un retrato suyo que le sea fiel. Así yo tampoco tenía de mi mujer más que las fisonomías infinitas, mudables, efímeras, que en todo momento esconden inaccesible su vida interior.

Otro fenómeno significativo: Enamorado de ella, calcule usted si la habré mirado. Debía ya estar su imagen en mis retinas tan fija, tan nítida e inalterable como en el esmalte de una miniatura. ¡Y no es así! En cuanto me separo de ella, ya no sé cómo es mi mujer.

Pero le iré fastidiando a usted con mis divagaciones. Está usted pensando que soy un enfermo de monomanía.

—En momentos sí y en momentos no.

Estábamos de frente, en sendas butacas, Rovillar y yo. Rovillar vestía correctamente un traje obscuro, listado; sus zapatos brillaban impecables, el nudo de su corbata era discreto. Ningún signo de desorden en su aspecto ni en su aliño. Sus maneras y su voz... como si hablase de negocios. Únicamente en sus pupilas de color del mercurio había esa vivacidad de las gotas de mercurio que tiemblan en la palma de la mano. Continuó.

—Vamos al primer indicio. Pongamos la escena. Sucedió en nuestro retiro serrano, en nuestra casa entre los pinares del Guadarrama. Un saloncito plácido. Divanes anchos, butacas profundas. Molicie. Una chimenea en cuyo hogar crepitan unos troncos. Las grandes ascuas han formado grutas rojas, diminutos infiernos. Frente a la chimenea, el ventanal es un cuadro fantástico. Luz de plenilunio sobre la nieve. Recórtanse netas y brillantes las montañas; en sus laderas, la luna repuja, graba y niela las arboledas, los caminos, los albergues. Silencio.

Laura y yo, después de una jornada de alpinismo, hemos merendado fiambres y hemos bebido champaña. Hora inolvidable. Ya, al grato calor de la chimenea, nos abandonamos a una muda laxitud. El tiempo pasa lentamente.

una noche en milán

Laura, la nuca sobre las manos entrelazadas, la mirada quieta, parece estar contemplando, a través de la techumbre, algún astro lejano. Yo digo:

—¿Oímos música?

—Como quieras.

Capto en mi aparato de radiotelefonía una onda. Sintonizo. La audición es limpia, perfecta. Milán. Transmiten una ópera cantada en el teatro de la Scala. Maravilloso. Oímos, como si estuviésemos en un palco del teatro, el primer acto de *Carmen*.

Casualidad. En nuestro último viaje por Italia estuvimos Laura y yo en Milán y oímos en la Scala esta misma ópera. Sin esfuerzo ahora podemos suprimir el tiempo y revivir una hora pretérita. Todo es igual: la orquesta, la voz de los cantantes...

—Deben ser los mismos—digo yo.

—Los mismos—dice Laura—, estoy segura.

—¿Te acuerdas de aquella noche en Milán?

—¡Oh!—se ha estremecido mi mujer—. Me acuerdo.

Transcurren unos minutos. La ópera sigue; las melodías llegan a través de los espacios, salvando el mar, brillantes, puras. La memoria de nuestro segundo sentido influye, vigorizando el recuerdo en los demás, de tal modo que todo se reproduce con la misma exactitud que el sonido. «Vemos» los dos la sala del teatro como la vimos. Laura se ha vuelto a estremecer.

En aquel momento—afirmó Rovillar—yo tuve la seguridad de haber captado una idea de mi mujer como había poco antes captado la onda. Mi mujer enviaba un pensamiento, emitía un mensaje, y mi alma, antena sensibilísima, percibía la vibración. Sencillamente, mi mujer había pensado en otro hombre y yo había interceptado su pensar. ¿Lo duda usted, novelista?

—En esa materia yo no sé ni afirmar ni negar. Observo, estudio, espero. Esa es mi posición.

—Mi mujer estaba pensando en otro hombre. La llamé bruscamente.

—¡Laura!

¿Irá usted a poner en duda lo que voy a decirle? Le digo que *vi*, con mi pensamiento en el pensamiento de Laura, la sombra fugitiva «del otro», como en la noche se vería la sombra fugitiva de un ladrón. Mi mujer se incorporó, sobresaltada.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

—Nada. Perdona. Me había parecido no sé qué, como si hubieses caído en un síncope.

—Me has asustado.

—Perdona, perdona.

Se levantó, fué al aparato y lo desconectó.

—No quiero oír más.

El altavoz tendría para ella el sonido implacable de la voz de un fiscal; la acusaba el altavoz. ¿No lo cree usted así, novelista?

—Todavía no creo nada. Escucho.

—Mi mujer, a los pocos momentos, añadió:

—Tengo un dolor de cabeza horrible. Hasta mañana.

Y se retiró.

una noche en milán

Recordé. Nosotros habíamos llegado a Milán la noche anterior. Aquella mañana la empleamos en visitar la catedral, comimos en el hotel y fuimos a tomar café en uno de los de la Galería famosa. El espectáculo de esta calle singular nos interesó mucho por su animación, de un cosmopolitismo pintoresco. Nos pareció que allí las modas femeninas llegaban a una especie de exaltación y nos complació escuchar, sobre la greguería de idiomas diversos, la eufonía del italiano. Luego fuimos al teatro de la Scala.

Como auxiliar de mi remembranza hice funcionar de nuevo el aparato de radiotelefonía, si bien con la mínima intensidad; que no lo oyese mi mujer, cuyo dormitorio estaba en el piso superior. El segundo acto sonaba tenuísimo. Lo bastante fuerte, sin embargo, para que cada nota polarizase uno de los registros de mi memoria. Ni en la calle, ni en el hotel, ni en el teatro vi yo, en Milán, aquella vez ninguna persona conocida. Podía asegurarlo. Y Laura debía haberle visto «a él» en Milán. Luego él no era conocido por mí.

Adivinaba yo lo sucedido. Nosotros teníamos, cerca del escenario, un palco desde el que veíamos al público casi de frente; pero la sala del teatro es muy grande, por lo que no resulta fácil, ni mucho menos, distinguir entre la multitud de caras alineadas y espesas, como granos de mazorca, la de una persona conocida. Mi mujer, que ya había oído cantar *Carmen* muchas veces, dejaría flotar su mirada sobre aquella muchedumbre. Al mismo tiempo, aunque sin interés, oía mi mujer el canto y la orquesta. Puntualizo este detalle porque es trascendental. De pronto mi mujer descubriría en el entrevero de la concurrencia al hombre, al otro, «a él», y la impresión sería fuerte, profunda. Yo, atento al escenario, no me dí cuenta de ello. ¡Qué lástima! Si atrapo el indicio, mis investigaciones se habrían simplificado. Digo que mi mujer le vió «a él» en el momento mismo en que la tiple cantaba llorando. Por eso, al repetirse esta otra noche de mi descubrimiento las notas aquellas, Laura fué asumida por su recuerdo hasta quedar absorta, dando lugar a que yo le viese a ella la figura del otro en el pensamiento.

Seguí recordando. ¡Ah! Aquella noche supe yo mucho más. Supe que mi mujer había pensado en el otro siempre: cuando yo la pretendía, cuando fué mi novia y más insistentemente desde que era mi mujer. ¡Sí, sí! Pensaba en «el otro». ¡El otro! ¿Quién era? ¿Dónde estaba? Ahora comprenderá usted por qué relampagueaba en mis ojos el deseo de matar cada vez que Laura miraba a un desconocido.

—Eso no tiene importancia—le dije yo a Rovillar—. Que usted, celoso de un desconocido, lo quisiera descubrir en cada uno, no tiene importancia. Lo que sí tiene importancia y grande es la explicación que le vamos encontrando a esa especie de neblina áurea, hecha en las partículas de luz de sus ojos, del humo de sus cautelas, del polvillo sutil de sus sonrisas de *xana*, que oculta siempre, aun para ella misma, el verdadero sentir de su mujer de usted. ¡Cuándo llegaremos a conocer al otro «yo» que cada hombre lleva dentro de sí mismo! Maeterlink le llama «el huésped desconocido», los psicoanalistas el subconsciente, los teósofos... ¿Y si acertaran aquellos místicos que le llaman sencillamente la atención?



Una noche en milán

la búsqueda

Rovillar continuó de esta manera:

—Desde que estuve en posesión del primer indicio, mi obsesión fué buscar al otro, al rival, y suprimirle. ¿De qué datos podría yo partir para eso? Ninguno podía obtener de Laura. Que ella sospechase mi lucha interior hubiera sido por mi parte la más funesta de las insensateces. A nadie, por otra parte, podía hacer confidencia de mis intenciones. La averiguación había de ser, por lo tanto, cosa mía nada más: cosa de mi observación, puesta a tomar buena nota de cualquier detalle, y de mi razón, puesta a deducir con sagacidad.

A una sola eventualidad podía fiar mi empresa. Si andando los días encontrábamos por el mundo «al otro», la emoción vendería a mi mujer. Mi sistema, pues, debía consistir en hacerla ver el mayor número de personas posible y en observarla en cada momento. No puede usted imaginar, señor novelista, cuál ha sido mi vida durante estos tres últimos años. Tres años de un continuo alerta, de un acecho incesante, de una tensión de mis nervios espantosa.

Hemos viajado sin reposo. Hemos recorrido todas las playas de moda, todas las ciudades adonde, por cualquier motivo, afluyese el turismo mundial; he escrutado millones y millones de hombres de todas las nacionalidades; mis ojos han trabajado más que los ojos de las obreras que buscan los granitos de oro en las arenas del Sil. Y vea usted otro síntoma elocuente: El viajar divierte en cierta medida; pero con exceso, cansa. Sólo viaja sin fatigarse quien persigue algo: la fortuna, el amor o la verdad; sólo son viajeros incansables los codiciosos, los aventureros y los sabios. Se comprende que yo me entregase a la pasión del errabundeo inacabable. ¿Y ella? Ella parecía dominada por la misma obsesión; ella proponía siempre la nueva partida; ella sentía el afán ambulatorio con más inquietud que yo mismo. «¿Nos vamos?» «¿Qué hacemos aquí?» «Ya me he cansado de esto.» Y algunas veces esta otra frase significativa. «Aquí ya lo hemos visto todo. Marchemos.» ¿No se ve bien claro que ella «buscaba» también?

Buscaba. ¡Cuántas veces en la terraza de un hotel, en la tribuna de un estadio o en la sala de un coliseo, he espiado yo anhelante su mirar. En tales ocasiones, señor novelista, los ojos de mi mujer adquirían la fijeza inquisidora de los ojos de las aves que desde la altura, entre los grumos de la tierra, descubren su presa. Así, como un águila, inquiría en la masa de las multitudes.

«El otro», mi enemigo, no estaba en ninguna parte. ¿No existía quizás?

alma adentro

Puesto que no lo encontraba en caminos, villas ni ciudades, decidí buscarlo en el recinto donde siempre, para mi desesperación, se hallaba presente: en el pensamiento de mi mujer. Allí le descubriría de seguro. Ahora bien: ¿cómo entrar en la eleusis de un alma femenina?

La ganzúa de la sugestión oponía graves inconvenientes: el primero, la necesidad de confiar mi problema a un profesional del hipnotismo, y el segundo, que no hallaría yo pretexto razonable para someter a Laura a experimento tal. Las mismas razones impedían una exploración directa. ¿Qué hacer?

Yo no perdía la esperanza. De un alma a otra existe siempre la comunicación, como nos lo enseña la vida diaria. Dos personas nombran a una tercera que aparece como llamada; recordamos al amigo cuya carta nos llega en el correo del día siguiente; cien veces vamos a decir una misma cosa. En las muchedumbres es regla que haya un solo pensamiento subconsciente, y por eso las arrebata quien acierta a expresarlo. He aquí el secreto de los oradores y de los dramaturgos. La muchedumbre se sorprende al ver que otro ha alumbrado el venero de su ideal presentido, y se entusiasma. Los ejemplos pueden multiplicarse. Hay unas ondas psíquicas. La cuestión es captarlas. El Marconi de las ideas aparecerá, cambiando las normas de la civilización. El día en que nos veamos los unos a los otros las ideas ocultas, todos los problemas humanos estarán resueltos y la Justicia reinará sobre la tierra.

Yo no desesperaba. Pensando, pensando, pensando continuamente en ello, la fuerza de mi deseo de saber penetraría en el cerebro de Laura e iluminaría la figura «del otro» más sutilmente que los rayos X atraviesan los cuerpos opacos e iluminan la esquirla de acero escondida en las entrañas del combatiente. Yo no desesperaba.

Cuando tuve la idea de volver a Milán pude gritar, como el sabio de Siracusa: ¡Eureka! ¡Ya estaba! Ya no se me escaparía «el otro».

—¿Qué te parece, Laura, que volviésemos a Milán?

—¿A Milán?—vi el sobresalto en ella.

—Sí, a Milán. Conservo un recuerdo gratísimo de nuestra breve estancia en Milán. ¿Y tú?

Respondió «sin mirarme»:

—¿De Milán? Como de otra ciudad cualquiera, desde que estoy a tu lado, tengo gratos recuerdos.

Le espeté, rápido:

— El de Milán es único.

—¿Único? ¿Por qué? ¿A qué te refieres? ¿Qué quieres decir?

Se ponía Laura a la defensiva, preparaba sus réplicas.

—Será cosa mía solamente, mujer.

—Tú te entiendes.

—En resumen: no quieres que volvamos a Milán.

—¿Por qué no? Volvamos.

Este diálogo-sonda me salió bien. Era ya indudable que en Milán vió ella «al otro». Por primera vez en nuestro matrimonio, Laura se había colocado en actitud de contender. Si insisto, la disputa era inevitable. Pero, señor novelista, yo no me proponía eso solamente. Me proponía «preparar» la prueba de Milán. Todo corroboraba mis sospechas. Usted sabe, señor novelista, que nada nos es tan traidor, nada es tan fementido como nuestra actividad. En los preparativos, Laura olvidó, al hacer su equipaje, las cosas más necesarias, perdió las llaves de nuestras maletas, destruyó, creyendo que rasgaba un papel inútil, su pasaporte, rompió el espejo de su estuche de aseo e incurrió, en suma, en todos esos errores y olvidos indiciarios de que estamos haciendo precisamente lo contrario de aquello que quisiéramos hacer.

Interrumpí a Rovillar para preguntarle:

—¿Ha leído usted a Freud?

—No hacía falta—me respondió—. Los egipcios, los griegos, los romanos, no necesitaron que ningún Freud estudiase estos fenómenos para conocerlos e interpretarlos certeramente. Platón, si usted me apura, fué un precursor de Freud.

en milán

Llegamos a Milán—continuó Rovillar—y nos instalamos en el mismo hotel, hasta, por fortuna, en la misma habitación que la vez pasada. Puse buen cuidado en repetir uno por uno todos los actos de nuestro viaje anterior, que yo recordaba perfectamente. Fuimos a la catedral, comimos en el mismo comedor y tomamos café en el mismo café de la Galería. Mi mujer no se acordaba de nada.

—Lo veo todo—me decía—como si no lo hubiese visto antes. Todo se me había olvidado.

—Nuestra memoria—interrumpí de nuevo a Rovillar—elimina los recuerdos desagradables y más aún los peligrosos. Freud puro.

—Como usted quiera, señor novelista. Yo a los hechos me remito. Ya habrá usted supuesto que aquella noche fuimos al teatro de la Scala. Por desgracia, no cantaban la misma ópera. Temí que la ausencia de esta circunstancia hiciera fracasar mi plan. Teníamos un palco vecino al de la vez pasada. Laura, contra mis designios, empezó por sentarse de espaldas al público.

—Hay mucha gente—le dije—. La sala está muy bien.

—Sí, ya he reparado—dijo ella—. Pero el público «no es interesante».

—¿Por qué?

—Porque no debe ser época de turismo. No hay extranjeros apenas.

Me dijo esto sin volver la cabeza. Evitaba el peligro de mirar a una localidad, «a aquélla». Ahora no había subconsciente. Laura

evitaba mirar, ver, la localidad en que estuvo «el otro», a sabiendas. ¿No lo cree usted?

una noche en milán

Se reserva usted su opinión, que es la mía. Sigamos. Luego Laura me declaró que la ópera no le gustaba, que la cantaban muy mal, que se aburría.

—Además—dijo—, tengo sueño.

—Pues yo lo estoy pasando muy bien.

—Es extraño. Nunca te ha convencido esta obra.

Permanecimos, ella de espaldas al público, yo frente a ella, mientras duró la función. Dejé en absoluto de oír la música, al extremo de no darme cuenta cuando caía el telón. Ella estaba callada. Yo la miraba fijamente, obstinadamente. Nunca la he visto como entonces. Su rostro había perdido esa mutabilidad desconcertante que hace tan difícil recordarla. Estaba quieta, hierática, con estatuaria serenidad. Sus ojos claros tenían la fascinadora inmovilidad de los ojos de las figuras de cera. La observé avaro de un rictus, de un parpadeo, del suspiro menos perceptible. Nada. Clavé mi mirada en su entrecejo y formulé mi mandato mental imperiosamente. «¿En qué piensas? ¿En qué piensas? ¿En qué piensas? ¿En quién?» Mi voluntad repetía la pregunta sin palabras, como a golpes de martillo, como a golpes de machina. Laura dejó caer sus párpados lentamente.

Dejé pasar un tiempo.

—¿Te duermes, Laura?

—Sí. ¿Nos vamos?

Fuimos al hotel. Ella se durmió profundamente apenas puso la sien en la almohada. Yo tardé algún tiempo, pero, al fin, me dormí también.

el sueño

Al llegar a este punto de su narración, Rovillar no era el mismo hombre que una hora antes entrara en mi despacho. Era como si aquella hora, en vez de pasarla hablando, la hubiese pasado bebiendo champaña. En sus pupilas grises se advertía la turbiedad, y en su palabra las premiosidades de una borrachera en su primer período, en el *exacervatus*. En cambio, sus ideas adquirieron una velocidad eléctrica. En momentos, todo él tremaba como un bordón de arpa.

—Aquella noche—decía—tuve un sueño. Me he ejercitado en reconstruir y fijar mis sueños en el momento de despertar, como aconsejan los estudiosos de estos fenómenos oníricos que tan vasto horizonte ofrecen a la psicología moderna. Al abrir los ojos, antes de que ninguna idea lo deformara, escribí mi sueño, lo aprisioné en mi bloque de notas codiciosamente. Es una precaución necesaria. Consigné mi sueño con todos sus detalles, para más tarde someterlo a una interpretación. He aquí lo soñado: Veía a mi mujer al lado de un hombre que vestía el uniforme de la Marina mercante española. Retuve la fisonomía de aquel hombre, y en mi bloque de notas tracé, al despertar, un diseño de gran parecido; casi lo retraté; atienda usted a esto, novelista: casi lo retraté, yo, que no sé dibujar. Si no hubiese quemado las hojas del bloque le maravillaría a usted mi obra de arte. Decía que vi a mi mujer del brazo de un hombre que, según su uniforme, pertenecía a la Marina mercante. El éxito de mi prueba, llevando a mi mujer a Milán, era definitivo.

Lo sucedido era fácil de explicar. Yo, en el teatro, había conseguido llegar al escondido pensamiento de mi mujer. Ella, durante la función, pensó, como siempre, en «el otro», pensó en él intensamente, recordando que allí le había visto la vez anterior. En el mismo momento yo no vi el pensamiento de mi mujer porque era violentamente rechazado por mis celos; la transmisión mental fué perfecta; pero yo «no quería ver» lo que descubría en el pensamiento de mi mujer. Lo que no quise ver despierto lo vi soñando. Esto de soñar lo que «no hemos querido ver» es frecuentísimo. ¿No?

Ahora viene mi crimen, señor novelista. Desde aquel día mismo me dediqué a buscar al marino mercante. No fué una investigación muy laboriosa. Frecuenté los puertos del Mediterráneo, y a los tres meses de pesquisas, en Nápoles, di con mi hombre. Lo vi y lo reconocí en un cabaret. Era lo mismo, exactamente lo mismo, en la realidad que en mi sueño. Me informé secretamente. Mandaba un barco que pocos días más tarde debía hacer escala en Marsella. Lo esperé en Marsella. Allí me ingenié para hacerme su amigo. Era un hombre simpático, leal, era un buen mozo; merecía ser amado por una mujer como Laura.

Sin temblarme la mano le di aquel cigarrillo egipcio dentro de cuya boquilla había yo dejado caer varias gotas de un cultivo que contenía millones y millones de microbios del tifus.

Cuatro semanas más tarde se moría podrido, espantosamente podrido.

final

—Aquel hombre era...

—Era quien supone usted. Él me lo dijo cuando le di mi nombre y le hice saber quién era mi mujer. «Laura Vindel—exclamó—. ¡Qué coincidencia! La conocí cuando éramos chiquillos. ¡Diablo de muchacha! Capitaneaba un bando de rapaces arriscados. Recuerdo que me desafió y tuve que defenderme sujetándola. Aun así me dió un mordisco la fierecilla. La he recordado siempre. Después creo que se hizo una hermosa mujer.

. . . .

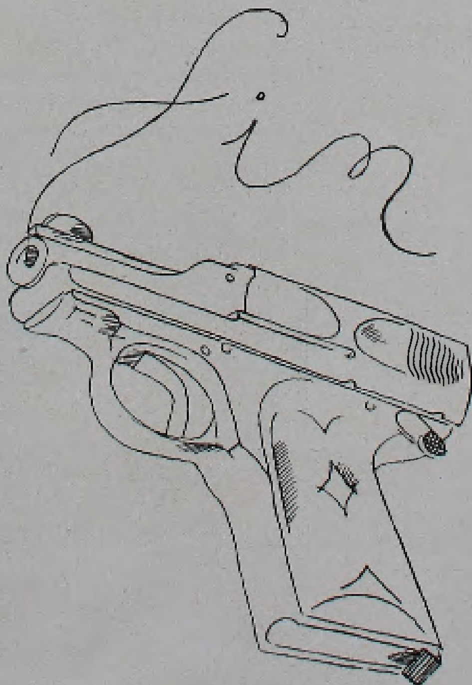
Rovillar me preguntó por fin:

—¿Tengo defensa? ¿Me condenaría la Justicia de los hombres?

Le aconsejé que no probara. Le dejé ir. ¿Para qué llevarlo ante un Tribunal si su condena era la más horrible?

No tardé mucho en saber que se había pegado un tiro. Porque de la vida real pudo suprimir «al otro». Pero apartarlo del pensamiento de su mujer...

RAFAEL LÓPEZ DE HARO



· De un viaje á Portugal ·

El maravilloso Palacio de Bussaco



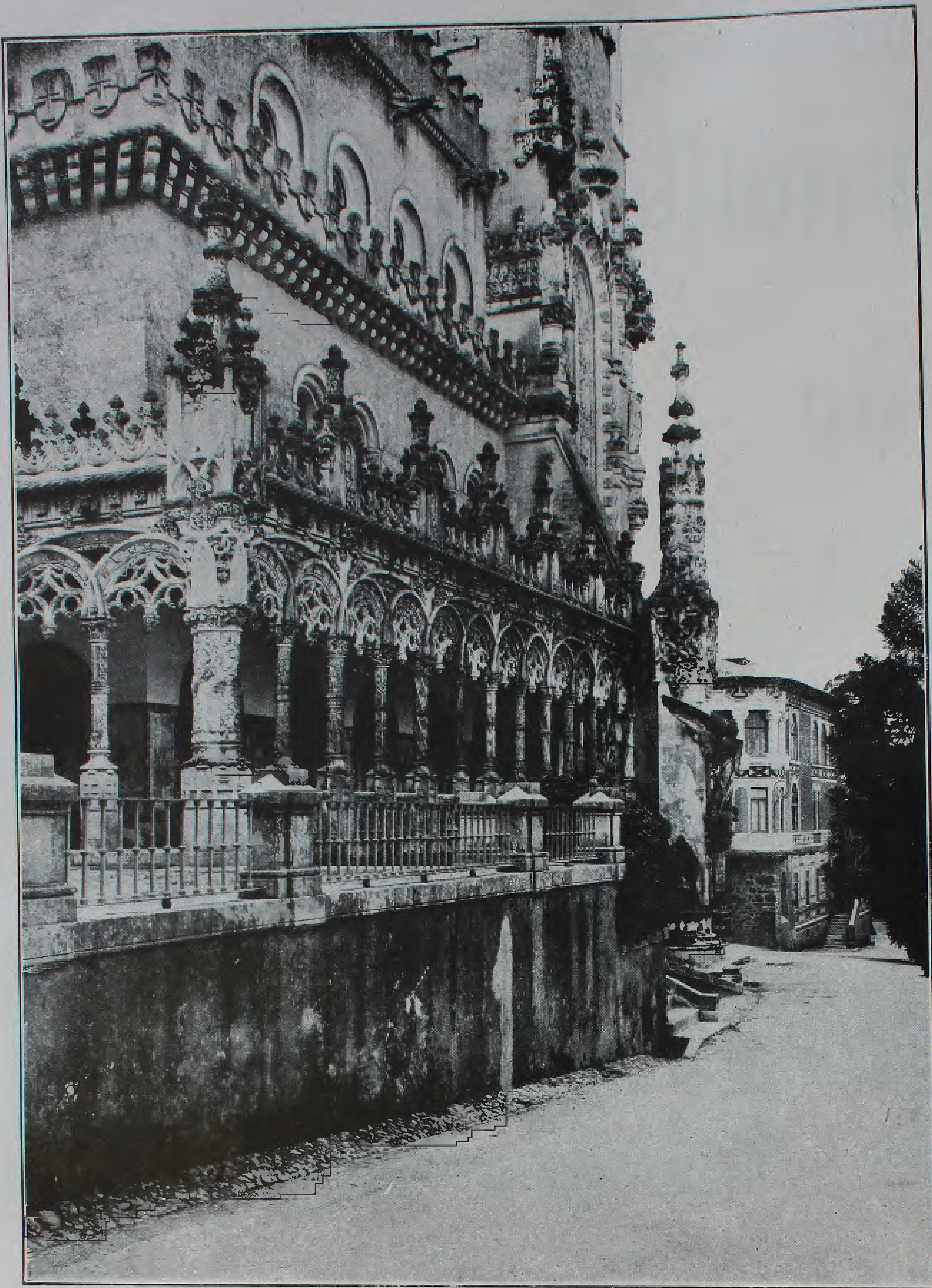
Bussaco, Palace Hotel, antigua residencia real de verano



CONTRARIANDO mi prevención, provocada por los insistentes elogios que precedieron a mi visita, Bussaco no me defraudó. Lisboa, Cintra, Batalha, Leiria, Coimbra, son antecedentes en mi ruta que no benefician a Bussaco si el entusiasmo ha de engendrarlo el arte, o la historia, más vinculada a aquellos lugares. Pero Bussaco es más que eso. Es un rincón de la Naturaleza mimado con místico amor durante más de dos siglos por unos frailes carmelitas, y más tarde enriquecido con una joya de arte, póstuma expresión del delicado estilo manuelino.

Erguido el palacio en el centro de la frondosidad de Bussaco, la agitación del mundo se detiene en el bosque circundante y ningún ruido del exterior interrumpe el sosiego de esta mansión regia. Por todos lados se extiende una paz monástica que acentúa el carácter de oratorio que ofrece el palacio desde el primer momento. En rigor, Bussaco es preferentemente un admirable sanatorio espiritual. Acaso su acción sedante sea demasiado ruda. Confieso que un instante sentí la pavorosa influencia de aquel silencio majestuoso. Aturde la brusca transición del ritmo vertiginosamente acelerado de la vida en Lisboa a esta lentitud reposada del ambiente de Bussaco.

En este retiro insuperable, la meditación halla el ambiente propicio. No sólo en el palacio, sino en los alrededores, matizados por



Un claustro del antiguo convento

· De un viaje á Portugal ·

El maravilloso Palacio de Bussaco

idénticas sugestiones de sosiego. En las excursiones por el bosque de Bussaco, todo habla de los carmelitas. Los restos de las edificaciones de aquellos religiosos, diseminados por la floresta el monasterio y las vacías capillas primitivas, caminos abiertos en el bosque, veredas sinuosas, rústicos bancos de piedra y fuentes rumorosas. Pero siempre, definiendo el paisaje, el silencio; un silencio augusto con sabor de Eternidad.

Los carmelitas se establecieron en Bussaco en 1626. La situación excepcional del terreno, entre los departamentos de Aveiro y Coimbra, fertilizado por el río Mondego y próximo al mar, de bellos panoramas y clima delicioso, indujo a los carmelitas a establecerse en este lugar. Desde entonces hasta 1834 dispusieron plenamente de estas tierras, y a su cuidado se debe la riqueza de la flora de Bussacco, cuya fama es universal.

También es famoso Bussaco por ser el lugar en que se libró la batalla decisiva entre las tropas invasoras de Napoleón al mando del general Massena y las luso-inglesas a cuyo frente se hallaba Wellington, habiéndose decidido la victoria por el ejército de los aliados.

La construcción del palacio comenzó en 1888, destinado a servir de residencia de verano a la familia real portuguesa. El arquitecto director de las obras, Luigi Manini, realizó una bella construcción de estilo *manuelino* imitando las del castillo y torre de Belén, de Lisboa. Acaso haya mucho de amaneramiento y de gazmoñería en la solución de algunos detalles ornamentales, pero debe perdonarse en gracia a la fecha tardía en que se efectuó la edificación, y porque, además, se logra con ella la intención original de rimar con el paisaje y de contener, dentro de las modernas exigencias del *confort* (no olvidando el uso a que se hallaba destinado), una pureza de líneas que no desacredita al estilo *manuelino*. La galería, el vestíbulo y la escalera son aciertos inmejorables, de exquisita belleza.

Luego, los mejores artistas portugueses, Carlos Reis, Condeira,

· De un viaje á Portugal ·

El maravilloso Palacio de Bussaco



Floreira estilo manuelino

Joao Vaz, Antonio Angueto Gonçalvez, Jorge Colaço, Ramalho, Joao Machado y Costa Matta, decoraron el palacio con sus pinturas. Y en las galerías, unos maravillosos azulejos reproducen escenas históricas y versos de Camoens y de Gil Vicente.

Las habitaciones que ocupara el último rey de Portugal se han conservado intactas. De regia sencillez, acusan un insuperable buen gusto. Todo el interior del palacio es fastuoso. Muebles de la China y de la India, tapices, adornos exóticos, herrajes artísticos y cuantos detalles podían aumentar la riqueza de esta residencia regia, han sido acumulados con esplendidez en Bussaco. Complemento de las maravillas del palacio son los anejos del edificio, «Casa dos Arcos», «Palacio dos Brazoes», «Chalet dos Cedros» y «Villa Pedrinha», cuyo conjunto es de una majestuosa belleza.

Bussaco, ahora abierto por el Gobierno de la República a la invasión del turista, parece como si padeciese una injuria y se recogiese en sí con enojo. No encuadra en el ambiente austero y reposado de Bussaco este bullicioso regocijo con que se mueve la juventud atolondrada que danza mientras gesticulan grotescamente los músicos del *jazz-band*. Pugnan con el vivir rumoroso de Bussaco esos estrepitosos y delirantes *Tés dansantes*.

Y no disminuye la impropiedad que los huéspedes de Bussaco sean los más ilustres visitantes de Portugal y las familias de la mejor sociedad lusitana. Es irreverencia poco piadosa profanar las maravillas de Bussaco violentando su apacible austeridad secular con torpes injertos de la extravagancia moderna. Pero es tanta la fuerza evocadora de estos bellísimos parajes, tan armoniosamente decorados por las florestas y por las edificaciones de que se adornan, que la vida aquí, no obstante sus modernas inquietudes, aureola de múltiples sugestiones los encadenamientos atropellados de la vida diaria, y hasta parece que las fiestas deslumbradoras y las músicas descoyuntadas van perdiendo luces y colores de hoy para

· De un viaje á Portugal ·

El maravilloso Palacio de Bussaco





Vista general del Palace Hotel



El palacio de Bussaco, a la derecha, antigua residencia de D. Carlos, y a la izquierda el palacio Brazoes, albergue del rey D. Manuel



transportarnos a los claros remansos de la historia portuguesa de ayer, tan henchida de recuerdos, pugnando por sentirse plasmados en piedras que merecían ser venerables y que han de ser veneradas por los espíritus selectos, capaces de degustar a un tiempo mismo las agrias contorsiones de la música negra y las plácidas serenatas de una ofrenda lírica y ancestral, tejidas por la historia y el arte del noble pueblo portugués, aquí representado con tan avasalladoras elegancias y con tan recios estímulos.

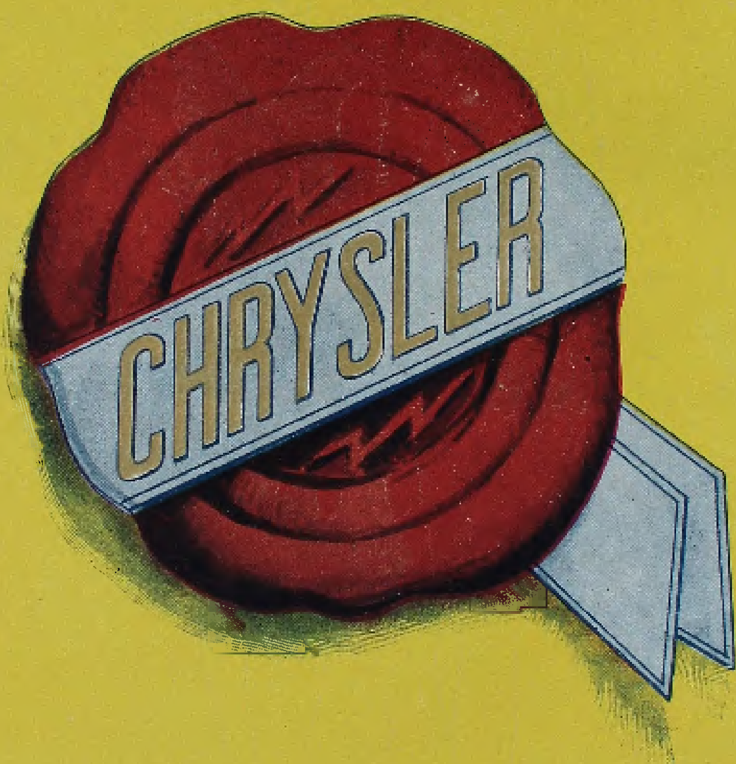
ALONSO HERNÁNDEZ



Interior de una galería del convento



Fotografías del autor


CHRYSLER

ORGULLO HASTA EL FIN

PILAR Álvarez del Soto estaba rodeada por una aureola en la que se mezclaban la admiración por su belleza y el entusiasmo por su distinción.

Pilar, recién salida del colegio de monjas, hizo su aparición en el mundo *bien* de la capital de provincia, donde a los pocos días de presentarse era considerada como la niña de moda, ídolo de las fiestas aristocráticas.

Aquella tarde, Pilarín, entusiasmada, caminaba con su madre en el estupendo automóvil, camino del puerto, donde los marinos extranjeros obsequiaban con un té a bordo a las principales familias de la localidad.

La madre de Pilar, muy satisfecha, sonríe a su hija:

—Por fin te has decidido a venir.

—Sí, mamá; tú ya sabías que yo lo estaba deseando, y era Pepe quien no me dejaba.

—Son demasiadas imposiciones las que le aguantas a ese muchacho.

—Lo que es esta tarde tomo venganza de todo. Esta tarde voy al barco y bailo, y si Pepe se enfada, que se fastidie. Es un majadero.

—Eso no. Pepe es un buen muchacho.

—Pues como se empeñe ese *medicucho* en meterme a mí en cintura, ya verá él: me sobran los pretendientes: Juanito Altar, sin ir más lejos: es tan simpático y tan guapo...

Han descendido del automóvil. Un marino les brinda, correcto, su mano para ayudarlas a descender a la cuidada gasolinera.

A lo lejos, el acorazado ofrece su silueta gris y distinguida.

* * *

La vida tiene a veces vuelcos insospechados: el de Pilar Álvarez del Soto fué uno de ellos.

Un desfalco, una familia en la deshonra y en la ruina, los aduladores que se retiran con toda rapidez, y la pobre Pilar que empieza a saber de las desgracias de la vida, de los días sin trabajo y las noches sin pan.

En los momentos de la amargura sólo llegó a sus manos una tarjeta, lacónica y sincera, del enamorado a quien despreció tantas veces: «Soy el mismo siempre. Dime que me aceptas a tu lado.—*Pepe.*»

Pilar—orgullosa todavía—pensó en la humillación que representaba para su soberbia aquel alarde tan hermoso, y no se dignó ni contestar siquiera.

* * *

Por una callejuela oscura, la sombra de una mujer avanza. La mujer va envuelta en ropas—jirones más bien—de luto. Su cara, vieja ya, está surcada por todos los dolores y todas las desesperanzas.

La mendiga desfallece: lleva varias horas sin comer. Con gran trabajo la conducen sus pasos hacia la Asociación de Caridad, donde está dispuesta a suplicar una limosna de comida.

* * *



En el comedorcillo reservado de la Asociación de Caridad había orden, limpieza: hasta ciertos detalles de refinamiento insospechados: las cofias de las que servían a la mesa, los servilleteros de metal.

Al acabar el refrigerio, las pobres desvalidas desfilaban por el despacho del médico-director, aquel buenazo de don José, que les completaba la limosna con monedas y frases de cariño.

Cuando Pilar Álvarez del Soto entró en el despacho del médico tuvo que agararse a las paredes para no caer.

Había reconocido en él a su enamorado de antes, había recordado aquella carta de Pepe, el Pepe trabajador, el *medicucho*, como ella le llamaba despreciativamente. El mismo Pepe de entonces, con canas en los aladares, pero con la misma cara serena, fuerte y enérgica de sus años mozos.

—¿Qué le pasa a usted, señora? ¿Está usted enferma? Siéntese aquí, en mi sillón, que estará más cómoda.

Conducida por los brazos fuertes del médico, Pilar se sentó y comenzó a hablar.

Iba a dejar que hablase su alma, iba a decirle quién era, iba quizás a confesarle que le quiso siempre.

De pronto se fijó en la mesa del despacho. En un marco sobrio y elegante, el retrato de ella, lo único que le había entregado cuando Pepe era su novio.

Pilar no quiso destruir la ilusión bella de aquel hombre. Se levantó, cogió las monedas que la ofrecía, y con un «Muchas gracias, don José», se despidió del médico.

Ya en la calle se detuvo. Pensó volver atrás.

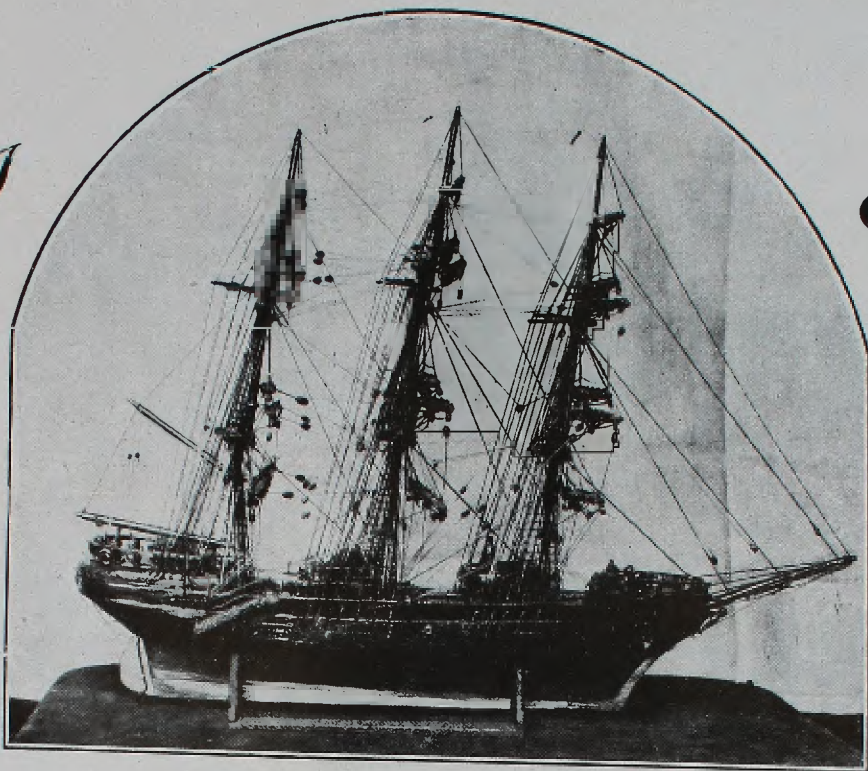
Pero una vez más su orgullo de mujer se impuso. No se atrevió a destruir con su presente sucio y viejo la ilusión joven y limpia que aun mantenía su retrato en el alma del hombre que seguía queriéndola.

Se arrebujó en sus harapos y siguió calle arriba, en la noche inclemente para los que no tienen hogar.

JOSÉ MARTÍNEZ-AGULLÓ

En la hora mediterranea

los enamorados de las cosas del mar



Bricbarca, por Amador Botella

y el encanto de las viejas naves:



De nuevo Barcelona, la antigua capital mediterránea, mira hacia la mar, después de haber vivido muchos años—ingratitud de orgullosa hija emancipada—de espaldas a ella, que es la madre que le dió el ser. Todo la invita a ese retorno al regazo de la mar madre. Desde el ímpetu individual de esos nadadores que se elevan en su amplio lomo azul como flechas, hasta la corriente multitudinaria que arrastra la masa hacia sus playas en peregrinación constante de devotos contemplativos.

El alma de la ciudad, en su anhelo de grandeza, traza el amplio mirador magnífico de su paseo marítimo en la falda de la montaña, transfigurada por el milagro de la Exposición que ha de borrar su mala fama. Y el puerto franco, con sus canales navegables y sus edificios monumentales reflejándose en las aguas verdosas, dignifica y eleva el tono de la confluencia urbana con la vieja mar engendradora de civilizaciones.

Esta es la hora mediterránea. A orillas del charco en que navegaron los dioses y los héroes reverdece el impulso ancestral que dió vida a tantos y tan grandes pueblos. Todas las poblaciones mediterráneas se hallan en período de crecimiento. El porvenir de Europa—y del mundo—está en el África mediterránea y en todos los países que tienen una salida a ese mar tan grande en su pequeñez.

Cuando en la tierra se producen fenómenos de esta naturaleza, todo tiende a un mismo fin. Los ejes ópticos de los hombres convergen en el amplio lomo en que cabalgó la nave de Ulises. Desde los ojos del hombre de presa hasta los del pescador humilde. Sin que falten los del hombre indiferente de la ciudad que empiezan por seguir el vuelo de los hidroaviones y acaban por posarse en los puentes de los transatlánticos.

En la hora mediterránea

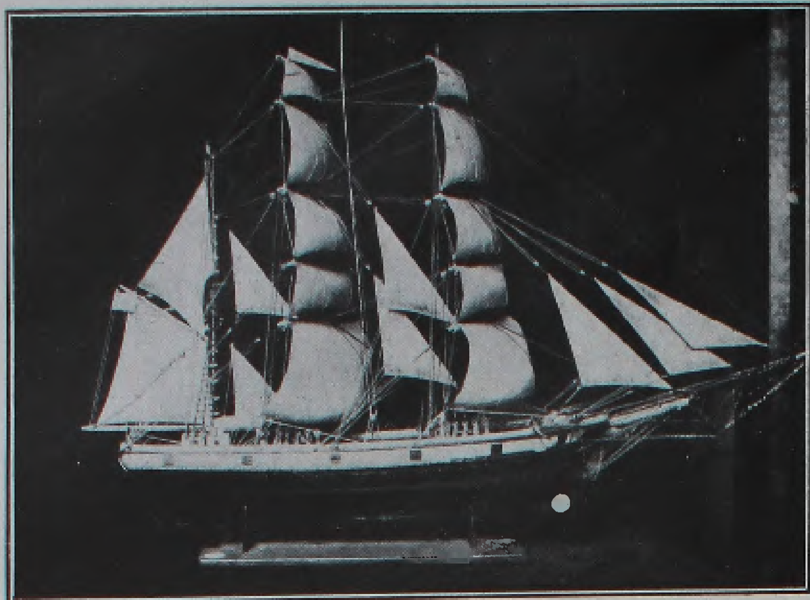
—En el mar. ¡Es admirable! Embarcamos en esos vaporcitos costeros, ¿sabes?, y pasamos un día delicioso.

A la juventud dorada del litoral no le bastan los *autos*. Es indispensable la lancha de vapor.

En la costa catalana hay pueblos que se están quedando sin playa por la incesante voracidad de las corrientes marinas que arrastran, impetuosas, a las arenas.

—No importa—dicen las gentes—; construiremos una playa artificial a base de espigones. Como en Ostende.

Amor al mar. Reintegración de las devociones debidas al charco glorioso. Presentimientos de los nuevos tiempos que se acercan. Augurios, preludios y esperanzas. Y en los altares del hogar, la nave en miniatura. Para despertar quimeras con su presencia.



Corbeta uruguaya «María», por Joaquín Rovira

El historiador y el geógrafo son los llamados a comprobar si ha vuelto a sonar en el reloj internacional la hora mediterránea. Y los políticos, a estudiar las infinitas posibilidades de la nueva floración. Yo me quedo con las señales del espíritu. ¿No vieron los pastores encenderse la estrella guiadora?.. Pues yo, pobre de mí, veo encenderse en los ojos de las muchedumbres costeras el asombro inconsciente de volver a descubrir el Mediterráneo sin saberlo, y en sus corazones veo renacer un puro amor primitivo hacia las cosas de la mar sagrada.

—Oye, chiquilla, ¿por qué has desempolvado el barquichuelo que tu madre tenía arrinconado en el desván y lo tienes ahora encima del arcón como un adorno?

—Es la moda.

—Antes no eras morena, estás atezada por el sol y por el mar. ¿Vas con frecuencia a la playa?

—Todas vamos ahora a la playa.

—Y tú, muchacho, ¿de dónde has sacado esa corbeta en miniatura que cuelga del techo de tu cuartito de estudiante?

—¡Si vieras la admiración que hay a eso!

—¿Cómo tienes la carne bronceada?

—¡Toma!... me baño todos los días!

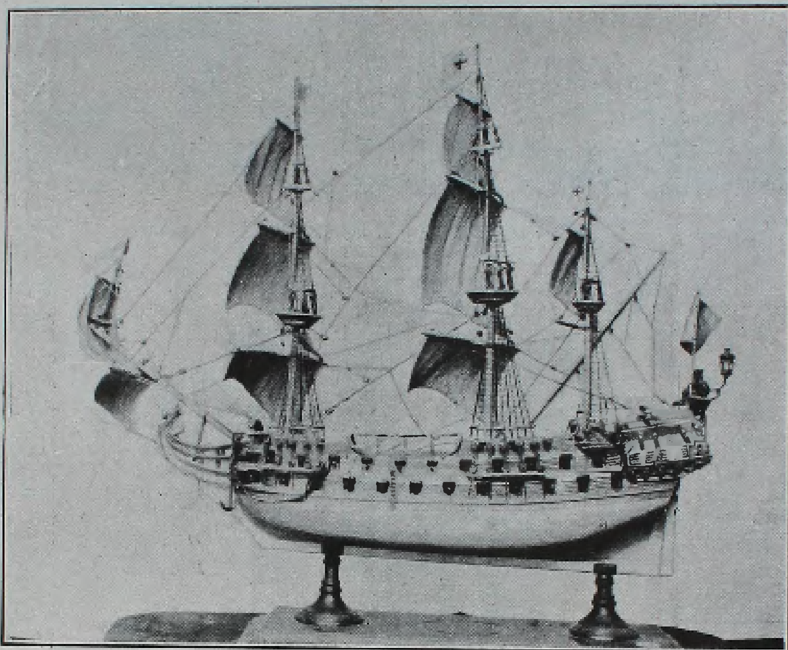
—¿En el mar?

—Claro.

—¿Hasta en invierno?

—¡Todo el año!

A un matrimonio con hijos he preguntado cómo pasaban los domingos.



Barco alemán «F. Wilhelm zu Pferde», del 1860, por José Vieta

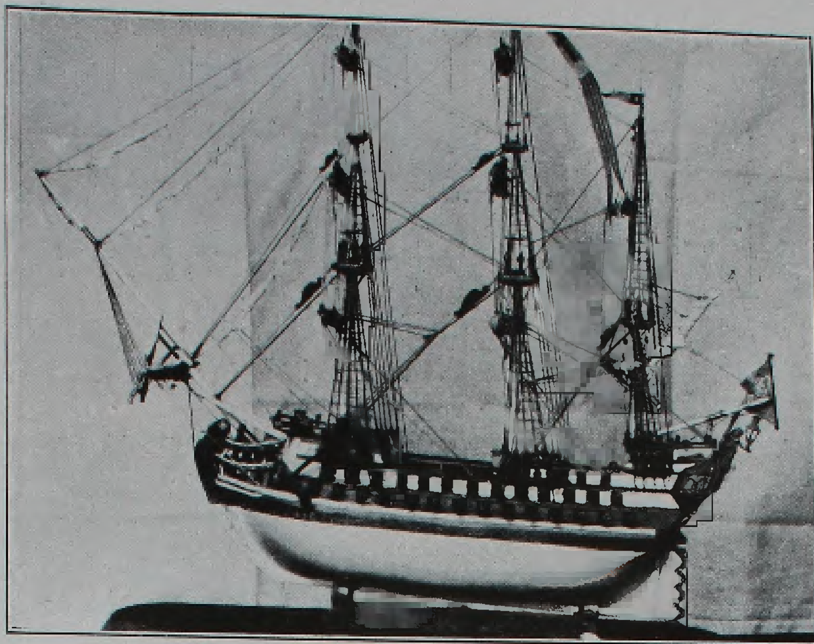
Los viejos pescadores de la costa catalana no salen de su asombro. Temieron que sus hijos encontraran aburrido el entretenimiento familiar de los días de borrasca, consistente en construir naves minúsculas. Y se encuentran con que sus nietos les rodean ahora palmoteando y con los ojos muy abiertos en cuanto el pequeño astillero empieza a funcionar.

Así no es de extrañar que en este ambiente propicio florezca, cada año con un empuje mayor, la «Exposición de trabajos manuales de la gente de mar», en esa Barceloneta aromada de todas las fragancias marinas y que huele a barco toda ella y a cocina de a bordo—aceite y ajo



Corbeta, por José Alberti

En la hora mediterránea


Galeón español de principios del siglo XVIII, por José Vieta

mediterranísimos—sus típicos figones, en cuyas cocinas coletea el pescado sabroso.

La de este año es la III Exposición. Evocadora, interesante y plena de sugestiones innumerables. Todo el encanto de las naves veleras se renueva al contemplar las gráciles navecillas liliputienses. El espectador se siente Gulliver. Los pequeños bajeles le parecen los mismos de treinta años atrás en toda su autenticidad, pero vistos con los prismáticos vueltos del revés. Son los navíos que todavía atracan, de vez en cuando, en los más apartados muelles de los puertos mediterráneos. Suena a bordo el acordeón nostálgico que destila melancolía, tienen una imagen tallada en la popa y ostentan románticos nombres de mujer.

En esta época de los grandes cruceros veloces son el recuerdo del pasado. Los potentes trasatlánticos son como versos de Walt Witman. Las viejas naves nos hablan del bajel pirata de Espronceda. Hay uno que es, del mismo tamaño que lo vemos en el horizonte, el auténtico buque fantasma que parece hecho de bruma. Y recitamos ante él, con tonada de oración:

«Que es mi barco mi tesoro;
que es mi Dios la libertad;
mi ley, la fuerza y el viento;
mi única patria, la mar.»

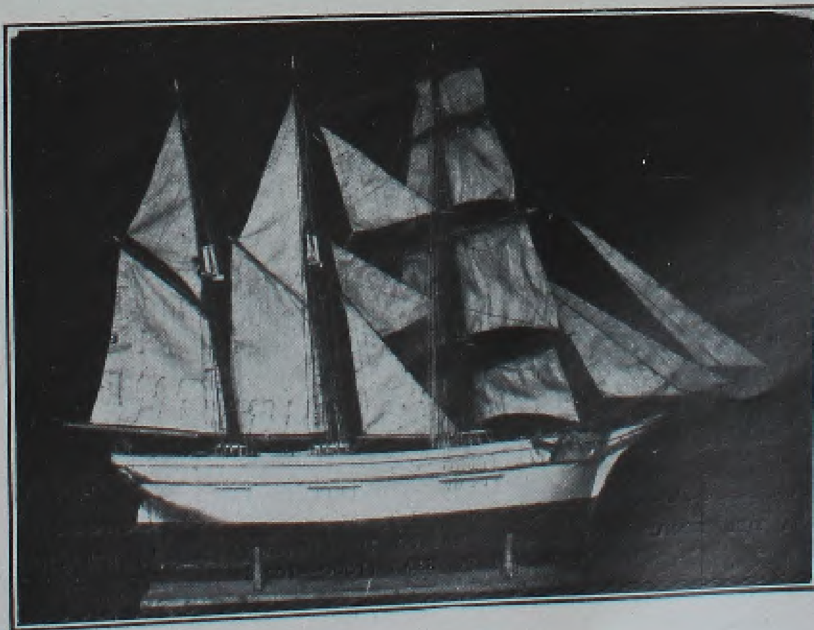
En la hora mediterránea, esos navíos de juguete—¡juguete de las olas, tantas veces, los navíos de veras!—nos convierten en fanáticos adoradores de ese mar que no es límite, sino camino que une a todos los hombres de la tierra. Los barquichuelos son los iconos ante los cuales nos postramos, reverentes, los enamorados de las cosas del mar y les rezamos nuestros salmos de hijos devotos de la esfera terrestre que rueda por el espacio para avivar nuestra insaciable sed de infinito.

Entre ellos, y en alta mar, nos perdemos en nuestro humilde esquife de pobres mortales expuesto a chocar con la barca de Caronte que nos ha de conducir en el gran viaje final. Y rezamos entonces, con Rubén Darío:

«Mientras el pobre esquife en la noche cerrada
va en las hostiles olas huérfanas de la aurora...»

Los viejos navíos, con todas sus velas desplegadas, nos dan la sensación de almas dispuestas a afrontar serenamente todos los contratiempos. En los crepúsculos impregnados de calma, los bajeles encantados son almas soñadoras que vagan, como fantasmas, entre la niebla. Buques piratas, barcos aventureros, naves que desafiaron todas las tempestades...: os tenemos ahora, empequeñecidas, en un rincón que nos recuerda *La isla de las naves perdidas*, la magnífica *film* de Torneur. Luego, en la mesilla del estudio y junto al globo terráqueo de vivos colores, cada barquichuelo de juguete hará nacer en su dueño esa sed infinita de viajes que devora al hombre de hoy.

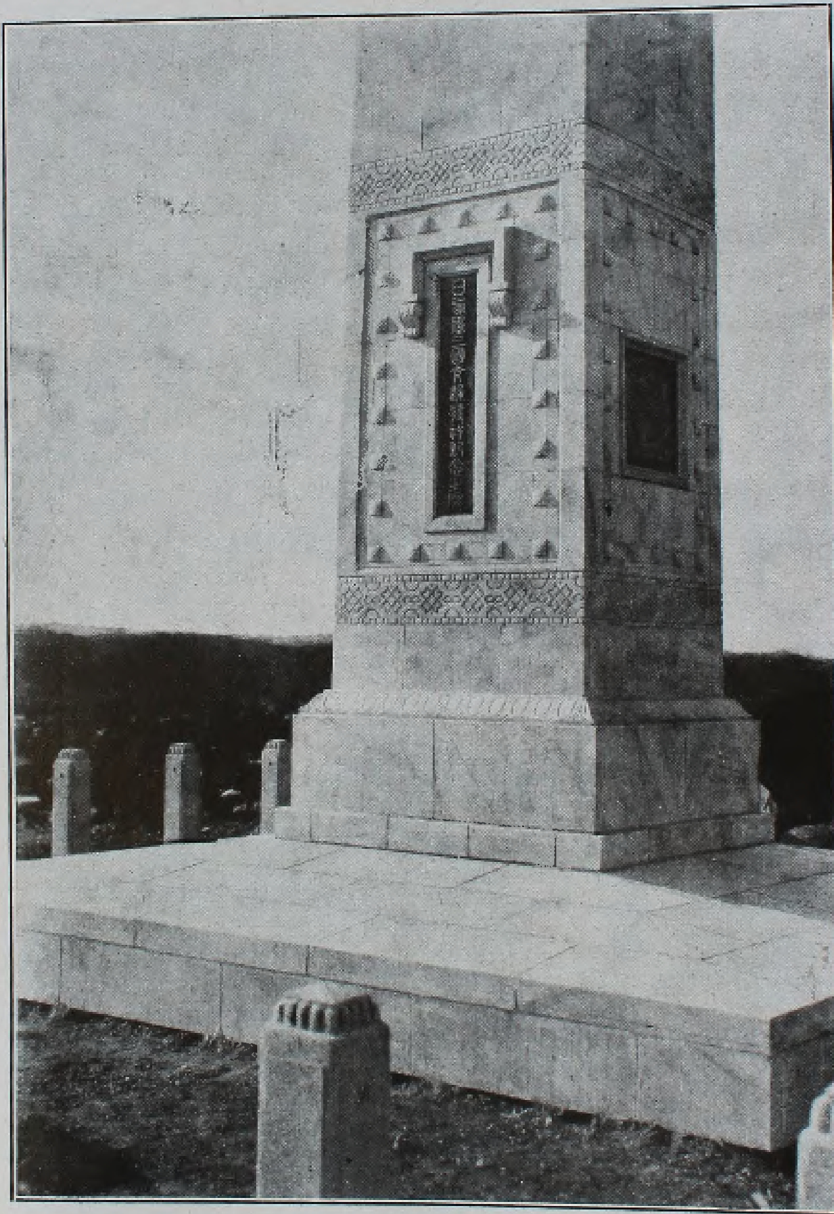
SANTIAGO VINARDELL


Bergantín-goleta, por Ignacio Socias

Fotos Mestres.

UN MONUMENTO CONMEMORATIVO

EL COMIENZO DE LAS RELACIONES HISPANO-JAPONESAS (1609)



BASA DEL MONUMENTO CONMEMORATIVO DEL ORIGEN DE LAS RELACIONES HISPANO-JAPONESAS (1609—1928)

Por el mes de octubre del año 1609, el galeón español que conducía al ex gobernador militar de Filipinas D. Rodrigo de Vivero hubo de naufragar frente a las costas del Japón, quedando embarrancado en la playa de Jwada, cuyos moradores auxiliaron debidamente a los españoles que lograron salvarse de aquel naufragio.

Iniciada la idea de erigir un monumento que perpetuase la memoria de este suceso, encontró cálida efusividad en el espíritu de nuestro rey Don Alfonso XIII, el cual contribuyó con la cantidad de 5.000 pesetas para la creación del mismo.

El autógrafo enviado por S. M. el rey se colocó en una de las lápidas que figuran a los costados del monumento, levantado sobre unos pintorescos promontorios de las playas japonesas, en las orillas de las que se extiende, ante la mirada luminosa del mar espléndido, el interesante pueblecito de Jwada.

La ceremonia de la inauguración del monumento fué solemne y emocionante; a ella se dignaron asistir el pre-



UN MONUMENTO CONMEMORATIVO



Una vista del monumento levantado en las costas de Jwada

sidente del Consejo de ministros del Japón y otros valiosos elementos oficiales y particulares, entre los que el ministro plenipotenciario de España ocupaba puesto muy destacado.



El monumento, visto desde el mar

* * *

COSMÓPOLIS ofrece en estas páginas algunas fotografías de las que le han sido enviadas expresamente, y se complace en propagar de este modo la noticia de uno de los sucesos más simpáticos que registra la historia diplomática de ambos países, deseando que las relaciones hispano-japonesas florezcan en fragantes realidades de acercamiento espiritual y material, cuyo comienzo se ha consolidado tan certeramente.





El puerto y el pueblo de Jwada: Fotografía tomada desde un aeroplano durante la ceremonia de inauguración del monumento



UN REÑIDERO DE GALLOS

Nuestro fotógrafo Marín sorprende el momento en que uno de los favoritos es llevado al circo

Un duelo a muerte.—Una ocurrencia graciosa.—Victoria inesperada.—Cómo matan... el tiempo nuestros toreros.—El gitano que vive pendiente de sus gallos.—Aficionados que fueron.—Una pelea accidentada.—La mejor faena de «Lagartijo».



Los gallos se han enzarzado en cruenta y brutal pelea. Se tantean, trazan con el pico sus fintas, y las navajas de las puyas, al saltar buscando el *puntillazo*, rasgan la pechuga cuando no penetran profundamente en el cuello, o suprimen la vista como medio de restar posibilidades de triunfo al rival. Es una lucha brava, tenaz, en la que los animalitos conocen por instinto que su fin no es otro que morir matando la mayoría de las veces. Los aficionados se agitan en el graderío del circo diminuto, con la misma fiereza y emoción. Parecen animar con sus gritos y exclamaciones a los actores de la lucha. Las apuestas fuertes, el partidismo férvido por la gallera favorita, les mantiene en una tensión nerviosa que disimulan con frases humorísticas, que se celebran con gran regocijo en esos momentos en que las *jacas*, agotadas por el excesivo esfuerzo, llevan el combate con lentitud, lo que se aprovecha para hacer repaso de cuentas y posibilidades de taparse a tiempo de cualquier aventurada apuesta. Es entonces cuando brotan las anécdotas, que por el realismo que encierran merecen reproducirse: un ave, rendida bajo el aluvión de picotazos con que la acorrala su enemigo, parece vencida ya. La animación vuelve y el dinero se ofrece casi tirado a favor del presunto ganador. La *jaca* tiene momentos de titubeo; ciega, medio asfixiada por las heridas, va apoyando el cuello en el suelo. El jurado pone en marcha el reloj de arena de estos casos. Los vaticinios de que no ha de levantarse logran disparidad de opiniones: unos, que no hay tablas; otros, que la pelea será nula, y el de más allá, que lo traen soliviantado con estas profecías durante un cuarto de hora, en que ha sabido reponerse el gallo y su derrota suponía la pérdida segura de sus pesetas, produce la hilaridad con una ocurrencia harto atrevida. Se acoda en la barandilla y con voz tonante dice muy serio: «Treinta duros a que . . .» Y como si no fueran con él las explosiones de hilaridad y cuchufletas, se pone a leer en un papel el nombre y cantidades que ha puesto en juego con aquellos que le llevaron la contraria en lo de elegir favorito.

El gallo ciego, en un último esfuerzo, encorva las alas, se afianza sobre el redondel de esparto y salta con el ímpetu de una ballesta; el golpe ha sido afortunadísimo, inesperado. Rueda su enemi-

UN REÑIDERO DE GALLOS



Preparando un buen ejemplar, posible candidato a la victoria

go, herido de muerte, en unas volteretas impresionantes. El delirio de sus partidarios los levanta de sus localidades para ovacionar frenéticamente al dueño, don Francisco Andrade. El noble caballero andaluz, que ha seguido con marcado interés las incidencias de las peleas, hace aspavientos de no estar conforme con el resultado. Su voz bronca recrimina a Rafael, el gitano y cachazudo cañí, que medio llora de emoción y parece pedir la razón a los íntimos del dueño de la gallera. El marqués de Melgarejo, el director de Aduanas, los hermanos Tabernero y el admirado y admirable Pepe Mayral, acuden en su auxilio y tratan de convencerle. Pero D. Francisco juzga que a aquella *jaca* le faltaba postura.

Gitanillo de Triana, que allá, en la calle de la Feria, cuida y mima sus gallos de pelea y no encuentra rivales para ellos en toda Sevilla, y que llevado de su pasión permanece muchas mañanas sin salir de estos lugares, aun en días de actuación taurina, hasta el punto de olvidarse de que más tarde ha de ser parte en otro pugilato que necesita de todo su arte, valor y destreza para burlar la muerte, ofrece sus gallos para pelearlos con los de otros poseedores, se hallen aquéllos donde se hallen, siempre que le garanticen la revancha en sus lares. Pronto le llueven competidores de Aranjuez, de Córdoba, de Valdepeñas, de Madrid.

En el descansillo, Rafael Castro, que regenta los trescientos gallos de pelea que mantiene por afición y para su recreo particular y el de sus amigos el opulento señor Andrade, toma asiento a mi lado, y yo aprovecho el tiempo para hacerle algunas preguntas relacionadas con



Rafael «El Gitano», alma de la gallera, personaje que era bien conocido entre los aficionados a este deporte



En plena lucha, el público sigue con verdadero interés el resultado de la misma

UN REÑIDERO DE GALLOS

Sevilla. En el circo de la ciudad de la Giralda me enfrentaron a mi pollo *Cagancho* con otro que era el coco de las galleras andaluzas, apodado *El mulato*, que contaba en su historial con siete victorias de las de estrépito. *Cagancho* no le dejó ni respirar a su enemigo, pese a no contar más que nueve meses de edad, venciéndole magníficamente. La sensación de tan inesperada derrota caldeó los ánimos; pero los sevillanos aguardaban esperanzados, para rehabilitarse, la lucha concertada entre mi *Capuchino*, hermano del anterior, y otra *jaca*, perteneciente a Fernando *El Lechero*, que procedía de una gallina célebre en la región, propiedad del que fué matador de toros Joaquín Parrao. Con la expectación consiguiente se dió suelta a los gallos, y cuando se creía íbamos a presenciar un reñido encuentro, *Capu-*

esta afición, que parece resurgir en el mismo esplendor de antaño.

—¿De dónde proviene la casta de su gallera?

—A la muerte del mejor aficionado de la Península, don José María Roldán, sus aves fueron adquiridas, así como el circo, por don Francisco Andrade, y este señor ha seleccionado las cruzadas de tal manera, que sus ejemplares siguen conservando la *sangre* que hizo célebre la gallera de Roldán. Mantenedores de la tradición de este deporte fueron don Dámaso Ros y don Sebastián Bermejo, opulentos e inteligentes aficionados, el abogado de Daimiel señor Pinilla y otros muchos que escapan a mi memoria.

—¿Usted puede contarme alguna pelea reciente, memorable por lo reñida o graciosa?

—Claro que sí; mire usted. Un día me metí en el tren en compañía de mis mejores gallos y me planté en



Momentos antes de comenzar la pelea, se hace el pesaje de los contendientes

UN REÑIDERO DE GALLOS



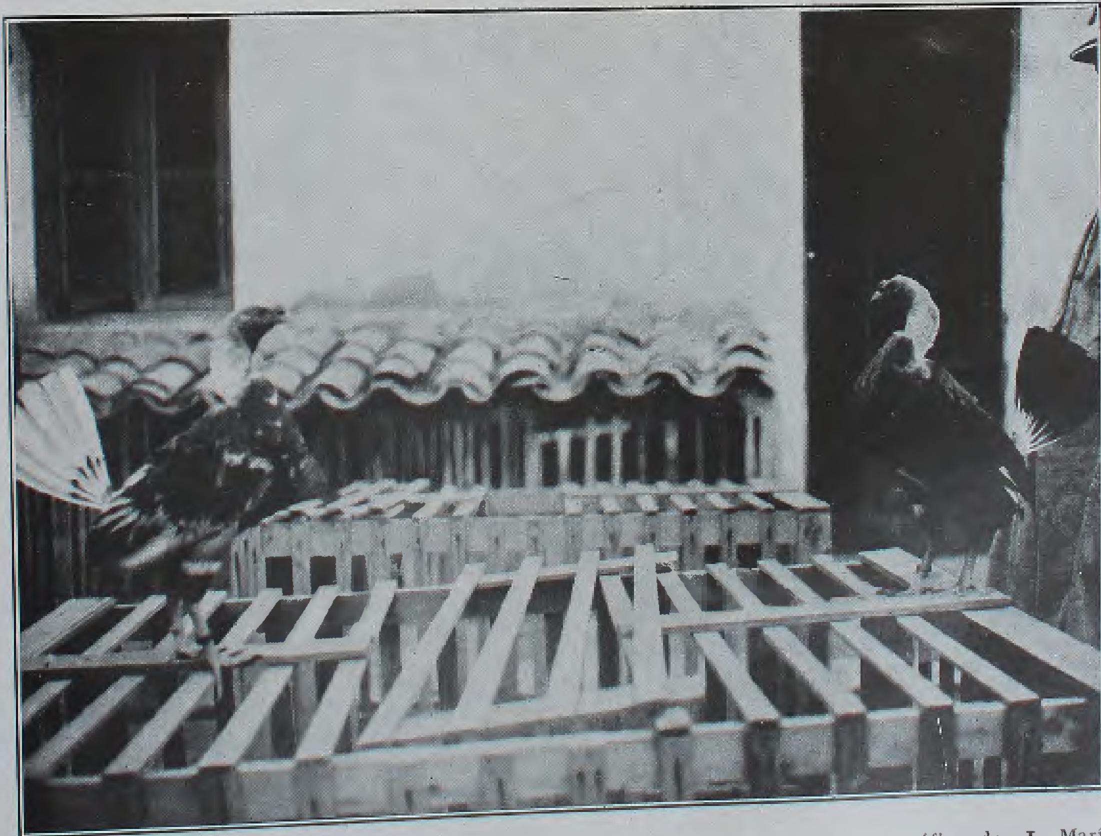
Entrenando una «jaca»

chino arremetió con tal coraje, que fueron a recoger a su rival más allá del puente de Triana. ¡Era mucho gallo *Capuchino!*

—¿Y alguna anécdota de otros tiempos?

—No es muy nueva que digamos; se hizo popular bien pronto. Anote usted ahí: *Lagartijo* tenía verdadera obsesión por las peleas de gallos, y no regateaba esfuerzos, tiempo ni dinero para procurarse buenos ejemplares. Un picador de su cuadrilla, al que llamaban *Juan de los gallos* disfrutaba, como gracia divina, de una *jaca* que valía más, según él, que Córdoba y su mezquita, y en el ambiente de esta afición se había hecho célebre por sus victorias. Rafael Molina le apremiaba a su subalterno para una inmediata compra, pero aquél no se desprendía de su alhaja ni por la salud. Fallaron las razones del maestro, y, muy enojado, el gran diestro dejó pasar el tiempo. A los pocos días, toreando una corrida de Miura, *Juan de los gallos*, en una vara que tomó el cornúpeto, salió derribado brutalmente, cayendo al descubierto, en situación peligrosísima. Entonces *Lagartijo* vislumbró su revancha. Se acercó al piquero y con sorna reconcentrada, viendo que el toro lo iba a buscar en el suelo, le preguntó rápido, riendo: «¿Me das tu *jaca* y te quito este gallo de encima?» A lo que respondió, todo desesperado y contrito, su dueño: «¡Para ti el pollo y la madre que ha dado a luz al pollo; pero llévate pronto el *morito!*»

Sigue la fiesta sangrienta. Rafael vuelve a la brecha para que todo esté a punto, y continúa el desfile de futuras víctimas camino del pesaje. Mientras tanto, el vocerío inflama de pasión a los adeptos a cualquier *javao* de campanillas.



Dos magníficos ejemplares, antes de ser trasladados al pesaje.

Información fotográfica de L. Marín

ANTONIO V. DE LA VILLA

VIDA AUTOMOVILISTA



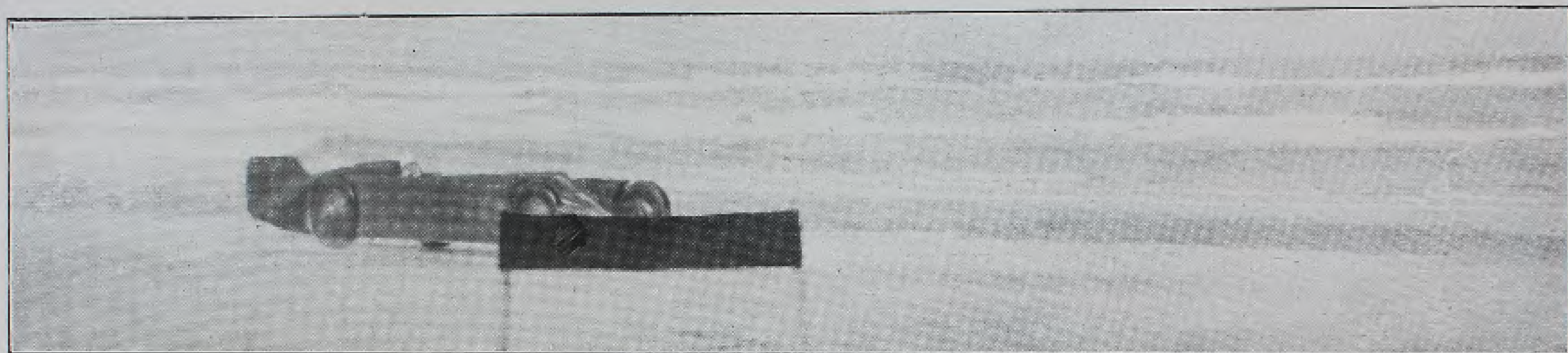
Terminada su gran hazaña, Segrave es felicitado por su esposa

LOS «ASES» MUNDIALES DEL VOLANTE

El mayor inglés Segrave ha batido todos los «records» mundiales de velocidad en automóvil.

Con su «flecha de oro» sobre la playa de Daytona ha alcanzado la fantástica marcha de doscientos setenta y tres kilómetros a la hora.

La vida nueva mide su progreso por kilómetros. Es el siglo del vértigo y la velocidad.



La «flecha de oro», de Segrave, en plena carrera, en la playa de Daytona

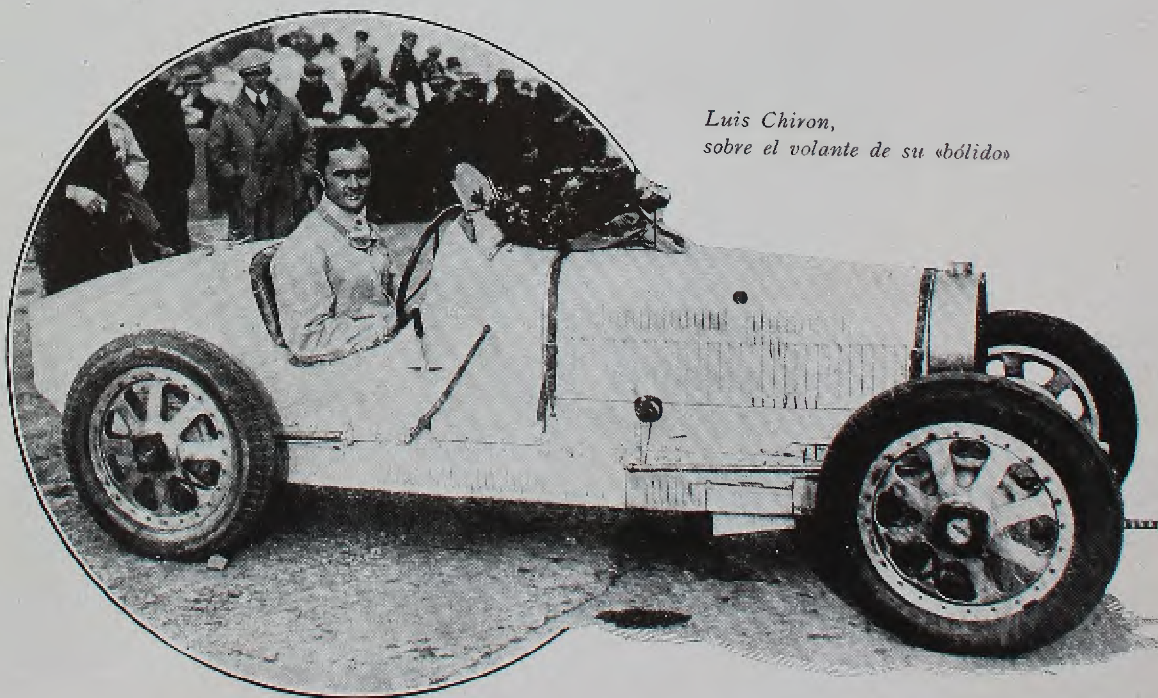


Luis Chiron, el francés joven y audaz, sobre el volante ha llevado a América el triunfo de la mecánica europea.

Por la prueba de las quinientas millas de Indianópolis, Chiron fué la encarnación del riesgo engarzado en un ánimo sereno.

Sobre su «bólido», el nombre del viejo continente tuvo cerebro latino y corazón de gladiador. Por eso venció.





Luis Chiron, sobre el volante de su «bólido»

FIGURAS MUNDIALES DEL «RING»



El fenómeno Schmelling, con su madre

Ved el gesto de Sharkey, todo agresividad. Es el tigre encogido en su jaula, dispuesto para el asalto sangriento.

En Schmelling hay una reflexiva serenidad nipona. Es el campeón que piensa sobre sus puños.



Sharkey en su rincón de pelea



El campeón de los semipesados, Loughran, entrenándose

UN momento sobre estos tres grabados. ¡Atención!

Son tres de las grandes figuras mundiales del *ring*. Sharkey, el «guapo» de Boston, y Schmelling, la revelación alemana. Dos de los más serios contrincantes que dificultan la marcha de Paulino hacia el cetro mundial.

Loughran, el científico pegador, campeón del mundo en los semipesados, les acompaña como broche de la página.

Tres hombres en cuyos puños la dinamita sólo se apaga bajo un libro de cheques. Si no ahora, después.

EL BALÓN INTERNACIONAL



EL MATCH FRANCIA-ESPAÑA EN ZARAGOZA





Un remate de cabeza de Bienzobas

TRAS Portugal, Francia. ¡Vayan pasando! Dijimos, a raíz del *match* España-Portugal, en estas mismas páginas, y a la vista de nuestro choque con Francia: ¡Vencerán! Y nuestros *equipiers* han vencido.

La exhibición de los nacionales españoles ante el once luso nos hizo fiar en una recuperación de nuestros valores en el mundo internacional del deporte. Llegó Francia, y en tierras zaragozanas, ante una muchedumbre expectante, enracimada en las graderías de Torrero, los *equipiers* hispanos levantaron, con un ocho a uno a su favor, la esperanza hecha realidad ansiada y magnífica.



El árbitro Prince Cox saludando a los capitanes Zamora y Nicolás

Quizá el juego realizado por los leones rojos en Sevilla fuera de calidad más minuciosa y brillante, en cuanto a conjunción inteligente; le aventajó, empero, el realizado en Zaragoza en virilidad, profundidad y potencia perforadora.

Las dos modalidades y los dos triunfos ponen sobre el tapete dos problemas: ¿Qué juego es preferible? ¿Qué equipo es el más efectivo?

Creemos que con un poco del uno y otro poco del otro, la modalidad llegaría a la perfección. En cuanto a equipo, con la salvedad de que Marculeta y Sole pueden alinearse indistintamente, según la clase de enemigo, el once definitivo que suena es éste: Zamora; Quesada, Quincoces; Prats, Sole, Peña; Lazcano, Goiburu, Rubio, Padrón, Bosch.

¡Contra Inglaterra! Gran plato.

R.



Un despeje del defensa francés Bertrand





Los remeros de Oxford, cara a la regata

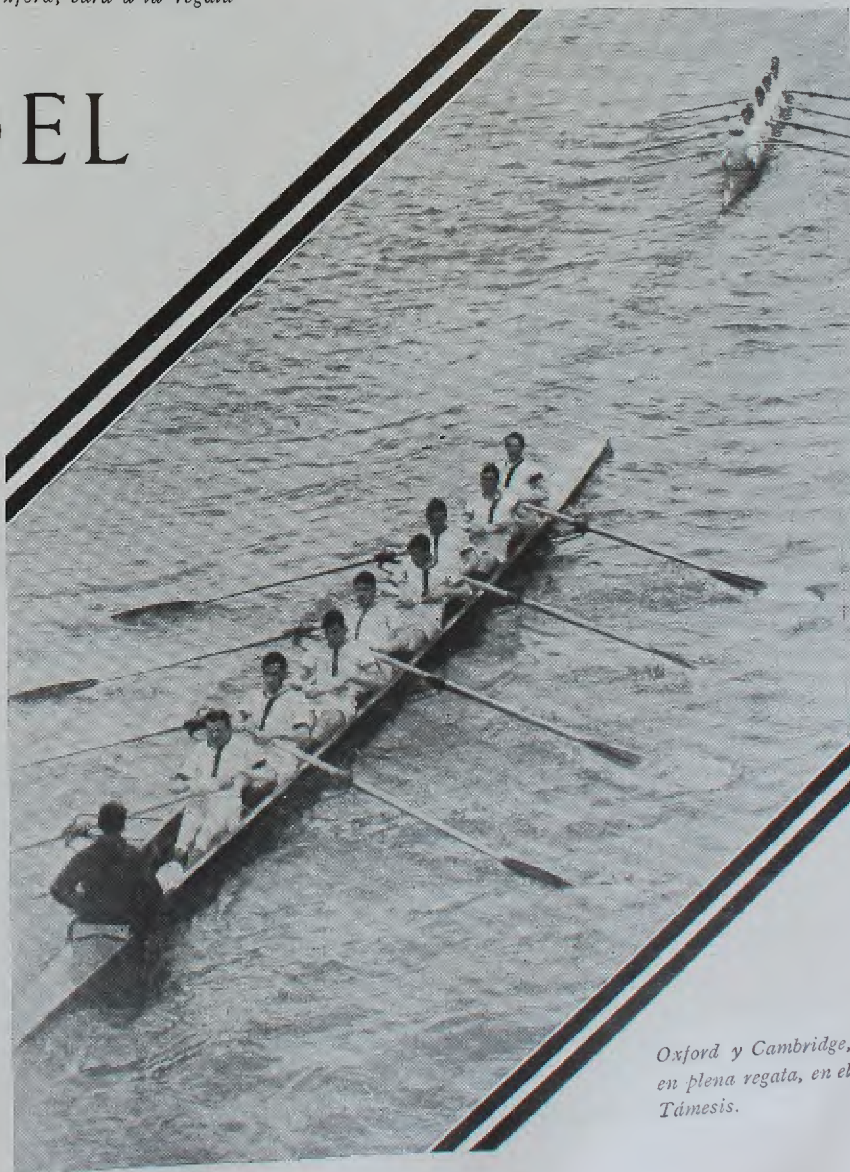
EL IMPERIO DEL REMO INGLÉS

OXFORD Y CAMBRIDGE

OXFORD y Cambridge, las dos grandes Universidades inglesas, se han disputado un año más la supremacía escolar inglesa del remo en el Támesis, el río plácido y vasto como un brazo del mar dormido sobre la tierra.

Cambridge ha vencido nuevamente a Oxford. La Gran Bretaña, dividida en dos fascios en las márgenes del palenque rizado, ha renovado su secular estremecimiento.

Y hasta el Támesis, «el imperio del remo inglés», ha latido con sus ondas convulsas al paso de las dieciséis paladas fuertes, viriles, acompasadas como los ritmos de un pulso joven.



Oxford y Cambridge, en plena regata, en el Támesis.



Las yolas de Oxford y Cambridge, dispuestas para la alineación, en Windsor

EL IMPERIO DEL REMO INGLÉS

TAMBIÉN en Windsor el tríceps sajón se ha distendido remo en mano.

Las famosas regatas Oxford-Cambridge han alcanzado en el presente año ardores de competición no igualada.

Ved en el grabado las dos yolas de ocho y timonel, dispuestas para la alineación en las boyas de partida.

El remo manda en Inglaterra, como el guante manda en Yanquilandia. Britania siente todas las inquietudes de sus horizontes insulares.



EL CAMPEONATO FEMENINO DE «GOLF»



El campeón femenino de golf en Florida

MISS Helen Hicks ha renovado su título de campeón de «golf» en los famosos concursos de Florida.

Sólida, ágil, elástica, miss Helen Hicks recoge en su silueta el trazo vivido escapado de un friso griego. Postura de ritmo animado, bien sujeta al césped mientras los brazos giran.

¿La feminidad se masculiniza? No. La feminidad fortalece su gracia y sigue en femenino.

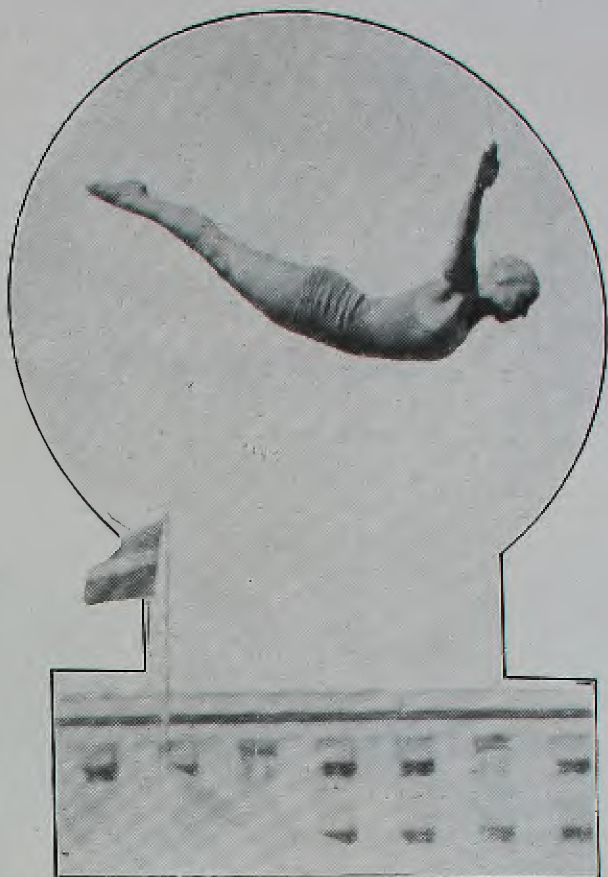
NATACIÓN

«RECORDS» Y ACROBACÍAS

La nadadora olímpica Helen Meany ha vuelto a levantar la admiración y el entusiasmo de los hijos del Tío Sam.

Vedla en uno de los últimos concursos celebrados en Florida, lanzada desde la plancha de las acrobacías.

Rígido el cuerpo, tenso el músculo, con los brazos en cruz sobre las claras transparencias, adaptada al salto del «ángel» toda ella como una fibra estilizada.



Helen Meany haciendo el «ángel».



Las ondinas del Club Nacional de Tokio.

☆

Las japonesas parecen haber robado a Jasón su idolatría al mar.

Contemplando a estas risueñas nadadoras del Club Nacional de Tokio, se recuerda la frase de Alejandro de que «país ágil y limpio, país grande».

Mientras el Japón se baña y hace músculo, otros pueblos ruegan, que es la pasividad. Y el Japón se baña, hace músculo y ríe.

☆

Jack Ruffey ha vencido en la travesía a nado del puerto de Nueva York.

Ruffey, el «Delfín», batió a ochenta y cuatro concursantes sobre el retal oceánico.

Contemplad su gesto al asir la orilla del triunfo. Es la máscara de la voluntad inviolable, que sólo se relajó en cansancio cuando el laurel llegó a la mano.

Antes... No es heroico abrir la puerta de la fatiga a la pelea aun no decidida.

☆



Jack Ruffey, al llegar a la orilla.

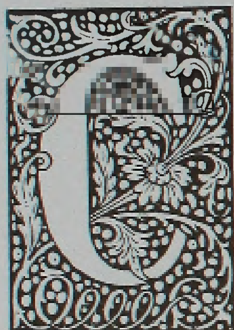
LA  AVIACIÓN EN ESPAÑA

Hablando con el presidente del Real Aero Club



Excelentísimo señor conde de San Luis

Lo que nos dice de la vida del aire el conde de San Luis



CORDIAL, afectuoso, con una atención siempre alerta, el conde de San Luis nos recibe en su despacho: una estancia limpia, severa, de nobleza bien vestida.

Marino brillante, aviador de sólidos prestigios, el presidente del Real Aero Club de España va respondiendo así a nuestras preguntas:

—¿...?

—El Real Aero Club fué fundado el año 1904 por varios entusiastas al deporte, entonces en boga, del globo libre. La buena voluntad de unos hombres ilustres bastó para hacer el milagro. Entre sus socios fundadores, que yo recuerde, figuran el coronel Kindelán, Fernández Duro y el teniente coronel Herrera. Y uno de sus primeros presidentes fué el fallecido marqués de Viana.

—¿...?

—Actualmente, el Aero es la representación en España de la Federación Aeronáutica Internacional, residente en París. Estamos en constante relación con todos los Clubs aéreos, tanto de Europa como de América. Por eso, por todos los grandes vuelos que realizan nuestros aviadores recibimos felicitaciones de ellos, y nosotros correspondemos prestando verdadera atención a cuantos *raids* de importancia hacen los pilotos extranjeros. Es una gran hermandad del aire lo que nos une.

—¿...?

—Nuestro Club puede decirse que se divide en dos secciones: una, de régimen interior, como Círculo, y otra, de aeronáutica. Al frente de cada una de estas secciones figura un vicepresidente. Uno de ellos es el marqués de Tenorio, y el otro el comandante Rementería. La Junta está toda integrada por profesionales del aire; personas de verdadero prestigio, presididas por mí, que soy el de menos títulos.

—¿...?

—Actualmente tenemos una subvención del Gobierno de cincuenta mil pesetas anuales, y la principal misión del Club es fomentar la aviación y hacer pilotos entre sus socios. Hoy el número de éstos es el de unos setecientos.

—¿...?

—El año último, y dentro de estos escasos medios, la Sociedad adquirió tres avionetas de aprendizaje, dos Havilland y una Avro, las tres inglesas. En poco más de un año se han hecho pilotos unos veinte socios, entre ellos el duque de Estremera, los marqueses de Almenara, Navarés, Pidal y Córdoba; el conde de Liniers y los señores Segovia y Cañero. Su afición a los vuelos ha llevado a algunos a adquirir avionetas por su cuenta, y con éstas, sumadas a las de propiedad del Club, contamos con un total de trece aparatos.

—¿...?

—La primera mujer a la que se ha concedido el título de piloto ha sido a la señorita Bernaldo de Quirós. Una verdadera entusiasta.

—¿...?

—Contamos como profesores de vuelo, en el Aero, con aviadores de gran prestigio en el mundo de la aviación. Son éstos los señores

LA AVIACIÓN EN ESPAÑA



Una avioneta del Aero en pleno vuelo

Lecea, Ortiz y Navarro. Las clases se dan diariamente en Getafe, donde contamos con un *hangar* para guardar los aparatos. Todas las avionetas llevan doble mando, y desde la primera lección se acostumbra al alumno a llevar el avión oyendo las explicaciones que por un teléfono, con auriculares puestos debajo del casco, va dándole el profesor acerca del manejo de palancas, timones, etc.

—¿...?

—A las quince horas de vuelo ya se deja a los alumnos solos en el manejo del avión. La enseñanza es de una duración aproximada de un mes. Cuando el profesor ve que ya están en condiciones de ser examinados avisa al Club, que envía a sus comisarios a presenciar los vuelos de reválida, y si las pruebas son satisfactorias, el Aero les concede el título de piloto de la Federación Internacional, que expide nuestra misma Sociedad.

—¿...?

—Afortunadamente, no ha habido ningún accidente. El celo de los profesores y la atención de los propios alumnos es la salvaguardia de esas lecciones prácticas. Una vez que el alumno tiene el título de piloto, ya vuela por su cuenta. Recientemente, varios de ellos han realizado interesantes viajes a Valladolid, León, Santander, Gijón, Burgos, Sevilla, Granada y otras poblaciones. Todos se muestran encantados de la aviación.

—¿...?

—El año pasado han hecho los alumnos unas tres mil horas de vuelo en avioneta, que multiplicadas por cien kilómetros, de promedio, a la hora de vuelo, resultan trescientos mil kilómetros de recorrido, o sea siete veces más de lo que se necesita en kilómetros para dar la vuelta a la tierra.

—¿...?

—¡Oh, hay un verdadero entusiasmo! La lista de aspirantes a alumnos está siempre llena, y por riguroso turno, a medida que salen unos, entran otros.

—¿...?

—Probablemente nuestras avionetas participarán en la Gran Semana de Aviación de San Sebastián y también en Sevilla con motivo de la inauguración del domicilio social del nuevo Aero Club sevillano.

Nos levantamos, y ya en pie, mientras guardamos papel y lápiz, requerimos, temiendo ser molestos:

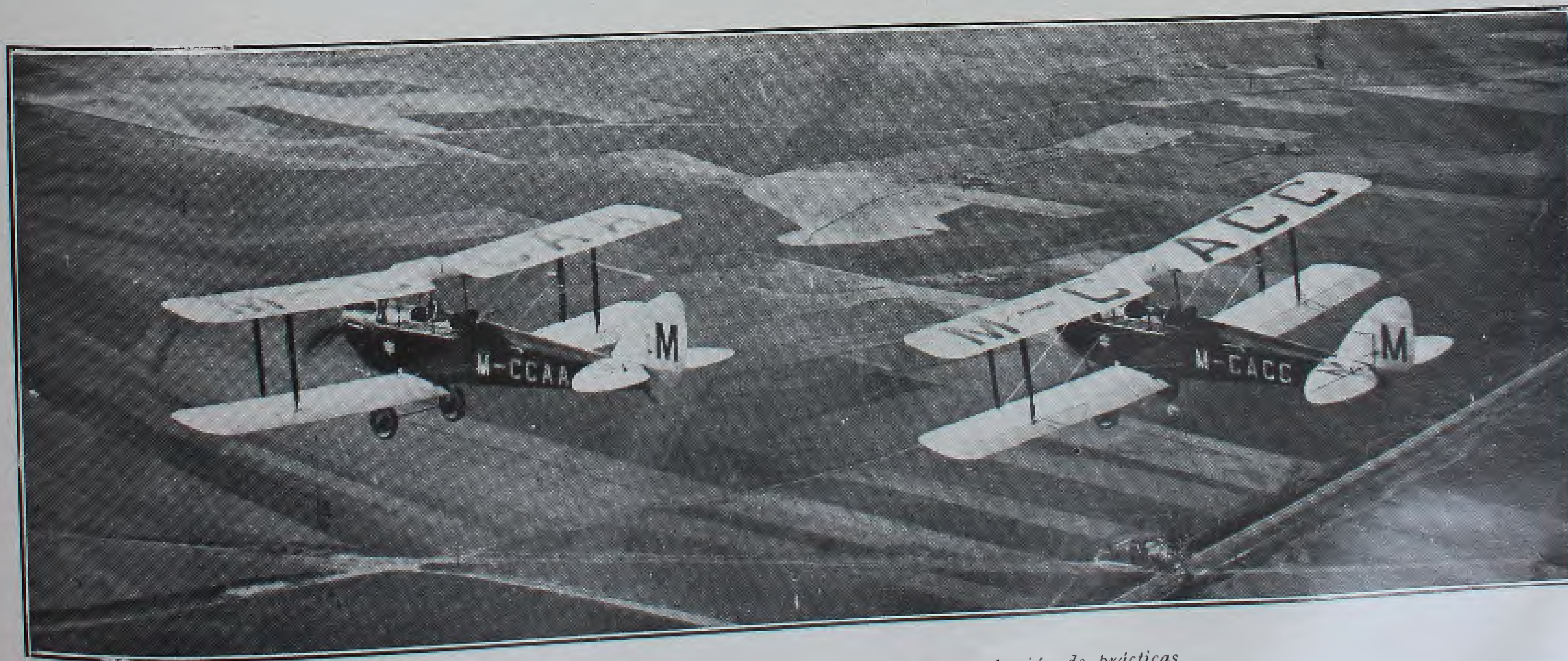
—Una última pregunta, conde. ¿Y de proyectos?

—¿Proyectos?—responde el conde de San Luis con viveza—. Pues dar el mayor impulso a nuestra aviación, tan gloriosa y que tanto pesa en el mundo. Adquirir nuevas avionetas y tratar de que la avioneta, el avión, sea en un futuro próximo hasta un medio de locomoción familiar. Es la conquista del aire lo que nos empuja, lo que nos lleva a una sagrada obligación a cuantos nos honramos llevando sobre el pecho las dos aspas símbolo de la gran aviación española.

Y el prócer, con la atención siempre alerta, modesto y sencillo, nos estrecha la mano.

—¡Adiós, conde!

MANUEL G. DOMINGO



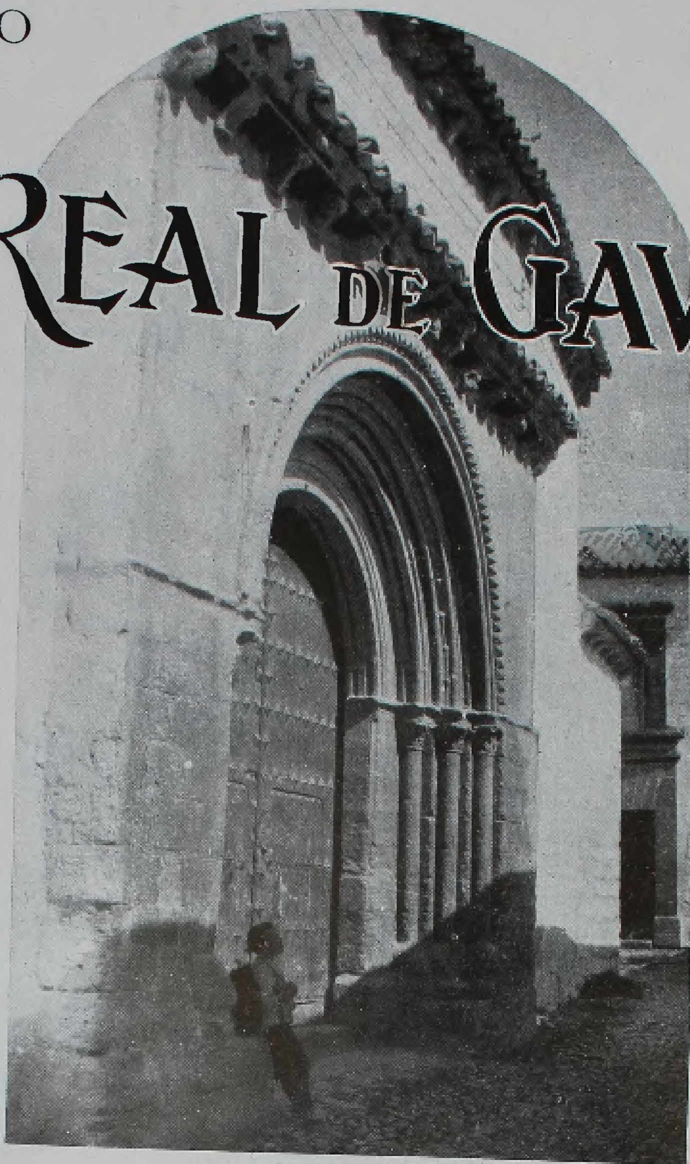
Dos aparatos de la Escuela de pilotaje durante una lección de prácticas



PRO TURISMO

HACIA SEVILLA

NIDO REAL DE GAVILANES



Portada de Santa Cruz, en Baeza

POR

HERMÓCRATES DE TUGIA



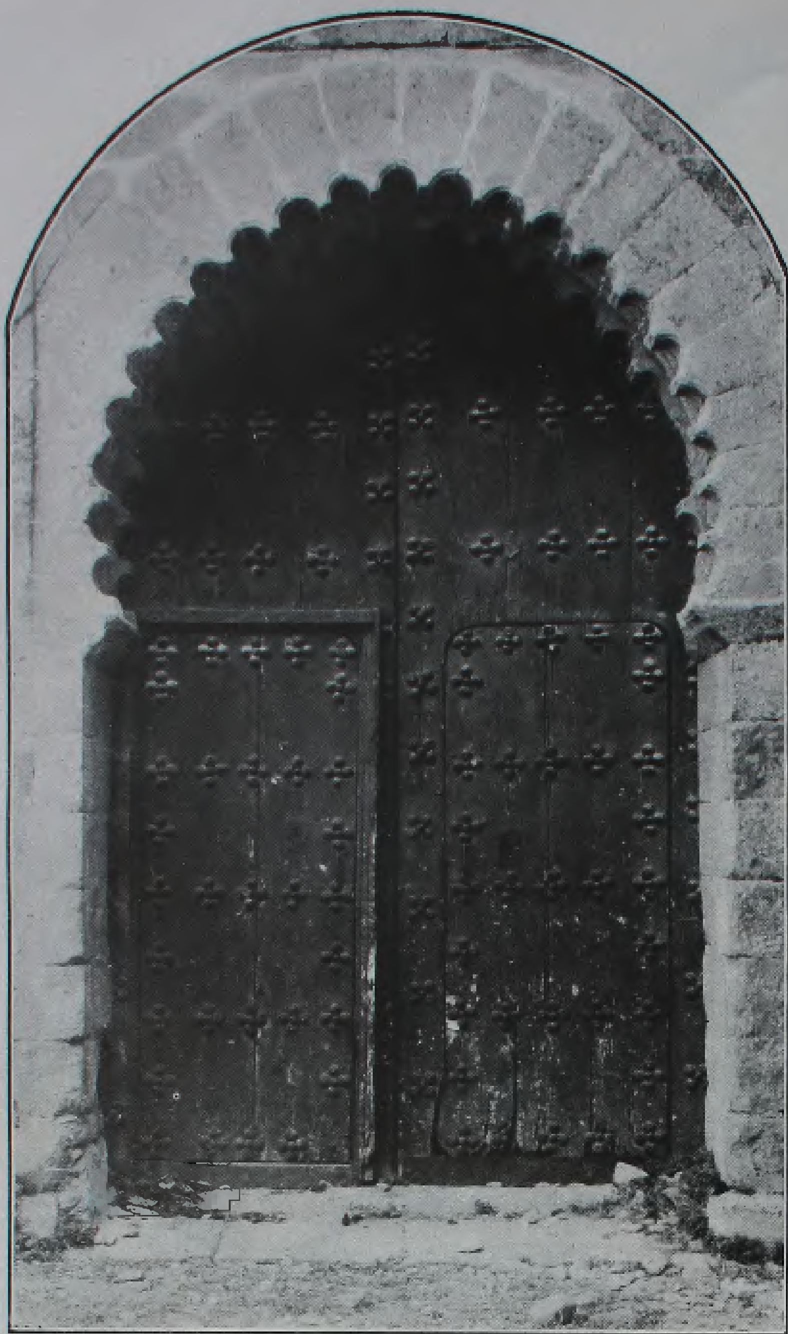


VAYAMOS en busca de la tercera etapa de nuestro itinerario, cabe las tierras ribereñas del Guadalquivir. Ya la Sierra y la campiña de Cazorla y la Loma de Úbeda nos han ofrecido la ocasión propicia para tejer el hilo de nuestras sugestiones. Baeza es ahora la que debe ayudarnos a reanudar nuestros soliloquios espirituales a través del arte y de la historia de estas tierras altas, cuyas magnificencias merecen ser más conocidas.

Y he aquí que el viajero, emocionado, deslumbrado todavía por la suntuosidad artística de la ciudad de Úbeda, puede dirigir sus pasos hacia Baeza por dos caminos diferentes. Carretera de Jaén, con la encina negra a mitad del camino, tan grata a las ensoñaciones del poeta Antonio Machado, y esa otra ruta, línea quebrada entre olivares y tierras labrantías, que puede llevaros al mismo sitio por otros lugares, dignos también de ser visitados. La Yedra, con sus vergeles y su ermita donde se venera un Santo Cristo milagroso; Rus, el simpático pueblo de vida tan activa; Canena, bajo la mirada fantasmal de su viejo castillo; Ibros, la de abolengo ibérico. Baeza, por fin, asentada en el centro de la provincia, erguida sobre los últimos escalones de la famosa Loma.

Estampa sugerente la de esta ciudad heroica, que ya en tiempo de los romanos mereció ser nombrada entre las mejores y elegida

NIDO REAL DE GAVILANES



Puerta de San Pedro Pascual, en la catedral de Baeza, llamada también Puerta de la Luna.

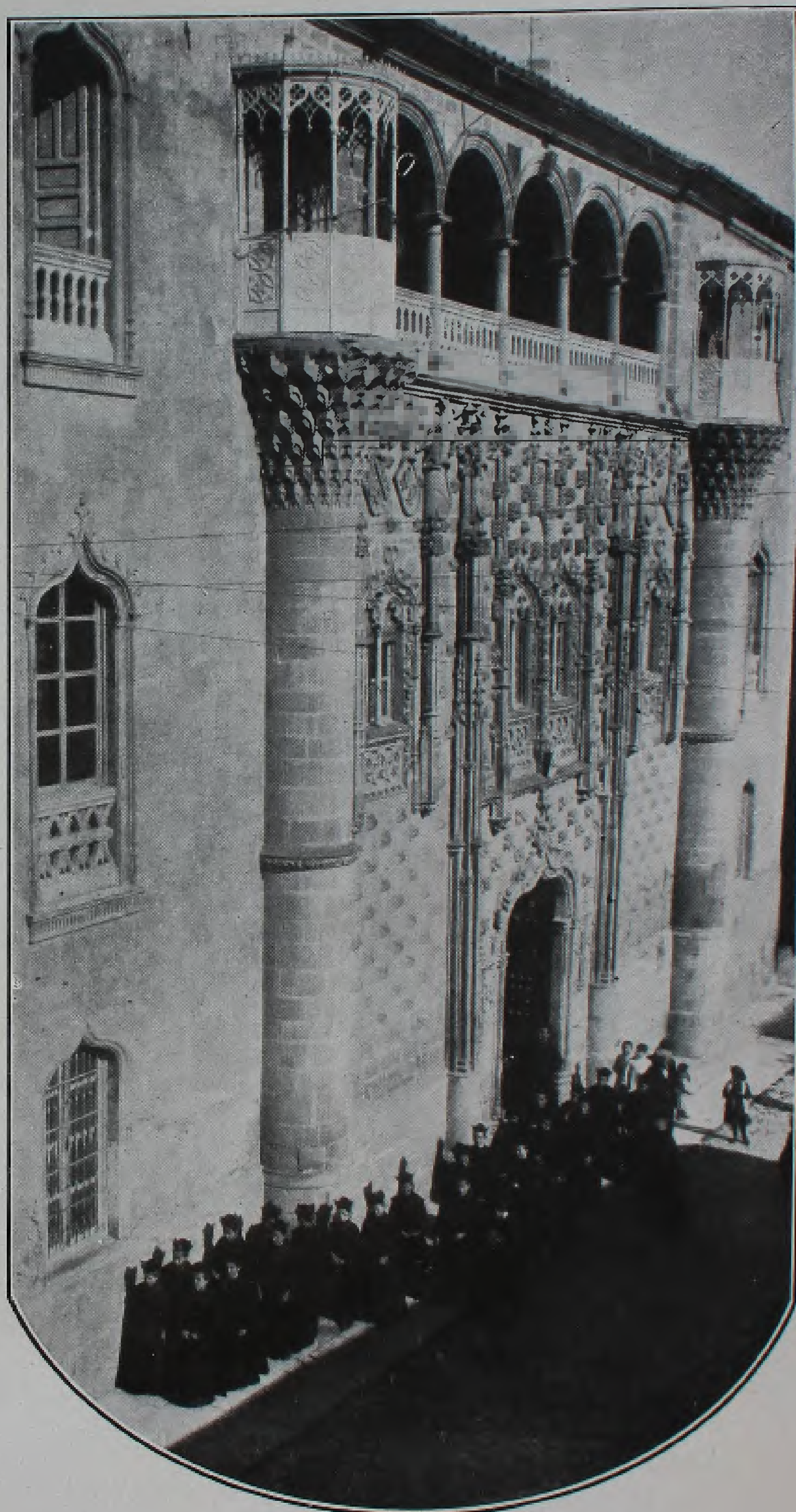
más tarde sede episcopal. Campo luego propicio para las duras gestas de moros y cristianos. Blasón de nobleza y de leales gallardías...

El peregrino ilusionado, que bañó su espíritu juvenil en las páginas de la historia baezana, sabe, al dirigirse a visitarla de nuevo, que todas las piedras de la ciudad le habían hablado de bélicas estrofas, entre las que fulguraban aquellos versos imborrables de su escudo, clarines de fama imperecedera:

«Soy Baeza la nombrada,
nido real de gavilanes;
tiñen en sangre su espada,
de los moros de Granada,
mis valientes capitanes.»
. . . .

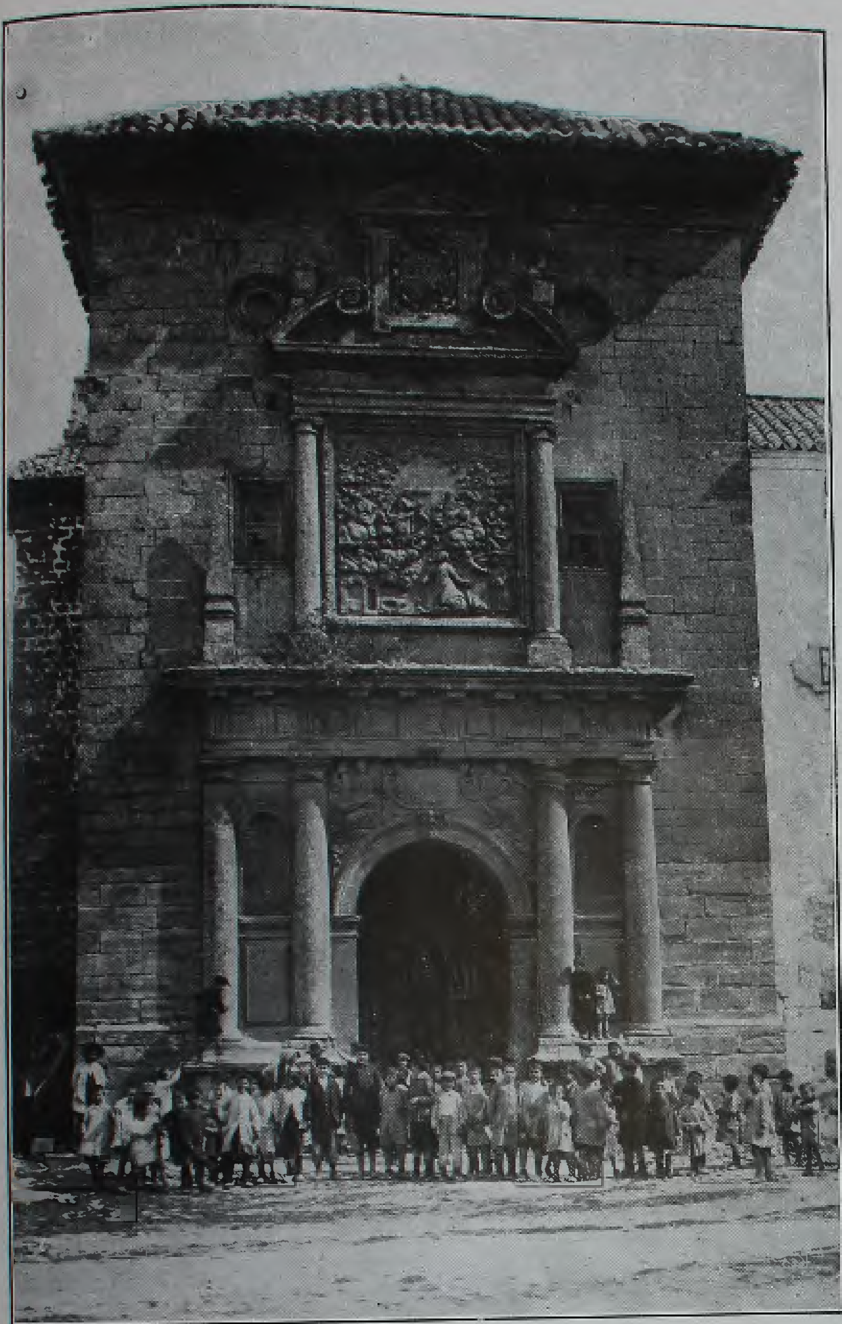
***

Y ya en el recinto de la ciudad, absortos ante las maravillas de pétreos encajes que se os ofrecen por doquier, podéis dar rienda suelta a los corceles de vuestra fantasía, perdiéndoos a la deriva por las tortuosas callejuelas, buscando los remansos cargados de evocaciones de las plazoletas solitarias, persiguiendo los variados itinerarios que la ciudad puede mostrar de uno a otro extremo. Palacios e iglesias y rinconcillos venerables, piedras labradas finamente, que son férvidas llamaradas del gótico en el palacio del Seminario y en el de Gil Bayle de Cabrera; graciosa orfebrería del renacimiento en la Casa del Pópulo, en el Palacio Municipal, en San Francisco y en tantos otros lugares bañados de la noble melancolía de las cosas viejas que son bellas, pariguales de sus hermanas las piedras de Úbeda, que ya hemos contemplado antes. Aquí también surge ante



El Seminario Conciliar de Baeza

NIDO REAL DE GAVILANES



Fachada de la iglesia de San Ignacio

las luces heroicas de los recuerdos que amasaron la historia y el arte, en este nido real de gavilanes que fué Baeza, podéis disponeros a renovar vuestras sugestiones, buscando nuevos itinerarios que, en duro contraste, os ofrecerán muestras diferentes de lo que va de ayer a hoy... Piedras viejas que, a despecho de todas las ignorancias, os darán ejemplo de perdurable juventud. Piedras que se hunden y que devuelven en polvo de gloria y de honores el abandono en que las tuvieron...

Pero, como Úbeda, Baeza va despertando también a estas iniciativas del turismo nacional. Proyectos laudables surgen cada día, y la ciudad se apresta a consolidar sus mejores obras para ofrecerlas a la admiración de todos, deseosa de que sus joyas artísticas puedan hablar de pretéritos esplendores y de rectificaciones oportunas en el desamor antes existente por las piedras viejas. Piedras que se yerguen aún, a pesar de tantos infortunios, y que son ejemplo del espíritu viril de toda una raza de artistas.

nosotros el recuerdo valiente de aquel buen obispo don Alonso Suárez de la Fuente del Sauce, cuyo escudo podemos admirar en la portada plateresca de la iglesia de San Andrés. También aquí nos asombra la gigantesca labor de cantero y de orfebre de Andrés de Vandaelvira. Y aquí, como en Úbeda, podemos bañar nuestros ojos en la luminosa diafanidad del paisaje que se extiende ante las viejas murallas y los derruídos torreones del alcázar antiguo.

Y todavía, dando vuelta a ese magnífico paseo que contornea la ciudad por el costado sur, os hallaréis en este lindo parque provinciano del Arca del Agua, sonriente y recoleto, como jardín conventual, fondo adecuado para los paseantes meditabundos que, a solas con la naturaleza y sus ensoñaciones, quieran gustar la caricia suavísima de la historia de ayer, plasmada en bronce de hoy. Allí, entre los macizos de flores, frente a los claros decires de una fontana, podéis contemplar la efigie del capitán Arredondo, desafiadora y palpitante, por obra y milagro de los recios cinceles de Jacinto Higueras.

Y ya de vuelta a la ciudad, temblando en vuestro espíritu todas



Portada de la iglesia de San Andrés

NIDO REAL
DE
GAVILANES





Plaza de Santa María; fachada de la catedral y de las casas consistoriales viejas



Edificio del Instituto

«¡Baeza, la noble;
Baeza, la hidalga,
tus piedras son himnos
que tu gloria cantan!»

habíamos escrito en los todavía no lejanos tiempos de nuestra vida estudiantil en esta ciudad. Y hoy, al visitarla de nuevo, renovando recuerdos del ayer dorado, volvemos a sentir idénticos deseos de murmurar aquellos versos de nuestra adolescencia, y nos complacemos en recomendar a los finos enamorados de las emociones gratas que visiten esta vieja y noble ciudad, merecedora de ser nombrada todavía nido real de gavilanes.

HERMÓCRATES DE TUGIA



Fotos Bara Padilla

TRAS LAS FRONTERAS

MOLIÈRE NO ENTRA EN EL JAPÓN





La censura nipona considera a Molière como autor peligroso, cuyas obras deben ser prohibidas para siempre en el Japón. Fúndanse los celosos guardadores de la moralidad japonesa en que en las comedias del clásico galo se hace burla y menosprecio de la autoridad paternal y tutelar; en que resuelve los conflictos de la vida de familia poniéndose siempre del lado de la juventud, ridiculizando la vejez; en que es partidario decisivo de la emancipación de las mujeres; en que admite jerarquías sociales; en que los criados de sus obras se expresan siempre en tono burlón respecto a sus amos, a los que no respetan, y en que, finalmente, médicos, farmacéuticos y filósofos son ridiculizados despiadadamente.

De nada han servido algunas, pocas, protestas de los que, asomándose hacia occidente, desearan para su país ciertas normas civilizadoras de Europa, amplias y modernas, progresivas y renovadoras. El espíritu fundamentalmente tradicionalista, rutinario, del lejano país se opone a toda innovación en su dramaturgia.

Molière no entra en el Japón, a la manera que tampoco ha entrado en los teatros nipones el espíritu teatral de occidente.

Porque ciertos modernismos, ciertos europeizamientos que pueden observarse en algunas representaciones de aquellos teatros son más aparentes que reales. En el fondo subsiste la anquilosada espiritualidad sobria, convencional y sencilla de su teatro primitivo.



Caracterización de un actor japonés

Claro es que viajeros como Alejandro Hacowleff—que ha estudiado últimamente la vida escénica rural japonesa con consecuente tenacidad—pueden considerar que el típico teatro japonés está refugiado en las pequeñas ciudades; mas no por eso se ha de creer que en las grandes urbes han cuajado del todo las tentativas reformadoras que desde hace cerca de un siglo han sido realizadas por diferentes personalidades de la escena nipona.

Algunas innovaciones han sido, sí, introducidas, aunque no de buen grado, y

Molière no entra en el Japón

sólo en lo que respecta, por ejemplo, a la arquitectura teatral, a los aparatos escénicos, a las luces y a los sistemas escenográficos; pero eso, con ser mucho, es poco, muy poco para lo que queda por reformar aún.

La generalidad japonesa sigue predispuesta hacia las normas primitivas, conservadas en forma insospechada hasta hoy. Más que las nuevas tendencias y las maneras de Europa seduce a la gente de allá la sencillez del estilo teatral del país, que se caracteriza y señala con rasgos típicos y firmes. Nada de los elementos artificiosos de la escena occidental. Como en los tiempos primeros de la escena griega, el actor ha de valerse únicamente de su gesto y de su voz.

El teatro de oriente en general—que no ha tenido ninguna influencia sobre el de Europa—permanece domeñado a sus formas de siempre, de manera insólita, hoy como en los tiempos remotos en los que la escena se instalaba en la «casa de concierto» de un rey o de un príncipe indio, en los días casi legendarios de Sudraka, Bavhabhuti y Kalidasa—los Ennio, Plauto y Terencio de entonces—. Como en tan lejana época, se carece también ahora de decoraciones, reemplazadas por una descripción del lugar, a cargo de un actor—original tramoyista—que tiene que explicar de antemano dónde se sitúa la acción.



Una representación del teatro japonés popular

Esta manera de representar tan típica, tan colmada de ecos sugestivos, no es desconocida en España, donde la fina atención de Benavente la recogió en aquella pura y bella expresión del arte teatral japonés, *La túnica amarilla*, representada por vez primera en nuestro país en el teatro de la Princesa, por la compañía de Guerrero-Mendoza, hace ya varios años.

En el Japón, sobre todo, se ha intentado varias veces vencer la resistencia opuesta por la generalidad, aferrada a lo antiguo. Pero tan generosos ímpetus han tenido poco alcance todos. Mor-Hita, Kanya, Kankami Otojiro y su esposa Sada Yakko, admirada en España, se han esforzado inútilmente por dotar al teatro japonés de una espiritualidad nueva. Es inútil por hoy. El materialismo, el realismo de occidente no rima con el carácter simbolista ni con el convencionalismo de la escena nipona.

Por mucho tiempo aún seguirán los comediantes japoneses sugiriendo a auditorios las ideas que quieran y deban ser, en espíritu a la obra, y el público, identificándose con ellos tras un esfuerzo imaginativo portentoso.

Tres modalidades diferentes, así y todo, ofrece el teatro japonés, estudiadas cuidadosamente por Zoé Kinkaid en su libro *Kabuki or the Popular Stage of Japan.*

El *Kabuki*—teatro popular—es una de las tres modalidades. Es curioso. Creado por una danzarina del santuario de Izurno, en la «provincia de los Dioses», a fines del siglo XVI, en la Kioto legendaria e histórica hoy, está formado este teatro por elementos masculinos únicamente.

El *No* (drama clásico) es anterior. Nació en el siglo XIV bajo la protección de Yosnimitsu. Como nuestros *misterios* y nuestros *autos sacramentales*, nació y se desarrolló en los templos y santuarios y llevó las vicisitudes de las remotas obras de Pascuas de la época medieval, hundiéndose después al socaire de los sucesos políticos del año 68 y recobrando ahora, al cabo, su pasado esplendoroso.

El *Ningvo-Sibal*, como el teatro dei Piccoli italiano, es un teatro de fantoches, irreal, de complicados dramas fantásticos y trucos mágicos.

Sencillo y simbólico, el teatro del extremo oriente apenas tiene contactos, ni los quiere, con los escenarios de occidente, ni se preocupa de nuestras inquietudes y anhelos, algunos de los cuales giran precisamente en torno de la ejemplar simplicidad del teatro nipón.

Shakespeare, Ibsen, Víctor Hugo, no han acabado ¡aún! de convencer ni entusiasmar a la generalidad, que mira con recelo siempre a los de la nueva escuela dramática, los *Azorines* del Japón, en cuanto a su estéril afán renovador.

Y eso que el clásico inglés, el dramaturgo nórdico y el poeta francés han tenido, en medio de todo, mejor suerte que el autor de *El avaro*, escritor nefando, según los censores japoneses de hoy... ¡Es curioso!

Aunque lo más curioso para el atento observador europeo del simplista teatro japonés es su carencia de aditamentos y el *Tramoyista*.

El *Tramoyista* (¡qué bien comprendió el espíritu de él José Santiago cuando representó *La túnica amarilla!*) es—dentro del convencionalismo de aquel teatro—invisible totalmente.

Suele ir vestido de negro y con un capuchón cubriéndole el rostro y testa. Interviene en la obra toda; explica el lugar y lo que representan las escenas, maneja los convencionalismos escénicos con arreglo a la costumbre inveterada y a las normas tradicionales y constituye el más eficaz e ingenuo elemento de la sencilla y teatral dramaturgia japonesa.

No llaman tanto en verdad la atención las orquestas de típicos *tams-tams* y dulces guzlas típicas que acompañan a la declamación de los actores en algunas representaciones.

Y ahora, finalmente, ante lo expuesto, cabe preguntarse: ¿Se dará la decantada fórmula de reteatralización del teatro, que un crítico y ensayista pedía para nuestro teatro, en la escena japonesa? Pudiera contestarse afirmativamente. Y entonces piensa uno en la razón que asiste a los que se niegan a una renovación de dicha escena, a los que se oponen a su europeización, a los que prefieren sus normas viejas, precisamente por alguien preconizadas para nuestro teatro, en su espíritu simbolista, convencional y sencillo...

E. ESTÉVEZ ORTEGA

EL MAESTRO Y POETA PEDRO SALINAS



POR
MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO



Es natural que entre los escritores de las más recientes generaciones prospere más el verso que la prosa. La inspiración lírica puede recaer en los jóvenes con más garantía de honor, merecimiento y eficacia que ese otro don—no menos precioso, pero de otra índole—de hacer novelas, ensayos o teatro, que requiere, para consumarse, el concurso del tiempo, la experiencia y la cultura. El poeta puede serlo—lo es en la mayoría de los casos—por privilegio fulminante de la Naturaleza, aunque un dilatado ejercicio, de creciente conciencia, perfeccione las facultades. Pero el escritor aplicado a otro género o variedades de la Literatura, aun contando con el indispensable donativo, necesita de instrumentos que sólo el transcurso de los días puede ir proporcionando. Si fuese menester demostrar este hecho de experiencia histórica, bastaría con asomarnos a las biografías de unos cuantos poetas—cuajados ya en la adolescencia, o poco menos—y de unos cuantos prosistas, no granados antes de llegar a la madurez.

Por esto es posible, y aun podría decirse seguro, que dentro de unos cuantos años los prosistas de la llamada «joven literatura» signifiquen tanto como los poetas: bien entendido que no trato de plantear pugilato alguno, ni especie de duelo personal. Aludo a la fisonomía general de unos y otros. La nueva poesía está ya plenamente definida: la fijan unos cuantos nombres: Salinas, Guillén, García Lorca, Alberti, Diego. Cabe hablar de la nueva poesía como algo ya perfectamente redondeado. Al cabo que la prosa, aun contando, como indudablemente cuenta, con nombres de análogo volumen—Espina, Bergamín, Jiménez Caballero, Jarnés,—no presenta un valor de conjunto tan fácil de percibir y contrastar. ¿Crisis de géneros...? ¿La novela en estado constituyente...? ¿Cuestión sólo, como antes digo, de tiempo...? Todo es posible.

Parte final: la «joven literatura» ha conquistado un mundo nuevo de poesía. La conquista de la prosa está resultando más ardua.

Los dos equipos están perfectamente diferenciados: cada uno opera por su cuenta y riesgo. No nos desoriente el hecho de ver aparecer un poeta en la legión de los prosistas. Porque ese poeta—ya sabemos que el verso es sólo expresión contingente de poesía—lo es también cuando escribe en prosa. Poeta siempre, Pedro Salinas. A él aludo: figura la más destacada de las gentes nuevas, por un hecho tal vez que no deba pasar inadvertido para el comentarista de nuestra vida literaria. Pedro Salinas, a más de escritor, es maestro. Semejante cualidad parece extraña a la pura y simple creación estética: lo es, en cierto modo. Pero quien, sobre ser creador, sepa ser inventor de la obra ajena, acredita una clarividencia, una serenidad, un gusto, una corta expansión de la inteligencia y de las ensibilidad, que contribuyen a explicar con nitidez suprema la producción propia. Pedro Salinas, respecto a los demás escritores de reciente incorporación, es como el hermano mayor, que de su primogenitura no hace, ni querría, privilegio sin deber, deber de asistencia, de cooperación de estímulo. Aconseja del modo más directo que cabe: con el ejemplo. Y así no es absurdo, sino vigorosamente lógico, imaginarse al Salinas maestro desinteresado, todo templanza y objetividad afectuosa. Salinas se desdobla para asistirse mejor: tutor de sí mismo. Pero es más severo que con cualquiera de los muchachos que se le acercan con las cuartillas y el corazón expectante en la mano. Con él mismo no sonríe indulgente. Le extrema el vigor del juicio con sus versos y sus prosas, que sabemos impecables. Castiga sus escritos con un pudor en el que arde hasta consumirse cuanto pueda haber en un escritor de vanidad profesional. Purgada en el silencio fecundo, la obra impresa de Pedro Salinas vocea, a la par que virtudes íntimas de gran poeta, prendas personales de un ejemplar sentido humano.

* * *

En 1921, Juan Ramón Jiménez fundó la revista *Indice*, llamada a tener vida mensual. Pero esta salida en cada mes, con periodicidad afianzada por el éxito, no era fácil de conciliar con las exigencias de índole ética que, según designio expreso del fundador y sus colaboradores, había de informar la existencia de la publicación: «vida libre, generosa y pura», decían... Y se presentaban así: «Escritores y artistas de las más distintas tendencias, españoles e hispanoamericanos, unidos sólo por el interés común de la exaltación del espíritu y por el gusto de las cosas bellas...» Vivir no es fácil. Pero vivir con decoro estético—y ético—, con libertad, pureza, inteligencia, gusto, frisa en lo casi imposible, dadas las circunstancias propias de nuestro medio social. El gesto de Juan Ramón Jiménez, capitán de quimeras que no debieran serlo, no pudo mantenerse más allá del cuarto número de *Índice*. Fué pena que se ajasen las cubiertas de pálido limón por no orearse con el aliento de sucesivos cuadernos. Amarillas—¿verdosa?—aquellas de *Índice* que hace pensar en el enamorado mal correspondido... Pero la empresa—intentada en momento más crítico que otro cualquiera—no fué perdida del todo, ni mucho menos; ganamos un grupo de escritores que al establecer el contacto—menos eventualmente de lo que pudiese parecer—significaban, después de la algarada «ultraísta», la afirmación más poética, e incluso orgánica, de la dictadura recién nacida. *Ultra* tuvo sus náufragos y sus víctimas: hubo ardimiento, pero no seguridad de rumbo. *Indice* lanzó—por medio de la revista y de los tomitos inolvidables de la Biblioteca aneja—un tropel de escritores que se han salvado por entero. Eso podía ser de otro modo, dada la conciencia del arte y de la vida, fenómeno singular que en ellos se daba, y sigue dándose. Unidad de conciencia que venía, sin duda, no de acuerdo buscado con debates, sino del contacto establecido por la común formación. La universidad entra por mucho en la cualificación de los escritores jóvenes españoles. Por vez primera en la Historia de nuestras letras se produce el hecho—no a título singular,

sino colectivo—de una exigente disciplina natural, rigiendo la creación estética. Nada de arte erudito. Sí arte intelectual y consciente. Conocemos el espíritu cultivado de los poetas de hoy en la firmeza, precisión, exactitud, refinamiento de sus obras. Ningún alarde, ningún *pastiche*. Inspiración propia. Pero sin capricho ni improvisaciones. Definiendo por contraste, me atrevería a decir que el escritor del 98 era un guerrillero. Los de mil novecientos veintitantos, militares de Academia. Quedan, sin duda, soldados espontáneos de innegable y eficacísimo genio. Pero es característico del momento que cundan los literatos diplomados. No valoro: distingo.

* * *

Ni divago: establezco unos supuestos para explicar la personalidad de Pedro Salinas: nació artista del verso y de la prosa. Pero lo que la naturaleza le dió con mano espléndida lo labró y benefició con fino arte Salamanca. Es decir, Madrid, París, Cambridge: el aula y los viajes: la frecuentación de los libros y el contacto con el mundo: el diámetro del Mediterráneo: el radio del Guadalquivir: el círculo de los cielos, según lo pueda contemplar, en juego alternado, de pupila y aparatos, un poeta y un astrónomo fundidos. Colaboradores, la intuición y el conocimiento, producen ese acento humano y totalista que recae sobre la obra de Pedro Salinas, cargada de gracia ingénita y experiencia adquirida. No extrañe, pues, el cumplimiento de los *Presagios* de 1923—se presagia lo futuro, no lo incierto—ni tachemos de paradójica la seguridad de ese azar a que puede confiarse todo artista perito en el cálculo exacto de su juego. Pedro Salinas, desde luego, se confía:

No me fío de la rosa
de papel,
tantas veces que la hice
yo con mis manos.
Ni me fío de la otra
rosa verdadera,
hija del sol y razón,
la prometida del viento.
De ti, que nunca te hice;
de ti, que nunca te hicieron,
de ti me fío, redondo,
seguro azar.

* * *

Y ya están lanzados, por la fuerza misma de las palabras, por automatismo de las ideas, los títulos de los dos libros de versos a que Pedro Salinas ha dado vida: *Presagios* y *Seguro azar*. El uno, de 1923. El otro, de 1929. El intervalo lo parte en 1926 un libro más: *Víspera del gozo*. No en verso, pero sí poético. Poemas en prosa, tocados de exquisita gracia. ¡Y cuánto se habló, porque sí, de Marcel Proust, a cuenta de *Víspera del gozo...!* Una voz razonable, la de Fernando Vela, quebró el concierto de quienes creían descubrir infiltraciones prustianas. «Sólo por haber escogido—decía—un punto de vista que no es el humano y corriente, la novela de Proust saca medio cuerpo fuera del arte pretérito. *Víspera del gozo*, en cambio, pertenece, por lo menos en sus cuatro quintos, al arte deshumanizado del presente. No hallo por ninguna parte en el libro de Pedro Salinas los temas humanos contemplados a distancia inhumana, la descripción fenomenológica, en cristal, de la reminiscencia vaga, la proliferación de los recuerdos, como en Proust. Y si nada de esto existe en *Víspera del gozo*, no sé cuál sea semejanza interior con *Du coté de cher Swan*.

Quizá pudiera hallarse el punto de contacto entre Salinas y Proust—no hay por qué aludir a la traducción del segundo por el primero—en cierta prosa publicada en *Indice* y no incorporada a *Víspera del gozo:* aquella que se titula *Un conocido por conocer*. Parece escrita con ánimo que cabría llamar proustiano. Pero en las prosas ulteriores de Salinas triunfa un *virtuosismo* bien distinto al que vió en Proust el mismo autor de *Víspera del gozo*. Lejos de éste el *stradivarius* de *las pasiones*.

Si Salinas gusta de recoger las voces profundas del ser y del recuerdo, y aun se goza, voluptuosamente, en la asociación de pormenores, para reconstruir una ruta de momentos perdidos, no es en función de la Psicología, sino de la Poesía, que así enriquece y salva cualquiera anécdota, por gracia de Dios y de la expresión. La prosa de Pedro Salinas es poética por modo genuino. El mundo interno y externo se refleja en ella, transpuesto en imágenes que valen por toda una creación nueva. Véase cómo toma estado poético el simple episodio de una entrada en Sevilla. «El auto, ceñido estrechamente a derecha e izquierda por casas, empezaba su heroico viaje. La calle, inmóvil, pero poseída con la marcha del coche de una actividad vertiginosa y teatral, empezó a desplegar formas, líneas, espacios multicolores y cambiantes, rotos, reanudados a cada instante, sin coherencia alguna y con idéntica rapidez y destreza con que muestra un prestímano los colerinescos objetos que le van a servir en su juego... Sí, probablemente, en cuanto todo aquello se aquietara, de esta confusión de colores iba a salir, limpia y total, Sevilla, ofrecida como en la palma de una mano hábil en la llanada del Guadalquivir. Pero, por ahora, no se veía ni ciudad, ni calle, ni siquiera sus últimos elementos. Todo lo que aprehendían los ojos eran fragmentos cortos y paños de manos, rosa, verde, azul, y de trecho en trecho como un punto redondo y negro que intenta dar apariencias de orden a una prosa en tumulto, un portal en el que se hundía la mirada, siempre demasiado tarde, porque apenas llegados a la cancela y dudosa de por cuál de aquellos geométricos pasajes entraría en el presentido patio, ya empezaba de nuevo otra casa, dejándose atrás aquélla: una pared de colores, la arista de una esquina brusca, una reja cerrada casi siempre, pero que una vez mostró con patética prisa, cautiva detrás de sus barrotes como una gacela, una luz tiernísima y sin nadie, de cuarto habitado, de cuarto de donde se acaba de ir, adonde volverá dentro de un momento alguien que nunca veremos. De pronto, en un cruce, la calle por donde iban hizo un esguince, se torció a la derecha, escapó, toda ondulada y colerinesca, como una huída de gitana... De cuando en cuando, miraba hacia arriba: precipitado desfile de miradores torcidos, de balcones desenfocados, todos herméticos y sin gente: y más alto, el cielo, vereda azul, escasa y blanda, entre márgenes de claveles y geranios, por las macetas de las azoteas, veredita estrecha...»

* * *

La cita—cualquier otra cita—permite señalar, entre varios motivos de seducción, el encanto de un lenguaje, sobremanera sabio: con sabiduría de tan lograda incorporación, que no se advierte esfuerzo, alarde ni rebusca. Lenguaje llano, simple, directo, cotidiano... Ni un vocablo que no encaje. Ni una afección de léxico... tan típica en Salinas esta virtud del idioma—idioma vivo, no literario, todo exactitud y autenticidad—, que en ella se cita uno de los milagros de su poesía. Las mismas palabras usuales acarrea el verso incluso cuando han de servir de exponente a las más finas, abstractas, puras situaciones del alma. Palabras que viven por responder precisamente a las necesidades del día: no conquistadas en lo castizo, sino trémulas de reciente animación en los campos de deporte, en la pantalla del *cine*, en páginas de un servicial... Así es de abierta a todas las solicitaciones la poesía de Pedro Salinas, resuelta en versos de tan profunda unidad emocional y vigor de concepto que no pueden ser desprendidos del poema en que se insertan. Una metáfora aislada puede probar en este o aquel poeta un acierto determinado de expresión; en Salinas es forzoso contar con el poema íntegro, organizado del modo cabal que se organiza, por ley del mundo o del ingenio, un árbol o una máquina.

Cierre una composición breve esta rápida e incompleta interpretación de Pedro Salinas:

Llevo los ojos abiertos.
No te veo.
Estás dentro de la niebla.
Niebla:
con el mirar no la aclaro,
con la mano no la empujo,
con el querer no la mato.
Niebla.

La mirada, ¿para qué?...
Y la voluntad, inútil.

Llevo los ojos cerrados
No te veo. Ya te siento.
Ya te tengo. Mía.
Estás, estoy a tu lado:
estás dentro de la niebla.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO



Marcelina Day, la graciosa estrella de la Metro Goldwin Mayer, luciendo un lindo modelo de playa, creación del renombrado modisto Jean Patou

ANTE LA PANTALLA

★

VIAJEROS A HOLLYWOOD



En un descanso, cuando se han apagado los grandes focos que son como los soles de los estudios cinematográficos, Jobyna Ralston y Richard Arlen juegan al aire libre...



El lector.—¿Qué papeles son ésos que tiene usted sobre la mesa?

El cronista.—Unas fotografías de *cine*. Llegaron en el último correo americano. Cartulinas tersas y brillantes, que esparcen en su torno algo así como un perfume mareante, y ante las que cualquier enemigo del arte que era silencioso estaría, sin duda, dispuesto a rendir sus armas. Todavía no se ha escrito el elogio de la fotografía de *cine*. Debería escribirse. Ahora bien: yo no sé si estas fotografías que tengo ahí realizan una labor beneficiosa o perjudicial.

El lector.—¿Por qué?

El cronista.—Por lo que representan: escenas íntimas de Hollywood. Cómo vive Jannings; Dorothy Sebastian en la hora luminosa del deporte al aire libre; Jobyna Ralston y Richard Arlen preludiando un beso magnífico para final de cualquier película que se estime... El vino del triunfo, en fin, que sólo pueden saborear unos cuantos elegidos. Y ahí de mi duda. ¿Conviene divulgar estas fotografías? Siembra de esperanzas, que casi nunca serán logradas. Dígame usted, amigo mío, si esa mecanógrafa que vemos pasar todas las mañanas, a las nueve, camino de la oficina, donde la espera el teclado que ha sustituído al de los viejos clavecines románticos, no cambiaría, de buena gana, su vida por la de Nancy Carroll, sin ir más lejos.

El lector.—Desde luego.

El cronista.—Pues ahí está el mal. Hollywood no esparce por el mundo otra semilla que esa de las fotografías amables. Y hay un reverso amargo y triste, que es como una dedada de hiel en el vino del triunfo. Por cada triunfador, trescientos que fracasan.

Porcentaje melancólico, en que el ingenuo enamorado del *cine*, viendo las fotografías de los periódicos, apenas si repara. Se calcula que son doscientas, aproximadamente, las personas de ambos sexos que llegan todos los días a los Estados Unidos en busca de trabajo cinematográfico. No dan abasto los estudios para tal oferta. Y sepa usted, amigo mío, que todas esas muchachas y esos muchachos que llegan a Hollywood están envenenados por la ilusión. Es decir, que ningún obstáculo les hará retroceder en su empeño. El galán recién desembarcado en Nueva York se considera con méritos suficientes para mirar por encima del hombro al mismo Gary Cooper. Como, por otra parte, esa muchachita que acaba de llegar a Hollywood está segura de que mañana, dentro de tres días a lo sumo, habrá saltado sobre el otoño de Pola Negri, oloroso a melancolía y a lilas blancas. Para estos audaces enamorados del *cine*, el triunfo es una realidad inmediata, urgente, que no admite demora. En cuanto

ANTE LA PANTALLA



He aquí a Emil Jannings. Vedle en el jardín de su casa. La vida es para él. Y eso que el objetivo fotográfico no le ha sorprendido al lado de uno de esos automóviles charolados que constituyen su pasión...

Fred Niblo les mire al salir de *Henry*, Hollywood será suyo. Pero los días corren, y Fred Niblo no se ha fijado aún. Tedio dramático de lo que fracasa, de las esperanzas que juegan a ser vilanos en el viento.

El lector.—Sin embargo, alguien triunfará. No hay que ser pesimista. Todos los días están saliendo nombres nuevos. ¿Quién había oído hablar—antes de hoy—de Ruth Taylor, de Barry Norton, de Alice Withe, de Raquel Torres, de Sue Carol? Precisamente, lo que pierde al *cine* de ahora es su fugacidad, su condición de cosa volandera. La gloria dura lo que las rosas, y le salen canas en seguida. Greta Garbo será vieja mañana. Como ya lo es Norma Talmadge, siquiera el amor culpable de Luis Alonso le haga vivir ahora en el engaño de una primavera apasionada.

El cronista.—¿Y qué quiere decirme usted con todo eso?

El lector.—Pues que Hollywood es hoy por hoy una ventana abierta a la gente nueva. ¡Viajeros, a Hollywood, amigo mío! La vida maravillosa que uno quisiera vivir, allí está. Cualquier modistita en estado de merecer, con tal de que tenga ese tipo de *flapper* desenvuelta que han popularizado las novelas de Anita Loos, puede, al lado de Ramón Novarro, hacer oposiciones a un puesto de estrella millonaria. El viaje es magnífico. ¡Viajeros, a Hollywood!

El lector.—¿Y el fracaso?

El fracaso.—No pensemos en él.

El cronista.—Pensemos, pensemos, que nosotros no somos directores de películas españolas. Un punto de meditación es muy pertinente. Vea usted, sin ir más lejos, el caso de Antonio Cumellas. Cumellas, elegido por la *Fox* como el hombre más guapo de España, llegó a Hollywood en compañía de esa catalanita avispada que es María Casajuana. Han pa-

A nuestra gentil amiga Dorothy Sebastian le gusta mucho el deporte...

sado dos años, y ahí le tiene usted: sin haber trabajado aún, muriéndose de tedio. Otro caso: el de José Crespo. Usted estará de acuerdo conmigo en asegurar que nadie se ha afanado por conquistar la gloria de Hollywood como José Crespo. El cual ha puesto en juego para ello todos los procedimientos imaginables: intérprete de *El gran galeoto*, en inglés, prometido de Rita Carewe, muñidor de Dolores del Río en un concurso de belleza... ¿Y qué ha conseguido hasta ahora? Nada, ya que de su *Ravenge* vale más no hablar. Y aun estos casos son ejemplos de derrotas que pudiéramos llamar «de guante blanco». Galanes ha habido que ahora lavan platos en un hotel. Hollywood no admite términos medios: o blanco o negro; o señor o esclavo. Nada de veladuras, nada de

ANTE LA PANTALLA



¿Y este parterre florido, en el jardín de Pola Negri? Aquí se comprende que el hombre lo deje todo a los pies de una mujer. Aquí se comprende a un príncipe M'Diuani, a un marqués de le Falaise...

Nancy Carroll, al levantarse, sugiere, verdaderamente, ideas venusinas; Venus en pijama, surgiendo de las muselinas, de las finas holandas...

ANTE LA PANTALLA

zonas grises. O galán con un *Rolls* a la puerta o camarero. Esto, ellos. No hablemos de ellas, tan bonitas. Ya puede usted imaginarse cuál ha de ser, por fuerza, su destino... Y todavía se le ocurre a usted gritar eso de «¡Viajeros, a Hollywood!»...

Con dos o tres paseos por Hollywood, acaso encontrara Albert Londres datos preciosos para sus reportajes sobre la trata de blancas...

José Luis SALADO



Thomas Meighan, con su esposa, espera a que le llame el director...

NOTA

Habiendo recibido numerosas cartas de nuestros lectores rogándonos prorroguemos la fecha de admisión de soluciones para el Concurso cinematográfico, accedemos gustosos a sus insistentes ruegos, y en tal sentido queda prorrogada por un mes la fecha de admisión de soluciones a dicho concurso, que se cerrará definitivamente el día 25 del corriente mes.

De la felicidad de los artistas triunfadores participa, como es lógico, su familia. Véase cómo sonríen—encantadas de haber nacido, que decimos por aquí—la esposa y la hija de Emil Jannings...

LOCUTORIO DE INMORTALES

VISITAS Y CONFESIONES DE PERSONAJES FAMOSOS



CURRO MELOJA

MISTÉ. Vi a desirle toíto lo que me pasa. No soy tan *esaborībilis* como cree Angeliyo... y esos otros dos *angeliyos* que Dios confunda, compare e mi arma.

—Ah ¿no?

—*Nopi.*

Y en su rostro, verdaderamente acaratulado, se insinúa una mueca que supongo quiere ser una sonrisa.

—Lo que pasa es que a mí me han falsificado. Yo soy mu güeno y no me niego a na. ¿Me necesitaban esos señores para la tienda de Bardomero? Pues allá fuí. Pero, compare, el *recursíbilis* de la mala sombra no me lo meresía. ¡Me partieron! Desde entonces no he levantao cabeza. Josú, qué sino.

Y ahora parece como si una vaga nube de tristeza le ennobleciera la faz.

Hay en torno un silencio que está pidiendo palmas. Silencio expectativo, de juerga de colmado, densidad de tedio empapado en vino, cuando el *cantaor* principia a entonarse. Frente a mí, Curro Meloja—pero ¡Josú! ¿quién no conoce a Curro Meloja?—, pálido y desmedrado, no se atreve a mirarme. Está abatidísimo.

—Sí, señor. Fué una injusticia.

Y calla de nuevo, como si aquella sentencia exigiese una larga rumiación. En la estancia vecina alguien canturrea:

Er verduguito apretó,
mi padre sacó la lengua,
mi madre se impresionó.

—¡Mardita sea!—exclama Curro Meloja, dando una patada—. Misté que es mal ange! ¡Qué perra suerte la mía! Y misté, le vi a desir la verdad: Yo no soy lo que ustedes creéis. Ni presumo de grasioso ni tuve mala sombra, hasta que a esos dos niños de Utrera se les ocurrió llevarme a casa de Bardomero. Ese sí que, ¡probe!, tié una pata. ¡Pero qué *pajolera* curpa tengo yo! Quise que no pasara na. Pero ¡Josú! ¡si no hay otro pa arreglar cuestiones! ¡Si yo soy un cacho e pan! Me duele que en lugar de mostrarme mu güeno me hayan hecho un bendito. Creáme usted: fuí una vírtima. Los amigos y las *copíbilis*. No hay otra cosa. Y las he pagao demasiao caras. ¡Es mucho *cardo* y mucho *caló* el que me han colocao esos *pajoleros* niños, que, para más irrisión, son los únicos que tienen buena sombra en la mala sombra.

Ha dado unos pasos y está cerca del umbral. (Debo declarar, en honor a la verdad, que no llueve). Pasan por esta calle del Protagonópolis, que es una de las vías principales del barrio Quinteriano, juncales mozas bravías, aguerridas y graciosas, de ágil y recio taconeo. Al verlas, se le alegran los ojillos a Curro Meloja, que, sin poder contenerse, exclama:

—Vaya...—pero a punto se interrumpe, se lleva la mano a la boca, como para impedir la imprudente expresión de una palabra, y me mira asustado.

Paso por alto el incidente por no abrumarle, mientras él vuelve hacia mí mirando a todas partes, con la evidente nostalgia de unas *copíbilis* que le permitieran arreglar la cuestión.

—Entonces, ¿no está usted contento de su celebridad?—le pregunto.

—Calle usted, hombre. Mu güena es; no se lo he de negar; pero tiene sus esaboriciones. ¡Misté que pasar yo como modelo de guasa! ¡Misté que no poder acercarme a una mujer sin que me tome er pelo!

Y diciendo esto, se mesa los cabellos con desesperación.

—Mu sélebre; pero por un truco gracioso que inventé (porque mi modo de hablar es grasioso, ¿no?) me han hecho prototipo de la mala sombra. ¿Le parese a usté? Si Bardomero tiene mala pata, y sus tres amigos son tuertos, qué *repajolera* curpa tenía yo. De la misma manera si los tres amigos de Bardomero fuesen una *dosenībilis*, me habrían fastidiao a mí. ¿No es injusto?

—*Sipi;* digo, sí.

—Aquí somos dos amigos, que no pudiendo tomarnos unas *copíbilis*, hacemos como si nos las tomáramos. Yo le vi a pedir un favor. Es un pequeño *favoríbilis* que le vi a agradeser pa siempre. Diga usté que todo m'ha pasao por güeno; porque soy un cachito e pan. Yo no sé cómo esos niños se apoderaron tan pronto de mí. ¡Si apenas nos hemos hablao! No les guardo rencor; sé que he sido un *recursíbilis* pa su *pajolera* grasia. Si hubiesen querido favoreserme, bien sé que habrían podido hacerlo, m'han condenao a una selebridad que tiene mucha asaúra. Sólo siento que s'hayan orvidao de desir que soy mu güeno. Misté: ni siquiera llevo navaja. Pero les quiero, son muy *simpatiquíbilis*. Cuando les vea, vi a quitarme el sombrero y echándoselo a los pies pa que lo pisen, voy a desirles un piropo. Sí, señó.

Se dirige entonces hacia la pared del fondo, donde hay colgado un retrato ya antiguo de los hermanos Quintero, y, jacarandoso y terne, exclama:

—¡Vaya caló!

En seguida, como quien se siente sorprendido infraganti, se lleva la mano al pecho y me dice, desolado y compungido:

—¡Usté perdone, se me ha escapao!

JUANITA LA LARGA

Confieso que me acerco con cierta emoción a esta gallardísima mujer de tan despejadas entendederas y de tanto ingenio y donaire. Hay una gracia muy sutil y discreta en esta a modo de anticipación con que ella se adelantó a su tiempo, iniciando, sin saberlo, esa literatura que luego ha hecho furor y ha sido muy socorrida y celebrada, en torno a los amores de las doncellicas por los *otoñales*. Podría decir, con el poeta, que «con el cabello gris me acerco a los rosales del jardín». Rosal del jardín de Protagonópolis es Juanita la Larga, que en el punto y hora en que comienza la narración de esta verídica entrevista está asomada a la ventana, limpio y bien cuidado y recogido su pelo negro con reflejos azules y paseando sus ávidas miradas vehementes por el paisaje circundante, como reina que se regodea en la contemplación de sus dominios.

Al sentir mis pasos, vuelve hacia mí la gentileza del busto, proporcionado y bien medido, y con muy zalamera sonrisa me tiende, en bienvenida cordialísima, su breve mano trigueña.

—Sé a lo que viene usted—me dice—; pero no sé, con franqueza,

cómo debo conducirme. ¿Viene usted a comprobar la servil mansedumbre de Rut o la ferocidad de Judit?

Y al decir esto, sonríe con una divina sonrisa capaz de poner en tentación el ánimo más agreste. Apenas voy a iniciar una respuesta galante cuando, sin darme tiempo a ello, me sale al paso con estas palabras:

—Pronto terminaremos. Mi señor don Juan me perdonará, padre y maestro mío, mi guía y mi dueño, si le rectifico un poquitín. Harto mundano y galante era él y con fina gracia me ha perdonado ya, como yo le perdono algunas cosillas que se calló, que quiera apostillar, con aclaratorias intenciones, ciertas afirmaciones suyas con donosa sutilidad expuestas, pero arriesgadas, como hijas de ficción y adivinanza. Y que mi señora doña Inés me perdone también si declaro, ante todo, que ella y mi señor don Juan, el más caballero de los escritores y el más escritor de los caballeros, me tuvieron por harto más hipócrita de lo que en realidad fuí. Sospechada de hipocresía y aun acusada de ella por mi desdeñado galán el excelentísimo señor don Andrés, no soy tan tonta que no comprenda los reproches que ha podido hacerme la posteridad.



—Patentes son su bondad y su talento—digo yo, tanto por convicción como por galantería.

—No se trata de eso. En eso, en cambio, me ha favorecido mi padrino literario. Como que, a veces, creo que quizá también él se enamoriscó de mí...

—¿Le habría usted dado calabazas?—me atrevo a insinuar.

—Quién sabe—dice la gentilísima criatura, después de una breve meditación que ha arrugado un instante la delicia de su entrecejo—. Don Juan fué muy enamorado de sus propias criaturas. De mí sé decir que me favoreció con tantos dones que, por sutil manera y muy arraigadamente, se me ahincó su simpatía en el corazón. Muy agradecida le estoy por la clara, limpia y castiza verdad con que supo pintarme tal como soy; con esta temeraria alegría de temperamento que me hace ver sainetes en las tragedias. Una condición de mi carácter, que yo creo fundamental, si no fué olvidada en esa historia mía que para prez y honra de las letras españolas se ha hecho popular, creo que no fué bastante señalada. Me refiero a mi amor al peligro, a un cierto gusto y veleidad por el combate y por la dificultad que, en muchas ocasiones, me ha puesto solevantada y me ha llevado siempre, gracias a la discretísima habilidad de Don Juan, a un sosiego de triunfo. Cierto es, si a prolijo análisis quisiéramos someter mi vida, que allá en el fondo más íntimo de mi alma la mitad por lo menos de los hechos de mi historia han acaecido y hanse sustanciado por ese prurito y afán belicosos que mi padrino literario atribuye a herencia paterna. Pero quisiera aclarar que mi amor a mi marido, la conciencia de que le quería de amor, no obedece ni se desveló por este simple y recio temperamento combativo (aunque es verdad que me encendió la sangre sospecharle de otra), sino que en esto fuí sincera, a despecho de cualquier hipocresía que en mi conducta pueda señalarse. Y, puesta a decirle la verdad y aunque yo agradezco a Don Juan la discreción con que quiso celarlo, lo cierto es que al principio había en mi alma como un impulso que me arrastraba hacia Antoñuelo con un amor harto distinto, en su inexplicable naturaleza, de ese cariño fraternal que luego sentí por él. Erró, pues, Don Juan al atribuirme, siquiera fuése tácitamente, cierta coquetería o hipócrita estrategia en aquellas veladas en mi casa a que acudía mi enamorado y maduro galán y en que yo platicaba aparte con el mozo desenvuelto. Esa es la página oscura de mi vida, y es lástima que haya quedado en sombra.

Calla un instante y parece hundir en el silencio, con avidez y delicia, los rayos de su mirar, al modo con que hundimos las manos ardientes en la delicia fresca del agua cristalina. Respeto este claro remanso en el que parecen adquirir resonancia y sentido las palabras pretéritas, y al mismo tiempo me complace atender el latido de mi pulso como una revelación emocional. A los pocos segundos, Juanita la Larga reanuda su monólogo:

—Ya es demasiado tarde para aclaraciones que, de todos modos, no lograrían deshacer lo que él escribió. La obra del genio es más real que la obra de la vida. Soy como él quiso que fuera. Su mérito estriba en que realmente quiso que fuese como realmente soy. Quizá alguna vez me hizo ir más allá de lo que yo misma habría consentido; pero lo hizo con tan galanas y pulidas maneras y haciéndome razonar, con propia sorpresa mía, con tan discreta y atinada cordura, que, en este caso, el perdón es la natural consecuencia de su gracia. Mas véome obligada a decirlo, porque en este punto estriba el que se me tenga por más hipócrita de lo que fuí. Dura y difícil fué la lucha que hube de emprender y obligóme a usar hasta las armas que más me repugnaban; pero no hasta el punto de envenenarlas. Se contradicen a veces mi sinceridad y mi disimulo y yo misma no acierto a explicarme el arte maravilloso con que esto pudo ser expuesto sin acarrearme universal antipatía.

Como para encauzar hacia un resumen final las manifestaciones distintas de Juanita la Larga, le pregunto:

—¿Está usted, pues, satisfecha de la carne y la sangre literarias con que don Juan Valera la lanzó a los caminos del mundo?

—Desde luego—me dice, sonriendo—. Sin violencia y con placer reconozco y agradezco el don que me hizo. Pero conste que esa hipocresía a que me he referido, si no es por completo un sambenito, es, por lo menos, otra cosa. Esa hipocresía se llama con otro nombre.

—¿Con otro nombre?

—Sí; pero no soy yo quien debe pronunciarlo.

—¿Por qué no? Dígalo usted.

—¿Es que quiere su merced verme colorada?

—Esa hipocresía, perdón, se llama... se llama...

—Es inútil; no voy a decírselo a usted. Además, estoy convencida de que ya lo sabe.

—Veamos, Juanita: Tiene usted mucho talento.

—Así da gusto.

Y pronunciadas estas palabras, dase a reír de muy buena gana y con alto y regocijado humor, y sale corriendo. Detrás de ella queda pendiente su risa, en el aire, como una gota de cristal.

Rafael MARQUINA

ESCAPARATE DE LIBROS

J. IGLESIAS

El escaparate literario de COSMÓPOLIS quiere dar un nuevo impulso a su sección bibliográfica, dedicando a ello la merecida atención.

Desfilarán por estas páginas los libros de mayor interés y de actualidad viva que vayan llegando a nuestras manos.

Las palabras que aquí aparezcan, sin elevadas pretensiones doctrinales, queremos que sean a modo de clarines anunciadores de la luz y armonía que cada libro encierra, deseosos de excitar la curiosidad de los espíritus andariegos que nos honren con sus fervores, ya que el libro es el más alto vehículo de la cultura de todo un pueblo y el exponente más real de sus inquietudes espirituales.

Y en este escaparate nuestro, ved ahora la primera exhibición:

NOBILIARIO CUBANO.—LAS GRANDES FAMILIAS ISLEÑAS, por el conde de Vallellano. Figura destacada en diversas actividades de la cultura nacional, el señor conde de Vallellano rinde culto a una de sus más gratas ocupaciones, dando a la estampa interesantes documentos relacionados con la historia de la nobleza. Y si antes de ahora supo hacer alarde meritísimo de sus dotes investigativas, colaborando con el marqués de Rafal en el *Índice de los caballeros que han vestido el hábito de San Juan de Jerusalén (orden de Malta) en el gran priorato de Castilla*, ahora, llevado de sus arrestos personales, se lanza a la empresa de publicar este *Nobiliario cubano*, en dos gruesos y documentados volúmenes, el último de los cuales apareció recientemente.



El conde de Vallellano.

Labor ingrata y poco airosa la de esta clase de investigaciones, puesto que la abundancia de documentos que es preciso aducir intenta siempre anular la personalidad verdadera del investigador. Pero afortunado puede llamarse al señor conde de Vallellano, al ver conseguidos ampliamente resultados tan loables, ya que sus dos libros son un rico venero de noticias históricas del mayor interés, que el autor ha sabido exponer sabiamente en el primer tomo, ofreciéndonos en el segundo la amplia base documental esclarecedora de los asuntos tratados en aquél. Aplaudamos el innegable esfuerzo realizado por el conde de Vallellano, celebremos la pulcritud editorial de ambos volúmenes y dejemos consignado que obras de esta índole son de laudable utilidad para los curiosos de la historia, ya que en ellas se coleccionan noticias abundantes, desperdigadas en documentos viejos, que ven ahora la luz primera gracias a la diligencia del prudente y laborioso investigador que, como el señor conde de Vallellano, quiere rendir, a la nobleza de su estirpe, la nobleza de su esfuerzo personal.

ANTOLOGÍA LÍRICA DE JACINTO VERDAGUER, prólogo de Apeles Mestres, selección, traducción y notas de Luis Guarner.—El joven poeta valenciano Luis Guarner, ya conocido por anteriores obras originales, sentidas muy hondamente, ha querido rendir su tributo de admiración al numen gigante de Monsén Cinto, coleccionando y traduciendo las mejores poesías de las que forman su vasta producción literaria. Luis Guarner, con lírica emoción de enamorado, con la discreción y habilidad del poeta experto y del sutil escritor, que conoce todos los secretos del idioma, ha realizado su obra antológica con los pronunciamientos más favorables y ha conseguido mostrarnos un lindo ramillete de poesías, donde palpita la intensa inspiración del noble vate catalán, ungida de tiernos fervores y aureolada de idéntica penetración espiritual que la que perfuma la obra de origen.

LA ISLA DE ORO, novela, por Mario Verdaguer. (3.ª edición).—Editorial Lux, Barcelona.

Un libro bello, sugestivo y vibrante, que acusa la recia personalidad de su autor, es éste de *La isla de oro*, en la que el lector puede saborear las delicias de una prosa tejida con las luminosidades del cielo de Mallorca, y en donde, a través de una interesante trama de amores, se aprovechan todos los momentos oportunos para tejer la férvida letanía que la dorada tierra de las islas mediterráneas ha inspirado al novelista. Mario Verdaguer, ventajosamente conocido en los medios literarios por otros bellos libros suyos, acrecienta el valor de su enérgica pluma con este libro, ya sancionado por la crítica más exigente con unánime aprobación.

ANTES DE AYER, AYER Y HOY, novela original de Carlos Fernández Martos.—Tras de una linda portada de Penagos, el novel autor Carlos Fernández Martos nos ofrece las primicias de su musa. Novela conseguida sin aparente esfuerzo, llena de juveniles palpitaciones, de trama interesante y digna de que un experto filmador haga con ella juegos de luz y de sombra sobre la pantalla de algún cinematógrafo. La prosa se ciñe ágil al asunto, y las escenas se suceden con la naturalidad propia del que ha tramado su novela de cara a la realidad viviente. Celebremos esta primera salida del autor al campo de las letras y aguardemos esperanzados los nuevos éxitos que de seguro ha de conquistar el señor Fernández Martos en obras sucesivas, libre ya de la emoción que embarga a todo autor que se arriesga la primera vez por estos caminos, nada fáciles, del mundo literario.

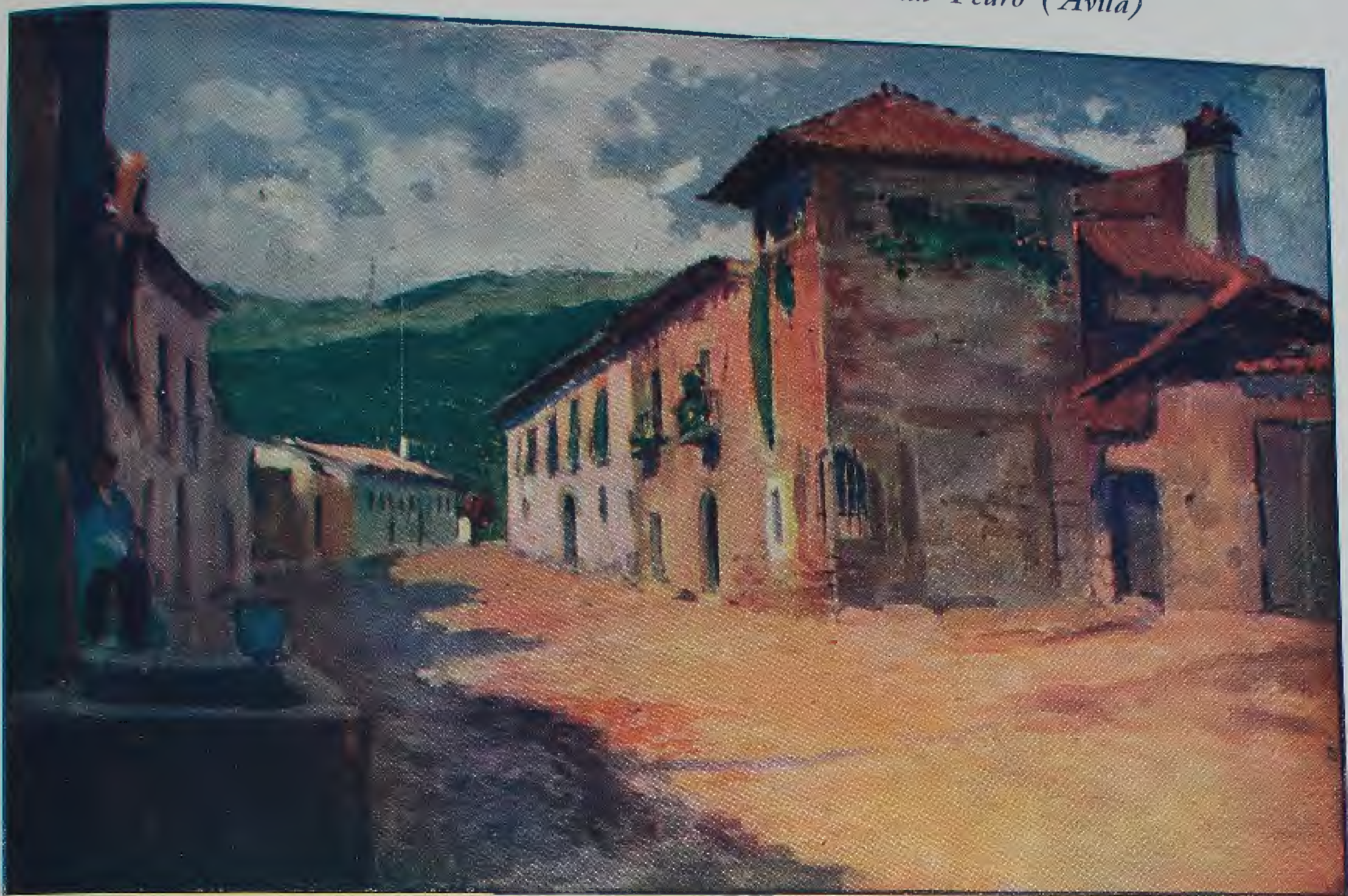
PINCELADAS-COPLAS Y PENSAMIENTOS RIMADOS, preludio de Manuel Machado, por Santiago Guillén.—He aquí un libro que será siempre nuevo, en el que ha vertido su inspirado autor la jocunda nobleza de su alma, desgranada en ritmos seductores, iguales a los que brotan espontáneamente del alma del pueblo siempre poeta. La lírica emoción que tiembla en las coplas de Santiago Guillén, de seguro que prenderá en los espíritus enamorados de las finas emociones artísticas, cuya solera se atavía con las más gentiles donosuras del castizo gay saber.

Bendito pueblo poeta el que ha inspirado estas coplas, y bendito el poeta que ha lustrado su alma con las gracias de la musa popular. El libro de Santiago Guillén es un gallardísimo alarde literario, por el que habremos de entonar recios vítores en homenaje del autor.

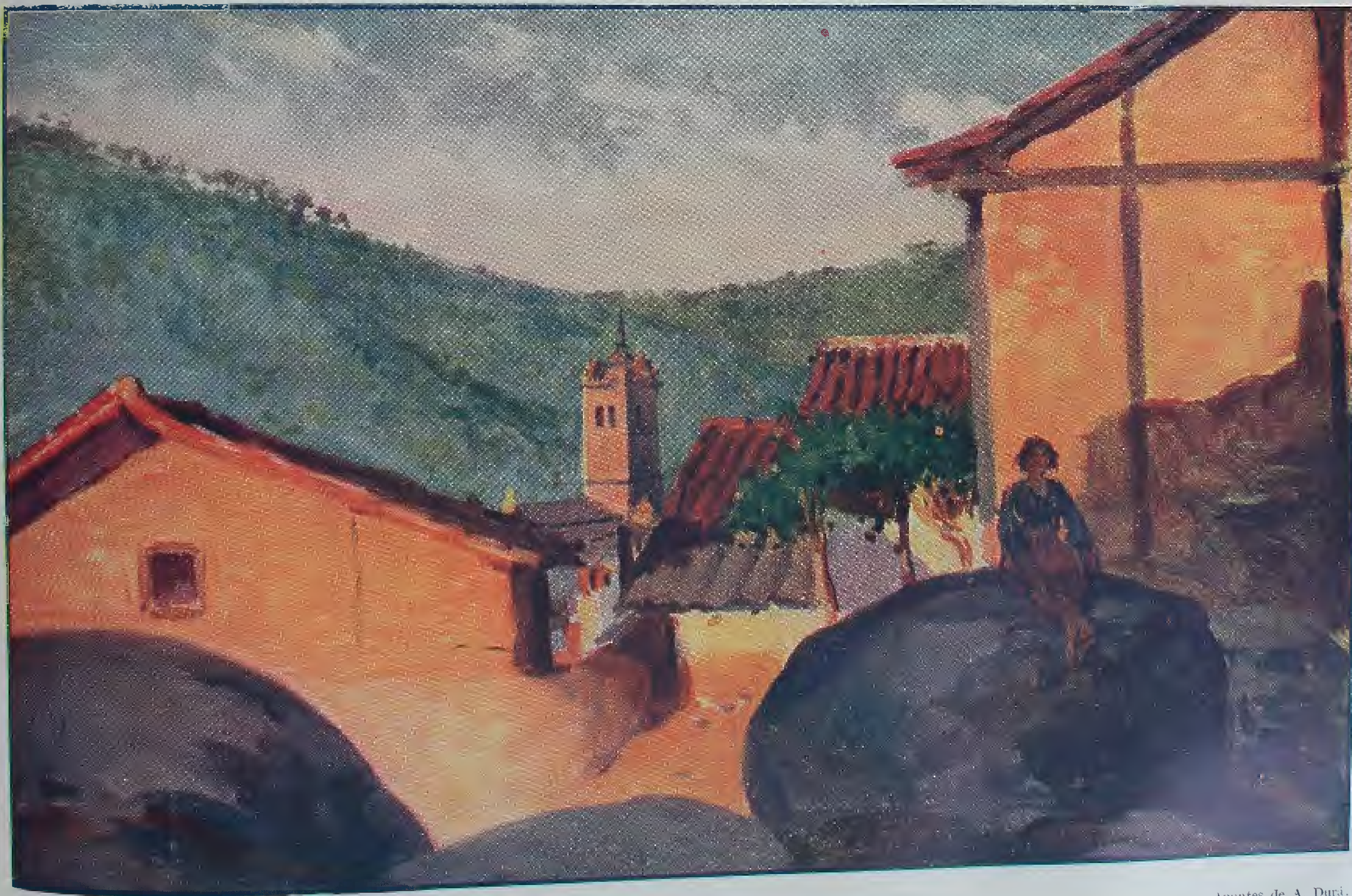
RAFAEL LÁINEZ ALCALÁ

(En esta sección daremos cuenta de todas las obras de que se nos remitan dos ejemplares)

PAISAJES DE LA SIERRA. *Arenas de San Pedro (Ávila)*



Una calle típica, con la vieja casona en primer término.



El despertar del pueblo.

Apuntes de A. Durá.

LOS POETAS

El cantar de las campanas

Día de mayo florido;
día de fiesta y de misa;
día del majo vestido
y de la alegre sonrisa...

De aromas está el ambiente;
la ciudad está de calma;
de júbilo está la gente,
y de tristeza mi alma.

Por no empañar su alegría
me alejo de la ciudad,
llevando por compañía
mi perro y mi soledad.

Y ando y ando sin saber
por dónde ni adónde voy,
y hasta llego a no tener
ni conciencia de quién soy.

En un valle sonriente,
que es trono de ruiseñores,
me siento junto a una fuente
que está nimbada de flores.

El perro, mi fiel amigo,
échase sobre mis pies,
y, como siempre, testigo
de mi desaliento es.

Luego que descanso y veo
que estoy por mi bien aislado,
con ávida unción releo
el Kempis, mi libro amado.

Arca de eternas verdades,
foro de austeras sentencias,
sepulcro de vanidades
y cilicio de conciencias.

Y la serena lectura
de ese libro omnipotente,
dulcifica mi amargura
y eleva al cielo mi frente.

* * *

De la lejana ciudad,
su júbilo las campanas
traen hasta mi soledad
con sus rimas extrahumanas.

Divinas rimas que tienen
trémulos dejos de amor
y que a recordarme vienen
un tiempo que fué mejor.

Aquel en que otras campanas
que no volveré a escuchar
mis venturas, ya lejanas,
glosaron en su cantar.

En su cantar prodigioso,
mezcla de arrullo y balido,
de un pretérito dichoso
que para siempre se ha ido.

Al conjuro evocador
de las piadosas campanas,
que con fraternal amor
háblanme de sus hermanas,

mi alma, triste, se estremece
de ternura y emoción,
y entre mis labios florece
el lirio de una oración...

* * *

Campanas evocadoras
que cantáis alborozadas,
recordándome las horas
por felices olvidadas...

Piadosísimas campanas
que en vuestro alegre cantar
de las venturas lejanas
al alma sabéis hablar...

Campanas maravillosas
que en vuestra rima inconsciente
de mi pasado hacéis glosas
para alegrar mi presente...

¿Qué mágicas armonías
animan vuestros tañidos,
que tienen ecos de días
ya gustados y perdidos?...

¿Qué milagroso poder
hay en vuestras vibraciones,
que hacen siempre florecer
alegrías e ilusiones?...

¡No cese vuestro cantar,
campanas de bendición,
que a gloria viene a sonar
dentro de mi corazón!

¡Y todos, todos los días,
con vuestra sencilla orquesta,
evocad mis alegrías
repicando siempre a fiesta!

CARLOS FERNÁNDEZ ORTUÑO

Dibujo de Perals


ROJAS
EXPOSICION
INTERNACIONAL
BARCELONA 1929

Los grandes Hombres
AMADO NERVO



Meditación por Angel Dotor

VA a hacer diez años que el gran Amado Nervo murió, emprendiendo su espíritu la ruta definitiva a que le empujaba «un aleteo, un verberar ansioso hacia lo Desconocido», inmanente en él, según propia confesión del aeda, y la Gloria, ese llamado «sol de los muertos»—que, como el espejismo, suele darnos falsas imágenes del genio tanto más desfiguradas cuanto más distantes se encuentren en el tiempo—, aureola el recuerdo del excelso escritor con el más puro prestigio de inmortalidad.

La obra del cantor mejicano es de las que por sí solas marcan el reflorecimiento literario de un país y un idioma. Labor vasta y fecunda, en la Lírica y en la Novela, hay en ella, dentro de la variedad de su factura, un personal nervio inconfundible. Nunca más justo el dicho de que «el poeta nace» que refiriéndolo a Nervo, en quien la trayectoria de su vida, hondamente reflejada en su devenir literario, manifiesta el ingénito poder latente de su diapasón emotivo, sensible a fijas determinaciones.

Profundo pensamiento, en preocupación constante por la humana perfección, exaltadora intención generosa, a veces panteísta y mística, de los bellos motivos y los imperativos categóricos que florecen de trecho en trecho la tortuosa senda del vivir; inquietud por el «más allá», ante cuyo arcano no puede permanecer indiferente ningún espíritu elevado; he aquí la filosofía de que vense henchidas las páginas del admirable artista del verbo y del sentimiento, virtudes a las que se unen las de orden literario, la originalidad de las tramas narrativas, el quintaesenciado y límpido lirismo, la perfección en la prosa y, finalmente, el ritmo, tanto interior como musical, en la estrofa y en el párrafo, de sus novelas y poesías.

Enorme producción, por igual valiosa, la de este glorioso escritor muerto antes de la cincuentena, cuyas obras completas comprenden treinta nutridos volúmenes. De éstos hay algunos que revisten, dentro de su particular matiz, un valor insuperable. Tales *El bachiller* y *Cuentos misteriosos*, narraciones de exquisita dulzura, donde se insinúan insospechadas afinidades; *Plenitud*, colección de admirables pensamientos y elevadas sugerencias sobre temas diversos; *Elevación*, *Las voces*, *Lira heroica*, versos que muestran la ideal y no por todos lograda cópula del pensamiento y el ritmo, y, sobre todos, *Místicas*, *Los jardines interiores* y *La amada inmóvil*, los versos del dolor y del amor.

***

Porque Amado Nervo es el más alto poeta contemporáneo del Amor y del Dolor. Ningún otro vate ha logrado imprimir a su lira

vibraciones tan intensas, tan sonoras, al cantar esas supremas categorías humanas. Al través de su obra puede comprobarse la decisiva influencia que sobre su sensibilidad ejercieron aquéllas, supremos rectores de la Vida. Amor y Dolor inspíranle sus mejores páginas, tanto antes como después de la honda crisis por que atravesó a la muerte del ser idolatrado, sufrimiento que le produjo en su corazón de hombre la viva herida que antes sólo por intuición había sospechado el poeta. Y a la devoción de aquella su musa hecha carne, fatalmente perdida en la vida física y terrena, compuso el más original, el más subjetivo y personal de sus libros, el ya nombrado *La amada inmóvil.*

Obra es ésta de un valor imponderable. Culminación elegíaca de un espíritu atormentado, merece digno parangón con otras análogas de inmortales genios que en el decurso del tiempo lloraron en rimas que perdurarán eternamente. El libro de Amado Nervo aumenta la serie de esas preseas de las letras tales que la *Vita Nuova*, de Dante; los sonetos a Beatriz, de Petrarca; los cánticos de Miguel Ángel en honor de Victoria Colonna; las *Odas* de Carducci; el *Canto a Teresa*, de Espronceda, y las *Rimas*, de Bécquer.

En *La amada inmóvil*, Nervo alcanza verdadera intensidad patética. Todo el libro es un trono que brota de la vena de su inspiración portentosa. Compónese de un proemio, en prosa, de treinta páginas, y una colección de noventa poesías de factura diversa, siendo ambos tan hondamente emotivos, que cautivan por igual.

Bien patente se muestra, ante casos como el de Nervo, la inanidad de las escuelas literarias y aun de los prejuicios de las formas poéticas. El *hombre-artista*, al rayar la coma de la verdadera genialidad, poseedor del don de la creación mediante el soplo divino que transfunde el ente con el fenómeno, es lo que perdura, siendo lo demás mero y circunstancial accidente. Amado Nervo quedará siempre, y constituirá un jalón señero del espíritu humano en su devenir perfeccional, muy por encima de mezquinas adscripciones a escuelas o tendencias determinadas. Que ya dijo Rubén Daríc, en las maravillosas frases puestas a modo de mandamientos de Estética en la primera página de *El canto errante:* «No hay escuelas: hay poetas. El verdadero artista comprende todas las maneras y halla la belleza bajo todas las formas.»

Al hablar de Darío recordamos las palabras de Amado Nervo—consignadas en una tarjeta de visita autógrafa que nosotros poseemos—a aquél, a raíz de su gran desgracia: «Infinitas gracias, mi querido Rubén, por su afectuoso telegrama. Ya me ocupo en buscar a nuestro sereno y nobilísimo Marco Aurelio. Me he quedado en una soledad espiritual y física tan espantosa, que apenas es concebible. Yo no tenía en el mundo más que a mi Anita. ¡Y pensar que hay que vivir!»

Nervo, cuya vida, reflejada en su obra, representa, para algunos que la han estudiado, «una constante preparación para la muerte», canta de idéntico modo su dolor en las frases transcriptas de la epístola a su glorioso epígono que en el libro de referencia. He aquí las primeras estrofas de éste, en ofertorio al Todopoderoso:

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!
Tú me diste un amor, un solo amor,
¡un gran amor!
Me lo robó la muerte
... y no me queda más que mi dolor.
Acéptalo, Señor;
¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!...

Profesión de fe entusiasta en la eficiencia del Amor y en la supervivencia del alma, la del prefacio mencionado, y dulzura plañidera la de los versos:

Este es el libro de mi dolor:
lágrima a lágrima lo formé;
una vez hecho, te juro por
Cristo que nunca más lloraré.
¿Llorar? ¡Por qué!
¡Oh, vida mía, vida mía,
agonicé con tu agonía
y con tu muerte me morí.
De tal manera te quería,
que estar sin ti es estar sin mí!

Ya en *Plenitud* decía, a propósito de la necesidad del Dolor: «... los dolores nos hacen crecer de tal manera y nos dan un concepto tan alto del Universo, que después de sufridos no los cambiaríamos por todas las alegrías de la tierra». Y aquí, en *La amada inmóvil*, añade: «... porque el dolor ennoblece, y el consuelo, la alegría, son bellacos. En los brazos invisibles de ese gigante que parece sombrío y que es luminoso: el dolor, me he sentido un poco dignificado».

Así continúa con esas sus frases concluyentes, a medida que va historiando su idilio con la amada muerta, Ana Cecilia Luisa Dailliez, «mujer excepcional por su gracia, su bondad y la persistencia extraordinaria de su ternura, a quien conocí en París en una noche en que mi alma estaba muy triste y muy sola, la noche del 31 de agosto de 1901, y con quien viví desde entonces en la más cordial y noble de las compañías hasta el 7 de enero de 1912, en que murió en mis brazos». Al ponderar su pasión por la amada muerta, proclama: «esa cosa deliciosa y divina que se llama cariño, y que resume todas las cordialidades, todas las intimidades, todas las seguridades de la vida», y: «amores como el amor de que fué objeto, son más poderosos que la muerte».

¡Qué son diez años para la vida de una estrella!
... Mas para el triste amante que encontró la mitad
de su alma en el camino, y se enamoró de ella,
diez años de connubio son una eternidad.

La inquietud de lo que habrá más allá del mundo físico y el destino de la muerta conturba por igual al poeta y le arranca estrofas admirables:

Si en el mundo fué tan bella,
¿cómo será en esa estrella
donde está?
¡Cómo será!

A veces le invade el deseo de morir, para seguir al ser perdido, como cuando canta, en el verso *¡Oh muerte!:*

Vendrás, quizás, cuando la vida
me muestre una veta escondida
y encienda para mí una estrella.
¡Qué importa! Llega, ¡oh prometida!
¡Siempre has de ser la bienvenida,
pues que me juntarás con ella!



EL MONUMENTO A COLÓN EN HUELVA



Síntoma consolador de la justicia que se va rindiendo a la tan gloriosa historia de nuestra España, es el generoso rasgo de la ilustre escultora Mrs. Harry Paine Whitney, que así como antes lo recibiera del erudito Lummis, su hermano de nacionalidad, ahora lo recibe de esta egregia mujer, nacida en las tierras laboriosas de los Estados Unidos. Ella, con devoción de artista y con gigante inspiración, ha concebido y plasmado un leal homenaje al hecho insigne del descubrimiento de América, costeando, además, de su peculio la erección de un simbólico monumento en las playas onubenses, donde se ¡niciara la heroica gesta.

Con la máxima solemnidad fué inaugurado este monumento el día 21 del pasado mes. Mide 32 metros de altura y es un acertado conjunto que simboliza muy bellamente la verdad de aquel magno acontecimiento, al que tanto impulso prestaron los Reyes Católicos y otros personajes españoles, representados también en la capillita cobijada bajo la mole del monumento, en el que se contempla un nauta, erguido tras la cruz, avizorando los ignotos mares.

Todos nuestros fervores de sincero españolismo los rendimos gallardamente ante la gentileza de Mrs. Whitney, que ha conseguido romper una nueva lanza en contra de esa leyenda negra tan desacreditada a la faz del mundo.

El agradecimiento de COSMÓPOLIS a la generosa dama no es más que fiel reflejo del unánime agradecimiento español.



DURANTE EL PASADO MES...



Manifestación de adhesión al Gobierno del general Primo de Rivera

... se celebró con entusiasmo el homenaje de adhesión al general Primo de Rivera y a su Gobierno, como protesta a la campaña antiespañola que venía difundiéndose por todo el mundo, en perjuicio evidente de los intereses nacionales.





Los intrépidos aviadores Iglesias y Jiménez

... los capitanes Jiménez e Iglesias desarrollaron las más interesantes etapas de su arriesgado vuelo transoceánico, prolongándolo después en jornadas muy triunfales, a través del continente americano, recibiendo la entusiástica admiración que ellos van cosechando, deseosos de añadir nuevos laureles al vibrante historial de la aviación española.



D. Florencio Ceruti, barón de Peramola

... se celebró en la Habana un simpático acto de fervor hacia nuestro enviado especial en Cuba, D. Florencio Ceruti, barón de Peramola, en cuyo acto, de fraternal camaradería entre hombres de letras, se pusieron de manifiesto los muchos prestigios que adornan a tan excelente escritor y distinguido compañero nuestro.

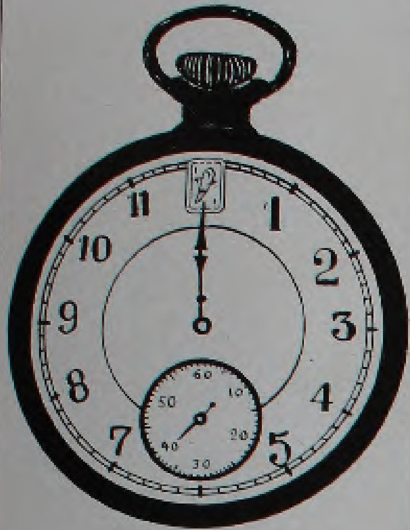
(Fotos Marín.)

SECCIÓN CRIPTOGRÁFICA

9.° CONCURSO ABRIL-MAYO

POR FRAMARCÓN

N.° 312. TÍTULO DE PRENSA



Solución: ....

N.° 313. ¿CÓMO ESTÁ EL PASEO?



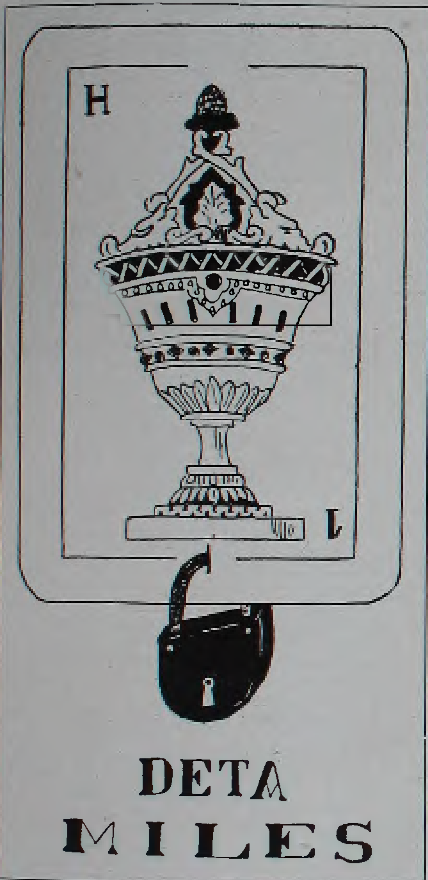
Solución: ....

N.° 314. DISFRAZADOS

ddd

Solución: ....

N.° 315. ANUNCIO



Solución: ....

N.° 316. (Sobre) NOMBRE, DOS APELLIDOS Y DESTINO



Solución: ....

N.° 317. (Con una falta ortográfica.) PLEITEA CON RAZÓN

TATARÍ TITÒ TI

NOTOS
VOSELINO

Solución: ....

Resultado del Certamen febrero-marzo

Señores cuyos pliegos resultaron contener el total de soluciones exactas:

1. D. José García de la Sota, Madrid. – 2. Doña María LuisaBesses, Madrid. – 3. Doña Encarnación Orbea, Portugalete (Vizcaya). – 4. Doña Dolores Naranjo, Madrid. – 5. Doña Eulalia González, Peñacerrada. – 6. D. Manuel González, Peñacerrada. – 7. Don Cándido Carrasco, Madrid. – 8. D. Baltasar Parra, ídem. – 9. Doña Esperanza Sánchez, ídem. – 10. Doña Enriqueta Cisneros, ídem. – 11. Doña Amalia Arroyo, ídem. – 12. Doña Joaquina San José, ídem. – 13. D. Enrique García, ídem. – 14. Doña Amparo F. de Cano, ídem. – 15. D. Manuel Cano, ídem. – 16. Doña Alfonsa Hernández, ídem. – 17. Doña Dolores García Robión, ídem. – 18. Doña Luz Gisbert, ídem. – 19. D. Antonio Más, Cartagena. – 20. Doña Aurora G.ª Aguilera, Madrid. – 21. Doña Carmen G.ª Aguilera, ídem. – 22. D. Augusto G.ª de la Sota, Muriedas (Santander). – 23. D. Eduardo de Otaduy, Portugalete. – 24. D. Pablo de Basauri, ídem. – 25. D. Juan Garmendia, ídem. – 26. Doña Matilde Pierna, Madrid. – 27. Doña Matilde Ruiz, ídem. – 28. D. Luis G. Alegría, Sabero (León). – 29. D. Antonio García López, Madrid. – 30. Doña María Luisa Eguía, ídem. – 31. D. Antonio G. Labarga, ídem. – 32. D. Antonio G.ª Cuevas, ídem. – 33. Doña Carmen Herrera, ídem. – 34. D. Carlos Pérez de la Torre, ídem. – 35. Doña María del Carmen Sarva, ídem. – 36. Doña Herminia Rodríguez, ídem. – 37. D. José Sicilia, Cartagena. – 38. D. José María de Soroa, Madrid.

Entre los señores antes relacionados celebróse en nuestra redacción el día 6 de abril último, a las cinco de la tarde, el correspondiente sorteo de premios, acto éste que fué presenciado por los inteligentes solucionistas doña Amparo Fernández de Cano, don Manuel Cano Ruiz, D. José García de la Sota y D. Antonio García Cuevas.

Resultando agraciados con el

PRIMER PREMIO: Hermoso florero trípode, PLATA MENESES, con flores artificiales, importante 100 pesetas, D. ANTONIO MÁS GARCÍA, de Cartagena.

SEGUNDO PREMIO: Rico juego de desayuno, compuesto de dos tazones y dos platos (grabado inglés) en PLATA MENESES y en su soberbio y elegante estuche, valor global 75 pesetas, DON JUAN GARMENDIA, de Portugalete.

TERCER PREMIO: Vistoso juego de entremeses, integrado por dos hojas y cuatro tenedores, PLATA MENESES, también en su estuche, importante todo ello 60 pesetas, D. ANTONIO GONZÁLEZ LABARGA, de Madrid.

CUARTO PREMIO: Bonito servicio para fresa y cacillo, PLATA MENESES, valor 40 pesetas, D. MANUEL CANO RUIZ, de Madrid.

QUINTO PREMIO: Bonito estuche con dos servilleteros, PLATA MENESES, importante 25 pesetas, DOÑA ESPERANZA SÁNCHEZ, de Madrid.

Los SEXTO, SÉPTIMO y OCTAVO PREMIOS, o de consolación, consistentes en otras tantas suscripciones semestrales gratuitas a esta revista, meses junio a noviembre, ambos inclusive, correspondieron en él sorteo general, excepción hecha de los señores anteriormente agraciados, a D. JUAN GEA SACASA, de Mahón; D. JUAN RUIZ MATEOS Y SOLER, de Las Palmas; DOÑA MATILDE RUIZ, de Madrid.

Los vales para la extracción de los objetos que constituyen nuestros cinco primeros premios fueron, según costumbre, remitidos por correo al domicilio de los señores con ellos favorecidos, tan luego fué conocido el resultado del sorteo.

Por último, la suscripción semestral gratuita a esta revista, meses junio a agosto, que con arreglo a la base 6.ª de este certamen estaba destinada a premiar el trabajo criptográfico de espontáneos que obtuviera menos solucionistas, correspondió al número 9 (marzo), original de la señorita DOÑA PILAR GUILLIS, de Bilbao.

No quiero terminar sin antes poner de manifiesto que la escrupulosidad con que estos escrutinios deben celebrarse, conforme a razones que para nadie son desconocidas, me han puesto en el trance de eliminar –no sin lamentarlo grandemente– a un crecidísimo número de concursantes, cuyos pliegos venían faltos de la partícula ME DIO POR... que encabeza el pasatedio n.° 8, inserto en marzo; omisión ésta que, de haber dispuesto de tiempo, y en interés de todos los concursantes, hubiera hecho resaltar de antemano y habría dado con verdadera satisfacción una prórroga para la rectificación de pliegos; ante tal imposibilidad, suplico a estos señores perdón y doy las gracias a todos.

FRAMARCÓN.

Soluciones

FEBRERO

1. Baltasar Parra. – 2. Dolores Acevedo. – 3. Avelino Revuelta. (Fueron admisibles los apellidos Atón, Hayer y Graner, que muchos dieron). – 4. José Serrano. – VILLANUEVA MINAS. – 5. Raimundo Canalis. – 6. Pilar Messa (Admisible MESÍAS). – 7. Ángel Vela Hidalgo. (Se reconoció validez a las siguientes soluciones: Ángel Porta Hidalgo. Serafín Vela Hidalgo. Ángel Mira Hidalgo; y Ángel Busto Hidalgo. – 8. Dolores Naranjo. – 9. José Pedro Ropero. – 10. Amalia Arroyo. – 11. Consuelo Iglesias. – 12. Cándido Carrasco. – 13. Paquito Marín. – 14. Josefina Millán. – 15. Eduardo de Otaduy. (Admisible el apelido Letaduy). PORTUGALETE.

MARZO

1. – Vidal Lacoma. Peluquería. ZAFRA. (Se reconoció validez al apellido Comalejos). – 2. Un paso de comedia. – 3. Aspavientos. – 4. En ayunas. – 5. Supernumerarios. 6. – Precios asombrosos por lo baratos. – 7. COSMÓPOLIS es la revista mejor de España. (Remitido por D. Carlos F. Hervás). – 8. Me dió por un porrón mediado de cariñena mil reales. – 9. Para darte la mala noticia no tuve valor. (Remitido por la señorita Pilar Guillis). – 10. Ramón Maraver.
11. – La Calesera, por Marcos Redondo. (Remitido por el señor García Cuevas).
12. – (Silábico framarconista)
caduCEo. cenTAuro.
CEres. teseO.

☆

"COSMOPOLIS"
CONCURSO CRIPTOGRÁFICO
Dos de estos CUPONES habrán de acompañarse al pliego de soluciones; uno, totalmente pegado por su parte B en lugar de firma, y suelto otro. (Véase la base 2.ª del concurso)
B

N.º 318.
CHARADA FRAMARCONISTA

1.ª, Letra consonante

1.ª – 2.ª, Letra consonante

1.ª – 2.ª – 3.ª, Letras anteriores

1.ª – 2.ª – 3.ª – 4.ª, MAMÍFERO PISCIFORME

Solucion: ....

N.º 321.
ÉSE NO ES EL CAMINO

O LLEGAR





Solución: ....

N.º 324. CARTA CHARADÍSTICA

Inolvidable Maruja:

Llevo unos días que no TERCERA-SEGUNDA no PRIMERA-TERCERA de pensar en ti, sino que me siento TODO; haz, pues, lo más indispensablemente corta tu estancia en ésa y regresa a mi lado; te lo exijo.

Tuyo siempre,

ADRIÁN.

Solución: ....

N.º 325. CARTA CHARADÍSTICA

Inolvidable Adrián:

Tu última la recibí en TERCERA-PRIMERA, causándome honda impresión por lo que me dices respecto a CUARTA SEGUNDA-CUARTA; ¿es posible?; si me lo dices en broma, pase por esta vez; pero ten presente para lo sucesivo que ni aun en broma te toleraré dudes de mi honorabilidad; sabes que ni el PRIMERA-SEGUNDA TERCERA en templanza me aventaja, ni el TERCERA-SEGUNDA con los hombres que, por razón de tu profesión, frecuentan nuestra casa en crecidísimo número, fueron causa de que yo saliera del PRIMERA-TRES o círculo legal.

Está, pues, tranquilo y permíteme que continúe aquí unos días más reponiéndome; los niños, muy hermosos y contentos, te mientan mucho; la mayor parte de los días los pasamos en la huerta a la sombra de los TODO, que casi hemos dejado sin fruto.

Besos y abrazos de todos.

MARUJA

Solución: ....

CONCURSANTE

NOMBRE: D. ....

PUEBLO: ....

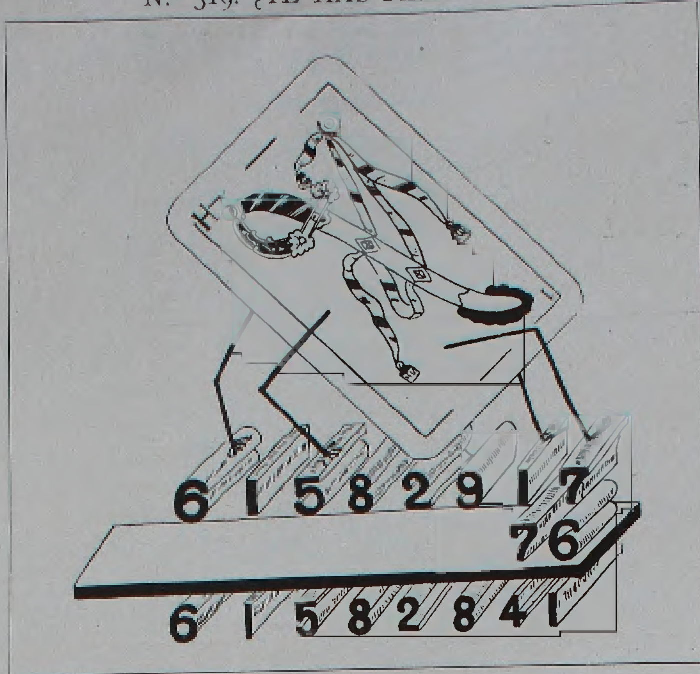
PROVINCIA: ....

CALLE: ....

N.º ....

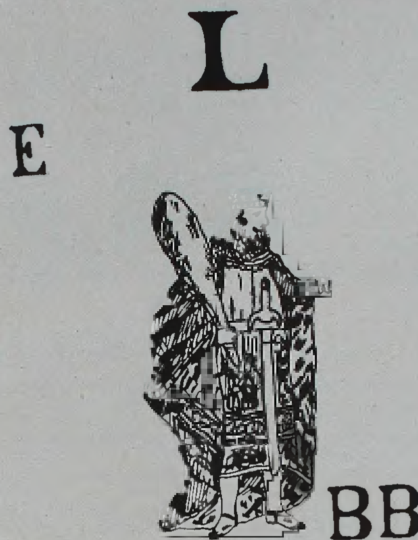
A

N.º 319. ¿TE HAS PERCATADO?



Solución: ....

N.º 323. DESPEDIDA



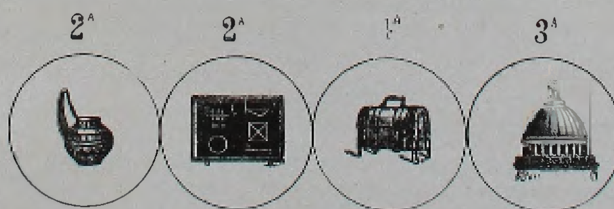
Solución: ....

IMPORTANTE

Se recuerda a los señores concursantes que el actual certamen abril-mayo expira en 31 del presente mes.

También se pone en conocimiento de aquellos señores que los dos puntos que en sentido vertical aparecen borrosos a uno y otro lado de la botella que figura en el pasatedio número 301, inserto en nuestro anterior número, forman parte integrante de la solución a dicho problema.

N.º 327. (SILÁBICO FRAMARCONISTA) VASIJA



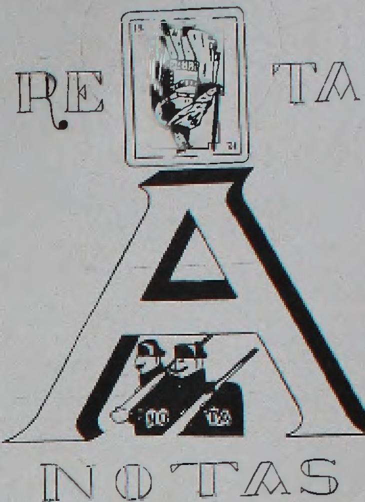
Solución: ....

N.º 320. ESTANCIA BREVE

VINO
10001
X
11 500 11

Solución: ....

N.º 322.
INTERVINO LA JUSTICIA



Solución: ....

N.º 326. CARTA CHARADÍSTICA

Querida Maruja:

He quedado muy satisfecho con los razonamientos que me haces en tu anterior; si en algo pude ofenderte, espero sepas perdonarme y culpes de mis sospechas al creciente cariño que te profeso.

Certificado te envío COSMOPOLIS de este mes; observarás que he resuelto TERCERA-PRIMERA trabajos por ser todos ellos al parecer muy difíciles; FRAMARCON, por lo visto, se propone volvernos locos a todos con sus originales pasatedios; los dos que van marcados con una cruz los resolvieron—después de muchos trabajos—unos TERCERA-CUARTA contertulios del café; los señalados con los números 13 y 15, desde luego puedo anticiparte terminan en PRIMERA-SEGUNDA y en TERCERA-CUARTA; procura, pues que dispones de mucho tiempo, solucionar los que quedan, ya que si lo consigues es probable alcancemos algún premio de los más importantes.

Los niños, que me pongan unas líneas cuando escribas.

Un apretadísimo abrazo de tu

ADRIÁN

Solución: ....

N.º 328. CARTA CHARADÍSTICA

Queridísima Maruja:

No obstante deberme tú carta, me apresuro a escribirte para participarte que el domingo, aprovechando el buen día que hizo, salimos al campo de merienda, y al pretender un pastorcillo tirar un PRIMERA-SEGUNDA a una PRIMERA-SEGUNDA-TERCERA que se posó en una SEGUNDA-TERCERA próxima al lugar en que nos encontrábamos, se le fué aquél, con tan mala fortuna, que dió a TERCERA-TERCERA en la cabeza, causándole una herida de alguna consideración. Con tan infausto motivo, PRIMERA-PRIMERA está disgustadísimo, tanto, que en un momento de mal humor destrozó el TERCERA-PRIMA que estaba confeccionando para el Instituto.

Es conveniente, pues, regreses cuanto antes y trates de convencerle para que lo haga de nuevo, ya que a ti es a la única que atiende.

Besos a los niños, recuerdos de todos y un apretadísimo abrazo de tu fiel

ADRIÁN

Solución: ....

CONCURSO DE CUENTOS HUMORÍSTICOS

La culpa fué...

Número 148. Lema: «Alvaro Rox».

—¿El ilustre abogado...?

—Servidor de usted. Siéntese y dígame lo que desea.

—Se trata de presentar una demanda—cuantiosa, puede bajar las cejas—contra mi madre, mejor dicho, contra el padre de mi madre o quizá contra persona distinta. Eso usted me lo dirá. Verá usted. Mi padre es un canalla, un vil chantajista. Comprendo que es repugnante que uno hable así del autor de sus días, ¡pero el caso de mi padre no hay quien lo tolere!... La cuestión, en síntesis, es ésta: Mi madre, a los doce años tocaba vertiginosamente tres instrumentos: el arpa, el piano y el violín.

—No creo que esto sea suficiente para llevarla al Juzgado.

—Un momento. Tocaba vertiginosa y lánguidamente tres instrumentos y había recogido en su corazón todas las lágrimas, ayes y lamentos de Werther, ya sabe usted de qué sujeto hablo, de Leopardi, de Bécquer, de Heine y de Byron. Sabía llorar en alemán, en italiano, en inglés y en español. Poseía una melancolía romántica casi mundial.

—Sigo estimando que tampoco esto es suficiente para recorrer las tres instancias de un mayor cuantía.

—Perfectamente. Mi madre, convertida en cultivo de microbios deprimentes por obra y gracia de tan lamentable educación, claro es que se hallaba en momento psicológico inmejorable para que cualquier aventurero provisto de una melena abundosa y media docena de ademanes amplios y cinemáticos le descerrajara el corazón. Este aventurero llegó: mi padre. El sinvergüenza de mi padre, aprovechando la maravilla argentada y estupefaciente de un claro de luna, primer premio de exposición fotográfica, deslizó la ponzoñosa declaración y confió al decorado lo demás. En aquel momento, la luna realizaba hidroterapia en el lago, multitud de estrellas parpadeaban al darse el rimmel y el cisne conducía de una orilla a la orilla de enfrente a los callados pasajeros de la ilusión. Preciso es reconocer que la cosa estaba bien urdida y que mi madre se condujo con cierta lógica romántica, tomándose unos minutos de desfallecimiento en el regazo de mi padre, para, al recobrarse, exclamar en cuatro idiomas: ¡Te amo, Adolfo; tuya soy! La pobre no sospechó que todo aquello—luna, cisne, lago y cielo—era el resultado de una acertada dirección escénica muy Pitoef.

—¿Se casaron?...

—A los quince días me hicieron la canallada de casarse. Ahora comprenderá usted por qué he dicho canallada. Por aquel entonces mi madre estaba prometida al barón de la Rayña, acaudalado banquero, anónimo propietario de extensas tierras de cultivo en Galicia y hombre de envidiable posición social. Casándose con él, mi madre hubiera sido dueña de tres palacios, cinco automóviles y varios kilómetros de parque. Algo oriental, ¿verdad? Pues bien, se casó con mi padre, hombre totalmente amonetario, que por todo patrimonio poseía unos cientos de alejandrinos ripiosos y sin posible estimación bursátil. Nada tendría que objetar si esta absurda unión hubiera sido purificada con una piadosa esterilidad. Ahora bien, como no ha sido así, como de esa coyunda insana, negación patente de la más parva eugenesia, he sido yo lanzado al mundo, yo pido, yo exijo a mi madre que me indemnice de los perjuicios que me ha ocasionado. Lo que yo tendría en este instante si ella, en lugar de casarse a su gusto, se hubiera casado a gusto mío, como era su obligación.

—¿Acaso pretende usted que su madre solicitara su opinión sobre el marido que más le convenía?

—Sobre el marido, no; allá ella. ¡Sobre el padre, sí! El matrimonio, aunque otra cosa digan esos libros con que el cura de Lavadores fabrica empinadas hogueras, no es dúo, sino terceto, cuarteto y, a veces, orfeón. Casarse no consiste solamente en arrastrar varios metros de cola, engullir *sandwichs* de lechuga y dormir en una cama más ancha. Casarse es, además de todo esto, crear otras vidas, nuevos seres, con su estómago, su páncreas y su imaginación y, por tanto, con numerosas necesidades. Pregunta usted si mi madre, antes de casarse, debió solicitar mi opinión sobre el padre que me daba. ¡Pues a quién lo iba a consultar!... Y si esto no es así, si la mujer cree ejercitar un legítimo derecho cuando se casa con un hombre porque este señor tiene determinados centímetros de nariz o un lánguido acento argentino, yo, hijo de esta mujer, en ejercicio de una autonomía tan respetable, por lo menos, como la suya, reclamo mi derecho a elegir padre. ¡Yo quiero ser hijo del barón de la Rayña! ¡Que me indemnicen por haberme despojado de un padre rico!

—Teoría interesante, pero comprometida... sobre todo para los millonarios.

—Mi duda es ésta: ¿es realmente mi madre la causante de los perjuicios? ¿Lo es, quizá, su padre, por haberla enseñado a tocar el piano, el arpa y el violín, entregándola a la peligrosa sociedad de las melodías chopinianas, y por haber puesto temerariamente en sus manos inocentes la poesía lírica? ¿Pueden reputarse como verdaderos causantes de la catástrofe los autores genuinamente lacrimosos? Es decir, ¿contra quién debe dirigirse la demanda: contra mi madre, contra mi abuelo o contra Bécquer?

—¡¡¡...!!!

—Comprendo que la cuestión no es para resolverla en el momento. Cuarenta y cinco años llevo yo pensando en ella... Estúdiela... Enviaré a recoger la respuesta a un hijo mío... El séptimo... Tengo catorce... No sé cómo los he adquirido. Esta es la verdad... Adiós, señor... Posiblemente, mi hijo querrá hacerle una consulta parecida... No le haga caso... Es un mentecato.

LUIS PIELTAIN

En nuestro número de febrero dimos cuenta del fallo que el Consejo de Redacción de COSMÓPOLIS emitió en este concurso, convocado en el mes de noviembre de 1928, y en esta plana publicamos el quinto y sexto de los originales aceptados, entre los cuales—de acuerdo con lo dispuesto en la base 7.ª—adjudicarán nuestros lectores, por votación, el premio único de quinientas pesetas, para cuyo efecto es necesario llenar el cupón que se adjunta.

Conquistador

Número 108. Lema: «Tugia».

—Sí, sí, yo haré lo que hace Paco Rendueles para tener éxito en las conquistas amorosas—se dijo Feliciano Peña—. Yo quiero ser conquistador.

Y comenzó a poner en práctica sus deseos. Primero se hizo amigo de Paco. Logró intimar con él, acompañarle en sus excursiones amorosas por paseos y cines, por lugares vedados y bailes de postín. Adquirió un traje a la medida en la sastrería de Paco; imitó de una manera descarada sus modales e indumento, su simpática chulería, su castiza desenvoltura para tratar a las mujeres de diversa catalogación. Y comenzó a gustar los primeros éxitos. Los amigos del café le brindaron propicias ocasiones de lucimiento en sus empresas personales. Adquirió fama de gracioso y de trasnochador. Hasta logró que creyeran que sabía bailar. Era el indispensable en las reuniones de *cabaret*. Feliciano se sentía feliz, pero todavía no había hecho una conquista verdadera; pequeños escarceos insuficientes para satisfacer sus caprichos de tenorio, sí que abundaban en su nueva vida; pero le faltaba lo principal: una conquista de las difíciles, porque de... las otras, resultaba que él era siempre el conquistado.

Un día le dijo Paco Rendueles:

—Tengo una gran combinación. Debías ayudarme; podemos sacar partido. Son dos hermanas difíciles de trastear. Me gusta una de ellas, y como van siempre juntas, podíamos prestarnos un mutuo favor. Tú entretienes a la una y yo a la otra.

El plan quedó convenido. Paseos en familia, invitaciones modestas, bailes en el Palace o en el Nacional y una tarde al *cine* los cuatro, cuando ya estuvieron ellas lo suficientemente *coladas*.

Rendueles y la hermanita mayor comenzaron a tejer ese idilio tan madrileñamente castizo como el de paseos largos y palabras cortas por las calles de la ciudad. Feliciano y la hermana pequeña les acompañaban haciéndose los rezagados o adelantándose a veces más de la cuenta. Era un tiroteo amoroso como de espadachines vivaces.

Las dos muchachas, de temperamento muy diferente, resistían las acometidas palabreras de sus novios de modo muy desigual, pues mientras la mayor, ensoñadora y blanda, se sintió prendida por el encanto varonil de Paco Rendueles, la pequeña, desconfiada y huraña, no se dejaba engatusar por el chorro lírico del cándido Feliciano. Y sucedió lo inevitable. A propuesta de Paco, fueron todos al *cine*, a un palco principal. Feliciano creyó que había llegado la hora de la verdadera conquista; se aprestó a sacar de su cerebro el más brillante repertorio de sus líricas frases y amorosos requiebros.

Paco y su novia se dijeron pocas palabras. Quedaron mudos y absortos en el fondo del palco, mientras que la otra pareja ocupaba la primera línea de asientos.

La película no tenía interés. Como un leve susurro de amor, el idilio de Paco se adivinaba calenturiento.

Feliciano le tomó la mano a su compañera y estrujándola fuerte y teatralmente la dijo:

—Vamos a querernos mucho... Porque todo invita al amor... en esta sombra propicia...

La *peque* se resistía, indiferente a sus palabras. Feliciano insistió de nuevo, colmándola de adjetivos, y acabó diciéndola:

—Vamos a querernos como Paco y tu hermana se quieren.

Y le oprimió tan fuertemente la mano, que la chica dió un grito, exclamando:

—Pero ten en cuenta que ni tú eres Paco, ni yo soy mi hermana...

Y se trasladó a la silla próxima, volviéndole la espalda para ver la película.

Feliciano contempló a la otra pareja muda todavía en el fondo del palco, y al contemplarse tan en ridículo ante sí mismo, miró instintivamente a la pantalla. Las sombras arrogantes de todos los burladores y de los verdaderos tenorios de la España clásica huían, avergonzadas de verle a él, Feliciano Peña, en plan de conquistador.

RAIMUNDO DE NOGALES Y ALDECOA

D. ...., que vive en ....
.... calle de .... vota por el
cuento titulado .... original
de D. .... publicado en el número ....
de esta revista.



EL CUENTO AZUL

POR RALAAL

RELATO INFANTIL



LA abuelita reunió en torno suyo a los traviesos nietezuelos para distraerles durante aquella noche inverniniza, lluviosa y helada, con el mágico y acariciador encanto de su vocecilla temblona. Quietecitos y callados, como personas formales, los chiquillos se aprestan a escuchar el acostumbrado relato. La abuela comienza diciendo:

—El cuento de esta noche es un cuento azul, como los ensueños y las ilusiones de los niños buenos. Hace ya muchísimo tiempo que en un país muy lejano vivía una princesita rubia, enamorada de...

Pero los niños están muy cansados, y al comenzar el cuento cierran los ojos, reclinando sus angelicales cabezas sobre el regazo de la abuela, que al verlos dormidos se duerme también, apoyando su cabeza sobre la de sus nietecillos.

El oro de los cabellos juveniles juega a besarse con la plata de los viejos cabellos. La luz de la estancia se consume, poco a poco, falta de aceite. Se extingue la llama de los recios troncos, y el resplandor de las brasas pone un halo de luces suavísimas sobre el grupo familiar de los que duermen. Golpea la lluvia en los cristales del balcón y zumba el viento en los árboles del jardín.

Los cerebros de los chiquillos empiezan a tejer el ensueño azul de sus quimeras infantiles, al mismo tiempo que la abuela sueña una vez más con los gráciles fantasmas de su muerta primavera... Y ven todos, en sus ensoñaciones, que la princesita rubia del país azul sonríe, mostrando la nieve de sus dentecillos menudos entre el rojo clavel de sus labios sangrantes. Por el azul purísimo de sus ojos, serenos y dulces, se asoma la bondad de su alma, que también sonríe, mecida entre las brumas de sus pupilas misteriosas.

Ella siente en su pecho las locas ansias de beber en otros labios sabrosas mieles de amor, y su corazoncillo, como un cascabel de oro, le canta una suave melodía, preñada de arrobadoras dulcedumbres. La princesita ríe; sus risas, desgranándose en el espacio, semejan una lluvia de notas de cristal.

Y la naturaleza también ríe, ataviada con los mágicos verdores de la diosa Primavera, que, con su orgía de colores y luces, va tejiendo los encajes de un madrigal dulcísimo.

Todo sonríe bajo la comba inmensa de los azules espacios.

EL CUENTO AZUL

La princesa corretea por los encantadores cármenes de su palacio señorial, perdida entre el follaje que la ofrenda el tesoro de sus aromas exquisitos.

Y sucedió que, como en los cuentos de hadas, la rubia princesa encontró en sus jardines a un guapo y gallardo pastorcillo, que la ofreció sus respetos y sus amores, ignorando el rango altísimo de la bella princesita.

Sus almas, no sabemos por qué misteriosa afinidad, se besaron al suave relampagueo de unas miradas amorosas.

—Yo también soy pastora—dijo, sonriendo, la princesa—, y, como tú, entregué mi amor a las estrellas y a las flores.

—Pues, desde hoy, no habrá otras estrellas para mí que tus ojos, ni otras flores que la flor de tus labios—añadió el pastorcillo, envolviendo a la princesa en la muda caricia de una fogosa mirada. Y el pastor, que no supo de halagos cortesanos, ni de ruindades palaciegas, besó, muy castamente, a mano de la gentil princesita.

—¿Y tú, me querrás siempre, pastorcillo?

—Siempre, zagalica hermosa. Ven, te llevaré a mis dominios, a la montaña, donde moran mis ganados, y allí, los dos solos, teniendo por únicos testigos a las estrellas del cielo, entonaremos la canción alegre de nuestros castos amores.

Y huyó la princesa con el rubio pastor, anhelando las rústicas pero sinceras caricias de un corazón todo nobleza.

La ígnea carroza del sol transmonta las lejanas cordilleras del ocaso, entre llamaradas de púrpura, mientras aparece por el oriente la luminosa procesión de estrellas diamantinas. Y allá, en la montaña, rodeados de un paisaje de ensueño y acariciados por los sanos olores de las campestres florecillas, el pastor y la princesa contemplan la agonía de la tarde, tejiendo con sus férvidas palabras el dulce madrigal de sus amores.



De pronto suenan los bélicos sones de las trompas de caza, los gritos de lacayos y palafreneros, relinchos de corceles y toda la confusa algarabía de las gentes de armas del rey nuestro señor. Todo llega hasta ellos, hiriendo la dulce quietud del paisaje. Aterrorizado el pastor, se estrecha contra su zagala. Ya llegan los leales servidores, ya descubren a la enamorada pareja.

Las ovejillas, asustadas por el estrépito, se desparramaron por el bosque, y el mastín, acorralado por los otros canes, huyó tras las ovejas.

Quedó el pastorcillo asombrado al contemplar cómo su rubia zagala, después de tomar asiento en la hermosa litera que trajeran sus servidores, le invitaba a que él se sentase a su lado, mientras le decía:

—Ven, mi pastorcillo; desde hoy serás el príncipe de Corderania. Mi padre, nuestro rey, me dió libertad para escoger esposo entre sus vasallos. Yo me he asomado al fondo de tu corazón y he visto el tesoro de bondad que en él se encierra. Para probarte, fingí nuestra huída al bosque. Ven, que sólo un hombre como tú puede ser el heredero de un trono.

Calló la princesa, besóla el pastor la mano, y radiante de felicidad entró a ocupar su puesto al lado de la princesita.

Por la montaña abajo, y en dirección a la ciudad, se puso en marcha el grandioso cortejo que conducía hasta el trono a los felices príncipes. Vuelan por el espacio los bélicos sones de las regias trompas y sonríen los príncipes, sintiéndose tan dichosos como los de los cuentos de hadas... Y en los labios de los que duermen han florecido unas gráciles sonrisas.

RALAAL

muñecos de tijera





«OTRO CHISTE..... PEOR» POR SERNY

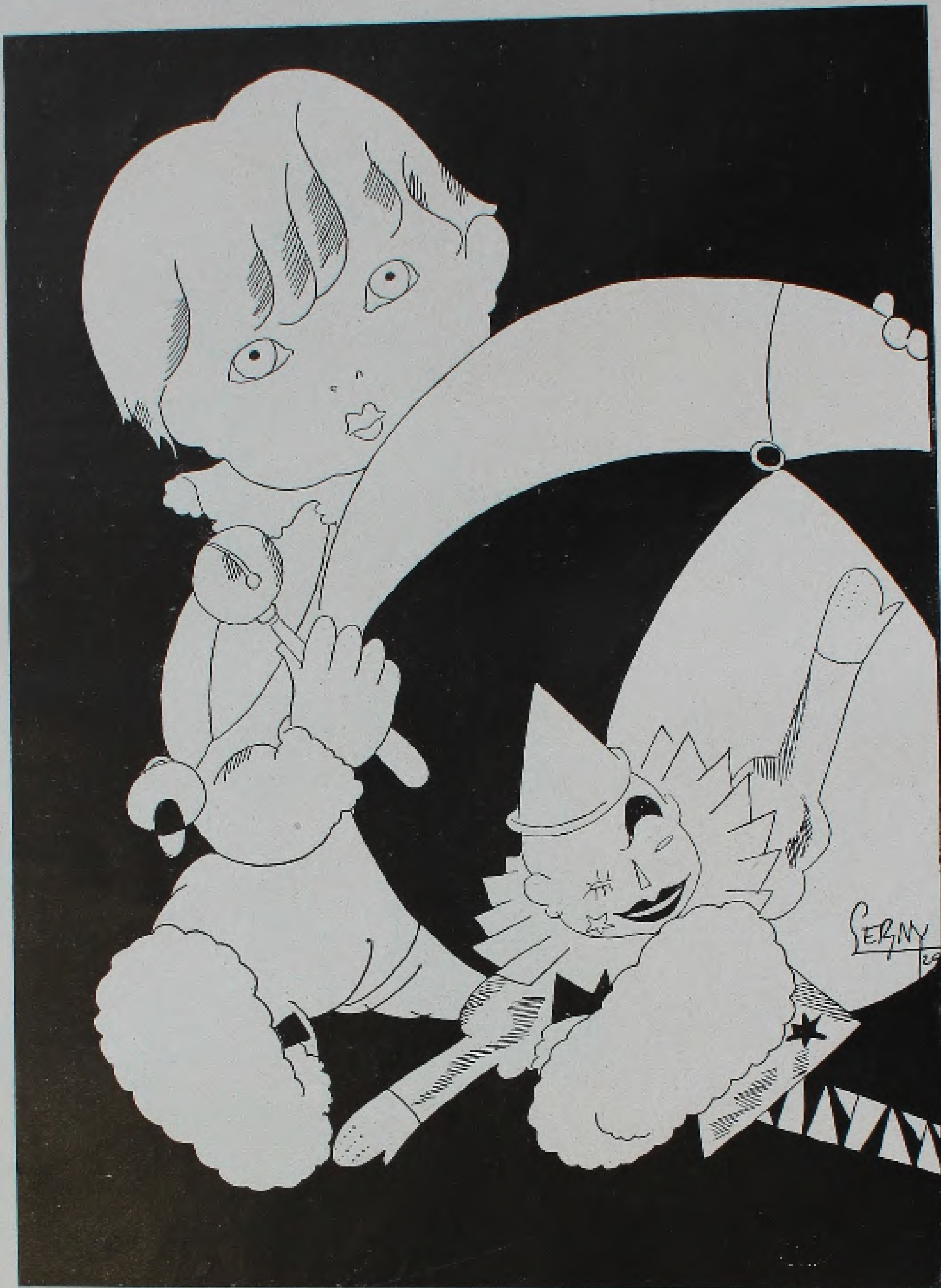


—Oye, Polín, ¿por qué despidió tu mamá al ama seca?
—Porque quería bañarse todos los días.

SOLUCIÓN AL CONCURSO INFANTIL

Aquí tenéis la solución al nuevo concurso infantil, en el que otra vez nuestrosnumerosos amiguitos han demostrado su habilidad y perspicacia al enviarnos la solución a este concurso, para el que hemos recibido muchas soluciones, pero de las que sólo 102 han sido admitidas como exactas. He aquí la lista de los que acertaron plenamente:

1. Ricardo Medel Pérez, calle de Valencia, 9, Madrid.—2. Matildina Martínez Pérez, Carretera de Aragón, 15, Madrid.—3. Nievecitas Azpeitia, paseo de la Castellana, 13, Madrid.—4. Luis de Tierra, Alcántara, 30, Madrid.—5. María del Rosario Echarte y Goñi Benito Gutiérrez, 4, Madrid.—6. Manuel Serrano y Fermín Sánchez, Madrid, 37 y 43, Getafe.—7. Piluca Gillis Juste, Heros, 24, Bilbao.—8. Adolfo y Tomás Rubio, calle de los Fueres, A, Baracaldo (Vizcaya).—9. Adolfo Orduña López, Azucarera de «La Rioja», Calahorra (Logroño).—10. Ángeles Cubillo, Villanueva de las Minas (Sevilla).—11. Amalia My de Velasco, Madrid.—12. Carmen González de la Higuera Santos, Toledo, 18, Ciudad Real.—13. Antonio Ares Gómez, Torres Quevedo, 15, Fuenteovejuna.—14. Felipe Gutiérrez Barrigón, Huerta de la Merced, 6, Huelva.—15. Charito Roy, Montera, 47, Madrid.—16. Luis Montero León, Marina, 3, Algeciras.—17. Ricardo Fernández de Córdoba Priego, Conde de Torres Cabrera, 13, Córdoba.—18. José Manuel Verdú de la Vega, calle de Granada, 4, Madrid.—19. Sofía Belmonte Fernández de Córdoba, Gran Capitán, 14, Córdoba.—20. Mimí Valero, Conde de Romanones, 35, San Fernando (Cádiz).—21. Mario Montes Pie, Vega Armijo, 5, Huesca.—22. Javierito Delgado Moncada, Padilla, 3, Madrid.—23. María de los Dolores Palma, García, 9, Ceuta (Marruecos).—24. Amparito R. de Cartagena, Aragón, 279, Barcelona.—25. José Serrano Cabillo, Gonzalo de Córdoba, 25, Villanueva de las Minas (Sevilla).—26. Juan J. del Junco y Río, Ramón Auñón, 41, San Fernando.—27. N. de Castroviejo, Le Bungalow, Chassin, Anglet.—28. José Luis Zuloaga, Avenida Alfonso XIII, 11, Valladolid.—29. José Luis Delgado, Velázquez, 105, Madrid.—30. Luisito Corral Abascal, Gravina, 11 cuadruplicado, Madrid.—31. María Julia Gutiérrez Quijano, Sagasta, 59, Jerez de la Frontera.—32. Antonio García Campos, Villalar, 3, Madrid.—33. Isabelita Valentí Barranco, Villanueva, 23, Madrid.—34. Chita Eguía, Madrid.—35. Carmen Muñoz Delgado, Valverde, 42, Madrid.—36. Koki G. Labarga, Hermosilla, 24, Madrid.—37. Glorita Gómez Rueda, Leganitos, 15, Madrid.—38. Alfonsín Álvarez, Villar y Macías, 12, Salamanca.—39. Nicolás M. Manzanares, Plaza Mayor, Béjar (Salamanca).—40. Monserrat Ferrer, Tornabous (Lérida).—41. Nieves García Campos, Villalar, 3, Madrid.—42. María del Pilar Lozano y Molina, Pedro Alonso, 7, Jerez de la Frontera (Cádiz).—43. Carmen Carballo, Pérez Hernández, 25, Mérida (Badajoz).—44. Enrique España Lafuente, Valverde, 25 y 27, Madrid.—45. Purita de la Rubia Gregori, Salmerón, 82, Badajoz.—46. Marita Pedraza Albares, Socuéllamos (Ciudad Real).—47. Conchita García Niño, Goya, 61, Madrid.—48. Juan Jesús Martín Calvo, Alcalá, 107, Madrid.—49. Rosa Blanca de Acuña y de Fuentes Bustillo, Antonio Maura, 5 y 7, Madrid.—50. Patrocinio Martínez Finch, Bastimentos, 3, Mérida.—51. Gerardito Burmester, Rua Guerra Junqueiro, 115, Matoinhos.—52. Trinidad M.ª de Orbegozo, Mayor, 8 y 10, Reinosa.—53. Pepita de Alamo y Ortega, Ayala, 82, Madrid.—54. Natividad Mas y Fernández Yáñez, Cartagena.—55. José de la Fe, Doctor Deniz 6, Las Palmas (Canarias).—56. Cuca Rodríguez Cantón, Las Fuentes, Cervecería, Reinosa.—57. Juan Manuel Pérez, Sol, 7, Reinosa.—58. Pilar Álvarez Cortés, Trujillo.—59. Adela Álvarez Cortés, Trujillo.—60. Felisa García García, Libertad, 8, Madrid.—61. José Luis Soto Ros de Ursinos, Carretera de Tánger, 7, Tetuán (Marruecos).—62. Doris Monty Estabanell, San Miguel, 14, Vich.—63. Lolita Domingo López, Huertas, 48, Madrid.—64. Anselmo Martín, Juan Herrera, 6, Madrid.—65. María Teresa Selva, Villena.—66. Isidro Romero Godoy, León y Castillo, 99, Las Palmas.—67. José V. Reina Galbe, Corazón de María, 47, Las Palmas.—68. Amelia Casado Morales, Plaza Bib., Rambla, 6 y 7, Granada.—69. Juanita Lázaro, Rambla Cataluña, 102, Barcelona.—70. Cayetano Arañó Rovira, Ausias March, 25, Barcelona.—71. R. Gómez, Ossa de Montiel (Albacete).—72. Tilita Campos, Ossa de Montiel (Albacete).—73. Carmen Fortea Garrigos, Calle Querol, 4, Melilla.—74. Bernardín Costilla Peña, Almirano, 4, Madrid—75. José Manuel Fernández París, Mayor, 20, Madrid.—76. Federico Beerli, Avenida Sánchez Pizjuán, Sevilla.—77. Isabel Díez de Velasco, Burgos, 5, Santander.—78. Jaime Sierra Franquis, F. Taño, 16, Los Llanos.—79. Antonio González, José Miguel Sotomayor, 19 Los Llanos.—80. María del Carmen Cañas Conesa, Constitución, 220, San Fernando.—81. María Medina, Corraliza, 2, Reinosa.—82. Elena Carratalá García, Conde Duque, 9, Madrid.—83. Luis Antonio Romeo y Baus, Zurbano, 51, Madrid.—84.—María Luisa Pacheco y Baus, Villanueva, 6, Madrid.—85 José Manuel Elizaga y Baus, calle de Recoletos, 8, Madrid.—86. Carlitos Pérez de Guzmán Ríos, Estación de «Sarratú», San Miguel de Basauri (Bilbao).—87. Pilar Lecanda, Calatrava, 8, Ciudad Real—88. Ramón Suárez Inclán, Claudio Coello, 19, Madrid.—89. Carlitos María Franco y Blanco, calle de Colón, 27, Vigo.—90. Glorita Bozal, plaza de Chamberí, 4, Madrid.—91. María Hidalgo Rodríguez, plaza de Díez Vicario), 1, Reinosa.—92. Charito Algar Quintana, Francisco Cuesta, 1, Guadalajara.—93. Enrique Velaz de Medrano, calle de Recoletos, 4, Madrid.—94. Paloma Cobián y Herrera, Zurbano, 26, Madrid.—95. Pilar Morón, Altamirano, 4, Madrid.—96. Antoñita Laso de la Vega, Marqués de Urquijo, 21, Madrid.—97. Carmela B. Etayo, Pelayo, 9, Peñarroya (Córdoba).—98. Antonio Picardo, Segismundo Moret, 30, Cádiz.—99. Charito Fernández Catalina, Fuencarral, 96, Madrid.—100. Antoñito Garay, Manzana, 8, Madrid.—101. María González Marina, Monte Esquinza, 7, Madrid.—102. Manolito Rodríguez, Sucursal del Banco Hispano-Americano, Vigo.



Verificado el oportuno sorteo con las formalidades de rigor, resultaron agraciados los siguientes concursantes:

Primer premio.—Número 75, José Manuel Fernández París, Mayor, 20, Madrid.
Segundo premio.—Número 25, José Serrano Cubillo, Villanueva de las Minas (Sevilla).
Tercer premio.—Número 72, Tilita Campos, Ossa de Montiel (Albacete).

El importe de cuyos premios, por valor de ciento veinticinco pesetas, setenta y cinco y cincuenta, respectivamente, pueden hacerlo efectivo los favorecidos en nuestras oficinas (Alcalá, 44 y 46), de seis a ocho de la tarde, cualquier día laborable, a partir del 1 del mes siguiente a la publicación de este número.

Enhorabuena a los elegidos por la suerte y sepan todos que estamos preparando un nuevo y original concurso para satisfacer las más cumplidas exigencias de nuestros amiguitos. Así es que, ¡hasta pronto!

LOS ESCRITORES NUEVOS

Hemos recibido su trabajo, y...

J. C. A. (Buenos Aires).—Buena su prosa y gracioso el estilo; pero sus dos cuentos no encajan en el ambiente de nuestra revista.

Seluma (Segovia).—Mucho nos ha gustado su precioso envío y entra en turno de publicación. Pero hemos de avisar a usted, así como a todos los que preguntan con impaciencia por sus originales admitidos, que es tal la cantidad de ellos y tales las exiguas proporciones en que van apareciendo en estas páginas, que no respondemos de la fecha de su publicación. Ello también nos lleva desde ahora a ser más exigentes en el juicio que nos merecen los trabajos recibidos, para evitar que se vayan acumulando en nuestro poder durante tanto tiempo. Sépanlo, pues, los impacientes, y perdónenos *Seluma* el que para decir que sus versos nos han gustado mucho hayamos gastado tantos renglones.

P. M. (Linares).—Sentimos mucho decirle que no nos interesa su cuento.

E. de la F. (Las Palmas).—Lleva usted razón: sus versos no pueden confundirse con los del gran poeta canario al que rendimos nuestra devoción. Seguimos alimentando su empeño de llenar el cesto. Pero aguardamos con verdadera impaciencia su nuevo envío. Al fin acertará.

S. R.—Su «Trova» no nos ha conmovido, y lo sentimos de veras.

G. de J. G. (Madrid).—Muy manoseado el asunto de estos versos que nos envía ahora. Esperamos de usted mejores frutos. En cuanto a la publicación del que ya tenemos admitido, vea usted lo que decimos más arriba.

Teromón.—Nada de epítetos. Que no nos gustan sus versos. ¿Le parece poco? Y por nosotros puede seguir desgastándose las yemas de los dedos.

J. A. C. (Puerto Real).—A usted ya le conocemos. Admitido «El reloj».

López de León.—Y a nosotros nos ha dado mucho miedo la lectura de sus versos; por eso no lo hemos admitido. En cuanto a la devolución de los originales que nos solicita, sentimos de todas veras no poder complacerle, pues, con arreglo a la base 9.ª de nuestro concurso, hemos destruído los originales no aceptados.

Fidias.—No podemos admitirle este nuevo envío. Se tendrán en cuenta los deseos expuestos en su carta. Y aunque nos complacemos en prestar estímulo a los luchadores de la pluma, nos vemos privados de hacerlo en la medida de nuestros deseos. Ya conoce la índole de la revista y las exigencias de su Redacción.

E. S.—Su «Princesita» no nos ha seducido. Mande otra cosa.

L. R. O.—No nos ha satisfecho más que la estrofa final de su «Clamor de adolescencia». Pero como en usted hay un poeta de fibra, le animamos para nuevos envíos. Y tenga en cuenta que aquí nos agradan la sencillez y la naturalidad. Bueno será que lea las condiciones generales para enviar sus trabajos; pueden venir manuscritos, pero en cuartillas y por un solo lado. ¿Entendido?

E. de A. (Madrid).—Un esfuerzo más, y usted verá colmados sus deseos sin otra influencia que la del mérito propio. Esperamos, pues, su nuevo envío agradeciendo los elogios que nos dedica.

Ego.—Hemos notado en su prosa más de un tropezón y lo sentimos de corazón, pero esto no tiene admisión, pon, pon, pon...

M. P.—Seguros de que puede hacer algo más nuevo e interesante, le invitamos a que nos envíe otros versos.

El C. de R. de C.—A pesar de algunas incorrecciones de su romance, vamos a admitirlo, porque la agilidad de su ritmo y la belleza de muchas estrofas nos lo aconsejan así.

J. M. C.—No tiene todo el interés deseado la carta de Luis a Pepe. Venga otra epístola más conseguida. Usted puede hacerlo bien.

J. M. C. (Carballino).—Aceptado su «Ocaso».

Sirio.—Sepan los estultos pueblerinos que nos ha gustado mucho su «Canto a Toledo» y que lo publicaremos si nos autoriza para suprimir la estrofa cuarta, en que alguna leve incorrección rompe la armonía de las que le preceden y le siguen. Muy bien sus otros envíos, pero menos logrados.

T. S. y C. (Zaragoza).—No están mal las coplicas, maño, pero mándenos una cosa más original.

L. E. P. R. (Madrid).—Aunque en todos sus versos se adivina la sugestión de la obra magnífica de uno de los más grandes poetas contemporáneos, al que de seguro admira usted tanto como nosotros vamos a admitirle la poesía titulada «Tarde».

López de León.—Esta «Bonanza» nos gusta más que otros envíos anteriores, pero todavía no es lo que esperamos de usted. Insista, pues, en idéntico sentido, que de seguro logrará una obra que nos agrade plenamente.

J. D. Andino. (San Juan de Puerto Rico).—Admitimos su original soneto a «Gastón Maspero».

A. M. (Valencia).—«Por un beso» es gracioso y movido, pero no es todavía lo que deseamos. Insista. Lo otro es poquita cosa.

Fidias.—Admitido su preciosos romance «Mi cama».

Dídimo.—Sus trabajos exceden las proporciones exigidas para esta sección. Entérese de las condiciones generales.

Plinio.—Su «Languidez» es una vulgaridad.

J. F. L. (Casavieja).—Admitido su «Aguafuerte aldeano».

A. R. I. de I. A. (Cárdenas).—Admitida su hermosa poesía titulada «A Dios».

G. A.—Su «Mística» promete frutos más sazonados; aguardamos su envío.

J. L. B. (Escorial).—Se ha dicho muchas veces y con mejor fortuna eso de las campanas; mande otra cosa.

A. R. (Baracaldo).—Necesita usted airear su inspiración y modernizar sus versos. Le admitimos «El álbum de retratos».

Miguel José.—Ya hemos dicho que no podemos devolver los trabajos del concurso de Cuentos humorísticos. En cuanto a su «Paisaje», nos gusta menos que otros envíos suyos.

J. A. C. (Puerto Real).—Admitida su bella composición «En el campo».

Toda la correspondencia de esta sección se contesta exclusivamente desde las columnas de la revista: rogamos a nuestros comunicantes que en los envíos de originales consignen en los sobres: Para la sección «Los escritores uuevos».

Aparte de los originales que se nos envíen espontáneamente, acompañados del correspondiente cupón, publicaremos en esta misma sección algunos trabajos de escritores conocidos, prestigiando así a los literatos nuevos con su compañía.

«COSMÓPOLIS»

CUPÓN

que debe acompañar a todo envío de

Colaboración espontánea

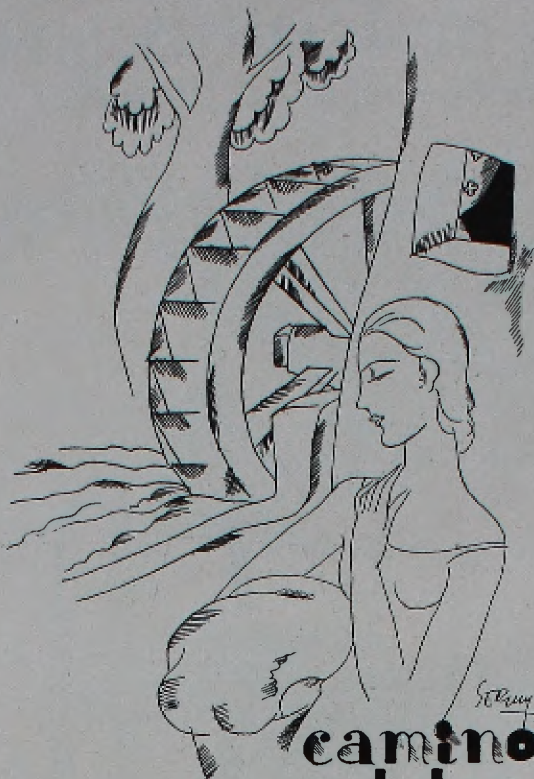
Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

1.ª Los trabajos en prosa no excederán de tres cuartillas *escritas por un solo lado*, y las composiciones poéticas de *sesenta versos*.

2.ª Es inútil pretender contestación particular a las cartas que se nos dirijan relacionadas con esta sección. Para admitir o rechazar los originales tenemos la sección «Hemos recibido su trabajo y...», en la que por riguroso turno se contestará a todos los autores. Tampoco se devolverán los trabajos, publicados o no.

3.ª El solo hecho de enviarnos un original implica la absoluta conformidad con estas condiciones.

Y 4.ª Cada original debe venir acompañado de un cupón.



camino adelante

En mi alegre camino
de ideal peregrino,
oí la volandera
canción de tu molino
risueño, molinera.

Brincaba rumorosa
la canción de la aceña
trabajando afanosa,
en la paz lugareña
de la tarde ardorosa.

Un pecho campesino
cantaba, aligerando
el peso del camino:
«Va el agua a tu molino
brava y cantando...»

La jornada fué dura
y cedió mi locura
de infinito, al sencillo
rumor del agua pura
que vertía el husillo.

Reposé en el sosiego
del molino, y tú, luego,
por mi mal, pareciste...
¡que el agua que me diste
me pareció ya fuego!

Moría, desgarrando
el aire vespertino,
la copla, sollozando:
«... y vuelve a su camino
ya suspirando.»

De los altos cendales
serenos, un lucero
vertió sus irreales
luces en los cristales
del cauce molinero.

¡Cómo me retenía
junto a ti aquella calma
que en torno tuyo había
y cómo se rendía
a su misterio el alma!

Pero el destino mío
a seguir me empujaba,
lo mismo que llevaba
su fatal suerte al río
que manso se alejaba.

Me alejé, murmurando:
«Va el agua a tu molino
brava y cantando,
y vuelve a su camino
ya suspirando...»

Felipe Ortega

Burgos.



ESTABA frente al espejo. Había estado muchas veces antes, claro está; pero no era lo mismo, porque nunca hasta entonces se le había ocurrido pensar, como en aquel momento pensaba:

«Todos los hombres, tontos. Tonto yo mismo, que siempre he pasado indiferente ante eso que tengo delante. ESO, que soy YO. ¿Yo mismo? ¡Es natural! Pero no, es rarísimo. Esa frente, esos ojos, ese cuerpo, son los míos. ¿Son o no son? Son, no cabe duda. Es decir, no: no son, porque los míos, los verdaderos, están aquí, en lo que realmente soy YO, y ésos, no. He dicho: en lo que realmente soy YO. ESO, entonces, seré YO irrealmente. Irrealmente, no, puesto que estoy —¿estoy o está?—ahí y puedo verme—o verlo—perfectamente. Hasta ahora, tonto, repito he creído que ESO era una ilusión visual: rayos, rayos, rayos.

Y luego, YO soy todo ESO desde la cabeza hasta los pies. (¿Por qué llevaré zapatos?) Pero YO, YO estoy aquí, detrás de la frente. ¡Ah! ¿De modo que estoy dentro? Entonces ESO no soy YO. Pero esto otro, tampoco seré YO. ESTO, una cosa. ESO, otra. ¿Y YO? YO me he perdido. No: no me he perdido, porque estoy aquí pensando, pero no me encuentro, que es lo mismo. Y si no estoy en ninguna parte, YO seré lo irreal y lo real serán ESTO y ESO. Pero si ESO es irreal y ESTO debería ser YO y no lo es, entonces ni ESTO ni ESO existen. ¿Cómo que no? Están aquí y YO los veo. ¿YO? YO dentro, detrás de la frente (¡ya me encontré!) y los ojos fuera, viendo. Viendo.

Ven a ESO con ojos y a esto sin ellos. ¿Por qué sin ellos? Porque están aquí y ellos mismos no se pueden ver. No sé por qué. Debería ser lo primero que vieran. Entonces resulta que YO soy esos ojos que no veo, y esos ojos son los ojos de ESTO o ESTO es el ESO de mis ojos.

Si YO estoy aquí dentro, ¿por qué no salgo? Debería romperse la frente y salir por ella. Como Palas Atenea. Cuando estuviera fuera, me iría por ahí. Pero antes—eso desde luego—quitaría de delante a ESO, que es un impostor, y a ESTO, que es la funda de mi YO y no deja que YO salga y haga todo lo que puedo hacer.

Mi funda me obedece: quiero levantar una mano y la levanta, quiero abrir la boca y la abre. Así.

Pero, ¡si me había olvidado de la boca! Bajando un poquito, creo que también podría salir por ella; pero lo que pasa es que no tengo el camino hecho. Necesito un metropolitano en la cabeza. Desde detrás de la frente, donde estoy YO, hasta el cielo de la boca. Sería barato tan corto. Después, sólo con abrir la boca podría salir.

Pero, ¿no he salido nunca? Sí, señor; he salido al hablar. Lo que hablaba, eso sí que era YO. YO en palabras.

¡Ah! ¿De modo que no he vuelto? ¡Eso no lo puedo consentir! YO en palabras. Palabras: vibración, vibración, vibración. Eso había creído hasta ahora. ¿Quién me engañaba? Seguramente, ESTO o ESO, para suplantarme. Los odio. De resultas de este engaño, YO me he ido en parte y ahora hay dos YO. YO y YO. Lo mismo que ESTO y ESO.

¡Qué bien estaría que el YO que queda se fuese con el YO que ya no está aquí! Pero lo peor es que no sé dónde está el YO palabras. No vi por dónde se iba. Pero ¡ahora que caigo! no vi por dónde se iba porque no lo vi. Los ojos no se ven ellos mismos, se conoce que tampoco me ven a mí. Entonces seremos una misma cosa, seremos YO.

Consecuencia: YO palabras, YO detrás de la frente, los ojos YO.

YO detrás de la frente puede irse hablando, pero los ojos, no. Los ojos tendrían que quedarse con la funda. ¡Pobrecillos!

Pero ¿y si los cierro? Entonces no están. Podría cerrarlos y hablar hasta irme todo YO; pero a lo mejor, después que los cierro, la funda, que es ESTO, levanta los párpados—porque los párpados pertenecen a la funda—y los ojos vuelven.

¿Qué haré? ¡Ah! muy fácil. Como la funda hace lo que YO quiero, cuando me haya ido todo, no hará nada, y, por lo tanto, no levantará los párpados, y los ojos no volverán. Todo el problema está en cerrarlos a tiempo, justamente con la última palabra que representa la última porción del YO detrás de la frente.»

***

Ahora no hace más que hablar. De cuando en cuando cierra los ojos y al sentir que puede volverlos a abrir dice, asombrado:

—«¡Qué grande soy! No me explico cómo quepo en un sitio tan pequeño.»

ELISA BERNIS

Dibujo de Varela de Seijas.

A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

¡Salve, hispano león, insigne loco;
brazo del débil y dogal del fuerte,
a quien pudo un desdén trocar de suerte
que a la temeridad tuviste en poco!

¡Oh, cuán dichosa fué la pluma aquella
que tu vida escribió con tanto tino!
¡Cuán dichosos el Rucio y tu Rocino,
y el escudero que siguió tu estrella!

¡Y de Aldonza, dichosa la hermosura,
por quien llenaste el orbe de tu gloria,
por quien venciste trasgos y vestiglos,

por quien la fama exalta tu locura,
por quien bendice el mundo tu memoria,
por quien tu espada asombro dió a los siglos!

EUGENIO GUZMÁN



Dibujo de Cobos.

LA JUERGA TRISTE

A ROMERO DE TORRES

Rasgueos tristes de guitarra.
Trueno de voz que se desgarra
sobre la musa dolorida
que en tormenta de celos se duele de la Vida...

Bailadora jadeante
hace su seno palpitante,
y a sus lascivas contorsiones
hay un incendio brusco de malos corazones.

Juego que triunfa el aguardiente
se escuda el odio de un valiente
en la navaja abierta, como una maldición...

Y porque nadie lo remedia,
bebe su norma la tragedia
en el vaso de carne de un pobre corazón...

JESÚS M. GARCÍA

DE MI GUITARRA

CANTARES

«La familia es un estorbo»,
decía yo, cuando soltero;
y ahora, que casé contigo,
es familia lo que quiero.

—

«Cuantas veo, cuantas quiero»,
dices de mí, con enojo:
cuantas veo, las deseo;
pero... querer: ¡a ti solo!

—

Custodia llamé a tu cuerpo
y a tu cara nada dije.
¿Quién se atreve a decir nada
a la cara de la Virgen?

—

¡Quién pudiera ser medalla
de la Virgen del Pilar,
para besarte la boca
cuando me fuera a besar!

Si el querer diera contento,
¿conocería el disgusto
con tanto como te quiero?

—

Como el vino dulce eres:
que se bebe sin pensar
que emborracha al que lo bebe.

—

¡Cómo me gusta mirar
el cielo en noche de estrellas
y el mar en la tempestad!

—

¿Un collar encantador?
¡El que formarán tus brazos
de mi cuello alrededor!

—

Días de lluvia, sin sol;
como el cielo de estos días
tengo yo mi corazón.

ALEJANDRO DE GABRIEL Y RAMÍREZ DE CARTAGENA



Jorge Montemar
«REPORTER-DETECTIVE»

Novela de aventuras, original de SEE ADCOME

Traducida y adaptada expresamente para COSMÓPOLIS

FIN DE LA NOVELA



LA MUJER ME HABLÓ



ELLA, la mujer blanca, me miró con aire indiferente. Se volvió al reyezuelo y cambiaron algunas palabras en voz baja. Yo continué sin quitarla ojo, y así pude darme cuenta de mi disculpable error. Era la esposa o favorita del jefe de la tribu; pertenecía también a la raza fellata; pero el tono broncíneo de su piel era tan suave, de tales reflejos dorados, que, por contraste con la de sus compañeros, la hacía parecer casi blanca. Por otra parte, las líneas de su rostro eran de una pureza que bien pudiera llamarse clásica y tenía el buen gusto de no mistificarlo con absurdos tatuajes. Si se la consideraba prototipo de su raza, estaba justificado el que en el mercado de esclavos de Yimbuctu alcanzasen precios superiores a los de las mujeres de otras tribus.

No duró mucho tiempo el examen que de mí realizaron ambos jefes. Con idéntico ceremonial que a la llegada, se retiró el cortejo y yo fuí devuelto a mi prisión. En ella quedé olvidado bien pronto de la curiosidad de los pueblos, mientras la noche iba cayendo y llenando de sombras mi albergue.

Concluyó mi desesperación por dejar paso al abatimiento, al cansancio. Me dormí, ignoro por cuánto tiempo. Al abrir de nuevo los ojos, un resplandor vivísimo me hizo volver a cerrarlos. Acostumbrado, poco a poco, a la claridad, vi que un guerrero sostenía sobre mi cabeza una rama embreada y que, ante mí, la soberana de la tribu espiaba mis movimientos.

Una orden suya, y el soldado salió, dejando fija la antorcha en un hueco del muro. Y, solos, *la mujer me habló.*

HASTA QUE LLEGÓ LO INEVITABLE

No era la libertad lo que venía a ofrecerme. Pero, por lo menos, encerraba la posibilidad de salir de aquella jaula en que me hallaba recluído, gozar de la luz del sol y el aire libre. Un brazo sobre mi cuello, envolvente, acariciadora, la mujer me hablaba...

Acepté todo. Fuí su juguete, su esclavo. ¡La vida tiene en nosotros tan hondas raíces!... Cuando volví a quedarme solo, a oscuras mi encierro, podía creer que lo pasado fué sólo un sueño, producto del trastorno sufrido durante aquel día memorable.

Y el sueño fué realidad. Apenas amaneció, el negro que acaudillaba a los que me prendieron en el bosque vino a sacarme de la prisión, para ir a presencia del jefe. Pocas frases bastaron para ponernos de acuerdo. Cuando me encontré casi libre en el centro de la ancha plaza, yo era el médico de aquella tribu, que las epidemias y la fiebre diezmaban de continuo.

Así un mes, dos, muchos. Unos gramos de quinina que casualmente llevaba conmigo, y algo de suerte providencial en algunos casos desesperados, contribuyeron a aumentar mi prestigio. Riskia, la reina, me daba muestras de un amor todo devoción y dulzura que me hacía olvidar mi cautiverio. *Hasta que llegó lo inevitable.*

NADA HACÍA PRESUMIR LO QUE IBA A SUCEDER

Quiero ahorrar detalles y tiempo. Una noche, poco antes de

entregarme al reposo, la esclava favorita de Riskia entró en mi choza, depositó un pequeño envoltorio en mis brazos y me gritó:

—¡Huye!... Es nuestro hijo... ¡Si el jefe lo sabe, es la muerte para todos!...

Ante mi puerta corría un riachuelo de mansa corriente. Una piragua nos acogió a los dos; remé con fuerzas, ayudando la acción de la corriente. Al amanecer, muy lejos ya de la tribu fellata, las blancas lonas de un campamento de europeos nos dieron refugio y cordial acogida sus ocupantes.

Inventé una historia novelesca, dí un nombre supuesto. El niño era blanco, pero en sus facciones se acusaban los rasgos de la raza materna. Hice creer que le había salvado cuando se preparaban a inmolarle a un rito salvaje, y vi mi figura aureolada con prestigios de héroes. La mujer de uno de los guías de aquella expedición fué la primera que se puso al pecho a la infeliz criatura.

Volví a Europa apenas me fué posible. En Londres recibí la trágica nueva de la muerte de mi padre y entré en posesión de sus escasos bienes. Malakí, el hijo de mi aventura africana, crecía a mi lado, considerado por todos como un esclavo mío, como una muestra viva de la fauna tropical que había tenido el capricho de traer conmigo. Absorbido otra vez por mis estudios, yo mismo llegué a aceptar aquella verdad que había construído para los otros.

Tanto me olvidé que llegué a casarme. Tenía entonces Malaki unos doce años, y dos años después bendecía el cielo mi matrimonio con una niña: Evelina como su madre. Reducido el negrito al papel de hijo adoptivo, mirándonos mi mujer y yo en la niña, transcurrieron los diez años más felices de mi vida. Pero todo tiene su término en la vida, dolores y alegrías, y la muerte de mi esposa vino a cortar aquella dicha que me complacía en creer eterna.



Cada lugar de Londres, cada rincón de mi casa, me hablaba de ella, me recordaba una etapa de mi existencia imposible de revivir. Ya por aquel entonces era yo rico, famoso mundialmente. Decidí cambiar de residencia y nos vinimos a España, a Madrid. A poco de llegar adquirí este hotelito.

Junto a mí siempre, obediente, respetuoso, Malakí era el depositario de toda mi confianza. Cuidaba de la niña con delicadezas insospechadas en su corpulenta humanidad y no había criado más solemne y ceremonioso para los contados visitantes que yo recibía. *Nada hacía presumir lo que iba a suceder.*

«¡QUIERO CASARME CON MI HERMANA!»

Fué mucho tiempo después. Tenía ya mi pobre Evelina veinte años cumplidos, cuando una mañana, Malakí entró precipitadamente en este mismo laboratorio. Los ojos relampagueando, crispada la boca, las manos temblorosas, me hacían presumir que una profunda conmoción le agitaba.

Sin necesidad de que le preguntara, sin darme tiempo a ello, me lo contó todo. Estaba terriblemente enamorado de Evelina, le había confesado su cariño y ella se había reído de él. Luego, cuando quiso apresarla entre sus brazos, huyó a refugiarse en su cuarto, cerrando la puerta con llave. Y él juzgaba preferible a derribar aquel obstáculo, frágil para su fuerza de hércules, venir a relatarme lo sucedido, para que yo decidiese.

No podía decidir otra cosa que tratar de explicar a aquel cerebro primitivo, virgen, la verdad de su situación en nuestra casa, el parentesco que le unía con Evelina y que hacía criminal su pasión, y convencerle de que estaba equivocado respecto a la verdad de sus sentimientos, que confundía el cariño fraterno con el amor de enamorado. Todo fué inútil. Enloquecido, irritado, Malakí se negaba a oírme al principio; luego desconfió de mis aseveraciones, y, finalmente, atirmó que, fuera el que fuese el parentesco que con Evelina le unía, la adoraba y tenía que casarse con ella.

¿Comprenden ustedes mi tormento desde aquella revelación?... Han sido tres años en que, día por día, el sufrimiento ha ido ahondando en mi corazón; tres años en que no he tenido una hora de tranquilidad, en que no he disfrutado un solo momento de reposo.

¡Qué caudal de energía, de habilidad, he tenido que derrochar para conseguir dominar al monstruo que existía en Malakí y que la civilización no tuvo fuerzas suficientes para matar!... Adquirí ese casón abandonado donde Montemar y Reinal me han encontrado recientemente, y allí obligué a vivir al infortunado muchacho aislado, solo, ignorada de todos su presencia. Sin que nadie lo supiese, con su ayuda exclusiva, construí un subterráneo que pone en comunicación su guarida con esta casa, y por él le facilitaba alimentos, ropa, y celebraba algunas entrevistas. Pero, en todas, a mis razonamientos, a mis súplicas, hasta a mis lágrimas repetía con terca obstinación: *«¡Quiero casarme con mi hermana!»*

HASTA QUE AYER TARDE...

El influjo atónico había hecho presa en él. Excitado, nervioso, sólo conseguía calmarle con el regalo de alguna chuchería sin gran valor: collares de vidrio, sortijas, estampas de colores vivos. En la locura que, paulatinamente, se apoderaba de su cerebro, el fellata resucitaba, dominando al hombre seudocivilizado.

Porque era la locura, sí. ¿El cambio de clima, la influencia morbosa de aquella pasión?... Las causas son de difícil precisión; pero el trastorno mental era indudable, indiscutible. Cuanto en su convivencia con los europeos había aprendido, se borraba en él, y, en cambio, palabras fulás y bantús que nunca oyó pronunciar aparecían en su lenguaje como un extraño resabio racial que durmiera en el fondo de su subconciencia.

Evelina, entretanto, vivía tranquila, feliz, ignorante de todo. Desde luego, yo, no sólo no la había dicho nada respecto a la verdadera personalidad de Malakí, sino que cuando, trémula y acongojada, me contó la terrible escena de la declaración, la prometí despedir al criado insolente que tal había osado. Ya les he dicho antes cómo logré desde el siguiente día cumplir mi propósito. Mi hija no volvió a encontrar nunca, en el transcurso de estos treinta y tantos meses, ante ella la figura siniestra del monstruo enfermo que tanto la amedrentaba, y pudo llegar a considerarse libre, feliz como antes; volvió a ser mi compañera, mi colaboradora en cuantos trabajos e investigaciones emprendía, sin que una sola vez el recuerdo de Malakí y su amor volviese a asaltarla.

En cambio, él, aun alejado de la que nunca debía haber amado, ni un solo instante logró olvidarla. Parecía, por el contrario, que la ausencia, el verse privado de su vista, le hacía recordarla con mayor fuerza, dando a aquella pasión caracteres de culto. Entre los dos, yo, obligado a fingir siempre, lo mismo a presencia de uno que de otro. *Hasta que ayer tarde...*

SONÓ UN GRITO DE AGONÍA

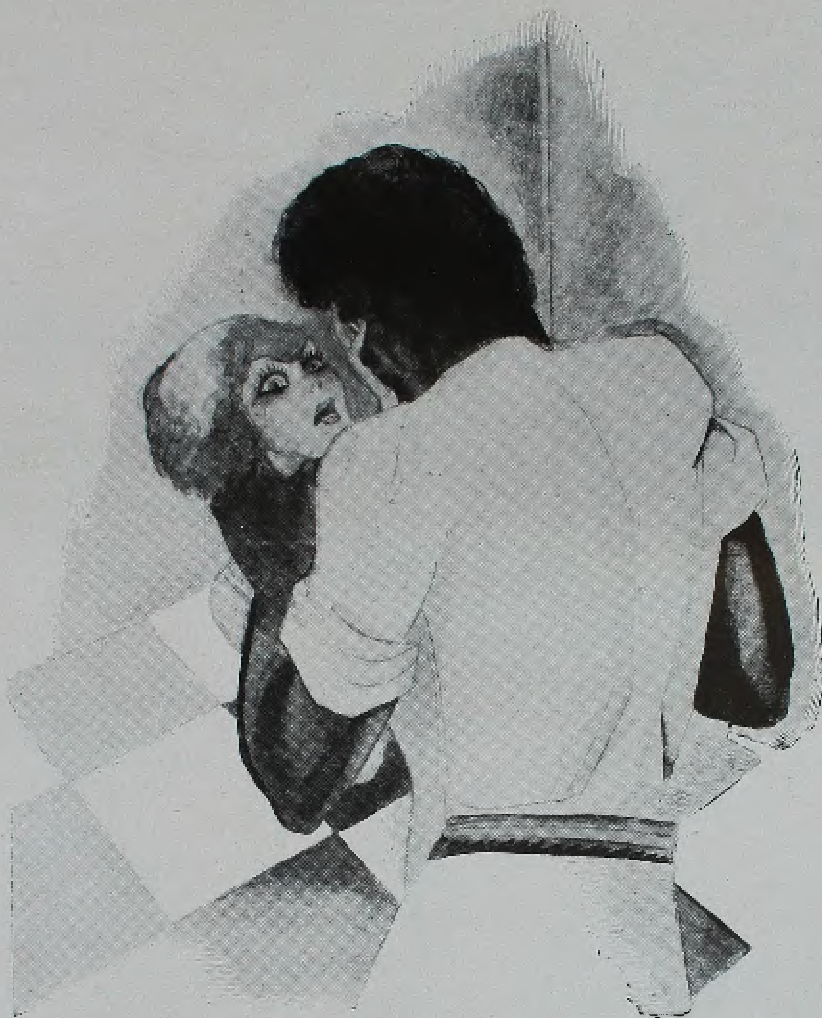
Días atrás, Malakí me había manifestado su violento, irrefrenable deseo de volver a ver a Evelina. Por más que intenté para hacerle desistir, aunque menudeé como nunca los pequeños regalos, alternando con las reconvenciones cariñosas las amenazas más vio-

lentas, no obtuve esta vez resultado favorable. Comprendí que, dado su nervosismo extremado—claro indicio de los avances de la fatal dolencia—, era peligrosísimo contrariarle, y terminé por acceder a que ayer por la tarde viniera al hotel, donde, desde lejos, y sin que ella lo supiera, contemplaría a Evelina.

A la hora prefijada, llegó. Como es lógico, él ignoraba la existencia del pasadizo secreto, y llamó a la puerta del hotel; un criado tenía orden de conducirle aquí en derechura y lo hizo, sin saber el nombre del visitante ni siquiera poder descubrir su rostro, oculto entre el sombrero y un tapabocas.

La entrevista fué terriblemente borrascosa; desde luego, yo estaba decidido a faltar a mi promesa, a que por ningún medio ni bajo ningún pretexto pudiera ver a su hermana, a la que—so pretexto de mis estudios—prohibí bajar al laboratorio mientras no mandase a buscarla. Malakí me insultó, trató de agredirme, y sólo haciéndole creer que Evelina había tenido que ausentarse y regalándole mi cadena y el portamonedas—el reloj era regalo de mi esposa y no supe desprenderme de él—logré que, más calmado, saliese y aplazara la entrevista para otra ocasión.

Apenas me quedé solo, conseguí serenarme, con violento esfuerzo, y llamé a mi hija. Juntos permanecimos un buen rato trabajando. ¿Cuánto? No sé puntualizarlo; eso, seguramente que estará mejor precisado en las diligencias judiciales. El caso es que tenía la ventana abierta para que se ventilase la atmósfera, cargada con exceso a consecuencia de diferentes experimentos, y dejé a mi hija sola unos momentos ordenando el laboratorio, para ir a colocar un volumen en su estante. Y apenas había abandonado la estancia, cuando de pronto *sonó un grito de agonía.*



LE AYUDÉ A HUIR

Corrí, como un loco, hacia el laboratorio. Malakí aprisionaba entre las enormes tenazas de sus manos la garganta, frágil y delicada, de Evelina, que pugnaba por desasirse. ¿No quiso matarla...? Ahora que todo ha concluído, que a nadie tengo que disculpar, lo declaro: ignorante de su fuerza, sin saber lo que hacía, él sólo intentaba acercar sus labios a la boca de la amada y estaba a punto de conseguirlo cuando mi aparición le detuvo. Abrió sus garras, y el cuerpo de mi hija rodó inerte allí, donde ustedes lo encontraron al llegar.

Mi primer movimiento fué de indignación, de ira. Me lancé hacia el asesino ciego de rabia, alcé mi puño... Cuando iba a descargarlo sobre él, Malakí me miró y en sus ojos vi el temblor de dos lágrimas, a tiempo que su voz, velada por una emoción humana, me interrogaba:

—¿Qué he hecho yo, doctor?... ¿Qué he hecho yo?...

¡Era mi hijo!... A la indignación siguió la piedad, el miedo, el egoísmo. ¡El egoísmo, lo declaro!... Pasó en unos segundos ante mi vista cuanto el descubrimiento del crimen representaba para mí: la revelación de mi secreto, el conocimiento de unos capítulos de mi vida que podían enlodar mi reputación. Le empujé hacia la misma ventana por que había entrado; cerré tras él; *le ayudé a huir.*

¿DESEAN SABER ALGO MÁS?

¿Podía hacer otra cosa, en conciencia?... Después llamé por teléfono a ustedes, y desde ese momento conocen todos mi actuación.

—Menos en lo relativo a su fuga a la casona abandonada y la desaparición del ayuda de cámara—opuso don Abel.

—¡Mi fuga!... Reunidos ustedes aquí, dormido el vigilante, necesitaba destruir las huellas de la estancia de Malakí en el caserón. De acuerdo con mi criado, ambos ganamos el pasadizo secreto y en su interior quedó cerca de la puerta que da al hotel para avisarme si algún extraño la descubría. Pronto le tendrán ustedes aquí; ya lo verán.

Un suspiro de satisfacción fué el comentario de todos. Desaparecida la última sombra de misterio, recobraban los nervios la tensión normal. El doctor, poniéndose en pie, preguntó:

—*¿Desean saber algo más?...*

ÁCIDO PRÚSICO

—Nada, doctor. Sólo queremos dispensarle la gratitud de la justicia por su completa declaración, que, una vez firmada, pone punto final al triste suceso—respondió el juez.

En grupo aparte comentábamos los tres—don Abel, Reinal y yo—la solución del complicado asunto. Junto a la mesa del laboratorio, el sabio contemplaba la triple hilera de frasquitos que encerraban reactivos y sustancias. De pronto se apoderó, rápido, de uno de ellos.

—¡Cuidado!—gritó Reinal, precipitándose sobre el anciano.

Pero, por pronto que llegó a su lado, no pudo impedir que, con rápido movimiento, el doctor se acercase el frasco a los labios. Una contracción violenta, y el cuerpo del sabio mundial cayó desplomado.

Reinal recogió el frasco que las manos del suicida dejaron escapar, y, leyendo la etiqueta, se volvió a los que intentábamos hacer reaccionar al desgraciado, diciéndonos:

—No hay nada que hacer. Está muerto. *Acido prúsico.*

LA IRRITANTE RISITA DE DON CÁNDIDO

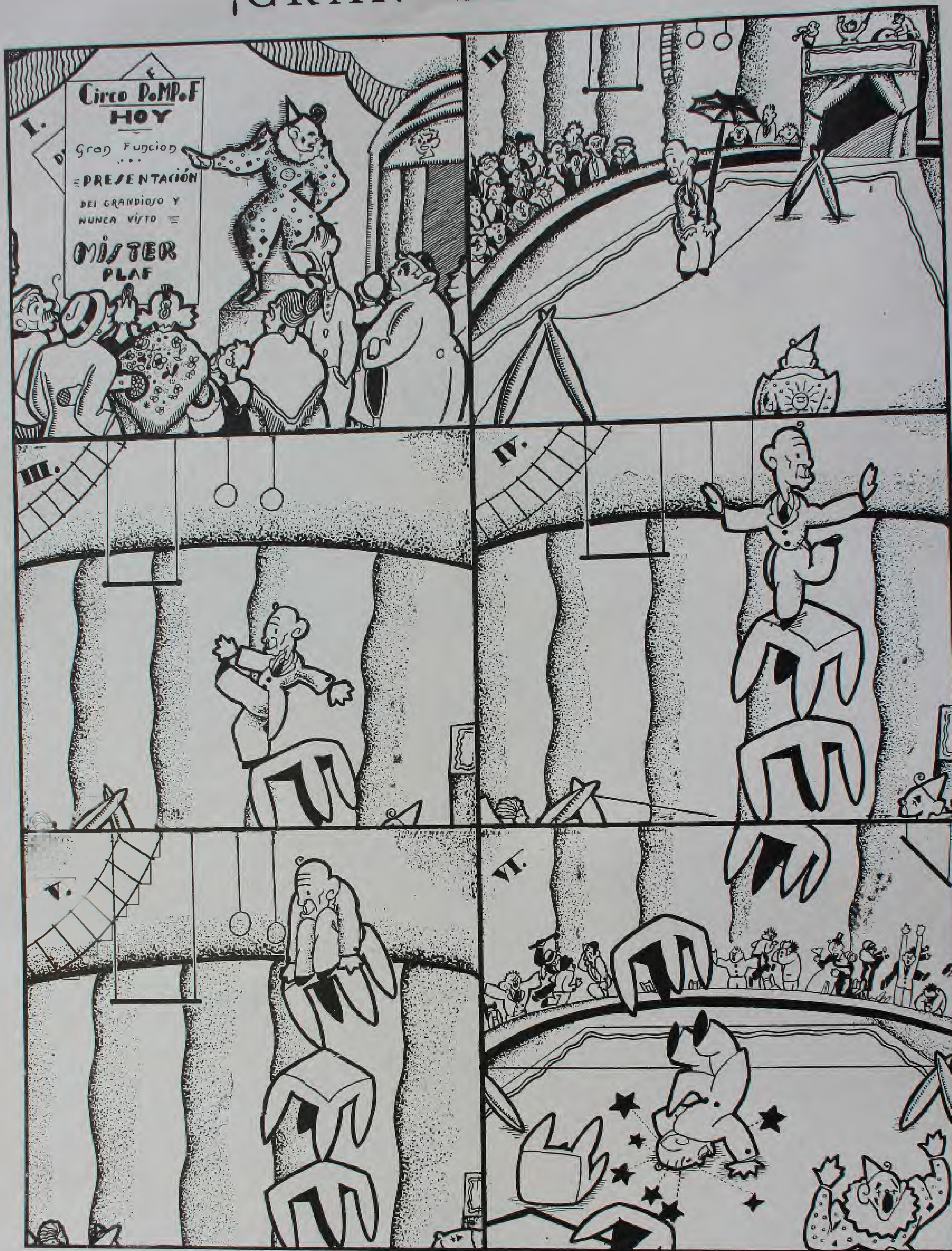
Han pasado siete años desde entonces. Continúo desempeñando el cargo de jefe de reportajes de *El Informador Mundial* que con aquella información conquisté. Fué un éxito excepcional en la Prensa de España, y mi diario quintuplicó aquellos días su tirada.

Hoy, lejos ya de aquellas horas terribles, aun me estremezco al recordarlo. Pero no sé abominarlos ni maldecirlos, pues ellos me reconciliaron para siempre con el propietario del periódico: desde aquella tarde no he vuelto a oír *la irritante risita de don Cándido.*



¡GRAN SUCESO!

POR
RUIZ PERAZA



1.° El clown.—Pasen, señores, a ver el número más «emosionante» que se puede presentar en el circo.

2.° Vean ustedes, señores, a míster Plaf pasando la maroma.

3.° ¡Más «difísil»! Vean ustedes a míster Plaf guardando el equilibrio en la maroma y sobre una banqueta.

4.° Ahora, ¡más «difísil»! Vean ustedes que míster Plaf se halla en equilibrio sobre dos banquetas.

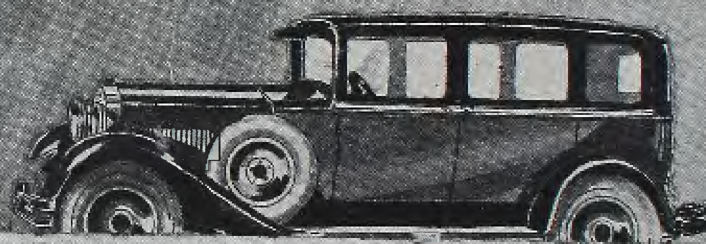
5.° Todavía ¡más «difísil»! Lo ven ustedes sobre tres..., y ahora verán el más «sensasional» de míster Plaf.

6.° ¡¡¡ Plaf...!!!!

Cosmópolis







VISITE EL STAND "FIAT"
EN LA EXPOSICIÓN DE
BARCELONA



Cosmópolis

Redacción y Administración
Alcalá, 44 y 46 (Entrada Marqués de Cubas, 1) Madrid.
Teléfono: 13546 - Apartado de Correos: 490
Dirección telegráfica y telefónica: Cosmópolis

Precio de suscripción:

España y América:	un año	19 pesetas
	un semestre	10 pesetas
Extranjero:	un año.	25 pesetas

SUMARIO

COSMÓPOLIS convoca a los escritores de España y América a un interesante concurso de novelas, cuyo premio de 5.000 pesetas, instituído con el nombre de «*PREMIO REVISTA COSMÓPOLIS*», constituirá todos los años un atrayente motivo de afianzamiento espiritual entre ambos países. Las bases de este Concurso se insertan en la página número 35.

Extracto del contenido del presente número en tres idiomas



¡Cádiz, salada claridad...
[Granada,
agua oculta que llora!...
Romana y mora Córdoba
[callada...
Málaga, «cantaora»...
Almería dorada...
Plateado Jaén... Huelva:
[la orilla
de las tres carabelas...
¡¡Y Sevilla!!

MANUEL MACHADO

COSMÓPOLIS
Y LAS EXPOSICIONES DE SEVILLA Y BARCELONA



Instantes decisivos para la vida nacional son éstos en que los magnos certámenes de Sevilla y Barcelona inauguran la riqueza de sus instalaciones. Cúmplenos, con este motivo, hacer sincero alarde patriótico, rindiendo la justicia de nuestros fervores españolistas ante el esfuerzo desarrollado por ambas ciudades, cuya actividad de ahora es el más significativo exponente de nuestra vida de progreso y de comprensión más amplia sobre los problemas planteados por el hispanoamericanismo de acción.

¡Barcelona y Sevilla!, recias estrofas áureas de este poema de actividades nobles que España vuelve a escribir con tan leales impulsos. COSMÓPOLIS quiere destacar estos nombres en lugar preferente de sus páginas, deseando que tantas inquietudes esperanzadoras, símbolo de laboriosidad y de cultura, sean el firme baluarte donde se asiente la realidad de un mañana feliz. Que Barcelona y Sevilla reciban en estos momentos trascendentales los mejores deseos de éxito fecundo en las altas y significativas empresas que han acometido tan gallardamente para orgullo del buen nombre español, vinculado ahora en esas ciudades.

* * *

A su majestad el rey Don Alfonso XIII, al jefe del Gobierno, general Primo de Rivera; al Cuerpo diplomático acreditado en la Corte, a los representantes especiales enviados por diversos países, a los elementos directivos y concurrentes, envía COSMÓPOLIS su leal y respetuosa adhesión, haciendo fervientes votos por el mayor y mejor éxito de ambos certámenes.

El maravilloso espectáculo inaugural de la Exposición Ibero-Americana de Sevilla

CRÓNICA ORIGINAL DE RAFAEL LÁINEZ ALCALÁ

INFORMACIÓN FOTOGRÁFICA DE NUESTRO REDACTOR LUIS MARÍN

*

BRAVA estampa de luz y de color. Inigualadas magnificencias de tópicos al uso que adquieren relieve de novedad palpitante, desbordando adjetivos de diversa índole como en una embriaguez de palabras sugerentes, capaces de pintar la realidad vivida de aquellos momentos que ya no se han de olvidar nunca: los de la fecha inaugural del certamen hispanoamericano.

Las antenas de la Prensa diaria recogieron las más bellas demostraciones de tan solemne ceremonia, y las cámaras fotográficas inmovilizaron en sus objetivos los más vibrantes aspectos de la referida inauguración.



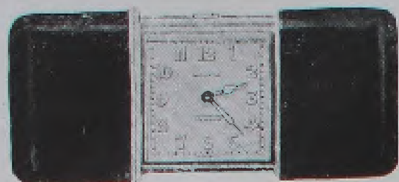
La Torre del Oro

Plaza de América

El Reloj ERMETO

MOVADO

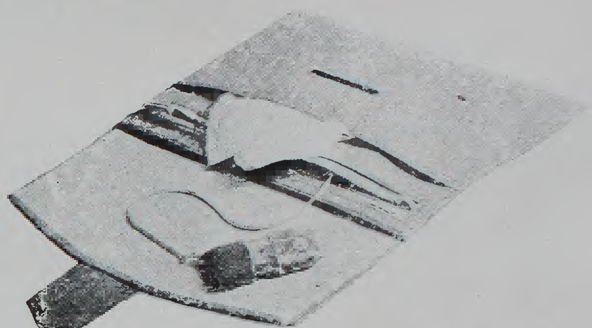
no es un objeto fragil.



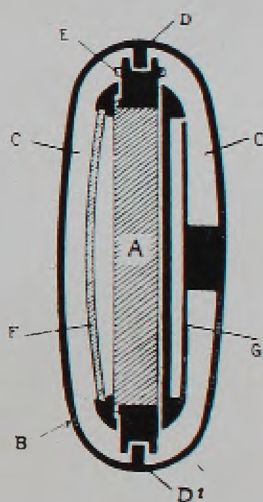


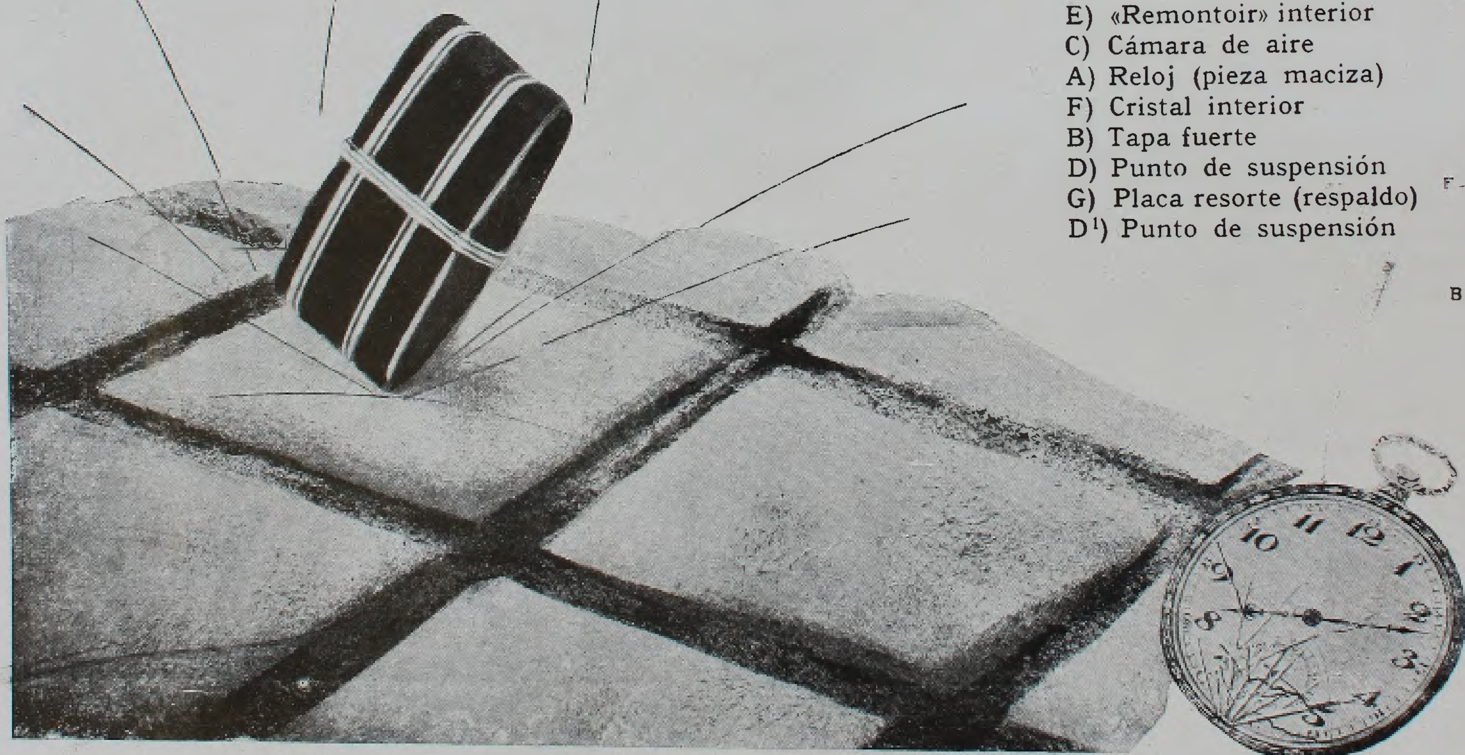






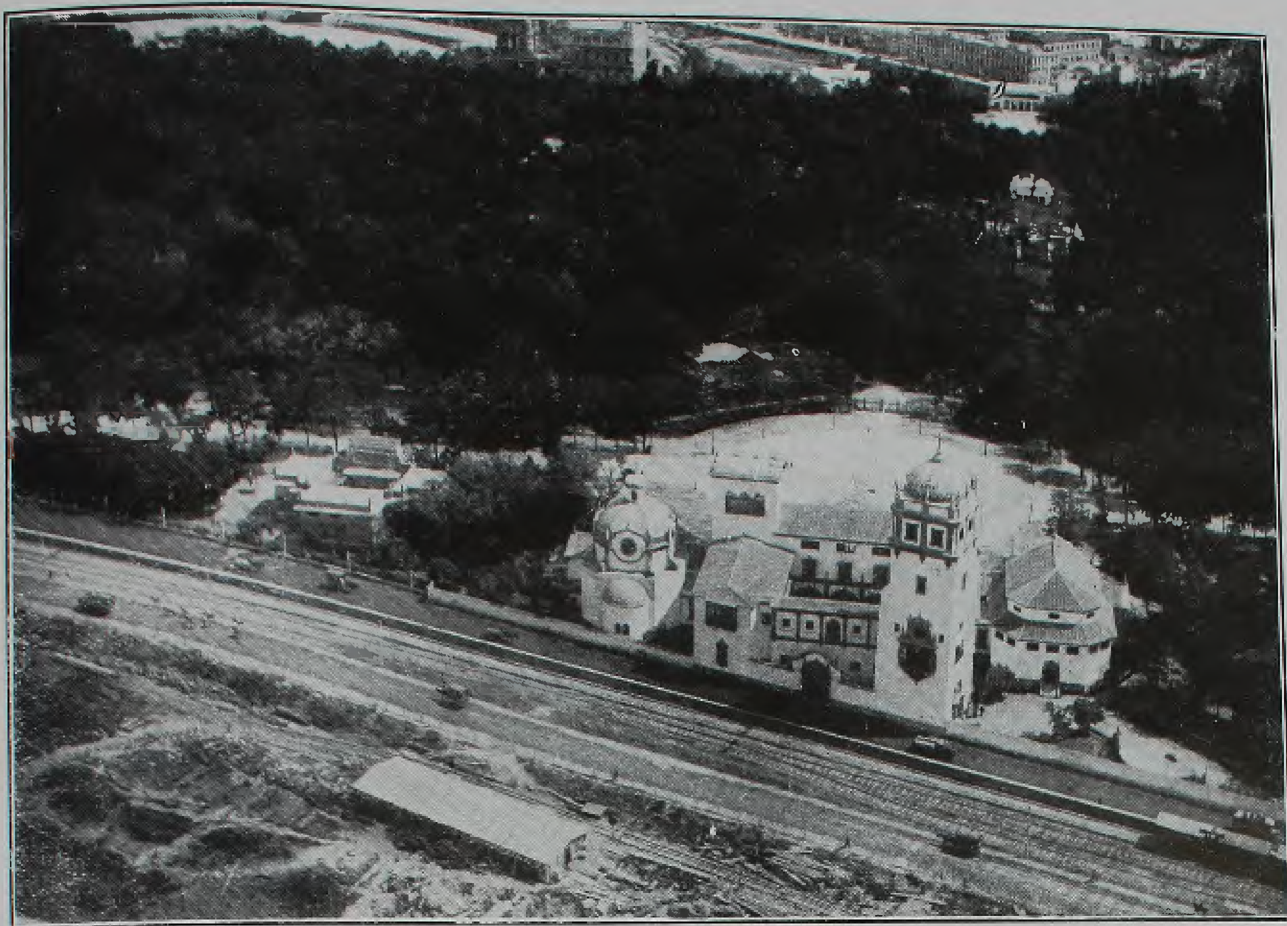
E) «Remontoir» interior
C) Cámara de aire
A) Reloj (pieza maciza)
F) Cristal interior
B) Tapa fuerte
D) Punto de suspensión
G) Placa resorte (respaldo)
D¹) Punto de suspensión





De venta en las casas de los especialistas en relojes finos y joyeros.
Distribuidor general: SOCIEDAD HERMÉTICA, LAUSANNA (Suiza)

Representante en España: A. BERNADAS, Consejo de Ciento, 215, BARCELONA



El pabellón argentino

EXPOSICIÓN IBERO-AMERICANA DE SEVILLA

Seríale inútil al cronista rezagado intentar una nueva y detallada relación de semejante solemnidad; sean sus palabras como el hilo sutil que engarce las bellas fotografías recogidas para COSMÓPOLIS por el intrépido reportero fotográfico Luis Marín.

Sevilla ha superado en este día a todo lo que de tan magna ciudad pudiera esperarse. Relicario de todas las gracias, cairel y sonrisa, majestad avasalladora, forjada en el alma del pueblo que sabe derramar la regia donosura de sus actividades en todas las manifestaciones de la vida de ahora y de siempre, este grandioso acontecimiento nos ha revelado el secreto imponderable de un espíritu cuya disciplina encaminóse a demostrar las posibilidades materiales y espirituales de una raza que domeñó a la mayor parte del mundo. Sevilla, tras días intensos de fiebre laboriosa, descorrió el telón del fastuoso recinto en el que la Exposición se exhibe; y bajo las caricias de seda azul y oro del cielo de Andalucía, entre la inquietud expectante de miles de corazones ávidos, ante la maravilla espectacular de la comitiva regia, fulgiendo la policromía de uniformes y atavíos y banderas hermanas que tremolan al viento, el cardenal Ilundain, revestido de pontifical, da la bendición desde la enjoyada plaza de España, símbolo representativo del certamen. Y es luego la palabra cálida y luminosa del director general de la Exposición, D. José Cruz Conde, la que inicia la férvida letanía de anhelos incontenidos que el alma de la raza española ofrenda a sus hijas de allende los mares y a sus hermanas de otros países, que tan gallardamente supieron responder al llamamiento de la madre augusta. Una salva de aplausos delirantes envuelve la magnífica oración del Sr. Cruz Conde.

El jefe del Gobierno, general Primo de Rivera, afianza la demostración de recio españolismo que la Exposición significa, subrayando con la emoción de su palabra, llena de lealtad y de firmeza, la confianza de la gloriosa misión encomendada al mundo ibérico, cuyo abrazo ha culminado en este lugar. Y extinguido el clamor unánime de los aplausos que se funden con las últimas palabras del general Primo de Rivera, su majestad el rey Don Alfonso XIII ha pronunciado con la máxima solemnidad esta frase: «Queda inaugurada la Exposición Ibero-americana de Sevilla.»

Hierve toda la plaza con la frenética explosión de las aclamaciones triunfales, las salvas de la artillería, los marciales sones de las músicas, los aplausos desbordantes de la emocionada multitud, prolongándose en el loco voltear de las campanas de la ciudad, que cantan su oración de triunfo como en los días de gloria...

Y luego es el Himno de la Exposición, rugido y caricia en maravilloso acorde, ramillete de nobles sugerencias que unos artistas beneméritos han conjuntado para poner en sus notas la mejor ofrenda de tantos anhelos como se han fundido en este certamen. Músicos y poetas y cantores orearon sus frentes con los aplausos fervorosos de la multitud.

Bajo las fulguraciones de la luz sevillana, que se abre como una



Plaza de España

EXPOSICIÓN IBERO-AMERICANA DE SEVILLA

gran rosa de fuego, comienza el desfile, haciéndose realidad vivida las áureas estrofas de Rubén Darío. Los reyes, palaciegos, ministros, Cuerpo diplomático, representantes especiales, toda la regia comitiva, en fin, queda gratamente impresionada del magno espectáculo. Y al abandonar la plaza de España, Sevilla logra hechizar a sus visitantes, envolviéndolos en el perfume de su jocundo casticismo, que es hidalguía y donaire del pueblo todo, emocionado en estos días como una novia en primavera. Y eso es ahora Sevilla, la novia de España, que ofrece a los ojos del mundo las arras triunfales de sus joyas de ayer y de sus tesoros de hoy.

En días sucesivos, los reyes recorren el recinto de la Exposición, los palacios donde el Arte y la Historia tienen sus aposentos grandiosos. Los pabellones donde las hijas laboriosas de la América juvenil y fragante ofrecen las gallardías de su cultura y de su progreso, junto a los que se yerguen los de las provincias españolas y las naciones hermanas de Portugal, Estados Unidos y Brasil. Las aperturas de cuyas instalaciones han constituído brillantes páginas de acercamiento espiritual de unas y otras regiones, cruzándose frases galanas entre los diversos elementos directivos y concurrentes, plasmados en esa lírica salutación que Rodríguez Larreta, hispanófilo de relevantes méritos, ha sido encargado de transportar desde su país de origen.

Luce Sevilla los múltiples encantos de sus atavíos primaverales como en una perpetua exposición de bellezas no igualadas. Fulge de día bajo la caricia del sol y relumbra de noche tal que la fantasmagoría de un ensueño felicísimo. Maravillosa lluvia de tópicos ahora flamantes, acuden a los puntos de nuestra pluma. Sevilla lo es todo, perfume de ayer, fragancia de hoy. No acabaremos nunca de ensalzar debidamente la belleza y el valor de todo lo que aquí se ha congregado. Centro de actividad turística y comercial, abierto hacia las rutas de América por la hinchada vena del Guadalquivir aristocrático, galán de las floridas tierras andaluzas. Y el mila-

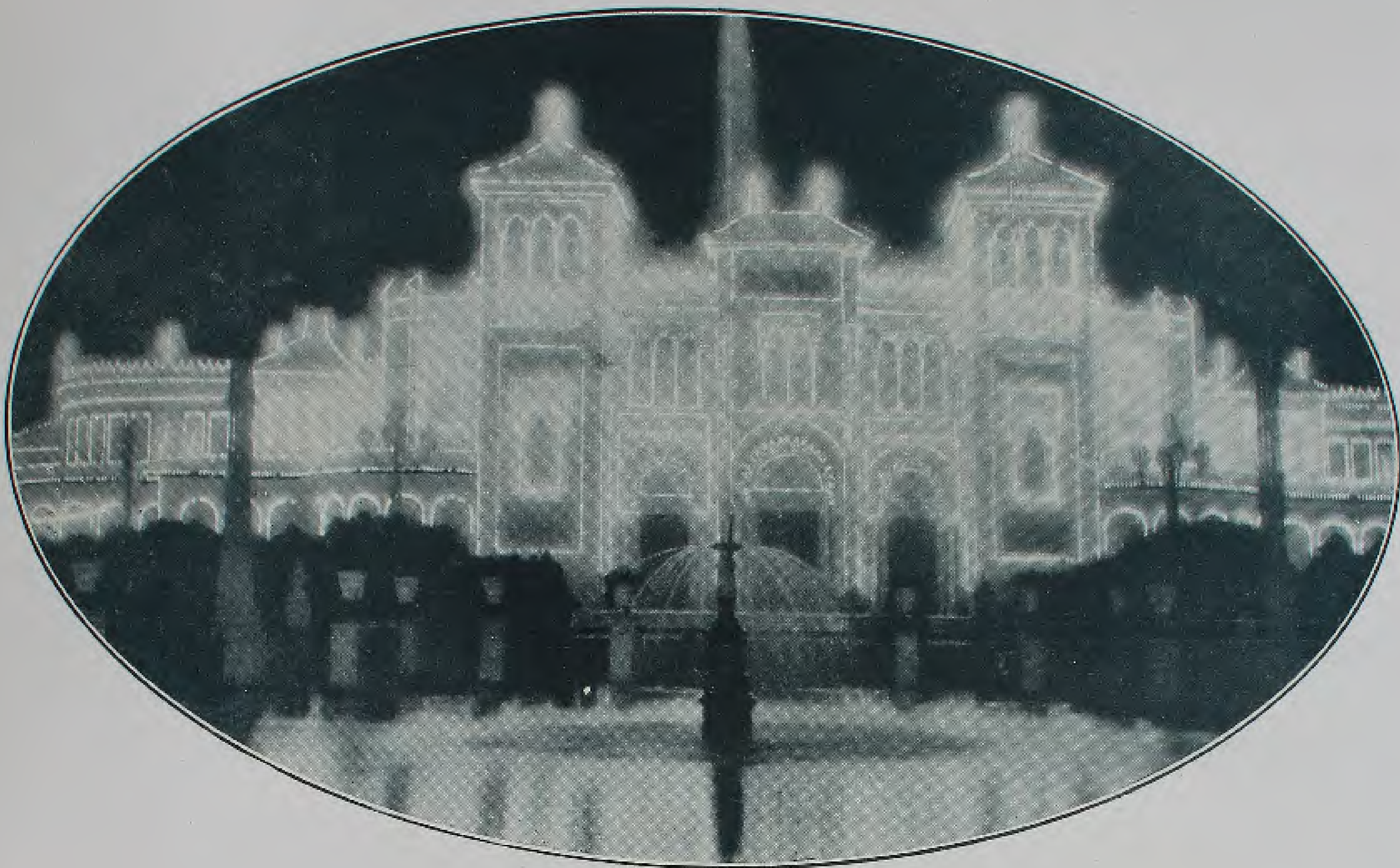


El grandioso relicario de la catedral sevillana, destacándose sobre el blanco caserío de la ciudad, en la que la Giralda es como una custodia gentilísima.



Un aspecto del Casino de Sevilla en el recinto de la Exposición, admirándose en segundo término los pabellones de las Repúblicas americanas.

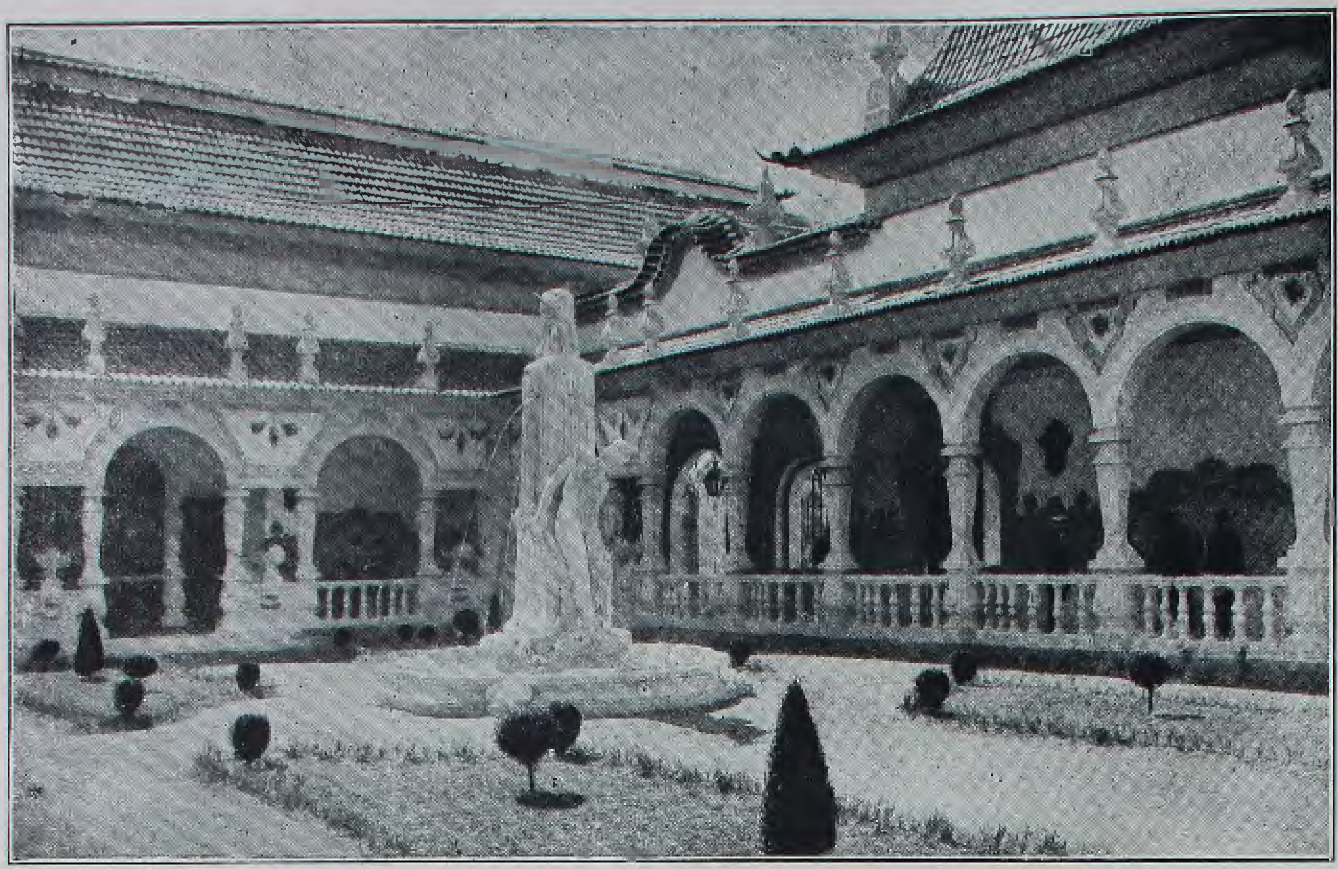
EL ENCANTO LUMINOSO DE LAS NOCHES SEVILLANAS DURANTE LA EXPOSICIÓN





Dos bellísimos aspectos de los pabellones iluminados con toda esplendidez durante la celebración del Certamen.

EXPOSICIÓN IBERO-AMERICANA DE SEVILLA



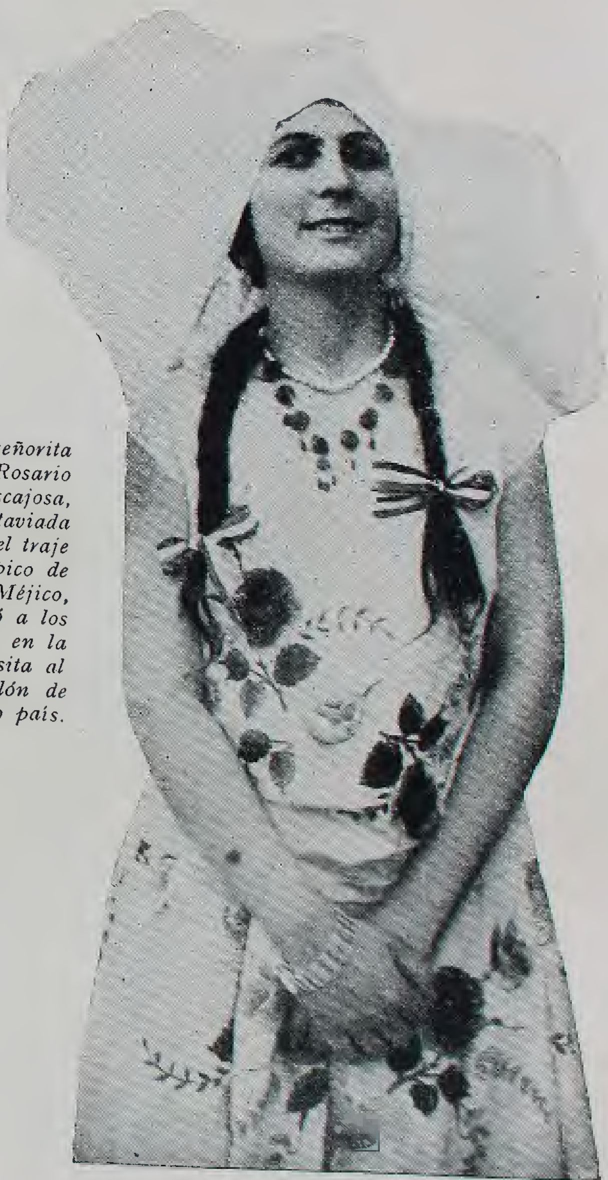
El hermoso patio del pabellón de Portugal.

gro lo han hecho unos hombres de buena voluntad, a los que España debe eterna gratitud. Orgullo nuestro es el consignar en estas páginas la verdad de lo que el grandioso certamen significa para el mundo, que ve resurgir antiguos esplendores. La Magna Iberia es capaz todavía de alimentar mundos nuevos. Acudiendo a Sevilla podéis admirar en su recinto una ejemplar lección de ciudadanía fecunda, porque allí se han condensado las esencias vivificadoras de una raza de luchadores heroicos, noblemente agrupados para exhibir la fortaleza de tantos impulsos como han ido sedimentándose y prestando valor eficaz al españolismo de dos nombres preclaros: Aníbal González, José Cruz Conde...

España y América, fundidas en estrecho abrazo



Los indígenas de las Islas de Corisco y Annobón, que bailaron danzas de su país durante la visita de S. M. el rey al pabellón de la Guinea española.



La señorita Rosario Cascajosa, que, ataviada con el traje típico de Méjico, recibió a los reyes en la visita al pabellón de dicho país.



La reina, saliendo de inaugurar el pabellón de Méjico.



Grupo de embajadores y ministros de las Repúblicas americanas que asistieron a la solemne ceremonia de apertura de la Exposición sevillana.



S. M. el rey en la inauguración del pabellón argentino.

bajo la sombra tutelar de las más hermosas tradiciones, proclamando el triunfo de Sevilla, que es el de toda España.

Como español enamorado de las juveniles actividades congregadas cabe las márgenes del Guadalquivir, y contemplando a Sevilla tal que una de las más hermosas hijas de nuestra tierra, el cronista recoge todas las fuerzas de su devoción para deshojar este piropo: ¡Bendita sea tu madre, Sevilla, y bendita tú seas por la gracia de tu gracia.

RAFAEL LÁINEZ ALCALÁ

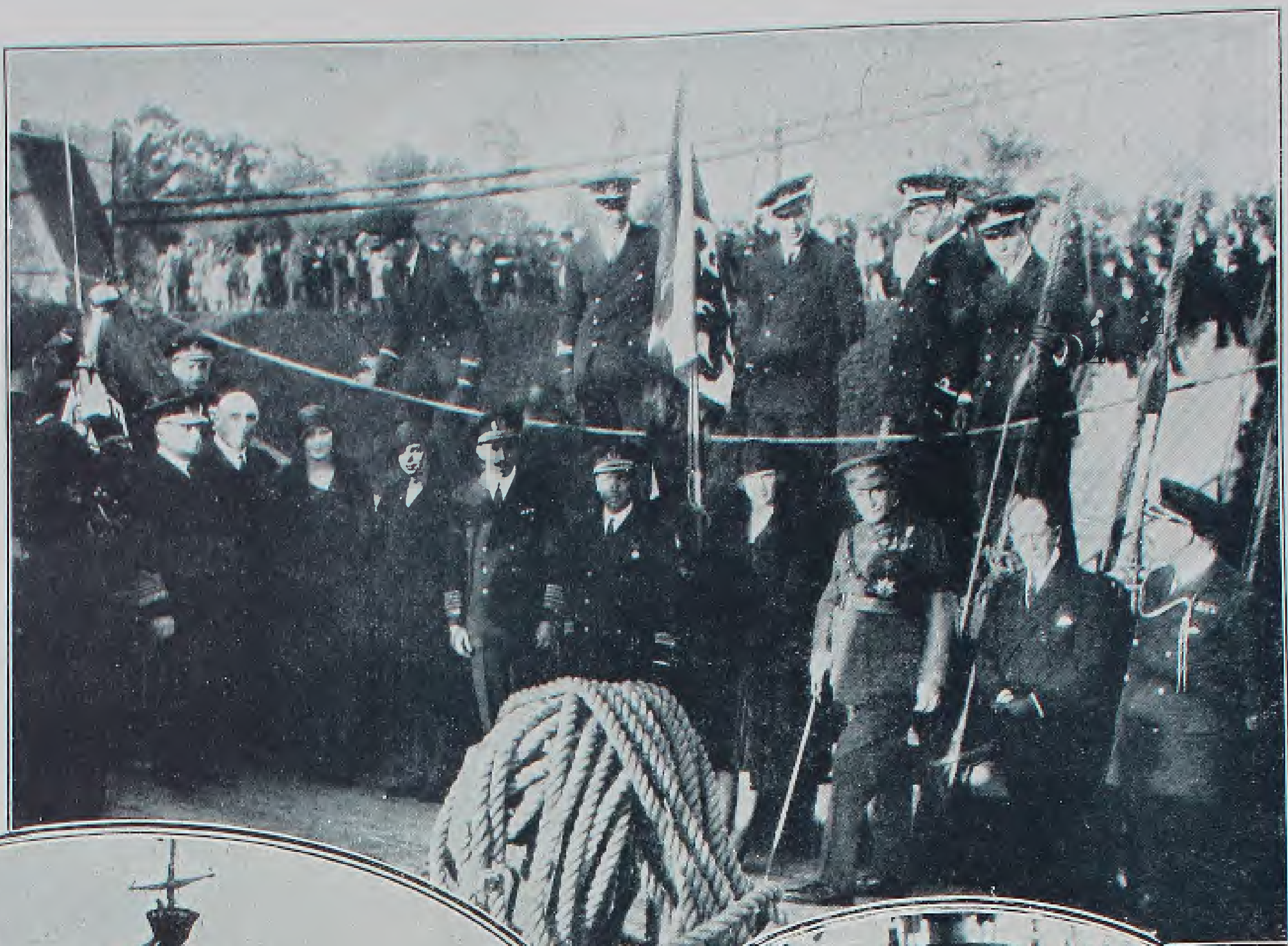




La tribuna regia, durante la solemnidad inaugural del magno certamen fulgía con el prestigio augusto de las personas reales, entre las que la reina y las infantas destacábanse con la suprema distinción que les son propias. Acorde maravilloso bajo la gloria triunfalísima del cielo rutilante de Sevilla, como broche del áureo poema de la Exposición Ibero-Americana

LA «SANTA MARÍA» EN LA EXPOSICIÓN IBERO-AMERICANA DE SEVILLA













Ved aquí varios aspectos de esa brillante recordación de la heroica gesta colombina, representada por la reproducción de la carabela gloriosa que condujo por las rutas del Nuevo Mundo al inmortal navegante. SS. MM. los reyes y el brillante séquito de que se rodeaban hicieron los debidos elogios de esta obra y felicitaron al comandante Guillén, feliz ejecutor de tan simpática y enaltecedora realidad histórico-artística.



Información fotográfica de Marín.

El Patronato Nacional del Turismo en la Exposición de Sevilla





PARA quienes de una manera desapasionada y con el solo deseo de información verídica quieran enterarse de la orientación, del espíritu y de la forma con que el Patronato Nacional del Turismo realiza la importante misión que tiene encomendada, el pabellón que esta entidad ha instalado en la Exposición Ibero-Americana de Sevilla es una magnífica realidad con que salir al paso de ciertos comentarios apresurados y de algunas afirmaciones que adolecen de desconocimiento y que representan un triste privilegio al que el Patronato, como cualquier otra institución de carácter público, no ha podido substraerse.

El aludido pabellón es, en efecto, un acierto suficiente para que la labor del Patronato y el Patronato mismo queden plenamente justificados. En este sentido, su instalación ha sido oportunísima.

Por delegación del Comité directivo y ejecutivo del Patronato Nacional del Turismo, cuidaron de todo lo concerniente a la instalación del pabellón los señores marqués de Pons, vicepresidente del Patronato y presidente de la Comisión organizadora; D. Julio Cavestany, subdelegado para la región central; D. Luis A. Bolin, subdelegado para la región de Andalucía, Canarias y Marruecos; D. Enrique Cavestany y D. Francisco Hueso. Es de justicia reconocer que estos prestigiosos elementos del Patronato han visto cumplir con excelencia de resultado la labor que se les confiara, uniendo en el pabellón la elegancia a la utilidad y el buen gusto a la eficacia.

La dirección artística, que ejerció D. Julio Cavestany, inició los aciertos encargando la decoración del pabellón a un artista de tanta competencia y prestigio como Daniel Vázquez Díaz. Ha decorado este pintor una de las seis salas de que consta el pabellón con evocaciones murales de las rutas de Don Quijote, de los peregrinos que

Sala de los mapas murales y de turismo retrospectivo.

El Patronato Nacional del Turismo en la Exposición de Sevilla

acudían a la catedral compostelana y del Cid y con unos a modo de mapas en los que se representan los más famosos castillos, monumentos y jardines de España y el itinerario aéreo del Diablo Cojuelo. La briosa pericia, de tono tan moderno, de Vázquez Díaz ha logrado la perfección de una obra de arte, como lo son también los dioramas representativos de las regiones españolas, que pueden admirarse en otra sala del pabellón y que han sido realizados por el gran escenógrafo Mignoni. En ellos se hace plástica y asequible una visión panorámica de España. Son como una síntesis del vario paisaje maravilloso y ubérrimo con que España tienta, al conjuro de su gloria milenaria, la apetencia de los viajeros. En los dioramas de Mignoni, Granada, Valencia, la Mancha son evocadas con una autenticidad artística del más subido valor.

Dos de las salas de que consta el pabellón están dedicadas a hoteles y comunicaciones. El visitante logra en ellas una perfecta idea, completa y detallada, de todo cuanto le interesa saber para viajar por España. De ello adquiere cabal conocimiento gracias a una bien ordenada exhibición de fotografías, mapas, planos, maquetas y diseños, en los que se reproducen, no sólo itinerarios y paisajes geográficos, sino también los medios de locomoción más aptos para recorrerlos.

Estas dos salas comunican con la decorada por Vázquez Díaz, y en la cual están expuestos multitud de libros relativos a viajes realizados por España en todos los tiempos. Algunos de los ejemplares de esta colección bibliográfica interesantísima, y que acaso convendría reunir de un modo permanente y definitivo, tienen grandísimo valor. Completan la Exposición, que puede llamarse de turismo retrospectivo, ricas piezas de mobiliario, baúles y arquetas (algunas del siglo XIV). Para formarse idea de la evolución y progreso sufrido en los viajes, se ha reunido una curiosa colección de curiosos estuches, mesa de viaje, un altar portátil, sillas y jamugas, que ocupan el patio central y una parte de esta sala dedicada a todo lo relacionado con los viajes por España y que, a este fin, se completa con una colección de mapas antiguos y planos de ciudades.

La otra gran sala sirve de exposición de cincuenta y un originales para carteles representativos de todas las provincias españolas y que, como medio de propaganda, serán repartidos profusamente en todo el mundo por el Patronato Nacional de Turismo. Llaman poderosamente la atención en esta sala una fidelísima reproducción de la plaza de toros de Madrid en 1846 y un gran panorama en el que se exhiben las diversas características típicas de los trajes regionales.

Finalmente, y aunque por falta de espacio no ha podido ser todo lo completa que se habría deseado, la exposición de fotografías que puede admirarse en la última sala, y que ha sido seleccionada muy cuidadosamente, da idea de la variedad de riquezas que encierra nuestro país. La selección se ha hecho entre las fotografías que nutrían el catálogo de la Exposición organizada recientemente por el Patronato en Madrid, adicionando algunas otras a fin de que el conjunto uniese a un indiscutible valor artístico un positivo interés.

Bastan estos sumarios detalles para dar idea de la importancia, riqueza, buen gusto y acierto de esta instalación. Como atinadamente y con toda justicia ha hecho constar *El Sol*, el pabellón de Turismo, que merece ser conocido por cuantos concurran a la Exposición, da una idea de la forma en que trabaja el Patronato Nacional del Turismo, a pesar de que se trata de un organismo del que puede decirse que empieza ahora su vida.

Por nuestra cuenta sólo añadiremos nuestra felicitación sincera a todos los que han intervenido en la instalación de este pabellón magnífico, que de tal modo acredita la labor que el Patronato Nacional del Turismo realiza bajo la inspiración y el gobierno de hombres tan capacitadamente aptos y tan sensibles al espíritu de nuestro tiempo como los señores conde de Güell y Sangroniz.



Sala de carteles y deportes. Al fondo, panorama de trajes regionales.


ROJAS
EXPOSICION
INTERNACIONAL
BARCELONA 1929



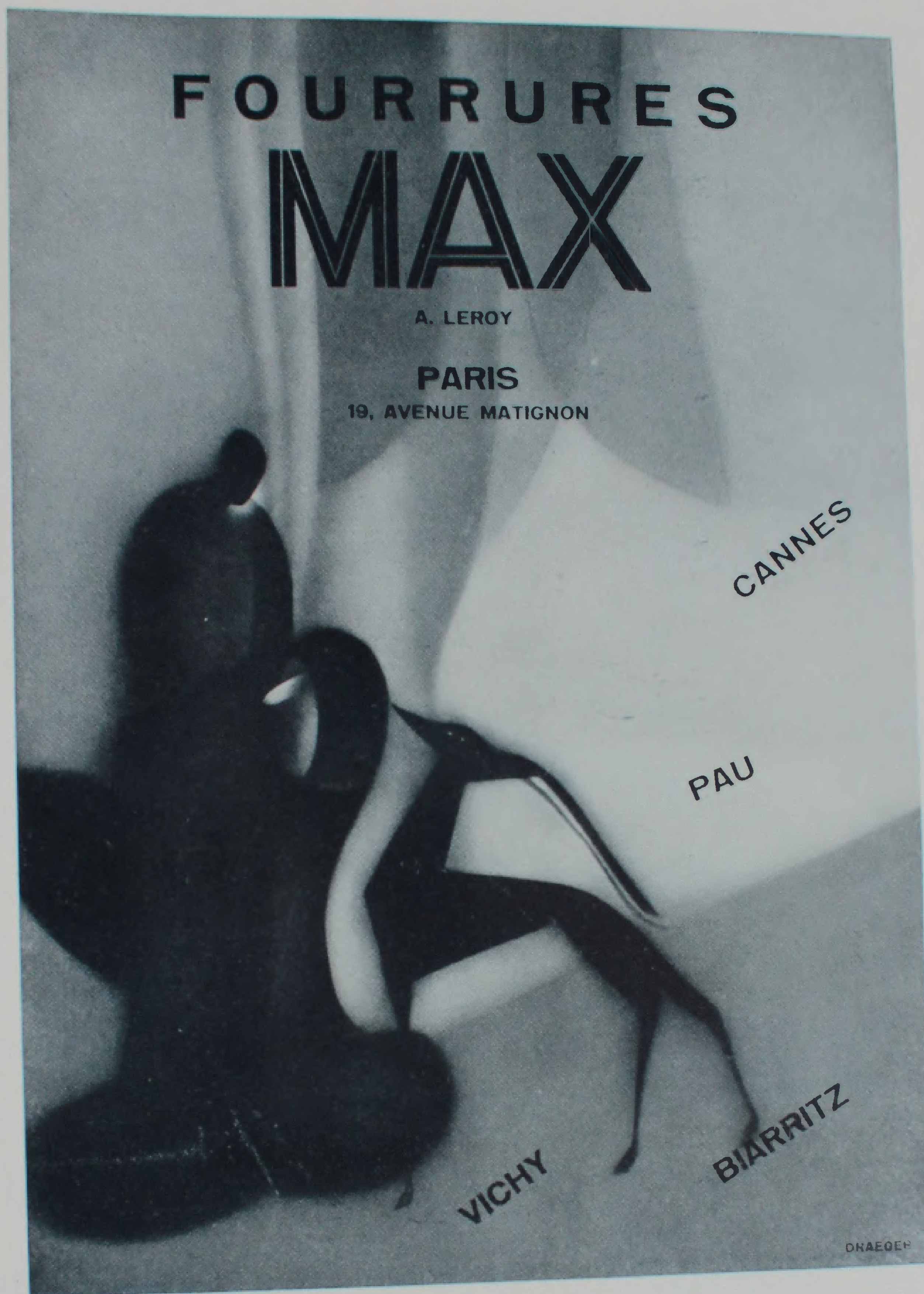
Grandioso aspecto del Palacio Nacional, en cuyo recinto se celebró la solemnidad de la inauguración.

La Exposición Internacional de Barcelona canta a la paz, al amor y al trabajo



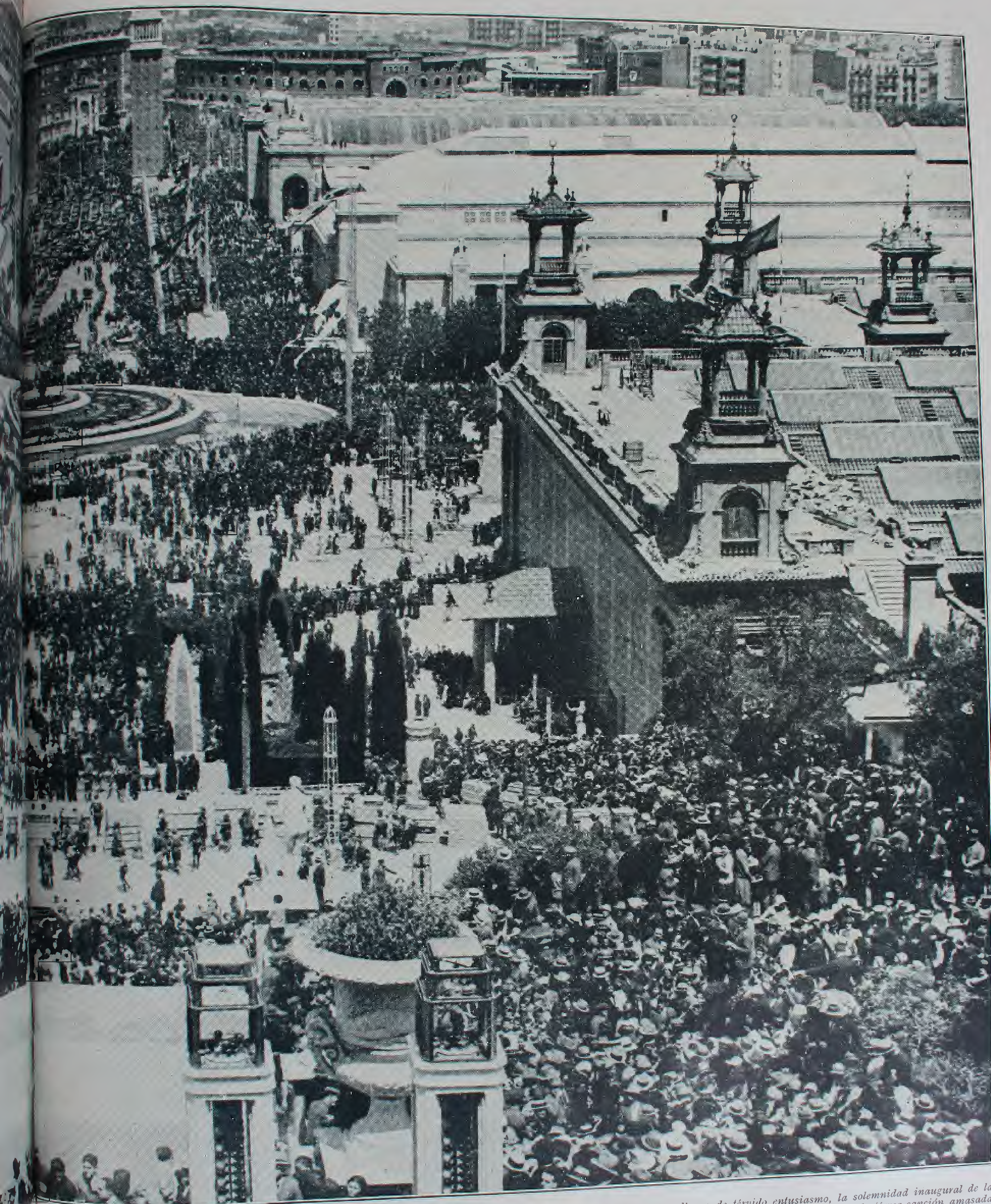


Las fuentes de la Exposición Internacional.



Madame Andrée LEROY
directora de la Firma MAX, pieles,
presentará los modelos mas hermosos
de su nueva collección
en la Exposición de Barcelona.





Ante la expectación unánime de miles de almas, llenas de férvido entusiasmo, la solemnidad inaugural de la Exposición Internacional de Barcelona se ofreció a los ojos de la multitud como la férrea canción amasada con la constancia y el trabajo desarrollados por el pueblo español en este magnífico certamen, de cuyo éxito se hablará en todo el mundo con los elogios que el buen nombre de España merece.

La Exposición Internacional de Barcelona





Sus majestades los reyes, en a inauguración del estadio.



La reina, acompañada del príncipe de Dinamarca.

COMO magnífica rosa de luz, siempre pujante al beso arrullador del mar latino, que acariciador la envuelve, la ciudad de los condes, la Barcelona noble y fuerte, se abre en estos días de su Exposición a todas las hospitalidades y a los anhelos todos de su lozanía maravillosa.

¡Nada tan sorprendente como el espectáculo de



Ilustres personalidades francesas aguardando a los reyes para proceder a la inauguración del pabellón de su país.



S. M. el rey saludando a la multitud, que le aclamó con todo entusiasmo.

La Exposición Internacional de Barcelona

EL PUEBLO ESPAÑOL





Casa Consistorial de Valderrobles.



Baluarte de la Puerta de Prades.

su vitalidad en eclosión! Con sacudimiento de coloso, en sobrehumano impulso, ha hecho una ciudad nueva en la propia belleza de su antigua ciudad, y ha trasladado a ella toda la luz de su cielo, y el aroma ideal de los jardines de España, junto al ensordecedor ruido de sus industrias admirables, de sus vidas gloriosamente abnegadas.

Asomarse hoy a Barcelona es darle al espíritu todas las sensaciones que pueden serle gratas... Al eterno trepidar de los numerosos coches extranjeros, desde donde la sonrisa de nuestros huéspedes felices lo acecha todo, se une interminable desfile de marinos, los brazos cruzados, y todas las curiosidades prendidas en los ojos, turbios por la influencia generosa del buen vino español; y el exótico viajero asiático, siempre triste, pero con una tristeza comprensiva de la alegría ajena, que no hace sufrir, discurre por las calles de nuestra ciudad, hallando a su paso a los hijos del nuevo mundo que, con la confianza puesta en todas sus potencialidades generosas, de nada se admiran, y como en su propia casa se encuentran en todas partes; luego, todos los pueblos de Europa en Barcelona representados: veintitantos reinos, dos prin-



Fachada de un típico palacio en El Pueblo Español.



Casa de Bomberos en Cambados, propiedad del conde de Maceda.

La Exposición Internacional de Barcelona

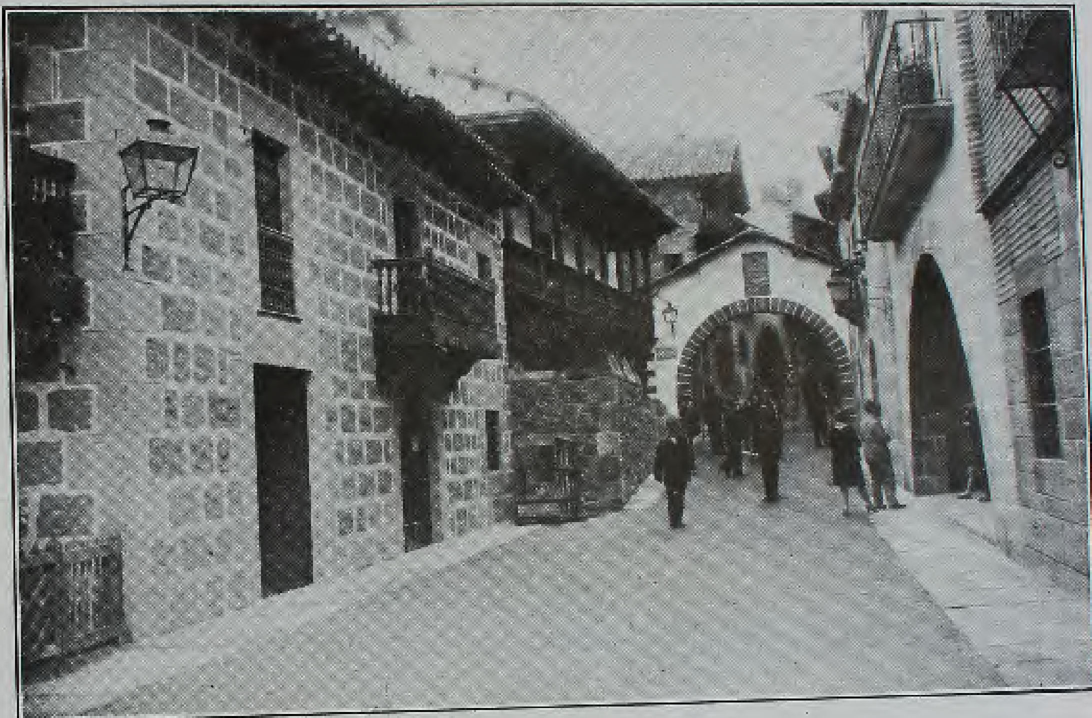
EL PUEBLO ESPAÑOL



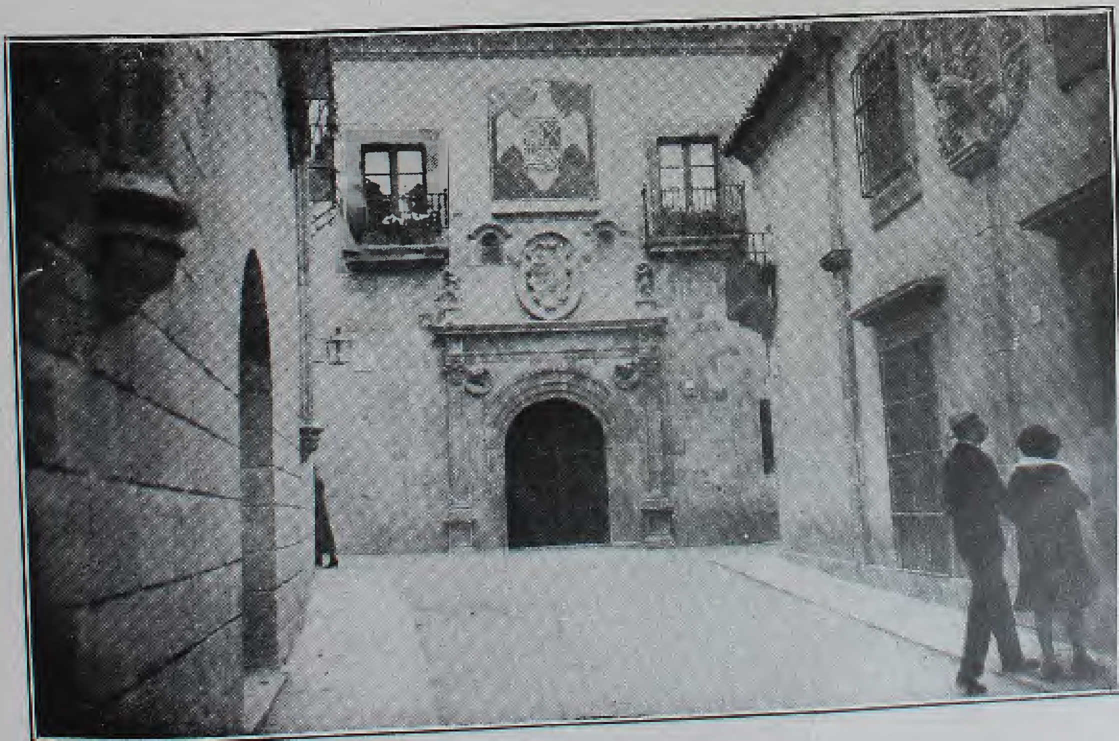
cipados, y el ducado de Luxemburgo; toda Europa, en fin...

Pero donde culmina la fascinación de los prodigios, con ser tan notable la armónica Babel que de Barcelona se ha adueñado en estos días, es ante el soberano recinto de «El Pueblo Español», verdadero solar de nuestra raza que constituye el acierto cumbre de la Exposición Internacional de Montjuich.

Nada comparable con la tierra parda de Castilla, la gloriosa cuna de monjes y guerreros, representada en «El Pueblo Español» por la reciedumbre augusta de nuestras amadas ciudades de leyenda, con su estirpe de catedrales magníficas y de callejas quietas



Casas de Arcos de Sos.



Calle del Tercio, de Cáceres.

donde la gallarda figura de Don Juan siempre tiene la evocación excelsa de sus amoríos en el chocar de aceros que puebla el espectro de todos los silencios. ¿Y qué deciros de Aragón y Cataluña, las razas fuertes que han llevado a este pueblo de maravilla toda la gentileza de su mocerío eterno? ¿Y de la poética tierra de María Santísima?

En «El Pueblo Español», bajo el cielo de Barcelona, que ha sabido recoger y plasmar todos los cielos de España para ofrecérselos al mundo entero que hoy sabe de nuestra vida y de nuestro sol, cegado por el asombro de infinitas claridades, hallaréis las flores



Cataluña

El olivo y la vid y los agros cuidados
nos dicen, Cataluña, tu prosapia latina;
pero miras a Oriente y hay la bulla genuina
del Demos griego en tus claros mercados:

Hacendosa a diario y, de pronto, afanosa;
en la andanza y la danza maestra, levantas
a la luz de tus albas la rueca y la rosa
y cuentas... ¡y cantas!

Cataluña, entre tierra y mar
paralizada, sueñas; y de tu sueño mismo,
vasta llama de altar,
trasciende un resplandor de cosmopolitismo.

EDUARDO MARQUINA

Dibujo de BALDRICH



Casas de Arcos de la Frontera.



Calle de las Bulas.

de Andalucía, y la copla bizarra, y el bordón de la guitarra mora punteando seguirillas gitanas, y con ellas alegrías y dolores, mientras los pueblos de España os ofrecen sus sazonados frutos y sus costumbres y usos, por la encendida boca de sus mujeres, bajo la caricia de unos ojos que para siempre miran sólo con mirar una vez, mientras todas las transparencias se dibujan en su carne de seda, y en su cuerpo las arrogancias todas...

¡Mujeres de España, de nuestra bendita patria amada!

Y ante esa invocación gallardísima, el alma gloriosa de la España ancestral, refugiada en estas suntuosidades históricas del «Pueblo Español», se ha rendido ante la gentileza de nuestros soberanos y ante la admiración de los visitantes extranjeros, egregios huéspedes de la Barcelona señorial, que un día de quijotescas andanzas supo ser archivo de hidalguía, hoy viva y palpitante por el milagro de actividades fecundas, plasmadas en esa férrea voluntad de un hombre bueno e inteligente que es el marqués de Foronda.



Calle de Mercaderes.

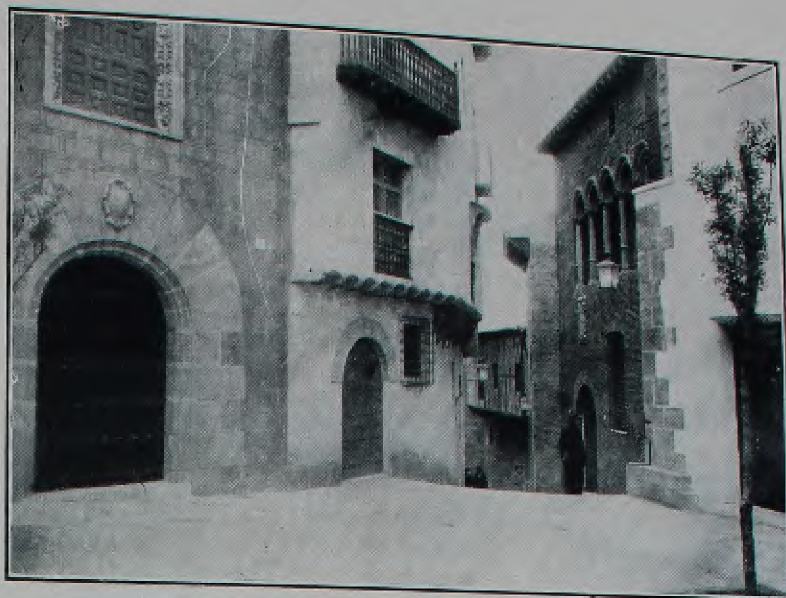
Encanto de los ojos, deslumbradora embriaguez de las almas, la inauguración oficial de la Exposición de Barcelona fué algo imborrable y único, momento glorioso en el que los anhelos febriles de toda España quedaron visibles magníficamente a las miradas de todo el mundo, bajo la luz que el *Mare Nostrum* arrancaba de sus aguas azules y de sus cielos tan azules como ese mar que le sirve de espejo a la ciudad laboriosa...

* * *

En el puerto, los buques de todos los países destacan sus iluminaciones espléndidas...



Otro aspecto típico del Pueblo español.



Bajada de Cervantes, en Albarracín.

Cantan las sirenas, y también en Montjuich las bocas de sus cañonescantan...

Y en su canto a la vida que despierta arrolladora, las Ramblas ofrendan rosas de fuego y perfumes brujos...

Esta es la Exposición de Barcelona, magnífico canto de inmortalidades...

Que así como en Sevilla ha sabido demostrar España a todos los pueblos nuevos del mundo que con su savia espléndida aun puede nutrir de bellezas los lejanos países que tanto quiso siempre, en esta Exposición de Barcelona todas las viejas civilizaciones han proclamado de corazón adentro, con noble generosidad, que España es fuerte, que España es rica, que su abrazo de amor que a todas las naciones del mundo comprende, no es el abrazo decadente de quien amparo busca, y protección y ayuda, sino la ternura gloriosa del gigante que a otros titanes se entrega para proclamar enronquecido de entusiasmo su divisa de Paz, Amor y Trabajo.



La Fresneda, Sangüesa, Graus Sérica y Montblanch, en el Pueblo español.

ALFREDO PALLARDÓ RUIZ Y BENJAMÍN CARRETERO

Información fotográfica de L. Marín.

FUNDACIÓN DEL PREMIO «REVISTA COSMÓPOLIS»

CONVOCATORIA PARA EL PREMIO 1929.

La revista COSMÓPOLIS, atenta siempre a recoger y a impulsar los nobles estímulos literarios de los escritores de España y América que la honran con su atención decidida, deseosa también de ofrecer motivo propicio para que el hispanoamericanismo en acción pueda manifestarse ampliamente, y halagada por los aplausos leales que de todos los países de habla española recibe, se ha decidido a fundar un premio denominado «Revista COSMÓPOLIS» que, al igual de otros similares, destaque cada año la mejor obra literaria del género novela, con arreglo a las siguientes

BASES

1.ª—La revista COSMÓPOLIS se compromete a otorgar un premio anual de 5.000 pesetas para la mejor novela inédita y original, escrita en español, por literatos peninsulares o hispanoamericanos, cuya extensión no exceda de las proporciones usuales en una novela de las de tipo corriente y no pueda ser menos de las que corresponden a 260 páginas de uno de los tomos en 8.°

2.ª—El premio de 5.000 pesetas no podrá dividirse ni el concurso declararse desierto, otorgándose al original de mérito relativo si no lo hubiere de mérito absoluto, a juicio de un Jurado de máxima solvencia literaria que, con la oportunidad debida, será nombrado.

3.ª—Los originales, necesariamente escritos a máquina, en cuartillas por un solo lado, se recibirán en la Redacción de la revista COSMÓPOLIS, Alcalá, 44 y 46, Madrid, hasta el día 31 de diciembre de 1929 para los autores españoles, y hasta el 31 de enero de 1930 para los que envíen sus obras desde los países americanos.

4.ª—Los autores guardarán el más escrupuloso incógnito, enviando su trabajo firmado con un lema y acompañado de un sobre, cerrado y lacrado, en el que se contenga su nombre y filiación.

5.ª—El Jurado, cuya solvencia moral y literaria será garantía para los concursantes, dictará su fallo dentro de los tres meses siguientes a aquel en que se cierre el concurso; y caso de que el número de obras recibidas así lo aconseje podrá este plazo de tres meses ser prorrogado por otros tres, al cabo de los cuales se hará público el fallo que otorgue el referido premio.

6.ª—La revista COSMÓPOLIS entregará dentro de los quince días siguientes al de la proclamación del fallo el premio de 5.000 pesetas ofrecidas y publicará en sus páginas el retrato y biografía del autor premiado.

7.ª—La revista COSMÓPOLIS se reserva el derecho de publicación en sus páginas de la novela premiada y gestionara la edición de la misma por alguna importante Casa editorial, exigiendo del autor que al frente de su libro en esa y en sucesivas ediciones imprima el nombre «Premio de la revista COSMÓPOLIS».

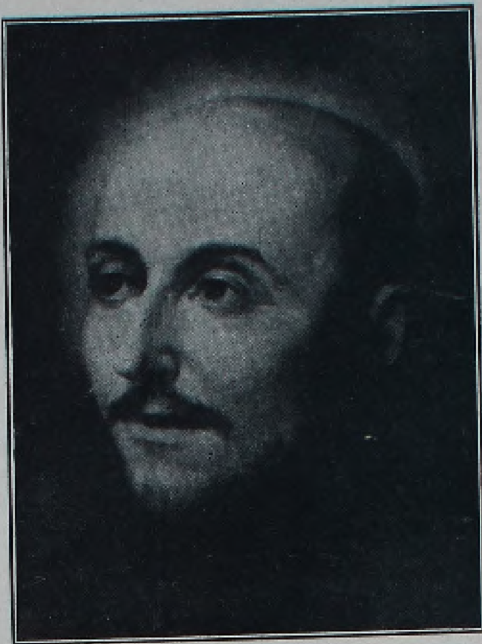
8.ª—Los originales se ajustarán a las exigencias de moralidad y buen gusto peculiares en esta revista, pudiendo abordarse en ellos todos los estilos y todos los temas, pero con amplio criterio seleccionador de inquietudes literarias.

9.ª—Los originales no premiados podrán ser recogidos por sus autores en el plazo de treinta días los de la península y sesenta los de América, mediante la presentación del recibo que les habrá sido entregado al hacer la presentación de los referidos originales. Pasada dicha fecha, los trabajos no reclamados serán inutilizados, no teniendo los autores derecho a reclamación alguna.

San Ignacio, Salaverría y el País Vasco



POR
MELCHOR
FERNÁNDEZ ALMAGRO



San Ignacio



ESTÁN a la orden del día las biografías; género mixto de Historia y Novela. Pero este segundo factor es el que realmente influye sobre el gusto de grandes masas de lectores. Buscan las biografías de personajes famosos, más que por su contenido histórico, por su sentido novelesco. Una de las colecciones —francesa por cierto— que más gozan del favor, se titula de un modo que define bien la razón de este auge editorial: «Le roman des grandes existences». Las gentes persiguen, en efecto, no la ejemplaridad de una vida, sino el interés de las peripecias y lances que la cubren. Después de la irreparable bancarrota de la novela realista, el gusto público ha encontrado el *derivatif* en estas lecturas biográficas que aventajan a las otras, a las exclusivamente novelescas, en que son verdad: en que la realidad no admite suplantaciones merced a un costumbrismo, a un anecdotismo de baja ley artística. La realidad, en las Biografías, se hace tangible, de carne y hueso, gracias a la experiencia de una vida, positivamente lograda en el espacio y en el tiempo. La salvación del realismo está justamente en eso: en ser leal consigo mismo. Una confidencia, una carta, una revelación inesperada, el relato de una cosa vivida, interesan mucho más que una serie de amañados percances, a costa de un individuo inventado, muy lejano de nuestro oído y de nuestro corazón.

La novela cuando no es de veras «novelesca» —invención pura, fantasía suelta— queda por bajo de un Epistolario, de unas Memorias, de una Biografía. La emoción de lo humano está en la verdad: no en la superchería verosímil.

* * *

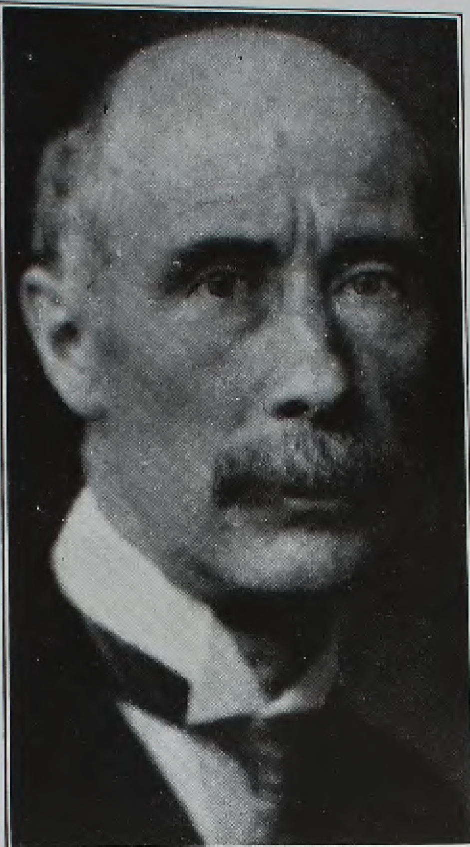
En España ha repercutido también la moda de las Biografías. Se han publicado o se anuncian varias. Algunas ordenadas en serie, bajo la rúbrica de editoriales prestigiosas. La última de las aparecidas acaso sea ésta de San Ignacio, compuesta por José María Salaverría: motivo inmediato del presente artículo. Hablaremos del autor y de su biografiado, en relación con el ambiente que ambos, separados por siglos, han coincidido en respirar: ambiente húmedo y estimulante del noble y quebrado país vasco: montes y valles, arrebatados hacia el mar de bronco plomo, por ríos de curso resuelto: ondulados y brillantes: hoces entretenidas sobre el fino verdor. La naturaleza emite allí ondas que nunca trascienden a arrullo. Al revés: van cargadas de afán y energía. Cuanto concede el vasco a su reposo, a su regocijo, a su bienestar físico —y no es poco—, lo concede en relación con la eficacia de su reflexivo esfuerzo. En Andalucía, el ocio responde a fines propios. En Vasconia, asume un valor instrumental. Se reponen fuerzas, con fértil sentido de la voluptuosidad, para vivir ascendiendo. Para sostener mejor el remo o la palanca. El frontón es un campo de entrenamiento. La oración misma, con ser el signo más genuino del alma en expectación y abandono, se impregna de no sé qué aires marciales que hacen de la plegaria una arenga: de la catequesis, un cuerpo a cuerpo. Curas guerrilleros y Santos combativos nacieron —¿cómo no?— en muchos puntos del planeta. Pero en el país vasco, el fenómeno de una creencia en lo abstracto, armada muy en concreto, para ganar materialmente los corazones, queda perfectamente explicado.

* * *

San Ignacio nació, de linaje preclaro, en ese punto intermedio del valle de Urola, entre Azpeitia y Azcoitia, que hoy sirve de emplazamiento a ancha y barroca iglesia, con residencia y colegio de jesuítas. El paraje es de una serena melancolía: sorprende con una emoción rara al viajero que se hurta al bullicio de las playas cercanas, para jugarse, beatamente, el reposo de unos días en el tapete verde de aquellas graciosas colinas, disciplinadas por el seco y dominante Izarraiz. El recogi-

SAN IGNACIO, SALAVERRÍA Y EL PAÍS VASCO

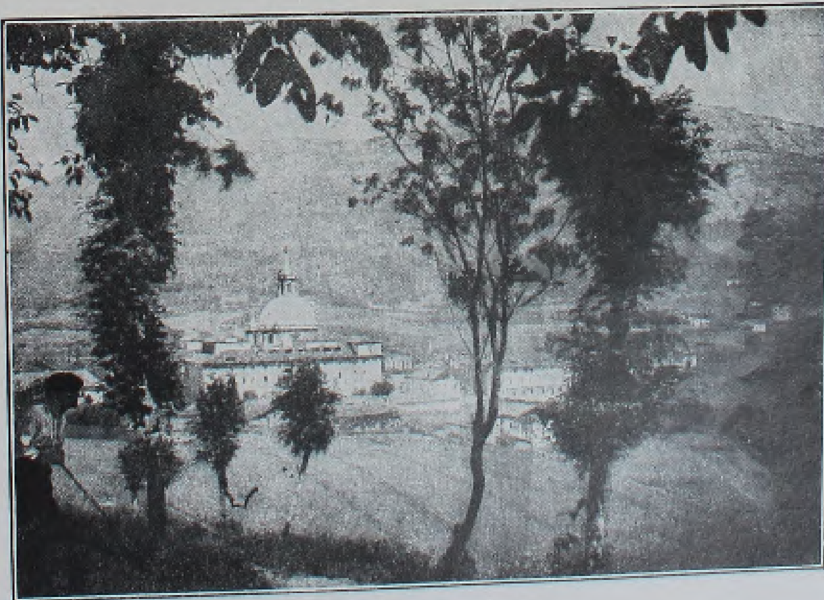
miento de la Naturaleza proporciona en Loyola un fondo muy adecuado a la imagen que indefectiblemente evocamos del joven esquivo y apuesto, predestinado, por juro de heredad, a la vida brillante de las armas y la corte, poseído, sin embargo, por presentimientos de una existencia de rumbo distinto: hacia la verdad religiosa, fijada en los puntos trémulos de las estrellas. Para facilitar el conjuro del caballero que llegaría a ser santo, recordamos que una cartela, enclavada sobre un pilar, a orillas de un sendero, notifica al paseante, palabras más, palabras menos, que allí rezaba Íñigo de Loyola a Nuestra Señora de Olaz, que está enfrente... Salve, meditación, votos que un día cierto se articularían en el organismo de una Compañía animada por el brío que es propio de todas las milicias. Pero no parece que el doncel, de mirada dura y absorta, dejase de la mano los libros de caballería. Cuando hablamos de la formación del carácter y de la literatura que la puede estimular, solemos aludir a modernos tratados de la voluntad, lanzados por Norteamérica a los cuatro puntos cardinales, para cebo y solaz de pedagogos poco exigentes, que sueñan en hacer de sus discípulos útiles tenedores de libros y auxiliares de grandes Empresas. Eficacia, eficacia... Y es el caso que pocos pueblos cuentan como el español con una literatura tan provechosa para entonar el alma y hacer de la vida de cada cual un producto cotizable. Pensemos, precisamente, en los libros de caballería. Pensemos en los Amadises de las varias advocaciones si queremos mostrar un ejemplo de entusiasmo y ardor: una enseñanza de la mejor y más vigorosa vitalidad. La influencia de los libros de caballería en el alma española de la gran época es hecho revelador que no puede olvidar quien intente esclarecer el mecanismo íntimo de la gran epopeya hispánica. En Europa y en ultramar, San Ignacio es significativo ejemplo. En el *Flos sanctorum* pudo aprender nuestro personaje la alada lección del heroísmo a lo divino. Pero de Amadís recogería la enseñanza humana de lo que vale el brazo prolongado en la lanza para vencer en toda suerte de pasos difíciles.



Salaverría

* * *

José María Salaverría va siguiendo—y haciéndonos seguir con él—la peregrina aventura que es toda la existencia del héroe vasco: nacido a su Destino el día en que una bala de arcabuz, en el sitio de Pamplona, dió en tierra con todos los sueños que él pudiese albergar de honor y provecho en lo temporal e inmediato. La mutación profunda que se opera en el alma de Ignacio, más la serie de episodios, o mejor, reactivos, por que sucesivamente pasa el «aprendiz de santo», requería un fino utillaje de psicólogo que Salaverría demuestra poseer cumplidamente. Hay matiz, tornasol, análisis, pesquisa fructuosa, reconstrucción de los momentos culminantes... Arte difícil de novelista que sabe explorar la tierra oscura de las pasiones humanas. Toda existencia se proyecta indudablemente en dos sentidos: horizontalmente, sobre la vida exterior, y verticalmente, en busca del más profundo rincón del



El valle y el santuario de Loyola

alma. Salaverría sabe lo que debía al drama íntimo del Santo, con preferencia a su manifestación en el plano objetivo de los fenómenos. Y ha tenido, en consecuencia, el acierto de valorar todo lo anecdótico y externo, en función de lo personal e intransferible: el alma misma. Salaverría la busca, claro está, en los hechos. Pero sabe que los hechos tienen una raíz. Y a la raíz va. Ya hubiera sido bastante una vida novelesca de San Ignacio: tan animada, tan movida de escenarios: Mediterráneo, Venecia, Roma, Jerusalén... (¿Cómo no recordar a Andrés Suarés, que habla de la fiebre imperial que contagia Roma, ante el caso de San Ignacio, gemelo en cierto sentido de Bolívar?...) Pero es más todavía lo que ha hecho el autor: una positiva vivisección. Para lograrla, tiene además Salaverría otro elemento de importancia: Una prosa convenientemente aséptica, y un juicio claro, que sabe ser personal sin enturbiar las cosas. Ya sabemos que la claridad es la higiene del razonamiento.

José María Salaverría se destaca con fisonomía de firme arista en nuestro periodismo actual. Es frecuente que llamemos *ensayista* a cualquier autor de artículos, confundiendo las especies, sin ventajas para nadie y confusión de ingenuos. Pues bien: Salaverría es de los que, a ciencia cierta, superan la respetable talla del articulista, para ganar la más aventajada del ensayista. Bajo este aspecto, es de justicia indeclinable reconocer un puesto señalado a Salaverría, que siempre sabe comentar los mil y un temas de la vida en torno, con independencia de criterio, con sugestiva arbitrariedad, con timbre personal. En el trabajo de diario o revista, como en la novela y en el ensayo de largo desarrollo, Salaverría se da a conocer como alguien que no trata de vulgarizar su opinión, sino, pura y simplemente, de situarla, para que quien la quiera tomar la tome, y en otro supuesto, la deje. Postura de evidente distinción que contrasta con la peculiar de otros escritores, dispuestos de continuo a pactar con el lector, e incluso a hacerse perdonar el «delito de escribir», avulgarando opiniones y palabras. Con Salaverría no siempre se está de acuerdo: ¡no faltaba más...! Pero lo interesante no es coincidir con un escritor, sino que el escritor acierte a excitar nuestra propia inteligencia, en choque fecundo de sugestiones. La prosa de Salaverría, acerada, dura a veces, irisada un momento por alguna metáfora oportuna, tiene no poco de espada. Y en el estilo y mano que la juega es fácil advertir una escuela, más o menos distante, pero segura: la escuela de Nietzsche.

Blande Salaverría ahora el arma de un libro nuevo con su gesto altanero, adusto, «vasquísimo», de siempre. «Al nombrarle Íñigo y no Ignacio—dice aludiendo al protagonista de su biografía—y al suprimir la palabra Santo, creo haber significado mi intención de imparcialidad. Propósito, bien lo sé, bastante atrevido, tratándose de una persona que vino a la vida en son de guerra y dejó la guerra tras sí. Una persona que ha sido utilizada como bandera de santidad por unos y como pendón de oprobio por otros... Yo me contento con seguir los pasos de un hombre, nada más que un hombre, pero hombre de un extraordinario y original resalte.» Humanizar una figura convertida por la historia en mito inaccesible es empresa de patente riesgo. Por lo mismo, da honor al que la realiza victoriosamente.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO



Un ángulo del comedor en el magnífico palacio de los Duques de Alba

Los detalles que revelan su refinamiento

CON la suntuosa elegancia de una mesa debe rimar siempre el menú selecto y la presentación intachable de los manjares. Poseyendo un Frigidaire puede hacerse esto una realidad.

El frío *seco* y constante de este refrigerador da a las frutas una aromada y jugosa frescura, conserva en su punto los postres helados, las cremas, el champaña, los vinos y una variedad de exquisitos platos que sólo es posible hacer con un Frigidaire. Al mismo tiempo, sus gavetas especiales le proporcionarán bloquecitos de hielo para mezclar en todo lo necesario. El nuevo modelo viene equipado con el «regulador de frío», que permite — sólo con dar vuelta a una llave — graduar la temperatura de éste, haciéndola descender para congelar más rápidamente cuanto se desee y activar la fabricación de los cubitos de hielo.

Al comprar un refrigerador asegúrese es marca Frigidaire. Instalaciones desde 1.500 pesetas. Facilidades de pago.

Algunos de los propietarios de Frigidaire

S. M. El Rey D. Alfonso XIII
Duques de Alba
Marquesa Viuda de Viana
Marqueses de Cortina
Marqueses de Viesca
Condesa Viuda de Catres
Condes de la Maza

PRODUCTOS FRIGIDAIRE
Pí y Margall, 12. - Apartado 12.396
MADRID

Sírvase enviarme gratis un folleto descriptivo de Frigidaire.

Nombre ....

Dirección C-1

F R I G I D A I R E

Fabricado por General Motors

Durante el pasado mes...



El nuevo pabellón de Instituto del Cáncer

... inauguróse con la máxima solemnidad un nuevo pabellón, costeado por la excelentísima Diputación provincial, para el Instituto del Cáncer, cuya obra se realiza bajo el patrocinio de S. M. la reina D.ª Victoria, que dignóse asistir al acto, en unión de otras personas de la familia real, del vicepresidente del Consejo y de varias distinguidas personalidades científicas y aristocráticas.

* * *

... la gran familia espiritual que acaudillaba el marqués de Luca de Tena quiso rendirle un respetuoso recuerdo, y para conmemorar el primer mes de su fallecimiento fué colocada al frente de la gran nave de talleres de *Blanco y Negro* y *A B C* una lápida perpetuadora de las grandes actividades y los estímulos generosos sembrados por el ilustre muerto entre los que trabajaban a su lado.

Con posterioridad a su desaparición del mundo de los vivos, sus familiares han dado a conocer la última y más altruísta iniciativa de D. Torcuato Luca de Tena: la fundación de la Casa de Nazaret, destinada a albergar viudas y huérfanos de periodistas y obreros de la Prensa. Casa que no ha de ser un asilo, «sino la *casa de familia*, en la que los diferentes elementos que reúna encuentren calor de hogar».

Tan laudable iniciativa, unánimemente aplaudida y secundada por toda la Prensa española, encuentra en COSMÓPOLIS la efusividad que su nobleza merece. Muy gustosos le prestamos nuestra leal adhesión, haciendo votos por su realización próxima, que ha de ser el mejor monumento que glorifique la generosidad de D. Torcuato Luca de Tena.

* * *

... nuestra península fué centro de la curiosidad mundial. Ya las *Figuras del momento*, destacadas en otra plana por el lápiz agilísimo de Cebrián, pregonan la eficacia de ese movimiento españolista, hacia el que convergen todas las miradas. Y entre esas figuras, la del doctor Asuero adquiere máximas proporciones de popularidad en gracia al interés despertado en torno a sus métodos curativos. Sin apasionamiento de ninguna índole, sino con la serenidad que se requiere para tratar los laberínticos problemas planteados por tan aceradas discusiones científicas, COSMÓPOLIS ofrece sus respetos al insigne médico y aguarda con la debida expectación que todas las inquietudes partidistas de hoy se truequen en consoladoras realidades para bien de la Humanidad entera y orgullo del buen nombre español.

* * *

... En prensa ya este número, nos llega la dolorosa noticia del fallecimiento del ilustre arquitecto sevillano D. Aníbal González Álvarez, ante cuya desaparición, resonantes aún los aplausos conquistados por sus obras de la Exposición Ibero-Americana, rendimos nuestro dolor más sincero y profundo.

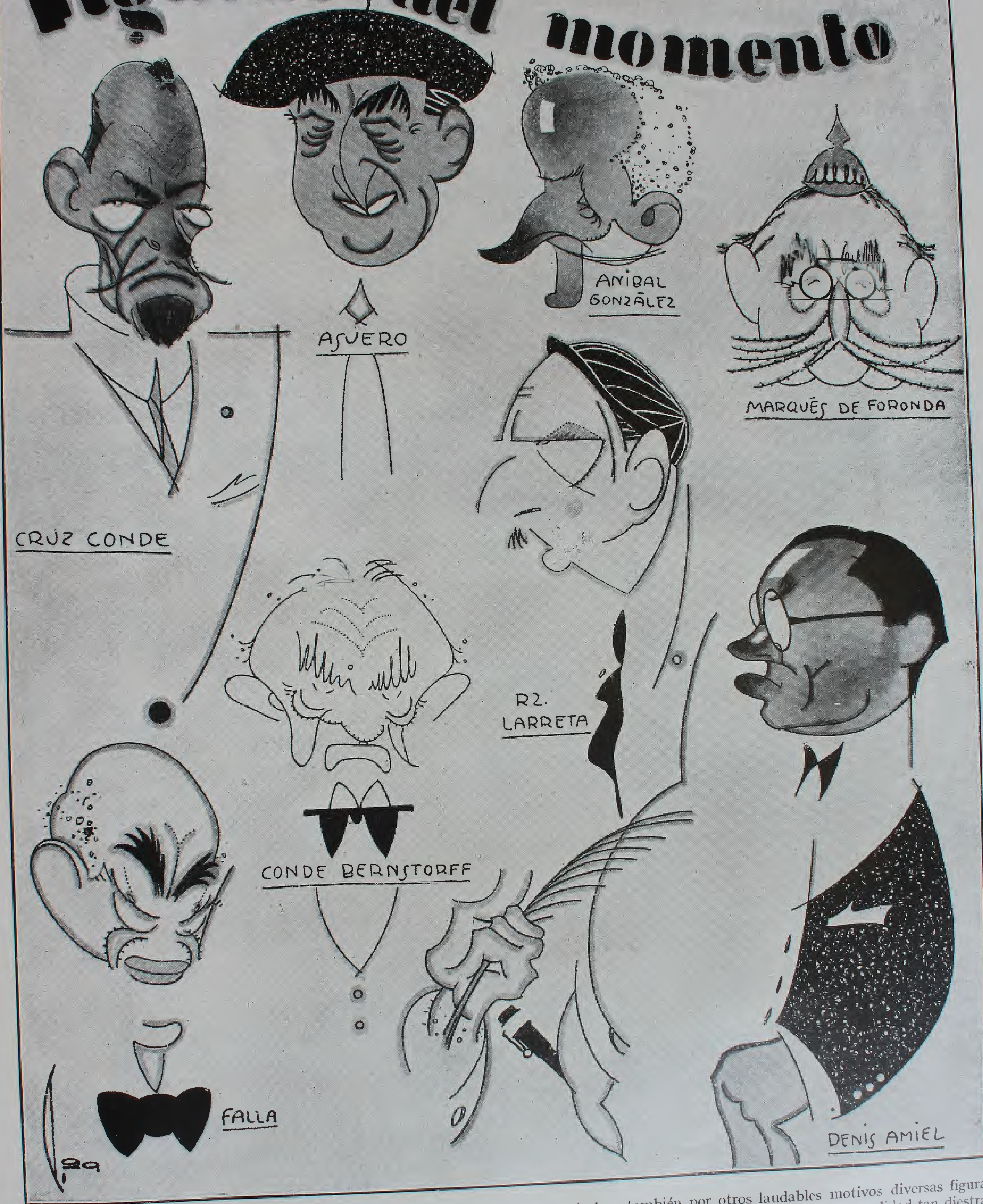






Lápida en honor del marqués de Luca de Tena





El interés de todo el mundo ha fijado su atención en este glorioso lugar donde se asienta España. La hora española parece que ha sonado con ocasión de importantes sucesos, como las Exposiciones de Barcelona y Sevilla, los Congresos de la Asociación pro Sociedad de Naciones y de la Asociación Internacional de Autores Dramáticos, destacándose también por otros laudables motivos diversas figuras propias y extranjeras, en este retablillo de la actualidad tan diestramente recogido por el lápiz juvenil de nuestro dibujante. Para todos —huéspedes distinguidos y egregios compatriotas— COSMÓPOLIS tiene un efusivo y respetuoso saludo de admiración.

Caricaturas de Cebrián

ELIZABETH ARDEN ESCRIBE:



Ya no existen secretos en materia de belleza

Los misteriosos ritos que en otros tiempos se celebraban en nombre de la belleza y que, naturalmente, eran absolutamente ineficaces, han pasado a la historia. La mujer moderna sabe que para tener un cutis suave tan sólo una cosa es necesaria: la salud de la piel.

Esta salud, así como todo bienestar corporal, sólo se consigue mediante una higiene extremada, cuidadosa alimentación, movimientos metódicos y protección razonable.

El lavarse con agua y jabón es insuficiente. Use usted la crema de limpieza, que ha sido preparada en forma que puede penetrar en todos los poros haciendo desaparecer las impurezas.

Los ejercicios de manipulación le proporcionarán movimientos sanos. Para aumentar la vitalidad de la piel conviene escoger cuidadosamente cada preparado.

Al preparar mis productos, sólo me guía un pensamiento: la obtención de un cutis saludable mediante un cuidado científico. La elaboración de los productos que yo le aconsejo, cremas, líquidos y polvos, está bajo mi inmediata inspección, y, por lo tanto, tengo la plena convicción de que todos ellos alcanzan siempre el más alto grado de perfección.

La única belleza verdadera es la natural, y el camino más corto que a ella conduce es el empleo confiado y regular de todos aquellos preparados y tratamientos que son tan sanos y adecuados como la naturaleza misma.

Elizabeth Arden

CREMA LIMPIADORA (Cleansing Cream).—Una crema suave y pura que se disuelve al calor de la piel y penetra en los poros, eliminando todas las impurezas. Suaviza y alivia la piel, haciéndola fina y tersa. Ptas. 8/15.

TONICO ARDENA PARA EL CUTIS (Ardena Skin Tonic).—Pone terso el cutis, dándole una firmeza suave y blanqueándolo. Debe aplicarse junto con la Crema Limpiadora y después de ella. Ptas. 9/22.

ELIZABETH ARDEN

673 FIFTH AVENUE NEW YORK

ELIZABETH ARDEN, S. A.

MADRID: CALLE DE ALCALÁ, 71

LONDRES PARÍS BERLÍN ROMA

LOS VESTIDOS DE DEPORTE



MARCEL ROCHAS

Traje de sport, *de* shantung beige *y aplicaciones de* jersey beige *y marrón oscuro. La echarpe de* crêpe *de China es de los mismos colores.*



JEAN PATOU

Elegante traje de sport, *de* jersey beige *con dibujo rojo oscuro. La blusa es de* crêpe *de China blanco; el cinturón, de* daim *rojo oscuro. El cuello está adornado con dos camelias: una,* beige; *la otra, rojo oscuro.*



PREMET

Traje sastre de tweed *gris muy claro y negro. La blusa, adornada con botones de cristal, entra en la falda, que es de* crêpe *de China gris y está adornada con finos picados grises y negros...*



Los vestidos de *sport* han vuelto a ocupar su verdadero lugar en la moda y en la elegancia femenina; entiendo por esto que sirven para el *sport* y para el paseo matutino y no para bailar en el té de las cinco, como era uso hace algunas temporadas. No vemos ya, por tanto, esos *jumpers* de lamé o de encaje que hicieron furor en un tiempo, y gracias a la vuelta a las cosas normales asistimos actualmente a la reciente boga de la lana, que se había desdeñado demasiado.

Desde hace algunas semanas no se habla más que de *tweed* y de *crepella*, y ello en el momento en que los días hermosos nos traen el calor tan deseado después de un invierno rudo. Pero, no hay que pedirle a la moda una lógica muy recta. Hay que reconocer, desde luego, que las excursiones a la montaña, los grandes paseos en auto y el pasar las mañanas a orillas del mar exigen la lana mucho más, evidentemente, que el *crêpe* de China. Y se ha encontrado el medio de satisfacer las dos exigencias combinadas de la temperatura y de la moda no forrando el *tweed* de trama gruesa; obtiénense así pequeños abrigos flexibles y ligeros, casi transparentes, que se bordean con punto grueso de ojal de lana apropiada o con algunas filas de picados muy apretadas. Se repite este efecto en las chaquetas cortas de ciertos vestidos, y el conjunto gana con ello un agradable aspecto de novedad. A mí me gusta mucho la alianza del *tweed* y del *jersey* de lana liso; falda y chaqueta de *tweed*, por ejemplo, *jumper* de fino *jersey beige;* pero importa, sin embargo, que tengáis en cuenta el eclipse parcial del *jumper;* la blusa metida en la cintura, sobre la cual se abotona la falda, parece estar cada vez más en favor. Jean



Bonito vestido de sport habillé. *Es de* crêpe *de China blanco, muy flexible, guarnecido de tiras horizontales aplicadas, del mismo tejido. La* echarpe *multicolor se anuda al cuello y cae muy baja por delante.*

El abrigo que aparece más arriba forma, en casa de Worth, con el vestido de la izquierda, el conjunto Dejà prête. *Es de* jersey *muy grueso marrón. Cae recto y queda entreabierto, dejando ver el vestido de* crêpe *de China blanco.*

Vestido de crêpe *de China rosa, cuya parte alta está plisada en pequeños pliegues. El broche de cinturón, de un dibujo sencillo y moderno, es de nácar blanco. La falda es de pliegues hondos.*

Patou lo ha decidido así, y ya conocéis su influencia sobre la moda actual; tendremos, pues, *chemisettes* como en otro tiempo, de piqué, de linón, de *crêpe* de China, y en algunas veremos de nuevo las chorreras que adornaron la elegancia de nuestras madres.

Para el auto, quiero citaros en seguida uno de los mejores hallazgos de esta temporada, cual es el *quatre pièces de sport.* Todas habréis experimentado, como yo, alguna perplejidad en el momento de embarcaros para una excursión de todo un día, para un *week end*, o hasta para una visita a un castillo algo alejado. El abrigo grueso que parece de rigor para el viaje da mucho calor en cuanto echáis pie a tierra; pero si os lo quitáis, el vestido de *crêpe* de China será demasiado ligero. Por otra parte, éste está indicado para el almuerzo en el restaurante... ¡Qué irritantes cuestiones hay que resolver! El modisto, psicólogo de nacimiento, se ha encargado de ello: su *quatre pièces* se compone de un abrigo de lana gruesa, *tweed*, *kashabure*, de un traje sastre de igual tonalidad, pero de tejido más ligero, *kasha*, *crepella*, *crêpe* de China, alpaca, sobre el cual se coloca una blusa de *crêpe* o de muselina de una nota más de vestir. He ahí todas las dificultades evitadas; el «sastre es encantador en la etapa, la blusa admirable aun si cenáis por la noche en alguna hostelería a la moda, y no temeréis el viento fresco del camino cuando os hayáis embutido en vuestro gran abrigo...»

Jean Lanvin ha hecho dos modelos de este género que están muy bien combinados. Uno de los conjuntos se compone de un abrigo de *tweed* gris bastante amplio por abajo y guarnecido de un cuello de piel; el *sastre* es de chaqueta corta, y la *chemisette*, de *crêpe* de Chi-



Este abrigo forma, en la casa Worth, con el vestido de la izquierda, el conjunto Au revoir. *Es de terciopelo inglés rosa, muy cimbreado en el talle. Sus grandes bolsillos y sus cuatro gruesos botones le dan un aspecto muy suelto y muy* sport.

Elegante dos-piezas *compuesto de una falda plisada de* crêpe *de China y de una casaca de* jersey *rosa adornado en el cuello y en las mangas con* crêpe *de China parecido al de la falda. El pequeño cinturón pone el talle en su lugar.*

Sobre el dos-piezas *de la izquierda, Worth ha colocado esta pequeña chaqueta recta de* jersey *rosa y ha completado el conjunto con una muy original* echarpe *rosa adornada con aplicaciones modernas negras y blancas.*

na, es de forma de bolero, es decir, que no cae sobre la falda, si bien no entra en la cintura. Es una fantasía nueva que yo encuentro con frecuencia en la colección de Lanvin este año y que da una bella flexibilidad a la silueta. El segundo conjunto *quatre pièces* es de diagonal de lana rosa viejo; el abrigo es una especie de capa bastante estrecha y que se pega bien a los hombros, con un cuello grande y redondo de *lynx*. El corte está bien ideado y permite cruzar esta capa por delante, condición indispensable para un abrigo de automóvil. El *sastre* es de chaqueta corta muy ligeramente bordada, y la blusa de *crêpe* de China.

Esta idea del *quatre pièces* me parece llamada a tener un buen éxito, y ya he visto últimamente una muy elegante aplicación en un almuerzo en Rambouillet. Una mujer joven llevaba un abrigo grueso de *tweed* rojo oscuro, bajo el cual aparecía un *sastre* de un rojo más claro, cuya tonalidad formaba un todo armonioso con el vestido. La *chemisette* era de encaje de dibujos muy finos, pero de grueso tramado, y la tonalidad hacía juego con el abrigo. Este es uno más de los mil caprichos de la temporada, y algunos modistos han decidido lanzar la blusa más oscura que la falda. Yo admito la idea cuando va completada por un sombrero apropiado para esta blusa.

El *jersey* no ha perdido sus derechos, pero se ha transformado, y mientras que las casacas o la parte alta de los vestidos me parece que deben ser lisos, el *jersey* para traje se ha hecho muy de fantasía, casi siempre en dos tintes mezclados y formando un dibujo galonado. Un borde claro en *jersey* liso da un aspecto cuidado en el conjunto; así es como yo he visto uno de estos trajes de *jersey* blanco galonado

de negro cuyas falda y chaqueta estaban orladas de una tira blanca bastante ancha, mientras que la blusa era de piqué blanco trabajado en los dos sentidos.

Ya os he hablado de la falda abrochada sobre la *chemisette*. Creo muy buena la idea. Es muy difícil en el momento actual el impedir que la blusa se salga de la cintura, ya que ésta no es ahora tan ajustada como en los tiempos de los talles de avispa. Se ha imaginado, pues, colocar en lo alto de la falda cuatro o seis grandes ojales, en los cuales se meten los botones, que están cosidos a la *chemisette*. De esta suerte no hay necesidad de la incómoda faja, del desagradable caucho.

Un camisero muy conocido por su ingeniosidad acaba de descubrir otra cosa: lanza la blusa combinación tan larga como una *chemisette*, la cual abrocha entre las piernas por medio de una cartera pequeña. No es necesario decir que esta blusa no se saldrá de la cintura. El camisero añade un pequeño *culotte* del mismo tejido y, finalmente, una falda plisada bien aplicada a las caderas y abierta por los dos lados. En *toile* de seda rayada, en hilo de color claro, este vestido será verdaderamente perfecto para el *golf* o el *tennis*. Permitirá hacer cualquier movimiento con decencia y facilidad, lo cual no ocurre siempre con otros vestidos más elegantes. El conjunto de viaje o de montaña nos muestra este año la vuelta del abrigo *tres-cuartos*. A decir verdad, éste se impone actualmente a todas las horas del día o de la noche; es bonito sobre los grandes vestidos de muselina de largas colas, sobre los vestidos de tarde de capas flotantes; es de muy *sport* sobre los conjuntos de *tweed*. Se hace casi siempre bastante amplio por abajo por medio de pliegues incrustados, a menos que se adopte la nueva forma lanzada por Madeleine Vionnet, la cual acaba de hacer, en efecto, un número bastante grande de abrigos de *sport*, de piel ligera, cordero raso, caracul *breitschwanz*, que son más cortos que la falda y muy estrechos; a fin de dar más facilidad para andar, ella los abre por los dos lados hasta media altura. Este tema del abrigo corto lo ha adoptado también Louise Boulanger, la cual pone chaquetas de piel sobre faldas muy fruncidas. Todo esto es muy nuevo, muy en la nota del invierno próximo.

Un nuevo cuero muy flexible ha venido, hace poco tiempo, a aportar al modisto un elemento de diversidad. Se le combina con el *tweed* y la jerga gruesa. Así he visto un conjunto compuesto de una falda de gran pliegue por delante, de un chaleco de cuero marrón y de una capa *tweed* con cuello de cuero. El sombrero, pequeño, era del mismo *tweed* con un broche forrado de cuero.

Y hemos aquí llegado a la cuestión del sombrero, lo cual es muy importante. La moda quiere que este año el sombrero de *sport* sea del mismo tejido que el vestido, a menos que el sombrero forme un conjunto con el bolso y la *echarpe*. Reboux ha hecho un adorno que ha tenido muy buen éxito y que se componía de un pequeño sombrero flexible, de *tweed* gris forrado de satén del mismo tono, de una gruesa *echarpe* de *tweed* y seda, de un bolso del mismo tejido. En otras partes he visto el sombrero pequeño de *jersey* en los diversos tonos rosa o bien de dos o tres fieltros diferentes incrustados los unos en los otros. En cuanto a la forma, será la que más os agrade, ya que la fantasía de nuestros peinados alcanza en el momento actual el extremo límite. Si el *bonichon* os sienta bien podéis conservarlo porque aun está en boga, aunque es muy caluroso para el estío. Lo llevaréis



A la izquierda, traje sport *de forma muy nueva de jersey beige y castaño. La parte alta clara es muy en forma de blusa sobre el faldón, muy ceñido alrededor de las caderas, es del mismo color castaño que la falda.*

A la derecha, conjunto de sport *castaño. La chaqueta, sin cuello, es de cuero castaño. El cinturón y la falda son de* tweed *del mismo color. En el centro, la capa* tres cuartos *es de* tweed, *adornada con un cuello de cuero.*



sencillamente muy echado atrás, descubriendo la frente, lo cual no embellece a todo el mundo y exige un minucioso estudio. Si preferís los sombreros de alas, ya sabéis que éstas se levantan por delante y se pegan mucho a la nuca. Patou nos ha mostrado con su colección de media-estación una cantidad de sombreros medios de panamá en los cuales estaban incrustados grandes motivos de fieltro bicolor o de tela. Estos sombreros son muy agradables de llevar y más apropiados a la estación estival en que entramos. Esperemos que merecerán nuestra predilección durante algunos meses y que no veremos aparecer dentro de poco la gorra de terciopelo con que se nos ha amenazado. Recuerdo un día de los *Drags*, que, como sabéis, es la gran jornada parisiense, durante la cual todas las mujeres elegantes se asaban con sus sombreros de terciopelo negro bajo un sol ardiente. Creo que ahora tenemos un poco más de sentido práctico que en aquella época.

Hablemos ahora de las *echarpes*, puesto que también este tema se impone. Se acabó el pañuelo de punta. Las *echarpes* son muy largas y más bien delgadas, algunas tienen formas curiosas. Por ejemplo, dos triángulos, uno negro y otro blanco, están unidos por uno de los ángulos de su base, y la parte estrecha se coloca hacia atrás sobre la



Foto D'ora, Jenny

Dos encantadoras hermanas y un perro muy bello

Las señoritas Rodríguez Maldonado figuran entre las muchachas más festejadas de la colonia extranjera de París. Ambas han tenido la deferencia de posar para COSMÓPOLIS en dos elegantes conjuntos de sport de Jenny, acompañadas de ese lindo perro, uno de los que toda parisiense desea tener en este momento.

Algunos sombreros sencillos





Gorra de fieltro beige *enlutado, nudo de cuero y* beige.



Un sombrero de luciérnaga marina descubierto por delante. El ala, replegada por los lados, se prolonga mucho hacia la nuca.



Un bonichon *de terciopelo negro atravesado por una cinta de satén que forma un nudo por detrás.*



Sombrero de Jean Patou de baku *negro bordado en nácar, cinta amarilla y negra.*

nuca. A veces, la tira delgada que se enrolla alrededor del cuello se ensancha bruscamente para anudarse por delante. Los colores son escogidos con arte. Mézclase mucho en este momento el *beige*, el castaño y el amarillo; el negro, el rojo y el blanco; el azul, el rojo y el gris. Basta a veces una pequeña nota de color para modernizar un vestido del año anterior y para cambiar totalmente el aspecto. Así, he encontrado yo encantadores dos vestiditos de *tennis,* de los cuales uno era de *crêpe* de China blanco y el otro de *shantung* amarillo. Sobre el primero se anudaba por delante una *echarpe beige* y rosa, y el cinturón era de esos dos tonos. El segundo vestido estaba adornado con una larga *echarpe* negra y blanca, mientras que el borde de la falda y de las mangas estaba orlado de una tira blanca y de otra negra. Un bolso de *shatung* también amarillo estaba atravesado en diagonal por un rayado blanco y negro. En suma, todo consiste en dar una idea de conjunto en que unas cosas hagan juego con otras. Uno de los aspectos más divertidos de la moda es esta búsqueda de pequeños detalles.

Los zapatos y las medias tienen también gran importancia. No hay que dar en la extravagancia buscando dibujos muy complicados o demasiado chillones. Las medias de lana, de rombos, color sobre color, castaño sobre *beige*, por ejemplo, convienen a las mujeres que



Capelina de Jean Patou de bengala roja. Aplicaciones de bengala roja forrada de gros-grain *rojo.*

Algunos sombreros de fantasía



Sombrero muy nuevo hecho de pequeños triángulos de jersey beige, *rojo oscuro y verde.*





Sombrero de paja-jersey beige *claro descubriendo mucho la frente. Los bordes están enrollados. Un pequeño velo negro da sombra a los ojos.*



Sombrero de paja negro, bordes plisados por detrás. Motivo de plumas blancas y negras.



Gorra de pétalos de crin transparente adornado con aplicaciones de fieltro beige.



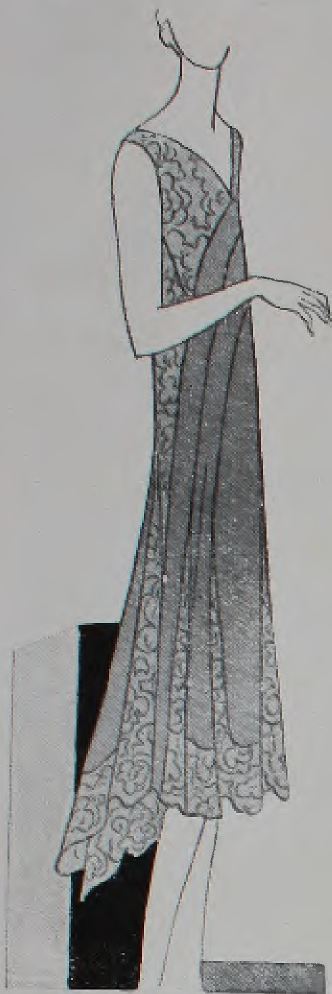
Sombrero de paja negra. Las aplicaciones y el borde son de crin negro muy transparente.

son muy delgadas. Las demás se contentarán con unas medias lisas, a las cuales una línea multicolor dará el aspecto sportivo indispensable. En cuanto a los zapatos, el box marrón sobre fondo de *daim* blanco es siempre del gusto de las elegantes; pero la forma noruega, que triunfó en otro tiempo, es muy afinada. Yo he encontrado encantadora una mezcla de cocodrilo y de *box-calf* de color rojo oscuro. El cocodrilo formaba una tira ancha que atravesaba el zapato y se enlazaba delante. En blanco, cruzado por rayas amarillas, el mismo modelo era igualmente lindo. Los tacones, naturalmente, eran muy bajos.

Los guantes siguen siendo lavables, bastante altos y sin botón. En esto se ha querido exagerar la fantasía; pero las parisienses han opuesto una resistencia pasiva que parece haber convencido a los fabricantes. Nada de bordados, incrustaciones ni rayas de fantasía. El *sport*, que es por excelencia el dominio de la sencillez, excluye todas las innovaciones de un gusto dudoso. Importa que cada detalle sea práctico, que cada vestido ocupe su lugar, y permita hacer el esfuerzo para el cual se le destina. La verdadera elegancia consiste en saber vestirse según la hora y el lugar.

CLAUDE FRANCE

En las lencerías parisienses



Camisa de noche muy alargada por la espalda. Es de crêpe *de China verde adornada con encaje negro.*



Camisa de noche de Madeleine Viennet en vuela triple rosa, enteramente trabajada con finas nervuras. Petit empiècement *anudado delante.*



Deshabillé *de encaje negro forrado del mismo encaje verde adornado con tres largos* goets *negros forrados igualmente de verde.*



Camisa de noche de crêpe *de China rosa.* Empiècement *de encaje, cordón muy oscuro. Charretera de cinta rosa.*



Camisa de noche crêpe *de China geranio. Cuello con ribete y bordado amarillo paja. Bata ligera haciendo juego.*

La marquesa de San Carlos

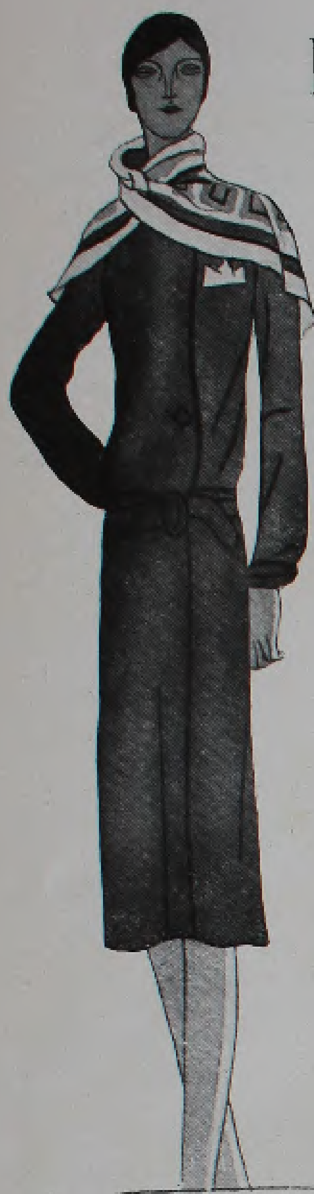


CHANEL

La marquesa de San Carlos es una parisiense de España o una española de Paris. Lleva un precioso conjunto de tweed, *que es la indumentaria clásica de esta primavera.*

FOTO D'ORA

Para las lluvias de estío

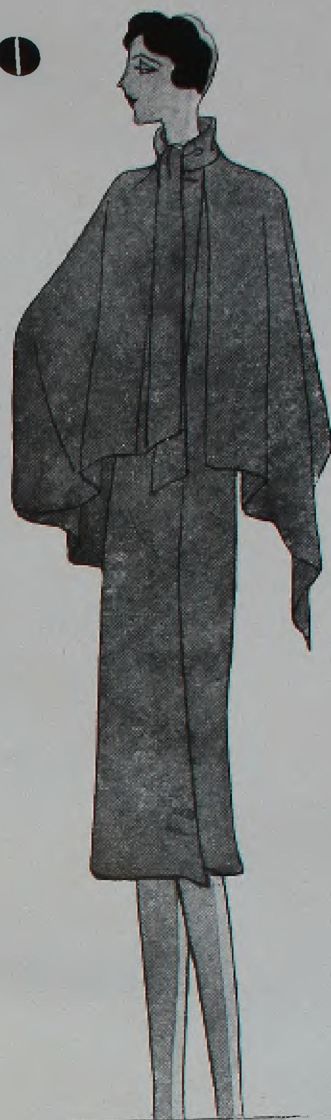


Un impermeable de crêpe de China negro, cuya echarpe, cruzada por delante, de crêpe de China negro, rojo, gris, pardo, forma un gran cuello detrás.

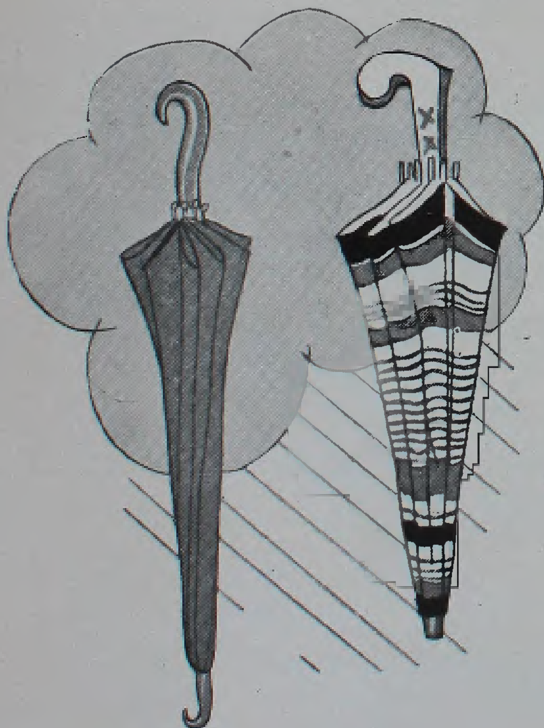
No se temen las lluvias de verano, primero porque no duran nada, y en segundo lugar porque se han hecho para desafiarlas tan bellos trajes que un día de mal tiempo es pretexto para nuevas elegancias. Los abrigos de *crêpe* de China impermeabilizado son flexibles y se ponen fácilmente sobre el más frágil de los vestidos. Están frecuentemente adornados con una larga pelerina que forma la manga y con grandes bolsillos cuadrados a cada lado. Algunas buenas casas nos muestran también trajes impermeables que son muy fáciles de quitar. Imaginad una falda cartera de satén impermeabilizado, falda que se cierra por medio de botones de presión y que se quita en un segundo. Se pone sobre el traje de calle, así como la pequeña chaqueta impermeabilizada igualmente. Terminado el aguacero, se sueltan los botones de presión y la falda plegada cabe en un saco de mano que se puede colocar en seguida en el coche o hasta llevarlo a la mano. La pequeña chaqueta forma un especie de abrigo corto muy agradable a la vista. Junto a estos conjuntos encuentro una capa larga de *crêpe* impermeabilizado blanco orlado de una tira picada y cuyo cuello recto, igualmente picado, es unas veces verde, otras rojo oscuro y otras azul duro. Encuentro este vestido completamente práctico para las fiestas al aire libre o para las grandes reuniones de las carreras de caballos. No arrugará las preciosas muselinas ni los encajes y será muy útil.

¿Hacen falta aún paraguas?, preguntaréis. Cierto, y en primer lugar para el sombrero. Hay que decir que el paraguas se ha hecho tan pequeño, tan corto, tan imperceptible, que no estorba. Gracias al cielo, ya no es negro. ¿Por qué afear más un día fastidioso con la tristeza de este accesorio? Hoy vemos paraguas *beige*, cobre, azul marino, rojo oscuro y otros negros cuyo borde es de varios colores. El puño grueso, muy corto, es de concha... o parece serlo, a menos que prefiráis uno de esos puños *fetiches* que están reservados para llevarlos a prevención en el automóvil.

En el saco *week end*, el paraguas es más pequeño todavía. Imaginad una cartera bastante larga en la cual se adapta un pequeño paraguas, cuyos dos extremos son de cuero parecido al del saco y sobresalen por cada lado. Es un precioso *bibelot* que nos apasiona en este momento.



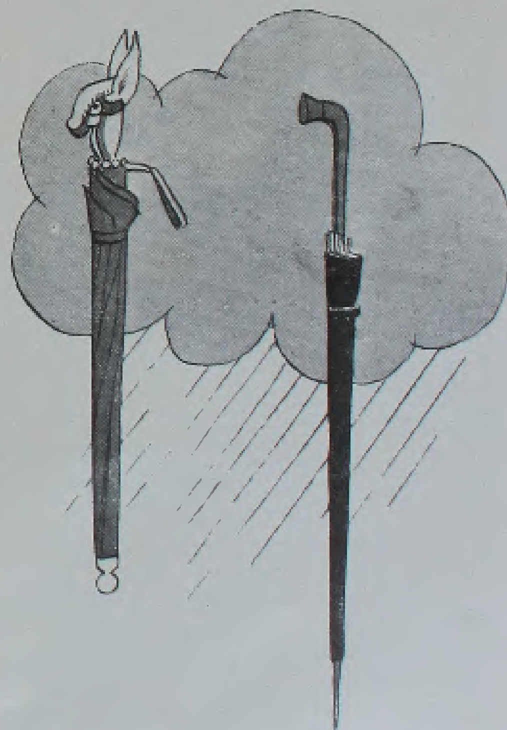
Impermeable de crêpe de China rojo vivo. Cuello echarpe anudado delante, capa en punta sobre los costados.



A la derecha, un paraguas de taffetas sombreado de azul y gris, cuyo puño es de galalit grabado en azul. A la izquierda, paraguas de seda marina, cuyo puño de madera roja está curvado por los dos lados.



Traje de lluvia de tweed castaño. La falda tres-cuartos está adornada con una larga capa unida a los hombros y a la manga hasta los codos.



A la derecha, paraguas para el paseo, de puño muy alto, de arce gris. Es de taffetas negro bordado en gris. A la izquierda, paraguas fetiche para dejar en el auto. Es de seda marrón; el puño, de madera esculpida.

Las creaciones de la casa Worth



Para su presentación en la Corte de Inglaterra, el día 9 de mayo de 1929, madame Nubar Sarkis Gulbenkian, esposa del agregado a la Legación de Persia en Londres, llevaba este traje de Corte de tul rosa, enteramente bordado de perlas rosadas formando círculos, cuyos centros eran piedras adiamantadas; los ribetes desiguales de tul rosa; la cola, de velours *rosado, bordados los hombros y forrados de* velours *de nutria dorada.* Foto Wilfred Sketch, París.

CONSULTORIO DE BELLEZA

SOY MORENA

Con éter no sentirá tanto dolor en las cejas, pero es preferible que se las depile sin darse nada, aunque sufra un poquito más. Siempre debe procurar igualarlas quitando las de abajo, puesto que cuanto más separadas le queden de los ojos, más grandes parecerán éstos. Puede sombreárselos con Humo de Sándalo y le quedarán muy bonitos y nada llamativos.

BLANQUITA

Responder a su pregunta es bastante difícil, señorita. Nadie mejor que usted misma puede saber lo que la conviene; yo lo único que me atrevo a aconsejarla es el que no lo haga «por si acaso». El Sudoral es inofensivo, puede usarlo con toda confianza. Mezcle glicerina y limón en partes iguales y déselo por las noches.

DOS HERMANITAS

Si son ustedes la una gruesa y la otra delgada, no es conveniente, puesto que lo que le siente bien a una ha de sentarle mal a la otra. Aunque de ningún modo resulta rídiculo el que dos hermanas vistan iguales, en ustedes podría parecerlo por su diferencia de tipos. El Jugo de Rosas pueden dárselo en los labios con un algodoncito. El colorete al Jugo de Rosas lo hay para morenas y para rubias.

M.ª FERNANDA L.

Todo lo «prontito» que me ha sido posible contesto a sus cuatro preguntas. Primera: no use ningún depilatorio, puesto que en seguida la crecería con más fuerza. Dándose agua oxigenada logrará tenerlo rubio, y por lo tanto más disimulado. Segunda: Con los polvos Freya logrará lo que desea. Tercera: Póngase unos algodones mojados en agua muy caliente y procure quitarse las espinillas; inmediatamente después, frótese con hielo y en su defecto con agua muy fría. Cuarta: Por las noches, al acostarse, póngase en las puntas, con un cepillito, aceite ricino, cuidando no la entre dentro de los ojos porque la dolerían. Esto las hace crecer, y si se las cepilla hacia arriba, se la rizarán.

UNA GRANADINA

Creo más sencillo el que en su próxima visita a Madrid vaya al Instituto de Belleza de Elizabeth Arden. Las señas son: Alcalá, 71. Dese glicerina y se la curarán.

Consejos útiles



Agente: Horacio Rodríguez - Alcalá, 6 - Madrid

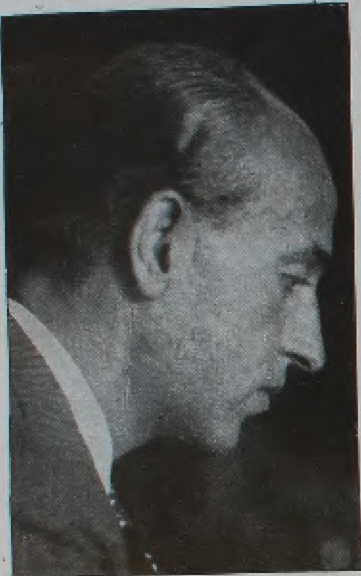
LA VIRGEN LOCA Y LA VIRGEN PRUDENTE

Jan Martín

NOVELA CORTA

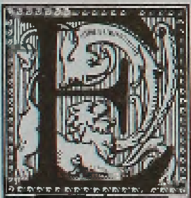
POR

ANTONIO BOTÍN POLANCO



Ved aquí uno de los jóvenes valores de la literatura contemporánea que COSMÓPOLIS se complace en presentar a sus lectores. Antonio Botín Polanco, montañés de nacimiento y madrileño de adopción, es abogado, «como todo español que se estime», según él dice; ha viajado mucho, ha leído un poco de todo y cree que es a Stendhal y Anatole France, sus primeras admiraciones literarias, a quienes debe gran parte de su curiosidad por las cosas del espíritu y de su vocación de escritor.

Muerto en plena juventud su hermano Adolfo, militar y literato ventajosamente conocido en el mundo de las armas y de las letras, Antonio Botín Polanco ha querido mantener enhiesta la pluma del hermano inmolado en África, y es con ella con la que delimita sus aficiones juveniles, que son una realidad jugosa, manifestada en su primer libro, «La Divina Comedia», publicado el año anterior, en los frecuentes trabajos aparecidos en las páginas de nuestra Revista y ahora de nuevo puesta de relieve en el ameno relato de la novela que hoy ofrecemos a nuestros lectores.



Es muy guapo, ¿verdad?

—Guapo, no. Pero a mí me gusta.

—A mí, no. Tiene bigotito, y a mí me gustan los hombres afeitados.

—A mí también. Pero un bigotito tiene su *charme*.

—Mi primo Javier no usa bigote, y a mí me gusta mucho.

—Tu primo está muy bien, al menos en fotografía. Pero se peina con raya y a mí me gusta más que los hombres se peinen hacia atrás.

—Depende de las caras...

—Conforme. Lo mismo pasa con los bigotes.

—Tienes razón. Oye, ¿cómo son los hombres que más te gustan?

—No sé.

—¿Los que usan bigote, los afeitados, los que se peinan con raya, con el pelo hacia atrás, los altos, los bajos, los más jóvenes?...

—Los que me miran.

—¿Todos?

—¡Todos, no, mujer!... Casi todos.

—A mí también. No hay nada tan divertido como timarse.

—Sobre todo cuando no se puede hacer otra cosa.

—Tienes razón. Los hombres son unos antipáticos. Cuando hablan con nosotras nos consideran como unas chiquillas. Mi primo Javier me llama guapa y me acaricia la barbilla. ¡Me da una rabia!

—¡Eres una chiquilla!

—Soy una mujer.

—Tu primo acariciará también la barbilla a las mujeres.

—Seguramente. Pero no delante de todo el mundo, como a mí.

—Lo hará por fastidiarte.

—No sé. Es un antipático.

—Pero a ti te gusta.

—Claro... Mira, hay veces que me parece que va a decirme cosas como las que dice a las mujeres... mayores que yo. Porque me mira como se mira a una mujer... como me ha mirado el de esta tarde.

—Conste que el de esta tarde me miraba a mí.

—¡Que te crees tú eso!

—Mira, no vayamos a reñir por un desconocido, al que seguramente no volveremos a ver.

—Tienes razón. Nos miraría a las dos.

—Seguramente nos miraba a las dos. Los hombres son unos antipáticos.

—Y unos pretenciosos. Estará muy convencido de que ahora estamos hablando de él. ¿Será imbécil? ¡Con ese bigotito tan feo!

—Y con esos *plusfour* tan largos... ¡Valiente cursi!

—¡Y con esas piernas tan flacas! Habría que verle si en vez de medias de lana le pusieran unas de seda...

—No, pues de tipo no estaba mal... Pero vamos a ver: tu primo...

En la dulce penumbra del salón —una morena, la otra rubia— cuchicheaban Margarita y Margot, las dos lindas aprendizas de mujer.

* * *

Aquella tarde habían estado en Tours, con una dama de compañía, tomando un *chocolat a la créme* en Massic. La animación de la *rue Nationale* excitaba los nervios de las lindas internas del *Sacre-Coeur*, con sus escaparates abigarrados y el tintineo del tranvía, inquieto como el timbre del teléfono de un galán. Al entrar en *Massic* —*La patisserie des etrangéres*, como la llamaban entre ellas— iban anotando en sus memorias vírgenes los rasgos de los muchachos que venían de jugar al *golf*, al *tennis*, al *ecarté*, o de dormir la siesta.

Agotados el chocolate y la crema, se llevaban de la pastelería un paquete de conversación para media semana.

* * *

LA VIRGEN LOCA Y LA VIRGEN PRUDENTE

Margarita y Margot habían organizado un concurso de belleza entre los muchachos que frecuentaban Massic. Espiaban la nacionalidad de cada uno, en el corte de su traje, en su acento y en el periódico que llevasen. Tenían su Míster América y su Míster Spain.

Todas las curiosidades son inocentes.

Las niñas ejercitan su curiosidad inocente para adquirir una perfecta curiosidad de mujer.

* * *

La hora del *diner* les sorprendió en la ventana. La luna envolvía el río en papel de plata, como un alargado bombón de la Marquise de Sevigné.

Margarita y Margot rezaron el *benedicite* antes de sentarse a la mesa, con los labios aun dulces del nocturnal bombón plateado del Loire.

* * *

Todas las internas del Sacre-Coeur adoran los bombones y tienen *en cachette* una barra de *rouge*.

Algunas semanas más tarde, Margarita —morena, hija de españoles— y Margot —rubia, hija de un americano del Norte y de una americana del Sur— gastaron media barra de *rouge* en la carita de su amiga íntima.

El pitido de la locomotora partió el beso en mil pedazos.

—Que me escribas... Ya me contarás...

—Y tú... No dejes de hacerlo...

Al arrancar el tren tembló una lágrima en los ojos de las dos amigas. Agitaron los breves pañuelos. Aun no sabían llorar.

Los rostros virginales de Margarita y de Margot se separaron, salpicados por las manchas rojas de un beso roto.

Los pitidos de las locomotoras suenan unas veces demasiado pronto, otras veces demasiado tarde.

* * *

Margarita se fué a casa de sus padres, a Bilbao. Margot, a la de los suyos, a París. Aquel verano fueron presentadas en sociedad las dos. Una, en Las Arenas; la otra, en Biarritz.

En el mes de octubre habían aprendido a conjugar el verbo *to flirt*.

* * *

En español, flirtear es un verbo reflexivo en tercera persona. La dama de compañía es la tercera persona, quien se atribuye toda la responsabilidad del verbo.

En francés, *flirter* es un verbo defectivo. Falta en él la tercera persona (atrofiada por su inutilidad), y aunque los españoles aseguren que es un verbo reflexivo, tiene tanta reflexión como su equivalente castellano.

De acuerdo con estas reglas gramaticales, las dos amigas se divertían cuanto les era posible, comunicándose sus impresiones en largas y frecuentes cartas.

* * *

Las cartas comenzaron a espaciarse. A los dos años no se escribían sino por Pascua y el día de su santo.

¿Enfriamiento de amistad?

No. Separadas, cada día se querían más. Pero la vida, al apartarlas, dejó a las dos amigas sin nada que contarse.

* * *

Margarita iba a todos los lados acompañada de su madre.

Todos los años iban juntas a París en busca de vestidos. La madre dejaba libre a la hija en la elección de modelos. Pero una vez adquiridos, la prohibía algunos movimientos demasiado bruscos.

También le estaba permitido a Margarita el uso del *rouge*, del *cock-tail* y del cigarrillo oriental. Pero con mucha parsimonia.

Ninguna cortapisa en el *flirt*. Pero siempre bajo la lejana y certera mirada de la madre, que llevaba desde casa la alta dirección.

Esta censura materna daba a Margarita el aspecto de una linda muñeca mecánica vestida con elegancia, que tiene la boca pintada, se marea con el *cock-tail*, tose con el cigarro y flirtea por obligación, en lugar de cerrar los ojos y decir papá y mamá.



* * *

Margot pasaba días enteros sin ver a su madre.

El padre, metódico hombre de negocios, almorzaba y comía solo casi siempre.

A menos que una invitación común las reuniera en torno de una mesa, muchas noches la madre y la hija se saludaban por primera vez en un *dancing*.

Margot cruzaba las piernas con soltura, bebía martinis secos como un americano y fumaba como un cochero de punto antes de la pérdida de las colonias.

* * *

Margarita tuvo un *flirt* con un duque, con un balandrista, con un jugador de polo, con un escritor y con un gobernador civil.

Margot tuvo un *flirt* con tres duques, con tres balandristas, con tres jugadores de polo, con tres escritores y con tres diputados.

Margarita bailaba todos los veranos con toda la Real Familia y tenía un retrato dedicado por uno de sus miembros.

Margot bailaba todas las noches con algún personaje cuya realeza era más o menos real, y tenía retratos dedicados por el príncipe de Gales, por el maharajah de Patiala y por el rey del cinc.

El exceso de cajas enviadas por sus adoradores hizo aborrecer los bombones a Margarita y a Margot, y cuando algún galán hacía tintinear el teléfono, las dos añoraban con tristeza el timbre del tranvía que oyeran tantas veces desde el convento del Sacre-Coeur de Tours, soñando con el timbre del teléfono.

* * *

Quizá la vida no sea más que un espectáculo lírico-cómico-bailable. Pero la fábula de las vírgenes locas y de las vírgenes prudentes, como casi todas las fábulas septentrionales, está llena de la ingenua estupidez del Norte.

LA VIRGEN LOCA Y LA VIRGEN PRUDENTE

La locura y la prudencia no dependen de la cantidad, sino de la calidad del aceite.

Las vírgenes no esperan al esposo: lo presienten.

No necesitan lámparas, porque en sus ojos se enciende el encanto y el misterio de la tenebrosa y septentrional Edad Media.

* * *

Las estupideces son encantadoras en algunos momentos del presente.

La virgen loca se llama Margot, y Margarita la prudente.

Y hacen las mismas cosas, en distintas dosis, las dos vírgenes modernas sin esposo, sin lámparas y sin aceite.

* * *

Es previsora la primavera, y el otoño es azar. Donde hay un brote nace una flor, y el viento del otoño, lleno de indiferencia, esparce pétalos marchitos y hojas secas sobre toda la superficie de la tierra.

El azar de un otoño reunió en París a las dos amigas. Se citaron a la hora del té en casa de Margot. Se besaron con mucho cariño y con mucho cuidado, para no mancharse de *rouge*. Toman una taza de té. Encienden un cigarrillo. Mientras Margot echa el humo por las narices, se atraganta Margarita. Un silencio.

—¿Y qué es de tu vida?... Cuéntame.

—Muy aburrida... ¿Y la tuya?

—¡Yo también me aburro muchísimo!

Las dos mujercitas se han quedado tristes entre el humo de sus cigarros. De pronto, dice Margot:

—¿Te acuerdas de cuando estábamos en Tours?

—¡Cómo nos divertíamos!

—¿Te acuerdas?...

Se animan las dos virgencitas. Ya no fuman. Hablan sin cesar de aquellos tiempos en que soñaban con ser mujeres, y ahora que lo son les parece un sueño delicioso haber sido niñas.

—¿Te acuerdas?...

El otoño es azar. Y en la breve primavera de una mujer, ¡qué triste la primera primavera muerta!

* * *



Las dos amigas se separan muy tarde, después de charlar animadamente de sus tiempos del colegio. En el momento de partir Margarita, llegó, acompañada de una tarjeta, una caja de bombones de Boissier.

—¿Quieres uno, Margarita?

Margarita no se atreve a confesar a su amiga que ya no le gustan los bombones, la primera desilusión de su vida.

—¡Encantada, Margot!

Partieron un bombón por la mitad, sonriendo, como hacían con el último de cada caja en Tours. Margarita y Margot mancharon alegremente de chocolate sus sonrisas.

Y se dieron un beso en los labios desilusionados de bombones, dulces por el recuerdo del Loire bajo la luna, encerrado en aquel bombón de Boissier.

* * *

Una noche de «Paques», Margot comía en la elegante *villa* de una dama inglesa que pasaba casi todo el año en Anglet. Era una comida íntima. Sobre la mesa, llena de flores, quince comensales amables y charlatanes. Junto a Margot, un joven español silencioso y preocupado por el brillo de sus uñas y por el lazo de su corbata. Ella, aburrida, pensaba que podría llamársele el convidado de piedra, si no comiera como un buitre. A los postres, el joven español tuvo una sonrisa amable y una frase feliz para Margot:

—Está muy animado Biarritz, ¿verdad?

* * *

El café, que se sirvió en la *serre*, fraccionó a los quince comensales en cinco grupos de tres. Cuando el joven español pudo acercarse sonriendo a Margot, ella le volvió la espalda.

—¿Está enfadada conmigo?

—No. No estoy enfadada con usted.

—Entonces, ¿es que prefiere usted no tenerme cerca?

—Aunque fuera así, yo no se lo diría. Tengo la suficiente educación.

—Nunca sabemos en qué consiste la suficiente y la necesaria educación.

—¿Sabe usted muchas matemáticas?

—Pocas. ¿Por qué?

—Porque las condiciones necesarias y suficientes varían en cada caso.

—Es usted muy matemática.

—Y usted muy poco educado.

—Yo no he llegado a insultarla a usted...

—Decididamente, los españoles están ustedes por educar. El insulto de una mujer es una prueba de educación.

—Por lo menos debo creerlo en este caso.

—Terminada la comida, yo no debía dirigirle a usted la palabra más en la vida. Pero, solamente por educación, debo advertirle para que no repita usted la *gaffe* de esta noche.

—¿Qué *gaffe?*

—Nos han presentado antes de comer y nos han puesto juntos en la mesa. Cuando sirvieron la sopa me preguntó usted si quería clavo, y a los postres me dijo que está muy animado Biarritz. Es todo lo que ha hecho usted durante la comida.

—Eso no es exacto. Durante la comida hice otra cosa: comer.

—Es cierto: como un verdadero buitre.

Margot y el joven español rompen a reír. La tercera persona de su grupo se reúne con las terceras personas de otros grupos. En los rincones quedan cinco hombres y cinco mujeres, emparejados. Se despide un invitado. Como en todas las reuniones íntimas, el sobrante se congrega en torno de una mesa.

¿A qué extremos de espiritualidad hubiera llegado la impertinencia en las sobremesas si no se hubiera inventado el *brigde*?

* * *

Las carcajadas se atenuaron hasta la sonrisa, para que pudiera seguir la conversación.

—¿Tú vienes a las comidas a comer?

—Es lo único que se puede hacer cuando hay quince personas en la mesa y la dueña de la casa tiene un buen cocinero.

—¡Qué materialismo!

—En las comidas de quince personas no se puede hablar. Habla el que más grita, que suele ser el menos inteligente.

LA VIRGEN LOCA Y LA VIRGEN PRUDENTE

—Y el más inteligente se calla. Tú estuviste callado toda la comida porque te creees el más inteligente, ¿no es eso?

—Tengo el talento necesario para no creerme nunca el más inteligente. Sobre todo, estando a tu lado.

—Eres muy amable.

—Lo suficiente para tratar con mujeres bonitas. Si no hablé durante la comida, ha sido por no saber gritar y por no hallarme en un ambiente íntimo.

—La comida de esta noche ha sido completamente íntima. En esta mesa nos hemos sentado muchas veces cuarenta personas.

—Perdóname. Las personas que tienen un comedor muy grande en su casa suelen tener una idea exagerada acerca de la intimidad de la mesa.

—¿En qué consiste esa intimidad?

—La intimidad alegre de la mesa oscila entre cuatro y seis. Menos de cuatro personas es la melancolía, y más de seis la avalancha.

—¿Y dos solos?

—La demasiada intimidad no nos deja tiempo para comer.

—¡Eres un materialista repugnante!

—La comida ideal es de tres, como el triángulo es el ideal de la figura geométrica. Pero, sean dos hombres y una mujer o dos mujeres y un hombre, estamos tan poco civilizados, que siempre nos pincha el vértice de un ángulo.

—Tienes bastante razón. Pero en las comidas de quince personas se debe intimar con la vecina, sobre todo cuando...

—... es tan encantadora...

—... como yo.

Se cogieron riendo el dedo pequeño de la mano izquierda.

—Ya no nos morimos este año.

* * *

Hay un momento en que las conversaciones se cansan de apoyarse contra los muebles y se hunden en un sofá.

—De todos modos, estarás convencido de que tu conducta ha sido incorrecta. Te supongo la educación necesaria para saber que a la vecina de mesa se la debe hablar durante la comida, aunque no sea más que de una jugada de *golf* o de *bridge*.

—Puedes estar segura de que tengo la educación suficiente para saber que a la vecina de mesa se la debe hacer la corte durante la comida.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Ya te habrán hablado de tantas jugadas de *golf* y de *bridge* y te habrán hecho la corte tantos vecinos de mesa, que yo prefiero hacértela durante el café.

—También me la hicieron muchos.

—Pero siempre llegaste al café cansada de corte.

—Y contigo he llegado enfadada.

—Cuando una mujer no nos quiere, es preferible que se enfade a que se canse.

—Pero, terminada la comida, no tienes obligación de hacerme la corte.

—Obligación no. Tengo necesidad.

—¿Por qué?

—Porque me gustas.

* * *

Nous aurons des lits pleins d'odeurs légeres
Des divans profonds comme des tombeaux...

Baudelaire cambió el orden al escribir estos bellos versos. Los divanes se hunden poco a poco bajo el peso de las palabras de amor y empujan a los enamorados al abrazo en el fondo de su sima profunda.

Mas, ¡ay! cuántos divanes han servido de tumba a tantos amores que no pudieron pasar por el primer verso de *La mort des amants*.

* * *

Hundidos en la tumba del sofá, Margot y el joven español no se dieron cuenta de que la mesa de *bridge* se había disuelto en la noche.

En la *villa* de Anglet no quedaban sino los héroes nocturnos: los *flirt* y los juerguistas.

Se fueron a Biarritz todos juntos, en busca de doradas burbujas de *champagne*, tercer náufrago de la noche, el que se ahoga, al que no puede resucitar la respiración artificial de la mañana.



* * *

La noche bostezaba en el Casino Municipal. Algunos ingleses, completamente beodos, danzan desgarbados al compás de la orquesta. La perfecta corrección inglesa no puede alcanzarse sin una embriaguez previa.

La agonía de las noches de *bombe* tiene estertores de taponazos de *champagne*, y los juerguistas se vuelven extrañados por la torpeza del *maître* y por el feliz descubrimiento de que aun queda vino en el tonel profundo de la noche. Algunos piden otra botella.

Hay una sutil filosofía inédita de *restaurant* nocturno, que acecha su Platón bajo la brillante pechera de un *maître*.

* * *

La mesa de Margot y el joven español se fué llenando de botellas vacías. El Amor, con su mayúscula y sus flechas, es un niño soso que repite siempre las mismas gracias. Mas el *champagne* lo torna travieso y alegre con sus burbujas, que son los globos de colores del amor.

Entre los compañeros de banda, el inglés alcanza la perfecta corrección y un español la completa incorrección. Y mientras cada uno cultiva su idiosincrasia nacional, Margot y su galán sorben con delicia la primera espuma del amor.

* * *

Salieron con la noche del salón y en la puerta les esperaba la mañana. El joven español dejó a varias damas en sus casas, y se queda en el interior del coche a solas con Margot.

Frente a su *villa*, ella busca en su bolso el llavín. Él sentía que una burbuja de *champagne* saltaba de sus labios a los labios de ella, y la besó.

* * *

Después de separarse, se acostaron alegres con un beso en los labios.

Despertaron tristes y solos, con la boca seca. En el mismo momento, mas, ¡ay! tan lejos, Margarita y su galán pelan una naranja.

¡Melancolía de sentir en la boca el seco cadáver del *champagne* de la noche y en los labios el cadáver de un beso, mientras pelan las manos la luz de la mañana transparente como los gajos de una naranja.

Concluirá en el próximo número

Campeonatos de tennis en Puerta de Hierro



Las señoritas Satrústegui, Chávarri, Portugalete y Lema, que tomaron parte en el partido de inauguración de los campeonatos.



Un grupo de espectadores ante los partidos de campeonato.

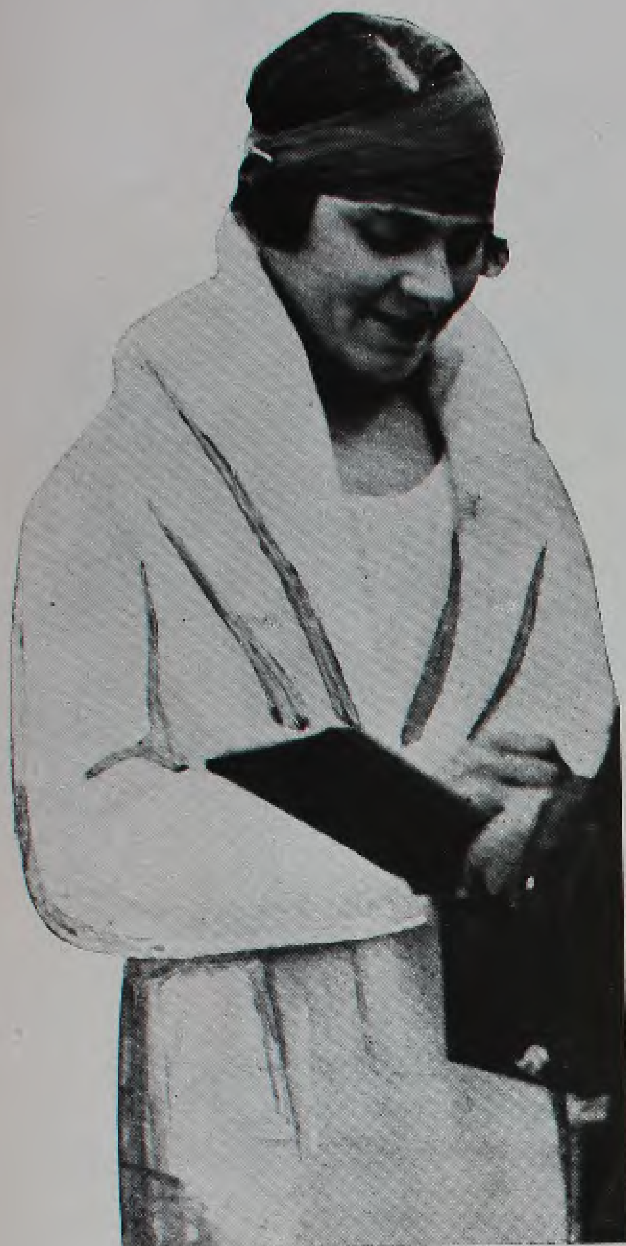




La señorita Josefina Gomar y D. Isidro Martín-Montis, en el partido de inauguración.

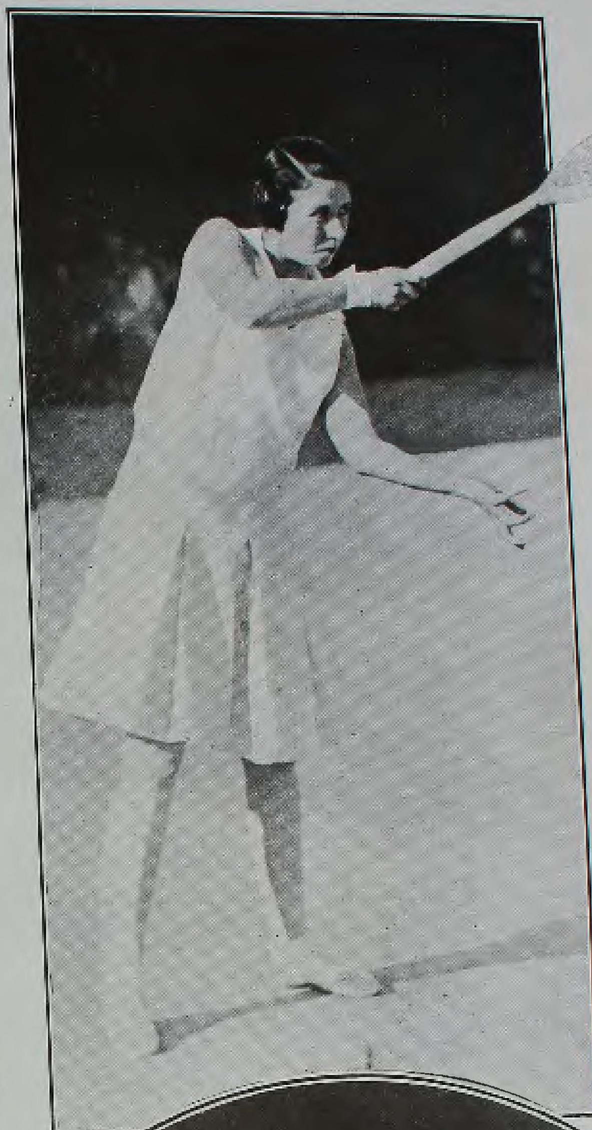
(Foto Marín)

CAMPEONATO DE TENNIS

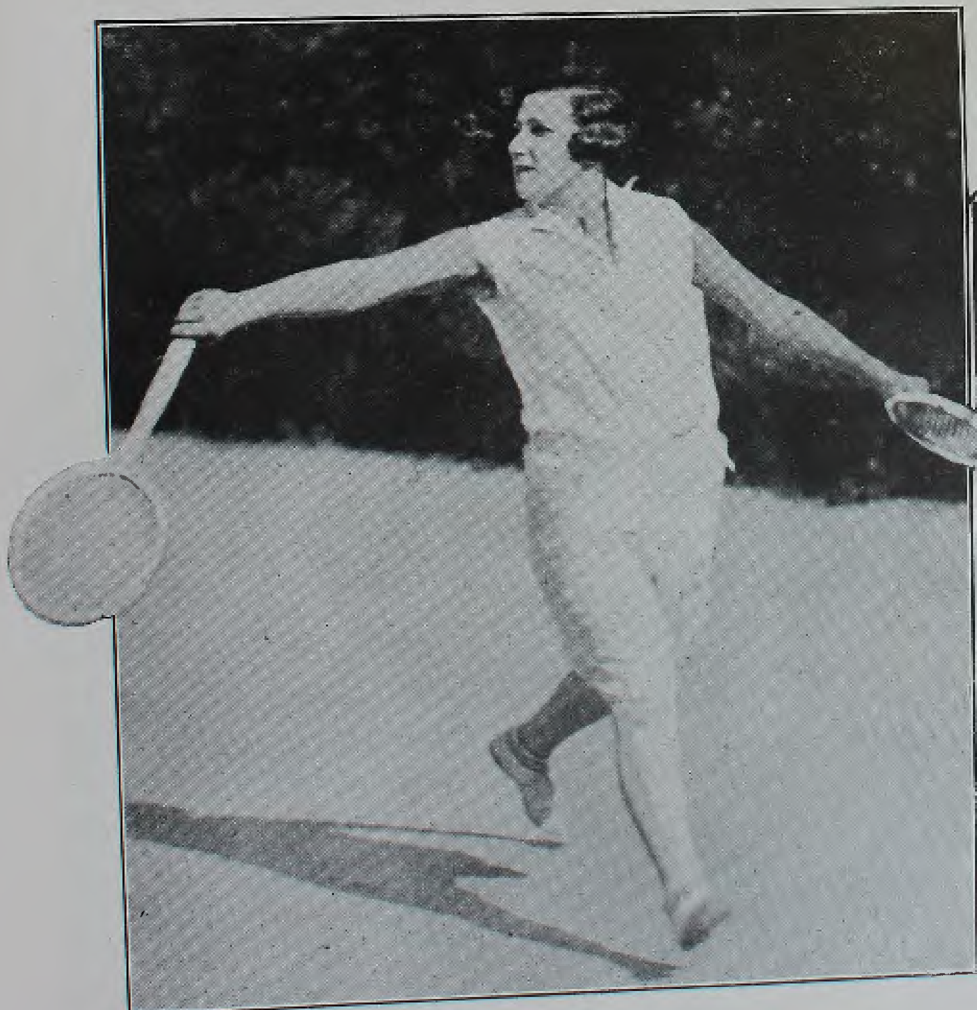


Lili Álvarez

LILÍ Álvarez, la gran figura mundial deportiva, siempre triunfadora, cuya reciente visita a Madrid ha constituído una ocasión feliz para que se manifiesten las grandes admiraciones que despierta en todas partes, cosechadas últimamente en París y en Barcelona. Al ofrecer nuestros saludos a la gentil jugadora de *tennis*, le deseamos nuevos y más ruidosos triunfos en el cultivo de ese deporte, prestigiado con las gracias de su agilidad y destreza, tan dignas de toda admiración.



La señorita Bermúdez de Castro, hija del marqués de Lema, en una difícil jugada.



Un aspecto de la brillante actuación de la señorita María de Miniaty.



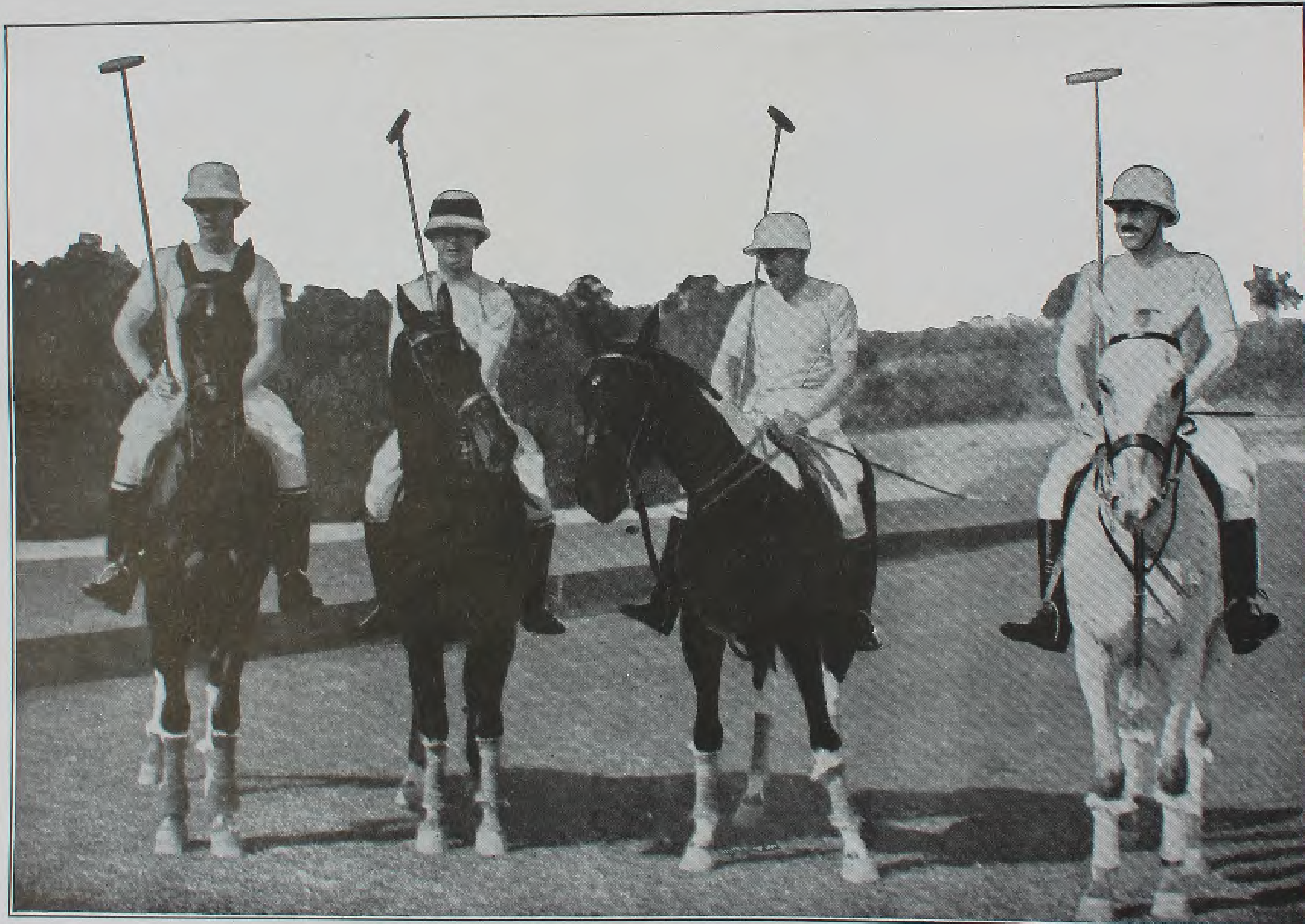
Una bonita jugada de la señorita de Chávarri.

Los partidos de Polo en Puerta de Hierro

La «Copa Villavieja»



Durante un descanso



El equipo ganador de la «Copa Villavieja», compuesto por los Sres. Urquijo, conde de Velayos, Parada y marqués de San Miguel.

UNA NOTA DE MODERNA ELEGANCIA

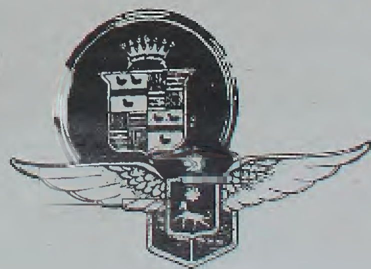
EN los sitios selectos donde el mundo distinguido se da cita, observe cómo destacan siempre las carrocerías bellísimas—de trazo ágil y esbelto—del La Salle, el coche para el sport. A 120 por carretera parece deslizarse más que rodar—tal es de suave y silenciosa su marcha. Atravesando aquellos lugares donde el tráfico impone ir al paso, la elasticidad de su motor le permite permanecer en directa y pasar en pocos segundos a grandes velocidades.

El Cadillac—coche suntuoso—y el La Salle, construídos por los mismos ingenieros, unen a su famoso motor en V 90° perfeccionamientos como el cambio de velocidades sincronizado, con el cual la operación de cambiar de marcha puede hacerse a cualquier velocidad sin ruidos ni sacudidas. Los frenos potentes y seguros, obedientes a la más pequeña presión, y sus nuevos cristales irrompibles «Security-Plate», son al mismo tiempo un detalle más de lujo entre los muchos que poseen ambos coches. General Motors Peninsular, S. A., Madrid.



Algunos distinguidos propietarios del La Salle

Excmo. Sr. Duque de Almazán
Excmo. Sr. Duque de Tarifa
Excma. Sra. Condesa Viuda de Orgaz
Excma. Sra. Condesa Viuda de Catres
Excmo. Sr. Conde de Castillo de Vera
Sr. D. Jaime Gómez Acebo
Sr. D. Gonzalo Mora



CADILLAC
y LA SALLE

Fabricados por General Motors

GRAN MUNDO





«Port Etienne», del conde de la Cimera, ganador de la «poule» de productos nacionalse y del Gran Premio Nacional.

En las carreras de caballos



(Fotos Marín.)

Dos interesantes aspectos de las tribunas durante una de las últimas reuniones celebradas.

GRAN MUNDO



D. José L. Carrizosa y Martel, marqués del Mérito, que ha contraído matrimonio con la señorita Elena Patiño.

La distinguida señorita Elena Patiño, hija del Excmo. Sr. D. Simón I. Patiño, ministro de Bolivia en París, cuya boda con el marqués del Mérito se ha celebrado con la máxima solemnidad en el palacio que los Patiño habitan en la capital de Francia.

BODAS RECIENTES



En la iglesia de la Concepción, doña Elisa Anduaga y Ramírez Saavedra, hermana de la duquesa de Rivas, y don Francisco José Belda y Méndez de San Julián, hijo de los marqueses de Cabra.



En la capilla del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón, Rosario Álvarez de Toledo y Caro, hermana del duque de Medina Sidonia, y don Salvador Ferrándiz Luna.



En la iglesia de los Jerónimos, Lucía de Olano y D. Francisco Escrivá de Romaní y Roca de Togores, hijo de la condesa de Oliva.



En la iglesia de los Jerónimos, María Teresa Pérez Díaz de Jáuregui y don Octaviano Alonso de Celis y Olazábal.

(Fotos Marín.

LA EXPOSICIÓN CANINA EN EL RETIRO

Como un espectáculo más de la primavera madrileña, todos los años hace su aparición, bajo las frondas del Retiro, esta Exposición Canina, en la que se manifiestan los más hermosos ejemplares de los fieles amigos del hombre. Ved en esta página algunos de los que allí se han exhibido.



«Patrich», propiedad de la marquesa de Zurgena



La señorita María Luisa Prado Ameno, con su perro «Boy».



Un perro de San Bernardo, propiedad de D. Horacio Dago.

(Fotos Marín)



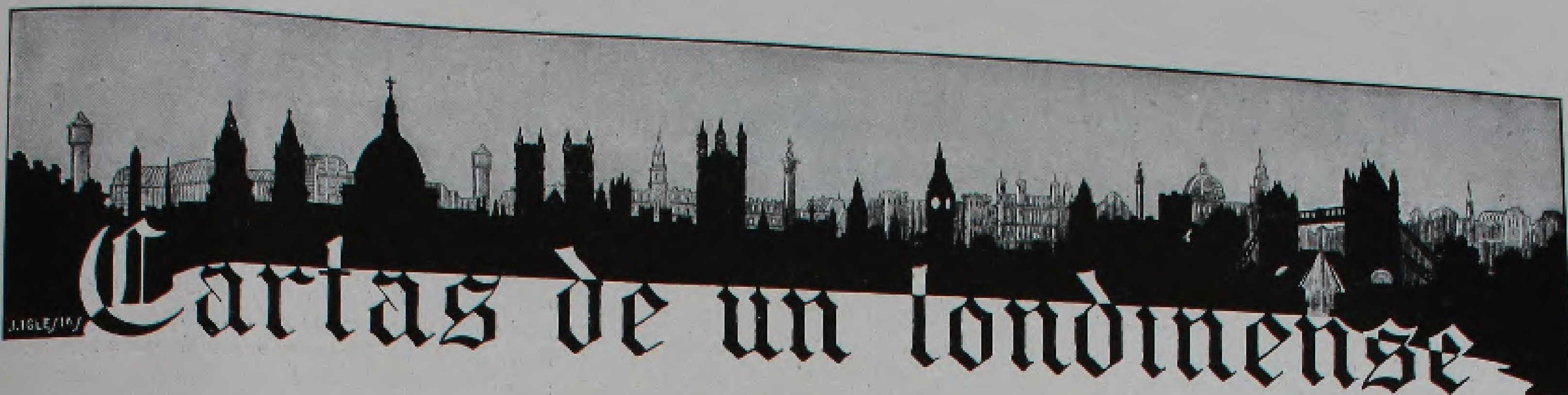
Un hermoso galgo italiano y sus cachorros, propiedad de D. Fermín Rosillo



La señorita María Luisa Mendizábal, mostrando un hermoso ejemplar.



La señorita Enriqueta Lareu, con su perro «Bebé».



POR EL VIZCONDE DE CASTLEROSSE



DEL corazón de todos los «Roll Royces» de este país se escapa el lamento de la pobreza. Siempre que entro en una casa cuyas paredes están engalanadas con cuadros inapreciables, mis oídos se ensordecen en fuerza de oír historias de desesperación financiera. Los impuestos en este país son agobiadores, y los hijos de los en un tiempo ricos ven que si bien es fácil gastarse el dinero de su padre, es muy difícil labrar una fortuna para sus descendientes.

* * *

Aunque parezca extraño, todas las grandes fortunas de Inglaterra no han sido logradas tanto por un trabajo intenso como por una administración juiciosa. Los duques de Westminster y de Portland son ejemplos claros de ello.

La semana pasada, el duque de Portland sacó en consecuencia que su famoso «vaso» etrusco, el cual ha reposado durante cien años en el Museo Británico, luciría más convertido en dinero.

* * *

Conozco al duque de Portland desde que yo era un niño pequeño, y he pasado temporadas en su casa de Welbeck, que es tan grande que por los sótanos corre un ferrocarril particular.

A primera vista, al contemplar el edificio puede parecer éste innecesario, pero debe recordarse que hay bajo tierra de Welbeck una casa aún más grande que la que existe sobre la superficie. La razón de ello es que un anterior duque de Portland, que era un hombre muy extraño, se negó siempre a salir al aire libre, y a fin de satisfacer su capricho de vivir oculto excavó y construyó toda una casa subterránea.

* * *

El duque acostumbraba a desaparecer en una «jaula cerrada» de cuando en cuando, y nadie sabía adónde iba; así dió lugar a que corriera el rumor de que llevaba una vida doble, unas veces como duque de Portland y otras como tendero de ultramarinos en Londres.

Estos cuentos consiguieron tanto crédito que hace unos cuantos años un tendero, cuyo nombre era Drew, demandó al actual duque de Portland, afirmando que él era el verdadero duque. Sin embargo, perdió su causa.

* * *

El actual duque de Portland debe po-

From the heart of every wolls Royce in the country goes up the cry of poverty. Whenvaer I go into a house where the walls are decked with priceless pictures and the floors decorated with objects of virtue, my ears are deafened by the stories of financial despair. The taxes in this country are very heavy, and the little sos of the Once Rich are finding that whereas it is easy to spend one's father's money, it is difficult to build up a fortune for one's son.

* * *

Strangely enough all the vast fortunes of England have not been amassed so much by hard work as by judicious management. The Dukes of Westminster and Portland are cases in point.

Last week, the Duke of Portland came to the conclusion that his famous Etruscan vase which has lain for one hundred years in the British Museum would look well if translated into hard cash.

* * *

I have known the Duke of Portland ever since I was a little child and have also stayed in his house at Welbeck, which is so large that a private railway runs through the basement.

At a first glance, as one sees the edifice, this may appear unnecessary, but it must be remembered that there is an even larger house underground Welbeck than there is above ground. The reason for this is that a forme Duke of Portland, who was a ver strange man, refused ever to come out into the open, and in order to satisfy his whim, excavated and built a whole house underground.

* * *

This Duke used to disappear in a shut cage every now and then, and nobody knew where he went to, with the result that the rumour got noised around tha the was leading a double life, sometimes as the Duke of Portland and other times as a small grocer in London.

These stories obtained such credit that some few years ago, a grocer whose name was Drew, sued the present Duke of Portland, stating that he was the rightful Duke. He, however, lost his case.

The present Duke of Portland must be worth in all some ten or fifteen million pounds. Men like myself whose fortune is followed by but few zeros, were somewhat surprised when His Grace attempted to sell the Portland Vase.

After the sale I had a conversation with Lord Witchfield who is the Duke of Portland's eldest son, and he told me that frankly he was delighted that the vase had not reached the reserved price.

* * *



El duque de Portland (Foto Russell et Sons).

CARTA DE LONDRES

seer, en total, una fortuna de unos diez o quince millones de libras. Hombres como yo, cuya fortuna está seguida de muy pocos ceros, se sorprendieron cuando Su Gracia intentó vender el «Portland Vase».

Después de la venta, tuve una conversación con lord Titchfield, que es el hijo mayor del duque de Portland, y me dijo francamente que estaba encantado con que el «vaso» no hubiese alcanzado el precio previsto.

* * *

Hay otro hombre que también se alegra de esto, y es el guardián del Museo Británico, cuya única misión era custodiar esa famosa antigualla.

Durante años y años ha estado este hombre sentado todo el día mirando al «vaso», hasta que al fin llegó a ser parte de su vida, y cuando todo estaba en calma y no había nadie presente, tenía la costumbre de charlar con él. Llegó el día en que el «vaso» fué llevado al salón de Christie, y el guardián se quedó muerto de dolor, como hombre que se ve desposeído de su amor.

Sin embargo, en su gran tristeza experimentó una inmensa alegría, pues si hasta entonces sólo había podido ver el «vaso» a través de una cubierta de cristal, al llegar el momento del traslado se le permitió asirlo y acariciarlo.

Cuando se llevaron el «vaso», el guardián no pudo hacer otra cosa que sentarse y mirar al lugar que aquél había ocupado, tal que un hombre ante la tumba de su esposa. Pero ahora es probable que vuelva de nuevo al Museo Británico, y ese día habrá, por lo menos, un hombre feliz en Inglaterra.

* * *

Continuando sobre el tema del duque de Portland, recuerdo que una vez en que estaba yo en su casa, uno de los invitados era un famoso *golfista* escocés, el cual, después de haber jugado una partida en los terrenos particulares, me dijo en voz muy baja y medrosa: «Cuando he pedido la línea a mi *caddie* (chico que en el juego de *golf* lleva los bastones o mazas) en un *blind Hole*, se me ha dicho generalmente que juegue sobre las copas de los árboles, los banderines y las veletas de las iglesias; pero nunca hasta hoy he tenido el privilegio de que se diga que juegue sobre Su Gracia el duque.»

* * *

Ahora, vamos a ver, ¿quiénes son las mujeres ricas de Inglaterra? Una de ellas es lady Louis Mountbatten, quien muy recientemente dió a luz una niña en Barcelona. Me figuro que ello no habrá sido



La duquesa de Portland
(Foto Mme. Lallie.)



El vaso Portland. (Foto Central Press.)

There is another man, too, who is equally pleased and that is the Warden of the British Museum whose sole duty was to guard this famous antique. For years and years this man has sat all day looking at the vase till eventually it became to him a part of his life, and when all was quiet and nobody present he got into the habit of talking to it. Then the day came when the vase was removed to Christie's and the guardian was quite broken-hearted, like a man who had been robbed of his love.

Still, in his great sorrow he experienced a great crisis of joy, for up to date he had been able only to view the vase through a glass covering, but when the time came for its removal he was allowed to hold it and fondle it.

When the vase was taken away the Warden could do nothin else but still sit and look at the place where the vase had once been, just like a man at the grave of his wife. But now it will probably come back again to the British Museum and on that day there will be at least one hapy man in England.

* * *

While still on the subjet of the Duke of Portland, I remember once when I was staying there, one of the fellow guests was a famous Scotch golfer, and after we had played a round on the private links, he said to me in an awed whisper: «Man, when I've asked the line at a blind hole from my caddie, I have often been told to play on tree tops, flag poles and church steeples, but never till today was I so privileged as to be told to play on His Grace, the Duke.

* * *

And now, who are the wealthy women of England? One of thea is Lady Louis Mountbatten who quite lately was delibered of a daughter in Barcelona. It vas not, I fancy, so much that she particularly admired that beautiful town as an obstetric centre, but because the authorities who bring us into the world ar sometimes unpunctual in their methods.

Lady Louis is an extremely beautiful woman and married a cousin of the King of England. Still, her wealth does not come from that quarter, but from her grandfather, the late Sir Ernest Cassel, the famous Jew banker who became a Roman Catholic like myself, but who could never quite subscribe to the doctrine of poverty as a means to the next world, which of course was fortunate for Lady Louis.

* * *

porque la madre admirase particularmente esa bella ciudad como un centro de obstetricia, sino porque las autoridades que nos traen al mundo son a veces poco puntuales en sus métodos.

Lady Louis Mountbatten es una bellísima mujer y contrajo matrimonio con un primo del rey de Inglaterra. Sin embargo, su riqueza no viene de esa parte, sino de su abuelo, el fallecido sir Ernest Cassel, famoso banquero judío, que se hizo católico romano como yo, pero no pudo nunca seguir la doctrina de pobreza como medio para el otro mundo, lo cual fué, desde luego, un bien para lady Louis.

* * *

Cuando conocí a sir Ernest era yo un niño y él era entonces el más íntimo confidente y amigo del rey Eduardo VII. Por incidencia, este señor hizo la fortuna de la honorable señora George Keppel, que un corredor de Bolsa, llamado Gerald Bevan, hizo después todo lo que pudo por destruir.

Sir Ernest, en aquellos días, era probablemente el hombre más afortunado de Europa; pero luego, a la tribulación repentina, siguió la tristeza y ésta terminó muy cerca de la desesperación.

* * *

Primero murió el rey Eduardo VII, y luego estalló la gran guerra. Sir Ernest, que había nacido en Alemania, sufrió muchas humillaciones. Acostumbraba yo a salir por las noches cuando estaba convaleciente de mis heridas, y solía jugar al *piquet* con este viejo millonario solitario. Un día, como me cansara el juego, le dije:

—¿Le parece bien que juguemos una partida de ajedrez?

—Ciertamente —respondió—; pero no he jugado hace cincuenta años.

Pasado un rato me di cuenta de que era un gran jugador; al fin me puso en una situación tan apurada que tuvo que rendirme.

—No tenía idea, sir Ernest —le dije—, de que fuera usted tan buen jugador de ajedrez.

Él me respondió:

—Cuando era un muchacho de dieciséis años, acostumbraba a jugar todos los días, sin hacer otra cosa en la jornada, hasta que mi padre, que era empleado de un Banco, me dijo: «O tienes que dejar el ajedrez por completo y dedicarte a los negocios, o hacerte jugador profesional». Tardé una semana en decidirme qué camino seguiría.

CARTA DE LONDRES

When I first knew Sir Ernest, I was a little boy, and he was then the close confidante and friend of King Edward VII, and incidentally it was he who made a fortune for the Honourable Mrs. George Keppel which a stockbroker called Gerald Lee Bevan subsequently eid his best to destroy.

Sir Ernest in those days was probably the most successful man in Europe, and then suddenly tribulation followed sorrow, and sorrow ended in well-nigh despair.

* * *



Lady Louis Mountbatten. (Foto Cecil Beaton.)

Firts of all King Edward VII died, and then the great War broke out. Sir Ernest who had been born in Germany suffered many humiliations. I myself often used to go round of an evening when I was convalescent from my wounds and play piquet with this lonely old millionaire. One day, getting wearied with the game, I said to him: «What about trying our hand at chess?

«Certainly», he replied, «but I myself have not played for fifty years».

After a while I became aware of the fact that he was extremely efficient, till in the end he got me in a hopeless position, and I resigned.

«I had no idea, Sir Ernest», I said, «that you were so good at chess».

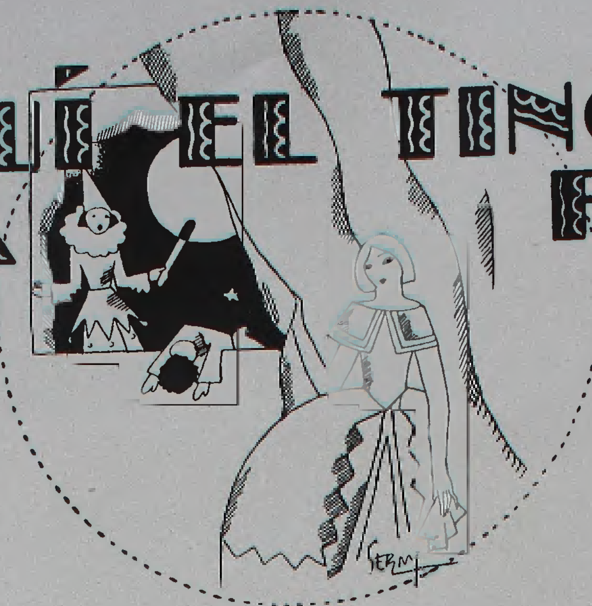
«Well», he replied, «when I was a boy of sixteen I used to play all day and every day till my father, who was a clerk in a bank, said to me'You must either give up chess altogether and devote yourself to business, or become a professional chess player. It took me a week to decide which course I should adopt.»

VIZCONDE DE CASTLEROSSE



Carmen Larrabeiti, primera actriz del teatro Infanta Isabel, cuya belleza y distinción están siendo unánimemente elogiadas.
(Dibujo original de Domingo de Mena)

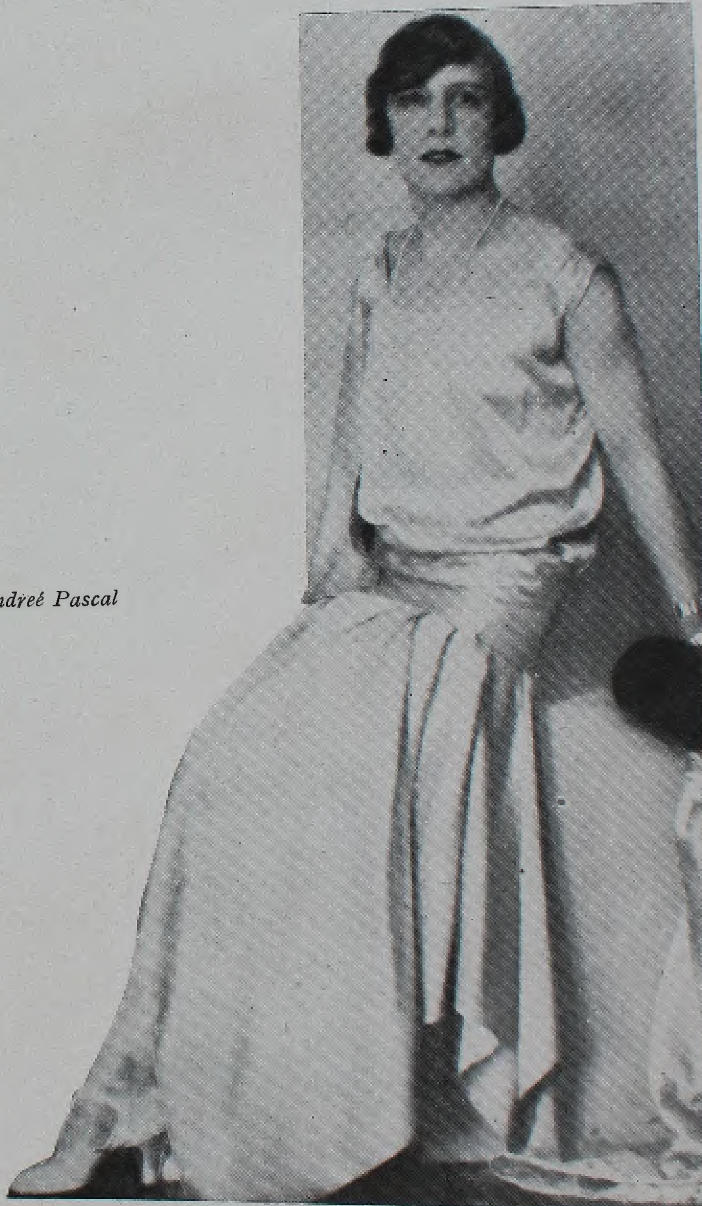
"HE AQUÍ EL TINGLADO DE LA ANTIGUA FARSA..."



EL TEATRO FRANCÉS EN ESPAÑA



Henri Duvernois



Andreé Pascal



HACE un mes desfilaron por el escenario del Alkázar los comediantes de la notable compañía de Karsenty; la de ahora; que una de las aspiraciones artístico-mercantiles de aquel empresario es difundir fuera de Francia lo mejor del teatro de su país, con una encantadora diversidad.

Esta vez han sido Baumer y la Deaussmonda las que han probado fortuna en España. El año pasado fueron madama Pascal y Herry Beaur. Y en las dos temporadas han predominado el repertorio moderno y el teatro de vanguardia relativa; ese teatro de vanguardia francés que gira alrededor de los más premeditados y tradicionales asuntos; que no se distingue del otro más que en la forma de desenvolver ciertos conceptos y en la facilidad con que acepta las renovaciones prudentes de la técnica.

Lenormand, cuya obra *Les ratés* (Los fracasados) hemos visto en Fontalba, recientemente traducida al castellano por Joaquín Montaner, es la cúspide del teatro oficial de vanguardia francés. Y, en verdad, nos asombra que se fundan así las clasificaciones en donde imperan la finura y la lógica del teatro, con más brío y jocundidad que en ninguna parte.

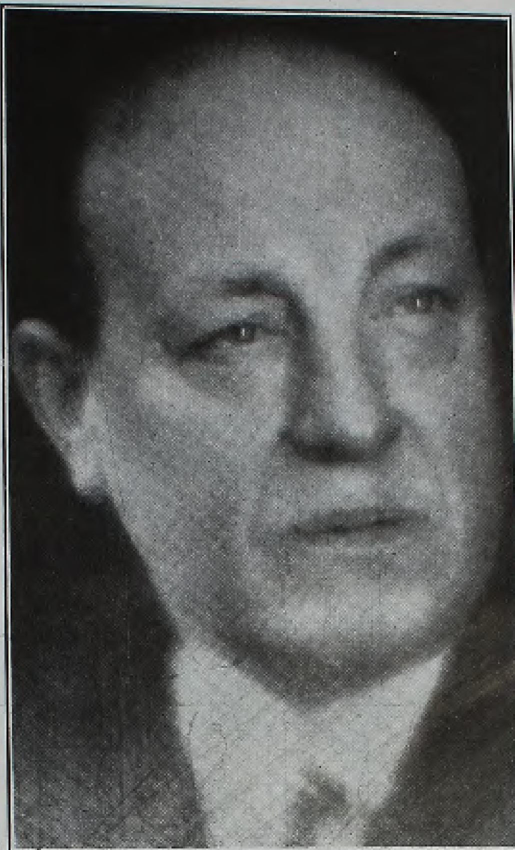


Los fracasados trajo al ánimo del público español el convencimiento de que la vuelta a lo clásico no sólo no es gusto pasado, sino que está de moda en el teatro universal. Los múltiples cuadros de Shakespeare y de Calderón vuelven a tener actualidad.

Lo triste es que haya de venir del extranjero el que los reponga en España, siendo, por otra parte, tan netamente españoles; como el drama, nervio de todo el buen teatro nuestro, que hoy no nos gusta más que cuando lo escribe o lo representa una eminencia de fuera.

Apenas cuajado el estreno de *Los fracasados*, escribían comedias en varios cuadros Eduardo Marquina y Jacinto Benavente, y, al menos, las de este gran escritor—Marquina corrió peor suerte en su intento—tenían el valor social y literario suficiente para haberse adelantado a cualquier iniciativa extranjera.

En cuanto a las demás obras de *vanguardia* que la compañía de Karsenty nos ha ofrecido en las dos referidas temporadas, me atreveré a decir que las que más fuerte impresión me produjeron son las de Bourdet y Marchand. Se nos ha escatimado la producción de Jacques Bernard, el felicísimo autor de *Martina* y de *Le feu qui reprend mal* (esta última la han vertido al teatro catalán y se ha estrenado en Barcelona), y, en cambio, hemos tenido ocasión de rechazar, si no de plano, por virtud de una indiferencia discreta, las frivolidades entonadas de Denys Amiel. Todo ese teatro de *vanguardia* cabe en cualquier manifestación de arte dramático que descubra algún sentido de modernidad. El verdadero teatro de *vanguardia* es el descoyuntamiento de las formas clásicas de la escena, en aras de una simplicidad infantil, pero todo lo intencionada que se quiera. Un ejemplo: Cocteau. Pero el público francés cristaliza en todo menos en eso. Llega hasta Duvernois y Nattanson, entre otros, aunque le gusta, siempre que puede, quedarse en Bernstein.


Herry Beaur

¡Bernstein! Intentó derribarle Bataille, y no pudo. Todavía en el *Félix* que nos ha dado a conocer la compañía de Karsenty vibra el temperamento del autor de *El ladrón* con fuerza extraordinaria. Es el dominador de la escena, el hombre de hierro de la dramática contemporánea francesa.

El teatro de los descendientes de Moliére, y no siempre por rama directa, se ha presentado a nosotros en todas las ocasiones con un sello de audacia, de atrevimiento sensual que ha suspendido la sinceridad de nuestros juicios. Cuando hemos empezado a decir que nos placía una comedia, han sonado a nuestros oídos estas palabras inquietantes: «¿Y si hablas sugestionado por la novedad?» Y cuando hemos iniciado una crítica dura ha murmurado la voz: «Cuidado, crítico; no olvides que el buen gusto lo disculpa todo.»

Además, el temperamento francés ¡es tan distinto del español! Allí se ríen y emocionan las valentías; aquí se las tiene miedo. Allí se escucha el diálogo, dure lo que dure; aquí se espera una acción violenta, en lo cómico y en lo dramático, cada cinco minutos. Y luego, el antagonismo sentimental y el estético... Y la franqueza con que se lanzan ciertos dardos gramaticales en Francia y lo difícil que es en España hablar con demasiada claridad...

Conste que no establezco comparaciones con carácter enojoso. Uno y otro país pueden enorgullecerse de ciertos estados espirituales de su público y avergonzarse de lo que acaso son achaques de la literatura universal. Pero la observación nos obliga a explicar algunas antinomias raciales que a simple vista parecen casualidades.

Por esto considero que el teatro francés debe ser conocido y estimado totalmente en España, y el español en Francia. Cada vez que una compañía francesa se acerca a nosotros nos duele la coincidencia de tal cual olvido con relación a nuestros autores en la nación amiga. No se traduce nada español para Francia. Benavente ha llegado tarde al público francés. A los Quintero casi los desconoce. Y lo peor es que el teatro del siglo de oro lo estudia sólo a título de erudito recreo.

Si nos conociéramos bien, nos comprenderíamos y llegaríamos a querernos literariamente, hasta el punto de asistir a nuestras posibles temporadas mutuas, no en calidad de *snobistas* o de aspirantes a una cultura superior, sino como hermanos de inquietudes, de pasiones y de grandezas humanas, sin que ninguno de los dos teatros resultara empobrecido ni rebajado en la consideración del otro.

La última compañía de Karsenty es un modelo de conjuntos. Aunque se destaquen, por necesidades del reparto, Baumer y la Deaussmonde, estamos en el caso de proclamar que nunca había pasado por estos escenarios una tan exacta y agradable comprensión colectiva. Aquel Herry Beaur que nos deleitaba iba acompañado de unos artistas desiguales, indisciplinados; aquel Guitry de nuestros entusiasmos trabajaba al lado de cómicos de última categoría. Sólo es comparable esta compañía de Karsenty con la que conocimos y aplaudimos de Vera Sergine, aunque le gana en unidad artística.

También han afinado un poco más las compañías francesas que vienen a España en la presentación. Hasta hace muy pocos años, ni en vestuario ni en decorado podían competir con ninguna de las de medio tono de España. Y ocurría que a la sorpresa y respeto que nos inspiraban las comedias nuevas seguía la burla, a veces la indignación, que provocaban las posturas escénicas.

Unión y comprensión recíproca. Este es el camino. Los tiempos no están para empeñarse en afianzar las fronteras literarias y recargar los aranceles. El librecambio del teatro, en general, me place tanto, que, salvo el mantenimiento de la escena regional y el modo especial de forjar los caracteres, quisiera que los grandes asuntos teatrales se aceptaran igualmente por parte de todas las literaturas, evitando así la vanidosa pugna y la desdichada soberanía del nacionalismo.

Arturo MORI


Lenormand





BANCA ESPAÑOLA

Plena de pujanza y en un esfuerzo magnífico, la Banca española llega hoy a un activo superior a los 25.000 millones de pesetas, frente a 20.000 escasos en 1922. Mil millones por año en la contribución al engrandecimiento del patrimonio nacional bien merecen el homenaje de gratitud del país alzado hoy sobre el pedestal de las grandes potencias bancarias merced a ese sprint prodigioso.



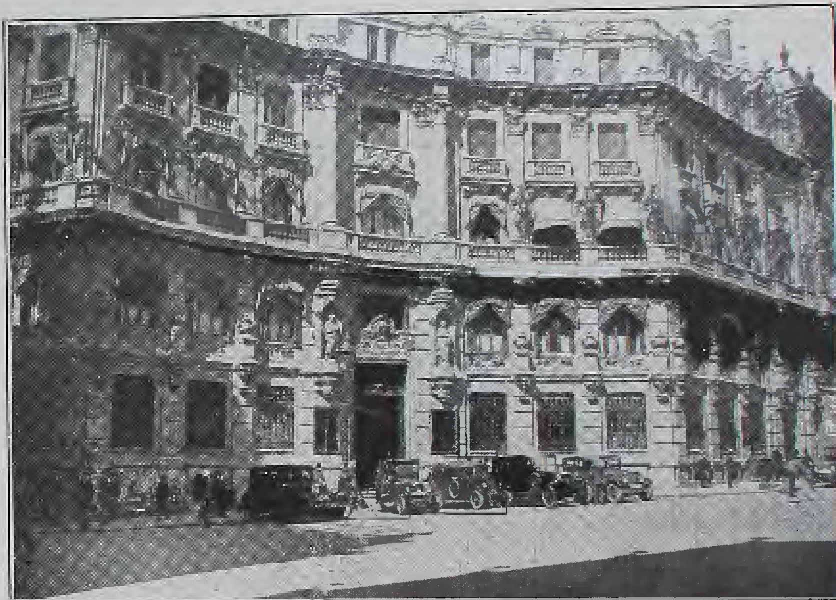
BANCO ESPAÑOL DE CRÉDITO.—*Funciona desde 1902, con capital de 50 millones de pesetas, del que hay en circulación 36.514.000 pesetas.*



BANCO ESPAÑOL DEL RÍO DE LA PLATA. *Fué fundado en 1886 y su capital es de 50 millones de pesos argentinos, de los que tiene desembolsados 30.*



BANCO URQUIJO. *La antigua «Urquijo y Comp.ª» se transformó en Banco en 1918. Su capital se cifra nominalmente en 100 millones, con desembolso de 68.724.000 pesetas.*



BANCO HISPANO AMERICANO. *Fundado en 1900. El capital nominal es de 100 millones de pesetas, y el desembolsado 90.*



BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA. *Creado en ...2, tiene un capital de 50 millones de pesetas, del cual ha desembolsado ... y medio.*



BANCO CENTRAL. *Constituido en 1919, con capital de 200 millones de pesetas, del que tiene en circulación 60.*

EL PATRÓN ORO EN ESPAÑA



Flores de Lemus

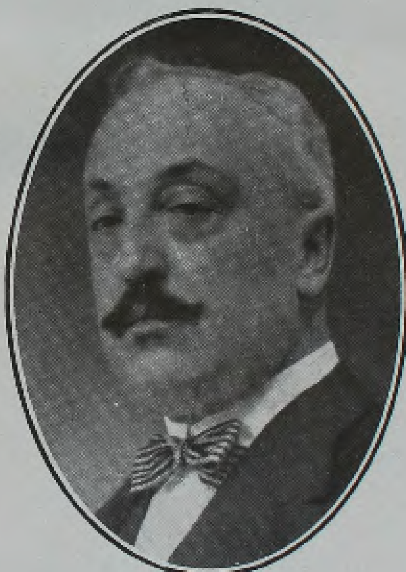
EL amor, para Dante, seguirá presidiendo eternamente las traslaciones rítmicas de los astros. El oro, para la Humanidad, seguirá siendo el alfa y el omega de toda economía, el vértice de sus ansias materiales, el lugar geométrico de todas sus esperanzas. El mito de Midas pierde su valor de ejemplaridad a través de los siglos y se hace patrón oro. Porque eso, en resumidas cuentas, es lo que se exige del patrón oro: que sea panacea de todos los males y flaquezas económicas; que mantenga los precios bajos y los salarios remuneradores, que equilibre los presupuestos y aupe la balanza de pagos del platillo que más convenga; que facilite la exportación y contenga la importación, que sea índice de bienestar, santo y seña de la felicidad, varita de virtudes de efectos taumatúrgicos, cifra y compendio de todas las aspiraciones materiales de esta pobre humanidad neurótica y gastada.

* * *

Esto es lo que se exige de un modo apremiante en todos los países. Por lograrlo no ha vacilado Inglaterra en sacrificar una buena parte de su economía, la economía del trabajo, que se desarticula en esos grandes hormigueros de hombres sin ocupación, a quienes la necesidad de vivir hace gravitar como un peso muerto de la producción británica. Por conseguirlo, Italia forzó el valor de la lira, provocando un estado de crisis que todavía subsiste. Pero oro es lo que oro vale, y no basta la voluntad de querer para llegar a la realidad de poder. El patrón oro es efecto y no causa. Efecto de una política económica que no se improvisa; de aquella política precisamente de deflación monetaria y crediticia, de ordenación previa de presupuestos, de ajustamiento de precios. Pretender esto como consecuencia de una simple disposición que dé a la moneda un valor oro que no tiene, es poner el coche delante del caballo. Y acaso por encima de todo, después de las experiencias desconcertantes que la historia financiera recoge y archiva, cabe pensar también, con Federico Bendixen el filósofo, si no es el oro ya una entelequia en el mecanismo monetario; si no será preciso romper las ligaduras que emparejan los conceptos del oro y del dinero. La ley de Peel en Inglaterra suspendió temporalmente la cobertura en oro de los billetes de Banco, y la libra esterlina no desapareció por eso como unidad monetaria; tampoco dejó de existir el marco alemán cuando los billetes del Reichsbank fueron declarados *per se* instrumentos legales de cambio, perdiendo su canjeabilidad por el oro. Knapp, también filósofo financiero y también alemán, aporta una teoría jurídica del dinero frente a la doctrina monetaria vulgar. El eje de sus razonamientos es la teoría de la creación del dinero y define con suma elegancia de concepto y gran precisión de ideas lo que él llama «dinero clásico»; es decir, el que al ser creado no influye en los precios.



Conde de los Gaitanes



Prast

* * *

España no podía permanecer en la cuneta de este camino real que es el reajuste monetario después de la guerra europea. Para realizarlo nombró una Comisión plena de prestigios de abolengo científico y financiero en todos sus componentes. Un profesor insigne, el doctor Flores de Lemus, rodeado de otros ilustres catedráticos – Viñuales, Bernis, Forcat, Tallada –, completada por conspicuos representantes de la Agricultura – Huesca, García Guijarro, Velasco Martín –, de la Industria – Gual Villalbi, Churruca y González (D. José María) –, del Comercio – Prast, Armentera e Ibarra – y de la Banca – conde de los Gaitanes, marqués de Cabanner y Gómez García, han afrontado el problema en todas sus zonas de estudio, y poco falta para que la opinión conozca el resultado de este examen maduro y sepa a qué atenerse en esta cuestión ardua y difícil que es hoy el denominador común de todas las economías del mundo.

ANTONIO DE MIGUEL

Dos palabras...

Iniciamos hoy una sección nueva en COSMÓPOLIS. Los viejos temas adquieren novedad avasalladora, como esas luminarias de cuyas brasas y cenizas surgen chisporroteos de luz y de color al soplo del viento. La gran guerra hizo varias revoluciones; pero la más intensa y la más fecunda fué la de obligar a poner en el primer plano de la actualidad los problemas económicos. Millones de criaturas de toda condición estuvieron pendientes durante algunos años de la cotización del marco. Toda la Humanidad está ahora a las resultas de los problemas arancelarios, industriales, financieros, bancarios, comerciales, bursátiles, ferroviarios, etc.

El financiero, ejemplar raro y esotérico en la fauna antropológica, ha llegado a ser algo familiar y corriente en la civilización del siglo XX. Del financiero y de sus finanzas, del economista y de sus doctrinas, del negociante y sus negocios, de la vida activa y febril, en suma, que es el exponente de los tiempos que corren, vamos a ocuparnos de ahora en adelante; huelga decir que con el respeto y la exquisita ponderación que nos distinguen: Ideas, figuras y hechos serán el bagaje de esta sección que hoy comienza...



Churruca



Bernis

VIÑETAS DE PARÍS

POR
CEFERINO
R. AVECILLA



Los monos sabios que acaban de llegar del norte de Francia y de las ciudades belgas melancolizan ahora los bulevares exteriores de París. Estos monos, que tocan el tambor y hacen gimnasia con unas pesas de trapo y disparan los fulminantes de unas escopetas de madera, son unos animalitos demasiado tristes. Cuando trabajan no miran a los espectadores, sino al cielo, como si clamasen el auxilio de un rayo. El día en que una agravación de su breve inteligencia les permitiese vencer a sus dueños y no trabajar, serían menos crueles las callecitas donde se exhiben.

MURMURACIÓN PREVIA Y ENTRE PARÉNTESIS



REALMENTE, la crónica no ha sido nunca un *artículo* de primera necesidad. El cronista equivale en la literatura a los transeúntes estériles que rayan las ciudades con sus paseos. El cronista es una literatización del hombre que va a la parada de Palacio, a la salida de los toros, a *recorrer* las estaciones en Semana Santa, a las verbenas y a todos los entretenimientos catalogados. En París, este hombre acude al hipódromo el día del Grand Prix, recorre los bailes callejeros en la noche del 14 de julio y va al Bois de Boulogne todas las mañanas.

El cronista y el transeúnte son dos representaciones de la humanidad que están llamadas a desaparecer. Yo me veré obligado a sucumbir, porque la crónica y la deambulación son esfuerzos de mi vida tan irremediables como el ánima y el cuerpo. Pero como estoy seguro de que los cronistas que han de sucedernos son los fotógrafos, me limito en esta apacibilidad de COSMÓPOLIS a adelantarme a mí mismo, ilustrando las fotografías de París con unas viñetas que escribo tan llenas de buena fe como si escribiese unas aleluyas, género literario, puro, transparente y fresco, como un vaso de agua.

(He aquí las aleluyas de este mes)

LOS ÚLTIMOS CONQUISTADORES DE PARÍS

Son los más atrayentes, los más inofensivos y los más laboriosos de cuantos conquistadores nos ha sido dado conocer. De tiempo en tiempo suele surgir en la Rotonda o simplemente en un café de los *boulevares* un hombre dispuesto a rectificar las torpezas de quienes antes que él llegaron a París para poner por obra su conquista. Estos conquistadores suelen ser literatos, músicos, bailarines, hombres de negocios y aun estadistas desconocidos. Generalmente su acometividad dura un par de meses. Al cabo de este tiempo abandonan París, que no ha sabido comprenderlos.

Pero los conquistadores de ahora son muy diferentes. Se trata de los «monos sabios» que yo he conocido en Bélgica, donde trabajan igual que los perros, bestezuelas de tiro en todo Flandes. Los monos sabios tocan unos instrumentos elementalizados, hacen la instrucción militar y piden dinero, lo mismo que los hombres, pero muy graciosamente. Hasta ahora los monos belgas no habían pasado en Francia de las provincias. Su acceso a París es realmente un premio satisfactorio. En calidad de conquistadores de la gran urbe pueden servir de ejemplo a los que llegan a Montparnasse desde todos los puntos del globo terráqueo. Porque son los únicos que trabajan. Como puede verse, han destrozado toda la mentira de que el hombre imita al mono. De estos recién llegados a París debían

VIÑETAS DE PARÍS



Las fotografías de las reinas que eligen los barrios y los oficios de París tienen una graciosa uniformidad. La corona falsa, el manto con su cuello de armiño, falso también, y aun las flores y las «demoiselles» de honor parecen siempre los mismos. Estas uniformidades de los retratos previstas ponen en la vorágine de París un poco de claridad provinciana.

tomar ejemplo los hombres. Y así, sobre brindarnos una paradoja muy espiritual, se reduciría a sus verdaderos términos el problema de la conquista de París.

LOS CAMINOS DE LA BELLEZA

El romanticismo hizo olvidar los conceptos de la armonía helénica y los modos de perfección de la línea. Ahora regresamos a Grecia y sabemos que los ejercicios físicos tienen el secreto de las perfecciones corporales y aun de las espirituales. Los deportes son el fin de cualquiera posibilidad de renacimiento de Margarita Gautier.

Todos los domingos, los muchachos apasionadamente deportivos ofrecen a París los espectáculos de unos partidos de fútbol, de unas carreras a pie y de otras rebeldías por el estilo. En otra época, lo más interesante de las novísimas determinaciones de estos muchachos sería su desenfadada desnudez. Pero como ya queda dicho, regresamos a Grecia y el desnudo es una eventualidad sin alguna importancia. No obstante, a estos espectáculos regeneradores de los domingos suelen acudir grupos de gentes sin sentido helénico, que aportan la maculación de las malicias viejas. Eso está mal. Hay que que elevarse, ponerse por encima de las sensualidades, señores míos. Es el único modo de que llegue un día en que podamos volver no sólo a los modos griegos, sino a los de nuestros primeros padres, que son los realmente deportivos y regeneradores.

En el escenario del «Ba-ta-clan» renace la opereta vienesa bajo un aspecto clásico que nadie hubiera podido presumir en la lejana apoteosis de «El conde de Luxemburgo». El mundo vive tan aprisa que las renovaciones exigen poco tiempo. He aquí una escena de «La Mazurka Bleu», opereta de Franz Lehar, cuyas melodías aplaude ahora París para restablecer un equilibrio entre la música real y los estrepitosos desacordes de los músicos negros.

Sería lamentable que la impaciencia del público dominguero de París nos malograra el Paraíso Terrenal que acaso logremos muy pronto. Pero hace falta que por ahora, y ante las piernas desnudas, en vez de guiñar los ojos maliciosamente evoquemos a Grecia.

LA MUCHEDUMBRE DE LAS REINAS

París, como corresponde a su republicanismo, tiene una predisposición irremediable a aumentar el número de sus reinas. Hay una para cada barrio y otra para cada profesión, arte y oficio. Y hay la reina de París, que tiene una magnífica corona de bisutería y un cetro de cartón y una carroza de carnaval.

Realmente, las muchachas de París que llegan a la declinación de la juventud sin haber ceñido una corona, deben de considerarse desgraciadísimas. La colección de retratos de la vida ejemplar de cada una debe estar constituída por los siguientes: El primero de recién nacida, desnuda sobre unos almohadones y mordiéndose los puños y con la acotación de la edad, el peso y la fecha. El del primer día de campo. El del vestido de primera comunión. El de reina con sus damas. Y el de boda con el marido. En este último deja de ser el retrato una imposición de la propaganda personal.

Por eso los retratos de las reinas de París no tienen jamás algún interés. En este que va unido a mis divagaciones se nos descubre la señorita Susana Petanton con sus dos damas inevitables. Es igual que el del año pasado y lo mismo que será el del año próximo. Sucede lo que con los rostros de estas majestades y con los de sus graciosos zapatos. Parecen siempre los mismos. Como se puede ver, no merecen la pena de molestarse en renovar estas soberanas, que son un tópico tan atrayente como el Bois de Boulogne y como los boulevares. Pero con la ventaja de que quienes lo personifican no envejecen nunca.

LA MELODÍA SUPERVIVIENTE

En medio de los tormentos que los músicos «de color» continúan desencadenando sobre París superviven en el *Ba-ta-clan* las rancias melodías de *La Mazurka Bleu*. Galopa el mundo tan vertiginosamente que este espectáculo de la opereta del *Ba-ta-clan* parece viejísimo y por viejo le gusta a los espectadores. Realmente, en *La Mazurka Bleu* se nos muestra la alegre decrepitud del vals vienés y aun la de *Ba-ta-clan*. Por eso ambos casos principian a ofrecernos un amable perfume.

Las representaciones de *La Mazurka Bleu* parecen espectáculos de la Comedia Francesa o del Odeón. Después de todo, son casi



VIÑETAS DE PARÍS



Los deportes han puesto por obra la conquista de la mujer en unos términos posiblemente excesivos. En todo caso es muy gracioso contemplar la paradoja de los ejércitos atléticos en el sexo débil. Realmente, el atrevido indumento que parece indispensable para las carreras a pie es más atrayente sobre las muchachas que sobre los muchachos.

inapreciables las diferencias que separan una melodía de Franz Lehar de unos versos entonados por un cómico francés. Aparte de esta consideración lírica, nos abruma la de que en tan pocos años las rebeldías elementales de las operetas austríacas los transforma en clasicismos la modernidad. No hubo nunca momento más impaciente de la historia de la civilización que el que nuestro destino nos hace vivir. A esta velocidad pueden ir desfilando tales audacias que nos sea posible llegar a ver a Josefina Baker con los mismos ojos que a la Venus de Milo.

SERENIDAD
REMANSOS

Pero en París hay más... En París hay unos remansos en los jardines y en los *squares* que no tienen literatura, pero que a mí, personalmente a mí, me producen una honda emoción. En estos jardines y en estos *squares* se incuba el sol del porvenir de la República. Las mañanas de mayo son más optimistas bajo estas frondas callejeras que en parte alguna. Junto a los troncos de los árboles, la maternidad de las francesas nos ofrece toda su resignación. En estos jardines se descubre un aspecto de París ampliamente desconocido. El más interesante. El puro. El que no tiene nada que ver con ninguno de los rostros universalizados de la maravillosa ciudad.

Ante la serena placidez de estos remansos nadie podía sospechar a París. Las Dolly Systers, Mistinguett, las peripatéticas de los boulevares y los *chanssoniers* de Montmartre desconocen estos rincones. Son tan puros que en ellos dan los niños de comer a los pájaros. El sol allí no es nunca lanzazo, sino caricia. Y hasta la hora del crepúsculo revuela una rapsodia ejemplar. La componen las risas de los niños. El breve latigazo de las alas de los *pierrots*. El chasquido de las agujas al coser. La murmuración de los palillos de boj que devoran la lana de las labores. Y el silencio.

CEFERINO R. AVECILLA



En los jardines de París tienen los niños la misma condición que los pájaros. La gran ciudad ofrece a unos y a otros muchos rincones amables y serenos. París, ejemplarmente, incuba el mañana bajo el dosel de los árboles viejos. El aire en estos jardines es verde como la esperanza o la luz que filtran las hojas. A través de este aire navegan todos los niños de París y pían todos sus gorriones.

El balón internacional en España

UNA GRAN VICTORIA ESPAÑOLA EN MADRID

*

EL EQUIPO NACIONAL INGLÉS CONOCE SU PRIMERA DERROTA



La furia española ante el marco inglés.

Foto Álvaro.

La esperábamos muy pocos. Tan sólo podíamos vencer a Inglaterra por velocidad, dijimos en estas mismas columnas. Pero a esto añadíamos: «Aunque los ingleses... Su conocimiento de juego, su colocación, su vigor físico. No, no. Por velocidad sólo son difíciles de vencer. Haría falta algo más: que los españoles supieran unir a su rapidez un juego de alguna ligazón para que la furia no se redujera sólo a un desgaste de energías inútiles.» La esperábamos muy pocos, y, sin embargo, la victoria grande, resonante, única, llegó. De ella fueron testigos treinta mil espectadores sobrecogidos de emoción.

Cuando, dentro de unos años, el aficionado repase la historia del deporte español, su atención quedará, sin duda, prendida en una hermosa página: en aquella que llevará por título: «15 de mayo de 1929. *Match* Inglaterra-España. Venció el equipo español por cuatro a tres.»

Aun perdura en nosotros el recuerdo vivo y recrecido de la tarde gloriosa.







El primer goal de España, marcado por Rubio

LA FURIA VENCE A LA CIENCIA

LA TÉCNICA SUCUMBE ANTE LA VELOCIDAD

Cerramos los ojos y cruza por la imaginación el cuadro plástico de los once jugadores rojos lanzados al asalto de la meta roja con una fe caliente, con un espíritu de recuperación, tenaz, fuerte, incansable, que fué lo más alucinador y admirable de la jornada. ¡Dos a uno a favor de Inglaterra! ¡Decepción, frialdad de posible derrota! ¡Cuatro a tres a favor de España! ¡Delirio torrencial, alegría en lágrimas, explosión de los júbilos máximos! Bien abierta la pupila a la realidad plenamente gozada. ¡España invicta!

Esa victoria que en lucha abierta hemos alcanzado sobre quienes son dueños de los títulos supremos del balón internacional ha de quedar por los años de los años rebrincándonos en el corazón como la más alta conquista de nuestro deporte.

Tres a tres en el marcador. Inquietud en el alma, incertidumbre y duda. La guerrilla española que avanza hacia el reducto. Padrón, Lazcano, Rubio. ¡Zig-zag que irrumpe como una centella roja en las alas de la victoria! Y Goiburu, el atleta joven, generoso y bravo, tozudo y tenaz, que empareja el cuero giróvago con su empeine ágil. Y el tiro sale limpio, potente y cruzado, cara al marco enemigo. Esclusa rota, vocerío loco, delirio incontenido, trepidación, grito en el alma y temblor en los labios: ¡Goal! ¡goal!

La victoria sonríe inolvidable. ¡España invicta! Y terminado el *match*, el cuero giróvago se detiene en el prado. Como la emoción detuvo el ritmo de los pulsos de un pueblo entero que quiso y... fué.

R.





Severiano Goiburu



LA VIDA HÍPICA

★

JINETES Y CABALLOS

★



Reigh Count, dispuesto sobre su silla



El gesto confiado y socarrón de Count

La rivalidad hípica entre Inglaterra y Norteamérica ha tenido un paréntesis de curiosidad en tierras sajonas de Europa. La llegada a Britania del famoso jinete canadiense Reigh Count ha servido para despertar las ansias de competición.

Reigh Count tiene algo de *boy* en su monta descuidada —dice la crítica inglesa—. Pero el *boy*, rienda en mano, ha sabido mostrar a la expectación británica cómo sabe volar sobre la pradera el jinete cuyo corazón alienta incansable.

A pesar de que Reigh —el pequeño Reigh— recuerda el paisaje amistoso de su Belmont Park y se siente como extrañado lejos de sus pistas amigas.

Aquellas mañanitas en el Belmont... Días grandes de carreras, con el ajetreo de la jornada, los caballos con sus cubertores de descanso, piafando impacientes, mientras la hora se acerca, se acerca. Y suena el estallido de la multitud como un aliento unánime.



Las cuadras del Hipódromo de Belmont (Estados Unidos), en una mañana de carrera.

ATLETISMO

EL MÚSCULO EN EL MUNDO



En el Battersea Club de Londres se han celebrado con verdadero éxito las famosas pruebas atléticas femeninas entre las escolares londinenses.

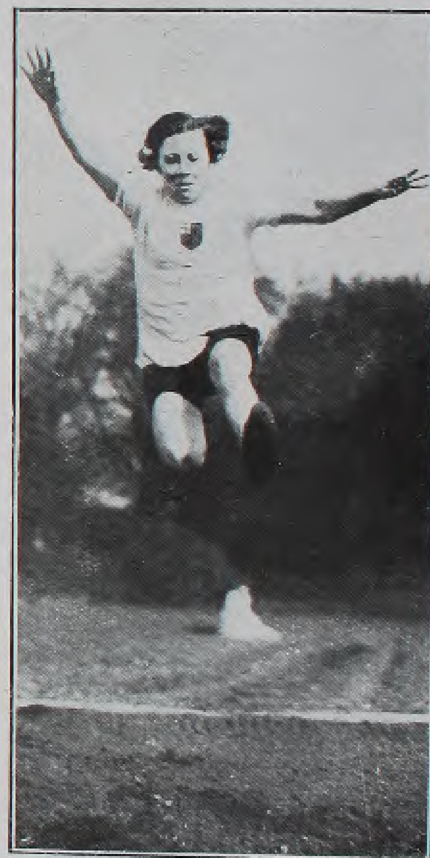
El grabado de la derecha representa uno de los momentos más culminantes de las carreras de vallas. En él se ven, en el *sprint* final, a las dos elásticas Evas que se clasificaron en primer lugar, ya despegadas del resto del pelotón de bellas adversarias. La de la derecha es miss Jensen, ganadora de la carrera. Muy ágil, muy gentil, muy estilizada en el esfuerzo físico entre carnes rosadas.

La estampa de la derecha, en segundo plano, sorprende el instante en que Elsie Watkins, ganadora del concurso de saltos, aparece lanzada como movida por invisibles alas.

La tercer viñeta recoge una fase de la dura competición atlética celebrada entre los educandos artesanos de las escuelas públicas de Londres, en Stamford Bridge.

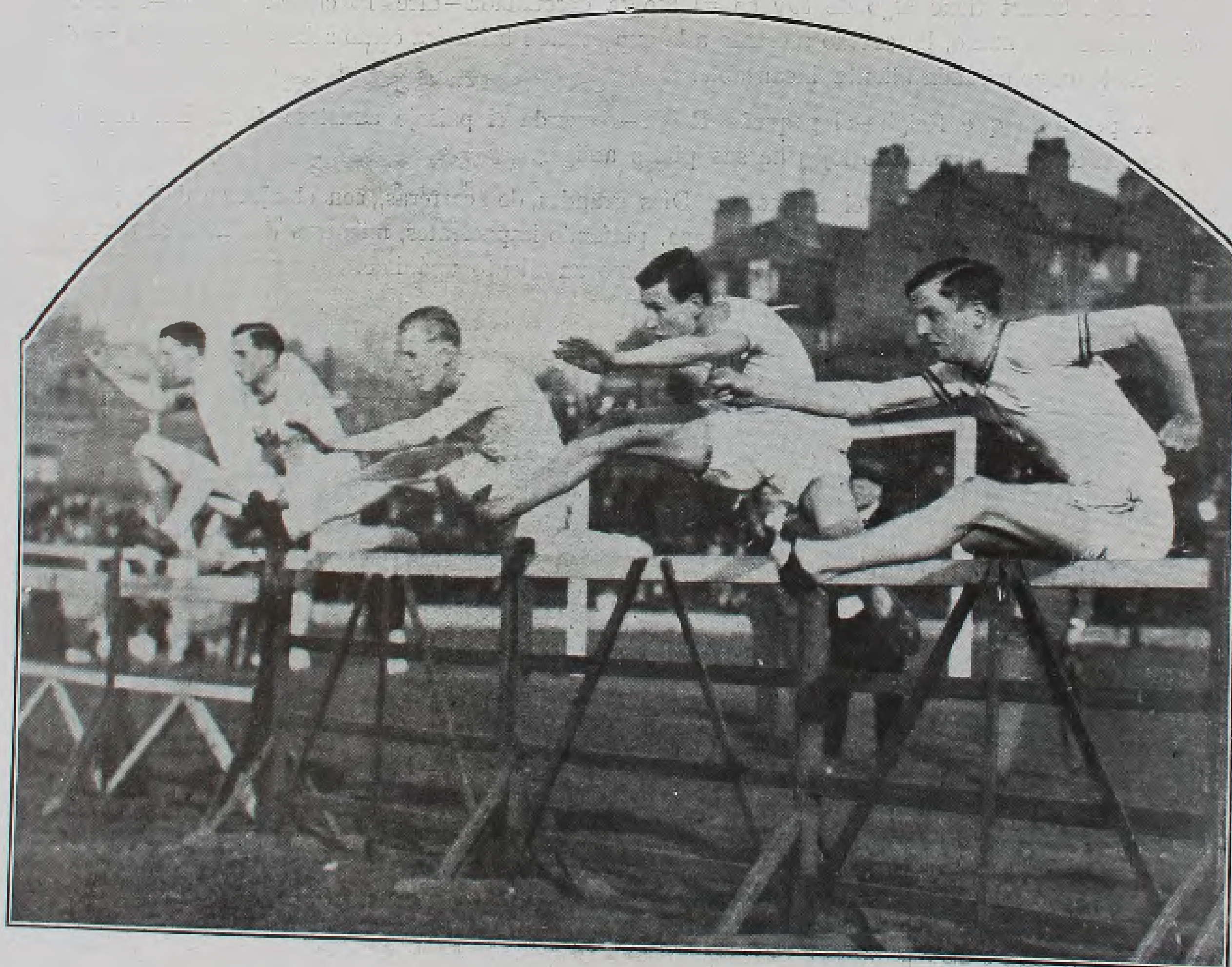


Las muchachas del Battersea Bark



Un gran salto de una de las atletas londinenses.





Un momento de los campeonatos de Stamford Bridge.

DEPORTES VARIOS



MÁS ALLÁ DE LO EXÓTICO



La modelo francesa Aimee Pfanner, que ha cruzado el canal de la Mancha en un triciclo con flotadores.

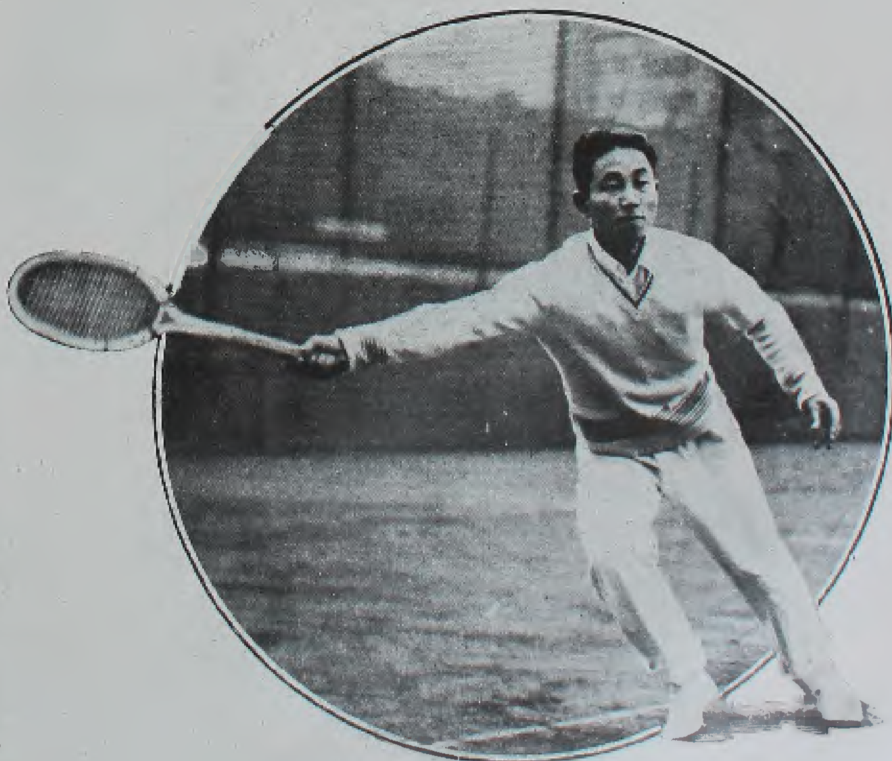


Mademoiselle Alfjer, paseando con su rueda por el Bosque de Bolonia.

La presentación de Ohta, el gran *tennisman* japonés, en los *courts* londinenses ha constituído en Londres una fuerte nota exótica dentro del deporte. Vivaz, felino en la agilidad, astuto y pronto, Ohta ha sido como el esqueje de una planta extraña cuya raíz ha prendido en tierras europeas.

¿Para qué? ¿Para qué la señorita Aimee Pfanner, la linda francesa cuya línea perfecta sólo sabe del modelo del gran modisto, habrá cruzado el canal de la Mancha con su triciclo flotante? Extravagancia. Mademoiselle Aimee no necesita del deporte mistificado para triunfar en la vida. Le basta con su palmito. Como la otra.

Como la otra mademoiselle lanzada bajo las frondas del Bosque de Bolonia sobre su rueda en equilibrio. Con tan bien y tan gentilmente que debe pisar esta parisién de los ojos negros y de las piernas firmes, sólidas y magníficas.



El gran tennista japonés Ohta, que ha debutado en Londres.

Deportes

EL CICLISMO INTERNACIONAL





Carl Brisson, esperando el pistoletazo de salida.

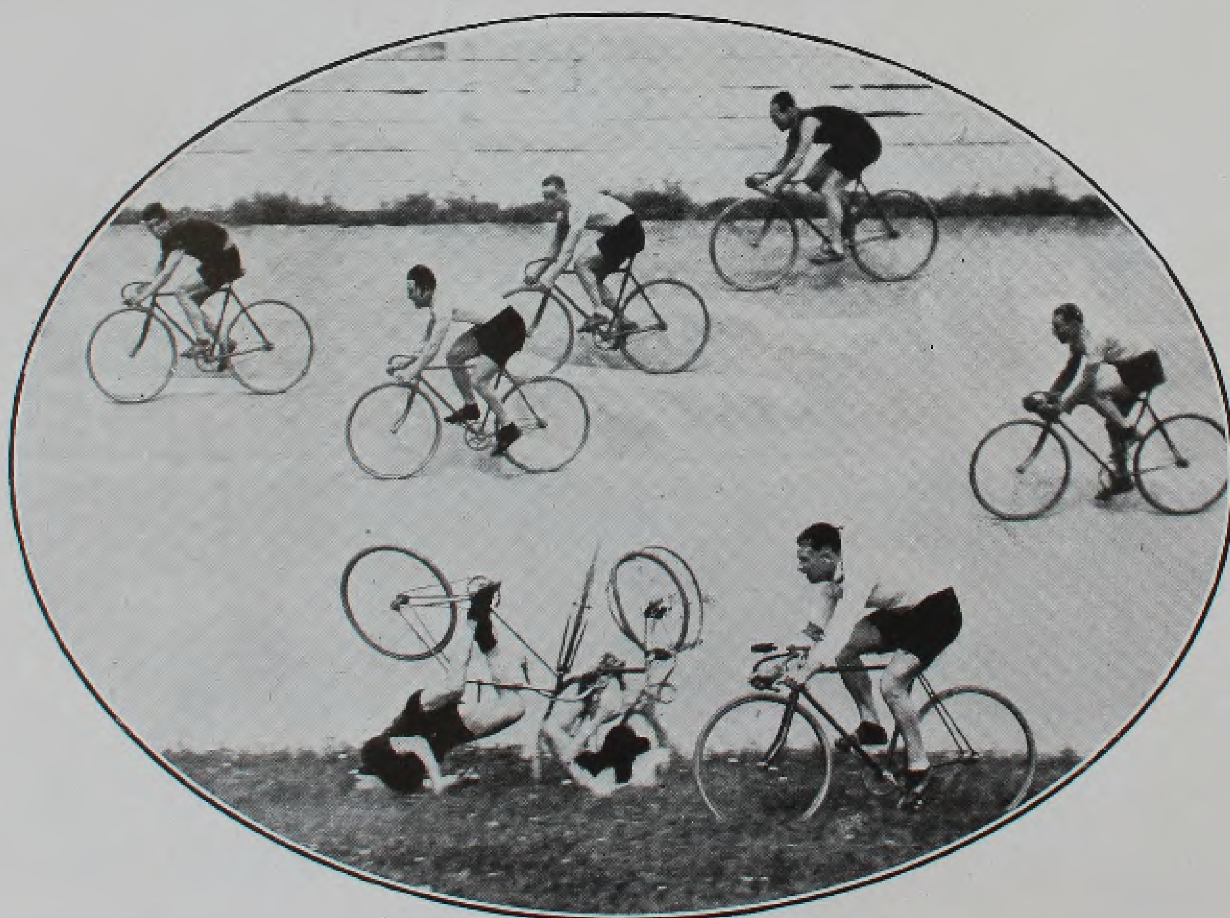
Uno de los deportes más en boga fuera de las fronteras es el ciclismo. Sólo en él en España señalamos una halagüeña iniciación.

En el Hill Track de Londres, la competición entre el inglés Breison y el danés olímpico Hansen ha revestido caracteres de acontecimiento. Breison, sobre las bielas de sus piernas fibrosas, ha gustado del triunfo. El gran *routier* ha reivindicado, recrecido, el regustillo amargo de sus pasadas mediocridades sobre la pista.

Tampoco Francia abre la mano al cansancio. Su velódromo de los Príncipes es el palenque donde el lanzamiento y el *sprint* se renuevan día tras día entre los fervores de un público entusiasta.

Y a veces entre el pelotón ronda la desgracia, y el atleta rueda peralte abajo, arrastrando tras sí a su potro de hierro enfilado ya sobre la cinta de las consagraciones.





Un momento accidentado durante una carrera de fondo celebrada en el velódromo de los Príncipes

LOS DIBUJOS DE PEPE CABALLERO



Pepe Caballero, un muchacho que apenas tiene quince años y ya siente las nobles inquietudes del arte con máxima pujanza y con la eficacia que podéis ver en estos ágiles ritmos de líneas, tan certeramente sorprendidos y trazados.

El arte de Pepe Caballero, de raigambre tan española por su técnica y por la inspiración de sus asuntos, juega en juveniles gallardías y en admirables soluciones de tecnicismos audaces, que consiguen efectos muy de ayer y hoy; tal es la fuerza de su decidido impulso. Aire de juventud renovadora impregna los trazos de estos apuntes, que auguran un brillante porvenir artístico al precoz dibujante. Pepe Caballero, pensionado por las autoridades de su tierra nativa, la brava, fuerte y evocadora tierra de Huelva, viene a Madrid dispuesto a estudiar mucho y a luchar denodadamente. Que el más completo triunfo acompañe a su risueña juventud, es lo que desea COSMÓPOLIS.

LOCUTORIO DE INMORTALES

VISITAS Y CONFESIONES DE PERSONAJES FAMOSOS



Doña María la Brava



NEGRA la veste, erguida la figura, altiva la frente, he aquí, castellana y declamatoria, a doña María López de Guzmán y de Estúñiga. En la negrura de sus ojos bellos, en la arrogancia de su orgullo prócer, en la hidalguía de su fanatismo, hay como un prestigio antiguo y milenario, como una resonancia pretérita. Es la armadura bruñida de Castilla, en pie, marcial y como dispuesta, en las amplias soledades de la Eternidad.

Llegan a morir a sus pies no sé qué relumbres solares y hay, en torno a su cabeza, desmelenada y ardida, un vago resplandor de leyenda.

Ha dispuesto, a su modo, la estancia y se diría que ésta es la sala aquella de su castillo de Peña-Roa, donde una mañana, por fuero de su casa, convocó unas vistas que entre la desnuda majestad de las llanuras de Castilla presidiera la majestad galana del Rey Don Juan.

Desnuda la espada de Don Alonso, el hijo amado y muerto, «tan noble que, al nacer él, creció en Castilla el honor», está suspensa de un garfio con rígida y patética severidad y se diría, al resplandor que la ilumina, que gotea sangre. Gotas de sangre sobre el corazón de la inmortalidad, que acaba de atravesar.

Siento, a presencia de la mujer extraordinaria, vengadora, por sí misma, de la muerte de su hijo, justicia de su casa, encarnación del sentimiento de justicia de toda Castilla, como un temblor sobrenatural, hijo de la admiración y del temor. Me acerco despacio. Siento dentro de mi pecho los recios aldabonazos de mi corazón. No sé qué hondas y raras evocaciones fingen escenografía siniestra en el fondo del amplio recinto. Donde debiera haber llanura y horizonte de montaña, se yergue, entre la niebla histórica, la negra silueta del cadalso. Y al mismo tiempo, a una lúgubre y lejana campanería, salmodia y plegaria por la muerta Castilla, se ayunta, irrespetuosa y horrísona, sonajería de cabalgada. Me parece que acabo de hollar el alma viva del pasado, que, en pie, frente a mí, me contempla.

En pie, frente a mí, me contempla doña María la Brava.

—¡Señora!...

—No mentía en mí la voz que os esperaba. Tenía y tengo el or-

gullo de mi casta. Todavía dice verdad el romance de mi primer paso de armas, en el que, por primera vez, me llamó Brava la corte de Castilla.

Me mira un instante en silencio. Y en homenaje a la eternidad de su memoria, que ahora se ha borrado de mí, para hacerse presencia viva y actual, rezo, mejor que recito:

—«¡Ah! digan plumas, Castilla,
lo que dijeron espadas!
¡Digan!, digan con el hierro,
con el hierro o la mirada,
hiere siempre el corazón
doña María la Brava».

Y después miro su mirar. Y es como una espada que se hunde en el corazón del tiempo. Apenas se esboza leve en sus labios una sonrisa de halago.

—¡Mi Castilla! Todavía la siento ahí, en torno a mi dolor y mi orgullo, viva y en pie, con una resonancia de perpetua batalla. Y ella—para siempre—ha de sentirme como una conciencia. De mi romance a vuestro poeta; de la realidad de mi venganza a la grandeza de su símbolo, corre por mi leyenda, circula por mi vida histórica y por mi existencia quimérica, la propia sangre de mis venas. Hasta tal punto, que lo que el poeta ha añadido me parece ahora vivido por mí. Todo *fué* y acaso yo lo ignoraba. Todo pudo ser. Porque, ante todo, no ha bastardeado mis dos sentimientos principales: el de mi honor y el de mi justicia. A su servicio viví y a su dictado. Ellos movieron mi vida y armaron mi brazo. Rayo fué en ellos la espada de mi hijo. ¡Don Alonso, Don Alonso! ¿Qué te hicieron? ¡En la Eternidad aguardabas a tu madre con los brazos abiertos! Pero primero era hacernos dignos de la Eternidad y lograr que la Eternidad fuera digna de nosotros. Toda mi bravura, mi orgullo y mi honor y mi fiereza tienen—el poeta supo verlo—este hondo y soterraño alumbramiento de venas maternales. He ahí la ternura de Castilla, abroquelada en la rigidez de una justicia estricta. He ahí el alma de doña María la Brava, hecha de aridez y de ternura, como la tierra de su señorío. En lo entrañable, mi hijo movía el impulso de mi vida. «Si no adorara en él non tuviera corazón». Pero, a su muerte, Castilla entera debía ser honra de sus funerales. Era preciso que si al nacer él creció en Castilla el honor, al morir fuese duelo y veneración y llanto todo el honor de Castilla...

Rompe su voz magnífica la onda de un sollozo. Sube a la boca desde lo hondo del pecho un admonitorio dolor maternal. Fuera, en la paz de lo eterno, un ave de augurio queda como suspensa en la mitad del cielo. La brava rica hembra pone en su actitud como un impulso agresivo y, vuelta a la realidad de su entereza, prosigue:

—Tal como me habéis visto, impasible y ciega frente al amor del condestable, sorda a toda voz que no fuese la de mi venganza, imperativa y rotunda, tal fuí en vida, y, sobre todo, tal fuí en símbolo. Por eso mi rendimiento final a la devoción del Condestable, si no en la realidad de mis hechos, cuadra en absoluto a la espiritual significación de mi vida. Por quebrados caminos opuestos eran nuestras vidas, según el drama, dos fuerzas que movían a una misma culminación de honor. Yo debía ser, por tanto, ballesta disparada que va a clavarse en el corazón que pisoteé. Sea cual fuere la adulterada verdad de la anécdota, reconozco en su enjundia una auténtica fidelidad a mis raciales sentimientos. Castilla entera cupo entre mis manos, y él se la llevaba. En torno a mí advertía sólo devastación y asolamiento. El ímpetu de mi justicia, el imperativo de mi honor, advirtieron en la hora postrimera de quien tuve por enemigo y por traidor que algo de mi Castilla, muy sustancial y muy hondo, encarnaba en él y con él desaparecía. Todos fueron a odiarle y combatirle. Ruinas hicieron de un templo y ellas habían de enterrarles. Yo misma me maravillo de la profunda adivinación del poeta, que de tal modo penetró hasta lo más hondo de mi espíritu. Nada valen los incidentes y las leyendas; unos y otras no son más que pretextos con que exponer al mundo las verdades esenciales de nuestra alma. Y yo me reconozco a mí misma, inalterada y auténtica, bien ahincada en mi concepto castellano de la justicia y del honor, abroquelada en el universal sentido de la maternidad, en la versión que de mi vida os ha sido presentada al cabo de las centurias.

No sé qué honda vibración de romancero y de epopeya presta a las palabras de doña María López de Guzmán y de Estúñiga, en aquel sagrado ambiente en el que alienta para lo eterno, una significación casi dogmática y decisiva. Se diría que una pretérita grandeza, derrumbada demasiado de prisa, iniciaba su nueva creación.

—No en vano fué una de mis principales virtudes mi culto a la lealtad, mi odio a la traición mezquina. Y puesto que también habéis podido juzgarme así, yo siento, dentro del alma, estimulante y deleitosa, una brava alegría. Acaso el arte supo decir lo que calló la historia...

Tentado estoy en este punto de advertir a la vengadora de su hijo que con estas palabras, dando un salto de siglos, de eternidad a eternidad, acaba de coincidir con Taine. Pero reflexiono un instante y me decido por callar. Pienso, no obstante, que acaso sea doña María la Brava, en aquel momento de su subitánea y enérgica reencarnación, un testimonio admirable de ese privilegio de creación que es la razón fundamental del arte. Y esa conformidad a la versión ajena, libérrima en la anécdota, estricta en el espíritu, tiene en aquellos momentos un sentido que traspasa las lindes de lo concreto y mensurable para derramarse, fecundo y definitivo, por los campos infinitos de lo absoluto y eterno.

Muchas preguntas pugnan por salir de mis labios; pero la presteza rotunda con que sus afirmaciones se han adelantado a ellas, me impone un sagrado silencio que tengo miedo de profanar. Sólo formulo, al cabo, esta única interrogación:

—¿Os reconocéis, pues...?

Sin dejarme concluir, exclama:

—Íntegramente. Todos los alientos que movían en mi alma y vivían en ella, allí están. Justicia, lealtad, honor y maternidad. Entre ellas y yo forjamos una Castilla: la misma que supo llevar en sus hombros y en su corazón en tantas ocasiones D. Álvaro de Luna. Y aquellos sentimientos y esta Castilla de doña María la Brava y del Condestable son lo importante y lo esencial. Lo demás, ¿qué importa? Más que de la historia soy hija del arte, que ha sabido darme, no sólo el alma que alienta en mí, sino una fisonomía y una corporal prestancia.

En el instante aquel se ha obrado como un prodigio. Se diría que ha parpadeado la luz. Como si un momento hubiese cerrado los ojos. Mejor aún: como si hubiese palpitado un momento. Después, positivamente, ha cambiado de color como en una escenografía cósmica. Ahora todo, la estancia, la figura erguida de la rica hembra castellana, y yo mismo, estamos como empapados en una suave caricia blanda y recia al mismo tiempo, crepúsculo de Castilla, luz de historia, aureola de eternidad. Alzo los ojos hacia la imagen carnal de mi interlocutora y, como si se hubiese operado en ella una transfiguración, me parece contemplarla recién creada, igual y distinta, idéntica y auténtica; pero, como si por primera vez se apareciese a mis ojos o como si al cabo del tiempo alumbrase su faz una claridad nueva. Es ella misma y es otra; ha habido en sus rasgos una transfiguración, como si un artista genial hubiese impreso en la carne de su rostro y en la idealidad de su expresión los rasgos definitivos.

Maravillado del prodigio, sugestionado por aquel nuevo milagro de la nueva creación, me acerco lentamente a la prócer figura enhiesta. Poco a poco me voy dando cuenta de que en medio de aquellas raras circunstancias estoy asistiendo a una esencial y profunda transustanciación. Y como si la sutileza de aquella luz tan fina afinase la sutilidad del intelecto, voy comprendiendo las íntimas razones eternas que la rigen.

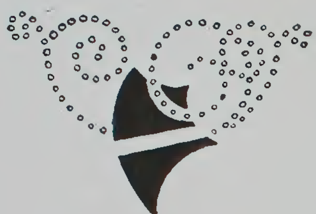
Ya a dos pasos de la egregia figura, se me aclara por completo el prodigio. Aquella que tengo frente a mí, blandiendo la espada vengadora, negra la veste magnífica, altiva la frente, dominadores y profundos los ojos, enérgica la expresión, definitivo el gesto, tiene el rostro inolvidable e inolvidado de doña María Guerrero.

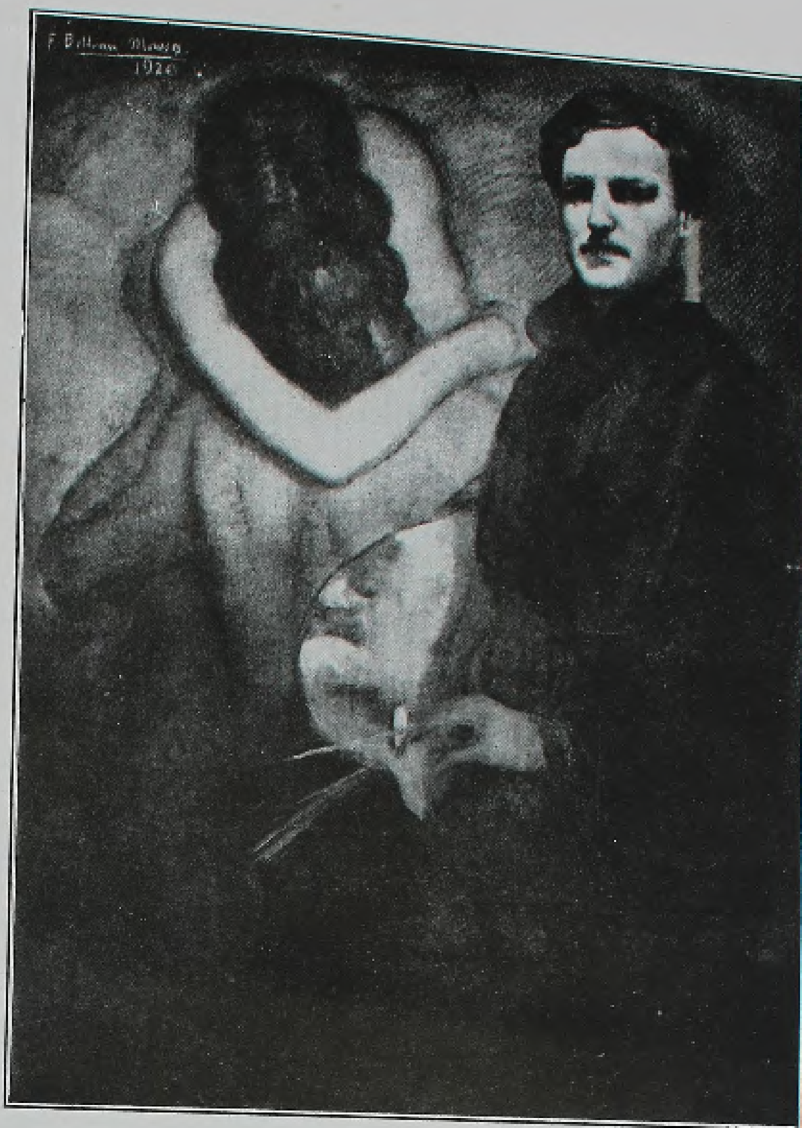
Dibujo de SALMERÓN PELLÓN

RAFAEL MARQUINA



EL ARTE DE FEDERICO BELTRAN MASSES





Autorretrato de Federico Beltrán, donado al Museo de los Oficios de Florencia.

POR

CAMILO MAUCLAIR



ONOCÍ a Beltrán Masses y conocí su obra en la Exposición española celebrada en el Petit Palais de París, en el año 1919: y considero como uno de los grandes sucesos de mi vida haber sido el primero en presentar a la crítica y al público de Francia este artista magnífico.

Los diez años transcurridos han asegurado a Beltrán una posición brillante, no gozada por ninguno de los pintores de hoy en Europa y en el Nuevo Mundo. Situación plenamente merecida por el valor de la obra y el carácter del artista.

Desde la Exposición parisina del Círculo Interaliado, que produjo una emoción tan profunda y tan unánime, Beltrán no ha cesado de producir con fastuosa fecundidad. Su facultad creadora está servida por una metódica tenacidad del trabajo que ejercita en el hotelito de Passy, donde vive en intimidad familiar, no afiliándose a ningún grupo, únicamente intentando buscarse a sí mismo, y pintando de noche y de día con ardiente apasionamiento.

Se ha escrito mucho sobre el arte de Beltrán; tiene cuarenta y cuatro años y hace mucho tiempo que está considerado como el pintor más notable de su país, y en todas partes en las que ha exhibido sus obras se le ha tenido por un pintor de primer orden. Se ha celebrado en múltiples artículos de diarios y revistas la potencia de su colorido, el orden suntuoso de sus composiciones, el extraño hechizo de sus creaciones, la audaz maestría de sus dibujos. Yo creo que lo que hay más precioso en él, para nosotros y en este momento, es el ejemplo dado en la muy grave crisis por que atraviesa la pintura. Se quiere reemplazar el estilo y la belleza de las formas por el carácter, que no es más que un atributo del estilo. Se excluye toda composición, toda psicología, considerándolas como literarias. Se reduce la «pintura pura» a las combinaciones de planos coloreados, que son medios y no fines. Se deforma la figura humana. Trátase de crear un arte internacional, especie de nuevo academicismo de lo feo, excluyendo los caracteres de raza y de patria y pudiendo estar hecho, no importa dónde, para no importa quién. Es contra tales



Retrato de la marquesa de Casa Maury. (Foto Vizzavona.)

peligros contra los que la obra de Beltrán constituye una protesta de la más alta elocuencia.

Ahonda demasiado en la persecución del carácter: pero conoce los grandes clásicos de los que desciende; une este carácter a una constante belleza formal, y si los sentimientos más violentos se leen sobre los rostros y en las actitudes de sus gitanas, de sus cortesanas, de sus alucinadas princesas, sus cuerpos son admirables testimonios de belleza voluptuosa. Beltrán es profundamente español, pinta frecuentemente tipos de España; pero los interpreta y los toma ante todo como temas de sensualidad o de hechicería, muy libremente, sin importarle la representación directa de lugares y de criaturas. No copia nada; escoge, sintetiza. Parece que desciende de los grandes pintores venecianos, de Tintoreto, sobre todo; y de los modernos, puede emparentársele con Delacroix y con Goya. Tiene el sentido de la rica composición decorativa. Como los antiguos maestres, estima que un pintor debe saber de todo y poder representar todo el mundo visible, los cielos, el mar, el bosque, las flores, los animales, las telas policromas, las arquitecturas, el desnudo, mientras que tantos supuestos innovadores se limitan pobremente a la naturaleza muerta. De todos estos elementos conjuntamente sabe servirse según su capricho, con una abundancia y una seguridad de ejecución admirables. Pero no los pinta como son, sino alegóricamente. Sobrepasa las apariencias y busca los símbolos bajo las cosas. Su visión febril y lírica transforma todo lo que toca en poemas de colores, en sinfonías de formas y de tonalidades. Porque estos poemas son la pintura pura, en un grado que las «fieras» más audaces no consiguen. Los azules de Beltrán, estos azules eléctricos, son celebrados muy justamente. Sus rojos, sus amarillos y verdes, son de una intensidad irónica. La atmósfera en que coloca sus personajes es frecuentemente irreal, porque, como los maestros antiguos, no es esclavo del aire libre, y pinta frecuentemente con luz artificial para obtener el máximum de potencia cromática. La materialidad de sus cuadros consigue la consistencia y el brillo del esmalte, y como la preparación anterior es muy sabia, esta materia envejecerá sin sufrir reacciones traidoras de la química de los colores.

Todas estas cualidades y estos dones los pone Beltrán al servicio

El arte de Federico Beltrán Masses



«La parada».

los que el pintor no debe ser esclavo, sino quedar como dueño. Y esto es una idea que se ha perdido desde el arte impresionista y que parecía natural a los maestros de Venecia. Beltrán no habla nunca de teorías artísticas. No ha tenido más que una, que consiste en «querer lo que sea bello» y en emplear para esto todos los medios posibles. Sus retratos se ligan, pues, a su obra imaginativa, a sus composiciones, por su voluntad de interpretar en ellos las sinfonías de colores que no son siempre brillantes: porque ha ejecutado trozos maestros con negros, grises plateados, azules apagados, cuando lo ha querido así. Pero está bien que en un retrato conceda lógicamente una gran importancia al parecido físico y moral, puesto que siempre sus cuadros de este género son ricos y cambiantes; conjunto de tonalidades que harán en un interior los objetos lujosos, armonizándose con las flores, mobiliarios y tapicerías.

de una transfiguración patética de la vida y del ensueño, sin lo cual no sería más que un virtuoso. En sus nocturnos de Venecia no expresa, ante todo, lo que es la ciudad y su decorado, sino la languidez, la sensualidad y la melancolía que inspira, y en figuraciones de personajes modernos o disfrazados en los esquifes, deslizándose sobre el agua triste al son de cautivadoras melodías. Y éstas son nuevas *Fiestas galantes* vistas por un discípulo de Baudelaire, para las que Beltrán haría una incomparable ilustración. En sus nocturnos de España busca, ante todo, el hechizo pecaminoso y la voluptuosidad unida al misticismo en las soledades cálidas. El amor, para él, está mezclado indisolublemente con el dolor. Hace pensar, pero no es por los asuntos y los títulos, es por la mágica sugestión de todo ello, que llega a convertirse en un sentimiento. ¡Qué fascinación obsesionante en estos ojos extraviados por el deseo, qué fuerza en estas ligeras desnudeces, musculosas y vibrátiles, de una tan bella ejecución y de una técnica tan libre en su cientificismo! ¡Qué fiereza española en las actitudes! ¡Qué adivinación de los modales salvajes y primitivos en los rostros de gitanas, y qué deslumbramientos cromáticos en sus atavíos, en los alumbrados arbitrarios y los decorados en que engastan como joyas sus sombrías bellezas.

Podría creerse que más que a un intérprete, a un poeta visionario como Beltrán, sería fácil asignarle un papel de retratista. Ha hecho, sin embargo, muchos retratos contemporáneos. En ellos traduce fielmente no sólo el parecido físico de los modelos, sino sus almas, con una rara penetración, pero tratados como personajes de sus interiores ensoñaciones mágicas. Los coloca sobre fondos de parques y arquitecturas imaginarias, algunas veces en las noches consteladas de estrellas, aunque estén revestidos de tintas al aire libre, porque considera que la luz es un elemento de composición y de efecto de



«El triunfo de la muerte», ilustración para la novela de Gabriel D'Annunzio.

El arte de Federico Beltrán Masses

Cuando se conoce bien la producción de Beltrán, se comprueba todo lo que puede permitirse, porque sus audacias van siempre precedidas de una enorme cantidad de dibujos y de estudios coloreados, de una impecable ejecución, repertorio del que extrae a voluntad. En estos años ha realizado una serie de variaciones sobre piedras preciosas representadas alegóricamente por figuras femeninas, de las que cada una es un gran esfuerzo, puesto que trabaja sobre un solo color y sus derivados cromáticos. Beltrán, invitado recientemente a hacer por primera vez la ilustración de un libro, ha dado toda la medida de su ingeniosidad realizando para dicha ilustración una serie de láminas en colores para la epujant y sombría obra maestra de Gabriel d'Annunzio, *El triunfo de la Muerte*. Hay en ellas visiones de una cualidad única, que interpretan el sentido más profundo del libro, igualando el carácter de salvaje fatalidad, como la que cierra la obra, donde se ve la unión de los amantes, desesperados y estrechamente enlazados, lanzarse a los abismos del mar. Y es aquí donde aun sabe Beltrán cuánto debe su inspiración a la realidad, y de ella espera quedar libre, no recibiendo de ella más que elementos patéticos. Así uno de sus más célebres cuadros, *Las damas del mar*, podría ser considerado como la síntesis de las *mujeres malditas* de Baudelaire, aunque hayan sido pintados antes de que el joven artista hubiese leído una traducción de *Las flores del mal*. Y de las obras conocidas, la *Eva de la serpiente*, la *Salomé*, *Hacia las estrellas*, son cosas excepcionales de nuestra época, porque ellas vuelven a colocar la pintura a la altura de la verdadera poesía, como Delacroix ya la había colocado. Todo lo que hace Beltrán protesta en silencio, pero de manera brillante, contra la vulgaridad de la pintura, que se cree actualmente audaz y que no sabe más que deformar la realidad vulgarísima, mostrándose incapaz de inventar nada. Esta pintura tiene algo de triste y de sofocante, afea las cosas y los seres bajo pretexto de verlos de una manera nueva. La obra de Beltrán, por el contrario, hace adentrarse en la naturaleza y en nuestra alma un soplo lírico.

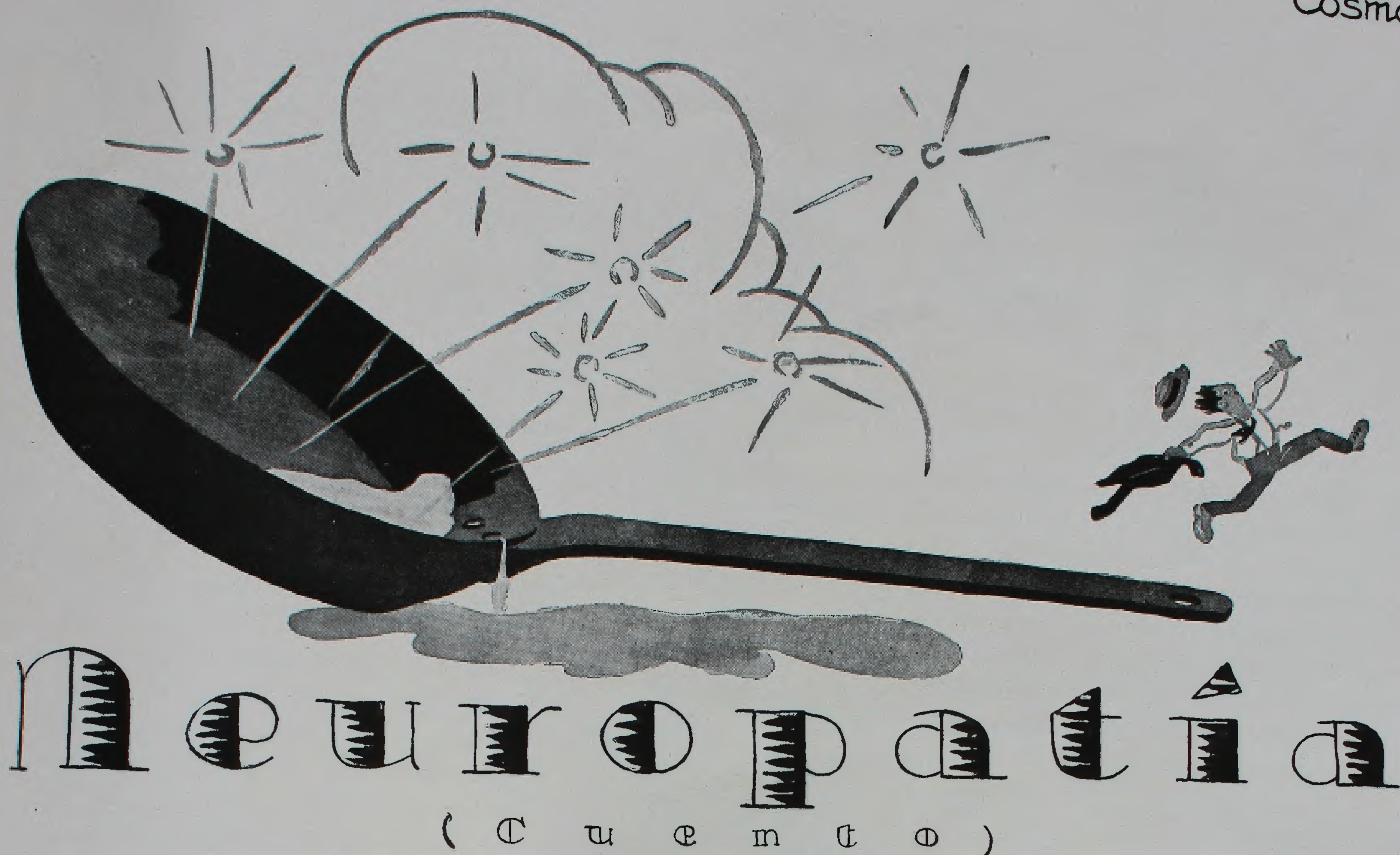


«Gitana». (Foto Vizzavona.)

En un libro que yo he tenido la suerte de consagrarle y que aparecerá bien pronto, he intentado dar las razones detalladas y profundas de mi admiración por su obra. Aquí apenas puedo indicarlas. Considero a Beltrán como el más grande temperamento de pintor-poeta que ha aparecido en Europa desde hace largos años. Pero que no se le confunda, a causa de esta expresión doble, con un Watts, un Boecklin o un Gustavo Moreau, que fueron poetas, engañándose en la elección de instrumento, puesto que hicieron pintura de literatos. Beltrán es pintor plenamente, inventor de coloridos y de formas, orfebre de una materia pictórica espléndida; y su poesía resalta como uno de sus dones plásticos. He aquí por lo que creo que su obra responde necesariamente al entusiasmo de millares de almas, que su éxito prodigioso llega hasta ellas y que es el único artista contemporáneo capaz de restablecer con su ejemplo, en provecho de la *pintura pensada*, aquello que Leonardo de Vinci llamaba *una cosa mortale*, en contra de los extraviados y las víctimas de *la pintura pura*, que es la bagatela.

CAMILO MAUCLAIR



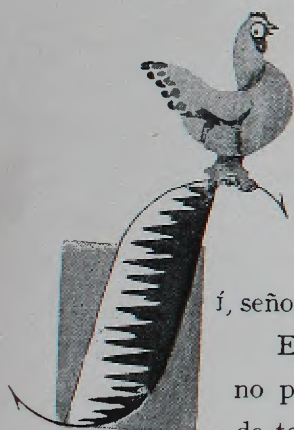


Neuropatía

(Cuento)

Original de FERNANDO CALLEJA

Ilustraciones de NADAL



Sí, señor juez, sí: la información es exacta.

Estábamos en la tertulia del Casino. Mi consocio no prorrumpió en denuestos contra mí: se abstuvo de todo comentario injurioso para mi persona y allegados; ni pensó, de cierto, en agredirme, ni tenía por qué. Lo único que hizo fué afirmar en mi presencia que *no hay cosa más sencilla que freír un par de huevos.*

Salté sobre él, le eché al cuello ambas manos y fué tal el sacudimiento a que sometí su cabeza, que sin la intervención de camaradas, acaso el bamboleo hubiese terminado con la victoria de la fuerza centrífuga sobre la resistencia de los ligamentos que mantienen unida la cabeza al tronco, y mi consocio se habría destaponado como una botella de champaña.

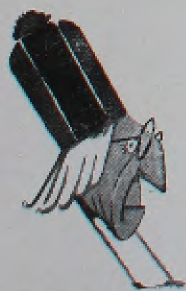
¿Borracho? No, señor juez. ¿Demente? Menos aún.

Ni lo estoy, porque a seguida afirmé que soy hombre pastueño, ecuánime, con espontáneos impulsos hacia el buen humor y casi completamente refractario a la cólera. Si usía me lo permite, haré sucinta historia de la neuropatía causa de este suceso, que nadie lamenta más que yo.

Pido perdón por tener que aludir a sucesos personales, por haber de hablar de mí mismo; que no me parezco en nada a quienes lo hacen así por costumbre, como no sea en que, habitualmente, ni ellos ni yo tenemos nada que contar que sea a la vez nuestro e interesante.

Y voy con mi relato. Prácticamente, señor juez, *prácticamente* y en rigor, puede afirmarse que no tengo sino un ojo utilizable.

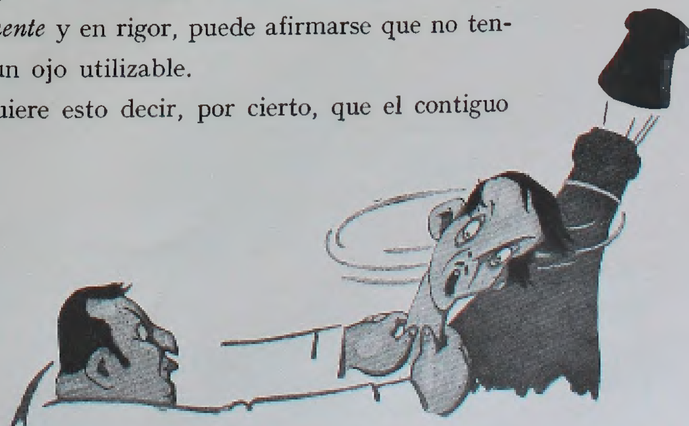
No quiere esto decir, por cierto, que el contiguo

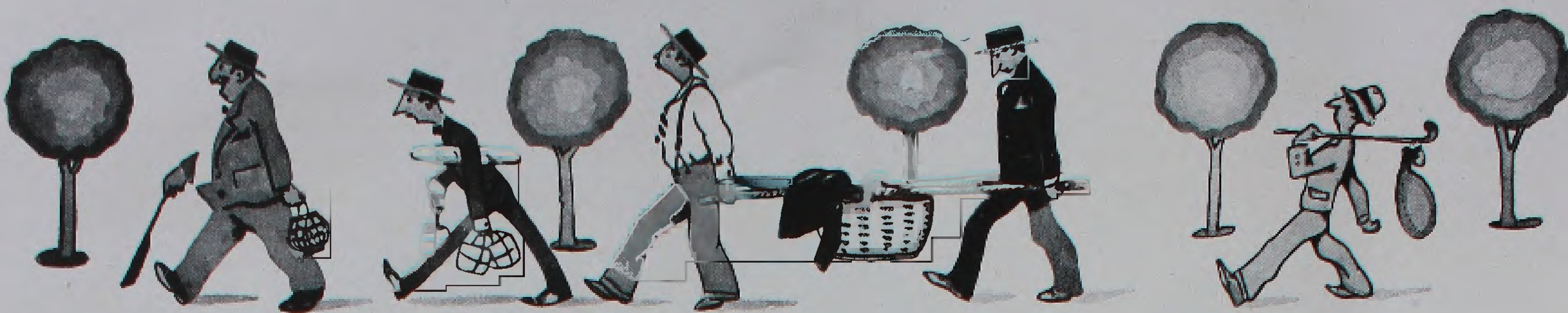












sea un ente de razón, ni menos un órgano completamente desprovisto de aplicaciones.

Antes al contrario. Como ve usía, señor juez, mi ojo izquierdo es de cristal. No lo había advertido usía, ¿verdad? ¡Je! ¡Je! No me extraña; es una imitación pasmosa: alemana; los alemanes llegarán a hacer rosas de trapo mejores que las naturales y rosas naturales que imiten, superándolas, a las de trapo. Perdón, señor juez, por esta importuna digresión etnográfico-industrial. Soy levemente propenso a la verbosidad... Continúo.

Decía que mi ojo izquierdo es de cristal, pero que no carece de aplicaciones, ni yo de optimismo para ocultar tras de ellas, en lo posible, el inconveniente de la visión monocular.

Vea usía, por ejemplo, qué expresión inmóvil, impenetrable, adopta mi facies sólo con entornar el ojo derecho. No es dudoso que esta posibilidad habría de serme preciosa si algún día soy designado para una misión grave y diplomática...

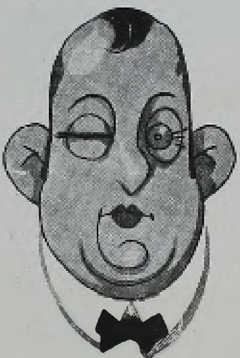
Me abstengo de mencionar otras aplicaciones de mi ojo izquierdo porque conozco lo precioso que es el tiempo de usía.

Pues bien, señor juez, la calidad optimista y sonreidora de mi temperamento no basta a convencerme de que física ni metafísicamente sea una buena ventura el hecho de perder el cincuenta por ciento de mi capacidad visual.

Bien al contrario. El suceso y sus circunstancias me impresionaron hondamente y se reflejaron en la neuropatía antes mentada. Y cuando alguien evoca estas circunstancias ante mí, una ola de cólera terrible e inusitada inunda mi cerebro; y mi natural apacible desaparece ante un violento impulso de matar, que afortunadamente pasa pronto.







Y voy al caso.

Habíamos organizado varios amigos una comida campestre condicionada por la obligación impuesta a cada cual de cocinar al aire libre, en pleno monte, uno de los platos del menú.

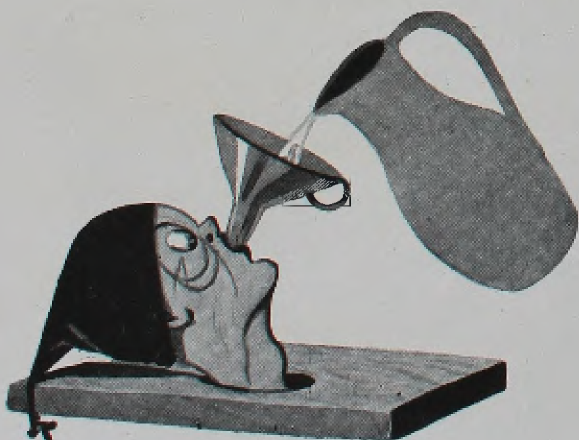
Yo era y soy, señor juez, analfabeto en ciencia culinaria activa, aunque pasivamente pueda, quizás sin petulancia, calificarme de artista consumado. Como lo manifestase, arguyó uno de los futuros comensales:

—Hombre, aunque sea haces unos huevos fritos; no hay quien no sepa cosa tan sencilla.

Yo era, precisamente, un gran amador de los huevos fritos. Y bajo la influencia de la tradición que nos dice lo fácil que es freír un par de huevos, acepté cándido.

Y llegó el instante.

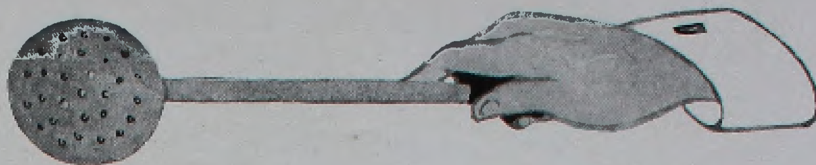
(Profeso desde entonces que si la salsa mayonesa fué inventada por un cocinero de Napoleón, y los lenguados Colbert por un famoso ministro de Luis XIV, los huevos fritos nacieron, sin duda posible, de la crueldad tremenda de algún bárbaro feudal del siglo XII. Luego del potro, después de las cuñas en los dedos, más tarde del agua y el embudo, aquel tirano sin corazón ordenaba —estoy seguro— con impasible gesto de hiena: —«Que fría ahora un par de huevos».



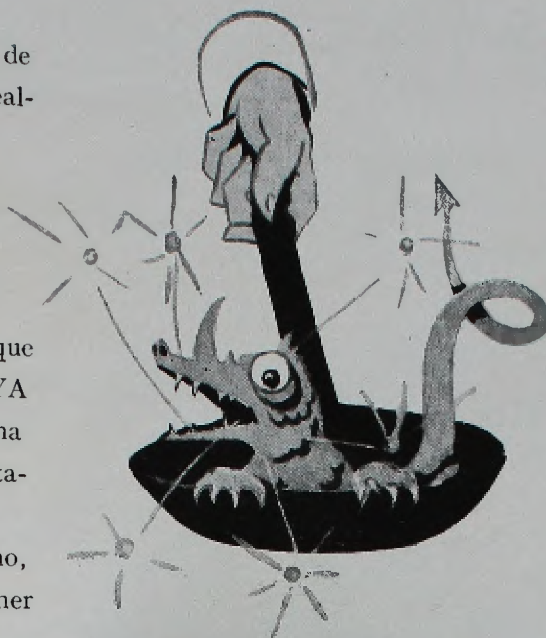








La receta que días atrás había recibido de los sonrientes labios de mi cocinera, era realmente sencillísima. «Se pone en una sartén un poco de aceite a freír, se rompen los huevos, se echan en la sartén cuando el aceite está bien caliente, *y ya está.*» No creo que se pueda condensar en tres palabras mayor cantidad de perfidia que la que encierran las últimas de la receta: «Y YA ESTÁ.» ¡Protesto airadamente ante esa afirmación inicua, causa de mi ruina moral! ¡No estaba, señor juez! ¡Qué iba a estar!



Puse manos a la obra. No era aceite, no, era manteca ¡manteca!, lo que hube de poner en la sartén.

Al principio, nada. El blanco copo de manteca patinaba en la lustrosa pista de la sartén la danza de su muerte.



Cuando hubo desaparecido —es decir, cuando se hubo trasmutado, un líquido que conformaba su nueva manifestación, mostróse apacible e innocuo. Me apliqué a observar ordenadamente las prescripciones de la fórmula culinaria para freír huevos. Al parecer, solamente había que cascarlos levemente y arrojar clara y yema en el hirviente líquido.

No quiero, señor juez, no quiero explicar a usía las insospechadas dificultades de esta operación preliminar: Cascar un huevo, quedarse con las mitades de la cáscara en las manos mientras el huevo, desprovisto de su envoltura calcárea, cae incólume en la sartén... Al tratar de hacerlo, parece como si los romos dedos se transformaran en agudísimos punzones que perforan la débil cáscara por doquier, mientras que por los agujeros surge impetuoso un crómico surtidor de huevo crudo. Paso de largo estas dificultades, por ser ajenas a la causa productora de la neuropatía motivo del hecho delictivo que juzga usía. Baste con consignar que tras algunas tentativas poco afortunadas logré arrojar en la sartén cierta cantidad de huevo crudo mezclado generosamente con fragmentos de cáscara.

Con una paleta en la mano, me preparaba para dar en la sartén esos golpecitos que los cocinadores de huevos fritos dan en similares ocasiones. Creo que es un rito reminiscente de antiguas supersticiones.

Mas no pude lograrlo. Toda mi energía vital hubo de bifurcarse en sendas direcciones: la una, para contener, en lo factible, un explosivo impulso de pronunciar groseras palabrotas; la otra, para correr en busca de linimento adecuado contra la más nutrida, multiforme y copiosa colección de quemaduras que registra la historia de la medicina desde los días más remotos.

¿Cómo ponderar, cómo definir la fuerza dinámica que pueden desarrollar cien modestos gramos de manteca? No: nadie creería la extensión superficial y la variedad de tejidos, objetos y sustancias de todas clases que puedan salpicar, invadir y macular cien únicos gramos de manteca en ebullición al ponerse en contacto con una pequeña porción de huevo crudo.

Aquello no era ya manteca. Aquello era un monstruo inaprensible y ubicuo que bramaba enfurecido, se encabritaba y chisporroteaba, lanzando en todas direcciones sus petardos tumultuosos que abrasaban mis manos y mi cara despiadadamente.

Uno de los petardos reventó en mi ojo izquierdo —un ojo garzo precioso que se guiñaba con picardía en vano emulada por el supérstite.

Ante mis alaridos, aquel mi camarada autor de la iniciativa de los huevos fritos exclamó con gran risa.

—¡Pero, hombre! ¡cuántos aspavientos! ¡con lo sencillo que es freír unos huevos!

Me lancé sobre él, le agarré por el cuello... Etcétera, señor juez. Lo mismo que esta tarde...»

FERNANDO CALLEJA

Ilustraciones de Nadal.



La Argentina ha vuelto á París

POR

MARGARITA NELKEN



RETORNO triunfal! Tres meses de danzas alrededor del mundo, y el viviente cartel de España paseado de Nueva York a Shangai, de San Francisco a Tokio y de Tokio a las Islas Hawai y a las Filipinas.

¡Antonia Mercé, embajadora de nuestro arte más popular y de nuestra estilización más refinada. De lo más íntimo de la raza y de lo más pintoresco del ambiente!

Cada nombre de países, para el extranjero, una evocación. España—en París, en Londres o en Viena—es Zuloaga, Albéniz, Falla y La Argentina. Y, en esta última, toda España, como en la obra goyesca que abarca las majas amadamadas de la Pradera, y la Tirana, y los toros de pueblo y los desastres de la guerra. La Argentina será, alternativamente, la mocita andaluza de pañolito cruzado sobre el pecho y ensoñadora mirada de espera, la gitana que se anuda todo el cabello en un pañuelo para subir a una romería serrana, y cuyos ojos y boca descarada forman un triángulo de puñales, o la chula gran señora cuyo pañolón bordado de chinos dibuja, sobre la falda amplísima, una reverencia de minué. Tan pronto requerirá, para subrayar una estilización, un mantón de fantasía, especie de larga echarpe con flecos, vestimenta exótica, de española de cine, a la cual su garbo imprimirá, empero, un sello netamente castizo, como se envolverá llanamente en un mantón negro y liso, que no acompañará ni siquiera una flor en las crenchas, como para decir que no precisa nada más que sus gestos, su porte, *su aire*, para la máxima elegancia.



... se envolverá en un mantón negro y liso...

¡No hables mal de los gitanos, que tienen sangre de reyes...! La copla sólo de los gitanos habla; pero todo el que haya visto a una *bailaora* andar en el tablado con su traje de cola sabe de la majestad innata en unas danzas instintivamente surgidas del pueblo. De un pueblo. ¡Aristocracia de unas cadencias sentidas antes que aprendidas! A los públicos de *allá fuera*, La Argentina cuenta cómo estos bailes nuestros, que algunos creen desgarrados porque son brotes de pasión, se dignifican sin ningún esfuerzo, porque son manifestaciones de un pueblo en donde las pasiones se exaltan en silencio. Una sola expresión, si es justa, dice más que todas las gesticu-

La Argentina ha vuelto á Paris

La sonrisa de La Argentina es el gesto más acusado, más definido y concreto de su danza

laciones; la sonrisa de La Argentina – boca rasgada que diríase mira con los dientes, y ojos que hablan todo lo que calla la boca –, esa sonrisa es el gesto más acusado, más definido y concreto de su danza. De perfil, debajo del calañés de terciopelo, tiene algo de espada.

¡Retorno triunfal! Ya está otra vez en París, de vuelta de dar la vuelta al mundo. En estos días, dirigirá, en la Ópera Cómica, *ballets* que llevarán, a la atmósfera artificiosa del viejo teatro, efluvios, vibraciones reales: un arte que al nacer no supo que había de ser un espectáculo y que, al cuajarse en espectáculo, no ha olvidado su nacimiento.

Música de Albéniz, de Falla: música popular traspuesta y más exaltada cuanto más sabia, como aroma más fragante cuanto más concentrado. Danzas de La Argentina: todo el baile de un pueblo que se ha expresado todo en sus bailes;



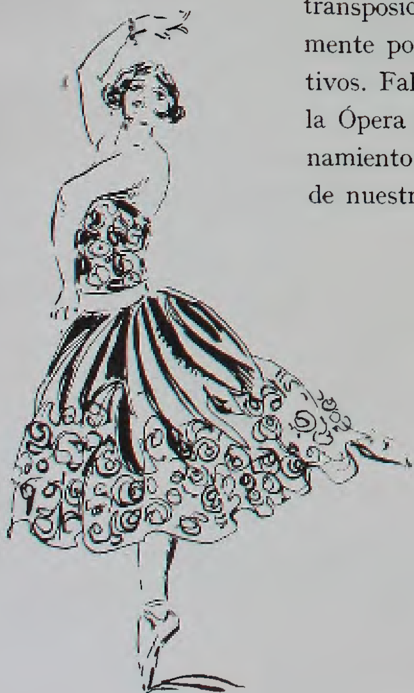
... la mocita andaluza de pañolito cruzado sobre el pecho y ensoñadora mirada de espera.

LA ARGENTINA HA VUELTO A PARÍS





La chula gran señora, cuyo pañolón dibuja sobre la falda amplísima una reverencia de minué



transposición sabia—y por ello más exaltadamente popular—de actitudes y ritmos instintivos. Falla interpretado por La Argentina en la Ópera Cómica: la entronización, en el refinamiento europeo, del casticismo más hondo, de nuestra esencia más real.





Esta sonrisa de perfil debajo del calañés de terciopelo, tiene algo de espada.

ANTE LA PANTALLA



Valentín Parera—sin duda, el mejor actor de la pantalla española—ha sabido colocarse entre los dos horizontes opuestos. No es ni el muchachote impetuoso y bizarro que han impuesto las películas yanquis ni un galán otoñal a lo Menjou. Aunque si bien se mira, está más cerca de este modelo que del otro...

EL MUCHACHOTE Y EL CABALLERO GRIS

Sí; el muchachote y el caballero gris... O lo que es lo mismo: el galán impetuoso y el galán maduro y sentimental, que tiene en la plata de sus canas primeras algo como un perfume de discreta experiencia. En definitiva, dos tipos distintos de—digámoslo así—estética masculina. El cinematógrafo, que ha difundido por el mundo ese patrón de belleza femenil consistente en la «flapper» nerviosa, fina, menuda, casi aérea, ha impuesto también figurines determinados para los hombres. Uno de esos figurines es el del muchachote al estilo yanqui. Otro es del varón gris. De esto podrían hablar, mejor que nadie, las mujeres. Ellas conocen exactamente cuál de los dos galanes es el que sabe buscar con más acierto los recónditos caminos de su corazón. Pero la mujer que podría narrar a la gente todas estas pequeñas y sutiles cosas se las calla porque no sabe escribir. Mientras la mujer escritora, la literata de profesión, con sus gafas y su moño, se limita a hablarnos del Greco, por ejemplo. Pasa, con esto, lo que con los grandes pecadores. Un novelista envidiaba a un curita de esos que frecuentan los salones de las grandes damas, con sotana de seda, pálidos, cuidadosos de su persona, teniendo en el bolsillo, junto al rosario, una barrita de «rouge» que puede remediar cualquier desavío en el *maquillage* de las ilustres devotas:

—Ustedes, los confesores, oirán, seguramente, historias muy sabrosas. Si no fuera por el secreto de confesión, podrían hacerse ricos con la literatura novelesca.

Y el *páter*, a quien cansaba ya el relato repetido de tantas caídas vulgares, denegó, con una sonrisa:

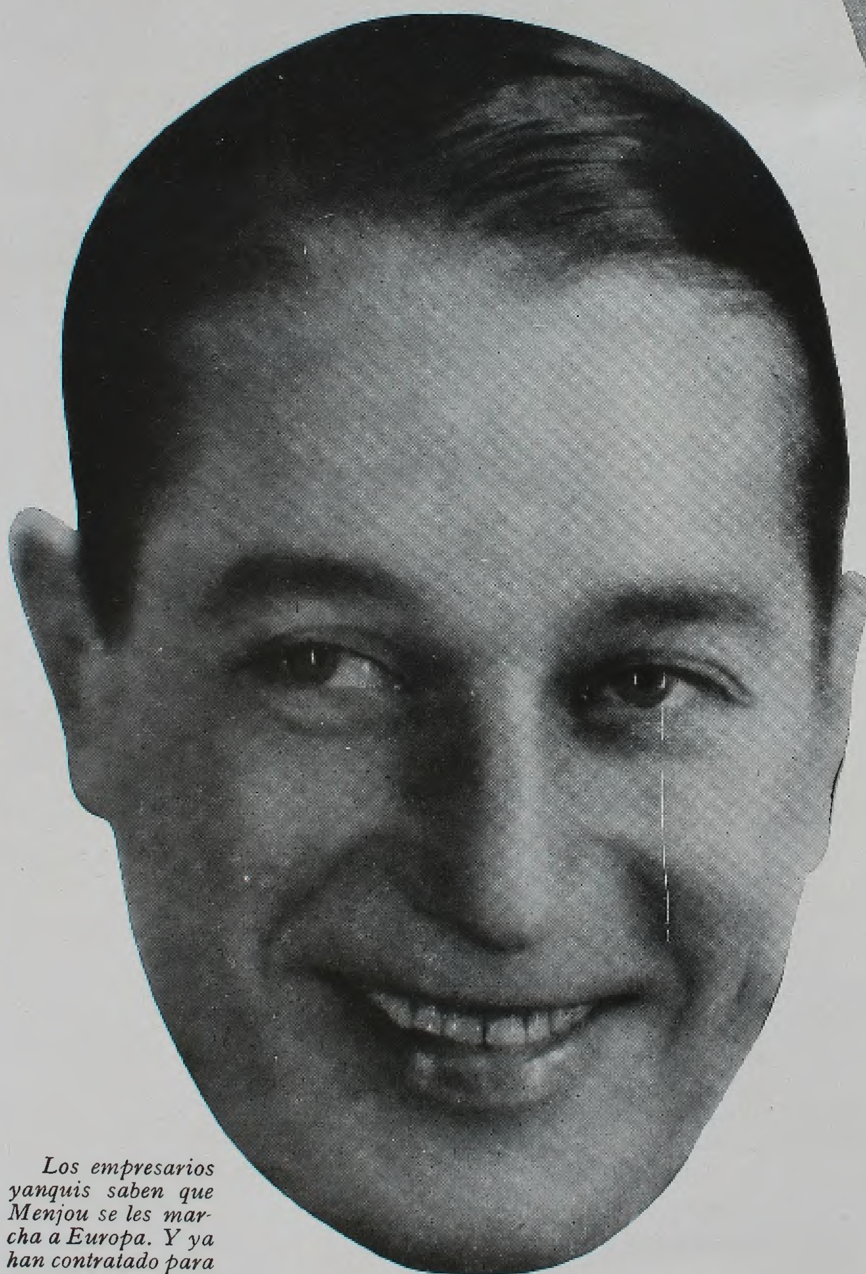
—No lo crea usted. Porque como los grandes pecadores no se confiesan...

ANTE LA PANTALLA

Lo cual quiere decir que uno ha de hablar por los demás, que uno ha de llenar, a fuerza de imaginación, los ajenos silencios. En este punto concreto de las muchachitas y de sus preferencias sentimentales hay que declarar la victoria del caballero gris sobre el muchachote al uso de Yanquilandia. Galanes adentrados melancólicamente en la cuarentena, y que usan de esa melancolía como de su arma mejor. Emana de toda su persona un perfume caliente de alcoba. Tienen el hablar cautivante, filtrado por ese suave tamiz de los madrigales. Sus manos son finas y blancas: manos ociosas de rey en el destierro, con unas uñas brillantes a manera de espejos. Y ellas, las mujercitas inexpertas, piensan para su interior: «¡Sobre cuántos senos de mujer bonita habrán desfallecido los labios de ese hombre!». Es decir, que tal hombre, por el simple hecho de oler a clavel, puede iniciar una batalla amorosa con más probabilidades de buen éxito que todos los muchachos del



Adolfo Menjou es, realmente, el tipo exacto del Don Juan entre cínico y sentimental...



Los empresarios yanquis saben que Menjou se les marcha a Europa. Y ya han contratado para que ocupe su puesto a Maurice Chevalier, que lleva a Hollywood la alegría, el perfume del boulevard...

mundo. Aunque el triunfador no sea sino uno de esos solterones misántropos que, a última hora, tienen miedo de su soledad y se casan con el ama de llaves. En los galanes maduros —naturalmente— no es oro todo lo que reluce. Pero las excepciones confirman la regla. Y las canas siguen venciendo a la juventud... Adolfo Menjou —tipo magnífico de varón otoñal— les gusta a las mujercitas de ahora más que un James Hall, más que un Lane Chandler, más que un Novarro, más que un Richard Arlen. No es exageración. Menjou, vestido de gris, con un polvillo ceniciento en los aladares, ocupa el puesto que dejó vacante Rodolfo Valentino. Es, realmente, el tipo exacto del Don Juan entre cínico y sentimental. Su cartera estará llena de retratos femeninos, de cartas culpables, que un caballero no podría exhibir; incluso de esas florecillas marchitas que son como la estela de esos amores que se apagaron. Varón temible, a quien ninguna muchacha osaría resistir...

En cambio, el papel del muchachote al estilo yanqui —el otro tipo de galán impuesto por el cinematógrafo— está en baja. No quiere decir esto que fracase. No. Lo que ocurre es que, en el escalafón amoroso, va detrás, tiene que ir detrás del

ANTE LA PANTALLA

galanteador maduro. Y tiene que ir detrás porque carece de historia, como las mujeres honradas.

—¿De historia?—preguntará alguna lectora.

Sí, señorita... Esos galanes del cine yanqui son como unos muñecos inexpresivos. Muy bien vestidos, eso sí. Pero inexpresivos, sosos, aburridos. No tienen personalidad: la personalidad, el estilo amoroso, el *chic* sentimental no se adquiere como las corbatas de seda ni puede estudiarse en las páginas de «Monsieur»... Incluso su elegancia—aparte ese terno maravilloso de Lane Chandler—puede ser discutida. Los yanquis han popularizado una elegancia

He aquí otra vez a Menjou.

grosera, digámoslo así. Elegancia de nuevos ricos. Elegancia a base de cuellos blandos, de zapatos casi cuadrados, de pantalones sin planchar, sin esa esquina agresiva de la raya bien cuidada. Y no es que, a la hora de ahora, sea necesaria la elegancia para triunfar en la vida. (Hoy es elegante todo el mundo. Por lo menos, en Madrid nunca se ha vestido como ahora. Qué



James Hall, el galán de Bebe Daniels, con sus ojos claros que Felipe Trigo «llamaría de color de uva»



En su postura indolente, Richard Arlen espera, acaso, a envejecer para acabar de gustarle a las mujeres...

lejos está este Madrid de los *taxis*, de las segundas tiples y de los *cabarets;* qué lejos está de aquel Madrid de principios del siglo, con americanas de bolsillos desfondados, bimbas abrumadoras y corbatas de plastrón...) Lo malo es que la externa gallardía física del muchachote al estilo yanqui encubre, efectivamente, un alma rudimentaria, el corazón de quien —al aire libre, bajo el sol de los estadios— se preocupó tan sólo de fortalecer sus músculos. Estos muchachos practican la *boxe*, juegan al fútbol, nadan, montan a caballo, saben tripular un automóvil... Pero no sabrían amar a una mujercita inteligente. El amor de hoy es —también —un deporte, aunque pasado por el filtro del romanticismo. Y, si no se quiere hacer de él una simple aventura física, es preciso un espíritu fino y amable, el alegre desenfado de quien está dispuesto a enamorarse de una mujer distinta cada día, y para el que es como una bandera de combate este verso olvidado:

«Carne, celeste carne de mujer...»

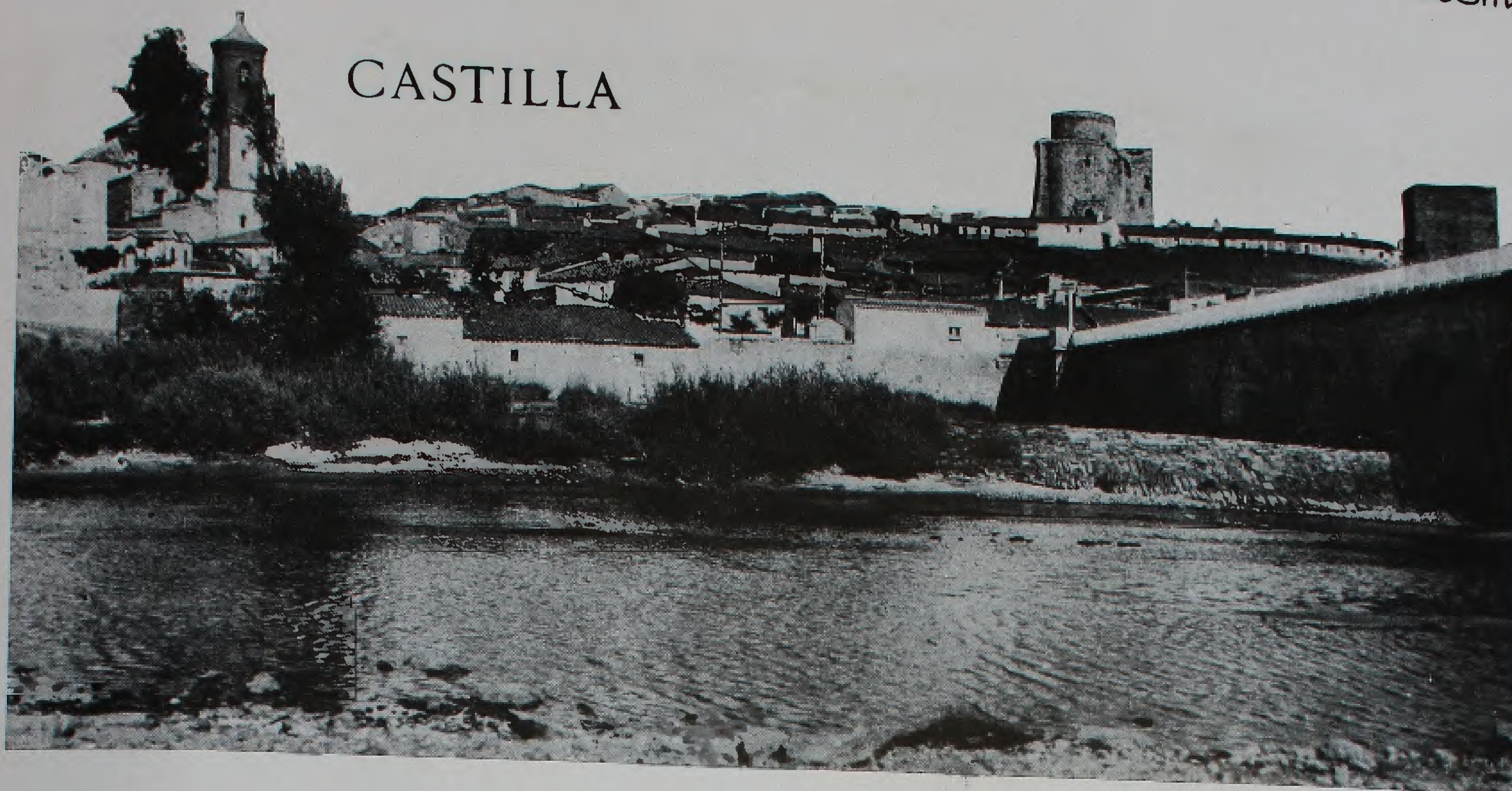
... Tal vez, con un símil pintoresco, pudiera, por fin, diferenciarse rotundamente a los galanes: al muchachote yanqui y al varón otoñal. Comparándolos con el ejemplo de los vinos. El galán yanqui recuerda, en efecto, esos caldos recientes, sin sabor definido, que los buenos catadores desdeñan. Mientras que el caballero crepuscular es la solera sabrosa, con su densidad, con su fragancia...

José Luis SALADO



Este Lane Chandler, galán de Clara Bow en «Pelirroja», ¿no parece aquí un figurín vivo de «Monsieur»?

CASTILLA



Alba de Tormes y su castillo

LAS TRES CIUDADES DEL TORMES



STE río, que brotando del manantial de Tormellas, en tierras avilesas, junto al famoso castro del Barco de Ávila, va a engrosar las corrientes del pardo Duero, no lejos de las mimosas tierras de Lusitania, es, acaso, el río más castizamente literario de cuantos tenemos en España. Supera en poder de evocación al Tajo y supera al Guadalquivir. Ya se oye el murmullo manso, la canción serena de sus aguas en el *Romancero:*

Bernardo estaba en el Carpio,
el moro en el Arapil.
Como el Tormes está en medio,
non podían combatir.

Juan del Encina lo recuerda también en sus églogas y cantos pastoriles. Junto al Tormes, clamador viejo, que conoce las bacanales de la Roma papal y decadente, se ha enamorado de una doncella temprana, criada de los Álvarez de Toledo, duques de Alba. Garcilaso, a la sombra del mismo castillo que Juan del Encina, en Alba de Tormes sabe gustar la vega salmantina tal vez con más delectación que la vega toledana de su adolescencia. Lope de Vega, también en Alba, viene a ocultar unos amores harto tapados en la Corte, para que no se entere Dorotea. Calderón de la Barca, con todo su empaque de poeta oficial y cortesano, conoce también los lamentos del Tormes, violento en el invierno y dulce y apacible en el estío.

Pero aguas arriba, cerca ya de Salamanca, la tradición literaria adquiere todo su relieve. El Tormes espeja el torreón de la dulce Melibea, la doncella de los ojos verdes. En sus orillas ama Calixto, y junto a los torreones, en una casita baja y de fácil acceso al transeúnte, la madre Celestina prepara sus mejores menjurjes para acabar con la virtud de las vírgenes de la ciudad. Y después viene Lázaro, el de Tejares, hurtando el vinillo de la bota del ciego, con un agujerillo que rellena de dócil cera, pariendo silogismos y sofismas en el puente, junto al toro de piedra. Y más allá, a la izquierda, en la Flecha, se alza la granja agustiniana, donde reposa Fray Luis de León de las tempestades que levanta en su espíritu jamás sereno las turbulencias de un claustro cominero y mediocre, que no le perdona su elegancia, ni su intuición, ni su sabiduría. Y al lado, en el Zurguén, los árcades bobos del siglo XVIII trocados en Batilos de cartón, cantan a sus Cloris y Filis, en estilo desviado y estrofas amaneradas:

¡Oh, Dios! ¿Qué se hicieron
la paz, las caricias,
y tantas delicias,
y tanto placer?
Veloces huyeron
cual sombra liviana,
cual rosa temprana.

El Tormes jamás pierde su prestigio literario a lo largo de su



Ledesma, junto al Tormes

curso Teresiano en Alba de Tormes—Teresa funda su monasterio a la orilla del río «porque es de harta recreación mirar la vega»—, es ora místico, ora picaresco en Salamanca. Lo mismo sirve para que los frailecitos sabihondos hablen de los nombres del Cristo junto a la fontana pura «que parecía reírse», como para que Lázaro urda sus tretas en busca del condumio por los recovecos de la urbe, como para que Celestina trate de aproximar, por artes diabólicas, el corazón de dos mancebos que no necesitan de alquimias infernales para fundirse. Ya en Ledesma, el Tormes adopta un aire ceñudo. Ledesma es una fortaleza militar, y el Tormes lame los muros del castillo de aquel trágico prócer D. Beltrán de la Cueva, padre, según las malas lenguas, de la Beltraneja. El río trae aquí los lamentos de Don Enrique el Doliente, y da a Doña Isabel las primeras nociones para unir sobre sus sienes, con un matrimonio, las dos coronas peninsulares. El Tormes empieza con la poesía para rematar en la historia. «El dulce y claro río» de Garcilaso es un pedazo fluvial, bien español, de nuestras tradiciones y de nuestras realidades. Nacido a la vera del castillo primitivo de los Toledo, en el castro del Barco de Ávila, muere lamiendo los cimientos de la casona solariega de los Cuevas. Toda España canta y murmura, para el que sepa oírla, en el cauce y en el lecho de sus aguas.

José Sánchez Rojas



Salamanca

Almanaque



Por
FRANCISCO AYALA

ILUSTRACIONES
DE MEL

I



No se sabe si el tiempo corre más de prisa o más despacio en vacaciones, porque no está jalonado. Es la primitiva masa informe del tiempo, todo igual.

Las imágenes nuevas ya no eran nuevas al segundo día.

El primero, sí; ¡claro está! De pronto, la sensación jubilosa de salir a una llanura. No tener qué hacer. Todo el día vacío. Una libertad inmensa.

Pero ¿para qué sirve la libertad vacía?

Luego, no sólo las imágenes, sino hasta las sensaciones más difusas, se han reducido a esquemas.

¡Olor de rosas! Bien, bien... Olor de rosas. ¿Y qué? Siempre el mismo.

Yo contra todos los vientos, también la misma. El mismo sonrojo, como de estar desnuda ante un espejo, cuando tantas rosas me cubren los pechos... Los vestidos blancos me llenan de alegría. Me lavan la cara de cualquier rubor. Y de pronto soy toda blanca, blanca, como si me restituyesen a esa inocencia completa que nunca recuerdo haber tenido.

Las miradas —cuando voy de blanco— rebotan contra los espejos y saltan como en un frontón. No como esas miradas largas de la tarde, que naufragan en estos espejos de la casa del pueblo con tantas aguas. Esas miradas que se me han humedecido ya con la luz del primer lucero —sentada en el jardín—, sola, con las piernas descubiertas y los desnudos brazos cruzados bajo el pecho.

Estas horas anémicas que enajenan y me acercan a lo que debe ser una señorita de aldea. Pienso en una muchacha que se llame Esperanza y que pase la vida en un esperar indefinido.

El verano, las vacaciones son eso: esperar.

II

Recogí manzanas del jardín y me fuí a lavarlas a la fuente del patio.

Estaba sola en la casa. Completamente sola. Todos habían salido al campo, y yo me había quedado leyendo en el jardín.

¡Qué emoción, la puerta que se cierra con un «Hasta luego, niña»! ¡Da una angustia tan placentera quedarse sola!

—¡Sola! —exclamaba para oírme la voz. Y el corazón me saltaba como si esperase a alguien.

Me puse en el pecho una dalia como una flor de papel, y fuí a lavar las manzanas en la fuente del patio.

Metí las manos en el agua para verlas tronchadas. Dejé la fruta al borde de la fuente.

Luego —¡sola! ¡sola! ¡sola! —recorrí las salas una por una, con el corazón atento a los ruidos leves, con las manos juntas, con el pecho levantado y los ojos cuajados de lágrimas, en un raro sonambulismo sentimental.

ALMANAQUE

En una alcoba me quedé absorta ante una litografía antigua que nunca había visto. Representaba a San Damián. ¡Cosa absurda! ¡San Damián!

Y sin saber lo que hacia, me arrodillé y comencé a rezarle. No puedo saber si lo hice en broma. Creo que no. ¡San Damián! Bueno, ¿y qué? Un santo como cualquier otro, al que apenas si había oído nombrar...

Y terminé secándome las lágrimas con mi pañuelo de seda.

III

Las palomas que vuelan por la plaza del pueblo, ante la iglesia, no me recuerdan a Venus, sino al Espíritu Santo.

A pesar de su viveza, son siempre las palomas que abren las alas místicameste, bajo la palma suave de la mano del padre, o que se quedan dormidas bajo la caracola sin vértice —plato de confitería— que hay en el techo de la iglesia. Y así por los siglos de los siglos.

Las palomas son, sin embargo, aves rebeldes al sentimiento —nunca han picado en mi corazón—. Sólo caben en la estética del barroco, y eso cuando —abiertas las alas, cerrada la cola— se deciden a imitar a la paloma de barro bien pintada de blanco que preside desde lo alto la fauna teratológica de los capiteles.

Recuerdo, no obstante, que en la ciudad vivificaron, contra todo barroquismo, un frontón clásico. Eran muchas, de color piedra, y aleteaban entre la piedra de aquel frontón poblado de dioses.

De lejos, todos los dioses se movían y manoteaban, como si el mundo clásico fuera a salirse del pasado por el hueco de un triángulo isósceles.



IV

Me pareció que la estación del ferrocarril tenía una espiritualidad de catedral gótica, una elegancia leve y sutil.

¡La ciudad! ¡Otra vez la ciudad! La ciudad era hoy una formidable batería eléctrica. Dentro de la luz del día, tan cenicienta, había una luz rara, tormentosa, de interior, que hacía artificial el mundo.

El viento daba volteretas a lo largo de las avenidas.

El fusil del tranvía iba engendrando estrellas. El cielo estaba violeta, con pechos de limón.

Pronto comenzó la lluvia con su olor a otoño...

De todas las cosas del verano ya no queda nada en presente. Las flores del jardín. La silueta de las cigüeñas. Las rosas que cubrían el pecho. Las sonrisas perdidas. Los miembros sueltos...

Nada queda ya en presente, ni apenas en pasado.

Los nervios están recogidos en un ramo, y si una se había perdido y pensaba llamarse Esperanza, ahora se encuentra a la vuelta de todas las esquinas y en los apretones de manos de todas las compañeras.

V

¡Qué dicha que no sobre un minuto! Ya una no es una muchacha de color rosa. Ya no se pone una los vestidos blancos de la inocencia absoluta.

Alguna palidez en la cara. Levedad en los pies. La vaga y remota solemnidad de las personas que acostumbran andar bajo los paraguas.

Y sobre todo, eso: lo ceñido del tiempo.

VI

Me asomé al ventanal y apoyé los codos en el alféizar, la cara en las manos.

El patio —¿qué tenía?— estaba transfigurado. Era, y al mismo tiempo no era el mismo. Las losas, muy anchas. Los muros, muy altos. El cielo, muy frío. Todo muy liso.

Pensé con arbitrario deseo en los jazmines de la primavera. Tenía un libro en la mesa, y suspiré:

—Si pudiera dejar jazmines entre sus hojas desmayadas...

Lejos, sonó la voz de un centinela. Comenzó a echar humo la chimenea de fábrica, que sobresalía más allá del muro, calando, sin ahumarla, la vidriera del cielo.

Miré de nuevo abajo. Un grito saltó en mi garganta. Y en medio del patio había un viejo blanco que era Rabindranath Tagore.

Me hablaba, con una mano en alto. Y yo no podía entenderle. Pasó un aeroplano por encima del patio, y yo —loca— levanté los brazos hacia él.

Cuando se hubo perdido y cayeron mis brazos y mis ojos, ya no estaba el poeta. Ni nadie. No había nadie.

El patio era otra vez como siempre. ¿Por qué?

Me dolía la cabeza...

Se abrió una ventana al lado de la mía y se asomó una compañera. Me retiré en seguida, para no tenerla que dar las «buenas tardes».

VII

Aquel señor de aire tan distinguido hubiera sido, mejor aún que profesor, un gran actor cinematográfico. Cuando daba una conferencia decía la gente:

—Vamos a verle.

Y, como en el cine, se buscaban las filas de asientos que no estuvieran muy próximas, para evitar que sus palabras distrajeran de sus maneras...

Yo hubiera querido verle por un espejo desde mi habitación.

Esta tarde, mediada la conferencia, una nueva figura se interpuso entre la del profesor y mi atención: era un cierto hombre, de mirada difusa. Un hombre de rasgos desencajados, algo así como un hombre a medio dibujar, que se agitaba por lograr la expresión de mirada única con que quería traspasarme. (Yo me dividí entre mirar al profesor y mirar si él me miraba.)

Cuando salí, pensaba en la conferencia de mañana.

Él se colocó a mi lado. Nunca supuse que se atreviera: ¡parecía tan tímido!... Bien es verdad que iba en silencio.

Salimos de las calles céntricas. Conforme la solicitación de los escaparates era menos apremiante, mi paso se hacía más suelto y ligero. Las calles, cada vez más oscuras, geometrizadas por los faroles.

Él, siempre a mi lado. Dos o tres veces hubo de mover los labios como para hablar, y no le salieron palabras. Tuve la sensación de que ya no hacía falta decir nada —¡íbamos tan juntos el uno al lado del otro!—, de que ya estaba todo dicho.

Cada vez más hundidos en las calles. El cielo, más lejano. Los muros, más altos... De pronto, el río. El río negro, lleno de turbios rumores. El pretil, barrera para el salto de los suicidas... Chorros de luz amarilla ensuciaban el agua.

Luego un edificio lóbrego, rodeado de garitas y de centinelas. Hay una garita —lo cuentan siempre— donde han caído muertos un soldado una noche, otra noche otro soldado, por las balas de presos fugitivos.

Hacía frío. Mi acompañante guardaba un silencio inverosímil. Iba como mi sombra, como un amante antiguo.

Suspiré y dije:

—¡Qué miedo!

Él respondió «sí» desde el fondo de sus labios inmóviles. Y nada más que eso.

De un rincón se destacó un soldado. Hacia mí. Sentía sus pasos, pero no me atrevía a mirarle. Cada vez más cerca. Me apresuré, y ¡cada vez más cerca!

¿Dónde estaba mi compañero? ¿Se había quedado atrás? Volví la cara y me encontré la del soldado. Una cara llena de una sonrisa hueca.

Se dobló sobre mí. Mis manos rechazaron el pecho cruzado.

—¡Idiota!

Hizo una mueca. Parpadeó —tan cerca de mí— y se retiró otra

ALMANAQUE

vez, sin una palabra. Le recibió una risotada. ¡Ah!

Otra vez sola, en la calle desierta. Nada. Ningún peligro. Una risa involuntaria me brotó del pecho... Cosa extraña: el corazón frío, y, sin embargo, una risa irreprimible había roto en mi pecho.

Pero ¿y mi compañero? No estaba. No estaba.

Al entrar en el portal me volví por si venía. Pero no venía.

VIII

¡Qué idiota aquel soldado! Se fué sin decir una palabra.

Da risa tener miedo, y que luego resulte...

Apenas me he acostado, otra vez la risa. Y una cosa que no es miedo, pero que me obliga a recogerme, a juntar las rodillas, a cruzar los brazos.

Luego... Estoy tan nerviosa que por ver si me calmo, abro la ventana. La chimenea de la fábrica se está tragando las estrellas.

IX

Me acompañó otra vez. Es un hombre que ve las cosas de una manera muy especial. No tiene opiniones definitivas, es indeciso, y se acerca a los objetos —y a las personas— como un perro: rodeándolos, oliéndolos, mirándolos de través.

Además, divaga en alta voz. No sabe conversar. Habla para sí mismo.

Me invitó:

—¿Quiere usted venir al circo?

—Tengo que hacer. Si no, iría —le dije.

Y él sonrió con una sonrisa lejana y tierna, no sé si a mi atareada juventud o a los caballitos enanos del circo.

Me atreví a preguntarle:

—Bueno, ¿y cómo es que a otra noche, tan de improviso?...

—¡Ah... ah!... —respondió—. Recordé mi entrada del circo. La tenía olvidada en el bolsillo, y de pronto...

Le miré sonriente —no quería ofenderle tampoco— y él, turbado:

—Un día u otro, cualquier preso, por escaparse... ¿eh?... matará al centinela... Cualquier soldado... ¿eh?... puede ser centinela un día... Esto no es extraño.

Casi se le saltaban las lágrimas.

Encontramos algunas compañeras mías por la calle, lo que me llenó de alegría. Luego, en la comida, vendrán a preguntarme: «¿Quién es? ¿Quién es ése que te acompaña?» Y querrán saber su nombre.

X

Hoy, domingo.

A las cuatro, sonrisas y vestidos blancos. Los niños, con miradas largas a los globos de colores. Los hombres, con largas miradas a las muchachas.

Sobre el fondo del cielo —colegiala en vacaciones—, las imponentes casitas de juguete, cuadradas, enormes y de cartón liso. Cabos sueltos de música.

A las cinco, baile. Atmósfera cargada. El negro, que se ha vuelto loco y nadie lo ha notado.

A las seis parpadean las ventanas como un enfermo de la vista. Deseo de aire libre. Y en el cielo, nubes rosa, nubes oro: capilla de las monjas.

A las siete, telón corrido. Prisa por volver. La música, enredada en los zapatos. Las estrellas, colgadas de los párpados.

XI

Habla poco cuando vamos juntos. Es un hombre tan tímido...

Pasábamos ayer por una plaza pequeñita, rodeada de árboles y de casas con los balcones cerrados (en cualquier provincia se encontraría otra igual).

Las niñas, en coro, cantaban al crepúsculo vespertino el abandono de un amante que todavía no habían tenido.

Se detuvo un momento a mirarlas. Sólo un momento. Yo me apoyé en su brazo.

Le dije:

—¿Nunca has tenido novia? Yo seré tu novia.

Él me besó en la frente. Igual que mi padre me besaba. Yo tenía la esperanza de que esto sería otra cosa.

XII



Por fin hemos ido juntos al circo. La música del circo, ¡qué cosa!

Él, encantado. Yo, dolida. ¿Por que tocarán en el circo una música tan antigua y tan sentimental?

—¿Tan antigua? De hace diez años...

Pues ¡tan antigua! Se revuelve la memoria. Todo el pasado se viene a la boca.

—¡Si sólo tienes diecisiete años!

No importa eso. Todo el pasado se viene a la boca. Con sonrisas tristes y desgarrones de corazón.

El clown y el augusto: los dos amigos de siempre. No han envejecido en tanto tiempo. Y ¡qué gracia tiene que otra vez traigan las mismas gracias!

Mi novio se ríe con las manos juntas. Se ríe, y ni siquiera me mira. Le miro reírse.

¡Los caballitos enanos! Ya están aquí. Saltan como ratones.

Aquél, más díscolo.

Todos iguales: ¡como ratones!

Como los ratones allá, en la casa del pueblo. Daba un miedo... Como de la oscuridad... Ahora no hay más remedio que dormir sin luz.

¿Y los caballitos? Ya se han colado, uno tras otro, por la puerta.

—¿No te gusta? ¿No te gusta?

Le digo que sí. Y pienso cuánto le gustaría a mi hermanito tener uno de estos caballos. El mejor regalo para el día de su santo.

De pronto observo que todos los espectadores del circo se han quedado dormidos. Los augustos les tiran una pelota enorme para irlos despertando. Y gritan.

XIII

Cada día no es más que una hoja de almanaque, con su anécdota en el reverso. Todas muy parecidas —las anécdotas y las hojas.

El tiempo, vacío como un casillero. Sólo hay en él compartimientos, números.

El libro de Tagore está florecido de jazmines, y el aeroplano que pasó sobre la cabeza del poeta volvió a pasar esta mañana por encima del patio. Fué —si se quiere— la anécdota del día. Una anécdota repetida y con el último renglón al revés.

XIV

La anécdota de hoy, breve y emocionante.

—¿Sabes?... Lo he leído en el periódico... Un preso, por fugarse...

FIN


Casilda de Antón del Olmet

ESCAPARATE DE LIBROS


Félix Urabayen

NUEVO CANCIONERO, por Casilda de Antón del Olmet.

Manojo fragante de muy bellos cantares, vuelve a ofrecernos esta distinguida poetisa, cuyos anteriores libros ya presagiaban la honda belleza y la noble palpitación de áureas exquisiteces que triunfan en su libro. Casilda de Antón del Olmet, ventajosamente conocida en los círculos aristocráticos y literarios—es hermana del eruditísimo polígrafo y diplomático marqués de Dosfuentes—, ha sabido condensar en los cuatro versos de una copla la vibrante manifestación de su espíritu señero, aureolado de altivas renunciaciones, dueño de los más amplios registros emocionales. Se ha depurado aún más su espiritualidad de siempre, estilizándola en estas estrofas de sabor popular, engalanadas con la maravilla de un soneto prólogo, debido a la inspirada pluma del académico D. Pedro de Novo y F. Chicarro, aquí transcrito porque pregona con más eficacia que nosotros pudiéramos hacerlo todo el valor de estos cantares:

«Frutos de inspiración y fantasía
reunidos en galano Cancionero,
iguales en belleza considero
madrigal, epigrama y elegía.

Pues así tu minerva llore o ría,
nos ofrenda el riquísimo venero
del genio pasional, sutil, chancero,
jaque y tierno a la vez, de Andalucía.

Que fija en las «Canciones» tu talento
de una raza el espíritu, cual deja
grabados de la plebe el pensamiento,

su arte, en un patio o en florida reja;
su sentir de una copla en el lamento;
su saber, en proverbio o en conseja.»

Nuevo cancionero es digno hermano de aquel *Cancionero de mi tierra* aparecido hace ya algunos años. La difícil facilidad que Casilda de Antón imprime a sus cantares nos fuerza a dar aquí una gallarda muestra de algunos de ellos, para avalorar con la belleza de los mismos estos renglones:

Quiéreme poquito a poco
para que el cariño dure,
que si de prisa comienza
más de prisa se concluye.»

— —

«Creyendo que me olvidabas,
que te olvidaba fingí;
por lo que tú padecieras,
piensa lo que padecí.»

Toda la gama lírica de la musa popular, estilizada bellamente, refulge triunfadora en este *Nuevo cancionero*, cuya copla final es un delicado broche, interpretativo de la honrada poesía condensada en sus páginas:

«Cantar, corazón de España,
amapola de su suelo,
en la sangre de tus hojas
llevas el alma del pueblo.»

Y al cerrar el libro, luego de haber saboreado sus cantares despaciosamente, con idéntico gulusmeo espiritual que con el que materialmente saboreamos el oro líquido del vinillo andaluz, hemos de ofrecer toda la gentileza de nuestros fervores juveniles ante la elegancia espiritual de esta mujer privilegiada, que dice sus coplas para poner las diafanidades de su poesía en esta tenebrosidad del vivir cotidiano.

SERENATA LÍRICA A LA VIEJA CIUDAD, por Félix Urabayen.

De hoy en adelante, no quedará resquicio asequible a los literatos al uso para asaltar con sus plumas la lírica fortaleza que otros levantaron en torno a la venerable ciudad de Toledo. De todos los nombres, uno solo había de salvarse, el de este D. Félix, cántabro, pedagogo y escoliasta, hombre de buena pluma y de ideas mejores, cuya perenne juventud admiramos todos y cuyas palabras, erectas y vibrátiles siempre, envidiamos mucho más que la juventud de que puede hacer alarde.

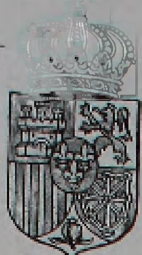
Los verdaderos toledanistas deben estar agradecidos a este ilustre escritor. Su prosa es un inmejorable insecticida de tópicos toledanos. Nadie osará decir nada nuevo en este aspecto. Urabayen lo ha escudriñado todo, lo ha cantado, lo ha ensalzado, lo ha vapuleado, lo ha exprimido, lo ha agotado, en fin. El Toledo histórico sentimental ya no existe. D. Félix ha desmoronado sus murallas de metáforas y ripios de diversa índole y se ha bebido a sorbitos cortos sus claros de luna. Los otros libros de este autor, *Toledo, piedad*, *Toledo, la despojada* y *Por los senderos del mundo creyente*, ya nos lo hacían temer; mas esta *Serenata lírica* nos ha dado la evidencia. Nadie podrá literaturizar sobre Toledo. Por lo pronto, lo que él ha dicho y cómo lo ha dicho, no podrá decirlo nadie. Aquí está, pues, esta *Serenata*, que no lo es tanto como los poetas del ochocientos y del preciosismo posterior pudieran creerse. Serenata lírica, sí, sí, pero no se olviden de que D. Félix, cuando tañe su lira, se acuerda de que es cántabro, pedagogo y escoliasta, y entonces... de la lírica fortaleza de Toledo no queda ni el mazapán.

EL MAJUELO, revista mensual. A la mesa de nuestra Redacción ha llegado la grata visita de una publicación pulcramente presentada y adornada de valiosas firmas, representativas de muy estimables valores literarios y sociales, *El Majuelo*, portavoz de los afanes de lucha de una honrada juventud que acaudilla la prestigiosa figura de D. Horacio Rodríguez Martínez. A los muchos títulos que la Casa Domecq puede ostentar, de notorio abolengo todos, añade ahora este afán decidido de ennoblecer las típicas tradiciones de las letras españolas, prestándoles sus mejores estímulos. Cumple a las actividades de D. Horacio Rodríguez Martínez llevar a feliz puerto los laudables propósitos de la tan renombrada entidad financiera, acreditativa una vez más de los prestigios de la Casa Domecq.

(En esta sección daremos cuenta de todas las obras de que se nos remitan dos ejemplares)

CUPÓN PARA EL CONCURSO HUMORÍSTICO

D. ...., que vive en ....
.... calle de .... vota por el
cuento titulado .... original
de D. .... publicado en el número ....
de esta revista.



ALFARO

CAMISERÍA Y NOVEDADES
8, AVENIDA PI Y MARGALL
MADRID

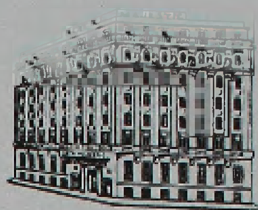


BOLSOS SEÑORA PIEL + CHALECOS LANA
BATAS Y PIJAMAS CABALLERO PAÑUELOS SEDA
CUELLO ALTA FANTASÍA
LA MÁS ESPLÉNDIDA SELECCIÓN DE
CORBATAS
CHAQUETAS LANA Y CUERO GOLF
MANTAS VIAJE



TELÉFONO 54.497 + EDIFICIO TEATRO FONTALBA

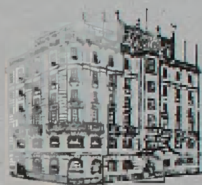
LOS MEJORES HOTELES DE ESPAÑA



SEVILLA
HOTEL MAJESTIC



MADRID



HOTEL FLORIDA

HOTEL SAVOY

AGUAS Y BALNEARIO DE CESTONA

Sociedad anónima

CESTONA (Guipúzcoa)

AGUAS CLORURADO + SÓDICAS + SULFATADAS
TERMALES + VARIEDAD + LITÍNICAS

Declaradas de utilidad pública el año 1792
No existen análogas en España, y sí sólo en el extranjero, aunque inferiores a éstas, las de Carlsbad

Temporada oficial: del 15 de junio al 30 de septiembre

Indicaciones generales

MANANTIALES.—Los manantiales son dos: el de la Natividad de Nuestra Señora y el de San Ignacio. El primero, en forma de fuente, directamente salida del terreno calcáreo; el segundo, en el fondo de un pozo, a una profundidad de 8,50 metros.

La temperatura del agua mineral es constante, de 27,6° en la fuente de la Natividad y de 31,5° en el manantial de San Ignacio. La mineralización de ambos manantiales es parecida, aunque la del segundo sea más fuerte.

ENFERMEDADES QUE COMBATE.—Las aguas de Cestona están reconocidas como únicas en las afecciones del hígado, bazo, catarros y cólicos biliares, cólicos hepáticos, ictericias, enfermedades de los intestinos, estreñimientos, dilataciones del estómago, dispepsias, clorosis, neurastenias sintomáticas, mareos, etc.

HOTELES DEL BALNEARIO.—Cuatro pertenecientes a la Sociedad propietaria del Balneario, instalados con los últimos adelantos de *confort* e higiene. Espaciosas habitaciones para 500 huéspedes, con instalación de agua fría y caliente en todas ellas.—50 habitaciones con cuarto de baño independiente.—Espacioso y magnífico *hall*.—Restaurantes.—Ascensores. Capilla.—Salones.—Sala de lectura.—Correos.—Telégrafos y Teléfonos.—Mecanoterapia, etc.

ITINERARIOS.—Para viajeros procedentes de la estación del Norte: Estación Zumárraga.—Para la línea de los Vascongados de Bilbao a San Sebastián: Estación de Zumaya.

El ferrocarril eléctrico del Urola, de Zumárraga a Zumaya, une el del Norte en Zumárraga con el de los Vascongados en Zumaya, pasando por Cestona, con estación en el mismo Balneario, llamada CESTONA-BALNEARIO.

Director médico: Excmo. Sr. D. AMALIO GIMENO

Director-gerente: D. FRANCISCO LARRAÑAGA

Pídanse noticias directamente a las oficinas de la Sociedad, en Cestona (Guipúzcoa).

CASA PASSAPERA FUERTES

VESTIDOS + ABRIGOS + MODAS

MADRID
GÉNOVA, 19
TELÉF. 25 331

Adela

TIENDAS DE CAMPAÑA

PARA CAMPO Y PLAYA

QUITASOLES PARA JARDÍN



TOLDOS DE TODOS SISTEMAS

OBJETOS DE LONA EN GENERAL

CALIDAD INSUPERABLE

INDUSTRIAS "CASAL"

SANTA ENGRACIA, 108 MADRID TELÉFONO 30.958

LOS ESCRITORES NUEVOS



La niña enferma

La noche bebe la luna
y las estrellas sonríen.
Repite el grillo su música
y el agua reza en su aljibe.
La niña, en el lecho, tiene
temblores de loca virgen.

—Madre, cierra esa ventana.

La carretera reviste
de azogue lunar su espalda.
El campo, violeta, vive
sus horas de amor noctámbulo.
(Aleteos de plumas grises.
Nidos tibios en penumbra.
Fugaces ascuas sutiles.)

—Madre, cierra esa ventana.

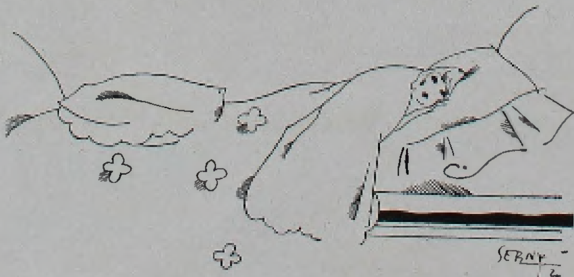
Los álamos no resisten
largos silencios continuos.
Su cuchicheo se percibe
vago como una caricia,
y el violín del aire dice
monorritmos de voz tenue.

Otra vez la niña gime:
—Madre, cierra esa ventana.
No quiero ver, larga y triste,
la carretera azogada,
ni quiero oír el desfile
de rumores fugitivos
que no me dejan oírme.
¡Pétalos de mis mejillas,
secas palideces vírgenes!...

La madre cierra; y la luna
queda fuera. Ya no ciñe
la cintura de la niña
con sus brazos de alhelíes.

El agua sigue rezando,
gota a gota, en su hondo aljibe.

J. PEÑAS BELLÓN



Hemos recibido su trabajo, y ...

V. V. Ll. (Barcelona).—Se recibió su envío de febrero y ahora este último. No hemos dado respuesta todavía, por sernos materialmente imposible. Las cartas y consultas de noveles se amontonan en nuestra mesa, y además hemos de dedicarnos a otras ocupaciones. Su extenso trabajo sin título aguarda hora oportuna para ser juzgado con toda sinceridad. En cuanto a sus otros trabajos, admiramos en ellos la jugosa facilidad que los distingue, pero los invalidan ciertas vulgaridades de rima que fácilmente pueden ser subsanadas. El que más nos gusta es el titulado «Sus ojos». Pero fíjese en que mezcla diversas asonancias en una misma estrofa, y eso es incorrecto. Vea que la composición va ligada en asonancia de doble *o*, pero el undécimo verso y el décimotercero mezclan en ella otra rima en *i-o* (vencido, destino). Aguardamos nuevos envíos suyos, pues hay en sus versos la vibración elocuente de un verdadero poeta.

Blas Gil de Santillana.—Aunque fácil, vulgar; no sirve.

J. A. de M.—«Añoranza» tampoco nos sirve.

J. G. G. (Zaragoza).—No podemos admitir los trabajos que no se ajustan a las condiciones generales; llegan muchos todos los días a nuestra redacción. Pero como usted escribe con notoria corrección, le invitamos a que se ciña en sus escritos a nuestros deseos y envíe nuevos trabajos, que juzgaremos gustosamente.

L. A. L. (Astorga).—La «Flora lírica» es bastante floja. En cuanto al soneto a Góngora, tiene, junto a grandes aciertos, incorrecciones evidentes. Para lo demás de su consulta diríjase directamente a la administración de COSMÓPOLIS.

R. C. (Ferrol).—Aceptado su «Madrigal». Y sepa que el décimo verso es un enorme ripio y que el décimocuarto es kilométrico. Pero es un gentil madrigal el suyo.

E. A. de la C. (Santiago).—¿Dos trabajos con un solo cupón? Y además inservibles. Su soneto «La muerte» acusa con toda certeza que a pesar de la magnanimidad que usted nos reconoce no podemos alentarle en el cultivo de ese «algo» sentido por usted.

M. S. R. (Toledo).—«Se fué en una góndola»... y si se llevó todos los tópicos liliales, ya pasados de moda, debe usted agradecerle la fuga.

J. L. A. (Santander).—Nada nuevo para nosotros; no nos sirve su envío.

R. G. A. (Madrid).—«Uno de tantos dramas de la vida» lo hemos arrojado al cesto sin leerlo, por no reunir las condiciones exigidas para el envío de originales a esta sección. Más de dos pliegos escritos por las dos caras, ¡no hay derecho!. Y que conste que agradecemos los elogios que nos tributa y que ha hecho bien en no solicitar recomendación de nadie para dirigirse a nosotros. La mejor recomendación es que los trabajos estén bien escritos y se ajusten a las condiciones generales, porque son tantos los que se reciben todos los días que no podemos hacer excepciones. Adelante, pues, y envíe otra cosa.

J. B. G. (Madrid).—Otro que tampoco se ha enterado. ¿Pero es que no leen ustedes las condiciones generales que se insertan en todos los números de COSMÓPOLIS, en esta misma sección? ¿Usted también pliego entero escrito por las cuatro caras? Al cesto.

L. L.—Su «Amor» es poca cosa, y «¿Acaso?» está mejor, pero no es todavía lo que usted puede hacer; le rogamos que insista con otro trabajo.

L. M. D. (Madrid).—Admitido su «Sigue rimando». En cuanto al otro trabajo, la excesiva facilidad de rimas vulgares lo inutiliza. Usted puede y debe hacer cosas mejores.

J. M. P. (Vigo).—¿Un solo cupón para dos envíos? No nos sirven. Y sepa que no sabemos nada de la «acústica del pasado» y de las «esquirlas de nostalgia».

L. O. A.—Demasiado vulgar su soneto.

M. S. R. (Toledo).—Para invocar a Listz, parece que ha buscado su inspiración bajo la sombra del divino Rubén. Ahuyente los fantasmas y escriba buscándose a sí mismo. *Rinovarse o perire.*

Angarlo (Mad id).—«Jardín dormido» promete frutos más logrados. Huya de las rimas fáciles, y usted conseguirá mejores obras.

E. F. B. (Buenos Aires).—Reconocemos evidentes aciertos en las poesías suyas; pero, no pudiendo decir que están mal, tampoco diremos que están del todo bien. Envíenos algo más nuevo y que no se parezca a tantas otras cosas de la misma índole. Tenemos vivos deseos de complacer a usted, porque los escritores hispano-americanos interesan mucho en España.

E. G. y G. (Luarca).—El «Crepúsculo» de B. L. V. no es el suyo. En cuanto al suyo, tan agobiado de adjetivos, rebuscados e inútiles, lo encontramos que hemos decidido enviarlo al cesto, aconsejándole a usted llaneza y claridad. En cuanto a su «Lluvia de primavera», también la ha deshecho el agobio de adjetivación que usted le ha impuesto, porque eso de «lluvia pigre en jardines nostálgicos espectados por vírgenes campoamorinas» y aquello de «Flores mustias, enfermas de amor, laborantes en corredores luengos, exornados de campanillas azules y tremantes...» Cúrese de semejante manía, que usted puede hacer buenas prosas. Y se las admitiremos con mucho gusto.

Gonzalo de la Gonzalera.—Ya tiene orden la administración de solucionar su asunto. En cuanto a los «Cantares», se los devolveremos, porque sería muy largo y lento el proceso de su publicación en esta revista. En cuanto a los sonetos, sin decir que sean malos, no nos sirven. Son demasiado vulgares las rimas en ado, ido, ida, etc. Usted puede pulir sus obras de vulgaridades al uso, porque en usted admiramos a un verdadero poeta. ¡Hay que *estrecharse*, amigo!

Toda la correspondencia de esta sección se contesta exclusivamente desde las columnas de la revista: rogamos a nuestros comunicantes que en los envíos de originales consignen en los sobres: Para la sección «Los escritores nuevos».

Aparte de los originales que se nos envíen espontáneamente, acompañados del correspondiente cupón, publicaremos en esta misma sección algunos trabajos de escritores conocidos, prestigiando así a los literatos nuevos con su compañía.

«COSMÓPOLIS»

CUPÓN

que debe acompañar a todo envío de

Colaboración espontánea

Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

1.ª Los trabajos en prosa no excederán de tres cuartillas *escritas por un solo lado*, y las composiciones poéticas de *sesenta versos*.

2.ª Es inútil pretender contestación particular a las cartas que se nos dirijan relacionadas con esta sección. Para admitir o rechazar los originales tenemos la sección «Hemos recibido su trabajo y...», en la que por riguroso turno se contestará a todos los autores. Tampoco se devolverán los trabajos, publicados o no.

3.ª El solo hecho de enviarnos un original implica la absoluta conformidad con estas condiciones.

Y 5.ª Cada original debe venir acompañado de un cupón.

PAISAJE

Un día, aquel inconoclasta que había fusilado ya con premeditación y alevosía seis veces al fantasma incorrupto del Romanticismo, se encontró, sin saber cómo ni por qué, en un jardín, entre sombras fisgoneadoras y árboles comentadores.

La noche, de imaginaria, estaba próxima a sustituir al día en su guardia. El sol había dado con uno de sus rayos una aguda lanzada en el costado de una nube, crucificada sobre un monte, y se la veía, por la herida, todo un río de algodón manchado y glóbulos rojos. El iconoclasta, enamorado de la mecánica y del tintinear ciudadano de los tranvías, del poema moderno de los pregones callejeros y el oleaje sonoro del discurrir de la gente, sentía a su alrededor, como un duro contraste, un cuchichear acusmático de voces veladas y risas burlonas. Vagaba por entre las frondas, preguntándose la causa de su estancia en aquel jardín, arropado en los perfiles de un anticuado dibujo, con una caperuza de lana, junto a aquel surtidor que le recordaba los consonantes cazados a lazo, en sus quince años románticos, durante las horas de estudio del colegio para lapidar a *Ella* en un soneto.

El tiempo se había sentado a descansar en la primera venta de esa rueda sin fin que es el camino del Infinito, y había empezado a constelar los naranjos de estrellitas nupciales.

Se sentó en un banco próximo, porque veía con espanto la inminencia de llevarse, en aquel ambiente, la mano al corazón con demasiada frecuencia, para estar acorde con el *epitalamio del ruiseñor, la plata de la luna y la risa del surtidor*.

Entretanto, en su imaginación oía cómo el reloj de su otro yo burgués daba lentas y engoladas, hasta la última, las campanadas de los versos del sofá.

El YO 1.º y el YO 2.º chutaban en su corazón con el ansia de arrastrarle hasta la propia portería. Jugaban con su corazón al fútbol. Pero —se preguntaba— ¿tengo yo corazón? Su yo burgués —su yo 1.º— le respondía que sí. Y se le presentaba meticulosamente dibujado en una estampa iluminada: un corazón rojo y puntiagudo, triangular, que obligaba a la carta a hacerse flecha en su final. Pero su otro yo inconoclasta —el yo 2.º— tenía en el quinto espacio intercostal izquierdo un motor de explosión, borracho de dinamismo y de cuarta dimensión.

Avieso, no había puesto bajo su motor la calavera preventiva, con la intención de que el otro, al tocarle, quedara electrocutado. Pero su yo 1.º, prevenido, marrullero, se había puesto los guantes de goma de su voz superante, para manipular con toda ingenuidad, y amenazaba destrozarle al esqueleto mecánico.

De pronto, al volver la cabeza, vió a su lado junto a él, en el banco, una mujer, que, pareciéndole extraña e inédita, removía en él, sin embargo, un tumulto de recuerdos lejanos. Fué en el momento de sentirse roto el isocronismo de su motor intercostal.

La mujer se le aparecía como un blanco propicio para la convergencia de sus dos miradas dispares. La dulce mirada fué analizándola:

YO 1.º—Es blanca y sonrosada como hecha con rosas y leche.

YO 2.º—Bajo la cúpula de su pamela el naufragio de su pelo atormentado muerde el hipódromo de su frente.

YO 1.º—Su pie es pequeñito como un piñón.

YO 2.º—Su mano, el abanico cerrado de la rosa de los vientos.

YO 1.º—¡Qué bella su cintura de avispa!

YO 2.º—Y ¡qué interesante su cuello de deportista adivinado bajo el enorme lazo trotón tendido entre el numerador de la cabeza —o— y el denominador corporal —8—!

YO 1.º—Su traje parece de vestal sagrada para mantener inextinto al fuego sagrado del amor.

YO 2.º—En su regazo, el manguito es una nube negra pensativa.

La seguía mirando obstinadamente. A ella debía pincharle el vértice de las dos miradas, porque, renunciando a desmayarse, le invitó a pasear, recogiéndose la falda amplia en una muda petición de minué.

Se unieron por el eslabón de los brazos.

Él empezó a sentir bajo la barba el martirio puntiagudo de un cuello almidonado. En sus dedos sintió la frialdad satinada de un puño de marfil. Se encontraba satisfecho y ridículo alternativamente, porque el trozo de chimenea aserrada de su sombrero de copa se le trababa en las ramas de todos los árboles.

Los consonantes, aquellos consonantes a quienes tenía que poner un cepo en sus horas de estudio del colegio, se le brindaban ahora propicios. En su cerebro danzaban, unidos por las manos, *rosa y mariposa, ojos y enojos, chiquilla, Sevilla y manzanilla...*

Era ya noche cerrada. Por primera vez en su vida, vió en el anverso de la moneda celeste, sobre el busto orográfico acostumbrado, el rostro enharinado y burlón de una coqueta.

Ella, lánguida, pálida y tuberculosa, le había preguntado, Margarita Gautier rediviva: «¿Me amarás siempre, bien mío? Cerca de ellos, por el lago, cruzó, como una golondrina, una góndola. Ella quiso arrastrarle hasta la orilla.

A poco se interpuso un automóvil. Llegaba sudoroso, asmático, haciendo una pesada digestión de kilómetros. Él, de un violento empellón, la arrojó sobre el asiento enguatado.

El inconoclasta acababa de fusilar por séptima vez al fantasma incorrupto del Romanticismo.

ANTONIO OTERO SECO



Serpentina

He lanzado contra el cielo
la rosada serpentina de mi alma;
mas se ha quedado prendida
de un árbol entre las ramas...
Las estrellas se hacen guiños
y se ríen, inhumanas...
Serpentina, serpentina,
ahora el viento te desgarra,
ahora el sol te descolora,
ahora la lluvia te mancha...
¡No tuvo fuerza mi brazo!
¡Estáis, estrellas, tan altas!
Serpentina, ¡quién pudiera
enrollarte como estabas!
Serpentina, serpentina,
mi serpentina rosada...

Semáforo

Son las estrellas
anuncios luminosos de los cielos
en alfabeto extraño que nosotros
descifrar no podemos.
¿Qué drogas y admirables
medicamentos
anunciarán?...
Tal vez entre ellos
hay uno que contiene la receta
que formule el remedio,
por mí ignorado, que matar podría
el cáncer que en mi pecho
lentamente una a una mis entrañas
va corroyendo:
este encogerme de hombros ante todo,
el tedio.
Estrellas, vuestras luces ¿qué me dicen?
¿faros son de qué puerto?
¿qué lenguaje me hablan vuestros guiños
que yo no entiendo?...
¿Quién maneja el semáforo radiante
del cielo
y dónde está la clave de sus signos
brilladores e inquietos?...

RAFAEL PÉREZ



Dibujo de Montagud.

REFLEJOS

I

Frases vagas, vagos suspiros,
besos lejanos, pétalos blancos
de rosas que jugando, pálidas,
bajo la fronda del rosal,
en noches de luna, manos
de amor deshojaron... Voz, eco
de diálogos marchitos
que el viento fugaz
en su eterno correr separó,
blancuras de la luna en la fuente,
sordos cuchicheos de labios
por la fiebre abrasados...
¡Sueña... sueña, corazón!

II

Amada que dejé en la lejanía:
¿eras morena
como la pena
o eras rubia como la alegría?

III

¡Qué crueldad más grande y más grave
la de cerrar los ojos a los pobres muertos!
¡Ay! la mano profana que los cierra, no sabe
que un muerto vive aún mientras los tenga
[abiertos!

IV

¡Un día hemos de mirarnos, extraño viajero!
¡Entonces llorarás tu llanto más sincero
al ver en el fondo de mis ojos cuajada,
la honda tristeza de tu propia mirada!

OSMÁN DEL BARCO (Peruano)



PLENITUD, NADA

Ser en la hoja del árbol,
en el viento, en la plegaria,
en el eco, en las estrellas,
en el beso y en la lágrima...

Ser para dejar de ser
mientras escribe «mañana»
la esperanza de los hombres
sobre las vidas, agua.

HOMBRE Y NATURALEZA

Regato confidencial,
blando joyel de luceros,
tu agua rumorosa surte
de mi sangre; y en mis nervios
queda la íntima saudade
del paisaje soñoliento.

DIÓMEDES NAVARRO MAESTRE

LOS JARDINES EN JUNIO

Los jardines están ahora en todo su esplendor. Éste es el mes de la hoja; *the leafy mouth*, como dicen los ingleses. En el huerto humilde, lo mismo que en el parque real; en las alamedas, en los bosques, en las calles mismas se extienden ramas frondosas, dándonos grata sombra, regalándonos con una incomparable sinfonía en verde mayor. Hojas hay de terciopelo; las hay de seda. Éstas parecen plumas; aquéllas se nos presentan como barnizadas. Pero todas dan la misma impresión, que es de exuberancia, de fuerza intensa, de vida en su apogeo.

Algunos árboles desecharon ya la flor, para sólo engalanarse con la pompa del follaje. Y no es que junio carezca de flores. Las brinda tan bellas y copiosas, quizá aún más variadas que el mismo mayo.

Flores las hay por todas partes, resaltando ahora mejor con el fondo suntuoso de la hoja. Las rosaledas son poemas de color y de perfumes. Y en el misterio de los bosquetes, arbustos floridos se cimbrean, abriéndose como grandes canastillas.

En estos atardeceres —los más largos del año— ¿no os gusta vagar por los jardines? Aun no ha cerrado la noche. Es la hora que tan bien sabe interpretar el pincel de Rusiñol; hora sin efectos vivos de luz, ni tampoco sombras marcadas. En la verde penumbra, las cosas se nos presentan atenuadas y todo tiene un valor mesurado, amable y discreto. Todo, hasta el leve murmullo del agua de los surtidores, al caer sobre el césped.

Sí, éste es *the leafy mouth;* es el momento triunfal de los jardines. Pero... lleva su melancolía, con esa inquietud inherente a todo aquello que llegó a la cumbre. Y estas tardes espléndidas tienen el don de hacerme filosofar mucho más que el otoño con sus primeras destemplanzas, sus perfumes amargos y sus montones de hojas secas.

Porque ahora pienso que tanta magnificencia, que toda esta plenitud y esta lozanía no pueden crecer ya más. El instante que viene será, por fuerza, el primer paso hacia el descenso, hacia el inevitable fin.

CLARA BAYO Y TIMMERHANS

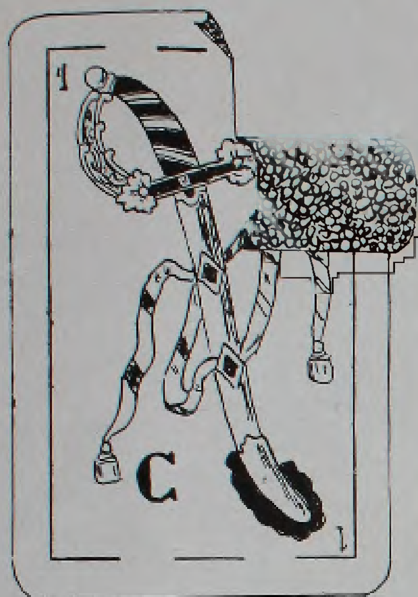
10.º CONCURSO

SECCION CRIPTOGRAFICA

JUNIO-JULIO

N.º 325. CAUSAN DOLOR

SIGNO

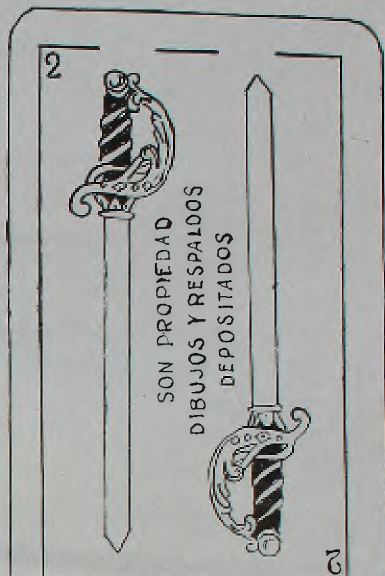


NIVEL

Solución: ....

N.º 326. EXCUSADOS

DD



Solución: ....

"POR Framarcón"

BASES PARA EL 10.º CERTAMEN BIMESTRAL, JUNIO-JULIO

1.ª—PREMIOS.—Como de costumbre serán ocho y consistirán:

PRIMERO.—Precioso juego para helado, compuesto de seis copas y bandeja .... 100 ptas.

SEGUNDO.—Juego de café, individual, compuesto de cafetera, lechera, azucarero y bandeja .... 72 ptas.

TERCERO.—Bonito estuche con dos cucharas, dos tenedores, dos cuchillos y dos servilleteros........ 58 ptas.

CUARTO.—Elegante estuche con dos tazas (interior porcelana) y dos platos .... 41 ptas.

QUINTO.—Una preciosa escribanía........ 29 ptas.

Todos estos objetos son de PLATA MENESES, adquiridos en la primitiva y acreditada casa de esta Corte, Plaza de Canalejas, despacho único.

Estos premios serán adjudicados a igual número de concursantes cuyos pliegos contengan el tolal o mayor número de soluciones exactas; siéndolo por sorteo en caso de empate o igualdad de condiciones.

Los SEXTO, SÉPTIMO Y OCTAVO premios o de consolación, consistirán en otras tantas suscripciones semestrales a nuestra revista, que serán sorteadas entre todos nuestros concursantes, incluso aquellos cuyos pliegos resultaran incompletos; quedan exceptuados de este sorteo los señores favorecidos con alguno de los cinco primeros premios.

Las suscripciones aludidas serán servidas a domicilio y surtirán efecto durante losmeses de octubre a marzo ,ambos inclusive.

2.ª—ENVÍO DE SOLUCIONES.—El plazo de admisión de los pliegos expirará en 31 de julio, a las doce de la noche; se relacionarán en medio pliego precisamente, escrito por UNA SOLA CARA EN SENTIDO NO APAISADO, cuidando de dejar a la izquier- da UN MARGEN NO INFERIOR A DOS CENTÍMETROS que permita su fácil cosido y ordenado acoplamiento y archivo una vez conocido el resultado del certamen. En el sobre y en su parte superior se consignará: CONCURSO CRIPTOGRÁFICO.

Los dos indispensables CUPONES, hechas las salvedades que en ellos se indican, habrán de acompañarse a dichos pliegos, uno totalmente pegado por su parte B bajo la fecha y en lugar de la firma, y suelto el otro para ser utilizado como papeleta en los sorteos.

Un solo pliego no podrá referirse a más de un concursante, con lo que se evitarán olvidos e involucraciones desventajosas para todos.

3.ª—SORTEO.—Será público y tendrá lugar en nuestra redacción el día 8 de agosto a las 3,30 de la tarde; conocido el resultado, se participará por correo a los agraciados el premio que les haya correspondido; medio éste de llevar a efecto su extracción sin demora.

IMPORTANTE.—Para tranquilidad de nuestros concursantes y en evitación de juicios desfavorables a la seriedad que caracteriza todos nuestros actos, durante el sorteo, los pliegos numerados correlativamente y la relación extracto de los mismos estarán, para su examen y consulta, a disposición de los señores que acudan a presenciar dicho acto.

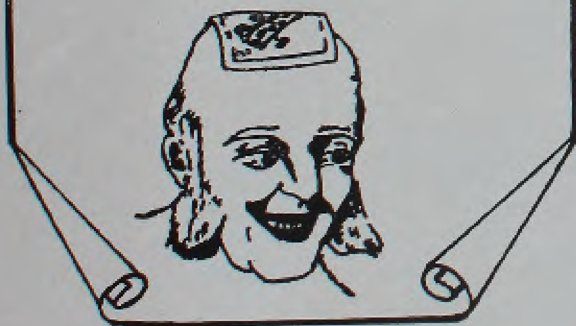
4.ª—RESULTADO DEL CERTAMEN.—Será publicado, juntamente con la lista de soluciones, en el número de septiembre y serán incluídas entre éstas cuantas de conformidad con el enunciado u orientación de los problemas hayan sido facilitadas y admitidas.

5.ª—CORRESPONDENCIA O CONSULTORIO.—Toda ella será dirigida a nombre de FRAMARCÓN y a nuestra redacción precisamente, consignando en la parte superior del sobre la indicación de SECCIÓN CRIPTOGRÁFICA. URGENTE.

***IMPORTANTE.**—Por razones de fuerza mayor, el sorteo de premios al concurso ABRIL-MAYO, anunciado en nuestro número del primero de dichos meses, tendrá lugar a las 3,30 de la tarde del día 8 de junio actual.*

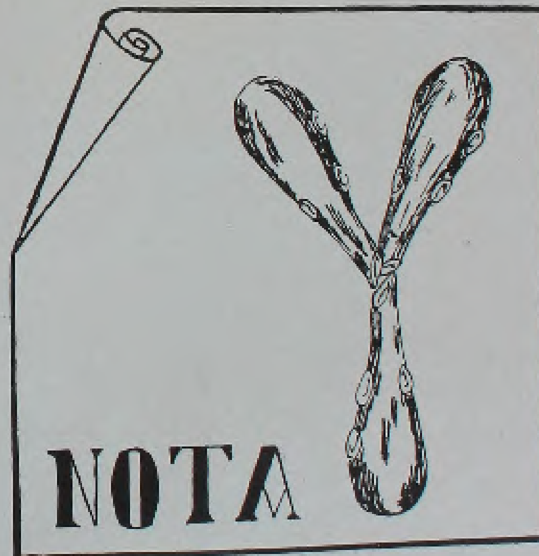
N.º 327. ¿CÓMO LO MATO?

500



Solución: ....

N.º 328. FIGURA



NOTA

Solución: ....

N.º 329. APERITIVO ROSSI

ALMUERZO



MERIENDA

Solución: ....

IMPORTANTE

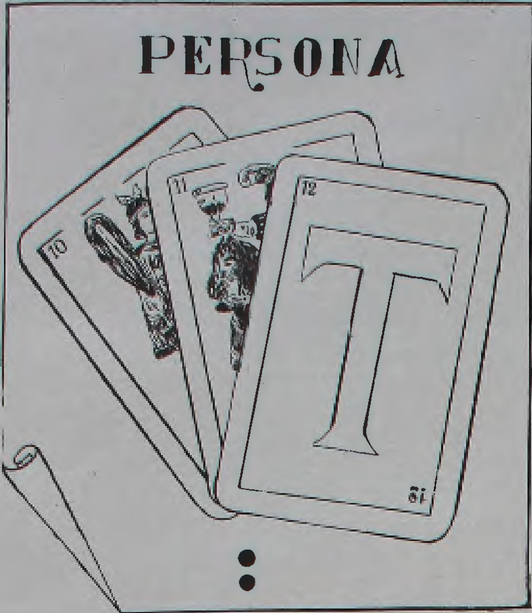
El próximo número estará integrado por trabajos de asunto histórico.

"COSMOPOLIS"
CONCURSO CRIPTOGRÁFICO

Dos de estos CUPONES habrán de acompañarse al pliego de soluciones; uno, totalmente pegado por su parte B en lugar de firma, y suelto otro. (Véase la base 2.ª del concurso)

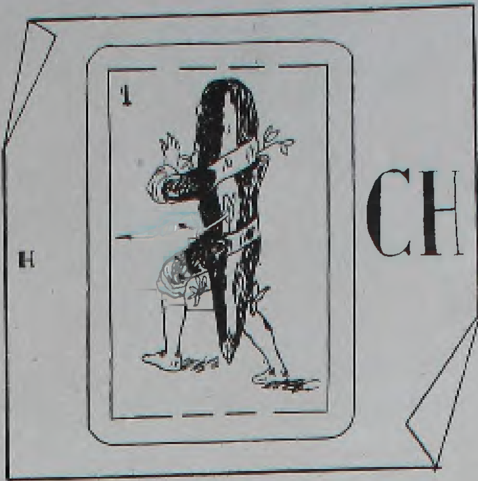
B

N.º 330. JUGADA



Solución: ....

N.º 331.
FRASE VALENCIANA
(EN CASTELLANO)



Solución: ....

N.º 332. ¿QUÉ HALLASTE EN EL PLIEGO?



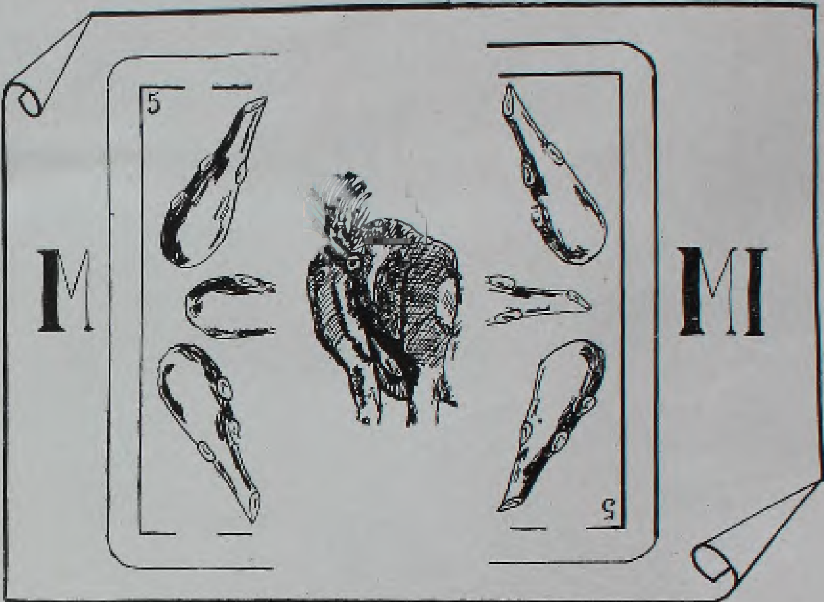
Solución: ....

N.º 333. METIDOS EN EL «AJO»



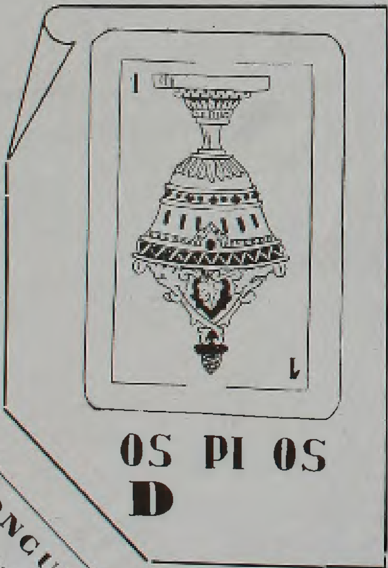
Solución: ....

N.º 334. UN DON JUAN DE CUIDADO



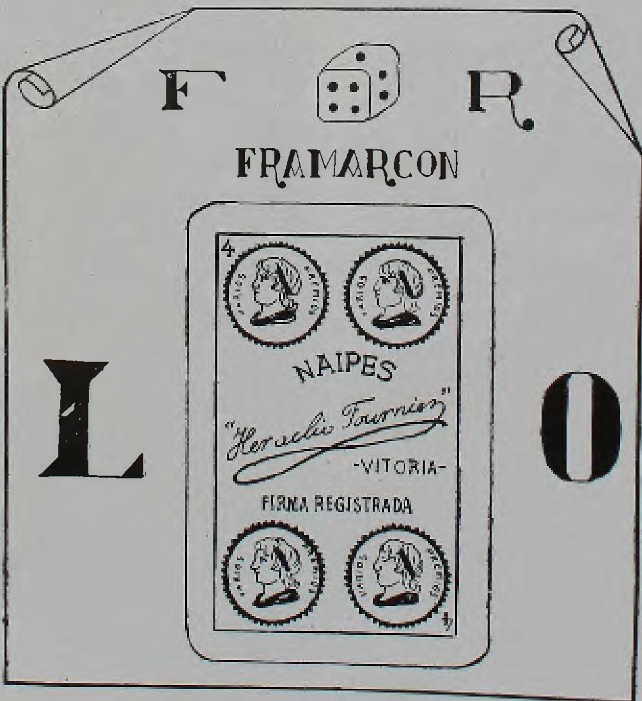
Solución: ....

N.º 335. ¿DONDE FUÉ?



Solución: ....

N.º 336. ACREDITADAS MARCAS, DE DOMECQ



Solución: ....

N.º 337. FRASE VULGAR



Solución: ....

CONCURSANTE

NOMBRE: D. ....

PUEBLO: ....

PROVINCIA: ....

CALLE: ....

N.º ....

A

CUENTO INFANTIL

ORIGINAL DE MAN

EL GUERRERO Y EL POETA



ON Ricardo Nogueras había sido, treinta años atrás, uno de los de más fama y entereza, entre los valientes guerreros de su época.

Todavía, en la senectud, le temblaba la voz y se estremecía todo su ser repercutiendo en su blanco y caído bigote, cuando a la sombra de las acacias y los tilos, junto a los paredones de aquel jardín de la casa solariega de los Nogueras, le contaba a Ricardito sus hazañas, que el niño oía y sentía con manifestaciones de inquietud; tales como saltar, correr y reír. Y era su risa franca, candorosa y fuerte. Risa de futuro y valiente guerrero.

D. Ricardo no podía evadirse de la emoción que aquella risa, franca y optimista, de niño sano, le proporcionaba. Y se entregaba al placer de recordar, con bienestar que los años habían dulcificado, casi infantilizado, toda su genealogía, que, datando de siglos, llegaba hasta su nieto (habiendo pasado antes por su hijo —padre de Ricardito—) limpia y brillante; digna, tanto de ellos, como de sus exigentes y pundonorosos antepasados.

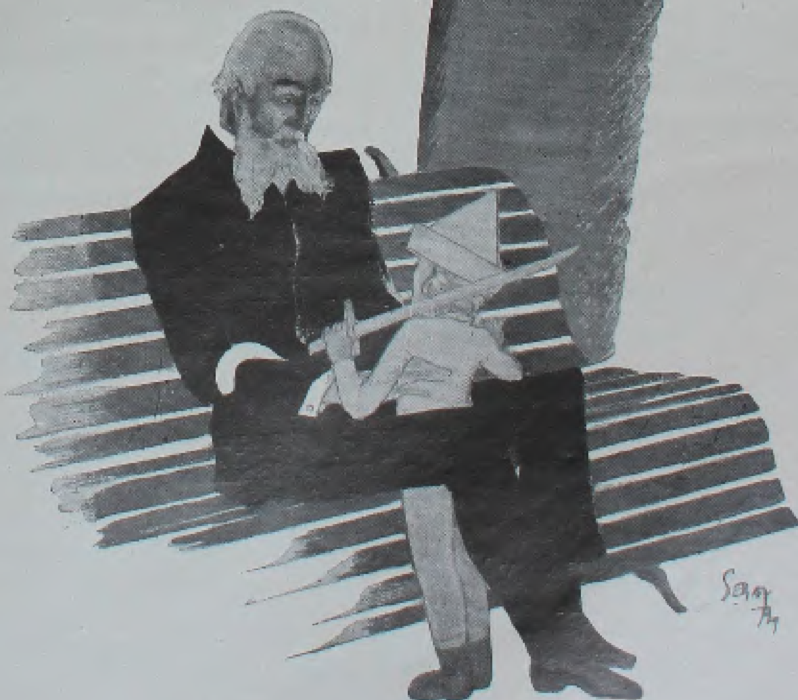
Nada de extraño es, por tanto, que D. Ricardo pensara con fruición y hasta con religiosidad en formar, moldeándole fuertemente, el espíritu de su nieto, ya que de esa manera ofrecería al mundo una digna continuación de su casa y de su nombre.

II

En el gabinete de su casa, modesta y limpia, están doña Luz y su hijo Adolfo. La señora, enferma, sentada en una butaca. Junto a ella, Adolfo lee un tomo de cuentos. Doña Luz suspira con frecuencia y a veces llora. Cuando esto ocurre, Adolfo suspende la lectura y con gesto de verdadera curiosidad interroga a su madre. La señora, reanimada, contesta invariablemente: «No es nada. Sigue.»

Hace unos años que el padre de Adolfo murió, y desde entonces doña Luz está enferma. Hay en la casa una tristeza grande, viviente en doña Luz y en Adolfo, que no conoce las alegrías de los juegos, pero las imagina por lo que oye a sus compañeros de colegio. Es Adolfo un niño triste, melancólico, que empieza a despreciar, sin conocerlas, esas alegrías propias de su edad. Desde muy pequeño vive únicamente para el dolor, que lo percibe de una manera inconsciente, asociándolo al de su madre, hondo y resignado.

Doña Luz, en sus horas de meditación, que son casi todas las del día, más intensas durante las que Adolfo pasa fuera



EL GUERRERO Y EL POETA

de casa, se lamenta de la tristeza de su hijo y piensa en la soledad en que quedaría el día que ella deje de existir. Día que ve próximo. Piensa que entonces, ese día próximo, el dolor de Adolfo será tan fuerte, tan enorme, que, sobreponiéndose a su enfermiza naturaleza, lo aniquilaría. Y entonces deseaba, en lo más íntimo de su ser, sin egoísmo ni tragedia, que su hijo, ya que el sentimiento no había tenido en él consecuencias de experiencia, dejase de existir antes que ella. Y que fuera una muerte la de Adolfo, dulce, de niño bueno y resignado, al que una voz oculta le anunciara el comienzo de una vida nueva, sin tristezas ni amarguras.

III

D. Ricardo Nogueras, el viejo guerrero que en la primera parte de este cuento describía a su nieto las hazañas y los triunfos de su juventud, murió hace años.

En el espíritu de Ricardito anidaron aquellas maravillosas descripciones; y a medida que los años pasaban, la. percibía con un nuevo y más claro sentido del honor y del valor. El día que ingresó en la Academia, donde terminaría de formarse, las recordó emocionado, como si se tratase de un cuento leído en su niñez, que el porvenir convertiría en realidad, haciendo de él un digno sucesor de sus gloriosos antepasados.

Así, lleno de optimismo y de deseos de luchas y triunfos, ingresó Ricardito en la Academia. Y así, pasando unos años, le vemos convertido en un joven capitán del Ejército.

* * *

Los diarios y revistas, vigías atencionales de todos los sucesos, comentan favorablemente el éxito alcanzado por el joven poeta Adolfo Palencia con su primer libro de poesías.

Al morir doña Luz, Adolfo quedó entregado totalmente a sus estudios y meditaciones. Se doctoró en Letras, y aquella melancolía de su niñez, activamente desplegada, fué creando una labor minuciosa y firme, que, unida a un sentido agudo y bello del Arte, hicieron de él un exquisito poeta. Y Adolfo, el joven y fino poeta Adolfo Palencia, es ensalzado e incorporado unánimemente al selecto grupo contemporáneo que forma en las avanzadas de la literatura.

* * *

Una guerra inesperada en el protectorado marroquí, que amenazaba sembrar de luto buena parte de los hogares, decidió la inmediata partida del capitán Ricardo Nogueras hacia aquellas tierras cálidas, en las que precisaban defensores de la Patria que al frente de sus soldados dieran pruebas de valor y entereza en momentos de agobiante necesidad.

Ricardo consiguió destacarse en varios y duros combates. El peligro constante era sorteado por él con admirable pericia, y sus soldados tenían en el capitán Nogueras un arrojado y decidido compañero, dispuesto siempre a dar su vida en cumplimiento de tan alto deber.

Siguieron días amargos, densos. De lucha y fiebre por el triunfo. El enemigo resistía con dureza la embestida de las tropas, y aunque las bajas no eran muchas, servían para enardecer los ánimos de los soldados, que deseaban encontrar venganza inmediata por la muerte de sus compañeros.

Las agencias telegráficas daban noticias de los combates, más fuertes a cada paso. El alto mando solicitaba la inscripción de voluntarios para engrosar las filas de la defensa. Y a diario llegaban los alistados espontáneamente por un sentimiento religioso hacia su Patria. Entre ellos figuraba el poeta Adolfo Palencia, comprendiendo que su deber como ciudadano era el de cooperar a la salvación de aquellas posesiones, de las que, inesperadamente, querían despojar a la nación.

Adolfo tomó parte en varios combates, al mando del ya comandante Ricardo, y pudo apreciar el valor y energías de su jefe en momentos decisivos y fatales.

* * *

Después de varios y difíciles combates y de hábiles conferencias, quedó asentada la paz. La guerra había terminado felizmente.

Ricardo sentía la satisfacción del deber cumplido y estaba orgulloso de tan laudable campaña.

La sensibilidad de Adolfo, duramente puesta a prueba, por propia voluntad, en el campo de batalla, latía con toda emoción, sintiendo que en la medida de sus fuerzas había colaborado al triunfo sobre el enemigo.

* * *

Una revista de gran circulación publica *El poema de la guerra*. Y está inspirado en la figura del comandante Ricardo Nogueras. En el poema se cuentan sus aciertos como comandante y su valor como soldado. Un canto al guerrero, descendiente de guerreros, que Adolfo Palencia inmortalizaba con su sentida lira poética, unió en abrazo espiritual a los dos héroes: el guerrero y el poeta.

MAN

UN NUEVO CONCURSO INFANTIL DE "COSMÓPOLIS"



Se trata de que vosotros, discretos amiguitos, hagáis gala de vuestro ingenio poniendo un **PIE** gracioso a este dibujo. Un jurado competente seleccionará los trabajos recibidos, y entre los autores de ellos se sortearán tres premios de 100, 75 y 50 pesetas respectivamente, publicando en estas páginas los nombres y los chistes de los favorecidos por la diosa Fortuna.

El plazo de admisión de trabajos ce cerrará el día 1 de julio y el fallo se publicará en el número del mes de agosto. ¡A aguzar el ingenio y buena suerte, amiguitos!


Muñecos de tijera
SERNY
29